
ERINDALE COLLEGE
3 1761 02434534 0

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMÁTICAS

TOMO III



MADRID

TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1917

PRÓLOGO

El presente volumen, tercero de las Obras de Lope de Vega, comprende diez y nueve comedias y no veinte, como el anterior. La mayor extensión de algunas de ellas y lo abundante y nutrido de las variantes de otras, que dan casi las proporciones de un nuevo texto, han aconsejado la supresión de una comedia para que el tomo no resultase más abultado que los anteriores. Haremos las indispensables advertencias sobre cada una de las piezas que contiene.

La primera, titulada *El Abanillo,* (1) es inédita y se imprime según el único manuscrito conocido, existente en la Biblioteca Palatina de la ciudad de Parma, del que nos remitió esmerada copia el sabio literato, nuestro correspondiente en Italia, don Antonio Restori. (2) No es original, sino copia hecha a principios del siglo xviii sobre otra copia que ya no carecía de defectos, aunque no muchos, por fortuna.

Menciónala Lope en la segunda edición de su *Peregrino,* de 1618; lo cual prueba que es anterior a esta fecha, si bien posterior a 1604, en que estampó la primera lista de las obras dramáticas que hasta entonces llevaba compuestas. Hubo de representarse con frecuencia, pues se cita entre las que el autor de compañías Antonio García de Prado hizo en el Real Palacio de Madrid algo antes del 8 de febrero de 1623, aunque no es de creer que se estrenase entonces. (3) También se enumera en el *Índice* de Medel del Castillo (1735), que, a la cuenta, habrá visto un texto diferente del italiano.

El asunto de esta comedia está basado en la coplilla que se canta en

---

(1) *Abanillo* es lo mismo que *abanico* y con terminación más castellana, pues la segunda parece más bien aragonesa. Ambas, así como la de *abanino,* y aun *abano,* coexistían en tiempo de Lope para designar el objeto manual de comodidad y adorno propio de las damas.

(2) Hállase en un tomo colecticio que lleva el número xv y abarca otras cinco comedias, de las que *El Abanillo* es la última y ocupa 24 hojas. La copia es de amanuense; la letra menuda y regular y la tinta, rojiza, según nos advierte el señor Restori.

(3) *El Averiguador (segunda época).* Madrid, 1871, I, 7.

la jornada tercera (pág. 25), o sea la *Tonada de la dama del Abanillo*, que dice:

La del Abanillo
calor tiene, madre:
¡Aire, Dios, y aire
si podrá sufrillo!

Por eso LOPE, en el *Peregrino*, da a su comedia el título de *La del Abanillo*. Estas mismas palabras se repiten en la jornada segunda, en el crítico momento de la declaración de don Félix a su amigo sobre cuál es su dama y confusión y error de Celio, que constituyen el enredo de la fábula:

D. FÉLIX. Determínome a decillo,
Fineo, y quedaos con Dios.
¿Viste endenantes las dos?
CELIO. ¿Cuál es?
D. FÉLIX. La del Abanillo. *(Vase.)*
CELIO. Miraré despacio cuál.
ROBERTO. El se fué.
CELIO. ¡Viven los Cielos,
que son ciertos mis recelos!
ROBERTO. ¿Qué dices?
CELIO. ¿Hay cosa igual?
Pues yo le obligué a decillo,
justo castigo, ¡por Dios!
Mira, Roberto, a las dos.
ROBERTO. ¿Cuál es?
CELIO. La del Abanillo.

Y al final de la comedia se añade:

Con esto da fin, senado,
La del Abanillo, y sea
tal el aire del favor,
que pueda servir de velas
al *autor* (1) para serviros
y para aliento al *poeta*.

Pero el argumento es de pura imaginación; está desenvuelto con interés y, cosa no muy común en las obras de LOPE, el desenlace, aunque rápido con exceso, es racional y satisfactorio en cuanto al arte.

El Caballero de Olmedo, excelente comedia de LOPE, está fundada igualmente en otra copla popular.

La titulada *Acertar errando*, distinta, desde luego, de *Acertar pensando errar*, escrita por don Pedro Rosete Niño y publicada en 1642, (2) se ha impreso por un manuscrito moderno, copia hecha por don Agustín Durán, existente hoy en la Biblioteca Nacional, signatura 15443, (3) esmeradamente cotejado con otro de principios del siglo XVIII, que hay en la Biblioteca Ducal de Parma. (4)

(1) Al autor de la compañía o cabeza de ella.

(2) *Parte treinta y tres de varios autores*. Valencia, Claudio Macé, 1642. Lleva también el título de *Ello es hecho*.

(3) Se halla en un tomo procedente de la biblioteca de don Agustín Durán, que contiene otras diez comedias manuscritas; las cuatro primeras de letra algo más antigua, y las restantes, copiadas por el mismo Durán de un texto impreso, según creemos, aunque él no lo dice.

(4) Hizo el cotejo por sí mismo don Antonio Restori, a quien tanto debe el presente volumen y deberán otros de esta colección de LOPE. El manuscrito parmense se halla en un tomo que, con el número XVII, contiene otras cinco comedias del poeta,

Esta comedia, aunque no se halla mencionada por su autor en las listas del *Peregrino*, no ofrece, por su contexto, menos caracteres de autenticidad. Desde los primeros versos se conoce la mano que la escribió; y es un ejemplar curioso de comedia palatina, en que habían de sobresalir luego el maestro Tirso de Molina, don Pedro Calderón de la Barca y sus discípulos Rojas y Moreto.

Como de LOPE la incluye Medel del Castillo, en su *Índice*, pág. 3; pero debemos aquí deshacer la confusión, así de este bibliógrafo, que en la pág. 37 atribuye a LOPE una comedia titulada *El Embajador fingido*, como de don Agustín Durán, quien en el encabezado del manuscrito de *Acertar errando*, de la Biblioteca Nacional, escribió: "Idéntica a la del *Embajador fingido*." Esta comedia no ha existido nunca: es la misma de *Acertar errando*, en que, efectivamente, Carlos, príncipe de Polonia, se presenta como embajador de sí mismo ante la infanta Aurora; disfraz bajo el que intenta hacerse amar por su persona y no por su calidad. Claramente se expresa al final de la obra ser una especie de subtítulo aquel que se supone obra distinta, al decir:

CARLOS. Y aquí se acaba, senado,
el embajador fingido. (1)
AURORA. Y aquí el *Acertar errando*.

También es infundada la sospecha del Conde de Schack, en su *Historia* del teatro español, (2) de haberse impreso, en Lisboa o en Sevilla, en 1603, un tomo de comedias de LOPE, que contendría las de *Acertar errando, La Ciudad de Dios* y *Los Amigos enojados*. Una edición portuguesa supone otra anterior española, y las dos conocidas de Madrid (1603) y Lisboa del mismo año no contienen de las tres comedias citadas más que la última. En 1603 se hallaba LOPE en Sevilla, y no sería fácil que sin anuencia suya se hiciese allí impresión de sus obras. Además, LOPE no se quejó más que de las ediciones fraudulentas de Madrid y Lisboa (que él confundió) de 1603, ya citadas, y de la zaragozana de 1604, también conocida, en que no se hallan las repetidas comedias. Ya volveremos sobre esto, con otro motivo.

En el tomo I de esta nueva colección (págs. 693 y siguientes) se ha impreso la comedia *Arminda celosa*. Y, no obstante decirse en el encabezado manuscrito de esta pieza ser "Compuesta por el Caballero Lisar-

---

siendo la última *Acertar errando*. La copia es caligráfica, y procede de un original distinto del códice madrileño. Las variantes que ofrece el ejemplar impreso suelto que hay de esta comedia en el Museo Británico, como posterior a cualquiera de los textos manuscritos, no completa ni corrige los lugares defectuosos del presente texto. Van como apéndice al final del tomo.

(1) Porque se descubre y declara su verdadera condición de Príncipe polaco.

(2) Tomo II de la traducción española (Madrid, 1886, 8.°), pág. 393.

do", la dimos sin vacilar por de LOPE, aparte de otras razones allí y en el prólogo expuestas, por citarla este autor como suya en el *Peregrino* de 1618 y por manifestar don Agustín Durán, de cuya mano es la copia (única que existe), haberla sacado del original autógrafo, argumentos que no admiten réplica.

Ahora nos hallamos ante un caso semejante al tratar de la comedia "*La Adversa fortuna de don Bernardo de Cabrera, comedia famosa de* LOPE DE VEGA CARPIO", impresa bajo este título en la *Parte veinte y nueve* de *Comedias de Lope de Vega*, con las de otros autores, en 1634, (1) donde también se halla la "*Próspera fortuna de don Bernardo de Cabrera. Comedia famosa de* LOPE DE VEGA CARPIO". Los últimos versos de esta primera parte dicen:

REY. Mañana, sin falta alguna,
os casáis.
VIOLANTE. Tus leyes guardo.
D. BERN. Y aquí convida *Lisardo*
para *La Adversa fortuna*.

Y al final de ésta, que es la segunda parte de la anterior, dice el REY:

Ya la inocente tragedia
aquí, senado, se acaba;
y ansí *Lisardo* suplica
perdonéis sus muchas faltas.

Lisardo, pues, sería otro de los nombres poéticos de LOPE DE VEGA; (2) porque dudar que estas dos comedias han brotado de su pluma nos parece

---

(1) El verdadero título es: *Doce comedias de Lope de Vega Carpio. Parte veinte y nueve. En Huesca, por Pedro Bluson. Año 1634;* 4.° De LOPE son siete conocidas y una dudosa. Las demás son de Vélez, Montalbán, Mira y Barrientos.

(2) El ejemplar del Romancero general de 1604 que hay en la Biblioteca Nacional tiene, entre otras, una apostilla manuscrita y anónima, pero de la misma época, al margen de un romance de LOPE DE VEGA, que principia

Mirando estaba *Lisardo*
al pastor que fué de Filis,

y en ella se dice lo siguiente: "A don Luís de Vargas, hijo del Srio. Vargas, her.° de la Condesa de Siruela, que en breves años malogró grandes esperanzas. Este es luis de V.s" (P. PASTOR: *Proceso de Lope de Vega.* Madrid, 1901; pág. 197.)

Es, pues, el mismo LOPE quien llamó *Lisardo* a un amigo suyo, que, según el anónimo anotador, sería don Luis de Vargas Manrique. Fueron sus padres Diego de Vargas, caballero toledano, señor de la villa de la Torre de Esteban Ambrán, comendador de Carrión, en la orden de Calatrava y secretario de Estado de Carlos V y luego de Felipe II, y su segunda mujer doña Ana Manrique, nieta del segundo Conde de Castañeda.

Había nacido don Luis por los años de 1566, porque aunque sus padres se casaron en 1562 y don Luis fué el primogénito, en el expediente de curaduria por muerte de su padre, incoado el 13 de diciembre de 1576, se dice que tenia solos diez años, ocho su her-

fuera de razón y tino. Todo el que haya leído con atención no muchas comedias de LOPE y otras tantas de los demás poetas de su tiempo, no vaci-

---

mana doña Isabel y tres su hermano don Antonio. Después de viuda doña Ana, joven todavía, se retiró a su casa de Toledo algunos años, dedicada a la educación de sus hijos y a terminar las construcciones empezadas por su difunto marido, como el monasterio de Descalzos en su villa de la Torre y el de San Bartolomé de Toledo, de que eran patronos los Vargas y donde elevó doña Ana suntuoso sepulcro a su marido, en propia capilla.

Desde su edad primera manifestó don Luis inclinación a las letras, según se ve por la dedicatoria que el famoso poeta Luis Hurtado de Toledo, que acaso fué su maestro, hizo a la madre de don Luis del poema *Las Trescientas*, donde a vueltas de grandes elogios a aquella dama, dice que hallándose presente "a una elocuentísima oración que *mi señor* don Luis Vargas, primogénito de vuestra señoría, con voz sonora y dulcísima rectórica recitó en defensa de las ilustres mujeres", etc. Dicha obra de *Las Trescientas*, escrita en 1582, lleva un soneto del mismo Vargas en loor del libro, y se menciona en ella a la única hermana de don Luis, doña Isabel, que casó en 1586 con el sexto conde de Siruela, don Cristóbal de Velasco y de la Cueva, pues dice Hurtado de Toledo: "Deste perpetuo siervo y cierto capellán admite vuestra Señoría un tan pequeño don, ayuntándole a la primicia que en rústico lenguaje del *Teatro pastoril* y *Templo de Amor* ofrecí a la hermosísima doña Isabel Manrique, *única hija* de vuestra Señoría, con renombre de la *Pastora Ismenia*." (GALLARDO, *Ensayo*, III, 250.)

Dos años después, ya en Madrid, escribió un soneto en elogio de *La Austríada*, célebre poema de Juan Rufo, y en 1585 otro para la *Galatea*, de Cervantes, quien, a su vez, en el *Canto de Calíope*, que hay en esta novela (pág. 82 de edic. de Rivad.), le dice:

Tú, don Lüis de Vargas, en quien veo
maduro ingenio en verdes, *pocos días*,
procura de alcanzar aquel trofeo
que te prometen las hermanas mías.

Mas, tan cerca estás dél que, a lo que creo,
ya triunfas, pues procuras por mil vías
virtuosas y sabias, que tu fama
resplandezca con viva y clara llama.

Cultivaba también la amistad de otros escritores como el celebrado cantor y poeta Gabriel López Maldonado, cuyo *Cancionero* elogió en 1586; así como los poemas *Florando de Castilla* (1588) del doctor Jerónimo de Huerta, luego médico insigne de los Reyes, y el *Cortés valeroso* (1588) de Gabriel Lobo Laso de la Vega.

En este mismo año se alistó como soldado en la *Armada Invencible*, y a su regreso publicó un tomito de versos titulado: *Christiados o libro de los hechos de Christo. Compvesta por D. Luys de Vargas Manrique. Madrid, Por Pedro Madrigal, M. D. LXXXIX* (8.°, 50 hojas numeradas), con varios sonetos y canciones devotos: uno a la profesión religiosa del ex caballero Pedro de Padilla.

No sabemos si por ambición de gloria o por otras razones se embarcó luego para Italia; pero antes de llegar naufragó el buque en que iba don Luis, quien pereció ahogado. Este suceso ocurrió quizá antes de expirar el siglo XVI; porque don Luis de Salazar, que lo recuerda, indica ser no muy posterior a su regreso a España. "Se halló en la jornada de Inglaterra, y pasando después a Italia, se anegó en el golfo de León, sin dejar hijos." (*Casa de Lara*: II, 354.) Le sucedió su hermano segundo, don Antonio de Vargas, que fué primer Marqués de la Torre.

Que murió muy joven lo dice también, como se ha visto, el autor de la apostilla al *Romancero* de 1604, que ya le da por fallecido. No se halló entre los caballeros que fueron a Valencia en 1599, a las bodas de Felipe III, falta reparable si entonces aún estuviese vivo. Por último, LOPE DE VEGA, que muchos años después quiso recordarlo (en el *Laurel de Apolo*, silva IV) dijo, señalando causas misteriosas a su prematuro fin:

lará, según creemos, en atribuírselas. (1) Lo prueban la economía y distribución del plan de la obra; ciertas situaciones y contrastes, de que usa con frecuencia; el lenguaje y estilo; la versificación, en que abundan los versos de arte mayor y los metros cortos difíciles, como las quintillas y las dé-

¿Qué laurel no le deben
las musas castellanas,
que con letras humanas
rayos divinos beben,
a *aquel mancebo* ilustre y desdichado
don Luis de Vargas, que las ondas fieras
del mar Tirreno tienen sepultado?
Llorad, ninfas; llorad en sus riberas,
no perlas ya, sino corales rojos,
por que parezca sangre el triste llanto.
Pero, ¿dónde, entre tanto,
estaban vuestros ojos?
Muriendo por amor ¿no le ayudastes?
De envidia de su dama le dejastes,
como a Leandro, entre las ondas ciego,
beber la muerte, y no matar el fuego.

Que a pesar de su mucha juventud fuese autor dramático en 1587 lo asegura también LOPE DE VEGA, al decir que él mismo escribía comedias por esparcimiento y gusto, como lo hacían don Luis de Vargas y otros caballeros. Pero ni la más insignificante muestra ha llegado a nosotros ni la memoria subsistió entre los que como el doctor Navarro y Andrés de Claramonte, a principios del siglo XVII, dieron catálogos de autores dramáticos.

No consta, pues, que don Luis de Vargas llevase el nombre poético de *Lisardo*, entre los autores dramáticos, a punto de ser conocido del público. Sólo una vez (si es que a él se refiere) le aplicó LOPE este dictado, no en concepto de poeta, sino como amigo suyo que se dolía de sus desgracias.

Tampoco hay que olvidar que en la primera parte de la tragedia, o sea en la *Próspera fortuna*, interviene un personaje llamado *Lisardo*, músico, cantor y poeta de la corte que en las últimas escenas aparece "con un libro" y la Infanta, dice, cuando Dorotea le pregunta:

DOROTEA. ¿Mando que *Lisardo* cante?
INFANTA. Antes gustaré que lea.
¿Qué libro es ése?
LISARDO. Estas son
Relaciones que han salido
de cosas que han sucedido
en el reino de Aragón. (*Sale el* REY).
REY. ¿Qué haces, Lisardo?
LISARDO. Leía.
REY. Prosigue con la lición.

Y la lección es ponderar los méritos y servicios de don Lope de Luna para que el Rey los conociese. De modo que, sin otro misterio, pudo LOPE suponer y querer decir que el personaje llamado *Lisardo* era el que convidaba para la segunda parte de la comedia y escribía también ésta, artificio y recurso común en nuestro teatro desde los tiempos de Lope de Rueda, en que uno de los interlocutores, como tal y no como actor, invita al público a ver el desenlace de la pieza (la comedia *Eufemia*). Así, pues, LOPE DE VEGA quería decir que el personaje de su obra, llamado LISARDO, era el autor de las dos partes de la tragedia de don Bernardo Cabrera. Las censuras que en la obra se hacen al rey don Pedro, que es un perfecto tirano, justifican quizá el cambio de nombre. Por otra parte, quien detenidamente lea las dos obras convendrá en que no pueden serlo de un mozalbete ligero como era don Luis de Vargas.

(1) Don Cayetano Alberto de la Barrera, en el apéndice bibliográfico de su *Catálogo del teatro antiguo español*, pág. 683, al describir el tomo que contiene estas dos partes de la tragedia de don Bernardo de Cabrera pregunta si serán del doctor Mira de Amescua; pero en el artículo dedicado a este poeta, y al enumerar sus producciones dramáticas, no hace la más ligera mención de aquellas dos obras. Esta ligereza de Barrera parece motivada por otra de Medel, quien, en la pág. 4 de su *Indice*, después de dar a LOPE una *Adversa fortuna de don Bernardo de Cabrera*, cita otra comedia del mismo título como "de Mirademescua".

cimas; el empleo de romances populares, bien auténticos o ya imitados por él, como el del acto tercero (pág. 91 de este tomo),

¡Rey don Pedro! ¡Rey don Pedro!,
que guarde Dios muchos días;
el que llaman del Puñal,
Rey de Valencia y Sicilia.

No duermen tus enemigos
cuando estás en montería:
si a la fuente llegas solo
en peligro está tu vida,

tan semejante, como semejante es la situación, de aquellos antiguos que principian:

¡Rey don Sancho! ¡Rey don Sancho!,
no digas que no te aviso.

Hasta hay los cantarcillos que son lugar común en las obras de LOPE. Véase el de la pág. 63 de este tomo, que comienza:

Las olas del Ebro
llenas de oro van
en la noche alegre
del señor San Juan.

Barcos enramados
de verde arrayán
rompen en el Ebro
líquido cristal.

Y nótese la gran semejanza que ofrece con el de la pág. 136, que pertenece a la comedia *El Amante agradecido:*

Vienen de Sanlúcar,
rompiendo el agua,
a la Torre del Oro,
barcos de plata...

Sevilla y Triana
y el río en medio:
así es tan de mis gustos
tu ingrato dueño.

O estos otros que, por citar sólo comedias del presente volumen, se hallan en la pág. 227, pertenecientes a la comedia *Amar, servir y esperar:* (1)

Barcos enramados (2)
van a Triana;
el primero de todos
me lleva el alma.

A San Juan de Alfarache
va la morena
a trocar con la flota
plata por perlas.

El protagonista y casi todos los demás personajes de estas dos grandiosas obras son históricos; pero LOPE se tomó bastantes libertades para aumentar el interés dramático, como los supuestos amores de don Bernardo de Cabrera con la infanta Violante, hermana del rey don Pedro IV; pero sí son ciertos los de don Lope de Luna, con quien vino a casarse la Infanta, así como el fondo del carácter de don Bernardo y del Rey, que son los principales interlocutores. Es seguro que fué Zurita *(Anales de Aragón*, libro IX, caps. LII y LVII) (3) la fuente en que LOPE bebió las

(1) Es curioso que en esta comedia se repita la coplilla

Vienen de Sanlúcar...

(2) Nótese también que este verso es el mismo que otro del cantarillo antes copiado en la *Adversa fortuna.*

(3) Entiéndese para la segunda parte, que para la anterior tuvo principalmente a la vista los capítulos LII y LIII del libro VIII.

ideas primordiales de su drama, pues el gran cronista aragonés describe con elocuentes pormenores aquel enorme crimen político.

Las dos partes de la obra de LOPE fueron refundidas en una, primero por don Francisco de Rojas Zorrilla y Luis Vélez de Guevara, según aparece de un manuscrito de ella que se conserva en la Biblioteca Nacional, número 15.568, con el título de *También tiene el sol menguante. Tragedia de Luis Vélez de Guevara,* que dice al final:

REY. Tal amigo, tal vasallo,
el bronce inmortal le esculpa,
para que sirva de ejemplo
a las edades futuras.

BERN. Y don Francisco de Rojas,
a vuestras plantas, procura
le concedáis generosos
un vítor *para dos plumas.*

Pero cuando, en 1655, se quiso de nuevo poner en escena esta obra, no obstante de haberse ya representado con aplauso muchas veces, y a pesar de los cortes y arreglos que en ella se hicieron, no fué permitida en los teatros de la Corte, por consideración, según se dice, a los descendientes de don Bernardo, que eran los Enríquez de Cabrera, Almirantes de Castilla. (1) Pero once años más tarde, y de nuevo refundida por tres ingenios, (2) fué impresa en la *Parte XXIV* de la colección de *Comedias escogidas* (Madrid, 1666), y a fines del mismo siglo o en los comienzos del siguiente hubo de sufrir aún otra reforma, hecha por el autor dramático don Juan de la Hoz y Mota. (3) Modernamente sólo recordamos que las desgracias del infortunado Conde de Módica hayan inspirado un drama al famoso don Heriberto García de Quevedo, con el título de *Don Bernardo de Cabrera,* escrito en 1849.

(1) Al final del manuscrito 15.568 de la Biblioteca Nacional, hay estas censuras: "He visto, señor, esta comedia; y, aunque es verdad que se ha hecho tantas veces y con aplausos grandes y que la historia de Castilla y anales de Aragón concuerdan en que don Bernardo de Cabrera murió degollado, respecto de los descendientes me parece está mejor que no se hable en esto como va enmendado y que no se diga todo lo que va borrado y rubricado; y como queda con toda seguridad esta comedia ajustada ya ecente (?) y se puede representar, salvo mejor. Madrid, 17 de noviembre de 1655 años.—Don Antonio de Nanclares." El fiscal de comedias, Navarro de Espinosa, dice: "Cumplió la autora en esta comedia con la orden y mandato de Vs."—Otra censura, fechada en 20 de noviembre de 1655, añade: "Con las advertencias que en papel aparte hace el fiscal, esta comedia, como está hoy dia, 20 de noviembre de 1655, no doy licencia para que se represente." Este manuscrito es de letra de la época de estas censuras y consta de 62 hojas en 4.°

(2) Las alteraciones de este arreglo parecen de poca monta. Los versos del final se cambiaron en esta manera:

Y aqui *todos tres ingenios,*
a vuestras plantas, procuran
les concedáis generosos
un víctor *para tres plumas.*

(3) Manuscrito de 59 hojas en 4.°, letra de principios del siglo XVIII, en que también se atribuye la comedia a tres ingenios; pero en el comienzo de la hoja primera se añade: "La nueva, de Mota."

La ingeniosa comedia, tan apacible de leer, *El Amante agradecido*, escrita hacia el 1602, fué impresa en la *Parte X*, auténtica de Lope, en Madrid, en 1618, (1) por la Viuda de Alonso Martín, en 4.º, y reproducida otras veces, con leves diferencias. Escribió Lope esta comedia hallándose en Sevilla, pues sólo así se comprende el gran espacio que concede a la descripción del túmulo de Felipe II, que, como es sabido, interesó otras muchas plumas, entre ellas la de Cervantes. El asunto es de inventiva del poeta y medio picaresco y medio cortesano, que hace tan agradables estas obras de la juventud de Lope.

Y muy semejante a ella es la que sigue, titulada *Los Amantes sin amor*. Fué impresa en la *Parte XIV*, especial de Lope, que se publicó en Madrid, en 1620, por Juan de la Cuesta, (2) y se reprodujo al año siguiente por la Viuda de Fernando Correa Montenegro (3) con muy pocas, si bien alguna vez esenciales alteraciones.

La comedia, que va dedicada al alcalde de casa y corte don Pedro Fernández de Mansilla, y fué compuesta en 1601 ó en 1602, ofrece, ante todo, un carácter moral de mujer, Octavia, tan enrevesado y complejo, que merece especial examen de aquellos que estudian la psicología femenina en nuestros poetas dramáticos. Siendo materialmente honrada, y hasta sincera, noble y vehemente en sus afectos, procede con tan extraña libertad y en formas tan desenvueltas, que no sabe uno resolver si, en realidad, es buena o es mala.

La comedia *Amar como se ha de amar* se ha impreso por el excelente y antiguo manuscrito número 16.552, de la Biblioteca Nacional, minuciosamente cotejado con otro posterior, existente en la Ducal de Parma; (4) y sólo después de impresa hemos logrado ver el ejemplar suelto (5) que

---

(1) Se reimprimió en Barcelona en el mismo año, por Sebastián de Cormellas, en 4.º (4 + 298 hojas), y en Madrid, 1620, por Fernando Correa de Montenegro, 4.º (4 + 300 hojas), y 1621, por Diego Flamenco, 4.º (4 + 299 hojas). De todas ellas hay ejemplar en nuestra Bibl. Nac., menos de la de 1620.

(2) En 4.º (4 + 311 hojas foliadas con muchas equivocaciones que dejan reducido el texto a 291).

(3) En 4.º (4 + 313 hojas, también con errores de foliatura). No son, sin embargo, iguales exactamente. Es mejor texto el de 1621, como se prueba en la pág. 163, nota (1) de este tomo.

(4) En el texto designamos las variantes y enmiendas de este segundo manuscrito con la letra B. El primero consta de 44 hojas en 4.º Lleva al final la aprobación autógrafa del padre Juan Bautista Palacio, fechada en Valencia, a 1.º de septiembre de 1642. Pero la letra del texto es bastante anterior; y aun cuando la nota del comienzo del acto segundo relativa al gracioso Heredia (v. pág. 191) no sea de su mano, sino de un buen calígrafo, no es lícito dudar de su exactitud. Heredia está recordado en los *Entremeses* de Quiñones de Benavente, coetáneo de Lope. El manuscrito lleva señales evidentes de haber servido para el teatro.

(5) El ejemplar está suelto, pero no es impresión suelta, sino parte de un tomo en que ocupaba los folios 214 a 233, con las signaturas E-G², sin reclamo al final de la comedia que había de seguir. Titúlase ésta *Amar como se ha de amar. Comedia famosa de*

hay en la Biblioteca de San Isidro, (1) y ningún otro de los que se citan en las bibliografías. Porque, aun cuando procedente, por compra hecha por el Estado, de la Biblioteca de Osuna, entró en la Nacional un ejemplar impreso de esta comedia, con otras varias de igual rareza, no se hallan actualmente en dicho establecimiento. (2)

La obra parece indudable de LOPE DE VEGA. Medel del Castillo se la adjudica en su *Catálogo*, pág. 7, y nada en el contenido de la comedia

---

Lope de Vega Carpio. Representólo Suarez. Como se puede ver por la foliación, es texto igual al del fragmento de volumen que poseyó don Pedro Salvá y menciona en su *Catálogo* (pág. 548) y ambos pertenecerían tal vez a aquella *Parte VI* de LOPE DE VEGA sólo vista por don Juan Isidro Yáñez y Fajardo, quien, al tratar de ella, recuerda justamente esta comedia y no otra. El ejemplar de Salvá fué vendido en París cuando los demás libros de su procedencia en 1894.

(1) Las variantes, entre buenas y malas, son numerosas y van al final del apéndice.

(2) Formaban tres tomos colecticios con los números 131, 132 y 133 y contenían ocho comedias el primero, doce el segundo y once el tercero, casi todas de LOPE DE VEGA. Don Marcelino Menéndez y Pelayo publicó en la anterior edición académica tres comedias de esta serie, diciendo de cada una de ellas: "*Lanza por lanza, la de Luis de Almanza.* Esta pieza rarísima, inserta sólo en cierta *Parte XXVII de Comedias de Lope de Vega Carpio y otros autores*, que suena impresa en Barcelona, 1633, y de la cual no se conoce ningún ejemplar completo, y sí sólo fragmentos en un tomo colecticio que perteneció a la Biblioteca de Osuna y *hoy a la Nacional.*" (Tomo IX, pág. CV.) "*El Médico de su honra*... publicada la de LOPE en 1633, en una *Parte XXVII* de Barcelona (de las llamadas *extravagantes* o de fuera de Madrid), de la cual sólo se conoce un ejemplar incompleto, *en la Biblioteca Nacional*, procedente de la de Osuna." Id. pág CXXIV.) "*Los Vargas de Castilla.* Comedia muy rara, que se halla sólo en una *Parte XXVII* de las *extravagantes* (Barcelona, 1635), de la cual se conservan fragmentos en un tomo colecticio de la Biblioteca de Osuna (*hoy de la Nacional.*)" (Tomo X, pág. CVII.) Ni éstas ni las demás existen hoy en la primera de nuestras Bibliotecas. Por lo que toca a la de *Amar como se ha de amar*, puede que la pérdida no sea de lamentar, ya que probablemente sería idéntica a la que hemos descrito en la nota anterior.

Pero no sucede así con las demás, cuya pérdida es irreparable, por ser ejemplares y textos únicos. Daremos la lista, por si algún aficionado a LOPE DE VEGA tiene noticia de su paradero.

1. *El Conde Don Pedro Vélez*, que sería distinta de la de igual título de Luis Vélez de Guevara, probable refundición de aquélla.
2. *El León apostólico y cautivo coronado.*
3. *El Esclavo fingido.* Se conoce una comedia manuscrita de este título, acaso copia del impreso.
4. *Don Manuel de Sousa: Naufragio prodigioso y Príncipe trocado.*
5. *El Valor perseguido y traición vengada.* Se cita una de este título, atribuída a Montalbán, también desconocida.
6. *La Madrastra más honrada.*
7. *Allá darás rayo.* "Representóla Manuel Vallejo."
8. *La Selva confusa.* Hay copia manuscrita de una comedia de este título. ¿Será la de LOPE?
9. *Julián Romero.* "Representóla Antonio de Prado."
10. *La fortuna adversa del Infante de Portugal.*

Esto sin hablar de cuán útil sería conocer, siquiera para el cotejo, las demás, de que

lo repugna. Aspira a ser histórica; pero tan alterados están los hechos y hasta algunos nombres de personajes, como el de la hija del rey Manfredo y su marido, que fué don Pedro, no de Cardona, sino el III de Aragón, que sólo entre las novelescas puede tener cabida.

La preciosa comedia de costumbres intitulada *Amar, servir y esperar* se imprimió en una de las dos *Partes XXII*, ya póstumas, de Lope de Vega, publicada en Madrid por la Viuda de Juan González, en 1635. (1) En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito, número 16.815, de esta obra, que, aunque de letra del siglo XVII, es posterior al impreso, pues conserva las mismas lagunas y otros defectos de éste. Al final ofrece variantes de poca monta, sin duda introducidas por los actores.

Un curioso problema de crítica se ofrece sobre este drama. Su argumento es el mismo, hasta con los nombres de los principales personajes (Dorotea, Feliciano, Andrés) de la novela *El Socorro en el peligro*, que don Alonso de Castillo Solórzano publicó, con otras suyas, a principios de 1625; pero que suena ya aprobada a 5 de septiembre de 1624 en el tomo titulado *Tardes entretenidas*. (2) Castillo además desenvolvió un episodio anterior sólo indicado por Lope, y en la segunda parte de la novela intercaló otro, tomado, al parecer, de otra comedia de Lope, citada en el *Peregrino* de 1604 con el título de *La Difunta pleiteada*, si la impresión de esta comedia, hecha en 1663, (3) corresponde exactamente al primitivo texto de Vega.

Amar, servir y esperar se imprimió la primera vez en 1635, como va dicho. A este año corresponde también una representación que de ella se

---

existen otros textos, y son: *Nardo Antonio, bandolero; Querer más y sufrir menos; El Engaño en la verdad; Las Sierras de Guadalupe; El Nacimiento del alba; En la mayor lealtad mayor agravio; El Prodigio de Etiopía; La Victoria por la honra; Los Novios de Hornachuelos; Engañar a quien engaña.*

Y véase con cuánta razón la Academia Española se apresura a imprimir las que aún se conservan entre las más raras comedias de Lope, antes de que desaparezcan del todo o vayan, como tantas otras, a adornar (y sería menos malo) las bibliotecas extranjeras.

(1) Dirigió esta edición el yerno de Lope, Luis de Usátegui, quien, en la dedicatoria a doña Catalina de Zúñiga y Avellaneda, marquesa de Cañete, declaró que Lope había mostrado intención de ofrecerle el tomo. Pero aunque por esta razón el volumen presenta bastantes garantías, una de las comedias que contiene, la novena, titulada *Amor, pleito y desafío*, es la de Alarcón *Ganar amigos*. La elección de piezas para el tomo debió de haberse hecho, por tanto después de muerto Lope, o, a lo menos, modificado, ya que el privilegio para la impresión es de 21 de junio y Lope murió el 27 de agosto de este año 1635.

(2) *Por la Viuda de Alonso Martín, a costa de Alonso Pérez, mercader de libros*, 1625. En 8.° Va dedicado el tomo a don Francisco Gómez de Sandoval, duque de Uceda y de Cea, nieto del célebre Duque de Lerma.

(3) *Parte veinte de Comedias varias nunca impressas, compuestas por los mejores ingenios de España*. Madrid, 1663. *En la Imprenta Real;* 4.° La comedia, que es la quinta, va atribuída a don Francisco de Rojas.

hizo en el Real Palacio; (1) es decir, diez años después de publicada la novela. ¿Quién copió a quién? El asunto, netamente español, pues la escena pasa en Andalucía y españoles son los interlocutores, parece excluír la idea de que ambos autores tuviesen una fuente común, italiana desde luego. Nuestro parecer se inclinaría a favor de LOPE, pues Castillo, que novela con mucha gracia, talento y hermoso estilo, tenía poca inventiva, y casi todas sus novelitas son traducidas o imitadas de los cuentistas italianos o de otros autores españoles, sin exceptuar a LOPE. Pero la circunstancia de corresponder la comedia a los últimos tiempos del fecundo poeta si, como se dice al final, la estrenó Roque de Figueroa, (2) y la de ser cierto e indudable que la novela estaba ya escrita y era conocida en 1624 e impresa en el siguiente año, nos hacen vacilar y dejar sin resolver el punto de crítica propuesto.

De muy distinto género es la interesante comedia del *Amigo por fuerza*, a que su autor profesaba singular cariño, pues la mencionó en las dos listas de su *Peregrino* y se imprimió en la *Parte IV* de su colección especial, de la que se hicieron en 1614 tres diferentes ediciones. (3) Es, por tanto, obra de la juventud de LOPE, cosa que se echa de ver en la mala disposición del plan, en lo poco verosímil de la fábula y en la excesiva viveza de algunos afectos. Pero como pieza novelesca mantiene el interés con lo peligroso de las situaciones de los personajes. En la pág. 265 puede verse el alarde que LOPE ofrece de consonantes en *ardo*, empleándolo veintidós veces seguidas.

También de la juventud es la pieza que sigue, *Los Amigos enojados y verdadera amistad*, himno ardiente en loor de este santo y civilizador afecto. Imprimióse por primera vez en Madrid, en 1603, y se reprodujo

(1) Titulándola *Con amor servir y esperar* se hizo en Palacio, el 22 de mayo de 1635, por la compañía de Juan Martínez de los Ríos una comedia, que suponemos fuese la de LOPE. Porque, si bien el autor de la compañía que la estrenó fué otro, Roque de Figueroa, (según el final de la comedia), debe recordarse que en este mismo año de 1635 Roque se marchó a Italia, y es probable que cediese a su compañero la propiedad, para España, de las comedias, que serían ya viejas cuando él regresase a la Patria. Esto no repugna el hecho de que la comedia se estrenase mucho antes de 1635, porque Roque de Figueroa aparece como autor de compañías ya en 1624.

(2) El actor que hacía el papel de Feliciano dice al acabarla:

Aquí, senado discreto,
Amar, servir y esperar
tuvieron tan justo premio.
Roque os ama; LOPE os sirve
y yo vuestro aplauso espero.

(3) En Madrid, por Miguel Serrano de Vargas; 4.º (4 + 296 hojas); Barcelona, Sebastián de Comellas, 1614; Pamplona, Nicolás Assiayn, 1614, 4.º (4 + 296 hojas); Pamplona, Juan de Oteyza, 1624; 4.º (4 + 269 hojas). Hay, además una impresión suelta, hecha en Madrid a principios del siglo XVIII por doña Teresa de Guzmán, 4.º (44 págs.). En el encabezado dice: "Del Fénix de los ingenios Lope de Vega."

en este mismo año, en Lisboa, por Pedro Crasbeeck. (1) De la primera edición apenas se conocen ejemplares, y aun puso en duda su existencia. (2) La de Lisboa ha servido para esta impresión, limpia de algunos lusitanismos, descuidos de la imprenta, que anotamos.

También se han formulado dudas sobre la autenticidad de esta obra, principalmente por haberse quejado LOPE de que sin licencia se imprimiesen comedias suyas y al amparo de su nombre otras ajenas. Pero basta leerla para convencerse de lo contrario, no sólo por la versificación y estilo, sino porque está casi toda en quintillas, metro el más usado por LOPE en estas primeras obras.

Hasta el humorístico rasgo final, en que el autor, refiriéndose, como de costumbre, a sus propias cosas, dice:

Quien hizo esta comedia,
como pone la mira en su tormento,
pretende que es tragedia
todo lo que acaba en casamiento;
y ansí, su pensamiento
es que sólo en quedar confederados
acaben los *Amigos enojados.*

No es de la briosa mocedad de LOPE, pero está destinada a ensalzar con el mismo ímpetu, aunque mejor razonado, aquel dulce afecto, la titulada *Amistad y obligación,* donde un amigo se bate por otro en defensa de su honra y, a su vez, recibe del favorecido la mujer que ama, pudiendo el obligado casarse con ella. Imprimióse por primera vez en la más antigua de las dos *Partes XXII* de la colección de LOPE (Zaragoza, 1630. (3)

(1) *Seis comedias de Lope de Vega Carpio, cvios nombres dellos son éstos:* 1. *De la destruición de Constantinopla.*—2. *De la fundación de la Alhambra de Granada.*—3. *De los amigos enojados.*—4. *De la libertad de Castilla.*—5. *De las hazañas del Cid.*—6. *Del perseguido. Con licencia de la Santa Inquisición y Ordinario. En Lisboa. Impresso por Pedro Crasbeeck. Anno MDCIII. Con priuilegio de diez años. A costa de Francisco López.* 4.° (2 + 272 hojas). De LOPE no contiene más que otra comedia, titulada *El Perseguido.* LOPE presumió (prólogo del *Peregrino)* que este volumen, aunque sonaba impreso en Lisboa, lo había sido en Castilla, sin duda porque no conoció la verdadera edición madrileña, y de ambas hizo una sola.

(2) El insigne ilustrador de LOPE, don Hugo Alberto Rennert, cita, en su tantas veces loada *Bibliografía dramática de Lope de Vega* (New-York, 1915; pág. 9), una carta que J. R. Chorley dirigió en 1857 a Jorge Ticknor, diciéndole que en la Biblioteca Ambrosiana de Milán había una edición de las *Seis comedias,* no de Lisboa, sino con este pie de imprenta: *En Madrid. Impreso por Pedro Madrigal. Año 1603.* Y con referencia a la *Bibliotheca Hispana* de Quaritch (Londres, 1905), el mismo señor Rennert menciona otro ejemplar de esta edición, en esta forma: *N.° 1439. Seis Comedias de Lope de Vega Carpio, y de otros avtores cvios nombres dellos* (sic) *son éstos:* (Siguen los títulos por el mismo orden que la de Lisboa). *Con licencia... En Madrid, Impresso por Pedro Madrigal... Año MDCIII.* Es, pues segura la existencia de esta primitiva edición, modelo de la portuguesa. Sin embargo, tanto se ha consumido, que ni en las bibliotecas públicas de Madrid ni en las particulares que conocemos existe ejemplar alguno de ella; mientras que de la lisbonense hay varios. El que esto firma posee uno muy hermoso.

(3) Por Pedro Verges; 4.° (4 + 255 hojas). Es la cuarta comedia. El señor Rennert ha deshecho la equivocación de Durán y otros, que suponían ser esta comedia la

edición que ha servido para la presente, cotejada con otra impresión suelta (1) y con el manuscrito de la Biblioteca Nacional número 16.032, aunque poca utilidad hubieron de prestar, por ser copias modernas y no subsanar los principales defectos de la primitiva, si bien enmiendan algunos de menos importancia. (2)

En cambio, en la siguiente, que se titula *El Amor bandolero*, además de la impresión hecha en la *Parte XXII*, extravagante, de LOPE (Zaragoza, 1633) (3) se ha podido utilizar un precioso manuscrito de 1645, existente en la Biblioteca Nacional, número 14.977, que, no solamente corrige los muchos errores y completa las omisiones del texto impreso, sino que casi nos da uno nuevo de la comedia, dejando presumir si tan abundantes adiciones no serán del mismo autor. (4) Por lo menos lo serán de un refundidor no poco hábil, pues tan perfectamente imita el estilo del gran poeta.

Tiene aspecto histórico esta comedia, pues intervienen en ella un rey don Pedro de Aragón, una Infanta su hermana, un Infante de Castilla y un don Enrique, conde de Ureña, sin que falten como medio social una cuadrilla de bandoleros, en sentido noble, tan comunes en Aragón, Valencia y Cataluña en la época de LOPE DE VEGA. Pero como no se registra ningún hecho verdaderamente histórico, encerrándose el argumento en las intrigas amorosas de todos los dichos personajes, habrá que calificarla de novelesca y dejar su invención a cuenta del poeta.

Por extraña coincidencia ofrece los mismos caracteres la que en el tomo sigue, titulada *Amor secreto hasta celos*. También sucede en Ara-

---

misma que una de Montalbán titulada *Lucha de amor y amistad*. Tal comedia no existe. Se dió este título a una copia de *Amistad y obligación*, a que faltaban los primeros versos. (V. *Bibliografía*, pág. 141.)

(1) Se titula *Amistad y obligación. Comedia famosa de Lope de Vega Carpio*. Sin lugar, ni año, ni imprenta. Es del siglo XVIII y consta de 20 hojas sin foliar; signaturas A-E, todas de a cuatro hojas.

(2) En la escena última alude LOPE a sí mismo con gracia:

En fe de hidalgo, yo soy
hidalgo y noble en mi patria;
mas "no me ha venido el miel",
como dicen en Vizcaya.

Lope me llamo, y ¡pardiez!
que me ha dado *la Montaña*
sangre que puede servir
a más de dos, si la salas.

En la frase señalada con comillas alúdese al refrán antiguo de un vizcaíno a quien persuadieron que una berenjena era breva. Se dice de varias maneras, entre ellas, "Como higo, higo es, sólo que el miel no le vienes". La alusión de LOPE a su pobreza es clara.

(3) Por Diego Dormer; 4.° (4 + 236 hojas). Es la sexta comedia.

(4) En la obra impresa hay algún verso desligado y sobrante que en la manuscrita consta también, pero con los otros que con él forman estrofa perfecta; lo que demuestra que en la primera se suprimieron varios pasajes. Sin embargo, no es seguro que todo el manuscrito sea de LOPE. A nuestro juicio, también fué interpolado. Pero que tenía origen legítimo lo prueba ser propiedad del autor de compañías Antonio de Prado, tan amigo de LOPE, quien habrá escrito la comedia para él y sus compañeros.

gón; hay un Príncipe rival en amores de un simple caballero, y hasta se hace intervenir a un Rey de Castilla. Pero ni el tiempo se circunscribe ni hay suceso real por que pueda clasificarse esta comedia entre las históricas. Es de la segunda época de Lope, pues la menciona en la lista del *Peregrino* de 1618.

Imprimióse por primera vez en Madrid, en 1623, por Alonso Pérez (1) y repitió en los dos años siguientes y en Valladolid, en 1627, en la *Parte XIX* de Lope.

Refundió esta comedia don Dionisio Solís, y de su obra hay una copia manuscrita, hecha en 1831, en nuestra Biblioteca Nacional.

La comedia *El Animal de Hungría* demuestra que nuestros dramáticos no exceptuaban ningún asunto, por extravagante que fuese, como materia dramática, y pudiéramos decir dramatizable. De una de las vulgares y absurdas consejas, comunes entonces (2) y de que aún nuestra época no está exenta, referente a la aparición de un ser monstruoso y salvaje de figura humana en los montes húngaros, hizo Lope un drama, lleno de inverosimilitudes, pero interesante y con escenas de mucha ternura.

El asunto fué tenido como real y sucedido, según Lope se expresa al final del drama, diciendo:

> Verdades habéis oído
> hasta el fin de la comedia
> del gran *Animal de Hungría*,
> que las historias celebran.

Y en las primeras escenas dice también:

REY. Días ha que se decía
que de este monte en lo espeso
aqueste animal había.
BARTOLO. Ya su retrato anda impreso,
y se cantan cada día
las coplas de sus traiciones.
REY. ¿Por qué en tantas ocasiones
no le salís a matar?
BARTOLO. Está muy pobre el lugar
de rocines y lanzones;
y esta bestia no es de aquellas
que no se saben guardar;
que es como vos, no como ellas,
pues sabe correr y hablar,
y aun sabe forzar doncellas.

(1) No existiendo en Madrid ejemplar de esta edición primera, ha servido para la presente la segunda, de Madrid, 1624, por Juan González, 4.° (6 + 280 hojas), cotejada con la tercera, también de Madrid, 1625, por el mismo impresor, 4.° (6 + 280 hojas), y con la de Valladolid, 1627, por Jerónimo Morillo, 4.° (6 + 280 hojas), Al fin dice: "Por la Viuda de Francisco de Cordoua." Todas estas impresiones son iguales.

(2) En 1607 se publicó la descripción poética de uno de esos monstruos con el siguiente título: "Relación muy verdadera de un espantable y ferocísimo animal llamado Corlisango que ha parecido en la provincia de Albania en una ciudad llamada Gelda que está en la ribera del mar hyrcano. Enviada a un caballero ungaro por vía de Constantinopla. Traducida de lengua alemana en nuestra vulgar castellana. (*Al fin*:) En Barcelona. Con licencia del Ordinario. Impresso en casa de Joan Amello, en la plaza de la Trinidad. Any M.DCVII." 4.°; 2 hojas. Es un romance. Una de estas relaciones sería la que daría pie a Lope para su comedia.

Y luego resulta que tan feroz sujeto es no menos que Teodosia, especie de reina Sevilla, perseguida y condenada por otro marido celoso, la cual, además, recoge y cría una hija del propio Rey, aunque habida en otra mujer, hermana de la perseguida Teodosia.

Una de las más extrañas cosas que hay en esta comedia son las quejas de LOPE contra sus adversarios, la defensa de su teatro y cierta puntada contra Palacio. Son demasiado curiosas e importantes estas especies biográficas para que no las desglosemos de la comedia y pongamos aquí, para meditación de los aficionados. Los regidores del concejo mandan llamar al Barbero, que era el poeta del pueblo, a fin de saber si compondrá los autos sacramentales de aquel año, y prosigue el diálogo:

SELVAGIO. ¿Cómo de los *autos* va?
BARBERO. Ya no los hago.
SELVAGIO. ¿Por qué?
BARBERO. Porque no hacellos juré
y lo voy cumpliendo ya.
Si queréis historia humana
de la dama y el galán
que peregrinando van
por senda segura y llana,
yo lo haré; pero otra cosa
que por ser alta y sutil
ponga en confusión a mil,
hoy cesa en verso y en prosa.
Y aun las humanas muy presto
también las pienso dejar,
por no me ver censurar
ni ser a nadie molesto.
Yo fuí primero inventor
de la comedia en Hungría,
que las que primero había
eran sin gracia y primor.
Y tras haber enseñado
el estilo que hoy se ve
y corregido el que fué,
de *Vega* me he vuelto en prado.
Que cuando vengo a tener
fruto de mil escritores
hay mil que dejan las flores
y andan buscando alcacer.
Es fuerte cosa que intente
dar gusto a toda el aldea
y que un inorante sea
curioso e impertinente.
No quiero tener oficio
que a muchos ha de agradar
pudiéndome yo ocupar
en más seguro ejercicio;
que hay hombre que piensa aquí,
y más si entiende un soneto,
que no puede ser discreto
si no dice mal de mí.
Comprar quiero unos antojos
para mirar a lo sabio,
torciendo a lo falso el labio
y encapotando los ojos.
A los que merced me han hecho
yo los sabré celebrar
dándoles justo lugar
en el papel y en el pecho.
A los demás que no agrada
mi intención, les digo, en suma,
que quiero colgar la pluma,
como otros cuelgan la espada.
SELVAGIO. ¡Par diez, que tiene razón!
Siempre la patria es ingrata.
BARBERO. Un tigre a sus hijos trata
con más piedad y afición.
LLORENTE. Por muchos que os quieren bien,
perdonad con pecho igual
algunos que dicen mal
y querrán-os bien también.
A las costumbres del mundo
no tratéis de dar consejo,
que ha muchos años que es viejo.
BARBERO. Saben las Musas que fundo
en agradar mi intención
a los sabios y discretos.
BARTOLO. ¿Queréisme hacer mil sonetos?
BARBERO. ¿Mil?
BARTOLO. Escuchad la razón.
Al Rey los quiero enviar.
BARBERO. Hay allá otros mejores,
y a tan pobres labradores
nunca los dejan entrar.
Pero yo los quiero hacer.
BARTOLO. ¿Y cuándo?
BARBERO. Dentro de un hora.
LLORENTE. ¿Un hora?
BARBERO. Y menos; y agora.
BENITO. Callad, que no puede ser;
que a muchos oigo decir
que los que componen sudan,
gruñen, gimen y trasudan
como quien quiere parir.

Y que empezando un soneto
por Navidad, fin le dan
la víspera de San Juan
y que no sale perfeto.

BARBERO. Fáltales el natural
que da el Cielo a quien él quiere.

La comedia pertenece a la segunda época de LOPE; fué por él citada en el *Peregrino* de 1618, y poco anterior debe de ser. Se imprimió primero en la *Parte IX* del autor, en Madrid (1617), por la viuda de Alonso Martín, (1) reimpresa al año siguiente, acaso en Madrid (2) y fijamente en Barcelona. (3) Sirvió de texto para la primera y se ha cotejado con la última la edición presente.

Y no menos inverosímil, cosa de que el autor se ríe con la perpetua ironía que reina en toda la obra, es la comedia titulada *El Argel fingido y Renegado de amor*. Parece que este último fué primero su verdadero título, según los versos finales, que dicen:

Aquí, senado famoso,
discreto, ilustre y insigne,
El Renegado de amor
perdón de sus faltas pide.

Sin embargo, al citar LOPE esta pieza en el *Peregrino* de 1604, le dió el primero, y al imprimirla la designó con ambos.

Es obra de su juventud y fué escrita en 1599, en Valencia, cuando los desposorios de Felipe III, cuyas fiestas describe, con minuciosa relación de los caballeros asistentes. Las atrevidas correrías y asaltos a la costa levantina perpetrados aquellos mismos días por los piratas argelinos le inspiraron, sin duda, el asunto de esta comedia, que, como hemos dicho, tiene sabor de parodia.

Se estampó en Madrid, en 1617, en la *Parte VIII* de la colección especial de LOPE, (4) y se reimprimió en el propio año en Barcelona por

(1) El título es *Doze comedias de Lope de Vega, sacadas de sus originales por el mismo...* (Va dedicado el tomo a su amigo y protector el Duque de Sessa.) *Novena parte. Año 1617. Por la Viuda de Alonso Martín de Balboa. A costa de Alonso Pérez, mercader de Libros;* 4.° (4 + 300 hojas). *El Animal de Hungría* es la sexta del tomo.

(2) Esta edición, citada sólo por el Conde de Schack, debe de ser apócrifa o de portada ficticia, o el autor alemán se habrá equivocado en tomar la fecha, o la confundiría con la de Barcelona.

(3) Por Sebastián de Cormellas, 1618, 4.° (4 + 300 hojas).

Suelta se reimprimió tres veces en el siglo XVIII: una en Valencia, en 1764, por Joseph de Orga (16 hojas en 4.°), y otra en 1776, en Barcelona, por Juan Nadal (32 páginas en 4.°), muy defectuosas ambas, y en Salamanca, en la Imprenta de la Santa Cruz (32 págs. en 4.°), sin año. Tenemos, además, a la vista otra impresión suelta muy anterior, pues fué hecha en el siglo XVII, aunque no lleva año ni señas de imprenta ni lugar. Se titula: *Comedia famosa. El Animal de Vngría. De Lope de Vega Carpio.* Está en 4.° y consta de 20 hojas, sin numerar; signaturas A-E, de a 4 hojas. La división es por *jornadas* y no por *actos*, como en las *Partes*.

(4) *El Fénix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Octava*

Sebastián de Cormellas: (1) ambas impresiones hemos tenido presentes para la nuestra.

Si en *El Albañillo* bastó a LOPE DE VEGA un cantar para escribir una comedia, la titulada *¡Ay, verdades, que en amor...!* salió de un romance cuyo primer verso es el título del drama. Publicóse el romance por primera vez y anónimo, en 1621, en la colección *Primavera y flor de los mejores romances* (2) Pero es obra del mismo LOPE DE VEGA y corresponde quizás a la abundante serie de los compuestos en su mocedad a la tornadiza Filis, que fué causa de su destierro en 1588. Por no haber sido recogido, con otros muchos, en el *Romancero general* LOPE no tendría siquiera memoria de haberlo escrito, cuando la publicación de la *Primavera* vino a recordárselo e inspirarle la idea de componer sobre él una comedia. Esto se deduce claramente de ambos; y para que el leyente pueda hacer la comparación, transcribiremos aquí el mencionado romance:

¡Ay, verdades, que en amor
siempre fuistes desdichadas!
¡Buen ejemplo son las mias,
pues con mentiras se pagan!
Cuando traté con engaños
tu verdad, Filis ingrata,
¡qué de quejas vi en tus ojos;
qué de perlas vi en tu cara!
¡Oh, qué de veces te dije,
cuando a mi puerta llamabas:
—En vano llama a la puerta
quien al corazón no llama!—
Mis pastores te decian:
—No está Fabio en la cabaña.—
Y estaba diciendo yo:
—¿Para qué busca quien cansa?
A tus quejas solamente
daban respuesta las aguas;
porque murmuraban, Filis,
que no porque te escuchaban.
Acuérdome que una noche
me dijiste, con mil ansias:
—Déjate, Fabio, querer,
pues que no te cuesta nada.
No quiero yo que me quieras;
que, como amor es el alma,
nunca vi mujer discreta
que bien quisiese forzada.—
En el umbral de tu puerta
reñiamos hasta el alba:
tú, porque habia de entrar;
yo, por no entrar en tu casa.
—Castiguen, Fabio, los Cielos
—dijiste desesperada—
el fuego con que me hielas
y el hielo con que me abrasas.—
Porfiaste, hermosa Filis;
todo el porfiar lo acaba;
que quien piensa que no quiere
el ser querido le engaña.
En el trato ni en el tiempo
nadie tenga confianza:
que se pasan sin sentir,
y se sienten cuando pasan.
Tanto te vine a querer,
que juntos nos envidiaban:
la luna, al bajar la noche;
el sol, al salir el alba.
Los prados, montes y selvas
de vernos se enamoraban;
verdes lazos aprehendian
las yedras enamoradas.

Parte de sus comedias. Con loas, entremeses y bailes... (Dedicadas al Duque de Sessa.) *Año 1617. Con privilegio en Madrid, Por la viuda de Alonso Martín; a costa de Miguel de Siles, mercader de libros.* 4.° (4 + 288 hojas). *El Argel* es la quinta comedia.

(1) Lleva el mismo titulo. 4.° (4 + 283 hojas; las últimas 20, que corresponden a los entremeses, etc., sin foliar).

(2) *Primavera y flor de los mejores romances que han salido ahora nuevamente en esta corte recogidos de varios Poetas. Ahora nuevamente añadido y corregido por el Licenciado Pedro Arias Pérez.* Madrid, Alonso Martín, 1621, en 8.° No obstante lo que dice el titulo, hay romances muy anteriores a 1621.

Mas, bajando en este tiempo
de las heladas montañas
Silvio, tu antiguo pastor,
trajo de allá tu mudanza.
No perdiste la ocasión;
pues cuando yo te adoraba,
de mis pasados desdenes
quisiste tomar venganza.
Filis, ya muero por ti;
confieso que se me pasan
en tus umbrales las noches,
los días a tus ventanas.
No llamo porque imagino
que has de responder airada:
—"¿Para qué llama a la puerta
quien al corazón no llama?"—
Si finjo que no te quiero,
es invención de quien ama;
que, cuando tú no me miras,
hago espejo de tu cara.
Prendas que tú dabas, Filis,
y de que yo me enfadaba,
agora las visto y pongo
sobre los ojos y el alma.
No te encarezco mis penas
por no dar gloria a la causa:
basta que yo las padezca,
sin que tú tomes venganza.
No quieras más de que son
las locuras de amor tantas,
que vengo a poner la boca
adonde los pies estampas.
Mas, con todo lo que digo,
no pienso hablarte palabra:
que en celos que se averiguan
las amistades se acaban. (1)

Este es el resumen y moraleja de la comedia: desdeñar favorecido y amar desdeñado.

De ella existen el autógrafo, en el Museo Británico, fechado y firmado en Madrid a 12 de noviembre de 1625, y dos impresiones antiguas: una de 1635, en la *Parte XXI* especial de Lope de Vega, (2) y otra de 1636, en la *Parte XXIX* de la colección llamada de *Diferentes autores*. (3) Todos estos textos hemos tenido presentes mediante una excelente copia del original autógrafo, que, como es natural, ha servido de base para esta impresión, aunque señalando y tal vez admitiendo alguna corrección acertada del impreso de 1635, acaso del mismo autor. Así el nuevo texto es casi perfecto.

Uno solo existe de la comedia titulada *Los Bandos de Sena* en la ya citada *Parte XXI* de la colección especial de Lope (Madrid, 1635), que ahora se reproduce. (4) La comedia es de asunto italiano y de fondo histórico, tomado de los frecuentes disturbios y banderías políticas en las ciudades libres de aquel país. El conflicto de esta obra no está clara-

(1) Durán: II, 400, reimprimió este romance con otros de Lope. El que en la *Primavera* sigue a éste es otro indubitado que comienza

Vengada la hermosa Filis
de los agravios de Fabio,

y que, como se ve, es continuación del de *¡Ay, verdades...!* Este segundo romance incluyó Lope en su novela *Guzmán el Bravo* (*Obr. sueltas*, VIII, 188).

(2) *Veinte y vna Parte verdadera de las Comedias del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio... sacadas de sus originales. Madrid, Viuda de Alonso Martín*, 1635; 4.º (4 + 260 hojas). La comedia es la segunda.

(3) *Parte veinte y nueve. Contiene Doze comedias famosas de varios autores... En Valencia. Por Silvestre Esparsa, a la calle de las Barcas. Año 1636;* 4.º (5 + 234 hojas). La comedia de Lope es la cuarta.

(4) La comedia es la sexta.

mente planteado entre las familias senenses enemigas, Salimbenis y Montanos, sino más bien por el disfraz varonil de la protagonista, quien, para mayor dificultad, se finge caballero profeso de la Orden de San Juan de Jerusalén, y, por tanto, incapaz para el matrimonio. Quizá Lope haya tomado el asunto de algún novelista italiano, aunque no lo hemos hallado, sin duda por torpeza nuestra, ni en el Bandello, ni en Sachetti, el Lasca, el Boccaccio, el Pecorone y otros que hemos revisado. Es obra de la madurez de Lope, pues no aparece citada antes del *Peregrino* de 1618 y se conoce por la limpieza y maestría de la versificación y estilo.

De la comedia *La Batalla del honor* poseyó don Salustiano de Olózaga un manuscrito autógrafo a 18 de abril de 1608, dueño también de otras aún más estimables piezas de esta clase, que hoy no se sabe dónde paran. Pero se incluyó también en la *Parte VI* de la colección propia de su autor, impresa en Madrid en 1615, (1) y al siguiente año, (2) en Barcelona en 1616, (3) en la *Parte XV* de la serie llamada de *Escogidas*, (4) aunque a nombre de don Fernando de Zárate y suelta a principios del siglo XVIII. (5)

En cuanto a las fuentes de esta comedia nada podemos decir: quizá sea de libre inventiva. Es buena la primera mitad; porque el recurso de la semilocura del Almirante, además de inverosímil, es muy poco ingenioso y artístico.

Es, en cambio, bien conocido el origen de *La Bella malmaridada*, obra de la juventud de Lope, pues ya aparece impresa en la *Parte II* de sus comedias, de que hay gran número de ediciones, siendo de 1609 la primera madrileña. (6)

---

(1) *El Fenix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Sexta parte de sus Comedias.... Año 1615. En Madrid. Por la Viuda de Alonso Martín.* 4.° (4 + 302 hojas). La comedia es la primera del tomo.

(2) *El Fenix de España... Año 1616. En Madrid. Por Juan de la Cuesta.* 4.° (4 + 282 hojas). Como la anterior.

(3) *El Fenix de España... Barcelona Sebastián de Cormellas, 1616;* 4.° (4 hojas preliminares. Las comedias llevan cada una foliación especial). *La Batalla* es también la primera y ocupa 24 hojas.

(4) *Parte qvinze. Comedias nvevas escogidas de los mejores Ingenios de España. Madrid, Melchor Sánchez, 1661;* 4.° (4 + 260 hojas). La comedia de Lope, que es la cuarta, va, como se ha dicho, atribuida a don Fernando de Zárate.

(5) *Comedia famosa. La Batalla del honor. Del Fenix de los Ingenios Lope de Vega.* (Al fin:) *En Madrid, con las licencias necesarias. A costa de Doña Theresa de Guzmán.* Sin año (hacia 1725): 4.°; 39 págs.

(6) *Segunda Parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio. Madrid, Alonso Martín, 1609;* 4.° (4 + 372 hojas). Cita Salvá (I, 537) esta primera edición, existente en Inglaterra. Se reimprimió muchas veces. En Valladolid, 1609 (Schack); Pamplona, 1609 (Salvá); Madrid, 1610 (Biblioteca Nacional); Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1611; Valladolid, 1611 (Rennert); Bruselas, Roger Velpio, 1611; Amberes, Pedro Bellero, 1611; Lisboa, Pedro Craesbeeck, 1612 (Salvá); Madrid, Juan de la Cuesta, 1618; Madrid, 1630. Las que no

El origen de esta comedia es una copla de música o romance popular bastante necio, pero que tuvo gran boga desde fines del siglo XV, en que parece que nació, principalmente por haberse cantado por el pueblo y aun por haberlo puesto en solfa ciertos músicos de principios del siglo XVI, como Gabriel *el Músico* (hacia 1500), Luis de Narváez (1538) y Enríquez de Valderrábano (1547).

En esta primera época, sin duda, era copla en forma de serventesio, pues Gabriel lo inscribe así:

La bella malmaridada,
de las más lindas que vi,
miémbresete cuán amada,
señora, fuiste de mí.

Y casi del mismo modo se ve en la transcripción de Narváez y Valderrábano. (1)

Después comenzaron los glosadores y la convirtieron en romance, siendo la forma más antigua, al parecer, la que recogió, a principios del siglo XVI, un tal Quesada, en unas coplas que hizo para glosarlo. Empezaba así:

La bella malmaridada,
de las lindas que yo vi:
véote triste, enojada:
la verdad dila tú a mí.

Si has de tomar amores,
vida, no dejes a mí; (2)
que a tu marido, señora,
con otras damas le vi... (3)

Los primeros cuatro versos aún conservan la estructura de copla; pero en las sucesivas glosas se fué reduciendo a verdadero romance:

La bella malmaridada,
de las más lindas que vi,
si habéis de tomar amores,
vida, no dejéis a mí, (4)

llevan indicación especial existen en la Biblioteca Nacional de Madrid. Aún se citan otras dos ediciones de Madrid, 1621, una por la Viuda de Alonso Pérez de Montalbán (Restori) y otra por la Viuda de Alonso Martín (Restori). Cosa rara que en un mismo año se imprimiese dos veces esta *Parte* ya tan vieja. Pérez Pastor, en su *Bibliografía Madrileña,* no menciona ni una ni otra. Quizá la portada de alguno de estos tomos sea supuesta, como sucedía con frecuencia. Las ediciones de Bruselas y Amberes son una misma, pues llevan igual colofón, que dice: "Antuerpiae. Excudebat Andreas Bacx, 1611."

(1) *Cancionero musical de los siglos xv y xvi,* por don Francisco Asenjo Barbieri. Madrid, 1890; fol. Véanse págs. 105, 183, 607 y 609.

(2) Durán escribe este verso, por error: "por otro no dejes a mí", que además es largo.

(3) DURÁN: *Romancero* (en *Autores Esps.*: II, 450).

(4) *Cancionero general* de Castillo. Edición de los *Bibliófilos*: II, 602. Esta adición pertenece al *Cancionero* aumentado de Amberes, 1557. Entre los más célebres glosadores deben citarse a Jorge Montemayor y Gregorio Silvestre. Pero convertirlo en comedia sólo a LOPE era dable; mas no debe confundirse ésta con otra algo semejante titulada *La Malcasada,* que reimprimiremos a su tiempo.

que es la forma en que lo glosa Lope (pág. 617), sin más variante que el cuarto verso, "no dejéis por otro a mí", que es la que otros, como Lorenzo de Sepúlveda, le habían dado.

Pero el giro que Lope dió a su obra es justamente el opuesto al del romance; porque en éste la malmaridada pide al galán que la lleve consigo:

Sácame tú, el caballero;
tú sacásesme de aquí;
por las tierras donde fueres
bien te sabría yo servir.
Yo te haría bien la cama
en que hayamos de dormir;
yo te guisaré la cena
como a caballero gentil;
de gallinas y capones
y otras cosas, más de mil;
que a este mi [mal] marido
ya no le puedo sufrir;
que me da muy mala vida,
cual bien vos podéis oir.

La moral en manos de Lope queda triunfante, pues la malcasada es roca firme de virtud.

La comedia de *Bernardo del Carpio. Segunda parte*, lo es, en efecto, de la trilogía que tiene por asunto los hechos hazañosos del legendario héroe asturiano. Menéndez y Pelayo, que en la anterior colección académica de Lope publicó la primera y la última parte de esta trilogía con los títulos de *Las Mocedades de Bernardo del Carpio* y de *El Casamiento en la muerte*, no conoció la pieza intermedia, y aun negó su existencia, creyendo confusión ajena la que era suya con otra comedia de don Lope de Llano, titulada *Bernardo del Carpio en Francia*. Dice así:

"Como esta comedia y la que sigue, aunque muy desiguales en mérito, contienen íntegra la historia poética de Bernardo del Carpio, agruparemos aquí los datos concernientes a esta leyenda antes de hablar en particular de cada una de las dos obras que inspiró a Lope. *Tres* dicen algunos, pero es error, porque cuentan como tercera la titulada *Bernardo del Carpio en Francia*, que no es de nuestro Lope, sino de un don Lope de Liaño (a quien en algunos catálogos se llama don Lope de Llano)." (1)

Son dos obras completamente distintas ésta que ahora publicamos y la de Llano, que se refiere a la época de Ludovico Pío y se reduce su argumento a las disputas entre sus hijos por la herencia paterna, intentando despojar al hermano menor, después Carlos *el Calvo*, hijo de un segundo matrimonio del emperador Ludovico, vivo todavía. Bernardo del Carpio aparece como salvador, primero de la Emperatriz, que, gracias a él, llega a los brazos de su marido, y luego protector de ella y su hijo, y hasta del mismo Ludovico. Se intercala un episodio amoroso de Bernardo con una varonil Princesa de Colonia, con la cual se casa al acabar la comedia. (2)

(1) *Obras de Lope de Vega*. Tomo VII. Madrid 1897; pág. XCI.

(2) Acerca del verdadero apellido de este autor dramático introdujo la duda el doctor Juan Pérez de Montalbán, quien, en su *Para todos* (fol. 358 v. de la edición de 1632), dice:

Nada, pues, tiene esta pieza de común con la que se imprime desde la página 645 del presente volumen. La intención de intercalarla con las otras dos conocidas resulta evidente, no sólo del encabezado transcripto, sino de los versos finales de la obra, que dicen:

BERNARDO. Llore su desdicha Francia
mejor pudieras decir;
ya que para lo que falta,
senado, de aquesta historia,
su autor os convida y llama
a la tercera comedia,
supliendo sus muchas faltas.

Un ejemplar impreso suelto de esta rara comedia existe en el Museo Británico y ha servido para esta reimpresión: parece edición madrileña de fines del siglo XVII, sin otras señas de tiempo ni oficina tipográfica. (1)

Lo tardío de esta edición, aunque reproducción de otra anterior, deja presumir que no estará exenta de interpolaciones, de las cuales hemos señalado algunas en el texto, al advertir evidentes incongruencias o descuidos del refundidor.

Pero que la comedia es antigua lo acredita el encabezado, en que se dice: "Representóla Avendaño", célebre autor de compañías fallecido en 1634. (2)

"Don Lope de Liaño es tan abundante, ingenioso y fértil para autos y comedias, que en todo tiene grande estimación y toda muy digna de sus aciertos." Pero a la vista tenemos cuatro ediciones de su comedia que le dan el otro apellido.

1.ª *Bernardo del Carpio en Francia. Comedia famosa. De Don Lope de Llano.* En 4.º, sin lugar, año ni imprenta. Consta de 16 hojas sin numerar, signaturas A-D², y parece de fines del siglo XVII.

2.ª *Bernardo del Carpio en Francia. Comedia famosa de don Lope de Llanos* (sic). Al final dice: "Con licencia: En Sevilla, En la Imprenta de la Vivda de Francisco de Leefdael, en la Casa del Correo Viejo." 24 págs. en 4.º Esta Viuda imprimía a principios del siglo XVIII.

3.ª *Comedia famosa. Bernardo del Carpio en Francia. De Don Lope de Llono.* Al fin: "Con licencia: En Barcelona: En la Imprenta de Pedro Escvder, en la calle Condal, en donde se hallarán Libros, Comedias, Historias, Romances, Relaciones, y otros diferentes Papeles muy curiosos. Año de 1756." En 4.º; 31 págs.

4.ª *Comedia. Bernardo del Carpio en Francia. De Don Lope de Llano.* Al fin: "Madrid: Año de 1798." Librería de Quiroga; 24 págs. en 4.º

No debe haber, por consiguiente, dudas acerca del verdadero apellido del autor.

(1) Al suponerla de fines del siglo XVII nos fijamos en el aspecto de su letra y forma de imprimir, en comparación con otras piezas de aquel tiempo; y para creerla madrileña, en la cabecera de adorno al principio de la comedia, el florón del final y en que lleva la palabra "Comedia" de letra pequeña, al revés de las ediciones sevillanas de la época.

(2) Cristóbal de Avendaño se hallaba todavía con buena salud, al parecer, en 9 de julio de 1634, pues en dicho día recibe del Tesorero del Rey 6.000 reales, que se le pagaron á él, y 2.200 a Roque de Figueroa por las comedias que habian representado a los monarcas en el Buen Retiro (*Bullet. Hisp.* de 1911, pág. 55). Pero en 25 de agosto era ya fallecido, porque en el libro de *Descargo* del Tesorero de la Cofradia de la Novena, Pedro Ortiz de Urbina, anota éste con referencia a dicho año esta partida: "*Honras de Avendaño.* Más, en 25 de agosto, de las honras de Avendaño, 107 reales, de que hay carta de pago." (*Arch. de la Cofr.,*

La crítica detenida podrá, quizás, algún día especificar lo que haya quedado de Lope en esta comedia. El acto segundo parece ser el que menos ha padecido. De todos modos, la comedia es, a nuestro ver, inferior a cualquiera de las otras dos partes sobre el mismo asunto.

Como ya habíamos indicado al final del prólogo del tomo anterior, en el presente las dificultades han sido menores, con ser grande el número de textos que se han tenido a la vista y, a veces, muy copiosas las variantes que algunos ofrecen.

EMILIO COTARELO Y MORI.

---

leg. 3.º, carp. 5.) Y en el *Cargo* del mismo año dice: "Más se le hace cargo de 1.051 reales que recibió en 19 de mayo de 1635 de Juan de Garavito, cobrador de Avendaño, en esta manera: 100 que por su orden del dicho P.º de Urbina dieron a Beatriz de San José, enferma; 100 que ha de cobrar de Agustín de Villarreal y de Juan de Garavito; la restante cantidad en que entra la manda que hizo Avendaño cuando murió, los cuales los remitió Salvador de Lara y su mujer María Candado." La manda de Avendaño se declara en esta otra partida, correspondiente al borrador del mismo libro: "Más 100 reales que se dieron a Beatriz de San José, la beata; los cuales le dió María Candado en la ciudad de Sevilla, por cuenta de los cincuenta ducados que mandó su marido Avendaño por su testamento que otorgó en Avila." (*Arch. de la Cofr.*, leg. 1.º, carps. 5 y 17.) Aquí, pues, le sorprendería la muerte, y por eso en octubre de 1635 aparece Francisco Alegría, uno de los arrendadores de los corrales o teatros, cobrando, por encargo probablemente de los herederos de Avendaño, 1.050 reales por cinco representaciones particulares hechas al Rey desde el 14 de mayo al 10 de junio de 1634 (*Averiguador*: Año 1871, pág. 74). Las otras tres funciones que se anotan luego corresponderán a otro actor o a fecha distinta, cosas ambas posibles por la negligencia con que se tomaron aquellas notas.

INDICE DEL TOMO III

LA GRAN COMEDIA

DEL ABANILLO

DE LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

El Conde Celio.
Roberto, *su criado.*
Fabio, *gracioso.*
Don Jaime de Moncada.
El Almirante de Aragón.
Don Félix.
Julio, *su criado.*
Doña Estefanía.
Clavela.
[Lucía (1), *criada.*]
[Escudero.]
[Floresto.]
[Músicos.]

JORNADA PRIMERA

(*Salen el* Conde Celio *y* Roberto.)

Roberto. ¿Y despachaste el poder?
Celio. Ya le di para casarme.
No me pude defender,
pero pudo consolarme
de que en España ha de ser.
Que mientras allá se trata
y a Italia mi esposa viene,
se detiene y se dilata,
y el mal, cuando se detiene,
con menos violencia mata.
Roberto. ¿Con quién, en fin, te ha casado?
Celio. Eso no escribe mi tio,
que fué descuido extremado;
mas de su grandeza fío
la calidad de mi estado.
Roberto. Pues ¿no escribiera con quién
te casaba el Almirante?
Celio. Por si no le sale bien
es al secreto importante
que estos negocios lo estén.
Los señores, como sabes,
andan siempre divertidos,
como tratan cosas graves,
y tal vez entretenidos
en ejercicios suaves;
y como me escribe a mí
de su mano, fué ocasión.
Roberto. ¿No tienes la carta?
Celio. Sí.
Roberto. Lee, por ver la razón
del silencio.

(1) Otras veces le llama "Lucinda".

Celio. Dice así:
"Sobrino: este negocio está hecho a mi gusto, como era razón siendo vos hijo de mi hermana. Enviadme el poder para que yo os envíe la más hermosa y calificada mujer de este Principado. Dios os guarde.—*El Almirante de Aragón.*"
Roberto. ¿Hay más notable casar?
Celio. Esto dice, y no otra cosa;
y pues se ha de dilatar
el venir aquí mi esposa,
tendré bastante lugar
para hacer nuestra jornada.
Roberto. ¿A España vas, en efecto,
donde está tu prenda amada?
Celio. Disfrazado y de secreto,
Roberto, no importa nada.
Salió Florela de aquí,
llevóme el alma Florela;
casóse, mi bien perdí.
Roberto. Menester será cautela
para andar secreto allí.
Celio. En España, disfrazado,
¿me ha de ver el Almirante
viviendo yo con cuidado?
Roberto. Que mudes, será importante,
el nombre.
Celio. Así lo he pensado.
Como el que escucha una traza
de una comedia, y no advierte
qué principios amenaza,
qué nombre en otro convierte
y qué personas disfraza,
y después no entiende nada
por más que la escuche atento,
ansí yo, en esta jornada,

disfrazar el nombre intento
para no llevarla errada.
Y con haber advertido
el principio que he tomado
llevando el nombre fingido,
ando en otro disfrazado
y queda el caso entendido.

ROBERTO. ¿Y quién te acompaña a España?
CELIO. Fabio y tú, que en mis secretos
siempre Fabio me acompaña.
ROBERTO. Es de los buenos sujetos.
CELIO. Sirve alegre y falso engaña.
ROBERTO. Si vas tan solo, yo creo
que no serás conocido.
CELIO. Ver a Florela deseo.
Ya de Celio me despido.
ROBERTO. ¿Qué nombre tomas?
CELIO. Fineo.
ROBERTO. De suerte que desde hoy
¿no hay conde Celio?
CELIO. Entre tanto
no más que en España estoy.
ROBERTO. De tu loco amor me espanto.
CELIO. No sólo por ella voy,
que ver a España deseo,
y mientras viene mi esposa.
ROBERTO. Harás un galán paseo,
que después que venga es cosa
imposible.
CELIO. Así lo creo:
pues en mi estado y casado
no me queda libertad
para salir de mi estado,
por cuya dificultad
estoy ya determinado.
ROBERTO. ¿Dónde iremos desde aquí?
CELIO. A la insigne Barcelona.
ROBERTO. Bien entrarás por allí
si desfrazas tu persona.
CELIO. Déjame el cuidado a mí
y verás, Roberto, el modo
con que el viaje acomodo
por que tenga libertad
quien con tanta brevedad
ha de perderla del todo.

(*Vanse, y salen el* ALMIRANTE DE ARAGÓN *y* DON JAIME DE MONCADA.)

ALMIRANTE.

Conviéneme tratarlo con secreto.

DON JAIME.

Gran señor Almirante, aquestas cosas
hara dar pena si de hacerse dejan (1)
cuando de todos fueron esperadas,
porque de todos fueron conocidas,
y asi huelgo el secreto con extremo.

ALMIRANTE.

Siempre en las cosas de saberse temo.
Mientras están ocultas no se pierde
reputación.

DON JAIME.

En fin, yo os doy mi hija,
de buena gana, para el conde Celio.

ALMIRANTE.

Es Celio mi sobrino, y es el hombre
que de toda mi sangre más estimo,
así por el respeto de mi hermana,
como por la noticia de sus méritos.

DON JAIME.

¿Y él sabe con quién vos le habéis casado?

ALMIRANTE.

De ninguna manera lo ha sabido
hasta saber que de mi mano ha sido.

DON JAIME.

¿Cuándo se volverá vuestra excelencia?

ALMIRANTE.

Volveréme mañana a Zaragoza,
pues ya no queda cosa de cuidado
en lo que entre los dos queda tratado.

DON JAIME.

Hablad a Estefanía.

ALMIRANTE.

Si le diera
mi hijo, no estuviera más contento.

DON JAIME.

Honráis con vuestro gran merecimiento
vuestras hechuras.

ALMIRANTE.

Yo lo soy tan vuestro,
como mi amor por la experiencia os muestra.

(*Salen* DOÑA ESTEFANÍA *y* CLAVELA.)

ESTEFAN. ¿Que se va vuestra excelencia?
Poco le habemos gozado.

---

(1) Probablemente estos versos se escribirian así:
"Son, Señor Almirante, aquestas cosas
para dar pena si de hacerse dejan".

ALMIR. Con eso añadís cuidado
a la pena de mi ausencia.
ESTEFAN. No os merece Barcelona,
que por eso la dejáis,
y toda siente que os vais.
CLAVELA. Honraba vuestra persona,
generoso don García,
esta ciudad, que os adora.
ALMIR. ¿También vos queréis ahora
aumentar la pena mía?
Basten mis obligaciones;
no me deis más que llevar,
porque no podrán hallar
iguales satisfacciones,
y mirad qué me mandáis.
ESTEFAN. Que el Cielo os guarde y os lleve
con bien
ALMIR. Vos veréis en breve
qué voluntad obligáis.—
Vos quedaos, que no es razón
que salgáis de aquí.
D. JAIME. Pudiera
formar agravio si fuera
mayor vuestra obligación;
y fuera de esto me importa
andar (1) en lo que sabéis
para que en todo me honréis.
ALMIR. Esa razón me reporta.

(*Vanse los dos.*)

CLAVELA. ¡Generoso caballero!
ESTEFAN. Es el honor de Aragón.
CLAVELA. Notables amigos son.
Algún parentesco espero.
ESTEFAN. ¿Malicias?
CLAVELA. Justas sospechas,
pues no será sin efeto
hablar con tanto secreto.
ESTEFAN. Yo pienso que satisfechas
podemos estar las dos
que no nos quieren casar.
CLAVELA. Yo, prima, puedo pensar
que sólo tratan de vos.
¿Querrá el Almirante daros
su hijo?
ESTEFAN. Cuando él quisiera,
mi padre me lo dijera.
CLAVELA. No querrá don Jaime hablaros
en materia de casar
por no inquietaros.

(1) En el original "hadar".

ESTEFAN. No sé,
que cuidado no me dé;
bien puedo segura estar.
¿Cómo va de Félix?
CLAVELA. Bien.
Porfía, téngole amor.
ESTEFAN. El es hombre de valor,
bien es que premio le den.
CLAVELA. No le elevéis, que tendré
celos.
ESTEFAN. ¿De mí?
CLAVELA. ¿Por qué no?

(*Salen* DON FÉLIX *y* JULIO, *criado.*)

JULIO. Ya dicen que se partió.
D. FÉLIX. ¿A qué vino?
JULIO. No lo sé.
Secreta fué su jornada,
porque en toda Barcelona
no habló con otra persona
que don Jaime de Moncada.
D. FÉLIX. ¡Quedo! Clavela está aquí
y la prima Estefanía.
JULIO. Parecen el sol y el día.
D. FÉLIX. Hablaste, Julio, por mí.—
Gracias a Amor que salió,
en la noche de mi ausencia,
el sol de vuestra presencia
que luz a mis ojos dió;
pues como en verdes cortinas
salen a mirar las flores
sus rayos, cuyas colores
bañó el alba (1) en perlas finas,
así el alma y sus potencias
a mirar la lumbre pura
de vuestra rara hermosura
con mayores diferencias;
que ellas tienen los despojos
del alma en sus varias hojas,
y yo, por tantas congojas,
tengo el llanto de mis ojos.
ESTEFAN. Si tenéis por cortesía
hacer a las dos favor,
mirad que se corre Amor
y de ninguno se fía.
Hablad, pues tenéis lugar
y quien os sirva de guarda.
D. FÉLIX. Sois por extremo gallarda;
sabéis al alma obligar.—

(1) En el ms. "alma".

No hay tesoro que se iguale,
Clavela, al entendimiento.

ESTEFAN. Desde aquí soy lince atento
para ver si alguno sale.

D. FÉLIX. ¿Cómo habéis, señora, estado
los años que ha que no os veo,
porque en los de mi deseo
casi a la muerte he llegado?
No tengo vida sin vos,
ni movimiento ni ser.

CLAVELA. En lo que es encarecer
yo os doy ventaja, ¡por Dios!
No os la doy en el sentir.

D. FÉLIX. El Amor, que ya ha pasado
a andar por nuevo turbado,
bien es que sepa decir
sus penas y sentimientos.

CLAVELA. Si se vieran corazones,
no hicieran tantas traiciones
los ocultos pensamientos.

D. FÉLIX. Por vuestra culpa no habéis
visto, pues fuera razón,
señora, mi corazón,
porque con vos le tenéis.
Si alguno a mí con verdad
bien puede alabarse el mío.

CLAVELA. De mi dicha desconfío,
no de vuestra voluntad.

D. FÉLIX. Pues si por vuestra hermosura
desconfiáis de tener,
como suele suceder,
tan próspera la ventura;
no sea culpando en mi
el justo merecimiento.

ESTEFAN. Clavela, a mi padre siento.

CLAVELA. Yo soy la que siempre fuí.
Hoy iremos a la mar,
allí buscarnos podéis.

D. FÉLIX. Como sois perla, queréis
que al mar os vaya a buscar.

ESTEFAN. Adiós, Félix.

D. FÉLIX. La merced
recibida ya desvela
el alma.

ESTEFAN. Dadla a Clavela,
y que soy vuestra creed.

(Vanse las dos.)

D. FÉLIX. Julio, ¿tiene mi ventura
en Barcelona galán?
Mil esperanzas me dan.

JULIO. Una basta, si es segura.

D. FÉLIX. Camina, Julio, a la mar,
que aquella sirena bella
quiere ir a engañar en ella.

JULIO. ¿Cómo te puede engañar
si ya te tiene engañado?

D. FÉLIX. Dichoso el engaño mío,
pues por él llegar confío
al más venturoso estado.

(Vanse, y entran de camino el CONDE CELIO, ROBERTO *y* FABIO.*)*

CELIO. ¡Bien nos ha tratado el mar!

ROBERTO. ¡Hermosa tierra (1) es España!

FABIO. No la tiene tal Europa;
perdone la bella Italia.

CELIO. Hablas, Fabio, a lo español.

FABIO. Como he pasado por agua,
y aquí en Barcelona he visto
la soberana fragancia
de estos generosos vinos,
doile a España la ventaja.

ROBERTO. Su figura, conde Celio.

CELIO. ¡Necio! Ya se te olvidaba
que no soy más de Fineo.

ROBERTO. Pues ¿a solas?

CELIO. El que trata
de callar algún secreto,
aunque esté a solas se guarda;
porque como a un instrumento
cuando de tocarle acaban
queda el eco de las voces,
aunque no las consonancias,
así quien quiere callar,
aunque esté a solas, no habla
porque no suene en la lengua
lo que ha tratado en el alma.

ROBERTO. Digo, en efecto, Fineo,
que es la figura de España
un cuero de buey tendido.

FABIO. ¡Linda forma! ¡Hermosa traza!

ROBERTO. Estos montes Pirineos
la dividen de la Francia,
y entre este mar y el Océano,
que tiene en torno, se halla
dos mil millas.

CELIO. Son menores
que leguas.

ROBERTO. Un tercio falta.

FABIO. Un tercio basta; entraréis

---

(1) En el ms. "provincia", con lo que, además del error, sobra una sílaba.

por las leguas catalanas,
y veréis, si hace calor,
de qué manera se paga.

ROBERTO. Es pobre de aguas y rios.

FABIO. ¿Qué importa, si la acompañan
fuentes de vino en bodegas.
que corren a partes varias?

ROBERTO. Por esta causa no es
tan general su abundancia,
si bien de ninguna cosa
puede decir que está falta.
Su riqueza es vino, pan,
cera, azúcar, sedas, lana,
azafrán, aceite, miel,
frutas que su campo esmaltan.
azogue, cáñamo, lino,
trementina y lo que llaman
rubia, bermellón, alumbre,
oro, hierro y tersa plata
de los montes Marianos,
que hoy Sierra Morena llaman.
Se alaba mucho el azófar,
aunque mucho más se alaban
sus caballos andaluces,
cuya ligereza es tanta,
que les dió por padre el viento
antiguamente la fama.
Sus carnes son tan perfectas
que a las demás aventajan;
abunda en ganado.

FABIO. Y tanto,
que de cabruno se halla
casi número infinito,
sin el de toros y vacas.

ROBERTO. En tres partes la dividen.

CELIO. ¡Bravo cosmógrafo andas!

ROBERTO. En Tarraconense, Bética
y la fuerte Lusitania.
Está la Bética fértil
de Guadiana a la entrada;
la Lusitania se extiende
entre Duero y Guadiana;
la Tarraconense ocupa
Murcia, Valencia, Navarra,
Cataluña y Aragón,
las dos Castillas, Vizcaya,
las Asturias y Galicia.

FABIO. Gallegos, gente *non sancta;*
esto el vulgo, que los nobles
es de lo mejor de España.

CELIO. ¿Y qué decís de esta bella
ciudad?

ROBERTO. Que como levanta
el valor de un edificio
una espléndida fachada,
así la gran Barcelona
está a la entrada de España
sirviendo de arquitectura
para su famosa entrada.

CELIO. ¡Qué edificios tan hermosos!

FABIO. ¡Lindas torres la acompañan!

CELIO. Esta calle de la Mar
ninguna sé que la iguala.

ROBERTO. Milán pienso que la excede.

FABIO. El Zacatín de Granada
es la más bella del mundo.

CELIO. ¡Paso, que pasan dos damas!

ROBERTO. De un coche se han apeado.

FABIO. Un viejo las acompaña
a modo de Gandalin;
escuderos, gente baja.

CELIO. Antes les dió el nombre Roma
porque en la guerra llevaban
aquellos escudos fuertes.

FABIO. Ahora (1) se le dan porque andan
buscando escudos prestados
y eternamente los hallan.

(*Salen* ESCUDERO, ESTEFANÍA, CLAVELA *y* LUCINDA, *criada.*)

ESTEFAN. ¡Buenos van los forasteros!

CLAVELA. Turbios parece que van;
mas ellos se aclararán.

ESTEFAN. No más, que son caballeros,
y el que parece el mayor
tiene muy gallardo talle.

CELIO. Pregunta si es esta calle
de la Mar o del Amor,
porque adonde matan, Fabio,
del *amar* debe de ser.

FABIO. Señores, el no saber
y preguntar no es agravio.
Mandóme aquel caballero
saber dónde, aunque haya pocos,
es la casa de los locos.

ESTEFAN. Decidle vos, escudero,
que de donde viene ahora.

CELIO. ¿Qué responden?

FABIO. Que las hables.

CELIO. ¡Qué corteses!

FABIO. Son notables.

CELIO. Dice ese paje, señora,

(1) El original "Esa".

que me habéis dado licencia
para que os hable. Así,
con ella me atrevo.

ESTEFAN. Aquí
preguntó una impertinencia.

CELIO. Pues ¿qué dijo?

ESTEFAN. Que dónde era
el hospital de los locos.

CELIO. Que os ven, señora, muy pocos
ese necio considera;
que a veros muchos, yo creo
que fuera, en su enfermedad,
estrecha esta gran ciudad,
pues ya lo está mi deseo.
Vuestra calidad ignoro;
miento, pues en vos se ve
que, por más que oculto esté,
muestra el sol sus rayos de oro.
No sé qué pueda ofreceros
después de estar muy turbado,
pues por un necio criado
vine deslumbrado a veros.

ESTEFAN. No os turbéis, que os ofendéis,
pues merecéis ser oído;
y pues que ya habéis venido,
hablad, licencia tenéis.

CELIO. ¿Qué puede hablar acertado
quien por yerro aquí llegó,
aunque sin duda acertó
en eso mismo que ha errado?
Y si el acierto es mayor
que fué el yerro, que hallé, digo,
galardón en el castigo
y en el desprecio favor.
Y, mi disculpa admitida,
sabréis que cuando miráis
con lo mismo que matáis
dais vida, y dichosa vida.
Como ciega mariposa
llegué a ver la llama pura
de vuestra rara hermosura,
cuando atrevida dichosa.
Miré ciego y hablé loco;
pero al fuego que llegué
dulcemente me abrasé.
¡Si fuera más poco a poco!

ESTEFAN. Qué, ¿luego abrasado estáis?

CELIO. Si el alma fuere visible,
viérase el fuego invencible
con cuya luz la abrasáis.

ESTEFAN. Siendo espíritu y eterno,
¿se abrasa el alma? Es error.

CELIO. Sí, porque el fuego de Amor
se parece al del Infierno.

ESTEFAN. Pues ¿cómo dicen que hay gloria
en Amor muchos que amaron? (1)

CELIO. Porque sus penas llegaron
al fin de su dulce historia.
Que como hay tanta pasión
mientras el bien no se alcanza,
es infierno la esperanza
y gloria la posesión.

ESTEFAN. Pues ¿qué es Amor?

CELIO. Un deseo.

ESTEFAN. ¿De qué?

CELIO. De lo que es hermoso.

ESTEFAN. ¿Es accidente?

CELIO. Es forzoso
si me llama el bien que veo.

ESTEFAN. ¿No puede ser elección?

CELIO. Elegir a quien amar
suele con el trato obrar
dentro del alma afición:
pero el amor que llegó
por accidente a la vista,
con más segura conquista
dichoso fin pretendió.

ESTEFAN. ¿Qué medios se han de poner
para merecer favor?

CELIO. Mirar siempre con temor
y servir con padecer.

ESTEFAN. ¿No hay otro alguno?

CELIO. Escribir
si le quieren dar lugar.

ESTEFAN. ¿Y no quedan más?

CELIO. Hablar,
si le quisieren oír.

ESTEFAN. ¿Y si le diesen favor?

CELIO. Estar muy agradecido.

ESTEFAN. ¿Y si una mano?

CELIO. Atrevido
para otra dicha mayor.
Y no más, que en las escuelas
de Amor, por no dar espanto,
no suele apurarse tanto
a un amante con espuelas.
Salí del mar, donde hallé
bonanza y paz en su guerra,
sirenas hallé en la tierra,
cosa que jamás pensé.
Quisiera este aviso dar,
y aun escribirle en diamantes:

(1) En el ms. "aman".

"Guárdense los navegantes
de esta calle y no del mar."

ESTEFAN. Vos lo decís harto bien;
pero ¿por cuál de las dos?

CELIO. Luego me dicen por vos
los mismos ojos que os ven,
como en el cristal se ofrece
del que en mirarle repara
el retrato de su cara
que otra persona le ofrece.
Han sido Amor los antojos
que tienen al alma en calma,
hacen que se asome el alma
por el cristal de los ojos.

ESTEFAN. ¿Adónde pasáis?

CELIO. De aquí
no tengo ya que pasar,
pues ni a más puedo llegar
ni haber mayor dicha en mí.
A España pensaba ver,
y no crei, cosa extraña,
que tan presto viera a España,
pues ya me puedo volver.
Yo he visto a España en vos sola,
y así en Italia diré
que toda junta la hallé
en una dama española.

ESTEFAN. No os volváis ¡por vida mía!

CELIO. Por esa vida perdiera
mil vidas que Dios me diera.

CLAVELA. (¿Qué dices?

ESTEFAN. ¡Ay, prima mía!
No sé qué gusto me ha dado
de hablar a este forastero.

CLAVELA. ¿Detenerle quieres?

ESTEFAN. ¡Quiero!)

CLAVELA. Enviad, señor, un criado,
y nuestra casa os dirá.

CELIO. ¿Podré pasar por allí?

CLAVELA. Recatadamente, sí.

CELIO. ¿Fabio?

FABIO. ¿Señor?

CELIO. Oye acá.
Sigue a esas damas.

FABIO. ¿Hiciste
algún concierto?

CELIO. ¿Estás loco?

FABIO. Quien su salud tiene en poco
con una muralla embiste.
Mira que hay de estas bellacas
que en cogiendo a un forastero...

CELIO. No digas más, majadero.

FABIO. Yo callo.

CELIO. ¿De dónde sacas
que no es gente principal?

FABIO. No digo que no lo es;
mas que tan presto no des
de tu flaqueza señal.
Esta es la primer mujer
que en España visto habemos;
¡si así nos enternecemos,
bien nos podemos volver!
A Madrid un montañés
vino a servir diligente,
y a la entrada de su puente
halló dos negros o tres,
y dijo: "Si todos son
en la corte de esta suerte,
vuélvome a Asturias."

CELIO. Advierte
que se van.

FABIO. Tienes razón.
Voy tras ellas.

CELIO. Vuelve luego.

ROBERTO. ¡Qué tierno te hizo Amor!

CELIO. No vi hermosura mayor.

ROBERTO. ¿Tan presto?

CELIO. Es veloz su fuego:
que quien, Roberto, pintó
con flecha a Amor, no sabía
de arcabuz ni artillería,
ni la pólvora alcanzó.
Ya no se pinta con flecha,
con una escopeta sí.
¿Qué te espantas, si caí
viniendo al alma derecha?

ROBERTO. Pues ¿Florela no era ayer
quien a España te traía?

CELIO. Fué noche de aqueste día
que hoy comienza a amanecer.
Licencia a Fabio le dió
para que sepa su casa.

ROBERTO. ¿Quien a ver a España pasa
al primer lance paró?

CELIO. Yo la doy por vista ya.
Haz cuenta que a Zaragoza,
que justamente se goza
por la grandeza en que está;
a la pintada Valencia,
a la Toledo Imperial,
a Extremadura y Plasencia,
a Córdoba y a Jaén,
a Málaga y a Antequera,
a Lisboa, en que pudiera

entretenerme muy bien;
a la famosa Granada
y bella Valladolid,
a la dichosa Madrid
de puros aires bañada,
a Salamanca, a Pamplona,
a Burgos y, finalmente,
a las demás que a la frente
de España han dado corona.
No quiero pasar de aquí;
no hay sino buscar posada.

ROBERTO. En fin, ¿a España, cifrada,
viste en esta dama?

CELIO. Sí.

ROBERTO. Pues alto, aquí se acabó
el viaje.

CELIO. Voces siento.

(*Salen acuchillando a* FABIO DON FÉLIX *y* JULIO, *y los de afuera meten paz.*)

FABIO. Disculpa mi atrevimiento
con ser forastero yo.

DON FÉLIX.

No hay disculpa a tales desatinos.

CELIO.

Fabio es aquéste.—Caballeros, ténganse,
que este hombre es mi criado, y no es posible
que les haya ofendido de malicia.

DON FÉLIX.

Porque obliga a respeto vuestro talle,
bajo las armas y escucharos quiero.

CELIO.

Hacéis como tan noble, caballero,
que bien se ve en el vuestro ser persona
de lo mejor que tiene Barcelona.
Yo acabo de tomar ahora tierra.
Este criado fué a buscar posada,
no sé en qué pueda haberos ofendido,
y así, señor, por él perdón os pido,
que por pequeña que la ofensa sea,
veréis que la castigo de tal suerte
que a vuestros ojos le daré la muerte.—
¡Pícaro! ¿Qué es aquesto? ¿Con los nobles
habéis de osar tener atrevimiento?
¡Vive Dios!...

DON FÉLIX.

Suspended, señor, la espada,
que basta vuestro término gallardo
para satisfacción de mayor yerro.

FABIO.

¡Oye, señor, escucha!

CELIO.

¿A hablar te atreves?

FABIO.

¿No soy cristiano [yo]?

CELIO.

¿La lengua mueves?

FABIO.

Escucha, pues escuchan a un barbero
que tañe una guitarra destemplada,
y en una aldea un órgano, un pandero...

CELIO.

¡Calla la boca, y no repliques nada!

DON FÉLIX.

De ver vuestra nobleza, caballero,
el alma me tenéis tan obligada,
que si os hubiera siempre conocido
aún no os hubiera tanto amor tenido.
¿De dónde sois?

CELIO.

De Roma soy, y vengo
solamente, señor, a ver España.
Allí mi sangre en los Colonas tengo.

DON FÉLIX.

La nobleza mayor os acompaña.
A olvidar el enojo me prevengo
y la causa, aunque fuera más extraña.

CELIO.

Eso ha de ser diciéndola primero.

DON FÉLIX.

Ha de ser muy discreto un forastero,
muy recatado, humilde y comedido;
y así sabréis que ciertas damas iban
por esta calle en su carroza ahora,
cualquiera de ellas principal señora.
Es doña Estefanía la una de ellas,
y es hija de don Jaime de Moncada,
hombre que los señores y los títulos
le llaman señoría y le respetan.
Es la otra Clavela, primá suya,
hija de don Hipólito Centellas.
Llegó vuestro criado a hablar con ellas
con tanta libertad como ignorancia.
Llego yo entonces; quise retiralle,
y respondió que él hablar podía.
Sacó la espada, y obligó la mia.

CELIO.

¡Mereciera la muerte justamente!

FABIO.

¿Podré yo hablar ahora una palabra?

CELIO.

Pues ¿puedes dar disculpa?

FABIO.

Sí que puedo.

CELIO.

La de no conocerlas te concedo,
mas no la del querer sacar la espada. (1)

FABIO.

Esa es la misma, pues si yo supiera
quién era quien del coche me apartaba,
claro está que su gusto obedeciera.

DON FÉLIX.

Yo le agradezco aquella furia brava,
pues si no fuera así no os conociera.

CELIO.

Así de esa manera me obligaba,
y me quiero mostrar agradecido
a la dicha de haberos conocido.
Toma por ella, Fabio, este diamante.

FABIO.

Mejora Dios las horas de los días.

DON FÉLIX.

No sé qué pueda responder bastante
a tantas y tan nobles cortesías;
mas aunque en ofreceros me adelante
prendas tan cortas como prendas mías,
mi casilla ha de honrar vuestra persona
esto que habéis de estar en Barcelona.

CELIO.

Bésoos las manos por favor tan grande;
mas no me lo mandéis, si sois servido,
que pienso que he de estar algunos días.

DON FÉLIX.

Hacedme esta merced.

CELIO.

Es imposible.

DON FÉLIX.

Yo tengo un cuarto donde estéis aparte.

(1) Este pasaje está muy alterado, pues, como se ve, todo él debió de haberse escrito en octavas.

Reciba yo de vos favor tan justo
y digno del amor que os he mostrado.

CELIO.

No puedo replicar a vuestro gusto,
pues a tanta merced quedo obligado.

DON FÉLIX.

Diérame el no llevaros tal disgusto,
que en mi vida me viera consolado.
Los hombres del valor que os acompaña,
así han de entrar por el umbral de España.
Cualquiera que os hallara en Barcelona
aquesto mismo que miráis hiciera,
obligado de ver vuestra persona.

CELIO.

¡Oh, quién nacido en su distrito hubiera!

DON FÉLIX.

El nombre me decid.

CELIO.

Fineo Colona.

FABIO.

(¡Qué bien el nombre finge!

ROBERTO.

No se altera.)

CELIO.

El vuestro me decid, si sois servido.

DON FÉLIX.

Don Félix de la Roca me apellido.
Ya os espera mi casa.

CELIO.

Yo os prometo
que voy, cuanto obligado, vergonzoso.

DON FÉLIX.

De huésped tan gallardo y tan discreto
más tendré en la ciudad de un envidioso;
y ya (1) os estimo tanto, que os prometo
que me tendré con vos por más dichoso
que si a mi casa, por que más la honrara,
el Almirante de Aragón llegara.

CELIO.

¿Tenéis con él algún conocimiento?

DON FÉLIX.

En Barcelona estuvo aquestos días.

(1) En el original "que".

CELIO.

¿El Almirante aquí? Pues ¿a qué intento?

DON FÉLIX.

Nunca me meto más que en cosas mias.
Ahora en Zaragoza está de asiento.
Como yacen las armas tan baldias,
que aun las penden de segundas puertas,
del ocio originoso están cubiertas.

CELIO.

Díjose que casaba a su sobrino.

DON FÉLIX.

En esta tierra no se sabe nada.

CELIO.

El conde Celio es hombre peregrino.

DON FÉLIX.

La fama de su nombre está olvidada,
y yo sólo serviros determino
con [el] alma, honor, casa, hacienda, espada.

CELIO.

A tanto cultivar obligaciones,
atadas tiene el alma las razones.

(Vanse, y quedan FABIO *y* JULIO *haciéndose cortesias.)*

FABIO.

Esté vuesa merced en hora buena,
que si antes yo le hubiera conocido
mis aceros le dieran poca pena.

JULIO.

De sacarlos estoy arrepentido.

FABIO.

Yo, de verle reñir sobre esta arena,
le estoy aficionado.

JULIO.

Y yo corrido
de ver que viese un hombre de su talle
en esta de la Mar famosa calle.

FABIO.

El huír en la guerra la ventaja,
retirada la llama por buen nombre,
y a dos espadas mucha tierra ataja (1)
cuando, sin dar espaldas, pica un hombre.
¿Hay por aquí algún polvo de tinaja
con que de la garganta el polvo escombre?

(1) Este verso está, sin duda, equivocado.

JULIO.

¿Había de faltar?

FABIO.

Pues por mi cuenta
venga cualque materia de pimienta.
Y dígame: tras esto, en esta tierra,
¿no hay su poquito de descanso humano?

JULIO.

¿Qué tiene por descanso?

FABIO.

¿En eso yerra?
Fruta de brazos, fresca de verano.

JULIO.

No nos faltan perdices de la sierra,
con el botín de colorado grano.
Ya entiende, labradoras.

FABIO.

¡Gente tiesa!
¿Y no hay de esto de platos y obra gruesa?

JULIO.

¡Oh, pesia tal! Hay lindas fregatrices,
al modo que en Italia (1) las masaras,
que jamás solimán ni otras matices
cayeron en la mapa de sus caras.

FABIO.

Pues coma el gran señor Aycas perdices
y el pavo con la cresta de dos varas,
que si es deleite Amor, sólo son buenos
los que contentan más y cuestan menos.
Vuesa merced me ponga donde vea
una moza del modo que la pinto:
gorda, ni flaca, ni muy blanca sea.

JULIO.

Pues ¿qué color?

FABIO.

Así entre blanco y tinto;
en fin, ni muy hermosa ni muy fea;
la casa, que no tenga laberinto;
ni suegra, ni cuñada, ni comadre,
marido zonzo y pedigüeña madre.
¿Hame entendido?

JULIO.

Llegarás a nietos
con tal comodidad, bellaconazo.

(1) En el original "España".

FABIO.

Yo quiero como quieren los discretos:
libre hembra, poca paga y breve plazo.
Parécese mi amor a los sonetos:
catorce pies, a puro escoplo y mazo;
buena entrada y buen fin, y alzar las velas. (1)
¿Piden?

JULIO.

No hay que tratar.

FABIO.

No hay hermosura
como es el no pedir.

JULIO.

La una de ellas
tiene un poco de sarna; ya se cura.

FABIO.

Que tengan comezón aun las estrellas.

JULIO.

Otras están aquí; mas es locura;
no deja un estudiante hablar con ellas.

FABIO.

En habiendo bonete, dejo el lance,
que hablan latín y pegan en romance.

FIN

ACTO SEGUNDO

[(*Salen* ESTEFANÍA, CLAVELA *y* LUCINDA, *criada.*)]

CLAVELA. La hermosura del jardín,
los cuadros de varias flores,
los músicos ruiseñores
que cantan de Progne el fin;
de las fuentes la belleza,
en cuya dulce armonía
vence el arte y desafía
la misma naturaleza;
este arroyuelo suave,
a quien no deja pasar
la hierba a dar censo al mar,
que parece que lo sabe;
la fruta (2) de aquesta huerta,
donde pudiera el dragón
defender con más razón
del griego Alcides la puerta,
bien pudieran alegrar
tu tristeza, Estefanía.

ESTEFAN. No da la tristeza mía
para alegrarse lugar;
ni en flores, aves ni fuentes,
verde sitio y viento manso,
a mis congojas descanso,
templanza a mis accidentes.
No me engañó la afición
que entonces puse en Fineo,
pues tuvo el mismo deseo
y la misma inclinación.
Hase quedado por mí
en Barcelona a saber
si le tengo de querer,
y responde Amor que sí.
Pues como no estoy segura
de su sangre y calidad,
Amor con desigualdad
entristecerme procura.
Supe ayer que tu querido
don Félix le aposentó;
pues si [él] el alma le dió
no habiéndole conocido,
¿qué te espantas que le dé
lugar en mi pensamiento?

CLAVELA. Lo mismo que dices siento.
La dificultad se ve.
A tu grande calidad
desdice un humilde amor,
que será tu deshonor
saberse tu voluntad.
Fuera de eso, podrá ser
quitar la vida a Fineo,
a quien muchas veces veo,
sin temor, venirte a ver.
Y aunque no se llega a hablar,
basta saber que te mira,
que se eleva y que suspira,
para dar que sospechar.

ESTEFAN. ¿Qué dice don Félix de él?

CLAVELA. Que es romano caballero,
de casa Colona.

ESTEFAN. Hoy quiero
hablar, Clavela, con él
y rogarle que se vaya.

CLAVELA. Gente siento en el jardín.

(*Salen el* CONDE CELIO *y* FABIO, *en hábito de labradores.*)

(1) Falta el último verso de esta octava, o el anterior.
(2) En el ms. "fauta".

FABIO. ¿Tú solicitas tu fin?
CELIO. Quédate, Fabio, en la playa
mientras al golfo del mar
salgo yo con mi barquilla.
FABIO. Con bien vengas a la orilla.
CELIO. La respuesta quiero dar
cuando el tiempo se revuelva,
que dijo Leandro, ciego:
"Témplate, mar, mientras llego
y anégame cuando vuelva."—
¿Han vido sus señorías
un azadón por aquí?
Que ha rato que le perdí,
y todas las prendas mías
que se cifran cuido en él
respecto de mi labor.
CLAVELA. Yo no he visto, labrador,
vuestro azadón, ni sé de él.
CELIO. ¿Ni ella tampoco?
ESTEFAN. Ni yo.
La tierra os le habrá escondido.
CELIO. ¿Ni mi corazón ha vido,
que también se me perdió?
ESTEFAN. ¿Vuestro corazón? ¿Adónde?
CELIO. Bien puedo decir que en vos,
pues sois vos, entre los dos,
la hierba donde se esconde.
También parece azadón
en el hierro, pues le alabo
de firme, y en que es el cabo
de palo; las flechas son
con que Amor le tiene herido.
La imitación es grosera:
mas háceme, aunque no quiera,
una fábula atrevido.
"Hisopo diz que en un río
se le cayó a un labrador
un hacha, y que con dolor
se arrojó en el suelo frío.
A Júpiter le pedía
favor y echado se estaba,
y que el dios no le escuchaba.
—Levántate—respondía—
y haz de tu parte lo justo
para que te ayude yo."
Esta fábula me dió,
a la fe, notable gusto.
Yo perdí mi corazón,
y estando en el suelo echado
pidiendo al Amor vendado
remedio en tanta aflición,
"Levántate—dijo—y ven
a hacer algo de tu parte,
que si tengo de ayudarte
tú te has de ayudar también."
¿Habéisme entendido?
ESTEFAN. Sí.
Y bien conozco, Fineo,
que ayuda Amor mi deseo
y que sois dos contra mi.
El celoso padre mío,
mis parientes y criados
velan con tantos cuidados,
que de ninguno me fio.
Yo te di, (1) no te negué
mi voluntad, y atreverme
de esta suerte es resolverme
a que Amor muerte me dé,
y a que te vayas, Fineo,
de Barcelona este día,
porque mal se encubriría
entre los dos mi deseo.
Y no sabiendo quién eres,
no es bien que el tenerte amor
me traiga a tal deshonor.
Y aquí veré si me quieres
en que no has de anochecer
en Barcelona, Fineo.
Y por que de mi deseo
tengas más que agradecer,
mañana un criado envía
y verás cómo te lleva,
adonde estás, cierta nueva
de que es muerta Estefanía.
CELIO. Señora, si antes de ver
señales de este favor
os tuve tan grande amor,
¿qué haré después de saber
que soy de vos estimado?
Pero por ser obediente
a vuestro imperio, que intente
la muerte que me habéis dado,
a la sentencia me obligo.
Pues que vos sois mi homicida,
¡pésame, que sois mi vida,
y habéis de morir conmigo!
No entendi que entre los dos
hubiera tanta crueldad,
pues yo tengo calidad
que puede igualar con vos.
Daisme la muerte en castigo
de ser de mi tan querida;

(1) En el ms. "cedi"; pero el verso es largo.

¡pésame, que sois mi vida,
y habéis de morir conmigo!
Yo me iré; pero es muy cierto
que, antes que salga de aqui,
os vendrán nuevas de mi
que quedo abrasado y muerto.
Mas que voy contento digo,
pues de ello sois servida.
¡Pésame, pues sois mi vida,
y habéis de morir conmigo!

CLAVELA. ¿Qué es esto, que estáis los dos
tan tiernos y en tal clausura?

CELIO. ¡Mi muerte!

ESTEFAN. ¡Mi desventura,
y el no saber quién sois vos!

CELIO. Mándame, Clavela hermosa,
que me vaya Estefanía,
que de quien soy desconfía,
y esta es mi muerte forzosa.
Y por dicha de su parte
materia de casamiento,
y yo por mi parte siento
que la excedo en mucha parte.
Porque si desigualdad
en los dos se permitiera,
yo pienso que os excediera,
señora, mi calidad.

CLAVELA. Bien se conoce y se ve
en todas vuestras acciones.

CELIO. Escuchadme dos razones.

ESTEFAN. Decid.

CELIO. ¿Qué queréis que os dé
por mayor seguridad
de que seremos iguales?
El daros diamantes tales
que valgan una ciudad,
que deciros que mi casa
de sangre de reyes viene,
que lo que de España tiene
las mismas estrellas pasa,
¿cómo lo habéis de creer?

CLAVELA. Mira, (1) prima, que es rigor,
debiéndole tanto amor,
querer la ocasión perder.
No se vaya, que es locura,
que bien podéis con secreto
hablaros, y yo os prometo
silencio y lealtad segura;
y aunque a don Félix adoro,
que no lo sepa de mí.

(1) En el original "La".

ESTEFAN. Ahora bien, quédese aquí,
aunque el ser quien es ignoro;
que yo me quiero fiar
de que es tan gran caballero.

CELIO. Presto, señora, os espero
desengañar e igualar.

ESTEFAN. ¿Cómo podréis escribirme?

CELIO. Fabio os llevará un papel
sin papel, y vos, con él,
podréis también advertirme.

ESTEFAN. ¿Papel sin papel?

CELIO. Allí
le hallaréis todo cifrado
mirándole con cuidado.

ESTEFAN. ¡Ya viene mi padre aquí!

CELIO. Yo me voy. El Cielo os guarde.

(*Vase.*)

FABIO. En fin, ¿me tendrás amor
si el fuego de mi señor
esta nieve abrasa y arde?

LUCINDA. Parécesme bellacón.

FABIO. ¿Cómo es tu nombre?

LUCINDA. Lucía. (1)

FABIO. Pues tú serás luz tan mía
como las del cielo son.
El se va y el viejo viene.

LUCINDA. Haz por hablarme a la noche.

(*Vase* FABIO *y sale* DON JAIME.)

D. JAIME. ¡Hola! Haced poner el coche,
pues el Marqués se detiene.
Pues, hija, ¿cómo os ha ido?
¿No se templa la tristeza?

ESTEFAN. Mucho puede la belleza
del verde campo florido;
mucho la vista del mar.

D. JAIME. Miradle bien, porque presto
pienso que el tiempo ha dispuesto
que le habemos de pasar.

ESTEFAN. ¿Yo el mar?

D. JAIME. Pues ¿no puede ser
si quiero daros marido?

ESTEFAN. Habiéndoos a vos perdido,
bien os puedo responder
que será el mar de mis ojos.

D. JAIME. Vamos, que el que ha de sentir

(1) Este, pues, parece el verdadero nombre de la criada. Sin embargo, sigue llamándola en otros lugares y aun en los versos LUCINDA. Como no tiene importancia mayor dejaremos ambos nombres.

veros por el mar partir
tendrá mayores enojos.

(Vase.)

CLAVELA. ¿Qué te ha dicho?
ESTEFAN. Un casamiento.
CLAVELA. ¿Con quién?
ESTEFAN. No dijo con quién;
mas habla en el mar también,
y llevarásele el viento.—
¿Qué te ha dicho ese criado?
LUCINDA. Que es romano caballero,
deudo del Papa.
ESTEFAN. Pues quiero
marido que Dios me ha dado
para que, como se dice,
pueda decir también yo
que el marido que él me dió
San Pedro me le bendice.

(Vanse, y salen DON FÉLIX *y* JULIO.*)*

D. FÉLIX. ¿Nuestro huésped ha venido?
JULIO. Presumo que en casa está.
D. FÉLIX. No sé dónde viene y va.
JULIO. Sospecho que anda perdido.
D. FÉLIX. ¿Tiene algún amor Fineo?
JULIO. Debe de ser recatado.

(Salen CELIO, FABIO *y* ROBERTO.*)*

CELIO. Parte, Fabio, disfrazado;
da principio a mi deseo.
FABIO. Déjame tú el cargo a mí.

(Vase.)

CELIO. Ya sabes lo que has de hacer.
D. FÉLIX. Quien ya no se deja ver
más es que huésped aquí.
¿Dónde bueno habéis estado?
CELIO. Don Félix, no sé ¡por Dios!;
pero merezco con vos
estar siempre disculpado,
por ser esta gran ciudad
robadora del sentido.
D. FÉLIX. Antes sospecho que ha sido
más causa la voluntad.
Alguna hermosa sirena
de este mar os ha encantado.
CELIO. Pienso que estoy encantado
de amor, de dicha y de pena.
De amor, por una hermosura;
de dicha, por un favor;
de pena, por un temor
de que no hay dicha segura.
Ansí que la perdición
en que me veis estos días,
para más tristezas mías
amores y dichas son.
Esto os digo presupuesto
que no habéis de preguntar
el nombre, casa y lugar
donde el pensamiento he puesto.
D. FÉLIX. Vos cumplís la obligación
que debéis a caballero,
y pagaros también quiero
con esa misma razón.
Sabed (1) que yo quiero bien;
pero soy tan bien pagado,
que esta noche he concertado
que tiempo y lugar me den.
Es prenda tan principal
la persona que yo adoro,
que si a su honor y decoro
tratan mis intentos mal,
vendrán a parar en bien,
porque seré su marido.
CELIO. Mucho os han favorecido
Amor y el Cielo también.
¿Que esta noche habéis de veros?
¿Esta noche entre sus brazos?
D. FÉLIX. Yo le he puesto tales lazos
a los desdenes primeros,
que enamorada y perdida
se rinde a darme lugar.
¡Acaba ya de llegar,
noche, de estrellas vestida!
¿Qué te detienes? ¡Desata
de los hombros sobre el suelo
aquel temeroso velo
que bordan cifras de plata!
¡Baja, noche desigual,
y nunca amanezca el día!
CELIO. ¡Vos crecéis la envidia mía!
D. FÉLIX. ¿No os va bien?
CELIO. No me va mal;
pero hay distancia infinita
de esperanza a posesión.
D. FÉLIX. Una larga pretensión
la posesión facilita.
Voy a esperar que anochezca.

(Vase.)

CELIO. ¡Dichoso, don Félix, vos!—
¿Roberto?

(1) En el original "Salud".

ROBERTO. ¿Señor?
CELIO. ¡Por Dios!
que no sé cómo encarezca
la envidia que tengo de él
y aun los celos que me ha dado.
ROBERTO. ¿Celos?
CELIO. Con mucho cuidado.
ROBERTO. No los puede haber sin él.
Mas ¿dónde o cómo?
CELIO. Yo vi
que entraba este mismo día
en casa de Estefanía.
ROBERTO. ¿Loco estás?
CELIO. Pienso que sí.
ROBERTO. Pues ¿ella había de ser
quien le diese tal lugar?
CELIO. No hay, Roberto, que fiar,
que es la voluntad mujer.
ROBERTO. ¿Y eso qué importa, señor,
si es hombre el entendimiento?
CELIO. Roberto, un remedio siento.
ROBERTO. ¿Cómo?
CELIO. Pintaba al Amor
un filósofo vestido
de piel de lince y los ojos
de Argos puestos por despojos,
y a los pies un león dormido,
porque dicen que lo está.
Y con los ojos abiertos
bien podremos quedar ciertos
si don Félix entra allá,
velando hasta ver el día.
ROBERTO. Pues déjame el cargo a mí.
Pero ¿qué intentas aquí
con la bella Estefanía?
Si es que te quieres casar
di quién eres, no lo encubras,
pues que cuando te descubras
por fuerza te la han de dar.
Si no, ¿con cuál intención
la sirves?
CELIO. A no haber dado
el poder con que casado
me imagino en Aragón,
a Estefanía dijera
cómo el conde Celio soy,
que bien satisfecho estoy
que su padre me la diera.
Lo que ahora intento aquí
es entretener mi amor.
ROBERTO. ¿Hasta cuándo?
CELIO. ¡Qué rigor!
Roberto, déjame aquí;
que no hay amores discretos,
y el Amor tiene de Dios
no entender que yo ni vos
entendamos sus secretos.

(*Vanse, y salen* ESTEFANÍA *y* DON JAIME *en su casa.*)

ESTEFAN. En gran cuidado me has puesto.
D. JAIME. Juré no decir quién era.
ESTEFAN. Y ¿téngome de casar
sin saber con quién, por fuerza?
D. JAIME. Yo sé que ha de darte gusto,
y muy grande, cuando sepas
el marido que te he dado.
ESTEFAN. De aquesa manera cuentan
que estuvo casada Siquis,
sin que a su marido viera,
que dicen que era el Amor.
D. JAIME. Bien merece que le tengan
al hombre que yo te doy.

(*Sale* LUCIA.)

LUCINDA. Un francés está a la puerta
con abanillos famosos,
que, poniéndolos por velas,
desde Portugal el viento
le trujo a nuestras riberas.
D. JAIME. Di que entre.
ESTEFAN. Merced me has hecho. (1)

(*Entra* FABIO, *disfrazado de francés, con cajón de buhonería.*)

FABIO. ¡Dios guarde a viseñoria!
ESTEFAN. ¡Oh, amigo, en buen hora venga!
Muestre a ver los abanillos.
FABIO. Traigo invenciones diversas
de la China, de la India,
con olorosas maderas
de Calambuco, Angelin,
palo de Aguila y canela;
éste es hecho de rosal.
ESTEFAN. Este tomo.
FABIO. En él se encierra
tal labor, que por ventura
ninguno repara en ella.
Allá le veréis despacio.
ESTEFAN. ¿Qué vale?
FABIO. Si él os contenta,
dos escudos.
ESTEFAN. Uno basta.

(1) Falta un verso que normalice el romance.

FABIO. No es posible, en mi conciencia,
que él me tiene más de costa.
ESTEFAN. Veinte reales.
FABIO. Por vos, sea.
ESTEFAN. ¿Tiénelos vuesa merced?
D. JAIME. Sí, hija.
ESTEFAN. Buen hombre, llega
por el dinero a mi padre.
D. JAIME. ¿De dónde sois?
FABIO. De una tierra
donde ninguno nació
cristiano.
D. JAIME. De ver se os echa.
Tomad.
FABIO. ¿Mandáis otra cosa?
ESTEFAN. Que cuando otra tengáis nueva
me la traigáis.
FABIO. Yo lo haré.

(Vase.)

D. JAIME. Pues, hija, con Dios te queda,
y mira que el darte aviso
de que mis deudos intentan
casarte, es por ocasión
de que quien eres parezcas.
Ya no hay que galantear,
ni a la ventana te vean,
ni hombre humano te visite.

(Vase.)

ESTEFAN. ¡Qué enfadosas cantinelas! (1)
LUCINDA. ¿Casarte quieren?
ESTEFAN. Así
lo tratan.
LUCINDA. ¿Con quién?
ESTEFAN. No tengas
ese cuidado.
LUCINDA. ¿Qué buscas?
ESTEFAN. El papel.
LUCINDA. ¿Papel?
ESTEFAN. Espera,
que en las cañas que se doblan
vienen unas líneas hechas
de papel, y los renglones
escritas por todas ellas,
de suerte, que nadie sabe,
si el abanillo se cierra,
lo que viene escrito en él,
y aun habrá pocos que vean,
aunque esté abierto, lo que es.

(1) En el manuscrito "centinelas".

LUCINDA. ¿Qué dice?
ESTEFAN. Escucha.
LUCINDA. Comienza.
(Lee ESTEFANÍA.*)*

"Decís, mi Estefanía, si de veros
nació mi amor, lo pago en no miraros
toda la gloria de esos ojos claros,
con pena igual, pues me mandáis perderos. (1)

No podéis obligarme a no quereros;
pero si de esta fe queréis vengaros,
no me queráis más mal que desearos,
siendo tan imposible mereceros.

No permitáis, pues no ha de ser posible,
que el alma os obedezca en la partida,
sentencia a mis verdades insufrible.

O mandadme matar, si sois servida,
porque dice mi fe que es imposible
dejaros de querer si tengo vida."

¿Hay más notable invención?
LUCINDA. ¡Qué curiosa sutileza!
¡Qué no enseña un grande amor!
ESTEFAN. Aquí, Lucía, te queda
mientras voy a responder.
LUCINDA. ¿Cómo le has de dar respuesta?
ESTEFAN. Escribiendo otro papel
encima de aquestas letras,
y cuando pase Fineo
fingir que desde la reja
se me ha caído a la calle.
LUCINDA. ¡No menos Amor te enseña
sus invenciones a ti!

(Vase ESTEFANÍA *y salen* DON FÉLIX *y* CLAVELA.*)*

CLAVELA. Casar a mi prima intenta,
aunque no dice con quién,
y con esto se desvela
en que nadie la visite,
en que ninguno la vea.
D. FÉLIX. Aquí está su secretaria.
CLAVELA. ¿Lucinda? (2)
LUCINDA. ¿Hermosa Clavela?
CLAVELA. ¿Qué hace mi prima?
LUCINDA. Escribe
a cierta su amiga y deuda.
CLAVELA. Dila como estoy aquí.
LUCINDA. Pues ¿tú la pides licencia?
CLAVELA. Por estar aquí don Félix,
que ya los recelos llegan

(1) Este cuarteto está errado, pues el sentido resulta confuso.
(2) Quince versos antes le llamó LUCÍA.

a que una cosa tan mía
apenas llegue a su puerta.

LUCINDA. Yo voy a decirlo así,
y por dejaros, pues cuentan
que han sacado ejecutoria
de discretos los que dejan
solos a dos que se quieren.

CLAVELA. ¡No lo dijo mal!

D. FÉLIX. ¡No es necia!

CLAVELA. En fin, Félix, el recato
nos importa con más fuerza
después de nuestro suceso.

D. FÉLIX. A mayor mal me condenas
amando, Clavela mía,
que aborreciendo pudieras.
Pero si es fuerza hasta el tiempo
que libremente poseas
mi casa, paciencia pido,
si Amor la tiene en ausencia.

CLAVELA. No digo que huyas de mí;
sólo digo que me veas
ahora con más recato,
y, con esto, salte afuera
porque no te vea don Jaime,
que ignora que eres mi prenda.

(*Vase.*)

DON FÉLIX.

¡Bien haya, Amor, el tiempo que he vivido
cautiva el alma, esclava la memoria,
pues he llegado a la mayor victoria
que enriqueció jamás mortal sentido!
No puedo yo decir que fué perdido,
pues para el fin de mi dichosa historia
mi dulce pena transformaste en gloria
con el laurel a tanto amor debido.
¡Amor, vencí! ¡Victoria! Aunque no alcanza
el alma libertad, pues más adora
el bien, de que jamás haré mudanza.
Mas hay de diferencia en tu decoro
que, si de hierro son en la esperanza,
son en la posesión prisiones de oro.

(*Salen* CELIO *y* ROBERTO, *criado.*)

ROBERTO.

Pasé toda la noche en esta puerta
hasta que dió la del rosado Oriente
licencia al alba cándida, cubierta
del velo de la luna transparente.
Salió toda desnuda y descubierta,
bordadas las mejillas y la frente
de jazmín y clavel, y el sol tras ella,
bañando en oro lo que en perlas ella.
Entonces me aparté de aquesta casa,
seguro, Conde, que te engañan celos.

CELIO.

Celos es un infierno en que se abrasa
el alma entre congojas y desvelos.

ROBERTO.

¿Félix es éste?

DON FÉLIX.

(Por la calle pasa
Fineo.)

CELIO.

(No son vanos mis recelos.
Lo más del tiempo vive en esta calle
¿y quieres tú que disimule y calle?)

DON FÉLIX.

¿Dónde bueno, Fineo?

CELIO.

Mis tristezas
me llevan sin camino; al fin, son mías.

DON FÉLIX.

Si encubrir los favores son finezas,
encubriré de vos mis alegrías.

CELIO.

No son con los amigos gentilezas,
antes traiciones son, antes porfías.
La verdad es que yo tristezas tengo.

DON FÉLIX.

Y yo, que alegre y victorioso vengo.

CELIO.

Yo voy donde me lleva mi destino,
porque sé que es razón su firme daño;
único amor, sujeto peregrino,
conducen mi temor [a] un fin extraño.
Bien sé que vuelvo atrás aunque camino,
mas tengo por afrenta el desengaño;
para quien también su pensamiento ordena, (1)
el dejar de esperar tiene por pena.
Amante soy como diamante fino;
tan firme, que no temo el desengaño,
pues por los imposibles que camino
me dice la razón que arroje el daño.

(1) Sobra una sílaba y el sentido obscuro. Se escribiria así:
"pues quien tan bien su pensamiento ordena".

Amar no es culpa, a amaros determino,
dulce sujeto de mi loco engaño,
que no es locura lo que Amor me ordena, (1)
si el alma se contenta con la pena.

DON FÉLIX.

Yo, Fineo, esta noche, o este dia,
cuando llegaba a la mitad del cielo
y el rostro en sus principios escondia
la blanca hermana del señor de Delo,
entré a buscar la dulce prenda mia,
cuya belleza pudo dar al cielo
más bella imagen y mayor tesoro
que los que tienen las espigas de oro.
Alli, toda turbada, me esperaba
a la pequeña luz que, ardiendo lejos,
el oro de sus galas imitaba
mientras le (2) restituye los reflejos;
y en viendo la ocasión que Amor nos daba
quedamos tan suspensos y perplejos,
que a no haber ojos, nunca las razones
pudieran declarar los corazones.
No suele manso arroyo en seco suelo
perder el curso que pasar le impide
cuando por deudas le aprisiona el hielo
que cobra el tiempo y el invierno pide,
cual ella entonces, que de un blanco velo
cubierta de mi vista el sol impide: (3)
mas cuando Amor su libertad comienza,
poco a poco se rinde la vergüenza.
Quisiera resistirse a mi cuidado;
mas conocí después en la licencia
que un ánimo que está determinado
sólo quiere fingir la resistencia.
Corrió (4) tan presto el alba al sol dorado
la cortina oriental, que su presencia
nos hizo dividir con mayor pena,
que Amor nunca dió al alma enhorabuena.

CELIO.

Dichoso, Félix, vos que habéis tenido
tal posesión.

DON FÉLIX.

No me ha salido cara,
aunque me cuesta el nombre de marido.

CELIO.

Con mayores pensiones la tomara.

(1) En el original "condena".
(2) En el ms. "te"; pero siempre obscuro el sentido de este verso.
(3) En el ms. "ardiente", que no rima.
(4) En el original manuscrito "Como".

(*Salen a un balcón* CLAVELA *y* ESTEFANÍA.)

Al balcón unas damas han salido.

DON FÉLIX.

En la hermosura de las dos repara,
que la que te he contado es una de ellas.

CELIO.

Cualquiera es ella, (1) porque son muy bellas.

ESTEFAN. Don Félix está en la calle
y un caballero con él.
CLAVELA. ¿Si es Fineo?
ESTEFAN. Si no es él,
¿quién puede ser en el talle?
CLAVELA. Dame, prima, el abanillo,
que me dejé en el estrado
el mio.
ESTEFAN. ¿Calor te ha dado?
"¿Aire Amor podrá sufrillo?"
CLAVELA. Así dice la canción.
ESTEFAN. Mira, Clavela, que en él
viene pegado el papel
de aquella nueva invención.
CLAVELA. No hayas miedo que se borre
tanto fuego con el aire.

(*Al decir* CLAVELA *este verso alce los ojos* DON FÉLIX *y la ve con el abanillo que ha pedido a* ESTEFANÍA *y cuando después lo vuelva a tomar* ESTEFANÍA *no la mire* DON FÉLIX, *sino* CELIO, *que en esto consiste toda la tramoya de la comedia.*)

D. FÉLIX. ¡Con qué gracioso donaire
del aire el fuego socorre!
Apartémonos de aqui,
que soy aqui sospechoso.
CELIO. (¡Perdido estoy de celoso!
¿Hola?
ROBERTO. ¿Señor?
CELIO. ¡Ay de mi!
ROBERTO. ¿Qué tenemos?
CELIO. Que una de éstas
dice Félix que gozó.
ROBERTO. ¿Una de éstas? Pienso yo
que son alabanzas éstas.
No creas a estos mozuelos,
que en materias amorosas
de mil imposibles cosas
se alaban.
CELIO. ¡Muero de celos!)
D. FÉLIX. No miréis, Fineo, arriba,
no demos que mormurar.

(1) En el original "bella".

CELIO. Yo dejaré de mirar
si en esto tu gusto estriba.
ESTEFAN. Vuélveme, prima Clavela
el abanillo, pues veo
muy descuidado a Fineo.
Ya debe de ser cautela.
(*Mira al descuido* CELIO *a* ESTEFANÍA.)
CLAVELA. Toma, pero ten cuidado
cómo le dejas caer,
pues Félix le ha de coger
como galán declarado,
y estarálo tú secreto.
ESTEFAN. ¿Cómo no se va de aquí?
CLAVELA. Mientras más se lo advertí
menos lo puso en efecto.
CELIO. ¿Queréisme hacer un favor,
Félix, si bien me queréis,
pues de mi amistad podéis
asegurar vuestro honor?
D. FÉLIX. ¿En qué os puedo yo servir?
CELIO. Decidme con una seña
cuál es la señora dueña,
que bien lo podéis decir
sin que miremos allá,
que yo las he visto bien,
para darla el parabién
(si es que la envidia le da.) (1) (*Ap.*)
D. FÉLIX. Determínome a decillo,
Fineo, y quedaos con Dios.
¿Viste endenantes las dos?
CELIO. ¿Cuál es?
D. FÉLIX. La del abanillo.
(*Vase.*)
CELIO. Miraré despacio cuál.
ROBERTO. El se fué.
CELIO. ¡Viven los Cielos,
que son ciertos mis recelos!
ROBERTO. ¿Qué dices?
CELIO. ¿Hay cosa igual?
Pues yo le obligué a decillo,
justo castigo ¡por Dios!
Mira, Roberto, a las dos.
ROBERTO. ¿Cuál es?
CELIO. La del abanillo.
ROBERTO. ¡Válgame, señor, el Cielo!
¿Tal bajeza Estefanía?
CELIO. No sin ocasión tenía,
Roberto, el alma recelo.
ROBERTO. ¡Mozuelos vanagloriosos,
qué poco saben callar!

(1) En el original "doy".

CELIO. Antes su vicio en hablar
hoy me ha de ser provechoso.
¡Vive el Cielo! Si pudiera,
desde esta calle...
ROBERTO. Señor,
en casa de tanto honor
el peligro considera.
CELIO. ¿Qué honor, si yo le he perdido?
ESTEFAN. Prima, el abanillo quiero
dejar caer.—Caballero,
(*Déjale caer.*)
advertid que se ha caído
ese abanillo a esta dama.
Con un criado podéis
enviarlo.
CELIO. Y bien diréis
que se cayó en él su fama.
Mas como del movimiento
del abanillo también
el viento se engendra bien,
llevóse la fama el viento.
ESTEFAN. Clavela, vamos de aquí.
CLAVELA. Dices bien, que pasa gente.
CELIO. ¡Rasgaréle!
ROBERTO. No, detente.
Dámele, señor, a mí.
CELIO. Fuego que tanto me abrasa
¿piensas que podré sufrillo
con aire de este abanillo
ni de aquesta infame casa?
¡Vive Dios!
ROBERTO. ¿Quieres que lea?
CELIO. ¿Para qué?
ROBERTO. Para saber
qué te escribe una mujer
después de hazaña tan fea.
(*Lee.*)

"Casarme quiere este tirano impío
sin decirme con quién; pero no crea
que menos que contigo, mi bien, sea,
pues de tu calidad las prendas fío.
Yo he llorado por ti, dulce amor mío,
y pues que sólo el alma te desea,
declárate con él, para que vea
que no es mi inobediencia desvarío.
Dile que eres mi esposo, que en los plazos
de Amor siempre se escoge el más pequeño,
y daréte en albricias mil abrazos.
Que si no lo has de ser, mi fe te empeño
que quiero más la muerte que otros brazos,
y más la sepoltura que otro dueño."

CELIO. ¿Eso dice?

Roberto. Esto que ves
por las cañas he leído.

Celio. No lo digo yo, Roberto,
por no creer que está escrito;
mas porque una vil mujer,
que hizo sus brazos dignos
de un hombre que no es su esposo,
diga que soy su marido.
¿Sabes que tengo pensado
que éstos deben de ser primos,
y como se quieren bien
y el padre intenta más rico
y más alto casamiento
han dado en que venga el mío
a remediar sus desgracias
y a encubrir sus desvaríos?
¿Qué haré, Roberto, que estoy
sin alma y pierdo el juicio?
¡No más España!

Roberto. ¿Qué dices?

Celio. A Italia vuelvo ofendido
de España. ¡No más España
más de lo que aquí he visto!
¿Estas eran sus grandezas?

(Sale muy alegre Fabio.*)*

Fabio. ¡A qué buen tiempo he venido!
Dame albricias.

Celio. ¿De qué son?

Fabio. De que Lucinda me ha dicho
que la bella Estefania,
ángel, gloria, paraíso
de tus ojos, de tu alma,
de tu vida y tus sentidos,
sale de su casa ahora
con sola su prima.

Celio. Envidio
tu ignorancia.

Fabio. Al gran teatro
sale del mar extendido,
donde recitan tragedias
representantes navíos.
Ea, señor, dame albricias,
y salgamos al camino
a las más bellas sirenas
que sus aguas han tenido.
Allí la podrás decir
lo que en un corto abanillo
no dió lugar el papel,
pues aun no pudiera un libro.
¿Qué me miras tan suspenso?
¿Estás en lo que te digo?
¡Bien dicen que es el Amor
cierta manera de vino!
¡Ah, señor!

Celio. ¡Basta, villano,
no me quiebres los oidos!

Fabio. ¿Qué dices?

Celio. ¡Que basta ya!
¡Basta, necio!

Fabio. ¡Aquesto es lindo!—
Pues, Roberto, ¿qué tenemos?
¿Anda el viento en el capricho?

Roberto. No le digas nada ahora.

Fabio. Pues ¿qué nos ha sucedido?
¿Hay tábanos? ¿Hay celera?
¿Hay desdenes? ¿Hay mosquitos?
¡Válgate el diablo en Amor!
No he visto en mi vida niño
que llore y ría tan presto.

Roberto. Calla, Fabio, que ha sabido
que es infame Estefanía.

Fabio. ¡Oxte, puto! ¿Quién lo ha dicho?

Roberto. Don Félix, que por lo menos
toda la noche ha tenido
en sus brazos.

Fabio. Hizo bien.
Pues bien, ¿es muy gran delito?
Miren qué toro la tuvo
entre sus dos frontispicios.
¡Vive Dios, que es venturoso!
Pues, en efecto, hay peligros
en los caminos, y es dicha
hallar llanos los caminos.

Roberto. El mozo es alabancioso.
Dijo mal. No es hecho digno
de caballero.

Fabio. Roberto,
cierto filósofo dijo
que era mejor tropezar,
y fué muy discreto aviso,
con los pies que con la lengua.

Roberto. El Conde pierde el jüicio.
De esta vez se vuelve a Italia;
no más corte ni cortijo.
¡Por Sevilla me ha pesado
y por su famoso río!

(El Conde *estará como suspenso.)*

Fabio. A mí por Toro y por Coca,
uno bravo y otro mico;
quiero decir en romance:
uno blanco y otro tinto.

Celio. ¡Esto es hecho!

Fabio. Despertó.

CELIO. Hoy me embarco y determino
de no tener más amor
desde aquí al fin de los siglos.

FABIO. Sólo te faltó *per omnia*,
aunque tienes monacillo.

CELIO. ¡Ea! No es tiempo de gracias.
Vayan, Roberto y Fabricio,
y concierten en la playa
bergantín, urca, (1) navío,
carabela, filipote,
falúa, galera...

FABIO. Digo
que sólo falta que nombre
un patache vizcaíno,
o una palandra turquesca, (2)
o canoa de árbol indio.

ROBERTO. Yo voy.

FABIO. Con brío, Roberto.
Aquí vienen con más brío
Clavela y Estefanía.

(*Salen* ESTEFANÍA, CLAVELA *y* LUCINDA.)

CLAVELA. (¡Extremado encuentro ha sido!

ESTEFAN. Yo quiero hacer que tropiezo,
pues que tan cerca le vimos,
para que me dé la mano.)
(*Hace que se cae.*)
¡Jesús! La culpa ha tenido
el chapín.

CLAVELA. (¡Qué buen galán!)

ESTEFAN. ¿No llegó? ¿Respeto ha sido?

CELIO. Antes no ha sido respeto,
que no es el respeto digno
de mujer que no le guarda
a su honor y al amor mío.
Yo he venido a ver a España,
y por lo que en ella he visto
en el principio no más,
me vuelvo desde el principio.
Oí decir en Italia
que de vidrios exquisitos
era rica Barcelona.
Yo también digo lo mismo,
porque presumo, y aun creo,
que son las mujeres vidrios
en el quebrarse y en dar
en su cristal basilisco.
Voy contento que no sabes
quién soy, pues nunca te he dicho
la verdad, aunque confieso
que hoy me resolví a decirlo.
Soy hombre tan principal,
que lo que de España estimo,
dejado [he] por ti, que hoy ya (1)
de ser español desisto.
Con lo que queda te igualo,
que por Moncada no digo
que te excedo, pues tu sangre
puede competir conmigo
y con cuantos en el mundo
tienen previlegio antiguo.
¿Cómo pensaste engañarme
siendo hombre tan bien nacido?
¿O me tuviste por necio
o acaso por hombre indigno?
¡Vive Dios que te matara
si te casaras conmigo
(y te faltara el honor)
con los mayores martirios
que inventaron los tiranos!

ESTEFAN. ¿Qué dices?

CELIO. Que me despido
de tus traiciones e infamias,
y que de Circe y Calipso
voy libre, como otro Ulises,
a Italia, mi patrio nido.
Demos velas, desengaño;
honra, piloto y amigo.
¡No más España!

(*Vase.*)

ESTEFAN. ¿Fineo?

CLAVELA. ¡Fuése!

ESTEFAN. ¡Extraño desatino!
Oye, Fabio.

FABIO. Vase el Conde.

ESTEFAN. ¿Qué Conde?

FABIO. Pues ¿no lo ha dicho,
desdichada Estefanía?
¿Cómo puedo yo decillo?
Tú has perdido un grande estado.

ESTEFAN. Fabio, ¿por qué lo he perdido?

FABIO. Tú lo sabes.

ESTEFAN. Voy tras él.

CLAVELA. ¿Tienes perdido el juicio?

ESTEFAN. ¡Déjame, necia Clavela!

CLAVELA. ¡Ay, Cielos, favor os pido!

(*Vanse las* DAMAS.)

(1) En el original "orca".
(2) En el original "turquesa". Esta forma era inusitada entonces.

(1) En el ms. "haya".

LUCINDA. ¿Qué es esto, Fabio?
FABIO. ¿Tú ignoras,
cubierta de tus delitos,
que tu ingrata Estefania
durmió anoche con un...?
LUCINDA. Dilo.
FABIO. ¿Para qué, si no es que gustas,
falsa, tú también de oírlo?
¡Adiós, España enemiga!
¡Mal Conde y godo Rodrigo
te pierdan! Mas digo mal;
tengan los Cielos propicios
y, fuera de esta mujer,
produzcas tantas, que el Nilo
menos fértil bañe el campo
de las columnas de Egipto.
LUCINDA. ¿No me dirá cómo o cuándo
tal testimonio ha tenido
principio?
FABIO. Espero en el Cielo
que os dará presto castigo.
LUCINDA. Cuéntame toda la historia.
FABIO. Allá tienes el registro.
LUCINDA. Pues ¿quién me la ha de contar,
Fabio?
FABIO. La del abanillo.

FIN

ACTO TERCERO

(Salen ROBERTO *y* FABIO, *criados.)*

ROBERTO. Con estas tristezas viene.
FABIO. Y tiene mucha razón.
Pero al fin tristezas son
de causa que no la tiene;
que materia de aficiones
no lo son de alevosía,
pues tenemos cada día
ejemplo de mil traiciones.
ROBERTO. No siendo propia mujer
decís bien, Fabricio amigo.
Ni la dama que te digo
del Conde lo pudo ser,
si dicen que esté casado.
FABIO. España, en efecto, es bella.
ROBERTO. Por lo que vimos en ella
yo me doy por no pagado.
FABIO. ¿Qué, tanto el Conde quería
esa traidora mujer?
ROBERTO. Nunca le he visto querer
como quiso a Estefanía.
Pero dejando a una parte
que ofendernos pretendió,
naturaleza le dió
más que le pudiera el arte.
Ella es hermosa mujer,
digna de un príncipe en todo.

(Vase FABIO, *y sale el* CONDE, *muy triste.)*

CELIO. ¡Que de olvidar no haya modo
y la haya de aborrecer!
¿Cómo caben, dime, Amor,
en un sujeto dos cosas
tan contrarias?
ROBERTO. Mal reposas.
CELIO. No puedo en tanto rigor.
A lo mismo que me ofrezco
el agravio me desvia;
quiero bien a Estefania,
a Estefanía aborrezco;
quiero mal, y lloro ausente.
ROBERTO. Eso sin causa te admira,
pues en un árbol se mira
otra rama diferente.
CELIO. Deseo, Roberto amigo,
verme casado.
ROBERTO. Ese día
has de ver que Estefania
no vive un hora contigo.—
¿Qué te escribe el Almirante?
CELIO. Que él mismo quiere traer
a su tiempo a mi (1) mujer.
ROBERTO. Sin duda que es importante
notablemente el secreto.
CELIO. ¡Qué bien casado estuviera
con aquella ingrata fiera,
divino y cruel sujeto!
Digamos un rato bien:
¿no es hermosa?
ROBERTO. Es celestial.
CELIO. Digamos un rato mal:
¿no es engañosa?
ROBERTO. También.
CELIO. ¿Viste igual entendimiento?
ROBERTO. De un ángel me parecia.
CELIO. ¿No es mudable Estefania?
ROBERTO. Es una veleta al viento.
CELIO. ¿No tiene donaire extraño?
ROBERTO. Es la misma gentileza.

(1) En el ms. "una".

CELIO. ¿Hay sierpe con más fiereza
cuando ejecuta un engaño?
ROBERTO. No la tiene la desierta
Libia.
CELIO. ¿No es la misma copia
del Cielo?
ROBERTO. Es su imagen propia,
de más estrellas cubierta.
CELIO. ¿No es de mil defectos llena
desde el cabello a los pies?

(*Sale* FABRICIO, *alegre.*)

ROBERTO. Digo que es y que no es;
buena y mala, mala y buena.
FABIO. No dirás que no procuro
tus tristezas alegrar.
CELIO. ¿Hay nueva, Fabio, del mar?
FABIO. ¡Que está de nuevas seguro!
CELIO. Pues ¿de qué es el alegría,
si no hay nuevas de mi esposa,
con que temple la enojosa
afición de Estefanía?
FABIO. De traer a tu servicio
dos músicos.
CELIO. Bien has hecho,
puesto que el llanto y despecho
son mi (1) ordinario ejercicio.
¿De dónde son?
FABIO. Son de España.
CELIO. ¿De guitarra?
FABIO. Sí, señor,
que es la suavidad mayor
que las voces acompaña.
Quédese el arpa sagrada
para David, y el laúd
para una voz, en virtud
de ser música fundada.
Que unas cortas guitarrillas,
hallando del gusto el centro,
no sé qué se tienen dentro
que hacen al alma cosquillas.
CELIO. ¿Dónde están?
FABIO. Afuera están.
CELIO. Entren.
FABIO. Entrad.

(*Salen dos* MÚSICOS.)

MÚSICOS. Vuestros pies
dad a los dos.
CELIO. Justo es

(1) En el ms. "su".

daros lo que todos dan
a la música divina,
que es los oídos, y así,
pues que por el pecho allí
más aprisa se camina,
con los brazos os la doy
en tanto que los oídos,
y seáis muy bien venidos.
Cantad algo, triste estoy.
MÚSICO. En Nápoles nos dijeron
que su señoría se casa,
con que a pretender su casa
gusto y pretensión nos dieron. (1)
CELIO. Es verdad, y que a mi esposa
de España estoy aguardando.
MÚSICO. ¿Cuándo vendrá?
CELIO. No sé cuándo.
¡Vaya una letra amorosa!
MÚSICO 1.º Diremos la de *Carrillo.*
SEGUNDO. Mejor es la del *Desdén.*
PRIMERO. Otra lucirá más bien.
SEGUNDO. ¿Cuál es?
PRIMERO. La del *Abanillo.*
(*Cantan.*)
"La del abanillo
calor tiene, madre.
¡Aire, Dios, y aire
si podrá sufrillo."
CELIO. Antes encender la lumbre.
¡Vive Dios, que los envía
la cruel Estefanía
a que me den pesadumbre!
¡Que aquí entrase el abanillo
con el disfraz del donaire!
(*Cantan.*)
"¡Aire, Dios, y aire
si podrá sufrillo."
(*Levántase el* CONDE *colérico, y dice:*)
CELIO. No podré ¡por Dios eterno!,
por más que abanillos gaste,
que no sé yo que aire baste
a templar fuego de infierno.
Otros abanillos son
para dar aire a la cara,
y éste, confieso, no para
hasta el mismo corazón.
Fabio, despide a esos hombres,
y de hoy más, pues que me abraso
con ellas, por ningún caso
cosa de España me nombres.

(1) Así este verso, que parece incorrecto.

Y pluguiera a Dios pudiera
hacer que aquesta mujer
que ahora me han de traer
de Libia o [de] Scitia fuera.

FABIO. Pésame de haberte dado
ese disgusto y pesar.
Mas ¿qué les tengo de dar?

CELIO. Licencia, pues me han cansado.

FABIO. ¿Licencia, Conde, es moneda
que corre?

CELIO. Pues han de irse,
que corre puede decirse,
que el que se va no se queda.

FABIO. Hora bien; voy a decir.
Señores músicos, cierto
que han cantado, sí, por cierto,
que lo puede el turco oír:
pero las melancolías
con que el Conde, mi señor,
por ciertas causas de amor
anda enfermizo estos días,
no le permiten al gusto
sainete. ¡Vayan con Dios,
y veámonos los dos!

MÚSICO. ¿Esto le ha dado disgusto?

FABIO. Esto disgusto le ha dado.

SEGUNDO. Dile que siquiera dé
para cuerdas.

FABIO. Yo lo haré.—
Aquéstos han replicado
y para cuerdas pedido.

CELIO. ¿Para cuerdas, si estoy loco?

FABIO. Dales, aunque sea muy poco,
pues por tu opinión lo pido;
que músicos y poetas,
no digo todos, algunos,
son en pedir importunos
y en decir faltas secretas.
Págales este abanillo
con el diablo.

CELIO. Sea así.
Da lo que me cuesta a mí.

FABIO. No sé si podrán sufrillo. *(Aparte.)*

CELIO. Dales estos diez doblones.

FABIO. Eres un rey.

CELIO. Piedra soy.

FABIO. (Tomo seis y cuatro doy,
que basta a dos musicones.)
¿Oyen? Tomar y callar,
y veámonos después.
Tres romances tengo.

MÚSICO. ¿Tres?

FABIO. Tres, que los puede (1) cantar
la Capilla del Sofí.

MÚSICO. ¿De qué son?

FABIO. De tres pastores
que están tomando sudores
por una dama cegri.

PRIMERO. ¡Oh! ¿Qué tono les pondremos?

FABIO. ¡Vayan con Dios!

(Sale FLORESTO.)

FLORESTO. Ya, señor,
llegó con viento en favor,
rica de velas y remos,
la galera que ha traído
tu esposa.

CELIO. De albricias diera
el alma, si la tuviera.

FLORESTO. Un alma de oro te pido.

CELIO. Pongan la carroza presto,
y da doscientos ducados,
Roberto, que son bien dados,
por su cuidado, a Floresto.
¿Hay tal dicha? Hoy es el día,
aunque con golpe violento,
que sale del pensamiento
mi enemiga Estefanía.
¡Ea, amigos! A la playa
de cuantos en casa están,
nadie menos que galán
por ver a mi esposa vaya.
¿Es muy bella?

FLORESTO. No la vi
para venir más veloz,
porque, en oyendo su voz,
aire de sus ecos fuí.

FABIO. No está en eso la ventura.

CELIO. Dices bien; vámosla a ver,
porque en la propia mujer
la virtud es la hermosura.

(Vanse, y salen DON FÉLIX *y* JULIO, *de camino.)*

DON FÉLIX.

No pudiendo Clavela
dejar de acompañar [a] Estefanía,
Amor, a remo y vela,
me ha mandado seguirla noche y día.
Gracias ¡oh, Julio! al Cielo
que de Nápoles piso el fértil suelo.

---

(1) En el ms. "pueden", refiriéndose a la pluralidad de individuos que forman una Capilla. Es forma usada, aunque solecismo.

Este es el sitio hermoso
donde yace Parténope arrojada (1)
viendo a Europa de Júpiter robada.
Aquí, de flores llenas,
sus ninfas tienen nombre de sirenas.

JULIO.

¡Extremada grandeza!
Bien tiene de contorno siete millas.

DON FÉLIX.

¡Populosa riqueza!

JULIO.

Es una de las siete maravillas.

DON FÉLIX.

Merece mil coronas.

JULIO.

Viven dentro doscientas mil personas.

DON FÉLIX.

¡Qué tres castillos fuertes
adornan su muralla! ¡Hermosa vista!
Pero, Julio, ¿no adviertes
que parece imposible su conquista?
Notable fué la gloria
que dió a Castilla aquella gran victoria
del Córdoba famoso
que se llamó Gran Capitán, abuelo
del Duque generoso
de Sesa y Soma.

JULIO.

Aún pienso que este suelo
tiene ahora vestigios
de hazañas que se cuentan (2) por prodigios.

DON FÉLIX.

Mucho tarda la luz de mi deseo. (3)
¿Si habrá desembarcado?

JULIO.

Al Conde, por ventura, aguardaría.

DON FÉLIX.

Dicen que se ha empleado
con un gallardo mozo Estefanía.

JULIO.

Verle, señor, deseo.

DON FÉLIX.

Esta es la casa.

JULIO.

Ya la gente veo.

(1) Falta un verso después de éste.
(2) En el original ms. "encuentran".
(3) Este verso suelto parece que sobra.

DON FÉLIX.

Si el Conde es tan gallardo
como la novia, entrambos son dichosos.

JULIO.

Qué han de tener aguardo
en Nápoles algunos envidiosos.

DON FÉLIX.

A mí no me desvela
la envidia.

JULIO.

Quieres bien.

DON FÉLIX.

Quiero a Clavela.

(*Salen* LUCINDA, ESTEFANÍA, CLAVELA, *el* ALMIRANTE, *de camino.*)

ALMIR. Por otra parte, sin duda,
el Conde salió a la playa.
ESTEFAN. A mal agüero he tenido
ver tan extraña tardanza.
ALMIR. Apenas, Estefanía,
la galera el ferro echaba,
cuando previene el aviso
y caló remos la barca.
CLAVELA. Pues de este detenimiento
sólo puede ser la causa
haber tomado otra senda
o estar componiendo galas.
D. FÉLIX. (Hermosa viene Clavela.
JULIO. Parece ser más gallarda
que la Condesa.)
ALMIR. Ya viene
mi sobrino.
ROBERTO. ¡Plaza!
FABIO. ¡Plaza!

(*Salen todos los* CRIADOS, *y el* CONDE CELIO *detrás, muy galán, y no mire a* ESTEFANÍA *hasta llegar a ella.*)

CELIO. Vuestra excelencia, señor,
me dé sus pies.
ALMIR. Dice al alma
la sangre que os dé los brazos.
CELIO. ¿Dónde está mi esposa amada?
ALMIR. Aquí viene vuestra esposa.
Llegad, sobrino, a abrazarla.
CELIO. (¡Válgame el Cielo! ¿Qué es esto?) (*Aparte.*)
ESTEFAN. (¡Ay, Clavela! ¡Dios me valga!
¿No es éste Fineo Colona?)
CLAVELA. El mismo.

ESTEFAN. ¡Ventura extraña!
CLAVELA. ¿Cómo ventura, si esta,
por la pasada mudanza,
hecho un mármol, sin mirarte, (1)
y demudada la cara?
ESTEFAN. Lucinda, ¿no es éste el mismo
que me cuesta tantas ansias,
tantos supiros y penas?
(*Aparte todo.*)
LUCINDA. Señora, yo estoy turbada.)
CELIO. (¿Roberto?
ROBERTO. ¿Señor?
CELIO. ¿Qué es esto?
¡Con esta mujer me casa
el Almirante, mi tío!
ROBERTO. El señor no sabrá nada
de la traición de don Félix.
CELIO. ¿Hay tal desdicha?
ROBERTO. No hagas
extremos.
CELIO. Pues ¿cómo pue lo
disimular mi desgracia?
¿Estos eran los secretos
en que el Almirante andaba?
¡Todas fueron invenciones
de esta mujer, de esta ingrata!
¡Bien estaré yo casado
y sabidor de esta infamia!
¡Estoy por hacer locuras!
ROBERTO. Señor, si aquí te declaras,
a tu tio el honor quitas
y a tu ilustrísima casa.
Mira que tiempo te queda
para que tomes venganza
de este agravio.
CELIO. ¿A quién pudiera
suceder desdicha tanta?
Mirándola estoy contento
y el corazón se me abrasa.
ROBERTO. Antes turbada te mira
y allá con Clavela habla,
porque, a lo que da a entender,
ahora sabe que casas
con ella y que eres el Conde.
CELIO. Juraré que no se halla
en fábulas ni en historias
suceso de aquesta traza.
¡Que estaba casado yo
con esta española dama
y, llegado a Barcelona,
diese en servilla y hablalla
sin saber lo que sus padres
y el Almirante trataban!
¿Qué haré? Decírselo quiero.
ROBERTO. Eso no, que los Moncadas
dirán que es invención tuya
por no cumplir la palabra,
y es gente de tal valor
que, si las espadas sacan,
alborotaráse el reino.
Mira que los cuerdos pasan
por muchas noches las cosas
que son de tanta importancia.
Por eso llamó, señor,
un discreto a la almohada
el consejo de la vida
y el estado de la fama.
Calla, que tiempo (1) te queda.
CELIO. Ese consejo me agrada.
Llego y temblando.
ROBERTO. Pues llega.)
CELIO. Señora, dos cosas andan
con las bodas cada dia:
el turbarse y la ignorancia.
Aquí tenéis vuestro esposo
y vuestro esclavo.
ESTEFAN. Yo estaba
confusa de ver, señor,
vuestra confusión, (2) que es tanta,
que el Almirante la entiende.
ALMIR. Pues, sobrinos, ¿qué se trata?
¿Es la novedad, por dicha,
la que deteneros causa
los brazos?
CELIO. Causa he tenido,
pues hasta ahora ignoraba
quién era, señor, mi esposa.
ALMIR. ¿Pues no os he escrito en tres cartas,
después de una en que os pedía
el poder, que era Moncada
vuestra esposa, y lo mejor
y más antiguo de España?
CELIO. Si las cartas recibiera
la admiración excusara.
ALMIR. ¿Cómo no?
CELIO. No os alteréis.

(1) Este verso y el siguiente están en el ms. así:
"hecho un mármol sin mudarse
y denudada la casa".

(1) En el ms. "siempre".
(2) Lope no pudo escribir tan próximas las palabras "confusa" y "confusión". Esta última será quizá "turbación".

Sabed que he estado en España,
y entre tanto se han perdido.

ALMIR. ¿En España? Más me agravia
vuestra ingratitud en eso.

CELIO. Antes de vos me guardaba,
porque para andar secreto
un hombre o dos me acompañan,
y siendo sobrino vuestro,
y en público, me importaba
hacer grande ostentación
de crïados, gasto y galas.
¡Perdonadme si no os vi!

ALMIR. Pesádome ha por las cartas,
pues primero estáis casado
que sepáis con quién os casan.

CELIO. Venid a esta casa vuestra,
donde tengo confianza
que perdonaréis mi error.

ROBERTO. (Discreto has andado.

CELIO. ¡Calla!)

(*Con cortesías se entron todos, y quedan a un lado* DON FÉLIX *y* JULIO *solo.*)

D. FÉLIX. Julio, estoy fuera de mí.
No puede la semejanza
ser la verdad ni la sombra
el cuerpo de que se causa.
Este es Fineo Colona.

JULIO. Sin duda que disfrazaba
el nombre para poder
estar secreto en tu casa.

D. FÉLIX. Basta, Julio, que sabía
que Estefanía Moncada
era su esposa y que vino
para verla, desde Italia.
¿Hay tan extraña invención?

JULIO. Para ti será extremada,
que, como siguiendo vienes
a Clavela, si te paga
el hospedaje, podrás
cuando quisieres hablarla.

D. FÉLIX. ¡Notable ventura ha sido!
Partamos, Julio, a su casa,
págueme Celio en lo mismo.

JULIO. ¿Cuánto va que te regala
notablemente, señor?

D. FÉLIX. Para mí, para mi alma,
para mi descanso, Julio,
ver a Clavela me basta.

(*Vanse, y sale el* CONDE CELIO *solo.*)

CELIO. Confusa imaginación
que mi muerte y fin previenes,
¿por qué te vas y a qué vienes,
pues que vienes a traición?
Tales mis desdichas son,
que en dos extremos sin medio
me tiene la vida en medio
cerca de la muerte fiera,
porque si muerte no hubiera
fuera imposible el remedio.

Que he perdido el seso creo,
o le tengo de perder,
pues que me guardo de ver
lo mismo que ver deseo.
Deseo lo que no veo,
y en viéndolo me retiro
de aquello mismo que miro.
Trato al Amor con desdén,
huyo el mal y dejo el bien
y en dejando el bien suspiro.

Dos culebras enlazadas
fueron símbolo muy justo
del matrimonio a disgusto
cuando asidas, apartadas.
Por cosas imaginadas,
bien puede disgusto haber
entre marido y mujer;
pero en traiciones sabidas
¿cómo han de pasar las vidas,
hablar, dormir y comer?

Dos espejos dos casados
el uno del otro son,
donde mira la afición,
los bienes y los cuidados.
Pero si están disgustados
y llega él a aborrecer,
a que no se puedan ver
son como el rudo animal
que con los pies el cristal
enturbia que ha de beber.

Amé lo que no sabía
y aborrecí lo que amé
luego que supe que fué
falsa la fe que tenía.
¿De quién fuera, sino mía,
una desdicha tan grave?
Su estado el casado alabe
que su ofensa no ha sabido;
mas ¿cómo vive un marido
después que el agravio sabe?

¡Ay de mí! Que yo le sé
de boca del mismo amante,
que de mi agravio ignorante
testigo de vista fué.

Yo estoy sin honra. ¿Qué haré?
Que al fin no puedo guardarme
con huír y retirarme,
que el más gallardo y discreto
es hombre. Fuilo en efecto:
pudo el agravio alcanzarme.

(*Sale* Roberto.)

Roberto.

Siente, señor, de suerte Estefanía,
pues mandas que no diga la Condesa,
ver que de ti tan lejos la aposentes
después que se ha partido el Almirante,
que con el llanto romperá un diamante
y el alma de Nerón con las razones.

Celio.

Pues ¿qué quiere de mí? ¿No se contenta
que sufra y pase tan infame afrenta?

Roberto.

No sé ¡por Dios! ¿No pudo ser mentira
de aquel mozuelo o desdeñosa ira
para vengarse, como suelen, necios,
que sus damas los tratan con desprecios,
que luego las levantan testimonios?

Celio.

Si supiera don Félix que yo amaba,
o siquiera, Roberto, conocía
a mi enemiga hermosa Estefanía,
pudiera sospechar que era venganza
de haberle dado celos su mudanza:
pero si mi secreto no sabía,
es fuerza de propósito, Roberto.
Don Félix la gozó, mi daño es cierto.
No seas imprudente, amigo; mira
que hace mayor el daño la mentira.

Roberto.

¿Qué sabes tú, si supo que la amabas,
de Clavela o Lucinda, y quiso entonces
con celos apartarte de esta empresa?
¿No sabes tú que hay tretas entre amantes
y que Marte y Amor tienen ardides?

Celio.

Tarde me persuaden tus engaños;
la honra no se paga fácilmente.
¡Llore, Roberto, llore Estefanía,
llore su desventura con la mía!

Roberto.

Pues dado que la ofensa cierta sea,
ella te tuvo por Fineo Colona
y se casó con Celio, no sabiendo
que tú eras Celio.

Celio.

Bien todo lo entiendo.
No seas ignorante, que un discreto
no cansa con disculpas sin efecto.

(*Sale* Fabio.)

Fabio.

Nuevas te traigo de una cosa extraña.

Celio.

Nunca tú vienes sin extrañas nuevas.

Fabio.

¿No lo han de ser estar aquí don Félix?

Celio.

¿Don Félix está aquí?

Fabio.

Como lo cuento.

Celio.

¡Vive Dios, que le tray Estefanía!
¿Hay tan grande insolencia?

Roberto.

¿No podría
venir a otros negocios?

Celio.

Este necio
ha dado en que yo sufra mi deshonra.
¡Vive Dios, que no tiene sangre ni honra
el hombre que esto sufre! ¡Muera luego
Estefanía!

Fabio.

¡Tente, que estás ciego!
Mira que está don Félix a la puerta.

Celio.

¿A la puerta?

Fabio.

Y que es justo recibille
con rostro diferente del que piensas.
Tiempo te queda de vengar ofensas.
Quizá te la ha ofrecido tu ventura
para que tu venganza esté segura.

(*Sale* Don Félix *y* Julio, *criado.*)

D. Félix. ¿Dónde está el Conde?
Fabio. Aquí está.
D. Félix. ¡Conde y señor!
Celio. ¡Félix mío!
D. Félix. Celio os quiero llamar ya.

Celio. (¡Con qué arsénico tan frío
Félix la muerte me da.)
D. Félix. Quejoso de vos estoy.
Celio. Ya de aquel nombre fingido
disculpa bastante os doy,
aunque el fingido no he sido,
pues el verdadero soy.
¿Venís bueno?
D. Félix. Ya que os vi
bien puedo decir que sí,
y los brazos vuelvo a daros.
Vos lo estaréis con casaros,
que no hay que pasar de aquí.
Celio. (Antes hay bien que pasar. (*Aparte.*)
Si se pudiese decir...
No puedo disimular,
que adonde es fuerza sentir
es imposible callar.)
¿A qué habéis aquí venido?
D. Félix. Como vos a ver a España,
yo a Italia, Celio
Celio. Y ha sido
muy justa y debida hazaña
de un hombre tan bien nacido.
(¡Qué bien su intención declara
y de mi disfraz se ampara!
¡Vive Dios, que es mi mujer
la Italia que viene a ver,
pero costarále cara!)
Félix, ya sabéis que fuí
vuestro huésped, no hay remedio
de replicar.
D. Félix. Es ansí.
(Y más viendo de por medio (*Ap.*)
el bien que tenéis aquí.)
Celio. (¡Qué presto que concedió!)
D. Félix. El ser de la patria yo
de vuestra esposa, ¿no tiene
disculpa? En fin, ¿cómo viene?
Celio. Gracias a Dios, bien llegó,
aunque pienso que la mar
algún daño le ha de hacer.
D. Félix. Sus manos quiero besar.
Celio. (Malo está de conocer.) (*Aparte.*)
Váyanla luego a llamar.
(¡Vive Dios, que quiere vella
y aun se muere por hablarla,
que ha días que está sin ella.)
D. Félix. Cuando vi, Conde, embarcarla
y al Almirante traella,
no juzgué que para vos,
que viniéramos los dos
juntos si yo lo supiera.
Celio. (¡Y cómo que ella viniera (*Aparte.*)
con más gusto! ¡Bien, por Dios!)
D. Félix. Háceme a mí mil favores.
Tenemos deudo también.
Celio. (Dice bien, y los mayores,
pues no hay grado en que no estén
los parientes por amores.)
D. Félix. Tiene mil gracias notables
mi señora la condesa.
Celio. Sí ¡por Dios!, son admirables.
(Bien es, aunque a mí me pesa,
que de lo que sabes hables.)
Ya pienso que viene aquí.

(*Salen* Clavela, Estefanía, Fabio *y* Roberto.)

Estefan. ¿Que aquí don Félix está,
Fabio?
Fabio. Mi señora, sí.
D. Félix. Mil parabienes os da
don Félix.
Estefan. (No hay bien en mí.)
¡Oh, gallardo caballero!
Celio. (¡Cómo se abrazan los dos!
De rabia y de celos muero.)
Estefan. ¿Cómo estáis?
D. Félix. Viéndoos a vos,
con prenda que tanto quiero...
Al desembarcar llegué
y a la ciudad os seguí.
Otro a Celio imaginé,
y cuando quién era vi,
mayor mi contento fué,
y gocéisle muchos años.
Estefan. Para serviros serán.
Celio. (Hablan por cifras y engaños, (*Ap.*)
pero entendidos están;
ya llegan tarde los daños.)
Estefan. ¿Cómo no habláis a Clavela?
Clavela. Con la mar todo se olvida.
D. Félix. Eso es hablar con cautela,
que quien tiene en vos la vida
ningún peligro recela.—
¿Cómo os ha tratado el mar?
Estefan. Con más favor que la tierra.
Celio. (Eso dice por llegar
donde aborrece, y no yerra,
que tiene bien que llorar.)
Estefan. ¿A qué habéis venido aquí?
D. Félix. Paso a Roma, la corona
del mundo, no porque allí
estaba Fineo Colona,

que ya en Nápoles le vi.
¿Qué os parece del engaño?

ESTEFAN. Que aún es mayor que parece.

CELIO. (Amor es ciego y extraño.
¡Cómo ciega (1) y enloquece!
No sienten éstos su daño:
hablan en cifra, sin ver
que los estoy entendiendo.)

D. FÉLIX. Vuestro huésped quiero ser.

ESTEFAN. Para que os esté sirviendo.

CELIO. (¿Vióse tan libre mujer? (*Aparte.*)
¡Pobre honor, que sobre ti
cargan estos cumplimientos!)

ESTEFAN. Hablaros quiero, y no aquí.

CELIO. (¡Que tales atrevimientos (*Aparte.*)
pasen delante de mi!)

D. FÉLIX. Conde, quiero acompañar
la Condesa, mi señora,
y tenerla para hablar,
con vuestra licencia, hora. (2)

CELIO. (¿A qué más puede llegar?)
Todos os han de servir.

D. FÉLIX. En fin, Clavela, que os veo.

CLAVELA. Si aqui tenéis de vivir,
conoceréis mi deseo.

(*Vanse.*)

CELIO. ¿Cómo lo puedo sufrir?—
¿Roberto?

ROBERTO. ¿Señor?

CELIO. Ya he hecho (3)
resolución en mi agravio.

ROBERTO. ¿De qué?

CELIO. De pasarla el pecho. (4)

ROBERTO. ¿Ya determinado estás?

CELIO. ¿Cuál vida será la mía
si no descanso jamás?
Como digo, le darás
el veneno a Estefanía.
Yo confieso que la adoro:
mas ¿qué importa, si el decoro
de mi honor está manchado?
Veneno en vidrio me ha dado;
dáselo, Roberto, en oro,
que entre tanto buscaré
a don Félix.

ROBERTO. Pues ¿por qué?

CELIO. Porque cuando me ofendió
no le di la culpa yo,
pues sin conocerme fué.
Mas ahora que ha sabido
que soy Celio, y su marido
de la infame Estefanía,
para ofenderme venía
traidoramente atrevido,
y ansi la muerte merece.
El veneno conficiona,
que yo, pues lugar se ofrece,
hoy por mi misma persona
le mataré.

ROBERTO. Ya se ofrece.

CELIO. Pues vete y haz lo que digo.

ROBERTO. ¿Quieres que cierre la casa?

(*Vase.*)

CELIO. Bien harás, Roberto amigo,
mientras no saben que pasa
con tanta causa el castigo.
En dando muerte al traidor
me ha de matar el dolor;
luego tengo de morir,
que es desvergüenza vivir
hombre que no tiene honor.

D. FÉLIX. (Con la determinación (*Aparte.*)
que Amor me manda que venga,
o destruyo mis sucesos
o doy remedio a mis penas,
pues no la tomando ansí
no puede ser que la tengan
estando en tal ocasión.)

CELIO. (Como Félix no me vea,
abriré con esta daga
para mis agravios puerta.
Las de mi casa cerradas,
no es posible que se sepa,
siendo forastero y solo,
pues en medio de mi huerta
su vida, con mis desdichas,
tendrán sepultura eterna.)

D. FÉLIX. ¿Es el Conde?

CELIO. (Vióme, en fin.)

D. FÉLIX. ¡Oh, Celio!

CELIO. (Quiero esconderla
hasta mejor ocasión.)
¡Oh, Félix!

D. FÉLIX. Aquel que Atenas
tuvo en la filosofía
por principe y hoy celebran
con el mismo nombre el mundo,

(1) En el ms. "ciego".
(2) En el ms. "aora".
(3) En el ms. "es hecho".
(4) Faltan dos versos a esta quintilla.

a la amistad verdadera
por definición cedió
un bien, que igualmente alegra
en las prósperas fortunas
y lastima en las adversas.
Siendo así, cuando un amigo
que serlo de otro profesa,
su bien o su mal le encubre,
no es bien que el nombre merezca,
pues que la quita a la forma
de la amistad la materia.
Por eso yo no pretendo
teneros, Celio, encubierta
la historia de mis desdichas
y la dicha de las vuestras.

CELIO. (Si sabe lo que he tratado... (*Ap.*)
si aquella mi esposa fiera
le ha dicho que aqui no viva...
si mi venganza sospecha...)
¿A qué propósito, Félix,
con tan grande exordio empiezas?
Qué, ¿dudas de mi amistad?

D. FÉLIX. Antes tenerla por cierta
me ha obligado a que te dé
de mi larga historia cuenta;
no quiero ser como tú,
que sabiendo que pudieras
fiarte de mi amistad,
me la tuviste encubierta
con ser en mi casa huésped.

CELIO. El agravio te confiesa
mi obligación.

D. FÉLIX. Pues escucha.

CELIO. Hasta el alma tengo atenta.

D. FÉLIX. En la insigne Barcelona,
ciudad de España princesa
y puerta del mar de España,
en la verde primavera
de mis juveniles años
puse en la hermosa Clavela,
Celio, los ojos y el alma.
¡Bien haya quien bien la emplea!

CELIO. ¿Qué Clavela?

D. FÉLIX. ¿Ya te olvidas?
Escucha y no te diviertas:
la prima de Estefanía,
como el sol hermosa y bella
cuando en los brazos del alba
tiende la rubia madeja,
y a cuyos dorados rayos
dan espaldas las tinieblas.
No fuí tan presto pagado,
Conde, como Amor quisiera,
que en materia de deseos
se enciende como cometa;
pero una larga porfía,
una perpetua asistencia
y la ocasión de tener
lugar de hablarla y de verla
después que dió cuatro veces
sus tornos la luz febea
desde el Vellocino al Pez
austral, que Siria venera,
rindió Clavela a mi amor
sus heladas resistencias,
mostrándose agradecida
cuanto desdeñosa y fiera.
Tratábamos de dar fin
a nuestras dichosas penas
con el matrimonio santo,
que es de amor disculpa honesta,
cuando Bernardo de Roca,
mi hermano menor, por Delia,
una dama catalana
hija de Claudio Centellas,
dió muerte a un hijo bastardo
de su padre de Clavela,
de su mocedad imagen,
que fué por bandos inquieta.
Con esto al padre jamás
osé decir, ni aun hubiera
quien se atreviera en el mundo,
aunque sin dote ni hacienda,
que me diese por mujer
a Clavela; con que llega
nuestro amor a desatino,
que la privación le aumenta.
En la sazón (1) que llegaste
a Barcelona nos ciega
de tal manera el Amor,
que, sin guardar a las prendas
de sangre y honor respeto,
Clavela su honor me entrega.
Esto supiste de mí
cuando, pidiéndome señas,
dije "la del abanillo",
de cuya palabra necia
han nacido dos agravios;
pues alzando la cabeza,
ya le tenía tu esposa
y pensaste que era ella:
que por lo que me ha contado

(1) En el ms. "razón".

y la maltratas y dejas,
he conocido la causa.
Así, que vengarte en ella
y en mí, que no te ofendí,
por dos agravios se cuenta.
Su llanto, Celio, me obliga,
tu amistad y mi conciencia,
al desengaño que ves;
porque si pidió Clavela
el abanillo prestado
a tu esposa y yo las señas
te di cuando le volvió,
sin ver entonces quién era
la dama que le tenía,
segura está su inocencia
y culpada tu justicia.

CELIO. ¿Qué me dices?

D. FÉLIX. Que no seas
cruel con un ángel, Celio.

CELIO. Félix, a tal tiempo llegas,
que esta daga, que desnuda
tuve hasta ahora encubierta,
de milagro no te ha dado
la muerte.

D. FÉLIX. ¿Qué mayor prueba
de la inocencia de entrambos?

CELIO. Sí; pero quiero que sepas
que la he mandado matar;
y de manera me pesa
si llegó la ejecución,
que nunca mayor tragedia
se habrá contado en Italia.

D. FÉLIX. ¿Hay desgracia como aquésta?

CELIO. Mientras yo te daba muerte
quise, Félix, que le diera
veneno Roberto. ¡Ay, triste!

D. FÉLIX. Espera, que juntas llegan.

(*Salen* CLAVELA, ESTEFANÍA *y* LUCINDA.)

CELIO. ¡Desdichada Estefanía,
cuanto generosa y bella!
Tu inocencia he conocido;
pero que es tarde sospecha
mi amor, mi temor, mi culpa;
mas si estás muerta, no creas
que el Conde quede con vida.
¿Dónde has estado?

ESTEFAN. En la huerta.

CELIO. ¿Dióte Roberto en un vaso
una bebida compuesta
de veneno?

ESTEFAN. Yo pedí
agua, y a este tiempo llega
Roberto y en un cristal
me dió...

CELIO. ¡No prosigas, cesa;
que después que me haya muerto
dirás, mi bien, lo que resta!—
¿Criados? ¿Roberto? ¿Fabio?
¿Floresto?

(*Salen todos*)

ROBERTO. ¿Señor?

CELIO. ¡Que sea
sin remedio mi desdicha!
¿Qué le diste a la Condesa?
Dime, ejecutor infame.

ROBERTO. ¡Detente! ¿De qué te alteras?
¿Piensas tú que yo jamás
di crédito a tus ofensas?
Agua sin mezcla ninguna
le di para que pudiera
ella librarse mañana
y yo cumplir la sentencia.

FABIO. Y agua sola, ¿no es veneno?

CELIO. ¡Qué prevención tan discreta!
Dos mil brazos a mi esposa.
Dale la mano a Clavela,
Félix, pues que no hay aquí
airado padre que temas,
que a Roberto yo le doy
dos mil ducados de renta.

FABIO. ¿Y a mí, señor?

CELIO. A Lucinda,
que yo sé que la deseas.

D. FÉLIX. Con esto da fin, senado,
La del Abanillo, y sea
tal el aire del favor,
que pueda servir de velas,
al autor para serviros
y para aliento al poeta.

FIN

ACERTAR ERRANDO

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO (1)

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

OTÓN.	TARQUÍN, *criado.*	CELIA, *dama.*
FABIO, *criado.*	RICARDO.	JULIA, *criada.*
CARLOS, *príncipe.*	AURORA, *infanta.*	MÚSICOS (2).

JORNADA PRIMERA

(*Salen* OTÓN *y* FABIO, *de gala.*)

FABIO. ¡Notable melancolía!
OTÓN. Es pensión de la grandeza,
que paga siempre en tristeza
la más libre monarquía.
Aurora nació marquesa
de Calabria, y viene a ser
esta casa de placer
todo lo más que interesa
de su estado, pues negada
a la grandeza debida,
cuando está más pretendida
le (3) oculta más retirada.
El de Polonia pretende,
el de Ferrara se abrasa,
el de Dinamarca pasa
a Italia, y ella defiende
su porfía en horizontes
que, ocultos, pretende honrar,
sirena de aqueste mar,
Diana de aquestos montes.
Y cuando tantos señores
desprecia, mi inclinación
me anima a la pretensión
de sus divinos favores.
¿Qué he de hacer? No puedo más;
solamente, Fabio, entiendo
que no se ofende queriendo.
FABIO. Sí, pero a peligro estás
de incurrir en atrevido.
OTÓN. Disculpas tiene mi amor;
que Dios es mayor Señor
y gusta de ser querido.
FABIO. Ella sale.
OTÓN. Raras veces
la ribera suele honrar
de este innavegable mar,
norte aun de sus mismos peces.
FABIO. ¡Gran beldad!
OTÓN. Mi pensamiento
divinos desprecios llora,
que soy vasallo de Aurora.
FABIO. Condeno tu atrevimiento;
pero, puesto que no pasa
de un amor lícito y justo,
también alabo el buen gusto.
OTÓN. El alma toda me abrasa.

(*Sale la infanta* AURORA *y* CELIA, *dama, y* JULIA, *criada.*)

AURORA.

Si en soledad tan fiera
el Cielo me negara esta ribera,
dudo, Celia querida,
que hallara aliento en mi pasión mi vida.

CELIA.

Divierta vuestra alteza,
señora, en tanto mar, tanta tristeza.

AURORA.

Las verdinegras olas
del enojado Noto banderolas,
que al soplo más ligero, (1)
y en varios horizontes,
canos de espuma se introducen montes,
mi soledad recrean,
que hasta los mares, Celia, lisonjean.

(1) Las variantes que se señalan sin más advertencia corresponden al ms. de la Biblioteca de Parma.
(2) ACOMPAÑAMIENTO.
(3) "se".

(1) Falta un verso para el pareado.

CELIA.

¿Qué mucho, bella Aurora,
si el mismo Cielo tus pesares llora,
que alivien tus pesares
lisonjeros los vientos y los mares?
Aquí, por divertirte,
mudos los peces salen a servirte,
cuya defensa flaca
ya redime, ya prende la resaca,
ofreciendo igualmente
muerte alternada y vida alternamente. (1)

OTÓN.

Señora, si porfías
en tus melancolías,
perdone tu grandeza:
serás verdugo a la mayor belleza.

AURORA.

Otón, bien me aconsejas,
a saber yo la causa de mis quejas.

OTÓN.

Juzga el distrito breve
de esta isla, que el mar cerca de nieve,
un reino dilatado,
un mundo entero a tu valor postrado,
donde vasallos pocos
te sirven cuerdos y te adoran locos.
Manda, prohibe, ordena;
el viento calma y esa mar enfrena.

CELIA.

Fiera melancolía te importuna.

JULIA.

Los que nacimos en menor fortuna
fácilmente lloramos,
pero fácil también nos alegramos,
porque tiene el contento
con los humildes casa de aposento.

DENTRO.

¡Cielo! favor os pido.
¡Amparad este leño sumergido,
que en el mayor extremo.
vuestra esperanza es el timón y el remo!

AURORA.

Fabio, Otón: en la orilla
se muestra una barquilla,
que la acosa y inquieta
soberbio el mar, con golpes de mareta;
vuestro socorro esperan.

(1) "altercadente" en ambos mss.

¡Que así a mis ojos mueran
los que se quejan dentro,
siendo despojos del salobre centro!

OTÓN.

¿Qué es morir? Esta vida
verás primero en su favor perdida.
Fabio, al mar a ayudallos.

FABIO.

Hoy verás el amor de tus vasallos.

(*Vanse.*)

AURORA.

A la pelota juegan, pobre empeño,
los vientos y las olas con el leño:
el más piadoso a muerte le amenaza:
uno la saca y otro la rechaza,
y entre dolor y pena
ya toca las estrellas, ya la arena.
¡Oh, miserable suerte!
¡Piadosos Cielos, excusad su muerte!

CELIA.

Retírate, señora,
no vea desdichas quien tristezas llora.

(*Vanse. Salen* CARLOS, *príncipe de Polonia, y* TARQUÍN, *su criado.*)

CARLOS.

¡Oh mano poderosa
de Dios, en los peligros más piadosa!
¡Oh árbitro soberano,
que los vientos y el mar tiene en la mano!
El golpe más cruel, el más airado
a la tierra del mar nos ha arrojado,
rompiendo en esas rocas
del miserable esquife tablas pocas.
¡Mal haya el primer hombre que, en abeto,
al mar le perdió el miedo y el respeto!

TARQUÍN.

¡Mal haya el picarón entremetido
que con tanto poder descomedido
al monstruo de esmeralda
con medio remo asaltó la espalda!
¡Mal haya el que en la quilla de una viga
se resolvió a rascarle la barriga!
¡Mal haya... pero mi ingenio fragua;
mal haya el necio que se embarca en agua,
mal haya quien de hembra tal se fía,
preciada muy de amarga y muy de fría!
¡Oh común enemigo,
no en balde estaba yo tan mal contigo,
conociendo, villana,

que albergas todo escuerzo y toda rana,
y en tu vientre maldito
no se ha visto jamás solo un mosquito!
¡Oh, fría, floja y fea,
plega a Dios que nunca en ti me vea!

CARLOS.

¿Acabaste con tanto desatino?

TARQUÍN.

Déjame ahora bendecir el vino.
¡Bien haya...

CARLOS.

Acaba, necio porfiado.

TARQUÍN.

¿Quién ha habido en el vino desgraciado?
¿Quién se ha ahogado en el vino? ¿Quién nos [cuenta
en el vino naufragio ni tormenta?
Tabernero he de ser si de ésta escapo.
Viva en el agua la tortuga o sapo,
que yo, si ya la Iglesia no lo niega,
me he de entrar en la mayor bodega.

CARLOS.

Tú dirás mil locuras.

TARQUÍN.

Yo las digo,
pero de hacerlas tú yo soy testigo.

CARLOS.

¿Yo las hago?

TARQUÍN.

Pues ¿qué mayor locura
que entregarte, por ver una hermosura,
al peligro del mar y haber dejado
tu reino, con tu ausencia lastimado,
como si te importara
que tenga buena o tenga mala cara
la Infanta de Calabria?

CARLOS.

Ten, villano, (1)
¡vive el Cielo!, que corte con mi mano
tu lengua, si la ofendes.

TARQUÍN.

Yo lo creo,
que así pagues mi amor y mi deseo.

(*Salen* AURORA, CELIA, OTÓN, FABIO *y* JULIA.)

AURORA. Llegad y habladlos.

(1) En el original "Ayer, villano". Lo mismo en el ms. parmense.

OTÓN. Aquí
puede esperar vuestra alteza.
CELIA. Templó del mar tu belleza
los enojos que en él vi.
OTÓN. Caballero, ya que el Cielo
su furor en ti cifró,
y el nuestro no mereció
demostración de este suelo,
suplícoos que recibáis
una voluntad no escasa,
sirviéndoos de nuestra casa
en tanto que descansáis
de la pasada fortuna,
que a tal extremo os llegó.
CARLOS. Siempre su poder mostró
conmigo en ser importuna.
Pero ya no he de quejarme,
pues tanta dicha he tenido,
que, aunque no os lo he merecido,
nobles, queréis ampararme.
Bésoos mil veces las manos
por merced tan singular,
que por fuerza he de acetar.
FABIO. Dejad cumplimientos vanos
y venid, que a nuestro dueño,
que ya espera que lleguéis,
este favor le debéis.
CARLOS. Ya juzga mayor mi empeño.—(1)
Perdonad, señora mía,
que el mar con tantos enojos
sin duda cegó mis ojos
porque en vos no viese el día.
(¡Gran belleza!) (*Aparte.*)
AURORA. Levantad.
(Bizarro es el extranjero. (*Aparte.*)
CELIA. Y mucho.)
AURORA. Advertiros quiero
que debéis mucha piedad
a mis ojos.
TARQUÍN. Dad, señora,
a la boca de Tarquín
la virilla del chapín.
CARLOS. Levanta, necio.
TARQUÍN. No ignora
su señoría y su alteza
que pocos...
CARLOS. ¿Empiezas ya?
AURORA. No le riñáis; bueno está.
TARQUÍN. Siempre tiene esta aspereza
conmigo, aunque soy criado,

(1) "imperio" en ambos.

si nos sentamos a cuentas,
hecho a prueba de tormentas.

AURORA. ¡Buen humor!

TARQUÍN. No soy casado.

CARLOS. ¿Quién te pregunta, hablador?

TARQUÍN. El buen humor respondía;
que a serlo, ¿cómo podría (1)
tener nunca buen humor?

AURORA. Si es lícito preguntar,
¿no es medio que intente yo
saber quién os arrojó
a esta isla y a este mar?

CARLOS. Suplícoos, señora mía,
sepa yo cómo he de hablar,
porque no puedan culpar
los que oyen mi cortesía.

OTÓN. Gran Duquesa de Calabria,
su alteza en ella nació.

CARLOS. El alma no se engañó,
que, como es divina, es sabia.
Y a la luz de tal belleza
fué ignorancia el preguntar.

AURORA. Y, al fin, ¿salistes del mar?

CARLOS. Deme atención vuestra alteza.

Carlos, único hijo y heredero
del de Polonia, que ceñir espera,
primero en sangre y en valor primero,
la universal corona de la esfera,
depuesta la casaca y el acero
que el Turco tiembla, el Español venera,
de un hermoso retrato enamorado,
velas dió al viento y al amor cuidado.

Poca (2) lisonja hicieron los pinceles
al bellísimo dueño en la pintura,
que puesto que afrentaba los de Apeles,
la copia superior que el arte apura,
y que el sol despreciaba (3) sus laureles
por la parte menor de su hermosura,
visto su original, el menos sabio,
conociendo el rigor, viera su agravio.

Determinado el Príncipe valiente
a ver la maravilla retratada,
por si la fama o la pintura miente,
tal vez de afecto o de pasión llevada,
dió su esperanza al húmido tridente,
y de un salobre mar urna dorada,
a tanta majestad palacio breve,
pisa los mares y los aires bebe.

Entre otros cortesanos caballeros
que el Príncipe embarcó en su compañía
número fuí, si no de los primeros,
el que más ordinario le asistía.
Los reinos comarcanos y extranjeros
salva hicieron al sol, porque traía
el bajel que robar pudiera a Europa
un sol pintado en la dorada popa.

Penetramos el mar con fresco viento,
asegurando el paso más dudoso,
los borlos al combés el barlovento,
hasta que entramos en el faro odioso:
allí, pues, donde tiene eterno asiento
el promontorio fértil y abundoso,
en cuyas faldas y abrasado extremo
alentó sus albogues Polifemo,

desató de sus cárceles oscuras
rápidos vientos Eolo enojado,
y hasta el presidio de las luces puras,
olas condujo en escuadrón formado,
el bajel que, animoso en sus venturas,
desprecio fué de tanto humor salado:
velas, entenas, jarcias y árbol roto,
dió voces a la chusma y al piloto.

Turbado aquéste, aquéllos sin aliento,
del Austro, de las olas combatidos,
desesperados ya del salvamento,
la aguja, el norte y el timón perdidos,
revuelto este y aquel fiero elemento
contra el pobre bajel embravecidos,
las fuerzas muestran, pareciendo, en suma,
pardo delfín entre nevada espuma.

Con más fuerzas el monstro se alborota,
alternativos uno y otro encuentro;
ya las estrellas con el lino azota,
ya con lino y madera bate el centro,
la proa abierta y la quilla rota,
sin fuerzas y sin alma los de adentro,
tiznados del sudor y de la brea,
callan roncos, y sólo el mar vocea.

Abrióse por la tabla de un costado
el bajel, débil fuerza a tal fortuna,
y el generoso Príncipe, fiado
más en su dicha que en defensa alguna,
cortando el cable que tenía agarrado
un esquife, ocasión halló oportuna
para volver a resistir la furia
del mar, que a menos fuerza más injuria.

Yo que no pude, aunque seguille intento,
haciendo de otro barco sepultura,
a la fortuna di segundo tiento
y al mar menos que hacer, si en ella dura;

(1) "podia" en ambos.
(2) "Loca."
(3) "despreciara" en ambos.

mas despreciando el corto vencimiento,
me anegó su soberbia mi ventura,
después de ejecutar tantos enojos,
en el sagrado puerto de tus ojos.
  Esta es la historia, la tormenta es ésta,
por quien es de tener nuevos cuidados,
como causa que a Carlos tanto cuesta,
tu amante generoso, bien logrados
si el mar que le sepulta o le molesta
sus pensamientos premia enamorados,
conduciéndole a ver en tu hermosura
el vivo original de su pintura.
  Mas pues que yo dichosamente llego
donde llegar mi dueño deseaba,
de su amor advertido o de su fuego,
que a vencer tanto mar se anticipaba,
vuelvo a besar el pie, que ignoré ciego,
cuyo respeto el alma adevinaba,
cuando vi entre la undosa batería
que un sol faltaba y otro sol salía.

AURORA. Admirada y ofendida
ponderando estoy y oyendo.
¡Qué peregrinas desdichas!
Ignoro lo que padezco;
tan contraria la fortuna
se muestra en mi nacimiento,
que aun a quien me ve pintada
tales desdichas le presto.
Carlos pudiera excusar,
aunque su amor agradezco,
el ponerse por mi causa
a tan conocidos riesgos.
CELIA. Vuestra alteza considere
o advierta, como yo advierto,
que tiene más de ventura
que de desgracia el suceso.
¿Ser pretendida no es dicha?
Tener en reino extranjero
tanta opinión, tanta fama,
¿la alcanza cualquier sujeto?
CARLOS. ¡Dichoso el Príncipe amante
que en tan generoso empeño
sacrifica de su vida
los más bizarros alientos!
¿Qué trofeos, qué vitorias
le pudo ofrecer el tiempo
al Príncipe, mi señor,
que constituya en eterno
su nombre, como haber dado
a tanto peligro expuesto,
plumas y lengua a la fama,
vida al bronce y alma al lienzo?
AURORA. Y ¿no habéis sabido dél?
CARLOS. ¿Cómo, si nos dividieron
las olas del mar furiosas,
tomando rumbos diversos?
AURORA. (¿Celia?
CELIA. ¿Señora?
AURORA. ¿Qué dices
del brío del extranjero?
CELIA. Que si el Príncipe es así,
merece el acogimiento
que tales finezas piden.
AURORA. Qué juzgas de lo que vemos,
te digo, no que adivines
ausentes merecimientos
ni inoradas (1) perfecciones.
CELIA. Pues ¿no he dicho harto en esto?
AURORA. Bien pudieras decir más.
CELIA. Con esa licencia vuelvo
a decir que es muy galán,
muy airoso, muy discreto,
muy cortés, muy gentil hombre,
muy agradable, muy cuerdo.
AURORA. Paso, paso. ¡Qué locura!
CELIA. ¿También en esto te ofendo?
Perdona...
AURORA. ¡Ay, Celia querida!
¿Que perdone? No te entiendo.)
OTÓN. (¿Has sabido ya la historia?
FABIO. Ya tus venturas (2) celebro,
pues el mar forma en tu ayuda
montañas de impedimentos.
OTÓN. ¡Plegue al Cielo que sus ondas
sorban su aliento postrero!)
AURORA. Una cosa he reparado,
que habéis pasado en silencio,
siendo de la relación
parte esencial.
CARLOS. Soy un necio;
pero advertidme cuál es.
AURORA. Las partes de vuestro dueño.
CARLOS. Por no parecerlo yo,
que apasionado le quiero,
dejé de hacerlo, señora,
y porque espero en el Cielo
que habéis de verlo algún día.
OTÓN. (Nunca logres tus deseos.) *(Aparte.)*
AURORA. ¿Es tan galán como vos?
CARLOS. Que le agraviáis os confieso
con compararle conmigo,

(1) "ignoradas".
(2) "fortunas".

siendo yo un pobre escudero
y Carlos tan gran señor.

AURORA. Suelen tener sus encuentros
naturaleza y fortuna.

CARLOS. Con él, señora, anduvieron
tan conformes, que igualaron
sus dos opuestos extremos.
Esto bien lo sabe el mundo;
pero su alabanza dejo,
porque suele parecer
visto lo alabado menos.
(*Hablan las dos en secreto.*)

AURORA. (¡A fe que no es inorante!

CELIA. Cuerdo parece y discreto.)

TARQUÍN. Cuanto mi amo ha contado
en servicio tuyo ofrezco,
que soy amante que pago
adelantados mis censos.
En profecía te amaba,
y a los mares y a los vientos
decía: "Julia me valga,
que es caluroso epiteto
y nombre contra tormentas,
porque Julio es mes tan quieto,
que nadie en él se perdió."
Un capitán de estos tiempos
decía que en todo el mar
había seguros dos puertos,
que eran Cartagena y Julio;
pues, Julia, si aquesto es cierto,
en el puerto de tus brazos
Tarquín aborda contento.

JULIA. ¿Tar... qué?

TARQUÍN. Tarquín.

JULIA. ¿Nombre propio,
o apellido de cochero?

TARQUÍN. ¡Vive el Cielo, que soy noble!
Del rey Tarquino deciendo,
potente rey de romanos.

JULIA. Y se le parece en eso.

TARQUÍN. Julia, lo que sé decirte
que no se quejó mi suegro
el tiempo que fué casado
porque le dé muchos nietos.

JULIA. Pues advierta que no soy,
por intrincado abolengo,
un estornudo de Porcia
y de Lucrecia un bostezo.

TARQUÍN. Ya corre mejor moneda:
que, sin duda, en aquel tiempo
o los reyes eran zambos
o las Lucrecias de hielo.

JULIA. Mas ¿que no alcanza una mano?

TARQUÍN. Mas ¿que en mi vida la fuerzo?

JULIA. Será de puro cobarde.

TARQUÍN. No, sino de puro cuerdo.)

AURORA. (Celia, esto has de hacer por mí.

CELIA. Ya sabes que a Fabio quiero,
tu gentilhombre, y que él trata
con gusto mi casamiento.

AURORA. No importa.

CELIA. Dame licencia
que le revele el secreto,
por que de mí no se ofenda.

AURORA. Quitaréle yo primero
la vida a Fabio. ¿Esto dices?

CELIA. No te enojes; ya obedezco.

AURORA. Enojaréme si excedes
un punto de lo que ordeno.

CELIA. Ordena, puesto que sabes
que más voluntad no tengo
que la tuya.

AURORA. Pues advierte...

CELIA. (Fabio, perdona; esto es hecho.)
(*Aparte.*)

AURORA. Tú le has de favorecer
fingiendo amarle y fingiendo
que yo lo ignoro, advertida
que, aunque licencia te dejo
para amarle en lo exterior,
para mí su amor reservo.

CELIA. ¿Eso es menester decirme?

AURORA. Ya sé que en vano te advierto.

CELIA. ¿Y Carlos?

AURORA. No le conozco.
Esto que presente (1) veo,
piadosamente me agrada.

CELIA. ¿Quiéresle ya?

AURORA. Me entretengo;
mas no he llegado a querer.

CELIA. Llegarás, que no está lejos.

AURORA. Míralo, pues, con cuidado.

CELIA. Harélo, aunque a Fabio pierdo.)

OTÓN. Que honréis mi casa os suplico.

CARLOS. Llena de agradecimientos
veréis el alma en mis ojos.

AURORA. (¿Mirástele?

CELIA. Y aun sospecho,
señora, que me ha entendido.

AURORA. ¿Tan presto?

CELIA. No es nada necio.

AURORA. Pregúntale el nombre, Celia.)

CELIA. (Yo mato a Fabio de celos.) (*Ap.*)

---

(1) En el ms. de Madrid "presiento".

Su alteza desea saber
vuestro nombre, caballero.

CARLOS. Después del de vuestro esclavo,
que de éste sólo me precio,
Ricardo es mi nombre.

AURORA. (¡Ah, Dios!)

CARLOS. La tierra que pisáis beso.

AURORA. (Mira, al entrar cuidadosa,
finge que, el chapín torciendo,
caíste.)

CELIA. (Fabio, perdona, (*Aparte.*)
pues te ofendo y no te ofendo.)

(*Cae y llega* CARLOS.)

CARLOS. Si tantos grados bajáis
de vuestra esfera, podremos
temer abrasen el mundo,
señora, los rayos vuestros.

CELIA. No baja quien tan cortés
favores oye cayendo.

(*Vanse.*)

CARLOS. Tarquín, ¿no alabas mi dicha?

TARQUÍN. Que es la mayor, te confieso,
del mundo, el haber salido
vivos del mar.

CARLOS. Anda, necio:
salir y haber conseguido
tan felizmente el intento
es la dicha que te alabo.

TARQUÍN. Bien fingiste.

CARLOS. Por lo menos
veré despacio esta Aurora
de quien copia el sol reflejos,
espía de mi cuidado
y embajador de mí mesmo.

TARQUÍN. Pues a fe que es Celia un ángel.

CARLOS. Es estrella de aquel cielo.

TARQUÍN. No te ha mirado muy mal.

CARLOS. Algo inclinada la veo.

TARQUÍN. Lindamente lo has trazado.

CARLOS. Sólo te encargo el secreto
hasta conocer de Aurora
los más leves pensamientos.

TARQUÍN. ¿Qué pensamientos?

CARLOS. ¿No puede
tener amor? Pues no quiero,
Tarquín, declarar quién soy
hasta quedar satisfecho.

TARQUÍN. ¿Y si amase?

CARLOS. Volveréme,
lleno de envidia y de celos,
llorando ajenas pinturas
y dichas que no merezco.

(*Vase.*)

TARQUÍN. Estoy por volverme al mar,
pues por menos daño tengo
morir allí dando voces
que vivir aquí en silencio.

(*Sale* JULIA.)

JULIA. ¡Ce! ¿qué digo? ¿Ah, gentilhombre?

TARQUÍN. ¿Ce, dijo? ¡Notable agüero!
Todo ha de ser cosa de aire,
pues empezamos por ceros.

JULIA. No tan aire, seo cosquillas,
obligado del gracejo,
alcagüete de la risa
y corredor del contento.

TARQUÍN. Bufoncita ¡vive Cristo!
que me tienes parentesco.

JULIA. Oyes, aljibe en verano.

TARQUÍN. Cantimplora, bien entiendo.

JULIA. Dale a tu amo esa boleta.

TARQUÍN. Si fuera de alojamiento
en casa de algún figón,
viniera a famoso tiempo.

JULIA. ¿Hay hambre?

TARQUÍN. Hay quinta esencia.
Tres días ha no comemos.
Raídas están las tripas.

JULIA. ¡Qué agudo estará el ingenio!

TARQUÍN. Atreviérame yo ahora
a decir dos mil concetos
a la hambre, y a un menudo
más de un millón de epitetos.

JULIA. ¿A un menudo?

TARQUÍN. Pues ¿es barro?
Limpio, fragante, relleno,
pródigo, espléndido, harto,
generoso, reverendo.

JULIA. Basta ya para un menudo.

TARQUÍN. Todo es elogio pequeño
cuando llega a pretender
un estómago hambriento
de las puertas de un menudo.

JULIA. Por él responderte quiero.

TARQUÍN. ¿Cómo?

JULIA. Dad un memorial,
Tarquín, a mi cocinero
para que os haga merced.

TARQUÍN. A vos dároslo pretendo.

JULIA. Yo me acordaré de vos.

(*Vase.*)

TARQUÍN. Tarquín, róete ese hueso;
lo mismo es este papel.
Ahora bien, busco a mi dueño,
que con él no hay año malo.
¡Viva Carlos!—Mas callemos,
que parece que la hambre
va descarnando el secreto.
Pero callaré, no hay duda,
sólo por ser el primero
lacayo que callar supo
los secretos de su dueño.

(*Vase. Sale* FABIO, CELIA, AURORA *y* OTÓN.)

AURORA. (¿Escribiste?
CELIA. Sí, señora.
AURORA. Amor, a mucho me obligo.
CELIA. Al fin, si hablara contigo...
AURORA. ¿Qué importa, si el caso inora?
¿No le escribiste que fuera
al jardín?
CELIA. Señora, sí.
AURORA. ¿Tu nombre pusiste allí?
CELIA. Esa es [la] (1) lección primera
en que no sé si acertaste.
AURORA. No tengas, Celia, temor.
CELIA. Tú eres dueño de mi honor;
ya hice lo que mandaste.)
AURORA. Fabio, aunque fuera razón
decir a ese caballero,
peregrino o extranjero,
que tiene en su casa Otón,
que se vaya, he reparado
que podrá más bien formar
quejas de mí que del mar,
que tanto le ha lastimado,
si faltase a la clemencia
que con mi valor nació.
Y así, sin decir que yo
para hacerlo os doy licencia,
le regalad entre tanto
que de su viaje el día
dispone.
FABIO. Su cortesía
obliga, señora, a tanto,
que de ajenas voluntades
dueño se hace.
AURORA. (¡Ay de mí! (*Aparte.*)
Que soy, desde que le vi,
testigo de sus verdades.)
OTÓN. Él es hombre de valor.
AURORA. Moderado entendimiento
descubre.
OTÓN. El mayor talento
y estilo más superior
tiene que en mi vida vi.
AURORA. Andad, que no será tanto.
CELIA. (De vuestra alteza me espanto
que le menosprecie así.
AURORA. En estos desprecios caben
favores que han de admirar,
pues sirven de ocasionar
a estos necios que le alaben.
Que como al alma se entró
y en mi tanta parte alcanza,
gusto de oír su alabanza
por si me he engañado yo.
Y ya sabes que este Otón,
necio, me ama, aunque discreto
en tener su amor secreto
temiendo mi indignación.
Y así, Celia, despreciado,
le aseguro de traidores,
pues pudieran mis favores
venirle a hacer desgraciado.
CELIA. Es tu ingenio peregrino,
y siempre aciertas así.
AURORA. Amor es quien obra aquí,
que, aunque ciego, es adivino.
CELIA. Y si el Príncipe viniera,
¿qué habíamos de hacer, señora?
AURORA. No me preguntes agora
lo que entonces, Celia, hiciera.
Prosigue tú en el engaño,
que el tiempo irá descubriendo
lo que se ha de hacer.
CELIA. Yo entiendo
que he de pagar todo el daño.)
AURORA. ¿Otón?
OTÓN. ¿Señora?
AURORA. Ya he escrito
las cartas que reservé
a mi mano; hoy firmaré
y pondrás el sobrescrito
como te ordenare yo,
por que quede despachado
el pliego.
OTÓN. En este cuidado
poco mi amor te sirvió.
AURORA. Otros muchos te agradezco.
OTÓN. Tuyo soy.
AURORA. No siempre, Otón,
los secretarios lo son.

(1) El "la" consta en el texto de Parma. En el de Madrid "Esa es lección de primera".

OTÓN. Si así te sirvo, obedezco.
AURORA. Vamos.
OTÓN. (Algún nuevo intento
encubrir de mí procura.)
FABIO. (No he visto en tanta hermosura
tan divino entendimiento.)

(*Vanse, y salen* CARLOS *y* TARQUÍN, *de noche.*)

CARLOS. ¿Qué hora será?
TARQUÍN. Ya es tarde.
CARLOS. Aquí te puedes quedar,
que en tan seguro lugar
no hay cosa que me acobarde.
TARQUÍN. Yo me quedo, y Dios te guarde
de un traidor, de un envidioso,
de un gallina, de un celoso,
enemigos tan tiranos
que, por no dar en sus manos,
no quisiera ser dichoso.
CARLOS. Del Amor desafiado
a la campaña he salido
con armas de agradecido,
pero no de enamorado.
A diferente cuidado
de mi estrella la influencia
me inclina, cuya violencia
valiente he de resistir,
como el que sale a reñir
de un amigo la pendencia.
Celia, al fin, me desafía
por un papel, he (1) de hallar
que es lo mismo enamorar
que reñir a sangre fría.
¡Ay, divina Aurora mía!
De que aquí salgo violento
es testigo mi tormento;
mas tú la ocasión me das,
pues cuando en mi alma estás
no estoy en tu pensamiento.

(*Sale* OTÓN.)

OTÓN. Siguiendo vengo a Ricardo,
que en materia de afición
trazas (2) tiene de ladrón
el ánimo más gallardo.
CARLOS. A Celia con gusto aguardo
cuando el alma a Aurora adora,
y Amor, que el caso no ignora,
me divierte y entretiene,
por ver si el aurora viene
y estar más cerca de Aurora.

(*Sale* AURORA *a la ventana.*) (1)

AURORA. ¿Si habrá Ricardo llegado?
Pero allí dos bultos veo,
si ya no forma el deseo
lo mismo que ha deseado.
CARLOS. Ya de aquel balcón dorado
publica una celosía
la trocada suerte mía.
Mas tendré paciencia agora
y haré cuenta que es Aurora,
aunque no ha llegado el día.
AURORA. ¿Es Ricardo?
CARLOS. Es quien previene,
a favores tan divinos,
muy agradecida un alma,
pero libre un albedrío.
OTÓN. (Gente he visto en el balcón;
mi sospecha no ha mentido.)
AURORA. Juzgaréis a libertad
la acción de haberos escrito
tan fácilmente mi amor.
CARLOS. No juzgo sino que he sido
indignamente dichoso,
o dichosamente digno,
de favor tan soberano.
AURORA. Amor es un desvarío,
un furor, una locura.
CARLOS. Yo os confieso que lo ha sido
el hacer caso de mí.
AURORA. (No me desagrada el pico.)
OTÓN. (¡Válgame Dios! ¿Quién será?
Celoso tiemblo de oírlo.)
AURORA. ¿Qué decís de la belleza
de Aurora?
CARLOS. Jamás he dicho
en presencia de quien amo
alabanzas del sol mismo.
AURORA. Pues ¿vos amáis?
CARLOS. ¡Qué donaire!
¿Quién se ha visto tan rendido
en distancia tan pequeña,
en término tan sucinto?
AURORA. ¿Qué, al fin podré asegurarme?
CARLOS. Nunca, hermosa Celia, finjo.
(Miento, que fingiendo estoy.)
OTÓN. (Celia dijo, Celia dijo.
Volvió el alma a su lugar.)

(1) "ha".
(2) En texto de Madrid "pasos".

(1) AURORA *a la reja.*

CARLOS. Esclavo vuestro he nacido
humilde. Bien haya el mar,
procelosamente rico,
que a ver más bellos ojos
me condujo en sus peligros.
(¡Ay, Aurora, si supieras *(Aparte.)*
que estoy hablando contigo!)

AURORA. (¡Oh, traidor, falso, villano; *(Ap.)*
enamorado y perdido
está de Celia, no hay duda;
en sus razones lo he visto.)
Al fin, ¿qué decís de Aurora?

CARLOS. Nunca imposibles codicio.
Amor se paga de iguales.

AURORA. Sí; pero tal vez he visto
juntar Amor fácilmente
lo humano con lo divino.
¿No os atreviérades vos
a amarla?

CARLOS. Fuera delito
contra Carlos, mi señor,
digno de grave castigo,
porque sé yo que la adora.

AURORA. ¿Qué sabéis vos si está vivo
o si se anegó (1) en el mar?

CARLOS. No anegó, (2) que ya he sabido
que tomó puerto en Sicilia.

AURORA. ¿Os ha escrito?

CARLOS. No me ha escrito;
pero sé que es esto cierto.

AURORA. Poco inclinado os he visto.
¿Aurora os parece mal?
Pues yo sé, y ella me ha dicho,
que le debéis voluntad.

CARLOS. Por el dueño a quien yo sirvo,
merezco tanta merced.

AURORA. ¿Y no por vos?

CARLOS. Soy indigno
de tal favor.

AURORA. ¡Qué cobarde!

CARLOS. De la materia salimos,
señora, que comenzamos.
Yo reverencio y estimo
a su alteza como es justo,
y humildemente os suplico
no traigáis aquí a su nombre.

AURORA. (¡Oh, villano, mal nacido!
Oír mi nombre aún no quiere.)

CARLOS. ¡Qué mal, Celia, me ha entendido!

---

(1) "ahogó".
(2) "ahogó".

(¡Ay, Aurora! Si en tus ojos
tuviesen lugar los míos,
no se recataran tanto
ni estuvieran tan dormidos.)

AURORA. En efecto, ¿en qué quedamos?

CARLOS. En que por vos, Celia, vivo;
en que el cielo de esos ojos,
a que cuerdamente aspiro,
alienta mis esperanzas
al glorioso sacrificio
que ya del alma os ofrezco
en abrasados suspiros.

AURORA. Agradezco esos favores,
aunque no parecen míos,
que hay estampa de requiebros
que sirve a dueños distintos.

CARLOS. Pues ¿quién mejor los merece?

AURORA. Baste ya por hoy lo dicho,
y quedaos adiós.

CARLOS. Será
volver a dar a los indios
nueva luz con vuestros rayos.

AURORA. (El es amante muy fino *(Aparte.)*
de Celia.) Adiós.

CARLOS. Dios os guarde.
(Perdona mis desatinos,
bella Aurora, pues es cierto
que es de la lengua el delito,
pero no del corazón.)
(Habla con OTÓN.)
Tarquín, bárbaro martirio
es enamorar sin gusto.
Celia me ha favorecido;
pero como soy de Aurora,
aunque finezas la he dicho,
dice el alma que perdone,
que miento y que no soy mío.

OTÓN. (La dicha del forastero
en aquéste se ha cumplido.)

(Vase.)

CARLOS. ¿Tarquín? ¿Tarquín? ¿No respon- [des?
¡Vive el Cielo, que se ha ido
y que es un hombre embozado
a quien, necio, inadvertido,
le revelé mis secretos!
¡Oh, noche! ¡Oh, confuso abismo
de los hombres! ¡Oh, cruel
capa de tantos delitos!
¡Qué enemiga te has mostrado
y qué contraria me has sido!
Yo he dado con la esperanza

en tierra; hundióse conmigo
el bajel que fluctuaba
fiado en velas de vidrio.
Perdí a Aurora; ofendí a Celia,
pues yo, grosero, publico
de la una los favores,
de la otra los designios.
¡Qué fantasía, qué impulso,
qué furor, qué desvarío,
qué vanidad, qué quimera,
qué locura, qué delito!
¿Puedo hacer más repugnancia
en la ocasión que conquisto,
pues ni aun tú hacerme pudieras
tanto mal como yo mismo?
Rabiando estoy de pesar.

(*Sale* TARQUÍN.)

TARQUÍN. Parece que oigo ruido.
Voces oigo, y son de Carlos.
Señor, ¿qué tienes? ¿Qué ha habi- [do.
CARLOS. Villano, descuidos tuyos.
¿No has visto un hombre? ¿No has [visto
a un embozado?
TARQUÍN. ¿Qué dices?
CARLOS. Que pensando que contigo
hablaba, le he dicho a un hombre
todos los secretos míos.
¡Vive Dios, que has de morir!
TARQUÍN. Aguarda, ¡cuerpo de Cristo!
CARLOS. Borracho, no hay que aguardar.
TARQUÍN. (Una patarata finjo.) (*Aparte.*)
Que era yo el hombre que hablaste.
CARLOS. ¿Tú eras?
TARQUÍN. ¿No só Longinos?
¿Quién sino yo había de ser?
¿No era un hombre alto, fornido?
CARLOS. Pues ¿tú eres fornido ni alto?
TARQUÍN. Si me hueco y si me empino,
vendré a serlo.
CARLOS. ¿Estás burlando?
TARQUÍN. Conmigo hablaste, conmigo,
y por (1) señas, [que] dió Celia,
cuando yo pasé, un suspiro,
y tú, cortés, respondiste:
Dominus tecum.
CARLOS. No admiro
tus locuras, pues que yo
los errantes pasos sigo
de mi desdicha fiado
en un hombre mal nacido.

(*Vase.*)

TARQUÍN. ¿Creyó mi engaño? Mas no;
salgamos de este peligro,
y venga lo que viniere.
Carlos cola, y Tarquín vítor.

JORNADA SEGUNDA

(*Salgan* AURORA, CELIA *y* JULIA.)

CELIA. ¿Cómo le fué a vuestra alteza?
AURORA. Si por ti me preguntaras,
respondiera que muy bien.
Muy favorecida te hallas
de Ricardo.
CELIA. ¿Yo, señora?
AURORA. Pues qué, ¿contigo no hablaba?
CELIA. Si yo le llamé, ¿qué mucho?
AURORA. No, Celia; de veras te ama;
yo sé que te quiere bien,
porque apenas pronunciaba
mi nombre cuando, respetos
de ese príncipe que aguarda,
con poco gusto de oíllo,
ofendido se mostraba.
CELIA. Si él supiera lo que inora,
claro está que no dejara
tanto sol por una estrella.
AURORA. Celia, lo que está en el alma
fácil pronuncia la lengua.
¿No has visto correr el agua
de un arroyo despeñado,
cristales entre esmeraldas?
Pues ¿quién piensas que hace aque- [llo?
De su fuente la abundancia.
Razones le dije yo
tan misteriosas y claras,
que pudieran dispertar
a la piedra más helada.
Pero faltando materia
no hay donde la forma caiga,
y así, Celia, por quietarme,
determino que se vaya,
que no quiero ver tan cerca
a quien me desprecia y te ama.
CELIA. No te arrepientas después.
AURORA. No haré, porque con la causa
cesan todos los efectos.
CELIA. Mira bien.

(1) "y por más señas dió Celia".

AURORA. No seas cansada.
Hombre tan necio y tan vano
que pierde ocasión tan alta
por la lealtad de su dueño,
merece perder mi gracia.
CELIA. Pues ¿conocióte, por dicha?
AURORA. No; pero dijo que estaba
este Carlos en Sicilia,
y tiéneme ya enfadada
tanto "¡Carlos, mi señor!"
JULIA. Pues yo pienso que te engaña,
que no hay más Carlos que él.
AURORA. ¿Qué dices?
JULIA. Que ayer hablaba
con su criado, y oí
algo de esto.
AURORA. ¿Es ignorancia,
o malicia tuya, Julia?
CELIA. Pues usa de alguna traza.
Muéstrale amor; háblale.
AURORA. ¿Esto dices?
CELIA. ¿Qué te espantas?
¿No le quieres bien?
AURORA. Sí, Celia;
pero la mujer más baja,
primero que se declare
gusta de verse rogada,
cuanto más yo, que le llevo
tan conocidas ventajas.
CELIA. Aun por esa razón misma
temeroso quiere y calla.
AURORA. Si yo conociera en él
una inclinación gallarda,
un pensamiento, un deseo,
no dudes que le (1) alentara
con favores; mas no es justo
que hable yo si él no habla.
CELIA. Si le acobarda el respeto...
AURORA. Que no hay respeto en quien ama.
Sin duda yo soy muy fea,
y conociendo mis faltas,
estima tus perfecciones.
CELIA. Señora, en eso me agravias.
¿Quieres que pague, inocente,
los pesares que te causa
Ricardo con sus descuidos?
AURORA. Sí, Celia, estoy enojada;
súfreme, que al mismo dueño
el perro muerde con rabia.
JULIA. Yo me atrevo a saludarte
en solas cuatro palabras,
y aun con un soplo no más.
AURORA. No quiero salud tan cara.
CELIA. Ricardo ignora tu gusto;
que si Ricardo pensara...
AURORA. No le nombres tantas veces:
con decir ese hombre, basta.
CELIA. Pues ¿ya te enfada su nombre?
AURORA. Sospecho que te regalas
con el nombre de Ricardo.
CELIA. A no pensar que burlabas
me ofendiera tu sospecha;
pues eres tú quien me manda
que lo mire y favorezca,
y atropellando mi fama
obedezco tus preceptos,
y ya celosa te cansas
de que repita su nombre,
como si a mí me importara
o yo le quisiera bien.
Por cierto que son tus gracias
muy para matar de amores.
AURORA. Luego ¿no son de importancia?
Bueno, bueno, ¡por mi vida!
¿Así, Celia, te desmandas?
Advierte, pues, que no quiero
que le desprecies, pues basta
haber puesto en él los ojos
para que tú, recatada,
le alabes y le respetes.
CELIA. Yo no entiendo lo que mandas.
Si le alabo, tienes celos;
si le desprecio, te agravias.
Dime, pues, lo que he de hacer,
señora, que es ignorancia
el acertar a servirte.
AURORA. Yo sé que no inoras nada.
CELIA. Yo te prometo, señora,
que en viéndole se deshaga
este encanto.
AURORA. ¿De qué suerte?
CELIA. Diciéndole que se vaya.
AURORA. Eso yo sola he de hacerlo:
no tienes licencia tanta,
si ya no es que te juzgas
dulce dueño de su alma.
CELIA. ¡Maldito sea el hombre, amén,
y quien le trajo a Calabria,
que tanta inquietud me cuesta!
AURORA. No es tan grande tu desgracia,
supuesto que bien le quieres.
CELIA. Pues ¿no le aborrezco?

(1) En ambos "me".

AURORA. Acaba.
CELIA. Una y mil veces lo digo.
AURORA. Pues no me sirves en nada
tampoco en aborrecelle.
JULIA. Mas ¿que viene a ser el alma
de Garibay este amante?
CELIA. ¿Que de esta suerte me tratas?
AURORA. No quiero que le aborrezcas
ni que le ames.
JULIA. ¿Qué te espantas?
La ley de Amor se defiende
a palos y a cuchilladas:
quiero, no quiero, sí quiero,
y de esta suerte se salvan
los amantes.
AURORA. Paso a paso,
que viene Tarquín.

(*Salen* TARQUÍN, FABIO *y* OTÓN.)

TARQUÍN. (Bien haya
quien sirve a señor discreto;
no me ha hablado más palabra
en el engaño de anoche,
y es que ha tenido más cartas
de Ricardo el camarero,
cuyo nombre le disfraza,
y quiere que él venga a ser
el Príncipe que se aguarda
y que viene a ver a Aurora.)
JULIA. Tarquin, su alteza te llama.
TARQUÍN. (¡Ay de mí! Si oírme pudo,
toda la traza se acaba.)
Besaré, humilde, la tierra,
que en cielo vuelven tus plantas.
AURORA. ¿Dónde queda tu señor?
TARQUÍN. Leyendo un pliego andaba
que del Príncipe ha tenido,
en que le manda que salga
a recibirle.
OTÓN. (¿Oyes, Fabio?
Ya mi esperanza se acaba.
FABIO. Y mi paciencia también.)
AURORA. (¿Ves, Julia, cómo te engañas?
Que el Príncipe no es Ricardo.)—
¿Tarquín?
TARQUÍN. Señora, ¿qué mandas?
AURORA. ¿Tú has visto al Príncipe?
TARQUÍN. Sí,
señora.
AURORA. Tendrá bizarra
persona. ¿Es muy gentil hombre?
TARQUÍN. Pienso que tiene tres varas
de alto.
AURORA. ¡Jesús! ¿Qué dices?
TARQUÍN. Sí señora; pues ¿es falta?
AURORA. No, sino sobra, Tarquín.
TARQUÍN. Puesto que honra lo que arrastra,
también lo que sobra honra.
CELIA. Pues que tú le abonas, basta.
TARQUÍN. Tiene notables señales;
ganará la casa santa,
según lo que dice el vulgo;
la frente muy levantada,
espeso y negro el cabello,
como las cejas y barba,
y un ojo más grande que otro.
AURORA. Mostrosidad es que espanta.
JULIA. El brazo dirás, Tarquín.
TARQUÍN. Brazo y ojo es de una marca,
pues con el brazo derecho
sin bajarse al suelo alcanza..
CELIA. ¡Gran señal!
TARQUÍN. Dícenme que es
buena para dar lanzadas.
AURORA. ¿Bien entendido?
TARQUÍN. Bien oye.
AURORA. Las partes son extremadas.
TARQUÍN. Todas son de hombre valiente.
AURORA. Pues gane la casa santa
y déjeme a mí en la mía.
CELIA. ¿Y esto tu amo alababa?
TARQUÍN. La lisonja pinta y miente.
AURORA. Mas porque tú desengañas
con verdaderos pinceles,
toma esta cadena.
TARQUÍN. Hoy atas
con ella un esclavo tuyo.
OTÓN. (Fabio, aún me queda esperanza
que Aurora no ha de querer
monstro de fealdades tantas.)
TARQUÍN. No es la primera pintura
que se ha premiado por mala;
que hay pintores y poetas
que pintando mal agradan
al pueblo.
FABIO. ¿También entiendes
de poesía?
TARQUÍN. Eso es causa
de andar pobre todo el año.
OTÓN. Los cultos es gente honrada.
TARQUÍN. Así es verdad; pero muchos
han infernado sus almas
por no acertar a ser cultos.
Uno conozco que se anda
buscando en el Calepino

las voces más intrincadas
para acreditar sus versos,
y puesto que de "amo, amas"
no pasó en toda su vida,
lego como una beata,
no sólo escribir latines,
pero la griega y hebraica
lengua trae al redopelo.

AURORA. Ostentación necia y vana.

JULIA. Bien hayas tú, que hablas claro,
Tarquín.

TARQUÍN. Sólo debo al agua
la claridad, porque de ella
otra cosa no me agrada.

AURORA. (Julia, si este monstruo viene,
he imaginado una traza
para que se vuelva huyendo.

JULIA. Tu ingenio todo lo alcanza.

AURORA. Oye aparte.

JULIA. ¿Qué me ordenas?)

FABIO. (Ya sé todo lo que pasa,
ingrata Celia.

CELIA. Desvía...
No puedo hablarte palabra...
Perdona...)

AURORA. (¿Sabráslo hacer?

JULIA. ¿En eso dudas? ¿No basta,
señora, mandarlo tú?
Déjalo a mi cargo y calla,
que en servicio tuyo haré
locuras no imaginadas.)

(*Sale* CARLOS.)

CARLOS. Aquí tiene vuestra alteza
los deseos de mi dueño,
cuyo generoso empeño
acredita esa belleza.
Mándame que os signifique
su amor, su fe y su cuidado.

AURORA. Ya, Ricardo, no ha faltado
quien sus grandezas publique.

CARLOS. Ofende su bizarría
quien se atreva (1) a su valor.

AURORA. (¡Que éste no entienda mi amor!
Sin duda es desgracia mía.) (*Ap.*)

CARLOS. ¿De su espíritu gallardo
cierta está?

OTÓN. (Fabio, ¿no ves,
desde el cabello a los pies,
suspensa Aurora en Ricardo?
En sus bellos ojos mira
cómo con industria y arte
se detiene en cada parte
y en todas juntas se admira.)

CARLOS. No vive mientras está
ausente de vuestra vista,
y entre tanto, que os asista
me ha mandado.

AURORA. Bien está.

CARLOS. Que os bese también la mano
por él, me envía a mandar.

AURORA. No puedo a Carlos negar
favor en que tanto gano.

CARLOS. Con esta licencia doy
principio a su dicha.

OTÓN. (Fabio,
¿a quién no mata este agravio?)

AURORA. De buena gana la doy.

CARLOS. (Entre la nieve me abraso
y entre las llamas me hielo;
quien llega a tocar el cielo
no tema a su dicha ocaso.)

AURORA. ¿No me escribe?

CARLOS. El estará
muy presto donde serviros
podáis de él.

AURORA. (¡Que mis suspiros (*Aparte.*)
no le han informado ya!
¿Posible es que no le entienden
ya amante o ya cortesano?)

CARLOS. (¡Que llegue a besar la mano (*Ap.*)
de quien tantas vidas penden!)

AURORA. (Celia, mi suerte condeno.

CELIA. Ya la mano te besó.

AURORA. Aspid fué que me picó
y llegó al alma el veneno.)

CARLOS. Entre otras cosas me ordena
que, haciendo yo su papel,
enamorado como él,
os signifique su pena.

AURORA. Haréislo con perfección,
que en esto de enamorar
sé que podéis enseñar
estilo y erudición
al profesor más süave
de amorosa Facultad.

CARLOS. ¿Yo, señora?

AURORA. Esto es verdad;
testigo hay que bien lo sabe.
Y no sé quien no os fía,
Carlos, tan honrosa acción,
si vuestros requiebros son,
como de noche, de día.

(1) "atreve".

CARLOS. (Sin duda el hombre a quien yo
hablé dijo cuanto pasa.)
AURORA. Yo sé mucho de mi casa.
CARLOS. ¡Señora!
AURORA. Al fin, ¿qué os mandó?
CARLOS. Que yo hiciese en su nombre,
abonando mis errores,
alarde de sus amores.
CELIA. (Digo que es notable el hombre.
Yo pienso que habla por sí,
que lo demás es quimera.
AURORA. La comisión es primera
que para requiebros vi.
CELIA. Deja que te diga amores.
Oyele, no seas tirana.
AURORA. Mira mi suerte inhumana;
de duende son mis favores,
pues siempre que a requebrarme
o le provoco o le obligo,
o piensa que habla contigo (1)
o viene por otro a hablarme.)
CARLOS. No pudo humana destreza
ni humano pincel, señora,
delinear de la aurora
los matices y belleza;
pero la naturaleza,
que este imposible previno,
con estudio peregrino
dibujó en vos un padrón,
por quien ya imitables son
las obras del Ser divino.
¿Qué importa que el alba envíe,
cuando el sol más le enamora,
las perlas que vierte y llora
si vuestra boca las ríe?
¿Qué importa que al nácar fíe
de alguna flor el cogerlas,
si cuando el sol llega a verlas
halla su amoroso brío,
que en las flores son rocío
y en vuestra boca son perlas?
¿Qué importa que borde el suelo,
ya en la cumbre, ya en la falda,
guarnecido de esmeralda
un bullicioso arroyuelo?
¿Qué importa que robe al Cielo (2)
lo cerúleo y lo brillante,
que el sol se verá arrogante?
¿Qué importa, si es frágil hielo
y al tope vos con el cielo
sois animado diamante?
Al alba ofrece un jazmín
capilla de ruiseñores;
vos, señora, aves y flores
reducís a un serafín.
Flor volante el colorín,
bárbaro canta y porfía
una y otra fantasía.
Ved cuál merece más palma,
una armonía sin alma,
o un alma sin armonía.
AURORA. Basta, basta lo adulado;
adelante no paséis,
que parece que excedéis
la comisión que os han dado.
CARLOS. Antes tan corto he quedado,
que volver por mí conviene.
AURORA. (Celia, para todos tiene.
Anoche contigo habló,
y aquesto que le sobró
más acrisolado viene.
CELIA. Reservólo para ti,
y es cierto que guardaría
toda la filosofía
por mal empleada en mí.
AURORA. ¡Pluguiera a Dios fuera así!
CELIA. Descúbrele lo que pasa,
sepa el amor que te abrasa,
pues por lo menos, señora,
lo de anoche y lo de ahora
todo se te (1) queda en casa.
AURORA. ¡Ay, Celia! Pase adelante
nuestro engaño.
CELIA. ¿Ya no quieres
que se vaya?
AURORA. Cuerda eres;
sufre a una mujer amante.)
FABIO. (¡Muera este loco arrogante! (*Ap*)
OTÓN. Fabio, lo que pasa digo.
Ya sabes que soy tu amigo.)
AURORA. (Vuelve esta noche a llamalle,
que gustaré de escuchalle,
aunque sé habla contigo.)
Al Príncipe escribiréis
como disteis su embajada.
CARLOS. Ya previene su jornada
donde mejor le honraréis.
AURORA. Que vuestro estilo gallardo
merece todo favor,

(1) "conmigo".
(2) Este verso dice en el original "qué importa que nolizo". Va corregido por el ms. parmense.

(1) En el texto de Madrid "te se".

y que la oyera mejor...
(de su embajador Ricardo.) *(Ap.)*

CARLOS. ¿De quién, señora?

AURORA. No dan
los príncipes tan discretos
comisión para secretos
que dentro del alma están. (1)

(Vanse todos y queda CARLOS.)

CARLOS. ¡Viven los Cielos, que ha dado
en esta sola razón
indicios de otra afición,
señas de oculto (2) cuidado!
A esta verdad inclinado,
mi nombre quise encubrir
hasta ver, saber y oir,
porque, al fin, es menos daño
un matador desengaño
que un engañado vivir.
"Que los príncipes no dan
poderes en comisiones
para secretas pasiones",
no lo ignoro, dijo bien;
mas que advertidos estén
tampoco me negarán
los que amor siguiendo van.
¿Por qué tienen los discretos
tan secretos los secretos
que dentro del alma están?
¡Oh, humana bachillería!
¡Que tan largo parecer
me haya costado saber
lo que matarme tenía!
¿Yo no amaba, no vivía?
Pero ¿qué me estoy cansando?
La verdad salga triunfando,
pues por lo menos entiendo
que es mejor morir sabiendo
que no vivir inorando.
A Celia amar determino,
pues de Celia los favores,
con esperanzas mayores,
admitió mi desatino.
Lo humano por lo divino
trocaré, cuyos efectos
me ofrezca (3) nuevos concetos;
pues demás de entretener
la vida, vendré a saber
de esta deidad los secretos.

(Vase, y sale JULIA *y* TARQUÍN *con un candelero.)* (1)

JULIA. ¿Y cuándo dicen que viene,
Tarquín, el príncipe Carlos?

TARQUÍN. Muy presto ha de estar aquí.

JULIA. A muy buen puerto ha llegado
el serenísimo monstruo.

TARQUÍN. Es hombre que con un brazo
derribara vuestra casa.

JULIA. ¡Miren qué lindos regalos
para obligar que le quieran!
¿También se enamora un Diablo?

TARQUÍN. Los príncipes han de ser
feroces.

JULIA. ¡Bárbaro engaño!
Y dime: ¿quién le hace antojos?

TARQUÍN. Pues ¿quién te ha dicho que Carlos
es corto de vista, Julia?

JULIA. Los ojos deshermanados
siempre lo son; además,
que es alta razón de Estado
[el] adornar con vidrieras
las ventanas de palacio.

TARQUÍN. Pues, Julia, no alcanza antojos,
si bien los de amor son tantos.
Pero ¿qué dices del nuestro,
que parece has olvidado
cuantas finezas te dije?

JULIA. Pues, necio, ¿no te las pago
permitiendo que me mires?

TARQUÍN. Yo soy amante de manos;
no con mirar me contento;
más gusto de lo que apalpo.

JULIA. ¿Tú sabes amar?

TARQUÍN. Y mucho.

JULIA. ¡Qué groserón! ¡Qué villano!
Yo quiero muy a lo culto.

TARQUÍN. ¿Culto? Pues la vela apago.
(Apague la vela.)

JULIA. ¿Qué has hecho, necio?

TARQUÍN. ¿Eso inoras?
Ya estamos cultos entrambos.
¿Puede haber obscuridad
en el limbo culteráneo (2)
de los versos de un poeta
como ésta? Pues si es muy claro,
favorece, Julia, a un culto,

(1) Este pasaje estará quizás alterado, pues parece extraño intercalar estas tres redondillas entre décimas.
(2) "otro".
(3) "ofrecen".

(1) Falta esta acotación en el ms. de Parma.
(2) "culterano".

que si con eso te agrado,
de hoy más te hablo jerigonza.

JULIA. Tarquín, no intentes mi agravio.

TARQUÍN. No he de forzarte en mi vida.

JULIA. Mira que solos estamos.

TARQUÍN. ¿Y esa es falta, Julia mía,
solos y a escuras?

JULIA. La mano
te doy de hacerte un favor.

TARQUÍN. ¿Cuándo, Julia?

JULIA. Más despacio,
que me está esperando Aurora.

TARQUÍN. Llévame, pues, a tu cuarto.

JULIA. Mira, en el jardín me espera,
que aún es agora temprano.
(Hacerle tengo una burla.) (*Aparte.*)

TARQUÍN. Vamos, pues.

JULIA. Sigue mis pasos.

TARQUÍN. Bien haya los que nacieron,
como yo, en humilde estado,
que a dos por tres se conciertan
sin quimeras ni embarazos.

(*Vanse, y salen* FABIO *y* OTÓN, *de noche.*)

OTÓN. Este es el puesto y las rejas
por donde anoche se hablaron.

FABIO. ¡Mal hayan, amén, los hierros
por donde tantos agravios
pronunció la ingratitud
y disimuló el engaño!

OTÓN. Es Celia mujer, en fin,
sujeta a peligros tantos.

FABIO. ¡Ay, Otón! A mis desdichas
lo atribuyo, pues es llano
que olvida Celia por ellas
servicios de tantos años.
¿Por qué, enemiga, te fías
de un vil extranjero, dando
a tu afrenta y a mis quejas
tanta ocasión, lugar tanto?

OTÓN. Aquí encubrirnos podremos
en la sombra y en los ramos,
que ya parece que abrieron
la ventana.

FABIO. Caiga un rayo
que abrase tanta inconstancia.

(*Sale* TARQUÍN *a la ventana.*)

TARQUÍN. Julia me entró en este cuarto
y no ha vuelto. Mucho tarda.
Temiendo estoy un engaño.
Aquestas rejas entiendo
caen al parque de palacio,
donde anoche salió Celia.
¿Si habrá venido mi amo?
¡Por Dios, que he de entretenerme
si viene al terrero, un rato,
y Celia tarda en salir!

FABIO. Resuelto estoy a matarlo.

OTÓN. La soledad nos ayuda.
¡Muera, Fabio, este villano!

(*Sale* CARLOS.)

CARLOS. Solo he querido venir;
que entre mal acompañado
y solo, si hay que escoger,
lo último es menos malo.
¡Quién pudiera agradecer
a Celia este amor! ¡Qué ingrato
que soy! Pero no soy mío.
De la obediencia me aparto
de mi verdadero dueño.
Violento este breve rato,
donde, si no alivio penas,
las lisonjeo y engaño.

TARQUÍN. (¡Vive Dios, que es mi señor!
Va de Celia, va de engaño.)
¿Sois vos Ricardo?

CARLOS. Señora,
aquí tenéis a Ricardo.

TARQUÍN. Estoy de vos ofendida.
(Parece que me he tragado (*Aparte.*)
una monja en lo melifluo.
Como un espíritu hablo.)

CARLOS. Pues ¿por qué, señora mía?
Si es porque de día callo
en la presencia de Aurora,
no es en mi culpa el recato.

TARQUÍN. No es por eso.

CARLOS. Pues ¿por qué?

TARQUÍN. Porque servís tan mal amo.
¿No fuérades Carlos vos,
pues pudiérades ser Carlos
y no dejar que lo sea
el gigante bracilargo
con señales de Antecristo,
Príncipe de mala mano?

CARLOS. Pues ¿cómo puedo yo serlo,
señora, si soy Ricardo?

TARQUÍN. Todo lo puede un discreto.

CARLOS. (Estas razones extraño.
Más cuerda anoche me habló.)

TARQUÍN. A fe que estamos temblando
de este Príncipe, amo vuestro.

CARLOS. ¿Por qué, señora?

TARQUÍN. Hannos dado
muy bellacas nuevas dél.
CARLOS. (Si esta es Celia, no me espanto
que tan presto me escribiese.
¡Qué lúcidos intervalos
la perturbarán el juicio!)
TARQUÍN. ¿Cuál le tengo?
CARLOS. Algún villano
de ruines obligaciones,
mal nacido y mal hablado,
habrá dicho mal del Príncipe.
TARQUÍN. (¡Por Dios, que echo todo el trapo!)
¿Queréis que os diga quién es?
¿Conocéis vuestro criado?
CARLOS. Pues ¿no le he de conocer?
(Celia me va enamorando.)
TARQUÍN. Pues él nos lo ha dicho todo.
CARLOS. Es un loco.
OTÓN. (Llega, Fabio;
a los ojos de esta ingrata
te tiene de hacer vengado.)
(Sacan las espadas.)
CARLOS. Traidores, ¿a quién buscáis?
FABIO. Quien a violar el palacio
viene (1) es el traidor.
TARQUÍN. ¡Oh, hierros!
En peligro está mi amo.
A Aurora voy avisar.
¡Favor, que matan a Carlos!
(Vase.)
FABIO. ¡Muera!
CARLOS. Vinisteis muy pocos
para mi valor, villanos.

(Salen AURORA y JULIA con luces, y TARQUÍN con una alabarda.)

AURORA. ¿Qué es esto? Llega una luz.
TARQUÍN. Fuera, digo. ¡Mueran ambos!
AURORA. Quita, Fabio. Otón, ¿qué es esto?—
¿Y tú no decías que a Carlos
mataban?
TARQUÍN. Turbado, entonces,
por decir el de Ricardo,
el nombre de Carlos dije.
AURORA. Mucho que pensar me ha dado
tu yerro en tal ocasión.—
Pues ¿por qué queréis matarlo?
¿No sois vosotros los mismos
que me alabasteis su trato,
su ingenio y la cortesía?

(1) En ambos "venisteis".

CARLOS. Vuestra alteza se ha engañado
si culpa a Fabio ni a Otón,
que son leales vasallos.
AURORA. ¿Qué decís?
CARLOS. Que antes, señora,
debo a los dos, no os engaño,
la vida con que me halláis,
pues me defendieron ambos
de unos traidores que aquí
darme la muerte intentaron.
Fué de un ángel el socorro.
AURORA. (Bien entendido está el caso.) *(Ap.)*
CARLOS. A no llegar a tal tiempo,
sin duda hubieran logrado
sus aleves pensamientos
los que mi muerte intentaron.
Y así humildemente os pido,
si por extranjero valgo
con vos, que a los dos honréis
por beneficio tan alto.
AURORA. (¡Qué nobleza! ¡Qué hidalguía!)
FABIO. (Otón, de cólera rabio. *(Aparte.)*
OTÓN. Con las honras nos afrenta.)
AURORA. (Su culpa dicen callando.) *(Aparte.)*
¿Estáis herido?
CARLOS. No es nada.
Señora, en aquesta mano
una punta me alcanzó.
AURORA. Coged en aqueste paño
sangre, y puesto que ya
tenéis enemigos tantos
encubiertos, que es peor,
que no salgáis os encargo
de noche.
CARLOS. A tantos favores,
señora, indigno me hallo
aun de tocar vuestros pies.
AURORA. Yo averiguaré despacio
quién son los que asi se atreven,
atropellando mi amparo,
a ofender vuestra persona,
cuya sangre y cuyo agravio
me pagarán sus cabezas.
(Pienso que si más me tardo *(Ap.)*
le matan.) Venid conmigo,
por que tratéis de curaros.
CARLOS. ¿Qué mayor cura, señora,
que aquese divino ensalmo,
para dar vida a un difunto?
[TARQ.] ¿Tuvo Angélica en el campo
para Medoro estas hierbas?
¿Halló esta cura Esculapio?

Dos higas para Avicena.

AURORA. (¡Oh, traidores! ¡Oh, villanos!
Celos y envidia les mueve.)

CARLOS. Tarquín, con favores tantos
parece que he vuelto en mí.

AURORA. ¿No venís? Mirad que aguardo.
Pasad delante.—Y vosotros
callad lo que aquí ha pasado,
que a traidores pensamientos
yo les cortaré los pasos.

JORNADA TERCERA

(*Salga* CARLOS, *con banda, y* TARQUÍN *con él.*)

CARLOS. Muy favorecido estoy,
aunque no me ha visitado
desde anoche.

TARQUÍN. ¿Te has curado?

CARLOS. A la herida gracias doy,
pues por ella a tener vengo
nuevo gusto y nueva vida,
que sin duda en esta herida
toda mi salud prevengo.

TARQUÍN. ¿Y Celia?

CARLOS. No me la nombres.
¡Jesús! Es loca de atar.

TARQUÍN. (Mujeres, si habéis de amar,
nunca roguéis a los hombres.)

CARLOS. Si por Aurora me abraso,
¿qué me preguntas agora?

TARQUÍN. Con los favores de Aurora
ya no haces de Celia caso.

CARLOS. No seas cansado y prolijo,
que cuando a Celia quisiera,
más que a mí la aborreciera
por las locuras que dijo
anoche.

TARQUÍN. (¿Hay mayor engaño?
Yo la desacredité
con lo que en su nombre hablé.
La causa fuí de este daño.)
(*Al paño.*)

AURORA (*dentro*). Quedaos fuera.

TARQUÍN. Aurora viene
a verte.

CARLOS. ¡Dichosa herida!
Tarquín, no sane en mi vida
si por ella honrarme tiene.

(*Salen* AURORA *y* CELIA.)

AURORA. Ricardo, ¿cómo os halláis?

CARLOS. Tanta dicha (1) en tantas horas,
señora, que ya no envidio
laureles, cetro ni togas
de la República Augusta,
de la siempre invicta Roma.

AURORA. ¿Os curasteis?

CARLOS. ¿Para qué?
Salud, señora, me sobra.
No quisiera, no, sanar
tan presto.

CELIA. (¿Dice estas cosas
quien no tiene mucho amor?

AURORA. Sí que es muy fácil retórica
y estilo más cortesano
que amante.) Más os importa
estar bueno, que pensáis.

CARLOS. Como el serviros, me toca
también el obedeceros;
pero yo sé que no hay cosa
que tanto importe a mi vida.

AURORA. ¿Qué decís?

CARLOS. Que a tanta gloria
es incapaz el deseo,
abrasada mariposa;
que soy vuestro esclavo humilde,
que vuestra alteza me ponga
dos hierros en este rostro
para que yo reconozca
un dueño a quien tanto debo.

CELIA. (¿Es esto amor, o lisonjas?

AURORA. En mi favor nada creo.)

CARLOS. (Celia acaba de ser loca.) (*Aparte.*)

AURORA. (Que este hombre sirva ¿es posible?
¡Ah, vil fortuna envidiosa!
Pero ¿qué importa que sirva?
¿Yo no he nacido señora
de Calabria? ¿En qué reparo?
¡Bien haya quien se enamora
de un hombre de partes tales!
Gusto busco, no coronas.

CELIA. Si en amor disculpa hallaron
las que, bárbaras y locas,
amor tuvieron a un toro (2)
y a un caballo, a ti te sobran
razones, que no disculpas,
cuando tantas partes honras.)

AURORA. ¿No os entretenéis en algo?

CARLOS. En mi soledad, señora,
Tarquín suele entretenerme.

AURORA. ¿No jugáis?

(1) "Tan dichoso."
(2) En el ms. de Madrid "tonto".

TARQUÍN. Faltan dos cosas.
AURORA. ¿Y son?
TARQUÍN. Terceros y...
CARLOS. Calla.
(Este necio me deshonra
si no le voy a la mano.)
TARQUÍN. (A no taparme la boca (*Aparte.*)
dineros digo que faltan.)
AURORA. ¿Pues mis criados inoran
que estáis aquí? ¿No os visitan?
CARLOS. Antes entiendo que logran
secretas emulaciones.
AURORA. Así está bien.—¡Hola! ¡Hola!

(*Salgan* FABIO *y* OTÓN.)

OTÓN. ¿Qué nos manda vuestra alteza?
AURORA. Dadme unos naipes ahora. (*Vanse.*)
Quiero yo jugar con vos,
porque aquéstos reconozcan
y sepan lo que han de hacer.

(*Vuelven a salir.*)

Llega esta tabla.
CARLOS. ¿Quién goza
tan soberanos favores,
mercedes tan generosas?
OTÓN. Aquí tiene vuestra alteza
baraja.
AURORA. ¿No os vais?
OTÓN. (Ponzoña
receta en cada palabra.)

(*Vanse.*)

AURORA. ¿Jugáis, hombre?
CARLOS. Sí, señora.
AURORA. Pues contra aquese diamante
jugaros tengo esta joya.
CELIA. Y yo, si da vuestra alteza
licencia, terciaré.
AURORA. Toma
una silla.
CELIA. (El ser tercera
por mil razones me toca.)
AURORA. Otón, los músicos llama;

(*Sale* OTÓN.)

cantarán alguna cosa
de entretenimiento.
OTÓN. (Canten
mientras sus desdichas llora
quien para llorar nació.)

(*Vase.*)

TARQUÍN. ¡Vive Cristo! Que se ahorcan
estos pícaros.

(*Salga* OTÓN *y los* MÚSICOS.)

OTÓN. Ya están
aquí los músicos.
AURORA. ¡Hola!
¿Qué tonos nuevos se cantan?
MÚSIC. (1) El de una letra española.
AURORA. Esa cantad, que será,
sin duda, la más airosa.

(*Cantan los* MÚSICOS.)

MÚSICOS. "Ojos, si cegáis llorando,
no dudo alcancéis vitoria,
que en la ley de amor se salva
el que ciega y el que llora."
AURORA. El estilo y el concepto
es alto.
CARLOS. España, señora,
se ha alzado con la poesía.
AURORA. De armas y letras se adorna.
MÚSICOS. "Poco os deberá mi amor
si no lo mostráis agora,
llorando para cegar,
cegando para amar loca."
AURORA. Paso.
CELIA. Paso.
CARLOS. Yo no paso,
que soy hombre.
AURORA. Eso os importa,
que es cobardía el no serlo.
CARLOS. Con menos cartas, señora,
que otro, suelo serlo yo.
AURORA. No lo muestran, pues, las obras.
CELIA. Para ayudar tengo juego.
AURORA. Como tú me ayudes, sobra.
CARLOS. A mucho riesgo me pongo.
AURORA. Yo robo.
CARLOS. ¡Y cómo que roba
vuestra alteza corazones!
AURORA. El triunfo salió de copas.
¿No sirves, Celia?
CELIA. Ya sirvo.
¿Eso vuestra alteza ignora?
Y si no, ¿habré renunciado?
OTÓN. (¡Yo muero!)
FABIO. (¡Suerte dichosa!)
CARLOS. Baldóme el rey vuestra alteza.
AURORA. ¿Qué me importa la corona
si yo no puedo serville?
CARLOS. (Con equívocos me informa.) (*Ap.*)

(1) El texto de Madrid "CANTANTE."

AURORA. Perdido va este hombre, Celia.
CELIA. No mucho, aunque ha pocas horas
(*Juega otra carta.*)
que lo estaba.
CARLOS. Eso es triunfar.
AURORA. Quien triunfa dice vitoria.
CARLOS. ¿Pudiera alcanzarla yo? [ba,
AURORA. ¿No sois hombre? ¿Quién lo estor-
si está en vuestra mano el juego?
Mas guardaos de otra derrota,
no os lleve yo de codillo,
porque repondréis la polla.
(*Alza la baza.*)
CARLOS. Estaráme a mí muy bien
cualquiera de las dos cosas.
CELIA. Pues jugar al descubierto.
CARLOS. Para descubrir la historia
triunfaré yo de menor;
pero arrastraré, si importa,
con la malilla.
AURORA. Eso sí.
¡Brío! ¡Brío!
CARLOS. A mí me sobran
muchos triunfos.
AURORA. Pues guardadlos,
que he hecho, una tras de otra,
con aquésta, cinco bazas.
CARLOS. Yo he perdido.
AURORA. Milagrosa-
mente os he dado este chasco.
CARLOS. Para mí, señora, es honra.
AURORA. Andá, aprended a ser hombre;
digo, a jugar.
CARLOS. Quien ignora
lo que vuestra alteza sabe,
a la (1) corrección se postra.
AURORA. Nunca los atrevimientos
se pierden.
CELIA. Bien lo pregonan
blasones de la fortuna
y adagios de vuestro (2) idioma.
AURORA. No he de jugar.
CARLOS. Pesarme ha.
AURORA. Sois mal jugador.
CARLOS. ¿Quién gana? (3)

(1) "su".
(2) "nuestro".
(3) La falta de asonancia persiste en el ms. parmense, que dice:
"AURORA. No he de jugar más con vos.
CARLOS. Pesar me hacéis.
AURORA. Sois mal jugador.
CARLOS. Quien gana regaña.
AURORA. Yo no juego por ganar. ."

AURORA. Yo no juego por ganar
con vos.
TARQUÍN. (¿Pudiera una monja
andar más compuesta aquí?
Bien haya, amén, quien se arroja
al mar de amores fiado
en dos calabazas solas.)
¿No hay barato en este juego?
CARLOS. Pues ¿no? Este zafiro toma.
AURORA. Yo lo he de dar, que he ganado.
CARLOS. Mayor ganancia me toca
a mí, puesto que con vos
gano mucho a poca costa.
OTÓN. (¿Qué favores como éstos?) (*Ap.*)
AURORA. No te doy barato ahora;
pero acude al mayordomo
por cien escudos.
TARQUÍN. Tu boca
es el mineral divino
donde se crían y forjan
escudos contra el olvido.
Vivas más años, señora,
que el fénix. Pero ¿qué digo?
El fénix es poca cosa.
Matusalén murió niño;
de una suegra vividora (1)
que de cien años gorjea
aprendas a estar de gorja.
AURORA. Fabio y Otón, ved que os mando
que, en despachando las cosas
de mi Estado, entretengáis
a Ricardo, que me toca,
por embajador, honrallo,
y honrallo por su persona.

(*Vase.*)

FABIO. Lo que mandas es muy justo.
OTÓN. Plegue a los Cielos, Aurora,
que entre tus brazos le mate
la envidia más ponzoñosa!
[De mi rabia y de] (2) mis celos
...... estas sobras (3)

(*Vanse.*)

[TARQUÍN. Aquí no hay ya] (4) que esperar.
La dilación es ociosa.

(1) Faltan versos en este lugar.
(2) Lo que va entre corchetes consta en el ms. de Parma.
(3) Este verso falta en el ms. de Parma. En el de Madrid está así, incompleto.
(4) Suplido lo que va entre corchetes por el ms. parmense.

O tú no entiendes [de] amor,
o ésta es pólvora floja.
¡Vive Dios, que si yo fuera,
que había de tener ya rotas
más lanzas en esta tela!

CARLOS. ¡Necio! No te descompongas.

TARQUÍN. Bueno es engañar a Celia
y recatarte de Aurora,
metiendo el fuego en su casa
como la griega o Gregoria
gente en Troya, y no reparas
que está la yegua furiosa
porque relinche el caballo
y por que se abrase Troya.

CARLOS. Hoy descubriera quien soy,
si no aguardara por horas
a Ricardo, que ha de ser
el Colón de estas historias,
y a quien he escrito que venga
a ver con mi nombre a Aurora.

TARQUÍN. ¿Y si no viene?

CARLOS. Es preciso.

TARQUÍN. Mucho el ser de hombre desdoras.

(Vuelve a salir CELIA *sola.)*

CELIA. (Gozar quiero esta ocasión.) (1)

TARQUÍN. ¿Más visitas?

CELIA. (Mi opinión *(Aparte.)*
y mi autoridad defiendo.)

TARQUÍN. (De amor es este rebato.
Quiero dejarlos hablar,
y ver si puedo cobrar
del mayordomo el barato.)

(Vase.)

CARLOS. Divina Celia, ya es tal
mi dicha, que he sospechado
que a este favor enseñado
no me he de hallar sin el mal.
Mi suerte alabo, señora.
¿Tan presto a honrarme volvéis?
¿Que gane con vos queréis
lo que perdí con Aurora?

CELIA. Un negocio entre los dos
tenemos que averiguar,
y antes vengo yo a cobrar
lo que he perdido por vos.
Ricardo, si inadvertido
a la obligación faltáis
de caballero, y amáis
soberbio y desvanecido,
quiero que entendáis de mí
que si algún día os miré
muy acaso entonces fué.

CARLOS. Celia, yo lo entiendo así.

CELIA. Pues que me volváis pretendo
un papel que allá tenéis.

CARLOS. ¡Señora!

CELIA. No repliquéis.
De que lo tengáis me ofendo.

CARLOS. ¿Esto es amor, Celia mía?
Si os dejé de hablar ahora
en la presencia de Aurora,
justo recato sería.

CELIA. Yo estoy resuelta.

CARLOS. ¡Qué error!

CELIA. ¡Ea! ¿El papel no me dais?

CARLOS. Digo que cuanto mandáis
es muy justo. (¡Qué dolor!) *(Ap.)*
Todo lo que os he pedido.

CELIA. No quiero que le volváis:
sólo quiero que entendáis
que ni os quiero ni he querido.
Que un término tan villano
así castigado está,
ni el papel le quiero ya
porque tocó vuestra mano.

CARLOS. Señora, esperad.

CELIA. Ya espero
para deciros no más
que ni yo os quise jamás
ni me enojo porque os quiero.

(Vase.)

CARLOS. Ciertos fueron mis recelos.
Ella está loca y furiosa;
mas si ama y está celosa,
¿qué más locura que celos?
No he visto mayor furor.

(Sale TARQUÍN.*)*

TARQUÍN. Señor, ¿qué te ha sucedido?

CARLOS. Verme con Celia perdido.

TARQUÍN. ¿Qué te ha dicho?

CARLOS. ¡Gran dolor!
Mil locuras. Que la vuelva
el papel.

TARQUÍN. ¡Brava caída! (1)

CARLOS. ¿Qué habrá que yo no revuelva?

TARQUÍN. No te dé, señor, cuidado.

CARLOS. Yo, ninguno tengo agora,

(1) Falta el primer verso de esta redondilla en ambos ms.

(1) Falta un verso a esta redondilla en ambos textos.

pues los favores de Aurora
mi vida han asegurado.
Si estoy dichoso en sus ojos,
no habrá penas que temer.

TARQUÍN. ¿Y Celia?

CARLOS. ¿Qué la he de hacer?
Llore Celia sus enojos.

TARQUÍN. Pues dame albricias, que ya
tu camarero Ricardo
llegó.

CARLOS. ¿Qué dices?

TARQUÍN. Que aguardo
las albricias que me da
tu mano; porque ha venido
tan bizarro y gravemente,
que con armas y con gente
cinco naves ha metido
en el puerto.

CARLOS. ¡Caso extraño!
Prósperas mis cosas van.

TARQUÍN. Atiende, que haciendo están
la salva, si no me engaño.

(*Disparan.*)

CARLOS. Albricias pide a tu gusto:
poco era darte un millón.

TARQUÍN. No quiero más que un perdón.

CARLOS. ¿De qué?

TARQUÍN. De cierto disgusto
que después, señor, sabrás.

CARLOS. Ya no hay cosas que lo impida
en dicha tan conocida.
Tarquín, perdonado estás.
¿Si lo habrá Aurora sabido?

TARQUÍN. Ya prevengo tus cuidados.
También dije a sus criados
que el Príncipe había venido,
y él sabe ya lo que pasa
y lo que tiene de hacer.
Hoy se tienen de saber
los secretos de esta casa.

CARLOS. Si Aurora bien lo (1) recibe,
es llana la presunción
que mis favores no son
de amor que en su pecho vive,
sino que haciendo favor
al Príncipe imaginado,
me estima como a criado,
me honra como a embajador.
Pero si en sus ojos bellos
no halla piadosa acogida,
dando a mis favores vida,
me resolveré a creellos.
Y descubriéndome entonces,
agradecido y amante,
daré a su afición constante
estatuas de eternos bronces.

TARQUÍN. Pues ¿qué sacas de esto?

CARLOS. Quiero
saber si hay partes en mí,
por donde la merecí,
lo que por príncipe espero.
Pues de esto desengañado
y de su gusto, consigo
saber que casa conmigo,
no con mi reino y Estado.

TARQUÍN. Ruego a Dios, salgas, señor,
de tantas dificultades.

CARLOS. Esto es apurar verdades
en el crisol del amor.

(*Salen* FABIO *y* OTÓN.)

OTÓN. La Duquesa, mi señora,
manda que a prisión os deis,
y en este cuarto os quedéis
con dos guardas.

CARLOS. ¿Quién?

OTÓN. Aurora.

CARLOS. ¡Válgame Dios! ¿Preso a mí?

TARQUÍN. El Demonio nunca duerme.

CARLOS. ¡En prisión manda ponerme
cuando en más dicha me vi!
¿Sabe como ya ha venido
el Príncipe?

OTÓN. Y estará
con ella el Príncipe ya,
que a recibirle han salido.

CARLOS. ¿Y a mí me prende su alteza?

FABIO. Esto manda ejecutar.

TARQUÍN. Sin duda se fué a quejar
Celia, si con aspereza
la hablaste. Esa es la ocasión.

CARLOS. ¿Yo, Tarquín? ¿Es acción mía
faltar a la cortesía,
negarme a la obligación?
No sé yo que le haya dado
causa; pero siendo gusto
de Aurora, será muy justo.
Yo quedaré aprisionado,
obedeciendo y sirviendo,
como es justo obedecer.

TARQUÍN. Y a mí ¿me manda prender?

OTÓN. También.

(1) "le".

TARQUÍN. ¡Vive Dios! Que entiendo
que lo de anoche ha sabido.
CARLOS. ¡Paciencia! Vamos, Tarquín.
TARQUÍN. Ya mi entrada en el jardín
a la cara me ha salido.
Escribe aqueste favor.
CARLOS. ¿Ya empiezas con necedades?
TARQUÍN. Esto es apurar verdades
en el crisol del amor.
El barato se me ha aguado.
CARLOS. Déjame.
TARQUÍN. ¿Dirás ahora
"ya los favores de Aurora
mi vida han asegurado"?
CARLOS. Diré que a mayores males,
quien ama, sujeto vive,
y que en un día recibe
favores y agravios tales.

(Vanse, y salen AURORA *y* CELIA *y* JULIA, *vestida como señora.)*

AURORA. En efecto, ¿ya ha llegado
el Príncipe?
CELIA. Ya del mar
salió.
AURORA. No hay más que esperar,
pues Ricardo y su criado,
seguros en la prisión,
no estorbarán nuestro intento,
aunque su disgusto siento.
(Siéntase en silla.)
JULIA. Toma silla.
AURORA. Suyas son
nuestra gravedad y ser.
JULIA. Con tus liciones, señora,
¿qué ignora quien más ignora?
AURORA. ¿Si acabará de entender
Ricardo mi pensamiento
con esta nueva invención?
CELIA. Sí hará, señora, que son
sus plumas ya de otro viento. (1)

(Salgan FABIO *y* OTÓN.)

FABIO. (¿Qué dices de aquesto, Otón?
OTÓN. No lo acabo de entender.
Gobierno, al fin, de mujer,
que el más cuerdo es confusión.)
AURORA. ¿Hicisteis lo que os mandé?
OTÓN. Sí, señora.
AURORA. Bien está.
Julia es nuestro dueño ya.
No me preguntéis por qué.
JULIA. Yo, en efecto, estoy sentada,
¿podré mandar?
AURORA. Claro está.
JULIA. (Desvaneciéndome va
la grandeza, aunque prestada,
y experimentado es esto,
que es cierto desvanecerse
el ruin que llega a verse
en aventajado puesto.)
¡Hola!
CELIA. ¿Qué manda tu alteza?
JULIA. No quiero mandaros nada,
sino que holear me agrada.
¿Va bien?
AURORA. Notable agudeza.
Parece que en ello estás
y que naciste señora.
JULIA. ¿Con sólo ser holeadora?
CELIA. Eso basta, pues ¿qué más?
JULIA. El Príncipe se aperciba
que a un mar de holas ha llegado
donde ha de verse anegado.
CELIA. La grandeza en eso estriba.
OTÓN. Galán, brioso y gallardo
espera el Príncipe.
AURORA. Otón,
entre sin más dilación.

(Sale RICARDO *bien vestido y acompañamiento.)*

RICARDO. Ver esta hermosura aguardo.
AURORA. Levántese vuestra alteza,
que llega el Príncipe ya.
JULIA. Bachillera, bien está.
AURORA. (¡Pobre de mí! Errando empieza.)
RICARDO. Deme, señora, su mano
vuestra alteza.
JULIA. Si la diera
si ocupada no estuviera.
RICARDO. (El estilo es cortesano.) *(Aparte.)*
OTÓN. (Aquí no hay sino callar.) *(Aparte.)*
JULIA. ¿Cómo viene vuestra alteza?
RICARDO. Como quien esa belleza
dichoso llega a mirar.
¿Cómo estáis, divina Aurora?
JULIA. Pocas ganas de comer
he tenido desde ayer.
RICARDO. Pésame mucho, señora.
¿Carece aquí del regalo
vuestra alteza?
JULIA. Bien se pasa.
La olla hinche una casa,

(1) Este verso y el anterior faltan en el ms. de Parma.

que con otros intervalos
de postre y principio, son,
si no me yerro en la cuenta,
treinta platos o cuarenta,
muy cotidiana ración.

RICARDO. ¿Y eso es tener mala gana?

JULIA. Cuando hay huésped los aumento,
y suelen llegar a ciento.

RICARDO. ¡Gentil mesa!

JULIA. Soy muy vana,
y en la bucólica esfera
ninguno me la ha ganado.

RICARDO. Mucha caza.

JULIA. Más me agrado
de un pedazo de ternera.

RICARDO. (¿Aquesto Carlos me alaba? (*Ap.*)
¡Por Dios, que es de buen comer!)

AURORA. (Echándolo va a perder,
y él de admirarse no acaba.

CELIA. A fe que no es tan figura
como nos pintó aquel loco.

AURORA. Para mí, Celia, muy poco
difiere de la pintura.

CELIA. Mal lo mira vuestra alteza,
que es bizarra la persona,
y de entendido se abona
con esta amante fineza.)

JULIA. Así, entre otras cosas raras,
mucho a la fama debéis.
Nos han dicho que tenéis
un brazo de cuatro varas.
¿Alcanzaréis hasta aquí?
¡Notable caso sería!

(*Aparta la silla.*)

RICARDO. Por acá, señora mía,
más que yo saben de mí,
que jamás señales cuido
ni en saberlas me embarazo.

JULIA. ¿Que no sabéis lo del brazo?
¡Hay más notable descuido!
También la ignorancia peca.
Huélgome de os avisar.
Dicen que habéis de ganar
con él la casa de Meca.—
¡Hola!

AURORA. ¿Señora?

CELIA. ¿Señora?

RICARDO. (El mundo juzgo al revés. (*Aparte.*)
Cualquiera de las dos es
más Aurora que esta Aurora.
Fáltale el alma al pincel.
En su necedad me ofusco.)

JULIA. (El ojo grande le busco,
y no puedo dar con él.)

RICARDO. (Ella es mujer singular,
y en su proceder extraña.)

CELIA. (¡Qué bien finge la picaña!
Gusto es el oírla hablar.)

JULIA. Vuestra alteza no habrá oido
por allá cosas como éstas.

RICARDO. No, señora.

JULIA. Mis respuestas
o son de golpe y zumbido.
Debo mucho al Cielo yo.

RICARDO. Y cómo, que es vuestra alteza
símbolo de su grandeza.

JULIA. Notable ingenio me dió.
Con una palabra sola
a todos estos criados
los haré andar ajustados. [la!—
¿Queréis verlo? Aguardad.—¡Ho-
¿No es notable entendimiento?

RICARDO. Notable.

(*Llegan todos.*)

JULIA. De una holeada
traigo a la gente turbada.

FABIO. (Otón, no entiendo el intento.)

RICARDO. (Carlos, pues de esto te precias,
disculparte he piadoso, (*Aparte.*)
si dices que está lo hermoso
vinculado para necias.)

AURORA. (Celia, yo me determino.
Esta vez me he de engañar.

CELIA. Mira bien...

AURORA. No hay que mirar,
todo mi amor lo previno.
Ricardo me mereció,
a nadie con esto ofendo:
vivir con esto pretendo,
no quiero grandezas yo.)

RICARDO. Sólo os pido que premiéis
este amoroso cuidado.

JULIA. Mucho me habéis obligado,
pero más me obligaréis
si a Ricardo dais licencia,
porque casarlo quería
con una criada mía.

RICARDO. Sujeto a vuestra obediencia
Ricardo, como yo, está.

JULIA. Es muy gentil caballero.

RICARDO. Sí, señora. Yo le quiero
bien, porque ocasión me da
de que os sirva y me mandéis.

JULIA. Sus muchas partes alabo

porque es tan galán, al cabo, (1)
como vos.

RICARDO. Merced me hacéis,
señora, y con tanto exceso,
que, aunque sé le habéis prendido,
por su libertad no os pido,
que es dicha ser vuestro preso.

JULIA. Yo lo mandaré soltar.

RICARDO. Que le haréis merced espero.

JULIA. Sólo suplicaros quiero
que tratéis de descansar
y que al preso visitéis,
que honrarlo conviene así.

RICARDO. El mayor descanso en mí,
señora, es que me mandéis.

AURORA. (Lindamente lo ha fingido.

CELIA. Tiene un ingenio gallardo.)

FABIO. (Casar pretende a Ricardo
con Celia.

OTÓN. Todo es fingido.)

JULIA. ¿No venís?

RICARDO. Siempre, señora,
iré a serviros sujeto.

JULIA. Ya sé que sois muy discreto.

RICARDO. Soy vuestro, divina Aurora.

(*Vanse y salen* CARLOS *y* TARQUÍN.)

CARLOS. Siempre tus locuras son
contra mí.

TARQUÍN. Esta pase banco;
una firma tengo en blanco
tuya en que me das perdón,
bien te acuerdas.

CARLOS. El intento
y la ocasión inoré.

TARQUÍN. Pues éste el disgusto fué,
y ahora el perdón presento.
Conmigo hablaste, y sin duda
Julia es un ángel, señor,
pues me puso allí, y su amor
para prevenir tu ayuda.
Mas lo que pondero ahora
es que, cuando yo volví
dando voces, junto a mí
no hallé a Celia, sino a Aurora.
Salió, como viste, a dar
remedio a tantos enojos,
porque debas a sus ojos
beneficio en tierra y mar.

CARLOS. ¿Que no estuvo Celia allí?

TARQUÍN. ¿Allí? Ni por pensamiento.

CARLOS. Ya de mis prisiones siento
menos rigor que hasta aquí.
Ricardo me da cuidado.
¿Cómo le habrá recibido?

TARQUÍN. El daño para mí ha sido
que el barato se ha anublado.

CARLOS. Deja eso.

TARQUÍN. ¿Qué te da pena?
De Ricardo te asegura
que sabrá hacer su figura,
puesto que finge la ajena.

CARLOS. No te parezca, Tarquín,
que es muy fácil el intento.

TARQUÍN. Anda, que es cosa de cuento.
Ser príncipe, ¿está en latín?
Pues yo, que no lo sé hacer
ni jamás quise aprendello,
si me pusiera a hacello
lo echara todo a perder.

CARLOS. Eso creo yo muy bien.

TARQUÍN. Ya tienes aquí a Ricardo.

(*Sale* RICARDO.)

CARLOS. Con gusto a Ricardo aguardo,
de mi dicha el parabién.
¿Viste aquel ángel divino?
¿Viste aquel bello portento,
de quien es corto instrumento
el que la fama previno
para decir su grandeza,
por más que el bronce animado
su ingenio haya decantado,
celebrado su belleza?
¿Viste el brío que enamora,
que mata, cautiva y prende?
¿Viste al sol que almas enciende?
¿Viste al cielo? ¿Viste a Aurora?

RICARDO. Señor, vila y conocí;
no como tú me he engañado,
que la viste enamorado
y yo sin pasión la vi.

CARLOS. ¿Pues?

RICARDO. Perdona a la verdad,
que suele ser siempre odiosa.
Aurora es, si bien hermosa,
una hermosa necedad.

CARLOS. ¿Qué dices, bárbaro, loco,
atrevido, descompuesto?
Nunca esperé menos que esto
de hombre que sabe tan poco.

RICARDO. Señor, cuando me maltrates,
con razón; mas si me apuras,
hay un tropel de locuras

(1) En el original "casi tan galán", que no rima.

y un millón de disparates.
CARLOS. ¿Yo había de dar grato oído
a lo que diciendo estás?
TARQUÍN. ¿Por esas paredes das?
Ricardo, tú estás perdido.
¿Necia Aurora? Blasfemaste.
CARLOS. En la mayor perfección,
bárbaro, echaste un borrón,
mas en tus ojos lo echaste.
Sacrílego, presumiste
al mismo cielo escupir,
pero volvió a recibir
tu rostro lo que escupiste.
RICARDO. Señor, tus pasiones quieta,
y advierte que, bien miradas,
cualquiera de sus criadas
es más bella y más discreta.
CARLOS. ¿Qué, no te quedaste en calma
viendo aquel ángel de hielo?
RICARDO. Confiésote que es un cielo;
pero en él no ha entrado un alma.
Lo que sé decirte yo
que hizo ostentación Aurora
de muy gentil comedora.
Sentada me recibió.
Y para que eches de ver
su estilo torpe y prolijo,
lo primero que me dijo
fué sus ganas de comer
y los platos que comía,
de que hizo la cuenta presto.
La conversación fué de esto,
mira tú qué tal sería.
Y luego, porque concluya
y tú acabes de admirarte,
dice que quiere casarte
con una criada suya,
y que yo te dé licencia.
Mira, pues, lo que has de hacer.
CARLOS. El juicio he de perder,
Ricardo, con la paciencia.
¿Yo casado?
RICARDO. Una vi allí,
y tal perfección alcanza,
que en ella es corta alabanza
la que de Aurora te oí.
CARLOS. Tú estás loco y yo sin seso
oyendo tanta locura.
TARQUÍN. Sin duda Celia procura
tu casamiento, y por eso
la Duquesa te prendió.
CARLOS. Ya no es tiempo de callar.
Sepa Aurora mi pesar,
quién es Celia y quién soy yo.
TARQUÍN. ¿Necia Aurora? ¿Aurora necia?
Aquí hay cautela y engaño.
¿Necia el Pirú de las gracias?
¿Necia el Potosí del garbo?
¿Necia el que admiran los hombres
maridaje soberano
de hermosura y discreción?
¿Aurora necia? ¡Mal año!
Si lo fuera, yo confieso
que miento, y soy un bellaco,
y que no sé lo que digo,
que cojeo y que me llaman
gata rabona, y que soy
tuerto, zurdo, zambo y calvo.
RICARDO. Yo debo de ser el necio.
TARQUÍN. Bien haces de confesarlo.

(*Salen* FABIO *y* OTÓN.)

FABIO. La Duquesa, mi señora,
da libertad a Ricardo,
y a vuestra alteza suplica
la vea.
RICARDO. A besar su mano
iremos Ricardo y yo.
OTÓN. Sirviendo y acompañando
a vuestra alteza hemos de ir,
aunque en esto nada alcanzo.
(Porque Ricardo no goce (*Aparte.*)
de Aurora estoy consolado
con ver al Príncipe aquí.)
RICARDO. ¿Vamos, pues, Ricardo?
CARLOS. Vamos,
donde su engaño verás.
RICARDO. Soy hombre; habréme engañado.

(*Vanse, y salen* AURORA, CELIA *y* JULIA.)

CELIA. ¿Qué, al fin te resuelves?
AURORA. Sí.
Poderosa en mis Estados
soy, cuando el Príncipe intente,
atrevido, algún agravio.
JULIA. ¿He hecho bien mi papel?
AURORA. Por tu vida, que has andado
airosa.
JULIA. ¿Estará con esto
desenamorado Carlos?
Porque si aquesto no basta
recorreré el cartapacio
a mis locuras, y habrá
maravillas.
AURORA. Diera cuanto

tengo por haber oido
al Príncipe con Ricardo.

CELIA. Fuerza es que han de estar confusos,
pues tanta materia has dado.

JULIA. Muy aturdido al principio
cuando me pidió la mano;
perdido lo vi al decille
lo de los cincuenta platos.

CELIA. Ellos vienen.

JULIA. ¿Va de historia?

AURORA. Claro está.

JULIA. Aurora me hago.

(*Salen* CARLOS, RICARDO, FABIO, OTÓN *y* TARQUÍN.)

CARLOS. Serenísima señora,
ya el silencio es excusado;
ya no es tiempo de callar,
pues que nunca se casaron
los príncipes de Polonia,
menos ni hay... ¿Qué estoy miran-
Fabio, ¿dónde está su alteza? [do?

JULIA. Proseguid, no estéis turbado.

AURORA. No prosigáis, ya os entiendo.
Yo soy Aurora, Ricardo;
de mi voluntad soy dueño,
como lo soy de mi Estado.

CARLOS. Pues ¿quién niega esas verdades,
cuando yo estoy confesando
una humanidad divina,
un independiente humano?

AURORA. No deja forzarse Amor.

CARLOS. Pues ¿quién a Amor ha forzado?

AURORA. Pienso que no me entendéis.

CARLOS. Pienso que no me declaro.

AURORA. Yo he sido a quien por las rejas
del jardín habéis hablado.
Yo os llamé, no os habló Celia,
que el Amor, con rostros varios,
muchos engaños intenta.
para tales desengaños
y para igualarme a vos,
tan conocidos milagros.
El Príncipe me perdone,
y, pues que se precia tanto
de serlo, no fuerce el gusto
que el mismo Dios no ha forzado,
que contra violencias suyas
armada podré en el campo
enarbolar mis banderas
y convocar mis vasallos,
de cuya lealtad espero
lo que en tu nobleza aguardo.—
¿Qué responde vuestra alteza?

OTÓN. Esa respuesta es en vano,
que antes nos verás morir,
señora, que consintamos
que injusto dueño nos des.

AURORA. Carlos, castiga este agravio,
que tienes armas y gente
en el puerto, a cuyos brazos
se reduce el gusto tuyo,
que en tu servicio yo basto
para revolver el mundo.

CARLOS. (Descúbrete ya, Ricardo.
Aquí no hay más que aguardar.)
Bella Aurora, yo soy Carlos,
que, acrisolando verdades,
interpuse engaños tantos,
como águila que examina
los rayos del sol dorado,
para entregarme en los vuestros,
en cuya esfera me abraso.

RICARDO. Yo no soy príncipe, Aurora.

CARLOS. La armada, gente y los vasos
que tiene el puerto son míos,
para castigar livianos
atrevimientos y envidias.

OTÓN. Si eso es así, humilde aguardo
el perdón de vuestra alteza.

AURORA. (Cielos, mi ventura alabo.
El alma lo adevinaba;
esto fué *acertar errando*,
que siempre yerros de amor
fueron aciertos dorados.)
Mi mano es ésta.

CARLOS. Señora,
que se la deis a Ricardo
para que la bese, es justo.

RICARDO. Conozca por su criado
a Ricardo vuestra alteza.

TARQUÍN. ¿Esto es ser necia, Ricardo?
A la necedad me atengo.

RICARDO. Tarquín, confieso mi engaño.
Julia, que ha sido duquesa...

JULIA. Ya mi papel he acabado,
y vuelvo a ser Julia.

AURORA. Celia,
da luego la mano a Fabio.

CELIA. Contenta la doy.

FABIO. Y yo,
de mi error desengañado,
obedeceré tu gusto.

CARLOS. Y aquí se acaba, senado,
el Embajador fingido.

AURORA. Y aquí el *acertar errando*.

FIN

LA ADVERSA FORTUNA
DE DON BERNARDO DE CABRERA

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA MORALES

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Don Bernardo de Cabrera.
Don Lope de Luna.
El rey don Pedro.
Conde de Ribagorza.
Lázaro, *lacayo.*
Roberto, *lacayo.*
Un Secretario.
La Reina.
Doña Leonor.
Doña Violante, *infanta.*
Dorotea, *vieja.*
Tres Soldados.
Dos Contadores (1).

JORNADA PRIMERA

(*Salen* Don Lope *y* Lázaro, *lacayo.*)

D. Lope. Las veces que considero
del modo que me ha traído
la fortuna, le agradezco
que me reserva el juïcio.
"Que han de ser los hombres nobles
—un sabio romano dijo—
en prosperidad modestos
y en la adversidad sufridos."
Diráme alguno que yo
pocas desdichas he visto,
que habiendo nacido pobre,
en mi mismo estado vivo.
Porque solamente aquellos
que estado humilde han tenido
y [que] se ven levantados
desdichados llama el siglo.
Pero yo digo que son
de mayor lástima dignos
los que jamás en su vida
prosperidad han tenido.
Aunque se viva edad corta,
es mejor haber nacido,
y en las cosas de fortuna
puede decirse lo mismo.
En un tiempo a Zaragoza
don Bernardo y yo venimos,
decir puedo que la dicha
de César truje conmigo.
Mas la inconstante fortuna,
que en este profundo abismo
de la Corte le echó a tierra
y a mí me trae en bajíos,
cuatro títulos le han dado,
y en Palacio tres oficios,
y la Encomienda mayor,
y hoy es el hombre más rico
que en Zaragoza conocen:
mañana a ser su padrino
llega el príncipe don Juan,
que tanto el Rey le ha querido
que con su hermana le casa;
sabe Dios que no le envidio,
sino que en su bien me alegro,
porque, en efeto, es mi amigo.
El gobierna aquestos reinos
tan amado y tan bien quisto,
que todos al Rey bendicen
porque su Cortés le hizo.
Y a mí, que en las dos batallas,
como la fama habrá dicho
desde el Ebro hasta el Danubio,
desde el Betis al Calixto,
hice en servicio del Rey
cosas que no se han escrito

---

(1) Intervienen además: D. Ramón, D. Tiburcio, Lisardo, Leonardo o Leonido, El Conde de Trastamara, El Príncipe, Ricardo, D. Sancho, García, *Un* Contador, *Un* Villano, *Un* Tambor, *Un* Verdugo, Músicos.

de Aníbal, ni de Escipión,
César, Alejandro y Pirro,
nunca el Rey merced me ha hecho,
sordo ha estado a mis servicios:
traidor y loco me llama
cuando mercedes le pido.
Entre aquestas desventuras,
una dueña, que maldigo,
muchas veces me ha engañado,
con amor pienso que ha sido.
Ella, en nombre de la Infanta,
muchos papeles me ha escrito,
muchos favores me ha dado
aquí al sereno y al frío.
Al fin, los seis mil ducados
que darme Cabrera quiso
cogió el huésped, y por deudas
casi andamos fugitivos.
Este es, Lázaro, el estado
en que en la Corte vivimos
yo y el dichoso Almirante,
bien contrario y bien distinto.
Al fin, estoy sin dineros
y sólo aqueste vestido
viejo, pobre y desdichado.

LÁZARO. ¿Monda nísperos el mío?
El primer sastre del mundo
me dijeron que lo hizo:
no perdiera por añejo
a ser queso o a ser vino.
Tal está, que andaré presto
en carnes, como Cupido,
y diré que soy yo Eva,
que vengo del Paraíso.
También pudiera contar
mis desgracias y peligros.
Muchos son; pero yo callo.

D. LOPE. ¿Por qué?

LÁZARO. Porque no los digo.
Si tú imaginas, señor,
hacerte fraile Benito,
yo de mala gana ayuno
y mis carnes disciplino.
Fray Lázaro no es buen nombre,
ni es buen regalo el cilicio;
basta que aquí y en la guerra
andamos tripivacíos.
Tu amigo es el Almirante;
así, señor, te suplico
que en su servicio me dejes
en pago de mi servicio.

D. LOPE. Harélo de buena gana.

LÁZARO. Tus pies beso, aunque no limpios,
y vivas más de dos ciervos
y cuatro cuervos marinos.
Pero si la vida es tal,
ningún bien yo te encamino,
que el hombre pobre y honrado
muere el tiempo que ha vivido.
Pero, pregunto yo agora:
¿por qué al parque venimos
esta noche de San Juan?
¿Hay otra de ochenta y cinco
que por niña se te venda?

D. LOPE. Yo diré a lo que he venido.
Esta segunda Medea
un tierno papel me ha escrito.
Dice que venga esta noche
porque quiere darme aviso
de mis negocios, y quiere
que yo sea su marido.
Yo, que procuro venganza
de las burlas que me hizo,
pienso dejalla burlada
si algunas joyas le quito.

LÁZARO. Y ¿[eso] es bien hecho, fray Lope?
Casi huele a latrocinio;
no lo mandará en su Regla
nuestro Padre San Benito.

D. LOPE. Moriré si no me vengo.
(*Suena ruido dentro.*)
¿Qué será aqueste rüído?

LÁZARO. Como es noche de San Juan
van con músicas al río.

D. LOPE. Esperemos, mientras pasan,
en sus márgenes floridos.

LÁZARO. De buena gana lo hiciera
a ser márgenes de vino.
Aquí estaremos mejor.

(*Pónense a un lado, y salen al balcón* LEONOR *y* DOROTEA.)

DOROTEA. No son cincuenta mis años,
que a celos y desengaños
me tiene vieja el amor.
Muchos maridos me dan,
y aunque todos buenos son,
quise hacer la devoción
de la noche de San Juan.
Estos que habemos trazado,
en mi niñez se decía,
y del nombre que se oía
venía a ser el desposado.

LEONOR. Y ¿es cierto?

DOROTEA. Sin falta alguna.

Oigamos; buen fin aguardo.
LEONOR. ¡Oh, quién oyera a Bernardo!
DOROTEA. ¡Quién oyera Lope o Luna!

(*Salen* DON RAMÓN *y* DON TIBURCIO *y* LISARDO, *músicos, tañendo y cantando.*)

D. RAMÓN. Callen, oigan, atención.
Haciendo pienso que están
la devoción de San Juan
[ésas.] Démosles picón.
D. TIBURC. ¿Cómo?
D. RAMÓN. Diciéndolas nombres
extraordinarios y cosas
que las dejen temerosas.
LEONOR. Escucha, que suenan hombres.
D. TIBURC. El Sofí y el Taborlán.
LISARDO. El Gran Turco podrá ser.
Nunca será su mujer.
DOROTEA. ¡Mala Pascua y mal San Juan
te dé Dios!
D. RAMÓN. Esos deseos
nunca se verán logrados.
D. TIBURC. Para nadie están guardados,
señora, tus ojos feos.
LEONOR. Desengañadas estamos.
LISARDO. Eso no, será imposible

(*Vanse.*)

D. TIBURC. (1) El Ebro corre apacible.
D. RAMÓN. A los barcos vamos.
TODOS. Vamos.

(*Vanse.*)

LEONOR. No es devoción buena, a fe.
DOROTEA. Ninguna, no, bien me dice,
y treinta veces la hice
después que viuda quedé.

(*Sale a otro balcón* VIOLANTE *y* LEONOR.)

LEONOR. ¿Por qué espera al Almirante
vuestra alteza, si mañana
se ha de casar?
VIOLANTE. Tengo gana
de hablarle aquí como amante,
que dicen que suele ser
conversación más gustosa,
y para la de su esposa
mil siglos podrá tener.
Demás que quiero tratar
cosas que importantes siento
para nuestro casamiento.
LÁZARO. En el balcón siento hablar.

(1) En el original dice "LISARDO".

(*Salgan los que pudieren tañendo y cantando, y* LEONIDO.) (1)

MÚSICOS. "Las olas del Ebro
llenas de oro van
en la noche alegre
del señor San Juan.
Barcos enramados
de verde arrayán
rompen en el Ebro
líquido cristal.
Abundan las damas,
que en la puente están,
en la noche alegre
del señor San Juan."
LEONOR. Si ha venido el Almirante
ya le tendrán enfadado
estos que aquí se han parado.
VIOLANTE. Ellos pasarán delante.

(*Sale* DON BERNARDO *y* ROBERTO, *de noche.*)

D. BERN. La Infanta manda que en esta
parte a visitarla venga,
para que viéndola tenga
vísperas la grande fiesta.
De mañana, ¡ah, dueño mío!,
qué favores manifiestos
me dan. ¿Quién serán aquéstos?
ROBERTO. Músicos que van al río.
MÚSICOS. "Ebro, corre apriesa
por llegar al mar,
porque el bien y el agua
no saben parar.
Que alegres cosas
trocadas están
en la noche alegre
del señor San Juan."
D. BERN. Roberto, dos versos
de aqueste cantar:
"Porque el bien y el agua
no saben parar",
me han dado gran pena.
ROBERTO. ¿En agüeros das
en la noche alegre
del señor San Juan?
D. BERN. Fingidas sirenas
que cantando estáis
mudanzas del tiempo,
Dios os haga mal.
Las obsequias vuestras,
cual cisnes, cantad
en la noche alegre

(1) En el original "LEONARDO".

del señor San Juan.
Después volveremos;
Vamos a rondar.

(*Vanse los dos.*)

LÁZARO. A cantar porfían,
como cantan mal.
D. LOPE. Diles que se vayan.
LÁZARO. Váyanse a cantar,
en la noche alegre
del señor San Juan,
otro poco al río.
LEONIDO. (1) Calle el ganapán.
Porque algún cobarde
lo quiere estorbar.
D. LOPE. ¡Vive Dios!, villanos,
que os haga callar.
LÁZARO. En la noche alegre
del señor San Juan.
LEONIDO. Miente quien llama villanos
a los que estamos aquí.
D. LOPE. ¡Oh, traidor! ¿Mentís a mí?
Muerte os darán estas manos.
LEONIDO. ¡Vive Dios!, que es un león:
irémonos retirando.
D. LOPE. Noble soy, que voy buscando
mi honrada satisfación.

(*Vanse huyendo.*)

LEONOR. ¿Quién es hombre tan gallardo,
que pueda atreverse a tantos?
VIOLANTE. ¿Quién puede reñir con tantos
que no sea don Bernardo?
Echarlos quiso de aquí
como estorbaban.
LEONOR. El es.
Voces daré.
VIOLANTE. No las des,
que él sabrá volver por sí.
LEONOR. Pasemos a otras ventanas
para verle acuchillar.
VIOLANTE. Bastábame a enamorar
con sus fuerzas más que humanas.

(*Quítanse del balcón, y sale* LEONARDO (sic) *herido.*)

LEONIDO. Mortalmente estoy herido.
Quien mal hace, mal recibe,
y mal muere quien mal vive.

(*Cáese muerto. Salen* DON BERNARDO *y* ROBERTO.)

D. BERN. Ya las músicas se han ido.
Una señal hacer quiero
que la Infanta me ha ordenado.
¡Jesús! ¿En qué he tropezado?
ROBERTO. Ya tenemos otro agüero.
D. BERN. Un hombre muerto está aquí.
ROBERTO. Sin duda aquel rüido
fué pendencia o caso ha sido.
D. BERN. Claro está que no es por mí.
Sácale en brazos, Roberto,
del parque, porque después
a enterrar le llevarés.
ROBERTO. Es una torre este muerto.
D. BERN. Aquí te espero, arrimado
a esta pared de la huerta.

(*Tómale en brazos y llévale.*)

ROBERTO. En el umbral de esta puerta
le pienso dejar echado.

(*Suenen golpes dentro junto a él, como que cae alguna cosa.*)

D. BERN. ¡Válgame Dios! La pared
a do me arrimé se cay.
Misterios secretos hay.
En tal caso detened,
Cielos, vuestras profecías.

(*Vuelve* ROBERTO.)

ROBERTO. Vuélvete esta noche a casa,
que [a] quien mañana se casa,
sobrarán noches y días.
D. BERN. ¡Ay, Roberto!: si se advierte
la humana dicha es tan poca,
que entre la taza y la boca
se suele esconder la muerte.
La ocasión es desigual,
y vuela si no se toma.
Por esperar perdió a Roma
el africano Aníbal;
Jerjes se perdió, arrogante,
por esperar a otro día;
la angélica jerarquía
se condenó en un instante.
No dió la nación romana
sustento a cuervo jamás,
sólo porque dice "cras",
que quiere decir mañana.
Torres que dejan el viento
con chapiteles extraños,
tardan en crecer cien años
y cáense en un momento.
Este tiempo que ha de haber
hasta la mañana clara,
para subir no bastara
y basta para caer.

(1) Antes le llamó LEONARDO, y aquí dice LEONIDO.

En la Infanta, ¿qué esperanza,
ni en el tiempo, he de tener,
si del tiempo y la mujer
ha nacido la mudanza?

ROBERTO. Nadie parece, señor,
al balcón.

D. BERN. ¡Desdicha mía!
¡Oh, si ya rompiese el día
la noche de mi temor!
Vámonos.

ROBERTO. Eso me alegra.

D. BERN. La suerte está echada ya;
Amor, mañana saldrá.
¡Quiera Dios no salga negra!

(Vanse, y salen VIOLANTE *y* LEONOR *al balcón.)*

LEONOR. Hasta la puente han huído,
y ya vuelve el vencedor.

VIOLANTE. Matado me ha a mí de amor.
¡Plega a Dios que no esté herido!

(Salen DON LOPE *y* LÁZARO.)

LÁZARO. Honradamente reñí
con cuatro, y, a ser de día,
jigote de ellos hacía.

D. LOPE. Luego ¿hallástete allí?

LÁZARO. Bueno, a fe; ¿de quién huyeron?

D. LOPE. Sólo la vaina perdí.
Vete, Lázaro, de aquí,
por si alguno conocieron.

LÁZARO. Yo me iré de buena gana;
mas Lázaro te aconseja
que estafes algo a la vieja
si quieres comer mañana.

(Vase.)

D. LOPE. ¡Ah de arriba!

LEONOR. Ya ha llegado
el que tu alteza desea.

D. LOPE. En vela está Dorotea.

VIOLANTE. ¿Quién es?

D. LOPE. El que habéis llamado,
por un papel, vuestro esposo.

VIOLANTE. (Es él; desciéndele a abrir.)
Esperad.

(Bajan y quítanse del balcón.)

D. LOPE. Podré decir,
Señora, que estoy gozoso.

Aquí soñé otras veces un tesoro,
que amarlo pude yo, no merecello;
jacintos y cristal cándido y bello,
perlas, rubíes y madejas de oro.
Los ojos de la Infanta a quien adoro,
los labios encendidos, el cabello,
dientes menudos, torneado el cuello,
que organiza una voz de ángel sonoro.
La riqueza era mucha, yo su dueño,
y en medio de esta buena suerte
rompió el gallo la voz del león temido.
¡Oh, nunca despertara de este sueño!
Que es un engaño regalada muerte,
y el desengaño desdichada vida.

Una puerta abren pequeña.

(Sale LEONOR *a la puerta.)*

LEONOR. Entrad, señor, sin cuidado.

D. LOPE. (Según soy de desgraciado,
me ha de cazar esta dueña.)

LEONOR. No temáis.

D. LOPE. Si está mi vida
para algún bien conservada,
plegue a Dios que tal entrada
tenga próspera salida.

(Vase, y sale VIOLANTE.)

VIOLANTE. Cuando de casarme trato,
no es el hablar deshonor,
y ansí quiero que al recato
de mi estado hurte Amor
a esta alegre noche un rato.

(Sale LEONOR *por otra parte.)*

LEONOR. Ya está aquí arriba.

VIOLANTE. Prometo,
que el corazón está inquieto.
Luces trae, y estaré aquí,
que, aunque esposo, tendrá ansí
más decoro y más respeto. (1)

(Entra LEONOR *por velas, y sale* DON LOPE.)

VIOLANTE. Dueño del alma, que ausente
de ti el amor lisonjero
hace que esté en vos presente,
daros un abrazo quiero.
¿Venís herido?

D. LOPE. Detente,

(Abrázale VIOLANTE, *y sale* LEONOR *con velas.)*

que el respeto guardas mal, (2)
ansí al palacio real

(1) En el original "reposo".
(2) Falta el primer verso de esta quintilla.

como a tu misma persona,
que no imaginaba tal.

VIOLANTE. ¿Qué hombre es éste? Esta es cau- [tela.

D. LOPE. El que al balcón ha llamado.

VIOLANTE. (Soy dormida centinela,
y el enemigo se ha entrado
al fuerte donde la vela.)
¿Quién eres, hombre? ¿Quién, di?

D. LOPE. Si preguntaras quién fui,
un desdichado dijera;
pero ya estoy de manera
que a veces no sé de mí.
Dicen que hay hombres a quien
dormidos sucede andar,
hablar y reñir también,
y éstos suelen despertar
cuando algunas luces ven.
Este letargo ¡oh ventura!
me ha dado mi desventura,
pues trae un sueño incierto
aquesta noche, y despierto
a la luz de tu hermosura.

VIOLANTE. ¿A qué has venido?

D. LOPE. A morir.

VIOLANTE. ¿Quién te trajo?

D. LOPE. Mi desdicha.

VIOLANTE. ¿Qué oficio tienes?

D. LOPE. Sufrir.

VIOLANTE. ¿Qué vas buscando?

D. LOPE. La dicha.

VIOLANTE. ¿De quién huyes?

D. LOPE. Del vivir.

VIOLANTE. Luego ¿estás desesperado?

D. LOPE. Del bien humano lo estoy.

VIOLANTE. Loco estás.

D. LOPE. De enamorado.

VIOLANTE. ¿Eres noble?

D. LOPE. Noble soy,
tanto como desdichado.

VIOLANTE. ¿Eres desdichado?

D. LOPE. Sí,
desde el día en que nací,
pues con hallar tu hermosura,
que en otro fuera ventura,
ha sido desdicha en mí.

VIOLANTE. ¿Desdicha? Di de qué suerte.

D. LOPE. Porque temo tus enojos
y temo también el verte,
que en tus manos y en tus ojos
está dos veces mi muerte.

VIOLANTE. ¿Luego estás enamorado?

D. LOPE. Tanto como desdichado,
que no sé cuál es mayor,
o mi desdicha o mi amor.

VIOLANTE. ¿Cómo subiste?

D. LOPE. Engañado.
Cierto engaño, cierta duda
me trae. Si estás enojada,
la piedad del pecho muda;
mátame con esta espada.

VIOLANTE. ¿Cómo la tienes desnuda?

D. LOPE. Mientras que se puede estar
en la vaina, ampara y honra,
y sólo para guardar
vida, amigo, hacienda y honra
la vaina se ha de quitar.
Perdíla por no perder
mi honor, que adelante pasa;
que la espada y la mujer
no deben salir de casa
si honradas no han de volver.

VIOLANTE. (Dime, Leonora, ¿qué haré?

LEONOR. Que se vaya.

VIOLANTE. Lo abracé.
Ha de morir; llámame gente.

LEONOR. Ten lástima, que es valiente
como un César.

VIOLANTE. Sí es, a fe)
¿Quién esas señas te dió?

D. LOPE. A nadie la culpa des.
Cierta mujer me engañó
de tu palacio.

VIOLANTE. ¿Quién es?

D. LOPE. No puedo decillo yo.
Acusar es de hombre vil;
el callar es fortaleza,
y ansí, a la lengua sutil
la encerró naturaleza
con candados de marfil.
Lo que ella una vez hirió
tarde sana y siempre duele.
Por título se nos dió,
que ella siempre decir suele
si su dueño es noble o no.

VIOLANTE. ¿En efeto eres callado?

D. LOPE. Tanto como desdichado.

VIOLANTE. Para que cuentes gozoso
que una vez fuiste dichoso,
libre vas.

D. LOPE. Voy admirado.
Tu piedad al mundo asombre.

VIOLANTE. ¿Cómo tu nombre no dices?
Di tu nombre.

D. LOPE. Es bien que el hombre

con temores infelices,
calle de noche su nombre.
Tiéneme el Rey odio fuerte,
y moriré sin remedio:
venid, desdichada suerte,
que sólo un hombre está en medio
de mi vida y de mi muerte.

(Vase.)

LEONOR. ¿Hay suceso semejante?
VIOLANTE. Encantado es este amante.
LEONOR. ¿Quién tal aventura vió?
VIOLANTE. A este hombre he visto yo
hablar con el Almirante.
En mi papel ha leído,
que iba de favores lleno;
callar mi amor no ha sabido:
quien para amante no es bueno,
no es bueno para marido.
Muchas veces le decía
que me sirviese, que amor,
aunque honesto, le tenía.
(Y él, por servir a Leonor, *(Ap.)*
fingió que no me entendía.
De esto, y ver que no ha venido
esta noche, he colegido
que es soberbio y indiscreto
y que a Leonor ha querido.)
Dijo una sabia mujer
que en [el] marido ha de haber
cuatro ces, si bien me acuerdo:
casero, callado y cuerdo
y continente ha de ser.
Y en el amante perfeto,
que a su dama no hace agravio,
cuatro eses, que es: secreto,
solo, solícito y sabio,
tiene de ser en efeto.
Y con razón he argüído
que si el ingrato Almirante
esta noche no ha tenido
las cuatro letras de amante,
no tendrá las de marido.
¡Por vida del Rey, mi hermano!
que no ha de darme jamás
su falsa y soberbia mano.
LEONOR. ¿Amas?
VIOLANTE. Sí.
LEONOR. Tú jurarás
la vida del Rey en vano.
VIOLANTE. En la mujer es violento
amor, derríbalo el viento,
y el enemigo peor
es la mujer que el amor
trocó en aborrecimiento.
No ama bien un ofendido;
agravio y no amor se nombre
el suyo, pues causa ha sido
de que yo abrazase a un hombre
que no ha de ser mi marido;
pero morirá si sé
quién es.
LEONOR. ¿Y si noble fué?
VIOLANTE. Trocaré quizá el rigor
por los brazos del favor
con que al Conde levanté.
Ya mis favores no estima,
sólo por Leonor me trueca,
ella es el ser que me anima,
como hiedra fué, que seca
el árbol donde se arrima.
Como se ve levantado
del Rey a tan alto estado,
de puro desvanecido
pequeños le han parecido
los favores que le he dado.

(Vanse. Sale DON BERNARDO, *vestido de gala.)*

DON BERNARDO.

En hora muy dichosa
la noche huyendo va del (1) alba hermosa.
Tú eres, claro día,
vida del hombre, que en la noche fría,
en sueño o en engaño
muerto está el hombre la mitad del año.
Tú, sol, cuyos reflejos
se miran como en lúcidos espejos
en el cándido hielo
del mar y en el cristal del nuevo cielo,
que, a no eclipsarte, pienso
que el mundo te llamara Dios inmenso.
En hora buena vengas,
tu luz serena sin prestarla tengas;
no te hurten alguna
los planetas imágenes y luna.
Mas no será luz rica
si a diez esferas no se comunica.
Este es el claro día
que tanto ha deseado el alma mía:
dadme plumas y galas,
que a ser de fénix las doradas alas,
dejara su hermosura,
que fué raro mi amor y mi ventura.

(1) El texto original dice: "la noche viendo ya el alba hermosa."

No hay gusto semejante
al mío si hoy me dan a Violante.
Galán no seré cuerdo
si la modestia y la razón no pierdo:
su deidad invoco;
vestidme galas, que me vuelvo loco.

(*Salen* Don Lope y Lázaro.)

D. Lope. Vuestro casamiento sea
muy en hora buena, Conde.
El amor manda que os vea
antes de partirme.

D. Bern. ¿Adónde?

D. Lope. A un convento de mi aldea.
No consiente el mar salado
un cuerpo muerto y helado;
luego le arroja de sí,
y la Corte lo hace ansí
con el pobre y desdichado.
Echarme de sí procura,
que sufrir no puede el peso
de mi mucha desventura,
y en mí cualquiera suceso
es delito o es locura.
Si el Rey está deseando
culpa en mí que castigar,
dos me están amenazando,
que la menor es mortal.
Maté un músico suyo.

D. Bern. ¿Cuando? (1)

D. Lope. Anoche.

D. Bern. ¿Por qué le has muerto?

D. Lope. Desmintióme.

D. Bern. ¿Saben cierto
que eres tú?

D. Lope. Nadie lo sabe:
Mas ¿qué culpa, leve o grave,
del que es pobre se ha encubierto?
¡Qué diferencia que hacen
la fortuna mala o buena!
Unos tan dichosos nacen
que nunca tuvieron pena;
otros hay que se deshacen.
Tienen ventura, y después
caen otros, y al revés,
que suben tras la caída,
y otros que toda su vida
llena de desgracias es.
De aquesta clase primera
es, y sea siempre solo,
don Bernardo de Cabrera,
y yo soy el otro polo,
porque estoy en la postrera.
Dijo un sabio que consigo
iban sus bienes; yo digo,
según desdichado soy,
que adondequiera que voy
llevo mis males conmigo.

D. Bern. Si hizo Naturaleza
común toda la riqueza
al principio, y la amistad
guarda siempre esta igualdad,
ni es desdicha ni es pobreza,
don Lope, la que tenéis:
en mí os da vuestra fortuna
esta riqueza que veis:
sol seré de vuestra luna,
tomad la luz que queréis.

D. Lope. Tanto, señor, me habéis dado,
que olvidarlo determino,
y hoy vengo necesitado,
para hacer este camino,
de algún dinero prestado.

D. Bern. Prestado decir sería
contra mi honor y mi fama,
si no fuera profecía,
porque prestado se llama
lo que se vuelve otro dia.
Pudiera estar agraviado
de que me pidáis prestado
lo que es vuestro: mal colijo
que en eso el Cielo me dijo
la mudanza de mi estado.
Ya vendrá ocasión alguna,
pero el sol se ha de poner
para que salga la luna,
y en haberos menester
será varia la fortuna.
De este bolsillo y cadena
os hago depositario,
y alguna vez será buena,
que viene en el mundo vario
tras de la gloria la pena;
tempestad tras la bonanza,
tras el sol la noche fría,
la muerte a la vida alcanza,
y quizá vendrá algún día
caída tras mi privanza.

D. Lope. No os pedí, Almirante, dado,
porque pedir al honrado
de cualquier modo avergüenza,
y el velo de la vergüenza
es el nombre de prestado.
No colijáis de mis labios

(1) Sobra una sílaba. Quizá se escribiría "Matéle un músico.—¿Cuándo?"

que se han de trocar las suertes,
ni pronostiquéis agravios, [fuertes
que el temor no es de hombres
ni el agüero de hombres sabios.
Antes, el estado mío
en que ahora os pone Dios
es firme, y ansí os suplico
que os sirva Lázaro a vos.

D. BERN. La vez que le comunico
gozo de él enhorabuena.

LÁZARO. Nunca la ventura tarda
a quien el Cielo la ordena.

(*Besa* LÁZARO *a* DON BERNARDO, *su amo, la mano, y sale* ROBERTO.)

ROBERTO. El Capitán de la guarda
te busca.

D. LOPE. ¡Cierta es mi pena!
Ya la fortuna me embiste
con su poder, y turbado
el pensamiento resiste.

D. BERN. ¿Y es tu culpa?

D. LOPE. Haberme hallado
la Infanta en su cuarto. ¡Ay, tris-
Que razón el Rey tendrá, [te!
hoy las desdichas compiten
con este pobre, que ya
sólo tiene que le quiten
la vida que Dios le da.
Enojóse; muera, pues,
y ansí igual mi poder es,
porque es Rey, que en paz y en
no cabe en toda la tierra, [guerra,
muerto cabe en siete pies.
Ansí igualará mi suerte
la del Rey, porque en la muerte
no hay cosa que no me sobre;
uno son el rico y pobre,
rey, vasallo, flaco y fuerte.

(*Sale el* CAPITÁN *de la guarda.*)

CAPITÁN. El Rey, mi señor, os llama,
y está esperando.

D. LOPE. Sin duda
que hoy mi sangre se derrama.

D. BERN. No será, si no se muda
la vida de éste que os ama.
Luego voy; alegre día,
¿cómo me turbas ansí?
Dejar las galas querría;
puede el sentimiento en mí
más que mi propia alegría.

(*Vanse el* CAPITÁN, DON LOPE *y* DON BERNARDO.)

LÁZARO. Como culebra he dejado
el pellejo desgraciado;
hoy convalezco del mal
y salgo del hospital
de un amo tan desdichado.
Si los dones honras son
en el mundo fanfarrón,
don Lázaro, don, me llamo;
puedo tener con tal amo
atrás y adelante don.

(*Vanse, y salen el* REY, *la* INFANTA *y el* CONDE DE RIBAGORZA.)

REY.

Para solemnidad del casamiento
del hombre que más quiero en este mundo,
que es don Bernardo de Cabrera, se haga,
sin las fiestas del reino y cortesanos,
máscaras y saraos, cañas, torneos.
Que para mí será cosa de gusto
y es conocer al hombre más valiente
que España tiene y menos venturoso;
es don Lope de Luna, cuyos hechos
supe tan tarde, que se está sin premio.
En Zaragoza está, y le han llamado
porque quiero pagalle, que es justicia
que los Reyes a Dios nos parezcamos
en hacer las mercedes, levantando
la virtud de los hombres, que los Reyes
se diferencien de los otros hombres
en ser liberales. Alejandro,
un día que merced no había hecho,
dijo que no fué Rey en aquel día.

VIOLANTE.

En extremo, señor, velle deseo;
y en cuanto al casamiento de Cabrera,
a tu real majestad suplico ahora
se deje o se dilate, porque importa.

REY.

¿Qué novedad es ésta?

VIOLANTE.

No es pequeña,
prometo, la ocasión.

REY.

Mira, Violante,
que quiero tiernamente al Almirante.

VIOLANTE.

No es bien que prefiera al amor propio
el amor del vasallo; no repares
en la palabra que le tienes dada
ni en la publicidad del casamiento,

que de hombres sabios es mudar consejo,
y no han de ser los reyes como ríos.

REY.

¿Que atrás puedo volver el curso humano?
¡Por mi vida!, que diga vuestra alteza
la ocasión que le mueve, y si es enojo,
por hacerme merced, dél se divierta.

VIOLANTE.

La humana voluntad es como cera;
varias formas se imprimen y se borran
en ella (1) fácilmente; el gusto es vario,
y más en la mujer; lo que hoy desea
aborrece mañana, y otro día
lo que dejó otra vez estima y quiere.
Ocasiones me ha dado el Almirante
de que a tu majestad pida y suplique
que cese el casamiento por ahora;
ni a tu casa está bien que el que ayer era
un escudero pobre, levantado
del favor de un Rey, hoy sea su hermano:
tu majestad sabrá si razón tengo.

REY.

Siempre he estimado tu gusto.—
¿Conde?

CONDE.

¿Señor?

REY.

Al Príncipe se avise
que entre de noche; cesen ya las fiestas;
las galas y libreas que se bordan
aprisa, en el estado que estuvieren
cesen.

CONDE.

¡Novedad extraña es ésta!

REY.

Contra tu gusto yo no quiero fiesta.

(Salen DON LOPE *y el* CAPITÁN.)

CAPITÁN.

Don Lope está aquí ya.

DON LOPE.

(De temor lleno.)

REY.

En buen hora vengáis, don Lope amigo:
escudo de Aragón y Cataluña;
blasón de mi corona.

DON LOPE.

(¿Qué milagros
son éstos, [¡oh!] Fortuna?)

(1) En el original "estrella".

REY.

Vuestros brazos
quiero en los míos.

DON LOPE.

(Siéntome turbado
No puedo responder.)

REY.

Besad la mano
a la Infanta mi hermana.

DON LOPE.

(Apenas creo
estos sucesos que en mi vida veo.)

VIOLANTE.

Ya he visto el que el mundo alaba. (1)
Ver dos hombres deseaba,
y en uno he visto los dos:
el que no tiene segundo,
el que se atreve, el que llama
al balcón, grande es su fama;
con las alas cubre el mundo.

DON LOPE.

No sé si valor habrá
para pedir yo la mano.

VIOLANTE.

Quien a los brazos se atreve, sí tendrá. (2)

(Dice DON LOPE *de rodillas:)*

D. LOPE. Si queda en tu pecho sabio
ira, el castigo detén,
que no ha perdonado bien
quien se acuerda del agravio.
Si mi culpa has referido,
mira que es buena señal (3)
de que estoy arrepentido.
Subí a tu cuarto engañado,
y no sé cómo haya sido,
que pecó en haber subido
quien está tan derribado.
VIOLANTE. ¿A quién servís de mis damas?
D. LOPE. A ninguna sirvo, aunque amo;
que estoy tan pobre, que a un amo
servir pudiera.
VIOLANTE. ¿A quién amas?
D. LOPE. Sólo a ti he tenido amor.
Desde que te vi te adoro;

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.
(2) También esta redondilla es defectuosa. Falta el tercer verso y el cuarto es largo.
(3) Falta otro verso.

que el sol, con sus rayos de oro,
alumbra al rey y al pastor.
Y siendo sol tu hermosura,
iguales rayos ha dado
al humilde y desdichado
como al grande y con ventura.
No hay riqueza que no sobre
a Amor desnudo y sin galas,
y a veces deja estas salas
y se va a casa de un pobre.
Si a todos puede igualar
Naturaleza en morir
y nacer, puedo decir
que también en el amar.
Amar pueden un sujeto
un villano, un pobre, un rey,
como no exceda la ley
del amor y del respeto.

VIOLANTE. ¿Quién te engañó en causa mía?

D. LOPE. Cierta dama me burlaba
y en tu nombre me escribía.

VIOLANTE. ¿Luego eres tú el que unos celos
me pidió?

D. LOPE. Mi engaño ha sido
pensar que estaba querido
de los ojos de estos cielos.

VIOLANTE. ¿Desengañado amas?

D. LOPE. Sí;
que me pasa en este amor
lo que a un paje que un doctor
sanó de un gran frenesí.
No le agradeció la cura
porque alegaba que, sano,
era un pobre cortesano,
siendo un rey en la locura.
Yo en mis desengaños pierdo
la luz que tus ojos dan;
loco he sido, y, galán,
ya es imposible ser cuerdo,
porque es fuerza que te quiera
por mi infanta y mi señora,
y porque tu rostro adora
don Bernardo de Cabrera.

VIOLANTE. Yo sabré quién es la dama,
y castigaré su culpa.

D. LOPE. Piensa que amor la disculpa.

VIOLANTE. Disculpada está si os ama,
soldado fuerte y bizarro.
(Aunque Infanta, soy mujer; (*Ap.*)
yo lo mismo pienso hacer
que el artífice en el barro.
Salió a disgusto un amante,
quebrarle pienso y formar
otro que me sepa amar
y servir de aquí adelante.
Si el Rey a Cabrera tuvo
amor, con buena fortuna,
luz he de dar a esta Luna
que hasta aquí eclipsada estuvo.)
Levántate.

D. LOPE. Por consuelo
podré, señora, tomar
que ansí mandes levantar
a quien está por el suelo.

VIOLANTE. Quien tiene tus pensamientos,
no ha menester fuerzas mías.

D. LOPE. Amorosas fantasías
torres fundan sobre vientos.

REY. ¿Qué tratáis?

VIOLANTE. Cosas de guerra.—
En efeto, al general (1).
¿mataste en tu misma tierra?

REY. Es valiente caballero.

VIOLANTE. Y ya de justicia pasa
que le ocupes en tu casa.

REY. Sírveme de camarero,
y escoge hábito.

D. LOPE. Beso
pies de Rey que honrarnos sabe.

REY. Hazle luego dar la llave.

D. LOPE. (Loco voy de tal suceso.)

VIOLANTE. (Hoy sale del pecho mío
Cabrera, y amor me ofrece
Luna que crecer merece
para llenar el vacío.
Favor o muerte, conviene
darle su bien o su mal,
o ha de borrar la señal
de aquel abrazo que tiene.)

REY. ¿Piensa casarse tu alteza?

VIOLANTE. Señor, no.

REY. ¡Extraña mudanza!
Mas ¿qué mujer no lo alcanza
por propia naturaleza?

(*Sale* DON BERNARDO.)

D. BERN. (¿Qué tenéis, alma cobarde?
¿Qué novedades son éstas?
¿Que no se hacen las fiestas
ni entra el Príncipe esta tarde?
El palacio está suspenso,
el vulgo maravillado,

(1) Falta el segundo o tercer verso de esta redondilla.

yo confuso y turbado,
quimeras no alegres pienso.
El Rey me mira; sospecho
que está triste y con enojos,
que el Rey descubre en los ojos
el odio o [el] amor del pecho.
La cara del Rey es luna
que nunca está en un estado,
y espejo en que ve el criado
su buena o mala fortuna.)

REY. (Ya el Almirante ha sabido
la mudanza de la Infanta,
porque su tristeza es tanta
que el alma me ha enternecido.
¿Qué le podré responder
para no darle pesar?)

D. BERN. (Animo, quiero llegar,
que a nadie dañó el saber.)
¿Vuestra majestad está
bueno? ¿Qué tiene, señor?

REY. (Lágrimas vierto de amor.)
La Infanta te lo dirá.

(Vase.)

D. BERN. (Largo pienso que ha de ser
mi pleito, pues se remite.)
Pueda yo, si se permite,
de vuestra alteza saber
qué tristeza o suspensión
es ésta.

VIOLANTE. La que merece
quien a su Rey no agradece
la merced y la afición.

(Vase.)

D. BERN. En cobro puedo poner
la vida desde este dia,
porque esta máquina mía
hace señal de caer.
Ya el mundo hace su oficio.
Habló el Rey con aspereza;
por una piedra se empieza
a asolar un edificio.
Mundo vario, indiferente,
no sé en ti cuál es mejor:
tener grandeza y valor
o vivir humildemente.
El que no tiene envidioso
vive en pobre y bajo estado,
y el hombre que es envidiado
tiene estado peligroso.
En el bajo y pobre hoy
no hubiera desdicha tanta.
¡Ingrato yo, bella Infanta!
Mal me haga Dios si tal soy.
Si subí, no es de admirar
baje al centro que es el suelo (1)
porque solamente al Cielo
suben para no bajar.
¿Qué envidioso cruel redujo
al Rey a tanta mudanza?
Como el mar es la privanza,
que tiene flujo y reflujo;
crece en uno, en otro mengua.
La envidia con ella lidia,
y como es mujer la envidia,
tiene por armas la lengua.
Tanta desdicha y pasión
como el carecer de amigos
es el tener enemigos
y no conocer quién son.
Hay envidias insufribles;
como el alma es el privado,
que envidian su buen estado
enemigos invencibles.
Subí; declinando voy.
Cansóse quien me levanta.
¡Ingrato yo, bella Infanta!
Mal me haga Dios si tal soy.

(Salen ROBERTO *y* LÁZARO.*)*

ROBERTO. Albricias nos puedes dar,
que es don Lope...

D. BERN. ¿No está preso?

ROBERTO. Camarero es del Rey.

D. BERN. Eso
me pudiera consolar.
No me caso, amigos, ya;
la torre que he levantado
se ha estremecido y temblado,
señal que firme no está.
Día claro y tierra fuí,
sol el Rey y su luz una;
púsose en medio la *luna*,
y él se eclipsa para mí.
Sólo Dios, que es soberano,
tiene grandeza infinita;
cuanto da a ninguno quita:
mas cuando da el rey humano,
como no es igual a Dios,
a uno quita, a otro da.
La *luna* ha salido ya

(1) En el texto "que he subido", que es error manifiesto.

y no hay luz para los dos.
De esta sombra, juego o nada
hoy me quiero levantar,
porque ansí pienso dejar
a la fortuna picada.
De Osona, Médica y Vas
soy Conde, y el mar que brama
hoy su Almirante me llama;
ya no puedo subir más.
Ganancia tengo, y ansí
es bien burlarme con ella
de la fortuna, antes que ella
se venga a burlar de mí.
De servir pienso dejar
al Rey; pienso lo que pasa;
volverme quiero a mi casa;
seguidme.

(ROBERTO *dice de rodillas*:)

ROBERTO. Te he de dejar.
Licencia pido.
D. BERN. Esa doy.
LÁZARO. Yo he de seguirte.
D. BERN. Levanta.
(¡Ingrato yo, bella Infanta!
Mal me haga Dios si tal soy.) (1)

(*Vase.*)

ROBERTO. Si a don Lope a servir llego,
la misma será mi dicha.
LÁZARO. Como tiña es mi desdicha,
que yo a mis amos la pego.
Desde aquí me quito el don;
poco caballero fuí,
que está de Dios que nací
para Lázaro Obrigón.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

D. LOPE. Gracias a Dios que he escapado
con paz próspera y segura
del mar de mi desventura
en que ya me vi anegado.
No tiene Dios olvidado
al hombre flaco y mortal,
que es acuerdo celestial
mostrar a veces rigor
para que luzca el favor
en el extremo del mal.
Vime sin favor humano;
ya, gracias a Dios, que adoro;
roja cruz y llave de oro
honran mi pecho y mi mano.
El piadoso cortesano
que lástima me tenía,
puede envidiarme este día,
pues vi mi nave sin leme;
ánimo cobre quien teme,
prospere quien desconfía.
¿Hállaste bien, di, Roberto,
en mi servicio?
ROBERTO. Señor,
en ti he visto el mismo amor
que en don Bernardo.
D. LOPE. Está cierto
que no te podré faltar,
que don Bernardo ha gustado
de que seas mi criado,
y ya le voy a buscar,
que ha diez días que no ve
al Rey, y a llamarlo envía.
ROBERTO. ¿Por qué no se casaría
don Bernardo?
D. LOPE. No lo sé.
Parece que a la fortuna
don Bernardo le pedía
las cosas que apetecía,
y ella le negó ninguna.
—¿Quieres que te quiera bien
el Rey?—Sí.—¿Y ser general?
—Sí.—¿Y de la cámara real?
¿Ser almirante?—También.
¿Quieres ser conde y vizconde
y mayordomo primero?
—También.—Ansí considero
que ella dice y él responde;
mas si agora preguntase:
—¿Estás con eso contento?
Dirá:—No; que todo es viento,
no hay gloria que no se pase:
solamente la virtud
da fruto que siempre dura,
y ésta se halla segura
en soledad y quietud.

(*Sale* DON BERNARDO, *de monje Benito.*)

ROBERTO. El Almirante ha venido.
D. BERN. En hora buena vengáis.
¿Cómo venís? ¿Cómo estáis?

(1) El texto dice: "Mal me haya si tal hice."

D. LOPE. Salud sin vos no he tenido.
D. BERN. ¿Cómo os va?
D. LOPE. Dichosamente.
El Rey me quiere muy bien.
D. BERN. Don Lope, el humano bien
es, como acto, indiferente:
malo puede ser y bueno;
a muchos ha condenado
y a otros muchos ha salvado;
no lo apruebo ni condeno.
Mas Dios, autor sin segundo,
como un discreto advirtió,
a los brutos prefirió
al hombre en bienes del mundo.
Si es galán, más lo es el prado;
si fuerte, más el león;
si hermoso, más el pavón;
si larga edad ha gozado,
más larga edad vive el cuervo;
si voz suave, es mejor
la del cisne y ruiseñor;
si es veloz, más lo es el ciervo;
si tiene la vista aguda,
más el lince (1); si el olfato,
el del perro, nunca ingrato,
es mucho mayor, sin duda;
si tiene agudo el oído,
el jabalí oye más;
si vivo el gusto, verás
que la gimia le ha excedido;
si es rico, más es la tierra,
que en sus ásperas entrañas,
con providencias extrañas,
el oro y la plata encierra,
y el mar, que en esfera fría
la riqueza está del orbe,
la que las naves se sorbe
y la que en sus senos cría.
Siendo ansí, riqueza humana
en que el bruto nos prefiere,
necio es el que la quiere,
si hoy viene y se va mañana.
Yo, amigo, la renuncié;
no te aconsejo lo mismo,
que no es fuerte silogismo,
mala es, pues la dejé.
Sólo te aconsejo en eso
que si ya el Rey te levanta,
no abarques riqueza tanta
que te derribe su peso.
Elige medio de suerte
que ni te tenga el amigo
lástima ni el enemigo
envidia.
D. LOPE. Hoy vengo a verte
de parte del Rey, que tanto
verte sin gusto sintió,
que hay alguno que le vió
bañar el rostro con llanto.
El me manda que te pida
que no te quedes, y vengo
a llevarte.
D. BERN. Sólo tengo
un alma, un Dios, una vida.
Es el hombre peregrino
que busca su salvación,
y estas soledades son
el más derecho camino.
Volver atrás no es honroso,
supuesto que voy con tino.
D. LOPE. También la corte es camino.
D. BERN. Es ancho y es peligroso,
son celdas, son religión,
sendas estrechas; por ellas
súbese a pisar estrellas,
que alfombras del gusto son.
Subí: mas podré decir
que bajé a ser religioso,
y he sido tan venturoso,
que hasta el caer fué subir.
Yo en la corte fuí privado,
avisóme la malicia,
al Rey vi y, como es justicia,
temí y entréme en sagrado.
Es mar, y aunque en paz la sienta,
vile yo turbado un día,
y en la calma no confía
el que ha visto la tormenta.

(*Sale* LÁZARO, *de fraile Benito.*)

LÁZARO. Nuestro padre abad Gregorio
y los hermanos están
partiendo el hermano pan,
y ansí fray Lázaro vino
a avisalle con cuidado,
porque si tarda habrán dado
cuenta del hermano vino.
Pártase su reverencia,
que aqueste mi cuerpo, funda
del alma, a mesa segunda
con caldo hará penitencia.
D. LOPE. ¿Lázaro?

(1) En el texto "cisne".

LÁZARO. ¿Cuál? ¿El leproso?
¿Quién me llama?
D. LOPE. ¿No conoces?
LÁZARO. Tienes más graves las voces
después que estás venturoso.
D. LOPE. Roberto es criado mío,
hablad despacio los dos.
LÁZARO. No pudiera ¡voto a Dios!
tener más ventura un judío. (1)
Que hiciese un cambalache
trocando amos, y que sea
su provecho, y yo me vea
un Lázaro de azabache.
Tras de sucesos tan buenos
te dé Dios una coroza.
(Dentro.) Pare, pare la carroza.
D. BERN. ¿Quién es?
LÁZARO. El Rey, cuando menos.
Si vinieren por ti, diles
que ir a palacio queremos,
que estando ansí parecemos
dos viudas con monjiles.

(Salen el REY, *el* CONDE DE RIBAGORZA *y el* SECRETARIO.)

REY.

Almirante, ¿qué es esto? ¿El amor vuestro
tan presto se acabó y me habéis dejado?
¿Vos fraile? ¿Yo sin vos? ¿Sin vos mis reinos?

DON BERNARDO.

¿Por qué, grande señor, ha merecido
esta indigna hechura de tus manos
que tu cesárea majestad le busque?

REY.

Si por amigo no, por religioso
no es bien que estéis así; bien está, Conde,
levantad. ¿Cómo estáis?

DON BERNARDO.

Al real servicio
de vuestra majestad, muy bueno.

REY.

¿Cómo,
ya que en la religión habéis entrado,
no avisáis a don Sancho de Cabrera
que me traiga su nieto y vuestro hijo?

DON BERNARDO.

Señor, cuando yo vine a tu servicio,
doña Elvira estaba viuda (1)
y el niño era pequeño, y con mi padre
quedó, que, en Barcelona retirado,
se quiere ejercitar; le he suplicado
venga a participar de las mercedes
que tú me has hecho.

REY.

Yo holgaré que venga.
¿Pensáis vos profesar? (2)

DON BERNARDO.

Dando tu majestad licencia, pienso
perseverar aquí.

REY.

Darla no puedo.
Vengo por vos, y ansí será imposible
volver solo a palacio. A Dios se sirve
en gobernar en paz una República
y en defender en guerra una corona.
También tiene su mérito un soldado;
el ministro y señor también se salva.
No puede un rey estar sin un privado,
que Dios también [lo tuvo] en otros tiempos,
dígalo Moisés, Job y Juan y Pedro,
y los reyes humanos, le han tenido;
Trajano, Eneas, Jerjes y Darío,
Ambrosio, Efestïón, Licinio, Acates.
En vos puse mi amor y mi privanza;
don Bernardo, no es bien haya mudanza.

DON BERNARDO.

Señor, al mar profundo
entregué (3) la riqueza de mis años;
que es mar el ancho mundo:
de sus olas villanas y de engaños
no quieras, señor mío,
que aventure otra vez este navío.
Deja que a la ribera
mire seguro el piélago salado,
que ansí se considera
el descanso presente, el mal pasado,
pues llaman temerario
al que dos veces tienta el mal voltario.
Aquí puedo servirte;
guerra es también la Iglesia militante,
y ella podrá decirte
que no menos al pueblo fué importante

(1) Sobra una sílaba. Quizá deba leerse "suerte" y no "ventura".

(1) Verso largo si heptasílabo, o corto si endecasílabo. Además no hace sentido. Quizá se escribiese:
"de doña Elvira estaba yo viudo".

(2) También es corto este verso.

(3) El original dice "entre".

Moisés, cuando miraba
que el capitán de Dios ansí peleaba.
Si él, que el mundo ha dejado,
sobre el ciprés del Líbano y el cedro
de Dios es levantado,
en lo que dejo no me igualo a Pedro,
pues él dejó sus redes,
yo tu favor, [tu] estado y [tus] mercedes.
En la corte y palacio
son ligeras las olas de la vida.
Aquí se vive a espacio;
ociosa no está el alma divertida,
ni en confuso recelo
el hombre de su vida está dormido. (1)
Aquí, vivo y despierto,
dándole gracias a mi eterno dueño:
durmiendo allá estoy muerto.
Tiempo queda en que yo, en prolijo sueño,
duerma en la sepultura
mientras la vida de los hombres dura.
Allá, señor, confieso
que he sido de tu máquina el Alcides;
mas ya a su grave peso
gimen mis hombros. Si volver me pides,
recelo que otro día
podrás quitarlo con afrenta mía.
Gocé sin envidiosos
mi privanza real en paz segura.
Vasallos no hay quejosos;
no siempre ha de durar esta ventura,
que si envidiosos nacen,
mueren las honras que los reyes hacen.

REY.

Bernardo, la obediencia
se debe preferir al sacrificio;
deja la penitencia
para volver otra vez a mi servicio;
deja esta Regla santa,
por mi vida y por vida de la Infanta.

DON BERNARDO.

Con ese juramento
no puedo replicar; iré contigo.

REY.

Entremos al (2) convento,
daránte de vestir. Eres mi amigo,
mi corona mereces.

DON BERNARDO.

Hechura tuya me dirán dos veces.

(*Vanse, y queda* LÁZARO *solo.*)

LÁZARO.

Gracias a Jesucristo
que salimos a ver a Zaragoza,
y que libre me he visto
de un demonio sutil que me retoza,
y el tentador maligno
me pellizca con sed y esconde el vino.
Aquí a la puerta dejo
la mortaja del luto que he traido;
dejar quiero el pellejo
con que una tumba viva he parecido.
Si entro, soy desdichado,
y temo que me dejen embargado.
Adiós, negras galletas,
con que cuero de rey yo parecía;
adiós, mis ampolletas,
fray Lázaro se va, el que os escurría;
adiós, bodegas graves,
que no os dejara yo a tener las llaves.

(*Vase, y sale* LEONOR.)

LEONOR. Un alma enamorada
jamás tuvo sosiego;
helada está en el fuego
y en celos abrasada.
Ni ha visto reservada
la flecha del dios ciego
mi vida, ni a ver llego
mi fe justa premiada.
Amaba a don Bernardo,
pedílo por esposo,
el Rey dió su palabra,
quebróla, y no acobardo
mi fe, que amor celoso,
torres al viento labra.

(*Sale el* CONDE DE TRASTAMARA.)

TRASTAM. Después que vine a Aragón
melancólica te veo,
hermana, y saber deseo
de tu boca la ocasión.
¿Hállaste mal en palacio?
¿No te quiere bien su alteza?
¿O procede la tristeza
de que te da más espacio
estado?

LEONOR. (Causa hay aquí
para apoyar bien la mía.)

(1) "Dormido" dice el original, que ni rima ni hace sentido.

(2) En el texto "en el", en lugar de "al"; pero el verso resulta largo.

Escuche vueseñoria,
Conde. (Mentir pienso.)

TRASTAM. Di.

LEONOR. Cuando vino a Zaragoza
el catalán don Bernardo
a servir de gentilhombre
al rey don Pedro a palacio,
como es uso de las Cortes
que en las fiestas y saraos
sirvan a las damas nobles
caballeros cortesanos,
sirvióme a mí el Almirante,
mostrándose apasionado,
y poniendo mis colores
en sus galas y penachos.
Cuando salía la Infanta,
apenas en el ocaso
el sol a doradas nubes
echaba rayos dorados,
cuando sus pajes cercaban
sólo mi coche, alumbrando
con tantas hachas, que el sol
no echaba menos sus rayos.
En las fiestas y torneos
llevaba siempre pintado
un león, y a mi ventana
rindió los premios ganados.
En las letras y los motes,
con Leonida disfrazado
mi nombre, y en los caminos,
en hábito de villano,
le encontraba junto al coche
muchas veces, que es bizarro
en la paz como en la guerra.
Necia estoy, mucho le alabo.
Al fin, el Rey, que sabía
que me estaba festejando,
me dijo: "El será tu esposo.
Avisa al Conde, tu hermano."
Vino luego el Almirante,
habló al Rey, y de ahí a un rato,
más mudable que [a] los vientos
las tiernas hojas del árbol,
dijo que se casaría
con otra, y he sospechado
que le he parecido indigna
del que quiero y amo tanto.

TRASTAM. No, sino el mismo Almirante,
soberbio, te ha despreciado,
desvanecido de verse
entre favores tan altos.
La casa de Trastamara
reyes a Aragón ha dado,
no ha menester que la ilustren
favorecidos hidalgos.
Sin duda pidió a la Infanta,
y el Rey, aunque es su privado,
la negó, y por no casarse
contigo, se ha retirado.
Esto es hecho; hoy verá el mundo
o satisfecho tu agravio,
o entrambos del Rey quejosos,
y aun quejosos más de cuatro.

(Vase.)

LEONOR. Pues hoy a Palacio vuelve
el famoso don Bernardo,
mi esposo ha de ser, si Amor
da fuerzas a mis engaños.
Faltó el Rey a su palabra,
no imitando al castellano,
que a pesar de los Sarmientos
hace bueno su aguinaldo.
Si el otro, siendo cruel,
siente sus palabras tanto,
el de Aragón ha de ver,
que era razón imitarlo.

(Sale la INFANTA.)

VIOLANTE. Pues, Leonor, ¿en qué se entiende?

LEONOR. En sentir.

VIOLANTE. ¿Celos o amor?

LEONOR. Siento que el Rey, mi señor,
darte mi esposo pretende,
si sabe su alteza bien
que me sirvió el Almirante.

VIOLANTE. No pases más adelante,
yo te le ofrezco también.
Ya, Leonor, la inclinación
que al Almirante he tenido
en pasión se ha convertido.

LEONOR. Tienes en eso razón,
porque nunca se ha inclinado
a tu alteza, ni entendía
lo que tu amor le decía,
como estaba enamorado.
Y aunque estimar no era justo
tu casamiento real,
él ha llevado tan mal
el no casarse con gusto,
que la noche de San Juan
me dijo que pretendía
retirarse, y otro día
lo cumplió.

VIOLANTE. Creciendo van
mis agravios. Di, Leonor,
¿esa noche habló contigo?

LEONOR. Hasta el alba.

VIOLANTE. Agora digo
que fué justo mi rigor.
[Sé] satisfecha y segura
que, aunque hoy sale del convento,
es en mí aborrecimiento
lo que fué amor y locura.
Nunca le verás casado
conmigo, y podrá ser
que ya le viesen caer
los que le ven levantado.

(Vase.)

LEONOR. No se ha fabricado en vano
mi engaño. Si está Violante
quejosa del Almirante
y del Rey lo está mi hermano,
conseguirse puede así
el efeto que yo espero.
Irme de esta sala quiero,
que el Príncipe sale aquí.

(Salen el PRÍNCIPE, *el* CONDE DE TRASTAMARA *y el* SECRETARIO.*)*

PRÍNCIPE.

No me hallo tan bien como en Valencia
en Zaragoza.

TRASTAMARA.

A vuestra alteza (1)
agrádale la mar de tal manera
que no es mucho que aquí sienta su ausencia.

PRÍNCIPE.

Los músicos me traigan de la cámara
que me entrétengan. Llamen a Leonido,
que me agrada su leer.

SECRETARIO.

Está ya muerto.

PRÍNCIPE.

¿Cuándo murió?

SECRETARIO.

Matáronle la noche
de San Juan.

PRÍNCIPE.

¿Castigóse el homicida?

(1) Verso incompleto.

SECRETARIO.

Era tan grave, que al hacer la causa
a las justicias pareció acertado
poner silencio.

PRÍNCIPE.

¿Y fué...?

SECRETARIO.

No me lo mandes.

PRÍNCIPE.

Dilo, acaba.

SECRETARIO.

Señor, el Almirante.

PRÍNCIPE.

¿Qué indicios hubo?

SECRETARIO.

Que él y sus criados
rondaron por el parque aquella noche,
y les vieron llevar después en brazos
al muerto hasta la iglesia de la Virgen
del Pilar.

PRÍNCIPE.

¿[Y] mi padre ha consentido
en el delito?

SECRETARIO.

No lo sabe.

PRÍNCIPE.

¿Es justo
que no castigue el Rey los poderosos?
Para todos es bien que haya justicia,
aunque iguales no sean los castigos.

TRASTAMARA.

Como es el Almirante tan privado
de su real majestad, no se atrevieron
a decírselo, y más siendo Cabrera
de la privanza el más [ya] no me espanto. (1)
Yo sé que despreció la ilustre sangre
de Trastamara. Cosas son del mundo.

PRÍNCIPE.

Por ayo me lo quiere dar mi padre;
grande soy ya, pues él mi edad tenía
cuando nací, que casi parecemos
hermanos. Siendo así, no importan ayos;
no lo será Cabrera, si yo puedo.

(1) Este verso está en el original así: "de la privanza que más no me espanto"; pero no tiene sentido.

SECRETARIO.

Ya del Rey, mi señor, llega la guarda,
y aún está arriba ya.

(*Sale el* REY.)

REY.

¡Oh, Juan! ¡Oh, Conde!
El parabién me dad de que he traído
a Palacio otra vez el Almirante.

PRÍNCIPE.

Si es de tu gusto la venida, doile.

REY.

Parece que estáis triste.

PRÍNCIPE.

Me lastima
la muerte de Leonido; bien le quise,
y amor es tierno.

REY.

Nunca se ha sabido
quién lo mató.

PRÍNCIPE.

Mas dime: ¿quién ignora
el matador?

REY.

¿Quién dicen?

PRÍNCIPE.

Don Bernardo.

REY.

No des crédito, Príncipe, a las lenguas,
que quizá con envidia lo murmuran.
El Almirante no le mataría;
pero si le mató, razón tendría.
No me murmure nadie a don Bernardo,
porque es amigo mío y mi hechura.
(Yo quiero divertirlos de esta plática.)
¿Conde de Trastamara?

TRASTAMARA.

¿Señor?

REY.

¿Visteis
a don Pedro, mi primo, el de Castilla?

TRASTAMARA.

Vile.

REY.

¿En Toledo?

TRASTAMARA.

No, sino en Sevilla.

REY.

Tres Pedros somos Reyes en un tiempo.

TRASTAMARA.

Los de Castilla y Portugal alcanzan
nombres de justicieros.

REY.

¿Y yo?

TRASTAMARA.

De manso.

REY.

No es defeto del Rey ser amoroso;
peor es ser cruel y riguroso.

(*Sale* DON RAMÓN.)

DON RAMÓN.

Un villano encontré con unas cartas,
y sospecho, señor, que es un criado
del Infante tu hermano, porque en Jaca
me parece le vi cuando en Navarra
se retiró tu hermano, o tu enemigo,
que ansí llamo, señor, al que desama
tu vida; y si es ansí, que no es villano,
algún peligro temo, y no es en vano.

REY.

¿Por qué no le seguiste?

DON RAMÓN.

Está en Palacio.

REY.

¿Adónde?

DON RAMÓN.

Está en el cuarto de Cabrera.

PRÍNCIPE.

Repara, gran señor, inconvenientes;
vela en tus reinos; de ninguno fíes,
y mira en el rigor y la justicia
a los Reyes que imitas en el nombre,
y con rigor castiga los delitos,
porque de uno proceden infinitos.
La Infanta, mi señora, tiene quejas
del Almirante; la ocasión pregunta;
inquiérase esta muerte de Leonido,
y sépase el villano que ha venido.

REY.

(Mi don Bernardo, plega a Dios que vea
el mundo tu lealtad, porque no culpe
el amor de tu Rey.) Príncipe, basta;
que si aquesto es amor o es dar consejo,
no sois émulo vos ni sois tan viejo.

(Vanse, y salen Don Bernardo *y* Ricardo, *en hábito de villanos.)*

Ricardo. Ya que puedo hablarte a solas,
sin que me conozca alguno,
¡oh, católico Neptuno
de las playas españolas!,
secretario del infante
don Carlos, el perseguido
del Rey soy, que he venido
con recato semejante
a darte en tu propia mano
esta carta.

D. Bern. ¿Qué pretende?

Ricardo. Amigos, ya que le ofende
con tanto rigor su hermano.

D. Bern. No ofende el Rey, mi señor,
a Carlos; mas le destierra
porque le inquieta su tierra,
y el castigar no es rigor.
Si manda la humana ley
que al Rey el vasallo tema,
romper no puedo esta enema,
porque temo mucho al Rey.
Ver no quiero sus intentos;
condénolos por ingratos,
que las letras son recatos
de los mismos pensamientos;
y dirán, si yo las leo,
que calma me manifiesta:
vete, y dale por respuesta
que ni la tomo ni leo.
Y que será acción bizarra,
digna de tan gran varón,
el pedir a un Rey perdón
y venirse de Navarra.

Ricardo. Tómala, y seguro vive
que el consentir suele hacer
el pecado, que no el ver.
Mira, señor, lo que escribe.
Puede ser que escriba aquí
que trates de paz.

D. Bern. Entiendo
que en esto mi Rey no ofendo
y que puede ser ansí.

(Tome la carta y léala.)

"Hanme dicho, don Bernardo,
que estás del Rey descontento,
y deshecho el casamiento,
y saber la causa aguardo:
porque si estás en desgracia
del Rey, y seguirme quieres,
tendrás cuanto me pidieres:
mi vida, mi honra y mi gracia.
Declárame tu intención.
Adiós.—De junio y Pamplona."
En ti hay, Carlos, y perdona,
una mala inclinación.
¿Que ansí tu pluma me ofende?
¿Tan poca lealtad me hallas?
Siempre busca las murallas
más flacas el que pretende
asaltar una ciudad.
¡Vive Dios! que estoy corrido
de que se haya presumido
que hay flaqueza en mi humildad.
Que por mí empezase así
a conjurar los vasallos
del rey don Pedro, estimallos
puede el mundo más que a mí.
La muralla soy más flaca
de su defensa, pues hoy
batido de Carlos soy;
pero ¿qué provecho saca?
Haré la carta pedazos
y al mensajero también.

Ricardo. Gran Almirante, detén
el ímpetu de tus brazos.
¿Qué culpa tengo?

D. Bern. Bien dices.

Ricardo. Respóndele aconsejando
que procure un medio blando;
ansí, señor, te eternices.
Responde muy enojado.

D. Bern. No pensaba hacello.—¡Hola!

(Sale Feliciano.*)*

Feliciano. ¿Señor?

D. Bern. Trae recado (1)
de escribir.

Feliciano. Aquí está.

Ricardo. Escribe.

D. Bern. Dejaréle satisfecho,
que un zafiro está en mi pecho,
y en él fe y lealtad vive.

(Va escribiendo lo de las rayas.)

"De que me escribas ansí..."
Hago mal en responder;
el alma empieza a temer.
¿Me vendrá mal desto?

Feliciano. Sí.

D. Bern. "Tan corrido, Infante, estoy..."

---

(1) Faltan un verso y parte de otro para la redondilla.

¿Qué respondo? Mas ¿por qué
ha de enojarse?

FELICIANO. Hoy. (1)

D. BERN. Responderle no es traición;
antes es justo, y ansí,
¿a quién culparán?

FELICIANO. A ti.

D. BERN. ¡Qué triste fin de razón!
¿Soy algún bruto animal?
Corazón, ¿dudas? Detén:
por aconsejarle bien,
¿qué me puede venir?

FELICIANO. Mal.

D. BERN. Que no he de estimar la vida.
Temor de mí no se aparta;
mas responder a una carta
¿qué me ha de costar?

FELICIANO. La vida.

D. BERN. "Si sabes que bien reinó..."
Sudor helado me corre,
mejor será que se borre.
¿Si saldré bien desto?

FELICIANO. No.

D. BERN. "El Rey, bien es que repares
en tenerle amor y fe,

(*Sale el* REY.)

y ansí yo te serviré
en todo cuanto mandares.
Hazlo, Infante, desta suerte,
y a fe que te valga mucho."

REY. (¡Válgame el Cielo! ¿Qué es esto?
Aquí se trata mi muerte.
Que al Infante servirá
en lo que mandare, escribe;
quien bien hace mal recibe
en aqueste mundo ya.
¡Ah, Cabrera! Estos enojos
no los supe merecer.
No lo pudiera creer
si no lo vieran mis ojos.
Por mitigar el castigo,
quiero imitar al juez
que disimula la vez
que delinquir ve a su amigo.
Callar quiero y castigalle
encubriendo la ocasión,
porque le tuve afición,
y no quiero deshonralle.)

(*Vanse, y mientras ha dicho esto cierre el papel* FELICIANO *y désele en la mano a* DON BERNARDO.)

D. BERN. Toma la respuesta, y di
a Carlos que si amistad
hace con su majestad,
un esclavo tendrá en mí.
Y su enemigo seré
si lo es del Rey, que, en efeto,
tendré a su sangre respeto
y odio a su sangre tendré.
Y que cuando yo estuviera
en desgracia de mi Rey,
fuera justísima ley
que a quien hizo deshiciera.
Y no le ofendiera yo
si su gracia me quitara,
porque no me costó cara,
que de balde me la dió.

RICARDO. Tu respuesta comedida
daré, y plega a Dios que vea
en paz los hermanos.

D. BERN. Sea,
aunque me cueste la vida.—
¡Hola!

FELICIANO. ¿Señor?

D. BERN. Tráeme ahora
capa y gorra, Feliciano,
que quiero besar la mano
a la Infanta, mi señora.

(*Vanse, y sale el de* TRASTAMARA *y* RIBAGORZA.)

RIBAGORZA.
Juntar nos manda el Rey en estas salas.
¿Qué misterio tendrá?

TRASTAMARA.
Ver la ruina
de un varón a quien dió felices alas.

(*Sale* DON RAMÓN *y el* SECRETARIO.)

SECRETARIO.
Al Aries llegó el sol, y ya declina;
pasó el flujo del mar, y ya ha menguado.

DON RAMÓN.
¿Sábese cierto?

SECRETARIO.
No; mas se imagina.

(*Salen el* REY *y* DON LOPE *y los que pudieren.*)

REY.
Los dos que [más] me sirven he llamado
porque miren con miedo y con recato
una justa mudanza, un Rey trocado.

(1) Faltan también un verso entero y sílabas de otro.

Con el pincel de amor hice un retrato
perfeto y a mi imagen parecido:
borrarle quiero porque es ingrato.
Y porque tanto amor ha merecido
objeto digno, quiero en vuestra Luna,
don Lope, restaurar el que he perdido.
Mayordomo mayor seréis.

DON LOPE.

([Loca] Fortuna,
no des a don Bernardo este suceso.
Dos almas [no] hay en ambos, sola hay una.)

REY.

Y Almirante de la mar seréis.

DON LOPE.

Beso
tus pies, [¡oh!] gran señor; pero refrena
la cólera que vas mostrando y el exceso. (1)
Menos rigor a don Bernardo ordena.
Advierte las vitorias que te ha dado,
de cuya gloria está la fama llena.
Tu hechura fué, señor; fué tu privado.
Condenas tu eleción, pues le escogiste,
y desdíceste, al fin, de habello honrado.
No digan que deshaces lo que hiciste,
sean eternas las obras de tu mano,
que la grandeza en tu valor consiste.

REY.

Ansí muestro ser Rey y ser cristiano,
ansí enseño a premiar y dar castigo:
no me repliques más, que será en vano.
Obedezca mi ley quien es mi amigo.

DON LOPE.

Perdóname tan grave atrevimiento,
que la ley de amistad a esto me obliga. (2)

REY.

Despacha los negocios, que en ti siento
que el Cielo procedió sin mano escasa,
fortaleza te dió y mucho talento.

DON RAMÓN.

Admírome de ver esto que pasa.

REY.

Vele, don Lope, a ver, y de mi parte
dile que mando que se esté en su casa.

DON LOPE.

El corazón de lástima se parte.

(1) En el texto dice "enojo", en lugar de "el exceso", pero no rima con "beso".

(2) Así en el texto; pero la rima pedia se dijese "que la ley de amistad con esto obligo".

REY.

Que no le quiero ver en mi presencia
dirás también.

DON LOPE.

No quiero replicarte
en pedir que revoques la sentencia.
Sólo a tu majestad pido y suplico
que des a otro criado esa licencia.
Agravio a su amistad (1) si notifico
tal sentencia. Señor, mira primero
si estás bien informado.

REY.

Certifico
que enojo me darás.

DON LOPE.

Darle no quiero.
Lo que mandas haré.

REY.

Desde hoy procuro
que me llamen también el Justiciero.
Ninguno en mi favor viva seguro
si en su mucha virtud no está estribando,
que un monte se estremece y aun un muro.
El que sirviere bien iré premiando;
aquel que me ofendiere no confíe
en el dulce favor del pecho blando.
Uno llora en el mundo, otro se ríe;
uno muere a tiempo que otro nace,
para que humilde el que nació se críe.
Lo mismo que hace Dios el que es rey hace:
unos hombres levanta, otros derriba,
para pena mayor del que deshace.
Y es justo que contemple aquel que priva
el castigo que dan al derribado,
porque con ojos vigilantes viva.

(Vase.)

CONDE.

¡Confuso voy!

TRASTAMARA.

¡Yo, triste!

SECRETARIO.

¡Yo, admirado!

(Vanse, y quedan DON LOPE *y* DON RAMÓN *y* DON TIBURCIO.)

DON RAMÓN.

Viva V. (2) señoría en su privanza.

(1) En el original "majestad".

(2) Así esta abreviatura. Para que conste el verso habrá que leer "Vueseñoría".

DON TIBURCIO.
Alárguese la vida largos años
que le está concedida, pues importa
al reino tanto.

DON LOPE.
Parabién alegre
no me deis ni lisonjeros favores;
consolad la tristeza, mis señores.

(*Sale* DON BERNARDO.)

DON RAMÓN.
Acompañando iré a V. (1) señoría.

DON TIBURCIO.
Lo mismo he de hacer yo.

DON LOPE.
Señores, basta.
Solo me tengo de ir.

DON TIBURCIO.
Es nuestro oficio
ocuparnos ansí en vuestro servicio.

(*Vanse.*)

D. BERN. (Bien quiere el Rey a don Lope,
pues que ansí le lisonjean
los dos que conmigo usaban
estas ceremonias mesmas.—
Huélgome, a fe, de su bien.)
Mi don Lope.

D. LOPE. ¡Quién no oyera (2)
estas palabras, que el pecho
me rasgan con sus ternezas!

D. BERN. ¿Qué tenéis? ¿Tan triste vos
cuando mis ojos se alegran
de veros? ¿Los vuestros lloran
cuando es razón que me vean?

D. LOPE. El Rey...

D. BERN. No [me] digáis más,
que en venir con tal tristeza
y nombrarme al Rey, don Lope.
ningún buen suceso muestra.
Mandará el Rey, mi señor,
que me corten la cabeza,
por desgraciado y sin dicha,
no por delitos que tenga.
Don Lope, ¿podréle ver?

D. LOPE. Agora sólo os ordena
que os estéis en vuestra casa,
y ni le veáis ni él os vea.

D. BERN. Mande, que de mí no huya,
si quiere que casa tenga,
que de un hombre desdichado
se apartan las mismas fieras.
Fortuna, ¿puede ser, es cosa cierta,
que el Rey de su privanza me destierra?
Acompañarme solían
esos que te lisonjean,
sombras de nuestra fortuna
que huyen en las tinieblas:
golondrinas que en verano
cantan, habitan y vuelan
en nuestras casas, y luego
en el invierno se alejan.
Empiezas a florecer
y andan tras ti las abejas,
y a mí, como estoy marchito,
ni me buscan ni me cercan.

(*Sale* LÁZARO *lleno de memoriales, pretina y sombrero, y recibiendo memoriales.*)

LÁZARO. No hay persona más privada
del almirante Cabrera
en esta casa que yo.—
Esos memoriales vengan.—
¡Qué bien sabe este mandar!
Si aquel bellaco me viera
de Robertillo, ¡qué envidia
de don Lázaro tuviera!

CONTADOR. Vuestro esclavo quedaré,
si hacéis que éste se provea,
y vuestra hechura.

LÁZARO. ¿Esto es
ser dichoso? Enhorabuena.
Privado soy de un privado.—
Yo haré que éstos se vean
y se despachen: hacedme
una grande reverencia.
(*Háecensela.*)
Bueno. Adiós.

(*Vanse.*)

CONTADOR. El te prospere.

LÁZARO. Parece que me empapelan
para asarme. ¡Ah, Robertillo,
si entraras por esas puertas!

D. BERN. Trújome el Rey a su casa,
segunda vez de mi celda,
donde estaba retirado
en San Salvador de Urrea.

LÁZARO. ¡Juro a Dios, que es esto malo!
El Almirante se queja;
paréceme, memoriales,

(1) Para que conste el verso habrá que leer "Vueseñoria".
(2) En el original "creera", en lugar de "no oyera".

que ya que el Rey no os provea,
no faltará quien lo haga
con vosotros; ello es fuerza,
que quien nació desdichado,
desdichado viva y muera.

D. BERN. Nunca yo por sus palacios
trocara montes y selvas.
Como juez fué, que engaña
con palabras lisonjeras
al delincuente que goza
la inmunidad de la iglesia.
Como jugador he sido
que al que se levanta ruega
que a jugar vuelva una mano,
y sin dineros le deja.
¿Quién dijera ya en mi casa
que segunda vez me viera
en aquesta Babilonia
de confusiones perpetuas?

D. LOPE. Perdóname, que la voz
en la garganta se hiela,
y no te puedo hablar
vertiendo lágrimas tiernas.
Fortuna, ¿puede ser, es cosa cierta,
que el Rey de su privanza le destierra?

(Vase, y sale el SECRETARIO.)

SECRETAR. El Rey, mi señor, te manda,
don Bernardo, que le vuelvas
de su cámara la llave.
¡Sabe el Cielo si me pesa!

D. BERN. Pues me van ya despojando,
mi ruina está muy cerca.
Vencióme mi desventura,
¿qué mucho que hoy acometan?
(Toma la llave en la mano y mírala.)
¿Mis honras? ¡Ah, cruel fortuna!
Esta es la pluma primera
de las alas que me diste,
volé con plumas ajenas.
Esta es la pluma que abrió
a mi ventura la puerta;
entré con ella a privar,
y con ella me echan fuera.
El Pedro fuí de esta gloria,
y aunque mi lengua no niega
a mi Rey, hará mi llanto
señales en estas piedras.
Y si merecí su llave,
habrá tiempo en que merezca
piedad y lástima; amigo,
en una salva ponelda.
Al Rey, mi señor, decid
que no abrirán con ella
las puertas de la justicia,
y dádsela en hora buena.

SECRETARIO.

Fortuna, ¿puede ser, es cosa cierta,
que el Rey de su privanza le destierra?

(Salen dos CONTADORES.)

CONT. 1.º Su majestad nos envía,
señor, a tomaros cuenta
de lo que está a vuestro cargo,
ansí en la paz como en guerra.

D. BERN. Ya se ha acabado mi oficio,
pues me toman residencia;
cerca está mi sepultura,
si el testamento me ordenan.—
Diez años ha que yo vine
a Palacio de mi aldea,
y entré en él con cien escudos
y una mediana cadena.
Esto, amigos, tomaré.
Lo demás, títulos, rentas,
haciendas, joyas y galas
al Rey, mi señor, se vuelvan.
Suyo es todo, él me lo ha dado,
si alguna cosa me deja,
será limosna, y ansí
cuentas excusáis inciertas.

CONTADOR 1.º

Fortuna, ¿puede ser, es cosa cierta,
que el Roy de su privanza le destierra?

CONTADOR 2.º

¿Qué me estás preguntando,
si el Rey es hombre y éste es desdichado?

(Vanse, y queda LÁZARO.)

LÁZARO. Pelando van a mi amo
de las insignias y prendas
de privado; como sarna
a mi desdicha se pega.
Ya me parece que miro
la quietud de nuestra aldea,
y aquel vivir tan despacio,
o que ya a los dos nos cuelgan.
Fortuna, ¿puede ser, es cosa cierta,
que el Rey de su privanza le destierra?
Mas ¿qué estoy preguntando,
si el Rey es hombre, y yo soy desdichado?

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

[*Sale* Don Bernardo.]

D. Bern. Deja el agua el mar profundo,
y por venas diferentes
echa rayos y echa fuentes,
riega los campos del mundo,
y al primero y al segundo
de los años que camina
torna el agua peregrina
al mar de donde salió,
porque este centro le dió
la mano de Dios divina.
Va, porque en el agua nace;
con los rayos del sol sube,
y en forma de parda nube
sombras en los aires hace;
el mismo sol la deshace
y en agua torna su esfera.
Tras de su edad placentera
muere el hombre y se resuelve,
y a ser ceniza se vuelve,
que es su primera materia.
No de otra suerte mi suerte
en el mundo me ha traído;
nací pobre, rico he sido
por valor y pecho fuerte.
Mas caminando a la muerte
a mi pobreza he tornado,
que el sol que me ha levantado
ya me ha dejado caer,
porque es forzoso volver
cada cosa a su estado.
Tal estoy, que de hambre muero;
si este es mi planeta, corra;
al Rey de Navarra quiero
escribir que me socorra.
Aquí hay papel y tintero.

(*Siéntase a escribir, y salen dos* Contadores.)

Cont. 1.° ¡Qué pobre casa ha elegido!
Cont. 2.° Cosas son del mundo vario.
Cont. 1.° Nadie en ella ha parecido.
No hay yermo más solitario
que la casa de un caído.
¡Cómo están estas paredes!
Pobres, tristes y desnudas.
¡Ah, fortuna! Mucho puedes,
todo lo truecas y mudas.
Fueron humanas mercedes.
Allí está escribiendo un hombre,
pregúntale por Cabrera.
Cont. 2.° ¡Hola, buen hombre, buen hombre!
D. Bern. Si yo tan malo no fuera,
respondiérate a ese nombre.
Cont. 1.° Don Bernardo ¿dónde está?
D. Bern. (Tal es la mudanza mía,
que no me conocen ya
estos hombres, que algún día
me sirvieron.)
Cont. 2.° Razón da
de esto que te preguntamos.
D. Bern. ¿Ansí ponderas mi suerte?
Todos trocados estamos.
Cont. 2.° No es mucho no conocerte
si tan flaco te miramos.
¡Válgame Dios, qué mudanza!
Señor, perdona, y no sientas
tus desdichas.
D. Bern. ¿Hay más cuentas?
¿En qué, señores, me alcanza
el Rey, mi señor?
Cont. 1.° En nada;
antes es nuestra embajada
que docientos mil ducados
que te han hallado sobrados
de tu renta secrestada
digas de qué han resultado.
D. Bern. De mil ducados que a alguno
habré de limosna dado,
y como Dios da por uno
vida eterna y cien doblado,
docientos me sobrarán.
Cont. 1.° Esta respuesta daremos.
D. Bern. Qué apriesa mis cosas van,
llegados a sus extremos.
¡Qué rigurosas que están
mis desdichas!

(*Sale* Don Lope *y* Roberto, *con un escritorillo.*)

D. Lope. Muy culpado
fuera yo en haber tardado
tanto en veros, mi señor,
si no fuera vuestro amor
el no haberos visitado.
¿Cómo estáis?
D. Bern. Solo, inocente,
desdichado, pobre y triste.
Dame guerra el mal presente,
mi paciencia la resiste,
y ansí estoy perpetuamente.
¿Qué dicen allá de mí?
¿Qué sospechan? ¿Qué es la cul-
que contra el Rey cometí? [pa (1)

(1) En el original "causa".

D. LOPE. Ninguna, señor, os culpa.
Vario es el vulgo, y ansí
éste sospecha una cosa,
aquél otra; pero todos
os honran de muchos modos.
Vuestra fama es la dichosa, (1)
no ha caído, y yo confío
que vuestra adversa fortuna
tendrá fin.

D. BERN. Y será el mío.
Sale el hombre de la cuna
como de la fuente el río:
va creciendo y caminando
hasta que en el mar se pierde.
Cuál vez se va dilatando
por un valle ameno y verde,
y cuál se va despeñando.
Ansí es nuestra humana vida,
ya próspera, ya afligida,
ya se rinde, ya está fuerte,
hasta que llega la muerte,
donde sus males olvida,
y ansí tendrán fin mis males.

D. LOPE. Risa pienso ver el llanto
vuestro.

D. BERN. Penas son iguales
a quien del silencio santo
violó los sacros umbrales.
Si en virtud de mi indigencia (2)
el Rey me diera licencia
para volver a mi casa,
fuera mi dicha no escasa
y pródiga mi paciencia.

D. LOPE. Para vivir en su casa
le dará su majestad,
y si en la vuestra se pasa,
amigo, necesidad,
esto os da mi mano escasa.
Aquellos seis mil ducados
que me distes, quién dijera
que habían de ser prestados.
Nunca la fortuna hiciera
balanza en nuestros estados.
Hoy, a quien tantas mudanzas
nos pesa, como cruel,
alcancen mis esperanzas
a ver derecho en el fiel
iguales nuestras balanzas. (3)
Lo que es vuestro os vengo a dar,
paga la podéis llamar,
y yo soy, queriéndoos bien,
el primer hombre de bien
que le pesa de pagar.

D. BERN. Ya, amigo, será locura
que del mundo nos quejemos,
porque dirán, si esto dura,
que entre nosotros tenemos
a medias nuestra ventura.
Con ella el uno ha ganado
para que el otro reciba
su parte; pero el cuidado
sólo se lleva el que priva
y descansa el desdichado.
Tratado es de compañía;
que nuestra dicha parece
sol, que en un Polo es de día
cuando en el otro anochece.
¡Plegue a Dios que en noche obscura
tenga mi ventura, Dios!
Si en no ser acerba y dura
consiste en faltar en vos
la luz de vuestra ventura.

D. LOPE. Bien lo habéis encarecido.

D. BERN. Estoy muy agradecido
en ver en vos tanta fe,
cuando a Lázaro envié
a que vendiese un vestido,
que acaso me había quedado:
¡tal necesidad tenía!

D. LOPE. ¡Mucho me habéis lastimado!

(Sale LÁZARO *con el vestido a cuestas.)*

LÁZARO. Nuevo está, por vida mía.
El vestido es extremado.
¿Quién da más por el vestido?
Tres blancas me dan por él
y cincuenta escudos pido.
La ropilla fué de Abel
y las calzas de Cupido.
(Las calzas sean otacadas.)
Sacarnos podrán de mengua,
y tienen más cuchilladas
que un rufián da con la lengua.
Digo que son extremadas.
¿Quién las compra?, que su dueño
con hambre las vende hoy.

D. LOPE. Calla, necio.

LÁZARO. No pequeño.

D. LOPE. Yo te empeño (1)
mi palabra que estás loco.

(1) Falta un verso a esta quintilla.
(2) En el texto "indeceneia".
(3) En el texto "mudanzas".

(1) A esta quintilla faltan verso y medio.

LÁZARO. Hanme dado por él poco,
y en pregones le he traído
por si pujan.

D. BERN. Ya yo toco (1)
en toda suerte de afrenta
y desdicha.

D. LOPE. Alza, necio,
este escritorio, y ten cuenta
que hay en él joyas de precio.

LÁZARO. A fe que tiene pimienta;
muy bien pesa.

D. LOPE. Ven después;
daráte un vestido a ti
Roberto.

LÁZARO. ¿Quién?

ROBERTO. ¿No me ves?
Yo mismo.

LÁZARO. No es para mí, (2)
si por tu mano ha de ser.
¡Vive Dios! Que me ha de hacer
el ver aqueste bellaco
tan dichoso, que esté flaco
y que deje de beber.

D. LOPE. Amigo, el Rey se va a caza,
y he de prevenirle gente;
dame licencia y abraza
esta alma, que eternamente
será tuya.

D. BERN. Si se enlaza
con mis brazos ese pecho,
que irá sin duda sospecho.

D. LOPE. Adiós.

D. BERN. El vaya contigo,
y no te olvides, amigo,
de aqueste barro deshecho.

(Vase DON LOPE *y* ROBERTO. *Sale un* VILLANO.*)*

VILLANO. ¡Pardiez! que no lo creyera
si no estuviera mirando
esta casa desdichada
en que vive don Bernardo.
Más arreada es la mía,
aunque de pobre villano,
sin paramentos de seda,
sin toldos, sin mayorazgo.
¡Esta es ya lástima grande!
¿Ah, señor, señor?

D. BERN. Hermano,
¿qué mandáis?

VILLANO. ¿No me conoce?
¿No se acuerda que ha dos años
que al Rey le pedí mercedes
por dos hijos que finaron
en la guerra, y una bolsa
me dió para el entretanto?

D. BERN. De haberos visto me acuerdo,
mas no de eso que os he dado.

VILLANO. Olvidan luego los nobles
lo que dan, y no olvidan
lo que reciben; yo, al menos,
en aquesto he sido hidalgo.
A pagaros vengo, a fe,
lo que vos me habéis honrado,
no en dinero, en otra cosa
que os ha de hacer más al caso;
de negocios importantes
vengo a avisaros del campo.
Hablaré, si estamos solos.

D. BERN. Hablad, que solos estamos.

VILLANO. Al Rey quieren dar la muerte.

D. BERN. ¡Válganme los Cielos santos! (1)

VILLANO. Oíd pues; que anoche estaban
tres soldados de don Carlos,
el infante de Aragón,
recostados en un prado,
media legua de mi aldea,
donde estaba descansando.
Ellos, con la noche oscura,
no me vieron, y trataron
de matar al Rey en caza
esta noche, disfrazados,
junto al arroyo del monte,
entre unos lantiscos altos
que están cerca de la fuente.
En hábito de villanos
se han de poner; y después
los tres vestidos compraron
en mi aldea a un labrador,
y ansí he venido a buscaros,
que si dais al Rey la vida,
os volverá a su palacio,
donde os veréis como un tiempo,
favorecido y honrado.

D. BERN. Mereciera tal lealtad
una estatua de alabastro.
Goces en paz largos días
el fruto de tus ganados.
Preso estoy en esta casa,
y, aunque obediente vasallo,
por dar la vida a mi Rey

(1) A ésta falta el segundo verso.
(2) Y a ésta falta otro verso.

(1) Después de este verso, añade en el texto DON BERNARDO: "¿Cómo?", palabra innecesaria.

he de romper su mandado.
Yo, amigo, me voy contigo,
que para esos tres bastamos.
Yo, la verdad y justicia,
y algunos de mis (1) criados
en traje de labradores
será bien que nos pongamos
donde al Rey, mi señor, demos
la vida que deseamos.

VILLANO. Ya el Rey a caza partía
cuando entraba yo.

D. BERN. Pues vamos,
no peligre el rey don Pedro,
que guarde Dios muchos años.

(*Vanse, y sale* DON LOPE *y la* INFANTA.)

D. LOPE. Si se halla la piedad
donde nace la nobleza,
mal puede haber en tu alteza
rigor, enojo y crueldad.
Remedia desdichas tales,
si no por pedirlo yo,
por el tiempo que adoró
esos ojos celestiales.
Si don Bernardo ha caído
por desdicha o desamor,
del cielo de tu favor
al infierno de tu olvido,
ten, serenísima Infanta, (2)
piedad y lástima tierna,
no ha de ser su caída eterna,
como fué la de Luzbel.
Que arrepentimiento cabe
en tu pecho y humildad,
aplaca a su majestad
con medio blando y süave.
Ansi tu hermosura viva
una edad, un siglo entero, (3)
sin que del tiempo ligero
algún agravio reciba.

VIOLANTE. ¿Cómo me ruegas ansí
y ajenas obras disculpas,
habiendo en ti propias culpas
no perdonadas por mí?
¿Ya, don Lope, has olvidado
la subida a mi aposento?

D. LOPE. De tan grave atrevimiento
el amor me ha disculpado.

VIOLANTE. ¿Cómo te disculpa amor?

D. LOPE. Como de él ha procedido
el engaño que he tenido
de tanto precio y valor.

(*Sale* DOROTEA.)

DOROTEA. (Don Lope está con la Infanta,
y aunque ha días que no puedo
hablarle, no pierdo el miedo
y los recelos de amanta. (1)
De amor tratan, no quisiera
que la Infanta le estimase.
Porque adelante no pase
hablaré de esta manera.

(*Vase* DOROTEA.)

El hace que no me ve,
en vano son mis desvelos;
él disimula, y mis celos
van creciendo con mi fe.)
Don Lope, el Príncipe llama.

D. LOPE. Dame, señora, licencia.

DOROTEA. Nunca pruebes la paciencia

(*Dice al pasar* DOROTEA:)

de tu amigo ni tu dama,
que es locura.

VIOLANTE. ¿Qué decías
de paciencia y dama?

DOROTEA. ¿Yo?
Ninguna cosa.

VIOLANTE. Eso no:
algo a don Lope reñías.
Dime, dime lo que pasa.

DOROTEA. Si va a decir la verdad,
él me tiene voluntad,
y ansí, conmigo se casa,
queriendo el Rey, mi señor.

VIOLANTE. (Digo, Amor, que eres injusto.
¡Oh, Amor! ¿De tan mal gusto
me ibas inclinando amor?
Por que ocupase el lugar
que en el casto pecho mío
dejó Cabrera vacío
le he ayudado a levantar.
Hoy, don Lope, mis intentos
es razón que se corrijan,
y que sujeto no elijan
de tan bajos pensamientos.)
En efeto, ¿te ha servido?

DOROTEA. Estimó las prendas mías,
aunque ya han pasado días

---

(1) Diría de "tus" y no "mis", pues DON BERNARDO no podía tener criados, dada su pobreza.

(2) "Infanta" no rima con "Luzbel". Quizá se escribiría: "ten, señora Infanta, dél".

(3) En el texto "eterno", que no rima.

(1) Así en el texto original. Parece ser forma femenina de amante, como hoy se dice para ambos géneros.

que hablarle no he podido.

VIOLANTE. Tu tercera pienso ser.
El vuelve, y te dejo a solas.
(Las mujeres españolas
son amigas de saber.
Aquí tengo de escuchar.)

(Vuelve DON LOPE, *y quédase escondida la* INFANTA.)

D. LOPE. El Príncipe no me llama.

DOROTEA. Quien ha perdido la dama,
¿para qué vuelve a jugar?
Traidor, la Infanta se fué;
bien pienso que a su hermosura
te ha inclinado tu locura,
faltando a mi amor y fe.
¿Cómo te vas descuidando
de no verme a la ventana,
donde la fresca mañana
me suele hallar esperando?
¿Cómo tus dulces papeles
son ya rudos para mí?
Sola soy yo la que fuí;
no amas ya como amar sueles.

D. LOPE. Mucho estimas, Dorotea,
poder reñir tus engaños,
si ahora [ha] trecientos años
eras linda o eras fea.
Si tu gravedad anciana
viste tocas y usa antojos,
¿por qué pusiste los ojos
en mi juventud lozana?
¿Por qué a mi amor engañaste
y ser la Infanta fingiste
los días que me escribiste
y las noches que me hablaste?
Y ya que me has engañado
a traición de esta manera,
¿por qué quieres que te quiera
cuando estoy desengañado?
Las veces que me engañabas
la Infanta moraba en mí;
tú eras su imagen, y ansí
su gloria representabas.
En ti mi amor no paraba,
porque mi fe no quería
el sujeto que tenía,
sino aquel que imaginaba.
Porque de mí te has burlado
te maldicen mis razones,
y te doy más maldiciones
porque me has desengañado.
Nunca ¡oh, falsa! me engañaras
en nombre de nuestro dueño,
o ya que me vi en tal sueño
nunca de él me despertaras.
Que ansí estaba mi fortuna
dichosa, y a tiempo vengo,
que aquel mismo amor me tengo
sin esperanza ninguna.
Por desengañarte ansí
de que no estaba engañado,
entré una noche turbado
y en su cámara me vi.
Yo cometí tal error
por tu causa, si escarmientas,
trueca en ayunos y cuentas
esos efetos de amor.

DOROTEA. Escucha, espera.

D. LOPE. Un trabuco
quisiera esperar primero.

DOROTEA. Has andado muy grosero.

D. LOPE. Y tu seso muy caduco.

(Vase.)

DOROTEA. Que en desprecio y desdén para
el amor que en este vi.

(Sale VIOLANTE.)

VIOLANTE. Si fué la fiesta por mí,
pocas gracias a tu cara.
De manera que en mi nombre
has amado, amor discreto,
a no haber sido secreto,
recatado y sabio el hombre.
¡Qué bueno andaba mi honor!
¿Hete dado yo poder
para en mi nombre querer
a ninguno? ¿Es pleito Amor?

DOROTEA. Pleito ha sido para mí,
y con debida paciencia
esperaré la sentencia,
pues ya condenada fuí.

VIOLANTE. Caballero a quien yo he dado
los brazos y me ha querido
creyendo que suya he sido,
nació bien afortunado.
Señales son que desea
Amor casalle conmigo;
sólo te doy en castigo
que le digas que me vea
después, y a su voluntad,
con el semblante propicio.

DOROTEA. En eso me das oficio
no de mucha autoridad.

(*Vanse, y salen tres* SOLDADOS.)

SOLDADO 1.°

Cuando sale a cazar el rey don Pedro
a aqueste monte, casi viene solo,
y de noche se va, y ansí podemos,
con ánimo seguro y atrevido,
tirarle alguna lanza o dardo,
que el conocer la tierra, estos vestidos
y el ser la noche obscura, facilita
el poder escapar nuestras personas.

SOLDADO 2.°

Heroica cosa será, y agradecida
del Infante, alzarse con el reino,
y en premio nos dará títulos grandes.

SOLDADO 1.°

El puesto que tenemos eligido
entre aquesos lentiscos de ese arroyo,
me parece que está más a propósito,
porque descansa el Rey algunas veces
a las márgenes verdes de las fuentes
que cerca de ellos nacen.

SOLDADO 3.°

Yo no siento
en aquesta ocasión salud ni fuerza
para poder huír, o lo dejemos
para otro día, o lo podéis vosotros
emprender.

SOLDADO 1.°

Una vez determinados,
no perdamos la ocasión, si es buena.

SOLDADO 3.°

Que yo podré esperar en esa aldea.
El suceso seguid de vuestra empresa.

SOLDADO 2.°

El secreto, Fabricio, encomendamos.

SOLDADO 3.°

Agravio es ese de mi noble pecho.
(Del intento que tuve me arrepiento. (*Aparte.*)
Al Rey avisaré, por que se guarde
del temerario caso que se emprende.)

(*Vase.*)

SOLDADO 2.°

En efeto, los dos intentaremos
esta muerte del Rey.

SOLDADO 1.°

Ahora temo
el no querer Fabricio hallarse en ella.

SOLDADO 2.°

No sea cosa [de] que avise al Rey.
Por sí o por no, esta vez no se ejecute
la atrevida intención de nuestros ánimos.

SOLDADO 1.°

Bien dices.

(*Sale* DON BERNARDO *y el* VILLANO *y* LÁZARO, *vestidos de labradores.*)

VILLANO.

Hoy, famoso don Bernardo,
al Rey darás la vida, y bueno fuera
que trajeras más gente.

DON BERNARDO.

Vengo armado
debajo del sayal.

LÁZARO.

Y yo aforrado
con dos azumbres, que de pelo fuerte
sirven contra la sed, que ésa es mi muerte.

VILLANO.

Esos que hablando están no son villanos,
y sospecho que son los dos traidores
que el puesto reconocen.

DON BERNARDO.

Los lentiscos
del arroyuelo ¿cuáles son?

VILLANO.

Aquéllos,
y allí se han de poner junto a la fuente
donde descansa el Rey algunas veces.

DON BERNARDO.

[Un] poco más arriba he de esconderme,
que el Rey está cazando y anochece.
A tus canas y edad no se permite
ponerse en el peligro. Adiós te queda.

LÁZARO.

[Di,] señor, ¿no es mejor que al Rey se avise
y que él se guarde?

DON BERNARDO.

No,
que ansí no puedo
obligarle tan bien como con esto, (1)
y ansí conoceré si está en peligro,
y a faltar el remedio, avisaremos.

(1) En el texto original "aquesto"; pero el verso es largo.

VILLANO.

Suceda todo bien.

(Vase.)

DON BERNARDO.

Quiéralo el Cielo.

SOLDADO 1.º

De Fabricio, en efeto, me recelo.

SOLDADO 2.º

Volvámonos ahora, que otro día
mejor conoceremos nuestra empresa.

SOLDADO 1.º

Buenos hombres, ¿el Rey está ya cerca?

LÁZARO.

Cazando está en la falda de este monte.

(Vanse los dos SOLDADOS.*)*

DON BERNARDO.

Sin duda que éstos son. Deme Fortuna
la mano esta vez. Lázaro, entremos
en los lentiscos.

LÁZARO.

Caminar no puedo,
y a fe que es gran señal.

DON BERNARDO.

¿De qué?

LÁZARO.

De miedo.

(Vanse, y sale el REY *y* RIBAGORZA, *y ellos quédense entre los ramos.)*

RIBAGORZA.

Honradamente derribaste al gamo.

REY.

A hurto le tiré.

RIBAGORZA.

Es sabroso tiro.
¿Piensa tu majestad pasar la noche
en la casa del monte?

REY.

Sí quisiera:
lleguemos a la fuente que aprisiona
con lazos de cristal esos lentiscos,
a pesar de los tiempos, siempre verdes,
y allí esperar podremos los monteros.

(Sale un MONTERO *con una carta.)*

MONTERO.

A toda diligencia llegó un hombre
de Navarra con ésta.

REY.

El rey me escribe:
"En vuestro reino está quien daros quiere,
primo, la muerte. No salgáis a caza.
El Rey."

RIBAGORZA.

Breves razones.

REY.

Y espantosas.

(Sale el SOLDADO 3.º*)*

SOLD. 3.º ¡Rey don Pedro! ¡Rey don Pedro!
que guarde Dios muchos días: (1)
el que llaman del Puñal,
rey de Valencia y Sicilia.
No duermen tus enemigos
cuando estás en montería.
Si a la fuente llegas solo
en peligro está tu vida;
entre esos verdes lentiscos
están dos que solicitan,
para el infante don Carlos,
ser traidores y homicidas,
en hábito de villanos,
que el traje al ánimo imita.

REY. [¿Quién eres], ángel o hombre?,
¿quién eres tú que me avisas?

SOLD. 3.º Rey, en aquesta ocasión
me importa que no lo diga.
Toma esta banda, y después
lo sabrás cuando lo pida.

REY. Haréte entonces mercedes.

(Vase el SOLDADO *y salen los* MONTEROS.*)*

RIBAGOR. Señor, por tu causa mira,
que algún enemigo tienes
que sirve a Carlos de espía.
Los monteros han llegado,
manda que todos embistan
contra los dos que te aguardan.

REY. Los que matarme querían
están entre esos lentiscos:
buscaldos luego, aunque el día
se ausenta de todo punto.

TODOS. ¡Mueran!

RIBAGOR. Tú has tenido dicha.

(Acometen, y salen DON BERNARDO *y* LÁZARO.*)*

D. BERN. Voces oigo y dicen ¡Muera!
Estos son y el Rey peligra.

(1) En el texto "años", que no rima.

Los Cielos le favorezcan.
TODOS. ¡Mueran!
D. BERN. Esta alevosía
ha de ser en vuestro daño.
No morirán si no quitan
del pecho el alma a Cabrera.
RIBAGOR. ¡Dios me valga! ¿A quién no ad- [mira
gran señor, este suceso?
¿No es aquella la voz misma
de don Bernardo?
REY. ¿Es Cabrera?
D. BERN. Sí soy.
REY. ¡Quitalde la vida!
¡Muera el traidor que desea
mi muerte!
LÁZARO. (Nueva desdicha
pienso que ha de ser aquésta.)
REY. ¡Prendelde o muera!
D. BERN. Rendida
tienes, gran señor, mi espada;
pero advierte que quería...
REY. Calla, loco, ¿osas hablar?
No le prendáis; si porfía
a resistirse, mataldc.
D. BERN. ¿Quién hay que a su rey resista?
MONTERO. Con el villano vestido
armas encubre.
REY. Venía
prevenido el temerario.
D. BERN. Por tu bien.
REY. Calla, no digas
en mi presencia palabra.
Tu propia casa tenías
por cárcel, y esto merece
quien la pública te quita.—
Preso le llevad.
D. BERN. Señor...
REY. ¿Es posible que replicas?
D. BERN. Denme los Cielos paciencia
en tan confusas desdichas.

(*Llévanle.*)

REY. ¡Quién creyera tal suceso!
De suerte me maravilla,
que la amistad de Cabrera
se me ha convertido en ira.
Cuando aquéste me matara
mi muerte era merecida,
pues que yo no se la di
cuando a mi hermano escribía.
Esto lo escribió el traidor,
los dos mi muerte querían,
vencióme amor y callé:
ya da voces la justicia,
y si el rey no castigara
al poderoso, al delincuente anima.
Desde hoy dirán crueles tres Pedros
que en España somos reyes. (1)

(*Vanse.*)

LÁZARO. Ya se han ido, a lo que entiendo,
pues que Lázaro respira.
No revuelve los humores
la purga de una botica
tan apriesa como un miedo.
En batalla andan mis tripas.
¡Plegue a Dios no esté cazado
como pájaro en la liga!
Yo me escapé lindamente,
pero escondíme en ortigas,
y ansí me han diciplinado
cara y manos. ¿Qué desdichas
quedan ya que sucedernos?
Mil estrellas enemigas
tiene Cabrera; sin duda
que son las siete Cabrillas.
¡Bien ha librado mi amo!
A librar al Rey venía,
y el Rey piensa que a matalle.
Paréceme que repican.
Guardar quiero mi pellejo,
no me lo pesquen y hinchan
de paja como a lagarto:
más vale ser cuba viva.

(*Vase, y salen* DON LOPE *y* DOROTEA.)

DOROTEA. La Infanta quiere hablarte
esta noche, y me mandó
que te avisase.
D. LOPE. Pues yo
crédito no quiero darte.
Bástame ya, Dorotea,
lo de las noches pasadas:
tras de burlas tan pesadas,
¿quién ha de haber que te crea?
¡La Infanta de noche a mí!
Bien sé que no puede ser.
DOROTEA. Mira que te quiere ver.
D. LOPE. ¿Díceslo de veras?
DOROTEA. Sí.
Considera que has vencido

(1) Este lugar está manifiestamente viciado; pero no es de fácil arreglo.

el mucho amor de mi pecho,
pues que con celos deshecho
visita ajena te pido.

D. LOPE. Harás que te estime y quiera,
que en el arpa del Amor
a veces tienen valor
igual la prima y tercera.
Y ansí por hijo me ganas,
pues pareciera muy mal
que yo, sin ser Anibal,
entre en batalla de *canas*.
Que haré lo que mandas digo,
pues obedecella es ley.

DOROTEA. (Yo me vengaré, y al Rey,
por que me case contigo,
le diré que eres mi amante,
pues me has llamado tercera.
Yo te ganaré a primera,
y a fe que ha de ser pasante.)

D. LOPE. Dame ocasión tu copete,
si ansí, mi bien, te desvelas.—
¿Hola?

(*Sale* ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Señor?

D. LOPE. Poned velas
encima de aquel bufete.

(*Sáquelas, y sale* LEONOR.)

LEONOR. Don Lope ilustre y gallardo,
que hoy eres, a tu pesar,
Almirante de la mar,
porque lo fué don Bernardo,
movida a lástima estoy
de ver cómo el Rey le impuna, (1)
de cuya adversa fortuna
sospecho que parte soy.
El Rey me casó con él,
y después, arrepentido,
de modo le ha perseguido
que le llaman el Cruel.
Yo en aquella ocasión
que le tuve, persevero,
fué señor, es ya escudero,
y una es siempre mi afición.
Dile que si ha menester
mi hacienda, que me la pida,
que le ofrezco honor y vida.

D. LOPE. Eres varonil mujer.

(1) En el original "inclina".

(*Sale el* REY, *vestido de caza, con una carta en las manos, y el* SECRETARIO *y* RIBAGORZA *y* TRASTAMARA *y* DON RAMÓN.)

REY. Don Lope, un emperador,
cuando colérico estaba,
a un espejo se miraba
para templar su rigor.
Yo, que sin pasión alguna
con justa razón me aíro,
si a un espejo no me miro,
quiero mirarme en tu luna.
El monte y la caza dejo,
la causa saberla puedes;
pero el hacerte mercedes
hoy me servirá de espejo.
De Alejandro se decía
que al tiempo que sentenciaba
a aquel que culpado estaba,
a otro mercedes hacía.
Seguir quiero el orden suyo
en favor de tu fortuna;
Conde te hago de Luna,
tu solar te restituyo.

D. LOPE. Besaré tus reales pies
por esta merced; mas temo
gran señor, que el otro extremo
también en mi daño es.
Làs mercedes que me haces
grandes son; mas viene junto
mi mal, porque al mismo punto
a don Bernardo deshaces.

REY. Tu enemigo fué, y calló
el autor de tus hazañas.

D. LOPE. Señor, si te desengañas,
sabrás que lo quise yo;
no le llames mi enemigo.

REY. Eslo mío, y con razón,
pues de su misma traición
yo mismo he sido testigo.—
¿Ah, don Urgel?

SECRETAR. ¿Señor?

REY. Hoy
notificas a Cabrera
sus cargos, y luego muera:
solas dos horas le doy.
Determino que no es bien,
viendo yo mismo sus culpas,
ver descargos ni disculpas.
(*Dale el papel.*)

D. LOPE. Señor, el brazo detén
de tu rigor, considera
que estos contrarios extremos

son mi muerte, pues tenemos
sola un alma yo y Cabrera.
Trocárnoslas, señor, puedes,
pues uno somos; advierte
que puedes darme su muerte
y a él hacer mil mercedes.

REY. (Haráse culpado.) Calla,
tal no pidas.

LEONOR. Rey famoso,
ansí vencedor dichoso
salgas de cualquier batalla,
que adviertas que me otorgaste
casarme con él, y puedo,
pues que casi viuda quedo,
suplicarte ya que baste
tu rigor.

REY. Leonor, marido
tendrás de tal condición,
que dé reyes a Aragón;
bien sabes si te he querido.
Daros un ejemplo quiero,
aunque me llamen por él
mis enemigos cruel,
mis amigos justiciero.—
Haz eso que te he mandado.

LEONOR. ¡Gran señor!

D. LOPE. ¡Señor, no muera!

LEONOR. ¡Ah, desdichado Cabrera!

(Vase.)

D. LOPE. Di don Lope desdichado.—
Muera yo, que es más razón,
aunque ya mis ojos dan
tantas lágrimas, que están
distilando el corazón.
Yo di la muerte a Leonido,
démela tu majestad.

REY. (La fuerza de la amistad *(Aparte.)*
a decillo le ha movido.)

SECRETAR. Ya su vivir es violento,
y él mismo creo que viene
a su muerte, como tiene
por cárcel este aposento.

(Sale DON BERNARDO *con una cadena al pie.)*

D. BERN. El que la prisión süave
de las religiones deja,
necio está cuando se queja
de cadena y cárcel grave.

SECRETAR. ¡Ah, mi señor don Bernardo!

D. BERN. ¿Quién me llama?

SECRETAR. Don Urgel.

D. BERN. Allí el Rey, vos con papel,
¡qué malas nuevas aguardo!

SECRETAR. Yo, señor, en años largos
dichoso os quisiera ver.

D. BERN. Presto venís a leer
mi sentencia.

SECRETAR. Estos son cargos.

CARGOS.

Primeramente resulta estar culpado don Bernardo de Cabrera en no haber agradecido a su majestad el haberle hecho Conde de Vas, Almirante de la mar, con los demás titulos, ni el tenerle escogido para esposo de la serenísima Infanta, hermana suya. Item, se le hace cargo de la muerte de Leonido, músico de la cámara. Item, el no haber manifestado las hazañas de don Lope de Luna para que su majestad las premiase. Item, su gravísima culpa en haberse carteado con el príncipe don Carlos ofreciéndole haría lo que mandase, y el haber salido de la prisión en que estaba a dar muerte al Rey, como de hecho lo hiciera si su majestad no estuviera avisado. Notifícasele que se le darán dos horas de término para vivir y confesar.

D. BERN. Juro al Rey más verdadero
que muero sin culpa. Rey,
mira que sin culpa muero.
Ingrato jamás he sido.
Rey, ni a don Lope encubrí
hazañas, su amigo fuí,
ni di la muerte a Leonido.

(Vase el REY.)

Matarle fuera locura;
pero muerto le hallé,
y a la iglesia le llevé
para darle sepultura.
Al Infante sí escribí
pero escribí de manera,

(Vase el CONDE DE RIBAGORZA.)

que cuando mi Rey lo viera
no se quejara de mí.
De mi casa, estando preso,
salí porque me decían
que darte muerte querían,
y la quebranté por eso.
Conocida es mi lealtad,
y así a este proceso largo,

sólo esto doy por descargo:
ampare Dios mi verdad.

(Vanse todos, y haya un retrato del REY *sobre un bufete, y tómelo en la mano, y diga lo siguiente:)*

Solo y triste me han dejado;
mal me podré disculpar,
que nadie quiere escuchar
las quejas de un desdichado.
Pero vos a tanto mal
estaréis atento un rato;
quejarme quiero al retrato,
pues huyó el original.
Señor, mi causa no oída,
no me deis la muerte vos,
y pareceréis a Dios,
que es el dador de la vida.
Acordaos de la batalla
en que a Génova vencí;
mas ya me decís que sí,
porque otorga aquel que calla.
Pues sois luz, Rey español,
ved mi inocencia con ella:
pero el rey es luz de estrella,
sólo Dios es luz del sol.
Si poca luz podéis dar
en esta verdad obscura,
siendo sombra la pintura,
¿cómo la podrá alumbrar?
¡Plegue al Cielo que tan alta
tengáis la dicha real,
que este vasallo leal
nunca llegue a haceros falta!
No deshagáis los privados,
porque hay culpas aparentes,
enemistad en las gentes
y desdicha en los privados.
Mirad si soy desdichado,
pues con el mal que hoy recibo,
para el cargo os hallo vivo,
para el descargo, pintado.
Cerca está el fin, aunque ausente
de mis infelices casos,
porque las honras son pasos
que damos para la muerte.
Y siendo ansí, en mi jornada
pocos hay que darse puedan,
pues solos dos pasos quedan
para entrar en la posada.
¡Yo, señor, vuestro homicida!
¡Yo traidor! ¿Cómo no veis
que sólo porque queréis
huelgo de daros mi vida?
Y si ya dueño no soy
de esta vida que quitáis,
las dos horas que me dais
para vivir, os las doy.
Corten luego mi cabeza,
ponedlas a vuestros días,
que en eternas monarquías
vivirá vuestra grandeza.

(Sale DON LOPE, *de negro.)*

D. LOPE. ¡Oh, amigo!

D. BERN. ¡Luz y alma buena
de este cuerpo y de esa Luna!
¿Quién duda que andas en pena
y que mi adversa fortuna
a ese eclipse te condena?
Ya, amigo, ha llegado el día
en que la desdicha mía
tiene fin, y porque sientas (1)
como propias mis afrentas,
que muero inocente, fía.
Hoy usa el rey de Aragón
de leonero la invención,
que delante el león que ata
castiga un perro y le mata
para que tema el león.
Tú eres, don Lope de Luna,
león; yo, en miserias bajas,
perro soy sin duda alguna,
pues vivo de las migajas
de tu próspera fortuna.
En la lealtad perro fuí;
siempre amé, siempre seguí
a mi dueño, y de esta suerte
me matan, porque mi muerte
te sirva de ejemplo a ti.
Teme, amigo, la grandeza,
que son las honras violentas,
y en los hados no hay firmeza;
dichoso tú que escarmientas
en una ajena cabeza.
Sueño es la vida pasada;
la fortuna imaginada;
la presente no es segura,
y ansí el morir es ventura,
porque la vida no es nada.
Sombra fué desvanecida
mi ventura, y fué una flor
marchita un tiempo, y, cogida,

(1) En el original "juntas", en lugar de "sientas".

fué un relámpago, un vapor,
y aquesto mismo es la vida.
Mi padre y mi hijo, entiendo
que vienen ya, descuidados
del mal que estoy padeciendo.
Tenlos por encomendados,
y a Dios el alma encomiendo.

D. LOPE. ¡Oh, amigo! (*Abrázanse.*)

D. BERN. No digas más,
harto has dicho.

D. LOPE. ¿Que a la muerte
vas?

D. BERN. Que sin mí estarás.

D. LOPE. ¿Que más no tengo de verte?

D. BERN. Que te dejo.

(*Vase* DON BERNARDO.)

D. LOPE. ¿Que te vas?
Mis lágrimas al encuentro
saldrán de tanta pasión,
y si de sangre no son,
no salgan, quédense dentro.
Vida, si en esto que veis
el sentimiento no os mata,
diré que sois vida ingrata,
villana vida seréis.
Vos, corazón, si deshecho
no estáis, muriendo Cabrera,
diré que sois una fiera
y os sacaré de mi pecho.
Alma, si con mucha fe
no sentís aqueste mal,
no os llamaré racional,
alma de bruto os diré.
Ojos, que mirando estáis
penas que ablandan los riscos,
ojos sois de basiliscos,
pues llorando no cegáis.
Aliento, yo sé deciros
que os llamaré de león,
si en cada respiración
no dais perpetuos suspiros.
Y vos, seso, mucho o poco,
si en esta ocasión no os pierdo,
no podré llamaros cuerdo,
que es locura el no estar loco.
Sentid, pues, que vuestro oficio
ya es perpetua confusión,
alma, vida y corazón,
ojos, aliento y juicio.
Ya viene llorando el alba
esta muerte de Cabrera;
ya el sol, que el alba espera,
con rayos hace la salva.
Yo di la muerte a Leonido;
yo merezco, gran señor,
aquesta muerte mejor;
justicia de mí te pido.

(*Vase, y sale el* VILLANO.)

VILLANO. Los rayos del sol venidos (1)
dejan sus sueños süaves,
cumbres, peces, sierras, aves,
casas, cuevas, hojas, nidos.
Con las lágrimas doradas
del alba, en hierbas distintas,
ya parecen verdes cintas
del blanco aljófar bordadas.
Del sol, que a vivir ayuda,
los rayos se nos ofrecen,
que entre las nubes parecen
madejas de seda cruda.
Bien he hecho en madrugar,
por saber de qué manera
don Bernardo de Cabrera
su dueño pudo librar.

(*Sale* DON SANCHO, *padre de* DON BERNARDO, *y* GARCÍA.)

SANCHO. Esta que miras, García,
es Zaragoza la bella;
don Bernardo vive en ella,
padre tuyo y alma mía.
Días ha que me escribió
que te trujese a gozar
de la merced singular
que siempre en el Rey halló.
Yo hasta ahora no he querido,
con mi edad y tu niñez,
ver la corte, que una vez
su confusión he huído.
Pero ya que eres mayor
y a nuestro Rey servir puedes,
bien es que a tantas mercedes
te ofrezcas lleno de amor.

GARCÍA. Dígame, señor abuelo,
¿cómo ha días que no escribe
mi padre ni nos recibe
nadie en su nombre?

SANCHO. Recelo
que debe de sospechar
que caminamos a espacio.

(1) En el original "dorados" en lugar de "venidos".

GARCÍA. Vaya Ricardo a palacio.
SANCHO. Por fuerza habré de avisar.
GARCÍA. Voces oigo.
SANCHO. Y mucha gente
entre tantas voces llora.
¿Qué es esto?
VILLANO. Sabráse ahora,
que vienen hacia la puente.

(*Sale el* TAMBOR *tocando, y una cabeza en la mano, la cual traerá un* VERDUGO, *y en la otra mano un palo.*)

TAMBOR. Este pago da la ley
a la soberbia cabeza
que, por verse en mucha alteza,
quiso matar a su Rey;
ponerla de esta manera
manda el Rey, nuestro señor.
SANCHO. ¿Quién ha sido este traidor?
TAMBOR. Don Bernardo de Cabrera.
SANCHO. ¿Quién dices?
TAMBOR. El Almirante
que fué de la mar.
SANCHO. ¿Qué vida
le queda a un alma afligida
en desdicha semejante?
¡Ay, infelice de mí!
(*Desmáyase en los brazos del* VILLANO.)
VILLANO. El viejo se ha desmayado.
GARCÍA. ¡Padre, padre desdichado!
¿cómo os vengo a ver así?
Nunca pude (1) presumir,
oyendo vuestra grandeza,
que sola vuestra cabeza
nos saliera a recibir.
El mundo famoso os llama
y el cuerpo os ha dividido,
para que estéis ofendido
tanto como vuestra fama.
Con sangre dicen que vió
de enemigo suyo un ciego,
dichoso seré si ciego
con la de mi padre yo.
Dejad que llegue a mis ojos
la sangre que el ser me ha dado,
pues [que] yo no la he llorado
en tan funestos despojos.
SANCHO. ¿Por qué fáciles desmayos,
fuerte corazón, os vienen?
Pero las desdichas tienen
la calidad de los rayos.
En el corazón más fuerte
hace mayor impresión;
ánimo, pues, corazón,
que hay mayor mal que la muerte.
Dadme ese cuello no enjuto,
pues soy tronco desdichado
de ese ramo desgajado
con el peso de su fruto.
Ese tronco es mi regalo;
tronco soy, viejo y deshecho,
clavádmele en este pecho,
yo estaré en lugar de palo.
Cabeza, llegad a mí,
que en mi sangre estáis teñida,
y quizá os daré la vida,
como otra vez os la di.
Hijo, viendo tu grandeza,
temí te habías de ver
donde pudieses caer
y quebrarte la cabeza.
Mi consejo principal
fué que no apetecieses
estado que si cayeses
no te hicieses mucho mal.
No le tomaste, subiste,
tu ventura se cansó,
y ansí he venido a ser yo
el centro donde volviste.
Viéndote apriesa ensalzar,
dijo un amigo que tuve:
"¿Veis la priesa con que sube?
pues con más ha de bajar."
Porque la privanza es coso,
toro la envidia, el privado
le corre, y le ha derribado
muchas veces, que es furioso.
¡Cuánto mejor te estuviera
contentarte con tu estado!
Caballero eras honrado;
sangre te di de Cabrera;
pretendiste tu locura,
que fué subir y caer,
y ya voy a pretender
que el Rey te dé sepultura.

(*Vanse* DON SANCHO *y* GARCÍA.)

VILLANO. Su padre y su hijo son.
¡Qué espectáculo tan triste!
Ninguna culpa tuviste,
corona y pies de Aragón.
Voces al Rey pienso dar.

(1) En el texto "padre" y no "pude".

Pues llora toda la gente. (1)
¡ojos, bien podéis llorar!

(*Vanse todos. Sale el* REY, TRASTAMARA *y la* INFANTA *y* DOÑA LEONOR *y* RIBAGORZA.)

RIBAGOR. Prometo a tu majestad,
que dicen tantas lástimas (2)
los huérfanos en las calles
y las viudas en sus casas,
en hospital los enfermos
y los pobres en las plazas,
que a las entrañas más duras
mueven a piedad y ablandan.
Mucho, señor, se ha sentido
de don Bernardo la falta,
mucho su muerte se llora,
mucho tu justicia espanta.

REY. Yo mismo su muerte lloro.
Quísele como a mi alma;
fué el más famoso soldado
que vieron Grecia y Italia.
Del gran Trajano se dice
que tiernamente lloraba
cuando a alguno daba muerte,
¿qué mucho si esto me pasa?
Pero fué justicia hacerlo.

LEONOR. Y si cruel te llamaban,
ya ¿qué dirán?

REY. Justiciero.

(*Sale el* SECRETARIO *con una carta.*)

SECRETAR. El Gobernador de Jaca
tiene preso al Secretario
del Infante, que a Navarra
iba de aquí disfrazado,
y le han quitado esta carta.

REY. ¿Si es la que le vi escribir
a don Bernardo? Ella es, basta
que no ha llegado a sus manos;
de su letra está firmada.
(*Léela.*)

"De que me escribas así
tan corrido estoy, que helada
está mi lengua de ver
que mi gran lealtad infamas.
Si sabes que bien reinó
el Rey, mi señor, y es causa
tan piadosa el perdonar,
volver procura a su gracia,
y entonces te serviré
con la vida y con la espada.
Hazlo, Infante, de esta suerte,
y a fe que mucho te valga.
Don Bernardo de Cabrera."

Estas fueron las palabras
que le oí. ¡Válgame Dios,
cuántos engaños se hallan
en el hombre!

(*Sale el* SOLDADO *tercero.*)

SOLD. 3.° Rey famoso,
a pedir vengo una banda
que anoche te di en el monte.

REY. ¿Eres tú el que me avisabas
que darme muerte querían?

SOLD. 3.° Sí, señor.

REY. ¿Quién procuraba,
amigo, darme la muerte?

SOLD. 3.° Dos soldados que enviaba
tu hermano.

REY. ¿No fué Cabrera?

SOLD. 3.° No, señor.

REY. ¡Qué gran desgracia!

SOLD. 3.° Yo confieso que a lo mismo
vine también de Navarra,
diciéndoles que a lo propio
por avisar a tu sacra
majestad.

REY. ¡Válgame el Cielo!
¡Qué desdichas tan extrañas!

VIOLANTE. Pues ¿cómo pudo Cabrera,
en el disfraz y las armas,
hallarse allí en aquel punto,

RIBAGOR. ¡Qué confusión!

TRASTAM. ¡Qué mudanza!

(*Sale* DON SANCHO *y* GARCÍA *y el* VILLANO.)

SANCHO. Invicto Rey de Aragón,
a tus pies tienes postrada
del desdichado Almirante
la sucesión y la casa.
Padre y hijo somos suyos,
entre nosotros se halla
la vida que le quitaste;
ya murió, su honor ampara.
Un testigo te traemos
de su amor.—Amigo, habla;
di lo que anoche pasó.

VILLANO. Darte la muerte trazaban
en el prado del arroyo,
dos noches ha, tres que estaban

(1) Falta un verso antes de éste para la redondilla.
(2) Verso incompleto.

descuidados de que yo
los oía, y como amaba
a don Bernardo, avisélo,
por que volviese a tu gracia.
Tres vestidos de villanos
le compraron a Menalca,
un labrador de mi aldea,
y en efeto concertaban
que junto a la clara fuente,
cuando el Rey saliese a caza,
le matarían. Cabrera,
con mi sayo y con mis armas
se metió entre los lentiscos.

SOLD. 3.º Buenas señas da. Así pasa.

REY. ¡Mal haya el rey que a las culpas
crédito da sin mirarlas
con atención y cuidado
extraordinario! ¡Mal haya
el que deshace su hechura
fácilmente, pues se engañan
los ojos del rey a veces,
y hay informaciones falsas!
Miren los reyes primero
a quién favorecen y aman,
y después tengan firmeza,
sus hechuras no deshagan
sin mucha causa. ¡Ay de mí!
Llamen cruel a quien mata
sus amigos de este modo.
¡Oh, tragedia desdichada!

(*Saquen dos* SOLDADOS *a* LÁZARO *atado.*)

SOLDADO. Este es aquel que huyó
cuando con Cabrera estaba
anoche, y preso le traen
los Monteros de tu casa.

REY. Suéltale de esas prisiones
y las manos desenlaza,
que sirvieron aquel ángel
que lo ha sido de mi guarda.—
Lleguen, don Sancho y García,
¿cómo, cómo no me abrazan?
Pero bien hacéis, huíd
de persona tan ingrata.

LÁZARO. Gran señor, ¿podréme ir?

REY. No, que quiero que en mi casa
viváis con honrado oficio.

LÁZARO. ¡Ea! Es risa.

REY. Bien te espantas
de ver piadoso a un cruel.—
Don Sancho, mis reinos manda;
los oficios de tu hijo
te doy, hónrenme tus canas.
Con grande pompa se entierre
mi don Bernardo. Sean hachas
y lámparas las estrellas;
túmulo el cielo, y basas
los montes, luto la noche,
llanto el mar con toda el agua.
A García sus estados
restituyo, y a la Fama
la honra del mejor hombre
que celebró con sus alas.

(*Sale* DON LOPE *con un capuz de luto.*)

D. LOPE. Gran señor, dame la muerte,
que en mí las culpas se hallan
que en don Bernardo, mi amigo.
Yo di muerte, aunque con causa,
a Leonido; desmintióme,
testigo de esto es la Infanta;
yo también, como atrevido,
subí una noche a su cuadra;
ella diga si merezco
esta muerte. Ya me cansa
la vida, muerto mi amigo.

REY. Tienes nobles las entrañas,
y si a Cabrera pensé
dar por esposo a mi hermana,
a quien es otro Cabrera
se la he de dar.—Bella Infanta,
con don Lope desposada,
te doy en dote y arras
a Segorbe.

VIOLANTE. Haré tu gusto.

D. LOPE. Que viva dos veces mandas.

REY. Yo con Leonor me desposo.
La casa de Trastamara
reyes dará de Aragón.

LEONOR. Con tanta merced honrada...

TRASTAM. Viva un siglo tu persona.

DOROTEA. Ansí se qúedan burladas
las que quieren ser Raquelas
cuando son Lías y Sarras.

REY. Ya la inocente tragedia
aquí, senado, se acaba,
y ansí Lisardo suplica
perdonéis sus muchas faltas.

FIN

COMEDIA FAMOSA

DEL AMANTE AGRADECIDO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON JUAN, *caballero.*	LEONARDA.	CARPIO, *escudero.*
GUZMANILLO, *criado.*	CLARIDANO, *viejo.*	LISEO
DORISTEO.	TEODORA, *mesonera.*	GERARDO } *caballeros.*
CLENARDO.	*Un* ALGUACIL.	LEONARDO
RISELO.	FABRICIO, *criado.*	MÚSICOS.
DON LUIS.	BELISA, *vieja.*	ENRIQUE, *pajecillo.*
LUCINDA, *dama.*	JULIA, *su hija.*	GENTE *que trata de flota.* (1)

ACTO PRIMERO

(Salen DON JUAN, *y* GUZMANILLO, *lacayo, de camino.)*

JUAN. ¡Bella ciudad!
GUZMAN. ¡En extremo!
JUAN. No la hay mejor en Italia,
ni en la baja ni alta Galia;
perdonen Rómulo y Remo.
GUZMAN. Como ellos fueren servidos.
JUAN. Cesaraugusta la llama
Estrabón.
GUZMAN. Nombre de fama.
¡Qué bien suena a los oídos!
JUAN. Allá, Pomponio también
le da la difinición.
GUZMAN. De Pomponio ni Estrabón
se me da un prisco.
JUAN. Está bien.
Tú eres bestia, y para ti
los libros no es buen manjar.
GUZMAN. ¿Que luego me has de encajar
un latín de aquí o de allí?
Pues ¡por Dios! que muchos hombres
que han leído no han sabido
muchas cosas, ni aun tenido
la noticia de sus nombres.
JUAN. Para decir que ésta es
Zaragoza, es cosa justa
llamarla Cesaraugusta
y dar la causa después.
Y esto ¿quién hay que alborote?
GUZMAN. Yo sé que eso es testimonio,
aunque le pese a Pomponio,
a ese Estrabón o Estrambote.
JUAN. ¿Cómo testimonio?
GUZMAN. Sí,
que Zaragoza se llama,
del nombre de cierta dama
que tuvo el Rey moro aquí.
JUAN. ¿Qué dices?
GUZMAN. Esto que digo;
que estando el moro acostado
le vino a ver un privado,
y, hablando con otro amigo,
le dijo que no podía
entrar, ni hablarle, ni aun ver,
porque de cierta mujer
gozaba el Rey aquel día.
El dijo: "Yo lo apostara;
pero Amete, ¿de quién goza?"
El respondió: "A Zara goza",
que ella se llamaba Zara.
Oyólo ella, y al Rey
pidió por mercé que fuese
aquel su nombre, y valiese
por premática y por ley.
¿Ves cómo ésta es la verdad
y esotro es borrachería?
JUAN. ¡Qué ignorancia!
GUZMAN. ¿Tuya o mía?
JUAN. Ahora bien, esta ciudad
es bellísima, Guzmán,
de antigüedad y edificios.
GUZMAN. No son pequeños indicios
los nobles que en ella están.
JUAN. ¡Hermosa caballería
hemos visto!
GUZMAN. Singular;
mas yo más quisiera estar...
JUAN. ¿Adónde?
GUZMAN. En la pajería.

---

(1) Intervienen además LEONICIO, FLORISEO, DON PEDRO, FILIPO, FABIO, SIRENO, ROSELANO, ARCELIO, CELIO, *un* GANAPÁN, *dos negros,* FRANCISCO *y* PEDRO.

El diablo te mandó a ti
dejar tu estudio y querer
ver a Italia.

JUAN. Antes fué hacer
mejor lo que pretendí.
Los que quieren heredar,
y más si no tienen madres,
den pesadumbre a sus padres,
que esto es saber negociar.

GUZMAN. También hay padre tan llano
en materia de placer,
que da en comer y en beber
y en acostarse temprano.
Y juega, cuando se ofrece,
a la polla un real de plata,
y de Pascua a Pascua trata
una muchacha de a trece.
Y con regimiento sano,
que no le hiciera más bien,
Galeno a Matusalén
suele ganar por la mano.

JUAN. Aún bien que acá [no] tenemos
que temer, pues ya murió,
como a Italia me escribió,
mi tío.

GUZMAN. Gracias le demos
al que le curó.

JUAN. Es engaño.
Así habemos de ir los dos.

GUZMAN. El era padre ¡por Dios!
de un grandísimo tacaño.
Pero vamos a Sevilla:
pues heredaste, don Juan,
ponte en extremo galán,
y en la dorada vajilla,
mesa limpia y regalada,
come de aquel avariento
lo que has comido de viento
en toda aquesta jornada.
Y con la carroza sal
con pajes que crujan seda,
una tarde a la Alameda
y otra tarde al Arenal.
Hagámonos de los godos,
y haya pescadas también,
que salir de un mal a un bien
es el mayor bien de todos.

JUAN. Eso, Guzmán, de Sevilla
no nos está bien agora;
dejar llorar a quien llora,
y vámonos a Castilla.
Andemos algunos días,
mientras que dura el dinero,
por toda España, que quiero
extender las alas mías.
Veré a Valencia, que es bella,
y desde allí iré a Madrid;
pasaré a Valladolid,
que ya está la Corte en ella. (1)
En Salamanca veremos
amigos con quien oí
la Gramática, y de allí
a Toledo volveremos.
Veré la iglesia mayor,
de Juanelo el artificio.

GUZMAN. Paso, paso, ¿tienes juicio?

JUAN. ¿Cuándo le tuve mayor?

GUZMAN. ¡Qué de tierras encarrilas!
¿De qué orden ¡pesia tal!
te soñabas Provincial?
¿Bebiste anoche y destilas
por alambique el tintillo
del huésped?

JUAN. Luego ¿no iremos?

GUZMAN. Pues ¿qué dinero tenemos?

JUAN. ¿Ya es malo aquel dinerillo
que en Génova nos dió Mario
por la cédula de Alberto?

GUZMAN. No; pero es malo el concierto
de andar camino tan vario.
Y si a ver te persuades
ciudades, vete a Sevilla,
que en ella, por maravilla,
verás todas las ciudades.
Y aun otro mundo está en ella,
y esto no es cuento ni engaño,
que dos veces en un año
se entran las Indias por ella.
¿Qué Salamanca ni corte
como aquel famoso río?
Ver la galera, el navío
del mar del Sur o del Norte.
Ver aquella variedad
que es imposible decilla,
porque el río de Sevilla
tiene otra tanta ciudad.

JUAN. Paso, bestia, que se acerca
una dama de buen talle.

GUZMAN. Ya la hablaste en otra calle,
si no me engaño, a esta puerca.
Ella sabe que has venido

(1) De 1601 a 1606 residió en Valladolid la corte de Felipe III.

de Italia, y habrá pensado,
don Juan, que vienes cargado
(como te ve bien vestido)
de jubones de Milán,
de medias napolitanas,
de raso, de oro.

(*Salen* Lucinda *y* Leonarda *con mantos.*)

Lucinda. ¿Ce?
Guzman. Hermanas,
¿llaman al señor don Juan?
Lucinda. Al mismo.
Guzman. Pues no está en casa.
Juan. Necio, ¿esta merced no acetas?
Guzman. Señoras, si son discretas,
echen de ver lo que pasa
por la bolsa del señor
en ver el talle al criado.
Lucinda. El del señor me ha obligado,
que es muy bueno.
Juan. ¡Gran favor!
Este talle no es de aquellos
que de lindos pasan plaza.
Hízome Dios a esta traza,
negro de ojos y cabellos.
Lucinda. No sois negro, sois moreno.
Juan. Es más llano que la palma;
pero soy negro con alma,
y para esclavo muy bueno.
Lucinda. ¿De dónde sois?
Juan. ¿No se ve?
Soy, señora, sevillano.
Guzman. ¿Qué la digo?
Leonarda. Quedo hermano;
sin tocar, y escucharé;
no me pique ni me guinche.
Guzman. ¿Guinche? Pues has de saber
que yo he menester mujer
que la albarde y que la cinche.
Juan. De Italia vengo con nuevas
de que mi padre murió.
Lucinda. ¿Heredaste algo?
Juan. No.
Guzman. Ya andamos en estas pruebas
a la segunda palabra.—
Y ella ¿no me dice a mí
quién se me ha muerto?
Leonarda. ¿Yo?
Guzman. Sí.
Leonarda. ¡Bueno!
Guzman. Estáte queda, cabra.
Leonarda. Oígase el señor cabrito.
Guzman. Mire que de Italia vengo,
y que sé el duelo, y aún tengo
más que cabellos me quito.
Juan. Hijo soy de un padre indiano;
digo, fuí, que esta color
me dió para ese favor,
que en tan rico dueño gano.
Que esclavo soy y seré
de quien dice que la agrado.
Decidme qué habéis comprado
y al mercader pagaré.—
¡Hola! Daca ese dinero.
Guzman. En la nave se quedó
con la ropa; pero yo
tengo un real, no sé si entero;
pero habrá para avellanas,
o lo que es agua y anís.
Juan. ¡Qué buen humor! ¿No le oís?
Lucinda. Sí, que somos cortesanas.
Guzman. Déjense de imaginar
que burlo, y si llevan algo,
dénselo a este pobre hidalgo,
que sale en cueros del mar,
que a fe que es obra piadosa.
Lucinda. Bien puedo darle, si quiero,
joyas, crédito y dinero.
Guzman. ¡Oh, mujer la más hermosa
que ha criado el Potosí!
Daca esos pies reverendos.
Lucinda. ¡Haced allá esos remiendos!
Guzman. Luego ¿hay remiendos aquí?
Debajo pensaba yo
que era el trabajo y el lacre.
(Esta mujer es un sacre.
Cogerte quiere.
Juan. Eso no,
que la he visto enamorada.
Guzman. Mal conoces las garduñas.
Tiene encogidas las uñas
para darte guiñarada.
Tente en buenas, que estas tretas
yo las sé.)
Lucinda. ¿Qué le decís?
Guzman. Que no hay más de agua y anís,
porque somos...
Lucinda. ¿Qué?
Guzman. Poetas.
Lo que tocare a un soneto,
en buen hora; mas dinare,
si vuesancé lo tocare,
en público ni en secreto,
téngame por moscatel.

LEONARDA. Antes parece morcón.
LUCINDA. Él es lindo socarrón.
LEONARDA. (Déjame un rato con él.
LUCINDA. Entretenle, que en mi vida
tal cosa me sucedió.
LEONARDA. ¿Haste enamorado?
LUCINDA. No.
LEONARDA. Pues ¿qué ha sido?
LUCINDA. Estoy perdida.)
Andaluz, indiano o quien
quiso el poder celestial
que vinieses por mi mal
a parecerme tan bien,
¿dónde vives?, ¿dónde posas?,
que estoy por decir que en mí.
JUAN. ¿Que tan venturoso fuí?
Beso esas manos hermosas.
¿Queréis algo?
LUCINDA. A ti te quiero.
Vete con Dios. ¡Qué locura!
JUAN. Así Dios me dé ventura
en lo que de vos espero,
que os pago bastantemente
para amor recién nacido.
Decidme algo.
LUCINDA. Ya te pido...
JUAN. ¿Qué?
LUCINDA. Que me quieras. Detente,
que viene aquí no sé quién.

(*Salen* DOROTEO (1) *y* RISELO, *caballeros.*)

DOROTEO. Con él habla, ¿qué dudáis?
RISELO. Pues ¿por qué no lo estorbáis?
DOROTEO. Porque no me quiere bien.
Mi celoso pensamiento
de ese parecer ha sido;
pero en hombre aborrecido
no querrá el atrevimiento.
Ayer vi este forastero
de tal talle, que temí
que le viese por aquí
esta fiera por quien muero,
y tengo tan buena suerte,
que no sólo le ha mirado,
pero hablado y aun tratado.
JUAN. (En aquesta gente advierte.
GUZMAN. Deben de ser los rufianes
de esta hermana pecatriz.
Pues si saco la de Ortiz,
más que corren los Guzmanes.

(1) Es el que en el reparto se llama DORISTEO, y luego se lo vuelve a llamar.

JUAN. No alborotes.)
DOROTEO. Dime, esquiva,
¿qué es esto?
LUCINDA. Vete con Dios,
Doroteo.

(*Vanse* LUCINDA *y* LEONARDA.)

RISELO. Ya las dos
se van por el Coso arriba,
y aun él ¡por Dios!, con razón,
pues les dices muy compuesto:
"Dime, esquiva, ¿qué es aquesto?",
más maduro que un melón.
¡Cuerpo de Dios!, enojado
le pudiérades decir
que se reporte en salir,
pues está casi trazado
este negro casamiento,
y que no hable en la calle.
DOROTEO. Celos me da aquel buen talle
y aquel desdén suficiente.
Voy tras ella.
RISELO. Y esta gente,
¿hase de quedar ansí?
DOROTEO. Pues ¿qué importa?
GUZMAN. (¿Vanse?
JUAN. Sí.
GUZMAN. ¡Pesar de quien tal consiente!
JUAN. ¿Qué quieres hacer?
GUZMAN. Quitalles
la mujer.
JUAN. Si yo supiera
quién era...
GUZMAN. Ya voy.
JUAN. Espera,
que tienen gallardos talles,
y aseguran el valor
de esta señora.
GUZMAN. ¡Señora!
JUAN. Pues, luego ¿no?
GUZMAN. Calla agora;
será una mujer de amor,
de las que nunca le tienen.
JUAN. Sin duda que es principal,
pues que no la hablaron mal
éstos que en su busca vienen.
GUZMAN. Ya estarás como un albur,
asido de las agallas.
JUAN. No hay mejor hombre, si callas,
Guzmán, desde el Norte al Sur.
Quedo, que vuelve otra vez.)

(*Salen* LUCINDA *y* LEONARDA.)

LUCINDA. Hacedme placer, hidalgo,
si os tengo obligado en algo,
que donde no hay jüez
más que el cielo que nos cubre,
aquesta noche me habléis.
JUAN. ¿Dónde vivís?
LUCINDA. No sabéis,
ni es en parte que se encubre;
pero yo saldré a la puerta
de este famoso hospital,
y allí, si no os está mal,
veréis lo que Amor concierta.
JUAN. Yo no puedo errar aquí,
aunque nuevo en Zaragoza.
GUZMAN. (¿Ha de venir con su moza?
Pregúntaselo.
JUAN. ¿Yo?
GUZMAN. Sí.
JUAN. Borracho, ¿tienes sentido?
GUZMAN. Si hay leyes que esto permiten,
huélgate, y los otros titen.)
LEONARDA. (¿Qué has dicho?
LUCINDA. Lo que has oído.
LEONARDA. ¿Para qué quieres hablar
un forastero? ¿A qué efeto?
LUCINDA. A que es gallardo y discreto
y a que no me ha de forzar.
Mil veces me han pretendido
casar, y yo te confieso
que en mil hombres, y en exceso
de amor que al fin me han tenido,
si acaso no es al dinero
que mi padre me dejó,
nunca hombre me agradó
como aqueste forastero.
LEONARDA. ¿Es posible?
LUCINDA. ¡Ay, caro honor!
¿Por qué al Amor no atropellas?
LEONARDA. Bien dicen que las estrellas
son alcahuetas de Amor.
Esto de agradarse en viendo,
está del cielo trazado.
LUCINDA. No entiendo lo que he mirado;
entiendo que no me entiendo.)
JUAN. (¿Qué se pierde en que yo venga?
GUZMAN. Ser de noche, y no saber
si tras aquesta mujer
vendrá algún dueño que tenga
y que a su gusto la goza,
y de una en otra costilla
nos dará para Sevilla
despachos de Zaragoza.
JUAN. Ahora bien, ello ha de ser.
Animo, Guzmán.
GUZMAN. Por eso
no ha de faltar.
JUAN. Pues con eso,
y con gentil proceder...
GUZMAN. Déjalos tú que me esperen,
que a fe que has de ver y oír.
JUAN. Pues ¿qué has de hacer?
GUZMAN. Yo, sufrir
los palos que me cupieren.)

(*Salen* CLENARDO *y* LEONICIO.)

CLENARDO. No me da buena esperanza;
pero no me desespera.
LEONICIO. El que tanta gloria espera,
basta que a esperalla alcanza.
¿Y qué responde su tío?
CLENARDO. Sólo repara en su sí.
Pero ¡por Dios!, está aquí
el hielo del fuego mío.
¿Hay ventura semejante?
LEONICIO. Aquestos hombres ¿quién son?
CLENARDO. ¡Lucinda en conversación!
LEONICIO. ¿Eso es razón que te espante?
¿No es mujer?
CLENARDO. No, que ha de ser
mia.
LEONICIO. Forastero es éste.
CLENARDO. Aunque la vida me cueste,
que lo siento ha de saber.
GUZMAN. (Ce, señor.
JUAN. ¿Hay algo?
GUZMAN. Sí,
otros dos.
JUAN. ¡Válame Dios!
GUZMAN. Concierta de dos en dos,
y todos vienen aquí.
¿Ves cómo ésta es de retorno?)
CLENARDO. ¡Ea! ¿Caballero?
JUAN. ¿Quién llama?
CLENARDO. ¿Conocéis aquesta dama?
Advertid que a hablaros torno.
JUAN. (¿Qué tengo de responder?
GUZMAN. Que nos vamos otro dia,
y que el plus ultra quería
pescarnos esta mujer.)
LUCINDA. ¿Quién te mete a ti, Clenardo
en desatino tan grande?
CLENARDO. Basta que amor me lo mande,
y la posesión que aguardo.—

Dejen la calle y la dama,
y vuélvanse a su mesón.

JUAN. Mesón es, porque al fin son
extranjeros los que llama.
Pero si vuesa merced
va a mi tierra y no le agrada
de mi casa hacer posada,
que yo lo tendré en merced,
también estará en mesón.

CLENARDO. Deje respuestas aparte,
y váyase.

JUAN. En esta parte
dió la ignorancia ocasión.
¿Sois hermano, sois marido,
sois deudo de esta señora?

CLENARDO. Soy quien soy, que quiero agora
que se vaya.

JUAN. Yo he tenido
el término que debía,
y pues que no le acetáis
y tanta ocasión me dais
con vuestra descortesía,
yo sé que vos os iréis.

CLENARDO. ¡Mátale!

JUAN. ¿Qué es matar? ¡Fuera!

LUCINDA. ¡Ay, Leonarda!

JUAN. ¡Ah, bravo, espera!

GUZMAN. Esperá un poco y veréis.

(*Acuchillándose, entren los* HOMBRES.)

LEONARDA. No hagas extremos, advierte
que en toda aquesta ciudad
no hay mayor publicidad.

LUCINDA. ¡Mataránle!

LEONARDA. ¿De qué suerte?
Que por mi fe que los lleva
como a dos liebres.

LUCINDA. También
tiene eso de hombre de bien,
¿y no quieres que me mueva?
Si este hombre, Leonarda mía,
aquí estuviera de asiento,
¡ay de mi buen pensamiento,
del honor y opinión mía!
Milagro fué que no sea
de la ciudad; él se irá.

LEONARDA. Luego ¿no le hablarás ya?

LUCINDA. Sí, que el alma lo desea.
Cúbrete, y en el Pilar,
por disimular, entremos.

LEONARDA. Bien dices, por que no demos
ocasión de murmurar,
que cuando todo esté en calma
podrás salir sin cuidado.

LUCINDA. ¡Ojos, mal habéis guardado
la fortaleza del alma!

(*Vanse, y entren* CLARIDANO, *viejo, tío de* LUCINDA, DORISTEO *y* CLENARDO, LEONICIO *y* RISELO.)

CLARIDANO.

Envainad las espadas, que parecen
desnudas mal, y en tierra tan honrada,
contra los forasteros, que merecen
más segura acogida que la espada.

CLENARDO.

Ya los que veis humildes agradecen
tan justa reprensión.

CLARIDANO.

¿Qué fué?

CLENARDO.

No, nada.

DORISTEO.

Yo sé por qué sacastes los aceros,
que antes de ahora vi los forasteros.
Y a fe que si llegara, que no fuera
a alabarse a su tierra el sevillano.

CLENARDO.

Bésoos las manos, que eso y más espera
quien es tan servidor de vuestro hermano.

CLARIDANO.

A buen tiempo ¡por Dios!, Clenardo, altera
mi pretensión.

CLENARDO.

Yo pienso, Claridano,
que he perdido contigo mucho en ésto.

CLARIDANO.

Quisiera yo que fueras más compuesto.

CLENARDO.

¡Válgame Dios! Si por el Coso acaso
voy siguiendo a Lucinda, tu sobrina,
con quien ya saben todos que me caso
y que ésto entre los tres se determina,
y un forastero llega y paso a paso
le viene dando con hablar mohína,
¿tengo yo de sufrir su atrevimiento,
o enseñarle a tener comedimiento?
¿Tienen los forasteros, por ventura,
la libertad y ley de embajadores?
¿Es honra de una tierra, aunque segura,
que decir puedan en la calle amores?

Juzga si fué razón o fué locura
castigar forasteros habladores,
que el que lo es, si es cuerdo, en cualquier tierra
abre los ojos y la boca cierra.

DORISTEO.

Yo no sabía la ocasión que ahora
a Clenardo movió; pero el deseo
con que te dije que a Lucinda adora,
ha gran tiempo que vive en Doristeo,
y aunque con él sus méritos mejora,
que ella consienta en este amor no creo,
porque pienso que soy el que ha elegido
con título amoroso de marido.
Y no se espante de esto Claridano,
que viendo que Clenardo libremente
trata de posesión, palabra y mano,
cosa a su honor y a mí tan indecente,
debo darte, con término tan llano,
satisfacción adonde estoy presente,
o por lo menos desengaño justo
de que ella tiene de admitirme gusto.

CLARIDANO.

¿Qué es aquesto, Clenardo? A ti te toca
lo que dice en aquesto Doristeo,
cuya intención conozco de su boca,
porque nunca he sabido su deseo,
que si esto ha hecho mi sobrina loca
contra la honestidad que en ella veo,
no ha sido por mi acuerdo, ni se entienda
que busco tantos dueños a una prenda.
Mi hermano, y padre suyo, vive en Lima,
ciudad en Indias, próspero en sucesos;
tiene esta hija, que en el alma estima,
de cuyo amor decís que vivís presos.
Como a casarla ya la edad le anima,
señala el dote en más de once mil pesos;
por éstos yo me obligo, mas no es justo
que le dé quien la goce a su disgusto.
Los dos sois caballeros hijosdalgo,
conocidos los dos en Zaragoza,
no al gusto y elección al dote salgo.
San Pedro la bendiga al que la goza.

(Vase CLARIDANO.*)*

DORISTEO.

Espera.

CLENARDO.

Escucha.

CLARIDANO.

Cuando importe en algo,
buscadme en casa.

LEONICIO.

El viejo se alboroza
con justa causa.

CLENARDO.

Dime, Doristeo,
¿que Lucinda agradece tu deseo?

DORISTEO.

Lucinda le agradece.

CLENARDO.

¿Cuándo o cómo?

DORISTEO.

¿Tengo yo de decirte cómo o cuándo?
Mide esta espada de la punta al pomo,
y sabrás la razón que estás dudando.

CLENARDO.

No pienso que si en público la tomo
saldré con lo que estoy imaginando.
Mal término has tenido y mal intento
en deshacer así mi casamiento.

RISELO.

Clenardo, dos a dos nos tienes juntos,
amistad y ocasión de honra, no quieras
de una razón en otra andar en puntos.
Fin tiene la ciudad, y Ebro riberas.

LEONICIO.

Riselo acierta, y menos que difuntos
o vencedores de arrogancias fieras,
no volveremos yo y Clenardo.

DORISTEO.

Parte.

CLENARDO.

Yo te voy a esperar.

DORISTEO.

Y yo a matarte.

(Vanse dos a dos, y salen DON JUAN, GUZMÁN *con una maleta, y la huéspeda, que es* TEODORA (1), *y un* ALGUACIL.*)*

GUZMAN. No le den voces a quien
de toda costura entreva.
TEODORA. Paso, mancebo.
GUZMAN. Manceba,
ella es paso, y yo hablo bien.
Esta maleta tenía
trecientos escudos.
ALGUACIL. Quedo,
que yo estoy [aquí] que puedo
averiguarlo.

(1) En el original "TEODORETO".

TEODORA. Aquel día
que entraron estos soldados,
o quien son, que nunca entraran
en mi casa.

GUZMAN. Y aun ganaran
más de trecientos ducados.

TEODORA. Les di su aposento y llave,
que es toda mi obligación.

JUAN. Esa es muy vieja canción,
la contracifra se sabe.
¿No podéis otra tener?

TEODORA. No, porque en esta posada
hay mil honras.

JUAN. Harto honrada,
por cierto, debéis de ser:
mas mi hacienda no parece.

TEODORA. ¿Dístemela vos a mí?

JUAN. No se entiende que os la di,
pues esta duda se ofrece,
mas metíla en vuestra casa.

TEODORA. Y ¿con quién lo probaréis?

JUAN. ¿Yo? Con nadie.

ALGUACIL. ¿Qué queréis
que haga en esto que pasa?

JUAN. Que os vais, señor Alguacil;
que esto no tiene remedio.

ALGUACIL. Probarlo fuera buen medio.

GUZMAN. ¡Oh, llave y ladrón sutil!

JUAN. ¿Con quién lo puedo probar?

ALGUACIL. Pues si no hay con quién, adiós.

GUZMÁN. ¿Mas que van horros los dos?

(*Váyase el* ALGUACIL.)

TEODORA. Gentil manera de hurtar.
Decir que en casa metieron
gran dinero, de malicia,
para echarme la justicia.
Pues, hijos, en blando dieron,
que por aquí no tendrán
un dinero por concierto.

GUZMAN. ¿Hay tal cosa?

JUAN. Bien, por cierto.
¿Qué te parece, Guzmán?

TEODORA. ¡A mí con esos turrones!
¡Esto es bueno!

GUZMAN. Es el demonio;
tras un hurto un testimonio.

TEODORA. Esa flor a otros ladrones;
y apenas sea de día
cuando muden de posada.

(*Vase* TEODORA.)

JUAN. ¡Notable mujer!

GUZMAN. ¡Taimada!

JUAN. ¿Hay dicha como la mía?
Mira mil veces, Guzmán,
esa maleta o maldita;
vuelve y la cadena quita,
quizá en algún diablo están,
que dentro de ella se ha entrado.

GUZMAN. Si es diablo, en esta ocasión,
sin duda, es el mal ladrón,
y nuestro dinero ha hurtado.
Que a fe que no entrara en ella,
hasta llegar a Sevilla,
si fuera esta cadenilla
la cadena de Marsella.
En toda la ropa blanca
no hay una blanca tan sola,
que como es blanca española
no tiene dentro una blanca.

JUAN. ¿Qué papeles son aquellos?

GUZMAN. Una recetilla es
para la sarna.

JUAN. Ea, pues,
o mirallos o rompellos.

GUZMAN. Aquesta es la limpiadera.
Harto mejor nos limpió
la maleta el que le dió
tal golpe y dentro no fuera.
¡Oh, benditos serafines!

JUAN. ¿Pareció?

GUZMAN. Sí.

JUAN. ¡Santo Dios!
Dame un abrazo.

GUZMAN. Y aun dos.
Ten, que son los escarpines.
Aquesta es una receta
que un saltambanco me dió
en Sicilia.

JUAN. Ese soy yo.

GUZMAN. Receta bella y perfeta
para hacerse uno invisible,
que no le ve el compañero.
Este fué vuestro dinero,
y cómo si fué posible.

JUAN. Deja, Guzmán, la maleta.
¡Pesar de quien me parió!

GUZMAN. ¿De coces la das?

JUAN. Pues ¿no?
Lleve el diablo la receta,
los papeles y los cuentos.

GUZMAN. Tente.

JUAN. ¡Qué mal parirá!

GUZMAN. No, señor, que ya no está
preñada de los trecientos.
JUAN. ¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer
sin blanca y en tierra ajena?
GUZMAN. Rogarle aquel alma en pena
que esta noche te ha de ver
que te dé algún dinerillo.
JUAN. Para mujeres estoy.
GUZMAN. Luego ¿no la verás hoy?
JUAN. ¡Por Dios, que me maravillo
de tu flema y necedad!
Mira si habrá qué vendamos
para que salir podamos
en paz de aquesta ciudad,
y déjate de mujeres,
que los ricos y contentos,
sin cuidado y pensamientos
han de buscar sus placeres.
GUZMAN. ¿Qué vender, si de importancia
te pueden ser, o te fueron,
estas calzas, que sirvieron
al rey Pepino de Francia;
esta cuera con que entró
en Sajonia el Taborlán,
y esta capa de fustán,
pergamino o qué sé yo?
Vende, empeña, cambalacha,
que yo andaré como Adán,
en el puro cordobán,
o me pondré una capacha.
JUAN. Ahora bien, grande bajeza
es perder en la fortuna
el ánimo.
GUZMAN. En parte alguna
vences la naturaleza.
¿Animo quieres tener?
JUAN. Ven, que me quiero acostar.
GUZMAN. Bien lo podrás remediar;
rico habrás de amanecer.
¿Mas que sueñas un tesoro?
JUAN. Consultar el almohada
a muchos sabios agrada.
GUZMAN. ¿Cuándo se pierde algún oro?
JUAN. Cuando el diablo que te lleve.
GUZMAN. ¿Y la mujer?
JUAN. Necio, calla,
que ni he de vella ni hablalla.
GUZMAN. Muy justa razón me mueve.
¡Ay, maleta sin substancia
del oro, podré decir,
que ojos que le vieron ir
no le verán más en Francia!

(Vanse, y salen LUCINDA *y* LEONARDA.*)*

LEONARDA. ¿Qué esperas?
LUCINDA. No sé qué espero.
LEONARDA. Ya es tarde.
LUCINDA. Vine temprano.
¡Ah, villano sevillano!
¡Ah, fingido forastero!
Sin duda que se partía
al punto que te habló.
LEONARDA. ¿Qué te llevó?
LUCINDA. Pienso yo
que el alma.
LEONARDA. ¡Por vida mía!
LUCINDA. ¿No me ves venir aquí
contra mi recogimiento?
LEONARDA. Desconozco el pensamiento,
y desconózcote a ti.
Las razones y los pasos
que nunca te he visto hacer
milagros tan de mujer
en más amorosos casos.
Y así creo que en distancia
breve, las más recogidas
suelen dar estas caídas
del cielo de su arrogancia.
Mas ya que este hombre no viene,
¿qué quieres hacer?
LUCINDA. No sé.
¿Cómo sabré si se fué
o si otro requiebro tiene?
LEONARDA. Si te atreves a quedar
aquí sola, yo me atrevo
a ir al mesón.
LUCINDA. No es nuevo
juntarse atrever y amar.
¿Sábesle?
LEONARDA. Creo que sí,
que al mozo le pregunté.
LUCINDA. Pues ve, que aquí esperaré.
LEONARDA. Pues voy, aguárdame aquí.

(Vase LEONARDA.*)*

LUCINDA.

Amor, si no eres rayo, ¿cómo has hecho
tan breve incendio, y Troya mi sentido?
Y si eres rayo, Amor, ¿cómo has tenido
tan poca fuerza que no está deshecho?
Pero haberme abrasado en fuego el pecho
y no le haber del todo consumido,
o mi desdicha o tu milagro ha sido,
pues muere bien quien vive a su despecho.

Hoy a mi honor la calidad le quito,
pues apenas he visto, cuando quiero,
y apenas quiero, cuando solicito.
Pero si en adorar un extranjero
de Elisa Dido la desdicha imito,
cuando se vaya el mismo premio espero.

(*Sale* RISELO *con* DORISTEO, *herido, en brazos, animándole.*)

RISELO.

Animo, Doristeo; ya está cerca
mi casa.

DORISTEO.

Sangre y fuerzas me han faltado.

LUCINDA. (1)

¡Válame Dios! ¿Qué es esto?

DORISTEO.

Si os parece,
no demos en la vuestra pesadumbre.

RISELO.

Antes no es bien que entiendan en la vuestra
tan presto esta desgracia.

DORISTEO.

Si yo muero
no digáis que me dió muerte Clenardo,
pues que riñó conmigo honradamente,
y pudiera llegar también mi espada.

RISELO.

Pues ¿quién diré?

DORISTEO.

Decid que el forastero,
que ya será partido, y pues de nadie
en aquesta ciudad es conocido,
seguro estoy que no le venga daño.

RISELO.

¿Decís el caballero de Sevilla?

DORISTEO.

El mismo.

RISELO.

Será industria de importancia,
y libraréis a quien no tiene culpa,
dándola a un hombre que no tendrá pena,
pues nadie en esta tierra le conoce.

LUCINDA.

(¡Mísera yo! ¿No es este Doristeo
y su amigo Riselo? En lo que dicen,
Clenardo le dió muerte, y, por libralle,
los dos conciertan este testimonio.)

DORISTEO.

¿Dónde llegamos?

RISELO.

Al Pilar llegamos.

DORISTEO.

¡Oh, Virgen singular! Metedme dentro.

RISELO.

Decís muy bien; buen ánimo.

DORISTEO.

Deseo
confesarme.

RISELO.

Sí haréis.

(*Vase, y queda* LUCINDA.)

LUCINDA.

¡Extraño caso!
Toda la sangre el corazón me ahoga
y un hielo ocupa en su lugar las venas.
Apenas muevo las turbadas plantas
de tantas veces que a moverlas pruebo,
y si las muevo, pienso que me nombra
la sombra de este mozo desdichado,
que ha dado, por mi causa, en tantos daños
a la mitad de sus floridos años.

(*Sale* LEONARDA.)

LEONARDA. Basta que topé el mesón,
y hasta su aposento entré.
LUCINDA. Pues, Leonarda, ¿no se fué?
LEONARDA. No es ido
LUCINDA. ¿Dió la ocasión
de no haber venido aquí?
LEONARDA. Y muy justa.
LUCINDA. ¿De qué suerte?
LEONARDA. Pienso que ha de enternecerte.
LUCINDA. Habla de presto, ¡ay de mí!
LEONARDA. Hanle robado, con llave
falsa, trecientos escudos,
y están amo y mozo mudos,
uno llorando, otro grave.
Desnudábase afligido;
buena camisa, y señal
de hombre en todo principal.
Quiere vender un vestido
y irse mañana de aquí;
y no es aquesto quimera,

(1) En el texto "RISELO".

que la misma mesonera
lo dice y lo llora ansi.
No es hombre, o su trato yerra,
que le ha de descomponer
el dinero, sino el ver
que está lejos de su tierra.
La justicia vino allí;
la información le ocupó,
y esto por disculpa dió
de no haber venido aquí.
Don Juan se llama.

LUCINDA. Está bien.

LEONARDA. Vive a San Juan de la Palma;
vase, y dice que sin alma
y sin dinero también.
Que si alguna cosa tuya
fuere a Sevilla algún día,
que le busque, o tuya, o mía,
que casa, y alma no es suya.
¡Por mi vida, que yo vengo
tan triste como él está!

LUCINDA. Más desdichas tiene aca,
y yo, Leonarda, las tengo.
Ese hombre tiene hoy el Cielo
todo contrario.

LEONARDA. ¡Ay, señora!
¿Eso me dices agora?

LUCINDA. ¡Gran mal hay!

LEONARDA. Cúbreme un hielo..

LUCINDA. Yo le tengo de libiar.

LEONARDA. ¿De qué, que no lo adivino?

LUCINDA. Vamos, que por el camino
tengo bien que te contar.

(*Vanse, y salen* CLENARDO, LEONICIO *y* CLARIDANO.)

CLENARDO.

Esto ha pasado.

CLARIDANO.

¡Extraña desventura!
¿Y en efeto murió?

CLENARDO.

No lo he sabido.
Yo entiendo que iba mortalmente herido.

CLARIDANO.

¡Oh, pobre Doristeo! No dejando
de sentir el dolor de tu desgracia
por amistad y lo que manda el Cielo,
digo que fuiste causa de tu muerte
con tus palabras llenas de arrogancia.
¿Tú que quieres hacer?

CLENARDO.

Aquesta noche
por Jaca pienso retirarme a Francia;
que habiendo tal testigo, como puede
ser su amigo Riselo, a gran peligro
pongo la vida si en la cárcel caigo.

CLARIDANO.

¿Quieres dineros? ¿Quieres otra cosa?

CLENARDO.

Yo tengo, mi señor, lo necesario.
Hablar quisiera a mi Lucinda.

CLARIDANO.

Pienso
que estará recogida. Ya no es hora,
ni es justo que le des aquesta pena.
Si se acabare en bien, como lo espero,
este negocio, en paz podrás gozalla.

CLENARDO.

¡Guárdete Dios!

CLARIDANO.

Y a ti te libre y guíe.

(*Vanse* CLENARDO *y* LEONICIO, *y sale* FABRICIO.)

CLARIDANO.

¿Fabricio?

FABRICIO.

¿Qué mandas?

CLARIDANO.

Mi sobrina
salga aquí al punto. ¡Vive el alto Cielo,
que no ha de estar una hora en Zaragoza!
Fuera de que podría ser prendella
y en su reputación perder la mía.

FABRICIO.

Está escribiendo, y dice que perdones,
que es un papel de prisa y de importancia.

CLARIDANO.

Dile que salga luego y que lo deje.
Harto más ¡por mi vida! le importara
haber nacido pobremente y fea.
¡Desdichada hermosura en las mujeres,
para tantas desgracias de los hombres!

(*Sale* LUCINDA.)

LUCINDA.

¿Qué es lo que mandas?

CLARIDANO.

¡Qué despacio sales,

y está por tu ocasión difunto un hombre
y toda la justicia en los umbrales!

LUCINDA.

Pues ¿de qué quieres tú que yo me asombre?
Sobre el dinero de mi dote riñen,
¿por qué me das a mí su injusto nombre?
Hombres son, manos tienen, armas ciñen,
como los mueve la ambición del oro,
las que piensan dorar de sangre tiñen.

CLARIDANO.

¿Y será muy conforme a tu decoro
que venga la justicia y que te prenda?
¿No ves que es la opinión un gran tesoro?

LUCINDA.

Cuando la causa Zaragoza entienda,
¿quién ha de haber que la verdad no rinda?
Nunca la fama toma buena enmienda.

[CLARIDANO.]

De Zaragoza has de salir, Lucinda.

LUCINDA.

Y aun del mundo también; dame la muerte.

CLARIDANO.

¿La muerte? A fe que la respuesta es linda.
Tu padre escribe que desea verte
y que vendrá con la primera flota.
Vete a esperalle, y de que vas le advierte.
Con esto la ciudad, que se alborota,
asegurada de que faltas de ella,
no pondrá en ti la más pequeña nota.

LUCINDA.

¿Yo a Sevilla, señor?

CLARIDANO.

Sí, porque en ella
vivirás más quitada de estas cosas,
pues que tienes aquí tan mala estrella.

LUCINDA.

(¡Oh, manos santas del Amor piadosas!
¿De dónde tanta gloria me ha venido?)

CLARIDANO.

Las fuerzas tienes algo temerosas.
¿Lloras el fugitivo, o el herido?

LUCINDA.

Entra, señor, diréte lo que siento.

CLARIDANO.

Siente el partir por el mejor partido.

LUCINDA.

En eso tengo puesto el pensamiento.

(Váyanse, y salga LEONARDA.*)*

LEONARDA. Cansada estoy de llamar,
que ya la puerta han cerrado;
una ventana he topado,
quiero esta piedra tirar.
Ved qué pasos de mujer
a tal hora y en tal calle.
¡Tanto pudiste, buen talle!

(Asómase GUZMÁN *con un tocador.)*

GUZMAN. ¿Quién llama? ¿Quién puede ser?
LEONARDA. Una mujer soy, buen hombre.
GUZMAN. Buena sea si a tal hora
lo puede ser. ¿Qué hay, señora?
LEONARDA. ¿No conoce?
GUZMAN. Diga el nombre,
porque si no ¡vive Dios!
que haya orinal temerario.
LEONARDA. Pues, cigüeña en campanario,
¿nombre agora entre los dos? (1)
GUZMAN. Pues, avestruz al sereno,
si el primer sueño dormido,
¿yerro porque el nombre pido?
LEONARDA. Y más con cuero tan lleno.
GUZMAN. Quedo, señora tinaja.
LEONARDA. Ea, necio, que yo soy.
GUZMAN. ¿Quién?
LEONARDA. A los diablos te doy.
Llama acá a don Juan, y baja,
que le traigo aquí un papel.
GUZMAN. Ya él sale medio vestido,
que cuanto dices ha oído.
LEONARDA. ¿Y tú?
GUZMAN. Yo también con él.

(Sale DON JUAN *con espada y broquel, medio desnudo.)*

JUAN. Leonarda de mis entrañas,
¿qué buena venida es ésta?
LEONARDA. Quien con desdichas se acuesta
anchas tiene las entrañas.
Lee este papel.
JUAN. ¿Aquí?
LEONARDA. Aquí, pues.
JUAN. Trae luz, Guzmán.

(Sale GUZMÁN *con una linterna.)*

GUZMAN. Dos linternas aquí están.
LEONARDA. Y tres también.
JUAN. Dice ansí:

(1) En el original "soldados".

"La desgracia de tu dinero no era de importancia si no hubiera sucedido que el caballero que hoy riñó contigo ha muerto a otro; que dice la justicia que tú le has muerto; quiérente ir a buscar; parte al punto, que para que tomes caballos lleva Leonarda los trecientos escudos que te hurtaron y otros trecientos de joyas; que por ser mujer no te ofrezco mi persona, a cuyo lado perdiera la vida."

¿Hay tal cosa? ¿Hay tal mujer?
¿Hay tal reina? ¿Hay tal señora?
Pero ¿hay tal desdicha ahora?

GUZMAN. Señor, ¿qué piensas hacer?

JUAN. Las joyas vuelve, Leonarda,
y di que tomo el dinero
como pobre y forastero
a que tal peligro aguarda.
Que Dios me quite la vida
si otra fuera mi mujer
en acabando de ver
esa fortuna vencida.
Que no escribo por la prisa,
y no me poder sacar (1)
la sangre con que firmar
esto que mi fe le avisa.
Ya te he dicho que es don Juan
mi nombre, y que es mi apellido
Urbina; que aunque he nacido
en Sevilla, y allí están
algunos deudos que tengo,
soy montañés, y montaña
de firmeza, a quien no daña
la fortuna con que vengo.
Vivo a San Juan de la Palma,
y esta palma le darán
a don Juan, de que don Juan
ha dado a Lucinda el alma.
Allí me puede escribir,
y desde allí escribiré.
No puedo más; esto sé,
y aquesto puedo decir.
Con lágrimas lo prosigo,
allá las puedes llevar,
que salen a confirmar
estas palabras que digo.
Dame esos brazos, y da
este abrazo al ángel bello
de cuyo piadoso cuello
mi vida colgando está.

---

(1) En el texto "podré casar".

LEONARDA. Señor, importa la vida
que yo no te diga nada;
no vuelvas a la posada,
que allí la tienes vendida.
Sal luego de la ciudad.

JUAN. ¡Adiós, mi Leonarda, adiós!

GUZMAN. ¿Y no hablaremos los dos?

LEONARDA. Buen Guzmán, acompañad
a don Juan como hombre honrado.

GUZMAN. Honrada su vida sea.
(Pues a fe que no era fea.
Yo perdí un gentil pescado.)

LEONARDA. Ven, que tocan a maitines.

GUZMAN. Entro en el mesón, señora.

LEONARDA. ¿Cómo?

GUZMAN. Acuérdaseme agora
que dejo unos escarpines.

ACTO SEGUNDO

de EL AMANTE AGRADECIDO.

(*Salen* DON JUAN *y* GUZMANILLO.)

JUAN. ¡Oh, bellísima ciudad!

GUZMAN. No tiene su igual el mundo.

JUAN. Puede ser mundo segundo
en grandeza y variedad.
Que si al hombre, porque es cifra
del inferior, se concede
llamar mundo, mejor puede
la que tantos hombres cifra.

GUZMAN. ¡Oh, qué hermosa confusión!
Ojos, ¿qué es lo que decís?

JUAN. Que Nápoles y París
le hacen comparación.
¡Qué llana, qué bien cercada
y qué edificios también!

GUZMAN. Sea muchas veces bien
vuesa merced bien hallada.

JUAN ¿A quién tu pecho se humilla
y tanta humildad pregona?

GUZMAN. A la más alta persona
que tiene toda Sevilla.

JUAN. Yo apostaré que se corre.
¿Es de capa y gorra, o falda?

GUZMAN. Que no, sino la Giralda,
que está encima de la torre.

JUAN. Bien alta debe de estar,
pues las nubes la bendicen.

GUZMAN. Noche de San Pedro dicen,
que es el fuego elementar.

JUAN. Pues ¿qué razón dan?
GUZMAN. Su altura,
y los círculos de fuego.
JUAN. ¡Oh, patria! ¡Qué triste llego
a contemplar tu hermosura!
GUZMAN. ¿Triste? ¡Pesia a mi linaje!
¿Hay hombre más venturoso?
JUAN. ¡Mas que de un bien tan dichoso
a tantas desdichas baje!
GUZMAN. ¡Por Dios, que es lindo recambio!
Tú llegaste a Zaragoza,
donde topaste una moza
con más créditos que un cambio.
Dióte trecientos escudos,
que he pensado, por ventura,
que están, de ver tal locura,
los mismos escudos mudos.
Y a tiempo que no tenías
con qué estar ni en qué salir,
y que hubieras de venir
tú en tus mulas, yo en las mías,
llegas a esta gran ciudad.
que, aunque en ella no nacieras,
te alegraras cuando vieras
su grandeza y majestad.
Hallas cuatro mil ducados
de renta y un padre muerto,
que vivo fuera muy cierto
que te comiera a bocados.
Y por la gracia de Dios
no te duele pie ni mano,
y hace treinta este verano
que sólo has tenido dos.
Llegas donde hay este pan
y estos limpios angeletos,
y estás haciendo sonetos
a tus desdichas, don Juan.
Merecieras de importuno,
si no hablas con cautelas,
morir de dolor de muelas,
de que no ha muerto ninguno.
JUAN. ¡Ay, Guzmán! Esa ventura,
esa mujer liberal,
es ocasión de mi mal.
GUZMAN. ¿Cómo ansí?
JUAN. Con su hermosura.
GUZMAN. ¿Pues de una vez que la viste?
JUAN. ¿No ves que la obligación
de aquel bien dos causas son
en que mi pena consiste?
GUZMAN. De suerte, ¿que te fatiga
la hermosura y el dinero?
JUAN. Yo por la hermosura muero,
pero el dinero me obliga.
[GUZMAN.] ¡Ea, pesia tal! Aunque soy
inorante, aquí quisiera
que todo el mundo me oyera;
pésame que solo estoy.
Si el dinero te ha obligado
porque vino a coyuntura,
y más que de su hermosura
del oro vives prendado,
¿de qué se espantan los hombres
cuando ven que una mujer
viene obligada a querer
y le dan infames nombres?
Si es el hombre más perfeto
y así el dinero agradece,
y de obligado parece,
que es como esclavo sujeto,
¿por qué una flaca mujer
que la derriban con oro,
no siendo hereje ni moro
a un hombre no ha de querer?
JUAN. Guzmán, yo no sé qué ha sido.
El oro no lo ha causado,
sino el haberme obligado
y la hermosura vencido.
GUZMAN. Yo lo atribuyo también
a que el veneno mortal
se da si se quiere mal,
y el oro, queriendo bien.
Si se da el oro potable
para aumento de la vida,
vida es amor, y bebida
el oro, amado y amable.
JUAN. Agudo estás.
GUZMAN. Más agudo
que una punta de orinal.
Pero dame ¡pesia tal!
este aire, y costumbres mudo.
¡Ah, buen río el mar profundo
se te rinde a ti primero!
Nunca tan rico arrïero
como tú ha tenido el mundo.
JUAN. ¿Arriero?
GUZMAN. Sí; pues ¿quién
tantas Indias acarrea
a esta ciudad, que yo vea
con diez mil flotas, amén?
JUAN. ¿Veinte mil años querías
vivir?
GUZMAN. ¿Ya echaste la cuenta?
JUAN. Si a dos por años se cuenta.

GUZMAN. Pues ¿qué de dos a dos días?
Entra en casa, vive y goza
mil años.
JUAN. De aquella cara.
GUZMAN. ¿Qué es lo que dices?
JUAN. Que entrara
mejor...
GUZMAN. ¿Dónde?
JUAN. En Zaragoza.
GUZMAN. Calla, que hay acá mejor
de esto de limpieza y brío.
JUAN. Sí, mas no hay el amor mío,
y amor (1) salga de Amor.
GUZMAN. En viendo vuesa mercea
la caza, sin duda creo
que hará un tiro.
JUAN. ¿Yo?
GUZMAN. El deseo
le irá metiendo en la red,
que antes los enamorados
andan siempre a montería,
porque traen la puntería
hecha en sus mismos cuidados.
JUAN. Maldito seas, amén.
¡Qué agudeza tan extraña!
GUZMAN. En estando en la montaña,
todo hombre hace leña.
JUAN. Bien.
GUZMAN. Ya te ha visto la mulata.
JUAN. Entra sin hacer rumor.
(Dicen dentro:)
¡Ay, señora, mi señor!
GUZMAN. Hoy comeremos en plata.
¡Hola! ¿Ah, señora, la vieja?
Decid que viene don Juan.
JUAN. Ya por las albricias van,
y ella se asoma a la reja.
GUZMAN. Espera.
JUAN. ¿Qué quieres?
GUZMAN. Di,
¿he de hablar italiano?
¿Diré *fratelo*, o hermano?
JUAN. Pienso que es mejor ansí.
Entiendan que hemos estado
en Nápoles, que hay persona
que dirá que a Barcelona
apenas hemos llegado.
GUZMAN. La verdad ¡por Dios! recelas.
Luego pido *macarroni*,
llamo a los mozos *poltroni*,
a las mozas *fratichelas*,
pido de comer *rostuto*;
y al dormir...
JUAN. Acaba, pues,
que baja mi madre, y es
descompostura del luto.
GUZMAN. El negro y las esclavillas
salen.
JUAN. ¿Y el que fué mi ayo?
GUZMAN. ¿Cómo es eso? El papagayo
está haciendo maravillas.

(Vanse, y salen CLARIDANO, LUCINDA *y* BELISA, *vieja, con tocas y antojos, y* JULIA, *su hija.)*

CLARID. Alza el rostro y no te aflijas
por quererme enternecer,
que Belisa ha de tener
en ti y en Julia dos hijas.
En su compañía quedas;
Sevilla es bella ciudad,
donde no hay necesidad,
Lucinda, que temer puedas.
Yo quisiera estar aquí;
ya ves que no puede ser.
LUCINDA. ¿Y cuándo pensáis volver,
tío y mi señor, por mí?
CLARID. Cuando allá quede acabado
aquel negocio, o de acá
me des aviso que está
tu padre desembarcado.
Ventura habemos tenido
en hallar estas señoras,
con quien pasarás las horas
de esta ausencia en dulce olvido.
JULIA. La ventura ha sido nuestra.
BELISA. Yo a lo menos decir puedo
que honrada y contenta quedo.
LUCINDA. Vuestra nobleza lo muestra.
BELISA. No pienso que quiero más
a esta niña que parí,
Lucinda hermosa, que a ti.
LUCINDA. Mostrando, madre, lo vas.
BELISA. Digo que si te pariera
no te tuviera mayor
amor que te tengo.
LUCINDA. Amor
sólo obligarme pudiera
a que de verme en Sevilla,
Belisa, me consolara.
BELISA. ¿Por qué si esta fénix rara
es otava maravilla?
CLARID. Hora es de partirme yo,
que me aguarda, y tengo pena,

(1) En el texto "y amores".

en la puerta Macarena
un hombre que ayer me habló,
que es de la tierra, y no es bien
perder en viaje largo
la compañía. No encargo
lo que vos sabéis tan bien.—
Suplícoos, Belisa noble,
miréis el recogimiento
de Lucinda, y que su intento
jamás de quien es se doble.
Viva, en fin, como con vos,
y mirad si acaso os falta
dinero.

BELISA. Si allá hace falta,
yo le daré.

CLARID. No ¡por Dios!,
antes dejaros quisiera
de lo que traigo.

BELISA. ¿No veis,
Claridano, que podéis
correrme de esa manera?
Antes, si para el camino
algo fuese menester...

CLARID. Yo lo llevo, y pienso hacer
lo que callar determino.
Escribiré, y enviaré
lo que necesario fuere.
Adiós.

BELISA. El Cielo os prospere
y alegre viaje os dé.

CLARID. Sobrina, adiós. No te quiero
decir más de que eres noble:
con esto entiendes al doble
lo que en tu virtud espero.

LUCINDA. No tengo qué responder;
lágrimas os dan respuesta;
de ellas sabréis lo que cuesta
ir a hablar y no poder.

CLARID. Adiós, Julia; adiós, Belisa.

JULIA. El Cielo os guarde, señor.

(*Vase* CLARIDANO.)

BELISA. Yo tuviera por mejor
trocar ese llanto en risa.

LUCINDA. Risa, señora, ¿por qué?
Fuera de quedar con vos,
¿no he de sentir que los dos
nos apartemos?

BELISA. No, a fe.
Porque esta tierra es amable,
y del poder escapáis
de aqueste viejo, y quedáis
con gente noble y tratable.
Aquí no os apretarán
a que no habléis si queréis;
no hay aquí entréis ni no entréis,
si es pariente o si es galán.
Es casa, aunque muy honrada,
libre y no con ceremonias.
Vendrán aquí las Antonias,
gente de gusto y que agrada;
vendrá Felicia, que es bella,
canta bien y habla mejor.
Hácese poca labor,
porque no se come de ella.
No hay noche que esté acostada
esta muchacha a las tres;
yo, con mis cincuenta y tres,
también ando desvelada.
Músicas, cuantas queráis;
barco y río, cada tarde;
alameda... Haréis alarde
de cuanto bueno queráis.
Indianos como picones,
bobos, vienen a la red.
Aquí, junto a la Merced,
tienen dos cien mil doblones.
Hay perla como este puño,
diamante como una nuez,
bálsamo, en un almirez
no cabe a cualquier rasguño.
Ambar que cuatro ballenas
no arrojan más en un mes;
tejos que de tres en tres
nos tiran a estas almenas.
De los caballeros mozos
no digo nada, aunque el miedo
me obliga a lo que no puedo,
por sus fieros y destrozos.
Pandorgas y pataratas,
matracas y cantaletas,
porque son los más poetas
y andan las musas baratas.
Anteanoche una pandorga
Julia a una vecina dió,
que presumo que se oyó
desde esta ciudad a Astorga,
de donde soy natural,
que yo no he nacido aquí,
que a fe que vine ¡ay de mí!
como rosa en el rosal.
Aún catorce no tenía,
mal pecado que pasó
conmigo en que me vi yo,

¿quién no me amaba y servía?
Era gordilla, fresquilla,
aguda, amable, hechicera.
En fin, pasé mi carrera
con mi pretal y mi silla,
y quédame esta muchacha
de un traidor que se me fué
a las Indias.

LUCINDA. (Por mi fe,
que mi negocio despacha.
Yo he quedado en muy buen puesto.
¡Ah, tío engañado y loco!
Pero todo importa poco
donde hay pensamiento honesto.
Para que pueda decir
una mujer que es honrada
así se ha de ver cercada,
pero no se ha de rendir.
Yo estoy sola; mientras veo
otro remedio mejor,
sufrir tengo.)

JULIA. ¡Por mi amor!
que se ha entrado Floriseo.

BELISA. ¿Viene solo?

JULIA. No; con él
viene su amigo Gerardo.

LUCINDA. (¡Triste! ¿Qué espero, qué aguardo?
¿Hay fortuna más cruel?
¿Dónde, Claridano loco,
me dejaste de esta suerte?

(*Salen* FLORISEO *y* GERARDO.)

FLORISEO. ¿Era ya tiempo de verte?

BELISA. He andado ocupada un poco.

GERARDO. ¡Oh, madre, dame esos brazos!

BELISA. A muy buen montón de tierra
por cierto.

GERARDO. Apriétame, cierra,
no aflojes tanto los brazos,
que más valen esas canas
que cuantos rubios cabellos
se hacen red, para con ellos
prender esperanzas vanas.

BELISA. ¡Ay, mancebo lisonjero,
gracias a Dios que salí
de creeros!

FLORISEO. Yo te vi,
Julia, en casa de un lencero
anteyer en cal de Francos.

JULIA. ¿Quién duda que te escondiste?

FLORISEO. La verdad ¡por Dios! dijiste.
Luego me das en los blancos.

GERARDO. (Repara ¡por vida mía!
¿Quién es aquesta señora?

BELISA. Bueno. ¿Qué quiere él ahora?
Aguardándole estaría.

GERARDO. Es belleza soberana.

BELISA. Desvíe.

GERARDO. Ya lo estoy.
¿Es de aquesta tierra?

BELISA. No.

GERARDO. ¿De dónde?

BELISA. Zaragozana.

GERARDO. Bien haya el gentil lugar
que tan buenas mozas cría.
Dejadme, por cortesía,
ya que no llegar, hablar.

FLORISEO. Ya querrá mostrarse tierno
el hermano Caumedón.

JULIA. Es de aquella condición.)

BELISA. ¡Qué triste estás!

LUCINDA. ¡Ved qué infierno!

BELISA. Habla, alégrate, no estés
pensando en melancolías,
mas son los primeros días.

LUCINDA. Bien dices, pase este mes,
que estoy agora encogida.

GERARDO. ¿De Zaragoza, señora,
fué vuestro oriente y aurora?

LUCINDA. Allí, señor, soy nacida.

BELISA. ¿Cómo es aquello de Oriente?
¿Es Rey Mago esta mujer?

GERARDO. Oriente dije al nacer,
como sol resplandeciente.

BELISA. Anda ya, que esa poesía
es para aquí muy cansada.
Con mujeres no me agrada,
hijo, esa filatería.
Hablar llano, pagar mucho,
no cansar y dar lugar,
es un fino negociar.

LUCINDA. (¡Triste! ¿Dónde estoy? ¿Qué escucho?

FLORISEO. Tiene esa ciudad mil famas
de tener casas tan bellas,
que igualan a las estrellas,
pero no tan bellas damas.
Aunque engaño fué ¡por Dios!
tal sinrazón entender;
muy bellas deben de ser
si todas son como vos.
¿No responde?

BELISA. Está tan triste
de que ahora se partió
su tío, que pienso yo

que hasta lágrimas resiste.—
Ha menester desenfado,
ver la ciudad, ver el río,
que uno y otro pondrá brío
al corazón más helado.

GERARDO. Al río, dices muy bien;
yo enviaré coche, y habrá
barco a punto, en que podrá
ir esa estación también.

LUCINDA. No, señor, que no estoy buena.

JULIA. Ruégale, madre, que vaya.

BELISA. Hija, tú has de ver la playa
y aquella dichosa arena.
Mírala por cosa extraña,
que, sin ser el Potosí,
recibe y sustenta en sí
toda la plata de España.
No son estos mozalbitos
los que te han de importar mucho,
yo te buscaré un machucho.

LUCINDA. (Quisiera llorar a gritos.)

BELISA. ¡Ea! Venga el coche luego.

GERARDO. ¿Dijo sí?

BELISA. Calla, que irá
al infierno.

GERARDO. Si va allá,
más cerca hallará mi fuego.

FLORISEO. ¿Qué, ya estáis enamorado?

GERARDO. No sé qué tengo ¡por Dios!
Vendremos de dos en dos
a esta devoción.

BELISA. Cuidado,
y no nos vean entrar.

FLORISEO. Entrad vosotros primero.

LUCINDA. (Cielo enemigo, ¿qué espero?
¿He de hablar, o he de callar?
Pero no, que hasta saber
lo que importa al honor mío,
bien es callar, porque el río
no es fuego en que puedo arder.)

JULIA. Alégrate, mi Lucinda.

GERARDO. ¿Lucinda se llama?

JULIA. Sí.

GERARDO. Pues si luce tanto en mí,
¿qué milagro que me rinda?

BELISA. Llevalde de merendar.

GERARDO. Déjame hacer. Eso es poco.

FLORISEO. ¿Qué tenéis?

GERARDO. No sé; estoy loco.

LUCINDA. (Yo tengo bien que llorar.
¡Alma! ¿Cómo disimulas?)

BELISA. ¿Lloras?

LUCINDA. Esta gente extraño.

BELISA. Calla, niña, que en un año
tendrás coche con diez mulas.

(*Vanse, y salgon* CARPIO, *escudero, y* GUZMÁN; *salga más bien compuesto.*)

GUZMAN. ¿Voy entendete que cuesto
è alcuna furfantería,
caro fiol?

CARPIO. ¡Por vida mía,
que andamos buenos! ¿Qué es ésto?

GUZMAN. En Chichilia, mío trovato.

CARPIO. ¿Qué trovato, Guzmanico?

GUZMAN. O trovato un cherto amico
que voy estato malato.
Meadeto è, per Dío vero,
que me ho pensato morire.

CARPIO. (Este quiere que le tire
una noche un candelero.)
Habla cristiano, borracho.

GUZMAN. Digo que en Sicilia hablé
un hombre a quien pregunté
por vos.

CARPIO. Eso sí, muchacho.

GUZMAN. Il cuale ripose al ponto.

CARPIO. ¡Oh! Lleve el diablo tu lengua,
mira que el seso me amengua,
habla en nuestra lengua, tonto.
Y di, ¿qué me traes de allá?

GUZMAN. Todo este vocabulario,
que os será muy necesario.

(*Sale* DON LUIS.)

LUIS. ¿Está el bien venido acá?

GUZMAN. En casa está, que no habemos
salido a ver la ciudad.

LUIS. ¿Es Guzmán?

GUZMAN. Buena amistad.

LUIS. ¡Jesús!

GUZMAN. Ya no conocemos.

LUIS. Vienes de Italia tan hombre.

GUZMAN. Ho baruato, adeso, adeso.

CARPIO. ¡Oh! Pues si le mete en eso,
dirá cosas que le asombre.
Hoy, comiendo mi señor,
que he vergüenza de decillo,
pienso que pidió un palillo
y le trajo un calzador.

(*Sale* DON JUAN *con un pellico y ropo.*)

JUAN. ¿De qué es la conversación?

LUIS. ¿Es don Juan?

JUAN. ¿Es don Luis?
LUIS. ¡Jesús, qué bueno venís!
Abrazadme.
JUAN. Es gran razón,
que sois amigo del alma.—
¡Hola! Traed sillas aquí.
GUZMAN. Porta sella, bestia.
CARPIO. Ansí,
y para vos una enjalma.

(*Sale* LEONARDO, *gentilhombre.*)

LEONARDO. ¿Podémosle todos ver?
JUAN. ¡Oh, Leonardo!—Sillas. ¡Hola!
CARPIO. (Hoy hay linda tabaola.
¡Más que nos han de moler!)
(*Metan sillas.*)
GUZMAN. Vendrále a ver todo el mundo.
LEONARDO. En verdad que venís bueno.
JUAN. ¿Estáislo vos?
LEONARDO. Estoy lleno
de humor pesado y profundo
desde que os fuistes de aquí.
JUAN. Estaréis enamorado.
LEONARDO. Casi en el blanco habéis dado.

(*Sale* LISEO.)

LISEO. ¿Esto se ha de hacer sin mí?
¡Pesia tal! Dadnos a todos
un abrazo.
JUAN. ¡Oh, buen Liseo!
LISEO. Siquiera por el deseo
con que de tan varios modos
diligencia habemos hecho
para saber qué os hicistes,
hallaréis de paños tristes
la casa del suelo al techo.
¡Tenga Dios al seor don Diego
en el cielo!
JUAN. ¡Plega a Dios!
LISEO. Y guárdeos, don Juan, a vos.
Ved con qué pésames llego.
¿Ya estaréis vos consolado?
JUAN. ¡Buen padre perdí!
GUZMAN. ¡Y qué bueno!
LISEO. ¿Cómo?
GUZMAN. Túvome al sereno
una noche en un tejado
porque llevé por alli
una rodela a don Juan.
LEONARDO. ¿Llevastes allá a Guzmán?
JUAN. Allá lo llevé.
GUZMAN. Allá fuí.
LUIS. ¿Vistes toda Italia?
JUAN. No;
pero harta parte corrí,
y algo de la Francia vi.
LUIS. ¡Que no fuera con vos yo!
JUAN. Vos, aunque el rey os despache
a la jornada más llana,
no pasaréis de Triana
o de San Juan de Alfarache.
LISEO. ¿Para qué Sevilla encierra
naciones de varios nombres?
JUAN. ¡Qué bien es salir los hombres
algún tiempo de su tierra!
GUZMAN. Sábenle bien a don Luis
el mollete y mantequilla.
LEONARDO. Muy buena Italia es Sevilla.
JUAN. Verdad ¡vive Dios! decís.
¿Acabóse la grandeza
que se comenzaba aquí
casi al tiempo que me fuí?
LEONARDO. Con admirable extrañeza.
¿No es el túmulo real
del segundo rey Felipe?
JUAN. Sí.
LEONARDO. Pues cuando le anticipe,
o no le consienta igual,
al más alto mausoleo
que se celebra en historia,
no daré debida gloria
a su famoso trofeo.
Y así, habiendo de alabar
a Sevilla de las cosas
que en ella son más famosas,
ésta podéis celebrar,
porque las otras se han hecho
para quedar por memoria,
y ésta sola por la gloria
de su rey.
JUAN. ¡Piadoso pecho!
¡Qué bien la llaman leal!
LISEO. Filipo lo mereció.
JUAN. ¡Quién le viera!
LEONARDO. En él mostró
Sevilla el mayor caudal
del amor y del poder.
JUAN. ¿Cómo fué?
LEONARDO. En cifra podría
deciros algo.
JUAN. A fe mía
que lo deseo saber.
LEONARDO. A las honras de Filipo,
gran coluna de la Iglesia,

Sevilla, en la mayor furia,
hizo estas dignas obsequias.
Levanta, entre los dos coros,
un túmulo que venciera
las Pirámides de Egipto,
si llegara a competencia.
La planta, cuarenta y cuatro
pies castellanos encierra,
y ciento y cuarenta y uno
tiene de alto la montea.
Y si a su gran pensamiento
no atajara la cubierta,
yo sospecho que a las nubes
diera la fábrica nuevas.
Las calles que acompañaban
de este cuerpo la grandeza,
al Norte y al Mediodía
la que más pudieron, muestran
ciento y seis pies en el largo;
de ancho, sobre dos cuarenta;
del grueso del muro, nueve,
treinta y cinco de montea.

JUAN. ¡Por Dios, que es gallarda vista!

LEONARDO. Fué su imitación de piedra;
basas, capiteles, armas,
pintura y historias de ella,
fueron de color de bronce,
y las figuras diseñan
la que tiene el mármol blanco.

JUAN. Toda la traza es discreta.

LEONARDO. Pintura del cuerpo abajo,
entre las columnas, era
dos manos con un manojo
de flores, y espigas tiernas,
un águila rodeada
de un círculo de culebra;
Italia en forma de dama,
con lanza y corona bella;
a los Estados de Flandes
otra dama representa;
luego un pirámide se halla
por la reina portuguesa,
primera mujer del rey,
que Dios en su gloria tenga.
En el pedestal se via
pariendo una hermosa oveja,
un leoncillo que la mata,
que un príncipe representa.
Otra corresponde a éste,
dedicado a la princesa
de Francia, que de Filipo
fué, don Juan, mujer tercera.
Víase el arco del cielo
y aquella paloma tierna
que trajo la verde oliva.

JUAN. Según eso, ¿otras dos quedan
para los otros dos lados?

LEONARDO. Dos cosas quiero que adviertas:
que sólo un lienzo te pinto
y que no te digo letras,
porque ni fuera posible,
ni bastaran muchas lenguas.
Las pirámides son cuatro,
porque lo fueron las reinas,
con sus globos en sus puntas,
sus armas y sus empresas.
Luego viene la escultura,
y el segundo cuerpo empieza,
donde, entre varias columnas
que la máquina sustenta
de diez y seis pies en alto,
ocho figuras se muestran.
La Religión el labaro
tiene en la mano derecha;
la Severidad, que al hombro
muestra una espada sangrienta;
tiene la Sagacidad
en la mano una barrena,
y un globo la Monarquía,
coronado en la siniestra.
En los cuatro pedestales
cuatro inscripciones, y entre ellas
la que le ofrece Sevilla
con alma y lágrimas tiernas.
La tumba cubre un brocado;
puestas a la cabecera
dos almohadas, y encima
su corona de oro y piedras.
Luego el estoque desnudo,
y al lado derecho puesta,
con plumas de sus colores,
una celada de guerra.
A los pies, un león, de quien
sale una lanza, y en ella
un guión del estandarte
real con armas y empresas,
sobre carmesí bordadas
de oro las armas, la vuelta
con la imagen de Santiago.

LUIS. Ya el tercer cuerpo comienza.

LEONARDO. La figura de la Fe
y la Justicia le cercan,
aquélla con cáliz y hostia,
con peso y espada ésta.

La Templanza, que una palma
tiene, compás, freno y riendas,
y con su coluna y armas
vestida la Fortaleza.
La imagen de San Lorenzo
sobre cinco gradas puesta,
de catorce pies en alto
el medio cuerpo relieva.
Alzábase un obelisco,
que en el extremo se asienta,
en cuya punta, en un globo,
se vía una grande hoguera
en que un fénix se quemaba,
de la bóveda tan cerca,
que a ser verdadero el fuego
pudiera abrasar la iglesia.

JUAN. Siendo tan alta ¿llegaba
al techo?

LEONARDO. Y aunque lo fuera.
La tercer región del aire,
que Sevilla hasta el sol vuela,
acá en la calle se vían
puestas dos figuras bellas
de deciséis pies de bulto.

JUAN. ¡Por Dios, que es máquina inmensa!

LEONARDO. Una era la Lealtad.

JUAN. ¿Y la otra?

LEONARDO. La Riqueza.

JUAN. ¿Y pinturas?

LEONARDO. Eso admiran.
Hieroglíficos y letras
con la guerra de Granada,
se miraba su ribera:
las rebeliones de Flandes,
liga con Roma y Venecia,
el socorro dado a Malta,
la Naval y el triunfo de ella,
con la toma del Peñón.

JUAN. Tenéisme el alma suspensa.

LEONARDO. Ocho altares, en lo bajo,
a los pilastros se allegan,
a San Leandro y Isidro,
a Justa y Rufina bellas,
Jerónimo, Hermenegildo,
San Diego, Felipe, Esteban
y otros santos dirigidos,
y aquí por deciros quedan
las estatuas que tenían
a las dichas contrapuestas,
como era la Vigilancia,
Sabiduría, Prudencia,
Constancia, Clemencia, Paz,
Verdad, Victoria y Largueza.
Los hieroglíficos bellos,
que fueron más de sesenta,
en mil círculos y cuadros.
La infinidad de la cera,
con cuya luz parecia
un incendio desde cerca,
y desde lejos un cielo
todo bordado de estrellas.
Los asientos, no te digo,
de la ciudad y el audiencia.
No la música, don Juan,
ni lo que toca a la iglesia;
pero puédote decir
que fué esta máquina inmensa
para un rey que mandó el mundo
y que no cupo en la tierra,
y agora en El Escorial,
en una caja pequeña
cupo y le sobra lugar.
¡Dios le dé su gloria eterna!

(*Salen* FLORISEO *y* GERARDO.)

FLORISEO.

¡Par Dios, que tratáis mal a los amigos!
Pues ¿fuera mucho darme aviso de ésto?

JUAN.

¡Oh, Floriseo!

GERARDO.

Y yo, don Juan amigo,
¿cuándo pude ese olvido mereceros?

JUAN.

¡Oh, Gerardo!—Guzmán, metan más sillas.

GERARDO.

Antes no ¡por mi vida!, que ya es tarde.

FLORISEO.

¡Por Dios! que supe en parte donde estaba
con cosas de mi gusto, y que me importa
vuestra venida, y que lo dejo todo
por besaros las manos. Pues, hermano,
¿cómo fué por allá, por las Italias?

JUAN.

De todo ha habido. Hubiérame importado
estar en casa en la improvisa muerte
de mi señor, que Dios tenga consigo.

FLORISEO.

Quedaldo a Dios, no lo penséis agora;
así pasemos todos la carrera.
Mas barbado venís.

JUAN.

Estoy ya viejo.

FLORISEO.

¿Vino con vos aquel desvergonzado
de Guzmanillo?

JUAN.

No, que fué a Ginebra.

FLORISEO.

Y cómo si lo creo del bellaco.
Cara de luterano tuvo siempre.

GUZMANILLO.

Por su virtud, señor saltacharquillos,
que en verdad que la suya no es muy buena,
ni aun pienso que allá dentro es muy católico.

FLORISEO.

¡Oh, borracho, borracho!

GUZMANILLO.

¡Oh, cuero, cuero!

JUAN.

Pues, Gerardo, ¿qué hay nuevo?

GERARDO.

A fe de hidalgo,
que sólo oír decir: "Don Juan de Urbina
está en Sevilla", me pudiera agora
quitar de lo que estaba negociando.

JUAN.

¿Todavía tenéis esas flaquezas?
Terriblemente la salud os cansa.

GERARDO.

¿Vos la habéis regalado?

JUAN.

No he tenido.
gracias a Dios, aquellas niñerías
que os hicieron sudar ahora tres años.

GERARDO.

No es hombre el que no tiene algún achaque.

JUAN.

¿Qué ropa es ésa?

GERARDO.

Es cierta forastera.

JUAN.

Peor mil veces.

GERARDO.

Digo que es un ángel.

JUAN.

¿Y dió fianzas ya de la limpieza?

GERARDO.

Bueno es eso; es mujer de tierra fría.
En un coche hemos ido aquesta tarde
ella, Julia, Belisa y Floriseo.

JUAN.

¿Quién son, que no conozco?

GERARDO.

Ciertas damas,
y esta noche en la calle habrá requiebro,
y aun si habemos de andar como solíamos,
os llevaré conmigo por si acaso
no estuviere segura alguna esquina.

JUAN.

Deseo ver esta ciudad famosa.
Saldremos yo y Guzmán aquesta noche,
y con vos, aunque aparte y escondidos,
el pico oiremos de esa forastera.

GERARDO.

Está triste, habla poco; mas no importa,
que ya se va alegrando.

LISEO.

Caballeros,
ya es tarde; alto, a cenar.

GERARDO.

Lo dicho, dicho.

CARPIO.

Mi señora te aguarda.

JUAN.

Arriba subo.—
Yo acudiré, Gerardo.

GERARDO.

Allá os aguardo.
Adiós, don Juan.

JUAN.

Adiós, señor Gerardo.

(*Vanse, y salen* LUCINDA *y* BELISA.)

BELISA. ¿No te has holgado?
LUCINDA. Muy poco.
Fuí al río, y volvíme un mar.
BELISA. No te debió de agradar
aquel mozalbito loco;
daríate algún espanto
verle en agua vuelto en fragua.

LUCINDA. Sólo me agradaba el agua
por ser materia de llanto;
ni sus razones oí,
ni sus penas escuché,
ni a sus palabras di fe,
ni sus promesas creí.

BELISA. Tú eres mujer a mi gusto,
besar te quiero esa cara;
mujer que en eso no para
va con mi intención al justo.
Hay mujer que a dos razones,
o una lágrima fingida,
ella propia se convida;
siempre se ha de decir nones.
Que en la mujer el amor
ha de ser como el tormento,
y que el galán ande a tiento
en materia de favor.
Que en entendiendo un mancebo
que le quieren de redondo,
deja el anzuelito mondo
y vase comiendo el cebo.
Siempre la mujer discreta
tiene a su galán en duda,
para que con esto acuda,
que es excelente receta.
Tus principios me contentan;
serás mujer, no lo dudes;
que esas varas de virtudes
la vida y la hacienda aumentan.
Las bobas que se apasionan,
que se humillan y se ablandan,
y tras los hombres se andan,
cosen, labran, almidonan,
son esclavas de su gusto.
Páguenlo los bellacones.
Nones, Lucinda, hija, nones.

LUCINDA. (¡Qué infernal pena y disgusto!)
Madre, ¿para qué te cansas?
Que no me conoces bien.

BELISA. Hija, con ese desdén
verás cómo un tigre amansas.
Harto predico a esta boba
de Julia, mas no aprovecha;
uno quiere, otro desecha,
y escogiendo siempre es boba.

(Sale JULIA.*)*

JULIA. ¿Qué murmurabas de mí?

BELISA. Hablo de tus liviandades.

JULIA. Rece y calle.

BELISA. Estas verdades
no te saben bien a ti.

JULIA. Ve, Lucinda, a la ventana,
que te aguarda no sé quién.

LUCINDA. Pues ¿de noche será bien?

BELISA. ¿Y es mejor a la mañana?
La noche la hizo Dios
así, negra, ciega y fea,
porque flaquezas no vea.
Ve, Lucinda. Entrad las dos.

JULIA. Vete tú acostar también.

BELISA. Algo tenéis que encubrir.

LUCINDA. (Todo aquesto he de sufrir
hasta saber de mi bien.)

(Salen DON JUAN *y* GUZMÁN *y* GERARDO, *con broqueles y hábito, de noche.)*

JUAN.

Sosegado está todo.

GERARDO.

Sosegado,
si no soy yo, que no tendré sosiego
hasta que goce esta mujer. ¿Has dicho,
Guzmán, a esa mulata que yo era?

GUZMANILLO.

Ya me habló en el portal, y relucían
de manera sus ojos a lo escuro,
que entendí que era gato, y hube miedo.

JUAN.

Muy bonito eres tú. Yo te prometo
que no estuviste lejos de abrazalla.

GUZMANILLO.

Blanqueaban también los buenos dientes,
y ¡por Dios! que no pude más conmigo;
mas dióme colación y despedida.

JUAN.

¿Qué colación?

GUZMANILLO.

No entiendes de grajea,
que en verano es negocio temerario.

GERARDO.

Don Juan, ya sale la mujer que adoro.
Tomad esas esquinas.

(Sale LUCINDA *a la ventana.)*

LUCINDA.

¡Ah, de abajo!

GUZMANILLO.

Desvíate.

JUAN.

¿Por qué?

GUZMANILLO.

Luego ¿no quiere
tirar alguna cosa?

JUAN.

¿Eso pensaste?

GUZMANILLO.

En mi tierra ¡ah de abajo!, entre albañiles, es arrojar cascotes o capachos.

(*Aparte.*)

GERARDO. Aquí estoy para serviros,
hermosa zaragozana,
llamando en esa ventana
con deseos y suspiros.
No juzguéis a atrevimiento
cansaros, señora, ansí,
que sólo viniendo aquí
descansa mi pensamiento.

JUAN. (¡Ay, Guzmán! ¡Quién estuviera
a la puerta de Lucinda!

GUZMAN. La imaginación es linda.
Deja esa vana quimera.
Está la otra olvidada,
en Zaragoza, de ti,
y tú suspirando aquí.

JUAN. Olvidada y adorada.
Si con oír la trompeta,
Guzmán, se anima el caballo
y es menester arrendallo
porque luego no acometa,
quien ama, si oye de amor,
¿cómo quieres que no sienta?)

LUCINDA. Lo que vuestro amor intenta,
hidalgo, es contra mi honor.
La casa en que me habéis visto
esa licencia os ha dado;
conmigo estáis disculpado,
yo con vos si me resisto.
Y si aquí he salido a hablaros,
es sólo para deciros
que allá podéis divertiros
y que aquí podéis cansaros.

GUZMAN. (A fe que está la mujer
harto enamorada.

JUAN. ¿A ésto
nos trae el negocio a este puesto?

GUZMAN. Liciones deben de ser
de aquella bendita vieja.)

GERARDO. Si es porque no os he servido,
que salgáis mañana os pido,
que no volveréis con queja.
Hasta quinientos escudos
tomad en la alcaicería
de oro y de mercadería.

GUZMAN. (¿Piensa que lo dice a mudos?)

LUCINDA. Con diez mil haréis lo mismo.
Suplícoos que no os canséis.

GUZMAN. (Yo sé quien tomara seis
y se echara en el abismo.

JUAN. Gente suena y confusión.

GUZMAN. Música debe de ser.)

JUAN. ¿Qué dice aquesta mujer?

GERARDO. No sé. Mis desdichas son.

(*Sale una* CUADRILLA *con varios instrumentos y pandorga, y diga la música:*)

"¡Vida bona, vida bona,
esta vieja es la Chacona!
Primera de cuatro sietes,
¿de qué sirve que te pongas
con la mano del mortero
en la mejilla dos rosas?
¿De qué sirve que te hagas
tortuga entre blancas tocas,
y con ese monjil negro
finjas gravedad y honra?
¿De qué sirve que te mirles
y que te frunzas de boca,
si jugando con los años
ganaste por setentona?
¡Vida bona, vida bona,
esta vieja es la Chacona!
De las Indias a Sevilla
ha venido por la posta;
en esta casa se alberga;
aquí vive y aquí mora.
Los que venimos a darle
esta matraca y pandorga,
de en casa del desengaño
hemos sacado estas coplas.
Recoge, Matusalén,
en tu corral buenas pollas,
que ya no hay gallo en el mundo
que se atreva a tu persona.
¡Vida bona, vida bona,
esta vieja es la Chacona!"

(*Váyanse con grande grito.*)

GERARDO.

¡Vive Dios! que he tenido tentaciones, don Juan, de meter mano.

JUAN.

Eso es locura,
que no sabéis quién son, y ser podría
que fuesen camaradas.

GERARDO.

No es posible,
y por eso, aguardadme, que al descuido
quiero reconocerlos.

JUAN.

Aquí aguardo.

GUZMANILLO.

¿Iré con él?

JUAN.

No dejes a Gerardo.

(*Vánse* GERARDO *y* GUZMÁN.)

LUCINDA. ¿Ah, caballero?
JUAN. Señora,
¿llamáisme a mí?
LUCINDA. ¿No sois vos
quien me hablaba?
JUAN. No ¡por Dios!,
que se va del puesto ahora
para saber quién juntó
esta honrada gentecilla. (1)
LUCINDA. Hidalgo, ¿sois de Sevilla?
JUAN. Solía, pero ya no.
LUCINDA. Pues ¿de dónde?
JUAN. Aragonés,
como francés por la vida.
LUCINDA. ¡Ay, triste!
JUAN. ¿Estáis ofendida
de alguno?
LUCINDA. No.
JUAN. Pues ¿quién es
de aquese suspiro dueño?
LUCINDA. Un hombre.
JUAN. Con eso estáis
tan cruel con los que habláis.
LUCINDA. Aún más soy de lo que enseño.
JUAN. Seguro de vos estoy;
no me diréis disfavores. (2)
porque yo no os diré amores,
supuesto que amante soy.
LUCINDA. Pues yo sola trato mal
hablándome en querer bien.
JUAN. ¿Queréis bien?
LUCINDA. Sí.
JUAN. Yo también.
LUCINDA. Y ¿sois de aquí natural?
JUAN. De aquí soy; pero está ausente
lo que quiero.
LUCINDA. ¡Gran pasión!
Y ¿dónde está?
JUAN. En Aragón.
LUCINDA. Pues yo ausente, estoy presente.
JUAN. ¿Cómo?
LUCINDA. Porque adoro un hombre
que está aquí y no sé de él.
JUAN. Preguntadme a mí por él,
por dicha os diré su nombre.
LUCINDA. Eso no, que ser podría
en ofensa de mi honor;
pero vos podréis, señor,
hacerme una cortesía.
JUAN. ¿Cómo os puedo yo servir?
LUCINDA. Podéisme decir los nombres
de los más gallardos hombres,
y si yo acertara a oír
el que adoro, luego al punto
os confesaré verdad,
porque me haga amistad
de traerle.
JUAN. Oíd, pregunto,
que se me puede olvidar,
y diciéndole vos, no.
LUCINDA. De que no le diré yo
bien os puedo asegurar.
JUAN. Pues escuchad, que comienzo.
LUCINDA. Decid.
JUAN. Don Diego, don Luis,
don Esteban, don Dionís,
don Francisco, don Lorenzo,
Leonardo, Alberto, don Egas,
don Bernardo, Salvador,
De Biesma, Enrique Factor
y Rodrigo de Villegas.
¿No está en esta letanía?
LUCINDA. No.
JUAN. Pues de mártires es.
LUCINDA. ¿No conocéis más?
JUAN. Después
los toparé cada día.
¿Don Jerónimo es acaso?
LUCINDA. Tampoco.
JUAN. ¿Ni Floriseo,
Gerardo, Estacio y Liseo,
don Sancho de Silva y Laso,
don Juan?

(1) En el texto "gentileza".
(2) En el texto: "no me daréis dos favores".

LUCINDA. ¿Qué don Juan?
JUAN. De Urbina,
aunque hay otros mil.
LUCINDA. Teneos,
que se echarán mis deseos
tras él.
JUAN. (Esta desatina.)
Pues ¿cómo podéis querer
un hombre que hoy ha llegado
a Sevilla, y que no ha hablado,
fuera de vos, con mujer?
LUCINDA. Ese es el mismo que quiero.
JUAN. No puede ser.
LUCINDA. ¿Cómo no?
JUAN. Porque le conozco yo.
LUCINDA. ¡Ay, señor! ¿Es caballero?
JUAN. El honrado se imagina.
LUCINDA. ¿Tiene?...
JUAN. Cuatro mil de renta.
LUCINDA. Ese don Juan me atormenta.
JUAN. ¿Don Juan de Urbina?
LUCINDA. De Urbina.
JUAN. No lo debe de saber.
LUCINDA. Sí sabe.
JUAN. Digo que no.
LUCINDA. Digo que sí.
JUAN. Si soy yo,
¿no veis que no puede ser?
LUCINDA. ¿Tú, mi bien? ¿Qué haré? ¡Ay de [mí!
¿Cómo bajaré a tus brazos?
JUAN. Bajarás hecha pedazos
como te arrojes de ahí.
(¿Es loca aquesta pobreta,
o quiere que así me rinda?)
LUCINDA. ¡Ah, mi bien, que soy Lucinda!
JUAN. (Toda el alma me inquieta.)
¿Lucinda la de Aragón?
LUCINDA. La misma.
JUAN. Pues ¿cómo aquí?
LUCINDA. Por buscarte, mi bien, fuí
buscando mi perdición.
Aquí me trajo mi tío;
pensó que era principal
esta casa.
JUAN. Pensó mal.
LUCINDA. Entra dentro, entra, bien mío,
entra, que quiero abrazarte.
JUAN. Que no puedo agora digo,
porque vengo por testigo
y no puedo hacerme parte;
mas también es crueldad
no verte; en viniendo iré
con él, y luego vendré
a verte.

(*Salen* GERARDO *y* GUZMÁN.)

GERARDO. Buena amistad;
amigos de poco seso.
GUZMAN. Son para tiempo de higos.
JUAN. ¿Quién eran?
GERARDO. Dicen que amigos;
mas no lo muestran en éso.
JUAN. Si no saben que aquí habláis,
no os ofenden.
GERARDO. Así es.
¿Fuése?
JUAN. Dijo que despues,
o que mañana, volváis.
¿Vos tenéis algo con ella?
GERARDO. Hoy la empiezo a requebrar.
JUAN. Pues vámonos a acostar,
que hoy no habéis de merecella.
GERARDO. Vamos, que tenéis razón,
fuera de que voy mohíno.
JUAN. Yo te diré en el camino,
Guzmán, mis dichas quién son.
GUZMAN. ¿Dirás que se ha enamorado
la forastera de ti?
JUAN. Perdida queda por mí.
GUZMAN. ¿Es buñuelo?
JUAN. Hemos trazado
vernos mañana los dos.
GUZMAN. ¿Qué habrá que tu amor no rinda?
JUAN. Es Lucinda.
GUZMAN. ¿Quién?
JUAN. Lucinda.
GUZMAN. ¿Cierto?
JUAN. Sí.
GUZMAN. ¡Válame Dios!

ACTO TERCERO

de EL AMANTE AGRADECIDO.

(*Salen* LUCINDA, *con manto, y* BELISA *con su báculo,* DON JUAN, *y* GUZMÁN *requebrando a la vieja.*)

LUCINDA. Lo primero que te pido
es que me saques de aquí.
JUAN. Harélo, señora, ansí,
que no estoy poco ofendido.
LUCINDA. Culparás a Claridano.
JUAN. ¿Por qué, pues era extranjero?
LUCINDA. Por no mirarlo primero.
JUAN. Todo le parece llano

a quien anda en tierra ajena.
Esta vieja es un demonio.

LUCINDA. Y no es poco testimonio
su cara de engaños llena.

JUAN. ¿Tú que la has dicho de mí?

LUCINDA. Dije a la vieja y la moza
que al pasar por Zaragoza
dos o tres veces te vi.

JUAN. ¿Dónde?

LUCINDA. En casas de un deudo mío,
donde eras huésped.

JUAN. Muy bien.

(BELISA y GUZMÁN *aparte.*)

BELISA. Mala pedrada te den,
pícaro, infame, baldío.
¿Tú amores a mí?

GUZMAN. Pues ¿qué,
eres santa, eres matrona,
siciliana, o amazona?
¿Tienes pechos? ¿A ver?

BELISA. ¿Qué?
Por el siglo de mi madre
que me parió, si levanto
el báculo...

GUZMAN. ¿Rigor tanto
con hijo de tu compadre?
¡Jesús! Olvidada estás
de aquellas tres niñerías.

BELISA. Como eso llevan los días,
como eso dejan atrás.
¿Ya es burla cuarenta y dos?

GUZMAN. ¿Cómo es eso? Añade un cero;
pero bien haces, y espero
que me has de querer ¡por Dios!

BELISA. ¿En qué lo puedes fundar?

GUZMAN. En que te quitas los años,
y es señal, muy sin engaños,
que me quieres agradar.

BELISA. Confiésote, Guzmanico...

GUZMAN. ¿Qué?

BELISA. Qué no hay llave maestra
para la flaqueza nuestra
como un desgarrado pico.
Ya entenderás que me agradas.
¿Qué puedes de mí querer?

GUZMAN. Ver una honrada mujer
entre unas tocas honradas.

BELISA. Honrada tu vida sea.

GUZMAN. Siempre enojosas me han sido
muchachas; güelen al nido;
no sé quién su amor emplea
en quien no sabe sentir,
amar y corresponder.
Muchachas todo es comer,
dormir, tocar (1) y vestir,
ir a las fiestas, al río,
a la procesión, al campo.
Yo, amiga, mejor me zampo
donde hay años, gusto y brío.
Mucho me cansa ¡cheriba!
y esto de hacerme pucheros,
tras sacarme los dineros
por la vía ejecutiva.
Luego hay madre que persigue;
luego hay hermano mayor;
ni falta competidor
que a cuchilladas obligue.
Quieren confites por puntos,
rompen medias y zapatos,
que no hay plata en treinta platos
ni en treinta plateros juntos.
Una buena cincuentaina
cose a un hombre y le remienda,
siente la espuela y la rienda
mejor que una mula zaina.
Con unos zapatos tiene
para lo que ha de vivir,
excúsase de pedir
y siempre con algo viene.
Los azores de Noruega
son de gran volatería,
porque es allá corto el día
y luego la noche llega.
Como queda poca vida
para que puedan volar,
sienten lo que han de dejar
y van haciendo su herida.

BELISA. Enfrena, Guzmán, el curso.

GUZMÁN. Déjame decir, señora,
que más de una vieja agora
se holgara de este discurso.

(LUCINDA *aparte.*)

LUCINDA. Habla a tu madre, don Juan.

JUAN. Tomarálo fuertemente.

LUCINDA. ¿No tienes algún pariente
donde esté?

JUAN. Todos están
muy metidos en casarme:
tan puestos en mí los ojos,
que con menores enojos
los obligara a matarme.
Soy rico, estoy heredado,

(1) En el original "trocar".

y a un hombre de estos alientos
le cargan más casamientos
que pleitos a un buen letrado.
No sé qué tengo de hacer.

LUCINDA. ¡Ay, don Juan! Yo te he entendido.
Basta, para agradecido,
haberme venido a ver.
Y aun esto no sucedió
menos que acaso. Ahora bien,
casarte es justo, y también
es justo que muera yo.
Grande fué mi atrevimiento.

JUAN. ¿Cómo me hablas ansí?

LUCINDA. Belisa, vamos de aquí.

JUAN. Escucha.

LUCINDA. Ya sé tu intento.
Yo soy mujer principal;
de esta pobreza el rigor
parará en hacer labor,
susténteme bien o mal.
Y si lágrimas acaban
vidas, yo me moriré
con saber que me fié
de un hombre que tanto alaban.—
¡Ea! Belisa.

BELISA. ¿Qué es ésto?
¿Por qué reñís? No haya más.

JUAN. Terrible, señora, estás.

LUCINDA. Tú muy blando y muy compuesto.
Obedece tú, siendo hombre,
a tu madre; pues, mujer,
no supe yo obedecer
a un padre de tanto nombre.
Mi deuda es cosa distinta
de deudos que son primero,
que las deudas de dinero
no son sangre, sino tinta.
Aunque una deuda de amor
más es que sangre si es vida,
y más cuando viene asida
con tanta fuerza de honor.
Adiós, don Juan.

JUAN. Oye, pues.

LUCINDA. Esto en esto se concluya.
Perdona ¡por vida tuya!
si en irme soy descortés.

BELISA. (Guzmán, no entiendo esta gente.
Venme tú después a hablar.

GUZMAN. Adiós, sirena del mar.
(Digo, atún.)

BELISA. Adiós, valiente.)

(*Vanse* LUCINDA *y* BELISA.)

JUAN. Enojada va.

GUZMAN. ¿Por qué?

JUAN. Pidióme que la sacase
de aquí.

GUZMAN. Con razón. ¿Y vase
porque al momento no fué?

JUAN. Díjele la condición
de mi madre y mis parientes.

GUZMAN. ¡Qué cosas tan diferentes
de su gusto y pretensión!
Mal lo has hecho.

JUAN. Has de saber
que sin que el mundo me rinda
de aqueste intento, Lucinda
es y ha de ser mi mujer.
Sola una dificultad
al honor se le ha ofrecido,
de la casa en que ha vivido,
viviendo en esta ciudad.
Por eso estoy tan cobarde,
que aquesta hechicera vieja
pienso que mal la aconseja
y que hemos llegado tarde.
Pues dado que yo la adoro
y quiero para mujer,
sólo quisiera saber
si el alma es hierro o si es oro.
Cuanto a ser muy bien nacida,
ya habemos hecho probanza;
pero hay gran desconfianza
para el resto de la vida
de lo que ha vivido aquí.

GUZMAN. ¿Téngote de responder?

JUAN. Agora quiero yo ver
que Cicerón vive en ti.

GUZMAN. Cuanto a temer si es doncella,
llevarla a casa podrías
y encerrarla quince días
para que lo diga ella.

JUAN. ¿Qué dices, bestia?

GUZMAN. Señor,
cuando quiere dar tormento
un juez a un hombre, está atento
que hay aquí un grande primor.

JUAN. ¿Cómo?

GUZMAN. Enciérrala tres días
donde a nadie pueda hablar,
por que no pueda tomar
incienso ni hechicerías.
Así, teniendo encerrada
esta bendita mujer
donde no pueda tener

hierba ni agua destilada,
ni otras cosas abstringentes,
frunciferas, juntatrices,
podrás saber lo que dices
con los medios aparentes.

JUAN. Bestial consejo.

GUZMAN. Escogido,
o lee a Bautista Porta
si aquel sahumerio importa.

JUAN. Hoy bravamente has bebido.

GUZMAN. Y cuanto toca a saber
si es varia de condición
y admite conversación
por orden de esta mujer,
fíngeme indiano, y verás,
con hábito disfrazado
de ti y de otro acompañado
que estéis oyendo detrás,
cómo le saco la vida,
el alma y la condición.

JUAN. No has dicho mejor razón,
Guzmán.

GUZMAN. ¿Es buena?

JUAN. Escogida,
porque si de noche vienes,
llamas, y entras, y la hablas,
y con promesas entablas
la intención de amor que tienes;
si se rinde a tus combates,
gran desengaño tendré.

GUZMAN. ¡Gracias a Dios que acerté
entre tantos disparates!

JUAN. Si es tal como yo he pensado,
yo lo veré en los aceros;
si admite amor y dineros
daré de mano al cuidado,
y con trecientos escudos
que la pagare, me iré
donde me case.

GUZMAN. Yo sé
que habemos de volver mudos,
porque es mujer al revés.

JUAN. Vamos.

GUZMAN. Aunque aquesta vieja
almagra cualquier oveja
del hierro del interés.

(Vanse, y sale LEONARDO *y* GERARDO.*)*

GERARDO.

Hice elección de vos, Leonardo amigo,
entre los muchos que en Sevilla tengo.

LEONARDO.

Habéisme hecho mercé.

GERARDO.

Vila, cual digo.

LEONARDO.

Apasionado estáis.

GERARDO.

Tanto lo vengo,
que si hallara a don Juan dentro en su casa
hiciera...

LEONARDO.

Paso.

GERARDO.

Aquí el furor detengo.
Pero ¡viven los Cielos! que si pasa
por la plaza más pública, que arrisco
vida y honor.

LEONARDO.

Quedito.

GERARDO.

Amor me abrasa.

LEONARDO.

Aquí suele acudir a San Francisco.
Hablalde ¡por mi vida! con sosiego,
que no son vuestros ojos basilisco.
No se ha de caer muerto este hombre luego
que le miréis, dejalde viva un hora.

GERARDO.

¿Así me habláis?

LEONARDO.

Que le escuchéis os ruego.

GERARDO.

En el país de donde viene ahora
debe de usarse que un amigo honrado
le lleve a ver una mujer que adora,
y que, desde una esquina rebozado,
por guardar la calle, escuche atento
el despejo, la voz, gusto y agrado,
y que al hechizo de su entendimiento,
mientras que voy a ver qué gente pasa,
la llegue a hablar con mucho atrevimiento.
Y que otro día la visite en casa,
y de suerte la mande, que en su puerta,
y aun en su voluntad, le ponga tasa.
No la veréis ni aun por milagro abierta;
tanto, que está la vieja por su enfado
enojada, sentida y rostrituerta.

¿Esta es hazaña de un amigo honrado?
¿A esto vino acá don Juan de Urbina
de las Italias, donde fué soldado?

LEONARDO.

Ellas son cosas para dar mohína
al hombre más pacífico del mundo;
pero si la mujer se determina
a no querer sino al galán segundo
y a vos no os cuesta nada, aunque primero,
¿dejalla no es mejor?

GERARDO.

Yo en honra fundo
y en ser, cual soy, honrado caballero.
¿Atreverse don Juan así conmigo?
Que amor forzado ¿para qué le quiero?
De dejar sus agravios sin castigo
viene en su patria a ser tenido en poco
quien es de su quietud tan grande amigo.
Si es bueno parecer cobarde o loco,
juzgaldo vos.

LEONARDO.

Bastantemente a furia
con la razón, Gerardo, te provoca.
Bien sé que es justo castigar la injuria
por no perder reputación un hombre,
y mucho más cuando su igual le injuria.
Pero el amigo no merece el nombre
no mirando el provecho del amigo.

GERARDO.

¿Cómo podré yo hacer que éste se asombre?

LEONARDO.

La noche lo dirá; venid conmigo.

GERARDO.

¿Vamos a casa por broqueles?

LEONARDO.

Vamos,
y podremos llamar a don Rodrigo.
¿Qué espada llevaréis?

GERARDO.

La que miramos
ayer en cas de Antandro.

LEONARDO.

Buenos filos.

GERARDO.

Después que os fuistes, él y yo quedamos.
Corté de nueve velas los pabilos.

LEONARDO.

Contad los pasos hoy de este gallardo,
por que aprenda a tener buenos estilos.

GERARDO.

Hoy le haré conocer quién es Gerardo.

LEONARDO.

¿Tiene la vieja alguna culpa en esto?

GERARDO.

No poca.

LEONARDO.

Pues ¡por vida de Leonardo!
que le pienso tomar medida al gesto.

(*Vanse, y salen* LUCINDA, BELISA *y* JULIA, *su hija.*)

BELISA. Acaba, no seas villana.
JULIA. ¡Ea, Lucinda!
LUCINDA. ¡Estoy muerta!
Digo que si abrís la puerta
me echaré por la ventana.
JULIA. No seas tan recogida.
¿Qué se te puede pegar
de solo un honesto hablar?
LUCINDA. ¡Manchar una honesta vida!
JULIA. Otra vez a llamar vuelven,
y dicen que es un indiano.
Yo voy a abrir.
LUCINDA. Ten la mano.
BELISA. ¿Cómo, si a entrar se resuelven?
Acaba, que sin perder
de su punto ni su nombre,
puede entretener un hombre
cualquiera honrada mujer.
LUCINDA. De esos entretenimientos
se engendra la mala fama.
¡Harto infama quien infama
sus honestos pensamientos!
Del verse, nace el hablar;
del hablarse, el atreverse;
del atreverse, el perderse;
del perderse, el infamarse:
de infamarse la memoria
del bien perdido, y del bien
el fin del alma también.
BELISA. Aquí gracia, y después gloria.
¡Válate Dios treinta veces
por aninfada, señora!—
Abre allí.
LUCINDA. Dile que agora
no puedes; pero que ofreces
gran fiesta para mañana.

BELISA. Son coléricos los hombres.
Nunca en la puerta le asombres
al que te vió en la ventana.
Luego se irá, no hayas miedo.
JULIA. Ya están dentro.
BELISA. Ya han entrado.
Lucinda, ocupa el estrado.
LUCINDA. (¡Muerta soy!)

(*Salen* GUZMÁN, *de indiano, con cuello muy grande y una cadena, y* DON JUAN, *y* CARPIO *y* DON LUIS, *como criados.*)

JUAN. Notable enredo.
LUIS. En fin, ¿qué queréis saber
con aquestos disparates?
¿Si es oro y de qué quilates
el alma de esta mujer?
JUAN. Eso pretendo, don Luis.
GUZMAN. Paz en esta casa sea.
BELISA. (¡Bravo indiano!
JULIA. Trae librea.
BELISA. ¡Oh, cómo huele a ámbar gris!)
CARPIO. Vuseñoría verá
una gentil moza aquí.
JULIA. Este viejo fué el zahorí.
BELISA. ¿Usanse estos viejos ya?
JULIA. Piénsolo.
BELISA. Buenas quedamos
si nos hurtan el oficio.
(*Aparte lo diga.*)
GUZMAN. (Carpio, en viendo algún indicio
que conocidos estamos,
gana la escalera y parte.
CARPIO. Disimula, pecador,
y da gusto a mi señor.
GUZMAN. No me falta ingenio y arte.)
BELISA. Siéntese vuseñoría. (*Aparte.*)
GUZMAN. (Recibo, madre, el favor.)
JULIA. Este indiano ¿es gran señor?
CARPIO. Es suya media Turquía,
digo, medio Potosí,
que no estoy bien a la cuenta.
JULIA. Pensé que era turco.
CARPIO. Intenta
ganar un reino Alfosí.
Al rey dicen que pretende
dar cuenta de esto ansi viva,
que es nieto de Atabaliba
y de los Ingas deciende.
GUZMAN. Muy triste está la madama.
JUAN. (Miren aquéste quién es.
LUIS. ¿Cómo?
JUAN. Que la habla francés
y de las Indias se llama.)
GUZMAN. ¿Por qué no habláis?
LUCINDA. Estoy triste,
y fáltame obligación.
BELISA. Es de aquesta condición.
GUZMAN. Y esto, reina, ¿en qué consiste?
BELISA. Danle estas melancolias.
GUZMAN. ¡Hola!
JUAN. ¿Señor?
GUZMAN. Traigan presto
aquel divino compuesto
para las tristezas mias.
JUAN. ¿En qué lo mandas traer?
GUZMAN. En aquel vasillo de oro
que, aunque valiera un tesoro,
es digno de tal mujer.
Tiene conchichí corí,
que es polvos de oro, otras cosas
en extremo provechosas,
porque hay jacintos allí,
y algo de puca mullú,
que aquí se llama coral.
LUIS. (Habla (1) indiano.
JUAN. ¡Pesia tal!
Nació en Indias.)
GUZMAN. Corre, tú,
y trae por otra parte
algo que alegrarla pueda.
LUIS. Pienso que cerrado queda.
GUZMAN. Pues las llaves quiero darte.
Trae treinta uritus.
LUIS. ¿Qué son,
que no entiendo?
GUZMAN. Papagayos.
LUIS. ¿Treinta?
GUZMAN. ¡Qué necios lacayos!
Treinta y cinco, y un millón;
traigan un millón aquí
de papagayos. ¿Qué es ésto?
LUIS. Pues, no te enojes tan presto.
BELISA. No, no, ¡por amor de mi!,
que si juntos han de hablar
nos quebrarán la cabeza.
GUZMAN. Pues traigan aquella pieza
que al rey pensé presentar.
JULIA. ¿Es buena?
GUZMAN. Una Catalnica
que tañe en una guitarra.
JULIA. ¿Cómo puede?

(1) En el texto "háblala".

GUZMAN. Con la garra
la templa, toca y repica,
y canta un tono tan bien,
como cuantos han cantado.—
¿Aún no os habéis alegrado?
¡Ah, mi señora! ¡Ah, mi bien!
Alzad el rostro del suelo.
JUAN. (¡Brava cosa!
LUIS. ¡Está mortal!
La mujer es principal,
y que la ofendéis recelo.)
GUZMAN. ¿Carpio?
CARPIO. ¿Señor?
GUZMAN. Traed aquí
aquel zambo.
JUAN. ¿Qué es, señor?
GUZMAN. Un mono.
JUAN. ¿Mono?
GUZMAN. El mejor
que tuvo el rey Abení.
JUAN. ¿Cómo?
GUZMAN. Corta unos valones,
y los cose y los guarnece
como un sastre.
JUAN. (Aún no parece
que se alegra.
LUIS. Habla en doblones,
que es pítima cordial.)
GUZMAN. Tráiganle mañana aquí
mil escudos.
LUIS. (Eso sí.)
BELISA. ¡Qué señor tan liberal!
¡Viva mil años, amén!—
Háblale, Lucinda mía,
mira que es descortesía.
GUZMAN. Para vos, madre, también
traerán un gentil jubón
de una telilla extremada.
BELISA. Y ¿qué color?
GUZMAN. Encarnada.
JULIA. Que bien dice, azotes son.
GUZMAN. ¿Es vuestra hija esta diosa?
BELISA. Sí, señor.
GUZMAN. Denle un vestido
de llipic.
JULIA. No lo he entendido.
GUZMAN. Llipic, raso.
JULIA. ¡Linda cosa!
GUZMAN. Aún no quiere responder;
mas quiérome levantar
y más de cerca la hablar.
BELISA. ¡Qué condición!
JULIA. ¡Qué mujer!
BELISA. En su vida valdrá nada.
(De rodillas.)
GUZMAN. Sola una mano me dad.
LUCINDA. Teneos afuera, y mirad
que soy principal y honrada,
y no os lleguéis tanto a mí,
que haré un desatino.
GUZMAN. ¿Cómo?
JUAN. (¡Qué gusto en el alma tomo!)
Quitate, Guzmán, de ahí,
déjame besar los pies
de esta mujer valerosa.
BELISA. ¿Cómo es aquésto?
JULIA. ¿Hay tal cosa?
BELISA. ¿Es don Juan?
JULIA. Sí, don Juan es.
BELISA. ¿No es indiano?
GUZMAN. Mentecatas,
¿no miran que soy Guzmán?
LUCINDA. ¿Para qué, traidor don Juan,
de esta manera me tratas?
¿Qué pensaste hacer así?
JUAN. Probar, mi bien, tu valor,
que me ha causado temor
el verte vivir aquí.
Hierra esta cara, castiga
mi duda, mi loco error,
si no sabes que el honor
a satisfación obliga.
Muero por ti ¡vive el Cielo!
Mas viéndote en esta casa,
cuanto amor mi pecho abrasa
me vuelve el honor en hielo.
Conozco mi obligación,
soy noble naturalmente;
pero el honor no consiente
vivir sin satisfación.
¿Cómo te ha dejado aquí
aquel ignorante viejo?
¿Por qué no tomó consejo,
o no preguntó por mí?
¿Quién dejó en tu compañía?
¿Cómo a tu padre pretende
que aguardes? Pero no entiende
que vives con honra mía.
Mas ya es tarde para quejas
en las cosas que han pasado.
¿Quién en esta casa ha entrado?
¿Quién te habló en puertas o rejas?
Di verdad, que yo hablaré
a los que son, y tus prendas

les diré, para que entiendas
las de mi firmeza y fe.
Que quedando satisfecho
de tu desgracia y la mía,
y la historia de aquel día
que Amor juntó nuestros pechos,
a pesar de madre y casa,
de deudos y amigos, quiero
mostrar que soy caballero
y que un justo amor me abrasa.
Serás mi mujer, si pesa
al mundo.

LUCINDA. Con solo el llanto
puedo responderte a tanto
como tu lengua confiesa.
Que en el bien que estoy mirando,
y en igual obligación,
lágrimas palabras son
con que habla el alma callando.
Por ti me he perdido a mi,
y adonde ves he llegado;
sólo Gerardo me ha hablado,
y ése, delante de ti.
Bien has visto mi tristeza
y mis lágrimas, don Juan,
pues a mirar a Guzmán
no levanté la cabeza.
Mira qué quieres hacer,
que en mí no hay falta ni error,
si no es que le hay en tu amor
para ser yo tu mujer.

LUIS. Don Juan, satisfecho estáis,
y, según me habéis contado,
notablemente obligado.
Mal hacéis. ¿En qué dudáis?
Llevalda a una casa honrada,
o a la vuestra.

JUAN. ¡Ay, don Luis,
temo a mi madre!

LUIS. Decís
que para dueño os agrada,
y teméis el mundo todo.
O ha de ser o no ha de ser.
Si ha de ser vuestra mujer,
para serlo buscad modo,
que cuanto más aquí esté
menos honra os ha de dar.

GUZMAN. Gente es ésta.

JUAN. ¿Pudo entrar?

JULIA. Sí, que yo abierto dejé.

JUAN. Mucho a mi honor contradicen.

LUIS. Gerardo y Leonardo son.

JULIA. Y no con buena intención.

LUIS. Las armas dobles lo dicen.

(*Salen* GERARDO *y* LEONARDO, *con broqueles y espadas.*)

GERARDO.

¿Suelen, señor don Juan, los caballeros
a quien su gusto enseñan sus amigos
trayéndolos a ser buenos terceros
y del requiebro y voluntad testigos,
como si fueran enemigos fieros,
o, a lo menos, mostrándose enemigos,
alzarse con la prenda sin respeto,
servirla y engañarla de secreto?
Si es costumbre en Italia, que no creo
que pueda serlo donde saben tanto,
acá en España es un negocio feo,
que sólo de pensarle causa espanto.
Yo os truje aquí, yo os dije mi deseo,
o fuese descompuesto o fuese santo;
yo os truje aquí, señor don Juan de Urbina,
y vos guardastes esta misma esquina.
Pero si esquina, y calle, y fe se guardan
a los amigos como yo, de modo
que en un momento que en venir se tardan
y a vos os dejan, os alzáis con todo,
no habéis de presumir que se acobardan,
aunque os preciéis de nacimiento godo,
ni por lo de soldado en Lombardía,
los hombres nobles que Sevilla cría.
Yo y Leonardo a don Luis y a vos haremos
conocer el mal término, en la calle,
que habéis hecho.

JUAN.

No más, que hablar podemos
fuera de aquí, donde la lengua calle.
No os alteréis, no habléis, no hagáis extremos.

LEONARDO.

¿Por qué no ha de alterarse? ¿Es bien quitalle
una mujer a un caballero honrado,
habiéndoosla primero confiado?

LUIS.

Paso, señor Leonardo, hablemos quedo,
que estoy yo aquí.

LEONARDO.

Y yo soy quien esto digo,
y puedo hablar aquí.

LUIS.

También yo puedo,
que soy quien soy y de don Juan amigo.

JUAN.

No porque tenga a vuestras armas miedo,
mas porque he sido de Gerardo amigo
y me importa del caso tan mal hecho,
quiero, hablando, dejalle satisfecho.
Sosiéguense las armas ¡por mi vida!,
y dígame Gerardo en qué le agravio.

GERARDO.

¿No os traje aquí?

JUAN.

Sin duda.

GERARDO.

Conocida
esta verdad, ¿qué más notable agravio?
¿No os dije que era aquí recién venida
Lucinda?

JUAN.

No, porque si en vuestro labio
oyera yo ese nombre, como amigo
allí os dijera lo que agora os digo.
No sabiendo quién era, yo os confieso
haber con vos venido; pero en tanto
que fuistes a saber aquel suceso,
ella me habló.

GERARDO.

Que lo digáis me espanto.

JUAN.

¿Por qué?

GERARDO.

Porque de oírlo pierdo el seso.

JUAN.

Pues no penséis que en esto me adelanto,
que más habéis de oír.

GERARDO.

¿De qué manera?

JUAN.

Habléla un rato sin saber quién era.
Preguntóme por mí, que soy un hombre
a quien viene a buscar desde su tierra.
Díjele que era yo; díjome el nombre,
y la dura ocasión que la destierra.
Agora no es razón que a nadie asombre
para venir con máquinas de guerra,
que si vino por mí, que goce aquello
que conocí por vos sin conocello.
Fuera de eso, Gerardo, de esta dama
un mínimo favor no habéis tenido,
porque es tan noble y de tan casta fama,
que soy...

GERARDO.

¿Qué sois?

LEONARDO.

Decildo.

JUAN.

Su marido.

GERARDO.

¿Su marido?

LEONARDO.

Así dice que se llama.

GERARDO.

Pues ¿cómo un hombre noble y que ha tenido
tan altos pensamientos, que el sol pasa,
a su mujer consiente en esta casa?

JUAN.

Dejóla con engaño Claridano,
un tío suyo, aquí.

BELISA.

Señor Gerardo,
¿qué halláis en esta casa?

GERARDO.

Está muy llano;
ya por sólo su honor respeto os guardo.
¿Sabéis con quien habláis?

JULIA.

Blanda la mano,
señor arrodelado Mandricardo,
que con mil honras, aunque sea más linda
que el sol, conmigo puede estar Lucinda.

GERARDO.

Señora Julia, no tratemos de eso.
Yo no vengo a pendencia de mujeres.

BELISA.

¿Cómo a pendencia, amigo? ¿Cómo es eso,
que no se me da de él dos alfileres?
Ya sabe todo el mundo que profeso
honra y virtud.

GERARDO.

Lucrecia digo que eres.—
A mi negocio vuelvo.—¿En qué quedamos?

LEONARDO.

Que se case don Juan, y que nos vamos.

GERARDO.

Deme palabra que estará casado
dentro de sólo el término de un día,
que yo conozco en que no habéis hablado
vuestro caro valor, señora mía.
Esa vergüenza y ese rostro honrado
desengañan, de suerte, mi porfía,
que a vuestros pies perdón humilde os pido.

LUCINDA.

Cuanto ha dicho don Juan verdad ha sido.
De Zaragoza vengo en busca suya.
Suplícoos deis lugar a mi remedio.
Don Juan sabe quién soy.

BELISA.

Que se concluya
en paz es justo, estando vos en medio.

JUAN.

Porque mi justo amor el mundo arguya,
la llevaré a mi casa...

LUCINDA.

Honrado medio.

GUZMANILLO.

Señor, mira qué hará tu madre.

JUAN.

Necio,
el oro dondequiera tiene precio.

GERARDO.

Ya quiero acompañaros.

LUIS.

Vamos juntos.

LUCINDA.

(El Cielo favorece mi deseo.)

LEONARDO.

Pasad delante.

LUIS.

No miréis en puntos.

JUAN.

Carpio, llegad aquí.

CARPIO.

¿Qué es lo que veo?

GUZMANILLO.

Ya yo pensé que estábamos difuntos.

BELISA.

Guzmán, apenas lo que he visto creo.

(*Váyanse, y queden* BELISA *y* JULIA *y* GUZMÁN.)

JULIA.

¡Cómo se va la necia!

GUZMANILLO.

Es desposada;
fué la primera necedad callada.—
Pues, hermana Belisa, ¿cómo estamos
de aquel nuestro tratado amor?

JULIA.

Pues, ¿quieres,
madre, a Guzmán?

BELISA.

Anoche lo tratamos.
El dice que así quiere las mujeres.

GUZMANILLO.

Los troncos son más firmes que los ramos.
En caso de tener estos placeres,
huelgo siempre de ver firmeza en todo.

JULIA.

Pues, madre, reñiremos de ese modo.

BELISA.

¿Qué dices, niña?

JULIA.

Que era bien que vieras
que ya no es para ti fruta tan dura.
Que rezaras, comieras y bebieras.

GUZMANILLO.

Dice verdad, que estás algo madura.
Ya, madre, tú eres trigo puesto en eras;
trillada está la paja, está segura.
Estotra es alcacer, y hacer querría
zampoñas para Amor.

JULIA.

Sí, madre mía.
En buena fe, que de Guzmán me agrada
el desgarrado hablar, la picardía,
la libertad, la risa mesurada,
la Italia y soldadesca valentía.
A ella, madre, el ostión y la empanada,
el sábalo, el albur y la acedía,
con vino de Cazalla le den bríos,
eso es sus años y Guzmán los míos.

GUZMANILLO.

Habló como pudiera un jerifalte.
No tiene Tito Livio tal soneto.

BELISA.

Hija de una bellaca, ¿por qué parte
os viene a vos perderme a mí el respeto?

GUZMANILLO.
Nadie se alargue de uñas, que soy Marte
cuando pongo la cólera en efeto.
La muchacha me quiere, y yo soy suyo.

BELISA.
¡Qué fruto (1) y parco, vos!

JULIA.
Soy como tuyo.

BELISA.
No eres mi hija, no.

JULIA.
Ni serlo quiero.

BELISA.
De la calle te truje, sarnosilla.

GUZMANILLO.
¿Cierto?

BELISA.
Sí.

GUZMANILLO.
Por la fe de caballero,
que me huelgo...

BELISA.
¿Por qué?

GUZMANILLO.
Por recibilla
por mi esposa y mujer.

BELISA.
Suelta, pandero.

GUZMANILLO.
Desvíate, tarasca de Sevilla.

BELISA.
¡Aquí de Dios!

GUZMANILLO.
¿Tú quiéresme?

JULIA.
Te adoro.

GUZMANILLO.
Pues ven conmigo, que aquí cerca moro.

BELISA.
¡Traidor, yo haré matarte!

GUZMANILLO.
Venga el bravo
con ángulos y centros de Carranza;
verá cómo le doy al perro esclavo
cuatro mojadas entre pecho y panza.

(1) Quizás esta palabra deba ser "franco".

JULIA.
¡Bendito tu valor! Tu nombre alabo.

GUZMANILLO.
Mal me conoces.

BELISA.
¡Buena va la danza!
Tú estarás rota y él arrepentido.
¡Cuitado palomar, todas se han ido!

(*Vanse, y salen hablando de la venida de la flota* LISEO *y* FILIPO.)

LISEO.
Hanle venido más de cien mil pesos.

FILIPO.
¿Por vida vuestra?

LISEO.
Fué sin duda alguna.

FILIPO.
El ha tenido prósperos sucesos.

LISEO.
Jamás su nave padeció fortuna.

(*Salen* FABIO *y* SIRENO.)

SIRENO.
Dalde la nueva, y perderá mil sesos.

FABIO.
De tal suerte los santos importuna.

SIRENO.
Si se tarda la flota cuatro días,
anega el mar las esperanzas mías.
Un real por otro andaba ya tomando.

FABIO.
Ya daba con mi crédito en el suelo.

(*Salen* ROSELANO *y* ARCELIO.)

ROSELANO.
Voy por el bien venido preguntando.

ARCELIO.
Que venga mi cuñado quiera el Cielo.

(*Salen* CELIO *y* FABIO.)

CELIO.
¿Qué os vienen?

FABIO.
Dos mil cueros.

CELIO.
Esperando
estaba de mi padre algún consuelo;

y en la contratación, lista y amigos,
apenas hay memoria ni testigos.

FABIO.

Dicen que traen cochinilla a Decio
en grande cantidad.

CELIO.

Mil cosas trata
con gran ventura.

FABIO.

Ha tresdoblado el precio.
Oid qué hermoso chirrión de plata.

CELIO.

Las espadas y medias.

FABIO.

Fuí yo un necio,
mas poco en la que viene se dilata.

CELIO.

Responde bien Hortensio.

FABIO.

Es hombre honrado.

(*Salen un* HOMBRE, *un* GANAPÁN *cargado de barras, dos negros*, PEDRO *y* FRANCISCO.)

HOMBRE.

Andad, buen hombre, pues.

GANAPÁN.

Voy muy cargado.

FRANCISCO.

Yo juro a Dioso, Pedlo, que no hay tierras
que podamos igualaya con Siviyas.

PEDRO.

Mira, Esaurio, que de platan cierras,
po lo cieto que causan maraviyas,
o cuale van por acuyá lan perras.

FRANCISCO.

Plegonamo moyete y mantequiyas,
no sabe el Rey de lo que es Rey, y hermano,
si non viene a Siviya ese verano.
Mira qué de galera, y qué de barca,
qué de gente a Triana que atrambiesa,
qué de riquesa esta ribera abarca,
a Seviya del mundo sa, Princesa.

PEDRO.

Entraremo en la barca.

FRANCISCO.

Pedlo, embarca.

PEDRO.

Si aquel biaco de mi amo pesa,
guarda el esparto.

FRANCISCO.

No tenemo pena.
Casamo con Marias.

PEDRO.

Enhorambuena.

(*Véanse dos medias barcas, con sus ramos, a la puerta del vestuario, con* MUJERES *y* GENTE *y* MÚSICOS. *Canten:*)

"Vienen de Sanlúcar,
rompiendo el agua,
a la Torre del Oro,
barcos de plata.
¿Dónde te has criado
la niña bella,
que, sin ir a las Indias,
toda eres perla?"

OTRO. "En estas galeras
viene aquel ángel.
¡Quién remara a su lado
para libralle!"

OTRO. "Sevilla y Triana
y el río en medio:
así es tan de mis gustos
tu ingrato dueño."

PRIMERO. ¿Dónde llevan las probadas?
SEGUNDO. Oigase, señor bergante.
TERCERO. ¡Ea!, pasen adelante.
CUARTO. ¿Son tollinas o pescadas?
MUJER. ¿Habrá estación al Remedio?
ARRÁEZ. De buena gana, señora.
TERCERO. Echala en tierra.
BRAB. ¡Que agora
haya esta agua de por medio!

(*Váyanse cantando, y salgan* LUCINDA *y* DON PEDRO, *tío de* DON JUAN, *echándola de casa.*)

DON PEDRO.

¿Esto se sufre en una casa honrada?
¿Esto ha de hacer don Juan?

LUCINDA.

Con menos furia,
que soy mejor que vos, y si os respeto
es por la sangre que tenéis de un hombre
que es mi marido, y lo será.

DON PEDRO.

¿Marido?
Mujer, ¿qué dices? ¿Mi sobrino tiene
mujer de calidad como la tuya?

¿Trájole, acaso, de esta negra Italia,
tan negra para todos sus parientes?
Vete con Dios; no quieras que este mozo
dé tan mala vejez a quien no es justo.
Mi hermana aún no ha sabido que [te] tiene
su hijo en casa, porque creo sin duda
que la hubiera el dolor muerto.

LUCINDA.

Yo tengo
la calidad que es digna de sus méritos.
Soy pobre, porque tengo un padre en Indias,
y puede el mar quitarme el bien que tiene;
hallóme en Zaragoza y no en Italia;
aguardo aquí dos cosas imposibles:
mi padre y mi marido, que hoy los pierdo,
pues no hay lista que trate de mi padre,
y pues vos me habéis quitado a mi marido:
pero por el respeto que se debe
a una mujer no más, no porque sea,
ni haya de ser jamás lo que decía,
enviadme acompañada de algún hombre,
que soy mujer de bien y forastera.

(*Sale* CARPIO.)

DON PEDRO.

¿Carpio?

CARPIO.

¿Señor?

DON PEDRO.

Llevad aquesta dama
adonde ella os dijere.

CARPIO.

Que me place.

LUCINDA.

Llevadme, Carpio, aquí a la Madalena.

CARPIO.

No lloréis, mi señora.

LUCINDA.

¡Ay, don Juan mío,
a peso de mis lágrimas comprado!

DON PEDRO.

¿Hay locura como ésta de este mozo?
¿Su amiga en casa de su honrada madre?

(*Sale* ENRIQUE, *pajecillo.*)

ENRIQUE.

Llegada es la ocasión que este bellaco
me ha de pagar las rabias que ha hecho
y el haberme ganado mi dinero
con las flores de Italia.

DON PEDRO.

¿Qué hay, Enrique?

ENRIQUE.

¿Cómo, señor don Pedro, se consiente,
después que mi señor está en el Cielo,
tan grande libertad en esta casa?

DON PEDRO.

Ya, Enrique, salió de ella, a pesar suyo,
esa mujer, que dijo que lo era
de mi sobrino.

ENRIQUE.

¿Quién, Lucinda?

DON PEDRO.

Creo
que se llamaba así.

ENRIQUE.

No digo ésa.

DON PEDRO.

Aguarda, Enrique, ¿luego queda alguna?

ENRIQUE.

La de Guzmán ¡por vida tuya! queda
en su aposento lleno de perfumes,
con una mesa limpia, dos perdices,
una gallina y diez y seis ostiones.

DON PEDRO.

Aguarda aquí.

(*Vase* DON PEDRO.)

ENRIQUE.

Pagar tenéis ahora,
bellaco mayordomo, entrelacayo,
la envidia que me dais con la privanza,
ganada a ser Sempronio y alcahuete.

(*Sale* DON PEDRO *y* GUZMÁN *y* JULIA.)

DON PEDRO.

Esto bien sé, Guzmán, [de] qué ha nacido...

GUZMÁN.

Quedo, señor, que yo me acuerdo agora
de algunas mocedades que tuviste.

DON PEDRO.

Basta que el amo y el lacayo infame
en casa de una viuda tan honrada,
y muerto de seis días su marido,
metían sus amigas libremente.

No atraveséis, bellaco, aquesta casa,
y ella agradezca que es mujer, que sale
de aquesta puerta.

JULIA.

Yo, señor, ¿qué debo?
Guzmán me trajo aquí, que es mi marido.

DON PEDRO.

¡Oh, qué graciosa cosa! Ciertamente
que está con su razón este negocio,
que santo es todo, lícito y honesto.
Aquí todo es mujeres y maridos.
Entra, Enriquito, y cierra.

ENRIQUE.

A mí me pesa.

(Vase DON PEDRO.)

Señor Guzmán, mirad si mandáis algo,
que soy mandado.

GUZMÁN.

Así la salud tengas,
soplón, bellaco.

ENRIQUE.

¡Ah, pícaro, bergante,
vaya con la pescada a la madera!

(Vase ENRIQUE.)

GUZMÁN.

¿Qué te parece de esto?

JULIA.

Estoy perdida.

[GUZMÁN.]

Que aun no me dejó aquél tomar mi capa.

JULIA.

Ni a mí mi manto.

GUZMÁN.

¿Dónde iremos?

JULIA.

¿Dónde?
Vos, mi señor, podréis tirar la jábega,
que yo mi madre tengo de mis ojos.

GUZMÁN.

Antes, pues que marido y mujer somos,
a mí me tocan por derecho justo
la mitad de los bienes gananciales.
Esa basquiña he menester.

JULIA.

¿Qué dice?

GUZMÁN.

Que la quiero empeñar, doña Sofística,
para comprar un gabión y un zarzo.

JULIA.

Que no conmigo levas, seor guillote.
¿No ve que no soy yo de Castilleja?
Nací yo en los baños de la reina mora.
¡Por vida del muy...!

GUZMÁN.

Tente, pelotífera,
que te daré... Quedito, este es mi amo.

(Salen DON JUAN *y* DON LUIS.)

LUIS. Mirad muy bien lo que hacéis.
JUAN. Mi mujer será, sin duda,
porque es muy justo que acuda
a la obligación que veis.
Yo sé que es muy bien nacida.
LUIS. Sí, ¡mas tan pobre!
JUAN. ¿Qué importa?
No es mi haciendilla tan corta
y sé que es corta la vida.
Para entrambos tengo yo.
LUIS. ¡Qué bien en vuestros cuidados
sembró trecientos ducados,
pues más de cien mil cogió!
JUAN. Entró amor con hermosura,
creció con obligación,
confírmase con razón
y con obras se asegura.
¿Quién está aquí?
GUZMÁN. Dos pobretes
de tu misma casa echados.
JUAN. ¿De mi casa?
GUZMAN. Y más volados
que por el aire cohetes.
JUAN. ¿Y mi Lucinda?
GUZMAN. No sé.
Carpio de aquí la llevó.
JUAN. ¿Luego echáronla?
GUZMAN. ¡Pues no!
JUAN. ¿Mi madre?
GUZMÁN. Don Pedro fué;
mas por su gusto sería.
JUAN. ¿Mi tío manda en mi casa?
¿Esto se sufre? ¿Esto pasa?
No es de mi madre, que es mía.
¡Vive Dios, que pierdo el seso!
¿Adónde está mi mujer?
LUIS. ¡Jesús! ¿Esto habéis de hacer?
JUAN. ¿Esto tenéis por exceso?

Las puertas haré pedazos.
Gente infame, ¿qué habéis hecho?
LUIS. Oye.
JUAN. Del cimiento al techo
las desharé con los brazos.
¿A Lucinda? ¿A un ángel bello?
¿A mi mujer?
GUZMAN. ¡Ah, señor!

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PEDRO. ¿Qué es esto, don Juan?
JUAN. Amor,
y yo, que aquí puedo hacello.
D. PEDRO. Tenme respeto.
JUAN. No quiero.
D. PEDRO. Soy tu padre.
JUAN. Sois mi tío.
D. PEDRO. Mira ¡por Dios!, hijo mío,
que eres noble caballero.
JUAN. ¿Y vos qué sois, que de aquí
a mi mujer desterrastes?
D. PEDRO. ¿Tu mujer?
JUAN. Pues ¿qué pensastes
viéndola en mi casa ansí?
D. PEDRO. Si ella tuviera valor,
hijo, para mujer tuya,
toda aquesta casa es suya.
JUAN. Tiene valor y yo amor.
D. PEDRO. ¿Quién?
JUAN. Lucinda, una dama
de Zaragoza.
D. PEDRO. Está bien.
¿Qué deudos tiene también?
¿qué hacienda?, ¿qué estado y fa-
[ma?
JUAN. Padres en Indias, y aquí
unas Indias de hermosura,
de virtud, de compostura
y de obligación en mí.
Cuanto al estado, es doncella;
cuanto a la fama, es mi madre;
pues con tal fama y tal padre,
tío, ¿qué queréis?
D. PEDRO. Querella.—
Ve tú corriendo, Guzmán.
GUZMAN. ¿Dónde está?
D. PEDRO. En la Madalena.
GUZMAN. Si es el ángel, tengo pena
de que no me le darán.
JUAN. ¿Cómo, Guzmán? Yo he de ir
por mi mujer.
D. PEDRO. ¡Bravo amor!
GUZMAN. Yo iré contigo, señor.

(*Vanse* DON JUAN *y* GUZMÁN.)

D. PEDRO. Don Luis, no hay más que sufrir.
LUIS. ¡Por mi vida! que me informa
de su valor y que es tal...

(*Salen* CLARIDANO *y* LISARDO.) (1)

CLARID. Parece que este portal
con nuestras señas conforma.
LUIS. Aquestos son forasteros.
CLARID. ¿Vive aquí don Juan de Urbina?
D. PEDRO. Vive para dar mohína
y hacer a su sangre fieros.
CLARID. ¿Está aquí?
D. PEDRO. Presto vendrá.
CLARID. Esos fieros yo le hiciera
si aquí presente le viera.
LUIS. Haced cuenta que lo está.
CLARID. ¿Dónde caballeros nobles
usan sacar, si lo son,
las mujeres de opinión
con trato y palabras dobles,
de donde, con mucho honor,
sus deudos las han dejado?
D. PEDRO. ¿Qué mujer os ha sacado?
CLARID. Una sobrina, señor,
que aquí, esperando la flota,
quedó en una casa honrada.
LUIS. Si ya está con él casada,
¿qué importa o qué os alborota?
CLARID. ¿Casada? No puede ser,
que aunque él muy principal sea,
hay aquí para quien sea,
que es de este hidalgo, mujer,
que mató por su ocasión
un hombre, y andaba ausente.
LUIS. Acá os darán en presente,
porque probéis que lo son,
dos mil ducados y más.
CLARID. Yo daré seis por saber
que no es de don Juan mujer.
LISARDO. ¿Para qué cuenta le das,
señor, de nuestro suceso?
El venga y habla con él.
D. PEDRO. Eso, sí; informaros de él
podréis, si le halláis con seso;
pero paréceme mal
que a don Juan desestiméis,
aunque el yerno que traéis
tengo por muy principal.

(1) Es el mismo a quien llamó antes CLENARDO.

CLARID. Puede Lucinda casarse
con un segundo ¡por Dios!
de un título.
D. PEDRO. Bien en vos
puede la vista informarse;
pero tiene bien don Juan
tres mil ducados de renta.
CLARID. Eso, señor, es afrenta
para el dote que le dan.
Hay en la Contratación,
del padre de esta señora,
cien mil ducados ahora.
D. PEDRO. ¿Cien mil?
CLARID. Cien mil.
D. PEDRO. Buenos son.

(*Salen* DON JUAN, LUCINDA, CARPIO *y* GUZMÁN.)

JUAN. Tío, Lucinda está aquí,
que es y ha de ser mi mujer,
que pobre la he de querer
porque puede honrarme a mí.
El que fuere mi pariente,
de esta pobreza se pague.
CLARID. ¿Qué habrá que ausencia no estrague?
Fuiste, en fin, mujer y ausente.
D. PEDRO. No sé cómo la has llamado
pobre.
JUAN. Porque sé que lo es,
aunque rica en lo que ves,
como en haberme obligado.
D. PEDRO. Pues cien mil ducados tiene
hoy en la Contratación.
JUAN. ¿Es por burla?
D. PEDRO. Si lo son,
aquí su marido viene
y su tío.
LUCINDA. ¿Qué marido?
LISARDO. Yo, que lo pensaba ser;
mas ya no quiero mujer
que vuestra y tan vuestra ha sido,
que más estimo mi honor
que todo el indio tesoro.
Sin honra pierde el valor.
LUCINDA. ¡Lisardo!—¡Tío!
CLARID. ¡Ay, Lucinda!
¿Qué has hecho?
LUCINDA. Tú lo has causado,
supuesto que hubiera errado.
CLARID. ¿Qué habrá que ausencia no rinda?
LUCINDA. ¿Sabes bien la calidad
de don Juan?
CLARID. Ya con él vienes.
Cien mil ducados que tienes
sé yo en aquesta ciudad,
y con la sangre mejor
que en Zaragoza ha nacido.
LUCINDA. Todo eso y más es debido
a un agradecido amor:
pobre me quiso don Juan,
pobre me honró y me buscó.
JUAN. La riqueza que hallé yo
estas manos me la dan.
Informaos, señor, de mí,
y sabréis que os está bien
que a Lisardo, si también
quisiera casarse aquí,
por mí le dará mi tío
una mi prima harto hermosa.
CLARID. Pues de que será dichosa
yo por mi parte os le fío.
Vuestra madre quiero ver.
D. PEDRO. Yo sospecho que ya espera
ver tan rica y bella nuera.
GUZMAN. ¿Ya, señor, tienes mujer?
JUAN. Ya estoy casado, Guzmán.
GUZMAN. Y esta pobreza, ¿nació
en las malvas? ¿No soy yo
tu secretario, don Juan?
JUAN. ¿Pues no?
GUZMAN. De aquellos cien mil,
¿no me tocará una presa
con que comprar una artesa,
una cama y un candil?
JUAN. Dos mil ducados te doy.
LUCINDA. Y yo mil, Guzmán amigo.
GUZMAN. Son tres mil, ya hay para trigo.
Don Pedro, sin carne estoy.
D. PEDRO. ¡Ea! Yo haré que mi hermana
te dé un famoso ajuar.
GUZMAN. Y si no habré de apelar
a un jueves por la mañana.
Que si al hospital le pido,
grande es su misericordia,
y acabe en esta concordia
El Amante agradecido.

FIN

LOS AMANTES SIN AMOR

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

D. PEDRO FERNÁNDEZ DE MANSILLA

DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD Y ALCALDE DE SU CASA Y CORTE

Doy principio con el nombre de V. m. a la décimacuarta parte de mis comedias, porque *Principium cuiusque rei potentissima pars est.* (Al margen:) *L. de origin. iur.*) No porque pienso que pago la mínima parte de mis obligaciones, pero porque confieso tenerlas por escrito en este reconocimiento, si bien es verdad que aguardaba dirigir a V. m. mayores estudios; pero no teniendo el ocio que es necesario para corregirlos, y sabiendo que *Propositum in mente retentum, nihil operatur* (Al margen: *L. Si repetendi. C. de condi. ob. cau.*), puse en ejecución el deseo, porque la dilación no me acusase de ingrato, probándome con falsos testigos haber incurrido en ella, como estos días pretendía la que me negaba los diamantes en el Tribunal de V. m., pensando que *Idem opus operatur fictio quod veritas* (Al margen: *L. 1 de adop. l. cum ex oratione, de excusa. tuto. Glos. in l. mercis de verb. sign.*), dándome con su invención materia a iguales fábulas, y aunque *Aliud est esse tale, aliud est haberi pro tali*, de todo se ha de dar satisfación, porque como la razón es alma de la ley, así del valor de los hombres la verdad. Finalmente, yo debiera ofrecer a V. m. sujeto conforme a su calidad, conocida nobleza, letras, virtudes y amables partes, con que es tan estimado en esta República y tan lucido entre muchos su gobierno; pero *Si non consideratur modus, dummodo habeatur effectus* (Al margen: *L. 3. c. de inst. & substitu.*), consiga yo el crédito de agradecido, aunque sean mis ignorancias el dueño deste milagro, y parezca imposible que los efetos se diferencien de la causa. Dios guarde a V. m. como merece, y yo debo desearle.—Capellán de V. m., *Lope de Vega Carpio.*

FIGURAS DE LA COMEDIA

FELISARDO, *caballero.*
MENDOZA, *lacayo.*
DAMACIO, *caballero.*
LISEO, *caballero.*
OCTAVIA, *dama.*
BEATRIZ, *criada.*
DON LORENZO, *soldado.*
TRISTÁN, *criado.*
FLEBERIO, *viejo.*
CLARINDA, *dama.*
EVANDRO, *criado.*
ROSILEO, *músico.*
ALCEO, *músico.*
[BARAMO.]
[*Un* ESCRIBANO.]
[*Un* ALGUACIL.]

REPRESENTOLA MORALES

ACTO PRIMERO

(*Sale* FELISARDO *con espada y broquel y* MENDOZA, *su lacayo, detrás.*)

MENDOZA. ¡Casta mujer!
FELISARDO. Para casta,
lo debe Octavia de ser.
MENDOZA. ¿No te quisiste poner
el jaco?
FELISARDO. Este broquel basta.
MENDOZA. ¿Por qué en aquesta ocasión
con tal descuido te armas?
FELISARDO. Porque jamás hacen armas
lo que hace el corazón.
Llama a esa puerta, derriba
cuatro tablas de una coz.
MENDOZA. ¿Soy yo mula?
FELISARDO. O da una voz
que suba esa cuadra arriba.
MENDOZA. ¿No era mejor aguardar
el hombre, pues, en efeto,
ha de bajar, que el respeto
de esta casa atropellar?
¿De qué se te ha de seguir
no poder entrar después?
FELISARDO. No quiero que tú me des
consejo.
MENDOZA. Estoy por decir
que será mayor error
averiguar esta duda.
FELISARDO. ¿Por qué, si un agravio muda
en menosprecio el amor?

MENDOZA. Todos los que amáis decís
que con celos olvidáis;
después, tanto o más amáis
cuantos más celos sufrís.
Créeme y piénsalo bien.
Déjale salir acá,
que la ocasión nos dirá
lo que hemos de hacer también.

FELISARDO. Son las mujeres de modo,
que si no la cojo aquí,
me ha de negar lo que vi,
jurando y mintiendo en todo.
Y más Octavia.

MENDOZA. ¿Ha estudiado?

FELISARDO. Haráme entender que ha sido
la persona del querido
la sombra del agraviado.
¿Cuánto va, si estos enojos
esta pendencia no allana,
que me ha de decir mañana
que es ilusión de los ojos?

MENDOZA. De suerte que en todo quieres
que ella entienda que es liviana,
siendo la cosa más llana
que hay agora entre mujeres.

FELISARDO. Majadero, ¿cómo hablas
de Octavia de esa manera?

MENDOZA. No era porque rompiera
con una coz cuatro tablas.
O es liviana o no lo es;
si lo es, bien hablo ansí;
si no, vámonos de aquí
y volveremos después.

FELISARDO. Algo estoy más reportado.
Salga el hombre, que no quiero
ser con Octavia tan fiero,
que estoy a Octavia obligado.

MENDOZA. Pues ¿de qué es la obligación,
si ha tres años, si no ha más,
que ciego a su puerta estás
como en su templo Sansón?
Ahora bien: tú te consuelas,
por mí yo también lo estoy.

FELISARDO. ¿Abren?

MENDOZA. Sí, a fe de quien soy.
Allí he visto dos rodelas,
dos arneses, dos celadas,
dos venablos, dos pistolas.

FELISARDO. Y yo dos espadas solas
y dos mujeres tapadas.

(*Salen* DAMACIO *y* LISEO, *caballeros.*)

DAMACIO. Tiene lindo entendimiento.

LISEO. Por todo extremo es gallarda.

FELISARDO. Hacia aquesta parte aguarda.

MENDOZA. Dime tu más cierto intento,
por que si hemos de reñir
no me cojan descuidado.

FELISARDO. Tienta la espada.

MENDOZA. (Tentado
estoy, ¡vive Dios!, de huir.)

DAMACIO. La criada me conviene
que solicitéis, que es puerta
que el que la tuviere abierta
el alma de Octavia tiene.

LISEO. Tiene harto buen parecer,
y no es boba, ¡vive Dios!

FELISARDO. (¿Qué tratarán estos dos?

MENDOZA. De los dos debe de ser.)

DAMACIO. Buen agrado tiene Octavia.

LISEO. Tan bueno, que os agradó.

FELISARDO. (Siempre Octavia me engañó,
pues de esta suerte me agravia.)

DAMACIO. Vamos a casa, que es tarde.

LISEO. Dos hombres he visto allí.

DAMACIO. Hace a estas horas aquí
amor de amantes alarde.

LISEO. Preguntad si pasaremos.

DAMACIO. No se usa en Valladolid.

LISEO. Ya es otro tiempo; advertid
que algún celoso tendremos.
Mejor es reconocer.

DAMACIO. Si salimos bien, mejor.

FELISARDO. (Yo hablo.

MENDOZA. Deja, señor,
que pasen.)

FELISARDO. ¿Qué puede ser?
¿Qué miran o qué pretenden?
¿Qué buscan? ¿Qué reconocen?
¿Conocen o no conocen
que en reconocer ofenden?
La casa donde han entrado
tiene dueño, que soy yo.

DAMACIO. Por cierto que ella escogió
dueño al parecer honrado.
¿Sois marido?

FELISARDO. Ni aun quisiera.

DAMACIO. ¿Qué sois?

FELISARDO. No quiero decir
lo que soy.

DAMACIO. Ni yo sufrir
tan enfadosa quimera.

(*Meten mano*)

¡Aquí, Liseo!

FELISARDO. Sospecho

que hallaréis un pecho honrado.
DAMACIO. Sí; pero con mucho enfado
y de muy poco provecho.

(*Vanse riñendo, y salen* OCTAVIA *y* BEATRIZ, *su criada.*)

BEATRIZ. ¿No sientes las cuchilladas?
OCTAVIA. No soy muy espantadiza;
era alguna fiesta hechiza
de éstas de danza de espadas.
Hay galán de los de agora
que con amigos concierta
esta borrasca a la puerta
de la querida señora,
porque los más de los hombres
creen de nuestra flaqueza
que nos mata la braveza.
BEATRIZ. ¡Ay, por Dios! No me lo nombres,
que estoy como un alabastro
de los pies a los cabellos. [llos,
OCTAVIA. Yo en viendo un bravo de aqué-
pienso que es hombre del rastro.
¡Maldiga Dios la mujer
que gusta de estos Aquiles!
BEATRIZ. Ello es de mujeres viles,
que honradas no pueden ser.
Muertas por una prisión,
ir a la cárcel, llevar
la comidilla, empeñar
la basquiña y el jubón,
hablar al procurador,
dar dinero al escribano,
que declare el cirujano,
que vaya aprisa el doctor.
decir entre sus iguales
que le sacó de galeras,
y en pago de aquestas veras,
obras de amor y honras tales,
quedan, cuando más la amparan,
hecha la cara dos piezas;
que todas estas bravezas
en aqueste Flandes paran.
OCTAVIA. Realmente, Beatriz, que un hombre
ha de ser entre la gente,
ni tan cobarde que afrente,
ni tan valiente que asombre.
Un honrado con valor,
diestro de la negra y blanca,
que con tenazas la arranca
de la vaina del honor,
y que una vez puesta fuera,
obrar bien y poco hablar,
bien se puede disculpar
cualquier mujer que le quiera.
BEATRIZ. Tal hombre a todos agrada;
mas yo tengo por más llano
y valiente el que echa mano
a la bolsa, y no a la espada.
¿Cuál (1) ánimo o corazón,
cuál valentía o destreza,
cuál fuerza, cuál gentileza,
se iguala en una ocasión
[a] echar a una faltriquera
mano y sacar cien escudos?
OCTAVIA. Eso diránlo los mudos
que es de traza verdadera.
Alejandro fué excelente,
y con ser amante igual,
le llamaron liberal
y no le llaman valiente.
Ansí que ganar el mundo
menos opinión le dió
que el ver que no le estimó,
que fué valor más profundo.

(*Salen* FELISARDO *y* MENDOZA *con las espadas desnudas.*)

BEATRIZ. ¿Quién entra con tal ruído?
FELISARDO. Yo soy.
OCTAVIA. ¿Felisardo es?
BEATRIZ. ¿Y Mendoza?
MENDOZA. ¿No me ves?
OCTAVIA. ¡Ay, amores! ¿Has reñido?
FELISARDO. ¡Oh, qué lindo desenfado!
OCTAVIA. ¡Oh, qué pendencia cruel!
Lástima tengo al broquel.
¡Ay, Jesús, cuál le han parado!
Trae una luz, envainarán,
que a escuras no acertarían.
BEATRIZ. Pues ¿acá a envainar venían?
MENDOZA. ¡Qué desmayadas están!
OCTAVIA. Envainad, por Dios, las hojas,
que se refrían ansi.
FELISARDO. ¡Oh, qué bien de verme así
te desmayas y congojas!
OCTAVIA. Pues qué, ¿estás muy alterado?
Trae una alcorza, Beatriz.
MENDOZA. ¿Tienes tú alguna perdiz
o algún capón trasnochado?
BEATRIZ. Sí, amigo, de la capilla.
OCTAVIA. Sosiégate, amigo, un poco.
¡Jesús! Felisardo es loco:

(1) En el texto "Que el".

rompe, mata y acuchilla.
Mucho te quiero querer.

FELISARDO. Burlaos bien, disfrazaldo.

MENDOZA. ¿Hay unos tragos de caldo?

BEATRIZ. ¿Para qué?

MENDOZA. Para sorber.

FELISARDO. Basta, Octavia, que disfrazas
con burlas las ocasiones
de perderme en que me pones
con los enredos que trazas.
Basta, Octavia, que las cosas
de mi honor tomas ansí,
y que te burlas de mí
con burlas tan enfadosas.
Basta, Octavia, que al broquel
tienes lástima, y no al pecho
en que se pudo haber hecho
lo que miras hecho en él.
Basta, Octavia, que a mil lumbres
quieres que envaine la espada
que traen desenvainada
a lo escuro tus costumbres.
Basta, Octavia, que es muy bueno
que con dos hombres estés
y que una alcorza me des
después de darme veneno.
Finalmente, Octavia, basta,
que conmigo opinión cobras
de que no eres casta en obras
si eres en palabras casta.
¿Qué hacen dos hombres aquí,
que yo en burlas más pesadas,
les di tantas cuchilladas
como tú afrentas a mí?
Aquí entraron. ¿Qué querían?
¿Quién son? ¿Qué pueden querer?

OCTAVIA. ¿A qué perdida mujer
tales cosas se dirían
que las escuchase ansí?
Basta, Felisardo loco,
que tú me tengas en poco
y yo te lo sufra a ti.
Basta, que sin ser marido
ni dueño con posesión,
que es harta satisfación
tres años que me has servido,
de mis cortos pensamientos
por tan liviana me tengas,
que a decirme airado vengas
iguales atrevimientos.
Pensaba yo que en tu mengua
traías desenvainada
la espada, y será la espada
desnuda la de tu lengua.
No pudo tu espada herir,
ya que tu lengua has sacado,
con que más en mí has cortado
que allá debiste de huír.
Y por que veas tu engaño,
los hombres de que hablas mal
son maestro y oficial
de acuchillar seda y paño.
Quise sacar un vestido,
y tú, que no me le has dado,
ya me le has acuchillado,
y antes de coser, rompido.
Parece que las tijeras
hurtaste al competidor,
con que has cortado en mi honor
ropas y sayas enteras,
y aun dijera que el manteo,
si fuera lícito aquí,
pues que imaginas de mí
un disparate tan feo.
Que quien de ti le ha guardado
tres años creer no es bien
que en dos horas tal desdén
haya un hombre conquistado.
Y por que creas que ha sido
oficial, y no amador,
toma este papel, traidor,
en que te pido el vestido.

(*Arroja un papel y hace que se va* OCTAVIA.)

Y quédate, que en mi vida
me verás.

FELISARDO. Mi bien, señora,
escucha.

OCTAVIA. ¿Que escuche ahora?

FELISARDO. Oye.

OCTAVIA. Estoy muy ofendida.

FELISARDO. Hoy he ¡por Dios! de enviarte,
por el pesar recebido,
el recado del vestido.

(*Vuelve* OCTAVIA.)

OCTAVIA. En fin, ¿que tengo de hablarte?
¡Ay, Dios! ¿Qué no has de poder
conmigo? Ya a hablarte vengo.

MENDOZA. (Al vestidillo me atengo.
Demonio es esta mujer.)

FELISARDO. Hasme dado dos mil vidas.
Si tantas almas tuviera
muy bien hoy las ofreciera
a esas manos homicidas.

Todo lo que viene aquí
esta tarde lo traerán,
y córtelo aquel galán
que pensé cortar por ti.
Que lo es tuyo de mil modos,
que, aunque de mis celos nace,
que éste que las galas hace
es el más galán de todos.
Perdóname y da licencia,
que de haber interrompido
tu sosiego estoy corrido.

OCTAVIA. Ya siento, amores, tu ausencia.
Venme a ver por la mañana.

FELISARDO. Mendoza traerá esta seda.

MENDOZA. Y tu enojo, ¿cómo queda?

BEATRIZ. Yo soy un poco más llana.
Tráeme unas medias de punto
y unas ligas.

MENDOZA. ¿Quieres más?

BEATRIZ. Unas tocas me traerás.

(*Vanse ellas.*)

MENDOZA. Vendrá a las diez todo junto.
Pues ¿cómo estamos de cuenta,
de pendencia y de vestido?

FELISARDO. Nunca yo hubiera venido
a sosegar la tormenta.

MENDOZA. ¿Cómo ansí?

FELISARDO. Estoy sin dinero,
y, tras haberme enojado,
este papel he aceptado,
que de pagar desespero.

MENDOZA. Cosa que este sastre sea
quien le tome la medida
y que el vestido te pida.

FELISARDO. ¿Qué no habrá que tema y crea
de la mujer más extraña,
más resuelta y más cruel,
más bárbara y más infiel,
Mendoza, que tiene España?

MENDOZA. ¿Por qué la quieres?

FELISARDO. No sé.
El no la entender me pica.

MENDOZA. Si un vestido no despica,
gran fuerza tiene tu fe.

(*Abre el papel.*)

FELISARDO. Déjame leer la lista,
pesar de quien quiere.

MENDOZA. Paso.

FELISARDO. "Primeramente de raso..."

MENDOZA. Ella viene a letra vista.

FELISARDO. "...diez y seis varas, y sea
azul, por ser tu color."

MENDOZA. ¡Ah! Pues si te hace favor,
muy bien en ella se emplea,
y este es mi voto en tal caso:
Saca una pieza del cielo
un día que, tras el hielo,
esté bien azul y raso.

FELISARDO. Mejor fuera con espesas
nubes de brocado rizo
y bordadas de granizo,
que son las perlas más gruesas.
"Item, ciento y cuatro varas
de pasamanos, que sean
de Milán."

MENDOZA. Mil nubes vean
en los ojos de sus caras,
si por tales pasamanos
pasasen manos jamás.

FELISARDO. "Item más..."

MENDOZA. ¿Otro "ítem más"?
¡Qué amores tan escribanos!

FELISARDO. Pues ¡por Dios! que yo me siento
con los ítenes de suerte
que pienso que de mi muerte
haciendo estoy testamento.
"Item más, para pestañas,
si pasamanos no hubiere
a propósito..."

MENDOZA. Mas ¿qué quiere?
¿Quitarte hasta las pestañas?

FELISARDO. "Seis varas de raso."

MENDOZA. Bien.

FELISARDO. "Docientas de molinillos."

MENDOZA. Mejor está con dos grillos
en Orán o Tremecén.
"Parecéis molinero, Amor,
y sois moledor."

FELISARDO. Mohino
estoy de tanto molino.

MENDOZA. ¿Hay más?

FELISARDO. Falta lo mejor.
"Quinientas varas..."

MENDOZA. ¡San Blas!

FELISARDO. "...de puntillas para lazos,
y requibes."

MENDOZA. Puntillazos
la diera yo. No leas más.

FELISARDO. Oye, que faltan aforros.

MENDOZA. De gaita deben de ser.
Creo que aquesta mujer
y aqueste sastre van horros.

FELISARDO. Pues también hay bebederos.

MENDOZA. ¿Es jaula?
FELISARDO. Ahora bien, camina,
y metámosla en pretina
con dos vestidos enteros.
MENDOZA. ¿Cuáles?
FELISARDO. Aqueste de raso
que no quiero la diré.
Mira tú cómo podré
darle este raso más raso.
MENDOZA. ¿Y el otro?
FELISARDO. Del desengaño.
MENDOZA. ¡Oh, lo que un vestido enfría!
FELISARDO. Eso no hiciera, a fe mía,
si lo pidiera de paño.

(Vanse, y sale DON LORENZO, *soldado, y* TRISTÁN, *su criado, de camino ambos.)*

D. LOREN. Pienso que nos han sentido.
Como estaba convidado.
TRISTÁN. Luego el haberte apeado
casi de nada ha servido.
D. LOREN. Sabiendo ya que venía,
por la carta que escribí,
siempre, Tristán, entendí
que este cuidado tenía.
Admírame su paciencia.
TRISTÁN. Pienso que bajaa, señor.
D. LOREN. No tiene gusto el amor
como el volver de una ausencia.
Todos aquellos disgustos
hacen que el amor se aumente,
que pienso que hace un ausente
buscar gloria y juntar gustos.
Dar a cambio breves plazos
el bien que el tiempo le niega,
que después el día que llega
lo goza en los mismos brazos.
TRISTÁN. ¡Por Dios, señor! Yo quería,
queriendo no me ausentar,
que la gloria de llegar
presente está cada día.
Para gusto dilatado
es menester gran paciencia,
que hallar gusto por ausencia
es como beber penado.
D. LOREN. Calla, que el mejor manjar
sin hambre no da placer.
Sin sed, ¿quién quiere beber?
Sin calor, ¿quién va a nadar?
¿Quién sin frío se calienta?
Que tras ausentes disgustos
¿no son los amores justos,
hambre, ropa, agua y pimienta?
TRISTÁN. Tú hablas como si fuera
la dama que quieres bien,
el fuerte de Tremecén
o la fuerza de Galera.
¿De modo que no podría
venir ese ausente a ver
los dejos de esa mujer
ese venturoso día
y hallar en casa oficial
para los gustos de ausencia,
mientras que de esa presencia
faltare el original?
D. LOREN. ¡Oh! Si por mujeres tales
se ha de pasar, no es razón,
que yo trato en condición
de mujeres principales.
La que ha de ofender ausente
al hombre que quiere bien,
Tristán, no dudes, también
le sabrá ofender presente.
TRISTÁN. ¡Ah, señor! ¡Cuántas honradas
hizo ruines la ocasión
que, aun en la imaginación,
no fueron jamás culpadas!
Vale mejor al presente,
porque el ausente de allí
no puede volver por sí,
y así perece el ausente.
Porque, en fin, están los duelos
donde los dueños no están;
más es que bestia el galán
que ausente vive sin celos.
D. LOREN. Tristán, yo debiera estar
escarmentado de ti,
pues no hay buena suerte en mí
en que no metas tu azar.
Yo he estado ausente, y llego;
déjame gozar el día
de la mayor alegría.
Yo quiero ser mudo y ciego;
yo no quiero ver, Tristán.
¿Quién te mete en desengaños?
TRISTÁN. Tras esperar tres mil años,
¿Luego eres el padre Adán?
D. LOREN. Soy el diablo que te lleve,
enfadoso y desabrido.
TRISTÁN. Alguna vez te he servido.
A mí ¿qué interés me mueve?
D. LOREN. ¿Llaméte yo al parecer?
TRISTÁN. No, señor.

D. LOREN. Déjame entrar
en el placer, sin tratar
jamás de aquesta mujer.
Si yo pienso que es leal,
piénsalo, Tristán, también,
que gozar el bien no es bien,
con recelos de que es mal.
Mirando el agua correr,
¿no sería necedad
ir por ella a la ciudad
quien la hubiese de beber?
Pues ansí de amor el nombre
entristece su placer
con pensar que la mujer
no guarda lealtad al hombre.

(*Sale* CLARINDA.)

CLARINDA. Seáis bien venido.
D. LOREN. Soy,
y ahora tan bien venido,
que el parabién que te pido
a mí mismo me lo doy.
Que mereciendo tus brazos
me das tantos parabienes,
que lleno de bien me tienes
y preso en mayores lazos.
CLARINDA. ¡Jesús! ¿Es Tristán aquél?
TRISTÁN. ¿No me ves?
CLARINDA. Quiero abrazarte.
TRISTÁN. Podrás honrarme, si es parte
el haberte sido fiel.
CLARINDA. ¿Quién duda que en más de un año
que con los virreyes fué
a Italia rompió la fe
que le ha guardado mi engaño
este tu ingrato señor,
y que no le cansarías
con decille los más días
la obligación de mi amor?
D. LOREN. Que aun hasta en esto me quitas,
Tristán, todo mi placer.—
Y tú, ¿por qué has de entender,
ya que ofenderme permitas,
de que ese necio lealtad
te ha tenido a ti por mí?
TRISTÁN. Señora, entiendo que sí,
que ¡vive Dios! que es verdad.—
Sólo te quiero decir
que si ofenderte quisiera
de su servicio me fuera.
D. LOREN. Y ahora te puedes ir,
Tristán, a casa a comer,
que me estás dando tormento
cuando, con tanto contento,
a Clarinda vengo a ver.—
Nápoles, señora mía,
es un jardín, y es en quien
halla un español también
ocasiones cada día.
Pero ninguna bastante
a deshacer la firmeza
que imprimió vuestra belleza
en mi pecho de diamante.
Sólo me ocupo en servir
a los condes con cuidado,
y así, por verme obligado,
como por poder venir
a España con algún nombre
de los muchos que ellos dan.
CLARINDA. ¿Qué os dieron?
D. LOREN. Soy capitán,
título honrado de un hombre,
con que ya al presente puedo
lo que adelante os diré.
CLARINDA. ¿Qué hicistes allá?
D. LOREN. No sé;
mas en buena opinión quedo.
CLARINDA. Y Tristán, ¿qué oficio tiene?
TRISTÁN. Yo ¡pesia a tal! ¿pues podía
venir la persona mía
sin un título solene?
Siempre lo más importante.
Atrás dejo a mi señor,
luego tiene más valor
el que va siempre delante.
CLARINDA. A la cuenta, ¿no has salido
de lacayo?
TRISTÁN. ¿Cómo no?
Lo que soy, Clarinda, yo,
¿no te lo dice el vestido?
¿Ya es burla el sombrero y pluma,
la calza, cuera y espada?
D. LOREN. De esta mi larga jornada
oirás una breve suma
luego que haya descansado.
¿Tienes que darme a comer?
CLARINDA. Quisiera el fénix tener
para tan buen convidado;
pero si en la voluntad
come mejor quien la tiene,
haz cuenta que el fénix viene,
que es del alma la mitad.
D. LOREN. Comeré, Clarinda mía,
con los ojos, la hermosura,

siendo la primer criatura
que ha merecido ambrosia.
Que si la gentilidad
los mortales deificaba,
con el amor no se acaba,
que es Dios gentil de esta edad.
Ven donde el gusto de verte
me dé, en aquesta comida,
veneno para la vida
y salud para la muerte.

CLARINDA. A fe, que vienes galán.

D. LOREN. ¿De vestido o de razones?

CLARINDA. De todo, a fe.

D. LOREN. Son blasones
del nombre de capitán.

TRISTÁN. ¿Oyes?

CLARINDA. ¿Qué, Tristán?

TRISTÁN. Olalla,
¿fuese?

CLARINDA. No; en casa la tengo.

TRISTÁN. Ansí ¡pesia tal! que vengo
con mil deseos de hablalla.

(Vanse, y sale LISEO *y* DAMACIO.)

LISEO. Otra vez que me llevéis,
Damacio, donde queráis,
suplícoos que me aviséis
en qué posesión estáis
y qué favores tenéis.
Gracia habéis ¡por Dios! tenido
en haberme encarecido
el amor de aquella dama.
¡Bien estrechamente os ama!
¡Bien estáis entretenido!
Avísame de que dan
favores generalmente,
y vendré armado al zaguán,
que por el pie solamente
me maten, como a Roldán.
Gentil carga nos han dado
de cuchilladas ¡por Dios!,
que era el hombre muy honrado.

DAMACIO. Decid también que eran dos,
y que el uno venía armado.

LISEO. No lo niego, que sería
el galán de la criada,
que dijistes que era mía,
y si ansí paga a la entrada,
no vuelvo a verla otro día.
¡Pesia a tal! ¿Esa mujer
quieres, donde sobran tantas?

DAMACIO. ¿No es mujer para querer,
Liseo, Octavia entre cuantas
hoy tienen buen parecer?
¿No es muy digna aquella cara
de un honrado pensamiento?
¿Y aquel alma noble y rara?
En aquel entendimiento,
¿qué entendimiento no para?
¿Habéis visto vos espejo
más gallardo?

LISEO. No me quejo
de sus despejos jamás;
pero son aquestas damas
como en la tienda el espejo,
detiene al que va a pasar,
haciendo una cara a todos
para obligalle a comprar.
Hay aquí notables modos
de obligar y de engañar.
Hay mujer que hace favor
a diez hombres igualmente
y a ninguno tiene amor,
o porque de amor no siente,
o porque tiene ese humor.
No es aquese mar tan llano:
bajíos debe de haber,
que ¡por Dios! Damacio hermano,
que habíades menester
llevar la bolsa en la mano.
¿Qué hubiera sido de vos
haberla dado el vestido
pues que los primeros dos
que encontráis dicen que han sido
sus dueños?

DAMACIO. Basta ¡por Dios!,
que ya conozco mi culpa
y confieso mi ignorancia.

LISEO. Esa humildad os disculpa,
que errar en poca distancia
de tiempo a ninguno culpa.
Y por que os desengañéis
de lo mucho que ignoráis
y lo poco que sabéis,
aquí quiero que veáis
dos ángeles.

DAMACIO. ¿Dos?

LISEO. Y aun seis.

DAMACIO. Seis tronos deben de ser.

LISEO. Hoy veréis una mujer
que no entra el sol en su casa,
que sólo un sol que la abrasa
su casa merece ver.
Ese soy yo, tan dichoso

en tan hermosa ocasión,
que tengo al sol envidioso.
DAMACIO. Y esotras cinco ¿qué son?
LISEO. Ninfas de su cielo hermoso.
Esperad y llamaré,
veréis qué regalo os hace.
DAMACIO. Haced que un ángel me dé,
si el trono no se deshace,
con quien esta noche esté,
que de Octavia estoy mohino.
(*Llama.*)
LISEO. ¿Ah de casa?
DAMACIO. No responde.
[LISEO.] Hay gran recato
DAMACIO. Adivino
que no está en casa.
LISEO. Pues ¿dónde?
DAMACIO. Si es un ángel tan divino,
habrá ido acompañar
algún alma.
LISEO. No es mujer
que la ven por el lugar.

(*Asómase* TRISTÁN *a la ventana, comiendo una sopa en vino y una toalla al hombro.*)

TRISTÁN. ¿No nos dejarán comer?
Perdonen, que no hay lugar.
LISEO. ¿Cómo es aquello?
DAMACIO. No sé.
Mirad si habemos errado
la casa, si no es que esté
hoy este trono doblado
y estos ángeles nos dé.
LISEO. ¿Ah de casa?
TRISTÁN. Andá en buen hora,
hermano.
DAMACIO. Tornó a salir.
¿Vístele mejor ahora?
Gente debe de acudir
en casa de esta señora.
LISEO. ¡Oh, qué lindo!
DAMACIO. Pues ¿no entráis?
LISEO. ¿Ah de casa?
TRISTÁN. ¿Ah, majadero?
DAMACIO. Angel, mirad cómo habláis,
que respondéis muy grosero
para en el trono en que estáis.
TRISTÁN. No había bien reparado
en que eran gente de bien.
LISEO. Decí, ¿sois vos el criado
de la señora?
TRISTÁN. ¿De quién?
LISEO. De Clarinda.
TRISTÁN. Soy soldado,
y alférez del capitán
don Lorenzo de Guzmán,
que está con ella comiendo.
DAMACIO. (¿Oíslo?
LISEO. ¿Qué estoy oyendo?)
Y ¿cómo os llamáis?
TRISTÁN. Tristán.
(*Quítase de la ventana.*)
DAMACIO. ¿Es aqueste picarón
acaso el ángel del trono
de estas damas? Buenas son;
pero mi parte os perdono.
"Entrad a conversación
y avisadme de que dan
el favor generalmente,
y vendré armado al zaguán,
que por el pie solamente
me maten como a Roldán,
y veréis una mujer
que no entra el sol en su casa".
Este sol se viene arder,
sin duda, que, pues se abrasa,
es ángel de Lucifer.
LISEO. Donaire ¡por Dios! tenéis.
¡Pesadamente os burláis!
DAMACIO. "Quiero que os desengañéis
de lo mucho que ignoráis
y lo poco que sabéis."
Pues ¿cuál será el capitán
si como el alférez es?
LISEO. ¡Notables celos me dan!
DAMACIO. Vamos, volveréis después
que no esté en casa Tristán.
LISEO. ¿Qué es volver? Haré la puerta
pedazos. ¡Abran aquí!

(*Llama. Salen* DON LORENZO *y* TRISTÁN.)

D. LOREN. Ya, gentilhombre, está abierta.
¿Mandáis algo?
LISEO. Señor, sí.
D. LOREN. No será posada cierta,
o la casa habéis errado,
que yo vivo aquí.
LISEO. ¿No vive
Clarinda, dama?
D. LOREN. ¿Habéis dado
algún lienzo aquí?
LISEO. Recibe
prendas de mayor cuidado,
y yo no vendo esas cosas.

D. LOREN. Para pagar lo pregunto.
LISEO. Las preguntas son graciosas.
D. LOREN. Pagaré ¡por Dios! al punto.
LISEO. Sólo sus manos hermosas
me pueden pagar aquí
un alma que la he fiado.
D. LOREN. Pues mal la podéis cobrar.
Id con Dios, señor soldado,
y escarmentad de fiar.
LISEO. Quiero hablalla...
D. LOREN. Id con Dios.
LISEO. Aquí, delante de vos.
D. LOREN. ¡Qué negras impertinencias!
DAMACIO. (¡Qué bien os va de pendencias,
que ya con ésta son dos!)
D. LOREN. Echarélе de la calle.
LISEO. Pruebe, noramala, y caile.

(*Acuchíllanse, y sale* FELISARDO *y* MENDOZA, *y vanse* DAMACIO *y* LISEO, *y sale* TRISTÁN *después de las cuchilladas.*)

D. LOREN. ¡Fuera, villanos!
FELISARDO. Mendoza,
la sangre se me alboroza
viendo un hombre de buen talle
reñir. Yo tomo su lado,
que me parece hombre honrado.
DAMACIO. ¡Villanos! ¿Tantos a dos?

(*Retíranse los dos.*)

FELISARDO. Ya se retiran.
D. LOREN. ¡Por Dios!
que aunque me habéis obligado
he recebido pesar,
dejáraismele matar
aquel hablador gallardo.
FELISARDO. ¡Don Lorenzo!
D. LOREN. ¡Felisardo!
FELISARDO. Señor, ¿y en este lugar?
D. LOREN. En este mismo, por Dios.
FELISARDO. Envainá; dadnos los brazos.
¡Válame Dios, que sois vos!
¡Qué deseados abrazos!
TRISTÁN. ¿No nos hablamos los dos?
MENDOZA. ¿Es Tristanillo?
TRISTÁN. Pues ¿quién?
MENDOZA. Basta, que medra también
el que a la guerra se aplica.
TRISTÁN. ¡Qué grande estás, Mendocica!
MENDOZA. Soy ya muy hombre de bien.
FELISARDO. ¿Cómo por Italia ha ido,
don Lorenzo?
D. LOREN. Mil extremos
de bien, y mal he tenido,
aunque en la casa de Lemos
fuí siempre favorecido.
Que son aquesos señores
Alejandros liberales;
débоles dos mil favores:
son Castros y Sandovales.
FELISARDO. No hay alabanzas mayores.
Mucho tenemos que hablar.
¿Por qué ha sido esta cuestión?
D. LOREN. Es muy largo de contar.
Mudanzas del tiempo son
y efetos de este lugar.
Dejé una dama y volví;
halléla, y apenas vi
su casa, cuando esta gente
se quiso entrar libremente.
FELISARDO. Harto peor me va a mí.
D. LOREN. ¿Cómo?
FELISARDO. Quiero a una mujer,
abril en el parecer
y en la condición hebrero.
D. LOREN. Con vos consolarme quiero.
FELISARDO. Muy presto la podréis ver,

(*Salen* OCTAVIA *y* BEATRIZ *con mantos.*)

que es la que pasa.
D. LOREN. ¿A qué va?
FELISARDO. A sacar cierto vestido
que mi necio amor le da.
D. LOREN. ¡Qué buen talle!
FELISARDO. ¡Estoy perdido!
D. LOREN. Y disculpado estáis ya.
FELISARDO. Aguardad, y le diré
una palabra.
D. LOREN. Sí haré.
FELISARDO. Octavia, el que veis conmigo
es un hidalgo mi amigo
que aquí en la calle encontré.
Id poco a poco a la puerta
de Martín Sánchez, amores;
que mientras que se concierta
y sacáis esas colores,
que el buen Mendoza no acierta,
de él me podré despedir.
OCTAVIA. Decidme si habéis de ir.
FELISARDO. ¡Jesús! ¿En eso dudáis?
OCTAVIA. Ven, Beatriz.
FELISARDO. Hermosa vais.
OCTAVIA. Ya comenzáis a mentir.
BEATRIZ. (Buen talle tiene, señora,
el forastero.

OCTAVIA. ¿Es galán?
BEATRIZ. Harto se compone y dora.
OCTAVIA. A mí, por Dios, que me dan
hombres poca pena agora.
BEATRIZ. ¡Qué terrible condición!
OCTAVIA. Nací con ella.
BEATRIZ. Es perdida
tu hermosura.
OCTAVIA. Buenos son
los hombres; pero en mi vida
tuve a ninguno afición.)

(Vanse las dos.)

FELISARDO. ¿No es gallarda?
D. LOREN. Es una diosa.
FELISARDO. Pues servilda, si os agrada,
que yo os la doy por la cosa
más fácil de ser tratada
y de amar dificultosa.
D. LOREN. ¿Cómo?
FELISARDO. Quiere cuanto ve,
habla, escribe y toma.
D. LOREN. ¿Y da?
FELISARDO. En tres años no lo sé.
D. LOREN. ¿En tres años?
FELISARDO. Tres van ya.
D. LOREN. Pues ¿no me diréis por qué?
FELISARDO. Porque tengo para mí
que el quererme por marido
la fuerza a tratarme ansí.
D. LOREN. La causa puede haber sido.
¿Vos tratáisle de ello?
FELISARDO. Sí.
D. LOREN. Pues ¿qué os espanta que sea
rigurosa en dilatar
lo que vuestro amor desea,
si vos la habláis de casar,
hasta que en ello se vea?
FELISARDO. Es mujer que lo merece.
No sé qué en estos tres años
tres mil hombres acontece
ver y hablar y hacer engaños;
porque cuanto ve apetece.
Pero, en pasando del día
primero, que quiere bien,
el que más cierto tenía
conquistado su desdén,
deja el campo y desconfía.
No sé si entre éstos alguno
la ha gozado, que a ninguno
muestra estimar y querer,
que es mucho que una mujer
pase tres años de ayuno.
Con esta sospecha estoy
pensando que gusto tiene
y que yo no se lo doy,
que, en fin, con la tema viene
de que su marido soy.
Para mí no más es casta,
todas mis trazas contrasta,
todos mis intentos tuerce,
que me rinda, que me esfuerce,
ninguna cosa me basta.
Si la busco, huye de mí;
si la dejo, me persigue;
si digo "no", dice "sí";
soy sombra que su sol sigue;
si se va, fenezco allí.
Si lloro, canta; si canto,
llora; si la pido, niega;
si niego, me pide, y tanto
cuanto más conmigo juega
más picado me levanto.
D. LOREN. ¡Válate Dios por mujer!
FELISARDO. Es cosa para perder
el seso; no ha hecho el Cielo
cosa tan diestra en el suelo
en materia de querer.
Finge, llora, siente y cela,
enferma, sigue, desvela,
desengaña, engaña y miente;
presente, olvida, y ausente,
regala, y todo es cautela.
D. LOREN. No fuera yo el desdichado
con quien ella hiciera eso.
FELISARDO. Don Lorenzo, a un despicado
le hiciera perder el seso;
mas no estando enamorado,
que de jugar a mirar
va mucho.
D. LOREN. Vense las tretas.
Pero ¿en qué pensáis parar?
que mujeres tan discretas
mal se dejan sujetar.
Realmente, que la mujer
un poco boba ha de ser
siempre ha sido mi opinión,
que en la simple condición
se imprime más el querer.
Quiere con mayor lealtad,
que una natural bondad
nunca suele ser aguda.
FELISARDO. Estoy en aquesta duda,
entre mentira y verdad,
y me ha dado un pensamiento
de que la sirva un amigo

de talle y entendimiento,
que entre y que salga conmigo
y que penetre su intento;
que finja quererla bien,
y que en diciendo de sí,
me desengañe.

D. LOREN. Pues ¿quién
te parece bien a ti?

FELISARDO. Para rendir su desdén
a propósito has venido;
mi deseo te ha traído.
¿Quieres hacerme un placer
de servir esta mujer
y mostralla amor fingido?
Que ya que tiene esperanza
de merecer su favor,
temiendo estoy su mudanza,
quiero vengarme en su honor,
que es la más alta venganza.
Yo no puedo sufrir más;
conquista, engáñala y di
que aquí la has visto y estás
perdido.

D. LOREN. ¿Fías de mí
que no te ofenda jamás?

FELISARDO. Sin duda.

D. LOREN. Pues ve a pagar
el vestido, que yo voy
a seguirla.

FELISARDO. Intenta entrar.

(Vanse los dos y quedan los lacayos.)

MENDOZA. ¿Oístelo?

TRISTÁN. En todo estoy;
después podremos hablar,
que quiero que de tu mano
me des alguna fregona,
que allá donde fuí paisano
tres meses hablé a una dona.

MENDOZA. ¿Tres meses?

TRISTÁN. Sí, del verano.

MENDOZA. ¡Pobre de ti!

TRISTÁN. ¿Qué pensabas,
que es como en este país,
que hay fregonas como pavas,
con bocas oliendo anís
más que atún en almadrabas?
¡Vive Dios!, que allá por puntos
me mataban con trasuntos
de fregonas de Castilla,
con la encarnada cintilla
y el botín de cuatro puntos.
Traspasábame el pandero
el alma con las chaconas
en el río o lavadero.

MENDOZA. Luego ¿no hay allá fregonas?

TRISTÁN. Masaras como un harnero.

MENDOZA. ¿Masaras?

TRISTÁN. Sí, a la bagasa
la llaman así.

MENDOZA. ¿Eso pasa?

TRISTÁN. Francisquiñas traditoras,
que era menester por horas
volverse un hombre Ganasa.
¿Qué dudáis? que he de seguillo
a este necio.

MENDOZA. ¿Y no ha de vello
el hombre?

TRISTÁN. Sí, al baratillo,
que voy a vender un cuello.

MENDOZA. Adiós, Juan.

TRISTÁN. Adiós, carillo.

(Vase TRISTÁN.)

MENDOZA. ¡Brava vida soldadesca!
¡Tristes de los que pasamos
esta vida pelonesca!

(Sale BEATRIZ, y dice MENDOZA:)

¿Es Beatriz?

BEATRIZ. Sí.

MENDOZA. ¿Dónde vamos,
Beatriz limpia, Beatriz fresca,
Beatriz más blanca que arroz,
más picante que raspada,
más larga que un albornoz,
más lucida que una espada,
más resuelta que una coz?
¡Vive Dios, que he de abrazarte!

BEATRIZ. ¡Ay, triste! Y ¿en esta parte?

MENDOZA. En esta parte y en todas.
¿Cuándo han de ser nuestras bodas?

BEATRIZ. Cuando aqueste Durandarte
se case con mi señora.

MENDOZA. Pues ¿trátase bien agora?

BEATRIZ. ¿Qué hay de nuevo?

MENDOZA. Es gran secreto.

BEATRIZ. ¿A mí secreto? ¿A qué efeto?

MENDOZA. Mi alma, Beatriz, te adora;
pero secreto a mujer...
¡Guarda la cara!

BEATRIZ. En tu vida
me has de hablar ni me has de ver.

MENDOZA. Ten, oye, Beatriz querida.

BEATRIZ. Nunca me hiciste placer,
nunca trataste verdad

conmigo, nunca hallé en ti
buen término y lealtad.
¿Tú secreto para mí?
¡Qué buen amor! ¡Qué amistad!
Quédese con Dios, mancebo.

MENDOZA. A decillo no me atrevo
si no juras de callar.

BEATRIZ. En fin, ¿tengo de jurar?
¡Qué buen crédito te debo!
¡Plega a Dios que no me pida
nadie cosa que no sea
de mi gusto, y que en mi vida
coma pollas con jalea,
ni jamás duerma vestida,
ni coma pan si no es tierno,
ni vino si no es anciano,
ni tenga frío en invierno,
ni calor en el verano,
ni vaya...

MENDOZA. ¿Dónde?

BEATRIZ. ...al Infierno,
Mendoza, si lo dijere.

MENDOZA. Pues has de saber que quiere
mi amo tomar venganza
de tu ama.

BEATRIZ. ¿Hay tal mudanza?

MENDOZA. Por saber su pecho muere.
Con este galán soldado
que se finja ha concertado
galán de Octavia hasta ver
si la goza.

BEATRIZ. Podría ser
que volviese trasquilado.

MENDOZA. Si el hombre es plático y sabe
mucho, caerá si la sigue.

BEATRIZ. No hayas miedo que se alabe,
si mil años la persigue,
de que tal empresa acabe.

(*Salen* OCTAVIA *y* FELISARDO *acompañándola, y* DON LORENZO *y* TRISTÁN *siguiéndoles.*)

FELISARDO. ¿Vas contenta?

OCTAVIA. Sí, mi bien.

FELISARDO. ¿Bueno es el raso?

OCTAVIA. Extremado.

FELISARDO. Basta, Octavia, que también
te va siguiendo el soldado.
Mas qué, ¿te parece bien?

OCTAVIA. Buen talle tiene.

FELISARDO. Es galán.

OCTAVIA. Dime el nombre.

FELISARDO. El capitán
don Lorenzo.

OCTAVIA. ¿Viene agora
de Italia?

FELISARDO. Sí, mi señora.

OCTAVIA. ¿Y el sobrenombre?

FELISARDO. Guzmán.

OCTAVIA. ¿Famoso?

FELISARDO. Siempre lo fué.

OCTAVIA. ¿Es rico?

FELISARDO. Más que un indiano.

OCTAVIA. ¿Es liberal?

FELISARDO. No lo sé.

OCTAVIA. ¿De dónde es?

FELISARDO. Es cortesano.

OCTAVIA. ¿En Madrid nació?

FELISARDO. Sí, a fe.

OCTAVIA. Llévale a casa.

FELISARDO. ¿Esta tarde?

OCTAVIA. Véselo a decir.

FELISARDO. Ya voy.

(*Apártase a un lado* DON LORENZO *y* FELISARDO, *y* OCTAVIA *y* BEATRIZ, *y* TRISTÁN *y* MENDOZA *a otra parte.*)

FELISARDO. Pues, Capitán.

D. LOREN. Dios os guarde.

FELISARDO. Buena va, a fe de quien soy.

D. LOREN. Hago de mi talle alarde,
doy piernas, contera y plumas.

BEATRIZ. Hay que contarte mil sumas
de cosas de Felisardo.

OCTAVIA. Que me las digas aguardo.

BEATRIZ. Para que quien es presumas,
concertó con el soldado
que se finja enamorado
de ti y procure gozarte,
para saber en qué parte
tienes el honor guardado.

OCTAVIA. ¿Qué me dices?

BEATRIZ. Esto.

OCTAVIA. Bien.
Y ¿quién te lo dijo a ti?

BEATRIZ. Mendoza.

OCTAVIA. Pues yo también
sabré fingir.

BEATRIZ. ¿Cómo así?

OCTAVIA. No hay estocada que den
más diestra que por el filo;
quiero por el mismo estilo
fingir que muero por él,
que el soldado es moscatel
y gastará hasta el pabilo.

BEATRIZ. ¡Qué bien harás!

OCTAVIA. Pues atiende
el principio.—¡Ah, Felisardo!
FELISARDO. ¿Señora?
OCTAVIA. Si acaso entiende
ese soldado gallardo
el justo amor que os enciende,
llevalde a casa a cenar,
que le quiero regalar
por vuestro amigo.
FELISARDO. (Esto es hecho.
D. LOREN. La mujer se viene.
FELISARDO. El pecho
hidalgo quiere mostrar.)
D. LOREN. Beso esos pies.
OCTAVIA. (Este lobo,
Beatriz, viene por su daño.
¡Ay, por tu vida, que es bobo!)
D. LOREN. (Tú verás cómo la engaño.)
OCTAVIA. (Tú verás cómo le robo.
Ya me parece que veo
de la capa el pasamano
sirviendo en este manteo.
FELISARDO. Vámonos, Octavia.
OCTAVIA. (¡Ah, hermano,
cómo ha de quedar muy feo!)

ACTO SEGUNDO

de *Los Amantes sin amor.*

(*Salen* CLARINDA, TRISTÁN *y* DON LORENZO.)

D. LOREN. Vete, Clarinda, en buen hora,
que ya sé yo que el ausencia,
la voluntad y presencia
más adora que desdora.
Eres tú quien me ha vendido
luego que de ti partí,
y quéjaste que hay en mí
trato doblado y fingido.
Viene a quebrarte la puerta
aquel bizarro español,
jurándome tú que el sol
apenas la hallaba abierta.
Quiere entrar como solía
y espántaste que ya sea
el que tu casa rodea
tan suya en ausencia mía.
Dióme muchas cuchilladas,
colérico y pertinaz,
hasta que nos dieron paz
los filos de otras espadas,
y quieres pedirme celos,
y obligarme a tus visitas,
cuando las nubes me quitas,
que fueron del alma velos.
Con que estoy viendo mi engaño
y perdiendo la paciencia
de ver al fin de mi ausencia
este infame desengaño.
Gózale, Clarinda ingrata,
porque es mal hecho querer
que trate un hombre a mujer
que tan poca verdad trata.
Y no me busques ni celes,
que me darás ocasión
para ver mi condición
muy diferente que sueles.
CLARINDA. Si para disimular,
don Lorenzo, tus maldades,
tus quejas me persüades
cuando me vengo a quejar,
extraña crueldad ha sido
haber mi amor y paciencia,
en más de un año de ausencia,
con cartas entretenido.
Partiste con mil extremos,
luego que se casó el Rey,
a Italia con el Virrey,
conde de Villalba y Lemos, (1)
jurando que eternamente
dejarías de tener
esta mujer por mujer
y esta voluntad presente.
Decías que el corazón
en Valladolid tendrías,
y que siempre escribirías
que se ofreciese ocasión.
Tuve cartas de Valencia,
de Denia, de Barcelona,
con tal cuidado, que abona
lo que descuida la ausencia.
De Nápoles y aun, al cabo,
de Roma, y cuando el Virrey
fué a besar, por nuestro Rey,
los pies a Clemente octavo.
Y en todas, y falsas todas,
notables seguridades
del fin de dos voluntades
en santas y alegres bodas.
Vienes, y ese mismo día,

(1) Según esto, esta comedia podría ser de 1601 o de 1602.

sin mirar que pudo haber
un hombre que sólo el ver
enamorado le había,
en la iglesia, que es lugar
donde está Dios solamente,
le acuchillas inso'ente
y te vas a pasear.
Vas, en efeto, a la puerta
de Martín Sánchez, y das,
a quien adorando estás,
tienda franca y bolsa abierta.
Sácasle un azul vestido
competidor de los cielos,
color de los justos celos
que habrás, ausente, tenido.
Mucho pasamano de oro,
corte de tela y jubón;
vas a la conversación,
cenas, gastas un tesoro,
y porque sé tu maldad
dices que soy la que rabia,
siendo la señora Octavia
quien muerde tu voluntad.
Pues que me digas que acaso
la topaste y se la diste,
¿qué príncipe ahora viste
de raso en lugar tan raso?
Ya, don Lorenzo, pasó
ese tiempo; seso tienes,
y, en fin, de Nápoles vienes
tú, que de las Indias no.
Ya está todo diferente
tanto en aqueste lugar,
que te quiero aconsejar.
Escúchame atentamente.

D. LOREN. No me pidas atención,
que oírte, Clarinda mía,
en esta ocasión sería
ir a Ginebra a sermón.
¿Qué me puedes tú decir?
Ya este amor es acabado,
y ¡por Dios! que he disculpado
tu nuevo modo en vivir.
Y fué fácil persuadirme,
si hallo mudado un lugar,
¿cómo tú no lo has de estar
siendo mujer, y no firme?
No hallo cosa que dejase
en el lugar que quedó,
pues si el tiempo lo mudó,
¿qué mucho que te mudase?
Cuando el primer movimiento
llevan los cielos tras sí,
siguiéndole van, y ansí
al lugar sigue otro intento.
Bien haces, yo te disculpo;
habla, goza, quiere bien,
que yo solo soy a quien
yo mesmo condeno y culpo.
Quien me digas que me quieres
dar consejo en el gastar,
no es razón querer dorar
el valor de las mujeres.
El lugar no ha de quitar
valor a quien le tenía,
porque no es mercadería
que ha de subir y bajar.

CLARINDA. Necísimo estás.

D. LOREN. Estoy
más discreto que un letrado,
porque estoy desengañado
del que he sido y del que soy.
¿Mandas algo?

CLARINDA. Que me envíes
a Tristán.

D. LOREN. Pues ¿qué le quieres?

CLARINDA. Ya lo sabrás.

D. LOREN Dueño eres,
si es bien que de mí confíes,
de él y el dueño que te amaba
con tan extraño rigor,
que aunque se acaba el amor
la obligación no se acaba.

(*Vase* CLARINDA.)

TRISTÁN. Llorando va.

D. LOREN. Ya lo vi.

TRISTÁN. ¿Cómo sufrirlo has podido?

D. LOREN. Porque un amante ofendido
los agravios venga ansí.

TRISTÁN. De ti debes de vengarte;
pero advierte si es verdad
que muda la voluntad
con ausencia en otra parte.
Acuérdate que decías:
"Déjame, Tristán, llegar,
por lo menos, a gozar
el fin de las ansias mías."
Que eras mudo, que eras ciego,
que era necio el que buscaba
desengaño cuando amaba,
si había de olvidar luego.
Que no era bien enturbiar
agua que se ha de beber.

¿Ves que Clarinda es mujer
y que se puede mudar?

D. LOREN. Tristán, ¿cuál hombre hay que sea
más sabio que Salomón?

TRISTÁN. Amando, tienes razón,
no hay cosa mala que crea.

D. LOREN. Los que no quieren, en breve
pueden, Tristán, conocer
las faltas de una mujer,
a quien su flaqueza mueve.
A los caballos sin ojos
son los que aman comparados,
que para que estén parados
les ponen unos antojos.
Esto mismo viene a ser,
el que quiere como yo,
un hombre que se paró
al gusto de una mujer.
Escúchame una agudeza,
así Dios te dé salud,
pues que te hablo en virtud
de sola naturaleza.
¿Sabes, en razón de ver
si una mujer firme está,
la diferencia que va
de querer a no querer?
Lo que es mirarse al espejo
o en el agua de una fuente,
que él le muestra claramente
y ella le muestra el bosquejo.
Estáse quedo el cristal,
las faltas descubre en breve;
el agua no, que se mueve,
y a si se ve un hombre mal.

TRISTÁN. Gracias a Dios que ya estás
en principio de esta ciencia
del desengaño.

D. LOREN. ¿Y ausencia?

TRISTÁN. Pues ¿quiéresla?

D. LOREN. Mucho más.

TRISTÁN. ¿Cómo, si ves claramente
[las] faltas?

D. LOREN. Ninguna creo,
que no creo lo que veo.
¡Cómo se mueve la fuente!
Lo que puedo hacer, Tristán,
es no verla, que el no ver
suele el amor suspender.

TRISTÁN. Mil ocasiones te dan
aquestos nuevos amores
de Octavia.

D. LOREN. ¿Por qué, si ha sido
cuanto te he dicho fingido
y no estimo sus favores?
Ya sabes tú que es concierto
de Felisardo y de mi,
que quiere saber ansi
si su amor es falso o cierto.
Y tú, pues hablas también
con Beatriz, está advertido
que ha de ser también fingido;
guarda, no la quieras bien.

TRISTÁN. Tú, que estás enamorado
de Octavia, hablarás seguro,
yo, no; pero, al fin, procuro
hacer lo que me has mandado,
que anoche, asiendo su palma
con un plato que la di,
Dios sabe lo que sentí
de cosquillas en el alma.
Al fin, me toca y no toca,
como el que se va a reir,
y por no dallo a sentir
se está mordiendo la boca.

D. LOREN. Notablemente lo has hecho.
Pero ¿has visto tal querer
tan presto?

TRISTÁN. Es una mujer
de aquel humor, y buen pecho.
¡Con qué gala que te hacía
el plato de lo que hallaba
mejor, y lo que te daba
con qué gracia lo mordía!
¡Cómo bebía en tu copa
por el lado que ponías
la boca! ¡Y tú lo veías
cayéndosete la sopa!
¡Plega a Dios que Felisardo
no haya sido tu alcahuete,
que en laberinto te mete
de donde mal fin aguardo!

D. LOREN. No hayas miedo, porque estoy
muriéndome por Clarinda.

TRISTÁN. ¿Qué piedra habrá que no rinda
el trato de ayer y de hoy?
Reniego de un siempre ver,
siempre hablar, siempre tratar,
que harán a una piedra amar,
cuanto más a una mujer.

D. LOREN. Ahora bien, vamos a vella
y a entretener este mal.

TRISTÁN. Y yo a Beatriz, porque es tal
que me derriengo por ella.

(Vanse, y sale OCTAVIA *y* BEATRIZ.*)*

OCTAVIA. Armas, Beatriz, que se acerca
el enemigo al castillo.
BEATRIZ. Pon guardas en el portillo,
pon soldados en la cerca.
OCTAVIA. Armas, Beatriz, que un traidor
quiere, a lo diestro fingido,
sin quererme, ser querido,
y tanto amor, sin amor.
Daca el arnés de lisonja
de que al nacer me vestí,
que todo lo encierra en sí,
como en el agua la esponja.
Dame el fuerte morrión
de engañosa falsedad,
la pluma de vanidad,
la gola de presunción,
el peto de la paciencia
de un firme y seguro amar,
y aquel traidor espaldar,
y hacer burla en toda ausencia.
Dame una espada de engaño
y una lanza de cautela,
y tú vela, que en la vela
está de la guerra el daño.
BEATRIZ. ¡Ay! ¡Cómo tengo entendido
que este Capitán, de Amor
se imagina vencedor,
y que ha de salir vencido!
Gran ventura fué entender
el negocio.
OCTAVIA. Fué ventura,
por vengarme, que segura
estaba yo de querer.
Es imposible que quiera.
No sé qué es; sé que es deseo
de esto o de aquello que veo,
pero nunca persevera.
Porque si aquel hombre vi
con el otro que miré,
aquel primero se fué,
porque todos son ansí.
En materia de comer
búscame, Beatriz, una ave
gorda, manida y süave,
y como se suele hacer.
Pero cuando acaso nombres
hombres de estos del querer,
poco hallarás que escoger,
que todos, Beatriz, son hombres.
Procesión de diciplina
es a este amor semejante,
que en viendo un diciplinante,
lo que queda se adivina.
BEATRIZ. ¿Sabes qué temo?
OCTAVIA. ¿Qué temes?
BEATRIZ. Que no parece rigor
en un notable amador
que cuando hielas le quemes.
OCTAVIA. Es imposible.
BEATRIZ. ¿Por qué?
OCTAVIA. Porque cuando voy a amar
pienso en lo que ha de parar,
que de memoria lo sé.
BEATRIZ. ¿En qué para?
OCTAVIA. En apartarse
por ausencia o casamiento,
por público sentimiento
o por venir a cansarse,
por justicia o por parientes,
y luego quedan, Beatriz,
como pared sin tapiz,
todas las faltas patentes.
El amante ve en la dama
los afeites, las flaquezas,
los ñudos de las cortezas
que cubrió un tiempo la rama,
la enfermedad ordinaria,
lo que hizo antes de estar
por su cuenta, sin mirar
que es cosa a su humor contraria.
Acude el amigo luego,
como ya la vió olvidalla,
y lo que hasta entonces calla
lo dice atizando el fuego.
Esto Fulano le dió,
a Fulano quiso bien,
Citano la habló también
y tanto tiempo duró.
El dice luego: "Yo estaba
ciego, pues esto no vi.
No sé quién la quiere ansí:
no sé ¡por Dios! quién la amaba,
que es una sucia, una tal,
una loca, una parlera.
¡Vive Dios! que es hechicera
y que me ha hecho algún mal.
Pone clavos en el fuego,
hace dos mil oraciones,
perfumes, distilaciones
de verbena, almea y espliego.
Echa suertes, presa estuvo,
don Fulano la libró.
¡Dios guarde a quien la prendió!

¡Oh, qué apretada la tuvo!
¿Cómo había yo de ver
entrar a don Tal allá?"
Y es todo aquesto que va
camino de aborrecer.

BEATRIZ. Anda, que hay muchos, con eso,
que se van luego a llorar
a la puerta, y acechar
quién entra, perdido el seso.
Mas ¿cómo te has olvidado
de retratar el galán?

OCTAVIA. Pues cuando ellas están
que un hombre las ha dejado,
allí es ello. "Es un traidor,
su abuelo es un oficial",
y siempre dice más mal
de quien tiene más amor.
"Es tahur, sabe mil flores,
hace naipes y embelecos,
tiene hasta los huesos secos
de unciones y de sudores:
es cobarde y hablador
como un atambor de guerra,
que espanta toda la tierra
y no mata un arador;
es sucio por todo extremo,
no se muda una camisa
en un año, no va a misa,
es un loco, es un blasfemo.
El cuello le almidonaba,
enseñéle a ser galán.
¡Tal pago estos tales dan!
Quien mal anda, en mal acaba.
Justicia venga del Cielo,
él ha buscado su igual,
Fulana es interesal,
no le ha de dejar un pelo.
Eso es lo que ha menester
el bellaco, el fanfarrón."
¿Paréccte que es razón
para estas cosas querer?

BEATRIZ. No sé quién se ha entrado acá.

OCTAVIA. Mas ¿qué, es aquel nuestro Orfeo?

(*Sale* DON LORENZO *y* TRISTÁN.)

D. LOREN. Vengo a buscar mi deseo,
que dicen que en vos está.
Si le habéis visto, señora,
suplicoos que me le deis;
mas no puede ser que estéis
con ese cuidado ahora.
Si le tuvistes de mí
como de vos le llevé,
¿qué mucho que en vos esté
y que yo le busque aquí?
Soy cuerpo, mi Octavia, en calma,
que os dió el alma cuando os vió,
y no soy, que vos sois yo
después que tenéis el alma.
No os admire el visitaros,
que es fuerza vivir de veros,
y no vive (1) con perderos
el que vive de miraros.
Bien sé que es atrevimiento
tomarme tanta licencia;
mas preguntad en mi ausencia
qué es lo que sin veros siento,
que, habiéndome disculpado,
estaréis agradecida
de ser dueño de mi vida
y de que yo os la haya dado.

OCTAVIA. Si acá tenéis el deseo,
don Lorenzo, mi señor,
el aumento del valor
gano en el cambio que veo.
Porque allá tenéis el mío
con más cuidado y más fe,
y no me digáis que os dé
licencia, que es desvarío,
siendo vos el solo dueño
de esta casa en que vivís.

D. LOREN. Señora, ¿qué me decís?
¿Heme levantado, o sueño?
¿En qué valeriana en flor
los pies puse al levantarme?
¿Qué estrella salió a ayudarme?
¿Qué Venus me dió favor?
¿Qué paloma vi al salir?
¿Qué amigo me saludó?
¡Que venga a ser dueño yo
no mereciendo servir!
Si en mi compañía estuviera
hiciera hacer un torneo
en vuestro honor, o trofeo,
seis horas le mantuviera.
Y hiciera escaramuzar,
y desde la noche al alba,
en una y en otra salva,
las municiones gastar.
Y para mayor memoria,
mejor que ganando a Argel,

(1) En el texto "vivir", que no hace sentido.

como si entrara por él,
hiciera cantar vitoria.

OCTAVIA. (Bien piensa este majadero *(Ap.)*
que me desvanece así.)

D. LOREN. (Pensará esta necia aquí *(Aparte.)*
que por sus melindres muero.)

OCTAVIA. (Que mejor tenga yo vida
que salga con su intención.)

D. LOREN. (Conoce ya mi afición;
mas bastaba ser fingida.
Si esto dijera de veras,
no lo creyera en mil años.)

OCTAVIA. (Estará trazando engaños,
y yo pensando quimeras.
Pues a fe que ha de costalle
más dinero del que tiene.)

D. LOREN. (¡Qué simple la perdiz viene
al cebo de lengua y talle!
Yo aseguro que está ella
más hueca de este mi amor
que un encintado atambor,
pues no he de tocar en ella.
Que ¡por Dios! que le he templado
para que el aborrecido
que está llorando su olvido...)

OCTAVIA. Mejor estaréis sentado.
Tomad silla.

D. LOREN. Tomad vos,
mi señora, aquesta almohada.

OCTAVIA. ¡Qué humildad tan excusada!
Pues partámosla los dos
con que palabra me deis
que habéis de estar muy compuesto.

D. LOREN. Estaré cómo en el puesto
que vos, mi bien, me ponéis.
Mas mirad que de la cama
suele el almohada ser,
en que dos pueden caber,
y ésta de estrado se llama.
De rodillas estaré.

OCTAVIA. No, sino en esotra estad.

(Siéntanse y están hablando de secreto.)

BEATRIZ. ¿No guardas más amistad
a Mendoza?

TRISTÁN. Yo ¿por qué?
Deja de hablar de Mendoza;
templa, Beatriz, tu desdén,
que entre amigos todo bien
se comunica y se goza.

BEATRIZ. De tus locuras me río.
Luego ¿no se ofende?

TRISTÁN. No.
Yo creyera que soy yo
el mayor amigo mío.
Según eso, ¿a mí me debo
guardar lealtad, y a mi gusto?
Y cuando no fuera justo,
¿no fuera en el mundo nuevo?
Mira tú si a Felisardo
guarda lealtad don Lorenzo.
Lo que él emprende comienzo,
y lo que él aguarda aguardo;
con su ejemplo estoy sin culpa.

BEATRIZ. ¿Y me quieres?

TRISTÁN. Muerto estoy.
(¡Qué zapatazo le doy *(Aparte.)*
a esta sotilla, a esta pulpa,
a esta ninfa fregatriz,
entre dueña y lavandera.)

(Llaman adentro.)

OCTAVIA. Mira quién llama allí fuera;
mira quién entra, Beatriz.

BEATRIZ. Voilo a ver.

D. LOREN. ¿Estoy seguro?

(Vase BEATRIZ.)

OCTAVIA. Sí estáis, no os alborotéis.

D. LOREN. Basta, Octavia, que entendéis
que es burla el bien que procuro;
basta, que desesperáis
mi esperanza bien nacida,
pues que me negáis que os pida
lo que ofreciéndome estáis.
Si decís que solo yo,
de mil hombres, os rendí,
¿qué os cuesta un sí, si en un sí
no hay más letras que en un no?
Amor es conformidad
de la sangre y las estrellas,
es vencedor si es con ellas
mil años de voluntad.
Pruébolo. Dios las formó,
yo y vos con ellas nacimos,
este amor que nos tuvimos
de estas estrellas nació.
Pues si Amor nació con ellas
al nacer su resplandor,
tan antiguo es el amor
como las mismas estrellas.

OCTAVIA. Si con esa antigüedad
pedís favor por un día,
de Amor mal hecho sería
negaros mi voluntad.
Y así digo que es razón

siendo los cielos jüeces,
daros de ese amor mil veces
debida satisfación.
Pero ya veis que sería
mal hecho entregarme ansí;
llamaldas, señor, aquí
hoy, mañana, o otro día,
que haré lo que me pedís
como digan las estrellas
que es, sin duda, que con ellas
nació el amor que decís.

D. LOREN. Si aquel divino pintor
las retrató en esos bellos
ojos, mejor dirán ellos
la antigüedad de mi amor.
La lengua que falta en ellas
tienen ellos, porque son
la voz de su indignación.

OCTAVIA. Ahora bien, ojos o estrellas,
¿qué, tantos años habrán
pasado que aquí me vió?

D. LOREN. ¿Preguntáiselo?

OCTAVIA. ¿Pues no?

D. LOREN. Los ojos responderán.

OCTAVIA. Ya pregunto, ya comienzo.
"Octavia, sin duda ayer
en casa de un mercader
te vió el señor don Lorenzo."
¿Oyes lo que dicen?

D. LOREN. Sí.

OCTAVIA. Luego flaqueza sería
que por conquista de un día
se os rinda una fuerza ansí.

D. LOREN. ¡Ay, desengaño terrible!
¿Alejandro no venció
en un año el mundo?

OCTAVIA. No,
que aun verle no era posible.
Desde Toledo a Sevilla
tarda un hombre una semana,
y de Sevilla a la Habana
no ve en tres meses la orilla.
¿Y Alejandro en solo un año
todo el mundo había de ver
y tanta ciudad vencer?
No lo creo, que es engaño.
Si Alejandro de su gente
quisiera el campo pasalle
en invierno por la calle,
de Getafe solamente
no saliera en todo un año.

D. LOREN. Y el que dijo "vi, vencí",
¿no tuvo gloria?

OCTAVIA. Es ansí,
porque se arrojó a su daño;
pero vos, dulce señor
de esta alma, ¿qué habéis pasado?
¿Qué noches habéis dejado
de dormir por este amor?
¿Qué hielos habéis sufrido
en esa puerta? ¿Qué moros
habéis muerto? ¿Qué tesoros
habéis por mí despendido?
¿Qué galas tengo? ¿Qué renta?
¿Qué criada habéis casado?
¿Qué mercaderes me han dado
plata y seda a vuestra cuenta?
Miraldo bien, ángel mío,
mis ojos, miraldo bien,
y no os canse que me den
las calenturas con frío.
¡Qué colérico querer!
Llevad de espacio el amor,
no améis en posta, señor,
sino en mulas de alquiler,
que para aquesta jornada
que desde ayer con vos voy,
mientras el alma no os doy
basta que os dé el almohada.

(*Sale* BEATRIZ.)

BEATRIZ. Parece que se ha juntado.
Hoy, que pensé que era día
de contento y alegría,
todo es enojo y enfado.

OCTAVIA. ¿Cómo ansí?

BEATRIZ. (*De rodillas.*) Llega el oído.

OCTAVIA. Dilo claro.

BEATRIZ. No podré.

D. LOREN. (¿Tristán?

TRISTÁN. ¿Señor?

D. LOREN. Todo fué
engaño y amor fingido.

TRISTÁN. No lo creas.

D. LOREN. ¡Vive Dios!
que es quinta esencia esta arpía
de toda la picardía.

TRISTÁN. Luego ¿tiráisos los dos?)

OCTAVIA. Anda, dile que se vuelva
mañana. ¡Jesús, qué enfado!

D. LOREN. ¿Quién ¡por mi vida! ha llegado
a vuestra encantada selva?
¿Hay algún aventurero?
¿Vino el enano al mensaje?

¿Es gigante o es salvaje?
¿Qué os ha dicho el escudero?
OCTAVIA. Tenedme en buena opinión.
D. LOREN. Decidme ¡por Dios! quién es.
OCTAVIA. No es nadie.
D. LOREN. Decidme, pues,
si acaso quito ocasión,
que esto de "no estorbarás"
es mandamiento añadido.
OCTAVIA. Porque no estéis ofendido,
o celoso, era no más.
D. LOREN. Decildo.
OCTAVIA. Es niñería.
D. LOREN. No me matéis.
OCTAVIA. Un lencero
que pide cierto dinero.
D. LOREN. Darélo ¡por vida mía!,
y, por no traello aquí,
dalde este anillo.
OCTAVIA. Eso no.—
Corre, Beatriz, di que yo
se lo daré.
D. LOREN. Sea ansí;
mas lleve el anillo ahora.
OCTAVIA. Por vos le tomo sobre él.—
Di que lo busque.
BEATRIZ. Con él
lo hallaré presto, señora.

(*Toma el anillo* BEATRIZ, *y vase.*)

OCTAVIA. Estimo vuestra largueza
y gran liberalidad,
esa hidalga voluntad
y conocida nobleza.
Como ha quedado Madrid
de la suerte que sabéis,
ha cinco meses, y aun seis... (1)
D. LOREN. Otras cosas me advertid.
Dejad eso.
OCTAVIA. Que no alquilo
mis casas, ni me han pagado
los censos.
D. LOREN. No os dé cuidado.
TRISTÁN. (Yo juro a tal que el estilo
es muy de lo socarrón,
y que miro a la mujer
con ojos que ha de volver
mi amo en calzas y en jubón.)

(*Vuelve a entrar* BEATRIZ.)

BEATRIZ. Cuando a la sala salía
a dar aquello al lencero,
ya, mi señora, el platero
por la escalera subía.
Vióme, y no pude negar
que estabas aquí.
OCTAVIA. Anda, ve,
dile que vuelva.
D. LOREN. No, a fe;
no le hagáis, mi bien, cansar,
sino dalde esta cadena,
que es platero, y hallará
lo que debéis.
TRISTÁN. (Bueno va.
(*Todo esto aparte.*)
Pagándose va la cena.
¡Oh, bellacona taimada!
No he visto en toda mi vida
una daga tan buída
como aquella lengua harpada.
¡Y el bobo, mentecatón,
que por lo enjuto resbala,
está mirando la cala
y no conoce el melón!)
OCTAVIA. No porfíes ¡por mi vida!
D. LOREN. Digo que la ha de llevar.
OCTAVIA. No quiero más porfiar,
yo me confieso rendida.—
Toma, llévasela, y di
que busque esos cien ducados.

(*Toma la cadena* BEATRIZ, *y vase.*)

TRISTÁN. (¿Cien ducados?)
OCTAVIA. Y prestados
me los daréis vos a mí,
que los volveré muy presto,
para cosas de esta casa,
pues ya sabéis lo que pasa,
ya estáis a la silla opuesto.
Comenzad a ser señor;
vuestra soy, mi Capitán.
D. LOREN. Mañana traerá Tristán.—
¿Oyes, Tristán?
TRISTÁN. ¿Qué, señor?
(Sordo ¡pluguiera a Dios! fuera.)
D. LOREN. Trae trecientos ducados.
TRISTÁN. ¿Trecientos?
D. LOREN. Y no prestados.
TRISTÁN. (Yo reme en una galera
si yo los trajere acá.)

(1) Alude a la traslación de la corte a Valladolid en enero de 1601.

(*Vuelve* Beatriz. *Sale* Felisardo *y* Mendoza.)

Beatriz. Felisardo viene aquí.
Octavia. Alzaos, no estéis ansí.
Felisardo. Don Lorenzo, ¿estáis acá?
Miren cómo era posible
hallarle en todo el lugar.
D. Loren. Aquí os vine yo a buscar,
puesto cierto y apacible,
adonde hallaros pensé,
y esperándoos ahora,
con Octavia, mi señora,
entretenido quedé.
Felisardo. Envidio tiempo y razones.
Octavia. Dos mil cosas me ha contado
de Italia.
Felisardo. Es un gran soldado,
conquistador de aficiones.
Octavia. Acabad, ya ¡por mi vida!
eso de goleta y rota.
D. Loren. Digo que fué su derrota
toda hacia Otranto seguida,
donde estaban las de Malta,
de donde salieron dos,
fuimos en corso, y por Dios,
que estaba la mar tan alta
que fué milagro cogella.
Alcanzámosla, abordamos,
peleamos, cautivamos
cuantos hallamos en ella,
y cúpome aquella esclava
que os decía cuando entró
Felisardo, porque yo
sé que todo el mundo alaba
los que no estorban amantes,
y a los que lo hacen tienen
por necios, cuando éstos vienen
a ocasiones semejantes.
Mas quiéroos solos dejar,
que tengo un poco que hacer.
Octavia. Y ¿cuándo pensáis volver?
D. Loren. Será después de cenar.
Felisardo. ¿Queréis que vaya con vos?
D. Loren. ¿Por tan necio me tenéis?
Vamos, Tristán.
Tristán. (Bien habéis
dado y tomado los dos.
D. Loren. ¿Cómo?
Tristán. ¿Estabas en tu seso?
¿Cadena y diamante das?
D. Loren. Calla, que después sabrás
la intención que llevo en eso.)

(*Vanse* Don Lorenzo *y* Tristán.)

Felisardo. Cruel enemiga mía,
¿es posible que mi amor
te merece este rigor?
¿Qué mágica fantasía
hace tantas diferencias,
altos y bajos tan juntos?
¿Qué notables contrapuntos
vas hallando en mis ausencias?
En un hora que he faltado
de tu puerta y de contigo,
hallo a mi mayor amigo
en tu hermosura ocupado.
Sirena, Circe, Medea,
encantadora sutil,
¿no ves que trato tan vil
tan buen nacimiento afea?
A don Lorenzo has mirado,
hombre que, aunque es de valor,
es soldado, en cuanto amor,
jamás se verá soldado.
En un hora ha merecido
tu favor, y yo en tres años
ando, entre tantos engaños,
desesperado y corrido.
¿Qué es ésto?
Octavia. Cuando no hubiera
hecho por ti en esta vida
más que sufrirte ofendida,
César de paciencia fuera.
¿Tú no le has traído aquí?
Felisardo. Es verdad, mas confiado
de tu pensamiento honrado.
Octavia. Pues ¿qué has visto?
Felisardo. Escucha.
Octavia. Di.

(*Hablan al oído los dos.*)

Mendoza. ¡Cruel demonio, tarasca,
sirena, jeringa fiera,
Medea, Circe, quimera,
tolla, bujarra, borrasca;
en un hora que he faltado
de tu cocina y zaguán
está contigo Tristán
en tu gualdrapa ocupado!
¡Vive Dios!
Beatriz. Mendoza, tente;
que daré voces aquí.
Octavia. ¿Es esa la culpa?
Felisardo. Sí.
Octavia. Anda, necio impertinente.
Felisardo. En diciendo la verdad
la llamas impertinencia.

Ahora bien, yo haré una ausencia
de tu esquiva voluntad
de Madrid, y de tal suerte,
que no me des más pesar.

OCTAVIA. Sentirélo hasta llegar,
mi Felisardo, a la muerte.
No comeré, por tu vida,
ni podré dormir de pena.

FELISARDO. Quédate, injusta sirena,
fiera, liviana, homicida,
que ya ni tú ni Madrid
me veréis.

OCTAVIA. ¿Nunca?

FELISARDO. Jamás.

OCTAVIA. ¿Adónde, mis ojos, vas?

FELISARDO. Mi vida, a Valladolid.

OCTAVIA. Debes allá de tener
algún pleito, o ¿vaste allá
como los demás, que ya
nunca me has de poder ver?
Para no dejarme nada
finges aquestos celitos,
porque con darme dos gritos
quedo yo muy consolada.
Todo lo entiendo, galán.
Vaya con Dios.

FELISARDO. ¡Oh, qué bien
aquí quedarás, desdén,
con el señor Capitán.
A la Corte voy, que allí
nos entenderemos todos,
y con diferentes modos
de los que se usan aquí. (1)

(*Vase.*)

BEATRIZ. ¿Qué te parece, señora?

OCTAVIA. Calla, que no has entendido
que todo aquesto es fingido.

BEATRIZ. Luego, ¿no se van ahora?

OCTAVIA. Mis libros quiero quemar
si éste no se va a reír
con su amigo.

BEATRIZ. ¿Hanse de ir?

OCTAVIA. Que no saldrán del lugar.
Tú verás cómo esta noche
nos rondan a calle abierta;
que no le echan de la puerta
con una lanza de un coche.
El anillo y la cadena
¿dónde los tienes?

(1) Este verso y el anterior faltan en la edición de 1620, pero constan en la de 1621 (pág. 15).

BEATRIZ. Aquí.

OCTAVIA. Dile que se burle ansí.

BEATRIZ. ¡Qué bien parece!

OCTAVIA. Bien suena.

BEATRIZ. ¡Ah, señora, no sea falsa!

OCTAVIA. ¡Jesús!

BEATRIZ. Pues no, si se burla.

OCTAVIA. No quisiera que esta burla
comiese con esta salsa.
Dame un manto, que he temor.
Yo sabré la verdad presto.

BEATRIZ. Descolorida te has puesto.

OCTAVIA. Hurté al oro la color.

(*Vanse las dos, y salen* LISEO *y* DAMACIO *y* PLEBERIO, *viejo.*)

LISEO.

De mi buena intención te certifico.

PLEBERIO.

Estoy de vuestras partes confiado,
y pésame, por Dios, que mi sobrina
no tenga en esto el término que debe
a la sangre y costumbres de su padre.
Ayer tuve una carta, en la estafeta
pasada envió a Sevilla dos mil pesos.
No es pobre la muchacha.

LISEO.

Yo no pido
más dote, mi señor, que su hermosura;
amo a Clarinda, y no era mal pagado,
antes que el Capitán viniese, creo
que si él no lo estorbase por lo bravo,
tendría efeto la esperanza mía.

DAMACIO.

Yo he reportado aquí, señor Pleberio,
la cólera a Liseo muchas veces;
que no es poco en hombre que ama, y mozo,
y nacido en Madrid. De mi consejo
nació el hablaros; de mi parte os digo
que Clarinda estará bien empleada.

PLEBERIO.

Ansí lo entiendo yo, señor Damacio:
que si no fuera ansí, ¿qué me obligaba
a venirlo a entender de aquesta suerte?
Esperadme a la puerta de Lorito:
aun pienso que podréis oír la Salve,
en tanto que yo vuelvo, y de su gusto
os traigo el sí o el no.

LISEO.

Guárdeos el Cielo.

(*Vanse* Liseo *y* Damacio, *y llama* Pleberio *a la puerta, y dicen de dentro* Clarinda *y* Evandro.)

Pleberio.

¡Ha de casa! ¿Qué digo?

Clarinda.

Corre, Evandro;
que pienso que es mi tío.

Evandro.

¡Oh, señor mío!

(*Sale* Evandro *a la puerta, y dice:*)

Salir puedes, señora, que es Pleberio.

(*Sale* Clarinda *y* Evandro.)

Clarinda.

¡Pleberio, mi señor!

Pleberio.

A la fe, niña,
que no viniendo el hombre a visitarte,
tú no te acuerdas de que está en el mundo;
aún vivo estoy y tengo pies y manos,
y más pies para verte que solía,
porque tengo tres pies con este báculo.

Clarinda.

Siéntate, ¡por mi vida! ¿Quieres algo?
Trae una caja, Evandro, y una toalla,
y probarás...

Pleberio.

¡Jesús! Ni por los ojos.
Vengo a mayores cosas.

Clarinda.

¿Qué me dices?

Pleberio.

Los viejos siempre ahorramos de palabras,
que como de la vida queda poco,
querríamos que todas obras fuesen
sin prólogos. Clarinda, yo te caso:
el hombre tú le has visto y le conoces,
y aun pienso que no fuera a tu disgusto.
¿Qué Capitán es éste que lo estorba?
¿Qué don Lorenzo o calabaza? Quita,
quita esas plumas, quita esas bravatas.
Soldado he sido yo; ya vi los moros
sobre las Alpujarras algún día.
Tenga Dios a don Juan de Austria en el Cielo,
que me vió pelear más de seis veces,
y aun Luis Quijada lo dijera ahora,
y como que lo ha visto Luis Quijada.
Matáronle los moros. ¡Qué desdicha!

Clarinda.

Deja, señor, ahora esas historias.
(¡Qué caduco que está!) Vamos al caso.

Pleberio.

El caso es que te caso, y no hay más caso,
y con Liseo, el hijo de Fidelio.
Es Fidelio mi amigo, y muy buen hombre:
también se halló en la guerra de Granada.
Y aun a fe que les hicieron una noche
que fuimos a matar a aquel morazo
de Ardón, que entonces...

Clarinda.

Deja las batallas;
habla de lo que importa. (¡Qué a propósito
me ha venido el suceso! Darle quiero
a don Lorenzo un tártago notable.)
Señor Pleberio, siendo de tu gusto,
no tengo yo que replicar en esto.
Esa dificultad se me ha ofrecido
del Capitán, que me sirvió en el tiempo
que se hacían los arcos de la entrada
del Rey en esta villa. Partió a (1) Nápoles
con los Condes de Lemos. Hame escrito
mil vanidades de tus nobles canas.
Si tu presencia, si tu honrado término,
le dice que me caso, yo no dudo
que dejará estas calles y esta puerta
y que tendrá remedio tu sobrina.

Pleberio.

¿Cómo que dejará? (2) ¡Por Dios, que tengo
la misma espada que llevé a Granada,
y que es de Sahagún como una endrina!

Clarinda.

Deja la guerra ahora.

Pleberio.

Esos papeles
será bueno llevarle.

Clarinda.

¡Qué bien sales
a mi deseo!—¿Evandro?

Evandro.

¿Mi señora?

Clarinda.

Dame aquel escritorio; pero, aguarda,
sobre él está.

(1) En el texto "para Nápoles", que no forma sentido.
(2) En el original "desharà".

EVANDRO.
Ya voy.

(*Vase* EVANDRO.)

CLARINDA.
(Pienso que acierto
en dalle los papeles; que no quiero
que sirvan de ocasión para que vuelva;
que con menos los hombres dan enojos.)

(*Sale* EVANDRO *con un legajo de papeles.*)

EVANDRO.
¿Son éstos?

CLARINDA.
Estos son; llévale aquéstos,
y dile quién yo soy, y que me caso
con un hidalgo honrado, y que no quiero
que me desasosiegue, y a la noche
tráele contigo, y hablaremos largo.

PLEBERIO.
¿Dónde suele acudir?

CLARINDA.
Hacia la plaza
del Angel le hallarás.

PLEBERIO.
El de la Guarda
quede contigo.

(*Vase* PLEBERIO.)

CLARINDA.
¡Bien me vengo, oh Cielos!
Que el más dormido amor despierta en celos.

(*Vase. Sale* DON LORENZO *y* TRISTÁN.)

DON LORENZO.
Paso las horas en ociosa vida,
si es ocio el ocupar todo el sentido,
trocando por un mal un bien perdido
y leyendo una fábula fingida.
Cerró el ausencia mi amorosa herida,
abrióla el verla; nunca hubiera sido,
como suele, la sangre del herido,
salir de golpe viendo el homicida.
Hallé mudanza, y esperaba gustos,
diéronme celos y abraséme todo:
vitoria infame de unas manos bellas.
Y al fin vengo a entender en mis disgustos
que el mar y la mujer matan de un modo,
y sólo vive mal quien entra en ellas.

TRISTÁN. ¿Para qué vuelves aquí
con esas lamentaciones,
si a los peligros te pones
en que mil veces te vi?
Mira, señor, que es locura
salir nadando del mar
y querer volver a entrar
el que no tiene ventura.
Que esta mujer te ha tratado,
verdad que no te ha querido,
si es cierto que te ha ofendido,
no quieras desengañado.
Que no hay pertinencia fiera
como amar el propio daño,
que mientras dura el engaño
no es mucho que un hombre quiera.
D. LOREN. ¡Ay, triste!, que más me enciende
del hielo de esta mujer.
Siéntome por ella arder,
cuando me deja me ofende.
Toda aquella picardía
de Octavia me enfada más.
TRISTÁN. Y tú, que el oro la das
como una bestia podría;
que quise darle de coces.
D. LOREN. Eso no ha importado nada.
Por lo mismo que es taimada
conoció lo que conoces.
Yo sé que no había lencero
ni platero allí, y ansí
oro y diamantes le di
que cobrar doblado espero.
Fué embeleco por probarme;
yo le sacaré, Tristán,
por la fe de Capitán,
a dos marcos por adarme.
¡No me diera aquí más pena
Clarinda!

(*Sale* EVANDRO *y* PLEBERIO.)

EVANDRO. Aquél es, señor.
PLEBERIO. ¡Buen talle!
EVANDRO. Tiene valor.
D. LOREN. ¡Ay, mi bien!
TRISTÁN. ¡Ay, mi cadena!
PLEBERIO. Dios guarde a vuesa merced.
D. LOREN. Seáis, señor, bien venido.
PLEBERIO. De vista os he conocido.
D. LOREN. Hacéisme mucha merced.
PLEBERIO. ¿Sois don Lorenzo?
D. LOREN. Sí soy.
PLEBERIO. ¿Y de Guzmán?
D. LOREN. Señor, sí.

PLEBERIO. ¿Y capitán?
D. LOREN. Eso fuí.
PLEBERIO. ¿Vais a pretender?
D. LOREN. Sí voy.
PLEBERIO. ¿Venís de Italia?
D. LOREN. Llegué
de Italia habrá cuatro días.
PLEBERIO. Veréis de las canas mías
qué poco, y verdad, diré.
D. LOREN. Yo lo deseo.
PLEBERIO. He sabido
que a Clarinda, mi sobrina,
solicitáis. ¿Qué os inclina?
D. LOREN. Ser yo mozo y su marido.
PLEBERIO. No puede ser.
D. LOREN. ¿Por qué no?
PLEBERIO. Está casada.
D. LOREN. ¿Con quién?
PLEBERIO. Con un hidalgo.
D. LOREN. ¿Y es bien
si la palabra me dió
ese hidalgo, y la ha quebrado?
PLEBERIO. Ella a pediros me envía
la dejéis por cortesía,
y estos papeles me ha dado.
Muestra, Evandro; vuestros son.
Por ellos conoceréis
que ya, señor, no tenéis
de pretender ocasión.
De su parte y de la mía
os pido que no impidáis
su remedio.
D. LOREN. Aquí me dais
más señas que yo os pedía.
PLEBERIO. Las cartas de pago son
y el finiquito de cuentas.
TRISTÁN. (¡Ah, señor! ¿Ves cómo intentas
tu deshonra y perdición?
Disimula.)
D. LOREN. (Calla, necio.)
Decid que las recebí
y que las suyas no os di
por no hacer de ellas desprecio.
Que las daré a su marido.
PLEBERIO. Irá muy bien despachado.
D. LOREN. Pues quedo desengañado,
quede el necio arrepentido.
Y admírame de esas canas
que en tan honrados sucesos
me traigan esos procesos,
pruebas de sangres livianas.
Habrán os hecho tercero
con capa de desposorio,
siendo caso tan notorio
que me quiere y que la quiero.
Id con Dios, que yo sabré
buscar a quien me agravió.
PLEBERIO. No he sido tercero yo,
ni lo soy, ni lo seré,
y si el báculo que veis
fuera espada, yo os dijera
qué respeto se debiera
a las canas que ofendéis.
Mi sobrina es muy honrada,
y vos sois un atrevido.
D. LOREN. Los viejos siempre han tenido
la lengua en vez de la espada.
Id con Dios.
PLEBERIO. Iré, y veréis
quién es Pleberio.

(*Vase* PLEBERIO *y* EVANDRO.)

D. LOREN. ¡Ay, Tristán!
TRISTÁN. Buenos tus negocios van.
D. LOREN. Desdichas, ¿qué me queréis?
¿Iré a su casa?
TRISTÁN. No creo
que deja de ser error.
D. LOREN. ¿Eso es rabia, o es amor,
o es locura, o es deseo?
¡Ay, papeles! ¡Ay, testigos
del bien que mi alma adora!
¿Cómo me dejáis ahora
como fingidos amigos?
Llega, Tristán ¡vive Dios!,
que viene aquí mi retrato;
todo se vende barato,
que nos han muerto a los dos
¿Conocéisme, espejo mío?
No haréis, que estoy muy trocado.
Bravo frenesí me ha dado.
Muero, rabio, desvarío.
Quítateme de delante.
TRISTÁN. Ya me iré.

(*Hace que se va.*)

D. LOREN. Vuelve ¡ay de mí!
TRISTÁN. ¿Estás loco?
D. LOREN. Creo que sí,
que soy ofendido amante.
No tenéis, letras, papeles,
que no sea jara y veneno.
¡Ay, Tristán, todo está lleno
de pensamientos crueles!
¿Casada Clarinda? Sí,

que es mujer, y se ha mudado,
porque fué el cielo nublado
con los celos que le di.
Ahora bien, yo he de matar
a Liseo, a mí o a ella.
Ve, Tristán, procura vella.

TRISTÁN. Deja aqueso; vela a hablar,
y estáte allá treinta días,
come, duerme y no despiertes.

D. LOREN. Escucha, pues, estas muertes
y templa las ansias mías.
Mírame, Tristán, perdido;
mira que un hombre estimado
para cuando esté olvidado
no sabe guardar sentido;
mira que el amor es rabia.

TRISTÁN. ¡Qué más claro testimonio!
¿Y Octavia?

D. LOREN. Octavia es demonio.
No me nombres más a Octavia.

ACTO TERCERO

(*Salen* FELISARDO, ROSILEO, ALCEO, *músicos, y* BARAMO.)

FELISARDO. Aquí debajo podemos
sentarnos.

ALCEO. Convida el prado,
y estos álamos, que han dado
sombra al sol y al cielo extremos.

BARAMO. ¡Qué aguas!

ROSILEO. Notables son.

FELISARDO. De plata parece alguna
con la luz de doña Luna
la dama de Endimión.

ALCEO. ¡Por cuánto el buen Felisardo
dejara de ser poeta!

BARAMO. ¿Suele serlo?

ALCEO. A la jineta,
y más tierno que un Belardo.

FELISARDO. ¿No saben que Amor, señores,
es padre de la poesía?
¿Cuál hombre no ha hecho un día
dos coplas a sus amores?

ROSILEO. Lo que es poesía y pintura,
no quieren medio.

FELISARDO. Es verdad,
tienen gran conformidad
en suavidad y hermosura.
Y ansi, en no siendo excelentes,
no hay que mirar ni leer.

BARAMO. ¿Hay tal aire?

ROSILFO. ¿Hay tal correr
de siempre músicas fuentes?

FELISARDO. Pues no dudes que alabando
a Dios salen de sus venas,
y van por estas arenas
eternos versos cantando.

ALCEO. El Gran Duque de Florencia
dicen que un órgano tiene
en el agua.

FELISARDO. A formar viene
el aire esa diferencia.
Y yo le he visto en España.

BARAMO. ¿Dónde?

FELISARDO. En Sevilla.

ALCEO. ¿En Sevilla?

FELISARDO. Sí, que a toda maravilla
sus grandezas acompaña.
En el Alcázar le vi,
en una famosa fuente.

ALCEO. ¿Y sonaba?

FELISARDO. Dulcemente.

ROSILEO. ¿Organo en el agua?

FELISARDO. Sí,
y mil pájaros había
que discantaban en él.
Y aun me dijo Florisel
que éste Hidraules se decia.

ROSILEO. Griego sin duda es el nombre.

ALCEO. Canten algo en competencia
del agua.

BARAMO. Vaya de ausencia.

ROSILEO. ¿Hay aquí ausente algún hombre?

BARAMO. No falta.

FELISARDO. Vaya otra cosa.
Y sea tono de Juan Blas.

ROSILEO. ¡Gran cantor!

ALCEO. No supo más
Orfeo.

FELISARDO. ¡Ay, Octavia hermosa!

(*Cantan los* MÚSICOS. *Salen* OCTAVIA, BEATRIZ *y* DAMACIO.)

DAMACIO. Para tomar colación,
que es menester conoceros.

OCTAVIA. Ya podéis entreteneros
en otra conversación,
donde saquéis más provecho
y empleéis esas dulzuras.

ROSILEO. ¡Oh, qué damas tan escuras!

FELISARDO. Y cuanto baja es barbecho.

No hay cosa tierna.
ALCEO. Están ya
hechas rastrojo estas dueñas.
FELISARDO. Algo buscan, por las señas.
ROSILEO. Son ventoras.
ALCEO. Claro está.
FELISARDO. ¡Vive Dios!, que se ha sentado.
BARAMO. Es gente que vive al vuelo.
ROSILEO. Esto de burras en pelo
siempre se busca en el prado.
OCTAVIA. ¿Beatriz?
BEATRIZ. ¿Señora?
OCTAVIA. ¡Por Dios!,
que está Felisardo allí.
BEATRIZ. ¿Que no se fué?
OCTAVIA. Ya le oí.
BEATRIZ. ¿Si estarán acá los dos?
OCTAVIA. Podrá ser.
BEATRIZ. ¡Qué bien dijiste,
que fué partirse invención!
DAMACIO. ¿Son celos?
OCTAVIA. Casi lo son.
DAMACIO. ¿Gran pena?
OCTAVIA. Mal se resiste.
DAMACIO. ¿Es, Octavia...?
OCTAVIA. ¡Por mi vida,
que no me nombréis!
DAMACIO. Ahora
culpo, y culparéis, señora,
mi ignorancia conocida.
Perdonad si a visitaros
no he vuelto desde aquel día
que con tanta valentía
quiso aquel bravo agradaros,
que yo, aunque fuera muy cierta,
cuanto más andando a escuras,
nunca procuré aventuras
donde hay gigante a la puerta.
OCTAVIA. Mucho, con todo eso, os culpa,
Damacio, la cortesía,
porque lo que es cobardía
nunca fué buena disculpa.
DAMACIO. ¿Luego cobardía llamáis
no volver donde hay un hombre
que vuestro dueño se nombre
y se alabe que le amáis?
OCTAVIA. Oíd más bajo, y direos
toda la verdad del caso.
ALCEO. Yo fuera al monte Parnaso.
BARAMO. Yo a los montes Pirineos.
ROSILEO. ¿Qué hará el Turco?
ALCEO. Estará ahora
cosiendo algunas soletas
o despachando estafetas
sobre el cerco de Zamora.
FELISARDO. ¿Murió el Draque?
ALCEO. Habrá mil años.
FELISARDO. ¿Adónde?
ALCEO. En Nombre de Dios.
¿Quién dirá un cuento?
ROSILEO. ¿Quién? Vos,
que sabéis cuentos extraños
de cuando fuistes a Orán.
BARAMO. Yo diré lo que es mejor:
cada cual diga el favor
que sus amores le dan.
ALCEO. Bien, ¡por Dios!
ROSILEO. Comienza, pues.
BARAMO. ¿Yo queréis que diga ahora?
DAMACIO. Escucha aquesto, señora,
que tiempo hay de hablar después.
BARAMO. Erase que sea, señores,
una dama flaca y fea.
El bien para todos sea,
mal para quien trate amores.
Servíla porque pensé
que tal vez se corresponda
con una cara redonda
lo que hay del cabello al pie.
Pero fué tanto mi engaño,
que, habiéndola merecido,
vi que la muestra había sido
muy diferente del paño.
Tenía dos cerbatanas
por piernas, cuyo color
aún le tuviera mejor
un mulato con cuartanas.
Los pies a estos palos juntos
machacar yeso pudieran,
y a fe que no les vinieran
hormas de catorce puntos.
Y es niña la pecadora.
FELISARDO. ¿Qué hará cuando mayor?
BARAMO. Salióme un competidor,
de estos pollastros de ahora,
y dejésela por eso,
diciendo que no quería
reñir con su señoría
como perro sobre hueso.
ALCEO. Bien diferente es mi mal.
Erase de carne un monte,
érase un rinoceronte,
un elefante bestial;
érase un tonel de Flandes;
érase el Gran Tamorlán,
con dos alforjas de pan

de monasterio, y más grandes.
Erase gorda y pequeña,
la madre de los Gigantes;
para hacer coletos de antes
muy a propósito, y dueña.
Servíla estando enojado
con mi dama, sea cual fuere,
que, al fin, cuando un hombre quiere,
eso es gordo y es delgado.
Merecíla, y mereciera
de palos; vino a mi casa;
acostéme con Ganasa,
que menos delito fuera.
Y llamando no sé quién,
que era justicia pensando,
mil gualdrapas arrastrando
de carne este palafrén,
cosa de media hora estuvo
en un corral, y entró en ella
tanta humedad, que al traella
donde la noche entretuvo,
no se vió tal tempestad
de truenos en la Bermuda,
porque yo pensé sin duda
anegarme de humedad.

ROSILEO. Yo llevé cierta pecante
a mi casa esotra noche;
no dama de silla y coche,
aunque a rocín semejante.
Había media de lana,
cenojil de trenzadera;
su camisa, de arpillera
labrada de filigrana.
Olor de muy gentil vino,
porque esto, que falte y sobre,
no hay calabaza de pobre
que lo despida más fino.
Amelindróse la tal;
dijo: "No quiero ir con él."
Yo, ciego del oropel,
que a escuras se advierte mal,
pensé que llevaba acaso
la Angélica de Medoro;
tenía de plata y oro
en un bolsillo de raso
trecientos reales, y más;
metió el dos bastos; sacólos...

BARAMO. ¿Y llevóselos?

ROSILEO. Llevólos
de hoy para siempre jamás.

FELISARDO. Esos son cuentos del prado
y disparates de mozos.
Este mío es, sin rebozos,
para silla y para estrado,
que no hay más que encarecer.
Erase cierta señora
de las que se usan ahora,
entre demonio y mujer.
Bella, gallarda y discreta,
y desde el cabello al pie,
como en un lienzo se ve,
una pintura perfeta.
Pero de tal condición,
que sola Naturaleza
supiera en tanta belleza
poner tanta perfeción.

BEATRIZ. ¿Oís aquéllo?

OCTAVIA. Ya escucho.

FELISARDO. Volvióme esta ninfa loco,
que amor comienza por poco
y suele acabar por mucho.
Era un puro tornasol,
su gusto de mil colores;
un hebrero en los amores,
que suele llover con sol.
Aconteciéle en un día
diez hombres juntos querer,
y a la noche no saber
a cuál de los diez quería.
Escribió más que el Tostado,
aunque otra materia fué;
nunca en mi vida la hallé
como la hubiese dejado.
Y aunque esto digo, apercibo
que era de gran calidad,
y alabo su castidad
por única, ¡por Dios vivo!
Sola una mano en tres años
no la así, que la cruel
daba manos de papel
todas escritas de engaños.
Era mujer que, si fueran
así todas las demás,
no se alabaran jamás
los hombres que las sirvieran.
Yo, pues, ya desesperado,
quise saber si topaba
en mi desdicha y buscaba
algún amigo taimado
que la sirviese, y tentase
con interés, con valor,
con industria, con amor,
hasta que la conquistase.
Este la sirve y regala
fingiéndose muy galán
y sabiendo que le dan,

por cortesía o por gala,
favores a la malicia;
y aunque me finjo celoso,
estoy loco de gozoso
de ver guardar mi justicia.
Que la generalidad
que ha tenido en aquel trato
jamás ofende el recato.
de su mucha honestidad.
Fingí partirme y quedéme
donde, si en ausencia mia
está firme sólo un dia,
no lo dudéis, casaréme.

OCTAVIA. (¿Eso pasa? ¿En ese estado
está mi pleito? Ahora bien,
mil gracias os doy, desdén,
que tanto habéis negociado.)
Damacio, a mi casa vuelvo;
no me puedo detener.

DAMACIO. Hacéme, Octavia, placer
que os acompañe.

OCTAVIA. Resuelto
mi vida en mi desdén solo.
Parece que he consultado
los álamos de este prado
como los bosques de Apolo.

DAMACIO. Venid.

OCTAVIA. Vamos.

BEATRIZ. Tarde es ya.

(*Vanse.*)

BARAMO. ¿No hay mujeres?

FELISARDO. Vanse todas.

ROSILEO. Si tratáis de vuestras bodas,
avisadnos.

FELISARDO. Bien está.
En busca voy de un amigo.

ALCEO. Yo a cenar.

BARAMO. Y yo a jugar.

ROSILEO. Yo a un requiebro.

FELISARDO. Yo a pensar
en las quimeras que sigo.

(*Vanse. Salen* CLARINDA *y* EVANDRO.)

CLARINDA. ¿Tan fuerte estuvo?

EVANDRO. Y de suerte
que, tras tanto vituperio,
imaginé que a Pleberio
su mocedad diera muerte.
Y el viejo, como es honrado,
salió de todo tan bien,
que él quedó de tu desdén
celoso y desengañado.
Y Pleberio fué a avisar
al que ha de ser tu marido.

CLARINDA. Todo cuanto le he querido
le pienso, Evandro, olvidar;
que él se tomó la ocasión
para servir a esta Octavia.

EVANDRO. ¿Quién es aquesta que agravia
tu voluntad sin razón?

CLARINDA. No sé más del nombre.

EVANDRO. ¿No?

CLARINDA. Y que dicen que es hermosa,
y aunque mujer melindrosa,
menos esquiva que yo.

(*Entra* DON LORENZO.)

CLARINDA. ¡Jesús! ¿Quién se ha entrado aquí?

D. LOREN. Yo.

CLARINDA. ¿Qué es yo?

D. LOREN. La causa.

CLARINDA. ¿Cuál?

D. LOREN. A tu libertad igual.

CLARINDA. ¿Qué causa?

D. LOREN. Escúchala.

CLARINDA. Di.

D. LOREN. Pleberio, tu viejo tío,
me vino a hablar de tu parte,
Clarinda, más libremente
que fuera justo tratarme.
Dióme cartas y papeles
y otras prendas semejantes,
que pues que te helaban basta,
acá pudieran quemarte.
Mas para que en mí pudiesen
hacer efetos iguales,
fué muy bien que viejas canas
trujesen mis mocedades.
Como eran en sí papeles,
y con golpes tan mortales
heriste mi corazón,
pedernal de tus pesares,
saltó luego, y emprendióse
en ellos, que fué bastante,
a que partiese furioso
por las plazas y las calles.
Hallando en una a Liseo,
habléle, y hasta la margen
anduvimos poco a poco
del humilde Manzanares,
donde, pasando la puente,
y casi de la otra parte,
que mira un alto castillo
los cisnes de los estanques,
metimos mano a las armas,

donde, con noble coraje,
mostró valor y destreza,
que me obliga que le alabe.
Mas como nada aprovecha
a quien la razón le falte,
midió con el cuerpo el suelo
de dos heridas mortales.
Yo, que vi la verde hierba
ya teñida de su sangre,
llegué a ver si tenía vida,
porque del alma tratase;
pero expirando en mis brazos
quiso el Cielo castigarle,
que en brazos de su enemigo
salió el alma de tu amante.
Volví a la villa, queriendo
de ella y mi casa ausentarme;
acordóseme que a ti
han de prenderte y culparte,
y para que no te lleven,
Clarinda hermosa, a la cárcel,
y mientras que se averigua
si fuiste o no fuiste parte
padezcas pena y deshonra,
vengo, temblando, a rogarte
que, pues no tienes marido,
con el que tienes te cases,
y que conmigo te vengas,
que quiero a Italia llevarte,
que entre tanto en mi posada
tendrás sagrado que baste.
Responde presto, y advierte
que el huír tiene alas de ángel
y el esperar pies de plomo,
de que las desdichas nacen.

CLARINDA. ¡Triste de mí! ¿Que esto has he- [cho?
D. LOREN. Yo te cuento la verdad.
CLARINDA. Dudar de tu voluntad,
temer de tu esquivo pecho,
estar de Octavia celosa,
han hecho este desatino.
Mas por cualquiera camino
que yo venga a ser tu esposa,
muerta o viva quiero ir
donde quisieres llevarme.
D. LOREN. Quede aquí Evandro [a] avisarme
si acaso viere venir
la justicia, pues que sabe
mi casa, y tú ven conmigo.
CLARINDA. Como a marido te sigo.

(*Vanse* DON LORENZO *y* CLARINDA.)

EVANDRO. ¡Gran dolor! ¡Lástima grave!
¡Ay, desdichado Liseo!
No lo mereció tu edad,
tu virtud, tu voluntad,
tu celo, tu buen deseo.
Clarinda engañó a Pleberio
por dar celos al soldado.
¡Oh, amor tirano, adorado
de todo el humano imperio!
No sé qué tengo de hacer
en aquesta confusión.
¿Qué es esto? Sin duda son
los que vienen a prender
a la inocente culpada.
Mas ¡ay, Dios!, ¿qué es lo que veo?
¿No es aquel hombre Liseo?

(*Salen* PLEBERIO, LISEO *y un* ESCRIBANO.)

LISEO. ¿Fué buena traza?
PLEBERIO. Extremada.
LISEO. Y ¿qué respondió?
PLEBERIO. Pensad,
pues amáis, qué me diría
un hombre que en sí tenía
a Clarinda voluntad.
LISEO. ¿Prometió matarme?
PLEBERIO. Sí.
No hayas miedo que te mate;
cuando él de matarte trate,
ya me tendrá muerto a mí.
Temblé de cólera viendo
al soldado fanfarrón,
y a no temer la ocasión
de lo que vais pretendiendo,
creo que le diera muerte,
que la razón agraviada
hace de un báculo espada
y de un viejo, un mozo fuerte.
LISEO. De vos yo lo creo ansí.
PLEBERIO. Fuí soldado, he muerto moro.
LISEO. Volviendo al caso, un tesoro
no es, Pleberio, para mí
dote de importancia alguna.
No reparemos en eso,
que ya está mi buen suceso
en manos de la fortuna.
Mas, pues vuestro gusto es,
las escrituras se hagan,
y no entendáis que se pagan
mis ojos de otro interés.
PLEBERIO. Señor Plácido, yo creo
que habéis el caso entendido.
ESCRIB. Ya entiendo a lo que he venido;
pero esta dama no veo.

Haced que salga: sepamos
su voluntad.

PLEBERIO. Eso quiero,
y que ella entienda primero
lo que sin ella tratamos.
¿Evandro?

EVANDRO. ¿Señor?

PLEBERIO. Al punto
di que salga mi sobrina:
tendrá, si aquesto imagina,
temor y vergüenza junto.

EVANDRO. No podrá salir aquí.

PLEBERIO. ¿Qué? Como quiera que esté.

LISEO. Decilde que yo me iré,
si no ha de salir por mí.

PLEBERIO. Anda, ve y dila que espera
aquí el señor Secretario.

EVANDRO. Será, señor, necesario
buscarla por allá fuera.

PLEBERIO. ¿Cómo? ¿No está en casa?

EVANDRO. No.

LISEO. A sospechar mal comienzo.

EVANDRO. El capitán don Lorenzo
en este punto llegó,
todo pálido y turbado,
revuelta al brazo la capa,
como cuando un hombre escapa
desde el peligro al sagrado,
y como de nieve el ampo
la color.

LISEO. Mi daño creo.

EVANDRO. Dijo que mató a Liseo
sobre la Casa del Campo,
y que la quería llevar
consigo, con el temor
de su prisión, que, en rigor,
era locura esperar.
Y ansí, Clarinda, creyendo
ser verdad lo que es fingido,
con su segundo marido
se fué de esta casa huyendo.

LISEO. ¿Hay tal maldad?

PLEBERIO. No es maldad,
que él habrá muerto por vos
a vuestro amigo.

LISEO. ¡Por Dios!
señor, que decís verdad.
Porque no me conocía,
y Damacio es tan extraño,
que por mi honor, con su daño,
al campo le sacaría,
donde sin duda que es muerto.

PLEBERIO. ¡Triste viejo, infames canas!
¡Oh, mozas, siempre livianas,
sin madre!

EVANDRO. El suceso es cierto.
Procurad, señor, buscar
a Clarinda, no la prendan.

LISEO. ¿Qué puede haber que pretendan
mis desdichas?

EVANDRO. No hay lugar
de lamentaros aquí.
Mucho os importa guardarla.

PLEBERIO. Vamos, Liseo, a buscarla;
no por ti, sino por mí.

LISEO. Y por mí, que me avergüenzo
de haberlo ya publicado.

PLEBERIO. ¡Ah, temerario soldado!

ESCRIB. Y ¿quién es?

LISEO. Un don Lorenzo.

ESCRIB. ¿Es caballero?

PLEBERIO. Y Guzmán.

LISEO. ¡Que no estuviera allí yo!
¿Quién a Damacio mandó
reñir con el Capitán?
¿Sabes, Evandro, a su casa?

EVANDRO. Sí, señor.

LISEO. Vamos a ella.

PLEBERIO. Cualquier pequeña centella
de amor vida y honra abrasa.

(*Vanse. Salen* DON LORENZO, FELISARDO, MENDOZA y TRISTÁN.)

DON LORENZO.

Tengo a Clarinda en casa, como digo.

FELISARDO.

Contento estáis.

DON LORENZO.

¿No fué notable enredo?

FELISARDO.

De vuestros gustos vengo a ser testigo
cuando, por vos, sin esperanza quedo.
¡Ay, don Lorenzo, que el mejor amigo
acude a sus negocios!

DON LORENZO.

Tuve miedo
que la casase el viejo; pero ahora
sabréis si Octavia vuestra ausencia llora.
Que, aunque finge quererme, estoy pensando
que no me tiene amor.

FELISARDO.

Pues, ¿de qué suerte,
cuando ella me imagina caminando,
podré verla y hablarla?

DON LORENZO.

El modo advierte:
llama a su puerta ahora y di que cuando,
por ser el lazo de amistad tan fuerte
entre los dos, de mí te despedías,
la cadena que sabes me pedías,
confirmando que tú me la has prestado,
y que te dije yo que, por tu cuenta,
en alguna ocasión se la había dado,
y que por ella vas.

FELISARDO.

¿No será afrenta?
¿Cadena ha de pedir un hombre honrado?

DON LORENZO.

A mujer que de engaños se sustenta,
todo se puede hacer, que esto es muy justo,
porque no entienda que te lleva el gusto.
Que no te la dará será muy llano;
tratarásla muy mal, y yo, escondido,
saldré a vengalla, y en echando mano,
te has de fingir de una estocada herido;
Mendocilla y Tristán, llorando en vano,
tu cuerpo llevarán, y yo, atrevido,
la sacaré de allí y a mi posada
la llevaré, o alegre o lastimada.
Allí sabrás lo que en el pecho tiene;
allí sabrás si llora este demonio,
que con tantos deseos te entretiene,
que tras la muerte es cierto el testimonio.
Si llora, si te amase y te conviene,
podrás gozalla en dulce matrimonio;
si no lo siente y es de burlas toda,
seréis los dos padrinos de mi boda.

FELISARDO.

Extraño pensamiento no pudiera
imaginar ningún mortal nacido,
que ya el alma de Octavia no tuviera.
De quien cuanto me has dicho has aprendido
industria tan notable, tal quimera,
y así digo que estás en su sentido,
que no es posible que esto imaginara
hombre que en sus entrañas no habitara.
Ya miras en sus ojos enojados,
y hablas con su lengua fementida;
ya tienes sus sentidos decorados,
señal de que eres alma de su vida:
cosarios sois los dos ejercitados;
mas verla espero a tu valor rendida,
y, así, con tu consejo, a hablarla llego,
para acabar del todo mi amor ciego.
He sido como enfermo de los ojos,
que, con tantos remedios como aplica,
ciega del todo, excúsase de enojos
que del remedio amor se multiplica.

DON LORENZO.

Si a tus difuntos mágicos despojos
ningún dolor Octavia significa,
no hay que esperar.

FELISARDO.

Vosotros, hola, al punto,
fingí que me lleváis.

TRISTÁN.

¿Cómo?

FELISARDO.

Difunto.

MENDOZA.

De todo estamos advertidos: llega.

FELISARDO.

Llamo temblando, ¡oh, puertas hechizadas!
¿Quién los umbrales me defiende y niega?
¿De qué fiero dragón estáis guardadas?
¿Cuál árbol verde me deslumbra y ciega?
¿Qué manzanas hespéridas doradas?
¡Puertas no sois de una mujer! ¿Qué es esto?
Tenéis la religión que yo os he puesto.

¡Ah, de casa!

OCTAVIA. ¿Oyes, Beatriz?

(*Dentro.*)

BEATRIZ. Ya miro.—¿Quién es? ¿Quién es?
FELISARDO. Yo soy.
BEATRIZ. Tenme cuenta, Inés,
con esa perdiz.

(*Asómase a la ventana.*)

FELISARDO. ¿Perdiz?
¿Ansí se llora el ausencia
del dueño de aquesta casa?
Perdiz, a las diez se asa.
BEATRIZ. ¡Qué graciosa impertinencia!
FELISARDO. ¡Abrid, abrid!
BEATRIZ. ¿Es acaso
Felisardo?
FELISARDO. El mismo soy.
BEATRIZ. Señor, a decillo voy.
FELISARDO. Alarga, Beatriz, el paso.—
¡Ah, don Lorenzo!
D. LOREN. ¿Qué quieres?
FELISARDO. ¡Qué te diré de la fiesta!
D. LOREN. ¿Qué hay?

FELISARDO. Con perdiz se acuesta.
¡Fiad de ausencia a mujeres!
D. LOREN. ¡Qué notable gentecilla!
Mas pregunta sin pasión
si la come sin limón,
que si no, no es maravilla.
FELISARDO. ¡Pesia a tal con el infame,
que está llorando de amor!
D. LOREN. Acá se siente el olor;
llamad.
FELISARDO. ¿Qué quieres que llame?
D. LOREN. Llamad y la ayudaréis:
no se la coma sin vos.
FELISARDO. ¡Donaire tenéis, por Dios,
cuando sin alma me veis!
Desvía, que ya se asoma.

(Sale OCTAVIA *a la ventana.)*

OCTAVIA. ¿Felisardo? No lo creo;
será acaso algún correo.
FELISARDO. ¡Qué risa!
D. LOREN. (Venganza toma.)
FELISARDO. Yo soy: hazme abrir, Octavia.
OCTAVIA. ¿Cómo abrir?
FELISARDO. Tengo que hablarte.
OCTAVIA. ¿De qué parte?
FELISARDO. De mi parte.
D. LOREN. (¡Qué extraña burla!
FELISARDO. ¡Qué rabia!)
OCTAVIA. Ya es tarde, por vida tuya;
no puedo abrir.
FELISARDO. ¿Cómo no?
¿Más tarde no he entrado yo
en tu casa?
OCTAVIA. Siendo tuya;
pero ya no hay qué tratar.
Vete, mi vida, con Dios,
que estamos solas las dos,
y yo me quiero acostar.
FELISARDO. ¿Acostar? Si no has cenado.
OCTAVIA. ¿Qué es lo que te ha sucedido?
¿De qué barranco has salido?
¿Qué mula te ha despeñado?
¿Qué se te olvidó en Madrid
para algún deudo o Ministro?
¿Temes acaso el registro
entrando en Valladolid?
¿Acordósete también
de alguna mujer que quieres?
FELISARDO. No me trujeron mujeres,
que a ninguna quiero bien.
Ni he caído ni he temido
el registro de la Corte;
ni he hecho cosa que importe,
ni de Madrid he salido
estando el pie en el estribo...
OCTAVIA. "Con las ansias de la muerte."
FELISARDO. No, por Dios, que estoy muy fuerte.
Muy bien como, duermo y vivo.
Pedí al señor capitán
don Lorenzo una cadena
que le presté muy sin pena,
y, con muy necio ademán,
me dijo que a cuenta mía
a vuesa merced la dió,
imaginando que yo
por bien hecho lo tendría.
Y aunque estuviera bien hecho
cuando fué mi obligación,
no quiero dalla a pensión
de lo que lleva el provecho.
Ni en amor a cuenta mía,
pesia a tal, con la braveza,
que si en él fué gentileza,
en mí no fué cortesía.
Dame, Octavia, mi cadena,
que esto me ha traído aquí,
que no viniera por ti
ni me dan tus glorias pena.
Y si no quieres abrir,
por ahí la arroja, y presto,
que estoy a partir dispuesto
y no me puedo partir.
OCTAVIA. Con notable pensamiento
vienes a darme a entender
que no me vienes a ver,
cuando abrasado te siento.
¡Por Dios, que aunque disimula,
que le ha puesto el niño Amor
más espuelas al señor
que él le pusiera a la mula!
Diga, querido: ¿tan necia
piensa que soy que no entiendo
que viene a verme, fingiendo
que esa cadenilla precia?
Váyase ahora acostar,
si a enojo no lo recibe,
y, pues que sin mí no vive,
no se vaya del lugar.
Si no, envíeme un regalo
que me desenoje, ¿entiende?,
y advierta que no me enciende,
cuando a la nieve me igualo,
y de aquí a cinco o seis días

podrá ser le deje entrar
donde me pueda contar
todas sus melancolías.
¿No habla?

FELISARDO. Estoy de manera
con él, Octavia enemiga,
que no sé cómo te diga
lo que decirte quisiera.
Alma que de pedernal
formó el Cielo, para hacer
un monstruo en una mujer,
en sus mudanzas igual.
Principio de mis enojos,
original de mi mengua,
basilisco por la lengua,
como el otro por los ojos.
Retórica de traidor
que mata cuando asegura;
mal empleada hermosura
donde jamás cupo amor.
Encantadora cruel
de la razón y del seso,
fortuna de mi suceso,
firme en ti, mudable en él.
Falsedad desconocida,
noche de estrellas cubierta,
enemiga siempre cierta
y siempre amiga fingida.
¿Qué quieres ya de este pecho,
de esta alma, de estas entrañas,
a fuerza de tus hazañas,
más que una Troya deshecha?
Ahora burlas de un hombre
que tienes en tal extremo,
que sólo el matarme temo
por la infamia de mi nombre.
Pues entraré a tu pesar;
haré pedazos las puertas:
si amor no las halla abiertas,
la furia las ha de hallar.
Y guárdate, que, sin duda,
te ha de matar.

OCTAVIA. ¿Estás loco?
Espera, aguárdate un poco.
¡Ah, Beatriz!

(*Dentro* BEATRIZ.)

BEATRIZ. Estoy desnuda.

OCTAVIA. ¡Beatriz!

D. LOREN. ¡Afuera! ¿Qué es esto?
¿Quién es el loco atrevido
que en casa tan noble ha sido
temerario y descompuesto?

FELISARDO. ¿Quién es el que lo pregunta?

D. LOREN. Un hombre.

FELISARDO. Pase adelante.
Responderé con el ante,
con la lengua de esta punta.

D. LOREN. ¡Pruebe a ver!

FELISARDO. ¡Triste de mí!

(*Cae* FELISARDO *en el suelo.*)

TRISTÁN. ¡Paz, paz!

D. LOREN. ¿Quién eres?

TRISTÁN. Tristán.

MENDOZA. ¡Y yo, Mendoza!

TRISTÁN. ¡Aquí están
dos que morirán por ti!

D. LOREN. Ya el hombre no ha menester
más mal.

MENDOZA. ¿Matástele?

D. LOREN. Sí.

OCTAVIA. ¿Quién es? ¡Ay, triste de mí!

D. LOREN. ¿Quién, sino yo, puede ser?

OCTAVIA. ¿Es el Capitán?

D. LOREN. El mismo.

OCTAVIA. Pues, ¿qué habéis hecho?

D. LOREN. No sé.
¡Por vos, un hombre maté!

MENDOZA. El último parasismo
en este punto le dió.

OCTAVIA. ¡Oh, fiero mal! ¡Oh, mal cierto!
¡A Felisardo habéis muerto!

D. LOREN. ¡Triste de mí, triste yo!
¡A mí me mata! Mendoza,
¿es tu señor?

MENDOZA. ¡Ay, dolor!
¡Sin duda que es mi señor!

TRISTÁN. ¡Oh, qué bien sus años goza!
¡Pobre mancebo!

OCTAVIA. ¿A qué efeto,
don Lorenzo, me has quitado
la vida?

D. LOREN. Llegué turbado
de que te perdió el respeto;
y como le vi quebrar
tu puerta, no presumí
quién fuese.

OCTAVIA. ¡Triste de mí!
¿Qué tengo ya que esperar?
¡Afuera, vanos engaños!
¡Afuera, enredos de amor!
Murió mi bien, mi señor,
en la mitad de sus años.
Murió el que sólo nació

en el mundo para mí.
¡Tristes ojos! ya perdí
el sol que su luz os dió.
Ya, traidor soldado fiero,
con quien mi amor he fingido,
sabiendo que el tuyo ha sido
engañoso y lisonjero,
que, de Mendoza avisada,
con cautela entretenía
tu engaño, esperando el día
de gozar mi prenda amada.

A quien, por gozar segura,
detuve la posesión,
sabiendo la condición
de los más hombres perjura.
¿Por qué me has muerto mi bien?
¡Ay, mi bien, pues ya me dejas,
echándome de estas rejas,
quiero matarme también!

BEATRIZ. Tente, señora: no quieras
perder el alma.

D. LOREN. Hola, muerto:
¿qué sientes?

FELISARDO. Bien va el concierto.
La mujer quiere de veras.

D. LOREN. Tocado le han en lo vivo.

TRISTÁN. ¡Quedito, no te oiga hablar!

OCTAVIA. ¡Que no me dejes matar
cuando mil muertes recibo!
¡Plega a Dios, falso homicida,
que te pase una pistola
francesa, o que, por la gola,
te quite una asta la vida!
¡Jamás entres en batalla
donde no salgas herido!

FELISARDO. Perdiendo está ya el sentido.
¿Quieres que la hable?

D. LOREN. ¡Calla!

OCTAVIA. Mal me gobernó mi amor
por quererme asegurar
de su amor.

FELISARDO. ¿Aún no he de hablar?

D. LOREN. ¡Qué muerto tan hablador!

BEATRIZ. Calla, que importa, señora.—
Parece que cobra aliento.

D. LOREN. Yo le llevo a mi aposento:
curaráse en él ahora,
que espero en Dios tendrá vida.

OCTAVIA. A servílle tengo de ir.

D. LOREN. Bajad, y podréis venir,
Octavia, si sois servida.
Id vosotros adelante,
por amor de la justicia.

(*Meten a* FELISARDO.)

MENDOZA. Faltóle a Octavia malicia
para burla semejante.—
¡Ay, mi señor; ay, mi amparo!

D. LOREN. Si le lloráis (1) de esa suerte
haréis pública su muerte.

(*Salen* OCTAVIA *y* BEATRIZ.)

OCTAVIA. Beatriz: en nada reparo;
ya no hay honra ni respeto,
ni parientes ni temor.
Esto es amor.

D. LOREN. Y mayor
que prometió tu sujeto;
dame albricias de su vida.

OCTAVIA. ¿Cómo lo sabes?

D. LOREN. Habló.

OCTAVIA. ¿Qué dijo?

D. LOREN. A Octavia llamó.

BEATRIZ. ¿Es de peligro la herida?

D. LOREN. Ven conmigo.

OCTAVIA. Verle aguardo.
Ven, que quien ama no teme.
No lo dudes, mataréme
si muriese Felisardo.

(*Vanse, y entra* DAMACIO.)

DAMACIO.

Amor, pues que de Dios te precias tanto,
¿cómo pagado mal estás contento,
si Dios estima el agradecimiento,
come la voluntad y bebe el llanto?

A Octavia desagrado, a Octavia espanto
con mi tierno, aunque justo pensamiento,
y véngola a seguir, siguiendo el viento,
pues a su sol sin alas me levanto.

Pasos perdidos, donde vais acaso
guiados por la fuerza de un deseo,
por quien tan grandes desventuras paso.

Un hidrópico amor me enciende y creo
que cuanto más me hiela más me abraso,
y más le busco cuanto más le veo.

(*Salen* PLEBERIO, ALGUACIL, ESCRIBANO *y* LISEO.)

ALGUACIL.

No pase alguno sin decir su nombre.

(1) En el original "lleváis".

PLEBERIO.

Duélaos, señor, mi honor y la desdicha
de aquel pobre mancebo.

LISEO.

A no ser tarde,
tuviera a bien que se buscara el cuerpo.

ALGUACIL.

¿Damacio me decís que era su nombre?

LISEO.

Damacio se llamaba el desdichado.

ALGUACIL.

¿Dónde fué el desafío?

LISEO.

Por la puente
a la Casa del Campo fueron juntos.
Estará entre los álamos, acaso,
que hacen sombra a los estanques de ella.

ALGUACIL.

No se verá primero de las nieves
del alto Guadarrama el sol hermoso
hacer espejos de menuda plata,
que yo tenga buscado el cuerpo.

ESCRIBANO.

Advierte
que está allí un hombre.

LISEO.

Retirarse intenta.

ALGUACIL.

¿Quién va? ¡Téngase al Rey!

DAMACIO.

Con menos voces.

ALGUACIL.

Llegad esa linterna.

DAMACIO.

¿De qué sirve
metérmela en los ojos? ¿Ya no saben
que les está mandado que respeten
a los hombres de bien y conocidos?

LISEO.

¡Jesús! Damacio es éste.

PLEBERIO.

¡Ay, santo Cielo!
¡Damacio!

LISEO.

¡Oh, pobre mozo! Si anda en pena.
¡Huye, Pleberio!

DAMACIO.

¿Por qué causa o cómo
huís de mí? Esperad.

ALGUACIL.

La mala muerte
ha sido causa de que venga en sombra.
¡Válame Dios, qué extraño rostro tiene!

ESCRIBANO.

No vi jamás tan espantables ojos.

DAMACIO.

¡Ah, señores! Volved. ¿Oís?

PLEBERIO.

¿Que vuelva?

DAMACIO.

Oid, que soy Damacio, ¡por Dios vivo!,
tan en carne mortal como los otros. (1)
Sin duda que os han hecho algún engaño.

PLEBERIO.

Liseo: yo, que soy por largos años
de mayor experiencia, he presumido
que nos han hecho alguna burla.

LISEO.

¿Cómo?

PLEBERIO.

Y que Damacio está más bueno y sano
que estaba ayer cuando tratamos de ello.

LISEO.

¡Por Dios! que lo sospecho. Llega.

PLEBERIO.

Llego.
¡Ah, Damacio! ¿Eres tú?

DAMACIO.

Yo soy, Pleberio

PLEBERIO.

¿Vivo, vivo?

DAMACIO.

Pues no; tiéntame, llega.
No me pongas las manos en la cara,
que basta que conozcas que estoy vivo.

PLEBERIO.

Liseo, vivo está; llama esos hombres.

LISEO.

¿Cómo llamar? Por una calle abajo
van sin alientos, y aun sin capas, creo.

---

(1) Así en el texto. Deberá decir "como vosotros".

DAMACIO.

Como los dos andáis de boda agora,
debéis de haber cenado alegremente,
y algo más de lo lícito bebido.

LISEO.

Que no es eso.

DAMACIO.

Pues ¿qué?

LISEO.

Mis desventuras.
Vino aquel fanfarrón de don Lorenzo
a llevar esta noche el escribano
para poner mi casamiento en orden,
y fingiendo a Clarinda haberme muerto
en la Casa del Campo en desafío,
se la llevó consigo, y no parece.
Pues como yo estuviese vivo y sano,
pensamos que eras tú, y habemos hecho
hacer la información, y hay diez testigos
de que os vieron salir desafiados.

DAMACIO.

Ansí pasan mil cosas en el mundo.
¡Vive Dios! que no he visto a don Lorenzo
ni he tenido con él otras palabras
que las de aquella noche que tú sabes.

PLEBERIO.

¡Buen rato nos has dado! Yo te juro
que, después que creímos que tú eras,
me cuestas más de mil Avemarías.
Consuelo ha sido en tan notable pérdida
hallarte vivo.

DAMACIO.

A mí más bien me ha estado.

LISEO.

¿Sabéis, acaso, la posada o casa
de este vil Capitán?

DAMACIO.

Como la mía.

LISEO.

Pues busquemos la gente, que, sin duda,
la tiene en ella.

DAMACIO.

Vamos.

PLEBERIO.

¡Ah, Clarinda!
¡En buenos pasos pones a Pleberio,
cuando no tienes pies!

DAMACIO.

Si él la ha engañado,
¿qué culpa tiene?

LISEO.

Echad por esta calle.
¿Si la ha gozado ya?

DAMACIO.

No pongo duda.

LISEO.

Pues ¿a qué vamos?

DAMACIO.

A saber si es cierto.

LISEO.

Entonces yo seré de veras muerto.

(*Vanse y salen* OCTAVIA, BEATRIZ, DON LORENZO, TRISTÁN *y* CLARINDA.)

OCTAVIA. Pues ¿cómo no está en su casa?
D. LOREN. Tristán dirá cómo fué.
TRISTÁN. Apenas me le cargué
sobre el hombro, cuando pasa
la ronda con mil linternas,
y porque no me prendiese,
díjele que se tuviese,
si era posible, en sus piernas.
Hízolo así, y arrimado
a una tienda se quedó.
OCTAVIA. ¿Que vivo está?
TRISTÁN. No sé yo.
Mendoza tomó cuidado
de llamar en San Felipe
para darle confesión.
OCTAVIA. ¡Que aun de aquesta confusión
quiere Dios que participe!
¡Que muerto no le he de ver!
CLARINDA. Dejad, Octavia, el llorar,
pues no se ha de remediar
que lo que es deje de ser.
Mucho deseo tenía
de conoceros. Quisiera
que en mejor ocasión fuera.
OCTAVIA. Tal fué la ventura mía.
CLARINDA. Ya también os he contado
cómo también me mató
a Liseo.
OCTAVIA. Pienso yo
que no os da mucho cuidado.
¡Ansí me le diera a mí
la muerte de Felisardo!
CLARINDA. Que le veréis vivo aguardo.
OCTAVIA. ¿Vivo Felisardo?

CLARINDA. Sí.
OCTAVIA. ¡Ay, Clarinda!, que no hay medio
para conservar mi mal,
siendo la herida mortal
y mi deshonra el remedio.
¡Ay, Capitán!, que no quieres
dejar dos maridos muertos,
y estás haciendo conciertos
con tus dos viudas mujeres.
Que mal te pensé engañar;
amábasme sin amor.
¡Cuánto me fuera mejor
querer y desengañar!
Y si a Clarinda querías
con obras tan bien pagadas,
¿por qué con burlas pesadas
su pensamiento ofendías?
D. LOREN. Octavia, por agradar
a Felisardo, celoso
de tu desdén riguroso,
sin amor te quise amar.
Tú, por engañarme a mí,
también sin amor me amabas;
pensaste que me engañabas,
yo, que te engañaba a ti.
Ten paciencia, pues que fuiste
la causa, y llora conmigo,
que yo perdí un grande amigo,
si tú un amigo perdiste.
OCTAVIA. ¿Paciencia? Matarme quiero.
¿Yo, sin Felisardo, vida?
Seré mi propia homicida.
Dame ese traidor acero.
Haré una tragedia fiera
de todos.
D. LOREN. Suelta la espada.

(*Sale* FELISARDO *y* MENDOZA.)

FELISARDO. Detened la mano airada,
falsa amante verdadera,
y mirad qué condición
tan bárbara habéis tenido,
que basta morirme no he sido
pagado de mi afición.
En fin, Octavia, que un hombre
ha de estar muerto primero
que sepa que es verdadero
vuestro amor y goce el nombre
que ahora muerto me dais.
OCTAVIA. ¿Estáis vivo?
FELISARDO. ¿No lo veis?
OCTAVIA. Luego ¿engañado me habéis?
D. LOREN. Octavia, cuando veáis
que sois tan discreta y sabia,
imaginad que ese nombre
se le debe más al hombre.
FELISARDO. Mucho sabéis, bella Octavia;
pero, en fin, estáis rendida,
que no lo podéis negar.
MENDOZA. Ahora acaba de entrar
en busca del homicida
la ronda y los agraviados.
OCTAVIA. ¿Qué hemos de hacer?
D. LOREN. Que os sentéis.
OCTAVIA. ¿Qué diremos?
D. LOREN. ¿Qué diréis?
OCTAVIA. ¿Qué?
D. LOREN. Que estamos ya casados.
TRISTÁN. Y Beatriz, ¿cómo ha de estar
entre yo y Mendoza?
D. LOREN. En pie,
hasta que ella coja esté.

(*Salen el* ALGUACIL, PLEBERIO, DAMACIO, LISEO *y gente.*)

ALGUACIL. Bien podéis todos entrar.
DAMACIO. Guárdese el jardín.
LISEO. Seis hombres
quedan en él. Aquí están
Clarinda y el Capitán.
PLEBERIO. ¿Cómo es esto?
D. LOREN. No te asombres
de ver marido y mujer.
LISEO. ¿Cómo, si mi amor se agravia?
FELISARDO. Y Felisardo y Octavia,
que lo mismo viene a ser.
LISEO. Clarinda, ¿así me has dejado?
CLARINDA. ¡Ay, Dios! ¿No es aquél Liseo?
LISEO. ¿Es posible que te veo
de un hombre extranjero al lado?
CLARINDA. ¿Que no eres muerto?
LISEO. ¡Habladores!
Matan los hombres hablando.
D. LOREN. Lo que allí dije burlando
haré de veras.
ALGUACIL. Señores,
menos espadas. ¿Qué es esto?
Respeten a la justicia.
DAMACIO. En tan notable malicia,
¿quién habrá que esté compuesto?
Miren con la libertad
que los hallamos sentados.
D. LOREN. Pues, casadas y casados,
¿era mucha novedad?
DAMACIO. Salid los dos a los dos.

PLEBERIO. Damacio, no es tiempo de eso.
Mío es el mal suceso.
DAMACIO. Y mío también, ¡por Dios!,
que amaba a Octavia.
FELISARDO. Si fuistes
el que yo eché de su puerta,
bien sabéis que nunca abierta
con su gusto la tuvistes.
Y pues os eché de allí,
de aquí os echaré mejor.
DAMACIO. ¡Afuera!
ALGUACIL. Menos rigor,
que está la justicia aquí.
PLEBERIO. Lo mejor es que algún medio
se dé en esto.
LISEO. ¿De qué modo,
si no es perdiéndose todo?
CLARINDA. Liseo; ya no hay remedio.
Mujer soy del Capitán.
Tú eres un hidalgo honrado,
de otras muchas deseado,
que más hacienda te dan.
No me quites mi marido.
OCTAVIA. Ni a mí, Damacio, el que aguardo.
Tengo amor a Felisardo
y nunca te le he tenido.
Honrad los dos nuestras bodas:
sed liberales padrinos.
PLEBERIO. Digo que sois mis sobrinos
y que así acertasen todas.
DAMACIO. Ahora bien, yo doy las manos
a Felisardo.
LISEO. Yo a vos,
señor Capitán.
D. LOREN. ¡Por Dios!,
que hacéis como cortesanos.
Quedemos buenos amigos,
y así seréis como estáis,
pues en mi casa os halláis,
convidados y testigos.
TRISTÁN. Y Beatriz ¿no tiene dueño?
Ella escoja.
BEATRIZ. Yo a Mendoza
TRISTÁN. ¡Bueno quedo!
MENDOZA. Al fin la goza
a quien le ha quitado el sueño.
TRISTÁN. Ella escogió lo mejor.
D. LOREN. Aquí, discreto senado,
fin a la comedia han dado
Los Amantes sin amor.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE

LOS AMANTES SIN AMOR

AMAR COMO SE HA DE AMAR

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

FAMILIAR DEL SANTO OFICIO

FIGURAS

DON PEDRO DE CARDONA.	RICARDA, *dama.*	RUGERO, *caballero.*
DON JUAN, *su hermano.*	JULIA, *villana.*	LUCINDO, *criado.*
CLARINDA, *princesa.*	TURÍN, *villano.*	EL CONDE ROBERTO. (1)

JORNADA PRIMERA

(*Salen* DON PEDRO *y* DON JUAN.)

D. JUAN. ¿Fuése el Rey?
D. PEDRO. Ya se partió
para castigar el Rey
de Nápoles al Virrey, (2)
que con Cicilia se alzó;
pero dicen que salió,
para estorbarle el castigo,
su rebelado enemigo
con otra famosa armada.
D. JUAN. Será, de su infame espada,
el mar sepulcro y castigo.
D. PEDRO. Yo, con quedarme, he quedado
corrido, aunque no le niego,
a mi amor, por ser tan ciego
el contento que me ha dado;
que a su Consejo de Estado
lo mejor es acudir: (3)
todo es servir, si es servir
al dueño de mis enojos,
sin ver sus hermosos ojos,
es imposible vivir.
Estoy de suerte, don Juan,
muerto y abrasado en ellos,
que en mirallos o en perdellos
mi vida o mi muerte están.
Que vida y muerte me dan,
porque de una misma suerte
la vida en muerte convierte,
la muerte convierte en vida.
¡Ricarda, hermosa homicida,
dulce vida y dulce muerte!
No son mal agradecidos
mis servicios ni deseos,
mas temo que mis paseos
han llegado a los oídos
del Conde, su padre, asidos
a unos celos, pues, airado,
de Nápoles la ha llevado
a su quinta, en cuya ausencia
me tiene Amor sin paciencia,
celoso y desesperado.
Allí está Ricarda agora;
allí borda con sus pies
el verde campo; allí es
para sus estados Flora;
allí amanece mi aurora;
allí viste los corales
del agua de sus cristales
ninfas de sus fuentes frías,
siendo las lágrimas mías
a sus corrientes iguales.
Allí, con pastoras rudas,
dilata sus pensamientos,
y a sus celosos acentos
responden las selvas mudas.
Yo muero en celosas dudas
y envidio las soledades,
que no hay cortes, ni ciudades,
ni repúblicas mayores
que en soledades de amores
corresponder voluntades.
D. JUAN. Para verla en esa quinta
vanos estorbos condenas,

---

(1) En el original, por error, ALBERTO.
(2) En el ms. B están estos dos versos así:
"para castigar al Rey
de Nápoles o al Virrey."
(3) Suplido este verso por el ms. B.

pues de Nápoles apenas
está una milla distinta.
Amor, que imposibles pinta,
fácil es al más cobarde.
¿Cómo te hiela y te arde?
Vamos, don Pedro, al aldea,
que no hay gloria que lo sea,
ni bien, cuando llega tarde.
Su padre, ¿qué puede hacer,
si invención no ha de faltar
para que puedas entrar?

D. PEDRO. Pues ¿qué invención puede haber
si a mí me ha de conocer?

D. JUAN. Hacer perdido un halcón
y entrar con esta ocasión
a ver el sol que te abrasa,
que yo buscaré la casa
con bastante información.

D. PEDRO. Ser hombre tan principal
obliga a respetos tales.

D. JUAN. Pocos tiene el reino iguales:
el Conde no admite igual.
Del peligro más mortal
tu pecho esté satisfecho.

D. PEDRO. Ninguno, don Juan, sospecho.
Pero vamos sin temor
donde se temple el rigor
con que Amor me abrasa el pecho.

(*Sale* CLARINDA.)

CLARINDA. Don Pedro, seáis bien venido.

D. PEDRO. Para serviros, señora.
De la Armada vengo agora
de no embarcarme, corrido.
Preceto del Rey ha sido
que, por pariente, de honor
seré escudero mayor
de vuestra alteza estos días.

CLARINDA. ¿Tantas honras?

D. PEDRO. Que son mías,
mi sangre dice y mi amor.

D. JUAN. Lo mismo me manda a mí,
como de don Pedro hermano.
Dadme a besar esa mano.

CLARINDA. No, primo, no estéis ansí.
¿Cómo va el Rey?

D. PEDRO. Yo le vi,
Clarinda, trocar la arena
al agua de naves llena,
por vengarse con más furia
que Agamenón, por la injuria
de la ya robada Elena.
¡Ay de él si en la mar le topa,
donde aguardándole está!

CLARINDA. En fin, ¿él navega ya?

D. PEDRO. Y con la fortuna en popa,
corre con la flor de Europa
desde el partir vencedores,
y pareciendo [en] colores
las naves, güertos pensiles,
montes las velas sutiles
y los gallardetes flores.
Presto en Cicilia estarán,
si antes la armada enemiga
a pelear no le obliga:
tan prósperamente van.

CLARINDA. Id a descansar.

D. JUAN. No harán
resistencia a su valor.

CLARINDA. Mucho siento que un traidor
castigue el Rey en persona.

D. PEDRO. Señora, el valor le abona
no a piedad como el valor. (1)

(*Vase* DON PEDRO y DON JUAN.)

CLARINDA. ¡Oh! ¡Cuánto a la voluntad
tirana de nuestros pechos
esta guerra se parece
a que se parte Manfredo!
Si a gobernar los sentidos
le envía el entendimiento,
donde era justo que fuera
la razón, virrey discreto,
sírvese de los oídos,
del gusto y los ojos luego,
ministros siempre engañados
y tan pocas veces cuerdos.
Ven los ojos una cosa
que agrada al gusto, tan presto
los guía, y al punto caen
porque van entrambos ciegos.
Oyen también los oídos,
siempre al alma lisonjeros,
rebélanse a la razón
y la voluntad con ellos.
Al entendimiento, ingratos,
levántanse con el reino,
como agora con ser Rey
el de Cicilia soberbio.

(1) Los cuatro versos que anteceden, al margen, en sustitución de otros cuatro tachados. En B constan con la variante en el último, que dice:
"no ay edad como el valor".

y con ser el albedrío
tal que no admite por dueño
al mismo Dios, rinde el alma
a los deleites del cuerpo.
De Barcelona a ser rey
vino a Nápoles don Pedro,
hijo segundo del Conde,
si bien en valor primero.
Con la cautela de primo
envió mi entendimiento
a gobernar mis sentidos,
siempre a la razón sujetos,
la voluntad, que rebelde
e ingrata a su justo imperio,
con su reino se levanta
tirana del alma y de ellos.
Quiérole bien, no me paga;
pero castigar no puedo
mi voluntad, como el Rey,
que estoy rendida al silencio.
Con mis favores le obligo
por que sepa que le quiero;
mas no parecen favores,
que van en sombra de deudos.
Desdicha de las mujeres,
que, siendo su amor más tierno,
han de aguardar a que un hombre
entienda su pensamiento.
Con la libertad que llega
un hombre, necio o discreto,
a decir a una mujer
su amor o su pensamiento;
y los que ella, si los tiene,
que también puede tenellos,
porque en razón de ser hombres
son los hombres más perfetos,
que ha de buscar de invenciones,
de fábricas y de enredos,
dándole risa a los ojos,
que suelen ser lengua en ellos,
no porque no nos entiendan,
que antes piensan muchos necios,
cuando miramos sus faltas,
que nos perdemos por ellos.
Pero quien ve que le miran
sus gracias, no sus defectos,
y no lo entiende, es señal
que no quiere agradecello.
Ansí es don Pedro conmigo,
que, no entenderme fingiendo,
no corresponde a mi amor
ni ve en mis ojos mi fuego.
Mas ¿qué importa que ellos hablen
si no quiere ver en ellos
las palabras que le dicen
mis amorosos deseos?
Pues no acierta en despreciarme
sabiendo la acción que tengo
a Nápoles, y que en Francia
o España casarme puedo.
Pero no quiero culparle,
culpar mis estrellas quiero.
Pero ¿quién podrá ablandallas,
que son diamantes del cielo?

(Vase. Salen RICARDA *y* JULIA.*)*

JULIA. Tu padre trujo la nueva.

RICARDA. ¡Ay de mí! Julia, ¿qué haré,
que ya por el alma sé
que el Rey a don Pedro lleva?
Porque haciendo esta jornada
aún a pensar no me atrevo
que un deudo suyo y mancebo
no le ofreciese la espada.
Él y su hermano habrán ido
en la armada, claro está.
No veré a don Pedro ya.

JULIA. ¿Qué dices?

RICARDA. Pierdo el sentido.

JULIA. Deja que saber se pueda.

RICARDA. Cuando un rey hace jornada
infame queda la espada
que entre las damas se queda.

JULIA. Don Pedro no se ha quedado.
Antes, no tienes razón
si importa a la sucesión
y gobierno del Estado.

RICARDA. Bien dices ¡guárdete el Cielo!,
que en tan muertas esperanzas
con una palabra alcanzas
tan imposible consuelo.
Pedro es de sangre real;
pero no se me acordaba
de Clarinda, que aún faltaba
mayor mal a tanto mal.

JULIA. Son desconfianzas vanas,
que, aunque labradora soy,
tal vez los oídos doy
a las cosas cortesanas.
El Rey la quiere casar
con rey, que no con pariente,
ni es posible que ella intente
lo que es imposible amar.
Don Pedro no puede ser

competidor de dos reyes.

RICARDA. Amor establece leyes
como rey de más poder.
No trato de reino aquí,
de Clarinda trato yo.

JULIA. ¿Celos Clarinda te dió?
Si el sol los tiene de ti.
Mal siente de lo que sientes.
Demás, que hacelle favor
es parentesco y [no] amor.

RICARDA. Poco sabes de parientes.
Dicen que es de sangre Amor,
pues el que se funda en ella,
Julia, con poca centella
encenderá su calor.
Parentesco ya es sospechas
de amor que no es menester,
que Amor, en amar y en ver,
pierde tiempo y gasta flechas.

JULIA. Riñendo a unos cortesanos
viene Turín.

RICARDA. ¿Quién serán?

(*Sale* TURÍN, *villano*, DON PEDRO *y* DON JUAN.)

TURÍN. ¡Voto al sol! Si no se van.

RICARDA. (¡Ay, Julia, los dos hermanos!)

D. PEDRO. Buen hombre, ¿sabéis quién soy?

TURÍN. ¿Tengo yo de preguntar
quién son si los veo entrar
adonde por guarda estoy?

D. PEDRO. Si un azor (1) ha entrado aquí,
¿es mucho que un caballero
entre a buscarle, grósero?

TURÍN. ¿Grosero yo?

D. PEDRO. Sí.

TURÍN. ¿Yo?

D. PEDRO. Sí.

TURÍN. ¿Es porque delgado os veis?

RICARDA. ¿Qué es eso, Turín?

TURÍN. Señora,
esos hidalgos, que agora
se han entrado, como veis,
que diz que vienen buscando
un azor que aquí se entró.

RICARDA. ¿Aquí azor?

D. PEDRO. Presumo yo
que hacia aquí vino volando:
que allí vuela si le lanza
para hacer la presa Amor,
de la mano del favor
al viento de la esperanza.

(1) En B, "halcón".

Palomas bravas sospecho
que en esta torre se crian;
como siempre, se desvían
de la ciudad, y del pecho.
La armada del Rey dejé
para entretenerme aquí,
supuesto que me ofrecí,
finalmente, me quedé.
Casi de esas verdes lomas
perdí el azor; pero ya
se lo agradezco si está
entre tan bellas palomas.
¡Dichoso si las alcanza!

TURÍN. Pues no diga desatinos,
que aquí hallará palominos
al viento de la esperanza.
Y esas ficomolosias
sepa que las entendemos,
aunque el caletre templemos
al sol y a las nieves frías,
y salga luego de aquí,
no le sienta mi señor.

RICARDA. Déjale buscar su azor.

TURÍN. Si le busca, no hable ansí.

JULIA. ¿No ves que es uso de Corte?

TURÍN. Si tales usos prefieres,
bien hilarán las mujeres.

JULIA. ¿Y no es bien que te reporte
el ver que lo es mi señora?

TURÍN. Y aun de verla reportada
entiendo...

JULIA. No entiendas nada.

TURÍN. Que es ella la cazadora
y éste algún palomo duende.

JULIA. ¡Calla, bestia!

TURÍN. Pues, tomad,
si hablan...

JULIA. En la ciudad
se usa.

TURÍN. Yo ansí lo entiendo.
De la primera ciudad
del mundo presumo yo
que se inventó y se causó
esta hermandad y amistad.
¡ira de Dios! (1) y después
habían de hacer ensartar
aljófar, pues en la mar
no habían puesto los pies.
Y ansí, por Eva y Adán,
después de largas edades,

(1) En A, "era de dos".

tiene un rey tantas ciudades
cuantos dos juntos están.
Mas, dime, ¿qué puede ser?
¿Entretiénesme tú, acaso,
para que éste, aunque de paso,
dé un bocado al alcacer?
¡La verdad!

JULIA. ¡Qué malicioso!

D. PEDRO. Ahora venid a buscar
mi azor, que os quiero dar
hallazgo.

TURÍN. Y será forzoso.
Pero, en fin, ¿qué me daréis
por que no vuelva tan presto?

D. PEDRO. Esto os quiero dar.

TURÍN. ¿Qué es esto?

D. PEDRO. Allá, después, lo veréis.

TURÍN. Voime, y Dios os dé salud,
aunque ya sois barragán,
que averiguar lo que dan
de gracia es ingratitud.
Ello tiene buen sonido,
linda bolsa, y con caireles;
mas ¿si son los cascabeles
del azor que habéis perdido?

(Vase.)

D. JUAN. Mal villano.

D. PEDRO. ¡Qué, peor!
No me espanto que admirada
estéis, que en esta jornada
falté a mi propio valor.
No quiso el Rey, en diciendo:
"No vais, de esto tengo gusto."

RICARDA. Eso solamente es justo.
Yo, mi bien, sólo pretendo
no perderos de mis ojos.

D. PEDRO. Pues por que no me perdáis,
¿por qué, mi sol, no excusáis
los vuestros y mis enojos?
Vuestro padre os ha traído
a esta quinta; ¿no es perderos
dejar de veros, si veros
puedo esta noche escondido
y muchas que vos queráis?

RICARDA. ¡Ay, Pedro! que la ocasión
ha hecho al Amor ladrón.

D. PEDRO. Bien decis, bien me culpáis.
¿Qué riqueza como vos,
tan preciosa y singular
ha puesto en la tierra y mar
el gran artífice Dios?
¿Qué perlas ni qué zafiros,
qué corales que han hurtado
más de una vez que han llegado
a esos labios mis suspiros?
¿Qué diamantes semejantes
al valor, no a la dureza,
si os cortó Naturaleza
de una mina de diamantes?
Aquellas deidades de oro
que adoró la antigüedad
adoro yo con verdad,
que imagen con alma adoro;
pero sí palabra os doy
de enfrenar tanto el deseo
que aún no mire lo que veo...

RICARDA. No importa, que mujer soy
que sabré, si la quebráis,
castigar cualquier locura.
En aquella cuadra obscura
que enfrente de ésta miráis,
entrad con aquesta llave.

D. PEDRO. Beso la estampa preciosa
de esos pies, Ricarda hermosa.

D. JUAN. Roberto es noble y es grave;
témele.

D. PEDRO. Vamos, don Juan.

D. JUAN. ¿A qué camina tu intento?

D. PEDRO. Cuando pare en casamiento,
¿qué les doy que no me dan?

(Vanse.)

JULIA. ¡Brava determinación!

RICARDA. En lo que soy me confío.

JULIA. De confianzas me río
cuando llega la ocasión;
que he visto muchos agravios
en quien se resiste y niega
cuando el enemigo llega
a poner cerco a los labios.

(Sale TURÍN.)

TURÍN. Yo no sé si aquesta torre
cría palomas mostrencas,
que todos cuantos rincones
tiene he mirado muy cerca,
y no he visto halcón ni azor.
Plega (1) a Dios que azar no sea,
porque de azores a azares
pienso que hay sola una letra.
Al gallinero bajé,

(1) En B, "plegue".

que hay azores que se ceban
en gallinas cuando faltan
perdices, y, andando entre ellas,
pensé, como ya anochece,
que era el gallo y las pigüelas
los garzones, y al asirle,
todas las hallé doncellas.
Comenzaron tales voces,
que el mastin, pensando que eran
ladrones, entró furioso
y agarróme de una pierna,
de suerte que vengo cojo.
Yo te aseguro que sean
bien menester los doblones.

JULIA. ¿Luego ya los viste?

TURÍN. Fuera
bestia si no los mirara.
¿No has visto tú con la priesa
que un médico sin mirar
recibe cualquier moneda,
y después, puesto en la mula,
registra la faltriquera
para ver lo que le han dado?
Pues aquello mesmo piensa
que hice al darme la bolsa;
pero al salir allá fuera
abríla y vi...

JULIA. Di verdad.

TURÍN. Cien priscos de la moneda
que baten viejos que casan
con mozas.

JULIA. Necia experiencia.
Parte conmigo.

TURÍN. Será
después que mi mujer seas,
si son bienes gananciales.

JULIA. Buena disculpa.

TURÍN. Rebuena.
Pero aquellos caballeros,
¿dónde están?

JULIA. Dieron la vuelta
a Nápoles.

TURÍN. ¿Qué me dices?
Déjame, Julia, que vea
si alguna pluma del ala
de nuestra paloma llevan.

RICARDA. Después que allá te tardaste,
Turin, en hacer la cuenta
de los doblones, me miras. (1)

TURÍN. No te espantes de su fuerza.
Gracias a Dios, toda estás
como antes que ellos vinieran.
Ojos, nariz, boca y manos;
pues ¿qué quieres, si te quedas
tan entera como estabas?

RICARDA. Ven, Julia, para que sepas
lo que has de hacer.

JULIA. Ya te entiendo.
Descuida de cama y mesa.

(*Vanse.*)

TURÍN. Gran cosa es tener dineros,
y mucho mayor que sean
las mujeres tan dichosas.
¿Es posible que por vellas
den los hombres de una vez
lo que puede ser hacienda
de un labrador como yo,
y que como están se quedan?
A las velas se parecen,
que, aunque otras muchas se encien-
no pierden la luz que tienen [dan,
hasta que, en fin, como velas,
el tiempo las va gastando.
Ya de ser rico me pesa.
¿Qué compraré? ¿Qué seré?
De esta vez Julia me ruega,
¿o qué habrá de casamientos?
Revuelta andará la aldea.
¡Qué gentil hombre seré!
¡Qué discreto! ¡Qué nobleza
será la mía! ¡Qué amigos
tendré al lado y a la mesa!
Hoy me llamo don Turín,
desde hoy me visto de seda.

(*Vase. Sale* RUGERO *y* LUCINDO.)

RUGERO. Fuerza fué de estrellas mías.
Amo, Lucindo, a Ricarda.

LUCINDO. Pase con justas porfías,
quien tal esperanza aguarda,
tales noches, tales días.

RUGERO. Es peregrina hermosura.
Pensé tenella segura
si don Pedro se ausentaba,
porque entonces no pensaba
en pensar tener ventura.
Cuanto el pensamiento yerra,
Lucindo, se ha vuelto en mí,
y los engaños que encierra.
Quedóse don Pedro aquí.
No fué don Pedro a la guerra.

(1) En B, "¿qué miras?"

Pero ya que está Ricarda
donde Roberto la guarda,
tan lejos de la ciudad,
más premio mi voluntad
y más esperanza aguarda.
Yo vine aquí de secreto,
donde, si lugar me dan,
las dichas que me prometo
me dice Amor que tendrán
mis esperanzas efeto.
Ayer fué el primero día
donde, sin verme, la vi,
que al verde prado salía
tan bella, que presumí
que entonces amanecía.
Sentada en el verde suelo
detuvo un manso arroyuelo
el cristal, porque pensó,
como ella en él se miró,
que se retrataba el cielo, (1)
donde los verdes pinceles
de Flora cuadros hacían.
Sus manos, aunque crueles,
azucenas parecían
entre los rojos claveles.
Mas después, suspensa, en calma,
y en los corales la palma,
perlas bañaron sus ojos.
Quien llora sin darle enojos
algo le han hecho en el alma. (2)
¡Ay, Dios! ¡Quién lágrimas tales
pudiera en el agua ver!
¡Qué dichas hubiera iguales
a poderse conocer
sus perlas en sus cristales!
Con esto, sacó un papel
y, suspirando ¡ay tirano
Amor! y leyendo en él
se le cayó de la mano
y quiso correr tras él;
pero el agua, entre la espuma
de un remanso, le escondió.
Fuése, busquéle y, en suma,
le hallé; le enjugué, y me dió
estos versos de su pluma.

"Un pajarillo el niño Amor tenía
atado a un hilo de oro, y sus colores
miraba más contento, (1) haciendo amores
en lenguaje de niño le decía.
Mas la fácil prisión rompiendo un día,
se fué con otros pájaros mayores.
Lloró el Amor, y díjole: "No llores,
"Venus, que a risa y no a dolor movía.
"Que también eres tú pájaro en mano
"y te vas de la mano velozmente,
"ingrato al hilo de oro y a la mano."
¡Ay, Dios! Mi dulce pájaro, detente,
que si te vas será esperarte en vano;
tú por el aire y yo llorando ausente."

LUCINDO. ¡Bravo amor! ¿Por quién serán
los versos?

RUGERO. No son por mí;
pero agora te dirán
éstos que yo respondí
que injustos celos me dan.

"Dejaste, ingrata, divertida, en vano
caer de un arroyuelo en la corriente
este blanco papel, que el diligente
cristal pensó que era tu blanca mano.
A ruego de mis celos, más humano,
me dió el papel, que de mi pecho ardiente
secó el calor, porque tu sol ausente
huyó al ocaso de su luz tirano.
Entre espumas hallé lo que tu pluma
a su pájaro escribe, y mis desvelos
quieren que celos de tu amor presuma.
Ya es fuego el agua, y no es milagro ¡oh,
si la madre de Amor nació de espuma, [Cielos!
que de ella salgan tan ardientes celos.

(1) Después de éste hay, tachados, estos versos:

"por llegar a merecer
el tocallas, los favores,
mas no acertaba
por los confusos colores"

y al lado, y tachados, éstos:

"vieras las flores crecer
no me quisiera..."

(2) Después de éste faltan cuatro versos, tachados, que decían:

"de que llorasen turbados
de algunos tristes efetos
que no es bien que desdichados
quieran apurar secretos;"

y al margen, también tachados, éstos:

"no quise formar con celos
los ...os enamorados..."

En B, faltan éstos y los anteriores pasajes tachados.

(1) Estas dos palabras fueron sustituidas con la de "atento", con lo que el verso quedó incompleto y el sentido igualmente obscuro. En B, también "miraba atento".

LUCINDO. Respondiste a la ocasión
enamorado y discreto.
RUGERO. Versos de su mano son.
LUCINDO. ¿Fuése el pájaro, en efeto?
¿Fuése ya tu pretensión?
RUGERO. Volver quiero a la ciudad
por ver si don Pedro intenta
proseguir su voluntad.
LUCINDO. Cuanto el papel me contenta,
me entristece si es verdad.
RUGERO. ¿Qué haré yo, perdido y ciego?
Extraño desasosiego
Amor en mis celos fragua,
pues matando el fuego al agua
salió del agua mi fuego.

(Vanse. Salen RICARDA, JULIA *y* TURÍN.*)*

RICARDA. Lo que tiene malo Amor
es que ha menester terceros.
TURÍN. No seremos los primeros
que hayan dado en ese error;
demás, que es lindo camino
para privar (1) con señores.
RICARDA. No temo amor, temo amores.
JULIA. Si él jura, ¿no es desatino,
señora, no le creer?
RICARDA. Julia, yo me temo a mí;
pero yo seré quien fui
o aquí dejaré de ser.
Para cuando te enamores,
ten cuenta que es más temor,
no el tener a un hombre amor,
sino el oír sus amores.
Ve por él.
JULIA. Ya voy por él.

(Vase.)

RICARDA. Tú no te vayas de aquí.
TURÍN. ¿Y él respetaráme a mí?
RICARDA. ¿No ha de haber vergüenza en él?
Si estás delante es forzoso
que honestamente se aparte.
TURÍN. Hoy seréis Venus y Marte,
y yo el Sátiro envidioso.

(Salen DON PEDRO, DON JUAN *y* JULIA.

D. PEDRO. No acierto si no me guías.
JULIA. Aquí mi señora está.
D. PEDRO. Porque esto del sol no es ya
como las verdades mías.

(1) En B, "lidiar".

TURÍN. Si no acierta su mercé,
llevaréle de la mano.
JULIA. (Blando estás, Turín hermano.
TURÍN. Tales doblones mamé.)
D. PEDRO. Señora mía.
RICARDA. Mi bien.
D. PEDRO. ¿Es este vuestro aposento?
RICARDA. Una antecámara es
adonde tocarme suelo.
D. PEDRO. ¿Qué, aún no he merecido ver,
debajo del juramento,
vuestra cama? ¡Qué crueldad!
TURÍN. (¿Julia?
JULIA. Qué.
TURÍN. Novios tenemos.
JULIA. No lo creas, que Ricarda
es valiente mujer.
TURÍN. Creo
que las más valientes son
las que se rinden más presto.)
D. PEDRO. ¿No traerán luz?
RICARDA. ¿No es bastante
la que veis?
D. PEDRO. Está muy lejos
aquella que allí fuera (1) arde.
Quisiera prestalle fuego.
TURÍN. (¿Luz pide: ¡Qué necio amante!)
DENTRO. ¡Hola, criados! ¿Qué es esto?
¿Sileno? ¿Aurelio? ¿Tebandro?
RICARDA. ¡Mi padre!
TURÍN. ¡Malo!
D. PEDRO. ¿Qué haremos?
RICARDA. Habrá sentido ruido,
llamó, no le respondieron,
vistióse y viene.
D. PEDRO. Ya es tarde
para prevenir remedio.
Pondréme detrás de ti.

(Sale ROBERTO.*)*

ROBERTO. Pues ¿cómo cuando yo duermo
hay este ruido? ¿Eres tú?
RICARDA. Yo soy.
ROBERTO. ¿Qué es esto?
RICARDA. Era un juego
que inventó Turín.
ROBERTO. ¡Desvía!
RICARDA. Tienes tan liviano sueño...
ROBERTO. Que estoy mirando por ti
la imagen de mi desprecio.

(1) Las palabras "que allí fuera" sustituyeron a otras tachadas que decían "lampara que".

Ya tiene tu honor dos caras.
¿Cómo es esto, caballero?

TURÍN. (¡Pescóle!)

D. PEDRO. ¿Sabéis quién soy?

ROBERTO. Ya será fuerza el saberlo,
y no llamando criados.
Valor en las venas tengo.
Vos no podéis ser el Rey,
y soy el conde Roberto.

RICARDA. (Llama, Turín, a su hermano.

TURÍN. El viene.) ¿Don Juan?

D. JUAN. Teneos.

ROBERTO. ¿Más enemigos? ¿Quién sois?
Para todos tengo esfuerzo.
¿Ninguno saca la espada?
¿Es por ventura desprecio?

D. JUAN. Yo soy don Juan de Cardona.

D. PEDRO. Y yo su hermano don Pedro.

ROBERTO. ¡Don Pedro! ¿Vos en mi casa?

D. PEDRO. Confieso el atrevimiento.
Del Conde de Barcelona
soy hijo.

ROBERTO. Yo soy su deudo.

D. PEDRO. Dadme tres días no más
para tomar cierto acuerdo
sin salir de vuestra casa,
que os doy palabra al fin de ellos
casarme, si no lo impide
algún extraño suceso.

ROBERTO. De vuestro mucho valor,
señor, estoy satisfecho.

RICARDA. (Yo estoy temblando.)

D. PEDRO. (¿Don Juan?

D. JUAN. ¿Qué quieres?

D. PEDRO. ¿Cómo podremos
entretener a Clarinda?

D. JUAN. Envía un valiente ciervo,
o jabalí presentado;
di que tus manos le han muerto
en estos rudos peñascos, (1)
y que en esta quinta o pueblo,
fugitivo a los despachos, (2)
quieres descansar entre ellos.

D. PEDRO. Bien dices.

D. JUAN. Advierte, pues,
que ya te espera tu suegro.

D. PEDRO. ¡Quién me lo dijera ayer!)

ROBERTO. ¿No venís, señor don Pedro?

(1) Antes decía este verso "con estos rudos villanos", y se enmendó. En B, sólo lo enmendado.
(2) Antes y tachado "negocios". En B, "despachos".

D. PEDRO. Aquí tenéis un esclavo.

ROBERTO. Nací para serlo vuestro.

JULIA. (¿Qué te parece, Turín?

TURÍN. Que son estos casamientos
necedades con enojos
para arrepentirse presto.)

(Vase. Sale CLARINDA *y* RUGERO.*)*

RUGERO. ¿No ha tenido vuestra alteza
nuevas del Rey, mi señor?

CLARINDA. Tiéneme amor y temor
llena de mortal tristeza,
porque temer es amar.

RUGERO. Ya sé que teme quien ama.

CLARINDA. Espántome de la fama,
que, como ave, pasa el mar.

RUGERO. No quiso dar este cargo
a quien le pudo servir.

CLARINDA. Persuadióme con decir
que no era el viaje largo;
que mejor vengar pudiera
agravios de su persona
si don Pedro de Cardona
o su hermano don Juan fuera,
valerosos catalanes
que les están sirviendo aqui.

RUGERO. Que los dejó, presumí,
en Nápoles por galanes;
y ansí dicen que pasea
don Pedro cierta señora
que solicita y adora,
que mira escribe y desea,
y tan hermosa y (1) gallarda,
que por ella pienso yo
que a su opinión se atrevió,
¡tanto el amor acobarda!

CLARINDA. Habla, Rugero, mejor,
que el Rey le ha dejado aqui
para darme honor a mí.

RUGERO. ¿No es esto hablar en su honor?

CLARINDA. No, porque no le tuvieras
tú, que en Nápoles estás,
si la culpa que le das
en ti mismo conocieras.
Vete, y ese desvarío
emplea en quien es tu igual.

RUGERO. Señora, en tratarme mal
aprendes del Rey, tu tío:
que yo respeto a Cardona
como ilustre caballero.

(1) En B, "y han dicho que es tan g.".

CLARINDA. Pues eso has de hacer, Rugero.
RUGERO. Dame la mano y perdona.

(*Sale* LUCINDO.)

LUCINDO. No sé si por bien o mal
te acierte a dar unas nuevas.
CLARINDA. Que por bien o mal te atrevas
es fuerza, Lucindo, igual
que ni con el bien me alegras,
ni el mal mayor se imagina.
LUCINDO. Una nave a la marina,
cubierta de velas negras,
se va acercando tan triste,
que aun desde lejos asombra.
CLARINDA. Si en las tragedias hay sombra,
¿cómo al principio la viste?
Vayan a saber lo que es.
RUGERO. ¿Habrá, por dicha, traído
al rebelado vencido
para ponelle a tus pies?

(*Vanse. Salen* DON PEDRO, DON JUAN, RICARDA, ROBERTO, TURÍN *y* MÚSICOS.)

MÚSICOS. "Don Pedro y Ricarda
hoy se desposan,
porque viva la gala
de los Cardonas."
ROBERTO. El regocijo, don Pedro,
no era digno de esta fiesta,
pero es conforme al secreto
y a los campos de su aldea.
Señores tuvo esta casa
cuyas memorias eternas
honraron tantos blasones
que esos mármoles conservan,
mas ninguno como vos.
D. PEDRO. Antes de vuestra excelencia
recibe mi casa honor,
y ansí don Juan lo confiesa.
ROBERTO. Pésame de no tener
otra hija, con quien tuviera
dos yernos tan principales.
D. JUAN. A mi mucho más me pesa,
con envidia de mi hermano,
pues vuestra ilustre nobleza
sé yo que al Conde, mi padre,
añadir valor pudiera
y a la casa de Cardona.
JULIA. Mirad si queréis que venga
quien os ha de dar las manos.
D. JUAN. Venga muy enhorabuena.

(*Dentro ruido.*)

ROBERTO. ¡Hola! ¿Qué ruido es aquéste?
JULIA. Será gente del aldea
que habrá venido a la boda.
TURÍN. De una carroza se apean
caballeros de la corte.
D. PEDRO. (Prision ¡vive Dios! es ésta
si lo ha sentido Clarinda.
Ya no hay qué hacer, juntos llegan.)

(*Sale* LUCINDO, RUGERO *y* CRIADOS.)

RUGERO. ¿Adónde decís que está?
RICARDA. (¡Qué desdicha! ¡No viniera
después de estar yo casada!)
LUCINDO. Denos los pies vuestra alteza.
D. PEDRO. Caballeros, ¿qué es aquesto?
RUGERO. La embajada más discreta
es en las dichas la priesa. (1)
Venció Manfredo la guerra,
pero costóle su vida.
En su testamento deja
a Clarinda, su sobrina,
el reino. Clarinda reina,
y por marido te elige
para que reines con ella.
De Nápoles y Cicilia (2)
eres rey.
D. PEDRO. ¡Extrañas nuevas!
ROBERTO. Aquel que vos la pedistes
primero la mano os besa.
D. PEDRO. No acierto ¡por Dios!, Roberto,
turbado, a daros respuesta.
D. JUAN. ¿Qué respuesta, si eres rey
de Nápoles, aunque hubieras
dado la mano a Ricarda?
Haz mercedes y no seas
ingrato al Cielo. ¿Qué miras?
¿Qué estás pensando? ¿Qué esperas?
D. PEDRO. De ciertos ojos don Juan,
estoy mirando unas perlas,
que se pudieran dejar
reinos e imperios por ellas.
D. JUAN. No es tiempo de desatinos,
mira que rompen las puertas
gente que viene a buscarte. (3)
D. PEDRO. Señora, el tiempo me fuerza...
No acierto a hablarte... Ya ves
que menos causa no fuera
poderosa a tanto amor.

(1) En B, "prisa".
(2) B pone siempre "Sicilia".
(3) En B, "gente que viene por ti".

No respondas, no enternezcas
mis ojos. ¡Adiós! ¡Adiós!—
Roberto, para que vengas
a la corte, como es justo,
conmigo, quiero que seas
de Nápoles Condestable.

ROBERTO. A ser rey en mi comienzas.

D. PEDRO. Sea Almirante mi hermano;
Rugero mi guarda tenga,
y sea mi secretario
Lucindo, que quien hoy queda
sin mí, no se puede dar
la fortuna que quisiera.

TURÍN. Ya que a todos dais barato,
dadnos siquiera paciencia
para sentir el perderos.

D. PEDRO. Turín, conforme a tus prendas,
pide, si quieres mudar,
costumbre y hábito.

TURÍN. Fuera
mudar hábito y costumbre
mudar la naturaleza.
De jardinero en palacio
quiero servir.

D. PEDRO. Pues comienza
por flores, que no serán
sin fruto. Adiós, que me esperan.
¡Adiós!

TURÍN. Todos van con él.

JULIA. Como a quien pierde nos dejan.
Señora, no estés ansí.

RICARDA. ¡Ay, Julia! ¿Quién hay que crea
tal desdicha en tanta dicha?
¿Esto es amor?

TURÍN. (Será fuerza
ir a servir.)

RICARDA. ¡Ay, ingrato!
¡Ay de mí, que quedo muerta!
¿Para qué cantaron, Julia,
cuando mi fortuna adversa
acechaba mis venturas
para dar vuelta a la rueda:
"Don Pedro y Ricarda
hoy se desposan
porque viva la gala
de los Cardonas"?
Mentira fué, pues no fué.

JULIA. Señora, tú eres discreta.

TURÍN. Déjala, Julia, que llore.

RICARDA. Mejor fuera que dijera:
"Ricarda y don Pedro
ya no se casan,
porque pueden dos reinos
más que las almas."

DA FIN LA PRIMERA JORNADA DE LA GRAN COMEDIA DE *Amar como se ha de amar*. (1)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* CLARINDA *y* LUCINDO.) (2)

CLARINDA. ¿Ansí pagas tanto amor,
Lucindo, al muerto Manfredo?

LUCINDO. Señora, obligado quedo
a su pasado favor;
pero ya el Rey, mi señor,
nos tiene más obligados.

CLARINDA. Aún no estamos desposados;
la dispensación no viene.

LUCINDO. Ya es don Pedro Rey, ya tiene
la corona y los criados.

CLARINDA. Pues ¿qué le ofende saber
si son ciertos mis recelos?

LUCINDO. Quien aumentase tus celos,
¿qué servicio puede hacer
ni al Rey ni a ti?

CLARINDA. No es querer
dar a don Pedro disgusto.

LUCINDO. ¿Y parécete que es justo,
aun antes de desposaros,
con estos celos, quitaros
a él el cetro y a ti el gusto?

CLARINDA. Pues ¿qué puedo yo pensar
si cuando me está mirando
el Rey está suspirando
y apenas me acierta a hablar,
y el no hablarme y suspirar
en vivos celos me abrasa?
Yo he de saber lo que pasa.
No suspire si me mira,
porque ninguno suspira
por lo que tiene en su casa.

LUCINDO. No es tenerte desearte;
pues hasta que estéis casados
habéis de andar recatados
y él suspirando mirarte.

CLARINDA. Si en la más oculta parte

(1) B no dice más que "Fin".
(2) Al margen de la hoja hay estas palabras: "La verdad es que yo he representado esta Comedia y hize el gracioso. Juan Gerónimo de Heredia." (*Rúbrica.*)

que estemos tiene paciencia
dándole mi amor licencia,
no diga que amor se llama
quien de los brazos que ama
no prueba la resistencia.
¿Qué deidad me considera?
Di: ¿qué mano me ha pedido?
Que en fe de ser mi marido (1)
tomar mi mano pudiera.
La dispensación espera..
Disculpas del Rey, en vano,
que hasta tomar una mano,
si yo he de ser su mujer,
no pienso que es menester
el Pontífice Romano.

LUCINDO. ¿No repara vuestra alteza
en que le guarda el decoro?

CLARINDA. ¿Qué decoro, si le adoro
y me ofende su tibieza?
Dame tú que la belleza
de quien yo pienso no amara,
que yo sé si me guardara
el decoro que hasta aquí,
y por lo que tiene en mí
como ausente suspirara.
Si él me tuviera afición
yo sé que amor es tan llano,
que para más que la mano
le diera dispensación.
Achaques, Lucindo, son
de otros ajenos empleos,
que no tomar sin (2) rodeos
manos que licencia dan,
pues aun los labios no están
seguros de los deseos.
Don Pedro es Rey porque yo
me quise casar con él;
mas no tan Rey si es cruel,
que antes del "sí" haya un "no".
Donde la nueva le halló
me dicen que se casaba,
pues ¿para qué me engañaba
si para aquella ocasión
no aguardó dispensación
y las manos le tomaba?

(Sale DON PEDRO *y* DON JUAN.)

D. JUAN. Si tú procedes ansi,
en grande peligro estás.

D. PEDRO. ¡Ay, don Juan, no puedo más,
que vive otro dueño en mi!

D. JUAN. No hay ley en esa porfia
que te pueda disculpar,
pues no te puede faltar
la ley de la cortesía.
Habla a la Reina de modo
que la hablaras cuando fueras
quien fuiste. ¿No consideras
que puede perderse todo?
Advierte que, aunque eres Rey,
mientras que no estás casado
tienes el reino prestado,
y no habrá en el mundo ley,
si te le quiere quitar,
para que reines sin ella.

D. PEDRO. Si yo me esfuerzo a querella,
¿de qué me puedes culpar?
Deseo que sus enojos
cesen.

D. JUAN. Pues ¿qué te acobarda?

D. PEDRO. Que se me pone Ricarda
entre la lengua y los ojos.

D. JUAN. Que no hay Ricarda, señor,
sino reinar y vivir.

D. PEDRO. Mas ¿quién lo puede decir
sino quien no tiene amor?

D. JUAN. Aquí está.

D. PEDRO. ¡Señora mia!

D. JUAN. (Aquesto si que no cuesta
nada.)

D. PEDRO. ¿Qué tristeza es ésta?

CLARINDA. Tengo yo más alegria.

D. PEDRO. ¿Quién, señora, como vos
tan (1) alegre puede estar?

CLARINDA. Mucho me pienso alegrar
cuando reinemos los dos.
Agora (2) me da cuidado
el ver tanta dilación.

D. PEDRO. Tardar la dispensación
no poco, mi bien, me ha dado.
Estoy muy agradecido
de que vuestra alteza sienta
que tarde. (Apenas se alienta *(Ap.)*
el alma, todo es fingido.)
Mas si quiere vuestra alteza,
vaya a Roma el Almirante;

(1) En B, "que en la fe de ser marido".
(2) En A, "son".

(1) En B, "mas".
(2) En B, "aora". En general este texto prefiere la lección moderna, como "hacerle", "decirlo", y no "hacelle", "decillo".

no ha hecho el Cielo diamante
que se iguale a mi firmeza.
(Apenas acierto a hablar.) (*Aparte.*)

CLARINDA. No estará tan descuidado
el que a su cargo ha tomado
el hacella despachar.

D. PEDRO. Siento que el bien no poseo,
señora, que espero en vos,
(No lo siento ¡vive Dios!, (*Aparte.*)
que lo contrario deseo.)
porque no pienso alegrarme
hasta que despacho tenga.
(Plega a Dios que nunca venga, (*Ap.*)
si el venir ha de matarme.)

(*Sale* RUGERO.)

RUGERO. Decillo a su alteza quiero,
aunque ser embajador
de sus celos, dice Amor
que no es justo.

CLARINDA. ¿Qué hay, Rugero?

RUGERO. La hija del Condestable
la mano quiere besar
de vuestra alteza.

CLARINDA. Pesar,
para mis celos notable,
que estuviese el Rey aquí.

D. JUAN. (Vete, señor, que Ricarda
viene.

D. PEDRO. ¿Cómo, si la aguarda
el alma, y si no la vi
después que fuí desdichado
en ser Rey?

D. JUAN. Vete, señor.

D. PEDRO. Antes el irme es error
que parecerá cuidado.)

(*Sale* RICARDA *de luto, y* CRIADOS.)

RICARDA. Dé la mano vuestra alteza
a Ricarda.

CLARINDA. ¿A quién?

RICARDA. A quien
viene a dalle el parabién...

D. PEDRO. (¡Qué hermosura! ¡Qué belleza!)

RICARDA. Del reino y del nuevo estado.

CLARINDA. Dádselo primero al Rey.

RICARDA. A vos es más justa ley,
pues que vos se lo habéis dado.

CLARINDA. Andad, andad, que os espera.

RICARDA. Iré, pues vos lo mandáis
y la mano me negáis,
que dármela justo fuera.—
Deme, señor, vuestra alteza
la mano.

D. PEDRO. (Seáis bien venida,
pues con vos viene mi vida.)

D. JUAN. (Advierte con la tristeza
que está la Reina mirando.

D. PEDRO. No sé, Almirante, de mí.

D. JUAN. Vete al instante de aquí,
que te mira suspirando.)

D. PEDRO. ¿Habéis besado la mano
a la Reina, mi señora?

RICARDA. Pedíla a su alteza agora...,

D. JUAN. (Vete, pues.

D. PEDRO. Déjame, hermano.)

RICARDA. Y díjome que primero (1)
os la pidiese.

D. PEDRO. No es justo.

D. JUAN. (No le des (2) este disgusto.)

D. PEDRO. (Mi bien, como os quise os quiero.)
Id, Ricarda, enhorabuena,
que yo me voy, y besad
la mano a su alteza. ¡Alzad!
¡Alzad! (¡Qué notable pena!)

(*Vase el* REY *y* DON JUAN.)

RICARDA. No quiso darme la mano
el Rey sin que a vos primero
os la besase.

CLARINDA. No quiero
que sea el Rey tan cortesano,
ni dárosla a vos, Ricarda,
que me habéis dado en los ojos
muchas maneras de enojos.
¿Una mujer tan gallarda
viene a dar el parabién
de un casamiento y de un reino
con luto? Mas yo no reino
para vos.

RICARDA. Pues ¿para quién?

CLARINDA. Vos lo sabéis, y estad cierta
que se pudiera excusar
el luto, si no es pesar
de alguna esperanza muerta.
De que vos la hayáis tenido
no tengo la culpa yo,
sino quien os dijo el "no"
después del "sí" prometido.
Habiéndome de casar,
hice elección de mi primo

(1) Antes decia este verso "dijo furiosa que primero", en que sobraba una sílaba. Fué tachado.
(2) En B, "no la deis".

porque sus partes estimo
como dignas de estimar.
Y porque este pensamiento
casi siempre se evitase,
no tuve quien me avisase
de aquel vuestro atrevimiento. (1)
No sé si fué deslealtad,
porque como ya reinaba,
a encubrirme comenzaba
la lisonja, la verdad.
Ya don Pedro de Cardona
reina, ya don Pedro es mio,
no traigáis, que es desvario,
más luto por su persona;
que, antes, si le habéis querido,
su bien os ha de alegrar,
porque no os ha de faltar,
cuando vos queráis, marido.
Indicios son excesivos
enlutaros de esa suerte,
porque es desear la muerte
traer luto por los vivos.
Vos sois hermosa y gallarda,
poned los ojos en quien
os merezca y quiera bien,
y no más luto, Ricarda.
Pedro os quiso, [y ya] no es ley, (2)
aunque de él tengáis antojos,
que miréis con otros ojos
lo que va de Pedro a Rey.
Que haciéndolo vos ansi,
hallaréis en mí favor,
y si no, yo tengo amor
que sabrá volver por sí.

(*Vase* CLARINDA.) (3)

RICARDA.

¿A qué puede llegar mi desventura,
que aun no me dejan, Pedro de mis ojos,
licencia [de] dar tristes despojos (4)
al sentimiento que en mis ojos dura?
Manda el poder que te aborrezca y jura
vengar en mis cuidados sus enojos;
que sabe que no hay bien para mis ojos
como adorar de tu alma la hermosura.
Piensa el poder quitarme, como es fuerte,
aquel amor que juntos profesamos;
mas con el alma quiero yo quererte.
Pedro, mi alma y yo te deseamos,
y los dos te queremos de tal suerte,
que sola el alma y yo te idolatramos. (1)

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PEDRO. Con los avisos del alma
a verte, Ricarda, vengo;
pienso que solos estamos,
válame (2) el atrevimiento.
¡Qué habrás pensado de mí!
¡Qué de cosas habrás hecho!
¡Qué de injurias habrás dicho!

RICARDA. ¿Yo, mi bien? ¿Por qué? Teniendo
entendimiento, si amando
hay quien tenga entendimiento,
no digo yo, señor (3) mio,
que tú me pones desprecio,
que mal quisiera tu alma
quien no estimara tu cuerpo.
Pero está cierto de mí
que de ti lo que más precio
es el alma y el valor
de tus altos pensamientos.
No estoy quejosa de ti,
porque no es mi amor tan necio
que había de querer yo
que por mí dejes un reino.
Tener yo muchos quisiera
que darte, porque yo pienso
que amar es sólo querer
de lo que quiere el aumento.
Casos de fortuna son,
pero desdichas no fueron,
que más que, don Pedro, mio,
te quiero yo Rey ajeno.
No me puede a mi pesar,
mi señor, aunque te pierdo,
de verte Rey, que es mi amor
único en ser verdadero.
Tanto, que a tardar la nueva
y haberse hecho el casamiento,
te diera la misma noche
que me mataras consejo,
para que por la mañana,
mi casamiento deshecho,

(1) Tachado: "pensamiento". Estas tachaduras no constan en B.

(2) En B, "ya no es bien".

(3) El texto dice "CLARA". En B, "*Vase*".

(4) En lugar de "dar" decia antes "que dé", palabras que se tacharon, y entre lineas se escribió la otra.

(1) En vez de "te idolatramos", se tachó "te estimamos". Este soneto está cruzado en el original y falta en B.

(2) En B, "válgame".

(3) Tachado "Pedro" y sustituido "señor".

te casaras con Clarinda,
que, por quererte, la quiero,
y fueras Rey como agora,
que, si de vivir me huelgo,
es porque muerta no viera
que eres Rey, como lo veo.
Que no te quiera me ha dicho;
mas perdone, que no puedo,
que, aunque es mi Reina y señora,
en esto no la obedezco.
Amenazóme, no importa,
señor mío, que prometo
a esos ojos, ya mis reyes,
que antes eran míos, don Pedro, (1)
que no dejaré de amarte
si me diesen más tormentos
que inventaron los tiranos
y sufrieron los sujetos.
Sólo una vez quise, y ésta,
si es que alguna vida tengo,
será vuestra, porque el alma
no ha de tener otro dueño.

D. PEDRO. Tendrás vida, y la que tienes
mil años te guarde el Cielo,
único ejemplo de amor,
como de hermosura ejemplo.
¿Qué palabras me darán
mi amor y mi corto ingenio
para que el tuyo, mis ojos,
pueda quedar satisfecho?
Mas ya ¿de qué han de servir
palabras que (2) lleva el viento?
Las obras para pagarte
son imposibles al pecho.
Soy Rey; por Clarinda soy
Rey de Nápoles: no puedo
dejar de ser Rey. ¿Qué haré,
pues ya como Rey gobierno?
Pero todas las mujeres
se gozan por casamiento.
Conozco la ley divina
y el santo yugo respeto;
pero leyes tiene Amor
que disculpan tales yerros.
No porque ya sea casado
seré el casado primero
que haya errado en esta parte.
Servirte, señora, quiero,
que no lo sabrá Clarinda
siendo entre los dos secreto.
El Almirante mi hermano
y Julia podrán saberlo,
y haré yo que venga tarde
la dispensación. Por esto,
tú verás como te sirvo,
mis ojos, mis pensamientos,
que Clarinda fué una fiera
de mi fortuna, y yo creo
que podría ser faltarme
y ser tú, como mi dueño,
Reina de Nápoles. Mira
qué loco está mi deseo.

RICARDA. No me has entendido bien.

D. PEDRO. ¿Cómo?

RICARDA. Yo sólo te quiero
para ser galán del alma,
dejemos aparte al cuerpo.
Mi mano no ha de tocarte:
que a suspirar no me atrevo,
por que no llegue a tu rostro,
en los suspiros, mi aliento.
Que, como suele mancharse,
con el aliento, un espejo,
lo mismo de mis suspiros,
cuando hablo contigo, temo.
Si te besare la mano
como a Rey, pienso de presto
limpiar mis labios, que tanto
temo el calor de tu fuego.
Y en no queriéndome ansí,
vendremos a estar tan lejos
como la virtud del vicio,
como la tierra del cielo.

(*Vase.*)

DON PEDRO.

¡Ay, rigurosa estrella!
¡Oh, pensamiento mío!
¡Que viva en mármol frío
alma tan dulce y bella!
¿Podré vivir? ¡Ay, Cielos!
Amor dice que sí, que no los celos.
¿Qué temen mis enojos?
¿Qué poder ha tenido
que nunca más perdido
por tus divinos ojos,
ni alabe tan hermosa
de sus labios abril la pura rosa?
¿Para qué son los reyes,
admirados respetos,

(1) En el original "que antes eran mis don Pedros", errata notoria. En B, también "mis don Pedros".
(2) En A y B, "si", y no "que".

si han de vivir sujetos
a las comunes leyes?
Si amor no es tiranía,
tu Rey, tu amante soy, Ricarda mía.
Si a Platón has leido,
¿cómo dándote el alma
ha de quedarse en calma (1)
el más rico sentido?
Celos me das, que creo
que amor no sabe andar sin el deseo.

(*Sale* TURÍN.)

TURÍN. Aunque con justo temor
¡pardiez!, hasta acá me entré,
que aunque yo nunca estudié
esto de ser labrador,
bien sé que hasta las coronas,
alto y sagrado lugar,
solmente pueden entrar
dos géneros de personas:
locos o grandes señores.
Loco me han imaginado,
¡a la he! pues me han dejado
entrar sus grandes rigores.
Mas ¿qué es esto? Tropecé (2)
con el Rey. Vuélvome.

D. PEDRO. Espera,
Turín.

TURÍN. Mi nombre pudiera
sólo tenerme, ¡a la he!
¿Cómo se halla su mercé
después que anda por acá?
Que ¡a la he! que por allá,
desde el día que se fué,
bien tristemente se pasa.

D. PEDRO. (Extraña cosa es Amor:
que me alegra un labrador
sólo porque es de su casa.)

TURÍN. Si su merced tiene espacio,
hablarle quiero.

D. PEDRO. Pues ¿no?

TURÍN. Su altura me proveyó
un oficio de palacio,
si se acuerda, allá en lla aldea.
Vine a dar en esta traza,
y oí decir: "¡Plaza, plaza!"
a unos picos de librea.
Voy a la plaza pensando
que allí me le habían de dar
el despacho para entrar,
y hanme hecho estar esperando.
Sin el oficio he venido.

D. PEDRO. Presto, Turín, entrarás:
pero mira que no estás
en hábito muy pulido. (1)
Más galán te has de poner.

TURÍN. Ansí estoy mejor, señor.

D. PEDRO. Pues el hábito mejor,
¿qué estorbo te puede hacer?

TURÍN. Señor, estando yo ansí,
puesto que en palacio esté,
siempre lo que soy seré,
sin olvidar lo que fuí.
Sin esto, si acaso doy
en vuestra desgracia a estar,
vuelvo a mi propio lugar
y a ser lo mismo que soy.
Porque mucho sentiría
quitarme calzos y cuera,
si, lo que el diabro no quiera,
os enfadase algún día.
Que los hombres de altos nombres,
cuando llegan a reinar,
siempre se suelen quedar
con no sé qué de ser hombres.

D. PEDRO. Di, ¿eres villano?

TURÍN. Señor,
fué mi padre sacristán.

D. PEDRO. Señas tus palabras dan
de su ingenio.

TURÍN. Fué el mayor
que tuvo nuestro lugar.
Lo que es órganos, hablaban
si sus manos los tocaban;
pues en llegando a cantar,
¿qué Rudán (2) le parecía?
¿Pues versos? Pudiera ser,
por los versos, Lucifer
si hubiera al cielo (3) poesía.
Pues ¿en armas...?

D. PEDRO. Sería Marte.

TURÍN. Y aun lunes.

(1) Este verso y el anterior están al margen, sustituyendo a otros tachados que decían:
"como te amo es su alma
hase de estar en calma".

(2) En A. "Topeté".

(1) En vez de "muy pulido" decía antes, y fué tachado, "de servir".

(2) En A. "bien ruda", y estas dos palabras que no hacen sentido reemplazan a otras ilegibles de puro tachadas.

(3) Este verso dice en A: "hubiera al Cielo en poesía". En B. "subiera al c. e. p."

D. PEDRO. Cierto que en ti
se retrató. Pero di,
¿podré, como Rey, fiarte
un pensamiento?
TURÍN. Señor,
como él sea al pecho igual,
que si él cabe en mi sayal,
creéme que os tengo amor.
D. PEDRO. Bien sabes que yo me muero
por Ricarda, y que llegué
hasta casarme, que fué
de amor el acto postrero.
También sabes la ocasión
por que dejé de casarme.
TURÍN. No es menester informarme.
D. PEDRO. Tales mis desdichas son,
que con haberme querido
Ricarda y decir agora
que con el alma me adora,
y no ser yo su marido
por ser Rey, que es la disculpa
mayor que pudiera ser,
pues no reinar y lo ser
fuera temeraria culpa,
dice que no ha de ser mía
más que con el alma, y yo
digo que mi amor llegó
a la misma cortesía.
Pero, celoso de ver
que a un Rey se pueda negar
lo que pudiera llegar
por ventura a merecer
teniendo menos valor
o siendo el mismo que fui,
consejo a Amor le pedí
y de mí se burla Amor,
diciéndome que al poder
¿qué mujer se resistió?,
aunque le respondo yo
que es ángel y no mujer.
Pero dime, quien me viere.
hablar en seso contigo,
¿qué dijera? (1)
TURÍN. Si conmigo
fuera discreto el que os viere,
dijera: "Aquel gran señor
sin duda está enamorado,
pues habla con tal cuidado
con un pobre labrador."
Y por mí, que soy tan poco,
hablar con vos mano a mano...
D. PEDRO. ¿Qué dijera?
TURÍN. "Aquel villano,
o es alcagüete o es loco."
Mas de cuanto habláis aquí
sólo he venido a entender
que os aconseja el poder
que me hagáis tercero a mí.
¿Es esto?
D. PEDRO. No hay otro medio
como abrirme tú y guiarme
donde, con sólo dejarme,
tengan mis penas remedio.
Que no es posible que sea
mostrarme falsa afición
Ricarda sin ocasión
de que otros brazos desea.
Porque viéndome casado,
digo, que tan cerca estoy,
de que un imposible soy
de su amoroso cuidado,
querrá casarse también,
y hasta entonces, con temor,
me muestra este falso amor.
TURÍN. Bien decís y no haréis bien;
y perdoná al del sayal,
que casi nunca a los reyes,
puesto que truequen las leyes,
se les dice que hacen mal.
Mas decidme: si os abriese,
¿soy traidor al Condestable?
que vengo de razonable
gente, y si esto se supiese...
D. PEDRO. No, porque contra la ley
nadie puede ser traidor,
y ejecutando en rigor
lo que le manda su rey.
TURÍN. Pues ¿a qué hora queréis
que os abra?
D. PEDRO. A las once.
TURÍN. Es hora
que se acuesta mi señora.
Sin cáscara la hallaréis.
D. PEDRO. Vete, que la Reina viene,
y desde luego, Turín,
ven a servir al jardín.

(*Vase* TURÍN. *Sale* CLARINDA.)

CLARINDA. ¿Quién a su alteza entretiene?
D. PEDRO. Señora, aquel jardinero,
que es hombre de buen humor,
me entretenía.

---

(1) Antes y tachado "diria".

CLARINDA. Señor,
pediros consejo quiero
para poder responder
a esta carta de una dama,
a quien engañó la fama,
como suele suceder,
de que tengo entendimiento.
D. PEDRO. Ni la fama se engañó,
ni ella a la dama, que yo
tengo el mismo sentimiento.
Pero ¿qué consejo os pide?
CLARINDA. Dice esta dama, casada,
que su marido la olvida
y deja por otra dama. (1)
La quejosa es poderosa,
y de tres cosas que halla
para remediar sus celos,
me ha pedido en esta carta
cuál me parece mejor.
Yo, con la desconfianza
de mi juicio, he querido,
pues tengo del vuestro tanta,
haceros esta consulta.
D. PEDRO. Puesto que el vuestro bastaba,
¿qué remedios son los tres?
CLARINDA. Son: casalla, desterralla
o matalla.
D. PEDRO. Los dos de ellos,
mi señora, no me agradan.
(Perdido soy ¡vive Dios!, (*Aparte.*)
que lo dice por Ricarda.
¡Ay, dulce Ricarda mía,
que en pasos tan tristes anda,
por mi culpa, tu inocencia!
¡Qué necio he sido en dejalla!)
CLARINDA. ¿Qué decís?
D. PEDRO. Estoy pensando
que desterralla es matalla
en la honra, si su padre
es hombre que el reino manda,
y esto no se puede hacer
si no es con bastante causa,
que son las informaciones
por la mayor parte falsas.
Si un celoso, un maldiciente,
da un memorial a una vara,
¿es bien que luego se crea?
CLARINDA. ¿Luego no basta?
D. PEDRO. No basta,
ni se cumple con la ley
de Dios ni del mundo.
CLARINDA. Basta.
Mucho (1) os deben las mujeres.
D. PEDRO. Deseo, señora, honrallas.
Sin bastante información
yo no sentenciara causa,
ni añadiera yo a las leyes
más penas de las que manda.
El juez no ha de quitar la honra,
y más cuando ésta es tanta,
si no lo pide el delito
y nuestra (2) flaqueza humana,
donde puede ser también
que tenga la misma fama:
que es matar esa mujer
maldad y bajeza clara,
porque en celos de casados
se riñe, mas no se mata. (3)
CLARINDA. Pues ¿qué remedio ha de haber?
D. PEDRO. Muy buen remedio: casarla,
que, en efeto, su marido
la sabrá guardar casada.
CLARINDA. Admito el consejo.
D. PEDRO. Es justo.
CLARINDA. Pero si es noble la dama,
¿con quién de los caballeros
que en Nápoles libres andan
le diré yo que la case?
D. PEDRO. Señora, casarla basta,
sin darle también el hombre.
CLARINDA. Por mí, yo le aconsejara
que se la diera a Rugero,
Capitán de nuestra guarda,
que pienso que la pretende.
D. PEDRO. Y yo pienso que os engañan,
que Rugero está casado.
CLARINDA. ¿Rugero?
D. PEDRO. Sí, con Ricarda,
la hija del Condestable.
Mas por su padre se casan
sólo con licencia mía
CLARINDA. Pues si está casado, basta.

(*Vase.*)

DON PEDRO.

¿Ha sucedido caso semejante
entre las penas del amor a alguno
por más que fuese desdichado amante?

(1) Falta en B este verso.

(1) Antes y tachado "Lo que".
(2) Antes, en vez de "nuestra", decía y se tachó "más en".
(3) Parece que faltan versos para el cabal sentido.

Con qué furor tan necio e importuno,
para sus celos, mi consejo aguarda
y quiere que de tres elija uno.
¡Ay, inocente y mísera Ricarda,
qué de penas padeces por quererme!

(*Sale* Rugero.)

Rugero.
A punto le diréis que esté la guarda.

Don Pedro.
Tú has venido, Rugero, a socorrerme,
si no te vió la Reina cuando entraste.

Rugero.
Pienso, señor, que fué imposible el verme.

Don Pedro.
Si no te habló, y alguna vez amaste,
Rugero, y lo que son celos supiste,
entonces a Clarinda disculpaste.
Celos la tienen sospechosa y triste.
Si te pregunta que si estás casado
y si a Ricarda la palabra diste,
di que en secreto la palabra has dado,
que quiero asegurarla de esta suerte.

Rugero.
Si entiende quien escucha con cuidado,
está seguro que a servirte acierte.
Sus celos y tu amor tengo en cuidado.

Don Pedro.
Lo que me importa sosegarla advierte.

(*Vase.*)

Rugero.
Celos; si algunas veces ofendidos
fuisteis de mí, formando mal conceto
de vuestros pensamientos atrevidos;
si os llamé del Amor bastardo efeto;
si, celoso también, dije que fuistes
cobarde presunción, temor inquieto;
agora digo que de Amor nacistes,
legítimos y dignos de alabanza,
pues a mis penas esperanzas distes.
Estando tan perdida mi esperanza,
que no pensé jamás que a ver volviera
mi tormenta de amor tanta bonanza.
¿Qué no alcanza de Amor quien firme espe- [ra?
Yo fundaré sobre este pensamiento
del Rey tal edificio, que me quiera
la causa celestial de mi tormento. (1)

(1) Estos tercetos, desde el "*Vase*", están cruzados en el texto y faltan en B.

(*Sale* Clarinda.)

Clarinda. A buena ocasión veniste,
Rugero, que he deseado
hablarte.

Rugero. ¿De qué anda triste
vuestra alteza?

Clarinda. De un cuidado
cuyo remedio consiste
en sólo saber de ti
una verdad.

Rugero. Siempre fuí
leal a mi obligación.

Clarinda. ¿Sabes lo que celos son?

Rugero. ¿Qué quieres saber de mí?

Clarinda. ¿Estás casado?

Rugero. Señora,
mi honor me obliga al secreto,
pero no contigo agora.

Clarinda. El Rey, gallardo y discreto,
pienso que a Ricarda adora.
Díjome en satisfacción
cómo en secreto casaste
con ella.

Rugero. Fué la ocasión
el ver que tú sospechaste
de la pasada afición;
que por haberla perdido
andaba tan desabrido,
y ansí licencia me dió,
que bien sabes tú que yo
mucho tiempo la he servido.
Pero, pues que ya has llegado,
por confiarme de ti,
a saber que estoy casado,
haz una cosa por mí
y por tu mismo cuidado.

Clarinda. Si le importa a mi sosiego,
¿cómo lo puedes dudar?

Rugero. Bien sabes que Amor es ciego
y que es forzoso quedar
reliquias de un grande fuego.
Yo estoy celoso de ver
tus celos. Bien puede ser
que el Rey la vea y la hable,
que mal puede el Condestable
resistir tanto poder.
Ella está mal en su casa
y mi honor en aventura:
si a su palacio la pasa
vuestra alteza, está segura.
En tanto que no se casa,

sea Ricarda tu dama
y no lo sea del Rey,
si tanto la quiere y ama,
y vuelva, que es justa ley,
por su honor y por mi fama.

CLARINDA. Dices bien. Mañana envío
por ella.

RUGERO. ¿No estás celosa?

CLARINDA. ¿Cómo no?

RUGERO. De Amor me río
cuando con celos reposa.

CLARINDA. No hay amor que iguale al mío.

RUGERO. Pues no aguardes a mañana,
pues que de aguardar ha sido
más de una esperanza vana.

CLARINDA. ¿Tan tarde he de hacer ruido?

RUGERO. Amor a todo se allana.
¿No le tiene vuestra alteza?

CLARINDA. Ve tú por ella.

RUGERO. Dirá
el Rey que de su grandeza
tuve celos.

CLARINDA. ¿Quién irá?

RUGERO. ¿Es alguna fortaleza
que al entrar había de haber
resistencia?

CLARINDA. Puede ser

RUGERO. Yo voy a Lucindo y digo
que tú lo mandas.

(Vase.)

CLARINDA. Conmigo
¿qué agravios puedes temer?
Parte y no haya dilación.
Son celos una pasión
que al más cuerdo desatina,
y de Amor, deidad divina. (1)
Son celos cierta violencia
que hace al crédito la fama,
breve de amor resistencia,
humo de encubierta llama
y estar ausente en presencia.
Son celos haber creído,
por el respeto ofendido,
una sombra o ilusión (2)
que del sol de la opinión
forma el interior sentido.
Son celos cierto temor
tan delgado y tan sutil,
tan atrevido al honor,
que, a no ser tan bajo y vil,
pudiera llamarse amor. (1)
Son muerte de la esperanza,
son principio de mudanza
y fin de la obligación.
Son ajena estimación
y propia desconfianza.
Son terceros de amistades;
huyen y buscan verdades
y una salsa con que amor
come agravios sin temor
y bebe dificultades.
Son cuerpo del pensamiento
que no le tuvo jamás:
son perpetuo movimiento,
pasos que Amor vuelve atrás
para correr con el viento.
Son unas facilidades
entre dudas y verdades:
son maestros de intenciones:
comienzan en discreciones
y acaban en necedades.
Lenguaje vuelto que aprenden
muchos que engañados viven
y su propia lengua ofenden;
pues los mismos que la escriben
son los que menos la entienden. (2)
Finalmente, es un rigor
tan asido a su temor,
que, por no sufrir desvelos
de los disgustos de celos,
no quieren gustos de Amor.

(Vase. Sale DON PEDRO *y* DON JUAN.*)*

D. JUAN. Paréceme que caminas
por pasos tan desiguales
a que la Reina, ofendida,
de tus desprecios se canse.
¿Qué es esto que agora intentas?

D. PEDRO. Por ver si puede, Almirante,
más la fuerza que el Amor.

D. JUAN. ¿Y si a la Reina llegasen
nuevas de ese desatino?

D. PEDRO. ¿Don Juan?

D. JUAN. ¿Señor?

D. PEDRO. No te espantes.
En tiempo que fuí don Pedro

---

(1) Falta un verso a esta quintilla en ambos manuscritos.

(2) En vez de "una" antes, tachado, "cuya".

(1) Este y los catorce versos anteriores faltan en B.

(2) Este y los diez y nueve versos anteriores faltan en B.

pudiste reñirme y darme
consejos; cuando soy Rey
no hay superior que me mande.
Tarda la dispensación.

D. JUAN. Porque tú quieres que tarde.
Mira que eres Rey en duda,
señor, hasta que te cases.
Sin (1) ella...

D. PEDRO. Estás ya muy necio
en decirme disparates.

D. JUAN. ¿Qué importa que yo los diga,
señor, cuando tú los haces?

D. PEDRO. Bueno está, que eres menor,
cuando en calidad me iguales.

D. JUAN. Mi amor habla, que no yo.

D. PEDRO. Pues dile a tu amor que calle.

(*Sale* TURÍN.)

TURÍN. ¿Es vuestra alteza?

D. PEDRO. Yo soy.

TURÍN. ¿Cierto?

D. PEDRO. ¿Tengo de jurarte
que soy yo?

TURÍN. Yo no quería
que ninguno me engañase.

D. PEDRO. Yo soy.

TURÍN. Sepa que es Amor
autor de representantes.

D. PEDRO. ¿Cómo?

TURÍN. Cóbrase a la puerta,
que después no paga naide. (2)

D. PEDRO. ¿Hay semejante malicia?
Yo pagaré. Baja y abre.

D. JUAN. ¿Qué tengo de hacer si entras?

D. PEDRO. Guardar la puerta y la calle.

TURÍN. ¿Quién paga?

D. PEDRO. Voy a buscar,
para un negocio importante,
cierta persona; ya salgo.

TURÍN. Deje prenda.

D. PEDRO. El Almirante.

TURÍN. ¿Aquí está su señoría?

D. JUAN. Aquí quiere que le aguarde.
¡Dios sabe lo que me pesa!

TURÍN. Nunca recibas pesares,
señor, de ajenos placeres.

D. JUAN. ¿Qué hace Ricarda?

TURÍN. Acostarse.

D. JUAN. ¿Quiere bien al Rey?

(1) En B, "con".
(2) En B, "nadie".

TURÍN. No quiere
tanto un poeta arrogante
sus versos, como ella al Rey,
ni tantos extremos hace.

D. JUAN. Luego ¿no habrá resistencia?

TURÍN. En mujeres principales
mucho puede la opinión,
y nobleza de su sangre; (1)
que lo demás todo es cosa. (2)
¡Cuitadas de las mujeres,
que han de ver oro y diamantes,
oír almas, vidas y ojos,
serafín, perlas, sol, ángel,
y a todo han de ser de bronce!
Si a un hombre lo requebrase
una mujer, y le diese
mil escudos penetrantes,
aunque tuviese dos dientes
y el cabello con almagre,
y entre los ojos arrope,
nariz de jabón de sastre,
¿diría que no?

D. JUAN. No sé.

TURÍN. Pues ¿por qué milagros hacen
de que una mujer se rinda
a requiebros y diamantes?

(*Sale el* REY, RICARDA *en manteo y* JULIA.)

RICARDA. ¿Tiene seso vuestra alteza?

D. PEDRO. No, Ricarda, que no vale
en Amor.

RICARDA. Pues ¿qué pretende?—
Llámame, Julia, a mi padre.

JULIA. Míralo primero bien,
no afrentes al Condestable,
mi señor.

D. PEDRO. Detente, Julia,
o ¡vive Dios! que te mate.

JULIA. Yo, señor, sólo obedezco
lo que vuestra alteza mande.

D. PEDRO. Ricarda, ¿tú no decías
que tu voluntad constante
había de ser eterna?

RICARDA. Sí, señor.

D. PEDRO. Pues no me trates
agora con tal rigor.

RICARDA. Mi bien: quererte y amarte
más durará que la vida.
Ni un átomo, ni un instante

(1) Falta en B este verso.
(2) En B, "zape" en lugar de "cosa". Falta un verso después de éste.

te apartas de mi memoria;
no hay otra cosa que agrade
mi entendimiento y mis ojos
sino tu ingenio y tu talle.
No has perdido por ser Rey,
que antes, a aquello agradable,
has añadido excelencias
por únicamente grave.
En el estado en que estás
me alegro que te levantes.
No quiero gustos de ti,
sino enojos y pesares:
trabajos quiero, mi bien,
mi Rey, mi señor; no trates
más que de darme disgustos,
para que en ellos descanse.
¿Qué más dicha que morirse
por ti? ¡Ay, Cielos, qué agradable
muerte! Aconseja, mis ojos,
a la Reina que me mate.
¿Qué dices?

D. PEDRO. Que me enterneces
y que estoy...

RICARDA. Quedo, no hables.
¿Qué gente es ésta?

(*Sale* ROBERTO, LUCINDO y GUARDA y *rebozado* RUGERO.)

ROBERTO. ¿En mi casa...

LUCINDO. No te alborotes ni espantes.

ROBERTO. ¿Guarda y arcabuces?

RUGERO. Temo
el valor del Condestable.

ROBERTO. Hija, ¿qué enojó (1) a su alteza?

RICARDA. ¿Yo, señor?

ROBERTO. Sí, pues persuades
tan rigurosa prisión.

RICARDA. Ser quien soy te desengañe.

LUCINDO. La Reina quiere casar
a Ricarda.

RICARDA. No repares,
señor, en que a mí me lleven;
repórtate y no te enfades, (2)
que por ventura te importa.
Haced que de aquí me saquen. (3)

(1) Antes decía, tachado, "has hecho". Sin embargo, esta es la lección mejor, según lo que sigue. En B. también "enojó".

(2) Este verso falta en B, y el que sigue va después del que lleva la nota (3).

(3) Falta un verso después de éste, que en B dice:

"deja que de aquí me saquen".

ROBERTO. (Ella debe de acordarse (*Aparte.*)
de que se casaba el Rey.)
Vístete y vamos.

RICARDA. Llevadme.

D. JUAN. (¿Cómo la dejas llevar?

D. PEDRO. Porque oí palabras tales
Que me huelgo que la lleven.)

RUGERO. (Celos y amor, ayudadme.
Ricarda está ya segura.)

TURÍN. ¿Fuese? ¡Desdicha notable!
Basta que vió el Rey la fiesta
como los que entran de balde.

(*Vanse, con que da fin la segunda jornada de* AMAR COMO SE HA DE AMAR.) (1)

JORNADA TERCERA

(*Salen* DON PEDRO y DON JUAN.)

D. PEDRO. Del desengaño ha nacido
esta determinación.

D. JUAN. Tan justa resolución
de tu entendimiento ha sido:
que traer la Reina aquí
a Ricarda bien se entiende
que es porque de ella se ofende
y tiene celos de ti.
Deja casar a Ricarda,
con que a la Reina sosiegas.

D. PEDRO. Lo que le ruego me ruegas.

D. JUAN. Aquí la Reina la guarda,
de esto tu quietud espero.

D. PEDRO. Hoy al Condestable, a boca,
le dije lo que me toca
por muchas causas Rugero.

D. JUAN. Has acabado, señor,
lo que no pensé de ti.

D. PEDRO. Mayor fuerza tuvo en mí
mi desdicha que mi amor.

D. JUAN. Ya viene Ricarda aquí,
háblala grave y discreto.

D. PEDRO. Mucho, don Juan, te prometo,
puede la razón en mí.

(*Sale* RICARDA.)

RICARDA. ¿Era vuestra alteza acaso
quien agora me llamó?

D. PEDRO. Su alteza fué, que no yo,
si ya sabes que te caso;

(1) En B, "Fin".

que si yo aquél mismo fuera,
Ricarda, no te casara,
porque el amor me matara
cuando marido te diera.
La alteza en que la fortuna
puso por veneno en mí,
te ha casado, y no el que fuí,
aunque sin mudanza alguna.
Rugero es tu esposo ya,
y Marqués de Monteflor.

RICARDA. Premio justo a su valor,
y por bien marqués será;
pero no por mi marido,
porque estoy casada yo.

D. PEDRO. ¿Tú? ¿Con quién?

RICARDA. Con quien me dió
por galardón este olvido.

D. PEDRO. Yo, Ricarda, estoy dispuesto
a amar a Clarinda ya,
que el reino quejoso está
de verme remiso en esto;
culpan el ver con qué espacio
van estas bodas y fiestas.
¡Sabe Dios lo que me cuestas
después que estás en palacio!

RICARDA. Nunca palabra te oí
de que me alegrase más,
viendo que causa me das
a que padezca por ti.
Quiero muchas penas yo,
y no tengo las que quiero.

D. PEDRO. Pues cásate con Rugero.

RICARDA. Penas de Rugero no.
De otra suerte el alma empleo
en amar y en padecer,
porque tuyas han de ser
las penas que yo poseo.

D. PEDRO. ¿Tal marido y tal estado
menosprecias de ese modo?

RICARDA. Si por ti lo dejo todo,
¿para qué te da cuidado?
Que aunque es imposible en mí
que ese marido me den,
quisiera quererle bien
para dejarle por ti.
Esto pienso que se llama
amor; pero no te altere,
que no quiere bien quien quiere
más del gusto de quien ama.

(Salen CLARINDA *y* RUGERO.)

CLARINDA. (Besa la mano a su alteza
y fía de mí, Rugero,
tu confianza.

RUGERO. No espero
alcanzar mayor grandeza:
que queriendo levantarme
al cielo de tu valor,
no puede prenda mayor
enriquecerme y honrarme.)
Vuestra alteza, gran señor,
me dé la mano, pues ya
Rugero a los pies está
de tu divino valor,
de mis servicios premiado,
de tu amor agradecido.

D. PEDRO. No prosigas, que no ha sido
tan dichoso mi cuidado.
Aquí con Ricarda hablé
y no se quiere casar;
tú le puedes preguntar
la causa.

CLARINDA. Yo la diré:
que es haberla vos hablado.

D. PEDRO. Ella está presente, diga
quién a no querer la obliga
ni a Rugero ni al estado.

CLARINDA. ¿Por qué no quieres casarte?

RICARDA. Porque cuando venga a ser,
quiero yo el dueño escoger.

CLARINDA. ¿No es dueño para agradarte,
o no basta ser mi gusto?
Ya te entiendo.

RICARDA. No me entiende
vuestra alteza, pues se ofende
de quien no la da disgusto.

D. PEDRO. Deja la injusta porfía,
Ricarda, y no des ahora
a la Reina, mi señora,
cuidados de ofensa mía.
Yo te lo ruego, si ya
no puedo mandarlo yo.

RICARDA. Todo sí, y casarme no.

D. JUAN. (¡Qué necia y rebelde está!)

D. PEDRO. Yo prometo a vuestra alteza
que en esto no estoy culpado
y que de ver me ha pesado
su término y su aspereza.
Con que enojado me voy
y por Rugero corrido.

D. JUAN. ¡Qué necio amor!

D. PEDRO. No es fingido.
Por desesperarme estoy.

(Vase.)

CLARINDA. Vete, Ricarda, de aquí,
y quítate de mis ojos.
RICARDA. Si te doy, señora, enojos,
mi padre vendrá por mí.

(*Vase.*)

CLARINDA. Rugero, mal me sucede
cuanto intento; o no es razón,
o me trata el Rey traición.
RUGERO. El Rey, señora, no puede.
CLARINDA. No digo yo con Ricarda.
RUGERO. Pues ¿el Rey no había de ser?
CLARINDA. Mucho quiere a esta mujer,
mucho el serlo me acobarda.
Tú verás que han de matarme;
él le dará la corona.
RUGERO. De don Pedro de Cardona
pudiera agora vengarme;
pero no del Rey. El Rey
es a su pecho leal,
y pensar bajeza igual
de su pecho, injusta ley,
aunque estoy desesperado.
Te suplico que no seas
ingrata a tu amor, ni creas
más este necio cuidado
que te ha hecho una mujer
que ha dado en no se casar. (1)
CLARINDA. Pues ¿qué puedo yo pensar
sino que la quiere hacer
reina, matándome a mí?
RUGERO. ¡Qué vano temor!
CLARINDA. Es fuerte
la imaginación. Advierte
lo que has de hacer por mí.
RUGERO. ¿Qué me mandas?
CLARINDA. En estando
conmigo Ricarda, quiero
que entres diciendo, Rugero,
que el Rey, mi señor, pasando
la carrera en aquel bayo
que tanto estima, cayó
y del golpe se mató,
porque quiero, en el desmayo,
conocer el sentimiento
de Ricarda.
RUGERO. Pues yo voy
a ver si es ido.

(*Vase.*)

(1) Este verso y los cuatro anteriores sustituyen, al margen, otros tachados e ilegibles.

CLARINDA. Yo estoy
tal, que de sentir no siento.

(*Sale* LUCINDO *y* TURÍN.)

LUCINDO. Nunca yo os he visto aquí.
TURÍN. Habrá que vine dos dias
de unas pobres caserías,
donde villano nací;
pero el Rey me quiere honrar.
LUCINDO. Pues cortadme algunas flores,
que tengo ciertos amores
y las quiero presentar.
TURÍN. En estos cuadros estoy;
llamadme.
LUCINDO. Bien cerca estáis.
CLARINDA. Pues, Lucindo, ¿dónde vais?
LUCINDO. A ver estas fuentes voy,
que cansado del oficio (1)
me entretiene su cristal.
CLARINDA. Todo me parece mal.
LUCINDO. Las flores y el ejercicio (2)
de aquestos cuadros te enfadan,
pudiéndote entretener
y en estos estanques ver
cisnes que sus aguas nadan. (3)
Su variedad de colores,
sus cuadros, (4) ¿no te contentan?
CLARINDA. Grandes tristezas me aumentan
músicos, aves y flores,
que para todos los cielos
hicieron las alegrías,
no para las penas mias,
no para mis desconsuelos.
Sueño dispierta, Lucindo,
dos mil imaginaciones,
tanto, que a sus ilusiones
con mis lágrimas me rindo.
Para mis celos tenía
tres remedios, y he probado
el uno.
LUCINDO. ¿Y no has casado
a Ricarda?
CLARINDA. Eso quería,
y no quiere el Rey casarla.
LUCINDO. Pues destiérrala.

(1) La palabra "oficio" sustituye a una tachada e ilegible.
(2) Las dos últimas palabras en lugar de otras ilegibles.
(3) Los ocho versos que anteceden cruzados en el texto. Faltan en B.
(4) La voz "cuadros" sobre otra ilegible.

CLARINDA. No puedo.
Tengo a que me maten miedo.
Y es el tercero, matarla.

TURÍN. (¡Caso extraño! No me ven
con estas murtas delante.)

CLARINDA. Temo que el Rey se adelante
y que la muerte me den.

TURÍN. (Quiero fingirme dormido.)

CLARINDA. Fiarme quiero de ti.

LUCINDO. ¿Para qué tienes aquí
a quien la ocasión ha sido
de que estos celos te dé?

CLARINDA. Hoy has de dalle un veneno
de mis propios celos lleno.
Ven por aquí, te diré
cómo ha de ser.

LUCINDO. ¡Qué rigor!

CLARINDA. Aquí duerme un labrador.
Si oyó mi intento...

LUCINDO. No sé.

CLARINDA. Saca la daga, y si huye,
es señal que no durmió.

LUCINDO. ¿Mataréle? No te oyó,
pues pie ni mano rehuye.

CLARINDA. Vamos, que yo propia quiero
ir por Ricarda, y tú irás
donde te dijere.

LUCINDO. ¿Es más
que matar un áspid fiero?
Mátala, (1) porque es vergüenza (2)
que el bien común desconcierte
una mujer.

CLARINDA. En su muerte
la paz del reino comienza.

(*Vanse.*)

TURÍN. ¿Si se han ido? Ya se van
por aquella puerta verde.
¡Voto al sol, que se me acuerde
del sueño del arrayán!
No siento sangre ninguna.
¿Esto fué dejar los bueyes
y andar un pobre entre reyes?
¡Qué peligrosa fortuna!
Mucho fué viendo llegar
la daga fingir dormir,
aunque un ojo a medio abrir
no dejara de acechar
que si la daga bajara,
diera un brinco que excediera
al ciervo que más corriera
y al ave que más volara.
¿Cómo la podré avisar?
¿Dónde a Ricarda hallaré?
Las dos vienen, no podré.
El veneno la han de dar.
¡Pobre dama!

(*Salen* CLARINDA, RICARDA, LUCINDO *y* JULIA.)

CLARINDA. Yo quisiera,
Ricarda, que con lealtad
me dijeras la verdad,
y que yo en premio te diera
cuanto quisieras de mí.

LUCINDO. Todo Nápoles murmura,
quejoso de tu hermosura
que el Rey se pierde por ti.

CLARINDA. Yo he llegado a declararme;
tú a no quererte casar;
¿qué remedio hemos de dar?

RICARDA. ¿Qué mejor que desterrarme?

CLARINDA. No le quisiera hacer yo
esa ofensa al Condestable.

LUCINDO. ¿No es medio más saludable
casarte?

RICARDA. ¿Casarme? No.

CLARINDA. Pues ¿qué puedo yo pensar
si das en esa porfía?

RICARDA. Que ha sido tristeza mía.

CLARINDA. Quien se negare a casar
y del Rey enamorada,
claro está que en daño mio,
intenta algún desvarío,
de que ya estoy avisada.
Pues no ha de pasar ansí.

RICARDA. Aquí estoy; mi Reina eres.

(*Sale* RUGERO.)

RUGERO. ¿La Reina está aquí?

CLARINDA. ¿Qué quieres?

RUGERO. Oye, señora.

RICARDA. ¡Ay de mí!

RUGERO.

Pidió su alteza aquel caballo bayo
que de letras arábigas parece
que le han escrito, y que le llaman Rayo
porque corriendo al viento desvanece.
No tanto el sol en el florido mayo

---

(1) En el original "Cásale".
(2) La palabra "vergüenza" se tachó y sustituyó con la de "indecencia", que no rima. En B, también "indecencia".

los de su carro espléndido enriquece (1)
las ricas clines cuando apunta el dia,
como la frente el español tenía.
Nunca de allá viniera, nunca ameno
Guadalquivir le diera sus cristales,
su prado hierba, la obediencia freno,
su furia el viento para tantos males.
De espuma y sangre y arrogancia lleno,
las plantas levantando desiguales,
pisaba tan veloz, que parecía
que del arena lástima tenía. (2)
Después de darle tornos y escarceos
a la carrera firme le provoca,
como si hubiera palios y trofeos;
pero en el más leal la furia es loca,
o maldición o bárbaros deseos.
Como murmurador, se fué de boca,
y, donde tuvo fin su desconcierto,
él quedó sin sentido y el Rey muerto.

CLARINDA. ¿Qué es lo que dices, Rugero?
RUGERO. Que no hay más que te decir.
RICARDA. Ya no hay para qué vivir.
Muerto don Pedro, ¿qué espero?
Tus celos se han acabado,
yo con la vida acabé.
(*Desmáyase.*)
CLARINDA. Tenelda.
JULIA. Ya ¿para qué?
O se ha muerto o desmayado.
RUGERO. No permitas tanto mal,
porque ya son desvarios
que tus celos y los míos
quieran desengaño tal.
Dile la verdad, señora.
CLARINDA. Ricarda, esto fué probarte.
JULIA. Pues ¿de qué sirve cansarte
si sabes que al Rey adora?
CLARINDA. Ve, Lucindo, y del cristal
de esa fuente trae un vaso.
LUCINDO. Yo voy.
TURÍN. ¡Qué triste (1) fracaso!
RICARDA. Señora, yo estoy mortal;
pero nunca te he ofendido,
ni tengo tal pensamiento,
ni más de amoroso intento
de querer lo que he querido.
Quítenme luego los Cielos
la vida.
LUCINDO. El agua está aquí.
CLARINDA. Bebe y vive y vuelve en ti,
que hoy se acabarán mis celos.
TURÍN. (¿Qué haré, que su muerte es clara?)
RICARDA. ¡Pluguiera a Dios que esto fuera
un veneno que me diera
la muerte!
TURÍN. ¡Detente, pára!
CLARINDA. ¿Qué es eso?
TURÍN. Que en esa fuente
donde Lucindo cogió
el agua, un áspid bebió
y es veneno claramente.
Yo le vi, no bebas, mira
que en grande peligro estás.
CLARINDA. ¿Tú le viste?
TURÍN. Sí, detrás
de aquel jazmín.
LUCINDO. Es mentira,
que no fué de aquella fuente
el agua que yo cogí.
RICARDA. Mejor es morir ansí.
CLARINDA. ¿Por qué, Ricarda? Detente,
que no quiero yo que diga
el Rey que yo te maté.
Tu vida el villano fué.
A que le premie me obliga.—
¿Quién eres?
TURÍN. Turín, señora,
de estos cuadros jardinero.
CLARINDA. Por ellos contigo quiero
quedarme a solas agora,
que me has parecido un hombre,
aunque rústico, discreto.
(No tuvo mi engaño efeto.) (*Aparte.*)
En fin, ¿Turín es tu nombre?
Váyanse todos de aquí,
y todo lo que ha pasado
tened con mucho cuidado
secreto, o guardaos de mí.

---

(1) Tachado: "parece".
(2) Después de éste hay, tachados, los siguientes versos, que apenas pueden leerse, y faltan en B:

"No aguarda el Rey la guarda que en...
con dorado.................. ¡ay, Cielo!
desde el arzón el peso levantando
el diestro pie trocó por ella el suelo.
La rienda recogiendo, resonando
la vara, el [bruto] aligeraba el vuelo;
más obediente, aunque el rigor recela,
del brazo de la rienda que la [espuela]."

(1) Antes decía "Con nuevos" en lugar de "¡Qué triste"

RUGERO. ¿Quién se había de atrever
a tu disgusto?

JULIA. Hoy te dió
la vida el Cielo.

(Vase.)

RICARDA. Si yo
vida hubiera menester.

(Vase.)

CLARINDA. En fin, ¿te llamas Turín?

TURÍN. Sí, señora.

CLARINDA. ¿Eres criado
del jardinero?

TURÍN. Es honrado,
pero no es mi dueño, en fin;
yo soy cabeza mayor. (1)

CLARINDA. ¿Tú? ¿De qué suerte?

TURÍN. Señora,
fué merced.

CLARINDA. ¿Ha mucho?

TURÍN. Agora.

CLARINDA. ¿De quién?

TURÍN. Del Rey, mi señor.

CLARINDA. ¿Dónde te halló?

TURÍN. En una quinta.

CLARINDA. ¿Cúya?

TURÍN. Del conde Roberto.

CLARINDA. ¡Tuviéralo yo por cierto!

TURÍN. La merced se me despinta.

CLARINDA. Conoceréis a Ricarda.

TURÍN. Vila nacer.

CLARINDA. Sí verías.
¿Visitóla muchos días
el Rey?

TURÍN. Como es tan gallarda,
a la mano le traía
como cordero con pan.

CLARINDA. ¿Quién duda que por galán
sus brazos merecería?

TURÍN. No era yo tan gran persona
que me había de llamar
Ricarda para abrazar
a don Pedro de Cardona.

CLARINDA. ¿Tú no estarías dormido
cuando del veneno hablé
con Lucindo?

TURÍN. No ¡a la he!

CLARINDA. Pues ¿cómo?

TURÍN. Con tanto oído.

(1) Este verso decía: "antes yo soy el mejor", y fué tachado.

CLARINDA. ¿Y por eso la avisaste?

TURÍN. Comí su pan.

CLARINDA. Bien hiciste.

TURÍN. Y aun tú me lo agradeciste
si arrepentida quedaste...

CLARINDA. Eres muy hombre de bien:
tanto, que pienso, mañana,
colgarte de una ventana
a que los aires te den.

TURÍN. ¿Tan fresco tengo de estar?

CLARINDA. ¡Hola!

TURÍN. No aguardo dos ¡holas!,
porque con dos olas solas
me anegará tanto mar.

CLARINDA. Vuelve, escúchame.

TURÍN. A mis bueyes
y a la quinta de Ricarda,
que es un gran necio el que aguarda
los enojos de los reyes.

(Vase.)

CLARINDA.

Amor, ya que ha de haber celos tiranos
de la esperanza que al engaño ofreces,
¿por qué dificultades apeteces
si puedes irte por caminos llanos?
Déjame, Amor, los desatinos vanos
con que mis pensamientos desvaneces,
que averiguar los celos muchas veces
es tocar los agravios con las manos.
No más celos; no más necios desvelos;
no quiero saber más; cerrad mis labios,
si tanto bien merezco de los Cielos.
Que no inquirirlos es de amantes sabios,
si detrás del amor están los celos,
y detrás de los celos los agravios. (1)

(Sale DON PEDRO.)

D. PEDRO. Carta, señora, he tenido
de que ya está despachada
la dispensación.

CLARINDA. (Jornada *(Aparte.)*
con barca esta boda ha sido.)
Y ¿cuándo vendrá el correo?

D. PEDRO. Hoy o mañana vendrá,
que pienso que le dará
postas mi propio deseo.
¡Parece que triste estáis!

CLARINDA. ¿No sabéis lo que ha pasado?

(1) Este soneto cruzado en el manuscrito. Falta en B.

D. PEDRO. ¿Cómo, si agora he llegado?
CLARINDA. Pues oid.
D. PEDRO. Temor me dais.
CLARINDA. Celos, que decir que fueron
celos por disculpa sobra;
que celos bastan, amando,
a volver un alma loca.
Viendo dilaciones tantas
en tan importante cosa
como era la conclusión
de estas infelices bodas,
los tres remedios me dieron
que os dije, siendo yo propia
de aquella invención el dueño
y no tercera persona,
para que vuestra Ricarda,
desdichada como hermosa,
en la nave de mi dicha
no fuese rémora sola.
Desterrarla no quisistes,
siendo, para la memoria,
el mejor Galeno ausencia,
o voluntaria o forzosa.
En casarla os resolvistes;
pero, señor, ¿de qué importa
si la hablaste de secreto
para que a ninguno escoja?
¿De qué sirve darle en dote
títulos, estados, honras,
si aspira, con vuestra alteza,
por ventura a la corona?
¿Qué importa, si vuestros ojos
la enseñan a que responda
a todos "no", como quien
escribe lo que otro nota?
Finalmente, yo tomé
resolución lastimosa,
para matarla primero,
que a lo mismo se disponga,
si bien puede ser que sea
imaginación medrosa
de mujer, que la más fuerte
susto de una espada toma,
y yo no pienso que soy,
como dicen las historias,
Lesbia, Tomiris, Cleopatra,
Semiramis y Cenobia.
Dese la muerte Lucrecia,
tráguese las brasas Porcia,
Tisbe se arroje en la espada,
Hero en la mar procelosa,
que yo, puesto que el valor
entre los nobles me nombra,
más quiero guardarme sabia
que perderme belicosa.
Finalmente, yo fingí,
tanto los celos provocan,
que paseando vos el bayo
por la carrera arenosa,
caballo español que Armindo
os trujo de Barcelona,
que al de Aquiles y Alejandro
rinde en talle, afrenta en obras,
se estrelló con vos, de suerte
que todo Nápoles llora
a su muerto Rey a voces
trágicas, que el aire asombran;
que de una parte el caballo
se tendió en el suelo, y de otra
quedastes vos, que Dios guarde
de que en tal peligro os ponga.
En oyéndolo Ricarda
vivo dolor la despoja
de los sentidos en brazos
de Julia, Rugero y Flora.
Yo, viendo cubrir sus ojos,
ya luces vuestras, de sombra,
y que el desmayo vertía
copos de nieve en sus rosas,
no admirada, aunque afligida,
de que el amor se interrompa
entre la vida y la muerte
censos que en desmayos cobra,
disculpo el dolor, don Pedro:
que una dama generosa,
para no olvidar jamás,
sólo una vez se enamora.
Amor es firme edificio,
no es camino que se torna
andar otra vez, ni al alma
segundo vestido corta.
El que de quereros tuvo
bien es que naide le rompa,
que no son firmezas tales
firmas falsas, cartas rotas.
Quien os quiso bien, mi bien,
no ha de mudarse en dos horas,
porque para amor tan justo
la vida más larga es corta.
Por Rugeros, por Orlandos,
por Estados, por lisonjas,
fuera traición olvidar
fe tan pura y amorosa,
que lo que yo quiero bien,

¿qué deidad, que no señora,
no puede amar, aunque Amor
no siempre amor galardona?
Finalmente, la disculpo
por ser sujeto el que adora
digno de amor como el mío,
que en la eternidad se apoya.
No condeno su firmeza;
pero, como estoy celosa,
quise pedirle a su muerte
que en tanto mal la socorra.
Hice traer a Lucindo,
de prevenida ponzoña,
un vaso, fingiendo ser
de aquella fuente sonora.
Tomó Ricarda el cristal
y, aunque bastara una gota,
bebió el veneno inocente,
no (1) Sofonisba animosa.
Fuése luego al corazón,
pesóme y me pesa agora,
porque como en él os tiene
como retrato que adora,
de sus molduras el alma,
a cuya imagen se postra,
pudiera, señor, mataros,
y defenderos me toca.
Comenzó luego a temblar,
y, entre bascas y congojas,
tales palabras prosigue
pálida, mirando a todas:
"Quien pudo matarme el cuerpo
no se alabe vitoriosa,
porque me ha dejado el alma,
que en (2) don Pedro vive y mora.
Conmigo va donde voy,
que no hay cosa que interrompa
la vida y el alma en quien
triunfos de la muerte goza."
Aquí cayó desmayada,
y la sirvieron de alfombra
flores de un cuadro, y las flores
lloraron por ella aljófar.
Perdiéronse los claveles,
y, a su color vergonzosa,
sucedió cárdeno lirio
en las mejillas y boca.
Ansí, rosa alejandrina,

(1) Tachado "cual".
(2) En lugar de estas dos palabras decía "donde". Tachado quizá porque el verso era largo.

que el sol en su fuerza adora,
sobre sus verdes almenas
pliega las marchitas hojas.
Ricarda es muerta, en efeto,
porque su hermosura estorba
la paz del reino y la mía,
que con su sangre se compra.
Ya temo tu sentimiento,
aunque agora te reporta
la razón y la justicia
con que este reino te cobra.
Yo soy Clarinda, su reina;
si de esta ofensa te enojas,
no perdones a mis celos,
que a mí el amor me perdona.
Que yo con quedar vengada
tendré esta hazaña por gloria,
hasta que su muerte olvides
y que te adoro conozcas.

D. PEDRO. Bien pensará vuestra alteza
que, suspenso en tierna calma,
tengo de sacar del alma
a los ojos la tristeza.
Que quise bien la belleza
de Ricarda, no lo niego;
pero olvidóseme luego
que conocí tu valor,
venciendo amor con amor
y un fuego con otro fuego.
Y en parte me ha estado bien
que esto permitan los Cielos,
porque, cesando tus celos,
tenga yo quietud también.
Temo solamente a quien
sentirá que la hayas muerto;
que el condestable Roberto
tiene parientes y amigos,
y vasallos enemigos
harán un traidor concierto.
Que, por lo demás, bien sabe
el Almirante que aquí
a Rugero se la di,
cuerdo rey y señor grave.
[Y] vuestra alteza se alabe
de ver que mi (1) amor segundo,
con tanta verdad le fundo
para que segura esté,
que estimo más este pie
que todo el valor del mundo.

(1) En el original "con" en lugar de "que mi". En B, "de un amor sin segundo".

CLARINDA. Los tuyos quiero besar
mil veces por la respuesta,
digna de que en mi memoria
viva, como el alma, eterna,
y porque el ver que no sientes,
como lo he visto, que muera
Ricarda, que era imposible,
quien la tuviera en las venas,
dejar de avisar (1) la sangre,
pues no se ha mudado apenas
la que reparten al rostro
cuando al corazón la pesa.
Para premio de esta hazaña,
que siempre quien ama premia
los desengaños deshechos,
para que el amor no tema,
te quiero hacer donación,
pues como marido reinas,
y no por rey propietario,
tuya de tu reino todo, (2)
con todo el derecho y fuerza
que puede hacerse entre vivos,
instrumentos y firmezas.
Hoy eres Rey de Cicilia.

D. PEDRO. Mil veces a vuestra alteza
beso los pies.

CLARINDA. Todo es poco.

D. PEDRO. Es donación como vuestra.

(*Sale* DON JUAN.)

¿Almirante?

D. JUAN. Estoy turbado.

D. PEDRO. Antes que Nápoles sepa
esta desgracia, llamad
al Condestable.

CLARINDA. Esas nuevas
quiero yo darlas. No os vais
del jardín hasta que vuelva.

(*Vase.*)

D. PEDRO. ¿Fuése?

D. JUAN. Ya, señor, es ida.

D. PEDRO. Míralo bien.

D. JUAN. Ya no queda
ni la sombra de su nombre.

D. PEDRO. ¿Pasó la puerta?

D. JUAN. Y mil puertas.

(1) En A, "abusar". En B, "darás de aliviar la sangre".

(2) Este y los dos versos anteriores faltan en B.

DON PEDRO.

¡Alma del alma mía!
Ricarda celestial, dulce señora,
vida que en mi vivía,
¿qué hará sin alma y vida el que te adora?
¿Esto pudieron celos?
¿Esto permiten del poder los Cielos?
¡Angel que las estrellas
pisas, de luz y resplandor vestida,
con esas plantas bellas,
yo he sido, no la Reina, tu homicida!
¡Yo te maté, señora!
¡Yo fuí la noche de tu blanca aurora!
Ya, mi vida, tu muerte
me pedirán confusos y agraviados
los hombres, de no verte;
el sol, por sus cabellos eclipsados,
la luna por su plata,
que por la noche eterna se dilata.
Por sus varios colores
me pedirán tu muerte ¡ay, prenda mía!
de estos campos las flores,
el cándido jazmín que en ti vivía.
Que, pues a ti se atreve
la muerte, ya se ve negra la nieve.
¿Qué me dirán las rosas,
que perdieron el nácar en tus labios?

DON JUAN.

Ya, señor, esas cosas
son muy indignas en los hombres sabios,
y ese amor verdadero
para los tiempos de Leandro y Hero.

DON PEDRO.

¿Eso dices?

DON JUAN.

A las personas
de tu valor se niega
esa demostración.

DON PEDRO.

Cuantas coronas
tiene el mundo desprecio.

DON JUAN.

Llora discreto, y no te quejes necio. (1)

DON PEDRO.

¿Que pude ¡ay, santos Cielos!
oir, don Juan, de su traidora boca,
que la mató de celos?

(1) Esta estrofa está, como se ve, muy defectuosa en ambos manuscritos.

DON JUAN.

Quien pudo detener la furia loca
que su muerte escuchara,
la deidad de los reinos respetara.

DON PEDRO.

No sé cómo este acero
no sepulto en su pecho.

DON JUAN.

Ya no trates,
como varón severo,
de matar a ninguno, ni te mates;
en lo que haremos piensa.

DON PEDRO.

¿Cómo podré, don Juan, vengar mi ofensa?
Iréme a Barcelona,
y allí, formando poderosa armada,
la sangre de Cardona
contra Clarinda sacará la espada.
Ricarda, en mis banderas,
hará temblar de Italia las fronteras.
Yo vengaré su muerte.
No quiero reino yo, ni quiero vida.

DON JUAN.

Que la ocasión es fuerte,
confieso, mas reinar todo lo olvida.

DON PEDRO.

¿Cómo olvidar?

DON JUAN.

Espera,
que viene gente.

DON PEDRO.

¡Quien viniere muera!

(*Sale* RICARDA.)

RICARDA. Su alteza, señor, me envía
a decirte...
D. PEDRO. ¡Ay, Cielo! Aguarda.
Don Juan, ¿qué es esto?
D. JUAN. ¡Ricarda!
D. PEDRO. Luego ¿no es mi fantasía?
¡Ricarda!
D. JUAN. ¡Señora mía!
D. PEDRO. ¿No eres muerta?
D. JUAN. ¿Viva estás?
D. PEDRO. Si los brazos no me das,
mi bien, no podré creer
que vives.
RICARDA. No puede ser;
no aumentes mi pesar más.
D. PEDRO. Como sea cosa cierta
que vives, aunque es rigor,
me dará paciencia amor.
Ya te he llorado por muerta.
RICARDA. Antes quiere que te advierta
yo misma, pues yo he venido,
que por no haberlo sentido
el entender que era quien
sepas que vivo.
D. PEDRO. ¡Ay, mi bien!
RICARDA. Y que todo fué fingido.
Dice que ya de sus celos
está libre, y que te adora,
prometiendo desde agora
dejar sus locos desvelos,
y que le dieran los Cielos
el desengaño mayor
que pudo hallar su temor.
Y en esto dice verdad,
pues conoció su lealtad,
como yo tu poco amor.
Dice también que ha venido
la dispensación.
D. PEDRO. Aguarda,
Ricarda.
RICARDA. Ya no hay Ricarda.
D. PEDRO. Si yo he perdido el sentido
de que aquí testigo ha sido
don Juan, porque allí callé,
y él lo ha entendido, yo sé
que te hubiera enternecido. (1)
RICARDA. Yo lo agradezco, señor;
pero amor que en tal pesar
pudo sufrir y callar
no puede llamarse amor.
¿Calló mi amor su dolor
cuando me dijo tu muerte
Rugero? Quedé de suerte
que puse la vida en calma
para que se fuese el alma
adonde pudiese verte.
Que si no perdí la vida,
que allí contra amor es fuerza,
fué porque es de menos fuerza
cuando una nueva es fingida.
Que puesto que sea creída,
deja alguna desconfianza:
lo que la verdad no alcanza;
porque si las ciertas miras,

(1) Faltan dos versos a esta décima en ambos textos.

de que pueden ser mentiras,
nunca dejan esperanza. (1)
Pero ya sabes que yo
te agradezco que me des
celos y agravios después
que fuiste Rey, que antes no.
Mi amor se determinó
a amarte ausente y presente,
padeciendo eternamente
sin más interés que amar,
porque amor se ha de fundar
en ser amor solamente.
Que si dueño tienes ya
y ya no puedes ser mío,
este mesmo desvarío
premio a sí mismo se da.
Hoy, que la Reina será
tu mujer, estoy contenta
de que el amor me presenta
gran causa para morir,
pues tengo más que sufrir
y que poner a tu cuenta.

D. PEDRO. ¿Ha llegado a confusión
tan atrevida al deseo,
hombre que haya amado? Creo
que he de perderme, en razón
de darte satisfacción.
Pero ya ¿cuál puede haber?
Porque aun poder, mi poder
no me deja mi desdicha,
que ya tuviera por dicha
no ser lo que vengo a ser.
Quisiera yo que estuvieras
satisfecha de mi amor,
y que me hicieras favor
de que mi lealtad creyeras.
Si en el tuyo perseveras,
no será amor agraviarme;
pero si es fuerza casarme,
séalo también en ti,
y vengaráste de mí
con los celos que has de darme.
Porque si yo te los doy
con la Reina, con Rugero
me los darás, si primero
no muero, que fuego soy.
En el peligro en que estoy
estás, pues que no me olvidas;
quedan las penas vencidas
aquí de una misma suerte,
pues roguemos a la muerte
que nos acabe las vidas.

D. JUAN. Cese el justo sentimiento
de vuestra amorosa pena,
que pienso que el Condestable
viene a quejarse a la Reina.
Muestra aquí tu entendimiento,
y tú lo que debes muestra
a un hombre de tu valor.

(*Salen* ROBERTO, TURÍN *y* JULIA.)

ROBERTO. Tú mesmo, estando en la güerta,
¿viste traer el veneno?

TURÍN. Muerta Ricarda estuviera
si no la hubiera avisado
diciendo que vi revuelta
un áspid con los cristales
del agua, cuya cautela
le dió la vida.

ROBERTO. ¿Y que oiste
cómo la Reina concierta
con Lucindo esta crueldad?

TURÍN. Y conoció que yo era
el dormido a lo marido
cuando en su agravio sospecha.
Y de suerte se enojó,
que, si no tomo la puerta,
a estas horas soy campana
en tres palos y una cuerda.

ROBERTO. Tú, Julia, ¿también la viste?

JULIA. Digo que en mis brazos muerta
vi a Ricarda, mi señora,
y que si Turín no llega
fuera el último desmayo.

TURÍN. Allí están, señor, con ella
el Rey y don Juan, su hermano.

ROBERTO. Dé vuestra alteza licencia
a un padre, a un criado, a un hombre
de mi sangre y de mis penas,
para que lleve a su hija
donde celos no se atrevan
a matarla con veneno,
que tales mercedes medra
quien sirve cetros ingratos,
quien en la paz y en la guerra
con el consejo y la espada
fué de este reino defensa.

D. PEDRO. Condestable, yo no puedo
darla, que eso corre a cuenta
de la Reina. Ella la trujo,
y ella es justo que la vuelva.

ROBERTO. A quien la mata no pienso

(1) Falta en B esta décima.

pedilla, aunque sea reina.—
Ven conmigo.

D. PEDRO. Reportaos.

ROBERTO. Si mil balas me atraviesan
no ha de quedar en palacio.

(Salen CLARINDA, RUGERO, LUCINDO *y* CRIADOS.)

CLARINDA. ¿Qué es esto?

ROBERTO. Que vuestra alteza,
porque me parto a Cicilia,
me dé licencia que pueda
llevar mi hija conmigo.

CLARINDA. Cosa tan justa no fuera
razón negarla; llevalda.

D. PEDRO. Pues que ya, señora, quedan
todas las cosas en paz
y vos lo estáis con su ausencia,
que me escuchéis os suplico.

CLARINDA. Pues ¿qué falta aqui?

D. PEDRO. Que tengan
premio de un amor tan grande
la penas y las firmezas.
Vos me distes a Cicilia,
de que hay escrituras hechas:
a Cicilia va Ricarda,
vaya de Cicilia reina
y casada con mi hermano.

RICARDA. No lo digas, no lo emprendas,
que, aunque ser reina, don Pedro,
era la mayor grandeza,
y el casarme con don Juan
retratarte en su presencia:
para que cuenten historias,
y porque los que aman sepan
amar como se ha de amar,
Ricarda el ser reina deja
por no dejar de quererte.

D. PEDRO. Detente

RICARDA. ¿Que me detenga?
¿Para qué?

D. PEDRO. Para escucharme.
Seré el primero que aprenda
amar como se ha de amar,
pues viendo que tú desprecias
por quererme un reino, asi
quiero que lo mismo veas.
Dejo el reino y a Clarinda
porque mis manos merezcan
las de una mujer tan firme,
con que tú pagada quedas
de *amar como se ha de amar.*
Porque no es justo que venza
mujer ninguna en valor
a los hombres, porque fuera
afrenta de cuantos viven
y de ser hombres se precian.—
Perdona, hermosa Clarinda.

CLARINDA. ¿Cómo que perdone? Espera.
Pues tú dejas a Cicilia,
pues tú a Nápoles dejas,
yo quiero a los dos venceros
como en amor en grandeza,
y *amar como se ha de amar.*

RUGERO. Señora mía, no emprendas
alguna cosa tan grave
que el reino te la defienda.

LUCINDO. Señora, primero que hables
sin daño del reino sea,
que a veces la vanidad,
cuando fácil se despeña,
halla el remedio difícil.

CLARINDA. Razón y amor me aconsejan.
Desde hoy don Pedro y Ricarda
reyes de Nápoles sean,
que yo y don Juan lo seremos
de Cicilia.

D. PEDRO. ¿Quién pudiera,
sino tu ingenio y valor,
dar tan divina sentencia?

D. JUAN. Señora, ¿con qué palabras
quieres que yo te agradezca
tanta merced y favor?

CLARINDA. Con que solamente aprendas
a *amar como se ha de amar,*
que es la mayor excelencia.

TURÍN. Pues ¿no dan nada a Turín?

CLARINDA. ¿Eres, Turin, el que sueñas?

TURÍN. Yo soy.

CLARINDA. Pues dile al senado
que aquí acaba la comedia.

TURÍN. Aquí tiene fin, señores.
Perdonad las faltas nuestras.

FINIS

"Por orden de V. S. el Sr. Vicario General he visto esta comedia, y en ella no hay cosa contraria a nuestra Santa fe católica y buenas costumbres; y así podrá V. S. servirse de dar la licencia que piden para que se represente. Fecho en Valencia, en el Convento de Nuestra Señora del Remedio, Orden de la Santísima Trinidad, a 1 de Setiembre de 1642.—El Maestro Fray Juan Bautista Palacio, Cualificador del Santo Oficio." *(Rúbrica.)*

AMAR, SERVIR Y ESPERAR

COMEDIA FAMOSA

PERSONAS

Feliciano, *caballero.*
Andrés, *criado.*
Dorotea, *dama.*
Julio, *criado.*
Tres Saltfadores. (1)
Un Pastor.
Un Ventero.
Don Sancho Tello.
Celia, *dama.*
Don Diego, *caballero.*
Fabio, *criado.*
El capitán Bernardo.
Espfranza, *esclava.*
Rufina, *moza de la venta.*
Félix y Músicos.

ACTO PRIMERO

(*Salen* Feliciano, *de camino, y* Andrés, *con dos escopetas; tocan primero una caja, como que es tempestad.*)

Feliciano.

¡Válgame el Cielo, Andrés, válgame el Cielo!

Andrés.

El cielo pienso que se viene al suelo,
y hiciera mal, señor, si ser pudiera
que al suelo se viniera,
que no está el suelo ya para vivirle.

Feliciano.

Erramos el camino.

Andrés.

Más dicha fué, señor, que proseguirle.

Feliciano.

¡Jesús, qué escuridad de torbellino!
Pienso que vienen dentro
todas las furias del escuro centro.
La máquina del cielo se desata
de sus ejes de plata:
sus orbes, de relámpagos vestidos,
están más temerosos que lucidos.
Parece que una y otra ardiente llama
por el cristal rompido arroja al suelo.
La tierra se estremece, el aire brama
y en víboras de fuego escupe hielo.
Si esto hace la tierra,
¿quién se fía del mar?

Andrés.

Cuando esta sierra
no fuera tan morena,
hoy le quedara como el nombre suena.
¡Pobres de los caballos!
Apenas pude atallos:
mas no podrán moverse,
que si llegan a verse
los animales en peligros tales,
no se apartan del hombre, aunque animales.

Feliciano.

Dices verdad, y no me maravillo,
que, huyendo de un halcón, un pajarillo
sobre la mano se me puso un dia,
y pienso que, chillando, me decía:
"Hombre, de este tirano me defiende."

Andrés.

Ya parece que el cielo se suspende.
¡Lástima es ver entapizado el suelo
de rotas verdes hojas
entre balas de hielo!

Feliciano.

Ya por las nubes cárdenas y rojas
acecha el sol la tierra,
como que no se atreve
a mirar los despojos de la guerra,
y, revueltas las ramas y la nieve,
precipitarse arroyos turbulentos
entre dientes (1) de bárbaros acentos.
Pero escucha. ¿Qué es esto,
que entre aquellas encinas
parece voz humana?

Andrés.

El eco al son funesto
responde. ¿Qué imaginas?

Feliciano.

Que no es sospecha vana.

(*Dentro* Dorotea, *dama.*)

Dorotea.

¡Ay de mi, que aun la muerte,

(1) Más adelante dice que son cuatro.

(1) Así en el original: quizá "voces".

que suele ser remedio en desdichados,
huye de mí!

FELICIANO.

En lo que dice advierte.

ANDRÉS.

Los aires, más templados,
traen la voz de una mujer que llora.

FELICIANO.

Aún no se ha puesto el sol, y ya el aurora
las hierbas humedece.

ANDRÉS.

No lejos de estos árboles parece
que suenan sus extremos.

DOROTEA.

¡Ay, Dios!

FELICIANO.

Andrés, ¿qué haremos?
Que llanto de mujer obliga al hombre,
no más de por el nombre;
que fué escritura que a naturaleza
hicieron la piedad y la nobleza.

ANDRÉS.

¿Si estamos encantados?

DOROTEA.

¿Para qué vivo yo, cielos airados?

FELICIANO.

Otra vez se lamenta.

ANDRÉS.

Aqui, señor, te asienta
mientras que voy a ver de rama en rama
quién con tanto dolor la muerte llama.

(*Vase.*)

FELICIANO.

Oye gemir la blanca tortolilla
el casto esposo en álamo frondoso,
y, acudiendo al chillido, el vagaroso
viento con pico y plumas acuchilla.
Oye bramar la tímida novilla
el bosco toro que se huyó celoso,
y arrojándose al río caudaloso
sacude el agua en la florida orilla.
Pues ¿qué milagro que, llorando, asombre
una mujer, a quien las debe tanto,
pues para socorrerla basta el nombre?
¿Qué fiera, qué león le causa espanto?
Todo lo puede el corazón del hombre,
mas no sufrir de una mujer el llanto.

(*Vuelve* ANDRÉS.)

ANDRÉS. ¡Caso extraño!
FELICIANO. ¿De qué suerte?
ANDRÉS. Al nudoso tronco atada
de un roble, por mejor fruta
que las doradas manzanas
de la guerra de Medea,
llora una afligida estampa
de aquella Andrómeda triste
que en el mar de Tiro estaba
dando lágrimas, que fueron
perlas en conchas de nácar.
FELICIANO. A propósito del caso
pintas, Andrés, esa dama
con fábula, pues lo son
decir que en estas montañas
haya tales aventuras.
ANDRÉS. No lejos, toda la cara
bañada en sangre, está un hombre
que con piadosas palabras,
atado también a un roble,
solicita consolarla.
Y cerca de él, en la tierra,
yacen tres cuerpos sin alma,
los dos mancebos, y el otro
tiñendo en sangre las canas
de su venerable aspecto.
FELICIANO. Bien se conoce la causa
de esa desdicha. Esta es gente
que a Sevilla caminaba,
y dió en manos de ladrones
que por estos montes andan.
Bien sé que fuera prudencia
acabar nuestra jornada
en paz, pero no valor.
Este mancebo desata
y dale tu espada, Andrés,
que los tres...
ANDRÉS. No doy la espada,
de que me precio, a ninguno;
la escopeta sí, que es arma
que no ha menester valor.
FELICIANO. Siempre tuve confianza
de tus manos. Si es cuadrilla,
aunque pedazos nos hagan,
habemos de acometerlos,
y si unos de otros se apartan,
no dudes de que tendremos
buen suceso.

ANDRÉS. Dios lo haga:
que a quien por justa piedad
emprende tan noble hazaña,
¿cómo es posible que falte?

FELICIANO. Mientras el hombre desatas
estaré, valiente Andrés,
con la escopeta de guarda.

(*Retirase. Salen un* PASTOR *y cuatro* SALTEADORES.)

PRIMERO. ¡Dale! ¡Quítale la vida!

PASTOR ¿No basta que me quitéis
el ganado?

SEGUNDO. ¿Vos tenéis,
villano, lengua atrevida
con el señor Capitán?

PASTOR. Pues ¿no bastan seis carneros
donde hay tantos ganaderos
que en Sierra Morena están?
No lo pague todo yo;
quitad a todos su parte.

TERCERO. ¡Vive Dios! que estoy por darte...

CUARTO. No le matéis.

TERCERO. ¿Cómo no?

CUARTO. ¿No veis que es un ignorante?

PASTOR. (¿En qué entiende la Hermandad
que por esta soledad
sufre maldad semejante?
¡Seis carneros!)

PRIMERO. ¿Quién sabrá
desollarlos?

SEGUNDO. ¿Quién mejor
que el mismo dueño?

PRIMERO. ¿Ah, pastor?

(*Entran* FELICIANO, ANDRÉS *y* JULIO, *con escopetas, y* DOROTEA.)

FELICIANO. Aquí la cuadrilla está.
Escondeos hasta ver
si son más.

DOROTEA. Ayude el Cielo
la piedad de vuestro celo.

PRIMERO. Pues si lo sabes hacer,
ven donde quedan atados,
desollarás los dos de ellos
y ayudarás a comellos,
como quien toma los dados,
que con eso los podremos
tomar con buena conciencia.

PASTOR. (Vida, tengamos paciencia,
que en gran peligro nos vemos.)

(*Vanse.*)

JULIO. Agora es tiempo, señor,
si habemos de acometer.

DOROTEA. Caballero, aunque mujer,
sabed que tengo valor.
Dadme una espada.

FELICIANO. Teneos,
que no os habéis de empeñar
donde podáis malograr
la fe de nuestros deseos.
Tras de ellos habemos de ir
Esperad adonde estáis.

DOROTEA. Con más pena me dejáis
que allá me diera el morir.
Estos previniendo están
cena y fiesta, en que he de ser,
como ellos piensan, mujer
de su infame Capitán.
Si os vencen, yo soy perdida,
y así es partido, señor,
que no pierda yo mi honor
y que vos perdáis la vida,
sino que muera con vos.

FELICIANO. No habéis de pasar de aquí.

ANDRÉS. ¿Cómo vencer ¡pesia mi!,
si en disparando los dos
queda con la hoja Andrés
como el mismo Rodamonte,
que los ladrones y el monte
ha de poner a tus pies?

(*Vanse.*)

DOROTEA.

¡Ay, soledades tristes!
Si el alma de mis quejas lastimadas,
después que las oístes,
os hizo, siendo mudas, animadas
en tanto desconsuelo,
no vida para mí pedid al Cielo,
sino la que merece
el caballero ilustre y generoso
que aquí me favorece.
Árboles de este valle temeroso,
su vida le pidamos,
lenguas haced las hojas de los ramos.
Y tú, manso arroyuelo
que duermes por las márgenes amenas
de este pintado suelo,
en palabras convierte las arenas;
los cristales desata,
cohecha al Cielo, pues le ofreces plata.
¡Oh, sospechas inquietas,
dejad el alma un átomo, un instante!

Ya de las escopetas,
respondiendo la pólvora tronante,

(*Disparan dentro.*)

dice que me consuele,
aunque en el humo mi esperanza vuele.
Si dos solas han sido,
las nuestras son, y buen efeto hicieron.
¿Si se habrán remitido
a las espadas los que no murieron?
¿Ha puesto la fortuna
en tanta confusión mujer ninguna?
De todo cuanto veo
muerto y perdido en la ocasión presente,
si vive quien deseo,
me sabré consolar, que sólo siente
mi alma, en mal tan fiero,
la vida de este ilustre caballero.

(*Sale* FELICIANO *y los demás.*)

FELICIANO.

¡Oh, buen Pastor, que has sido
la causa, con tus tiros acertados,
de que hayamos vencido!

PASTOR.

No cenarán, a fe, los convidados
de mis pobres carneros.

DOROTEA.

¡Cielos! ¿Que victoriosos vengo a veros?
A vuestros pies rendida
la tierra besaré.

FELICIANO.

Ya, mi señora,
tenéis honor y vida;
asegurarla es lo que importa agora.—
¿Cuánto hay de aqui a la venta,
por si la gente que ha quedado intenta
seguirnos y vengarse?

PASTOR.

Habrá dos leguas, pero son pequeñas.

ANDRÉS.

Bien tienen que curarse
sin los que piden confesión por señas,
que he dado cuchillada
como si fuera en un melón tajada.

FELICIANO.

En mi caballo puede
ir esta dama, y este mozo herido
irá en el tuyo.

DOROTEA.

Excede
a mi desdicha tu piedad. Ya pido
al Cielo solamente
mi vida acabe y que la tuya aumente.

FELICIANO.

Dale al pastor cien reales.

ANDRÉS.

Primero ha de sacarnos al camino.

PASTOR.

Muestran mercedes tales
que sois hombre de pro.

JULIO.

(Del Cielo vino
aqueste caballero.)

FELICIANO.

(¡Linda mujer, Andrés!

ANDRÉS.

¡Envido!

FELICIANO.

¡Quiero!)

(*Vanse y salen* CELIA, *dama;* DON SANCHO, *caballero viejo.*)

CELIA.

Para grandes fortunas
dispone grandes ánimos el Cielo.

SANCHO.

¡Ay, Celia! Son algunas
de tanto desconsuelo,
que ni el valor importa,
ni menos que la muerte el sentimiento
al corazón reporta.

CELIA.

Señor, para quien tiene entendimiento,
¿cómo puede faltar el sufrimiento?
Siendo en todos los males la prudencia
remedio a quien jamás faltó paciencia.

SANCHO.

Cuando a mi hermano don Fernando espero,
que viene de Madrid con Dorotea,
de casar concertada
con aquel caballero
que llegará tan presto con la flota,
si no es que igual en las desdichas sea,
entra en Sevilla el mísero cochero,
y con tan tristes nuevas alborota

mi alma y la justicia; ¿y te parece
que puede haber paciencia y sufrimiento?

CELIA.

No niego a la razón el sentimiento;
sólo, señor, propongo la templanza
en males que no dejan esperanza.

SANCHO.

¡Qué confusión! ¡Aún no saber el modo
como dar a sus cuerpos sepultura!

CELIA.

La justicia tendrá cuidado en todo.

SANCHO.

Partirme es fuerza en ocasión tan dura.

CELIA.

Pienso que si ejecutas la partida
te ha de costar la vida.

SANCHO.

Dicha es acompañar su triste suerte
con mi forzosa muerte,
pues no podrán mis ojos
sangrientos ver sus míseros despojos
sin que el dolor, sirviéndome de espada,
haga mayor efeto
que las balas de aquellos arcabuces.
¿Quién pudo ¡ay, Dorotea desdichada!
adivinar discreto
que te dieran los montes andaluces
sepultura en peñascos, luto en robles?

CELIA.

La obligación de caballeros nobles
perdiste entre el dolor y el sentimiento.

SANCHO.

Ni vida quiero ya, ni sufrimiento.

(Vanse, y sale DOROTEA *y* JULIO.*)*

DOROTEA. ¿Qué dices?
JULIO. Que estás agora
en mayor peligro.
DOROTEA. ¡Ay, Cielos!
¿No es esta venta segura?
¿No hay en ella forasteros
de Madrid y de Sevilla?
JULIO. Como los tristes sucesos
de Sierra Morena han sido
tales que no admiten sueño,
oí, señora, que hablaban,
bien cerca de tu aposento,
dos hombres a quien hacía
pobre cama el duro suelo.
"No salgamos—dijo el uno—
sin que salga el sol primero,
y para pasar la sierra
diez o doce nos juntemos,
que está llena de ladrones."
"Notable descuido veo
—dijo el otro—en la justicia
de los convecinos pueblos.
Pero ¿qué podrá, si son
hombres de talle y de pecho,
valientes, desesperados,
todos con armas de fuego?
Este que esta dama trae,
aunque solo está durmiendo,
por disimular el hurto,
en diferente aposento,
yo sé que es el Capitán,
y que la lleva, sospecho,
a lo que suelen los tales,
si no es que vienen huyendo
para pasarse a otra parte.
¡Pobres de los pasajeros
que llevaban los rocines!"
Esto trataban, y luego
partió la conversación
el sueño con el silencio.
Levantéme y, como ves,
llamé a tu aposento quedo,
para que veas si tiene
nuestra desdicha remedio,
que aunque aquéste te ha librado
no fué sacarte de aquéllos
por tu bien, mas por quitar
el hurto al primero dueño.
Codicia de tu hermosura,
a sus mismos compañeros
dió muerte. Mira que estamos,
señora, en peligro extremo.
DOROTEA. Julio, cuando las desdichas
son tantas, los mismos pechos
que las padecen se animan
al remedio y al consejo.
Así suelen los pilotos,
cuando ven el mar soberbio,
acudir por partes varias
a las jarcias y a los Cielos.
Ellos nos darán favor.
Saca los caballos luego
y paga al huésped, pues él
ha de pensar que son nuestros.

Que cuando este salteador
en forma de caballero
despierte, habemos de estar
tan seguros como lejos.
¡Quién pensara que aquel talle
y aquel término discreto
se inclinara a tal bajeza!
Y agora, Julio, confieso
que me llevó con los ojos
gran parte del pensamiento.
O ya fuese la desdicha
en que me he visto y me veo,
por donde entrase al amor
el justo agradecimiento,
que el favor en los peligros
hace mayores efetos.
Pero en sabiendo quién es,
sólo me queda en el pecho
lástima de que tal hombre
y de tal entendimiento
se incline a cosas tan bajas.
Ese es ladrón: saca presto
los caballos, no despierte.

JULIO. ¿Piensas tú que caballeros
no suelen andar por bandos,
o por venganzas, en esto?
Pues sabe que en Aragón,
si hay agravio de por medio,
no se tiene por deshonra.

(*Vase.*)

DOROTEA. Camina. Rogando quedo
al Cielo temple el rigor,
pues sabe que no merezco,
por obedecer mis padres,
tantos males como tengo.
Si como la antigüedad
creyó que era Dios el sueño,
pudiera yo persuadirme
a que con humildes ruegos (1)
a sus aras prometiera
ámbar en lugar de incienso.
Cubre, sueño perezoso,
de aqueste bárbaro fiero
los ojos, que si me dijo
en el camino requiebros,
no eran de hombre enamorado,
que si fueran verdaderos,
de lo que ya deseaba
le despertara el desvelo.

¡Piedad, airados Cielos,
que soy mujer y sola y sin remedio!
Los caballos suenan ya.
¡Oh, quién pudiera ponerlos
defensa en las herraduras
contra las piedras del suelo!
La puerta abrieron; ya salen.
¡Ay, Dios, qué golpe tan recio!
Ya están fuera los caballos,
también la del Cielo temo.—(1)
Aurora, detente un poco,
pues dicen que estás durmiendo
en los brazos de quien amas;
que, con amor verdadero,
por más que le llame el sol,
nadie se levanta presto.
Y tú no saques los tuyos,
padre de Faetón soberbio,
así te abrace laurel
quien te despreció mancebo.
¡Piedad, airados Cielos,
que soy mujer y sola y sin remedio!

(JULIO *y el* VENTERO.)

VENTERO. Tanta liberalidad,
señor hidalgo, agradezco.
Mirad no erréis el camino,
echad siempre al lado izquierdo.

JULIO. Ya vengo bien informado.

VENTERO. Pensé que ese caballero
con quien venistes anoche
era de esta dama el dueño.

JULIO. Junto a esta fuente le hallamos,
y robado, cuando menos,
de unos soldados fingidos.

VENTERO. No se atreven a prenderlos
estos lugares.

JULIO. Señora,
vamos de aquí.

DOROTEA. Tengo miedo
a lo que el huésped nos dice.

JULIO. No le tengáis, que el lucero
va dando muestras del día.

(*Vanse.*)

VENTERO. Si todos fueran como éstos,
¿qué tienda de mercader
como esta venta? ¿Hola, Pedro?
¿Hola, Rufinilla? ¿Ah, moza?

(1) Faltan dos versos.

(1) También parece faltar algo.

(*Sale* RUFINA.)

RUFINA. Apenas por esos cerros
sale perezoso el día
¿y ya quiere que saquemos
las caras de la almohada,
de los colchones los cuerpos?
VENTERO. Acaba. ¡Maldita seas!
¿Qué hace ese mozo?
RUFINA. A los cueros
ha más de un hora que está
Pedro dándoles tormento.
VENTERO. ¿Qué es tormento?
RUFINA. Jarros de agua.
VENTERO. Y ¿qué está haciendo Lorenzo?
RUFINA. Echa en adobo el rocín,
que le ha de hacer, por lo menos,
pasar plaza de ternera.
VENTERO. Lo mismo en las damas vemos,
que cubren con el adobo
los años y los defetos.

(*Entra* ANDRÉS.)

ANDRÉS. Buenos días, señor huésped.
VENTERO. Dios le guarde, caballero.
ANDRÉS. De su pajar y su casa,
que ¡vive Cristo! que vengo
hecho de pulgas un jaspe.
¿Si pensaron que era queso,
los ratones del pajar,
que me han comido el pescuezo?
Y ella, doncelliventera,
¿no me diera en su aposento
dos dedos de su colchón?
RUFINA. Uñas arriba, mancebo,
que le daré dos sopapos.
ANDRÉS. Ten la mano de mortero,
lámpara de este hospital.
RUFINA. Pues, visión de galgo enfermo,
¿con Rufinilla se toma?
ANDRÉS. Ea, no haya más requiebros.
Toma, morena, un real.
RUFINA. Y yo ¿para qué le quiero?

(*Entra* FELICIANO.)

FELICIANO. El cansancio me ha obligado
para vencer el desvelo.
Andrés, mira que es muy tarde.—
¿Huésped?
VENTERO. ¿Señor?
FELICIANO. ¿Qué debemos?—
Llama, Andrés, esa señora.
ANDRÉS. Habrála rendido el sueño
después de tantos cuidados.—
¿Ah, señora? Abrid, que es tiempo
de caminar.
VENTERO. ¿A quién llamas?
ANDRÉS. A esta dama que traemos
con no pequeño cuidado.
VENTERO. ¿Qué dama?
ANDRÉS. ¡Qué bueno es esto!—
¿Ah, señora?
VENTERO. Si es la dama
de anoche, con el mancebo
que pienso que estaba herido,
madrugaron y se fueron.
FELICIANO. ¿Cómo que se fueron?
VENTERO. Yo
sólo se que mi dinero
me dieron, y con el alba
en los caballos partieron.
FELICIANO. ¿En mis caballos?
VENTERO. Pues ¿cómo?
¿Los caballos eran vuestros?
ANDRÉS. ¿Hay mayor ingratitud?
FELICIANO. ¿Con este agradecimiento
se paga haberla librado
de tantos ladrones fieros?
¿Tenéis, huésped, en qué pueda
alcanzarlos? ¡Pierdo el seso!
VENTERO. Tenía un rocín, y ayer
se me murió sin remedio
de haber llevado a Granada
diez arrobas de procesos.
ANDRÉS. ¿Todas de un pleito?
VENTERO. ¿Y es mucho?
¿No sabéis que en treinta pliegos
son los veinte peticiones?
ANDRÉS. ¡Que muera un rocín de pleitos!
¿Qué harán los hombres?
FELICIANO. ¡Que hubiese
mujer de tan duro pecho
que así pagase un servicio
digno de tan alto premio!
¿Hase contado en el mundo,
donde es la piedad extremo,
tal ingratitud?—¿Andrés?—
¿Huésped?
VENTERO. ¿Señor?
FELICIANO. Id corriendo,
y del primero lugar,
sin reparar en dinero,
me traed en qué la siga.
VENTERO. Voy volando.

RUFINA. Y yo riendo.
ANDRÉS. ¿De qué te ríes, picaña?
RUFINA. De la burla, majadero.

(Vanse.)

FELICIANO. ¡Corrido estoy!
ANDRÉS. Con razón.
FELICIANO. Más mal que imaginas tengo.
ANDRÉS. ¿Cómo?
FELICIANO. Que me lleva el alma,
que es el mayor sentimiento.
ANDRÉS. A mí me lleva el rocín.
FELICIANO. ¡Vive el Cielo! que la tengo
de buscar en toda España.
¿Dejó la maleta?
ANDRÉS. ¡Bueno!
si va asida en el cojín.
FELICIANO. ¡También se lleva el dinero!
Ven, que donde pierdo el alma,
mil escudos es lo menos.

(Vanse, y sale DON DIEGO *y* FABIO.)

DIEGO.

Debo mi dicha, amigo Fabio, al viento,
que tantas presunciones desatina.

FABIO.

Cuando es de presunción no es elemento,
sino pasión que a vanidad inclina.

DIEGO.

Este es Sanlúcar, generoso asiento,
Fabio, de los Guzmanes de Medina,
cuya daga fué pluma de la hazaña
que en inmortal papel escribe España.
Gracias a Dios que ya mi dicha anima
con tan feliz y próspera derrota,
a Méjico primero desde Lima,
y de la Habana a Cádiz con la flota.
El buen viaje con razón se estima,
y más desde provincia tan remota,
por buen auspicio de futuros bienes.

FABIO.

Ya de tu parte la fortuna tienes.

DIEGO.

¡Qué manso que jugaba con las olas
el riguroso Norte, que otras veces
estampa al cielo gavias y ventolas
y mezcla las estrellas con los peces!
Sin esto, las riquezas españolas,
que tienen por la mar tantos jueces,
ningún cosario han alentado al hurto,
con darle sueño al agua el viento surto.
A Sevilla escribí cómo he llegado,
donde me espera ya don Sancho Tello,
si bien de mis intentos engañado,
que así de la ocasión todo el cabello.
Quedó robando a Elena, disculpado
el Teucro Paris por su rostro bello,
y yo lo quedaré cuando posea,
por engaño, la hermosa Dorotea.

FABIO.

Nunca he sabido bien, señor don Diego,
por dónde hallaste intento de casarte,
no siendo tú don Juan, y así te ruego
me le digas, y en qué puedo ayudarte.

DIEGO.

En tu lealtad estriba mi sosiego,
y así tendrás de mis fortunas parte.
Oye, Fabio leal, escucha atento
la dulce causa de mi loco intento.
Tiene don Sancho Tello, sevillano
generoso, en Madrid una sobrina
que la naturaleza, en velo humano,
quiso esmaltar de perfección divina.
Tuvieron amistad él y su hermano
un tiempo con don Pedro de Medina,
que a las Indias después pasó mancebo
a la codicia del dorado cebo
Casóse en Lima, y de este casamiento
nació don Juan, que se crió conmigo,
siendo a los dos un mismo pensamiento
de nuestro bien o mal común testigo.
Prosiguiendo también el mismo intento
los dos hermanos Tellos con su amigo,
tratan por cartas que marido sea
don Juan de la divina Dorotea.
A cuyo casamiento concertado
nos embarcamos él y yo, que habia
tanto amor en los dos, que lo tratado
en fe de acompañarle proseguía.
Enfermando el mancebo desdichado,
como le viste, Fabio, un triste día
en estos brazos expiró, de suerte
que soy su vida y se llevó mi muerte.
Cuando le vi con música discorde
del coro de pilotos destemplado,
envuelto en pobre lienzo, desde el borde
de la nave arrojar al mar salado,
y vi de nuestro amor siempre concorde
el lazo de veinte años desatado,

al dar el cuerpo el golpe entre las olas,
aún no le pude dar lágrimas solas.
Mirando sus papeles y vestidos,
después de cuatro días de tormento,
leyendo con suspiros encendidos
las cartas de su triste casamiento,
hallé la perdición de mis sentidos
en un retrato, a cuyo rostro atento
le di, sin que pudiese remediarme,
la vida que don Juan quiso dejarme.
Y pienso que a sus ojos ofrecida
no puede ¡oh, Fabio! ser que culpa sea
que el dejarme, al morir don Juan, con vida,
fué porque se la diese a Dorotea.
No fué la prenda de su amor perdida,
pues en la mía su hermosura emplea,
que siendo de sus bienes heredero,
serlo también de su belleza espero.
Con nombre de don Juan voy a Sevilla
a ver el ángel que adoré pintado,
que cuando llegue a la florida orilla
del Betis pienso yo que habrá llegado.
Si la imaginación te maravilla
del engaño que llevo fabricado,
poco sabes de amor, que en casos tales
es la mayor pasión de los mortales.
Si Júpiter, amante de Alcumena,
en su marido ausente se transforma,
bien puedo yo con más hermosa pena
tomar agora de don Juan la forma.
Demás de no ser yo Paris de Elena,
con la verdad de la amistad conforma,
que el padre de don Juan piense que es vivo,
quitándole dolor tan excesivo.
El marido que doy a Dorotea,
¿qué le debe en nobleza y en persona?
Si no ha visto a don Juan, que yo lo sea;
la buena dicha de los tres abona.
Fabio, desde hoy mi nombre don Juan sea,
que, fuera de que Amor yerros perdona,
cuando se sepa que don Diego he sido,
de todos ha de ser agradecido.

FABIO.

Admirado me deja el pensamiento
con que vas a Sevilla, y el extraño
camino que has hallado al casamiento
de Dorotea con notable engaño.
Su hacienda, finalmente, no es tu intento,
que fuera efeto a tu valor extraño,
y siendo sólo amor de su belleza,
queda calificada tu nobleza.
De hoy más te llamaré don Juan.

DIEGO.

Secreto,
Fabio, y partamos en habiendo cartas.

FABIO.

Resta que de las galas del sujeto
que imitas con el cómplice repartas.

DIEGO.

Las que más te agradaren te prometo.

FABIO.

Amanezca en el cielo, cuando partas,
Venus con tal favor, que tuya sea.

DIEGO.

Di, Fabio, la divina Dorotea.

(*Vanse y salen* DON SANCHO, DOROTEA, CELIA *y* JULIO.)

SANCHO. No me canso de abrazarte,
sobrina del alma mía,
que con tan justa alegría
la pena términos parte.
Tengo de mi muerto hermano
tan vivo retrato en ti,
que, fuera de verle, en mí
no hubiera consuelo humano.
Que después de los enojos
que era tan justo tener,
las lágrimas y el placer
juntos me bañan los ojos.

CELIA. Déjanos, señor, gozar
de Dorotea.

SANCHO. Este día
es para mí, Celia mía;
nadie le puede igualar.
Que cuanto mayor tormento
donde sabéis padecí,
de vuestros brazos en mí
ha de ser más el contento.

DOROTEA. Hablad a Julio, a quien debo,
después de tanto dolor,
el librarme de un traidor
que fuera tormento nuevo,
y aun mayor pudiera ser,
donde, si el honor perdiera,
la mayor desdicha fuera
que me pudo suceder.

SANCHO. Julio, tú serás el dueño
de esta casa.

JULIO. Ya, señor,
para mi lealtad y amor

fuera servicio pequeño
sacrificaros la vida.

CELIA. ¿Cómo de la herida estás?

JULIO. Cuanto os ha pesado más,
tanto menor fué la herida.

SANCHO. Que descanséis, será justo,
del camino y del cuidado.

DOROTEA. Ya es descanso haber llegado
después de tanto disgusto.
Nunca por camino incierto
halló peregrino el día,
ni vió con más alegría
roto marinero el puerto;
ni pájaro en verde rama
tan dulce al alba cantó,
como en vuestros brazos yo.
¿De qué incendio, de qué llama
salió libre el que dormía,
cuando se aumentaba el fuego,
como yo, que a veros llego,
dulce señor, prima mía?

SANCHO. Mucho en mi hermano perdí;
pero ya me ha dado el Cielo
a la medida el consuelo,
y, para dártele a ti,
quiero que sepas que está
en Cádiz don Juan, tu esposo,
que en tiempo tan riguroso
tu padre y amparo es ya.
Hoy me ha escrito, aunque pensando
que con tu padre eras muerta,
lloré mi desdicha cierta,
la respuesta dilatando.
Que ya será de alegría
para que de Cádiz parta
luego que llegue esta carta,
que a tardarte sólo un día,
pudiera ser que perdieras
remedio en esta ocasión.

DOROTEA. Tantos mis cuidados son,
señor, que si no estuvieras
por tu palabra empeñado
y por tus firmas también,
hoy me estuviera más bien
tomar diferente estado.

SANCHO. Fuera desdicha cruel,
que de las Indias aquí
no es bien que venga por ti
para que te burles de él.
Míralo bien, Dorotea.

CELIA. No te espantes que el dolor
le quite el gusto.

DOROTEA. Señor,
lo que tú quisieres sea.

(*Sale* ESPERANZA, *esclava*.)

ESPER. Un forastero galán
está llamando a la puerta,
que dice que es de Madrid.

DOROTEA. ¿De Madrid? Pues no me vea.
Vamos, prima.

SANCHO. Dile que entre.

CELIA. Mas qué, ¿te ha dado sospecha
que es don Juan?

DOROTEA. Dices verdad,
y que me he turbado, Celia.

(*Vanse las dos y salen* FELICIANO *y* ANDRÉS.)

FELICIANO. Para besaros las manos
no era menester que fuera
por negocio propio el veros.

SANCHO. Califican la nobleza
los términos de la corte.

FELICIANO. Salí más apriesa de ella
que pensé; llegué a Sevilla,
y fuí con alguna pena,
señor don Sancho, al Correo;
hallé esta carta, y en ella
lo que os ruego que escuchéis.

SANCHO. Vos tenéis, señor, licencia
para leerla, y mandarme
en lo que serviros pueda.

(*Lee* FELICIANO.)

"El día que salió don Félix del peligro de la herida que le distes, se vieron las informaciones de vuestro Hábito en el Consejo de Ordenes. Con ésta os envio la licencia para que don Sancho Tello os le dé, etc."

Lo demás no importa aquí,
que es de mi casa y mi hacienda;
resta agora suplicaros
dos cosas: es la primera,
que tengáis a Feliciano
de Mendoza y de la Vega
por vuestro esclavo.

SANCHO. Teneos,
que, en justa correspondencia,
os quiero pedir lo mismo.

FELICIANO. Y la segunda, que sea
el darme el hábito en breve,
porque si allá se conciertan

amistades, será bien
que con este honor me vean.

SANCHO. Será, señor Feliciano,
para la primera fiesta,
que aguardo que un caballero
indiano a Sevilla venga,
por que con más regocijo
daros el hábito sea.
Seréis ese día padrino
de una cortesana bella
que se ha de casar con él,
para que yo a vos os tenga
por ahijado, y vos a él.

FELICIANO. Tanta merced ¿quién pudiera
sino un generoso Tello
tan liberalmente hacella?
Yo vendré a veros mañana.

(Vase.)

ANDRÉS. Sin ser Mendoza ni Vega,
dé vuesa merced los pies,
y si no los pies las suelas,
al buen Andrés, que no viene
por hábito, aunque en su tierra
hábitos y escapularios
tienen sus deudos y deudas.

SANCHO. Parecéis hombre de bien.

ANDRÉS. Mejor fuera que lo fuera,
porque si yo no lo soy,
¿qué importa que lo parezca?

(Vase y sale DOROTEA.*)*

DOROTEA. Con el cuidado, señor,
y presunción que pudiera
ser éste don Juan, mi esposo,
detrás de aquella antepuerta
le vi y escuché.

SANCHO. Fué engaño
de tu sospecha.

DOROTEA. Y fué cierta
una cosa en que yo he sido
ingrata, engañada y necia.

SANCHO. Cosa que este caballero
en tu seguimiento venga,
y que de aquellas heridas
que dió en Madrid causa seas.

DOROTEA. Mayor ha sido tu engaño,
que por él, quiero que sepas,
que tengo vida y honor,
pues él, en Sierra Morena,
me libró de aquella gente
bárbara, cruel y fiera.
Pero diciéndome Julio
una noche en una venta
que era el Capitán de todos,
ingrata, como resuelta,
partí sin verle a Sevilla;
pero vista su nobleza
y que ha sido engaño, estoy
arrepentida y contenta.

SANCHO. En fin, ¿él no es cosa tuya?

DOROTEA. ¿No ves tú que si lo fuera
no se hiciera la jornada?

SANCHO. ¡Oh, cuál era para Celia
un hombre de aquellas partes!
¡Pluguiera a Dios que se hicieran
los dos casamientos juntos!

DOROTEA. Habla bajo, que si llega
a escucharte, podrá ser
que piense lo que no piensa.

SANCHO. El caballero aficiona
con el talle y con la lengua.
¡Cuál era para mi yerno!

DOROTEA. Mas ¿qué has de hacer que por fuerza
le quiera Celia?

SANCHO. Si dura
nuestra amistad, la tercera
has de ser de este concierto,
que es oficio de discretas.

(Vase.)

DOROTEA. ¿Hay suceso semejante?
¿Que este caballero era
Feliciano de Mendoza,
y que mi desdicha sea
tal que don Juan esté en Cádiz
a tiempo que apenas pueda
agradecer lo que debo
a un hombre cuya nobleza
por darme vida se puso
a peligro de perderla?
¿Qué haré? ¿Qué será de mí
si le quiere para Celia
don Sancho? No sé quién dice
que amor los celos engendra,
si a los celos que me han dado
mi dormido amor despierta
del sueño en que le tenían
mi engaño y su breve ausencia.
Mas conténtese mi amor
solicitando que sepa
Feliciano mis desdichas
cuando decírselas pueda,
porque no ser de don Juan

es imposible que sea,
y quererle es imposible,
aunque más méritos tenga,
porque no da el trato el gusto
si la inclinación le niega.

SEGUNDA JORNADA

(*Salen* FELICIANO *y* ANDRÉS. FELICIANO *con hábito.*)

FELICIANO. No será la maravilla,
la novedad será parte.
ANDRÉS. Das ocasión a mirarte
con el lagarto a Sevilla,
y aunque es para el gasto empeño,
gran cosa en los pechos es.
FELICIANO. Fuera del honor, Andrés,
hace más galán al dueño.
ANDRÉS. Forastero, y señalado,
a todas lleva los ojos.
FELICIANO. Aún me duran los enojos
de mi necio amor pasado.
ANDRÉS. Amar se pueden defetos
si hay en el dueño virtud;
pero amar la ingratitud
nunca fué de hombres discretos.
FELICIANO. Conozco que la serví
y la vida aventuré,
y que fué, cuando se fué,
tan ingrata para mí.
Pero con necia inquietud
tengo, y lo tengo a locura,
más presente la hermosura,
Andrés, que la ingratitud.
¿Qué Andrómeda vió Perseo
atada al peñasco duro,
dando al mar aljófar puro
y al joven dulce deseo,
como a aquella dama vimos
descompuestos los cabellos,
dando de sus ojos bellos
aljófares a racimos?
No amaneció pura rosa
como ella en tanta desgracia,
que llorar con buena gracia
hace a una mujer hermosa.
¡Qué lágrimas! ¡Qué dolor!
Pienso que en tal desconsuelo
no cayó perla en el suelo
que no se volviese flor.
ANDRÉS. Tienes razón, porque atada
en aquella dura encina,
era una Venus divina
de Pablo Rubens pintada.
Pero, señor, ¿es Sevilla
alguna pequeña aldea?
¿No habrá en el Betis quien sea
ninfa de su verde orilla?
Amor con amor se cura,
no con las cosas contrarias;
tantas hermosuras varias
tendrán alguna hermosura
que, con suceso feliz,
alcance mayor vitoria.
No es de bronce la memoria,
sino tabla con barniz,
que se borra fácilmente
y encima se sobre escribe.
FELICIANO. La que en el alma se escribe
dura, Andrés, eternamente.
ANDRÉS. Pues a fe que sé yo quién
me ha preguntado por ti.
(*Llaman.*)
FELICIANO. ¿Llaman?
ANDRÉS. Parece que sí.
FELICIANO. Sal fuera y míralo bien.
ANDRÉS. Voy.

(*Vase.*)

FELICIANO. ¡Ay, necia pena mía!
¿Por qué no queréis dejar
a mi descanso lugar
ni de noche ni de día?
¿De qué sirve este cuidado
por una ingrata mujer?
Lo que nunca habéis de ver,
¿de qué sirve imaginado?
Determínome olvidar,
que apenas de lo que quiero
supe el nombre. Pues ¿qué espero?
Sin ver no se puede amar.
¿De qué te vienes riendo?

(*Sale* ANDRÉS.)

ANDRÉS. Ea, ya tenemos dama,
y debe de ser de fama
a lo que voy presumiendo.
Una esclava mulatilla,
de semblante socarrón,
que ya sabes que éstas son
los lunares de Sevilla,
sin envidiar el marfil,

la tez de ébano, lustrosa,
más limpia y más olorosa
que flor de almendro en abril,
y más áspera que un rallo;
al peligro inobediente,
con sombrerito en la frente
como antojo de caballo,
y su chinela briosa
que cubre el pie de nogal,
por dar higas al cristal
de alguna vaya enfadosa,
mostrando por los hocicos
unas blancas peladillas,
que pueden hacer cosquillas
a algunos manceborricos,
dice que te quiere hablar.

FELICIANO. Pues déjala entrar, Andrés.

ANDRÉS. Entra, Pascuala o Inés.

(*Entra* ESPERANZA.)

ESPER. Mucho os debéis de guardar
de enemigos de Madrid.

FELICIANO. No guardo, que no los tengo.

ESPER. Sabed que a mataros vengo,
que soy en Sevilla el Cid.

FELICIANO. Creo de esa valentía
cuanto decís si miráis;
mas si con gracias matáis,
dichosa muerte sería.

ESPER. Aquí traigo una pistola
con que os tengo de matar.

FELICIANO. Al papel se puede dar
esa preeminencia sola,
que una sentencia de muerte
cabe en cualquiera papel.
Veré lo que dice en él.
(*Ábrele.*)

ANDRÉS. (Ambar de los pechos vierte
vuestra merced, reina mía,
cuando yo pensé grajea.

ESPER. ¿Oye? Quedito, y no sea
enfado la cortesía.)

(*Lee* FELICIANO.)

"Una mujer desea hablaros, señor Feliciano de Mendoza. No puede en su casa, y va esta tarde en un barco a San Juan de Alfarache. Podéis ir en otro y acercaos a quien os hiciere señas con unos listones verdes."

Yo he leído. Resta agora
que seáis más franca vos
del nombre.

ESPER. ¡Bueno, por Dios!
Matárame mi señora.
Demás, que la habéis de ver
tan presto como esta tarde,
y con esto Dios os guarde,
que tengo mucho que hacer.

FELICIANO. Llevaos aquestos doblones,
que es fruta nueva.

ESPER. No, no.

ANDRÉS. "No, no", y el oro agarró
como puño de tostones.
No es manca su señoría
ni baldada del tomar.
Yo la pienso enamorar,
porque éstas dan en un día
cuanto quitan en un año.

FELICIANO. Tres letras vienen aquí
por firma.

ANDRÉS. ¿Tres letras?

FELICIANO. Sí.

ANDRÉS. Ellas serán desengaño.

FELICIANO. Dos *dees* son y una *be*.
La primera dirá el don.
¿La otra?

ANDRÉS. Don Golondrón.
Eso bien claro se ve.

FELICIANO. ¡Qué gracioso majadero!
¿Y la *B*?

ANDRÉS. La *be* dirá
Bernabé, con que estará
claro todo el nombre entero.

FELICIANO. ¿El don a la postre?

ANDRÉS. Sí,
que los más dones que ves
vienen agora después.

FELICIANO. Necio estás.

ANDRÉS. Siempre lo fuí.

FELICIANO. ¡Válgame Dios! ¿Qué diría
con dos *dees* y una *B*?

ANDRÉS. Agora sí que lo sé:
"Dátiles de Berbería".

FELICIANO. ¡Qué bien el ingenio muestras!

ANDRÉS. Dos por dicha te querrán.

FELICIANO. ¿Cómo?

ANDRÉS. Dos *dees* dirán,
y una *B*, dos dueñas vuestras.
Pero ¡por vida del Cid!
que agora lo entiendo bien.
Las *dees* y *be* también:
"Dando dinero venid."

FELICIANO. Venid se escribe con *V*,
necio, y esta letra es *B*.

Flétame un barco.

ANDRÉS. Eso haré,
por que allá lo sepas tú.

FELICIANO. Salga mi amor poco a poco;
busquemos cosas posibles.

ANDRÉS. Quien anda por imposibles
no está lejos de ser loco.

(*Asome un barco enramado por la puerta del vestuario, y en él, sentadas,* DOROTEA, CELIA *y* ESPERANZA.)

CELIA. ¡Qué dormido pasa el río
en su cama de cristal!

DOROTEA. Es templanza desigual
para tanto fuego mío.

CELIA. Prosigue tu relación,
que estos árboles cortados
tienen los ojos cerrados,
si las hojas ojos son.

DOROTEA. Para descansos de amor
dulce instrumento es la lengua,
que, siendo honesta, no es mengua,
Celia mía, del honor.
Dije a don Sancho el suceso,
reservando para ti
el amor que ha sido en mí
más obligación que exceso.
Quedara, Celia, ofendida
la razón y la piedad
negando la voluntad
a quien le debo la vida.
Verdad es que el accidente
cesó presumiendo de él
que era el Capitán cruel
de aquella bárbara gente.
Pero después que le vi
con la insignia de Santiago,
cuanto le debo le pago,
si bien imposible en mí,
que, como sabes, estoy
casada con un don Juan
que imaginado me dan.
Finalmente, suya soy,
porque no puede ser menos,
como quien se ha de morir.

CELIA. Pues ¿qué le quieres decir?

DOROTEA. Paso, que los barcos llenos
de gente se acercan ya.

CELIA. Dígolo, porque, ignorante
de suceso semejante,
como mi padre lo está,
también yo me aficioné
de Feliciano, y pensaba
quererle; que lo intentaba,
de lo que te digo en fe.
Pero ya, por más que digas,
déjame mi pensamiento.

DOROTEA. En declararme tu intento
discretamente me obligas.
Celia, yo te doy licencia
que le quieras, aunque tengo
envidia; pero prevengo
para mis celos paciencia.
Antes me darás la vida,
porque así le podré ver.

CELIA. ¿Cómo le puedo querer
mientras tu amor no le olvida?

DOROTEA. Lisonja, Celia, me has hecho
en quererle, pues mi culpa
halla en tu amor la disculpa
de cuanto me abrasa el pecho.
Quiérele, Celia, ¡ay de mí!,
que soy tan mujer de bien,
que no he de ofender a quien
aun en mi vida le vi.

(*Dentro música, guitarra, sonajas y bulla.*)

Cantan: "Vienen de Sanlúcar
rompiendo el agua
a la Torre del Oro
barcos de plata."

(*En otra parte del vestuario otro coro.*)

Cantan: "Galericas de España
sonad los remos,
que os espera en Sanlúcar
Guzmán el Bueno."

LOS PRIMEROS.

"Barcos enramados
van a Triana,
el primero de todos
me lleva el alma."

LOS SEGUNDOS.

"A San Juan de Alfarache
va la morena,
a trocar con la flota
plata por perlas."

(*Asome a la otra parte del vestuario otro barco enramado, y en él* FELICIANO *y* ANDRÉS, *sentados.*)

ANDRÉS. Boga, arráez, que después
darás la sirga a la vuelta.

FELICIANO. Aquéllas pienso que son.
ANDRÉS. Hasta que las señas veas
no te acerques, que estos barcos
me han dado alguna sospecha.
DOROTEA. Celia, aquél es Feliciano.
CELIA. Apenas Leandro viera
la lumbre sobre la torre
como tu amor centinela
en su pecho la cruz roja.
DOROTEA. Quiero, Celia, hacer las señas.

(Hace señas con listones verdes.)

FELICIANO. ¡Ay, Andrés! Ella es, sin duda,
que ya la verde bandera
de paz tremola en la nieve
de la mano que la muestra.
¿Quién será aquesta mujer?
¿Será casada o doncella?
¿Será imposible o posible?
¿Será hermosa? ¿Será fea?
ANDRÉS. Alguna mujer medrosa
de fantasmas, que desea
tener al pecho de noche
esa cruz cuando se acuesta.
Picó el barco en levantando
los listones. Ya se acerca
a la orilla.

(Voces dentro.)

FELICIANO. ¡Oh, infame arráez!
Entre el agua y el arena
dió con la dama tapada.
Voy, Andrés, a socorrerla.

(Vase.)

ANDRÉS. ¡Tente! ¿Estás loco? A las ligas
le da el agua. Mas ya llega
y la recibe en los brazos
ya desmayada en las hierbas.
Parecen Céfalo y Pocris.
De ver el agua me tiembla
el corazón. ¡Oh, bien haya
quien por bodegas navega,
donde el peligro es dormir,
arrobándose con ellas!
Un astrólogo me dijo
—tal salud el turco tenga
como yo se la deseo—
que del agua, o mala o buena,
me guardase, que tenía
notable peligro en ella.
Por no estar la orilla enjuta
más adelante la lleva.
Cobarde he sido; no importa.
Ya mi barco llega a tierra.

(Vase. Saca FELICIANO en brazos a DOROTEA.)

FELICIANO. Pues que ya volvéis en vos,
aquí podréis, mi señora,
descansar, y hablarme agora
que estamos solos los dos.
DOROTEA. Yo os debo, después de Dios,
la vida dos veces ya.
FELICIANO. ¿Qué es esto que viendo está
mi turbada fantasía?
¿Si sois vos, ingrata mía?
Mas ¿quién sino vos será?
Castigar la ingratitud
tan a mi costa ha de ser,
que yo vengo a padecer
más daño y más inquietud.
Pero si agora en virtud
de mi fe y amor ha sido
el haberos socorrido,
que ya imagináis entiendo
como me paguéis huyendo
tanto amor con tanto olvido.
¡Válgame Dios! ¿Si por dicha
sueñan mis ojos que os veo?
Que suele un loco deseo
engañar una desdicha.
Sin dejarme cosa dicha
de vos, ¿cómo os fuistes? ¿Cuándo?
¿Por qué parte o senda estando
nuestro aposento tan junto?
Mas ¿cómo a un ángel pregunto
por dónde se fué volando?
De la suerte que he quedado
mis desdichas os lo digan,
que a quien servicios no obligan,
¿qué penas darán cuidado?
Mas ¿cómo me habéis llamado?
Sin duda alguna queréis
pagar lo que me debéis
o, para mayor vitoria,
volvéis a ver la memoria:
que el alma allá la tenéis.
DOROTEA. En aquella pobre choza
donde pensé con decoro
honesto haceros Medoro,
Feliciano de Mendoza,
que también el alma goza
en su mismo entendimiento,
como más alto instrumento
las perfecciones de Amor,

un engañado temor
asaltó mi pensamiento.
Que érades el Capitán
de los ladrones oí;
creí, temí, mujer fuí,
que esta disculpa nos dan;
pero viéndoos tan galán
hablar con el dueño mío,
que lo es don Sancho, mi tío,
el que ayer la cruz os dió,
mi voluntad pretendió
disculpar mi desvarío.
Bien pudiera yo en su casa
hablaros, pues sois su amigo;
pero no quise testigo
que entendiese lo que pasa.
Amor voluntades casa
con gusto de las estrellas,
que no hay ventura sin ellas
para templar las desdichas;
pero no casa las dichas,
que hay mucha desdicha en ellas.
A mostrarme agradecida
ha sido aquesta jornada,
por verme tan obligada
de haberme dado la vida.
Del engaño arrepentida
os traigo aquesta cadena,
corta paga, pero ajena
de ingratitud. Pobre soy,
que otra en la del alma os doy
de más eslabones llena.
Seré vuestra siempre, haciendo
mil veces en la memoria
nuevas penas de la gloria
que estoy mirando y perdiendo.
Y porque yo sola entiendo
la causa y la triste suerte
que mi bien en mal convierte
cuando viendo el bien estoy,
estas lágrimas os doy
por testigos de mi muerte.

FELICIANO. Disculpa, agradecimiento,
vista y despedida juntas,
con respuestas sin preguntas
turbaran mi entendimiento.
En la disculpa consiento
y en que estéis agradecida,
no en que vengáis persuadida
de que pueda una cadena
ser galardón de mi pena
y remedio de mi vida.
Guardalda, que aunque es favor,
se afrentara la que tengo
si a tomarla en premio vengo
del vuestro y de mi valor.
La vista es prenda de amor;
pero verme y despedirme,
¿cómo podré persuadirme
que es amor pudiendo ver,
pues sin ver no puede haber
ni fe cierta ni amor firme?
En las cosas de los cielos
se ve por contemplación,
y, como tan ciertas son,
son muy justos los desvelos.
Mas donde puede haber celos
y la fe no ser quien fué,
¿qué amor podrá, si no ve,
dar materia a la esperanza?
Que donde cabe mudanza
no se ha de querer por fe.
Dejad los ojos, que ya
el mundo sin sol tenéis,
y decidme (si podéis),
¿cuál imposible será
el que de por medio está
para que no os hable y vea?
Porque ¿quién habrá que crea
que si vos queréis querer
ser mi mujer, pueda haber
imposible que lo sea?

DOROTEA. Aunque no pensé tratar
de aquestas cosas con vos,
ya es forzoso, y que los dos
no nos podemos hablar.
Yo me venía a casar
en Sevilla, Feliciano,
con un caballero indiano
que ya está en Cádiz, de suerte
que viene a darme la muerte
y vengo a darle la mano.
Esto por fuerza ha de ser.
Aquí no hay más que sufrir.

FELICIANO. Donde el remedio es morir
sufrimiento es menester.
¿Que ya sois de otro mujer?
¿Que fué mi desdicha tal?

DOROTEA. La mía ha sido mortal,
que, en fin, tengo de perderos.

FELICIANO. ¿Que pude yo mereceros
y me sucedió tan mal?
¿Que antes de saber el nombre
que tenéis os he perdido?

¡Extraña desdicha ha sido!
¡Que pueda vivir me asombre!
¡Piedra soy, que no soy hombre!
DOROTEA. ¿Y queréis saberle?
FELICIANO. Sí,
por saber a quién perdí.
DOROTEA. Claro en la firma se ve
en dos *dees* y una *B*
del papel que os escribí.
FELICIANO. No pude acertarle bien.
DOROTEA. Doña Dorotea Bernarda.
FELICIANO. ¡Ay, Dorotea gallarda,
dulce Bernarda también!
Ya que habéis de ser de quien
merece lo que perdí,
sólo un bien hacedme a mí:
que no más de hasta que venga
licencia de hablaros tenga.
¿Esto no es honesto?
DOROTEA. Sí.
Pero en viniendo mi esposo
ni aun mirarme, Feliciano.
FELICIANO. ¿Siendo tan honesto y llano?
DOROTEA. No hay trato honesto amoroso.
FELICIANO. Eso es crueldad.
DOROTEA. Es forzoso.
FELICIANO. ¡Qué desdicha!
DOROTEA. Yo la siento.
FELICIANO. ¿Qué ofende al honor?
DOROTEA. El viento.
FELICIANO. Pues ¿qué es el honor?
DOROTEA. Temor.
FELICIANO. ¿De qué?
DOROTEA. De perder mi honor.
FELICIANO. ¿Por hablar?
DOROTEA. Sólo un momento.
FELICIANO. Moriréme.
DOROTEA. Yo también.
FELICIANO. Pues ¿no habrá remedio?
DOROTEA. No.
FELICIANO. Yo le sé.
DOROTEA. No quiero yo.
FELICIANO. ¿Eso es querer?
DOROTEA. Y muy bien.
FELICIANO. Más es desdén.
DOROTEA. No es desdén.
FELICIANO. ¿Vos no amáis?
DOROTEA. A solo vos.
FELICIANO. ¿Qué haremos?
DOROTEA. Morir los dos.
FELICIANO. Yo estoy loco.
DOROTEA. Yo estoy ciega.
FELICIANO. Del barco llaman.
DOROTEA. Ya llega.
FELICIANO. Voime.
DOROTEA. ¡Ay, Cielo!
FELICIANO. ¡Adiós!
DOROTEA. ¡Adiós!

(*Vanse y salen* DON DIEGO *y* FABIO.)

DIEGO. Aún es mayor que la fama
la rica y noble Sevilla.
FABIO. ¡Qué apacible! Por su orilla
Betis la copia derrama
de sus fecundas olivas.
DIEGO. ¡Oh, generosa ciudad!
Del Fénix la eternidad
siglos pacíficos vivas.
FABIO. ¡Qué hermosa!
DIEGO. ¡Qué fuerte y llana!
FABIO. Parece brazo la puente
de los barcos, y que enfrente
tiene en la mano a Triana.
DIEGO. Siempre a sus reyes fiel
tiene en sus cimientos graves
una corona de naves
que le sirven de laurel.
Y es justo que se la des,
Betis, que a sus plantas corres,
corone de sol sus torres
y tú de cristal sus pies.
Ya, Fabio, mi pensamiento
llega a ser ejecución.
FABIO. Con medroso corazón
escucho tu atrevimiento.
DIEGO. Yo sé que seguro llego
donde esperándome están.
FABIO. Finalmente, eres don Juan
y dejas de ser don Diego.
DIEGO. Ten cuenta no errar el nombre.
FABIO. Está seguro de mí,
que no hay cosa que por ti
determinado me asombre.
Todas las juzgo pequeñas
cuantas el temor me ofrece.
DIEGO. Esta la casa parece
de don Sancho, por las señas.
FABIO. Las armas que nos dijeron
son las mismas.
DIEGO. Y el blasón
de los Tellos de León,
que de su Rey descendieron.
Mas no perderán en mí,
que soy Guerra Montañés.

FABIO. ¿Si este es don Sancho?
DIEGO. El es.

(*Entran* DON SANCHO, JULIO *y* FÉLIX, *criados.*)

SANCHO. Desde estas rejas os vi
mirar esta puerta, y creo
que sois, si no me ha engañado,
caballero, mi cuidado,
quien espera mi deseo.
DIEGO. Ni a mí me ha engañado el mío,
si sois don Sancho, señor.
JULIO. (¡Gentil persona!
FÉLIX. El valor
muestra en el gallardo brío.)
SANCHO. Conforma vuestra presencia
con quien sois, señor don Juan.
JULIO. (Si él es discreto, es galán.)
DIEGO. No tuve, señor, paciencia
para no venir a veros
luego que en Sevilla entré.
SANCHO. Favor muy discreto fué,
y que debo agradeceros.
Que esta es vuestra casa ya.
DIEGO. Gracias al Cielo que veo
el centro de mi deseo,
que en vuestras manos está.
SANCHO. Excusé de preguntaros
cómo venís, porque siento
que era vano cumplimiento
después de veros y hablaros.
Mas no excuso preguntar
cómo vuestro padre queda,
puesto que también se pueda
por la distancia excusar.
DIEGO. Señor, bueno, aunque con pena
de mi partida. En efeto,
soy hijo solo.
SANCHO. Y sujeto
digno de amor.
DIEGO. ¿Está buena
Dorotea, mi señora?
Que ya supe que llegó
por vuestra carta.
SANCHO. Aunque yo
soy parte y soy padre agora
a falta del que ha perdido,
puedo decir que es mujer
que vuestra lo puede ser,
con que queda encarecido.
DIEGO. Añadid a ese favor,
si es posible, que la vea.
SANCHO. Fué con Celia Dorotea
a una visita.
JULIO. Señor,
el coche ha llegado ya.
DIEGO. Gran ventura para mí.
Diga Amor que vine y vi,
lo demás después será.
FÉLIX. (No es muy necio.
JULIO. Aún no ha llegado
la novia; allí lo veremos.)

(DOROTEA, CELIA *y* ESPERANZA.)

DOROTEA. No te espanten mis extremos
si tales nuevas me han dado.
CELIA. ¿Qué sirve el entendimiento
si no le ayuda el valor?
DIEGO. (Cuanto me sobra de amor
me falta de atrevimiento.)
SANCHO. Ya vino el señor don Juan.
Dame albricias.
DOROTEA. No las tengo
para nuevas...
SANCHO. No prosigas;
que te turbes te agradezco.
DIEGO. Llego, aunque indigno, a besar
vuestras manos.
JULIO. (Ya tenemos
la primera necedad.)
DOROTEA. ¿Cómo venís?
DIEGO. Bueno vengo,
señora, a vuestro servicio.
Tan dichoso, tan contento,
que si fueran en la flota
barras de oro mis deseos,
quedara tan rica España
que apenas tuvieran precio
las cosas, como se escribe
de Salomón en el tiempo.
JULIO. (¡Bravo tonto es nuestro novio!
¿Quién en el primer requiebro
trujo lugar de Escritura?
FÉLIX. Lo que es bueno, siempre es bueno.)
DIEGO. Dadme, Celia, vuestras manos.
CELIA. Y los brazos daros quiero,
señor don Juan, que es muy justo.
DIEGO. Con el silencio encarezco
tanto favor.
SANCHO. Sentaos, hijos.
(*Siéntanse.*)
ESPER. Diga, señor caballero,
¿viene de Lima también?

FABIO. De Lima, señora, vengo,
que sirvo al señor don Juan.

ESPER. ¿Traen muchas cosas?

FABIO. Traemos
mucho cansancio del mar,
muchas ansias del deseo.

ESPER. No es eso lo que esperamos
los que estábamos sirviendo
a mi señora.

FABIO. Aunque digo
que sólo traemos esto,
no faltarán papagayos
de los Andes de aquel reino,
catalnicas, periquitos,
tities blancos y negros,
camaleones y micos
de olor.

ESPER. Todo eso, por cierto,
pudiera trocar don Juan
a barras de plata y tejos
de oro, que son animales
que en España conocemos.
Por el siglo de mi abuela
que una mañana degüello
todas esas sabandijas.
¡Micos de olor! Al infierno.
¿Era nuestra casa jaula?
¿Soñó acaso vuestro dueño
que era el arca de Noé?
¡Tities!

FABIO. Alegra el ceño,
morena del bel donaire;
desenfada los ojuelos
de la funda del capote,
que aunque esto digo, traemos
más diamantes que en la China
ha visto el más lince Febo.
Doce perlas de Cubagua,
que fueran del Fénix huevos,
si hubiera casta de Fénix,
que oro y plata es lo de menos.
Y yo te daré un collar
de esmeraldas y berruecos,
que llamar puedas marfil
lo que hasta agora pescuezo.

ESPER. Gran bellaco me pareces.

FABIO. Parece que te parezco.

DIEGO. Admirado estoy, señor,
de tan extraño suceso.

SANCHO. Que viniese Dorotea
fué milagro y fué consuelo,
y antes hubiera venido
a no tenerse por cierto
que érades muerto en la guerra
de Lima.

DIEGO. Causa tuvieron
la fama, el mar, la distancia,
los peligros, los encuentros
de la guerra a presumirse;
pero guardábame el Cielo
para tan feliz jornada,
para tan hermoso dueño
y para que en ser su esclavo
parasen mis pensamientos.
Tuvo aviso de Felipe
desde el otro al mundo nuevo
Felipe Cuarto de España,
hijo del Fénix Tercero,
el Marqués de Guadalcázar
que, enojados y soberbios,
los de Gelanda y Holanda
de saber que no les dieron
libertad para seguir
de Calvino y de Lutero
la secta que contradice
la verdad del Evangelio,
poblaron de gente y armas
una ciudad, que corriendo
portátil el mar del Sur
pusiese a sus costas miedo.
Reparó el Marqués la tierra
como capitán discreto,
para que hallase en llegando
defensa su atrevimiento.
A nueve de mayo, el sol,
sobre las ondas del puerto,
descubrió las altas naves
vestidas de acero y lienzo.
Al defenderles la tierra
un mozo holandés fué preso,
que dijo al Marqués la causa
de su venida instrumento.
Nueve ciudades de Holanda
se juntaron al concierto
de esta armada, haciendo, alegres,
de sus haciendas empleo
para saquear a Lima,
y con dos mil y quinientos
hombres, que bien lo serían
soldados y marineros,
aportaron al Callao.
Pero como yo no vengo
a tratar cosas de guerras
sino amorosos requiebros,

y fuera locura en mí,
Dorotea, entreteneros
con crueldades de holandeses
y con valerosos hechos
de españoles en las Indias,
de quien finalmente huyeron
desesperados de ver
malogrados sus intentos,
y que Lima y su Virrey
vitoriosos parecieron,
ella coronada de oro
y con el árbol Peneo,
aquella amorosa junta
de Marte y la hermosa Venus,
y que el león de Felipe,
dorado signo del cielo,
bordó las guedejas de oro
de estrellas en frente y cuello.
Y que cuando tiene España
en Castilla el pie derecho,
a las más remotas Indias
alcance con el izquierdo,
como aquella maravilla
del faro, por cuyo medio
iban pasando las naves.
Basta decir que me hirieron,
pero que vengo con vida,
que estimo para ser vuestro.

(*Salen* FELICIANO *y* ANDRÉS.)

FELICIANO. Como persona de casa
entro libremente, Andrés.
ANDRÉS. ¿Qué gente es ésta? ¿Si es
el que con ella se casa?
FELICIANO. ¡Jesús! ¡Muerto me has dejado!
ANDRÉS. Pues, señor, ¿quién puede ser
el que llegue a merecer
estar con ella a su lado?
FELICIANO. ¡Qué divertidos están!
ANDRÉS. Que te vuelvas te conviene.
FELICIANO. ¡Qué buena persona tiene!
ANDRÉS. ¡Por mi vida que es galán!
FELICIANO. ¿Cuándo no fueron los celos
francos de galas ajenas?
ANDRÉS. Para aumento de tus penas,
galán le hicieron los Cielos.
FELICIANO. ¿Oyes, Esperanza?
ESPER. Ya
escucho a vuesa merced.
FELICIANO. Hazme, Esperanza, merced
de decirme quién está
con Dorotea.
ESPER. Señor,
de quien ha de ser mujer,
que él solo pudiera ser
digno de tanto favor.
Don Juan la goza y la alcanza,
que es fuerza y no cortesía.
FELICIANO. ¡Oh! ¡Cómo parece mía
en ser negra y esperanza!
¡Ay de mí, que la perdí!
ANDRÉS. ¡Que aquesto vengas a ver!
FELICIANO. Pues, Andrés, ¿qué puedo hacer
cuando estoy fuera de mí?
ANDRÉS. Irte.
FELICIANO. ¿Cómo?
ANDRÉS. Con los pies.
FELICIANO. Ya me han visto.
ANDRÉS. Ya es en vano.
SANCHO. Celia, el señor Feliciano.
FELICIANO. (Desmáyase el alma, Andrés.)
CELIA. ¡Señor!
DOROTEA. (¡Que esto llegue aquí!)
DIEGO. (¿Quién es este caballero?
SANCHO. Aparte deciros quiero
quién es, porque importa así.
Codiciole para yerno
con Celia. Haced amistad
con él, que si esta hermandad,
como yo pienso, gobierno,
no quiero mayor ventura
para mis años.
DIEGO. Tenéis
buena elección, pues la hacéis
sobre prenda tan segura.
¿Es de aquí?
SANCHO. De Madrid es,
y de los nobles Mendozas:
que bien tan gallardas mozas
podré yo decir después
que se emplean en los dos,
pues ya no puede ser tarde.
DIEGO. Voile a hablar.) El Cielo os guarde.
FELICIANO. Y os guarde, señor, a vos
mil años con esta dama.
DIEGO. Y el mismo quiera que os den
con su prima el parabién,
que me ha dicho quien os ama,
y que os le doy desde aquí.
ANDRÉS. (Lindamente has negociado.
FELICIANO. ¿Cómo?
ANDRÉS. El viejo, aficionado
notablemente de ti,
con Celia quiere casarte.

FELICIANO. Calla, que es ventura mía,
porque podré cada día,
si al amor ayuda el arte,
visitar a Dorotea.)

SANCHO. Dejémosles a los tres,
porque vuestra esposa es
la que esto también desea,
y porque os quiero enseñar,
si no es que os causa disgusto,
aderezado a mi gusto
el cuarto que habéis de estar.

DIEGO. Yo, señor, sólo deseo
obedeceros en todo.

SANCHO. Voy, don Juan, trazando el modo
de hacer tan dichoso empleo.

(Vanse los dos y los CRIADOS.)

FELICIANO. ¿Podrá mi desdicha hablarte
la víspera de mi muerte,
cuando mis propios contrarios
piadosos me favorecen?
¿Podrá, hermosa Dorotea,
mi imposible amor ponerte
en obligación de oirme?

DOROTEA. Feliciano, ¿qué pretendes
de mi desdicha?

FELICIANO. Oye aparte.

DOROTEA. ¿Aparte?

FELICIANO. Sí.

DOROTEA. ¿Qué me quieres?

FELICIANO. ¿Qué te quiero, me preguntas?
Es cuanto puedo quererte
lo que te quiero.

DOROTEA. En hablarme
te digo, que no en quererme.

FELICIANO. Para lo que dices, quiero
preguntarte si te dueles
de mí, que ya sé que es tarde
para que mi mal remedies.
¿Tienes lástima, señora,
de ver que viniendo a verte
con ánimo de servirte
hasta que don Juan viniese,
le hallé sentado contigo
como las palomas suelen
decir con tiernos arrullos
lo que ellas solas entienden?
¿No sientes que la promesa
de permitir que te viese
fuese traición de mi dicha
para matarme en ser breve?
¿No sientes, señora mía,
que te he perdido dos veces
cuando pensaba obligarte
con tan graves accidentes?
¿Y no sientes que no tengo
paciencia para perderte,
y que me han de matar celos
de que don Juan te merece?

DOROTEA. Siento lo que no te digo,
porque perderte es perderme,
palabra que a un hombre noble
es justo que le consuele.
Yo no puedo más. Bien sabes
que fué el concierto que verme
pudieses mientras don Juan
de Sanlúcar no viniese.
El ha venido: si es justo
que cumpla con lo que debe
a sí misma una mujer
de mi calidad, ¿qué quieres?
Allí está Celia, y su padre,
aficionado, pretende
dártela. Es rico y es sola,
casarte y matarme puedes.
¿Qué más venganza, señor,
que ver que tan cerca tienes
con quien amor por amor
y celos por celos trueques?
Advierte que ya te mira
como a su dueño, y advierte
que voy a matarme.

FELICIANO. Aguarda.

DOROTEA. ¿Cómo es posible?

FELICIANO. Detente.
Hasta venir tu marido
concertamos que te viese.
¿No es verdad?

DOROTEA. Así es verdad.

FELICIANO. Pues ¿por qué no me concedes
que te ame y sirva hasta tanto
que te cases, pues no pierdes
en que yo te quiera y sirva
de tu honor y de quien eres?
Yo me iré cuando te cases.

DOROTEA. Si honestamente procedes,
esa licencia te doy.

FELICIANO. Tú sabes que honestamente
te quiero y sirvo.

DOROTEA. Será
tan presto, que apenas puedes
lograr ese pensamiento.

FELICIANO. ¿Qué se te da que me lleven
como suele la justicia

los sentenciados a muerte?
Que siempre va la esperanza
diciendo que aun allí puede
venir perdón de la parte
o quebrarse los cordeles.
Yo quiero amarte y servirte;
si yo esperanza tuviere,
no la tendré en que perdones,
sino en que el cordel se quiebre.
Llévame a Celia de aquí,
que no quiero yo que pienses
que me vengo en darte celos.

DOROTEA. Traidor pájaro pareces
que cantas desde la jaula
para que a la liga llegue.—
Ven, Celia, conmigo.

CELIA. Prima,
si mucho aquí te detienes,
o tú tendrás dos maridos
o este galán dos mujeres.

(Vanse.)

FELICIANO. ¿Andrés?

ANDRÉS. No me digas nada,
que no puede ser que intentes
cosa de que salgas bien.
Don Juan a casarse viene;
si don Sancho le recibe
para primeros papeles,
¿cómo quieres tú segundos
si la historia no los tiene?
La licencia se ha cumplido
de verla y servirla.

FELICIANO. Advierte
que hasta que se desposase
le pedí que me la diese.

ANDRÉS. ¿Y hátela dado?

FELICIANO. Sí.

ANDRÉS. Extraño
amante. Ya me parece
que después de estar casada
le pides que otros dos meses
prorrogue el término, y luego,
por ver si don Juan se muere,
le pides ultramarino.

FELICIANO. Calla, Andrés, que el tiempo suele
hacer de los valles montes
y de los mirtos laureles.
Déjame amar y servir,
que, cuando mi amor no premie,
de mis penas será gloria
perderme tan altamente.

TERCERA JORNADA

(Salen DOROTEA, DON DIEGO, CELIA, FELICIANO, ANDRÉS *y* ESPERANZA.*)*

CELIA. Hizo Amor a honesto fin
este amoroso teatro.

ANDRÉS. Aves parecéis los cuatro
de este esmaltado jardín,
diciendo dulces amores
al agua y flores süaves.

DIEGO. Mejor pudieran las aves
a los cristales y flores
de Celia y de Dorotea.

DOROTEA. No hay pena como fingir.

FELICIANO. Ni gloria como servir
adonde tan bien se emplea.

ESPER. ¡Plega a Dios que llegue el día
en que os caséis dos a dos!

CELIA. ¡Quiera Dios!

FELICIANO. (¡No quiera Dios!)

DOROTEA. Sentémonos, Celia mía.

ANDRÉS. Dicen que no hay un real,
y esta fuente se dilata
cantando en sonora plata
con pasajes de cristal,
pululando mirabeles
que liban el verde bulto.

FELICIANO. ¿Ya te deslizas en culto?

ANDRÉS. Por hablar con cascabeles,
que es linda cosa el ruído,
aunque no se diga nada,
esta lengua disparada
que tan dilatada ha sido,
tabaco de ingenios es
que los hace estornudar:
toman humo para hablar
y es todo viento después.—
Esperanza de mis ojos,
mientras aquestos amantes
hablan en cosas tocantes
a sus cuidados y antojos,
escucha también los míos.

ESPER. Aunque tan tiernos los ves,
tratan matrimonio, Andrés,
y tú dices desvaríos.

ANDRÉS. Haré con el mismo fin
mil sonetos a tu cara,
sacando por alquitara
la tinta de tu jazmín.

ESPER. Como no juegues de manos,
escucharé tus razones.

DIEGO. (Deben de ser ilusiones

de mis pensamientos vanos.
Pero no me ha parecido
que mira a Celia con gusto
Feliciano, y, a ser justo,
hubiera el alma tenido
cuidados de Dorotea.
Dura condición de Amor;
gigantes forma al temor
cualquier átomo que vea.)

DOROTEA. (Don Juan está cuidadoso.)
¿Esperanza?

ESPER. ¿Mi señora?

DOROTEA. Pues hay quien te ayude agora,
por lo cortesano airoso,
baila un poco.

ANDRÉS. Aquí estoy yo,
si le soy de algún provecho.

DIEGO. (Todo se me abrasa el pecho.)

ESPER. ¿Tú me ayudarás?

ANDRÉS. Pues ¿no?

(Cantan y bailan esto:)

Cantan: "Rio de Sevilla,
¡quién te pasase
sin que la mi servilla
se me mojase!
Salí de Sevilla
a buscar mi dueño,
puse al pie pequeño
dorada servilla.
Como estoy a la orilla
mi amor mirando,
digo suspirando:
¡quién te pasase!, etc."

CELIA. Mi padre ha venido. A verle,
con vuestra licencia, voy.

DOROTEA. Y yo, que tan suya soy
como tú para quererle.

FELICIANO. Saldremos todos, señora,
a recibirle.

(Vanse.)

DIEGO. Yo no,
que conmigo mismo yo
quiero entrar en cuenta agora.
De la parte que el sol dora,
después que en el mar se baña,
de las columnas de España
con atrevido furor
vine a intentar por amor
una temeraria hazaña.
Imposible parecía,
pero tan bien la tracé,
que a la medida la hallé
de mi propia fantasía.
Pero sin noche no hay día
ni luz sin obscuridad.
Llegué a España, y la beldad
mirando de Dorotea,
calificaron la idea
la imagen y la verdad.
La diferencia que veo
de lo vivo a lo pintado,
dió al alma nuevo cuidado
y la presencia al deseo.
Previno Amor el empleo
solicitando el favor,
al favor siguió el temor,
y, por sendas tan estrechas,
que desataron sospechas
la venda a mi ciego amor.
Mientras vivió Dorotea
en Madrid, su gallardía
algún cuidado tendría.
No es su ofensa que lo crea
ni que Feliciano sea
si por su gusto la sigue;
mas que casada la obligue
a favor, toca al honor,
que hasta casarse es amor
y deshonor si prosigue.
¡Ah! ¡Cómo me ha castigado
el Cielo, porque he venido
con nombre ajeno fingido
a engañar quien me ha engañado!
Tanto hablar, tanto cuidado
en mirar y en reparar,
cuando yo vuelvo a mirar.
Algún secreto hay aquí:
pero ya, si no es de mí,
¿de quién me puedo quejar?
Dilatar el casamiento
es fuerza y ver lo que pasa,
porque yerra quien se casa
mal seguro el pensamiento.
Son pasos que piden tiento,
que, como a casarse van,
con mucho espacio se dan.
Que enamorado un discreto
perdona cualquier defeto,
pero no tener galán.

(Entra ANDRÉS.)

ANDRÉS. (Basta, que Esperanza aprende
los desdenes de su ama;

lo que desama, desama;
lo que defiende, defiende.
Aquí está don Juan.)

DIEGO. Andrés,
¿dónde queda tu señor?

ANDRÉS. Solicitando su amor
con el cuidado que ves.

DIEGO. ¿Cómo dilata el casarse?

ANDRÉS. Como a su padre escribió....

DIEGO. Fué muy justo.

ANDRÉS. Pienso yo
que no podrá dilatarse
del ordinario que viene.

DIEGO. Tengo a dicha emparentar
con él.

ANDRÉS. Débeos obligar
el inmenso amor que os tiene.
(Mejor tenga la salud
que le quiere Feliciano.)

(*Vase* DON DIEGO, *y sale* FELICIANO.)

FELICIANO. Yo me voy cansando en vano
de mi esperanza en virtud.
Pero ¿cuál hombre se precia
de que por ser porfiada
pase el término de honrada
y llegue al de ser tan necia?
¡Oh, Andrés! Hoy ha hecho fin
iba a decir mi esperanza.

ANDRÉS. ¿Hay nueva desconfianza
desde el favor del jardín?
¿Qué tenemos?

FELICIANO. Mayor mal.
Don Sancho me ha dicho agora
que esta ingrata a quien adora
mi necio amor inmortal
esta noche se desposa.

ANDRÉS. Huélgome.

FELICIANO. ¡Mal te haga Dios!

ANDRÉS. Por que acabemos los dos
con necedad tan forzosa,
vámonos de aquí, señor,
no aguardemos que haya aurora
de esta noche; esta señora
salga dueña y no de honor.
¿Quién ha de tener paciencia
amando tan locamente
para verla diferente
del estado de inocencia?
Tu mismo amor no permita
ver, que es vista rigurosa,
que anochezca fresca rosa
y que amanezca marchita.
Que es condición al revés,
pues sale al alba más fresca;
mira que es tema tudesca
morir sin mover los pies.

FELICIANO. No puedo volver atrás.

ANDRÉS. Pues ¿cómo? ¿Esto quieres ver?
¿Esperanza puede haber
que obligue a que esperes más?
¡Cuál eras para judío!
Si el Consejo se informara
de mi, la cruz te quitara
por el juramento mío.
Esta noche esta mujer
se casa ¿y esperas tú?
¡Jesú mil veces, Jesú!
De piedra debes de ser.

FELICIANO. ¿Desde la taza a los labios
no hay peligro?

ANDRÉS. Así se dice.

FELICIANO. Pues si no lo contradice
común opinión de sabios,
con más razón me provoca,
pues queda, para esperar
a la noche, más lugar
que de la taza a la boca.

ANDRÉS. A su señora un villano
se atrevió, necio, una fiesta
y ella, a matarle dispuesta,
tomó una daga en la mano.
Creciendo más su porfía
el golpe no ejecutaba,
por ver en lo que paraba,
aunque la daga tenía.
Tanto esperó, que el villano
salió con lo que intentó;
pero vió en lo que paró
siempre la daga en la mano.
Señor, ¿adónde camina
tu loca imaginación?
¿Es tema, o es afición
que el alma te desatina?
No se cuenta de hombre humano
tanto amar, tanto esperar;
mira que te has de quedar
con la esperanza en la mano.

(*Sale* DOROTEA.)

DOROTEA. Con justa desconfianza
de que a mis méritos niegues,
Feliciano de Mendoza,
lo que a mis cuidados debes,

a pedirte vengo humilde
un favor, que me concede
tu valor, si le imagino,
mi celo, si le agradeces.
Halle yo gracia en tus ojos,
que quien pide cuando muere,
bien sabes tú que ninguno
le niega lo que pretende.
Para esta ocasión guardé
cuanto has dicho y encareces.
¿Qué harás por mí? ¿Qué respon- [des?

FELICIANO. Que tus méritos ofendes,
bellísima Dorotea,
y mi amor injustamente.
¡Dichoso yo que he llegado
(pues nunca en él pensé verme)
a tiempo que tú me pides,
tú que de mi alma tienes
la libertad que los Cielos
nos dieron liberalmente!
Pésame que no podré,
para servirte, ofrecerte
los imperios de Alejandro,
los ejércitos de Jerjes,
riquezas de Creso y Midas,
con las pinturas de Ceusis.
Porque, si fuera posible,
agotara el mar de Oriente
para darte cuanto nácar
al alba lágrimas bebe.
Ya las estrellas del cielo
fueran humildes laureles,
en vez de lirios y rosas
que coronaran tu frente.
En los olores de Arabia
no estaba seguro el Fénix;
pero llegando a tus manos
fuera inmortal en su nieve.
No importaran a Medea
dragones ni toros fuertes,
porque sus manzanas de oro
trajera en sus ramos verdes.
No tuviera el Minotauro
en las escuras paredes
del Laberinto defensa,
pues que le excusan las muertes.
Pide. ¿Qué dudas? ¿Qué aguardas?

DOROTEA. Pues ya si tan fácilmente
te dispones a obligarme,
en lo que te pido advierte.
Don Sancho Tello, mi tio,
me ha dicho agora que quiere
que me despose esta noche
por muchos inconvenientes,
que con discreta prudencia
de estas dilaciones teme.
Celia es mi prima, y a quien
mi amor y mi sangre deben
de su remedio deseos.
Fuera de esto, para verte
ninguno más efectivo;
porque si somos parientes
casándote tú con ella,
podré hablarte y verte siempre.
Que pues ha sido tu empresa
honestamente quererme,
¿qué puede querer tu amor
para serlo eternamente?
¿Qué estás pensando?

FELICIANO. No sé
cómo pueda responderte,
que pide tanta crueldad,
no, ingrata, palabras breves,
sino lágrimas del alma
que tus impiedades siente.
Yo te he amado y te he servido,
no lo digo porque pienses
que de cuatro pobres joyas
hago cargo a tus desdenes.
En todos los elementos
quiso Amor que te sirviese:
en la tierra, cuando estabas
atada a un tronco silvestre
expuesta a seis salteadores,
donde tanto honor me debes.
En el agua, cuando el barco,
si no llego diligente,
sepulta tus verdes años
en las orillas del Betis.
En el fuego, aquella noche
que por descuido se emprende
en tu casa habrá diez dias,
de cuyas llamas ardientes
en estos brazos, en éstos,
siempre a servirte fieles,
fuiste Penate de Troya,
que siempre mis penas eres.
Sólo en el viento me falta,
y para que no me quede
sin que en él también te sirva,
quiere el Amor que me dejes
en el aire, sin que tenga
donde la esperanza asiente
de mi pensamiento el vuelo

como pájaro celeste.
¿Cuál mujer a un hombre ha dado
de dos maneras la muerte
a un mismo tiempo? ¿Esta noche
dices que casarte quieres
y que yo también me case?
Dorotea, tú que puedes,
cásate, que, aunque es crueïdad,
consiste en ti solamente;
mas no me cases a mí,
que no es bien que me desprecies
tanto que me des a otra,
porque cuando las mujeres,
naturalmente celosas,
dan a otras lo que quieren,
o es vestido que desechan
o persona que aborrecen.
No pudiste imaginar
invención para ponerme
en mayor riesgo la vida
que cuando casarte quieres,
darme a quien no ha de querer
vestido que tú deseches,
sobre si me tiene amor
con un fingido accidente.
Pero porque ya, cruel,
el ánimo desfallece,
perdona que en esta silla
descanse en tanto que duerme
con este desmayo el alma.

(Siéntase y desmáyase.)

DOROTEA. ¡Ay, triste!

ANDRÉS. ¿Qué has hecho?

DOROTEA. En breve.
Andrés, trae agua.

ANDRÉS. ¿Qué has dicho?
¿Que Feliciano se muere?

DOROTEA. Ve presto.

ANDRÉS. Será desmayo.
Dale esas manos crueles.

(Vase y entra DON DIEGO.)

DIEGO. ¿Qué es esto que estoy mirando?
Pero bien será esconderme,
ya que mis celos me traen
donde averiguados queden.

(Escóndese.)

DOROTEA. Llegando a tal ocasión
mi desventura encubierta,
abra el silencio la puerta
al fuego del corazón.
Declárese mi pasión,
porque estando sin sentido,
te diga que te he querido
tan desatinadamente,
que no está mi honor presente
cuando está tu amor dormido.

¡Ay, Feliciano! Yo soy
quien desde el primero día
que debo a tu cortesía
esto que viviendo estoy
no una, mil almas doy
a los méritos que quiero,
del más noble caballero
y más digno de este pago,
que con la cruz de Santiago
honró la del blanco acero.

Siempre, mi bien, te he querido
y te querré eternamente,
cuidado fué diligente
fingir en tu amor olvido.
Danme un honrado marido
y debo corresponder
a ser tan noble mujer.
Por esto callé, señor,
que yo perdiera mi honor,
el suyo no puede ser.

Y porque más no he de hablarte
y por ventura no verte,
casarme será mi muerte,
con esto puedo obligarte.
La palabra quiero darte,
mi bien, mi gloria perdida,
de sólo mi honor vencida,
de guardarte eterna fe
y de que jamás tendré
gusto, si tuviere vida.

Pues no hay aquí quien me vea,
tomo tu mano en señal
de honesto amor natural,
porque con lágrimas sea.
Mi dura estrella me emplea
en don Juan; tú eres testigo
de que sólo el cuerpo obligo,
que para tenerme amor,
sin ofensa de su honor,
el alma caso contigo.

(Vase.)

FELICIANO. ¡Señora, señora mía!

DIEGO. (Aquí no hay más que esperar.)

(Vase, y sale ANDRÉS.)

ANDRÉS. Que aun agua no puedo hallar;
está esta casa vacía.

FELICIANO. Quedo, Andrés, que ya no importa.
ANDRÉS. ¿Resucitaste?
FELICIANO. No sé.
ANDRÉS. Mas yo siempre imaginé
que hacías la *gata morta.*
FELICIANO. Toda mi pena remedia
este bien trazado ensayo.
ANDRÉS. Imitación fué el desmayo
de pasito de comedia.
FELICIANO. ¡Lindo suceso!
ANDRÉS. ¿En qué modo?
FELICIANO. En siguiendo a Dorotea,
que me adora y me desea,
pienso decírtelo todo.

(*Vase. Entra* ESPERANZA *con un búcaro en una salvilla y toalla.*)

ESPER. Aquí está el agua.
ANDRÉS. ¡Por Dios,
que vienes a lindo tiempo!
¿Agua falta en esta casa?
¿O es porque no la bebemos?
ESPER. El almacigar los barros
o tazas al uso nuestro,
fué causa de no tener
la llave donde están puestos.
ANDRÉS. La limpieza de Sevilla
miro, morena, en tu cuello,
que le tienen otras muchas
como corteza de queso.
¿A ver?
ESPER. Echaréte el agua.
(*Echasela o quiere.*)
ANDRÉS. ¡Jesús! ¡Desmáyome! ¡Muero!
¡Una silla! Tú serás
(*Siéntase.*)
causa de mi muerte presto.
¡Ay, ingrata, que no miras
que de los cuatro elementos
no te saqué de ninguno!
Del agua, yo no la bebo;
de la tierra, no sé nada
porque no he sido conejo;
del aire, no soy poeta;
del fuego, no soy herrero.
ESPER. Si te has desmayado, bebe.
ANDRÉS. Agua no, que es juramento.
Vino, vino.
ESPER. ¿Cómo vino
si es desmayo?
ANDRÉS. Porque entiendo
que procede de frialdad.
ESPER. ¿Cómo, si el amor es fuego?
ANDRÉS. Porque las morenas son
frescas y hacen el efeto
del color en el amor,
que el blanco es caliente y seco.

(DON DIEGO *y* FABIO.)

DIEGO. Con la desdicha en que estoy
todo es sombras cuanto veo.
¿Qué es esto?
ESPER. Hase desmayado
Andrés. Vile haciendo gestos,
y trújele un barro de agua,
que soy piadosa en extremo
de ver hombres desmayados.
DIEGO. ¿También Andrés? ¡Bueno es esto!
ESPER. En viendo un diciplinante,
particularmente en viendo
estos de plegada alcorza
que van con el contoneo
haciendo la zarabanda,
por darles agua me muero,
y alguna calabazada.
FABIO. ¡Hola, Andrés!
ANDRÉS. "¡Jesús! ¿Qué tengo?
Venga el padre del alma
y deme un remedio."
ESPER. Mira que está aquí don Juan.
ANDRÉS. Señor, perdonad os ruego,
que me dan estos desmayos
en faltándome dinero.
"¡Jesús! ¿Qué tengo?, etc."

(*Vase.*)

FABIO. Como están de desposorio,
están alegres.
ESPER. Yo llevo
este barro y esta salva,
con vuestra licencia, adentro.
DIEGO. Id con Dios.
ESPER. "¡Jesús! ¿Qué tengo?, etc."

(*Vase.*)

FABIO. De lo que me has referido,
ya, señor, que éstos se fueron,
estoy sin seso.
DIEGO. Y yo, Fabio,
¿cómo estaré cuando quedo
puesto en tanta confusión?
FABIO. ¿Qué piensas hacer?
DIEGO. Si llego
a decir esto a don Sancho,

todo lo que sabes pierdo;
si me desposo esta noche
a fuerza de mi deseo,
será de mi honor infamia,
aunque estoy bien satisfecho
del respeto que ha tenido
Dorotea al honor nuestro.
Pero ¿quién ha de fiarle
poco menos que del viento,
pues hubo sabio que dijo
que eran las mujeres menos?

FABIO. Celia viene, no prosigas.

(*Sale* CELIA.)

CELIA. A buscar mi prima vengo.
Pensé que estaba con vos.

DIEGO. Decís muy bien, en mi pecho,
porque como es imposible
vivir separado el cuerpo
de aquella divina lumbre
de sus tres potencias dueño,
así yo sin que me anime.

CELIA. ¿No dice el entendimiento
que os desposáis esta noche?

DIEGO. Entonces podré ser necio.

(*Vanse los dos.*)

CELIA.

Si Feliciano por amor suspira
y es alma de su pecho Dorotea,
¿qué intenta mi esperanza? ¿Qué desea?
¿Que al alba nace y a la noche expira?
En vano creo que mis ojos mira
si el pensamiento en otra parte emplea,
pues no es razón que los engaños crea
de donde el conocerlos me retira.
Como el que se ha mirado en un espejo,
no deja de su rostro más despojos,
ni queda en el cristal la imagen de ellos.
Así, no quedo en él si de él me alejo,
pues luego que me aparto de sus ojos
huye la imagen que miraba en ellos.

(*Salen el* CAPITÁN BERNARDO *y* DON SANCHO.)

SANCHO.

Ha sido felicísima jornada,
y esperada de España sumamente.

CAPITÁN.

¿Cuándo no fué la plata deseada,
y más, don Sancho, en la ocasión presente?

SANCHO.

Aquí está Celia.

CAPITÁN.

El Cielo, mi señora,
os haga tan dichosa como puede.

SANCHO.

El señor capitán Bernardo.

CELIA.

Agora
con vos honrada nuestra casa quede
en tan alegre día,
que sólo este favor faltar podía.

CAPITÁN.

Luego que del mar la planta puse
en tierra, me dispuse
a venir a Sevilla sólo a daros
el pésame, y en parte consolaros,
de la desgracia de don Juan.

SANCHO.

No entiendo,
señor Bernardo, lo que vais diciendo.
Mas ya sabréis la muerte de mi hermano
y cómo está en mi casa Dorotea.

CAPITÁN.

Eso ignoraba; al fin, el fin humano,
que fué con tanta edad, consuelo sea;
pero la de don Juan, que fué tan poca,
con más razón a lástima provoca.

SANCHO.

¿Qué muerte de don Juan?

CAPITÁN.

El caballero
que concertado de casar estaba
con Dorotea, a quien sepulcro fiero
dió el mar cuando pasaba
la canal de Bahama nuestra flota,
así cometa por los aires rota
la luz desaparece,
y se cierra la flor cuando anochece.

SANCHO.

Don Juan, señor Bernardo, está en mi casa,
y mañana se casa.
No sé de quién decís.

CAPITÁN.

De quien os digo,
le vi expirar en brazos de un amigo
y arrojar a la mar, donde quedaron

sus esperanzas y él, cuando cerraron
círculos breves las heridas ondas
del cuerpo que dió en ellas.

SANCHO.

Pues, señor Capitán...

CELIA.

No le respondas.

SANCHO.

Si os digo que don Juan está en mi casa,
que el cielo, el viento, el mar y las estrellas
le trujeron a ser de Dorotea,
¿cómo queréis que crea
que es muerto, que le vistes arrojado
al mar y entre sus ondas sepultado?

CAPITÁN.

¿Aquí don Juan?

SANCHO.

Aquí. ¿De qué os admira?
Alguno os ha contado esa mentira.

CAPITÁN.

Mas alguno os engaña
por la distancia desde Lima a España,
y yo palabra os doy de hacerlo cierto;
con que me voy para traer testigos.

(Vase.)

SANCHO.

¿Don Juan vivo en mi casa y don Juan muerto?

CELIA.

Son fábulas que siembran enemigos.
Mal conoces a algunos
que afirman importunos
las cosas que no vieron,
porque a otros mentirosos las oyeron.
Hay hombres que con lenguas de demonios
viven de testimonios
sembrando en la ciudad lo que desean,
porque sea verdad mientras lo crean.

SANCHO.

Confuso estoy, que el Capitán no es hombre
que esto afirmara, o le ha engañado el nombre.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO. Con los ojos en mi engaño
apenas quejarme puedo,
tanta es la fuerza del miedo
y el rigor del desengaño.
¿Qué quieres, Amor cruel?
¿Puedo negar lo que vi?

CELIA. Señor, don Juan está aquí.

(Vase.)

SANCHO. Vete, y déjame con él.—
Señor don Juan, no ha un instante
que un Capitán, hombre honrado,
y amigo mío, me ha dado
una nueva que es bastante
a poner en confusión
mi casa y mi honor, de forma,
que si a la verdad conforma
la trágica relación,
no sé qué ha de ser de mí.

DIEGO. Pues ¿qué os ha dicho?

SANCHO. Que vió
muerto a don Juan.

DIEGO. Si soy yo,
y vivo me veis aquí,
¿qué puede causaros pena?

SANCHO. El no saber si sois vos.

DIEGO. ¿Eso decís?

SANCHO. Sí ¡por Dios!,
que es honra, y no es honra ajena.

DIEGO. Buena ha sido la invención
de Feliciano; mas ya
que en tanto peligro está
mi honor y reputación,
sabed que con pensamiento
de engañar a Dorotea
vino de Madrid. Desea
dilatar mi casamiento
y, con ese Capitán,
los dos han hecho concierto,
pues fingiendo que soy muerto,
mientras que vienen y van
a Lima para saber
la verdad, podrán seguros
gozar contra mí, perjuros,
lo que yo vengo a perder.
Mas yo le pondré en la boca
freno tan presto...

SANCHO. Teneos,
que de sus locos deseos
satisfaceros me toca
por camino más discreto.
El viene, dejadme aquí.

DIEGO. (Discretamente salí
de este peligroso aprieto;
pero no podrá durar
mi engaño. Confuso estoy.)

(Vase, y sale por otra parte FELICIANO *y* ANDRÉS.)

FELICIANO. Buscando esperanzas voy,
sin cansarme de esperar.
ANDRÉS. Ejemplos me faltan ya
para templar tu locura.
FELICIANO. Todo es vida mientras dura.
ANDRÉS. Aquí nuestro suegro está.
SANCHO. Señor Feliciano, el Cielo
tan dichoso en todo os haga,
que deis envidia a la dicha
y dicha a quien tanto os ama.
Yo tengo que hablaros.
FELICIANO. Creo
que es de mi amor justa paga
ese favor.
SANCHO. Oíd.
FELICIANO. Decid.
SANCHO. Dirélo en breves palabras,
aunque pudiera con muchas.
Bañando su hermosa cara
con lágrimas Dorotea,
vivos afectos del alma,
me ha dicho aquí que os adora
y que por fuerza se casa
con este indiano don Juan.
Si esto es así, mucho errara
en daros a Celia yo,
pues estaban encontradas
aquí las dos voluntades,
y no era justo casarla
con quien quiere a Dorotea,
fuera de casar forzada
con don Juan a mi sobrina.
¿Qué hay en esto, porque haga
lo que debo a quien yo soy?
FELICIANO. Señor, las cosas llegadas
a tan estrecho rigor,
será forzoso que salga
en público la verdad,
que tuvo el secreto en guarda
por vos y por Dorotea;
mas, pues ella se declara,
¿cómo puedo yo encubrir
lo que ha de dar esperanza
al remedio de los dos?
El camino de la plata
tomé viniendo a Sevilla,
siendo un amigo la causa,
que pensaba hallar en él;
y pasando una mañana
la procesión de los montes
que Sierra Morena llaman,
salió rebozado el sol,
y de su dorada cara
paró el ceño, en que a la tarde
anegó la tierra en agua.
Retirado a unas encinas,
que me sirvieron de capa,
haciendo fieltro a mis hombros
la defensa de las ramas,
hallé a Dorotea en una
las tiernas manos atadas.
No hay para qué referiros
lo que sabéis. Esta causa
fué principio al grande amor
que justamente me paga.
Bien que de volverla a ver
quedé con desconfianza,
que el darme el hábito vos
me trujo a saber su casa.
Saquéla de otro peligro,
que, como el Cielo la guarda
para mí, la guardo a ella
en tan justa confianza.
En mis brazos la saqué
entre la tierra y el agua
del Betis, en cuya orilla
me buscaba su desgracia.
Apenas a la ciudad
nos trujo una misma barca,
cuando el indiano de Lima
en vuestra puerta le aguarda.
El la recibe, yo muero;
él la abraza, ella le engaña;
él la gana, ella me pierde;
él amoroso, ella ingrata;
él adora, ella aborrece;
él con gusto, ella forzada;
él dichoso, los dos tristes;
él con vida y yo sin alma,
de cuyos brazos si agora
mis esperanzas la sacan,
será más que con los míos
del fuego de vuestra casa.
Mucho os pudiera decir;
mas donde las almas hablan
y escuchan hombres discretos,
lo que ellos presumen basta.
SANCHO. Todo lo que aquí os he dicho
ha sido invención trazada
para saber vuestro pecho.
De que cuanto aquí se trata
está Dorotea inocente,

y porque a mí no me espantan
efetos de amor, no digo
más de que sólo me agravia
que para que no se case
hagáis que venga a mi casa
a darme tan malas nuevas
un Capitán de la Armada,
como decir que don Juan
es muerto y que a mí me engaña
don Juan con nombre fingido.

FELICIANO. Por aquesta señal santa
que si lo ha dicho ha mentido,
y yo le haré con la espada...

SANCHO. No haréis tal, porque no es él,
y pues por fuerza se casa
Dorotea, ella será,
que cuando de veras aman
las mujeres, con ingenio
sutil buscan tales trazas
que consiguen imposibles.
Dadme aquí vuestra palabra
de no decir a don Juan
ninguna de lo que pasa,
que con una diligencia
que solamente me falta,
os la doy que será vuestra,
porque temo que me engañan.

(*Vase* DON SANCHO.)

ANDRÉS. ¿Qué es esto en que andas, señor?

FELICIANO. ¿Ves como ya por el alba
se va descubriendo el sol?

ANDRÉS. ¡Oh, qué engañosa esperanza!

FELICIANO. Nunca venado mató
el montero que se cansa.
¿Qué no alcanza la porfía?
Servir y amar, ¿qué no alcanza?

ANDRÉS. A muchos ha vuelto locos
la porfía.

FELICIANO. ¡Quién pensara
tanto amor en Dorotea!

ANDRÉS. Cuando las discretas callan,
más negocian de secreto
que cuando las necias hablan.
¡Oh, cuales son las mujeres!

FELICIANO. Angeles, Andrés, las llaman,
porque parecen, sin serlo,
intelectivas substancias.

ANDRÉS. Yo no entiendo esas razones;
mas lo que una vez agarran,
dificilmente lo dejan,
y fácil cuando se cansan.
Aquí vienen las dos primas
y mi morena Esperanza.
¡Salve, Esperanza de Andrés!
¡Sálvete, pulga del alma!
Confite vivo: *¡salvete!*

(*Entran* DOROTEA, CELIA *y* ESPERANZA.)

ESPER. ¿Vienes ya diciendo gracias?

FELICIANO. Déjame hablar, majadero.

ANDRÉS. Señor, todo amante maja
con favor en perejil
y con celos en mostaza.

FELICIANO. Ya, gallarda Dorotea,
va descubriendo el deseo,
por los celajes que veo,
el fin que el alma desea.
Y no es mucho que le vea,
pues tú, por el mar de amar,
al puerto quieres llevar
la nave de mi esperanza,
que tan justo premio alcanza
amar, servir y esperar.
Amé, serví y esperé;
amó, recibió y pagó
quien vió, quien sintió, quien dió
tanto premio a tanta fe.
Partí, llegué, descansé,
dando a un justo porfiar
tiempo, ocasión y lugar,
que al fin vienen a tener
premio, descanso y placer
amar, servir y esperar.
Gané tu favor amando
y tu voluntad sirviendo,
porque sirviendo y sufriendo
viví amando y esperando.
Hallé esperando y amando
el término de obligar
a quien me pudo pagar,
porque no fuera razón
quedarse sin galardón
amar, servir y esperar.

DOROTEA. ¿Cómo, o cuándo, o quién ha sido,
Feliciano, el que ha pagado
lo que has servido y amado
con lo que me has referido?
Hoy he de ser de don Juan.

FELICIANO. No encubras por Celia aquí
lo que hoy has hecho por mí
hablando a aquel Capitán.

DOROTEA. ¿Qué Capitán?

FELICIANO. Oye aparte.

(*Salen* Don Sancho *y el* Capitán.)

SANCHO. Era forzoso traeros
a averiguar la verdad.

CAPITÁN. ¿Es éste aquel caballero
que con nombre de don Juan
viene a hacer el casamiento?

SANCHO. Feliciano de Mendoza
es el que pensaba y pienso
dar a Celia. Retiraos,
que don Juan llegará presto,
que ya fueron a llamarle.

CAPITÁN. Aquí retirarme quiero
para ver cómo se juntan
don Juan vivo y don Juan muerto.

(*Salen* Don Diego *y* Fabio.)

DIEGO. ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

SANCHO. Dilatar los casamientos
siempre causa novedades,
siempre envidias, siempre celos.
Feliciano está presente,
que desengañar deseo
de pretensiones injustas.

DIEGO. De Feliciano sospecho
que me pagará el amor
que justamente le tengo.

FELICIANO. (¡ Ay, triste esperanza mía!
¿Andrés?

ANDRÉS. ¿Señor?

FELICIANO. Esto es hecho.

ANDRÉS. Ya por la escalera subes.

FELICIANO. Ya doy los pasos postreros.)

SANCHO. Dad la mano a Dorotea,
don Juan.

ANDRÉS. (Ya dices el Credo.)

SANCHO. Dásela tú.

ANDRÉS. (Ya el verdugo
dió tamborilada al pueblo.)

(*El* Capitán *sale.*)

CAPITÁN. Tened, señores, las manos.—
¿Qué es esto, señor don Diego?
Pues ¿vos os fingís don Juan
y sabiendo vos que es muerto
no menos que en vuestros brazos?

DIEGO. Mi error por amor confieso.

ANDRÉS. ¡Albricias, perdonó el Rey!
Por muchos años y buenos
a vuesa merced le quiten
el nudo ciego del cuello.

SANCHO. Pues ¿cómo? ¿No sois don Juan
y con tanto atrevimiento
habéis entrado en mi casa?

DIEGO. Dejóme don Juan muriendo,
el alma con que he venido,
siendo de mi amor tercero
un retrato de esta dama.
Pero pues que soy tan bueno,
si no mejor que don Juan,
más rico y más caballero,
como el Capitán lo sabe,
pues sabéis que la merezco
por desatinado amor
que dora mayores yerros,
os ruego que me la deis.

FELICIANO. Eso no, porque la tengo
ganada por más servicios
y por más justos deseos.
Fuera de estar la palabra
de don Sancho de por medio,
si no fuésedes don Juan,
pues no siendo el verdadero,
¿por qué ha de ser vuestra acción
más justa contra derecho?
Pues aun después de casados,
siendo engañoso el concierto,
se pudiera descasar.

SANCHO. En tan confusos extremos,
yo lo dejo a su elección.

DOROTEA. Pues a Feliciano quiero.

ANDRÉS. (Cerró la plana.)

DIEGO. Señora,
lo que era justo habéis hecho.
Y yo, pues el Capitán
sabe quien soy, si merezco
a Celia, sus manos pido.

ANDRÉS. (Yo a Esperanza sólo un dedo.)

CELIA. Yo soy dichosa en ser vuestra.

ANDRÉS. Y tú, Cupido moreno,
¿qué dices?

ESPER. Que soy retuya.

FELICIANO. Aquí, senado discreto,
amar, servir y esperar
tuvieron tan justo premio.
Roque (1) os ama, Lope os sirve
y yo vuestro aplauso espero.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE
Amar, servir y esperar.

---

(1) Roque de Figueroa, director de la compañía que estrenó esta comedia.

LA FAMOSA COMEDIA

DEL AMIGO POR FUERZA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

CONDE ASTOLFO.
PINABELO, } *sus criados.*
CLARINO, }
LUCINDA, *infanta.*
El PRÍNCIPE TURBINO.
LEONICIO, } *caballeros.*
FULGENCIO, }
RUFINO, } *criados.*
COTALDO, }
HORTENSIO, *guardadamas, viejo gracioso.*
EVANDRA, *doncella.*
LISAURA *dama, hermana del Conde.*
ROSIMUNDO, *rey de Hungría.*
LEONATO, *capitán.*

ACTO PRIMERO

(El CONDE ASTOLFO, CLARINO *y* PINABELO, *criados, con una escala.)*

ASTOLFO. Si al medio del manto escuro,
aunque más cerca al Poniente,
está el sol que no procuro,
el mío sale en su Oriente:
arrimad la escala al muro.

PINABELO. Paso, señor, que recelo
alumbra tu sol el suelo.

ASTOLFO. ¿Sois vos, hermosa señora,
que ya dice el alma aurora
que abre el sol la puerta al cielo?

(LUCINDA *en alto.*)

LUCINDA. Ya os aguarda mi afición,
y en esta noche importuna
mis rayos de luna son,
y así salgo como Luna
a buscar mi Endimión.

ASTOLFO. No estéis, mi bien, de menguante
si es que luna habéis de ser.

LUCINDA. Ya, como vos sois mi amante,
dejé mi ser de mujer
y soy a vos semejante.

ASTOLFO. Aunque mi amor corresponde,
dejar vuestro ser no es ley
que a buena razón responde,
pues sois vos hija de un rey
y yo de un humilde conde.

LUCINDA. Dejad el vano rigor
de esa ley, no seáis ingrato,
que en las de amistad, señor,
los cuerpos iguala el trato
y las almas el amor.
Venga la escala.

ASTOLFO. Estos son
los pasos que dió Faetón.
No me abraséis, carro de oro

LUCINDA. Si yo soy sol, y os adoro,
subid seguro al balcón.
Ya está asida.

ASTOLFO. En vos mi vida,
y así no es justo temer
de este cielo la caída.

(Suba por la escala.)

CLARINO. ¡Cielo dice de mujer!
Mucho del nombre se olvida.
El verá presto mudanza;
relámpagos, truenos, iras,
rayos de furia y venganza
y un granizo de mentiras
contra la verde esperanza.
Vaya a su cielo y tesoros,
y verá más menteoros
que Aristóteles escriba,
que quien más con ellas priva
no juega cañas sin toros.

PINABELO. Clarino, ¿no puede ser
que te ciegue la opinión
de aquellos celos de ayer
tanto que tan sin razón
ofendas toda mujer?
Pues ¡por Dios! que no reparas
en que son mentiras claras
y que son, decirte puedo,
los celos ladrón con miedo
que piensa que todo es varas.

CLARINO. Si aquesta bestia saliera
presto de palacio, hermano,
a ver lo que dices fuera,
porque vieras que es en vano
durar mucho una quimera.
Lo violento nunca dura.
PINABELO. ¡Qué filósofo celoso!
CLARINO. ¿Qué quieres? Es cueva escura
el engaño peligroso,
y el desengaño locura.
Como tú adoras su hermana
y la quieres a lo bobo,
no ves que Flavia es liviana,
y yo, en los dientes del lobo,
he conocido la lana.
PINABELO. Quién supiera si este loco
ha de tardar mucho aquí,
porque fuéramos un poco
a ver si Amor, niño en ti,
de tus celos halla el coco,
que eres un desatinado.
CLARINO. Irnos será atrevimiento,
aunque una vez ocupado
en su amoroso contento,
no es hombre el enamorado.
Ven, que olvidado de sí
tanto se ha de detener,
que aun antes que vuelva en sí
podamos ir y volver
sin hacerle falta aquí.
PINABELO. Parece temeridad
dejarle en tal soledad
y en tal peligro también.
CLARINO. Si te detienes, no es bien;
si vas luego, es amistad.
PINABELO. ¡Sabe el Cielo que lo siento!
CLARINO. ¡Oh, cómo hay amigos pocos
cuando no es para contento!
PINABELO. Voy, que un celoso hace ciento,
porque son como los locos.

(Váyanse éstos y entre el PRÍNCIPE TURBINO*; vengan con él dos caballeros con hábito de noche,* LEONICIO *y* FULGENCIO.)

TURBINO. Venid, dulces pensamientos,
conmigo, aunque allá os quedáis,
porque al alma le digáis
si de allá venís contentos.
¿Qué más gloria? ¿Qué más bien
cupo en la imaginación?
Hoy triunfó, Amor, tu razón
de aquel antiguo desdén.
Lisaura me quiere y ama;
agora lo dijo allí;
vencí desdenes, vencí,
dadme del laurel la rama.
LEONICIO. Contento viene tu alteza.
TURBINO. Leonicio, si hoy heredara,
bien sé yo que coronara
alguna hermosa cabeza.
Vengo alegre porque fuí
triste, y pensé que volviera;
si el contento se perdiera,
se pudiera hallar en mí.
Yo os juro que no hay placer
de los que amor puede dar,
que se iguale a contrastar
una imposible mujer.
Es en un aborrecido
esto una notable gloria,
porque saca la vitoria
de las manos del olvido.
FULGENC. Vuestra alteza, que es la flor
del mundo y el heredero
de Hungría ¿de olvido fiero
se queja y ensalza a Amor?
TURBINO. Sí, Fulgencio, que no está
el gusto con la nobleza,
porque es como la belleza,
que sólo el Cielo la da.
Nace de estrellas Amor,
Amor es hijo de estrellas.
LEONICIO. No serán las fijas ellas,
porque es mudable y traidor.
TURBINO. El que de las fijas nace
es firme, eterno y estable,
y así, al contrario, mudable
si de mudables se hace.
Y hablando en veras, no hay duda
de que Amor es influencia;
si no la hay, hay resistencia;
si la hay, quiere y no se muda.
LEONICIO. De cualquier suerte que sea,
mil años, señor, la goces.
TURBINO. Leonicio, bien la conoces.
LEONICIO. Sí, señor; ya sé que es fea.
TURBINO. Fea, como hay Dios, Lisaura.
LEONICIO. Entrate, señor, de aquí,
mira que una noche ansí
en muchas no se restaura.
TURBINO. Pues, caballeros, adiós,
que de haberme acompañado
os quedo muy obligado.
FULGENC. Aquí tenéis a los dos;

no salgas noche, si gustas,
sin estas armas y pechos.

TURBINO. A peligros más estrechos
y para cosas más justas.

(*Váyanse* LEONICIO *y* FULGENCIO.)

FULGENC. ¿Qué te dicen tus recelos?

LEONICIO. Que hoy es mi muerte sucinta.

FULGENC. Favorecido se pinta.

LEONICIO. Yo voy muriendo de celos.

FULGENC. Que ya Lisaura le quiere.

LEONICIO. Amor en su libro escribe
que amando dos, uno vive,
y, en viviendo, el otro muere.

TURBINO.

Si en la región líbica o maura
nacido hubiera este mi amor inmenso,
a tus altares ofreciera incienso,
condesa ilustre, celestial Lisaura.
Eres de aquesta vida aliento y aura,
y el alma propia muchas veces pienso,
pues con morir me dejas indefenso
el cuerpo que en tu vida se restaura.
Ya las enigmas de un desdén descifra,
por donde, aunque su amor a entender vengo,
excede el mío la más alta esfera.
Quien pinta niño a Amor, pintóle en ci-
pintara a Atlante, a Polifemo hiciera [fra; (1)
que él engendrara fuego,
en vista y fuerzas es gigante y ciego.

(*En el balcón el* CONDE.)

ASTOLFO. Clarino, ten esta escala.
Pinabelo, ¿estás dormido?
Tened presto, que ha sentido
Lucinda gente en la sala.
(*Vaya tengase.*)

TURBINO. (¡Cielos! Hombre en el balcón
de mi hermana. ¡Mataréle!
Pero no, que de esto suele
resultar gran perdición.
Quiero ayudarle y callar.)
Ya, señor, tengo: deciende.

ASTOLFO. ¡Qué caros sus gustos vende
Amor!

TURBINO. (Si le he de matar.)

ASTOLFO. Toma la escala y camina.
¿No está Pinabelo aquí?

TURBINO. Sí, señor.

ASTOLFO. Pues ven tras mí.

(*Entrese el* CONDE.)

TURBINO. Corre hasta pasar la esquina.
Es sombra la que se ofrece.
La escala quiero dejar,
que le tengo de matar
si no se desaparece.
¿Cómo? ¿Alcagüete a tu hermano?
Mas no es mucho, por mi fe,
que le diese a un hombre el pie
a quien tú le das la mano.

(*Váyase.* CLARINO *y* PINABELO *entren.*)

PINABELO. Creo que habemos tardado.
A fe que tenemos siesta.

CLARINO. No, que la escala está puesta,
y es señal que no ha bajado.
Sin color ¡por Dios! llegue.

PINABELO. Yo sin aliento y sin vida.
¡Ay, escala mía querida,
como reliquia os besé!

CLARINO. Déjamela a mí tocar,
que no creo que la veo,
aunque ya el pastor Criseo
hace al alba levantar.

PINABELO. ¡Válame Dios! ¿Amanece?

CLARINO. ¿No ves claro el horizonte
y que detrás de aquel monte
el horizonte esclarece?

PINABELO. ¿Esclarecer? ¡Oh! ¿Qué dices?

CLARINO. Las calandrias lo dirán.

PINABELO. ¿Qué calandrias, que aún están
cantando aquí las perdices?

CLARINO. ¡Qué buena ha estado la cena!

PINABELO. Ya no estarás tan celoso.

CLARINO. Con todo, estoy temeroso.

PINABELO. ¿Agora qué te da pena?

CLARINO. Que acaso la media noche
era para el español.

PINABELO. Más que pensé ver el sol
sacar el dorado coche.
Pon los celos en olvido
¡pesar de quien me vistió!
que si el otro lo envió
nosotros lo hemos comido.
Piensa qué será el tardar
mi amo y ser ya de día.

CLARINO. Dormirse acaso podría,
que el gusto suele cansar.
El duerme, mi fe te empeño,
en los brazos del favor.

---

(1) Falta un verso después de éste.

porque los gustos de amor
son purga que llama al sueño.

PINABELO. ¡Pesia al necio! ¿Aquí se duerme?
Quizá, como le ha cogido
el dia, le han escondido.

CLARINO. Pudiste satisfacerme;
pero ¿el amo no hiciera
quitar la escala de aquí?
Tira y rómpela.

PINABELO. Eso, sí,
que ya la gente se altera.
El se queda hoy en palacio.
¡Lástima le tengo al triste!
No comerá.

CLARINO. Bien dijiste.
Ellos se huelgan despacio.
¡Ay del ladrón saetado
que sirve a amante pelón!

(El PRÍNCIPE, *entre en cuerpo.)*

TURBINO. ¿Hay más extraña invención
de un amor desatinado?
Basta que le conocí;
y cuando él echó de ver
que yo no debía de ser
de su gente, asió de mí.
Yo, dejándole la capa
como si él el toro fuera,
huí de aquella manera,
que quien de su golpe escapa.
Y al trasponer de una esquina
de su vista me perdí.

(Húyanse dejando la escala.)

CLARINO. (¿Es éste el Príncipe?

PINABELO. Sí.

CLARINO. Suelta la escala.

PINABELO. Camina.)

TURBINO. ¡Ah, traidores! Mas ¿qué es esto
que me han dejado a los pies?
Es escala, sí; y aun es
la que dejé en este puesto.
Criados eran del Conde;
bien al Conde conocí;
mi afrenta es pública aquí,
puesto que mi afrenta esconde.
¡Oh, escala, por cuyos pasos
ha subido la deshonra
hasta el cielo de mi honra
por tan diferentes casos!
¡Oh, pasos de mi bajeza!
¡Oh, estribos de aquel ladrón,
que ha robado con traición
la torre de mi nobleza!
¡Oh, ñudos del cordel recio
con que mi muerte ejecuto!
¡Oh, arcaduces del conduto
del agua de mi desprecio!
¡Oh, ñudos, que así enlazar
podéis, al perderse pronta
la honra, que tanto monta
cortar como desatar!
Palos y cordel soez,
¡oh, qué vista tan ruin!
Palos, atados, en fin,
por dar muchos de una vez.
¡Oh, palo y cordel, azote
de la sangre más fiel!
¡Oh, duro palo y cordel,
que dais al honor garrote!
Horca, escala y cuerda en trenza,
muerte de la honestidad,
por do subió la maldad
y bajó la desvergüenza.
Mas crea el Conde traidor
que un punto más no viviera
si a su hermana no tuviera
este incomparable amor.
Lisaura a callar me esfuerza,
disimulando el castigo;
así, que él es mi enemigo
y yo su *amigo por fuerza.*
Matar en público efeto
es mi deshonra, y crueldad
contra mi padre, y piedad
darle la muerte en secreto.
¡Morirá en secreto el Conde!
¡Ay, Lisaura! ¿Yo podré
verter tu sangre? No haré,
que el Conde tu sangre asconde.
Hoy con tu sangre atropella
el Conde de un Rey la injuria,
que contra el mar de mi furia
tiene reliquias en ella.
¿Hola?

(COTALDO y RUFINO, *criados.)*

RUFINO. ¿Señor?

TURBINO. Dadme aquí
una ropa.

COTALDO. ¡Bueno viene!
¿No traes capa?

TURBINO. Capa tiene,
Cotaldo, quien viene ansí,

porque siempre a los desnudos
les sirve de capa el cielo.

COTALDO. ¿Eres muy pobre?

TURBINO. Serélo
hasta romper estos ñudos.
Guarda esta escala.

(RUFINO *con la ropa; meta la escala* COTALDO, *y entre la* INFANTA LUCINDA, *con capotillo y sombrero;* EVANDRA, *doncella;* HORTENSIO, *guardadamas.*)

RUFINO. Aquí tienes
la ropa.

TURBINO. ¿Quién viene ahí?

RUFINO. La Infanta, tu hermana.

TURBINO. ¿Ansí?

LUCINDA. Hermano, ¿de dónde vienes?

TURBINO. Toda la noche he rondado.
Señal es que tú has dormido,
pues con el sol has salido,
o, en su lugar, madrugado.
¿Para dónde, hermana mía,
el capotillo y sombrero?

LUCINDA. A un jardín.

TURBINO. Yo en otro espero
pasar a lo fresco el día.

LUCINDA. ¿Irás a la cama?

TURBINO. Sí;
mas no sé si dormiré,
aunque esta noche rondé.

LUCINDA. ¿Por qué?

TURBINO. Ciertas sombras vi.

LUCINDA. ¡Jesús! ¿Qué viste?

TURBINO. Una guerra
entre la lealtad y el gusto,
sobre el caso más injusto
que ha producido la tierra.
La traición acometió
al muro de la lealtad,
castillo de la ciudad
que el rey del honor fundó.
En fin, una escala ha puesto
y una bandera a traición
al muro de la razón,
rompiendo el portillo honesto.
No temió la barbacana
del rey del honor, ni el foso
del respeto vergonzoso,
ni de la nobleza anciana;
que, subiendo por la escala,
la vergüenza degolló,
y la lealtad cautivó
dentro de mi misma sala.
Sintió voces que venía
a su socorro el honor,
y, decendiendo el traidor,
cayó en manos de una espia.
Hasta saber bien lo que es,
por no hacer hechos tiranos,
en las palmas de sus manos
le dejó poner los pies.

LUCINDA. ¿Eso es haber rondado
y la ciudad discurrido?
Eso es haber dormido
y finamente soñado.
Di que te den de vestir,
no te vayas a acostar.

TURBINO. Ahora bien, voime a velar,
pues tú vienes de dormir.

(*Vánse* TURBINO, COTALDO *y* RUFINO.)

LUCINDA. Evandra, ¿qué te parece
del Príncipe?

EVANDRA. Estoy confusa.

LUCINDA. A quien la conciencia acusa
cualquier sombra le estremece.

HORTENS. O yo soy mal trovador,
o esta escala y este muro
es que no está muy seguro
el secreto de tu honor.

EVANDRA. Callad, que sois agorero.

HORTENS. Evandra, los viejos son
de la juvenil pasión
un despertador parlero.

EVANDRA. Miedos son, que no consejos.

HORTENS. Cuando tocan la campana,
los tordos nuevos, hermana,
se espantan, que no los viejos.
No es miedo, sino advertencia,
que estas enigmas no son
de muy fácil digestión
al pecho de la conciencia.
Vuestra alteza esté advertida,
ponga en su vida recato,
que esto es tocar a rebato
por que se salve la vida.

LUCINDA. Hortensio, yo os lo agradezco.
Al Conde quiero escribir.

HORTENS. Con menos ir y venir
a tu remedio me ofrezco.
Falte dos noches el Conde,
no pasee cuatro días,
que aquello de las espías
algunos celos esconde.

LUCINDA. Haz que traiga tinta un paje,

haré una carta sucinta
en el jardín.

HORTENS. Esta tinta
mancha el más limpio linaje.

(Entrense, salga el CONDE ASTOLFO *con la espada desnuda tras* CLARINO *y* PINABELO, *y* LISAURA, *su hermana, teniéndole.)*

ASTOLFO. ¡Matarlos tengo, por Dios!
LISAURA. ¡Detente, hermano!
ASTOLFO. ¡Desvía!
CLARINO. ¡Tenelde, señora mía!
ASTOLFO. ¡Hoy han de morir los dos!
¡Perros villanos!
LISAURA. ¡Detente!
PINABELO. ¡Señor!...
ASTOLFO. ¡No me respondáis!
¿Así, infames, me dejáis,
perra canalla, vil gente?
LISAURA. ¿Hante por dicha dejado
en alguna quistión?
ASTOLFO. No,
porque allí bastaba yo,
con mi nobleza a mi lado.
LISAURA. Pues ¿en qué te han ofendido?
ASTOLFO. Gran tiempo ha, Lisaura herma-
que ha sido el alma tirana [na, (1)
del secreto defendido;
ya es forzoso que le entiendas.
LISAURA. Desagravias mi valor,
que, aunque soy mujer, señor,
a una piedra le encomiendas.
ASTOLFO. ¿Qué estáis mirando vosotros?
¡Villanos, entraos allá!
CLARINO. (¡Qué colérico que está!
PINABELO. ¡Dios ha hecho por nosotros!)

(Vanse PINABELO *y* CLARINO.)

ASTOLFO. Tu amor mi furia convierte
en respetos más humanos. (2)
LISAURA. Beso mil veces tus manos.
ASTOLFO. Oye.
LISAURA. Ya te escucho.
ASTOLFO. Advierte,
para que entiendas, Lisaura,
fácilmente mi suceso.
Muerto el Conde, nuestro padre,
fuí a ver de Bohemia el reino.

(1) En el original "hermosa".
(2) En el original "en mis respetos humanos".

Como recién heredado,
puse a nuestra hacienda fuego
en galas extraordinarias,
de la tierna edad trofeos.
Llevé amigos y criados
tan galanes y bien puestos,
que ya en su corte mi nombre
era el húngaro soberbio.
Hice luego mil sortijas,
máscaras, justas, torneos,
defendiendo a nuestra Infanta
en el cartel de uno de ellos.
Lo que dije de Lucinda
los mudos dirán que es cierto:
que era discreta en el alma,
cuanto era hermosa en el cuerpo.
Mantuve, perdí, gané,
perdí precios, gané precios,
sin dar a dama ninguno,
que fué notado en extremo.
Todos los guardaba un paje;
luego sabrás el efeto,
que nunca las cosas grandes
vienen sin grandes agüeros.
Pasó de la fiesta el día,
y al siguiente, estando un cerco
de caballeros ociosos
sobre las gradas de un templo,
comenzaron a tratar
de mi torneo, diciendo
que la Princesa de Hungría
no era tan alto sujeto,
y que el defenderla yo
fué gala de caballero,
pero no de cortesano,
pues hice a todos desprecio.
Respondí que yo quisiera
haber, lo que dicen, hecho;
mas que no la defendí
por no dar a nadie celos,
y que en honra de mi patria,
tomé por mejor acuerdo
dar fama a mi Reina propia
que a la del reino extranjero
Saltó un pariente del Rey,
hombre orgulloso y mancebo,
de costumbres atrevidas
y de propio nombre Aurelio,
y dijo: "Si por deshonra
de las damas que le vieron
a Lucinda defendiste,
fué villano atrevimiento."

Yo replique humilde entonces:
"Eso, Aurelio, te confieso;
mas yo quise honrar mi gusto
sin deshonrar el ajeno."
"Con todo—me replicó—,
para extraño es mucho exceso
que así hables y así triunfes;
ya nos cansas, vete luego."
Respondíle: "Si tu envidia
te hace hablar con despecho,
sacándote yo la lengua
te pondré eterno silencio."
"Mientes", dijo, y aunque todos
se pusieron de por medio,
meto mano contra todos,
y aquí tiro y allí tiendo.
Si me alabo, hermana mía,
te dirá ahora el suceso
que a dos di dos cuchilladas,
y de Aurelio pasé el pecho.
Hasta que me puse en salvo
grandes cosas sucedieron.
Vine a Hungría, como sabes,
que fué mi sagrado puerto.
Con ocasión de unas tierras
a que tuvo algún derecho,
por vengar su muerto primo
rompió la guerra el Bohemio.
Envió gente el de Hungría,
y sabiendo en estos medios
Lucinda mis pretensiones,
honrábame en el terrero.
Yo, viendo que amor abría,
por el agradecimiento,
a mis deseos la puerta,
llego, llamo, escucho y entro.
Doile los precios un día,
pobres, con ricos deseos,
que a los reyes, como a Dios,
basta el corazón deshecho.
Admitiólos y admitióme,
y de uno en otro concierto,
dos meses ha que la hablo,
ya en la torre, ya en el huerto.
Anoche llevé una escala
con Clarino y Pinabelo;
subí, dejélos allí
de su lealtad satisfecho.
Oyó la Infanta ruído,
quíseme bajar de presto
y, llamando a mis criados,
respondióme un caballero.
Puse mis pies en sus manos,
y, creyendo que eran ellos,
dígole: "Toma esa escala,
y tú vendrásme siguiendo."
Siguióme, y entrando en casa,
su voz desconozco, y llego,
y al asirle de la capa,
con ella me deja, huyendo.
¿Parécete que he tenido
razón si de ellos me quejo?
¿Parécete que mi vida
está en buen trance por ellos?
¿Parécete que es posible
que dure ya mi secreto?
Pues en tus manos me pongo
dame, Lisaura, remedio.

LISAURA. Atentamente he escuchado
tu historia, y sois los amantes
tan medrosos e inconstantes,
que una sombra os da cuidado.
Por ventura algún amigo
en tal peligro te vió,
de criado te sirvió
sin declararse contigo;
porque si enemigo fuera,
¿qué dudas que te matara?

ASTOLFO. En esta edad tan avara
¿crees que ese amigo hubiera?
Ya, Lisaura, el amistad
y la lealtad se enterró
cuando Zopiro murió,
y con ellas la verdad.
A cualquier amigo aplace
descubrirse al obligar,
porque se quiere pagar
del beneficio que hace.
Que hacer bien y no decir
yo soy el que te obligue,
muy pocas veces se ve,
sino mentir y pedir.
Por irse una tarde a holgar
hay hombre que se alabó
de que a su amigo sacó
de la cárcel y del mar.

LISAURA. Pues ¿qué quieres tú que sea
y que a bajar te ayudase?

ASTOLFO. No hay cosa que más abrase
que la duda a quien desea.

LISAURA. ¿Qué talle de hombre tenía?

ASTOLFO. Talle y olor de hombre noble.

LISAURA. Eso te asegura al doble.

ASTOLFO. Quien ama teme y porfía.

(CLARINO *entre.*)

CLARINO. Hortensio te viene a hablar.
ASTOLFO. ¿El nombre te aseguró?
Di que entre.
LISAURA. ¿Entraréme yo?

(*Entre* HORTENSIO.)

HORTENS. A solas te quiero hablar.
ASTOLFO. No os vais, Lisaura.
HORTENS. Señora,
no os vais por mí, que antes quiero
besaros las manos.
LISAURA. Muero
por hablar con vos un hora.
HORTENS. Leed, Conde este papel,—
y en tanto hablaré con vos.
LISAURA. ¿Estás bueno?
HORTENS. Sí ¡por Dios!

(*Lea el* CONDE.)

ASTOLFO. (¡Cielos! ¿Qué me escribe en él?)
LISAURA. ¿Qué hay en palacio?
HORTENS. No hay cosa
después que de allá faltáis,
y más agora que estáis
más alegre y más hermosa.
LISAURA. No tenéis razón en eso,
que hay muchas hermosas damas
luz de amor y del sol llamas.
HORTENS. Que hay muchas yo lo confieso;
pero faltáis de allá vos,
que sois flor de la canela.
LISAURA. ¿Está ya buena Florela?
HORTENS. Ya está buena; dalda a Dios.
LISAURA. ¿Lisandra?
HORTENS. Descolorida,
como siempre.
LISAURA. Come tierra
la dama de Ingalaterra,
necia, muda y mal vestida.
¿Dorinda?
HORTENS. Como una roca
a los amores de Arnesto.
LISAURA. ¿Fabricia?
HORTENS. Muy a lo honesto.
LISAURA. ¿No se pone color?
HORTENS. Poca.
LISAURA. ¿Feliciana?
HORTENS. La han sangrado.
LISAURA. ¿Y de dónde?
HORTENS. Del tobillo.
LISAURA. ¿Qué mal?
HORTENS. El rostro amarillo
y falta de colorado.
LISAURA. ¿Flavia?
HORTENS. Tiene sabañones,
y no se quita los guantes.
LISAURA. ¿Qué hay, buen Hortensio, de amantes?
HORTENS. Gran cantidad de pelones.
LISAURA. ¿La Infanta?
HORTENS. Como unas pascuas.
LISAURA. Decidme algunas cosillas.
HORTENS. En llegándome a cosquillas,
ando como gato en ascuas.
ASTOLFO. ¿Esto ha pasado?
HORTENS. ¿Qué dice?
ASTOLFO. Hortensio, que vaya allá.
HORTENS. En la huerta nueva está.
ASTOLFO. Porque la esmalte y matice.
Venid conmigo.
LISAURA. ¿Qué digo?
Hortensio, venidme a ver.
HORTENS. Yo os lo prometo.
LISAURA. Ha de ser
para que comáis conmigo.
HORTENS. ¡Tanta honra...!
LISAURA. Veni acá.
¿Qué hay del príncipe Turbino?
HORTENS. Anda hecho un torbellino,
y en ninguna parte está.
LISAURA. ¿Sale de noche?
HORTENS. No sé.
Sé que a la mañana viene.
LISAURA. ¿Es amor?
HORTENS. Amores tiene.
LISAURA. ¿Sabéis vos dónde?
HORTENS. Sí, a fe.
LISAURA. ¿Quién es?
HORTENS. Vuesa señoría.
LISAURA. ¿Dícese en palacio?
HORTENS. No,
que soy astrólogo yo
y entiendo fisonomía.

(*Váyase el* VIEJO.)

LISAURA.

No importa, bien nacidos pensamientos,
pues sois del dueño que os acoge honrados,
que andéis entre las gentes declarados,
si saben la verdad de mis intentos.
Que sólo a vuestros altos fundamentos
puede importar el ser tan envidiados,
que al sol de vuestras penas y cuidados
están los ojos de la vida atentos.

Yo quiero y soy querida con extremo;
mudé el desdén en diferente nombre,
en gusto la crueldad, el hielo en llama.
Ni burlo ya ni ser burlada temo,
que la mujer discreta escucha al hombre,
y primero le prueba que le ama.

(Éntrese y salgan el REY ROSIMUNDO, LEONATO, *capitán y* CRIADOS.)

ROSIMUNDO.

¿Que este fin ha tenido nuestra guerra?

LEONATO.

Ya el Bohemio, señor, queda en su casa,
quiero decir, volviéndose a su tierra.
Rompe los campos y los riscos pasa
su pacífico ejército contento,
y para descansar las horas tasa.
El duque Arnaldo, que a tu pensamiento
en todo cuanto puede corresponde,
firmó las paces y siguió tu intento.
Toda esta guerra se fundó en el Conde;
las capitulaciones son aquéstas;
con brevedad al General responde.

ROSIMUNDO.

Todas las condiciones que están puestas
fueron en mi Consejo consultadas;
pero en efeto dice que son éstas.
Esta cláusula dice que entregadas
sean al Rey de Hungría seis ciudades,
y sus villas y puertas restauradas.
Esta dice que aquellas cantidades
del dinero gastado se me vuelvan.

LEONATO.

Las demás son de iguales calidades.

ROSIMUNDO.

En ésta el Rey pretende que se absuelvan
los conjurados contra mi corona
y las penas se anulen y resuelvan.
En ésta el Rey nuestra quietud abona.
Pide a mi hija por mujer.

LEONATO.

Y es justo.

ROSIMUNDO.

¿Es muy gallardo?

LEONATO.

Es de gentil persona.
Para las armas áspero y robusto,
blando para la paz y cortesano.

ROSIMUNDO.

Digo, Leonato, que de darla gusto.
Por el enojo de su primo hermano
al conde Astolfo pide.

LEONATO.

Y justamente,
que haberle muerto con traición es llano.

ROSIMUNDO.

Darle al Conde es crueldad, mas conveniente
a mi quietud por la razón de Estado.

LEONATO.

Eso no infama a un Príncipe clemente.
Si el reino, con las guerras alterado,
en paz le pones con perder un hombre,
a muchos, gran señor, la vida has dado.

ROSIMUNDO.

La paz universal se cante y nombre.
Dé el Conde su descargo, vaya preso,
que, si es culpado, no hay de qué se asombre.
Si cuando acometió tan grande exceso
fué reino extraño, ya ese reino es mío,
pues a su Rey por hijo le confieso.
Pues no puedo amparallo, allá le envío.
Prendan al Conde luego.

LEONATO.

Culpa tiene,
y que es justicia de mi parte fío.

ROSIMUNDO.

Mi hijo llamen; pero, no, que él viene.

(Entre el PRÍNCIPE.)

TURBINO. Vengo a darte el parabién
de las paces concertadas,
que ya firmadas se ven,
como sean tan honradas
que lo que es tuyo te den.
¿Qué escribe el Duque?

ROSIM. Aquí envía,
con gran gusto y alegría,
estas capitulaciones.

TURBINO. Dime, en suma, las razones.

ROSIM. Danme la tierra que es mía
y la que estaba dudosa
por el Bohemio derecho,
sin exceptar otra cosa.

TURBINO. Lo que era forzoso han hecho,
pues era tuya forzosa.
Y ¿qué pide?

ROSIM. Paz y aumento
de amistad, que ésta se halla
con parentesco a contento,
y así, para confirmalla,
a mi hija en casamiento.
TURBINO. ¿A tu hija?
ROSIM. ¿Qué te admiras?
TURBINO. No me admira lo que miras,
que ya veo que es razón.
(¡Oh, notable confusión!)
ROSIM. ¿Qué te apartas y suspiras?
TURBINO. A buen tiempo ¡por Dios! viene.
Creo que, si no me engaño,
que nuevo marido tiene.
ROSIM. ¿Qué dices?
TURBINO. Que es un extraño
concierto, y no te conviene.
ROSIM. ¿Cómo extraño? ¿Con un Rey
te parece injusta ley?
Mancebo de tanto nombre
¿es por ventura algún hombre
que ara el campo y sigue el buey?
TURBINO. Si él a Lucinda pidiera
antes de aquesto, era justo
que tu majestad la diera;
pero ya parece injusto,
por fieros y en guerra fiera.
ROSIM. Cuantos reyes han reinado
sus paces han confirmado
con sus hijas de esta suerte.
TURBINO. Ya lo veo. (¡Oh, caso fuerte!
Del Conde soy abogado:
por fuerza le soy amigo,
y por el bien de mi hermana
lo que es razón contradigo.)
ROSIM. Aquella cláusula es llana.
Oye agora la que digo.
Al Conde pide también,
y que preso se le den.
TURBINO. ¿Qué Conde?
ROSIM. Astolfo.
TURBINO. ¡Oh, qué bueno!
ROSIM. Está el Rey de furia lleno
y justísimo desdén.
Pague lo que debe el Conde.
TURBINO. ¿A tu vasallo has de dar?
Que no quieres le responde.
Eso es poder y es reinar,
eso a virtud corresponde.
ROSIM. ¿Por qué no, si el Conde ha muerto
a traición un primo hermano
del Rey?
TURBINO. Que fué bien, es cierto.
Cara a cara por su mano,
ofendido y descubierto.
ROSIM. No le querrá el Rey matar.
TURBINO. Pues ¿qué querrá?
ROSIM. Averiguar
si tiene justicia o no. (1)
TURBINO. Rey que hombre preso pidió,
ni ha de oír ni perdonar.
ROSIM. ¿Ni ha de perdonar ni oír?
TURBINO. No, señor, y así no es bien
ni tal dar ni tal pedir.
Préndele acá, que también
hay leyes para vivir.
¡Bueno es que un vasallo des
como el Conde, y tan honrado
como en su linaje ves,
que basta haberse amparado
de la piedad de tus pies!
Cuando un hombre bajo fuera...
ROSIM. ¿Qué, tan honrado es el Conde?
TURBINO. Tal, que su hermana pudiera,
por lo que a quien soy responde,
ser mi mujer y tu nuera.
ROSIM. ¿Tu mujer?
TURBINO. Pues ¿por qué no?
En caso que me casaras,
¿soy mejor que el Conde? No.
Y si en servicio reparas,
¿quién más que el viejo sirvió?
ROSIM. Eso es pasión y amistad;
bien se ve que no es razón.
TURBINO. Esto es justicia y verdad,
y esa capitulación
es infamia y es crueldad.
ROSIM. Al Conde título dan
de traidor.
TURBINO. Pues mentirán.
LEONATO. Allá, toda la nación,
que fué su muerte a traición,
dice.
TURBINO. Mentís, Capitán.
LEONATO. Muy bien puede vuestra alteza
desmentirme; es superior,
es mi Rey, es mi cabeza.
TURBINO. Y quebrárosla también.
ROSIM. ¡Bueno va! Ya el loco empieza.
Volved acá, Capitán.
TURBINO. Si aquí, señor, no estuvieras...

---

(1) Falta este verso en la edición de Madrid, 1614; pero consta en la de Pamplona, 1624.

ROSIM. Calla, loco.
TURBINO. Estos te dan
a entender estas quimeras
porque están mal donde están.
LEONATO. Yo he servido lealmente
con mi persona y mi gente.
TURBINO. Yo soy hijo de mi padre.
LEONATO. Yo de la guerra, que es madre
de mil buenos.
TURBINO. ¡Pesia!...
ROSIM. Tente.
TURBINO. ¡Señor!
ROSIM. Salte afuera, loco.
LEONATO. Pésame que te provoco
a enojo.
ROSIM. Vos sois honrado.
TURBINO. Yo lo voy de ti, que has dado
en tenerme siempre en poco;
pero crea el de Bohemia
que no gozará a mi hermana
por más que soborna y premia,
que yo haré lanzas mañana
los libros del Academia.
Y en lo que es ir preso el Conde,
que a tal crueldad corresponde,
no creas que podrá ser,
que yo le voy a esconder;
síganme y diréles dónde.

(*Váyase* TURBINO.)

ROSIM. ¿Esto es furor o amistad?
LEONATO. Es la natural piedad
que siempre tuvo su alteza.
ROSIM. Es extranjera aspereza
y propia temeridad.
Partid, Capitán, adonde
es ida a holgarse la Infanta;
veamos lo que responde
en tanto que se adelanta
Turbino a guardar al Conde.
LEONATO. Temo no topar con él.
ROSIM. ¿De cuándo acá se inventó
la amistad del Conde y de él?
LEONATO. Por valiente le obligó,
o por ser amigo fiel.
ROSIM. Llevad gente si os aguarda.
LEONATO. El ser mi Rey me acobarda.
ROSIM. Mañana camino irán,
ella, con vos, Capitán,
y él, con mi gente de guarda.

(*Váyanse todos. Entre* LUCINDA *y* EVANDRA.)

LUCINDA. Al cuidado con que estoy,
Evandra, no satisface.
¡Qué desdichada que soy!
EVANDRA. De que no le adviertes nace.
Ninguna culpa le doy.
LUCINDA. Amor de cualquier suceso
pone la culpa a quien ama,
y quien ama con exceso
cualquiera descuido infama
de los negocios de peso.
Dormirá el Conde a placer
eso que anoche veló,
que bien lo habrá menester,
y estaré velando yo
quizá porque soy mujer.
Cuando nosotras velamos
duermen los hombres muy bien,
y más si a entender lo damos,
porque ellos se van también
si ven que durmiendo estamos.
EVANDRA. No culpes al Conde así,
que agravias a tu valor.

(*Entre* HORTENSIO *y el* CONDE.)

HORTENS. Señora, el Conde está aquí.—
Entrad, Conde, mi señor.
LUCINDA. ¿Vióle alguno?
HORTENS. A nadie vi.
ASTOLFO. Cuando cierto no supiera
que aquí estábades, señora,
el jardín me lo dijera,
que por él parece ahora
que pasa la primavera.
Que han salido flores tantas
al milagro de esas plantas,
que se echa de ver el dueño.
LUCINDA. Serán reliquias del sueño,
que de dormir te levantas.
De esta suerte una flor
te parecerán mil flores.
ASTOLFO. Decir que duerme es error,
señora, quien tiene amores,
porque nunca duerme Amor.
Si he tardado no he dormido,
que Hortensio testigo ha sido
de que me halló levantado.
LUCINDA. Vendrá Hortensio sobornado.
HORTENS. Ya estaba el Conde vestido.
Quien ama todo es velar.
Esta noche he de cantaros,
si el discante acierto a hallar,
aquello del conde Claros,
que no puede reposar.

LUCINDA. En lindas vejeces das.
HORTENS. ¿Vistes vos canción mejor
ni que se celebre más?
ASTOLFO. Señora, si es loco Amor,
no duerme el loco jamás.
El no haber antes llegado
es porque la puerta ha estado
cubierta de caballeros.
LUCINDA. Quiero desculpado creeros
por no quereros culpado.
Mirad a solas.
ASTOLFO. La mano
os suplico que me deis.
EVANDRA. (Entre tanto, Hortensio hermano,
¿qué nuevas de allá traéis?
¿Habéis visto a Feliciano?
HORTENS. Ya os he dicho, Evandra amiga,
lo mucho que me fatiga
que me hagáis vuestro alcagüete.)
LUCINDA. (¿Que os vió salir del retrete?
ASTOLFO. Dejad que hasta el fin prosiga.)
(*Vuelven a hablar quedo.*)
EVANDRA. (¿De qué podéis servir vos
en esa edad?
HORTENS. ¡Oh, qué bien!
¿Luego hay en la corte dos
que se enderecen tan bien?
No, con juramento a Dios.
Que yo sé quien está muerta,
y aun no fuera de la huerta.
EVANDRA. Sois un Narciso, un Orlando.)
LUCINDA. (¿Que fuisteis con él hablando
hasta llegar a la puerta?
ASTOLFO. Pensé que era Pinabelo.)
(*Vuelven a hablar quedo.*)
HORTENS. (¿Pensáis, por ventura, Evandra,
que es nieve este blanco pelo?
Pues si en fuego hay salamandra, (1)
aquí hay salamandra en hielo.
No hay años donde hay salud.)
ASTOLFO. (Quedó con tanta inquietud,
desde que huyendo se fué,
el corazón, que se ve
la falta de su virtud
en que apenas tengo aliento
ni verdadero color.)

(CLARINO, *entre.*)

CLARINO. ¿Está aquí el Conde?—¿Señor?

(1) En el original "pues si hay fuego en salamandra".

ASTOLFO. ¿Qué quieres, vil instrumento
de este mi confuso error?
CLARINO. Que Leonato, el capitán,
y los de la guarda, están
todos dentro del jardín.
LUCINDA. ¿Leonato y guarda? ¿A qué fin?
ASTOLFO. ¡Bueno! Prenderme querrán.
LUCINDA. ¿Si se habrá mi amor sabido?
Escóndete.
ASTOLFO. Ya no puedo,
que siento cerca el ruído;
pero no te cause miedo,
entender que se ha entendido,
que tú eres ya mi mujer.
Y cuando por tu belleza
el Rey me mande prender
y cortarme la cabeza,
¿qué mayor bien puede ser?
LUCINDA. Bien dices; mi esposo eres.
ASTOLFO. No basta que así me nombres.
Morir quiero si tú mueres,
que nunca los nobles hombres
desamparan las mujeres.
HORTENS. (¡Ay, Evandra! ¿Qué haré?
¿Adónde me esconderé
del furor del Capitán?
EVANDRA. ¿Erades vos el galán?)
CLARINO. No es bien que el Conde aquí esté;
entre esas murtas se meta.
Señora, no estés turbada.
LUCINDA. Señor, el consejo acepta,
que aquí no corta la espada,
sino la industria discreta.
ASTOLFO. Pues yo me entro entre esta murta,
aunque parece que hurta
mi temor a mi valor
esta hazaña.
LUCINDA. Yo, señor,
temo que el golpe resurta,
que de querer defenderos
nacerá mi perdición.

(*El* CONDE *se esconda. Entren el* CAPITÁN LEONATO *y dos* ALABARDEROS.

LEONATO. Aquí podéis deteneros.
LUCINDA. Leonato, en esta ocasión
con tantos alabarderos,
¿a quién venís a prender?
LEONATO. Si vienen, debe de ser
que os acompaña la guarda;
que el Rey, señora, os aguarda,
y nadie os viene a ofender.

Antes albricias os pido
de que ya tenéis marido.
que yo he traído la nueva.

LUCINDA. De eso no es bien que os las deba,
porque sin mi gusto ha sido.
¿Fué acaso capitulado
en las paces de Bohemia?

LEONATO. De allá ha venido firmado.

LUCINDA. ¿Con su enemigo me apremia
el Rey a tomar estado?

LEONATO. Ya, gran señora, es su amigo.
su hijo, su hermano y yerno.
Esta paz llevas contigo.

LUCINDA. Será (1) mi tormento eterno.
¡Gran dolor! ¡Fiero castigo!

LEONATO. Esto queda concertado.
y que al conde Astolfo dé
en su tierra aprisionado.

LUCINDA. Y ¿qué dice el Rey?

LEONATO. Que fué
muy justamente firmado.

LUCINDA. ¡Al Conde preso!

LEONATO. Señora.
el Conde mató a su primo
del Rey, que Bohemia llora.

LUCINDA. Leonato, la nueva estimo.
Idos norabuena agora.

LEONATO. Querríate acompañar.

LUCINDA. Dadme, Leonato, lugar,
que tengo que hacer aquí.

LEONATO. Harélo, señora, ansí.
Todos los vengo a enojar.
Allá el Príncipe, tu hermano,
me ha reñido, y dice al Rey
que en dar al Conde es tirano.

LUCINDA. Dice bien a toda ley.
Yo lo firmo de mi mano.

LEONATO. Y aun dice que es desatino
darte a Bohemia.

LUCINDA. ¡Oh, qué bien!
Es mi hermano, al fin, Turbino.

LEONATO. ¡Que estas albricias me den
después de tanto camino!

LUCINDA. Capitán, las que no os di
del casamiento tratado
tendréis agora de mí
porque mi hermano ha tomado
estos negocios ansí.
Estos diamantes tomad.

LEONATO. Beso los pies de tu alteza.

LUCINDA. Decid a su majestad
que ya voy, y la cabeza
del conde Astolfo guardad,
que es amigo de Turbino.

(LEONATO *y la guarda se vayan.*)

LEONATO. Vamos de aquí.

EVANDRA. Ya se van.
Volved en vos, mi galán.

HORTENS. Tiemblo de miedo, Clarino.

(*Salga el* CONDE.)

ASTOLFO. ¿Fuése, Infanta, el Capitán?

LUCINDA. Fuése.

ASTOLFO. ¿Qué es lo que quería?

LUCINDA. El Rey a llamarme envía.
Ya del Bohemio soy mujer.

ASTOLFO. ¿Ese fin vino a tener,
mi bien, la fortuna mía?

LUCINDA. No penséis que pára en eso,
que también os pide a vos
en su tierra atado y preso.

ASTOLFO. Bien dice, atado ¡por Dios!,
porque ya me falta el seso.
Y si vos, alma, queréis
lo concertado cumplir,
seguro allá me tenéis,
porque yo me iré a morir
adonde vos os caséis.
Y justa cosa ha pedido
en quererme a mí rendido
para matarme y vengarse,
porque no puede casarse
viviendo vuestro marido.
Los hados son los tiranos
que al Rey, en las suertes nuestras,
hace sus conciertos llanos,
pues para tomar las vuestras
atadas pide mis manos.
Como vos respondáis "sí",
yo se las doy desde aquí;
si allá vais, haced primero
que me maten, que no quiero
que haya entonces vida en mí.

LUCINDA. Tened, mi bien, confianza
a la fe con que os adoro,
aunque el ser mujer me alcanza,
que en sangre y real decoro
no hay bajeza ni mudanza.
Para vos nací, mi vida,
y la que tengo perdida
por vos la estimo de suerte,

---

(1) En el original "Duro".

que hallaré vida en la muerte
y no vos mi fe rompida.
Mi padre puede forzarme,
ir puedo, amigo, a casarme;
pero cuando cierta quede,
también Amor darme puede
venenos para matarme.
Y en lo que es vuestra prisión,
escondeos, que es desatino
poneros en ocasión.

ASTOLFO. Mira quién viene, Clarino.
CLARINO. Guardas de palacio son.
LUCINDA. No es justo que os detengáis,
mas que luego os escondáis
y me aviséis, mi bien, dónde.
ASTOLFO. Mi alma, acordaos del Conde
cuando a vuestro reino vais.
LUCINDA. Siempre estáis en mi memoria.
ASTOLFO. Vos sois mi luz y mi gloria.
LUCINDA. Ya os soñábades con grillos.
HORTENS. Yo llevo los menudillos
en caldo de pepitoria.

FIN DEL PRIMER ACTO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

TEODOSIO, *Rey de Bohemia.*
MAURICIO, *duque.*
GOFREDO, *capitán.*
El CONDE ASTOLFO.
LUCINDA, *infanta.*
EVANDRA, *dama.*
LEONATO, *capitán.*
HORTENSIO, *vejete.*
TURBINO, *príncipe.*
LEONICIO, FULGENCIO, } *caballeros.*
COTALDO, RUFINO, } *criados.*
Una GUARDA.
LISAURA, *hermana del Conde Astolfo.*
Un PAJE.
ROSIMUNDO, *rey de Hungría.*
El DUQUE ARNALDO.
LICENO, *alcaide.*

ACTO SEGUNDO

(TEODOSIO, *rey de Bohemia;* MAURICIO, *duque;* GOFREDO, *capitán, y acompañamiento.*)

TEODOSIO.

¿Que viene ya tan cerca?

MAURICIO.

Ya, por lo menos, viene,
que cerca no es posible, pues no ha entrado
la raya de Bohemia.

TEODOSIO.

¿En qué se ha detenido?

GOFREDO.

Viene su majestad algo indispuesta,
y esta ha sido la causa.

TEODOSIO.

¿Qué respondió, Gofredo,
a mi carta y presente?

GOFREDO.

Es tanta su tristeza,
que apenas vi sus celestiales ojos,
que, para no abrasarme,
no quisieron dignarse de mirarme.

TEODOSIO.

Debió de ser vergüenza
y virginal recato.

MAURICIO.

Y la poca salud también seria.

TEODOSIO.

¿Dónde dicen que queda
el Príncipe, su hermano?

GOFREDO.

Desde el enojo de su padre, dicen
que se fué de la corte
y que está en unos bosques
entreteniendo el tiempo
en mil alegres cazas,
de que es poblada aquella tierra toda.
Y el padre, tan airado,
que no le ha visto, escrito ni llamado.

TEODOSIO.

¡Que el príncipe Turbino
me sea tan contrario
que ha tomado tan mal mi casamiento!
Si no fuera su hermano,
creyera que eran celos.

GOFREDO.

Por todo extremo dice que lo siente.

TEODOSIO.

Con ejemplo se ha visto,
pues viniendo su hermana
a casarse conmigo
de acompañarla deja.
Confieso que lo siento,
y que ha sido un extraño pensamiento.

GOFREDO.

Los grandes y señores
que a la Reina acompañan
dicen que el amistad del Conde ha sido
la causa de su enojo.

TEODOSIO.

¿Que al Conde quiere tanto?

GOFREDO.

Era el Conde su gusto y su privanza,
y como tú le pidas
para dalle la muerte,
¿quién duda que lo sienta?
¿Quién duda que le pese que se haga,
que no de otra manera
tu casamiento resistir pudiera?

MAURICIO.

Dirá que no era justo,
pues confirmaba paces
pedir al Conde para tal venganza.

GOFREDO.

Más amor pareciera
que al Conde perdonaras,
por vasallo del Rey, que era tu suegro.
Con esto, el mismo Príncipe
viniera con su hermana
y, en paz común de todos,
se hicieran estas bodas
que ahora se han de hacer con tanto escándalo,
que hasta la Reina tiene
este pesar, pues que tan triste viene.

TEODOSIO.

Yo no os pido consejo;
más me va en la venganza
que no en el parentesco del Rey húngaro.
La sangre de mi primo
pide a voces justicia.
Al Conde preso quiero, denme al Conde.
¡Muera el Conde villano!
La sangre nunca muere,
siempre vive el agravio,
siempre la sangre vive.
Más me va en la venganza que en casarme.

MAURICIO.

Sí, pero tales leyes
derogan la clemencia de los reyes.

(*Entre el* CONDE ASTOLFO *desatinado.*)

ASTOLFO. ¿Está el rey Teodosio aquí?
GOFREDO. Algún mensajero es.—
Llega y bésale los pies.
ASTOLFO. ¿Cómo los pies? ¡Guardad de ahí!
¿Conócesme?
TEODOSIO. Si eres loco
de la Reina, mi mujer,
quiérote en mucho tener;
pero si eres necio, en poco.
ASTOLFO. Loco soy, no dices mal,
y de la Reina también.
TEODOSIO. ¿Quieres que albricias te den?
ASTOLFO. Sí, de que ya estoy mortal.
TEODOSIO. Su majestad ¿cómo viene?
ASTOLFO. Con mucho disgusto mío.
TEODOSIO. ¡Jesús, qué loco tan frío!
ASTOLFO. Ese frío ella le tiene,
que yo ¡por Dios! que me abraso
con un calor tan eterno,
que creo que es del infierno
el grave fuego que paso.
MAURICIO. Por la posta habrá venido
a visitarte, señor,
y con el mucho calor,
en llegando habrá bebido,
que a ninguno le daría
nuevas de tanto placer
que no le diese a beber.
TEODOSIO. La entrada ha sido muy fría.
ASTOLFO. ¿A beber? No es mi tormento
tal que le aplaque ninguno,
aunque a Lázaro importuno
como otro rico avariento.
Fué Rosimundo Abraham;
agua le pedí en su seno:
pero me ha dado el veneno
que a los condenados dan.
MAURICIO. ¿Ya se mete en la Escritura?
ASTOLFO. La escritura me mató,
porque en ella se firmó
mi muerte y vuestra ventura.
El concierto que habéis hecho,
ése me quita la vida.
Acúsanme de homicida
los que no saben mi pecho.
Y aunque es verdad que maté
a Aurelio, no fué a traición;
cara a cara, y con razón,
su pecho infame pasé.
Escapéme en un caballo;
Rosimundo era mi Rey,
y fuera más justa ley
favorecer su vasallo.
Enviarme preso quería;
pero, la Infanta casada,
era prisión excusada,
que el casarse fué la mía.
Astolfo soy, ¿qué miráis?

El Conde soy, no os turbéis.
No por muerte me prendéis,
sino por loco me atáis.
Llegad, que no me defiendo,
porque si me defendiera,
no dudéis de que os hiciera
tomar el camino huyendo.
¡Ea, pues, esta es la espada!
¿Ninguno a tomarla viene?
(Empúñela.)

TEODOSIO. ¿Que este loco infame tiene
pasión tan desenfrenada?
¿Que éste tiene atrevimiento
para burlarse de mí?
¡Prendelde!

ASTOLFO. Llegad, que aquí
no hay más de mi pensamiento.
(Quítese la espada.)
Tomad esta espada honrada,
que si la tengo ceñida
no podré perder la vida
sin que la deje vengada.
Y si por verme cruel
os da la espada recelo,
yo la arrojaré en el suelo,
(Arroje la espada.)
llegad y tomalda de él.
¿Qué más queréis que me rinda?
Llegad [a] asirme, villanos;
veisme aquí atadas las manos,
pues dió las suyas Lucinda.
(Lleguen y átenle.)

TEODOSIO. Si Amor te ha vuelto furioso,
no volverás en tu acuerdo,
ni la pena te hará cuerdo,
ni a mí tu engaño piadoso.
Porque la pena ha de ser
cortarte ese cuello vil,
y mi piedad de un gentil
o de celosa mujer.

ASTOLFO. Ni tu piedad me ha traído,
ni Rosimundo pudiera,
que todo el mundo me hubiera
con la que os doy resistido.
Y pues a la muerte vengo
de mi propia voluntad,
no busco ajena piedad,
porque de mí no la tengo.
Busco la muerte, ésta pido.

TEODOSIO. Y ¿allá no hay muerte también?

ASTOLFO. No, que morir mal no es bien
donde fuí tan bien nacido.
Aquí, donde representa
Amor el acto postrero
de mi tragedia, aquí quiero
sufrir la postrera afrenta.
Aquí, en el teatro fuerte
de tu venganza y mi pena,
serán la postrera cena
tu casamiento y mi muerte.

MAURICIO. ¿Qué estás escuchando a un loco
cosas que tan mal te están?

TEODOSIO. Llevalde vos, Capitán.—
Duque, no me ofenden poco.

MAURICIO. Calla, que son desatinos.

TEODOSIO. Esté en la torre más fuerte
hasta que le den la muerte.

MAURICIO. Eran de mil muertes dignos.

TEODOSIO. Ponelde guarda también.

GOFREDO. Deja a mi cargo la guarda.

(Llévanle.)

TEODOSIO. Cuando el bien mayor se tarda,
no satisface otro bien.
Grande para mí lo fuera
ver preso al Conde traidor,
si en la Reina algún amor,
Duque amigo, conociera.
No sé qué enigmas son éstas
que este loco dice aquí.

MAURICIO. Procura el villano así
hacer tragedia tus fiestas.
No te pongas en cuidado,
pues que ya le tienes preso.

TEODOSIO. Algún notable suceso
atrevimiento le ha dado.
No es posible que a la muerte
de su propia voluntad,
sin mucha temeridad,
venga un hombre de esta suerte.
Mauricio, aquesto es amor.

MAURICIO. ¿El Conde había de tener
esperanza en tal mujer?

TEODOSIO. ¿Parécete mucho error?

MAURICIO. ¿A la hija de su Rey
un vasallo? Celos son.

TEODOSIO. Tienes, Mauricio, razón.
Quiero bien, vivo en su ley.
Hazte amigo ¡por tu vida!
del Conde, y sabráslo todo.

MAURICIO. Si es celoso, hará de modo
que tu casamiento impida.

(Váyanse. LUCINDA con guarda de soldados y el capitán LEONATO, y EVANDRA, y HORTENSIO.)

LEONATO. Bien parece que el deseo
no te lleva de amor loco,
que es de sus gustos correo,
pues te vas tan poco a poco
y pues tan triste te veo.
Al paso que ahora vas,
de aquí a un año llegarás.

LUCINDA. Lleva la imaginación
las riendas a la razón,
y háceme volver atrás.

LEONATO. Pon espuelas si recelas,
que sin ellas no la igualas,
y demos al viento velas.

LUCINDA. El corazón tiene alas
y no ha menester espuelas;
pero las que de contento
pudiera poner mi intento,
las he dejado olvidadas.

LEONATO. Hoy has hecho tres jornadas.

LUCINDA. Y mil con el pensamiento.

LEONATO. Que ha que saliste diez días,
y es lástima de estos Grandes,
si en detenerte porfías,
porque son sus gastos grandes.

LUCINDA. Más son las tristezas mías.
Vuélvanse si es tanto el gasto,
que más es lo que yo gasto
del alma en ir donde voy,
que más pobre en fuerzas soy
y para sufrirlo basto.
Todo su acompañamiento
para mi tristeza es viento;
de sentenciado ha de ser,
que todos se han de volver
y dejarme en el tormento.

LEONATO. Como hoy veniste a esta orilla
y los grandes has dejado
de este río media milla,
que otra hubieras caminado
fuera menos maravilla.

LUCINDA. Basta, que queréis quitarme,
Leonato, que pueda holgarme.
Ya que salgo de palacio
y a morir voy, sea despacio,
que tiempo habrá de matarme.
¿Qué rigor es este injusto?

LEONATO. Perdonad, señora mía,
si con esto os doy disgusto.

LUCINDA. Soy carga que cada dia
ha de caminar al justo.
Apartaos allá, que quiero
bañarme.

LEONATO. Este río es fiero.

HORTENS. ¿También en esto se opone?

LEONATO. Vuestra alteza me perdone.

LUCINDA. ¿Qué es eso, infame, grosero?

LEONATO. Señora, no he de ausentarme.
Eso podréis perdonarme;
hasta que estén media milla
los Grandes de aquesta orilla.

LUCINDA. Pues llegad vos a bañarme.

LEONATO. Volvieran a verse nuevas
las desdichas de Anteón,
loco príncipe de Tebas.

LUCINDA. O quieres darme ocasión,
o mi sufrimiento pruebas.

LEONATO. La orden del Rey es ésta.

LUCINDA. ¿Queréisme ver descompuesta?

LEONATO. Mandar me puedes matar;
pero no te he de dejar,
ni parece cosa honesta.
Hortensio y Evandra están
contigo; a mí y a esta gente
los olmos nos cubrirán,
cuyos pies en su corriente
bañando las aguas van.

LUCINDA. Pues retiraos.

LEONATO. Sí haré.

LUCINDA. ¿Sabéis dónde el Conde fué?
¿Sabéis si me ha de librar?

EVANDRA. Ya, señora, es engañar
con la esperanza la fe.
Mal tendrá el Conde poder
para venir a librarte.

LUCINDA. Pues ¿qué es lo que puedo hacer?

HORTENS. Ser Reina con esforzarte,
y de Teodosio mujer.

LUCINDA. ¡Ay, Hortensio! ¿De qué suerte?

HORTENS. Con pensar que no has de verte
más en los ojos del Conde.

LUCINDA. Mejor mi amor me responde.

HORTENS. ¿Cómo?

LUCINDA. Que me dé la muerte.

HORTENS. No es la desesperación
digna de los nobles pechos,
que es baja satisfación
de los peligros estrechos
en que vive el corazón.

LUCINDA. ¿No se mataban romanos?

HORTENS. Era para no sufrir,
de su Imperio, los tiranos.

LUCINDA. Pues eso mismo es rendir
a mi enemigo las manos.

(*Entren rebozados el* PRÍNCIPE TURBINO, FULGENCIO, LEONICIO, RUFINO, COTALDO, *con arcabuces.*)

TURBINO.
Digo que están en esta verde orilla.
Calad los cañones, prevenid el fuego.

COTALDO.
A punto van, señor los arcabuces.

TURBINO.
Yo libraré la sin ventura Infanta.

FULGENCIO.
Y todos a tu lado moriremos.

LEONATO.
¿Qué es esto? ¿Gente armada y extranjera?
Celada es ésta. ¿Ah, duques? ¿Ah, señores?
¿Ah, soldados? ¿Ah, gente?

TURBINO.
¡Calla, perro!

COTALDO.
¡Tiralde!

FULGENCIO.
¡Dalde!

LEONATO.
¿Ah, gente de mi guarda?
(*Disparen.*)

LUCINDA.
¡Válame Dios! ¿Qué novedad es ésta?

HORTENSIO.
Temblando estoy, Evandra. ¿Traes acaso
Lignum Crucis o alguna otra reliquia?

TURBINO.
Huyendo van; no es justo detenernos.

HORTENSIO.
Ya vuelven ¡santo Dios! ¿Si son ladrones?

LUCINDA.
Evandra, ¿si es el Conde?

EVANDRA.
Pues ¿qué dudas?

LUCINDA.
¡Astolfo mío! ¡Conde de mis ojos!
(*Quítese la banda el* PRÍNCIPE.)

TURBINO.
No soy el Conde, aunque en amor le igualo.
Un hombre soy, que soy por fuerza amigo.
Tu hermano soy, Lucinda, alza los ojos,
que, aunque fuera razón pasarte el pecho
por la bajeza de querer al Conde
tan atrevidamente que en palacio
con escalas entrase hasta tu cámara,
debo mirar que eres mi propia sangre,
que eres mi honra y que guardarla debo,
y esto no fuera parte en esta injuria
si fuera sólo para perdonarla,
sino el ver que tenemos una estrella,
una desdicha igual, como una sangre.
Si tú quieres al Conde, yo a su hermana;
Lisaura es mi mujer; quiéralo el Cielo;
procuremos que el Conde sea tu esposo.
Vuelve conmigo, y de secreto vamos
donde, escondida en casa de Lisaura,
podamos ver lo que mi padre intenta
y sepamos del Conde lo que hace.
No quiero que me des aquí disculpa;
el tiempo es breve y el peligro grande.

LUCINDA.
En tus manos estoy, dame la muerte.

TURBINO.
Agradecerlo puedes al padrino.—
¡Hola! Vosotros id haciendo escolta,
y sacad de esas peñas los caballos.

LEONICIO.
Yo sé el monte muy bien.

RUFINO.
Y yo el atajo.

TURBINO.
¿Por dónde es lo mejor?

RUFINO.
Por lo más bajo.

(*Sale el* DUQUE MAURICIO *y el* CONDE *con cadena.*)

MAURICIO. Conocieras mi intención,
que es más llana que la palma,
si se viera el corazón
y que me ha llegado al alma,
Conde amigo, tu prisión.
Bien sabes que en tu pendencia
hice alguna resistencia
por afición que te tuve,
y que en tu defensa estuve
muy de tu parte en tu ausencia.
De mi casa te han traido
cama y criados, que quiero
que seas de ellos servido.

ASTOLFO. Dolerse del extranjero
piedad de tu pecho ha sido.

Mil veces tus manos beso:
y pues aquí no estoy preso
menos que hasta ver mi muerte,
no tengo más que ofrecerte.

MAURICIO. Mejore Dios tu suceso, (1)
que aunque el Rey airado está,
si hasta que la Reina venga
tu vida entretengo, hará
la Reina que piedad tenga,
y el perdón te alcanzará,
y el Rey hará en esto poco
cuando tu vida le pida.

ASTOLFO. No, no, que si al Rey provoco
a que me quite la vida
con desatinos de loco,
no creas que es sin razón.

MAURICIO. Eso quisiera saber
y entender bien tu intención,
que ocasión debe de haber,
y no es pequeña ocasión,
que te movió a tal furor.
Que entregarse al enemigo
es desesperado error.

ASTOLFO. Amor.

MAURICIO. ¿Amor?

ASTOLFO. Poco digo.
Celos.

MAURICIO. Bastaba el amor.
Pues ¿a quién se le tenías?

ASTOLFO. No sé, Duque, déjame.

MAURICIO. Poco de mi pecho fías.

ASTOLFO. La infanta Lucinda amé.
¿Ves aquí las ansias mías?
¿Quieres más?

MAURICIO. Pues ¿de qué suerte
vienes a buscar la muerte?
¿Tuviste de ella favor?

ASTOLFO. Si eres tú mi confesor,
que soy tu mártir advierte.
Y pues que no he de vivir,
déjame ¡por vida tuya!
con mi secreto morir,
que no hay esperanza suya
que más pueda resistir.
Venga ya Lucinda, y de ella
goce el Rey; muy sin recelo
gozará de la más bella
cosa que ha formado el Cielo,
pues cifró su gracia en ella.
Y salte allá, que en llegando
aquesta imaginación,
no sé si haciendo o hablando
mayores locuras son
las que se cuentan de Orlando.
¡Oh, terribles pensamientos!
¡Oh, insufribles fantasías!
¡Oh, mal nacidos contentos!
¡Oh, fingidas alegrías!
¡Oh, injustos atrevimientos!
¡Dejadme, sombras, aquí
acabar mi triste vida!
¡Llegad, que licencia os di,
si por cosa tan rendida
ya no hacéis cuenta de mí!
¡Quítateme de delante,
preguntador de mi vida,
que para volverte Atlante
tengo a Medusa esculpida
en mi escudo de diamante!
¿Pensáis que soy el que fui?
¡Mentís, sombras, que no soy!

MAURICIO. ¡Ah, buen Conde, vuelve en ti,
mira que contigo estoy!

ASTOLFO. No puedo, que estoy sin mí.
Maté a Aurelio, herí a Rodolfo
y, con escapar del golfo,
al puerto (1) vengo a morir.

MAURICIO. Quiérome de aquí salir,
¡ah, buen Conde! ¡Ah, Conde Astolfo!

ASTOLFO. ¡Que ya no soy Conde, no!
¡Déjame, sierpe cruel!

MAURICIO. ¿Ah del muro?

(*Una* GUARDA.)

GUARDA. Aquí estoy yo.

MAURICIO. ¿Podráste atrever a él?

ASTOLFO. ¿Que en efecto se casó?
¿Hay insolencia como ésta?

MAURICIO. Si pudiera en su locura
sacarle alguna respuesta,
que esto es lo que el Rey procura.

ASTOLFO. ¿Tú de bodas? ¿Tú de fiesta?

MAURICIO. ¿Quién son los de ese concierto?

ASTOLFO. Una fiera y un león,
que me han abrasado y muerto.

MAURICIO. Y esos dos, ¿sabes quién son?

ASTOLFO. No duermo, que estoy despierto.

MAURICIO. ¿La Reina quísote bien?
¿Tienes de ella algún favor?

ASTOLFO. Ya te entiendo, confesor.

(1) En el original "deseo".

(1) En el original "punto".

¡Mal fuego te queme! Amén.

MAURICIO. ¿Esto es malicia o furor?
¡Asilde!

ASTOLFO. Llegaos a ver.

GUARDA. Señor, es loco y furioso.

MAURICIO. Atado ¿qué puede hacer?

ASTOLFO. ¡Que sea un rey poderoso
de quitarme mi mujer!
Ea, que es bellaquería
tener tanto sufrimiento.
Alto, a la guerra, alma mía,
salga al son de mi tormento
marchando la infantería.
Poned luego aquesos tiros
de mis fogosos suspiros.
¿Ah, caballero del fuerte?
Salga el fuego, el plomo acierte,
vaya el humo haciendo giros.
¿Hay tal maldad? ¿Que un rey
mandarme prender a mí [pueda
después de dada la queda?

GUARDA. Señor, llama gente aquí
antes que la furia exceda.

(GOFREDO, *entre*.)

GOFREDO. El Rey a llamarte envía.

MAURICIO. Gofredo, no entiendo al Conde,
que, ni loco a su porfía
cosa que importe responde,
ni estando cuerdo, a la mía.

GOFREDO. ¡Ay, Duque! No es menester
lo que pretendes saber,
porque el Rey ya no se casa.

MAURICIO. Di, Capitán, lo que pasa.

GOFREDO. No parece su mujer.

MAURICIO. ¡Pues bien se hará el casamiento!
¿Es verdad o fingimiento?

GOFREDO. Yo digo lo que ha pasado.

MAURICIO. ¿Qué falta?

GOFREDO. Que la han robado.

MAURICIO. ¿De qué suerte?

GOFREDO. Estáme atento.
Orillas de un manso río,
cuyo nombre es Olivardo,
no coronado de olivas
ni de verde mirto y nardo,
mas de ponzoñosa adelfa,
donde la ortiga y el cardo,
cubriendo la margen seca,
baña el curso humilde y tardo,
paró la infanta Lucinda
con el capitán Leonardo, (1)
quedándose en una aldea
toda su escolta y resguardo.
Y estándose entreteniendo
viendo el gamo, el ciervo, el pardo,
de que está cubierto el monte
más que el gentil (2) corzo y hardo,
salió una escuadra de gente
detrás de un peñasco pardo,
diciéndole al Capitán:
"¡Deja la Infanta, bastardo!"
Defendióse un poco el triste,
mas luego dijo: "¿Qué aguardo?"
Llamando al conde Fabricio,
conde Urgel, marqués Lisardo:
mas viendo que no venían,
dejando muerto a Ricardo,
tomó el camino de Hungría
por el bosque longobardo.
Dicen que era el que la lleva
un caballero gallardo,
en las fuerzas Rodamonte
y en las galas Mandricardo.
Que en descubriéndose el rostro
le dijo: "La fe que os guardo
me trujo a morir por vos,
que por vos me abraso y ardo.
Metámonos por el monte,
que me parece que tardo
en gozar vuestra hermosura,
que no porque me acobardo."
Con esto se fueron juntos
en un caballo lombardo,
trayendo al Rey esta nueva
el capitán Clorinardo. (3)

MAURICIO.

¿Que a la Reina han robado de esta suerte
estando de su gente dividida?
Capitán, es ficción, por que despierte
del Conde el alma en su furor dormida.

[GOFREDO.]

¿Cómo ficción? Que el Rey te llama, advierte,
que está perdiendo el seso con la vida.

MAURICIO.

¿Hay caso más extraño? ¿Hay tal suceso?
¡Hola, guardas! Cuidado con el preso.

(*Váyanse los dos*.)

(1) Antes le llamó siempre LEONATO.
(2) En la impresión de 1614 "fértil".
(3) Nótese el derroche de consonantes en "ardo".

ASTOLFO.

Volved en vos, perdido entendimiento,
que aún hay más mal del que tenéis creído;
si un mal de mi sentido fué tormento,
otro mayor os volverá el sentido.
Estad en esto, triste pensamiento,
no estéis en lo pasado divertido.
Lucinda se casaba, caso extraño.
A Lucinda han robado, mayor daño.
Pero ¿quién puede ser el venturoso
que mereció de verla entre sus brazos?
¿No era su vida yo? ¿No era su esposo?
¿Así se dan a un extranjero abrazos?
¡Cesad, locuras! Ya no estoy furioso;
ya, rejas fuertes, no os haré pedazos.
La furia que he tenido han sido truenos;
paró en agua, ya están mis ojos llenos.
Acompañadme, pues, hierro piadoso,
que, si soy de mi llanto enternecido,
yo iré a buscar el robador dichoso
del bien que gana, porque estoy perdido.

GUARDA.

Entra, señor; descansa, ten reposo.

ASTOLFO.

Dadme tinta y papel; papel te pido.

GUARDA.

¿Qué quieres escribir?

ASTOLFO.

Mi testamento.
Muerto soy ya.

GUARDA.

¡Extraño sentimiento!

(*Vanse. Salen* LISAURA, LUCINDA, TURBINO, HORTENSIO y EVANDRA.)

LISAURA. Toda la gloria de verte,
Infanta, en mi casa agora,
nuevamente el alma llora
viendo del Conde la muerte
en esos ojos, señora.
Perdona si se adelanta
mi lengua a llamarte Infanta
y no de Bohemia Reina,
que el propio amor que en mí reina
me obliga a libertad tanta.
Que como no es calidad
majestad en tu grandeza,
en tu reino, en tu ciudad,
más te queremos alteza
que no en Bohemia majestad.
No cupiera el alma en mi
si el Conde estuviera aquí,
o si libertad tuviera.

LUCINDA. Bien sabe el Cielo que fuera
el mayor bien para mí.
Que declarado mi hermano
en que he de ser su mujer,
y tú suya, fuera en vano
querer mi amor esconder,
aunque parezca liviano.
No da la muerte importuna
para siempre gloria alguna
sin pensión de pena fiera,
porque gloria verdadera
no hay en la tierra ninguna.
¡Con qué contento vivía
de mi dichoso suceso,
sin ver que al Conde tenía
desterrado, ausente y preso!

LISAURA. No llores, señora mía.

LUCINDA. ¿No he de llorar, que por mí
se arrojase el Conde así,
Lisaura, a perder la vida?

LISAURA. No está del todo perdida.

LUCINDA. Pues ¿hay esperanza?

LISAURA. Sí.

LUCINDA. ¿Qué esperanza?

LISAURA. Que yo iré
con valor de mujer fuerte
y al Conde vivo trairé,
dando esta vida a tu muerte
y esta esperanza a tu fe.
Tú verás mi generoso
brazo, acabando al tirano,
hacer un hecho piadoso,
no porque el Conde es mi hermano,
mas porque ha de ser tu esposo.
Que como un Héctor o Orlando
del fiero contrario bando
le he de sacar, como digo.

TURBINO. Parece que hablas conmigo,
como ves que estoy callando.
¡Oh, Lisaura! Si el amor
de tu hermano en tu sosiego
pone ese honrado furor,
¿qué hará en un alma de fuego
este incontrastable ardor?
Por gentil camino incitas
mi obligación al remedio
que del Conde solicitas,
cuando las tuyas en medio
del corazón tengo escritas.

¿Qué sirve que de esa suerte
te pintes mujer y fuerte?
Yo soy hombre, y de valor,
y basta tener amor,
quien tiene a sus pies la muerte.
Yo, que a la gente villana
a mi hermana les quité,
para el Conde es cosa llana,
que al Conde, aunque preso esté,
le traeré para mi hermana.
Y por la cruz de esta espada,
señal de la que oprimió
aquella espalda sagrada,
o la misma vea yo
de propia sangre manchada,
¡juro de partirme luego
y de no volver a Hungría,
ver tu luz, de que estoy ciego,
comer alegre de día,
tener de noche sosiego,
vestir gala ni adornarme,
alzar con bríos el cuello,
de amigos acompañarme,
cortar la barba y cabello,
ni a espejo alguno mirarme,
de no estar en parte firme,
dejar de vestir acero,
ni seda dejar vestirme,
ni llamarme caballero,
ni la espada desceñirme;
de no perder ocasión,
de no olvidar mi cuidado,
de no poner dilación,
de no vivir en poblado,
ni admitir conversación;
de no pedirle suceso,
fuera del presente, a Dios,
que deseo con exceso,
hasta que os traiga a las dos
vivo y sano el Conde preso!

(*Váyase.*)

LISAURA. Esperad, Príncipe.
LUCINDA. Hermano,
escucha.
LISAURA. Mirad, señor...
HORTENS. No hay llamarle, que es en vano.
LUCINDA. ¡Qué extraña fuerza de amor!
LISAURA. ¡Y qué valor soberano!
Mi bien, mi señora, es ido
adonde tu bien está
perdiendo quedo el sentido.
LUCINDA. Cuando el tuyo llegue ya
estará mi bien perdido,
y pésame, en parte alguna,
del ausencia de Turbino,
a quien tu amor importuna,
que parece desatino
ir a tentar la fortuna.
Y faltándome esta prenda
es muy posible que entienda
que estoy aquí el Rey cruel,
y no tengo fuera de él
persona que me defienda.
¿Qué habemos de hacer?
LISAURA. Si amor
pone ardimiento y valor
hasta en fieros animales
de morir por sus iguales,
morir tengo por mejor.
Aquí en gran peligro estás;
de éste sales si conmigo
a buscar al Conde vas.
LUCINDA. Iré, Lisaura, contigo;
mira si me mandas más.
Que no hay Citia tan helada,
Etiopía tan adusta,
Libia de sierpes cuajada,
Bracamana tan injusta
ni Arabia tan despoblada
donde mi amor no me lleve:
que sierpes, calor y nieve
son templanza, son vitoria
al alma, que con la gloria
de amor sus potencias mueve.
LISAURA. Quiérome echar a tus plantas
por tal merced y consuelo.
LUCINDA. Alzate, que no son santas.
LISAURA. No pienso alzarme del suelo.
LUCINDA. Ni yo, si no te levantas.
¿Cómo iremos? Y ¿con quién?
LISAURA. Con disfrazado vestido.
LUCINDA. ¿Cuál quieres tú que nos den?
LISAURA. Algún hábito fingido
que a entrambas nos venga bien.
LUCINDA. Hortensio, pues son los viejos
para los daños consejos
y espejo para los males,
¿qué decís?
HORTENS. Que en casos tales
faltan consejos y espejos.
Pero pues en la mujer
cualquier determinación
tal fuerza suele tener,

ayudar es más razón
que aconsejar ni ofender.
Apercibid el camino,
que ya la industria imagino.
Blanco estoy y el alma verde,
porque un diamante no pierde
por ser viejo, cuando es fino.
Cerrada la noche, iremos
hasta llegar a la mar.

LUCINDA. ¿De qué amor se han de contar,
Lisaura, tales extremos? (1)

HORTENS. Si sois extremos las dos
y Amor, por tanta inquietud,
viene a ser vicio ¡por Dios!,
que vengo a ser la virtud.

LUCINDA. Tal medio hallamos en vos.—
Evandra, quédate aquí
y danos cuenta de todo.

EVANDRA. Harélo, señora, ansí,
si sé dónde y de qué modo,
y no te olvides de mí.

LUCINDA. Eso de mi amor lo fío.

EVANDRA. El Cielo os libre y contente.

HORTENS. Tal en su piedad confío.

LUCINDA. ¡Ay, mi bien preso!

LISAURA. ¡Ay, mi ausente!

LUCINDA. ¡Ay, Conde!

LISAURA. ¡Ay, Príncipe mío!

(Vanse. ROSIMUNDO, rey de Hungría, LEONATO, capitán, y gente.)

ROSIMUNDO.

¡Que pueda tal maldad sufrir el Cielo!
¡Y que sobre concierto y paz firmada
y sobre darle yo mi amada hija
acometa a mi gente descuidada
y se la lleve temerariamente!

LEONATO.

Señor, Teodosio quiso hacerte afrenta
y no casarse con la hermosa Infanta;
y de que es autor del fiero insulto
ninguno de tus Grandes lo ha dudado.

ROSIMUNDO.

Pues ¿cómo cuando yo se la enviaba,
junto a la raya de su infame reino
sale con gente armada de los montes
y se la lleva con traición tan grande?

LEONATO.

Fundado el Rey en este agravio injusto,
las paces hizo con tan mal propósito.

(1) Falta un verso a esta quintilla.

ROSIMUNDO.

No sé yo si se vió Troya abrasada
con el rigor que se verá Bohemia,
ni Grecia más que Hungría vitoriosa,
aunque me cueste cerco de diez años.

(Entre un PAJE.)

PAJE.

Aquí está, invicto Rey, el duque Arnaldo.

ROSIMUNDO.

Entre el Duque.

ARNALDO.

Tus pies beso mil veces.
A quien de haber firmado aquellas paces
pido perdón, y, por el suelo echado,
que la cabeza de mis hombros quites.

ROSIMUNDO.

Alzaos, Duque, no estéis de aquesa suerte.
¿Qué culpa tenéis vos, si fué mi orden?
Y ¿quién pensara que en un Rey cupiera
una maldad tan grande?

ARNALDO.

Al mundo admira,
y yo juro, señor, por tu corona
y el hábito que tengo de tu mano,
que se engañaran los más sabios hombres
que ha producido en los antiguos tiempos,
Lacedemonia y la florida Atenas,
que ver un Rey por bien de paz contento,
y con acuerdo de sus grandes todos,
capitular las cláusulas que has visto,
y habiendo yo con tu poder firmado,
firmarlas él con tanto gusto y fiesta
que se hacian pedazos aquel dia
cajas, trompetas, chirimías y pífaros,
tronando los cañones como el cielo
cuando la exhalación las nubes rompe,
y dando al aire tafetanes blancos,
no sé yo a quién no hicieran muy seguro
por esto, y porque dicen que los reyes
escriben sus palabras en diamantes.

ROSIMUNDO.

Duque, ya es hecho; la traición estaba
trazada, y por testigo de la firma,
que hijo tengo [yo] para venganzas; (1)
mas no le culpo, que si yo tomara,

(1) Este pasaje está confuso, pero conforme al texto.

cuando vino tu carta, su consejo,
yo tuviera mi hija y él su honra.

ARNALDO.

¿Es posible, señor, que tanto pudo
el enojo del Príncipe tu hijo,
que no se sabe de él vivo ni muerto?

ROSIMUNDO.

Así son en los hombres las desdichas;
así vienen trabajos a los hombres;
así nos dan los hados igualmente
el bien y el mal, el cetro y azadones.
¡Ay, hijo! ¡Quién te diera entonces crédito!

ARNALDO.

¿No habrá llegado a su noticia el caso
de esta infame traición?

ROSIMUNDO.

Pues si eso fuera,
¿quién dúda que viniera a remediarlo,
o a lo menos a darme reprehensiones,
tan merecidas, de mi mal acuerdo?
¿Qué es lo que ahora dicen de la furia
del conde Astolfo?

ARNALDO.

Que se fué a sus manos,
viendo que tú le echabas de las tuyas,
antes que le prendieses.

ROSIMUNDO.

¡Grande hazaña!

ARNALDO.

Es valeroso en todo extremo el Conde,
y sabe Dios que me pesó en el alma
cuando firmé de su prisión la cláusula.

ROSIMUNDO.

¿Qué hará Lucinda? ¡Ay, triste!

ARNALDO.

Considera
qué vida, qué tormento será el suyo.

(*Un* PAJE *entre.*)

PAJE.

Aquí viene un correo de Teodosio.

ROSIMUNDO.

¿De Teodosio dices?

PAJE.

Esto dice.

ROSIMUNDO.

¿Cómo no entra?

(*Entre* GOFREDO.)

GOFREDO.

Invicto Rey supremo,
dame tus pies.

ROSIMUNDO.

Levántate.

GOFREDO.

Estas cartas
te envía el rey Teodosio de Bohemia.

ROSIMUNDO.

¿Cartas a mí Teodosio?—Abrildas, Duque.

ARNALDO.

"Al noble Rosimundo, rey de Hungría."

ROSIMUNDO.

¿Hay más?

ARNALDO.

Estotra al príncipe Turbino.

ROSIMUNDO.

Leed la mia.

ARNALDO.

Dice de esta suerte.

ROSIMUNDO.

Haz cuenta que es sentencia de su muerte.

(*Lea* [ARNALDO].)

"Cuando con las fiestas debidas esperaban la felicísima venida de tu hija a estos reinos, me llegan cartas de que en el camino, estando en un bosque junto a un rio, se la quitaron a tu guarda ciertos caballeros extranjeros, y así, en vez de enviarte alegres ofrecimientos, te envío el pésame, que con igual tristeza me han dado mis vasallos. Avísame qué sabes de tan temerario suceso, y mira cómo quieres cobralla, que más de veras soy ahora tu hijo.—TEODOSIO, *rey de Bohemia.*"

ROSIMUNDO.

¿Hay lobo disfrazado? ¿Hay voz fingida
del animal del Nilo? ¿Hay áspid fiero
entre el rocío de las frescas flores
como esta fiera con semblante humano?
¿Quién eres tú?

GOFREDO.

Bien me conoce el Duque,
que me ha visto mil veces con las armas
gobernar de Teodosio las banderas.

ROSIMUNDO.

Ahorquen este hombre.

GOFREDO

¿Por qué causa?
El mensajero, Rey, ¿qué culpa tiene?
De más de que esta carta es comedida,
y indigna de afrentar por ella el dueño.

ROSIMUNDO.

¡Ahórquenle!

ARNALDO.

Gofredo, Rey invicto,
es un soldado honrado, y que no tiene
parte en esta traición.

GOFREDO.

Señor, si tengo
alguna culpa, quítame la vida;
pero merezca yo saber la causa.

ROSIMUNDO.

¿No es causa que tu Rey robe mi hija
y que me escriba aquestos fingimientos?

GOFREDO.

¡Miente el villano que eso hubiere dicho,
y denme agora cuantas muertes quieras!

ARNALDO.

¡Salte de aquí, Gofredo, y agradece
que te conozco por tan buen soldado!

GOFREDO.

¡Yo me iré!

(Vase.)

ROSIMUNDO.

¡Que éste dejes con la vida!

ARNALDO.

No debe de saber lo que el Rey hace,
y viene con las cartas inocente.

ROSIMUNDO.

Ya no puedo sufrir tantas maldades.
Juntad la gente del pasado ejército:
vuélvase a hacer con brevedad, Arnaldo,
y advertí que, faltando de aquí el Príncipe,
ir en persona me conviene.

ARNALDO.

Y creo
que eso importa, y que muestres lo que sientes
tan gran traición.

ROSIMUNDO.

Pues ¡alto!: salgan luego
las cajas pregonando guerra y fuego.

(Vayanse. Salgan el CONDE ASTOLFO, *preso, y el* DUQUE MAURICIO, *y dos* ALABARDEROS.)

MAURICIO. De la sentencia me pesa,
como de mi propio hermano.

ASTOLFO. No presuma el Rey tirano
que ha de salir con la empresa.
Pésame de que me afrente
y que adonde voy me envíe,
que parece que se ríe,
de ver mi infamia, la gente
¿A cárcel pública a mí?

MAURICIO. Eso no es de pesadumbre,
que es de esta tierra costumbre
y siempre se ha hecho así.
Vióse vuestro pleito ya
con información tan fuerte,
que os sentencian a la muerte,
y que ya firmada está,
y así os manda el Rey traer
de la torre y cárcel noble
a la pública.

ASTOLFO. Eso al doble
viene a afrentar su poder:
que las leyes naturales
excetan los caballeros
que son como yo, extranjeros,
tan nobles y principales.

MAURICIO. La desdicha fué el robar
la Reina, que si viniera,
ninguna cosa pidiera
que la pudiera negar.

ASTOLFO. Mas esa fué la ventura
y el morir yo de esta suerte,
que si hay contento en la muerte,
dármele el alma procura.
No la goce ese tirano
y llévela un mal nacido.
(¡Ay, Cielo, que ya he sabido
que está en poder de su hermano!)

(LICENO *alcaide.*)

ALCAIDE. Abrid aquí, y ojo alerta,
que es día de confusión.

MAURICIO. Entrad, Conde, en la prisión.

ASTOLFO. ¿Por dónde?

ALCAIDE. Por esta puerta.

ASTOLFO. (¡Que cuando vine a saber,
por cartas, las amistades
del Príncipe y las verdades
de aquella heroica mujer
me han sentenciado a la muerte!

¡Y que tengo de morir
sin verte o poder decir
que muero en punto tan fuerte!
¡Y que cuando soy marido
de la Infanta y soy cuñado
del Príncipe me hayan dado
la muerte! ¡Ah, Cielo ofendido!
¿Qué locura fué la mía
de buscar mi muerte clara?
Pero ¿quién imaginara
que amaneciera tal día?
Engañóme el arrebol.
Pero ¿quién viendo llover
no piensa que pudo haber
mudanza y salir el sol?
De aquí dentro de tres días
saldré a morir, tres o cuatro,
y en un funesto teatro
harán fin las ansias mías.
Moriré con más tormento,
pero gozando la palma
de enamorado en el alma
y rey en el pensamiento.
Pero entremos, que parece
este llanto cobardía.
Toda la vida es un día,
hago cuenta que anochece.)

MAURICIO. ¿A quién no mueve a dolor?
ALCAIDE. Entren las guardas allá.
MAURICIO. Hasta a las piedras le da.
ALCAIDE. ¿Hay más que mandéis, señor?
MAURICIO. Alcaide, sólo el cuidado.
ALCAIDE. Tierno vais, no lo condeno.
MAURICIO. Es caballero, Liceno,
y muere por desdichado.

(*Váyase* MAURICIO.)

ALCAIDE. ¿Ah de adentro? ¡Hola! ¿Qué di-
¡Alerta! ¡Cuidado al Conde! [go?

(LISAURA, *en hábito de esclava;* LUCINDA, *de esclavo;* HORTENSIO, *de griego.*)

HORTENS. Responde ahora, responde,
perro villano enemigo.
LUCINDA. Ni soy perro ni villano;
yo sé que tengo más fe
que vos desde que tomé
la que tengo de cristiano.
LISAURA. Matalde ya, si os parece.
HORTENS. Y tú también, desleal.
LISAURA. Si es mi hermano, ¿hago muy mal?
ALCAIDE. ¿Qué gente extraña se ofrece?
HORTENS. ¿Para eso os he criado?
LUCINDA. Eso por vuestro interés,
que muy poca piedad es
la que en eso habéis mostrado.
ALCAIDE. ¿Qué es lo que buscáis aquí?
HORTENS. Acá tengo cierto enojo
con mis esclavos.
LUCINDA. ¡Qué antojo
me da de matarle!
HORTENS. ¿Así
vos a quien os ha criado?
LUCINDA. Ya digo que en eso os debo
muy poco.
ALCAIDE. (¡Gentil mancebo!
¡Qué esclava! ¡Rostro extremado!)
LUCINDA. Mirad: el que el potro cría,
porque le piensa vender:
el ave, para comer
o porque cace algún día;
el guindo, manzano o pero,
por el fruto que ha de dar;
el puerco, para matar,
y por la lana, el carnero,
no pida agradecimiento:
el que cría hijos, sí,
que no hay interés allí,
sino natural contento.
Si vos nos habéis criado
y nos traéis a vender,
a vos os podéis tener
por vuestro bien obligado.
ALCAIDE. Tiene el esclavo razón.
¿Qué es el enojo? que quiero
servir aquí de tercero.
LISAURA. Enojos del viejo son.
ALCAIDE. (¡Oh, qué divina esclavilla!) (1)
¿Vendéislos?
HORTENS. Ahora no,
que a un señor los llevo yo
por otava maravilla.
ALCAIDE. ¿Y de qué nación sois?
HORTENS. Griego.
ALCAIDE. ¿Griego? ¿Adónde los hubistes?
HORTENS. En el Cairo.
ALCAIDE. ¿A qué venistes
a Bohemia? Hablad, os ruego.
HORTENS. Estoy con enojo ahora,
que los quisiera azotar,
y venisteslo a estorbar.
ALCAIDE. (¡Qué cara! ¡Qué hermosa mora!)

(1) En el original "esclavina".

HORTENS. Decidme, y haréis mejor,
por dónde iré por aquí
a la cárcel.
LUCINDA. ¡Ay de mí!
¡No se lo diga, señor!
ALCAIDE. ¿A la cárcel? ¿Qué la queréis?
HORTENS. Tenerlos presos dos días
por que las bellaquerías
que habéis hecho me paguéis.
ALCAIDE. ¿Hánseos ido?
HORTENS. Cuatro veces,
y quiérolos amansar.
LISAURA. (¿Hay tal dicha?
LUCINDA. Este ha de dar
en ti. ¡Oh, qué bien le pareces!
LISAURA. Un puñal traigo escondido.)
ALCAIDE. Amigo, si eso queréis,
la cárcel es la que veis;
a su puerta habéis venido:
su alcaide soy.
HORTENS. ¿Es posible?
Metedme aquéstos allá.
ALCAIDE. Alterada ahora está
con un suceso terrible,
que han traído un Conde preso
y le quieren degollar.
HORTENS. Luego ¿no se puede entrar?
LISAURA. ¿Desmáyaste?
LUCINDA. ¡Ay, Dios!
ALCAIDE. ¿Qué es eso?
LISAURA. ¡Vuelve en ti!—Hase desmayado
de ver que le has de prender.
ALCAIDE. ¿El hombre y no la mujer?
Mas es hombre afeminado.
LISAURA. Diga, ¿cuándo sacarán
ese hombre?
ALCAIDE. De aquí a tres días.
LUCINDA. (¡Resucitad, ansias mías!,
tres días de vida os dan.)
Señor, entremos allá.
ALCAIDE. Con qué priesa vuelve en sí.
LUCINDA. Digo que vamos de aquí
adonde ese preso está.
HORTENS. ¿Finges ánimo, traidor?
pues grillos han de ponerte.
LUCINDA. Que ya no temo la muerte.
Llevadme adentro, señor.
ALCAIDE. ¿Ah de la cárcel?
TODOS. ¡Hao!
LUCINDA. ¡Cielos!
¿Qué es aquello? Guardas son.
LISAURA. ¿Este es infierno o prisión?
ALCAIDE. (¡Qué boca y frente! ¡Qué ojuelos!)
Esos esclavos van presos
por voluntad de su dueño.
HORTENS. Entrad, que mi fe os empeño
que no salgáis tan traviesos.

(*Éntranse los tres.*)

LUCINDA. ¡Ah, puerta del cielo mío,
por el ángel que en ti está!
ALCAIDE. ¡Hala!
TODOS. ¡Hao!
ALCAIDE. ¡Cuidado allá!
Gozar la esclava confío,
que el griego es hombre inorante
y mal plático en la lengua,
si la ventura no mengua
que llevo tan adelante.
Mas ¡con qué riguridad
procura ponelles miedo!

(*Sale el* PRÍNCIPE TURBINO, *en hábito de cartero.*)

TURBINO. ¿No es bueno que hallar no puedo
la cárcel de esta ciudad?
Pues no es casa que se asconde,
que bien se da a conocer.
Hoy acaban de traer
a ella un húngaro Conde,
y con venir tanta gente
con él, no acierto a sabella.
Creo que he dado con ella.
Sí, es esta que miro enfrente.
¡Cuántos hay que por su mal
te saben y entran en ti!
Letras hay, dicen ansí:
"Esta es la Cárcel Real."
¡Oh, casa de confusión!
¡Oh, retrato del infierno,
nave en chusma y no en gobierno!
¡Oh, infame contradición!
¡Oh, laberinto de Creta
con Minotauro cruel!
¡Oh, gran torre de Babel,
donde no hay cosa perfeta!
¡Oh, lista de tantos nombres
cuantos sabe ingenio humano,
fiero caballo troyano
preñado de varios hombres!
¡Oh, freno del más airado,
soledad del más amigo!
¡Oh, palacio del castigo
y castigo del culpado!
¡Oh, nuncio de la locura,

prueba del amor y fe
y ejemplo donde se ve
la última desventura!
¡Oh, afrentoso vituperio,
desdicha a todo atrevida!
¡Oh, purgatorio en la vida
y en la patria cautiverio!

ALCAIDE. ¿Hasta cuándo, di, buen hombre,
piensas echar maldiciones?

TURBINO. ¿Oístes vos mis razones?

ALCAIDE. Sí.

TURBINO. ¿No es justo que me asombre?

ALCAIDE. Van esos requiebros llenos
de muy fingidos regalos.
La cárcel asombra a malos
y da contento a los buenos.
Aquí tiene la malicia,
buen hombre, un grande enemigo,
que a los malos es castigo,
como a los buenos justicia.

TURBINO. Señor, no soy yo de aquellos
que la temen, aunque tengo
esta ropa; pero vengo
a verla de los cabellos.
Dióme mortal pesadumbre
venir acá despachado,
que es refrán viejo y usado
que "a la cárcel, ni aun por lumbre".

ALCAIDE. ¿Sois cartero?

TURBINO. Sí, señor.

ALCAIDE. ¿De dónde venís?

TURBINO. De Hungría.

ALCAIDE. ¿A quién?

TURBINO. A su señoría,
hablando con salvo honor.

ALCAIDE. ¿Qué señoría? Que acá
hay muchas.

TURBINO. Al Conde preso.

ALCAIDE. ¿De quién?

TURBINO. No hablemos en eso,
que di la palabra allá.

ALCAIDE. ¿Es de su hermana?

TURBINO. Sí, a fe.

ALCAIDE. Sabed que el Alcaide soy.

TURBINO. ¿Luego en gran peligro estoy?

ALCAIDE. No hay hombre que en tanto esté.

TURBINO. Vuestro talle me engañó;
pero ya tengo esperanza
que, por esta confianza,
me habéis de librar.

ALCAIDE. Pues ¿no?
Dadme la carta al momento.

TURBINO. ¡Pardiez, señor, veisla ahí!
Si esta vez no muero aquí,
por mil años escarmiento.
¿Yo no me estaba en mi tierra
con mis hijos y mujer?
Faltárame de comer,
o no me fuera a la guerra.

(ALCAIDE *lea.*)

"Por que vayan más seguras envío con ese pobre las joyas, en que hay valor de treinta mil ducados. Lo que no acaba interés y industria no lo han de hacer amigos ni ruegos. Llévalas en una caja sellada. Con el mismo espero la respuesta del recibo.—*La desdichada Lisaura.*"

ALCAIDE. (¿A cuál hombre ha sucedido
ventura de tanto bien?
Ya responde el cielo a quién,
pero dice que yo he sido.)
Una caja que traéis
¿dónde está?

TURBINO. En aquesta alforja.
(¡Qué bien mi intento se forja!)

ALCAIDE. ¿Sabéis qué es?

TURBINO. Vos lo sabréis.

ALCAIDE. Entrad, cenaréis conmigo,
si es que al Conde habéis de hablar.

TURBINO. Más me quisiera tornar.

ALCAIDE. Pues porque abreviéis lo digo.

TURBINO. Yo entro de mala gana.

ALCAIDE. Callad, que os regalaré.

TURBINO. Muéstreme al Conde.

ALCAIDE. Sí haré;
pero habrá de ser mañana.

TURBINO. Diz que le quieren matar.

ALCAIDE. Corre el término tres días.

TURBINO. Bien podéis, lágrimas mías,
convertir el pecho en mar.

ALCAIDE. No lloréis.

TURBINO. Soy su vasallo,
y pierdo en él buen señor.

ALCAIDE. Dios os le dará mejor.

TURBINO. Era franco como un gallo;
más mirado que un espejo;
fuera de esto, me desmaya
ser mi padre, que Dios haya,
lacayo del Conde viejo.

ALCAIDE. A justa piedad responde.

TURBINO. (Vamos, que es justa justicia
que te mate esa codicia
y que yo dé vida al Conde.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

FIGURAS DEL TERCER ACTO

El CONDE.
LUCINDA.
LISAURA.
El PRÍNCIPE TURBINO.
LEONATO.
GOFREDO.
ARNALDO.
MAURICIO, *duque.*
TEODOSIO, *rey bohemio.*
ROSIMUNDO, *rey húngaro.*
HORTENSIO.
Un TAMBOR.
Un SARGENTO *mayor.*
Dos GUARDAS.
El ALCAIDE.
[ARNESTO, *gobernador.*]

ACTO TERCERO

(*El* CONDE, *preso, y* LUCINDA.)

ASTOLFO. Monstruo de naturaleza,
error de su hermosa mano
y retrato soberano
de aquella ilustre belleza.
Confusión de mi sentido,
que, con el tormento fuerte
de esperar el de mi muerte,
sospecho que le he perdido.
Traslado y copia divina
de aquel ángel celestial;
en este trance mortal
epictima y medecina.
¿Por dónde veniste aquí?
¿Quién eres? Por que te rinda
el alma como a Lucinda,
que por alma vive en mí.
Que como las doce dadas
me sacas de mi aposento,
pienso que eres fingimiento
de sombras imaginadas.
Sobre mi cama acostado
pensando estaba mi muerte,
a que me trujo mi suerte,
por mi gusto, condenado.
Oí tu voz regalada, (1)
salí a escuchar de tu boca
mi consuelo, y la luz poca
tiene mi vista engañada.
Si imaginaciones pueden
hacer efeto, no dudo
que la mía hacerle pudo
para que engañadas queden.
Y si la imaginación
es más fuerte en el que muere,
con sentido cuando quiere
llegar ya la ejecución,
muy notable fué la mía
de verte, y ansí te vi,
porque esto a Dios le pedí
antes del último día.

LUCINDA. Si te pudiera escuchar
sin lágrimas y sin pena,
oyera tu voz, sirena,
en este confuso mar.
Mas pues la noche camina
tan apriesa como el daño
y entenderse nuestro engaño
sería total ruína.
Conde mío de mis ojos,
Lucinda soy verdadera,
no ilusión, sombra o quimera
de tus deseos y antojos.
Amor me ha traído aquí;
tu hermana conmigo viene;
hoy mi amor librarte tiene,
o no quedar vida en mí.
Dame esos brazos. ¿Qué miras?

ASTOLFO. ¿No he de mirarte, señora?
¿Que eres tú?

LUCINDA. Abrázame agora,
que creo que te retiras.

ASTOLFO. Pienso, señora, si llego,
engañado del placer,
que te me has de deshacer
y irte por el aire luego.

LUCINDA. Apriétame tú y verás.

ASTOLFO. Sin duda que cuerpo tienes.
¿Cómo entraste? ¿Cómo vienes?
¿Cómo en ese traje estás?

LUCINDA. No es tiempo de darte cuenta,
Conde, de tan larga historia,
que al fin se canta la gloria
y en el puerto la tormenta.
Hortensio nos ha traído.
También Lisaura está aquí.

ASTOLFO. ¡Oh, buen viejo!

LUCINDA. A ella y a mí,
como ves, nos ha vestido.
Bien que el suyo es de mujer,
de quien está enamorado
el Alcaide, descuidado
de que su muerte ha de ser.
La media noche pasada
ha de venirla a buscar;
yo, escondida, he de llegar
y darle una puñalada.
Las llaves, pues, tomaremos
con silencio y supensión,
y de esta obscura prisión
en brazos te sacaremos;

(1) En el original "oy mi voz regalada".

pues mientras esto aperciben
apártate aquí y sabrás
lo que has de hacer.

ASTOLFO. Hoy serás
ejemplo de cuantas viven.

(Retírense. Salga el PRÍNCIPE.)

TURBINO. Noche obscura, tenebrosa,
santa, por silencio tanto;
hoy tus alabanzas canto
si eres conmigo piadosa.
Metióme el Alcaide aquí
en las joyas divertido,
que no piensa que he sabido
todo lo que viene allí.
Trátame con amistad,
como quien la causa fué
de su riqueza, y no ve
mi encubierta calidad.
Yo le pienso descubrir,
en viendo buena ocasión,
la verdad de mi intención,
y hala de hacer o morir.
¡Oh, Amor! ¡Con qué fuerza es-
tu piedad a mi valor! [fuerza
¿Cómo no adviertes, Amor,
que soy *amigo por fuerza?*
Mira el hábito en que vengo
si es que por amor disfama,
y mira la pobre cama
que sobre este suelo tengo.
Mira las muchas bordadas
y los doseles que dejo;
mas ¡ay, Dios! ¿de qué me quejo?
que éstas son más regaladas.
Recíbeme, duro suelo,
que basta volverte (1) en gloria
de Lisaura la memoria,
porque es de mi gloria cielo.
Pon esta cárcel y tierra
a tu cuenta, esposa mía.
Vencerme el sueño porfía.
Quiero rendirme a su guerra.

(Echese arrimado al vestuario. Entren el ALCAIDE, *y* LISAURA.)

ALCAIDE. ¿Qué, ya estabas esperándome?
LISAURA. Sí, amigo, y con gran disgusto.
ALCAIDE. Un sueño necio y injusto
me detuvo, atormentándome.

(1) En el original "volverse".

LISAURA. ¿Qué soñabas?
ALCAIDE. Que quería
asir un racimo de oro,
y que, al tocarle, el tesoro
en carbón se me volvía;
y luego, que una paloma
blanca fuí a asir y que huyó,
y sierpe se me volvió.
LISAURA. Es loco el que agüeros toma;
que todos suelen salir
mil veces por lo contrario.
ALCAIDE. Ver si hay gente es necesario.
LISAURA. No tienes que prevenir;
todo calla, y nada suena.
ALCAIDE. Dadme esos brazos.
LISAURA. Pues ¿no?

(Sale el CONDE, *y* LUCINDA, *con una daga.)*

ASTOLFO. Llega, que no puedo yo
por el son de la cadena.
LUCINDA. ¡Muere, infame!
LISAURA. ¡Dale, dale!
(Denle las dos.)
¡Dale más!
LUCINDA. No abrió la boca.
LISAURA. Estoy de contento loca.
¿Y el Conde, Infanta?
LUCINDA. Ya sale.
ASTOLFO. ¡Luz de mi vida!
LISAURA. ¡Señor!
LUCINDA. ¡Ea! No habléis de ese modo,
que será perderlo todo.—
¡Muestra las llaves, traidor!
LISAURA. En la pretina las tiene.
LUCINDA. Abre, que tu vida es cierta.
¿Dónde está Hortensio?
LISAURA. A la puerta
la gente y postas previene.
ASTOLFO. Mirad si parece alguno
antes de abrir.
LUCINDA. ¡Ay!
ASTOLFO. ¿Qué?
LUCINDA. Un hombre.
ASTOLFO. ¡Detente! ¡Atrás! No te asombres.
(Vale a dar LISAURA *con una daga.)*
LUCINDA. ¿Cómo no?
LISAURA. ¡Muera si es uno!
LUCINDA. No le des, que es un picaño,
y ronca bien a placer.
ASTOLFO. ¿Y esto no lo pudo ver,
ni por él venirnos daño?

LISAURA. Déjamele dar.
LUCINDA. Detente,
que es un cuitado dormido.
ASTOLFO. Vamos, que siento ruido.
LUCINDA. Es de Hortensio y nuestra gente.

(Váyanse. Salgan las GUARDAS, *medio dormidas.)*

1.ª GUARD. Dios me es testigo, Lirano,
que en mi vida me venció
tanto el sueño.
SEGUNDA. ¡Por Dios! Yo
dormíme, Sabino hermano.
PRIMERA. Si he de deciros verdad,
echado en el corredor
soñé que era regidor
de esta famosa ciudad,
y que nada se vendía
sin pedirme a mi licencia.
SEGUNDA. Yo soñé cierta pendencia.
PRIMERA. ¡Hola!
SEGUNDA. ¿Qué?
PRIMERA. Ya apunta el día.
SEGUNDA. ¡Vive Dios! que lo deseo
para acostarme y dormir.
PRIMERA. Ya el alba empieza a reír.
SEGUNDA. ¿Qué bulto es aquel que veo?
PRIMERA. ¡Hola! Un muerto está aquí.
SEGUNDA. ¡Bueno!
Recorre la puerta a ver.
PRIMERA. Abierta está.
SEGUNDA. Puede ser
que sea el muerto Liceno.
El es. Camina a llamar,
Sabino, al Gobernador.
PRIMERA. Quedo, sin hacer rumor,
y en tanto puedes cerrar.
¡Ay, desdichado de mí!
El Conde, sin duda, es ido.
¡Ah, traidor! ¡Conde atrevido!
Pero yo ¿qué hago aquí?
Quiero huir; mas es peor,
pues en nada soy culpado.

*(*ARNESTO, *gobernador, con ropa sobre la camisa, y gente medio vestida.)*

ARNESTO. ¡Abrid, perros!
PRIMERA. Ya ha llegado
Arnesto, el gobernador.
ARNESTO. ¡Infame, por vuestra culpa
muerto el Alcaide se ve!
Mirad si el Conde se fué,
porque si no, no hay disculpa.
PRIMERA. Aquí hay un hombre dormido.
ARNESTO. ¿Quién es éste?
PRIMERA. Un ganapán.
ARNESTO. Recuerda.
TURBINO. Recordarán.
ARNESTO. Parece sueño fingido,
pues el tallazo que tiene...
TURBINO. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?
ARNESTO. Con gentil cuidado estáis.
TURBINO. ¿Qué furia en mi daño viene?
PRIMERA. El Conde es ido, señor.
ARNESTO. Eso sabido se está.
Meted al Alcaide allá.—
¿Qué sabes de esto, traidor?
TURBINO. Yo soy un pobre cartero
que al Conde vino a traer
unas cartas. Llegué ayer
y las di al mismo portero.
Esta noche me he quedado,
de sueño vencido, aquí.
ARNESTO. ¿Qué, eres libre?
TURBINO. Señor, sí.
(¡Cielos! ¿Qué es lo que ha pasado?)
ARNESTO. ¿Que no estabas preso?
TURBINO. No,
que soy un hombre extranjero.
(¿Que se fué el Conde?)
ARNESTO. Ya espero
que te hará hablar el castigo.
TURBINO. ¿Vuesa merced no repara
que si yo muerto le hubiera
por donde él salió saliera
y que aquí no me quedara?
(¡Cielos! ¿Quién le habrá sacado?
¿Cómo ha sido este suceso?)
ARNESTO. Herralde los pies por eso.
TURBINO. Días ha que vengo errado.
ARNESTO. ¿Hola? Trae un potro aquí,
que le quiero dar tormento,
que al son de aqueste instrumento
cantar muchos mudos vi.
TURBINO. Más cierto será llorar
este triste labrador.

(Sacan el potro.)

SEGUNDA. Aquí está el potro, señor.
ARNESTO. Comiénzalo a desnudar.
TURBINO. ¡Ay, de mí, que soy perdido!
¡Dejadme!
SEGUNDA. Suelta, picaño.

(Quitándole un gabán descúbrenle un pistolete y armas que trae puestas.)

TURBINO. (¡Descubierto se ha mi engaño!)
ARNESTO. ¿Qué trae debajo el vestido?
PRIMERA. Un peto de armas bien fuerte,
con su gola y espaldar.
ARNESTO. No le acabéis de quitar
el vestido.
TURBINO. (Hoy es mi muerte.)
ARNESTO. Llegaos acá.
TURBINO. ¿Qué queréis?
ARNESTO. ¿Sois caballero?
TURBINO. Sí soy.
ARNESTO. ¿Noble?
TURBINO. En ese traje estoy,
pues con las armas me veis.
ARNESTO. ¿Qué traéis?
TURBINO. Un pistolete.
ARNESTO. Mostrad.
TURBINO. Veisle aquí.
ARNESTO. Admirado
estoy de veros armado
de la gola al tonelete.
Vos debéis de ser amigo
del Conde.
TURBINO. Soilo por fuerza,
tanto, que el amor me esfuerza
al cambio de su castigo.
ARNESTO. ¿Cómo, si el Conde se fué,
quedastes durmiendo aquí?
TURBINO. ¡Vive Dios! que no le vi,
ni le hablé, ni le libré.
Verdad es que yo venía
desde Hungría sólo a eso;
mas tuvo mejor suceso
otro amigo que tendría.
Y hago pleito homenaje,
como quien soy, que no sé
cómo ni cuándo se fué.
ARNESTO. Ahora bien, esto se ataje,
con que al Rey os llevaré,
que vos no queréis decir
quién sois.
TURBINO. Más quiero morir.
ARNESTO. Lo que sois en vos se ve.
Perdonad por la cadena
que por desconocimiento
os pongo.
TURBINO. Esto y más consiento.
Digno soy de mayor pena.
ARNESTO. Pues, guardas, tomad su lado.
TURBINO. ¡Vamos!
ARNESTO. Ese pecho esfuerza.
TURBINO. ¡Ah, Conde, *amigo por fuerza*,
vida y honra me has costado.

(*Vanse. El* REY TEODOSIO, *el* DUQUE MAURICIO *y* GOFREDO.)

TEODOSIO.

¿Que yo he robado, Rosimundo dice,
a la Infanta su hija?

GOFREDO.

Esto responde,
y con su gente por tu tierra marcha
sin perdonar lugar que no destruya.
Gimen los campos, los ganados lloran,
quéjase al Cielo el labrador sin culpa
y, creyéndolas tuyas, te amenazan.

TEODOSIO.

¿Yo a Lucinda? Pues ¿cómo, si Lucinda
era mi esposa? ¿A qué efeto? ¿Es posible
que a Lucinda robase, y en el tiempo
que ya me la traían a mi casa?
¿Habrá algún hombre cuerdo que tal diga?
¿Habrá algún hombre necio que tal crea?

GOFREDO.

Señor, dicen que fué fingido trato
pedir la Infanta para aqueste efeto,
y que cuando firmaste los capítulos
tenías ordenada aquesta afrenta;
que has gozado la Infanta, y que la escondes.

TEODOSIO.

¿Hay cosa igual? ¿Hay testimonio, hay fábula
como ésta, Duque?

MAURICIO.

Vuestra alteza crea
que faltándole al Rey su amada hija
en nuestra tierra no es sospecha injusta.

GOFREDO.

Yo salí por milagro de la sala,
que, siendo embajador, no me valían
sus leyes, preeminencias y seguros.
Mandóme ahorcar, y a no haber sido entonces
del capitán Leonato conocido,
no dudo que la vida me costara.

TEODOSIO.

Si está tan cierto de que yo le agravio,
¿qué mucho, Capitán; qué mucho, Duque,
que a los embajadores dé la muerte
y destruya mis tierras con ejército?
¿Es lucido el que trae?

GOFREDO.

No se ha visto,
después de aquel de Jerjes, mayor número.

TEODOSIO.

Pues alto. La defensa prevengamos,
que tal furor, tal causa, tal principio,
aumentarán de nuestro daño el ánimo.

MAURICIO.

No tiene vuestra alteza tan dormidos
sus capitanes que poner no pueda
mañana mayor número en alarde.

ARNESTO.

Tenelde en tanto que licencia pido.

(Entre el GOBERNADOR.)

TEODOSIO.

¿Es el Gobernador?

ARNESTO.

Soy el que agora
a tus reales pies la muerte pide.

TEODOSIO.

¿Es ido el conde Astolfo?

ARNESTO.

Es ido el Conde.

TEODOSIO.

¿Qué dices?

ARNESTO.

Que esta noche el Conde es ido.

TEODOSIO.

¿Cómo?

ARNESTO.

Mató al Alcaide.

TEODOSIO.

¿De qué suerte?

ARNESTO.

Hallóse muerto y no se sabe cómo.

TEODOSIO

¿Las guardas?

ARNESTO.

No lo vieron.

TEODOSIO.

Pues decidme,
¿cómo no habéis colgado en las almenas
de esa muralla cuanta gente había
guardando al Conde o cerca de su cuarto?

ARNESTO.

La causa ha sido, poderoso Príncipe,
que junto al cuerpo muerto se halló un hombre
durmiendo a sueño suelto, en tosco traje.
Prendióse, y al querer darle tormento,
debajo de las ropas de villano
estaba armado.

TEODOSIO.

¡Historia prodigiosa!

ARNESTO.

Armado de la gola a la escarcela,
y con un pistolete de dos bocas.
Púsele una cadena, y aquí viene.

TEODOSIO.

Métele luego acá.

ARNESTO.

Meted ese hombre.

(Metan al PRÍNCIPE *las* GUARDAS.)

TEODOSIO.

Bizarro talle.

MAURICIO.

Tú, cualquier que seas,
¿cómo al Rey no te humillas?

ARNESTO.

Alza el rostro.

MAURICIO.

¿No hablas? ¿Qué te encubres?

TEODOSIO.

Dime, hidalgo:
¿quién eres?

ARNESTO.

No responde.

MAURICIO.

Pues ¿no adviertes
que es el Rey quien te habla?

GOFREDO.

¡Santos Cielos!

MAURICIO.

¿Qué te admiras, Gofredo?

GOFREDO.

Pues ¿no es justo
que me admire de ver atado y preso
en tu presencia al príncipe Turbino?

TEODOSIO.

¿Al Príncipe de Hungría?

GOFREDO.

El mismo es éste.
¡Guardaos! ¿Por qué no habla vuestra alteza?
¿Por qué no da razón de su desdicha?

TURBINO.

No entendiendo que fuera conocido,
aguardaba el castigo de tus manos
que merece el deseo de ver libre
un amigo del alma como el Conde.

TEODOSIO.

¿Luego a librarle vino vuestra alteza?

TURBINO.

Vine a librarle, y por la fe que debo
a ser quien soy y cuanto jurar puedo,
debajo del real pleito homenaje,
que no le he visto, cuanto más librado,
porque, si bien entré en la cárcel, creo
que el Conde y sus criados, dando muerte
al Alcaide, tomaron otro acuerdo.
Y bien se ve, pues junto al cuerpo muerto
dormía yo, tan descuidado y solo.

TEODOSIO.

Yo creo a vuestra alteza; pero en tanto
que cobro al Conde, perdonarme puede
que no se excusa su prisión.

TURBINO.

Ni quiero
que mi prisión se excuse, ni mi muerte.
Con valor he nacido, que no pueden
estas fortunas darme alguna pena.
Proceda vuestra alteza como Príncipe,
que yo obedeceré como hombre preso.

TEODOSIO.

Llevalde, Duque, a la más fuerte torre,
y advertid el ejemplo sucedido.
Sed vos alcaide, en tanto que prevengo
resistir el furor de Rosimundo;
y bien podéis quitalle la cadena,
que la más fuerte es el cuidado.

MAURICIO.

En todo
tendré, señor, el que este caso pide.

TEODOSIO.

Vamos, Gofredo, y júntese mi ejército;
salgan al aire mis banderas blancas,
mis cruces de oro, mis leones fuertes;
que es vergüenza sufrir tantas ofensas.

GOFREDO.

Presto tendrás de todos la venganza.

(*Váyase el* REY.)

MAURICIO.

El Rey es ido; vuestra alteza venga,
y esas armas se quite, si es servido.

TURBINO.

De no me las quitar juré hasta tanto
que el conde Astolfo libre estar pudiese;
y pues ya tiene libertad el Conde,
vamos, que yo las pongo en vuestras manos.

MAURICIO.

Esté de mí seguro vuestra alteza
que he de servirle y que en Bohemia agora
no tiene caballero aficionado
a su valor como Mauricio.

TURBINO.

¡Ah, Duque;
no hay valor ni grandeza humana alguna
que, al fin, no esté sujeta a la fortuna!

(*Entrense,* HORTENSIO, LISAURA LUCINDA, *el* CONDE.)

ASTOLFO. Ya quitada la cadena,
ninguna cosa me espanta.
LISAURA. El cansancio de la Infanta
me ha dado notable pena.
LUCINDA. No me hagas ese agravio,
que con el Conde no hay cosa
para mí dificultosa.
ASTOLFO. ¡Oh, mi Hortensio, noble y sabio!
Si yo me veo en sosiego,
¡qué regalos te he de hacer!
HORTENS. El Cielo os le deje ver,
que él sabe si se lo ruego.
Aunque no fuese por más
de ver cómo me traéis
y en qué peligro os ponéis.
ASTOLFO. Presto el galardón tendrás.—
¿Es posible, vida mía,
que mi libertad os debo?
LUCINDA. ¿Y que yo conmigo os llevo,
Conde, aqueste alegre día?
ASTOLFO. ¿Que vuestras manos han sido
las que al Alcaide mataron?
LUCINDA. Vuestra vida desearon
por su interés conocido,
que bien sabéis que sin vos
no quedaba vida en mí.

LISAURA. Pues no está mi bien aquí,
Hortensio, hablemos los dos.

HORTENS. ¡[Yo] seré, por Dios, muy bueno
para sufrir esa falta!

ASTOLFO. ¡Que suba a gloria tan alta,
de méritos tan ajeno!
¡Que merezca ver rendida
a tanto amor vuestra fe!
Mi señora, ¿qué os daré,
que es poco el alma y la vida?

LISAURA. Hortensio, ¡por vida mía!,
que el Príncipe habéis de ser.

HORTENS. ¿Eso falta por hacer?
¿Búrlase vueseñoría?
Bastan tantas formas ya
como me habéis revestido,
que estoy cansado y corrido.

LUCINDA. Un hombre viene.

ASTOLFO. ¿Quién va?

(COTALDO *entre.*)

COTALDO. ¡Oh, si pudiese llegar
sin azar al campo!

ASTOLFO. ¡Tente!

COTALDO. ¡Cielos! ¿Quién es esta gente
que no me deja pasar?
¡Conde, mi señor!

ASTOLFO. ¿Quién es?

COTALDO. Cotaldo soy.

ASTOLFO. ¿Dónde vas?

COTALDO. ¡Qué libre, señor, estás
de tu (1) mal!

ASTOLFO. Dímelo, pues.

COTALDO. El Príncipe queda preso
en la ciudad.

ASTOLFO. ¿De qué suerte?

COTALDO. Fué a librarte de la muerte
movido de tu suceso.
Y la noche que la distes
al Alcaide allí se halló,
porque disfrazado entró
en la cárcel que rompistes.
Fué hallado como villano,
y, al fin, siendo conocido,
en una torre metido
queda en poder del tirano.

ASTOLFO. ¡Suceso triste!

LUCINDA. No hay bien
que tras sí no traiga el mal.

LISAURA. Ni hay mal a mi mal igual,
aunque mil muertes me den.
¡Ea, Conde, hermano mío,
y vos, mi señora Infanta,
pues fué vuestra dicha tanta
y será mayor confío,
id en buen hora a gozar
vuestra dulce compañía,
que yo vuelvo por la mía!

ASTOLFO. Deja, Lisaura, el llorar,
y este agravio no me hagas,
que el Príncipe, mi señor,
me debe a mí más amor
que a ti, cuando más le pagas.
Cuando preso no estuviera
por mí, siendo de la Infanta
hermano, era ocasión tanta.

LUCINDA. ¡Ah, fortuna esquiva y fiera!
¡Que en medio de este contento
nos des esta pesadumbre!

ASTOLFO. No eclipséis, mi bien, la lumbre
de ese hermoso firmamento;
dejad sus fijas estrellas
con la luz que dar soléis,
que no es justo que dejéis
la tierra escura sin ellas.
Yo le daré libertad
al Príncipe.

LUCINDA. ¿De qué suerte?

ASTOLFO. ¿Cotaldo?

COTALDO. ¿Señor?

ASTOLFO. Advierte.
Vuelve luego a la ciudad:
di al Príncipe que indispuesto
se finja y médico pida.

COTALDO. ¿No más?

ASTOLFO. Aquí está su vida.

COTALDO. Pues yo parto.

ASTOLFO. Parte presto.
Y advierte que ha de pedir
un médico griego honrado,
que es allí recién llegado.

COTALDO. Lo mismo parto a decir.

(*Váyase* COTALDO.)

ASTOLFO. Al volver, Cotaldo, cerca
de la torre me hallarás.

LUCINDA. Pues ¿qué es la traza que das?

ASTOLFO. Hortensio, a los tres te acerca.

HORTENS. ¿Tenemos algún enredo?

ASTOLFO. Este: médico has de ser.

HORTENS. ¿Yo, médico?

(1) En el original "mi".

ASTOLFO. O no tener
remedio el Príncipe.
HORTENS. ¿Y puedo
parecer médico yo?
ASTOLFO. Muy bien le parecerás.
HORTENS. ¿Faltábame ahora más?
¡Pesar de quien me parió!
¿Hay Proteo que se mude
en más formas? ¿Hay malilla
que tanto sirva?
LUCINDA. Hasta oilla
bien es que la traza dude.
¿Puede Hortensio hacerlo solo?
ASTOLFO. Todos habemos de entrar,
porque no se ha de mudar
este cielo en este polo.
De este médico he de ser
lacayo, y pajes las dos.
LUCINDA. ¡Notable industria, por Dios!
ASTOLFO. Así le podremos ver,
y entre cuatro libertar.
HORTENS. Míralo, Conde, más bien,
y entre cuatro no nos den
lo que no vas a buscar.
ASTOLFO. Camina, y no te alborotes.
LISAURA. ¡Ah, Cielo! Justo juez,
mira mi amor.
HORTENS. (Esta vez
me dan docientos azotes.)

(Váyanse. Entren en alarde SOLDADOS, CAJAS *y bandera,* ROSIMUNDO, *rey,* ARNALDO *y* LEONATO.)

ROSIMUNDO.

¡Bajad esas banderas por el suelo!
¡Trocad las plumas y las galas ricas
en negro luto, en miserable duelo!
¡Volved las coces, abajad las picas!
¿No me basta haber perdido ¡oh, Cielo!,
que ya mi eterno daño pronosticas,
mi amada hija con tan mal suceso,
mas que también el Príncipe esté preso?
Haced alto, valientes capitanes;
siéntase mi dolor; dejad la guerra;
romped esos famosos tafetanes
que han dado espanto en la contraria tierra;
ya sus alardes fuertes y galanes
de mis ojos aparta y los destierra
la fortuna mayor que ha sucedido
al Rey que de ella fué más abatido.
Y el Conde infame, que librarse pudo,
¿así dejó, Leonato, al preso amigo?

LEONATO.

Que lo supiese el conde Astolfo dudo.

ROSIMUNDO.

¡Ah, rey Teodosio, bárbaro enemigo!
¿De qué me maravillo si estás mudo
cuando te vengo a dar justo castigo,
pues tienes de mi sangre las dos prendas
con que de mí sin armas te defiendas?
A mí me importa, gente valerosa,
verme con él de paz; que, si le ofendo,
podrá vengarse en su cautiva esposa
o en el preso que ya cobrar no entiendo.
Parte, Arnaldo, a su campo, y la forzosa
paz para hablarle pido, y que pretendo
averiguar con él ciertas razones
le di, suspensas armas y escuadrones.
Que yo no sé remedio a mi fortuna
sino pedir por bien mis hijos caros
a quien por fuerza o por estrella alguna
pone en peligros de morir tan claros.

ARNALDO.

Mucho, señor, a tu valor repugna,
que debiera poner justos reparos
al mal presente el grave sentimiento,
indigno de tu raro entendimiento.
Vivos están tus hijos, y tú vivo,
y vitorioso en tierras del tirano;
yo le hablaré, y verás que te apercibo
para cobrallos el camino llano.

ROSIMUNDO.

Parte, Duque, y vosotros, mientras privo
al alma de ese bien, el aire vano,
con quejas lastimad, sordas y bajas, (1)
de los pechos las trompas y las cajas.

(Vanse. El PRÍNCIPE, *preso, y* MAURICIO.)

MAURICIO. Sosiéguese vuestra alteza;
que ya no puede tardar.
TURBINO. ¡Como el accidente empieza
no me deja sosegar!
¡Oh, flaca naturaleza!
¡Qué presto, Duque, derriba
al más robusto que viva
cualquiera pequeño mal!
MAURICIO. Es porque siendo mortal
menos soberbia reciba.

(1) En el original "con quejas, lástimas sordas, bajas".

Muestre vuestra alteza a ver
el pulso.

TURBINO. No hay que tocar:
digo que me siento arder.

MAURICIO. Entrese, pues, acostar.
(Fímera debe de ser;
que tanta melancolía
en esto parar podía.)

TURBINO. Paréceme que en la cama
crecerá esta ardiente llama,
que lejos de ella se enfría.
Dejadme aquí pasear.

MAURICIO. ¿Queréisos entretener?
Que haré la gente llamar.

TURBINO. Eso es echarme a perder.
No dejéis a nadie entrar.
Todos se vayan de ahí.

MAURICIO. Ya no hay hombre por aquí.

(*Un* PAJE.)

PAJE. Aquí está el médico griego.

MAURICIO. Venga en buen hora.

TURBINO. Entre luego.

(HORTENSIO, *de médico; el* CONDE, *de lacayo;* LUCINDA *y* LISAURA, *de pajes.*)

ASTOLFO. (¿Vas bien puesto?

HORTENS. Señor, sí.)
Deme los pies vuestra alteza.

TURBINO. Eso no: tomad las manos.
¿Hay calentura?

HORTENS. Ya empieza:
pero de tales tiranos
hoy libraré tu cabeza.
Tienes grande alteración.
¿De [dó] procede tu mal?

TURBINO. De esta enemiga prisión.

HORTENS. En un pecho tan real
no ha de haber tanta pasión:
que no hay mal tan imposible
de remedio que la ciencia
no halle alguno convenible.
Y en verdad que en tu presencia
tienes el más apacible.

TURBINO. ¡Ah, Cielo! Todo lo he visto.
¿Cómo el contento resisto?

HORTENS. Sosiega, que verás presto
cómo al mal que aquí te ha puesto
con mis remedios conquisto.

LISAURA. Conde, todo se hace bien.

ASTOLFO. Bien que el viejo está animoso.

LISAURA. Los Cielos fuerza te den.

TURBINO. Aunque muera soy dichoso,
pues que mis ojos te ven.

HORTENS. Señor Duque, aparte oíd
lo que ordeno y se ha de hacer.

MAURICIO. Si no lo escribís, decid.

HORTENS. No es ahora menester.—
En lo que digo advertid.
Tú, Lisauro, llega en tanto
y el pulso al Príncipe mira.—
Este mozo es un espanto:
a ser un Galeno aspira.

MAURICIO. ¿Posible es que sabe tanto?

(*Llegue* LISAURA *al* PRÍNCIPE. HORTENSIO *hable con* MAURICIO.)

LISAURA. Deme el pulso vuestra alteza.

TURBINO. ¿Profesáis la facultad?

LISAURA. Profeso una gran firmeza,
un amor, una lealtad,
una inmortal fortaleza.
Profeso una fe fundada
en una esperanza honrada;
profeso daros remedio,
si está el mundo de por medio
y a la garganta la espada.
Profeso hacer hoy la muestra
de lo que diciendo estoy,
y profeso, aunque hombre soy,
ser muy servidora vuestra.

TURBINO. ¡Ay, Lisaura!

LISAURA. Señor, paso.

TURBINO. ¿Cómo paso si me abraso?

LISAURA. No es mucho que os abraséis;
gran calentura tenéis.

TURBINO. ¡Sabe el Cielo lo que paso!
¿Cómo ha de ser esto, di?

LISAURA. Bien mío, hoy saldrás de aquí;
ninguna cosa te pene.

TURBINO. ¿Qué orden el Conde tiene?
Y ¿dónde está?

LISAURA. Vesle allí.

TURBINO. ¿Cuál es?

LISAURA. El lacayo.

TURBINO. Bueno.

LISAURA. Está armado, y en la puerta
bien prevenido.

HORTENS. Esto ordeno.

MAURICIO. ¿Que en sangrarle no se acierta?

HORTENS. Este parecer condeno,
porque antes, caballero,
del período tercero
no se ha de Febo tomar.

MAURICIO. En fin, ¿eso ha de cenar?
HORTENS. Sí, que a la mañana espero
por ver si acude a terciana.

(*El* CONDE *llegue y asga por detrás al* DUQUE, *y le tenga.*)

ASTOLFO. Ahora es tiempo.
TURBINO. ¿A quién toca
matarle?
LUCINDA. A mí, es cosa llana.
ASTOLFO. No, no; tapalde la boca.
MAURICIO. ¡Traición!
ASTOLFO. Ya tu queja es vana.
Atale bien ese lienzo.
(*Pónganle un lienzo en la boca.*)
TURBINO. Hoy por ti a vivir comienzo.
ASTOLFO. Las manos también le atad
a este pilar.
TURBINO. Aguardad,
que hoy mis desventuras venzo.
LUCINDA. ¡Bien se ha hecho!
TURBINO. ¿En qué hemos de ir?
ASTOLFO. Postas hay para salir,
y cuarenta arcabuceros,
soldados y caballeros,
que han de librarte o morir.
TURBINO. Parte, pues.
ASTOLFO. Esta piedad,
duque Mauricio, agradece
a nuestra antigua amistad.

(*Vanse todos, dejando atado al* DUQUE. *Entren dos* GUARDAS.)

1.ª GUARD. Grande alboroto parece.
SEGUNDA. No es gente de la ciudad,
y este médico ha salido
con escándalo y ruído,
y a la puerta se han quejado.
MAURICIO. ¡Bah, bah!
PRIMERA. Aquí está el Duque atado.
SEGUNDA. No es poco muerto ni herido.
PRIMERA. Desata presto.
MAURICIO. ¡Ay de mí!
¿Posible es que no perdí
la vida en esta traición?
PRIMERA. Enredos húngaros son.
MAURICIO. Amigos, muerto me vi.

(*Un* SOLDADO *entre.*)

SOLDADO. ¡Qué gentil médico griego!
Los dos guardas de la puerta
ha muerto.
MAURICIO. Estuve muy ciego.
SOLDADO. Tal Príncipe los acierta.
SEGUNDA. ¿Qué fué?
SOLDADO. Dos bocas de fuego.
MAURICIO. ¡Traidores! Aunque eso fuera,
cuatro hombres no eran tan fieros.
Tráeme un caballo.
SOLDADO. Espera,
que hay cincuenta arcabuceros
que encubren esa ribera
y, por dicha, un escuadrón.
Que si el Rey quiso librar
su hijo en esta ocasión,
pudo el caballo formar
que en Troya metió Sinón.
Porque esos árboles bellos,
preñados de armas y de ellos,
paren gente a cada paso.
MAURICIO. Venid, sepa el Rey el caso.

(*Vanse. Dos alardes por dos partes, cajas, dos banderas, los* REYES *detrás, con sus bastones.*)

ROSIMUNDO.

Seáis, Rey de Bohemia, bien venido.

TEODOSIO.

Tú en la misma hora, Rosimundo fuerte.

ROSIMUNDO.

Ya sabrás que las quejas que he tenido
de paz me traen para hablarte y verte.

TEODOSIO.

A mí me tiene fuera de sentido
ver, señor, que te quejes de esa suerte,
que en pedirme tus hijos vas errado.

ROSIMUNDO.

Tienes uno en prisión y otro robado.
Y si he movido justamente guerra,
para cobrar mi hija, tú lo sabes.

TEODOSIO.

Si no es amor quien te aconseja, yerra
a que tan mal nuestra amistad acabes.
Mal informado entraste por mi tierra,
lleno de gente y arrogancias graves,
que debieras primero prevenirme,
informarte, saberlo y persuadirme.
Su malicia fundaban los romanos
sólo en justificarla al enemigo,
protestando a tus dioses soberanos
la justificación de su castigo.
Tú tomaste las armas en las manos
contra la vida del mayor amigo,

no sólo, Rosimundo, injustamente,
mas sin información y causa urgente.
¿Por qué se ha de creer, que si venía
para ser mi mujer la Infanta hermosa,
yo la robase aquel infausto día
haciendo mi palabra mentirosa?
Si del Conde el amor y la osadía
a mi prisión le trujo rigurosa
y por liberalle el Príncipe está preso,
no lo llames traición, sino suceso.
Y para que verdad patente sea
que no he robado yo tu prenda amada,
excúsese la sangre y la pelea
de nuestros campos, como está trazada,
y demos traza en que mejor se vea,
metiendo solamente en estacada
cuatro valientes caballeros nuestros,
los dos de mi escuadrón y los dos vuestros.
Si ellos vencieren, desde agora digo
que quede por traidor y que he quebrado
la fe y palabra que firmé de amigo
y todo lo demás capitulado.
A dar el preso Príncipe me obligo
y buscar a la Infanta que han robado.
¿Parécete que pueda hablar un hombre
más justamente de mi sangre y nombre?

ROSIMUNDO.

Estoy de tus palabras tan contento
y del concierto y lo demás que obligas,
que ya de mis sospechas el tormento
con tu razón ablandas y mitigas;
mas como no sosiega el pensamiento
con que palabras solamente digas
y con ellas tu causa justifiques,
estimo que al obrar tan bien te apliques.
Que no tengas mi hija, no lo apruebo:
que la tengas, es fama que disculpa
la furia y guerra con que a entrar me atrevo
adonde tu retórica me culpa.
Yo soy viejo, Teodosio, y tú mancebo,
y fuera mi suceso sin disculpa
si juntaras en las armas, que haces francas,
tus verdes años y mis canas blancas.
Que, si no, de los dos hiciera el campo;
mas no es razón que la nevada sierra,
que cubre de la blanca nieve el ampo,
compita en flores con la verde tierra.
Entren los cuatro en estacada y campo,
y quede reducida nuestra guerra
a los dos que tuvieren la vitoria,
y consista en sus armas nuestra gloria.

TEODOSIO.

Así lo firmo y a cumplir me obligo
aquí, en tu tierra y en cualquiera parte.

ROSIMUNDO.

Y a alzar el campo de la tuya, y digo
que yo ni otro por mí vendrá a injuriarte.

TEODOSIO.

Dame esa mano.

ROSIMUNDO.

Esta te doy de amigo.

TEODOSIO.

¿Qué plazo?

ROSIMUNDO.

El día en que reinare Marte.

TEODOSIO.

¿Qué armas?

ROSIMUNDO.

Las espadas, si me toca.

TEODOSIO.

Pues toca luego, y marcha.

ROSIMUNDO.

Marcha, y toca.

(*Éntrense en orden, como salieron. Entren el* PRÍNCIPE, *y el* CONDE, LUCINDA, LISAURA *y* HORTENSIO.)

TURBINO. ¿Qué mayor bien puede ser
que haber al campo llegado
de nuestro padre, si ayer
estaba yo sentenciado
a morir o a no lo ver?
No encarezcas, prenda mía,
la soberana alegría
que Amor escribe en mis ojos.

LISAURA. Siempre, tras nubes de enojos,
sale el sol y dora el día.
Este que mis ojos ven
yo le merezco también,
que el Cielo agravio me hiciera
si tras tanta pena fiera
viniera con menos bien.

ASTOLFO. No vengamos engañados
y del rey Teodosio sean
estas tiendas y soldados
que en estos valles campean
a pie y a caballo armados.

LUCINDA. No puede ser, porque en todos
se ven, de diversos modos,
armas, tiendas y blasones
de los invencibles Godos.

Sosiega, mi bien el pecho,
que errar tras tanta fortuna
fuera notable despecho.

ASTOLFO. Quien con vos temiese alguna
que os agraviaba sospecho.
Ya de nuestra tempestad
el San Telmo pareció;
ya su hermosa claridad
sobre la gavia se vió
de nuestra dificultad;
ya no hay que temer.

TURBINO. ¡Oíd!
No entréis, que aqueste tambor
echa bando.

LUCINDA. Ese advertid.

(*Un* SARGENTO *mayor, un* TAMBOR, *y gente.*)

TAMBOR. Señor Sargento mayor,
¿diré a este cuartel?

SARGENTO. Decid.

(*Bando.*)

Sea notorio a todos los Caballeros, Capitanes, Alféreces y Soldados y Oficiales como convenidos los Reyes de Hungria y Bohemia, por excusar derramamiento de sangre, en que se haga batalla entre cuatro Caballeros: de la parte del rey Teodosio, el duque Mauricio y el capitán Gofredo: de la parte del rey Rosimundo, el duque Arnaldo y el capitán Leonato, Esta tarde, entre los dos campos se hace batalla, en que se manda que ninguno tome las armas para ofender ni defender a otro, pena de traidor, y mándase pregonar por que venga a noticia de todos."

(*Váyanse tocando.*)

SARGENTO. Con esto, puedes volver.

TURBINO. ¿Los Reyes, señor Soldado,
se convienen de esta suerte?

SARGENTO. En estos cuatro han cifrado
su concordia.

ASTOLFO. ¡Extraña suerte!
¿Y Arnaldo y Leonato son
de parte de Rosimundo?

SARGENTO. Es cada cual un león.

TURBINO. Son de lo mejor del mundo
y luz de nuestra nación.

SARGENTO. ¿Qué mandáis?

ASTOLFO. Que Dios os guarde.

TURBINO. ¿Cuándo ha de ser?

SARGENTO. Esta tarde.

TURBINO. ¿Oyes esto?

ASTOLFO. ¡Vive Dios!
que habemos de ser los dos
contra el escuadrón cobarde.

TURBINO. Ya pensado lo tenía.
Busca de Arnaldo la tienda.—
Perdonad, Lisaura mía.

LISAURA. Nada que tu alteza emprenda
de mi intención se desvía.
Para todo estoy aquí.

LUCINDA. Lo mismo digo de mí,
si piensa enojarme el Conde.

ASTOLFO. ¡Cuán bien eso corresponde
a tu grandeza y a ti!—
Hortensio, venid, que vos
también habéis de ayudar.

HORTENS. ¿Cómo?

ASTOLFO. Entraréis los dos.

HORTENS. ¿Mas que lo vengo a pagar?

ASTOLFO. No hayáis miedo.

HORTENS. ¡Plega a Dios!

(*Vanse. Chirimías, los* REYES, *tomando asientos en alto.*)

ROSIMUNDO.

Admirado me tienes con la historia
que del médico griego me has contado.

TEODOSIO.

El Príncipe le debe aquesta historia,
si es gloria haber la libertad cobrado.

ROSIMUNDO.

Si el Cielo me concede la vitoria
de aqueste duelo, campo y estacado,
con mi segunda hija eres mi yerno,
por que nuestra amistad dure un eterno.

TEODOSIO.

Mil veces, pretendiendo asegurarte,
¡oh, Rey! de que a Lucinda no tenía,
quise pedirte a Flérida y mostrarte
que así la fe jurada te cumplía.
Vencido o vencedor, en esta parte
la acepto y quiero por esposa mia.

ROSIMUNDO.

Las cajas suenan; hágase el combate.
Marte las armas, Venus la paz trate.

(DUQUE MAURICIO, GOFREDO, *capitán, cajas y padrinos en orden ante los* REYES *y hecho el paseo, digan*:)

MAURICIO. Yo, el duque Mauricio Alfredo,
de la casa de Batama,
Caballero de la cruz

que da el rey Teodosio en armas,
a ti, gran rey Rosimundo,
me presento en estacada,
y a los demás caballeros
que cubren esta campaña.
Grandes, Títulos, Maestres,
Capitanes de tu guarda,
de caballos o de infantes,

Oficiales, hombres de armas,
cuantos la bandera roja
partís de las bandas blancas,
y en la gola o morrión
pluma o tafetán de nácar,
sustento de parte suya,
con el que a mí me acompaña,
que el rey Teodosio ha cumplido
su fe, su firma y palabra.

Que no ha rompido la tregua:
que no ha robado la Infanta,
ni dió ayuda ni consejo
para que fuera robada:
que no sabe quién la tiene,
la oculta, usurpa ni guarda,
si es amigo ni extranjero,
su estado o cómo se llama.
Y en fe de que está inocente,
poniendo mano a mi espada,
tiro un tajo sin revés,
y así la vuelvo a la vaina.

Y esperaré todo el dia
hasta que la noche helada
salga bordada de estrellas
y el sol a otro mundo vaya,
el aplazado enemigo
cuya información contraria
le trae a morir, sin culpa,
a los pies de mi venganza.

Que en fe de que esto es ansí,
traigo a la Verdad pintada
con esta letra que dice:
"Si es cierta, desnuda basta."

(*Cajas, el* Príncipe Turbino, *el* Conde Astolfo, *embozados*, Lucinda *y* Lisaura, *de padrinos, vestidos de mujeres, con bastones y tocas blancas en los rostros*, Hortensio, *con una rodela en medio, y dado el paseo, diga:*)

Turbino. Yo, el Caballero sin nombre,
que solamente me llama
Amor *Amigo por fuerza*,
aunque ya lo soy por gracia;
deudo del rey Rosimundo,
tanto, que he puesto en campaña
cuanta sangre tiene suya,
fuera del padrino y cajas,
a ti, rey Teodosio invicto,
y a cuantos armas y galas
en esta campaña cubren
de cruz roja y banda blanca,
cuantos empuñáis jineta,
o venablo, o alabarda,
lanza en ristre, pica en hombro,
con peto o con todas armas:
cuantos cañón milanés,
o la pistola gallarda,
a pie o a caballo fuerte
tiráis con pólvora y balas,
con el que veis me presento,
que es la mitad de mi alma;

tan yo mismo, que uno solo
son los dos de esta batalla.
No sustento que Teodosio
es el que robó la Infanta,
sustento que el Rey lo cree,
y con legítima causa:
sustento que fué descuido
no enviar gente de guarda
que a sus puertos asistiera
hasta que segura entrara;
sustento que el conde Astolfo,
cuerpo a cuerpo, espada a espada,
mató sin traición su primo
por sus infames palabras;
sustento que en su prisión,
y en la del Príncipe, agravia
los capítulos firmados
y las paces confirmadas;
que no trató bien al Conde,
que se dió a su confianza,
sentenciándole a la muerte
en cárcel pública y baja.
Y en fe de que está mi Rey
con invencible ignorancia
y quejoso de traición,
tiro un revés con la espada.
Y pues que los enemigos
en el puesto nos aguardan,
a la vaina no la vuelvo,
porque es su pecho la vaina.
Esta le daré, Bohemios,
que presto pienso envainalla,
si no se queda desnuda,
pasándole por la espada.

(Toquen las cajas, hágase la batalla, venciendo TURBINO *y* ASTOLFO; *salgan a este tiempo* LEONATO *y* ARNALDO *a detenerlos.)*

LUCINDA. ¡Venció Hungria!
ARNALDO. Así es verdad.
No los matéis, caballeros.
MAURICIO. Basta vencernos y veros
en tanta gloria. ¡Piedad!
TEODOSIO. (¡Qué desdichado nací!)
ROSIM. Aunque es cierta mi vitoria
y sé que es de Dios la gloria,
soldados, por quien vencí,
¿por qué aquestos caballeros
niegan el nombre?
TURBINO. Así es:
mas ya, echados a tus pies,
rindiendo vidas y aceros,
lo que somos descubrimos.
Yo soy tu hijo.
ASTOLFO. Yo Astolfo,
que de este mar, por el golfo,
en una barca venimos.
ROSIM. ¡Hijo!
TURBINO. ¡Señor!
ROSIM. ¡Conde amado!
ASTOLFO. Tu esclavo soy.
ROSIM. ¡Ah, qué día
si Lucinda y la luz mia
hubiera también cobrado!
LUCINDA. Aquí me tienes, señor.
ROSIM. ¡Hija!
TEODOSIO. ¡Esposa!
ASTOLFO. Teneos,
que hay quien tiene esos deseos
con posesión anterior.
TURBINO. Señor, del Conde es mujer.
El cómo os diré.
ROSIM. Es mi gusto,
Conde, fuera de ser justo.
TEODOSIO. ¿Quédame más que perder?
ROSIM. Si mi hija no os agrada
por pequeña, el Conde tiene
una hermana, que os conviene
por su hermosura extremada.
Esta os daré, y de tal modo,
que un reino os ha de valer.
TURBINO. ¡Eso no, que es mi mujer!
TEODOSIO. (¿También? ¡Bueno voy en todo!)
ROSIM. ¿Tu mujer?
TURBINO. Sí, mi señor.
ROSIM. Y ¿dónde está?
TURBINO. Vesla aquí.
LISAURA. Sírvete, señor, de mí.
ROSIM. Darte un abrazo es mejor.
HORTENS. Hoy el pobre Hortensio ha sido
griego doctor, moro y brujo
que os libró, que os llevó y trujo;
¿no es de nadie conocido?
ROSIM. Hortensio, ya en verte lloro.
HORTENS. Dame el eco, y es mejor.
Sabrás como fuí doctor
griego, mercader y moro.
ROSIM. Gobernador general
de Hungría serás desde hoy,
y cuatro villas te doy.
TEODOSIO. A mí solo me va mal.
ROSIM. Vos seréis, señor, mi yerno,
con mi hija, si os agrada,
y quede la paz jurada.
TEODOSIO. Que desde hoy en eterno,
que a serlo quedo obligado,
pues vuestro valor me esfuerza.
ASTOLFO. Aquí *El Amigo por fuerza*
se acaba, ilustre senado.

FIN DE LA COMEDIA de *El Amigo por fuerza.*

COMEDIA

DE LOS

AMIGOS ENOJADOS Y VERDADERA AMISTAD

FIGURAS DE ELLA

MANFREDO y / RENATO, amigos.
EUFRASIA, *mujer de* MANFREDO.
CAMILA, *mujer de* RENATO.
Un criado de MANFREDO.
Otro de RENATO.
El DUQUE ASTOLFO.
CREONTE, *su secretario.*
Un CAPITÁN *de la guardia.*
Unos ALABARDEROS.
[*Un* PAJE.]

[JORNADA PRIMERA]

(*Sale* MANFREDO *y* CAMILA, *y dice.*)

CAMILA. ¡Vete al momento, traidor,
antes que pueda tu ruego
menospreciar mi valor,
y antes que toquen a fuego
las campanas de mi honor,
y antes que quiera, enemigo,
castigar tu atrevimiento!
Mas tienes para conmigo
tan poco merecimiento,
que aun no mereces castigo.

MANFREDO. ¡Camila, escucha!

CAMILA. ¡Cruel!
No me trates con amor,
pues soy esposa de aquel
que, en ofensa de su honor,
ha sido tu amigo fiel.
Deja el término amoroso
y a matarme te apercibe,
porque será fin dichoso
que me mate aquel que vive
en el alma de mi esposo.
Por eso ¡fiero atrevido!
comienza luego a matarme
donde afrentarme has querido,
y podrá tu mano darme
la honra que no ha tenido.
Moriré honrada y contenta,
y si mi esposo buscando
fuere, por dicha, mi afrenta,
en la sangre, resbalando,
podrá caer en la cuenta.
Y cuando no caiga bien
en la cuenta de esta suerte,
a fe que no falte quien
se lo diga, que la muerte
tiene trompeta también.

MANFREDO. Vete, Camila, no estés
quejosa de mi amistad,
que el nuevo amor que en mí ves
parte de la voluntad
que tengo a tu esposo es.
Que como amigo tan fiel,
vivo en él y vive en mí,
y tanto amor le ofrecí,
que, como estabas en él,
te ha cabido parte a ti.

CAMILA. Deja las falsas razones,
que aquí no sirven de nada,
tú que a deshacer te pones
una amistad confirmada
con tantas obligaciones.
Lo que agora es menester
es que me digas ¡ingrato!
qué pudiste pretender
de mi marido Renato
que lo dejase de hacer;
o qué hacienda mi marido
no ha entregado a manos llenas
por pagar lo que has debido,
o qué sangre de las venas
por tu causa no ha vertido.
¡Mal haya quien no desea
que una ofensa tan terrible
de todos sabida sea!
Mas, como cosa imposible,
ninguno habrá que lo crea.
Con esto sólo le quito
todo el mal que hacerte quiero,
y lo que siento infinito
es ver que eres el primero
que le cometió un delito.

El honor, como ha notado
ser esta maldad inmensa,
porque no seas castigado
quiere que a la misma ofensa
te acojas como a sagrado.
Esto, Manfredo, te digo,
como ves, postrada en tierra,
y con aquesto, enemigo,
quédate en paz, digo, en guerra,
que es lo que tienes contigo.

(*Vase* Camila, *y dice* Manfredo:)

Manfredo. ¿A quién será, en tal jornada,
pedir consuelo acertado
aquel que no acierta en nada?
Si al Cielo, estará indinado;
si a la tierra, está cansada;
si al Amor, de ningún modo,
con los favores que aprueba
mis servicios accomodo;
si al aire, todo lo lleva;
si al fuego, abrásalo todo;
si a las aves, van volando
y no escucharán mis menguas;
si a las aguas lo demando,
contino están murmurando
y agora no ternán lenguas.
¿A quién, pues, le pediré,
cuitado, sino al abismo,
porque claramente sé
que, por tenelle en mi mismo,
lo que quiero alcanzaré?
Mas pues ha sido verdad
que una mujer sin ventura
hízomela en mi amistad
con una falsa hermosura
una fingida bondad,
procurando mi castigo,
desde agora me destierro
de este lugar enemigo,
donde he cometido un yerro
contra un acertado amigo.
Y ansí me iré consolado,
porque nunca más veré
el lugar descomulgado
donde a Renato afrenté
y adonde quedé afrentado.

(*Vase, y sale* Eufrasia, *su mujer.*)

Eufrasia. Amor ciego, injusto Amor,
¿por qué tu poder injusto
quiere con tanto rigor
que al ídolo de mi gusto
sacrifique el de mi honor,
y [que] hoy roben mi reposo
desquiciando al fuego mío
por la honra de mi esposo?
Pero el aire del desvío
enciende el fuego amoroso.
Y tú, esposo, a quien no puedo
de este daño asegurar;
que el daño, por estar quedo,
siempre vive en el lugar
[de] donde se partió el miedo.
Ya que no temiste, advierte
que la persona entendida
del amigo de más suerte
suele confiar la vida
y no mujer, que es la muerte.
Tú mismo este daño has hecho,
pues en esta casa triste,
de su amistad satisfecho,
la misma entrada le diste
que yo le he dado en el pecho.
Fiaste de tu mujer
y de tu amigo el honor,
sin mirar que suele hacer
este niño y dios de Amor
nuestros juïcios perder.
Mas ¡ay, triste! ya le siento,
pues se alegra el corazón.

(*Sale* Renato, *y dice*:)

Renato. Por venir en un momento,
las alas fuera razón
pedir prestadas al viento,
y aunque es verdad que he corrido,
sospecho que habré tardado.
Eufrasia. Seas, Renato, bien venido.
Renato. ¿Dó está Manfredo?
Eufrasia. Cansado
de esperarte, se ha salido.
Renato. No se cansa de esperar
llevándole yo conmigo.
Eufrasia. ¿Que no se puede cansar?
Renato. No, señora, que es mi amigo.
Eufrasia. ¿De eso te quieres fiar?
Renato. No me digas, por tu fe,
lo que escuchar no quería,
que mi vida le fiaré,
aunque en eso poco haré,
porque es más suya que mía.
Mas dejando esta contienda,
dime al momento si tiene

necesidad de mi hacienda,
que entregársela conviene
para que la empeñe o venda:
y si algún desesperado
ha pretendido enojarle,
que, si el honor le ha faltado,
para morir o cobrarle
iré a ponerme a su lado.

EUFRASIA. Nada de eso ha menester,
que está de amigos y honor
tan rico, a mi parecer,
que tú agora su mayor
enemigo debes ser.

RENATO. Pues si no tiene Manfredo
otro enemigo, yo juro
que podrá vivir sin miedo.

EUFRASIA. Poco de ti le aseguro.

RENATO. Yo sí, señora, que puedo.
Y porque lo esté de mi
me voy de tu compañía.

EUFRASIA. ¿No ves que se fia de ti?

RENATO. Pues porque de mi se fía
quiero partirme de aqui.
Porque si él no se fiara
no fuera ésta mi tensión.

EUFRASIA. Mal te parezco a la clara,
pues tu esquivo corazón
en esas cosas repara.
Sin duda mal te parezco,
pues mueres por ausentarte.

RENATO. Mi fe y palabra te ofrezco
que viendo la menor parte
de las tuyas enmudezco.
Y ansi, digo que pareces
a mis ojos una estrella,
que contino resplandeces,
y que en el mundo mereces
el nombre de la más bella.
Y que sin esto eres quien
arbolas el estandarte
de la discreción también,
que a no parecerme bien
poco hiciera yo en dejarte.
Mas voime, que soy traidor
a mi amigo.

EUFRASIA. Pierde el miedo,
que aqui tienes en valor
otro amigo sin Manfredo.

RENATO. ¿Es tan grande?

EUFRASIA. Y aun mayor.

RENATO. Dime, pues, qué amigo es ése;
servirèle de ordinario.

EUFRASIA. (¡Ay, triste! Si me entendiese
sin que fuese necesario
que mi lengua lo dijese.)

RENATO. Di: ¿quién es?

EUFRASIA. No tiene ser,
pues le ha perdido por verte.

RENATO. ¡Que tal osaste emprender,
monstruo, furia, encanto, muerte,
demonio, infierno, mujer!
¿Posible es que no ha bastado
ver que tu mal conocia
y estaba disimulado,
por ver si en ti causaria
vergüenza a mi pecho honrado?
Mas ¡ay!, que en mi corazón
(que es de este daño el proceso)
viste escrita la traición,
pues hallaste en mi ocasión
de poderme decir eso.
En mí estaban las raíces
del árbol de esta maldad.

EUFRASIA. Paso: no te escandalices,
que bien podrá la verdad
estar secreta.

RENATO. ¿Qué dices?
¿No ves tu amor, importuna,
por la fe que nos guardamos,
que no puede, aunque queramos,
enseñarle cosa alguna
que los dos no la sepamos?
Y es tanto, que te prometo
que si esta traición hiciera,
es tan mi amigo, en efecto,
que entiendo que no pudiera
no decirle este secreto.
Y adiós, que no puedo más
oirte, hablarte ni verte.

EUFRASIA. Renato, pues que te vas,
dame con hierro la muerte
que con palabras me das.
Pasa con hierro mi pecho;
podrá con hierro salir
mi vida de tanto estrecho.

RENATO. Si a hierro quieres morir,
piensa en el yerro que has hecho.

EUFRASIA. Aguarda, espera, cruel,
y pues es negocio llano
que ofendí tu amigo en él,
dame al menos con tu mano
justo castigo por él.

RENATO. Por mi amigo a tu maldad
diera castigo con rabia.

pues me dice mi lealtad
que es faltar a su amistad
no matar a quien le agravia.
Mas quiero eximirme de ello,
aunque sé ofendo mi amigo;
estos brazos que han de hacello
aun para darte castigo
no han de llegar a tu cuello.
Y ansí te reservaré
del mal que te has procurado,
y de esta tierra me iré,
do una mujer he hallado
más que las otras sin fe.
Suéltame, Eufrasia.

(*Vase.*)

[EUFRAS.] Espera
¡Ay, triste! No es menester
tratarle de esta manera;
que si él lo quisiera ser
nunca yo se lo dijera.
Quiero entrar en mi aposento,
esperar a mi marido
y hacer con el pensamiento
de un yerro no cometido
un largo arrepentimiento.

(*Vase, y sale el* DUQUE ASTOLFO, *y su secretario* CREONTE.)

DUQUE. ¿Tomó el papel?
CREONTE. Sí, señor;
mas de ella una cosa temo.
DUQUE. ¿Y es?
CREONTE. Que no tiene amor,
o tiene honra.
DUQUE. En extremo
me cansas con tu temor,
porque siempre tienes miedo.
CREONTE. Pues miedo tengo también,
que ella le tiene a Manfredo,
según habla con desdén.
DUQUE. De él asegurarte puedo;
porque siempre de mí ha sido
con grande honra tratado
en todo lo que he podido.
CREONTE. Harto mal es ser honrado
por la mujer el marido;
pues por más que se disfrace
lo que digo, has de saber
que deshonra viene a ser
cualquier honra que se hace
por hermana o por mujer.

(*Sale* MANFREDO.)

MANFREDO. Aunque sin licencia puedo
partirme de tu presencia,
dame licencia.
DUQUE. Manfredo,
¿tú me demandas licencia?
MANFREDO. Sí, señor.
DUQUE. (Confuso quedo.)
Dime: ¿qué te sucedió
que licencia me demandas
para partirte?
MANFREDO. Eso no;
dame licencia si mandas,
si no, tomaréla yo.
DUQUE. Sepamos adónde vas.
MANFREDO. A nunca más parecer.
DUQUE. Muy desesperado estás,
según eso.
MANFREDO. Has de saber
que no puedo estarlo más.
DUQUE. ¿Posible es que de un dolor
huyes con tanta eficacia?
MANFREDO. Es una cosa, señor,
que en género de desgracia
se ha de llamar la mayor.
DUQUE. Dime: ¿viste algún portento, (1)
que estás tan turbado y triste?
¿Viste el cüarto elemento
alcanzar la tierra, o viste
rojo el cielo, el mar sangriento?
O, por dicha, ¿viste alguna
oposición que amenaza
varios golpes de fortuna,
que es cuando el sol se disfraza
con el rostro de la luna?
¿O en la noche aborrecida
viste algún cometa ardiente,
cuya luz resplandeciente
por los aires esparcida
pone temor a la gente?
MANFREDO. No, señor; no he visto nada
de lo que dices aquí;
que otra cosa más pesada
he visto.
DUQUE. ¿Qué viste?
MANFREDO. Vi
una mujer enojada,
que es más terrible portento
que eclipsado el sol y centro,

(1) Así aquí como veinte versos después el original dice "protento".

rojo el cielo, el mar sangriento
y un cometa prodigientro, (1)
fuego del cuarto elemento.
DUQUE. Pues ¿por qué está enojada?
MANFREDO. Porque es amada.
DUQUE. ¿Mujer
hay tan inconsiderada
que no quiera ser amada?
MANFREDO. Sí, señor.
DUQUE. No puede ser;
que antes todas cuantas son
se huelgan de dar cuidado.
MANFREDO. Pues por la misma ocasión
que es imposible, me ha dado
tan notable admiración.
Y ansí me voy, que el dolor
con la memoria se altera.
DUQUE. Manfredo, espera.
MANFREDO. Señor,
si dijeras desespera
te obedeciera mejor.
DUQUE. ¿Vaste?
MANFREDO. Sí.
DUQUE. Pues por tu fe
déjate de hacer extremos,
y dime adónde y por qué.
MANFREDO. Manda que solos quedemos,
y lo que mandas haré.
DUQUE. Apártate un poco allí,
que quiero saber su intento.
CREONTE. Norabuena.
MANFREDO. ¿Fuése?
DUQUE. Sí.
MANFREDO. Pues oye, señor, mi cuento.
DUQUE. Comienza.
MANFREDO. Escucha.
DUQUE. Di.

(Romance.)

MANFREDO. Sabrás, poderoso Astolfo,
que en la primavera hermosa,
cuando la tierra se cubre
de verde, y menudas hojas,
y cuando las tiernas plantas
sus verdes pimpollos brotan
y de contento de verse
lloran los árboles gomas,
mi sangre y la de Renato,
que creo que es una toda,
renacieron sin morirse
a imitación de estas cosas.
En la noche de San Juan,
cuando todos se alborotan
por gozar de aquel rocío
que a veces sirve de aljófar,
fuimos a una huerta mía
los dos en una carroza,
y en ella vimos (¡ay, triste!)
un bello escuadrón de hermosas,
coronadas las cabezas
de claveles y de rosas.
Pero sobre todas una,
que bien era sobre todas,
pues con la luz de sus ojos
pudo obscurecer las otras
y hacer que fuesen las almas
a las Indias de su gloria
por el mar de sus cabellos,
porque todos eran ondas,
los cuales estaban llenos
de tantas piedras preciosas,
que a estar más lejos de mí
pensara que era el aurora,
que de su balcón miraba
la fiesta maravillosa,
y el día del Precursor
era del sol precursora.
Después, señor, que la vimos,
quedamos como una cosa
que, perdido el ser que tiene,
en lo que en él se transforma.
Callé yo, por ser casado,
mi tormento y mi congoja;
pero sintióle de suerte
mi amigo, que en breves horas,
a pesar de sus parientes,
la recibió por esposa.
Cuando supe el casamiento
vine a sentirlo de forma
que, después que pasó el día
de mi muerte y de sus bodas,
busqué ocasión en su casa
de verme con ella a solas
—que a veces la amistad (1)
suele causar estas cosas—,
y diciéndole mi pena,
volvió a mirarme furiosa,
como tigre que ha perdido

(1) Así en el texto. Parece defectuosa esta quintilla.

(1) Quizá Lope escribiese, como otras veces, "el amistad", y el verso sería mejor.

los hijuelos (1) de su honra.
Díjome algunas palabras
que, a mi pesar, fueran pocas,
pero dulces, pues salieron
por el portal de su boca.
Y después de haberme dicho
muchas de ellas injuriosas,
se entró, y dejóme la ingrata
del modo que estoy ahora,
hecho un Vulcano de infierno,
que echo por esta boca
más abundancia de fuego
que hay en la hórrida zona.
Y ansí, corrido de ver
que es mi ventura tan corta,
quiero dejar a tu tierra,
que Sura, señor, se nombra, (2)
por vivir en los desiertos
donde las serpientes moran,
por no ver más los testigos
de mi lamentable historia,
y al fin, señor, por echar
tras del caldero la soga.

DUQUE. Pues ¿cómo ese desvarío
hace un hombre de caudal
y un hombre de quien confío
el cargo de general
de todo el Estado mío?
Por la ocasión que se ofrece
tan poca ¿emprendes un hecho
tan indigno de tu pecho?

MANFREDO. ¿Poca ocasión te parece
ser traidor y sin provecho?
Pues yo me daré el castigo
que merece mi pecado.

DUQUE. Manfredo, aunque no lo digo,
también vivo enamorado
de la mujer de mi amigo;
pero no me voy de aquí
a morir de esa manera
donde no sepan de mí.

MANFREDO. ¿Mandas algo?, que me espera
mi gente.

DUQUE. ¿Tu gente?

MANFREDO. Sí.

DUQUE. Luego ¿acompañado vas?

MANFREDO. ¿Pues no?

DUQUE. ¿De quién?

MANFREDO. De mi esposa.

DUQUE. Basta: no me digas más,
que esa es, Manfredo, una cosa
con que la muerte me das,
sin poderme socorrer.

MANFREDO. ¿Por qué te quejas, señor,
así?

DUQUE. Porque has de saber
que me llevas lo mejor
de lo que en mí puede haber.
Mi fuerza llevas contigo;
mira de qué suerte quedo
si viene algún enemigo.

MANFREDO. ¿Tu fuerza llevarte puedo?

DUQUE. La pura verdad te digo.

MANFREDO. ¿Cómo? ¿Adónde está?

DUQUE. Tú has sido
el lugar donde confieso
que estar mi fuerza ha querido,
siendo mía.

MANFREDO. Según eso,
pierdes lo que no has tenido.

DUQUE. Es verdad.

MANFREDO. Pues ¿qué tormento
te puede causar perdella?

DUQUE. Mucho mayor del que cuento,
porque siento yo tenella
y habella perdido siento.

MANFREDO. Yo me voy.

DUQUE. No seas tirano,
mira que a esto me obligas,
amigo.

MANFREDO. No puedo.

DUQUE. ¡Hermano!

MANFREDO. Menos.

DUQUE. ¡Señor!

MANFREDO. Aunque digas
príncipe ha de ser en vano.
Voime.

(*Vase* MANFREDO.)

DUQUE. A pesar de mi estrella
dejarme, ingrato, quisiste
sin mi fuerza; mas ¡ay, triste!,
que no me dejas sin ella,
pues en esto me la hiciste.
Ya mi fuerza está en tu mano,
y errado por ti el remedio,
porque el Cielo soberano,
como a fuerza de villano,
le puso su hierro en medio.

(1) En el texto "hijolos".
(2) En el texto "llama", que no rima.

(*Sale* RENATO, *y dice*:)

RENATO. No quiero tener paciencia
para ver tal deshonor.
DUQUE. ¿Qué buscas en mi presencia,
Renato amigo?
RENATO. ¡Oh, señor!,
vengo a pedirte licencia.
DUQUE. ¿Para qué?
RENATO. Para partirme.
DUQUE. ¿Adónde?
RENATO. A (1) no volver más,
sino primero morirme.
DUQUE. ¿Sabes bien adónde vas?
RENATO. Sí, señor.
DUQUE. ¿Adónde?
RENATO. A irme.
Porque solamente el ir
es mi intento señalado.
DUQUE. (¿Si por hacerme morir
estos dos se han concertado
en venirse a despedir?
Pero no, que la verdad
debe de ser que se alejan
mis gentes de mi ciudad,
y como malo me dejan
en perpetua soledad.
Huélgome, pues que se alejen,
y del alma que les di
con ingratitud me dejen,
que pues yo me dejo a mí,
no es mucho que ellos me dejen.)
Tú, Renato, ¿al fin te vas?
RENATO. Sí, señor.
DUQUE. ¿Por qué ocasión?
RENATO. Cualquier hombre de razón
guarda secretos, y más
los que de importancia son.
Perdóname, por tu vida,
que habría sólo por ello
más de una honra perdida.
DUQUE. Es privarme de sabello
el decirme que lo pida.
Dilo, pues, y no procures
causarme pena.
RENATO. Primero
será bien que me asegures.
DUQUE. Por asegurarte, quiero
jurar.
RENATO. No quiero que jures,
porque el secreto jurado
las más veces es violento,
pues se tiene tan atado
el lazo del juramento,
que se rompe [de] apretado. (1)
De tu palabra confío.
DUQUE. Desde ahora te la doy.
RENATO. Has de saber, señor mío,
que de tu tierra me voy
por no ver el desvarío
de una mujer principal
que, siendo mujer de quien
no tiene en el mundo igual,
ha dado en quererme bien,
aunque no es bien, sino mal;
pues, ciega de la pasión
que la consume, porfía
en que yo haga traición
a mi amigo.
DUQUE. Valentía
es huir la ocasión.
Pero más confuso quedo
sin el nombre de esa dama,
porque así saber no puedo
quién es.
RENATO. Eufrasia se llama.
DUQUE. ¿Y su marido?
RENATO. Manfredo.
DUQUE. ¿Qué dices, hombre?
RENATO. Señor,
digo lo que no quisiera.
DUQUE. ¿Eufrasia te tiene amor?
RENATO. Sí, señor.
DUQUE. Considera (2)
que es mengua de su valor.
¿No considera que ofende
a quien le da los despojos
con que adoralla pretende
y quien en sus bellos ojos
la luz de su vista enciende?
¿No considera que ha sido
la que tuvo un corazón
tanto tiempo entretenido?
RENATO. (Sin duda que su intención
es volver por el marido.)
DUQUE. ¿No considera el profundo
amor que otro le tuviera,
que no tuviera segundo?

(1) En el original "A do no", con que resulta el verso largo.

(1) En el texto "que le rompe apretado".
(2) Verso incompleto. Quizá se escribiría: "¿No considera—que es mengua de su valor?"

Y que, al fin, ¿no considera
que la ruega todo el mundo?
¿Por qué ruega, siendo honrada,
a quien la debe olvidar?
Mas no me espanto de nada,
porque de ser muy rogada
se habrá enseñado a rogar.
Vete al momento.

RENATO. Señor,
yo me volveré después,
que ahora estás con dolor
de lo que he dicho.

DUQUE. ¿No ves
que tengo a Manfredo amor
y que el daño de Manfredo
he de sentir como el mío?

RENATO. Ansí, señor, lo confío.
Quédate en paz.

(*Vase.*)

DUQUE. Ya no puedo
refrenar mi desvarío.
Ya el dolor conmigo lucha
sobre el asiento del pecho.
¿Creonte?

(*Sale* CREONTE.)

CREONTE. ¿Señor?

DUQUE. Escucha,
que mucha falta me has hecho.

CREONTE. No creo que sea mucha.

DUQUE. ¿Viste los dos que se fueron
en este punto de aquí
y de mi se despidieron?

CREONTE. Sí, señor; muy bien los vi.

DUQUE. ¿Oíste lo que dijeron?

CREONTE. Cubierto de la antepuerta
escuché con atención
toda la conversación.

DUQUE. Ya de mi esperanza muerta
veo mi resurrección.
Pero sin señas no puedo
creer que lo vieses.

CREONTE. Di:
¿Renato no dijo aquí
que la mujer de Manfredo
le quería bien?

DUQUE. ¡Ay de mí!
Que aunque tanto el alma mía
con este daño se aflige,
en parte me da alegría
que lo sepas, porque dije
que a ninguno lo diría;
y habiéndolo tú escuchado
cualquiera sabello puede
sin que yo quede culpado
y sin que quebrada quede
la palabra que le he dado.
¡Oh, amigo! Tu buena suerte
me vengará del desdén
que me ha causado la muerte.

CREONTE. ¿No me dirás por qué es bien
haberlo escuchado?

DUQUE. Advierte
que quiero vengarme ahora
de esta furia emponzoñada,
de esta serpiente enroscada,
de esta Circe encantadora,
de esta víbora pisada,
de esta rémora que deja
surta la nave en la mar,
de esta loca comadreja
que al león suele dejar
más humilde que una oveja;
de esta langosta que el trigo
del alma suele comer,
y, al fin, de esta mujer
que de todo lo que digo
compuesta debe de ser.

CREONTE. Pues tanto, señor, me obligas,
dime ahora con qué puedo
dar remedio a tus fatigas.

DUQUE. Con que vayas y le digas
lo que ha pasado a Manfredo.
Ve y dile cómo has oído
de la boca de Renato
que de su esposa es querido
tiernamente.

CREONTE. De aquí a un rato
quedarás arrepentido.

DUQUE. Creonte, pues dices tal,
mal los desdenes conoces
de aquella (1) furia mortal,
que es un cuerpo que da voces
en el toro de metal.
Deja que vengarme intente.

CREONTE. Pues con esto ¿qué has de hacer?

DUQUE. Que el marido no se ausente
y tiemple de su mujer
el amoroso accidente.
¿No irás luego?

CREONTE. Luego iré;

(1) En el texto original "su furia".

mas voy, señor, sospechando
que morirás.

DUQUE. Moriré
como Sansón, derribando
este templo de mi fe.

(*Vanse, y sale* MANFREDO, EUFRASIA *y un* CRIADO, *y dice* MANFREDO:)

MANFREDO. ¿Está todo apercibido?

CRIADO. Al punto puedes partirte.

MANFREDO. Pues denme luego un vestido
de camino.

EUFRASIA. El despedirte
pones, Manfredo, en olvido.
Mi fe y palabra te doy
que des que decir de ti.

MANFREDO. Eufrasia, a fe de quien soy
que despidiéndome estoy
de mí, pues me voy de mí;
pero pues soy tan cruel
que de mí quiero partirme
—bien como amigo fiel—
de Renato despedirme
por lo que a mí tengo de él.

EUFRASIA. Siendo de ti la partida,
¿dónde me llevas?

MANFREDO. Conmigo, (1)
y de esas cosas te olvida.

(*Sale* RENATO, *y dice*:)

RENATO. De Manfredo, que es mi amigo,
será bien que me despida.

MANFREDO. ¡Renato amigo!

RENATO. ¡Manfredo!

MANFREDO. ¿Dó vas tan alborotado?

RENATO. Apenas decillo puedo.

MANFREDO. ¿Por qué?

RENATO. Porque tengo miedo.

MANFREDO. ¿De qué?

RENATO. De darte cuidado,
que es malo de recibir.

MANFREDO. Dime qué te ha sucedido.

RENATO. Que me vengo a despedir
para partirme.

MANFREDO. ¿Has sabido
que yo me quiero partir
por una ocasión terrible
que en un daño voluntario
pone mi pecho insensible?

RENATO. No es posible.

MANFREDO. Lo contrario
es lo que será imposible.
Luego me parto.

RENATO. Sabrás
que mirándonos estoy
tan hechos por un compás,
que te vas porque me voy
y me voy porque te vas.
Esto, sin duda, es verdad,
porque son nuestros sucesos
de tal suerte y calidad,
que somos los contrapesos
del reloj de la amistad.

MANFREDO. Renato, ¿puedo saber
por qué te partes?

RENATO. Manfredo,
por una loca mujer
quiero partirme.

MANFREDO. No puedo
de ningún modo creer
tan extravagante cosa.

RENATO. ¿Cómo así?

MANFREDO. Porque me voy
por otra mujer furiosa,
de quien ofendido estoy.

RENATO. Pues ¿delante de tu esposa
tratas de eso?

MANFREDO. De ello trato
como de cosa pasada.

EUFRASIA. (Ya yo conozco, Renato,
que debo ser olvidada
de ese corazón ingrato.
Pero, al fin, tener paciencia.

RENATO. Locura ha sido ¡por Dios!,
tratar de eso en tu presencia.)

MANFREDO. Veamos de aquestas dos
mujeres la diferencia.
Yo por una voy pensando,
que el mal que conmigo lucha
no quiere estarme escuchando.

RENATO. Yo, por otra que me escucha
todo cuanto estoy hablando.

MANFREDO. Si escucha, ¿por qué interés
de ella quejándote vas?

RENATO. Escucha tan al revés,
que te quejarías más
si te dijese quien es.
Mas por que menos se pene
con la ausencia dura y fiera,
partirnos luego conviene:
porque el daño que se espera

(1) En el original "Ven conmigo".

siempre es daño hasta que viene.
¡Abrázame!

MANFREDO. Es consentir
en que las almas se alteren;
pues quererse despedir
dos personas que se quieren,
es no quererse partir.
Mejor es irse al momento
sin despedirse, y tener
ahorrado el sentimiento,
que bien será menester
para sentir el tormento.

(Sale un CRIADO.*)*

CRIADO. El secretario, señor,
del Duque, te quiere hablar.

MANFREDO. Ve luego: déjale entrar.

RENATO. Si viene a rogar...

MANFREDO. Mejor
dijeras a importunar.

(Sale CREONTE, *y dice:)*

CREONTE. ¿Manfredo?

MANFREDO. ¿Creonte?

CREONTE. ¿Es bien
que todos de tu partida
las tristes nuevas me den
y tú calles?

MANFREDO. ¡Por tu vida!
¿Quién te lo há contado?

CREONTE. ¿Quién?
Los que lo saben, que son
infinitos.

MANFREDO. Si has venido
a que te pida perdón,
desde ahora te lo pido.

CREONTE. No es esa mi intención.

MANFREDO. ¿Cuál es?

CREONTE. Que vengas conmigo
a escucharme cierta cosa
de importancia que te digo,
con licencia de tu esposa
y de Renato, tu amigo.

MANFREDO. A escuchalla luego voy.

CREONTE. Vamos.

MANFREDO. ¿Renato?

RENATO. ¿Qué quieres?

MANFREDO. Que con Eufrasia me esperes.

RENATO. ¿Sabes, por dicha, quién soy?

MANFREDO. Sí.

RENATO. ¿Quién soy?

MANFREDO. Mi amigo eres.

RENATO. ¿No soy hombre?

MANFREDO. No, por cierto,
pues de ti tan poco fías.—
Vamos luego.

EUFRASIA. Pues querías
decirle mi desconcierto,
¿por qué no se lo decías?
Que según he visto en ti
harto has hecho de [tu] parte,
pues lo que dijiste aquí
no ha sido por abonarte,
sino por culparme a mí.
Pero aunque más me persigas
con la lealtad que mantienes
y aunque a mi esposo lo digas,
he de escuchar tus desdenes
y decirte mis fatigas;
que al fin tantas sinrazones
han de vencerte y matarte.

RENATO. Yo pensé que tus pasiones
se acabaran con quitarte,
señora, las ocasiones;
pero fué imaginación,
porque tu ser mujeril
es hiedra en la condición,
y ansi de cada ocasión
que te quito, nascen mil.
Ocasiones quiero darte
para que conmigo estés,
pues conforme, por tu parte,
van las cosas al revés,
el darte será quitarte.

EUFRASIA. ¿Qué me quitas?

RENATO. La gana
de hablarme.

EUFRASIA. Será imposible.

RENATO. Pues si tan poco se humana
tu duro pecho invencible (1)
y tu voluntad liviana,
y tu corazón traidor
asimismo sólo imita,
dejarte será mejor
para el infierno de amor,
que penetra y no se quita.
¡Apártate!

EUFRASIA. ¿Adónde vas?

RENATO. A no verte.

EUFRASIA. Escucha un poco.

RENATO. Pues déjame.

EUFRASIA. Es por demás.

(1) En el original "inuesible".

RENATO. Mira que es volverme loco.
EUFRASIA. Pésame que no lo estás.
RENATO. Deja el bohemio.
EUFRASIA. ¡Malvado,
con él te perseguiré!
RENATO. Tal estoy con tu cuidado,
que al fin te lo dejaré
sólo porque lo has tocado,
que sin duda hechizo tiene
la fuerza de tu deseo.
EUFRASIA. ¡Ay, Dios! Mi marido viene.

(*Sale* MANFREDO.)

MANFREDO. ¿Es visión esto que veo?
EUFRASIA. (Disimular me conviene.)
MANFREDO. Eufrasia, ¿no hay más recato
en una honrada mujer?
EUFRASIA. Como de partirme trato,
quise en las manos tener
el bohemio de Renato
para ver si era, señor,
tan bien hecho como el mío,
y he visto que era mejor.
MANFREDO. Eso es lo que yo confío
de tu nobleza y valor.
Cobra, Renato, el bohemio,
que no por esta ocasión
te despido de mi gremio,
antes en mi corazón
te señalo justo premio.—
Y tú, mujer infelice,
digna de cualquier castigo,
pues tu infame lengua dice
que el bohemio de mi amigo
es mejor que el que te hice,
ponte aquel que por tu honor
se cortó dentro en mi pecho,
mídele con tu valor,
que, aunque no es tan bien hecho,
a fe que te esté mejor.
No es bien, ingrata, que penes
por el que piensas que está
tan recamado de bienes;
es corto, y descubrirte te ha
las muchas faltas que tienes.
El cual, por poder cumplir
el gusto de tu deseo,
no sólo ha de presumir
descubrir faltas, mas creo
que ha de dar que descubrir.
Bien puedes aquí dejarme,
que ya no quiero partirme;
que, antes de desengañarme,
tan muerto anduve por irme
como ahora por quedarme.
Vete, que no quiero verte.
EUFRASIA. ¡Manfredo!
MANFREDO. No me respondas
de ningún modo, y advierte
que de mis ojos te escondas
¡por tu vida!, que es mi muerte.

(*Vase* EUFRASIA.)

RENATO. Pésame, Manfredo amigo,
de la pena que te doy,
pues, aunque no te lo digo,
has de saber que yo soy
el que merece el castigo,
que tu mujer no pecó
en lo que quiso emprender.
MANFREDO. ¿Luego es buena mi mujer?
RENATO. Ningún hombre como yo
lo puede, amigo, saber,
pues tu nobleza señala
que está de vicios ajena.
MANFREDO. Ningún señal la condena
para probarme que es mala
como el saber tú que es buena;
pues aunque suela tener
en todo término honrado,
ninguno puede saber
que es honrada una mujer
sino aquel que la ha probado.
Si lo probaste, declara
quién sus pensamientos lleva.
RENATO. En eso no se repara,
que hay mujeres que la prueba
llevan escrita en la cara.
MANFREDO. ¿Yo no sé que por ti pena
y con glorias te regala?
Dime, pues, qué ley ordena
que a mí me digas que es buena
diciendo a todos que es mala.
RENATO. ¿Yo digo que es mala?
MANFREDO. Sí.
RENATO. Dudo que probado quede.
MANFREDO. Decir que te quería a ti
¿no es decirlo?
RENATO. Nadie puede
decir tal cosa de mí.
[MANFR.] Mira qué dices, amigo,
que te podrá desmentir
quien sabe el negocio.
RENATO. Digo

que no lo puede decir
ningún hombre.

MANFREDO. ¿Y si hay testigo?

RENATO. Será falso.

MANFREDO. ¡Aqueso no!

RENATO. Probar la verdad espero,
que si el que lo contó
es uno solo, primero
he de ser creído yo.

MANFREDO. No, que en cosas de mujer
a quien la verdad acusa,
aunque todo puede ser,
primero se ha de creer
el pecado que la excusa.

RENATO. (¡Oh, Duque mudable y vario,
cuán bien te vengaste ya!)

MANFREDO. ¿Tienes, dime, algún contrario?

RENATO. Quien lo ha dicho lo será,
que es, sin duda, el Secretario,
porque después que te habló
te he visto muy alterado.

MANFREDO. Sabrás que ése me contó
lo que sólo he sospechado,
mas no lo he creído yo.
Sospecha sólo he tenido,
que poco o nada aprovecha.

RENATO. Cuando no lo hayas creído,
a lo menos la sospecha
no dejará de haber sido.
Considera si me ofendes.

MANFREDO. Pues sabrás que he sospechado
y creído.

RENATO. ¡Ay, desdichado!
¡Eso falta!

MANFREDO. Tú no entiendes
lo que es un amigo honrado.
Sabrás que sólo deseo
en esta empresa que sigo,
y ansí un negocio tan feo
no lo creo como amigo
y como honrado lo creo.

RENATO. Por eso, Manfredo, es bien
que mi corazón y vida
humildes parias te den,
y que deje la partida,
pues tú la dejas también.

MANFREDO. Dejémonos de partir
los dos de conformidad.

RENATO. Hágase tu voluntad.
(Y huélgome por decir
al Duque una libertad,
pues la fe firme y constante
me rompió como traidor.)

MANFREDO. (Ahora bien: de aquí adelante
quiero curar de mi amor
esta herida penetrante
y dejar de pretender
a Camila como loco,
porque soy de parecer
que en el mundo no hace poco
quien mira por su mujer.)
¿Los dos, al fin, nos quedamos?

RENATO. Sí, pues por ello te abrasas.

MANFREDO. ¿En qué quieres que entendamos?

RENATO. En mirar por nuestras casas.

MANFREDO. Bien has dicho.

RENATO. ¡Vamos!

MANFREDO. ¡Vamos!

(Vanse ambos.)

JORNADA SEGUNDA

(Sale el DUQUE ASTOLFO, *y su secretario* CREONTE, *y dice el* DUQUE:)

DUQUE. Arrepentido me siento
de lo hecho.

CREONTE. No pregone
tu lengua ese pensamiento,
porque yerro presupone
quien dice arrepentimiento.

DUQUE. Este lo ha sido.

CREONTE. ¿Quién duda
que una persona enojada
esté de razón (1) desnuda?

DUQUE. ¿Cómo escuchó la embajada?

CREONTE. Cuasi con la lengua muda.

DUQUE. ¿Con la lengua sus enojos
escuchó? ¿No ves que es mengua
de lo oir?

CREONTE. No son antojos,
que lo he visto con los ojos
y lo publica la lengua.
Porque la voz no hay dudar
sino que se retiró
del corazón al lugar
de la virtud que perdió,
y no pudo más hablar.
Y pasado aquel desmayo
de la cólera nascido,

(1) En el texto "corazón".

con más presteza que un rayo
se partió.

DUQUE. Digo que ha sido
triste y peligroso ensayo.
¿Si habrá muerto a su mujer
no imaginando ofenderme?

CREONTE. No, que para bien hacer
su oficio, ni ha de creerme
ni dejarme de creer;
que siempre merece duda
la primera información.

DUQUE. ¿Supiste la pretensión
que tiene en partirse?

CREONTE. Ya muda, (1)
señor, la imaginación.
Ya no se quiere partir.

DUQUE. Pues ve y llámalo al momento,
que le quiero persuadir
a que de ese pensamiento
se acabe de divertir.

CREONTE. Luego le voy a llamar.
¿Dónde me esperas?

DUQUE. Aquí
te espero, en este lugar;
ve luego. ¡Cuál esperar
es infierno de por sí!
Mientras allana mi lanza
el pensamiento cruel
que Manfredo en éste alcanza,
llano subiré por él
al cielo de mi esperanza.

(Sale RENATO.)

RENATO. Déjame entrar, si no a coces
sabré cumplir mi deseo.

DUQUE. Renato, ¿por qué das voces?

RENATO. ¿Quién eres?

DUQUE. ¿No me conoces?
El Duque soy.

RENATO. No lo creo.

DUQUE. ¿Vienes ciego por ventura?

RENATO. Para poder conocerte
te saqué por conjetura.
¡Considera de qué suerte
una traición desfigura!
¿No eres tú aquel que tenía
de palma la posesión?
Pues ya no te conocía,
que hasta la filosomía
desfigura una traición.

DUQUE. ¿Traidor he sido?

RENATO. No alteres
el orden con que he querido
darte el renombre que adquieres,
pues no digo que lo has sido
sino que ahora lo eres.

DUQUE. ¡Villano, soberbio, loco!
¿Ansí me pierdes el miedo?
¿Ansí me tienes en poco?
¿No imaginas que te puedo,
si a cólera me provoco,
con una palabra dar
la muerte que agora vienes
tan sin razón a buscar?

RENATO. ¿Luego tú puedes matar
con aquello que no tienes?

DUQUE. ¿No tengo palabra?

RENATO. Baste
que una sola que me has dado
al punto la quebrantaste.

DUQUE. Sin duda estás engañado.

RENATO. Sí, porque tú me engañaste.
Mas para que de repente
cumpla tu apetito ciego,
llama, llama a tu gente,
que de tus palabras fuego
encenderá fácilmente.
Salga el escuadrón armado
de los que en tu casa están,
pues para que muera honrado
la muerte que me darán
dirán cuantos me la han dado.
Y cuando ello esté encubierto
con mi muerte arrebatada,
tú, que por tu desconcierto
nunca sabes callar nada,
dirás que he sido mal muerto.
No atribuyas a traición
ver que hablando te persigo,
aunque [tú] tendrás (1) razón,
pues las palabras que digo
hijas de tus obras son.

DUQUE. Aunque no era menester
volver agora por mí,
suspendiendo mi poder,
te respondiera si en ti
hallara que responder.
Pero el Cielo me es testigo

(1) Sobra una sílaba. Quizá se escribiría "que tiene en partir".

(1) En el texto original "aunque tendrá razón".

que no lo he podido hallar,
pues eres tal enemigo
que aun no hallo en ti lugar
adonde quepa el castigo.
Tú agora me has maltratado
de tu cólera afligido;
mas yo mismo lo he causado,
que el príncipe reportado
hace vasallo atrevido.
No te quiero responder,
aunque responderte puedo,
sino que de tu mujer
tengas cuenta, que Manfredo
te la pretende ofender.
Por ella era la partida,
que por mi grande recato
de ninguno fué sabida.
Mira por ella, Renato,
que, aunque es buena, es pretendida.
Vete a sanear tu pecho;
haz que tu honra esté en pie,
y si vuelves satisfecho,
entonces me vengaré
del agravio que me has hecho:
que entonces por honrado
merecerás el castigo
que hasta agora no te he dado.
(Al fin, con esto que digo
mi venganza he procurado,
y le dejo el corazón,
con solas estas razones,
más negro que no el carbón.)

RENATO. Digo, señor, que me pones
en muy grande obligación.
Digo que obligado quedo
a volver luego por mí;
mas lo que sufrir no puedo
es ver que tratas ansí
de la honra de Manfredo.
Porque es mi amparo y abrigo;
es de la verdad trasunto;
es de los vicios castigo;
es honrado, es mi amigo,
que es dicillo todo junto.
Con todo, saber deseo
la verdad por mi regalo,
pues es negocio tan feo,
que si lo creo, soy malo,
y peor si no lo creo.
Saber quiero lo que ha sido
agora de mi mujer,
ya que tal suerte he tenido,
que otros mueren por saber
yo muero porque he sabido.
Dame licencia, que acabo
de consumir la paciencia.

(*Sale* MANFREDO *y* CREONTE.)

MANFREDO. ¡Bravo está mi amigo!
CREONTE. ¡Bravo!
MANFREDO. ¿Qué tienes?
RENATO. Dame licencia.
CREONTE. ¡Es furioso por el cabo!
DUQUE. Bien [te] puedes ir.
MANFREDO. Renato,
¿adónde vas?
RENATO. A buscar
lo que no deseo hallar.
¡Déjame!

(*Vase.*)

DUQUE. (Del desacato
me quiero agora vengar
y darle luego el castigo.)
MANFREDO. ¡Oh, señor Duque!
[DUQUE.] ¡Oh, Manfredo!
Agora se fué tu amigo
de hablarme.
MANFREDO. Ya tengo miedo
que va enojado conmigo.
DUQUE. ¡Bueno es eso! Va de suerte
que, si no fuera por mí,
te hubiera dado la muerte.
MANFREDO. Pues no está lejos de aquí.
Mejor es llamarlo.
DUQUE. Advierte
que primero se ha de dar
cuenta de todo.
MANFREDO. En efecto,
¿que me quería matar?
DUQUE. Sí.
MANFREDO. ¿Por qué?
DUQUE. Por un secreto
que le han querido contar.
MANFREDO. ¿Y es con justa causa?
DUQUE. Sí.
MANFREDO. ¿Mi amigo?
DUQUE. Tu amigo.
MANFREDO. ¿Aquel
a quien el alma ofrecí
se puede quejar de mí?
DUQUE. Sí, porque no has sido fiel,
pues pusiste la afición
en su esposa.

MANFREDO. Si es por eso,
digo que tienes razón,
y desde agora confieso
que he cometido traición.
Pero ¿de quién lo ha sabido?
DUQUE. De su esposa.
MANFREDO. ¿Y él codicia
vengar su pecho ofendido?
DUQUE. Tanto, que a pedir justicia
con mal término ha venido;
y siendo yo su señor
dice que el honor le quito
como príncipe traidor,
pues en mis tierras permito
a quien le quita el honor.
Mira si este desacato
digno de venganza es;
por eso, con gran recato,
quiero que luego le des
la muerte.
MANFREDO. ¿A quién?
DUQUE. A Renato.
MANFREDO. Creo que te estás burlando.
DUQUE. Acaba.
MANFREDO. ¿Cómo podré,
si es mi amigo?
DUQUE. Ve volando,
que si antes te lo rogué
agora ya te lo mando.
¡Mátale luego!
MANFREDO. ¡Oh, señor!
No quieras que siendo honrado
muestre tan grande rigor
con el que valor me ha dado,
si es que tengo algún valor.
DUQUE. Mira que es causarme enojo
no hacello de buena gana.
MANFREDO. ¿Soy bárbaro que me arrojo
a comer la carne humana?
¿Soy cíclope (1) con un ojo?
¿Soy indio? ¿Soy troglodita (2)
nacido entre gentes fieras?
¿Soy alarbe, o soy scita?
¿Soy monstruo que en las riberas
del sagrado Nilo habita?
¿Soy Dionisio? ¿Soy Daciano?
¿Soy Atila entre los godos?
¿Soy Nerón? ¿Soy Domiciano?
¿O soy tú, que en ser tirano
eres más cruel que todos?
¿Que por hacerte placer
he de hacer tal desatino?
CREONTE. (Señor, ¿qué quieres hacer?
DUQUE. Quiero, por este camino,
usurparle la mujer.)
MANFREDO. No lo permita mi suerte;
que antes le quiero avisar,
si es posible.
DUQUE. Advierte (1)
que la muerte le has de dar
o has de recibir la muerte.
Determínate aquí presto
si has de dar o recibir.
MANFREDO. En gran confusión me has puesto.
DUQUE. Mira si quieres morir
o matar.
MANFREDO. ¡Cielo! ¿Qué es esto?
¿Por un amigo tan fiel
dudo en morir de esta suerte?
Dame la muerte, cruel,
que ya le debo la muerte,
pues dudé morir por él.
DUQUE. ¿Morir quieres? Soy contento.—
Manda, Creonte, que acuda
la guardia de mi aposento.
MANFREDO. (Este es tirano sin duda.
Quiero hacer su mandamiento,
y en aquesto consentir
para poderlo estorbar.)
¿Señor?
DUQUE. ¿Qué quieres decir?
MANFREDO. Que yo le quiero matar
por poder con él morir.
Darle, al fin, la muerte quiero
después de habérmela dado,
pues ya el cuchillo fiero
tomo con hierba dañado,
pasando por mí primero.
DUQUE. ¿Díceslo de veras?
MANFREDO. Digo
que lo mataré al instante.
DUQUE. Si sales, Manfredo amigo,
con eso, de aquí adelante
a ser tu esclavo me obligo.
MANFREDO. Quien de su gusto lo es,
jamás podrá serlo mío
en cosas de su interés.
DUQUE. (Creonte, aunque me confío

(1) En el texto "sicoplo".
(2) En el texto "trogobita".

(1) Verso incompleto. Quizá escribiría el poeta: "Mira, advierte."

de Manfredo, como ves,
es su amigo, y no quería
que le venciese el amor.
Quiero que en su compañía
vayas.

CREONTE. Confía, señor,
de la diligencia mía.

DUQUE. No te apartes de su lado
hasta tanto que la muerte
a mi enemigo haya dado,
que a él solo, por ser tan fuerte
capitán lo he mandado.
Sin esto, has de procurar
que hablar con ninguno pueda.

CREONTE. Seguro puedes estar.)

MANFREDO. ¿Ah, señor?

DUQUE. ¿Qué quieres?

MANFREDO. ¿Queda
otra cosa que mandar?

DUQUE. No.

MANFREDO. Pues vamos al momento.

DUQUE. Bien puedes, que yo me voy.

(*Vase el* DUQUE.)

MANFREDO. Creonte, yo estoy contento
con imaginar que estoy
sujeto a tu mandamiento.

CREONTE. Téngolo a muy gran ventura.

MANFREDO. Seré, si esto acabo, (1)
tu amigo en tal coyuntura:
mas ¿qué digo amigo? Esclavo.
Mas ¿qué digo esclavo? Hechura.

CREONTE. ¿Qué pretendes alcanzar
con término tan humano?

MANFREDO. Que quieras considerar
que Astolfo, por ser tirano,
quiere a Renato matar,
y que es bien hacer de modo
que no muera.

CREONTE. Desde luego
con tu gusto me acomodo.

MANFREDO. Haciendo lo que te ruego,
puedes remediarlo todo.

CREONTE. ¿Qué me mandas?

MANFREDO. Que a buscar
le vayas luego y le cuentes
como hay en este lugar
cierta manera de gentes
que le pretenden matar.
Dile que es una canalla
que importa guardarse de ella,
que el deseo de matalla
podrá en su pecho hacer mella
para que se ponga malla.
Que, si cuando doy la herida
topa en la malla mi mano,
mi gloria estará cumplida,
pues daré gusto al tirano
y a quien le debo la vida.

CREONTE. Ve luego, que esa embajada
llevaré por contentarte.

MANFREDO. Amigo, quiero besarte
las manos.

CREONTE. En tu posada
quiero primero dejarte.

(*Vase, y sale* RENATO *y su esposa.*)

CAMILA. Sin duda estás enojado,
pues, aunque más lo colores,
veo en tu rostro un nublado
hecho de grandes vapores
que el corazón ha brotado.
En tus ojos se verá
si lo que digo es antojo,
pues si por algo podrá
llamarse el enojo enojo,
es porque en el ojo está.
Pero ¿por qué te detienes
en darme algunas señales
de lo que en el alma tienes?
Si son males, dime males;
si son bienes, dime bienes.
Que a todo quiero acudir
por sujetarme a tu estrella.
¡Respóndeme!

RENATO. No oso abrir
la boca, porque por ella
se quiere el alma salir.
¡Déjame!

CAMILA. Mira que pido
que de tu mal me des cuenta.

RENATO. Yo pienso que le has leído
en este rostro, que ha sido
el borrador de mi afrenta.
En él escribió la boca
del Duque lo que borrara
mi espada si fuera loca,
porque me dijo en la cara
lo que en el alma me toca.
Díjome que eres amada
de Manfredo, y el suceso

(1) Quizá se escribiría este verso: "seré si yo aquesto acabo".

de ello por toda pasada.
¡Mira cuál estoy!

CAMILA. Con eso
¿no dijo que soy honrada?

RENATO. Si dijo; mas tu bondad
no de aquello la colijo,
que él de toda la verdad
la una mitad me dijo,
yo creo la otra mitad.

CAMILA. ¿Qué mitad?

RENATO. La que te toca
por la parte que callaste.

CAMILA. ¿Soy mala?

RENATO. No.

CAMILA. ¿Pues [qué?]

RENATO. Loca;
pues esto no remediaste
con el aire de la boca.
Tú y él me habéis afrentado
pudiéndolo remediar;
y ansi queda averiguado
que él me afrentó por hablar
y tú con haber callado:
que si tu boca me hablara
y su afición descubriera,
luego yo lo remediara
y el Duque no me dijera
lo que me dijo en la cara.
Callando me has ofendido;
mas yo diré, como honrado,
que por ti callado he sido,
porque decir que he callado
es decir que has consentido.
¡Ay, Camila! Traspasar
quisiera luego tu pecho
solamente porque has hecho
que fuese malo el callar,
siendo de tanto provecho.

CAMILA. Tú que darme culpa vienes,
que no lo son, sino penas,
por males juzgas los bienes,
pues ¿cómo, ingrato, condenas
la obligación que me tienes?
Considera el mal que hubiera
si en mi cupiera ese vicio,
porque todo se perdiera,
y el alto y tierno (1) edificio
de la amistad pereciera.

RENATO. Luego ¿piensas que está en pie?

CAMILA. Quererlo tú, amigo, sobra.

RENATO. No sé, Camila, no sé,
que pocas veces se cobra
cuando se pierde la fe.
Mas dudo que él la perdiese,
pues tanto de él me confío,
que fué menester que fuese
lo que ha dicho daño mío
para que yo lo creyese.

(*Sale un* PAJE, *y dice:*)

PAJE. Creonte te quiere hablar.

RENATO. Dile que entre.

CAMILA. Yo me voy.
Solo te quiero dejar.

(*Vase.*)

RENATO. No imagines que lo estoy
después que tengo pesar.

(*Sale* CREONTE.)

CREONTE. (Como al Duque tengo miedo,
no quiero estorbar el daño,
por eso resuelto quedo
de no hacer aquel engaño
que concerté con Manfredo,
sino que le dé la muerte.)

RENATO. Creonte amigo, ¿qué es esto?
¿Dónde bueno?

CREONTE. Vengo a verte.

RENATO. En obligación me has puesto.

CREONTE. Y bien grande.

RENATO. ¿De qué suerte?

CREONTE. Has de saber que he venido
a reñirte.

RENATO. ¿Por qué?

CREONTE. ¡Baste!
¿No sabes que está sentido
Manfredo porque le hablaste
algún tanto desabrido?

RENATO. No por falta de amistad.

CREONTE. Pues mira, estas cosas son
de tal suerte y calidad,
que tiene necesidad
de mucha satisfación.
Por que el negocio se acabe,
que vayas a hablarle quiero,
que Manfredo es hombre grave;
es hidalgo, es caballero
y es tu amigo.

RENATO. Dios lo sabe.
Mas por que entiendas que soy

(1) En el original "eterno", que hace largo el verso.

lo mismo, aunque no lo digo,
dile que al momento voy.

CREONTE. ¿Qué respondes?

[RENATO.] Como amigo
mi fe y palabra te doy.
De modo iré, que no tengas
pesar de habello cumplido.

CREONTE. Mira que no te detengas
y que honrado y prevenido
de buenas razones vengas,
que importa dalle a entender
que no ha tenido razón
de quejarse.

RENATO. Es de saber
que por hacerte placer
le daré satisfación.

CREONTE. A servirte esto me obligo.
Dios quede en tu compañía.

(*Vase.*)

RENATO. Él mismo vaya contigo.
Quien tal recado me envía
no pretende ser mi amigo.
¡Dios sabe si este pesar
me traspasa el corazón!
Con todo, le quiero hablar
para ver si con razón
de mí se puede quejar.
Y aunque yo voy satisfecho,
él tendrá, por no allanarse,
de quejas tan lleno el pecho,
que aun pienso que ha de quejarse
del agravio que me ha hecho.

(*Vase, y sale* MANFREDO.)

MANFREDO. Por ver que al alma traspasa
la tardanza dura y fiera
y que sin ella se abrasa,
cualquier hombre que no espera
¿cómo le espera en su casa?
Convertido en Mongivel
de la mía me salí,
y he venido a la de aquel
que por amor vive en mí
y por amor vivo en él,
sólo por ver si el enredo
se ha podido efectuar.

(*Sale* CREONTE.)

CREONTE. ¿Qué es esto, señor Manfredo?
¿No me pudiste aguardar?

MANFREDO. Bien sabes tú que no puedo,
porque me estoy abrasando
por hacer lo que conviene.

CREONTE. Lo mismo estoy procurando.

MANFREDO. ¿Dó está Renato?

CREONTE. Ya viene.

MANFREDO. Pues ¿qué dice?

CREONTE. Estáse armando.
Díjome que por poder
librarse de la traición,
un jaco se ha de poner
más fuerte que la razón.

MANFREDO. ¡Muy fuerte debe de ser!
Mas ya viene.

CREONTE. Yo me voy.

MANFREDO. Que no me dejes te ruego
y verás como le doy,
para que lo digas luego.

CREONTE. (En grande peligro estoy.)

(*Retírase* CREONTE, *y sale* RENATO *y dice aparte:*)

RENATO. (De ninguna suerte puedo
de mí el temor desechar,
si es que tengo algún azar
del encuentro de Manfredo.
¡No sé qué tengo, ay de mi!)

MANFREDO. ¿Amigo?

RENATO. (¡Amigo me dijo!)
Que me tiene amor colijo.)

MANFREDO. ¿Vienes prevenido?

RENATO. Sí.
Mas ¿por qué lo has preguntado?

MANFREDO. Por darte lo que te doy.

RENATO. ¡Válame Dios! ¡Muerto soy!

MANFREDO. ¿Luego no vienes armado?

CREONTE. (No tengo más que esperar.)

(*Vase.*)

MANFREDO. ¡Espera, traidor, espera,
que antes que Renato muera
la venganza he de tomar!
Porque como amigo fiel
iré tras ti de tal modo,
que, aunque esté muerto del todo,
morirás primero que él.—
¡Perdona, Renato amigo,
si dejo de acompañarte!
¡Perdona que por vengarte
dejo de morir contigo!—
¡Tú, traidor, cuya cautela
tan grande daño causó,
escucha, espera; mas no,
anda, aguija, corre, vuela,

que esas alas que tú pones
hacia atrás te van llevando,
porque llevas arrastrando
el peso de tus traiciones,
las cuales, loco atrevido,
a ti mismo me trairán,
como verdadero imán
del yerro que he cometido!

(*Vase* MANFREDO.)

RENATO. En gran peligro estó puesto,
pues ninguno me socorre.

(*Sale* CAMILA *y un* CRIADO.)

CRIADO. Yo le vi.
CAMILA. ¿Es posible?
CRIADO. ¡Corre!
CAMILA. No puedo más.
CRIADO. ¡Corre presto!
CAMILA. ¡Ay, Dios! Su sangre imagino
que de verme se apiadó,
que a recibirme salió
a la mitad del camino.
¡Amigo, esposo y señor!
¿Qué es esto, mi bien, qué es esto?
¿En tal peligro te ha puesto
la mano de aquel traidor? —
¿El brazo de aquel cruel,
el pecho de aquel tirano,
el cuerpo de aquel villano,
el alma de aquel infiel?
RENATO. Camila, no digas tal
de mi amigo verdadero,
que, aunque me ofendió, no quiero
sufrir que le trates mal,
pues en la persona mía
este daño ha cometido
para mi provecho, ha sido
una importante sangría.
Que la nuesa enfermedad
de nuestra amistad tan brava
me tuvo a punto que estaba
frenético de amistad.
Y como mi amigo amado
de ella me quiso curar,
con esa daga, en lugar
de lanceta, me ha sangrado.
Ponme aquí un lienzo.
CAMILA. Mejor
dijeras ponme una venda.
RENATO. Bien dices, por que se entienda
que ha sido herida de amor.
CAMILA. Después de haberte sangrado
¿qué has en el pecho sentido?
RENATO. Que la sangre se ha salido
y el amistad se ha quedado.
CAMILA. ¿Por qué, señor, de esa suerte
le sufres tantas ofensas?
¿Piensas que soy loca, o piensas
que no he de sentir tu muerte?
Pero pues te veo mortal,
la vida es justo perder,
que sentimiento ha de hacer
a lo que se pierde igual.
Traspasar luego es razón
este pecho endurecido,
que por ser tan libre ha sido
causa de tu perdición.
Pues ya no me falta nada
para emprender esta guerra,
que armas produce la tierra
con sangre tuya regada.
Este puñal duro y fiero
que estuvo en tan buen lugar,
agora me ha de quitar
la vida.
RENATO. ¡Espera!
CAMILA. ¡No quiero!
RENATO. Señora, un favor te pido:
que como esposa fiel
no te des muerte con él,
porque de Manfredo ha sido.
Baste mi propia cabida
sin que en medio de este mal
tenga celos del puñal
que te ha de quitar la vida.
No lleguen a ver mis ojos
en tu mano ajenas prendas.
¡Déjala!
CAMILA. Por que no entiendas
que puedo causarte enojos,
luego le quiero arrojar
y condenarme a vivir.
RENATO. No tienes más que decir.
CAMILA. Ni tú más que desear.
¿Cómo te sientes?
RENATO. La herida
muy poco el pulso (1) me altera.
CAMILA. Por esa nueva quisiera
darte en albricias la vida.
Mas dime, ¿puédeste alzar?
RENATO. Yo no lo puedo saber;

(1) En el texto "puñal".

a ti, que eres mi poder,
se lo puedes preguntar.

CAMILA. ¿Tu poder soy?

RENATO. ¿No está llano
que si cobro algún vigor
ha de ser con el favor
de esa hermosísima mano?

CAMILA. Amigo, mientras estoy
dando la mano a mi esposo,
un cirujano famoso
ve a llamar [presto].

CRIADO. Ya voy.

(*Vase.*)

RENATO. Dame la mano.

CAMILA. Imagino
que otra vez me caso agora.

RENATO. Sabrás que adrede, señora,
sobre tus hombros me inclino,
porque, vista tu bondad,
puedes ser de aqui adelante
otro segundo Atalante
del cielo de la amistad.

CAMILA. Vamos, pues, señor, de aquí.

RENATO. Soy contento, y aun iré
muy poco a poco, porque
dure mucho el ir ansí.

(*Vanse, y sale* MANFREDO.)

MANFREDO. ¿Posible es que en un infiel
tal ligereza consista,
que sin perderle de vista
he perdido el dar con él? (1)
No sé si por dicha es
león que va caminando
y con la cola borrando
las estampas de los pies,
o si en la presencia mía
se deshizo en un momento
y cobró cada elemento
la parte que de él tenia,
o si bajó al abismo;
mas quien tal pudo pensar
no tuvo por qué bajar,
sino esconderse en sí mismo.
Pero ¿qué es esto que digo?
¿Tan ciego estoy de dolor
que voy buscando un traidor
y no he topado conmigo?
Sin duda que me perdí,
y si conmigo no doy,
es porque de nadie estoy
tan lejos como de mí.
Que estoy lejos es verdad,
pues estoy, por más castigo,
la mitad en mi enemigo
y en mí mismo la mitad.

(*Sale un* CRIADO *de* MANFREDO.)

CRIADO. ¿Aquí estás, señor?

MANFREDO. ¿De qué
te maravillas?

CRIADO. Sospecho
que no sabes lo que has hecho.

MANFREDO. Lo que he hecho no sé,
pero [sí] lo que he deshecho.

CRIADO. No disfraces las verdades
que a costa tuya he sabido,
pues por tus grandes crueldades
en la ciudad se han movido
bandos y parcialidades.
Por todo el pueblo, señor,
guerras civiles se encienden;
unos defienden tu honor,
y otros, que no le defienden,
dicen que has sido traidor.
El Duque, viendo movida
toda esta ciudad, que tiene
por su defensa y guarida,
en tu seguimiento viene.
¡Huye, huye, por tu vida
que en persona viene aquí
a prenderte!

MANFREDO. Eso pregona
que está loco.

CRIADO. ¿Cómo ansí?

MANFREDO. Porque se viene en persona.
Sin duda no viene en sí.

CRIADO. ¿Luego no es persona?

MANFREDO. No,
sino un monstruo a quien el justo
Cielo en el mundo formó,
que jamás participó
de razón si no de gusto.
Mas ¡ay, triste y desdichado!
¿A quién daré por testigo,
pues todos han sospechado
que en la muerte de mi amigo
sin duda he sido culpado?
Publique Dios mi intención
en lugar de mis pasiones,
pues es común opinión

(1) En el original "he perdido el responder".

que para sus lenguas son
orejas los corazones.

CRIADO. ¡Entrate en casa, que viene!

MANFREDO. Ya que mi suerte lo ordena,
esperarlo aquí conviene,
que no me dará la pena
de lo que la culpa tiene:
antes me podrá librar
del trabajo en que me ha puesto.

(Sale el DUQUE ASTOLFO, *y* ALABARDEROS *y un* CAPITÁN *de la guardia y un* ESCRIBANO *y* CREONTE *el secretario, y dice el:)*

CAPITÁN. Aquí está.

DUQUE. No hay que esperar.
¡Prendelde!

MANFREDO. (Sin duda esto
es por más disimular.)

DUQUE. ¡Quitalde luego la espada!

MANFREDO. (Desde luego yo la entrego,
que a mí no me quitan nada.)

DUQUE. ¡Quitalde la espada luego!

CAPITÁN. Ya, señor, está quitada.

DUQUE. Soberbio, loco, atrevido.

MANFREDO. ¿Sin duda hablas de veras?

DUQUE. ¡A Renato has pretendido
quitar la vida!

MANFREDO. No quieras
publicar lo que no ha sido.

DUQUE. Un testigo hay de ello aquí.

MANFREDO. ¿Quién dice ese desconcierto?

DUQUE. Creonte.

MANFREDO. ¿Es posible?

CREONTE. Sí.

MANFREDO. Y si digo quién le ha muerto
¿darásme crédito a mí?

DUQUE. No, porque tu pretensión
fue luego vengarte de él.

MANFREDO. Di: ¿quién hace la traición,
el puñal o el corazón
de quien ofende con él?

DUQUE. Según regla natural,
del corazón inhumano
al brazo le viene el mal,
del brazo viene a la mano
y de la mano al puñal,
y ansí, el autor verdadero
del daño es el corazón.

MANFREDO. Pues, señor, esa razón
has de ponderar primero
que condenes mi traición.

DUQUE. Ya sé que fuiste mandado
para hacer esto, Manfredo;
que todo me lo han contado.
¿Quién te lo mandó?

MANFREDO. ¿No quedo
con aqueso disculpado?

DUQUE. No valdrá el hombre que digo
para ser testigo, pues
se consideró contigo
en eso.

MANFREDO. ¿Tan malo es,
que aun no vale por testigo?

DUQUE. No puedo sello aunque quiera,
porque es mengua de su honor.

MANFREDO. Al fin ¿permites que muera?

DUQUE. Yo sé que tiene dolor
de verte de esa manera.

MANFREDO. Según eso, ¿ha de morir?

DUQUE. La prueba lo dirá todo.

MANFREDO. Ahora bien: quiero decir
la verdad.

DUQUE. No sea de modo
que te pueda desmentir.

MANFREDO. No hayas miedo.

DUQUE. Tú, Escribano,
esta confesión advierte.

MANFREDO. Confieso que por mi mano
a Renato di la muerte
por mandármelo un tirano,
un sin verdad, un traidor,
un lobo con piel de oveja.

DUQUE. ¡Calla, infame!

MANFREDO. Tú, señor,
¿mandástelo?

DUQUE. No.

MANFREDO. Pues deja
que resuelgue mi dolor.

DUQUE. Quiero (1) vengar el que digo,
que es mi amigo y vive en mí.

MANFREDO. Pues sólo por ser amigo
de la persona que digo,
te diré otro tanto a ti.

DUQUE. ¿En ofensa de mi honor
has de hacer tal desvarío?—
¡Llevaldo preso al traidor!

MANFREDO. Traidor, sí; pero no mío,
que eso es manifiesto error.

DUQUE. Pues ¿de quién?

MANFREDO. De quien lo dice,
que es el por quien me levanto
como persona infelice.

(1) En el original "Yo quiero".

Tanto como tú lo hice,
y por ventura no tanto.

DUQUE. ¡Llevalde, que es por demás
escuchalle!

MANFREDO. ¡Gran consuelo
con la muerte me darás!

DUQUE. ¿Sabes dónde vas?

MANFREDO. Al Cielo,
pues voy donde tú no estás.

(Llevan los ALABARDEROS *preso a* MANFREDO, *y dice el* DUQUE:)

DUQUE. ¡Ya se fué! Bien es que ordenes,
Creonte, con que se aplaque
la furia de mis desdenes.

CREONTE. Sí haré.

DUQUE. ¿Cómo?

CREONTE. Con achaque
de confiscarle los bienes
puedes entrar en su casa
y saber de Eufrasia luego
si quiere admitir tu ruego.

DUQUE. ¡El corazón se me abrasa!

CREONTE. No me espanto, que es de fuego.
Pero ¿no quieres entrar?
Mejor es, que la conoces,
que la envíes a llamar,
porque si no dará voces
que alborote este lugar
diciendo que a casa vienes
a forzalla.

DUQUE. Es tan fuerte
que no saldrá.

CREONTE. Razón tienes.
Di, pues, que por esta muerte
le quieres confiscar bienes (1)
y envialla a ejecutar;
porque este será el rejón
que la hará luego saltar
y, como conejo, dar
en la red de tu opinión.

DUQUE. A fe que es muy lindo ardid.—
Tú, Escribano, y Capitán,
ambos a dos a casa id
de Manfredo, y escribid
los bienes que en ella están;
que quiero por esta muerte
confiscallos.

ESCRIBANO. Al instante
iremos a obedecerte.

(Vanse.)

CREONTE. Tenme por hombre ignorante
si no sale de esta suerte,
y en saliendo, tu alma ciega
quedará luego encantada
de esta que tus gustos niega,
que es sirena cuando ruega
y Circe cuando es rogada.
Que en la ley del bien querer
el rogar es natural
efecto de la mujer,
aunque ya, por nuestro mal,
del hombre ha venido a ser.

(Sale EUFRASIA.)

EUFRASIA. Soberbio Nilo, (1) que sales
de madre con los desdenes
y a tallar mi hacienda vienes.
Porque no escucho tus males
¿me quieres quitar mis bienes?
¡Tiempla tu curso arrogante
y mira si puedes ver
que no hay ocasión bastante
para ofenderme!

DUQUE. ¡Mujer,
no pases más adelante!
¿Sabes que con un puñal
agora tu esposo ha muerto
a Renato?

EUFRASIA. No sé tal;
pero sé que ha de ser cierto
solamente porque es mal.

DUQUE. Pues sabrás que le ha quitado
la vida, y ansí al traidor
los bienes he confiscado.

EUFRASIA. ¡Ay, desdichada!

CREONTE. ¡Señor,
sin duda se ha desmayado!

DUQUE. Bien dices. Tenla de allí.

CREONTE. ¡Gran dolor tiene consigo,
pues se desmayó!

DUQUE. ¡Ay de mí!
Pues por que estaba conmigo
se quiso apartar de sí.
Sin duda que desmayar
se quiso la ingrata adrede.

CREONTE. Déjate de lamentar.
Ve por agua.

DUQUE. ¿Agua puede,
donde hay lágrimas, faltar?
Yo quiero llorar un rato

(1) En el original "los bienes".

(1) En el original "Saber leonilo que sales".

el tormento que le di.
Mas, triste, ¿por qué me mato?
Que pues ella no está en sí
sin duda que está en Renato.
Por él padece el dolor
que la tiene de esta suerte,
no por su esposo.

CREONTE. Señor,
poco a poco vuelve.

EUFRASIA. ¡Ay, muerte!
No procurarte es mejor.

DUQUE. ¿Qué tienes, Eufrasia?

EUFRASIA. Un mal
que con ninguno le igualo,
pues ninguno le es igual.

DUQUE. ¿No te mata?

EUFRASIA. Lo más malo
que tiene es no ser mortal,
pues con no quedarme nada,
aún me queda que perder:
porque aunque en esta jornada
he perdido todo el ser,
no perdí ser desdichada.
Esto sólo me ha quedado
de los males que mantengo,
y a tal extremo he llegado,
que hasta el nuevo ser que tengo
la desdicha me le ha dado.
¡Ay, duque Astolfo! ¡Ay, señor!
Si supieras lo que hiciste
con la nueva de dolor
que a mi corazón le diste,
tú lo miraras mejor.
Pero sin duda estoy loca,
porque cuando más le vieras
fuera mi dicha más poca,
pues con los ojos hicieras
lo que has hecho con la boca.
Vuélvelos, pues, y verás
que he perdido en un momento
más que bien, más que contento,
más que todo el mundo y más
que cabe en mi entendimiento.

DUQUE. Eufrasia, grande pesar
te debe dar el dolor,
pues te ha venido a causar
tan gran pena.

EUFRASIA. La mayor
que puedes imaginar.

DUQUE. Orden conviene que des
como tu dolor se ablande,
y aunque blasonando estés
que es muy grande, no es tan grande
como yo imagino que es;
porque entiendo que es mortal,
pues un muerto a llorar vienes.

EUFRASIA. ¿Yo lloro muerto? No hay tal.
Vivo está.

DUQUE. Vivo le tienes
en tu memoria inmortal.
¡Dichoso ha sido!

EUFRASIA. Yo trato
de mi marido Manfredo.
¿Y tú, señor?

DUQUE. De Renato.

EUFRASIA. ¿Qué dices?

DUQUE. Lo que no puedo
sufrir de tu pecho ingrato.

EUFRASIA. ¿Yo quiero a Renato?

DUQUE. ¡Loca!
Ya que le tienes amor,
no le tomes en la boca
en ofensa de mi honor
y de tu vergüenza poca.
Calla, que ya me han contado
que Renato es tu querido:
ya la verdad se ha sacado
por el rastro del olvido
con que siempre me has tratado.
Ya sé que pones tu amor
en un muerto y no en Manfredo,
que, volviendo por su honor,
le mató. Ni en mí puedo (1)
perdonar al matador.
Pero pues los muertos quieres,
como tierra es bien tratarte,
y ya que en tus cosas eres
desierta, debes sembrarte
de mis gustos y placeres.
Quiero abrasar en tu seno
los animales que el daño
causan al bien por quien peno:
la culebra del engaño,
la víbora del veneno,
el león de la arrogancia,
el tigre de la malicia,
el áspid de la inconstancia,
el lobo de la codicia
y el oso de la ignorancia.
Y, en habiéndolas quemado,
quedará con su ceniza
hecho ameno y fértil prado,

(1) Así en el texto. Quizá "Ni aun yo puedo".

de tu arena movediza,
el monte más levantado.
Mi gusto, al fin, quiero hacer;
no embargante el ser hidalgo,
que el seso, la honra y ser,
si se han de perder por algo,
por amor se han de perder.

EUFRASIA. (Este me puede hacer daño
con su pretensión ruín;
bien es por término extraño
engañarle, porque al fin
no hay fuerza para el engaño.)

DUQUE. Remediar quiero mi mal
con mi poder absoluto.

EUFRASIA. Astolfo, no digas tal,
porque yo no soy nogal
que he de dar por fuerza el fruto.
¿No basta que tu afición
reconozco y desde agora
le prometo galardón?

DUQUE. Aunque te burles, señora,
te quedo en obligación.

EUFRASIA. (¡Mal sabes mi pensamiento!)

DUQUE. Con todo, no he de creer
que he de verme en tal contento.

EUFRASIA. ¿Por qué no?

DUQUE. Por no perder
de gozo mi entendimiento.

EUFRASIA. Créele, que Amor te ofrece
por premio de tu cuidado.

DUQUE. (Creonte, ¿qué te parece
de mi bien?

CREONTE. Que has alcanzado
lo que tu valor merece.

DUQUE. Ya que viste mis enojos
a ver mi bien te apercibe,
y en tanto que los despojos
coge el corazón, recibe
la primicia de los ojos.
Ten regocijo de ver
el bien que conmigo lidia,
ten contento, ten placer,
ten envidia, que esta envidia
de mi bien puedes tener.

CREONTE. Eso no; pero en memoria
de la merced que me has hecho,
que a todo el mundo es notoria.)

EUFRASIA. (Que le engañaré sospecho
con esta fingida gloria.)

(*Sale el* CAPITÁN *y* ESCRIBANO.)

CAPITÁN. De la casa de Manfredo
queda la ropa embargada.
Mira qué mandas.

DUQUE. No puedo
tratar de eso agora nada;
porque asegurado quedo
con una bastante prenda
que yo tengo en mi poder.

EUFRASIA. Irme luego es menester.

DUQUE. ¿Cuándo podré por la hacienda
que me ofreciste, volver?

EUFRASIA. De noche será mejor,
por que no la vean sacar.

DUQUE. Bien dicho, que su valor
es infinito.

EUFRASIA. Señor,
con eso me quiero entrar.

DUQUE. Bien puedes.

CREONTE. Dichoso has sido,
pues tal gloria cupo en ti.

DUQUE. Al revés lo has entendido,
que ella no ha cabido en mí,
antes yo en ella he cabido.
Mas vámonos al momento,
que el contento poco a poco
me quita el entendimiento,
aunque por este contento
es locura no estar loco.

(*Vanse.*)

TERCERA JORNADA

(*Salen* CAMILA *y su esposo* RENATO *en hábito de enfermo, y un* CRIADO.)

CAMILA. Mejor parece que estás.

RENATO. Sabrás que no me he sentido
con tanta salud jamás.

CAMILA. ¿Y esto de agora?

RENATO. No ha sido
sino alteración no más;
porque luego el homicida
se arrepintió de su intento,
y en mi persona ofendida
sentí el arrepentimiento
tan presto como la herida.
Y es que su bien procuraba,
pues que en efecto es mi amigo,
la mano furiosa y brava;
fué por no topar contigo,
que dentro en mi pecho estaba.

Con todo eso, he sentido
dolor en el corazón,
no de que me haya ofendido,
sino de que haya tenido
para ofenderme ocasión,
porque siempre he procurado
dar buena cuenta de mí.

CRIADO. A fe que bien lo ha pagado.
RENATO. ¿Quién?
CRIADO. Manfredo.
RENATO. ¿Cómo ansí?
CRIADO. Está a muerte condenado
y confiscada la hacienda.
RENATO. ¿Por mi causa?
CRIADO. Sí, señor.
RENATO. Ya que me siento mejor,
bien es que Manfredo entienda
que soy hombre de valor.
CRIADO. Pues, señor, has de saber
que tengo un papel aquí
de parte de la mujer
de Manfredo.
RENATO. ¿Para mí?
CRIADO. Para ti debe de ser.
RENATO. ¿Qué será?
CRIADO. No lo sé yo,
que el papel que te presento
aleluya pareció,
que, volando, por el viento
de unos suspiros bajó.
RENATO. Según eso ¿fué arrojado?
CRIADO. De la ventana lo ha sido.
RENATO. Quiero verle.
CRIADO. Algún cuidado
a la triste le ha venido
con la mudanza de estado.
CAMILA. (Mal debe venir en él, (1)
aunque a mi esposo no quiera;
porque en el espejo fiel
de su rostro reverbera
lo que viene escrito en él,
y sin duda que es dolor,
pues el corazón le abrasa.)
RENATO. ¿Es posible que el traidor
Duque le ronda la casa
para quitalle el honor,
y que pretenda el tirano
dentro de su casa entrar?
¡Vive el Cielo soberano,
que luego he de procurar
que salga su intento vano!—
Dame la capa y espada,
que librarle es menester.
CAMILA. ¿Dó vas sin estar curada
la herida?
RENATO. Voy a vencer
a Manfredo.
CAMILA. ¡Ay, desdichada!
Ya que en peligro te pones,
ármate, señor, primero.
RENATO. Déjate de esas razones,
que, como amigo, le quiero
vencer con obligaciones.
Pues si ve que yo he querido
hacer que libre su estado
después de haberme ofendido,
estará más obligado
que si lo hubiera vencido,
y tendrá más confusión
en su pecho voluntario,
pues no hay tan fuerte varón
como aquel que a su contrario
vence con obligación.
CAMILA. Renato, no vayas hoy,
por tu vida.
RENATO. Jurar puedo,
Camila, a fe de quien soy
que por mi vida no voy,
sino por la de Manfredo;
porque quiero darle muestra
de que hay reliquias en mí
de la firme amistad nuestra.
CRIADO. Señor, ya tienes aquí
la capa y espada.
RENATO. Muestra.
CAMILA. Acuérdate que ha querido
darte la muerte.
RENATO. No puedo:
porque dentro en mí he sentido
que está mi amigo Manfredo
de lo hecho arrepentido.
CAMILA. ¿Y si ves que el homicida
está alegre y satisfecho
de haberte pasado el pecho?
RENATO. Por la boca de la herida
le diré cuán mal lo ha hecho.
Por la herida le diré
cosas de grande pesar,

(1) En el original:

"Igual deue vir en el
a mi aunque esposo no quiera."

Desatino evidente. Pero tampoco con el arreglo queda muy claro el sentido.

pues con el aire podré,
que saldrá de ella, apagar
la candela de mi fe.
Deja que al momento vaya
a procurar lo que digo.

(*Vase.*)

CAMILA. Dudo que en los hombres haya
uno que en la fe de amigo
ponga tan alto la raya.
Tú, vete siempre a su lado,
pues sabes que de la herida
no está de todo curado.

CRIADO. Perdé, señora, cuidado.

CAMILA. Antes perderé la vida.

(*Vanse, y sale el* DUQUE *y* CREONTE.)

DUQUE. Mejor es que muera.

CREONTE. ¿Quién?

DUQUE. La desgracia que acabar
me pretende.

CREONTE. Dices bien;
mas no la podrás matar
sin matarte a ti también,
porque está contigo unida
como el alma que está en ti.

DUQUE. Creonte, déjame aquí,
no te pongas, ¡por tu vida!,
entre mi desgracia y mí.

CREONTE. ¿De qué estás desesperado?

DUQUE. Tú, que conmigo has venido,
¿no ves que se ha burlado
de mí Eufrasia y ha rompido
la palabra que me ha dado?
¿Qué me preguntas?

CREONTE. No aciertas
en eso ¡por vida mía!:
que si ella tuvo las puertas
cerradas, quizá tenía
las del corazón abiertas;
y por [ha]ber gente allí
disimuló con recato.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Señor, para entrar aquí
pide licencia Renato.

DUQUE. ¿Quién?

PAJE. Renato.

DUQUE. ¿Estás en ti?
¿No ves que Renato es muerto?

PAJE. Será su sombra por él.

DUQUE. Dile que entre.

CREONTE. Si esto es cierto,
de tu esperanza el bajel
se perdió a vista del puerto.

DUQUE. Sin duda que resucita
este villano, y será
porque, mi suerte maldita,
para que viva le da
la vida que a mí me quita.

(*Sale* RENATO, *y dice:*)

RENATO. [¡Ah,] señor!

DUQUE. Como quien soy,
que te veo y no lo creo;
porque me dijeron hoy
que eras muerto.

RENATO. De deseo
de ser tu esclavo lo soy.

DUQUE. ¿Cómo está la herida?

RENATO. Digo
que de placer estoy loco
porque la tengo conmigo.

DUQUE. Debe de ofenderte poco.

RENATO. Al fin, herida de amigo.

DUQUE. Pues ¿qué se ofrece?

RENATO. Señor,
suplicarte que a Manfredo
le perdones por mi amor,
ya que estoy vivo.

DUQUE. No puedo
dejar con vida un traidor.

RENATO. No le des ese apellido.

DUQUE. El mismo se lo ha tomado
con la herida que te ha dado.

RENATO. De mí perdonado ha sido.

DUQUE. Aunque le hayas perdonado,
yo no perdono a un traidor
que alterar mi Estado quiere.
Tú, perdónale su error,
norabuena, que si muere,
perdonado irá mejor.

CREONTE. (Bien despachado ha venido.)

RENATO. Tanto al que es traidor amaras,
para mí tuve entendido,
que porque te ha parecido
a Manfredo perdonaras.
Mas tú a todos los querrás
degollar por varios modos,
y en esto no acertarás,
pues si los matas a todos
a tus manos morirás.
Aunque del Seleuco Augusto
te da nombre el ciego dios,

pues perdiste, como justo,
no un ojo, mas los dos,
por el hijo de tu gusto,
con este nombre mantienes
este solapado enredo,
y con él a poner vienes
en la honra de Manfredo
esos ojos que no tienes.
Y ansí, pues vengo a saber
que estás ciego por Amor,
ya no será menester
llamarte de hoy más traidor,
sino amante con poder.
Por eso ofendes; por eso,
ajeno de todo bien,
a mi amigo tienes preso,
y con su mujer también
te quieres quedar por eso.
Pero no permita el Cielo
un daño tan excesivo,
que antes, por dalle consuelo,
a la casa donde vivo
quiero llevarla de un vuelo.
Y si allí con tu poder
la pretendes alcanzar,
vida tengo que perder
y manos para guardar
el honor de esta mujer.
Vida tengo porque aquel
que quiso que la perdiese
me dió, como amigo fiel,
vida para que pudiese
perderla agora por él.

(*Vase* RENATO.)

CREONTE. ¿Qué es esto?
DUQUE. Mi perdición.
CREONTE. ¿Cómo sufres que te hable
con tanta resolución?
DUQUE. ¿No ves que es inexpugnable
la fuerza de la razón?
¿Qué responderé?
CREONTE. Si el labio
mueves, mayor daño cobras.
Mejor es, a tanto agravio,
el responderle con obras,
que es respuesta de hombre sabio.
DUQUE. A quien el pecho me abrasa,
¿qué respuesta puedo dar,
pues, si pretende llevar
esta mujer y en su casa
la quiere depositar?

CREONTE. Déjate de eso, señor,
y tus desdichas remedia.
DUQUE. Ahora bien, con tu favor
quiero hacer una tragedia
de las cosas de mi amor,
y que todo acabe en muerte,
que es el fin donde remato (1)
mi pretensión.
CREONTE. ¿De qué suerte?
DUQUE. Tú has de seguir a Renato
sin que nadie pueda verte.
Y si ves que la mujer
se lleva con poco miedo,
al momento has de correr
a la prisión, y a Manfredo
en su libertad poner.
Que él irá descuidado
a su casa, y sin mirar
el bien que le ha procurado,
debe Manfredo (2) pensar
que su mujer le ha llevado.
Y, sembrando más cizaña,
segaré con brazo fuerte
la semilla que me daña,
pues me prestará la muerte
su cortadora guadaña
para que les dé un castigo
que iguale con mi disgusto.
CREONTE. A cuanto quieres me obligo.
DUQUE. ¿Qué te parece?
CREONTE. Que es justo
ir luego.
DUQUE. Pues ven conmigo.

(*Vanse, y sale* EUFRASIA *y su* CRIADO.)

CRIADO. Señora, ¿qué te parece
de este Príncipe tirano
que tus glorias escurece?
EUFRASIA. Que es traidor, que es inhumano,
que me adora y me aborrece,
que mi crédito deshace
y que es de suerte el exceso
que de sus traiciones nasce,
que tiene a Manfredo preso
por los delitos que [él] hace.
Y agora con más rigor,
por hacerle más ofensa,
confiscar quiere el traidor
todos sus bienes, y piensa

(1) En el original "Renato".
(2) En el original "Renato".

empezar por el honor.
Pero no valdrá su enredo,
que de mi dote pagar
me quiero agora si puedo;
que es mi hacienda, y no ha de estar
obligada por Manfredo.
Y aunque esta hacienda guardada,
como dote de mujer
pudiera estar obligada,
no por eso debe ser
a sus rentas aplicada;
porque es de tanto valor
lo que agora en esto gano,
que aplicársela al traidor
no puedo, que a un tirano
no puede aplicarse honor.

CRIADO. Bien has dicho; pero advierte
que el traidor que te pasea
para gozarte desea
dar a Manfredo la muerte
por que el agravio no vea.
Que viniendo a ponderar,
aquel que viene [a] afrontarse
siempre que tiene lugar
para morir o vengarse,
ha de morir o matar.
El, conociendo el quilate
de tu marido, que muere
por su loco disbarate,
por vivir seguro quiere
que muera por que no mate;
pero no mira que así
a su honor no corresponde.

(*Sale* RENATO, *y dice*:)

RENATO. Pues te confías de mí,
sin decirte para dónde
vengo a sacarte de aquí.
Vamos luego, y al temor,
Eufrasia, no des lugar,
que, aunque puede ser mayor,
en esto quiero tomar
la venganza del traidor.
Sólo te quiero advertir
que si viene mi enemigo
la muerte ha de recibir.

EUFRASIA. Vamos luego, que contigo
segura puedo partir.

CRIADO. Pues ¿cómo siendo quien eres
no das de ti mejor cuenta?

EUFRASIA. ¡Déjame, necio!

CRIADO. No esperes
que he de pasar por la afrenta
que hacer a Manfredo quieres.
No me apartaré, cruel,
si puedo, de este lugar,
porque soy criado fiel,
y a tu esposo he de mostrar
que soy criado por él.

RENATO. Criado desatinado,
déjame hacer lo que quiero,
si ya de mí, enojado,
no quieres morir primero
que acabes de ser criado.

(*Vanse.*)

CRIADO. ¿Que te fuiste? ¿Que te has ido?
¡Oh, falsa! ¡Cómo es verdad
que está con pecho atrevido
la mujer con libertad
cuando le falta el marido!
Grande mal, Renato, es
el que a Manfredo hacer osas,
porque en la cárcel le ves
con grillos y con esposas
atados manos y pies.
Pero no pienses librarte,
que aunque agora puedes irte
porque está el que ha de acabarte
sin manos para matarte
y sin pies para seguirte,
ya las traiciones malditas
de tus hechos inhumanos
con que a venganza le incitas
le hicieron libres las manos,
pues una esposa le quitas.
Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!
¡Manfredo viene! Quisiera
no haber visto lo que vi.

(*Sale* MANFREDO *y dice*:)

MANFREDO. Sin saber de qué manera
me han librado, (1) estoy aquí.
¡Esta novedad me espanta,
aunque más me espanto el ver
el cuchillo a la garganta!
Llamar quiero a mi mujer,
pues mi buena dicha es tanta.

CRIADO. (¡Ay, triste! ¿Quién le dirá
que se fué?)

MANFREDO. ¿Hola?

(1) En el original "libertado", que hace el verso largo.

CRIADO. ¿Señor?
MANFREDO. ¿Qué es de Eufrasia? ¿Dónde está?
¡Llámala luego!
CRIADO. (¡El dolor
sin duda me acabará!)
MANFREDO. Corre, volando.
CRIADO. Sabrás
que obedecerte quisiera.
pero verla no podrás
porque Eufrasia es muy...
MANFREDO. ¡Espera,
espera; no digas más,
que todo el mal viene junto!
CRIADO. Repórtate, vuelve en ti.
MANFREDO. No puedo, que estoy difunto.
Di lo que sabes.
CRIADO. De aquí,
cuasi en este mismo punto,
con bien poco honesto trato
se fué.
MANFREDO. ¿Quién?
CRIADO. Eufrasia.
MANFREDO. ¿Adónde?
CRIADO. A ver las calles un rato.
MANFREDO. ¿Con quién?
CRIADO. (¡Ay, triste!)
MANFREDO. Responde.
Dime con quién.
CRIADO. Con Renato.
MANFREDO. No es posible. Otro sería.
CRIADO. El fué sin duda.
MANFREDO. ¡Oh, villano!
¿Oíste lo que decía?
CRIADO. Díjole que por su mano
del traidor se vengaría.
MANFREDO. No digas más, que revienta
el alma que te escuchó.
porque es de suerte mi afrenta,
que el hacerla me afrentó
y el contármela me afrenta.
¡Oh, cruel Duque! ¿Qué hiciste?
¿Por qué con tanta inclemencia
en mi casa me pusiste.
donde escucho la sentencia
que de mi muerte me diste?
Hasta que fuese agraviado
suspendiste, como injusto,
la sentencia que habías dado
porque no tuviese [el] gusto
de pensar morir honrado.
¡Cielos, pues veis mis tormentos,
porque mi venganza vea
con otros ojos sangrientos,
dejad que mi cuerpo sea
de solos dos elementos;
y ansí podré desfogar
mi cólera arrebatada.
que no quiere el alma osada
agua, pues no ha de llorar,
ni tierra, porque es pesada!
Consúmanse los dos luego;
y, por que pueda matalle,
dejad en mi cuerpo ciego
el viento para alcanzalle
y para abrasalle el fuego.
Pero ¡ay, mísero! ¿Qué digo?
¿Para qué entre quejas muero?
Pues a matallo me obligo.
CRIADO. ¿Dónde vas?
MANFREDO. Ir quiero (1)
a matar a mi enemigo,
porque afrentarme ha querido
con injuria tan pesada.
y dará muerte mi espada
a cuantos lo habrán sabido,
porque quede sepultada.
Y pues vengarme confío,
quiero enviarle al traidor
un papel de desafío,
que sin duda tiene honor,
pues trae el suyo y el mío.

(Vanse, y sale CAMILA *y un* CRIADO.)

CAMILA. ¿En qué parte le dejaste?
CRIADO. Al [re]volver de una esquina.
CAMILA. ¿Por qué no le acompañaste
como te mandé?
CRIADO. Imagina
que no pude.
CAMILA. ¿Cómo?
CRIADO. ¡Baste!
CAMILA. Dime lo que sabes de él,
que en partiéndose de mí
trasladé en mi pecho fiel
sospechas de aquel papel
que estaba leyendo aquí.
Declárame su intención,
que quiero saber, amigo,
si tiene alguna pasión.
CRIADO. ¿Celosa estás?

(1) Verso corto. Quizá
"¿Adónde te vas?—Ir quiero".

CAMILA. Lo que digo
no son celos.
CRIADO. Pues ¿qué son?
Celos son, que sus antojos
cuasi un ciego puede vellos,
porque son tales enojos,
que ellos vienen a los ojos
y no los ojos a ellos.
Que esta enfermedad celosa
cualquiera la ve muy bien,
y ansí es suerte milagrosa
que ciega a los hombres cosa
que se deja ver tan bien.
Pero aunque él va de esta suerte,
bien puedes perder el miedo
que, sin rostro de ofenderte,
quiere librar a Manfredo,
que está en peligro de muerte.
Por eso, señora mía,
confía.
CAMILA. Aunque eres honrado,
confiarme no quería,
pues ninguno hay engañado,
sino aquel que se (1) confía.

(*Sale* MANFREDO.)

MANFREDO. (Con la furia del enojo
que muerto me lleva en pie,
dentro en su casa me arrojo,
y aun quizá me le entraré,
como Agras, dentro en el ojo.)
CAMILA. ¿Qué es esto? Manfredo viene.
MANFREDO. (Aquí se ofrece su esposa;
disimular me conviene
y pensar alguna cosa
para hurtársela.)
CAMILA. ¿Qué tiene
que no habla?
MANFREDO. (Ya he pensado
cómo poderla engañar.)
CAMILA. Qué, ¿no me queréis hablar,
señor Manfredo?
MANFREDO. He tomado
un grande enojo y pesar;
perdonad mi cortedad
y escuchad lo que os digo,
que importa la brevedad.
CAMILA. ¿Qué se ofrece?
MANFREDO. A mi amigo
le ha dado una enfermedad.

(1) En el texto "no".

Y es, señora, de manera
que a todos nos causa espanto;
por eso, luego quisiera
que fueras a verle.
CAMILA. Espera,
que voy a ponerme un manto,
que no hay reposo en mi pecho
hasta ver la enfermedad.

(*Vase.*)

MANFREDO. ¿Hola?
CRIADO. ¿Señor?
MANFREDO. ¿Qué se ha hecho
de Renato?
CRIADO. No sé, en verdad;
que fué a valerte sospecho.
MANFREDO. ¿A valerme?
CRIADO. Sí, señor.
MANFREDO. No le des ese apellido,
que nunca tiene valor
un infame, un fementido,
un alevoso, un traidor.
CRIADO. ¿Traidor ha sido?
MANFREDO. Sabrás
que ha sido traidor infiel,
y por eso le hablarás
de mi parte, y le darás,
en viniendo, este papel.
Dile que saque la cuenta
de quien debe y ha de haber;
pues, aunque él no lo consienta,
me llevaré a su mujer
por entregarme en mi afrenta.
Yo la llevaré conmigo
más contenta que quejosa.
CRIADO. ¿Qué dices, Manfredo?
MANFREDO. Digo
que me llevaré a su esposa,
a pesar de mi enemigo.

(*Sale* CAMILA.)

CAMILA. Vamos, que no tengo sosiego. (1)
MANFREDO. Espérate un poco.
CAMILA. Acaba,
que me abraso en vivo fuego.
CRIADO. (¡Esto a Renato faltaba!
¡Quién se lo dijera luego!)
MANFREDO. Mucho quería, señora,

(1) Verso largo. Quizá deba ser "Ven", y no "Vamos".

que dejases esta ida,
a lo menos por agora.

CAMILA. Eso es quitarme la vida.

CRIADO. (¡Oh, fementida! ¡Oh, traidora!
¡Dios te confunda!)

CAMILA. Sospecho
que has hecho burla de mí;
si fué por probar mi pecho,
después que llegaste aquí
está en lágrimas deshecho.
En él verás una fragua,
porque es mi tormento viejo,
y verás con grande magua
que las lágrimas son agua
y el agua sirve de espejo.
¡Mira que me tratas mal!

MANFREDO. Vamos, pues, porque no penes.

CRIADO. ¡Oh, señora! No hagas tal.
¡Por tu vida!

CAMILA. Tú la tienes
porque no tengo un puñal.
¡Loco, atrevido, traidor!
¡Poca lealtad es la tuya!

CRIADO. (¿Hay desvergüenza mayor?)

MANFREDO. Dígale, ¡por vida suya!,
lo que ha visto a su señor.

(Vanse, y dice el CRIADO:)

CRIADO. Diréle que desdichado
por todo el mundo se nombre,
pues su infamia han procurado
su mujer propia y el hombre
que tiene más obligado.
Diréle que aunque la quiera
no mire de hoy más la cara
de esta arpía ingrata y fiera,
que porque no le afrentara
fuera mejor que lo fuera.
Diréle que sus querellas
arroje dentro al abismo
y levante a las estrellas,
aunque sólo de sí mismo
puede hacer gran parte de ellas.
Diréle, al fin, su pesar,
si la vida no le cuesta
al oírmelo contar,
que una infamia como ésta
es difícil de escuchar.

(Sale RENATO *y* EUFRASIA.)

EUFRASIA. Razón es que tus orejas
con tantas quejas inflame.

RENATO. Harto confuso me dejas,
pues no hay cosa que más ame
ni aborrezca que tus quejas.
Amo aquellas que de honor
hiciste agora, y te ofrezco
la venganza del traidor;
[mas] juntamente aborrezco
las que me hiciste de amor,
porque es tanta tu porfía,
que han hecho largo el camino
desde tu casa a la mía.

CRIADO. (Renato viene.)

EUFRASIA. Imagino
que eres piedra helada y fría.

RENATO. Eso me holgara de ser,
para estar sordo a tu ruego.

CRIADO. (Avisarle es menester.)

RENATO. ¿Hola?

CRIADO. ¿Señor?

RENATO. Llama luego
a Camila, mi mujer.

CRIADO. (¿Quién le dirá que es traidora
su mujer?)

RENATO. Acaba ya;
ve a llamar a tu señora.

CRIADO. No está en casa.

RENATO. ¿Dónde está?

CRIADO. Salió fuera.

RENATO. ¿Cuándo?

CRIADO. Agora.

RENATO. ¿Con quién ha salido fuera?

CRIADO. Para conservar tu honor
tan mudo estar quisiera,
que ni aun por señas, señor,
decirte el daño pudiera.
Mas por poder persuadirte
que vayas luego a vengarte,
pretendo sólo decirte
que el que te hirió sin matarte
te ha muerto ya sin herirte.
Tu amigo Manfredo, aquel
a quien siempre has obligado
con obras de amigo fiel,
a tu esposa se ha llevado
y ha dejado este papel.

RENATO. ¿Loco estás?

CRIADO. Por tu interese
sin duda he perdido el seso.

RENATO. Manfredo, di, ¿no está preso?

CRIADO. No, señor.

RENATO. Aunque así fuese,
¿él había de hacer eso,

librando yo a su mujer
del que con tirano pecho
le pretendía ofender?

CRIADO. Has de saber que lo ha hecho,
porque no lo habrá de hacer.
Y Camila, como loca,
mostró en remediar su fuego
poca fe y vergüenza poca.

RENATO. ¡Calla, traidor! ¡Calla luego!
Cierra esa maldita boca,
en cuyo centro quedó
sepultada mi honra muerta,
y que después que esto habló,
cerrada como la puerta
por do la Cava salió.
Pero ¿qué es esto? ¿Qué antojos
tiemplan mi furia mortal,
como no ponga los ojos
en la causa principal
de mis tormentos y enojos?
Bien es vengarme de quien
tan terrible mal me ha hecho
en pago de tanto bien,
y que pues murió en mi pecho
muera en el mundo también.
En mí, por su desconcierto,
murió, y ansi por echar
de mí este mal encubierto,
furioso estoy como el mar
cuando tiene un cuerpo muerto.
Mas, pues, su amistad murió,
y de ella, por ser ingrata,
tan grande injuria nació,
que como víbora mata
la madre que la parió,
ciego de venganza, ciego
de la honra que perdí,
pretendo abrasalle luego,
no en fuego de amor, que en mí
hay dos maneras de fuego:
fuego será de tormento.
y si éste pierde su furia,
le encenderán al momento
las alas del pensamiento
de esta recibida injuria.
¡Muestra ese papel!

CRIADO. No hay hombre
que tenga lealtad tan poca.

RENATO. Quiero ver la empresa loca
de este traidor, que el nombre
no he de tomar en la boca.

(*Lee el papel que dice:*)

"Para que entiendas, Renato, la diferencia que hay de tu persona a la mia, te espero junto a las paredes del castillo, adonde, con una espada y daga, te probaré que has sido traidor y te daré la muerte en parte de paga de la traición que me hiciste.—*Manfredo.*"

RENATO. ¡Traidor me llama, sin ver
que con su nombre me infama!
Sin duda que es menester,
pues con su nombre me llama,
con sus hechos responder.
Pero su alma, desnuda
de nobleza y de valor,
tanto la traición le ayuda,
que con llamarle traidor
me ha hecho traidor sin duda.
Yo soy traidor, pues procuro
que muera como hombre honrado
este infiel perjuro,
que de mi honor ha postrado
el alto y soberbio muro.
Mejor fuera con crueldad
dejar esto y juntar luego
los que me hacen amistad
y llevar a sangre y fuego
los de su parcialidad.
Mejor fuera así callar (1)
dardos, chuzas, picas, lanzas;
mas bueno es disimular,
porque suelen las venganzas
los agravios publicar,
y así, quiero a mi enemigo
secretamente vencer.—
Tú, señora, ven conmigo.

EUFRASIA. ¿Dónde me llevas?

RENATO. A ser
de mi venganza testigo.

EUFRASIA. Eso es hurtarme, (2) y no es bien
siendo yo mujer honrada.

RENATO. No puede ofenderte nada
hurtarte, porque también
veniste conmigo hurtada.

EUFRASIA. ¿Hurtada he venido?

RENATO. Sí.

EUFRASIA. ¿Cómo?

RENATO. Yo te lo diré,
que cuando veniste aquí,

---

(1) Así en el original. Parece errata.
(2) En el texto "hartarme".

al traidor Duque (1) te hurté,
y agora te hurto a mi.
Mira si a restitución
sujeto debo de estar.

EUFRASIA. Digo que tienes razón,
y que conviene tomar
venganza de la traición.
Pues llevarse mi marido
a tu esposa es fraude y dolo,
y estos celos que he tenido
no nascen de amor, que sólo
de menosprecio han nascido.

RENATO. Vamos, que con rectitud
nos quieren vengar los Cielos
del que, falto de virtud,
a ti te ofende con celos
y a mi con ingratitud.

CRIADO. (Quiero que por orden mia
el Duque avisado quede,
y ansi remediar confío
el escándalo que puede
resultar del desafío.)

(*Vanse, salen* CAMILA *y* MANFREDO.)

CAMILA. ¿No dices que le dió un mal,
de todos el más cruel,
a Renato?

MANFREDO. Y tan mortal,
que le quitó lo que en él
puede haber más principal.

CAMILA. ¿Qué le ha quitado?

MANFREDO. El honor.

CAMILA. Luego ¿el honor ha perdido?

MANFREDO. Si, porque ha sido traidor
con el que darle ha querido
la nobleza y el valor,
que soy yo, aunque mal he andado
en publicar que soy yo.

CAMILA. Pues si ser traidor ha usado,
sin duda que lo aprendió
del valor que tú le has dado;
y aquesto se muestra bien
en el mal que me causaste,
pues eres, Manfredo, quien
de mi casa me sacaste
y de mi seso también.
¡Oh, traidor!

MANFREDO. Has de saber
que vengarme he pretendido
con tenerte en mi poder.

CAMILA. ¿Por vengarte del marido
afrentas a la mujer?
¿Quién te ha enseñado a vengarte
con tan terrible inclemencia,
que afrenta viene a causarte,
pues te vengas en la parte
que no tiene resistencia?
Mejor es, loco atrevido,
que el combate que me das
se le des a mi marido,
aunque tú no reñirás
con un valiente ofendido.
Mas si quieres que en tu vida
pueda servirte de espada,
yo puedo serlo sin duda,
en lo que es estar desnuda
de mi ventura pasada.
Espada soy que cortar
puede mucho, y si peleas
con mi esposo, has de pensar
que, por valiente que seas,
la espada te ha de ganar.

(*Sale* RENATO *y* EUFRASIA.)

RENATO. Tomar venganza conviene
de un tan grande desvarío.

MANFREDO. (Retirémonos, que viene
mi contrario.

CAMILA. ¡Poco brío
el que se retira tiene!)

RENATO. ¿Cómo es posible, arrogante,
que habiendo sido traidor
tú me oses poner delante
sin temer al resplandor
de mi vista penetrante?

CAMILA. ¡Renato mio!

RENATO. ¡Oh, traidora!
Tu maldad está probada.

EUFRASIA. ¡Manfredo!

MANFREDO. No es tiempo agora
de caricias.

RENATO. Con la espada
de mi afrenta, vengadora,
te diré lo que has hecho
contra mi reputación;
pero la espada sospecho
que, por no ver su traición,
no querrá entrar en tu pecho.

MANFREDO. Aunque con vergüenza poca
me llamas traidor, infiel,
mucho ese nombre te toca,
pues no te faltaba de él

(1) En el texto "de que".

por llevar sino la boca.
Con todo eso he entendido
que contra mí serlo quieras,
y ansí, ten por entendido
que, porque tú lo fueras, (1)
me holgaré de haberlo sido.

RENATO. No me hables más de esa suerte,
que con priesa quiero darte
lo que mereces.

MANFREDO. Advierte
que a espacio (2) quiero matarte,
porque gusto de tu muerte.

(*Empuñan las espadas, y sale el* DUQUE *y* CREONTE *y un* CAPITÁN *y* ALABARDERO.)

DUQUE. Aquí están. ¡Préndelos luego!

RENATO. (¡Reniego de su venida!)

MANFREDO. (¡De su venida reniego!)

DUQUE. ¡Quitaldes luego la vida,
pues me quitan mi sosiego!

(*Júntanse los amigos.*)

CAPITÁN. ¡Ténganse al Duque!

RENATO. Tenidos
somos.

DUQUE. ¡Prendeldos!

MANFREDO. ¡Malvados,
no os lleguéis tanto!

DUQUE. ¡Atrevidos!
¿Cómo estáis confederados
estando tan ofendidos?

RENATO. ¿Ofendidos?

DUQUE. Sí.

MANFREDO. ¿Por qué?

DUQUE. Porque os quitáis las mujeres.

MANFREDO. Engáñaste.

DUQUE. Yo lo sé.

MANFREDO. Pues si lo sabes, ¿qué quieres?

DUQUE. Que en pago de ello se os dé
la muerte.

RENATO. El enojo olvida,
que somos hombres honrados
y es afrenta conocida.

DUQUE. Por estar desafiados
tenéis la vida perdida,
y ésa habéis de perder luego
por mucho que tengáis brío.

MANFREDO. Sin duda que vienes ciego,
porque aquí no hay desafío,
sino quietud y sosiego,
que antes en tiempo y lugar
de tener conversación.

RENATO. La verdad quiero contar,
que se me ofrece ocasión
de morir o de matar.

DUQUE. Ya la verdad se ha probado,
por mucho que escurecida
esté agora.

RENATO. Confiado
que llego al fin de la vida,
que en tu servicio he gastado,
quiero descubrir, señor,
la verdad.

DUQUE. No tengas miedo,
que descubrirla es mejor.

RENATO. Has de saber que Manfredo
me desafió.

DUQUE. ¡Oh, traidor!
¿Por qué ofendes de esa suerte
a quien te hizo amistad?

RENATO. Manda que nos den la muerte,
pues te he dicho la verdad.

DUQUE. ¡Soy contento!

MANFREDO. Escucha, advierte.
¿Sabes lo que dices?

RENATO. Digo
que tú me has desafiado,
y a probar esto me obligo
con la carta que me han dado
de tu parte por testigo.
Léela.

MANFREDO. No he de poder,
según de enojo estoy loco.

(*Lee la carta que le da.*)

"No puedo negar, invencible Renato, que la nueva que me dieran de tu felice vida no fué parte para consolarme de la que mi esposo ha de perder por causa tuya."

RENATO. No es ésa. ¿Quiéresla ver?
toma estotra.

MANFREDO. Espera un poco,
que la he de acabar de leer.

"Lo que te suplico es que, pues el duque Astolfo, ciego del amor que siempre me ha tenido, procura valerse de la ausencia de Manfredo para entrar en mi casa, me saques de ella y me pongas en parte donde no corra peligro la honra que, por ser de tu amigo, se puede llamar tuya.—*Eufrasia.*"

(1) Verso incompleto.

(2) En el original "despacio". El verso resulta largo.

MANFREDO. ¿Qué carta es ésta?
RENATO. Manfredo,
tu esposa me la envió
agora por cierto miedo
que ha tenido.
MANFREDO. Luego yo
¿con mi honra propia quedo?
RENATO. ¿En eso dudas?
MANFREDO. Pues te digo
que aunque el Cielo me destruya
a ser tu esclavo me obligo.
RENATO. Sepamos ¡por vida tuya!
por qué te odiabas conmigo.
MANFREDO. Porque había sospechado
me (1) quitabas mi mujer,
y agora me ha declarado
la carta que tu (2) poder
del de Astolfo la ha librado.
DUQUE. (¿Posible es que sufro tal?)
MANFREDO. Y por albricias te digo
que tu mujer es leal,
pues si se vino conmigo
fué con achaque de un mal
que le dije que tenías,
que le causó alteración.
RENATO. Pues dime, ¿qué pretendías?
MANFREDO. Vengarme de la traición
que me dijeran que hacías.
RENATO. Amigo, dame esos pies.
MANFREDO. Dame los tuyos primero,
darte he los míos después.
RENATO. Por no ofenderte, yo quiero
darte los míos cual ves.
(*Abrázanse ambos.*)
Basta un abrazo apretado.
CAMILA. ¡Grande bien!
EUFRASIA. ¡Grande alegría!
RENATO. Dime, ¿no has considerado
cuán claro se muestra el día
después que pasa el nublado?
Pues tal estoy.
MANFREDO. Si condenas,
señor, estos desdichados
al castigo de tus penas,
estos brazos rodeados
nos servirán de cadenas;
que pues de la voluntad
son cadenas, bien podremos
tener mucha calidad,
por que abrazados quedemos
del nudo de la amistad.
Mátanos luego y verás
nuestras dos naturalezas,
pues plantas nos volverás
quitándonos las cabezas
para que crezcamos más.
Acaba, danos la muerte,
por quien estamos muriendo.
CREONTE. (No hay pecho de hombre tan fuerte
que no [se] enternezca viendo
dos amigos de tal suerte.)
Con tu licencia, señor,
los quiero hablar.
DUQUE. ¿Qué pretendes
decirles?
CREONTE. Que soy traidor,
y más con aquel que ofendes
con la centella de amor.
Quiero que por honra suya
entiendan mis desvaríos,
para que de ello se arguya
que fueron efectos míos
nascidos de causa tuya.
Y ansí digo que [yo] he sido
el que ha dado la ocasión
de quedar el uno herido
y el otro puesto en prisión.
DUQUE. Ya estoy tan enternecido
viendo el efecto que ha hecho
en tu pecho su amistad,
que, cuasi al llanto deshecho,
la raíz de la crueldad
quiero arrancar de mi pecho.
Y ansí, pues hay ocasión
de sacar del pecho mío
la amorosa pretensión,
les perdono el desafío
y les demando perdón.
No quiero de hoy más poner
mi amor, que no tiene igual,
en Eufrasia, ni ofender
un amigo tan leal
y una tan noble mujer.
Y aquesto lo hago yo
de mi propia voluntad,
porque de madre salió
el río de su amistad
y el corazón me lavó.
CREONTE. Con hechos tan soberanos
subirá tu nombre al cielo.
RENATO. Danos, príncipe, esas manos,

(1) En el texto "que me quitabas".
(2) En el texto "que en tu".

DUQUE. Sí, para alzaros del suelo
y abrazaros como a hermanos.
MANFREDO. Tanto bien el Cielo envía, (1)
que no cabe en mi memoria.
RENATO. Tampoco cabe en la mia.
CAMILA. ¡Renato mío!
RENATO. ¡Mi gloria!
CAMILA. ¡Mi contento!
RENATO. ¡Mi alegría!
EUFRASIA. ¡Manfredo mío!
MANFREDO. ¡Mi bien,
ya perdido, ya ganado!
RENATO. Creonte, pues eres quien
tanto bien nos has causado,
quiero abrazarte también.

MANFREDO.

Eufrasia de mi vida,
causadora de todos mis enojos,
la gloria merecida
que la fortuna adversa con antojos
quitaba de mis ojos,
hoy la tengo presente; mas advierte
que contra la amistad no hay caso fuerte.

(Vase con su mujer.)

RENATO.

Camila de mi alma,
ya que como mujer fuerte y constante
mereces esta palma
que ofrece el Cielo a tu valor triunfante,
vive de aquí adelante
sin miedo alguno de contraria suerte,
que contra la amistad no hay caso fuerte.

(Vase con su mujer.)

DUQUE.

Yo, libre de la injuria
del que suele causar daños disformes,
voy a templar mi furia,
que no es mucho que amigos tan conformes
venzan casos enormes
y atropellen al mundo y a la muerte,
que contra la amistad no hay caso fuerte.

(Vase con los demás.)

CREONTE.

Será trabajo inmenso
de la amistad encarecer los hechos;
pues ella, como incienso,
sube a los altos y estrellados techos,
y en los humanos pechos
en mal el bien y el bien en mal convierte,
que contra la amistad no hay caso fuerte.
Quien hizo esta comedia,
como pone la mira en su tormento,
pretende que es tragedia
todo lo que acaba en casamiento,
y ansí, su pensamiento
es que sólo en quedar confederados
acaben *Los Amigos enojados.*

FIN DE LA COMEDIA
de *Los Amigos enojados y verdadera amistad*

(1) En el original "me envía". Sobra una silaba.

COMEDIA FAMOSA

DE LA AMISTAD Y OBLIGACIÓN

DE LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Martín de Perea.
Lope, *lacayo*.
Don Pedro.
Don Bernardo.
Don Félix.
Rodrigo, *criado*.
El Conde Aurelio.
Silvia, *villana*.
Furio, Tutelio, Camilo, *bandoleros*.
Leonarda, Clavela, *damas francesas, sus hijas* (1).
Roselo, Floro, *criados*.
Silvio.
Belardo, *villano*.
Roberto.
Fabio.
Alejandro.
Pío.
Severo.

ACTO PRIMERO

(*Salen* Don Martín de Perea *y* Lope, *lacayo*)

D. Mart. ¿Qué decís?
Lope. Eso pasó.
D. Mart. ¡Don Félix queda afrentado!
Lope. Siempre fuí poco letrado
del duelo, mas pienso yo
que si don Pedro le dió
con el sombrero, se entiende
que con la mano le ofende
o que disculpado esté
si mano de fieltro fué,
con que es afrenta de duende.
D. Mart. ¿Con el sombrero?
Lope. Y la mano
en la cara le metió
luego que el mentís llegó;
que fué agravio cortesano, (2)
aunque le hablaron primero;
porque hubiera caballero
que si alguno le afrentara,
con el mentís se quedara
por no quitarse el sombrero.
D. Mart. ¿Qué hizo don Félix?
Lope. Ciego
de honra y cólera, sacó
la espada.
D. Mart. ¿Y no le mató?
Lope. ¿Cómo? Si se puso luego
más gente en medio, que al fuego
suele acudir, dando voces.
Porque le matara a coces,
cuanto y más con los aceros,
a no haber mil caballeros.
Pero ya tú le conoces.
D. Mart. No sé cómo sin morir,
Lope, se pudo escapar.
¿A Félix pudo afrentar
quien luego pudo vivir?
¿Cómo podré resistir
a la fuerza del dolor?
Tanta amistad, tanto amor
no me permite que vea
cubrir de mancha tan fea
tan esclarecido honor.
¿De don Félix en la cara
sombrero?
Lope. El agravio ha sido
más cortés y comedido
que en todo el mundo se hallara.
D. Mart. Si toda Navarra ampara
ese traidor, hoy le doy
mil muertes.
Lope. Seguro estoy
que en ella no ha de parar.
O a Francia se ha de pasar
o a Aragón.
D. Mart. ¡Perdido soy!
¿Dónde don Felix se fué?
Lope. Como afrentado, a su casa.
D. Mart. Fuego que mi pecho abrasa
por los ojos se me ve.
No sé si verle podré:
pero vamos.
Lope. Oye.
D. Mart. Di.

(1) Una es hija y otra sobrina.
(2) Falta un verso después de éste.

LOPE. Que don Pedro viene aquí
con don Bernardo su amigo.
D. MART. Vendrá a buscar su castigo.
LOPE. Pues ¿piensas hablalle?
D. MART. Sí.

(*Salen* DON PEDRO *y* DON BERNARDO.)

D. PEDRO. Y os he dicho la verdad.
D. BERN. No era razón engañarme.
¿Qué habéis de hacer?
D. PEDRO. Ausentarme.
por un mes de la ciudad
mientras esto se compone;
que él gustará que se acabe
si alguna persona grave
su autoridad interpone,
que tiene deudos y amigos
don Félix.
D. BERN. Tenéis razón,
pues de esta necia cuestión
tuvisteis tantos testigos.
D. PEDRO. De lo que estoy consolado
es que la ocasión me dió.
D. BERN. Ya, por lo menos, quedó
su injusto agravio vengado.
D. PEDRO. O suceda bien o mal,
pensar bien es menester
si puedo opinión perder
no estando el agravio igual
en ausentarme de aquí,
no parezca que es temor.
D. MART. Si se consulta el honor
dirá mil veces que sí,
señor don Pedro, que es hombre
don Félix que, no presente,
sino mil leguas ausente,
aunque os mudéis traje y nombre,
os ha de quitar la vida.
D. PEDRO. Todo lo que habéis hablado
pudiera estar excusado,
supuesto que es conocida,
don Martín, vuestra amistad;
porque los hombres discretos
suelen templar los efectos
del odio y la enemistad
y no aumentar los enojos.
Que si traté de mi ausencia,
no es cobarde diligencia
cegar al vulgo los ojos;
mas ya, por vos me estaré
en Pamplona tan de espacio,
que de la plaza o palacio
eternamente saldré.
D. MART. Si vos fuéredes allá
tenedme por hombre infame,
y desde aquí me lo llame
ese que con vos está.
Pues como yo soy amigo
de don Félix, él lo es vuestro,
aunque es un agravio nuestro
igualaros a quien digo,
porque a los dos quitaré
la vida para vengalle.
D. PEDRO. Sea en el campo y no en la calle.
D. MART. Yo riño donde os hallé.
D. BERN. Pues riñeréis con los dos.
D. MART. Para vos basta un lacayo.
LOPE. ¿Qué es lacayo?: diga un rayo.
¡Hombre, perdónete Dios!

(*Entranse acuchillando, y salen* DON FÉLIX *y* RODRIGO, *criado.*)

RODRIGO. Mira que pierdes el seso.
D. FÉLIX. No le debo de tener,
pues no acabo de perder
la vida con tal suceso.
Rodrigo, yo te confieso
que ha sido tal mi furor,
que de aqueste corredor
me he querido echar mil veces.
RODRIGO. Bastantemente encareces
el agravio de tu honor.
D. FÉLIX. Que allí no pude vengarme;
mas, con la vista turbada,
no pude sacar la espada
cuando pudiera arrojarme.
Que fué el sombrero tirarme
como al toro el rostro tapa
el hombre, que se le escapa;
que como los caballeros
le hieren con los aceros,
la gente vil con la capa.
¿Qué dirán de mí, Rodrigo,
en toda Navarra ya,
en tanto que no le da
mi espada justo castigo?
Llama a don Martín, mi amigo;
pero no, que no es razón
meterle en esta cuestión,
que sé que me quiere bien
y que ha de sentir también
mi mal perdida opinión.
¿Si habrá mi padre venido?
¡Oh, qué pena tengo de él!

¡Qué sentimiento cruel
le espera si lo ha sabido!
Que como soldado ha sido
en aquellas guerras grandes (1)
del Duque de Alba, y a Flandes
con el Condestable fué
de Navarra, hoy le quité
la vida con el honor,
pues no heredé su valor
y a mi contrario maté.
Cuanto el buen viejo ganó
con tanta sangre vertida,
aventurando la vida,
hoy mi desgracia perdió.
Pero ¿qué pude hacer yo
cuando un mundo le defiende,
pues cuando cuestión se enciende
está ya tan recibido
detener al ofendido
y defender al que ofende?
Y es error que si llegara
a satisfacerse luego,
no fuera mayor el fuego
y al encenderse cesara;
ni yo ahora me vengara,
ni el ofensor me temiera;
de donde se considera
que cuando hay terceros labios
no dejan que los agravios
salgan de la puerta afuera.

(*Sale* DON MARTÍN, *con la espada desnuda, y* LOPE.)

LOPE. Bien puedes entrar, que aquí
está don Félix.
D. FÉLIX. ¿Qué es esto?
D. MART. Yo soy, no os alborotéis.
D. FÉLIX. ¿Cómo que no, cuando os veo
descolorido y la espada
desnuda?
D. MART. A don Pedro he muerto.
D. FÉLIX. ¿A don Pedro?
D. MART. Sí ¡por Dios!
D. FÉLIX. ¿De qué manera?
D. MART. Riñendo.
LOPE. Y yo he dado a don Bernardo
cierto coscorrón, que pienso
que aunque le digan mentís
no habrá menester sombrero.
D. MART. Contándome vuestro agravio
Lope, tal ventura tengo,
que veo venir los dos,
y a pocas palabras llego
donde vengué vuestro honor,
y a daros las nuevas vengo.
D. FÉLIX. Por ellas os doy los brazos.
Pero, decidme: ¿qué haremos?
D. MART. ¿Qué, don Félix? Ausentarme,
ya por amigos y deudos,
ya por no verme en prisión:
porque mi hacienda, respeto
de tener padre, no importa.
D. FÉLIX. Pues, Rodrigo, ensillen luego
dos caballos.
D. MART. ¿Cómo dos?
¿Qué culpa tenéis en esto?
D. FÉLIX. ¿Luego había de dejaros?
¿Por tan ingrato y grosero
me tenéis? Si vos por mí
habéis a don Pedro muerto,
perdéis vuestra casa y patria,
y soy a quien quiero y debo
más en el mundo, ¿es razón
que os deje?
LOPE. Perder el tiempo
en razones excusadas
caballeros tan discretos
locura me ha parecido,
porque yo, pobre escudero,
os tengo de acompañar
si cuatro mil vidas pierdo.
Rodrigo quede en Pamplona
que os escriba los sucesos,
que yo también soy culpado,
y si en la ciudad me quedo
podrá ser que con los pies
dé la bendición al pueblo.
D. MART. ¿Dónde iremos?
D. FÉLIX. A Aragón.
D. MART. Tan cerca es notable yerro.
D. FÉLIX. Pues alto, vamos a Francia.
D. MART. A peligro nos ponemos
por tierra.
D. FÉLIX. Vamos por mar,
pues embarcarnos podremos
en Fuenterrabía.
LOPE. Es cerca:
el camino es buen consejo,
pues quien os ha de servir
irá camino derecho.
D. MART. Aquí te queda, Rodrigo.
RODRIGO. Dios sabe lo que lo siento
quedarme en esta ocasión.

(1) Sobran para la décima este verso y el siguiente.

D. FÉLIX. ¡Camina!
RODRIGO. ¡Guárdeos el Cielo!
LOPE. Dile, Rodrigo, a Isabel
que atravesada la llevo
desde el corazón al alma,
desde los ojos al pecho.
Que la escribiré de Francia
mi desdicha en prosa y verso,
con dineros, porque, en fin,
son los mejores conceptos.
Pero no le digas nada,
que hay amigo de este tiempo
que de llevar un recado
se queda en casa por dueño.

(Vanse, y salen el CONDE AURELIO LEONARDA *y* CLAVELA, *damas francesas, sus hijas,* ROSELO *y* FLORO, *criados.)*

CONDE.

Pienso que en esta quinta,
a quien el mar con muros de diamante
ciudad propone y pinta
de la imaginación del caminante,
podrás algunos días
pasar tus penas y excusar las mías.
Por la parte de tierra
caza te ofrece el monte, el prado flores,
nieve la inculta sierra,
frutas el campo, fiestas los pastores,
bailes las aldeanas,
junio, como en abril, frescas mañanas.
Allí los pajarillos,
poetas dulces, pintarán auroras,
y los armados grillos
de breves noches te darán las horas;
que, quien sueño no tiene,
con cualquiera ruido se entretiene.
Por la parte que mira
al mar, Leonarda, en cuanto su horizonte
nubes con torno gira,
ya fingiendo de plata un valle, un monte,
ya por llanos cristales
flores de nieve en ramos de corales,
tendrás la dulce pesca,
que en barcos te traerán los pescadores
entre las redes fresca;
los bastiones, las conchas de colores,
los nácares con perlas,
que en su breve prisión podrás cogerlas.
Deja tristeza tanta,
que conviene tan mal con tu hermosura;
el ánima levanta
adonde mi grandeza te asegura
un alto casamiento,
desvelo de mi justo pensamiento.
Conde soy de San Polo,
el más célebre ahora de Bretaña;
tú aquel único y solo
bien que mis años dulcemente engaña.
¿Qué quieres? ¿Qué no quieres?
¡Tal suele ser el gusto en las mujeres!

LEONARDA.

Padre y señor, si fuera
con causa mi tristeza, confiada
en tu amor la dijera,
mas siendo enfermedad, no importa nada
las tierras y las mares,
que es fingir gustos aumentar pesares.
A la ciudad te vuelve,
que aquí nos quedaremos yo y mi prima.

CLAVELA.

Leonarda se resuelve
sólo a vivir la soledad que estima.
Aquí estaremos solas
ya mirando las flores, ya las olas.
Vete, señor, pues sabes
que entre tristezas y melancolías,
y más siendo tan graves,
hay mucha diferencia.

CONDE.

De las mías
saldré, Leonarda, tarde.

LEONARDA.

No te vayas tan triste.

CONDE.

El Cielo os guarde.

(Vase.)

CLAVELA. Ya que sola estás aquí,
y por tu gusto has quedado
en la soledad que has dado,
Leonarda, indigna de ti;
ya que en tierra y mar, tirana
de ti misma, quieres dar
en ser sirena del mar
y de la tierra Diana,
merezca yo la ocasión
de tu pena y descontento,
que a partir el pensamiento
le obliga toda afición.

LEONARDA. ¡Ay, Clavela! A Dios pluguiera
que las flores despreciadas
imitar las despeñadas
sirenas del mar pudiera,
o que aquí, sin compañía,
por estos bosques Diana
viera nacer la mañana
y viera morir el día.
¿Qué me preguntas a mí
viendo con qué fingimiento
muestra el Conde sentimiento
y niega el que mira en mí?
Un casamiento a disgusto
dispone a morir, propuesto
que ejecutado, y tan presto
para morir viene al justo.
Si no me quiere entender
el Conde, olvídeme aquí,
que yo sabré hacer por mí
lo que él no ha sabido hacer.
Dice que fué prisionero
en Flandes de un capitán,
cuyos favores le dan
la causa de que yo muero.
Porque allá se concertó
entre ellos mi casamiento
con un hijo suyo, a intento
de ser su rescate yo.
No lo entiendo; sólo sé
que quiere el Conde matarme,
pues en llegando a forzarme
fuerza [es] que muerte me dé.

CLAVELA. ¿Cómo te puede forzar
teniéndote tanto amor?

LEONARDA. Porque tengo por mejor
obedecer y callar.

CLAVELA. Pues no calles ni obedezcas
si te ha de costar la vida.

LEONARDA. ¡Ay, Clavela! Estoy perdida.

CLAVELA. Leonarda, no te entristezcas.
Ningún padre, y más tan noble
como el Conde, lo ha intentado.

LEONARDA. Ver que la palabra ha dado
crece mi desdicha al doble.

(Sale SILVIA, *villaneja, con* DON MARTÍN *y* LOPE, *medio desnudos, como que salen del mar.)*

SILVIA. Bien os podéis olvidar
de la tormenta pasada.

D. MART. En tal puerto y tal posada
ángeles tiene la mar,
como otro tiempo sirenas.

LOPE. Angel, ¿adónde es tu cielo?
que a su ardiente sol apelo
de estas mojadas arenas.
Tiende las alas y lleva
aquestos dos infanzones
a una esfera de colchones.

SILVIA. Esta cerca hermosa y nueva
es una quinta famosa
del conde Aurelio, y sospecho
que aún no es ido.

D. MART. Si en su pecho
hay la piedad generosa
de caballero francés
y gran señor en Bretaña,
moveráło el ver de España
un noble hidalgo a sus pies.

LOPE. Angel, si el Conde está aquí,
sin duda habrá qué comer.

SILVIA. No es el Conde menester.
Españoles, fiad de mí;
hija soy del que está en guarda
de esta quinta. Mas ¡ay, Dios!

D. MART. ¿De qué te admiras?

SILVIA. Las dos.

D. MART. ¿Quién son?

SILVIA. Clavela y Leonarda,
hija y sobrina del Conde.
Llegad.

D. MART. Estoy descompuesto.

SILVIA. Que no temáis. Llegad presto.

LOPE. Por lo desnudo me esconde
la vergüenza.

SILVIA. No penséis
que tenemos en Bretaña
las gravedades de España.
Llegad.

LOPE. ¡Ah! ¡Qué bien hacéis!
Ver un señor espetado
en una lanza jineta
y una señora discreta
hecha ermita de un estrado:
ver el estudio que ponen
en rodear cortesías,
son diligencias tan frías
que las piedras descomponen.
¡Bien hayan pocos que vi
que, sin que les cueste nada,
con sola una sombrerada
llevan mil almas tras sí!
Ni jamás vi caballero
ni señor en mi lugar
empeñado por gastar

el tafetán del sombrero.

D. MART. A vuestros pies generosos,
gallardas señoras, llega
un caballero navarro
que, con furiosa tormenta
arrojado de la mar,
toma en vuestro cielo tierra,
enjugando en vuestro sol
el agua de su inclemencia.

LEONARDA. Lástima me ha dado el veros.
¿Quién sois?

D. MART. Si me dais licencia,
la historia de mis fortunas
os dará bastantes nuevas.

LOPE. ¿Ahora cuentas historias?

LEONARDA. Decid, que de vuestras penas
ya la tenemos las dos.

CLAVELA. (Buen talle.

LEONARDA. ¡Gentil presencia!)

D. MART. Es mi nombre Federico,
no muy propio, que quien deja
la patria, tal vez también
el nombre con la nobleza.
Huyendo mil enemigos
con una justa defensa
de mi honor, fié del mar
los peligros de la tierra.
Que en la plaza de la mía
salí una tarde a las fiestas
que por los Reyes de España
su regimiento celebra.
Salí galán de colores
y plumas, en que pudieran
mirarse mis esperanzas
cuando daba el viento en ellas.
Prosigo en contar mi historia
sólo porque os miro atentas,
que obliga mucho a quien habla
ver que le escuchan sin pena.
Salí en un caballo bayo,
pintado de manchas negras,
que entre algunas ruedas pardas
formaba arábigas letras.
De cintas de verde y nácar
llevaba las crines presas
por los rizos, que las galas
animan hasta las bestias.
Tan lozano iba el caballo
donde una dama me espera,
que parece que sabía
cuál era de aquellas rejas.
Pero él y yo, que fué dicha,
tropezando en unas piedras,
a un tiempo a la dama hicimos
cortesía y reverencia.
"¡Dios te guarde!" dijo, y luego
dos claveles con tal fuerza
me tira, que, como habló,
pensé que los labios eran.
Agradeciendo el favor,
veo que la envidia atenta
de un caballero que andaba
con mi amor en competencia,
al camino me salía
como salteador que intenta
al caminante, seguro,
quitar la vida y hacienda.
Era galán y entendido,
aunque de poca prudencia,
grave desdicha de un hombre
tener ingenio sin ella.
Vió el favor, vió los claveles
y vió que la primavera
me tenía por su abril
y que de sus manos eran.
Yo tuve toda la tarde
tal brío y dicha en las fiestas,
que pudiera, sin claveles,
darle igual envidia en ellas,
porque en los toros de España,
fiestas que allá se profesan,
ya con el rejón pintado,
ya con la espada sangrienta,
hice suertes de mil suertes,
de suerte que, en una de ellas,
por el arrugado cuello
le dividí la cabeza.
Llegó la noche a mi sol,
sucediendo las tinieblas
al partirse de la plaza,
que toda sintió su ausencia.
Ya las estrellas salían
cuando las suyas, más bellas,
encubrieron a mis ojos
la luz que siempre desean.
Salí para desnudarme
y volver a ver sus puertas,
y aunque fuese a media noche
rogar al sol que amanezca.
Los claveles me animaban,
que, en fin, como flores eran,
para esperar el rocio
miraban también sus rejas.
Allí los dos fuimos Argos,

mas con esta diferencia:
que yo tuve los cuidados
y ella tuvo las estrellas.
Mas primero que pudiesen
mis desvelos merecellas,
veo el hidalgo celoso
de mi dicha, sombra incierta.
Capa de color con oro,
plumas de arrogancia llenas,
que, a no haber aire en el mundo,
su presunción se le diera.
Sonando un broquel al lado,
cosa que el honor condena,
que hablar antes que la espada
pone en el valor sospecha.
No venía sin criados...
Pero es relación muy necia
referir cuestión a damas
ni en favor propio pendencias.
El murió, yo me ausenté,
y, en una nave francesa,
mis esperanzas, mi amor
y yo corrimos tormenta.
Que las desdichas a veces
aún no es bien que lo padezcan;
como necedades son,
que por una mil se engendran.
En medio del mar me vi,
rotas las jarcias y velas,
entre suspiros y voces
pidiendo al Cielo clemencia,
donde llegaba la nave,
de suerte, que bien pudiera
asirme de sus aldabas
a tener visibles puertas.
Mas con esta confusión
dió un golpe de mar con ella
de aquesta tierra en la playa
y, hecha granada, en su arena.
Salimos este hombre y yo
a la dichosa ribera
que de vuestra quinta y casa
besa la famosa cerca;
hallamos esta aldeana
que hasta la presencia vuestra
nos ha traído, en que ya
ningún mal se nos acuerda
con la dicha del mirar
que entre ángeles vida tenga
quien la tuvo por (1) perdida
entre sirenas y peñas.

LEONARDA. Por cierto, español, que mueve
a compasión y dolor
tanto mal, si bien a Amor
no menos pena se debe.
¡Gracias al Cielo que estáis
donde aliviarla podéis!

CLAVELA. Razón es que descanséis
para que después sepáis
al puerto que habéis venido.—
Lleva, Silvia, a este español.

D. MART. Quien se enjugaba a tal sol
ya tuvo puesto en olvido
todo descanso y regalo.

SILVIA. Vamos, español cortés,
que tiempo tendréis después.

D. MART. Mi bien a mi mal igualo.

SILVIA. Parece que os inclináis
a la Condesa.

D. MART. ¡Cualquiera!
Es un ángel, a quien diera
mil almas.

SILVIA. ¡Qué tierno habláis!
Y ¿qué os parece de mí?

D. MART. Que sois de esta causa efeto.

SILVIA. No me habléis a lo discreto.

D. MART. Una estrella miro en ti.

LOPE. (1) ¿Quieres oír dos razones
antes que entres?

D. MART. ¿Qué me quieres?

LOPE. (Dime: ¿eres bronce, o quién eres,
que a tales tiempos te pones
a historias y disparates?

D. MART. Es menester que te avises
de la prudencia de Ulises
y sus discursos retrates.

LOPE. ¿Otra historia sin comer
y llenos de agua?

D. MART. El camino
facilita al peregrino
el hablar y el responder
con gracia y con humildad.

LOPE. Bien de Ulises aprendiste
las mentiras que dijiste.)

SILVIA. Ea, españoles, entrad,
que luego os quieren hacer
una visita mis amas.

LOPE. (Como a enfermos, en las camas
nos quieren venir a ver.

D. MART. ¡Qué hermosa mujer Leonarda!

(1) Así este verso en el ms. El impreso dice "q. ya la tuvo p."

(1) Así en el ms. El impreso dice, por error, "SILVIA".

LOPE. Más que la dama fingida.
D. MART. No he visto en toda mi vida,
Lope, mujer tan gallarda.)
SILVIA. Entrad, pues, que ya me enojo.
D. MART. ¡Qué mujer!
SILVIA. ¡Lindo gobierno!
LOPE. No me espanto que estés tierno,
como has estado en remojo.

(Vanse, y salen tres bandoleros: FURIO, RUTILIO CAMILO, *con pistolas, y* DON FÉLIX.)

FURIO.

Acabe de sacar ese dinero.

DON FÉLIX.

¿A un hombre que del mar salió nadando
dinero le pedís?

RUTILIO.

Dineros quiero.

CAMILO.

Poco a poco se vaya desnudando.

DON FÉLIX.

No fué con mi desdicha el mar tan fiero
ni sus soberbios huracanes cuando
me vieron trasladar a las estrellas
y mi nave miré figura en ellas.
Si me hallasteis mirando la ribera,
no bien enjuto al sol, ni bien con habla
y a mi lado no más por compañera,
sobre la arena, una piadosa tabla,
¿qué plata, qué oro vuestro engaño espera?
Pues cuando rompe, quiebra y desentabla
el mar una perdida nave, el oro
pierde el valor en el mayor tesoro.
El que saqué del agua fué la vida.
Si la queréis quitar, no se defiende,
que está de sus desdichas ofendida
tanto, que de la muerte no se ofende.

RUTILIO.

Atale en ese robre y di que pida
favor al Cielo si piedad pretende,
y servirá de blanco a nuestros tiros.

DON FÉLIX.

El Cielo abrirá puerta a mis suspiros.

(Entre el CONDE *y sus* CRIADOS.)

ROSELO.

Aquí suenan las voces.

FLORO.

Aquí he visto
gente que me parece sospechosa.

CONDE.

Matar quieren a un hombre por roballe.—
¿Qué es esto, amigos?

RUTILIO.

¡Vive Dios, Camilo,
que es éste el Conde!

CAMILO.

Pues mudad estilo,
que no he de ser traidor, aunque agraviado.

RUTILIO.

Huyamos a la mar.

FURIO.

Dejadle atado.

CONDE.

Caballero, ¿qué es esto?

DON FÉLIX.

Mi fortuna
que me ha puesto, señor, atado a un roble.

CONDE.

(El hombre es español.

FLORO.

Parece noble.)

CONDE.

No os aflijáis. Yo soy el conde Aurelio,
señor de aquesta tierra.

DON FÉLIX.

A la que pisan
vuestros pies, gran señor, pongo la boca,
si bien no sé la que es la que yo piso.

CONDE.

Bretaña es esta parte de la Francia.
Báñala el río Ligeri; divídese
en baja y alta. La alta, en el Océano,
más se acerca al canal de Ingalaterra.
Entre las dos ciudades Rens y Nantes
tengo mi tierra yo, si bien más gusto
de vivir los lugares de este puerto.
Y vos ¿quién sois? ¿Qué caso de fortuna
os arrojó del mar a nuestra tierra?

DON FÉLIX.

Si me dais atención, oiréis la historia,
aunque vuelva a matarme la memoria.

Ilustre honor de Bretaña,
generoso conde Aurelio,
cuya fama de este polo
vuela veloz al opuesto.
Yo soy Beltrán de Veamonte,
un navarro caballero
que tuvo origen en Francia
y en España padre y deudos.
Criéme en los ejercicios
de los nobles, al ejemplo
del Condestable, mi tio,
Marte y honor (1) de aquel reino.
En la verde primavera
de mis años, cuando el tiempo
pasa veloz por los días
y por las noches sin sueño,
puse los honestos ojos,
puse los castos deseos
en un ángel de hermosura
y una condición de hielo.
Servíla como quien tiene
padres; pero no por esto
(que nunca falta a quien ama,
falté al honor que profeso.
Trajo el amor muchos días
dudosos mis pensamientos
de que fuesen admitidos
por el valor del sujeto,
porque si yo la miraba,
aunque siempre con recelo,
todo el jardín de su rostro
era claveles honestos.
Y si acaso la decía,
atrevido, algún requiebro,
los jazmines de las manos
se transformaban en ellos.
Díjome Amor que escribiese:
consulté mi atrevimiento,
y aunque le hablé tan cobarde,
venció la esperanza el miedo.
En esta guerra de amor,
donde alistaba tormentos
por conquistar su hermosura,
defendida de su pecho
por montañas de imposibles,
fuí gigante de su cielo,
fulminado de sus ojos
y junto a su sol deshecho.
Y con ser mi triste estado
tan triste, que sin remedio
iba perdiendo la vida,
dieron mis desdichas celos.
Caso extraño que envidiase
mis desdenes un mancebo
noble y rico y no dichoso,
gentil hombre y no discreto.
Dió en mirar mis propios ojos;
pero así fuera más cierto
como hubiera para todos
rayos, cometas y fuegos,
no puso sus esperanzas
con mi dama en mejor puesto:
sus servicios sí, que un rico
viste del oro el deseo.
En medio de esta conquista,
donde jamás hubo medio,
sufriendo mis celos yo
por menos rico, más cuerdo.
Mantener una sortija
quiso gallardo en efeto
el dia que años cumplía
quien de los dos era dueño.
Salió galán, de leonado,
pajizo y blanco, vistiendo
los criados de lo mismo,
como suele prado ameno
formar naturales cuadros
de mil campanillas hechos,
donde es la hierba la tela
y el dibujo el desconcierto.
Iba lozano el caballo
con los mismos paramentos,
hecho un Pegaso de plumas,
pisando en la tierra el viento.
Por padrino, la Esperanza,
que llevaba entre unos fuegos
un fénix con esta letra:
"Vivo en lo mismo que muero."
Salí yo después de muchos,
bordadas en blanco y negro
las cadenas de Navarra;
la letra fué mi silencio.
Corrí tres lanzas; gané
al mantenedor un premio;
dile a la dama en sus ojos,
y fué tan grosero y necio,
que derribó con la lanza
la joya desde su cielo
al suelo, en que vino a estar
herido o muerto tan presto.
Contarte la confusión
de espadas, voces y deudos,

(1) El original dice "Amor".

era cansarte. Salí
con vida de ellas y de ellos.
Busqué un amigo del alma,
porque ya sin alma vengo,
que pienso que le he perdido
y el mar le tiene en su centro,
y en un navío bretón
que se hizo a la vela luego,
salí por San Sebastián
de aquel peligro y del reino.
Mas como suele el traidor,
en la paz y en el sosiego,
ejecutar lo que tuvo
oculto en el pensamiento,
así el mar, tranquilo y manso,
y en medio el golfo sereno,
se nos comenzó a mostrar
furioso, airado y soberbio.
Suenan las tirantes jarcias,
y en el mismo instante dentro
la confusión de una cárcel
cuando se visitan presos.
Allí las velas amainan;
allí, turbados y ciegos,
alargan al mar las cajas,
cuerdas de un loco instrumento.
Por la amarra de babor,
en este confuso estruendo,
vino una ola soberbia
que dió conmigo en el suelo.
Estremécense las ondas,
y todo el salado reino
parece un monte de espumas,
como cuando nieva el cielo.
En él pensé que me vía;
pero en el mismo momento
temí que la abierta nave
se estrellaba en el infierno.
Finalmente, abierta y rota,
llorando al amigo muerto,
haciendo velas los brazos
entre las ondas navego.
Llego a la orilla sin alma,
a la tierra doy mil besos;
camino a buscar poblado,
doy en estos bandoleros,
átanme para matarme
y llegáis vos, a quien debo
la vida, que a vuestros pies,
para serviros, ofrezco.

CONDE. Admiración me ha causado
el discurso que habéis hecho,
y hame enternecido el pecho
vuestra desdicha y cuidado.
Descansaréis en mi casa,
y si en ella estar queréis
entre tanto que sabéis
lo que en vuestra tierra pasa,
tendréis un amigo en mí.

D. FÉLIX. Tendré, si vos sois servido,
un señor. Con esto os pido,
Conde, que os sirváis de mí,
ya en regir vuestros caballos,
ya para vuestros papeles.

CONDE. ¿Floro?

FLORO. ¿Señor?

CONDE. Pues tú sueles
discurrir por los vasallos
y hacerme falta en la pluma,
Beltrán te podrá ayudar.

FLORO. Beltrán me podrá enseñar.

D. FÉLIX. No quiera Dios que presuma
más que de sólo serviros.

CONDE. Vamos, que anochece ya.

D. FÉLIX. ¡Cielos, llevad donde está
don Martín estos suspiros!

(Vanse, y entran CLAVELA *y* LEONARDA.*)*

CLAVELA. En extremada locura
ha dado tu pensamiento.

LEONARDA. Yo tuve su atrevimiento
de Federico a ventura,
que cuando estaba segura
de que mi amor conocía,
me dijo temblando un día:
"¡Leonarda, por vos me muero!"

CLAVELA. En fin, ¿le quieres?

LEONARDA. No quiero
mayor bien, Clavela mía.

CLAVELA. ¿Por ser hombre que llegó
por modo extraño, y de suerte
que parece que la muerte
a tus puertas le arrojó?

LEONARDA. No soy tan culpada yo
si en sus méritos reparas.

CLAVELA. Son sus virtudes tan raras,
que cuando no le quisieras...

LEONARDA. Di lo demás.

CLAVELA. Le ofendieras.

LEONARDA. Mejor dijeras le amaras.

CLAVELA. Yo, ¿por qué?

LEONARDA. Celos me has dado.

(*Salen* SILVIA *y* LOPE.)

SILVIA. Déjame llorar.
LOPE. No quiero,
porque cualquiera puchero
al alma imprime un traslado.
SILVIA. Aquí, señora, ha llegado
gente del Conde por ti.
LEONARDA. ¿Qué dices, Silvia?
SILVIA. Que aquí
está, señora, tu gente.
CLAVELA. (Celos, haced que se ausente
porque no me mate a mí.)
LEONARDA. ¿Fabio?
LOPE. ¿Señora?
LEONARDA. ¿Ha sabido
Federico mi partida?
LOPE. Allí le dejo sin vida,
sobre las flores tendido.
LEONARDA. Llámale.
LOPE. Voy.
LEONARDA. Yo he perdido
la vida.
CLAVELA. (Yo la he ganado.)
SILVIA. (Yo tendré menos cuidado
con la ausencia de los dos,
que amo a Federico. ¡Ay, Dios!
¡Qué locura me ha tomado!)

(*Salen* LOPE *y* DON MARTÍN.)

D. MART. Despedido de la vida,
con las penas de mi muerte,
vengo como en sombra a verte,
dulce del alma homicida.
A tu forzosa partida
no puedo yo replicar;
puedo morir y callar.
LEONARDA. Oyeme aparte.
CLAVELA. (Sus celos
me matan.)
SILVIA. (¿Qué es esto, Cielos,
que me abrasa el verle hablar?)
LOPE. (Que la mar me traiga a mí
a querer una villana
que me dijo esta mañana:
"¡Demonio, vete de aquí!"
Amor, ¿qué será de mí?)
LEONARDA. (Este remedio he pensado.
D. MART. Pues yo estaré disfrazado
en hábito labrador,
confiado que tu amor
tendrá de mi amor cuidado.
LEONARDA. Diré a mi padre que quiero
que se cultive el jardín
de palacio, porque, en fin,
no me agrada el jardinero,
y que de España el primero
está en Francia, y está aquí.
Con esto enviaré por ti
y tú en mi casa estarás.
¿Puedo yo hacer por ti más?
Mas ¡ay, Amor! que es por mí.)
D. MART. A tantas obligaciones,
¿qué puedo yo responder?
Pues almas habían de ser
las letras de las razones.
Mil en el rostro me pones.
LEONARDA. Pues de labrador te viste.)
CLAVELA. (Quien ama qué mal resiste
cualquiera ocasión de celos.)
LEONARDA. Voime. Guárdente los Cielos.
D. MART. ¿Cómo, si se van? ¡Ay, triste!
CLAVELA. Adiós, Federico amigo.
LEONARDA. Calla, que allá le verás.

(*Vanse las dos.*)

SILVIA. Ya, en efeto, solo estás,
y, aunque no quieras, conmigo.
D. MART. Perdona, Silvia, que sigo
mi sol.

(*Vase.*)

LOPE. Ya sola has quedado.
SILVIA. Perdona, Fabio, que he dado
en seguir también mi sol;
que me lleva este español
la vida que me ha quitado.
LOPE. No seas necia, detente.
SILVIA. ¿Tú me quieres detener
con esa cara, que es ver
un tigre convaleciente?
LOPE. Escucha, ninfa de fuente;
no corras, detén la pata.
SILVIA. Perdona si Amor te mata,
y el ir tras quien voy me abone.

[(*Vase.*)]

LOPE. Si alguien me quiere, perdone;
que me voy tras esta ingrata.

ACTO SEGUNDO

de la *Amistad y Obligación.*

(*Salen* Don Félix *y* Clavela.)

Clavela. Tengo a dicha haberte hallado
tan cortesano y discreto.

D. Félix. Cuando hubiera en mi sujeto
partes de que me has honrado.
Tal estoy de mis fortunas,
si a la verdad me provocas,
que hubieran quedado pocas
y para mi muerte algunas.
Que tener entendimiento
en desventuras iguales,
hace mayores los males,
porque aumenta el sentimiento.

Clavela. Después que del mar venimos
Leonarda, mi prima, y yo,
de la tristeza en que dió
no menos que cuando fuimos,
y la que no falta en mí,
por un imposible necio,
con la que vida desprecio,
hallamos consuelo en ti.
Sin esto, la estimación
en que el Conde te ha tenido,
y justamente ha crecido
nuestro amor, y tu opinión
como a oráculo, Beltrán,
te consultamos las dos.

D. Félix. Todas son cosas, por Dios,
que mayor pena me dan.
Mas, ¿qué quieres preguntarme?

Clavela. Dime: si quisiese bien
un imposible, de quien
jamás pudiese olvidarme,
¿qué remedio hallar podría
para no sentir mi daño?

D. Félix. No bastando el desengaño,
por buen consejo tendría
aplicar la voluntad
a otra cosa diferente.

Clavela. Fingir lo que no se siente
es mucha dificultad.

D. Félix. Mira, Clavela; tratando
una cosa, aunque no sea
lo que se ama y se desea,
vase una amistad formando.
De esta amistad, con los días,
se va engendrando el amor,
y del ajeno rigor
se templan las fantasías.

Clavela. ¿Quieres tú bien?

D. Félix. Sí, señora.

Clavela. ¿Quiérente a ti?

D. Félix. Ni aun lo sabe
la causa.

Clavela. ¿Es treta?

D. Félix. Es tan grave,
que el pensamiento lo ignora.

Clavela. ¿Por qué ese mismo consejo
no has tomado para ti?

D. Félix. Porque nunca para mí
con mi ingenio me aconsejo.

Clavela. Haz cuenta que te le das.
Quiere en otra parte bien.

D. Félix. Para fingir, no sé a quién.

Clavela. A mí, que también lo estoy
de un ausente enamorada.
Y entretengamos los dos
nuestra pena.

D. Félix. ¡Bien, por Dios!
Mas tú no has de ser amada
de burlas.

Clavela. Ni tú tampoco.
Mas, ¿qué se pierde en querer
nuestra pena entretener?

D. Félix. Fuera descortés, y aun loco,
si de veras no te amara;
pero, pues los dos queremos,
en otra parte probemos
a ver, Clavela, en qué para
este amor o esta amistad,
si della se engendra amor.

Clavela. Por lo menos es mejor
engañar la voluntad.
Leonarda es ésta; no quiero
que me vea hablar contigo.

(*Vase.*)

D. Félix. Adiós. ¡Qué necio testigo
tuviera el mal de que muero!
¡Ay, Leonarda! Desde el día
que venir del mar te vi
fuistes mayor para mí
que aquel en que (1) me perdía.
Yo he de morir y callar,
pues no diciendo quien soy
en bajo lugar estoy
para poderla igualar.
Ya vuelve. ¡Qué divertida

(1) En ambos textos "aunque".

estuvo viendo un papel!
¡Ay, Dios; si leyera en él
los discursos de mi vida!

(Entra Leonarda.)

Leonarda.

Beltrán, ¿aquí tan sólo?

Don Félix.

La soledad al triste es compañía.
No la hay de polo a polo
para mí de más gusto y alegría
después de mis fortunas.

Leonarda.

Ya de tus versos he entendido algunas.
Grande afición me debes.

Don Félix.

Beso tus pies mil veces.

Leonarda.

Quiero darte
un papel que me lleves,
mira lo que te estimo, a cierta parte.

Don Félix.

Justamente confías
tus pensamientos de las prendas mías.
Hombre soy bien nacido.

Leonarda.

Bien se conoce en ti, y el confiarme
por esa causa ha sido:
que no he querido a nadie declararme
de cuantos tiene el Conde.

Don Félix.

A mi deseo tu favor responde.

Leonarda.

Un labrador que vive
la quinta de Belflor de este secreto
es dueño, y a él se escribe.

Don Félix.

Llevársela, señora, te prometo.
¿El nombre?

Leonarda.

Federico.

Don Félix.

Ya las espuelas al caballo aplico.

Leonarda.

Pues parte, que me importa
la vida este papel, y vuelve presto,
pues la jornada es corta.

Don Félix.

A tu servicio el corazón dispuesto,
al viento haré cobarde.

Leonarda.

No lo sepa mi padre.

(Vase Leonarda.)

Don Félix.

¡Dios te guarde!
¿Qué es esto, Amor? ¿Qué intentas,
si quiere bien Leonarda a quien escribe?
Mas, ¿por qué me atormentas,
cuando de ti tan descuidada vive,
con celos y desvelos?
Mas, ¿cómo puede haber amor sin celos?
La carta no parece
que tiene dentro alguna: mas si puedo
abrirla, ¿quién me ofrece
duda a mis celos, a mis penas miedo?
¿Es diamante, por dicha,
que no puede romperle mi desdicha?
Mas quien se ha confiado
de un hombre como yo no ha merecido
trato tan mal pensado.
Perdona, Amor, que quiero más perdido,
tu esperanza perdida,
que no faltar a la lealtad debida.

(Vase, y sale Don Martín, *de villano, y* Silvia.)

Silvia. En fin, te burlas de mí,
pudiendo tenerme amor,
después que eres labrador.
D. Mart. ¿Yo, mi Silvia?
Silvia. Ingrato, sí.
Cuando fuiste caballero
bien fuera que te burlaras:
pero ahora, ¿en qué reparas,
con hábito tan grosero?
D. Mart. ¿Pues muda el hábito al hombre?
Silvia. ¿Eso ignoras?
D. Mart. Eso ignoro.
Silvia. La seda, la tela, el oro,
mudan el hombre y el nombre.
Pone el título el dosel,
muestras de que es otro ya,
y el que en el Consejo está
la ropa, que es honra en él.
Así todos los estados:
y si a las mujeres miras,
verás disfrazar mentiras
entre vestidos bordados.

No hay hermosura sin galas;
que para poder lucir,
aun es menester vestir
las paredes de las salas.

D. MART. Silvia: Fabio, mi criado
y mi amigo y compañero,
te quiere bien; yo no quiero
darle con celos cuidado.
Que yo caballero sea
y que tú me quieras bien
no puede estar bien a quien
defender su honor desea.
Con esta resolución
ya entiendes tu desvarío.

SILVIA. ¡Plegue a Dios, ingrato mío...

D. MART. Quedito, si es maldición.

SILVIA. ...que quieras y no te quieran
y que de celos te maten,
que con engaño te traten
y otro en tu ausencia prefieran!
Que te encarezca tu dama
gracias del competidor;
tengas a una necia amor,
que es gran desdicha en quien ama.
¡Plegue a Dios que cuendo vengas
de cazar o de pescar
no halles cosa que cenar!
¡Plegue a Dios que un pleito tengas
y los solicitadores
del contrario, con malicia,
te confundan la justicia,
vocingleros y habladores!
¡Plegue a Dios...!

D. MART. Silvia, no más;
que tras esa maldición
ya las demás no lo son.

SILVIA. Pues ya que tan firme estás,
entretén el amor mío,
siquiera con engañarme.

D. MART. ¿Qué haré yo, sino obligarme
a seguir tu desvarío?

SILVIA. ¿No tienes dos manos?

D. MART. Sí.

SILVIA. ¿Es mucho que una me des,
pues tienes dos?

D. MART. ¿Y después?

(*Entra* LOPE.)

LOPE. ¡Oigan, lo que pasa aquí!

SILVIA. ¿Piensas que me he de quedar
con ella?

D. MART. Yo no querría. (1)

SILVIA. Siempre mi sombra has de ser.

LOPE. ¿Yo, Silvia?

SILVIA. Para no verte
me voy.

(*Vase.*)

LOPE. Y por no ofenderte,
Silvia, no te quiero ver.

D. MART. Déjala, Lope, y hablemos
de esta ausencia y de esta vida.

LOPE. Si la tienes por perdida,
de su remedio tratemos.
Si la tienes por ganada,
sufre, señor don Martín,
tu fortuna hasta su fin.

D. MART. Siento el ver tan olvidada
a Leonarda de que estoy
en este traje esperando
verla.

LOPE. A quien espera amando
jamás consejo le doy,
fuera de tener paciencia.

D. MART. Esa a mí no me faltara
si don Félix me dejara
vivir sin llorar su ausencia.

LOPE. ¿Qué ausencia, señor, si ya
murió don Félix?

D. MART. No digas
que es muerto, porque me obligas
a matarme si él lo está.

LOPE. En la confusión, señor,
de aquella tormenta fiera,
me dijo: "Aunque yo pudiera
librarme, me manda Amor
que a saber si muere espere
don Martín, para morir
con él, que no he de vivir
si en esta tormenta muere."
Con esto, entre los pilotos,
siempre los ojos en ti,
se puso, y después le vi
entre los árboles rotos.

D. MART. ¡Ay, mi verdadero amigo!
¿Qué amor es éste? ¿Es traición,
que me lleva la afición,
Félix, de morir contigo?
¡Ay, Leonarda! ¡Si supieses
lo que me debes aquí,

(1) Faltan dos versos a esta redondilla, y para el sentido sobran los dos que hay, que será lo más cierto.

cómo pienso que de mí
otra memoria tuvieses!
¡Ojos que a Félix tenéis
por muerto en el mar, llorad
otro mar, si la amistad
que le debéis conocéis!

(*Sale* SILVIA.)

SILVIA. ¿Está Federico aquí?
LOPE. Aquí estoy yo.
SILVIA. ¡Buena lanza!
Mira que viene a buscarte
un criado de Leonarda.
D. MART. (No pudiera otro consuelo
detenerme en pena tanta
para no perder la vida.)
SILVIA. Yo voy por él.
LOPE. No te vayas
sin que mis penas te digan.
Silvia cruel, dos palabras.

(*Vase* SILVIA, *y sale* DON FÉLIX.)

SILVIA. Déjame, necio.
D. FÉLIX. (Aquí dicen
que está Federico.)
D. MART. (El alma
se me ha turbado.)
D. FÉLIX. (Si es éste
del gabán tosco y polainas...)
¿Sois Federico?
D. MART. Yo soy.
D. FÉLIX. Esta carta de Leonarda,
mi señora, vengo a daros.
D. MART. Mostrad.
D. FÉLIX. ¡Jesús!
D. MART. ¡Cosa extraña!
¡Si es visión!
LOPE. ¡Si es sombra!
D. FÉLIX. ¡Ay, Cielos!
D. MART. ¿Lope?
LOPE. ¿Señor?
D. MART. ¡Quién pensara
tal yerro en naturaleza!
LOPE. Pues ¿qué piensas?
D. MART. Que retratan
su imaginación los ojos
y que esta sombra me engaña.
LOPE. Antes presumo que es él,
en que te mira y no habla.
D. MART. ¿Es don Félix?
D. FÉLIX. ¿Es por dicha
don Martín?
D. MART. Yo soy. ¿Qué aguardas,
movimiento de mi vida,
en dar a este cuerpo el alma?
D. FÉLIX. Con temor te doy los brazos,
que para poner templanza
en este bien mi fortuna,
tengo una secreta causa.
¿Cómo estás aquí?
D. MART. Del mar
salimos sobre dos tablas
Lope y yo.
D. FÉLIX. No fué milagro
menor llegar yo a la playa.
LOPE. ¿No me dices nada?
D. FÉLIX. Lope,
mis brazos fieles (1) te aguardan
lo que te deben de amor.
LOPE. Con el mismo amor te pagan
los míos.
D. FÉLIX. En fin, servimos
hoy en una misma casa,
por gracia de la fortuna,
yo a su padre y tú a Leonarda;
pero si verdad te digo,
muero por ver esta carta
que me ha dado para ti,
a quien Federico llama.
D. MART. Fué nombre que yo mudé
por mi fortuna contraria.
LOPE. Y yo en el de Fabio el mío.
D. FÉLIX. Como las desdichas andan
las cifras, que yo también
hice la propia mudanza,
y allá me llamo Beltrán.
Mas mira que esta mañana
me llamó Leonarda y dijo
con encarecidas ansias
que aquesta carta te diese,
que mil cuidados me causa.
D. MART. Pues ábrela tú, ¿qué importa?
D. FÉLIX. Abriréla en confianza
de nuestra amistad.
D. MART. ¿Qué tienes?
D. FÉLIX. Está la mano alterada
de las riendas del caballo.
D. MART. ¿Tanto en leerla te tardas?
D. FÉLIX. ¿Su letra es ésta?

(1) Esta palabra, añadida en el ms.; porque en el impreso el verso era defectuoso.

D. MART. No he visto
su letra.
D. FÉLIX. (Ya tiembla el alma.)
(Lee la carta FÉLIX.*)*

"Como dejamos concertado, Federico mío, hablé al Conde, mi padre, y él tiene gusto de que venga a palacio el jardinero que le doy; éste has de ser tú. Disfrazado en labrador ven luego con ese criado, engañándole con tu discreción para que no te conozca, y no te detengas, que te aguardan mis brazos."

D. MART. No parece que has leído
con gusto.
D. FÉLIX. Pensando estaba
el peligro a que te pones.
D. MART. Yo solo no lo intentara;
pero ahora que te veo,
y estás en la misma casa,
¿qué puedo temer, don Félix?
D. FÉLIX. ¿Tanto quieres a Leonarda?
D. MART. Muero por ella, y aumenta
mi amor el ver que me paga
con la fineza que ves.
D. FÉLIX. (¡Obligaciones honradas, *(Aparte.)*
dad silencio a mis desdichas
y no repliquéis palabra!)
Ahora bien, vamos de aquí.
D. MART. Vamos, que mis esperanzas
caminarán viento en popa,
pues llevan ángel de guarda.—
Tú, Lope, quédate aquí,
que no será bien que vayas
hasta que Leonarda quiera.
D. FÉLIX. ¡Quién, Cielos, imaginara
tal desdicha en tanto amor!
D. MART. ¡Triste estás!
D. FÉLIX. Tu amor lo causa.
D. MART. Que no hay peligro contigo.
D. FÉLIX. Hallé el alma que buscaba,
y que lo es de aqueste cuerpo,
y, hallándola, pierdo el alma.

(Vanse los dos, y entra SILVIA.*)*

SILVIA ¿Adónde, Fabio, se van
Federico y el criado
del Conde?
LOPE. Pues ¿qué cuidado,
Silvia, esas cosas te dan?
Llévale a ser jardinero
de Leonarda.
SILVIA. ¿De Leonarda?
LOPE. Sí, que Leonarda le aguarda.
SILVIA. Que me engañas decir quiero;
no me agrada la invención.
LOPE. Malicias no han de faltar;
pero pues ya no hay lugar
de ejecutar tu afición,
pon esos ojos en mí,
pues ves mis merecimientos.
SILVIA. No querrán mis pensamientos
bajar desde el cielo a ti.
LOPE. ¿Qué me falta para ser
más galán que Federico,
si gracias al talle aplico,
y eres bronce y no mujer?
Esta cara, este semblante
magnífico y generoso;
este pelo guedejoso,
ojo pícaro, brillante;
esta nariz dulce y sola
por quien diera, y verlo espero,
un brazo cualquier logrero
aunque empeñara la cola;
esta barba de bienquisto,
no barba de dar consejos,
ni con soto de conejos,
como algunas que yo he visto,
ni como otras tan marchitas
que así en la espesura exceden,
que en su Monserrate pueden
hacer las liendres ermitas.
No con peludos bigotes
aforrados por debajo
de otro bigote más bajo;
bocas de caras de botas
que las visten de silicio
porque hagan penitencia
sus damas, aunque su ausencia
piensan hacerle servicio.
Esta pierna natural,
sin naguas de pantorrillas;
esta espalda sin costillas
de laúd de Portugal,
¿no son prendas que en rigor
merecen que solicite
tu afición, alma en confite,
mi desesperado amor?
¿Qué respondes?
SILVIA. Federico
me lleva el alma. Ya estoy
sin alma.
LOPE. ¿Y te vas?
SILVIA. Me voy.

LOPE. ¡Oye!
SILVIA. ¡Tente!
LOPE. ¿Ni tantico?
SILVIA. Ni tantico.
LOPE. ¡Qué rigor!
SILVIA. Pues tome esta bofetada.
LOPE. ¡Ay!
SILVIA. ¿Qué fué?
LOPE. Media quijada.
SILVIA. Calla, bobo, que es favor.

(Vanse, y salen CLAVELA *y* LEONARDA, *cada una por diferente parte.)*

LEONARDA.

Enamorado está mi pensamiento
de sí mismo juzgándose empleado
en los mayores méritos que han dado
los Cielos a mortal merecimiento.
Ya vence mi temor mi atrevimiento,
que Amor de la disculpa confiado
está de no temer determinado
los accidentes si perderme intento.
¡Oh! Cuán süave cosa es la esperanza
de un bien de amor que la sustenta firme
en tanto que el dichoso efecto alcanza!
Bien puede la fortuna perseguirme,
que harán los Cielos de su ser mudanza
primero que yo pueda arrepentirme.

CLAVELA.

Pensamiento de amor mal empleado,
adonde conducís mis desatinos
en la tierra por ásperos caminos
y en el cielo (1) por temple siempre helado.
El pájaro celeste descansado
yace en verdes laureles o altos pinos;
vosotros, por los aires, peregrinos,
no halláis descanso a mi mortal cuidado.
Quéjase en la prisión de su enemigo
el cautivo de Argel, a quien parezco,
el triste, el preso, el pobre al noble amigo.
Yo sola, en tanto mal como padezco,
no me puedo quejar si no es conmigo;
no puedo remediarme, y enmudezco.

LEONARDA. ¿Clavela?
CLAVELA. ¿Prima Leonarda?
LEONARDA. ¿Quejábaste?
CLAVELA. ¿Yo? ¿De quién?
LEONARDA. Pues yo me quejo del bien,
porque es mal mientras se tarda.
CLAVELA. Quien a Federico aguarda,
¿de qué se puede quejar?
LEONARDA. De que se puede tardar
por algún vario accidente,
que, aunque es bien, es bien ausente
y hay peligro hasta llegar.
Hay peligro y hay temor
en la justicia, tal vez,
de que revoque el jüez
una sentencia en favor;
en el amigo mayor
que informe a un príncipe sabio
para haceros un agravio
y para caer en mengua
desde el concepto a la lengua
y desde la mano al labio.
CLAVELA. Sólo el tener esperanza
sustenta al pobre cautivo;
al enfermo mientras, vivo,
piensa que salud alcanza;
al pleito, la confianza
de la ley y el buen gobierno,
y es su amor tan dulce y tierno,
que, por no la destemplar, (1)
jamás la han dejado entrar
en las penas del infierno.
Ten esperanza segura,
pues Federico vendrá
y la vida te dará
(quien la muerte me procura).
LEONARDA. ¿Qué dices?
CLAVELA. Que fué ventura
hallar invención tu amor,
que en traje de labrador
le tendrás aquí seguro.
LEONARDA. No mucho, que al fin procuro
guardar respeto a mi honor.

(Entran DON FÉLIX *y* DON MARTÍN.)

D. FÉLIX. Aquí, mi señora, está.
LEONARDA. ¿Es Federico?
D. FÉLIX. (Y quien es
mi muerte.)
D. MART. Aquí tienes, pues,
quien juntas cultivará (2)
flores y esperanzas.

(1) Quizá deba leerse "y en el aire". Las palabras "y en el cielo" son del ms.; porque el impreso, por errata, decía "y en la tierra".

(1) Este verso según el ms. El impreso dice "que para no la templar".
(2) Falta un verso después de éste o antes.

CLAVELA. (Cielos,
si no pueden estos hielos
templar mi amor, ¿qué aguardáis?)
D. FÉLIX. (¿Para qué vida me dais,
necio Amor, en tantos celos?)
LEONARDA. ¿Es posible que te ven
mis ojos?
D. MART. Mi luz, los míos
en tu ausencia fueron ríos.
CLAVELA. (¿Quieres que hablemos también?
D. FÉLIX. Ya sabes que quiero bien.
CLAVELA. Y tú sabes lo que quiero.
D. FÉLIX. Pues ¿cómo en rigor tan fiero
nos podemos engañar?
CLAVELA. Pues ¿qué se pierde en probar,
pues ningún remedio espero?
D. FÉLIX. Mucho te quiero yo a ti.
CLAVELA. Y yo a ti.
D. FÉLIX. ¡Qué necio va!
CLAVELA. Como no sale de acá,
no me suena a mí.
D. FÉLIX. Ni a mí.
CLAVELA. No está mil leguas de aquí
lo que yo quiero.
D. FÉLIX. Y yo veo
algo del bien que deseo.
CLAVELA. ¿Quieres a Leonarda?
D. FÉLIX. No.
¿Y tú a Federico?
CLAVELA. ¿Yo?
No lo creas.
D. FÉLIX. No lo creo.
Dime otro requiebro.
CLAVELA. Digo
que te adoro.
D. FÉLIX. ¿Adónde miras,
si hablas conmigo, y suspiras?
CLAVELA. Suspiro y hablo contigo.
D. FÉLIX. O soy amante o testigo.
CLAVELA. Beltrán, con menos desvelos,
que no me has de pedir celos.
Y tú ahora, ¿a quién miraste?
D. FÉLIX. También tú te descuidaste.
CLAVELA. ¡Qué loco remedio, ay Cielos!)
D. MART. No tengo que desear
si aquí tengo de vivir.
D. FÉLIX. (¡Oh, qué mal puedo sufrir!)
CLAVELA. (¡Oh, qué mal puedo callar!)
LEONARDA. Seguro puedes estar
en el hábito que tienes.
D. FÉLIX. (Amor, a matarme vienes,
advierte mi obligación.)
CLAVELA. (Mi esperanza, sin razón
amor celoso entretienes.)

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. ¿Está el secretario aquí?
D. FÉLIX. ¿En qué te sirvo, señor?
LEONARDA. Y aquí está aquel labrador
que para el jardín te di.
D. MART. Confía, señor, de mí
que el jardín vuelva a su ser.
CONDE. Huélgome de conocer
hombre tan hábil y diestro.
D. MART. Presto verás cómo muestro
la habilidad y el cuidado.
CONDE. Beltrán, a mí me le ha dado
ahora un negocio nuestro.—
Dejadme con él aquí:
en tanto los cuadros mira.
LEONARDA. Vamos, prima.
CLAVELA. (El ver me admira
que se disimule así.)

(*Váyanse las dos, y haga* DON MARTÍN *que mira el jardín con un azadón, y diga el* CONDE *aparte a* DON FÉLIX:)

CONDE. Oye, Beltrán, que de ti
tengo mucho que fiar.
D. FÉLIX. Seguro puedes estar.
Pero ¿hase de estar allí
aquel hortelano?
CONDE. Sí,
que poco puede estorbar.

Partí en favor del duque Federico
a Alemania, Beltrán, ahora diez años,
de armas, vasallos y dinero rico;
así la inclinación ofrece engaños.
Carlos, a quien por su virtud me aplico,
amor de proprios y terror de extraños,
consiguió sobre el Albis la victoria,
digna de fama y de inmortal memoria.
Ya tú sabrás que allí pidió, postrado,
perdón al César, en el rostro herido,
y cómo fué de Carlos perdonado,
y vencedor de su piedad vencido,
quedando el de Sajonia castigado,
como de su valor Carlos temido:
que cuando el vencedor a gloria obliga,
más que las armas el perdón castiga.
Fuí preso de un navarro caballero
que con el Duque de Alba fué a la empresa,
el cual, mientras que fuí su prisionero,
me honró de su favor, su lado y mesa,

concertando la tasa del dinero,
Beltrán, como en la guerra se profesa.
Venimos a tratar de hijos y dicha,
que tuve por consuelo en mi desdicha.
El dijo que en Pamplona se criaba
un gallardo mancebo, único y solo,
que su casa y blasones heredaba
para su amor como en el cielo Apolo,
y yo le dije que en Bretaña estaba
una hija mia que de polo a polo,
la que es del alba y de la noche estrella,
no la miraba tan discreta y bella.
De suerte los loamos, finalmente,
que cuando mi rescate concertado
en darle yo mi hija al suyo ausente
con sucesión futura de mi estado,
quedó su casamiento solamente
con un anillo que le di firmado
y él otro a mí, que es este que en el dedo
por firma de su fe mostrarte puedo.
Yo, viendo, pues, que le tendré quejoso,
he tratado estos días con Leonarda
que venga a Francia su español esposo,
aunque el ser extranjero le acobarda.
Pero siendo, Beltrán, cumplir forzoso
la palabra que siempre el noble guarda,
con él se ha de casar, por más que intente,
si a mi gusto replica inobediente.
Esto te he dicho así para que luego
a Navarra le escribas una carta
en que sepa don Pedro que le ruego
que don Félix, en viéndola, se parta. (1)
ni que me muestro ingrato a su buen trato,
que pierde la nobleza el que es ingrato.

DON FÉLIX.

¿Don Pedro era, señor, el caballero
que en Alemania entonces fué soldado?

CONDE.

Don Pedro, digo.

DON FÉLIX.

El apellido espero.

CONDE.

De Peralta Beltrán y de Alvarado.

DON FÉLIX.

¿Y el hijo era don Félix?

CONDE.

También quiero
que escribas a don Félix mi cuidado,
que trayendo el anillo, será cierto
el fin del casamiento y del concierto.

DON FÉLIX.

Yo conozco a don Félix de Peralta.

CONDE.

¿Es gallardo, es galán, es entendido?

DON FÉLIX.

Bastantemente su opinión esmalta
las armas y el valor de su apellido.

CONDE.

Sólo el despacho al cumplimiento falta,
Beltrán, de lo que tengo prometido;
ya corre por tu cuenta.

(Vase.)

DON FÉLIX.

Está seguro
que tu servicio con lealtad procuro.
(¡Cielos! ¡Qué prueba es ésta de la mía!
Yo soy don Félix, a quien quiere el Conde
dar a Leonarda y por quien hoy envía.
¡Ay, necio Amor, tu sentimiento esconde!)
¿Oíste lo que el Conde me decía?
¿Qué dijo, don Martín? ¿Oyes? Responde

DON MARTÍN.

¿Qué puedo yo, don Félix, responderte
oyendo la sentencia de mi muerte?
Tú estás casado con Leonarda. Sea,
don Félix, para bien tanto mal mío.
Dile quién eres, dile que lo crea,
que yo le contaré mi desvarío;
y para que Leonarda no me vea
me apartaré de ti, cuyo desvío
será mayor fineza que el perdella,
puesto que sabes tú que adoro en ella.
Que no será razón que desconcierte
mi necio amor las bodas concertadas
entre el Conde y tu padre, de tal suerte,
que con pleito homenaje están juradas.
Dame esos brazos. Queda adiós, y advierte
que oirás nuevas de mí tan desdichadas,
que lo mejor será...

DON FÉLIX.

Tente en mis brazos,
que te quiero prendar con estos lazos.
¿No fuiste tú quien de mi honor perdido
la fama con la muerte restauraste

(1) Faltan dos versos, después de éste, a la octava.

de aquel don Pedro bárbaro, atrevido,
y el que en tantas fortunas me ayudaste?
Pues ¿cómo piensas tú que ingrato olvido
de lo que me quisiste y obligaste
podrá sacar de mi amoroso pecho,
siendo quien soy, los bienes que me has hecho?
Yo te daré, Martín, tu prenda amada.
Leonarda será tuya, aunque no entiendes
lo que te doy; pero no es darte nada
cuando mi vida con mi honor defiendes.
Yo tengo la sortija aquí guardada,
con que conseguirás lo que pretendes;
aunque en darte a Leonarda y el estado,
según mi obligación, no estás pagado.
Escribiré la carta y la respuesta,
y haré que Lope venga en forma mía
con ella y la sortija, y la propuesta
boda se haga con el mismo día.
Después, saliendo al mar con siempre honesta
conversación, haremos compañía
los dos a Lope, donde es fácil cosa
que él vuelva a ser quien es y ella tu esposa.

DON MARTÍN.

Echaréme a tus pies desde tus brazos
para que en ellos sirvan de despojos,
siendo los míos de sus plantas lazos
y lágrimas razones de mis ojos.

DON FÉLIX.

Vuélveme a dar tus brazos con abrazos
que templen en el alma los enojos
que me diste en pensar que humanos bienes
valieran más que el corazón que tienes.
Yo venderé las joyas de secreto
y haré ricos vestidos y libreas
para que venga Lope a dar efeto
a las felices bodas que deseas.
Y no le digas tú, si eres discreto,
nada a Leonarda, aunque llorar la veas;
que si secreto de mujer confías,
en vano son las diligencias mías.

D. MART. Yo llevo en el alma escrito,
don Félix, cuanto me adviertes.
D. FÉLIX. ¡Plegue a Dios que tú lo aciertes
como yo lo solicito!
D. MART. Ella viene. Adiós te queda.

(*Vase.*)

D. FÉLIX. Vete, no presuma el caso.
¡Cielos! ¿Qué haré, que me abraso,
sin que Amor valerme pueda?
Adoro en Leonarda; el Conde
me da a Leonarda; a Leonarda
doy a don Martín, ¿qué aguarda
la muerte?; pero responde
por los dos mi obligación,
como por él la amistad,
cuando me dió libertad
de más confusa prisión.
Dióme el honor que perdí:
mató mi fiero contrario.

(*Sale* LEONARDA.)

LEONARDA. ¿Has escrito, secretario,
la carta a España?
D. FÉLIX. (¡Ay de mí!)
Ahora a escribirla voy.
LEONARDA. Pues será cansarte en vano.
Dile a mi padre tirano
que de Federico soy.
D. FÉLIX. ¿Y si a la palabra falta?
LEONARDA. Falte, y di que no lo intente,
que no seré eternamente
de don Félix de Peralta.
D. FÉLIX. Como no le conocéis
y en este vil labrador
tenéis puesto tanto amor,
tan airada respondéis;
que os juro, a fe de quien soy,
que es discreto y es galán.
LEONARDA. Sea quien fuese, Beltrán,
que determinada estoy.
D. FÉLIX. Yo me holgara de excusar
su venida; no es posible.
LEONARDA. Pues, Beltrán, será imposible,
que yo no me he de casar.
Y aqueste vil labrador
que dices, que sepas quiero
que es un grande caballero
y allá en su tierra señor
de la casa y apellido
más ilustre.
D. FÉLIX. Sí será
Yo voy a escribir que está
el correo apercibido.

(*Vase.*)

LEONARDA.

Veránse haciendo verde primavera,
las nubes de colores revestidas,
las flores en el cielo y desasidas
las luces fijas de su eterna esfera.
El sol en la mitad de su carrera

las ruedas detendrá de oro vestidas,
y a cuantas cosas hoy infunde vidas
hará volver la confusión primera.
  Veráse el carro celestial sin guarda
y, desclavado de su cerco oblicuo,
andar la luna perezosa y tarda;
  amado un pobre, y despreciado un rico
antes que de don Félix sea Leonarda
y que deje de ser de Federico.

(Vase, y entran SILVIA *y* LOPE.*)*

LOPE. De piedra debes de ser,
pues no te mueven mis daños.

SILVIA. Fabio, ¿qué sirven engaños?
Yo no te puedo querer.

LOPE. Si tú supieras quién soy...

SILVIA. ¿Quién eres?

LOPE. Un caballero
tan noble...

SILVIA. Como grosero.
Sí es esto, bien cierta estoy.

LOPE. ¿Piensas tú que soy criado
de Federico?

SILVIA. Pues ¿no?

LOPE. El lo es mío, porque yo
lo tengo así concertado
para no ser conocido.

SILVIA. ¡Fabio! ¡Fabio! ¿Puede ser?
Mas no se te echa de ver
ser hombre tan bien nacido.

LOPE. Traigo ahora por disfraz
la cara de esta manera;
porque mejor la trujera
a estar mis cosas en paz.

SILVIA. ¿Otra tienes?

LOPE. ¿Tú no ves
que se usa en el mundo así?
Muchos que ves por ahí
tienen la cara al revés.
Verás junto a un gran señor
un criado muy fundado
en lo humilde, y bien hablado,
sin dar a nadie favor.
Verás un amante amigo
que mil montes prometió,
y que la cara mudó
en siendo del mal testigo.
Mientras que les dan, verás
buena cara en mil mujeres,
y la de quitaplaceres
el día que no les das.
Verás un recién casado
alegre por todo un mes
si acierta, y si no después
con cara de asaetado.
Con la de un ángel verás
al que una mohatra dió,
y el día que ejecutó
con cara de Satanás.
Verás risueño un letrado
en su casa al que negocia,
y como lebrel de Escocia
en el Tribunal sentado.
Finalmente, si reparas
en lo que mi intento fundo,
hallarás en todo el mundo
pocos hombres sin dos caras.

(Entra DON FÉLIX, *de camino.)*

D. FÉLIX. (Según traigo información,
está en forma de criado.
¿Si es aquél? El es, sin duda.)
Dadme, don Félix, los brazos.

LOPE. ¿Cómo don Félix? ¿Qué es esto?

D. FÉLIX. (Lope, advierte que te hablo
para cosa que me importa.)

LOPE. ¿Ves que don Félix me llamo?
¿Ves como soy caballero?

D. FÉLIX. (Oye aparte.)

SILVIA. (¡Extraño caso!
No entiendo estos españoles.
Sin duda que me engañaron,
y que es gente de valor,
pues su mismo secretario
envía el Conde por ellos.)

LOPE. (¿Qué me dices?

D. FÉLIX. Habla paso.)

SILVIA. (Beltrán le está persuadiendo,
y él debe de estar negando
que no se llama don Félix.)

LOPE. (¿Yo galán, yo desposado?

D. FÉLIX. No hay aquí peligro, Lope;
yo lo intento, yo lo trato,
yo sé que es cosa segura.

LOPE. Mira que soy desdichado
en cosas de testimonios,
y habrá dos testigos falsos
que digan...

D. FÉLIX. ¿Qué han de decir?

LOPE. Puesto que adoro a mi amo;
temo cárceles y pleitos,
temo un agente contrario
presentando peticiones
con mil enredos y engaños,

metiéndose en el Infierno
por dos reales que le han dado.
No me obligues, por tu vida,
a verme en peligros tantos.

D. FÉLIX. Acaba ya, no seas necio.
Calla; ven conmigo.

LOPE. Vamos;
que tú me pondrás en cosa
que la lloremos entrambos.)
Silvia, adiós.

SILVIA. ¿Vaste?

LOPE. ¿No ves
que al Conde le han enviado
cartas de que soy don Félix,
y que mientras mudo el hábito
me han de tener mes y medio
en una casa encerrado?

SILVIA. Perdóname los desprecios
que te hice siendo Fabio.

LOPE. ¿Lloras por mí?

SILVIA. ¿No lo ves?

LOPE. ¿Ves como ahora has sacado
la otra cara que tenías?
Pero pues me quieres tanto,
lloremos los dos.

SILVIA. Lloremos.

LOPE. ¡Ay!

SILVIA ¿Rebuznas?

LOPE. ¿Pues soy macho?

ACTO TERCERO

de la *Amistad y Obligación.*

(Salen CLAVELA *y* LEONARDA.)

CLAVELA. Si por hacer amistad
que obligaciones imprima
las cosas que más estima
suele dar la voluntad
porque a las cosas queridas
ningún valor la acobarda,
no será mucho, Leonarda,
dar las que tienes perdidas.
Ya has perdido a Federico,
porque ya nueva ha llegado
que viene tu desposado,
galán, mozo, hermoso y rico.
Luego ya no te hará falta,
y me le dejes amar,
pues, en fin, te has de casar
con don Félix de Peralta.
Que bien echaste de ver,
prima, en todas mis acciones
mi afición y mis razones,
celos de verle querer.
Que el decirte yo que amaba
a Beltrán fué fingimiento,
pues todo mi pensamiento
sólo en Federico estaba.
Si te mata este rigor,
pues no ha de ser para ti,
déjamele, prima, a mí;
haz testamento de amor.
El que me tienes se arguya
de esta liberal acción,
que haré de él la estimación
que de cosa que fué tuya.

LEONARDA. No pensé jamás, Clavela,
que hubieras conmigo usado,
en haber mi prenda amado,
de esta encubierta cautela.
Por la cual, aunque perder
a Federico pudiera,
ni le diera ni sufriera
que fuera de otra mujer.
Si me mata este rigor,
como dices, de un airado
padre, y quieres mi cuidado
por testamento de amor,
el que yo tengo de hacer
ha de ser para morir,
y lo que pienso decir
de esta manera ha de ser:
Que mando mis bien nacidos
pensamientos a su amor
y a su nobleza el favor
de haber sido agradecidos.
Que mando mis esperanzas
a mis desesperaciones,
y mis locas pretensiones
al tiempo y a sus mudanzas.
Que mando esta falsa gloria
a quien las estima ajenas,
y mis lágrimas y penas
a su obligada memoria.
Y que si después se emplea,
pueda Federico ser
de otra cualquiera mujer,
como Clavela no sea.

CLAVELA. No ha sido digno el estilo
de tu noble pensamiento;

para ser tu testamento,
haz, Leonarda, un codicilo.
Mándame lo que no puedes
gozar, pues te has de casar;
porque si se ha de emplear
donde más celosa quedes,
mejor es en mí, que ansí,
pues que soy tu sangre yo,
la prenda que se perdió
parece que queda en mí.
A los hijos y parientes
se mandan casas y haciendas.

LEONARDA. Pues si hay más cerca otras prendas,
no es razón que tú lo intentes;
que si hoy a casar me aplico,
aunque algún tiempo la espere,
a la hija que tuviere
quiero dar a Federico.
Mira si mejor se emplea
y cómo no le he perdido,
pues, no siendo mi marido,
quiero que mi yerno sea.

CLAVELA. No creyera tu locura
con menos demostración.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Polos de mi vida son
verdad y poca ventura.
Apeóse el desposado
de una posta, y veo en él
el labrador más cruel
que puso mano al arado.
Mas, pues yo trato verdad,
y la palabra he cumplido
del rescate prometido
y agradecida amistad,
sea mi yerno el que fuere,
por dicha será entendido,
que de un hombre bien nacido
así es justo que lo espere.
Y con el entendimiento
mucho se puede suplir,
que un lindo y necio es sufrir
un destemplado instrumento.
Leonarda, ¿aquí estás así?

LEONARDA. Pues ¿cómo quieres que esté?

CONDE. Dame albricias.

LEONARDA. ¿Yo, de qué?

CONDE. ¿No lo entiendes?

LEONARDA. Señor, sí.

CONDE. Ya vino tu desposado.

LEONARDA. (Mi muerte dirás mejor.)

CLAVELA. (Pues si ha venido, abre, Amor,
el testamento cerrado.)

(*Salen* FLORO *y* RISELO, *criados;* DON FÉLIX, *y detrás* LOPE, *galán, de camino.*)

D. FÉLIX. El Conde y sus hijas son
las que veis, señor don Félix.

LOPE. Deme los pies vueseoría.

CONDE. (Mejor a pie me parece.)
Seáis, hijo, bien venido.
¿Cómo venís?

LOPE. Como vienen
los que tanta dicha esperan,
los que tal gloria pretenden,
y vengo para serviros,
señor, de cualquiera suerte,
con salud, y con deseo
del honor que habéis de hacerme.

CONDE. (Volved en vos, esperanza.
¡Lindo entendimiento tiene!,
que es el alma de los hombres.)

LOPE. ¿Cuál, señor, de estos celestes
ángeles es mi Leonarda,
para que los pies le bese?

CONDE. Habla, Leonarda, a tu esposo.

LEONARDA. (No sé por dónde comience.)
Aquí, señor...

LOPE. No prosigue.
La vergüenza la detiene;
no me espanto, que está en jerga
de novia; de aquí a diez meses
estará más despejada,
que habrá conocido al huésped.

CONDE. (No lo es poco el español,
Beltrán.

D. FÉLIX. Mejor es que muestre
el gusto con que ha llegado.)
(Ya mejor fin me promete.)

LOPE. ¿Quién es esotra señora?

CLAVELA. Su prima soy.

LOPE. Pues despeje
los brazos y dé licencia
a que con ella empariente.

CLAVELA. Seré vuestra servidora.

LOPE. Favor exquisito es ése;
tratémonos como primos.

CONDE. (Yo he topado yerno alegre.)

LOPE. Suplico a vueseñoría
me diga si hay más parientes.

CONDE. Después los conoceréis.

LOPE. Haced, señor, que me apresten
aposento en que descanse

y alguna cosa que cene.
FLORO. (¡A fe que no es vergonzoso!
RISELO. Más me parece que tiene
de bellaco que de bobo.)
LOPE. Quisiera, antes que me acueste,
que se hiciera el desposorio,
que en su víspera acontecen
mil desgracias a los novios.
CONDE. Acá más despacio suelen
y con más fiestas las bodas,
señor don Félix, hacerse.
LOPE. Las fiestas de un desposado
es que se vaya la gente.
Váyanse todos de aquí.
CONDE. (¡Extremadas gracias tiene!
Beltrán, tú eres español:
¿úsanse allí de esta suerte
los novios?
D. FÉLIX. Son desposados;
por discreción se encarece.)
CONDE. ¿Don Félix?
LOPE. ¿Señor?
CONDE. Venid
conmigo, porque conviene
a lo que los dos tratamos,
para que más firme quede,
ver lo que don Pedro escribe.
LOPE. Tu anillo, señor, es éste.
CONDE. Es verdad, yo lo conozco;
que estas dos torcidas sierpes
abrazan este diamante.
Descansa, que tú mereces,
por tu buen ingenio y gusto,
mis estados justamente.
LOPE. Adiós, esposa; adiós, prima.
FLORO. (¡Qué hallado está!
RISELO. ¡No parece
sino que aquí se ha criado!)

(*Vanse todos acompañándole.*)

D. FÉLIX. ¿Qué es lo que del novio sientes?
LEONARDA. Beltrán, ¿qué puedo sentir,
si sabes mi sentimiento?
Lo que siento es que me siento
de lo que siento morir.
Cuando pudiera sufrir
a Federico perder,
cosa que no puede ser,
gentil consuelo tuviera
si de este español me viera
sólo un instante mujer.
No sé qué ha de ser de mí,
pues hoy las iras del Cielo
aumentan mi desconsuelo
con esta sombra que vi,
pues tan desdichada fui,
que me entregan a una fiera,
que si de otra suerte fuera
por dicha me consolara;
mas ya sólo en ver su cara
me ha condenado a que muera.

(*Vase.*)

D. FÉLIX. Desesperada se fué.
CLAVELA. Pienso que tiene razón.
D. FÉLIX. ¿Cómo nos va de afición?
CLAVELA. ¿Quiéresme?
D. FÉLIX. ¿Y tú?
CLAVELA. No, en mi fe. (1)
D. FÉLIX. Pues no nos digamos nada.
¡Yo estoy muerto!
CLAVELA. ¡Yo, enterrada!
D. FÉLIX. Adiós, dama.
CLAVELA. Adiós, señor.
D. FÉLIX. ¡Que tanta pena de amor
no pueda ser engañada!

(*Vanse, y sale* DON MARTÍN, *en hábito de villano.*)

D. MART. Cuadros de aqueste jardín,
cultivados de mi llanto,
¿por qué, floreciendo tanto,
dais a mi esperanza fin?
Alto y cándido jazmín,
purpúrea rosa, y clavel
rojo, verde mirabel,
si habéis debido a mi amor
tanto abril y tanta flor,
creced mi esperanza en él.
Pues testigos habéis sido
de mis dichas, (2) escuchad
mis penas, justa amistad
que me habéis siempre debido.
Mi bien tengo por perdido,
aunque espero que me den
hoy las nuevas de mi bien;
pero ¿qué importa el remedio,
con un imposible en medio
y una ingratitud también?
¿Cómo tengo de quitar
a don Félix el estado

(1) Falta un verso antes o después de éste para la décima.
(2) Corregido por el ms. El impreso dice "de mi dicha, escuchad".

ya por Leonarda heredado,
con quien se puede casar?
Mas si él me la quiere dar
por tan justa obligación,
¿de qué teméis, corazón?,
pues si él a Leonarda amara,
también yo se la dejara,
aunque no fuera razón.
Por la casa alborotada
que ha venido he conocido
el desposado fingido.
¡Oh, amistad bien empleada!
Llora Leonarda, engañada,
que no ha conocido a Fabio,
porque el temor del agravio
y el hábito diferente
engañan ligeramente
al más advertido y sabio.

(*Sale* LEONARDA.)

LEONARDA.

Pienso, si no me engaño,
que conozco una hierba ponzoñosa,
por el color extraño,
que puede ser epítima piadosa
de las desdichas mías,
principio de mi bien, fin de mis días.
Desesperada vengo,
y con resolución para matarme.
Ya ¿qué remedio tengo,
pues me manda mi padre desposarme?
Y en tomándola, quiero
llamar a Federico, por quien muero.
Diréle, entre mi llanto,
que me pague este amor en que Clavela,
pues que me debe tanto,
no logre por mi muerte su cautela.
¿Quién vió que tenga, ¡ay, Cielos!,
una mujer después de muerta celos?

DON MARTÍN.

¿En ocasión que aguarda,
Leonarda, a desposarte, al jardín viene,
desposarte o matarme,
o vienen mis desdichas a engañarme? (1)

LEONARDA.

Vengo a buscar mi muerte
y mi vida también aborrecida.
La vida busco en verte,
que eres el alma de mi propia vida;
la muerte entre estas flores,
pues hay venenos para mal de amores.
Dame el postrer abrazo,
y vete del jardín.

DON MARTÍN.

Oye, señora.

LEONARDA.

No me alargues el plazo,
que es imposible dilatarse una hora;
pues mi padre, tirano,
me fuerza a dar al español la mano.
¿Yo, mi vida, perderte?
¿Yo, Federico, ser de otro en el mundo?
¡Ven, deseada muerte,
que sólo en ti mis esperanzas fundo!
Vete, vete: no impida
mi muerte la presencia de mi vida.

DON MARTÍN.

(¡Ay, Félix! ¿Cómo puedo
dejar de declararle cuanto pasa?
Perdona, que este miedo
y este dolor que el alma me traspasa
a que diga el secreto
me obliga, porque no hay amor discreto.)
Dulce señora mía,
mucho me admira el ver que yo merezca
que con tanta osadía
Amor para morir os enloquezca,
y no menos me espanta
que os engañe la pena, por ser tanta.
Pues viendo al desposado
¿no habéis, bella Leonarda, conocido
que es Fabio, mi criado,
que estaba en vuestra quinta entretenido;
que así Beltrán lo ha puesto
a mi remedio y vuestro bien dispuesto?
El verle en otra forma,
el mirarle llorosa y con mal gusto,
y aun él que se transforma,
en cuanto quiere y le parece al justo,
causa, mi bien, ha sido
de no le haber entonces conocido.
Dadle la mano, os ruego.
Beltrán es español, y él ha trazado
que nos partamos luego,
Don Fabio, como antes, sea criado
y vos mi dulce esposa.

LEONARDA.

¿Que soy en tal desdicha tan dichosa?

(1) Este pasaje está alterado, y faltan dos versos a la estrofa.

DON MARTÍN.

Esto, señora, es cierto.

LEONARDA.

¿Que Fabio me engañase?

DON MARTÍN.

No os espante;
de oro y seda cubierto,
y llorosa en fortuna semejante,
fuera del poco trato.

LEONARDA.

¡Cómo mis brazos a tu amor dilato!

DON MARTÍN.

Vete a casarte, y mira
que a Beltrán no le digas que lo sabes.

LEONARDA.

Lo que ha hecho me admira.

DON MARTÍN.

Españoles, y más siendo hombres graves,
así nos ayudamos,
y más cuando en ajena tierra estamos.

LEONARDA.

Voy a darle la mano.

DON MARTÍN.

Finge que estás contenta.

LEONARDA.

Y ¿y a qué efeto?
si ya es verdad?

(*Vase.*)

DON MARTÍN.

En vano
jura un amante de guardar secreto;
pero de otra manera,
Leonarda se matara o se perdiera.

(*Entran* SILVIA *y* BELARDO, *villano.*)

BELARDO. La boda, al fin, te ha traído
a la ciudad y a palacio.
SILVIA. No estaba yo tan despacio,
ni su convidada he sido.
Vuélvete, Belardo, allá,
que la buena compañía
pienso pagarte algún día.
BELARDO. O tarde o nunca será.
Perdona el dejarte así
y que la Corte no vea,
que aún temo que hasta la aldea
venga algún pleito tras mí.
SILVIA. En el palacio repara.
BELARDO. Antes huyo de la gente;
que, con no ser delincuente,
todo se me antoja vara.
No hay pilar que no imagine
que es algún procurador.
Allá me estaré mejor.
¡Dios tus cosas encamine!

(*Vase.*)

SILVIA. Quiero entrar en el jardín,
que de aquel mi labrador
me podré informar mejor,
aunque es diferente el fin.
¡Oh! Hele allí trasponiendo
hortalizas y cuidados.
Pensamientos engañados,
necio imposible pretendo.
Pero ¿qué se puede hacer?
¡Ah, labrador de mis penas!
D. MART. ¿Quién me llama?
SILVIA. Aún apenas
te acabo de conocer.
Ya tendrás los ojos hechos
a brocados, no a sayales,
y a perlas [y] techos reales,
no por los pajizos techos.
Ya como hombre que se vió
en bajo estado y en plazos
breves, la fortuna en brazos
como a niño le subió.
De nadie te acordarás,
ni al Conde hablarás por mí. (1)
Batía el mar nuestra quinta,
que a veces te despertaba.
Dime: ¿es esta mar tan brava
como la quietud la pinta?
¿Hay acá más fuertes olas
de envidias y de invenciones?
D. MART. Yo, Silvia, mis pretensiones
las paso conmigo a solas.
Mal me pagas, mal confías
de mi amor.
SILVIA. ¡Quítate allá!;
que es treta vieja de acá
humildad y cortesías.
Hablar menos y hacer más
por el amigo es mejor.

(1) Faltan dos versos para la redondilla.

D. MART. ¿Puedo yo darte favor?
¡Perdida de loca estás!
Soy un pobre labrador
que sirvo de jardinero.
SILVIA. Todo lo sé, caballero,
y lo de Beltrán mejor.
Yo sabré por qué han vestido
a Fabio con tantas galas.
D. MART. Tú, Silvia, que a Circe igualas,
esa invención has fingido,
que Fabio se ha vuelto a España.
SILVIA. ¿A España? El Conde sabrá
lo que pasa, que aquí está,
y yo sé que al Conde engaña.
D. MART. Déjate de eso, mi bien,
y andemos por el jardín.
Mira este blanco jazmín,
y estas mosquetas también.
Mira estos mirtos, que son
árboles de Venus bella.
Mira esta fuente, y en ella
la desdicha de Anteón.
Mira en mármol a Diana,
que le volvió, por mirar,
ciervo, que si fuera hablar,
aun fuera más inhumana.
Eco suena por aquí,
ninfa dicen que antes era,
y ya porque fué parlera,
es voz que responde así.
Este famoso jaulón
es como un grande aposento;
si sus pájaros te cuento
te darán admiración.
Aquí, con rojo matiz,
vuela el tierno jilguerillo,
la calandria y el pardillo,
solitario y codorniz.
Aquí el dulce ruiseñor
llora tragedias pasadas.
Aquí hay tórtolas casadas
seguidas del pardo azor.
Los verdecillos aquí
cantan como los maestros:
poca voz, pero muy diestros.
SILVIA. Todas estas cosas vi
allá con más libertad.
D. MART. Entra, amores; verás luego
aquel ave que en su fuego
nace.
SILVIA. ¿Luego eso es verdad?
D. MART. Aquí la tengo escondida;
no es como las otras aves.
SILVIA. ¿Canta?
D. MART. Con voces süaves,
que darán a un muerto vida.
¡Ah, perra; aquí quedarás
como pájaro parlero!
SILVIA. ¡Ah, traidor!
D. MART. Cerrarte quiero;
llora, y no cantes jamás.
Y agradéceme, villana,
que no te quito la vida.
SILVIA. ¡Ay de mí!
D. MART. Queda escondida,
ave no, fiera inhumana,
en esta jaula, entre tanto
que mi fortuna se duele
de mis desdichas.

(*Sale* DON FÉLIX.)

D. FÉLIX. No suele
quejarse con tierno llanto
más dulce en verde laurel
Filomena que yo, triste,
después, Amor, que me diste
satisfación tan cruel
de mi silencio y lealtad.
¡Ay, Leonarda! Mas, ¿qué digo?
¿Don Martín?
D. MART. ¿Félix?
D. FÉLIX. ¿Amigo?
D. MART. ¿Qué hay, honor de la amistad?
¿En qué están mis esperanzas?
D. FÉLIX. En lo que suele temer
quien sabe que la mujer
tiene tan varias mudanzas.
Con tanto contento y gusto
Leonarda se desposó,
que pienso dos cosas yo,
y entrambas me dan disgusto.
Si el contento ha procedido
de querer el desposado,
tan presto haberte olvidado
notable mudanza ha sido.
Si procede del secreto
que le has, don Martín, contado,
habérsele revelado
no ha sido de hombre discreto.
Y todo tiene en rigor
la pesadumbre que digo,
pues te has mudado conmigo
o Leonarda con tu amor.
Cualquiera de las que vi

es perderme o es perdella:
o el no haber amor en ella
o no haber secreto en ti.
Pero, lo que fuere sea,
Lope queda desposado;
volverá a ser tu criado
luego que en la mar te vea.
Bien quisiera esta jornada
acompañarte y servirte,
obligarte y persuadirte
mi voluntad, siempre honrada.
Pero es fuerza, don Martín,
irme a París, y no puedo,
si bien satisfecho quedo
de que no es la ausencia fin
de nuestra amistad, que ha sido
ejemplo en Francia y España.
Mi corazón te acompaña;
que le trates bien te pido.
Pues que su verdad conoces,
tus brazos el pecho aguarda,
y ¡plegue a Dios que a Leonarda
por muchos años la goces!

D. MART. Detén los brazos un poco,
don Félix, que estoy de suerte
que si no me doy la muerte
tengo de volverme loco.
La pena a que me provoco
del haber dicho el secreto,
que lo confieso, en efeto,
bastaba para castigo,
que no se pierde un amigo
por tan pequeño respeto.
Quísose matar aquí
Leonarda, y forzoso fué
decir que yo concerté
que Félix viniese asi.
Mas, ni de ti, ni de mí,
ni dél le dije los nombres;
luego no hay de que te asombres,
si de esto, Félix, lo estás,
que para no errar jamás
no son ángeles los hombres.
Si no piensas ir conmigo,
quédese Leonarda así,
que no quiero bien sin ti,
ni puede haber mal contigo.
Mas ¿cómo tan grande amigo,
sin haber grande ocasión,
me dejara en pretensión
de una empresa tan extraña,
pues también está en España,
como Navarra, Aragón?
No, Félix; más hay aquí
de lo que ahora sospecho:
algo tienes en el pecho
que no te agrada de mí.
Pues ¡vive Dios! que sin ti
ni aun el alma ha de ir conmigo;
habla, que aquí no hay testigo;
mira que en ese secreto
cumplirás las de discreto,
mas no las leyes de amigo.

D. FÉLIX. Pues hoy llega, don Martín,
la ocasión a ser tan fuerte,
mis desventuras advierte
y en su principio mi fin.
Pues está solo el jardín,
oye sin pena la mía:
pero advierte que sería
gran sinrazón replicarme,
cuando no puedo excusarme
de perder tu compañía.
Salimos los dos de España,
porque vengaste mi afrenta;
corrimos los dos tormenta;
dimos los dos en Bretaña.
En la ribera que baña
un dueño los dos tuvimos,
los dos a Leonarda vimos
y la quisimos los dos,
que nos hizo un cuerpo Dios
o con un alma nacimos.
Cuando te traje el papel
no me había declarado;
como te vi amar, amado,
encubrí mi amor por él.
Fué mi pena tan cruel,
que cuanto más la encubría
más me mataba y rendía;
pero viendo tu amistad,
forzaba la voluntad
y la inclinación vencía.
Probóme Amor, finalmente,
en la más fina lealtad
que se ha escrito de amistad
ni se ha visto eternamente.
El Conde, mi padre ausente
a mi padre le escribía,
y siendo yo a quien quería
dar su hija, te la di;
y para dártela a ti
me holgué de que fuese mía.
Ya es tuya, y tuya ha de ser;

luego no será razón
que ella sepa mi afición,
aunque no te ha de ofender.
Pues si antes de tu mujer,
ni que tu amor la posea,
como mi alma desea
para dos prendas tan mias,
mi secreto le decías,
¿qué harás después que lo sea?
Yo quiero que sepa nada
de lo que pasó por mí,
ni que la tuve y la di
por la obligación pasada.
Ya está contigo casada;
de don Martín y de vos
me aparto; Leonarda, adiós,
que somos uno, de suerte,
que temo ausente ofenderte,
pues has de hablar con los dos.

D. MART. Tente, tente, que estás ciego
y lo presumes de mí,
que a saber esto de ti,
yo lo remediara luego.
La amistad, Félix, no niego;
niego la poca lealtad,
porque a tratarme verdad
Leonarda se desposara
contigo, y yo retirara
de su amor mi voluntad.
Pero pues hay ocasión,
será tuya fácilmente
cuando por la mar, sin gente,
le cuente yo tu afición.
Cumplirá su obligación
el Conde, y esta señora,
que de marido mejora,
tendrá lo que mereció,
pues que vuelvo a darte yo
lo que tú me diste ahora.

D. FÉLIX. Adiós, adiós, que es locura.

D. MART. ¿Que es locura? No seas necio,
que un amigo es de más precio
que riqueza y hermosura.

D. FÉLIX. Que no te entiendan procura.

D. MART. ¿Cómo no? ¡Aquí está
don Félix...!

D. FÉLIX. ¡Calla!

D. MART. ¡Y se va
por mí!

D. FÉLIX. ¡Qué pena me has dado!

D. MART. ¡El fingido es mi criado!

D. FÉLIX. ¡Calla, por tu vida, ya!

(Entren LOPE *y cinco criados:* ROBERTO, FABIO, ALEJANDRO, PÍO *y* SEVERO.*)*

LOPE. Aquí, en aqueste jardín,
quiero ver los que me agradan.

D. FÉLIX. ¿Qué es esto, señor don Félix?

LOPE. ¡Oh, buen Beltrán! Pongo casa.

D. FÉLIX. ¿Casa, señor, a qué efeto,
tan cerca de la jornada?

LOPE. Quiere el Conde, mi señor,
que vayan conmigo a España.

D. FÉLIX. ¡Buena gente, por mi vida!

LOPE. No era muy mala la escuadra
para ir a pescar atunes.

ROBERTO. Mucho el español me enfada.

LOPE. Harto más me enfadáis vos.

ROBERTO. (¡Oyelo!

SEVERO. Mirad que habla
muy bien la lengua francesa.)

LOPE. Vos, enfadado sin causa,
¿cómo os llamáis?

ROBERTO. Yo, Roberto.

LOPE. ¿Sois, por dicha, de la casa
de Roberto el Diablo?

ROBERTO. Yo
soy, señor, de León de Francia.
Estudié leyes un tiempo.

LOPE. ¿Causídico sois?

ROBERTO. Estaba
bien puesto, y ciertos amores
me hicieron perder mi casa.

LOPE. ¿Enamoradizo sois?
¿No era mejor, noramala,
hacer vuestras peticiones,
que no andar a servir damas?
¿Distes algunas por celos
en los Digestos de espadas,
con algún texto en la testa
o párrafo por la cara?

ROBERTO. Poco más.

LOPE. ¿Cómo?

ROBERTO. Matéle.

LOPE. Farinacio de la hampa,
no os he menester aquí.
Y ese otro, ¿cómo se llama?

FABIO. Fabio, señor.

LOPE. Socorrido
nombre en las comedias, ¡vaya!
Vinculado está en los pajes.
Acudí al Maestresala.
¿Y vos?

ALEJAND. Yo soy Alejandro.

LOPE. Ios afuera noramala,
que no quiero tener hombre
de tanto toldo en mi casa.
ALEJAND. Advierta vueseñoría
que he sido hombre de importancia;
quebré; hice pleito de espera
después de muchas mohatras;
las más de las escrituras
eran supuestas y falsas;
porque esperasen las ciertas
entreváronme la chanza,
y vengo a servir huyendo
desgracia alguna.
LOPE. ¡Oh, qué gracia!
Y vos, ¿cómo os llamáis?
PÍO. Pío.
LOPE. Nombre de pollo o de papa.
Confirmaos y volved luego.
D. FÉLIX. (¡Los desatinos que ensarta!)
SEVERO. También me llamo Severo.
LOPE. Ya lo dice vuestra cara.
SEVERO. Soy músico, soy poeta.
LOPE. ¿De qué región?
SEVERO. No se trata
de un arte tan celestial,
señor, con tanta abundancia.
LOPE. ¿Sois vulgar o culterano?
SEVERO. Culto soy.
LOPE. Quedaos en casa,
y escribiréis mis secretos.
SEVERO. Tus secretos, ¿por qué causa?
LOPE. Porque nadie los entienda.

(*Salen* el CONDE, CLAVELA *y* LEONARDA.)

CONDE. Tu esposo está aquí, Leonarda.
LOPE. Aquí tenéis, mi señora,
la prenda que más os ama.
LEONARDA. Pagáis mi amor justamente,
que sois de esta vida el alma.
LOPE. A tanto favor, señora,
mis discreciones se gastan,
mis gustos se multiplican
y multiplicados callan.
Encállame en vuestro puerto
las puertas de mi esperanza,
esperando que algún día,
como a los puercos de España,
me venga mi San Martín.
D. FÉLIX. (Por ti dice.
D. MAR. Félix, calla;
que Leonarda ha de ser tuya.
D. FÉLIX. ¿Cómo, si es tuya Leonarda?)
LEONARDA. Por lo menos, yo soy vuestra,
supliendo lo que me falta
de ingenio con mucho amor.
LOPE. Por merced tan extremada
hago mañana un torneo,
y luego un juego de cañas
a la usanza de Castilla,
donde yo tengo esperanza
que he de casar a Clavela,
mi prima; que en los Peraltas
hay un mozo como un oro,
lindo talle, linda gracia;
no de aquestos guedejones,
apóstoles de la Mancha,
sino galán como azor,
libre la cabeza y cara.
CLAVELA. Si el bien es de vuestra mano,
será con muchas ventajas,
y más si os parece a vos,
que sois de un ángel la estampa.
LOPE. Estampada estéis, señora,
en las nubes de la fama,
que sois una Venus de oro.
CLAVELA. Vos, un Narciso de plata.
LOPE. Vos, un Serafín de alcorza.
CLAVELA. Vos, un Hércules de pasta.
LOPE. ¿Qué pasta?
CLAVELA. De mazapán.
LOPE. Por el pan y por la maza
vuestro perro y vuestra mona
seré de hoy más.
LEONARDA. Paso, hermana;
que voy ya teniendo celos.
CONDE. Grande contento me causa
veros a todos conformes.
Voces dan.

(SILVIA *dentro*.)

SILVIA. ¡Ay, que me matan!
CONDE. ¿Qué es esto?
D. MART. Es un ave nueva,
que encerré en aquella jaula.
CONDE. No me agrada, Federico,
porque aquélla es voz humana.
Abrid esa jaula luego.
LEONARDA. Silvia está en ella encerrada.

(*Sale* SILVIA.)

CONDE. ¿Qué es esto, Silvia?
SILVIA. Señor,
la destruición de tu casa.
Este novio es un lacayo,

no es don Félix de Peralta,
porque Beltrán le ha vestido
con estas joyas y galas
para robarte la hacienda,
para llevarte a Leonarda.
Este traidor jardinero,
que Federico se llama,
es caballero español;
los tres para irse a España
han hecho aquesta traición.

LOPE. Ave parlera, que cantas
en agüeros y desdichas,
mira mejor lo que hablas.

D. MART. Señor, ¿crédito merece
una parlera villana,
que porque yo no la quise
testimonios me levanta?

D. FÉLIX. Señor, advierte primero...

CONDE. No hay que advertir; esto basta
para quitaros las vidas.
Venga un verdugo, que traiga
un potro de dar tormento:
será del novio la cama
en que de Leonarda goce.

LOPE. No era para mí Leonarda;
señor, mira que no es justo.
Ponerme en el potro mandas
por una yegua que es de otro.
¡Mi inocencia y mi desgracia!
¡Duélete, por Dios, de mí!

CONDE. Pues ¿quién eres? Habla.

D. MART. ¡Calla!

LOPE. Habla, calla, di, soy... (1)

CONDE. Yo sabré volverte el habla.

LOPE. Señor, no traigan el potro,
que yo diré lo que pasa.
En fe de hidalgo, yo soy
hidalgo y noble en mi patria;
mas no me ha venido el miel,
como dicen en Vizcaya.
Lope me llamo, y ¡pardiez!,
que me ha dado la Montaña
sangre que puede servir
a más de dos si la salas.
Es Federico mi amo,
pero don Martín se llama;
ni ese otro es Beltrán tampoco,
que es don Félix de Peralta.
Son tan notables amigos,
que porque quiere a Leonarda
don Martín, hizo este enredo
para llevársela a España.
Y por el paso en que estoy,
pues un potro es horca echada,
que allá cuelgan del pescuezo
y aquí de brazos y espaldas,
que he dicho cuanto sabía,
aunque no estuve en la jaula,
y que estos dos caballeros
son dos cuerpos con un alma.

CONDE. ¿Hay semejante amistad?

D. FÉLIX. Perdona, si procuraba
el gusto y bien de un amigo,
pues que tú, por tu palabra,
darme a Leonarda querías,
que está mejor empleada
en mi primo don Martín.

D. MART. Don Félix, señor, se engaña
con el amor que me tiene,
que ya Leonarda le aguarda.

LEONARDA. No aguardo tal, que sois vos
a quien busca mi esperanza.

D. MART. ¿Cómo, si sois de don Félix?

D. FÉLIX. ¿Puedo yo querer, si os ama,
una dama que esto dice,
y más que, aunque se burlara,
Clavela, yo sé que es mía?

CLAVELA. Burlas y ensayos se llaman
para venir a quereros.

D. MART. Ahora bien; Leonarda amada,
dadme la mano.

LEONARDA. ¡Qué dicha!

SILVIA. Lope, o Fabio...

LOPE. Silvia, o Diabla...

SILVIA. Quiéreme, por vida tuya.

LOPE. Para tenerte en la jaula,
donde no salgas jamás.

D. MART. Aquí, senado, se acaba
Amistad y obligación,
si perdonáis nuestras faltas.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA

de la *Amistad y obligación*.

---

(1) Este verso probablemente se escribiría:

"LOPE. Habla, calla...
CONDE. Di.
LOPE. Soy mudo."

COMEDIA FAMOSA

DEL

AMOR BANDOLERO (1)

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El Rey.
El Infante.
La Infanta.
Policena.
Don Juan, *su padre.*
El Conde Enrique.
Don Nuño.
Dos Bandoleros.
Fabio, *criado del* Rey.
Trigueros. (2)
Un Paje.
[*Dos* Criados.
Bandoleros.
Mujeres.]

ACTO PRIMERO

(*Sale* Trigueros *solo.*)

Triguer. Quien camina en Aragón
con cuatro tiros pedreros,
no sabe de bandoleros.
Como unos camellos son
los que he visto. Esta es la hora
que a mi señor han topado.
De embajador ha bajado
a la desdicha que llora.
Nunca dejara a Toledo
ni a Zaragoza viniera.
¡Ah, buen Conde! Yo quisiera
acabarlo con el miedo
para ayudarte; mas tiene
jurisdición tan capaz,
que aun a sólo meter paz
me dice que no conviene.
Es tan amigo de treguas
el temor, que, por vivir,
nunca me deja reñir
dentro de las cinco leguas.
(*Suenan dentro espadas.*) (1)
Ya se acercan. Si escapar
puedo de esta gente fiera,
pondré un gallego de cera
en la Virgen del Pilar.

(*Vase, y salen por otra parte* Don Nuño, *de bandolero, con máscara, riñendo con el* Conde Enrique.)

Conde. Por lo menos con tu muerte
pienso vender bien la vida.

D. Nuño. (Ya de tu espada homicida
el duro efecto se advierte.)
¡Muerto soy! Conde, procura
librarte con pies veloces,
pues sientes armas y voces
de mi gente.

Conde. (¿No es ventura
pequeña que mi enemigo,
cuando vengarse pudiera,
darme tan piadoso quiera

---

(1) El manuscrito 14977 de la Biblioteca Nacional es de 1645, como se dice al final, pero mucho más completo y correcto que el impreso. De él son las enmiendas y variantes. En la portada sólo dice "Amor bandolero" y lleva el reparto siguiente:

Policena. *La señora autora.*—La Infanta. *Señora María de Prado.*—El Conde. *El autor.*—El Infante. *Malaguilla.*—El Rey. *Juan González.*—Don Nuño, en primera jornada. *Carión.*—Don Juan, en las demás de barba. *Carión.*—Trigueros. *Escamillo.*—*Rey.* Los que faltan.—Los bandoleros.—Don Nuño. *Juan Pérez.*—Don Juan, viejo.—Fabio, *Fonseca.*"

La compañía era la de Antonio de Prado, autor, y su mujer Mariana Vaca. En medio del reparto se intercala un renglón que dice:

"Razonable y buena enmendándola."

En la hoja segunda hay la lista de personajes así:

"Figuras della.—El Conde de Ureña y Monterón.—El Rey de Aragón.—Trigueros, criado.—Don Nuño.—Don Juan, viejo.—Bandolero 1.º—Bandolero 2.º—Infante de Castilla.—Fabio, criado.—Otro criado.—Celio.—Policena.—La Infanta."

En la hoja tercera: "Jesús, María y José.—Acto primero.—Suena ruido de espadas.—Sale Trigueros."

Sin embargo de que este manuscrito es más correcto que el impreso, los pasajes largos que no figuran en éste los pondremos en nota al pie, porque pudieran no ser de Lope. Las simples variantes las daremos en el texto cuando lo mejoren, advirtiéndolo.

(2) El impreso dice "Triguero"; pero lo enmendamos por el ms.

(1) El ms. así.

consejos, que alegre sigo?
Pero ¿no he de conocer
quién es cuando él me ha llamado
Conde?)

D. NUÑO. Ten el brazo airado.

CONDE. Quién eres he de saber,
que en el pecho que hay valor,
si bien hay temeridad,
vence la curiosidad
muchas veces al temor.

(Quítale el CONDE *la máscara.)*

Ya es forzoso conocerte.
¡Válgame Dios! ¿Dónde estoy?

D. NUÑO. ¡Hermano! ¡Señor! Yo soy.
Mi alevoso intento advierte.

CONDE. ¡Don Nuño! ¡Hermano! ¿Qué ha [sido
la causa que muerto estás
por quien te ha querido más,
que a su misma vida? Olvido
ponga agora la piedad
aquí al (1) peligro mayor.
Pague con llanto y temor
mi disculpada crueldad.
¿Esta fué la breve ausencia
que tú de mi casa hiciste?

D. NUÑO. Si a morir también veniste
no disculpes mi presencia. (2)
Escápate, pues te dan
vida tus pasos ligeros,
mira que los bandoleros,
de quien yo soy capitán,
por espías avisados
te buscan con orden mía
para hacer dichoso el día
con tu muerte.

CONDE. Otros cuidados
me desvelan en tu bien.
¿Por qué matarme has querido?

D. NUÑO. Si ya turbado el sentido
no llega a turbar también
la lengua, casi difunta,
oye mi intento feroz,
si puede, Enrique, (3) mi voz
satisfacer tu pregunta.
Policena de Aragón,
de España lucero hermoso,

(1) En el ms., "a mi peligro".

(2) En idem, dicen este verso y el que sigue:
"no confirme la sentencia
tu dilación, pues te dan".

(3) En el impreso, "enriquecer". Corregido por el ms.

a quien tú, cuerdo y medroso,
mostraste honesta afición,
tanto llegó a desvelar
un pensamiento abrasado,
que mi atrevido cuidado
la pudo en su casa hablar.
Dióme en respuesta, cruel,
no quiero llamarla necia,
que por pobre me desprecia.
Yo, entonces, nuevo (1) Luzbel,
tan soberbio y arrogante,
viendo que la hacienda sola
mi ardiente amor acrisola,
desesperado y amante
busqué el medio más feroz
que vió la avaricia humana,
con la traición más villana
que dió a la fama la voz. (2)
Teniendo un competidor
más rico, aunque eras mi hermano,
tracé tu muerte, aunque en vano
mi vida alienta el amor,
pues la he llegado a perder
cuando llega Policena,
luz de estos campos serena,
a su casa de placer.
Dos escuadras repartí
para esta empresa (3) dichosa;
pero la muerte, envidiosa,
me niega el bien que perdí.

CONDE. Con el aliento postrero
rindió el alma entre mis brazos,
dándome tan cortos plazos (4)
para la muerte que espero,
que por el bosque resuenan
ecos de enemigos ya,

(1) En el impr., "necio".

(2) Siguen en el ms. estos versos:
"Por heredarte, tracé
tu muerte: al campo salí;
el respeto a Dios perdí
y a nuestra hermandad la fe.
Y mira qué ciego estaba,
que nunca echaba de ver
que, en llegándose a saber,
yo mismo me condenaba,
y que no podía heredar,
siendo del delito el dueño.
Mas como el amor es sueño
que obliga a desatinar,
temiendo..."

(3) En el ms., "la presa".

(4) En el impr., "lazos".

y (1) Policena estará
donde a morir la condenan.
Porque el honor es la vida
de una mujer principal.
¡Fortuna, firme en el mal,
si has de ser hoy (2) mi homicida,
no me permitas que vea
agravios de un (3) sol que adoro!
Si han de perdelle el decoro,
después de mi muerte sea.
Por no dar que sospechar,
aunque sus luces seguía,
no vine en su compañía.
Quizá pudiera importar,
entre mortales despojos
el admitir mis deseos, (4)
para fulminar trofeos
en los rayos de tus ojos.
Pero ¿dónde me divierto
si con lágrimas escribo,
ausente, un agravio vivo;
presente, un hermano muerto?
Mas ¿qué haré para ocultarme? (5)
Su traje ha de defenderme,
que pues sirvió de ofenderme,
ha de servir de librarme.
Seré, en desdichada suerte,
ladrón después de homicida,
por que se libre una vida
con despojos de una muerte.

(*Vase, sale* TRIGUEROS *solo.*) (6)

TRIGUER. Por este jaral espeso,
por este espeso jaral,
hay más mal de lo que piensan,
más de lo que piensan hay.
Si aquí, como Valdovinos,
muerto mi señor está,
quitarme al Marqués de Mantua
es quitarlo del altar. (7)
¡Oh, infausto sobrino mío!
¿Quién te podrá consolar,
si de la viña del mundo (1)
fuiste (2) uva y en agraz?
Veintiséis heridas tiene,
y la menor es mortal,
y si tiene alguna menos
el difunto lo dirá.
Mas ya de los bandoleros
vuelve el feroz capitán.
Haciendo calvarios viene
para los que ha de matar.
¡Pobre Trigueros! ¿Qué nuevas
de tu muerte le darán (3)
a la galiciana Aldonza,
que ya aguardándote (4) está
con la sisa de seis meses?

(*Sale el* CONDE *de bandolero, con la máscara.*) (5)

¡Válgame...! ¿Qué santos hay
que hayan sido capeadores? (6)
CONDE. ¿Podré con este disfraz
desmentir a mi fortuna?
TRIGUER. ¡Bandolero celestial,
(*Hínquese de rodillas.*)
así cuando el sol madrugue
te permita saltear
campos de estrellas, burlando
Peralvillos de cristal, (7)
que te duelas de mis años!
CONDE. Vete, como no hables más.
TRIGUER. Irme sin rendirte gracias
será poca urbanidad.

---

(1) En el impreso, "Si".
(2) Esta palabra no está en el impreso.
(3) En el ms., "del sol".
(4) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

"el admitir mis despojos
entre mortales deseos".

(5) En el ms., "escaparme".
(6) Esta acotación dice en el ms.: "(*Lleva a su hermano y sale* TRIGUEROS.)"
(7) Este verso y los ocho siguientes dicen en el manuscrito:

"es quitallo del altar.
Veinte puñaladas tiene,
que la menor es mortal;
y si hubiese alguna menos
el difunto lo dirá.
¡Oh, infausto sobrino mío!
¿Quién me podrá consolar,
si de la viña del mundo
voy en uva y tú en agraz?"

(1) En el impreso, "mudo".
(2) En ídem, "fruta".
(3) En el ms., "llevarán".
(4) En ídem, "esperándome".
(5) Esta acotación es del ms.
(6) En el impr. está aquí la acotación anterior en esta forma: "(*Sale el* CONDE ENRIQUE *de bandolero.*)"
(7) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

"campos de estrellas, formando
paracuellos de cristal".

¡ Plegue a Dios, ladrón divino,
que le llegues a hurtar
al sol el dorado cinto
donde los signos están,
y por tahalí le traigas,
y en tu capa de sayal,
la guarnición de planetas
y el aforro de Cambray!

CONDE. (¡ Qué medroso está Trigueros!
Pero a mí me importa más
que él no descubra quién soy.)
Ya he dicho que sin hablar
te vayas.

TRIGUER. El primer hombre
a quien han sabido mal
las lisonjas eres tú;
pero al irme te he de dar
alabanzas interiores,
y como oración mental
en lo intrínseco del pecho
te saludo.

CONDE. ¿ No te vas?

TRIGUER. Voime sin volver el rostro,
porque soy en tu amistad
agradecido cangrejo,
que siempre camina atrás.

(*Vase.*)

CONDE. El engañarse Trigueros
me alienta para pensar
que he de asegurar la vida,
que ya tan perdida está:
aunque ya mis esperanzas
luz de la vela (1) serán,
que va perdiendo la fuerza
cuando resplandece más.
Ya los bandoleros llegan.
Medroso estoy. Hice mal
en remitir a la industria
lo que el esfuerzo me da.

(*Salen* BANDOLEROS *y* POLICENA.)

BAND. 1.º Ya tus dichas se han cumplido,
famoso don Nuño. Aquí
viene tu prenda.

POLICENA. (¡ Ay de mí!
El casto honor he perdido,
porque la esperanza muere
si hay tirana posesión.)

CONDE. (En qué apretada ocasión
el Amor dejarme quiere.
Lógrese mi engaño, ¡ Cielos!
Por mi hermano me han tenido.
Sin esperanza han vencido
sus desdenes mis desvelos.
Esta es la prenda que adoro.)
Retiraos todos.

POLICENA. Advierte
que sabré estimar la muerte
si me pierdes el decoro.

BAND. 2.º Mira que el Rey de Aragón
y el Infante castellano
desde el monte a lo más llano
con un copioso escuadrón
de monteros van cerrando
el paso a nuestro horizonte.

CONDE. Nuestra defensa es el monte;
que si el Rey viene cazando,
no ha de arriesgar su persona.
Pues si me busca, se empeña
por esa senda pequeña
que remata en la corona
de aquella montaña fría;
aunque va sobre seguro,
que el valle al rayo más puro
de sol tinieblas envía
con las sombras que desata
su capacidad amena.

BAND. 2.º Goza, pues, de Policena
su luz, cuanto hermosa ingrata,
pues pudo nuestro cuidado
hacer dichosa tu suerte:
pero en llamarnos advierte
si te vieres apretado,
qüe todos acudiremos.

CONDE. Partid, que yo haré señal
disparando el pedreñal. (1)

BAND. 2.º Por servirte moriremos.

CONDE. Bien a la fe que mostráis
vuestro valor corresponde.

BAND. 2.º ¿ Y si encontramos al Conde?

CONDE. Matalde si le encontráis.

(*Vanse los* BANDOLEROS.)

POLICENA. ¿ Pensarás, fiero don Nuño,
que en tu poder, y en el bosque, (2)
tienes segura la presa?
Poco mi valor conoces.
No es valor para ofenderte,

(1) En el impr., "aurora".

(1) El ms., "pedernal".
(2) En idem, "y en un monte".

que en mis ilustres blasones
libro mis castos deseos, (1)
como otras, en matar hombres. (2)
No puñales de Lucrecias
contra ejecuciones torpes,
que la que espera el delito
no hay tragedia que la abone.
No envidio su necia (3) fama,
porque la mujer que es noble
no tiene mucho de honrada
si no hay pasión que la ahogue. (4)
Con un sentimiento mío
de ver tu loca desorden,
daré a los Cielos el alma,
haré monumento el bosque.
Policena de Aragón,
bien lo sabes, es mi nombre,
con sangre de tantos reyes
como ellos tienen blasones. (5)
El Infante de Castilla,
primo del Rey, que dispone
sus bodas con nuestra Infanta,
sin mirar obligaciones
de los tálamos que espera,
quiere, a precio de favores,
que yo compre afrentas mías;
mas no querrá Dios que logre
sus esperanzas ninguno,
porque mi honor se compone
de iguales merecimientos
y de honestas pretensiones.
Quien pudo obligar mi pecho,
quien muros de nieve rompe,
quien, medroso y recatado,
vence con mudas razones
es, alevoso don Nuño,
tu valiente hermano el Conde,
aquel valeroso Enrique
que en moriscos escuadrones
ha sido un cristiano Marte.
Este es el que se antepone
en mi alma a los demás;
esta confesión, que a voces
hago a estos olmos y fresnos, (1)
a estos pinos, a estos robres,
del casto amor que le tengo,
que en mi pecho es roca inmoble, (2)
es, por que tú se lo digas
cuando con mi sangre borres
las pisadas de mis plantas,
que mira piadoso el bosque.
Dile al conde don Enrique
que por quien es me perdone
si escuchó desprecios míos,
y que los juzgue a favores,
pues le di en (3) ellos el alma;
y dile que, aunque me arroje
la fortuna donde el sol
pasa con rojos ardores
tostando abrasadas Libias, (4)
que de sierpes se componen, (5)
allí seré siempre suya,
allí adoraré su nombre,
y por triunfos de mi muerte (6)
firmaré que soy del Conde.

CONDE. Yo le diré cuanto dices.

(Quítase la máscara.)

---

(1) Este verso y el anterior dicen en el ms.:
"que mis ilustres blasones
libro en mi casto recelo".

(2) Después de este verso, en el ms. siguen estos otros:
"Mas, si las palmas ilustres,
los laureles vencedores,
los heroicos atributos
que el tiempo dilata en bronces,
en el despreciar la muerte
se respetan y conocen,
yo excedo en valor a aquellos
que guarda el tiempo sus nombres."

(3) En el impr., "No me lo dió loca fama".

(4) A continuación siguen:
"Un honrado sentimiento
más que los puñales rompe;
que vida en riesgos de honor
no hay dolor que la perdone".

(5) A este verso siguen:
"A no estar casado, el mío
diera a sus nuevos amores
el premio; mas de otra suerte
soy peñasco deste monte.
Muchos pretensores tengo
que vanamente se oponen,
guardando respeto al día
para atreverse de noche."
Antes de estos versos falta también algo.

(1) En el impreso, "hiedras".
(2) En el ms., "inmóvil".
(3) En el impreso, "entre".
(4) En el impreso, "lidias".
(5) Después de éste, hay los versos siguientes:
"O donde hielos de Scitia
sirven de funda a sus montes,
blanca oposición del sol,
donde sus habitadores
sobre carámbanos duermen
como el alba entre las flores".
(6) En ídem, "triunfo de mi vida".

POLICENA. ¡Válgame Dios!
CONDE. No te asombres.
POLICENA. ¿Son prodigios de estas selvas?
¿Qué nuevas transformaciones
miro? ¡Por Dios, que me digas!
CONDE. Pues he merecido que honres
mis bien nacidos deseos,
no te valgas de ilusiones
para desmentir mis dichas.
Yo soy, Policena, el Conde,
que pude escuchar milagros
de Amor. Tus vanos (1) temores
no den arrepentimientos
al bien que el Cielo conoce
en mi dichosa fortuna: (2)
pero advierte que no escoges
dueño que mandarte pueda,
sino esclavo que te adore.
Sin que me den vanidad
tus no pensados favores;
antes, si lo miras bien,
te han servido de escuadrones,
armados (3) en tu defensa:
porque, cuando en este bosque
sola como estás te hallara
y tus pasados rigores
en ejecución pusieras,
aunque Amor se pinta noble,
entre villana (4) osadía,
pienso, por amante y hombre,
que te perdiera el respeto.
Mas ya que publica a voces
tu lengua las glorias mías,
tanta deuda reconocen,
viendo que no las merezco,
que están fraguando eslabones
a las cadenas de amor;
y aunque licencias me sobren
de amantes atrevimientos,
no quiere mi amor que ignores
que por deidad te respeto,
sirviendo ya tus favores
de rayos, que te defienden
y (1) las hojas de estos bosques,
de armados soldados tuyos;
que si los Cielos disponen
que yo merezca tu mano,
no es bien que favores goce
antes que al tálamo llegues,
ni que el vulgo, siempre torpe,
publique que te has casado
forzada de obligaciones.
Hasta tu casa de campo
te seguiré, sin que toquen
tu sombra los bandoleros,
que en este disfraz se esconde (2)
su engaño y la dicha mía,
aunque es forzoso que llore
una vida que me cuesta
el verte, vida (3) de un hombre,
que en el amor y la sangre
es otro yo. Más razones
te diera; pero mis penas
es bien que tu luz las borre
de una alma que ya te sigue
como a bellísimo norte,
y no a la bárbara Scitia, (4)
donde dicen que los hombres
entre la escarcha abrigada
del templado abril se esconden,
ni donde tostando arenas,
entre espíritus feroces,
entre piélagos de injurias,
a racimos se recogen.
Allí seré siempre tuyo;
allí adoraré tu nombre,
y, por triunfo de tu vida,
firmarás que eres del Conde.
POLICENA. Tan altos modos de amor,
tan corteses pretensiones,
al mismo silencio obligan
y agradecido responde:
lo que fué exención del alma (5)
desde hoy es prisión. Perdonen
recatos de la obediencia,
que sólo al Conde conocen

(1) En el impreso, "varios".
(2) Después de este verso hay en el manuscrito éstos:

"que no es bien que se malogre
una verdad tan hidalga,
una confesión tan noble
de tu libre voluntad".

(3) En el impr., "Arnaldo".
(4) En idem, "en villanos".

(1) En el impreso, "en".
(2) En idem, "disfraz esconden".
(3) Acaso "libre", y no "vida".
(4) Este y los once versos que siguen no están en el ms. No parecen de LOPE.
(5) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

"y agradecida responden
lo que es exención del alma".

por su (1) dueño. Mas ¡ay, Cielo,
que envidia enemiga rompe
la paz de nuestros deseos!
El caballo deja un hombre
por la maleza del sitio
y con las plantas veloces
así a nosotros se acerca. (2)

CONDE. Presto hará que de él se informen
los ojos.

POLICENA. ¡Turbada estoy!

CONDE. Ya vencieron los temores
al valor. El Rey es ése.

POLICENA. Pues, Enrique, demos orden
en (3) que a su poder no vuelva,
que es atrevido por hombre,
y por quien es, confiado.
Mira que sus pretensiones
en esta ocasión las libra,
porque no ha venido al bosque
a cazar fieras. Mis pasos
sigue como tierno Adonis;
yo soy la caza que él busca.

CONDE. No sé qué consejo tome
en tantos peligros juntos,
porque si el Rey me conoce,
pensará que me disfrazo
para robarte en el bosque,
y con la ley del poder
no habrá leyes que me abonen
en su tribunal de celos,
pues si con máscara y nombre
de bandolero me encubro,
será fuerza que se arroje
a matarme y la defensa,
por natural en los hombres,
es fuerza, cuando me apriete,
que el valor y esfuerzo cobre
para ofenderle. ¡En qué estrecho
mi amor y tu (4) honor me ponen!
Mas llega el Rey. En vano
busca el alma prevenciones
donde el discurso tropieza
en los peligros que escoge.
Este es menor, por ser mío,
pues muero encubriendo el nombre.

(1) En el impreso, "mi".
(2) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

"y con las islantas se encoge
para cubrir su persona".

(3) En el impr., "de".
(4) En ídem, "tu amor y mi honor".

(Pónese la máscara y sale el REY *sacando la espada.)* (1)

REY. ¡Bárbaro! Ya que en delitos
das bruta fama a estos robres,
perdiendo al Cielo el decoro
como el respeto a mi nombre,
¿cómo al sol te has atrevido?
¿Hubo en pechos de ladrones
atrevimientos tan altos?
¿Atreviéronse a los dioses?
Gigantes tuvieron fuerzas,
aunque el delito fué inorme;
soberbia y valor tuvieron,
pues, acumulando montes,
fueron penetrando nubes,
si bien su máquina torpe
cayó resuelta en ceniza
con rayos abrasadores.
Pues ¿cómo un ladrón cobarde
que a mis edictos se asconde
y tiembla de mis justicias
a la luz del sol se opone,
robando sus rayos de oro?
Si arrojados Faetontes (2)
no te sirven de escarmiento,
yo haré bien presto que llores
tu despeñada osadía.
Haz cuenta que soy un hombre,
sin excepciones de Rey,
que el sol que mi fe (3) conoce
con el valor le conquisto
y no con regios blasones.
Dale fuego al pedreñal,
si no te vencen temores,
y no me yerres, ladrón;
mira que este limpio estoque
he de envainar en tu pecho.

CONDE. Tengo respeto a tu nombre
y al valor de que me precio;
y aunque ventajas me sobren
para tus ofensas, Pedro,
no hayas temor (4) que se logren
en tu daño. Mi defensa
busco sólo, y para un hombre
que tan bizarro acomete,
sin que privilegios goce

(1) Esta acotación en el impreso dice: "*(Sale el* REY *de caza.)*
(2) En el impr., "Si fulminados faezontes".
(3) En idem, "en mí se".
(4) En el ms. decía "temor", y luego se enmendó "miedo".

de reino, es razón que quiera
valerme yo de armas dobles.
Mida el pedreñal el campo,
y si los Cielos disponen,
Pedro, que muera a tus manos,
tendré la muerte más noble

(*Echa en el suelo la escopeta.*) (1)

que vió soldado en campaña,
advirtiendo que perdones
defensa, que es natural.

REY. Pues quieres al fin que te honre
muriendo agora a mis manos,
haz que el furor te provoque.

(*Saca la espada el* REY.)

Llega al último ardimiento, (2)
al valor, que si te encoges
y cobardemente mueres,
daré al silencio tu nombre
para no afrentar mi espada,
y es forzoso que malogres
la gloria de haberte muerto
un rey.

CONDE. ¡Qué de informaciones
te pienso dar de mi abono
en mi (3) espada!

POLICENA. (Temo al Conde,
que, aunque es soldado y valiente,
los celos, como traidores,
pueden obligar (4) al Rey
que para matarle tome
el pedreñal. (5) Si el peligro
me da aliento, (6) haré que informe
al aire el fuego y el humo
para quitar ocasiones (7)
de las ventajas que temo.) (8)

(*Dispara al aire* POLICENA *el pedreñal.*) (9)

CONDE. ¡Perdido soy! ¡Ay de mí!—
¿Qué has hecho, mujer? ¿Conoces
el peligro de tu Rey
y en más peligros le pones?
Esta es la seña que di
a los bandoleros. Borren
mis desdichas mi opinión.

(1) Esta acotación falta en el impreso.
(2) En ídem, "ardi muerto".
(3) En ídem, "tu".
(4) En el ms., "persuadir".
(5) En el impreso, "la pistola".
(6) En idem, "miro yo".
(7) Falta en el impreso este verso.
(8) En ídem, "tomo".
(9) En ídem dice sólo "(*Dispara.*)"

(*Salen los* BANDOLEROS *que pudieren con las espadas desnudas y pónense al lado del* CONDE.) (1)

BANDOL. Alas de viento veloces
nos arrojan en tu ayuda.

REY. (¡Perdido soy! Atrevióse
la fortuna a la grandeza.
Descubrióme, y tiró el golpe.)

(*Pásase el* CONDE *al lado del* REY.) (2)

CONDE. No temas si estás conmigo,
porque a los reyes socorre
la fortuna más contraria.—
Si en opinión de ladrones
hubo sombras de piedad;
si naturaleza os pone
obligación de vasallos,
que sólo el traidor las rompe,
vuestro Rey tenéis presente;
no con mancha de traidores
aumentéis vuestros delitos,
que basta ser españoles
para llamaros leales.
Advertid que reconocen
a su rey aves y fieras,
y las estrellas menores
llaman rey al sol y viven
en su obediencia conformes.
En los prados y en las selvas
honran a su rey las flores,
y respetan al Olimpo
por su monarca los montes.
Pues si los hombres, las fieras (3)
y los brutos más feroces
conocen que tienen rey,
no aguardéis a que os informe
la muerte que, en nombre suyo,
de la punta de este estoque
alientos del pulso aguarda
para ejercitar los golpes.—
Retiraos, o ¡vive el Cielo!
si dais lugar que me enoje,
que enseñe nuevas crueldades
al furor.

(1) En el impr. faltan las diez últimas palabras de la acotación.
(2) Falta esta acotación en el impreso.
(3) En el ms., en lugar de este verso, hay éstos:

"porque entre púrpura y nieve
el alba en su frente pone
coronas de aljófar puro
por rey de los horizontes;
que si las flores, las piedras
y los brutos más feroces".

BAND. 2.º A solo el orden
que nos das obedecemos.
BAND. 1.º Pase la palabra al monte.
Retírense todos luego. (1)

(Mandan retirar la gente. Vanse.)

POLICENA. (El Cielo mis ruegos oye.)
CONDE. (¡Qué gran suerte!)
REY. (¿Este es ladrón,
capitán de salteadores?
No puede ser. Más parece
robador de (2) corazones.)
¿Dónde vas?
(Hace que se va el CONDE.)
CONDE. A asegurarte
el paso. (3)
REY. Que te perdone
cuantos delitos has hecho
piden mis obligaciones.
Este anillo es el perdón.
Parte mañana a la corte,
donde pagaré esta deuda
con merecidos favores.
CONDE. Guárdete, señor, el Cielo.
(Animoso Amor, socorre
al mayor peligro mío;
no des lugar a que (4) goce
favores de Policena
el Rey; y a mis turbaciones
permite industrias sutiles
porque su amor no se logre,
y al templo de tu hermosura,
desde el Austro a los Triones, (5)
daré holocaustos sabeos;
haré que el bálsamo llore
lágrimas que en llamas de oro
esferas del humo asombren, (6)
porque el sol aromatice
sin que los indios le adoren.)

(Vase.)

REY. Jamás las venturas llegan
solas, como las desdichas,
también se atropellan dichas
y a quien favorecen ruegan.
De un peligro conocido

(1) Falta este verso en el ms.
(2) En el ms., "salteador".
(3) En el impr., "espero".
(4) En el ms., "licencia que".
(5) En el impr., "Driones".
(6) En idem, "del mundo asconden".

me libró oculto valor,
y multiplica el Amor
las venturas que le pido.
Estas mudas soledades
me dan licencia, señora,
para merecerte agora.
No conquistes majestades,
sino voluntad y amor.
POLICENA. A quien soy debes mirar.
REY. Tiempo, ocasión y lugar
no conocen al temor.
Mía has de ser, Policena;
aquí he de gozar tus brazos.
POLICENA. Yo (1) primero en mil pedazos
mancharé la blanca arena
con mi sangre. Daré voces
a mi gente.
REY. Si te escuchan,
temen.

(Asómase TRIGUEROS *entre los árboles.)*

TRIGUER. (¿Retozan, o luchan?)
POLICENA. ¡Qué mal mi furia conoces!
Fiero verdugo he de ser
de tus (2) deseos villanos.
Quien pone en mujer las manos,
valiéndose del poder,
es villano.

(Sale TRIGUEROS.)

TRIGUER. Mal negocio:
importa a mi autoridad.
POLICENA. Aquí está su majestad.
TRIGUER. Cansada cosa es el ocio.
REY. ¿Qué dices?
TRIGUER. Que a estos ladrones,
sin que les importe el plomo,
puse a seis docenas como
cañuelas de gorriones.
REY. ¿Quién eres?
TRIGUER. Conmigo estuvo
el Conde aquí y en Toledo.
POLICENA. ¿Defendióse bien?
TRIGUER. Hay miedo.
POLICENA. ¿Peleó?
TRIGUER. Pulido anduvo.
Mi enseñanza le alumbró
líneas.
REY. (¡Que con esto venga

(1) En el impreso, "Y".
(2) En ídem, "sus".

por que suspensiones tenga
mi amor!)

POLICENA. Mi fe le envió.

TRIGUER. A un salteador revegido (1)
alcancé en unos barbechos,
con una punta en los pechos; (2)
notable dicha he tenido.
Dile una estocada fiera
que le atravesé el pulmón;
mas dile otra en un botón,
que le tapé la primera.

REY. Vete a llamar a mi gente.

TRIGUER. (Ya le entiendo.) Otra estocada,
en buen hora sea mentada,
le di al ladrón más valiente
que delantero venía.
Y si no lo ha por enojo,
fué la estocada en un ojo.
Todo fué (3) ventura mía,
pues, dándole a campo abierto
una herida tan cruel,
acertó a venir tras él
otro bandolero tuerto,
y como por el cogote
la fiera espada salió,
en la punta se llevó
el ojo del primer bote.
Y como el tuerto quería
vengar su reciente enojo,
le encajé de suerte el ojo
que hay opiniones que vía.
Lance fué de la destreza,
que, admirando su primor,
no le pusiera mejor
la misma naturaleza.
Verdad es, porque se acuerde
que yo matarle podía,
que era negro el que tenía (4)
y el que yo le puse es verde.

REY. Ya (5) te he dicho que mi gente
vayas a llamar.

TRIGUER. Ya voy.
(Estorbos poniendo estoy;
mas no hay cosa tan valiente
como un mandado real.)
¿He de llamar los monteros?

REY. Si.

TRIGUER. ¿Y algunos caballeros?

REY. Vete.

TRIGUER. Nací puntual.

REY. Necio, llama a quien quisieres.

TRIGUER. ¿Llamo al Conde, mi señor?

REY. Villano, no habrá rigor
que por castigo no esperes.
Haré que te dé una encina
por fruto.

TRIGUER. (El Rey se alborota.)
¿Soy ahorcado bellota?

POLICENA. (Si ofenderme determina,
¿qué mayor bien que morir
opuesta a su intento ciego?)

TRIGUER. Manda que me ahorquen luego,
pues no te puedo servir.

REY. Este necio me provoca.

TRIGUER. Llamé al Conde.

REY. ¿En qué ocasión?
¿Cómo?

TRIGUER. Con el corazón,
pues no puedo con la boca.
Y viene con tanta prisa
como si me hubiera oído.

REY. (¡Qué de estorbos he tenido!)

(Sale el CONDE *en su primer hábito.)* (1)

CONDE. Mi amor, gran señor, me avisa
tu peligro y vengo a darte
favor, si te importa el mío.

REY. De vuestro valor me fío,
que sois castellano Marte.

POLICENA. (Hasta en el ingenio tiene
valor. Su industria ha salido
dichosa.) (2)

CONDE. Vime perdido
y solo, y como previene
tus defensas mi opinión,
por lo que importa a tu vida,
la diligencia vencida
me trujo a buena ocasión,
aunque ya de los monteros
que acaudillaba el Infante
el escuadrón arrogante
huyó de los bandoleros.
Mi hermano don Nuño y yo

---

(1) En el impreso, "reuegido". En el ms., "rebejido".
(2) En el impr., "y le di en aquellos pechos".
(3) En idem, "Voto fué".
(4) En idem, estos dos versos dicen:
"que yo matarle queria,
que era negro el que traía".
(5) En ídem, "Yo".

(1) En el impreso, sólo "*(Sale el* CONDE.)"
(2) En ídem, "sutil".

les seguimos; mas su estrella
sus intentos atropella,
pues en mis brazos murió.
(Así encubro su delito.) (*Aparte.*)

REY. Y yo vengaré su vida
en el ladrón homicida.
Dejaré en el monte escrito
el castigo y la venganza.

CONDE. Volvió a ganarles la presa
el Infante, heroica empresa,
por quien nombre eterno alcanza.
Al fin se libró don Juan,
el padre de Policena.

POLICENA. (El Cielo mi dicha ordena.)

CONDE. Y ya en tu presencia están,
cuidadosos de tu vida. (1)

REY. (¡Jamás los trujera el Cielo,
pues en su necio desvelo
miro la ocasión perdida!)

(*Salen el* INFANTE *y* DON JUAN, *padre de* POLICENA.)

INFANTE. Señor, ¿pues así te arrojas
sin prevención donde pueda
tu persona aventurarse?

REY. Infante, estando tan cerca
el Conde no hay que temer.

D. JUAN. Si de importancia le fuera
mi abono, testigo soy
que se arrojó a la maleza
del bosque (2) en defensa mía
contra la escuadra más fiera
de bandoleros, y agora,
aun sólo con la presencia,
está guardando mi casa.
(¡Quiera Dios que el Rey me en- [tienda
y sus pretensiones deje
pues tanto me ofende en ellas!)(*Ap.*)

REY. Tiénele ya acreditado
su fama.

D. JUAN. Por esta deuda
a que estoy reconocido,
pedir al Conde quisiera,
mientras en el campo asiste
cazando, que en mi pequeña
casa hospedaje reciba,
cuando no como merezca,
como piden mis deseos.

REY. (¿Hubo petición más necia?
¿Este estorbo he de tener
en su casa?)

INFANTE. (¡Muy bien medra
mi esperanza, cuando el Conde
mis casamientos concierta
con la Infanta! Mal podré
pretender a Policena
estando en su casa Enrique.)

D. JUAN. Yo pienso que no desea
el Conde que agradezcamos
con las obras nuestra deuda.

TRIGUER. A las suyas (1) me remito.

REY. Primo, escucha.

CONDE. (Imagen bella,
que mis sentidos adora,
eres tú. ¿Cómo pudiera,
cuando a tu templo me llames,
negarte la reverencia?
Y en fe de que reconozco
el bien que darme deseas,
te doy esta prenda hermosa [das (2)
que me dió el Rey, por que entien-
que son las mercedes mías (3)
para que tú las poseas.
(*Dala la sortija.*) (4)

POLICENA. Como prenda tuya, Enrique,
la estimo.)

D. JUAN. (Siempre se precian
de entender los castellanos
las palabras y aun las señas.
Pues ¿cómo, Enrique, no alcanzas
que el suplicarte defiendas
mi casa, no es de ladrones?
Bastante gente hay en ella
para guardar mi persona. (5)

---

(1) El impr., "cuidadoso de mi vida".
(2) En ídem, "sitio".

(1) En el impr., "obras".
(2) En el ms., "adviertas".
(3) En el impr., "mas".
(4) Falta en el impr. esta acotación.
(5) Después de éste siguen los versos:

"sólo mi honor se encomienda
a tu valeroso amparo:
no hay criados que se atrevan
a negar la entrada a un rey.
En esta infelice prenda.
castellano don Enrique,
mi vida estriba: no quieras
negar, si eres caballero,
a tu misma fe esta deuda.
Con públicas pretensiones
solicita el Rey mi afrenta;
viejo soy, fuerzas me faltan;
pues en ti hay valor y hay fuerzas,".

Pues tienes valor y fuerzas,
defiende, Enrique, mi honor.

POLICENA. Pues ¿qué caballero hubiera
que no aceptara (1) el amparo?

CONDE. Seré honrosa centinela
de vuestra casa, don Juan,
y aunque por guardarla (2) pierda
mil vidas, os doy palabra
de serviros siempre en ella
hasta que en felice estado
gocéis vuestra hermosa prenda.)

TRIGUER. (Como bobo es nuestro yerno.)

D. JUAN. (Para mí no hay más firmeza
que vuestra palabra, Conde.

POLICENA. Y yo soy fiadora en ella.)

TRIGUER. (¡Por Dios, que ha metido en casa
el caballito de Grecia!)

REY. (¡Qué bien desvelé al Infante
para que mi amor no entienda!)

INFANTE. (Por cuanto vale Castilla,
no quisiera que entendiera
mi amor el Rey, cuando trata
que su misma hermana sea
mi esposa.)

D. JUAN. Señor, el Conde,
mientras el calor se templa
de julio, será en el campo
mi huésped.

REY. Y no se emplea
tan mal que no cause envidia.

CONDE. Que os vaya sirviendo es fuerza.

REY. Ya no es (3) menester, que tengo
mi casa de campo cerca;
pero quiero que por mí
hagáis cierta diligencia.

CONDE. Mandarme podéis, señor.

D. JUAN. (¿Qué puede ser?)

REY. (Una empresa
amorosa es la que sigo,
y vos sois la guarda puesta
contra mis cuidados, Conde;
que estando en su casa es fuerza
que vos la guardéis, querría,
ya que sois Argos en ella,
que con vos pueda yo tanto,
que vuestros ojos se duerman.
Esto en amistad os pido,
porque una noche quisiera
sacar...

CONDE. (¡El Cielo me valga!)

REY. De su casa a Policena.

CONDE. Teniendo tantos criados
don Juan, no sé si lo aciertas.

REY. No importa, que un hombre solo
que he de llevar dará muestras
de lo que servirme estima.

CONDE. Y ¿quién es, por que yo sepa
a quién he de (1) dar lugar?

REY. Un bandolero, que enseña
con el valor cortesía
y que ha sido en mi defensa
otro romano Escipión.
Dile por segura prenda
una sortija; mañana
me ha de ver, y como espera
de sus delitos perdón,
es fuerza que a Policena
me entregue, aunque el mundo todo
por su daño la defienda.

CONDE. (¡Qué caso más apretado!
¡Imitar fábulas griegas!
¿Dónde el amor me ha metido?)

REY. Conde, ¿queda ansí?

CONDE. Ansí queda.)

REY. Vamos, Infante.—Don Juan,
guarde vuestra hermosa prenda
el Cielo.

D. JUAN. Y vuestra persona,
como Aragón lo desea.

INFANTE. (Amor, a tu industria apelo,
pues a tu ley me condenas.)

TRIGUER. (¡Buena va la danza!)

(*Vase el* REY, INFANTE *y* POLICENA.) (2)

D. JUAN. Conde,
no se olvide la promesa
de guardar mi honor.

CONDE. Don Juan,
antes pediros quisiera
que vos me guardéis a mí.

D. JUAN. No lo entiendo.

TRIGUER. (Ni lo entienda;
porque perderá el juicio
en averiguando cuentas.)

(1) En el impreso, "acertara".
(2) En el ms., "guardalla".
(3) En el impr., "Yo no os he".

(1) En el ms., "a quien puedo".
(2) En idem no consta esta acotación.

ACTO SEGUNDO

DEL *Amor bandolero.*

(*Sale el* CONDE *y* TRIGUEROS.)

TRIGUEROS.

Conde, ¿en qué te has metido?
Mas ¿qué haces agora el divertido,
y encubriendo tu fuego,
calzarte un guante y descalzarte (1) luego?
¡Oh, celos mal nacidos!
¡Celos bastardos! ¡Celos corrompidos!

CONDE.

¡De humor estoy agora
para escucharte!

TRIGUEROS.

Muy bien dices: llora,
pues que no desesperas.
No hay fiar de mujeres palabreras.
Ya me hubiera acordado
si ocasión, como a ti, me hubieran dado.

CONDE.

¿Qué dices? ¿Estás loco?
Yo no sé qué ocasión.

TRIGUEROS.

Ni yo tampoco.

CONDE.

Policena me estima.

TRIGUEROS.

¿Aún no conoces bien quién es tu prima?
Es la misma firmeza.

CONDE.

De ella aprende esplendores la belleza.

TRIGUEROS.

(Sigámosle el capricho.)

CONDE.

Mas tiene (2) por mi mal...

TRIGUEROS.

Muy bien has dicho.
Es mujer deleznable.

CONDE.

Que la pretenda el Rey.

(1) En el ms., "descalzallo".
(2) En el impr., "viene".

TRIGUEROS.

Pues cuando la hable,
¿qué pensarás que importa?

CONDE.

El sentimiento mismo me reporta.
¡Oh, hermosa Policena!

TRIGUEROS.

¡Primeras ocasiones de mi pena!

CONDE.

¡Que el Rey me haga tercero
de sus amores!

TRIGUEROS.

¡Oh, Monarca fiero,
tirano, Rey injusto,
bárbaro Cita y Abarimo injusto! (1)

CONDE.

Pues ¿ha de ser por eso
bárbaro un Rey?

TRIGUEROS.

Pues qué, ¿será travieso?
Bien dices; que aficiones
tienen disculpa en grandes sinrazones. (2)

CONDE.

En fin, con la cautela
que enseña el tiempo si el amor desvela,
al Rey (3) entretenía;
pero el Infante, por desdicha mía,
pretende a Policena,
y, como el Rey, me descubrió su pena.

TRIGUEROS.

¡Oh, bárbaro Perilo! (4)
¡Infante habitador del turbio Nilo!

CONDE.

El descubrir su pecho
es cosa natural.

TRIGUEROS.

Muy bien has hecho.
Discreto es el Infante.
¡Buen San Juan le dé Dios!

(1) En el ms., "Abarío adusto".
(2) En ídem, este verso y el anterior dicen:
"Bien dices: los amores
tienen disculpa en grandes y menores."
(3) En el impr., "el Rey".
(4) En ídem, "despecho".

CONDE.

¡Necio, ignorante!,
has de advertir que quiero
que me sirvas leal, no lisonjero;
otorgas cuanto digo,
y cánsasme en extremo.

TRIGUEROS.

El humor sigo
de un médico excelente,
pintado a la medida de un doliente.
Si acaso le decía: (1)
"Señor, si me sangrasen (2) quedaría
templado de este fuego."
"Cuádrame el parecer; sángrese luego."
"Estoy flaco de suerte,
que si me sangran me han de dar la muerte,
y excusarlo quería."
"Dice muy bien; excuse la sangría."
"Estoy tan desganado,
que no puedo comer ni aun un bocado
de la polla más tierna;
tiene en el alma apoplejía eterna.
Y para abrir la gana
comiera yo, señor, de una manzana;
estaré (3) luego bueno."
"Bien la puede comer, que no es veneno
como esté bien enjuta."
"Es fruta, en fin."—"Dice muy bien, es fruta;
matarle (4) ha; no la coma."

CONDE.

¿Y se cura? (5)

TRIGUEROS.

No sé; dineros toma.
Mas... ¿queréis compañeros
con ser quien inventó sepultureros?
Cada receta suya
es un responso. Para que él destruya
todo un género humano
no hay sino echalle pulsos a la mano,
pasadizo es (6) sin miedo
de todas las parroquias de Toledo.
Es un escapulario;
todos mueren con él.

---

(1) En el impr., "diria".
(2) En idem, "sangrara".
(3) En idem, "Estará".
(4) En el ms., "matalle".
(5) En el ms.: "¿Y se cura con él?"
(6) En el impr., "persuadildo sin".

CONDE.

¡Qué temerario
estás! (1) ¡Qué maldiciente!
Agora más te quiero diligente.

TRIGUEROS.

Pues en el alma inquieta
tengo (2) la quinta esencia de un planeta.

CONDE.

Menester será todo:
tentar la industria y acortar el modo.
El Rey pretende, ¡ah, Cielos!,
atropellando causa de mis celos,
robar a Policena,
no como Paris a la griega Elena:
con cauteloso engaño
quiere aumentar las penas de mi daño.
Descubrióme su intento;
pero a mi daño servirá de aliento:
un bandolero dijo
que ha de venirle a hablar.

TRIGUEROS.

Ya yo me (3) aflijo
de pensar que a tu historia
añades bandoleros.

CONDE.

Poca gloria
sacaron de la empresa.
Díjome el Rey, en fin, que está (4) la presa,
como él venga, segura.
Llamando está a la puerta la ventura.
Yo soy el bandolero.

TRIGUEROS.

¡Dios sea conmigo!

CONDE.

Que fingirlo quiero.
Es el que yo te digo;
y disfrazado, haciendo al Rey testigo
del mismo robo, pienso
llevarme a Policena.

TRIGUEROS.

No dispenso.
No me conformo.

---

(1) En el impr., "eres".
(2) En idem, "traigo".
(3) En idem, "Ya me".
(4) En idem, "que va".

CONDE.

¡Necio!
Por la prenda que gano ¿es poco (1) precio
la vida que aventuro?

TRIGUEROS.

Y yo en este disfraz ¿iré seguro?

CONDE.

Tú has de venir conmigo
disfrazado también.

TRIGUEROS.

¿Tanto testigo?
¿No basta el Rey?

CONDE.

Advierte
lo que has de hacer agora.

TRIGUEROS.

¡El trance es fuerte!

CONDE.

Que al Rey le digas quiero
que te dió este papel un bandolero
que al pie de esa montaña
te habló.

(Dale un papel.)

TRIGUEROS.

Ya estoy bien ducho (2) en la maraña.

CONDE.

Has de llegar turbado.

TRIGUEROS.

No hay que advertir, que yo tendré cuidado.

CONDE.

¿Hubo más confusiones
nacidas de unas mismas ocasiones?
Ya soy nuevo Teseo. (3)
Laberinto es la casa en que me veo.
No hay trance de batalla
más temido y cruel, pues para hablalla
el Rey con más sosiego,
sin saber que es la causa de mi fuego,
que oculto se levanta,
a casa de don Juan trujo la Infanta,
como si no tuviera
en su casa de campo la ribera

(1) En el ms., "corto".
(2) En el impr., "drecho".
(3) En ídem, "Yo soy Maboteo".

del Ebro, donde quiso
dejar copias del Sol el Paraíso.
Ya estoy determinado;
vencerá mi advertencia su cuidado:
que fuera cobardía
dejar la empresa, si la empresa es mía.

(Sale el REY.*)*

REY.

¿Conde?

CONDE.

¿Señor?

REY. (1)

La Infanta
muestra tanto disgusto, que adelanta
nuevas melancolías
a la ocasión mejor, de penas mías.
Al jardín viene agora
con Policena.

CONDE.

Mucho el Rey ignora
la causa de su pena.
Celos bien claros son de Policena:
como la habla el Infante.

REY.

Sentiré que su mal pase adelante.

CONDE.

Como ha de irse a Castilla,
que comience a sentir (2) no es maravilla
la pena de tu ausencia.

REY.

Más siento yo el rigor de una sentencia
que siempre me amenaza,
siendo el delito de amor (3) sola una traza,
animo (4) el bien que espero,
y ésa ha faltado ya, que el bandolero
a verme no ha venido
y se ha pasado el plazo prometido.

CONDE. (5)

De Rey son los favores
que suplen a las fuerzas inferiores.

(1) En el impr., "TRI."
(2) En ídem, "tener".
(3) En ídem, "debido amor".
(4) En ídem, "a mí en".
(5) El CONDE dice antes estos versos:
"¿Si el temor le detiene
de sus delitos?
REY.
¿Cómo, si ya tiene

Si lo que dijo oyeras,
menos su fortaleza encarecieras.
Yendo yo a Zaragoza,
cuando la noche privilegio goza,
con que (1) destierra el día
entre las sombras de la noche fría,
sentí rumor de gente;
paré el caballo y me detuve enfrente,
y escuché a tu soldado
que de reñir contigo estaba honrado;
y en discurso prolijo
dijo a los suyos...

REY.

Conde, ¿qué les dijo?
¿Que teme mi grandeza?
¿Que haya sentido en mi valor tibieza
de soles? ¿Que mi espada,
que ha sido en nuestro polo respetada,
con muestras inferiores,
mostró flaqueza o engendró temores?
¿Qué bandolero es éste?
Temiendo estoy que la opinión me cueste,
y a su valor arguyo,
a costa de mi honor, que el valor suyo
en trances tan honrados
publicará sin duda a sus soldados.
Y si él no se juzgara (2)
superior a mi brazo, no dejara
el pedreñal perdido;
que fué arrogancia, si respeto ha sido.
Dejó el (3) arma de fuego,
sacó la espada, y con galán (4) sosiego
reconocí (5) la mía.

---

una sortija mía,
prenda de su perdón? ¡Desdicha mía
que un hombre tan valiente
me falte en la ocasión!

CONDE.

Supla la gente
lo que pudiera él solo.

REY.

Mi amor en el secreto lo hace solo:
mientras menos criados
vivieran los delitos más honrados.
Y el hombre que esperaba,
si armado Alcides con la fuerte clava,
feroz le acometiera,
en singular batalla le venciera."

(1) En el impr., "cuando".
(2) En idem, "mostrara".
(3) En idem, "dejóle".
(4) En idem, "fatal".
(5) En el ms., "reconozco".

Llegó luego su agreste compañía,
y a mi lado se puso;
dióme favor y me dejó confuso.
Y claro está que piensa
que el valor que le iguala le hace ofensa.
Pues ¡vive Dios! que estriba
mi vida en mi opinión, mi honor me priva.
De majestades vanas
veré las cumbres de ese monte llanas.
Yo solo he de buscalle,
y si ha hablado en mi ofensa he de matalle.
¡Si viene con más gente
que Horacio retiró guardando el puente!
¡Estoy de enojo ciego!

CONDE.

Escucha agora, y matarásle (1) luego:
"Estando yo seguro,
el Rey me acometió; no le figuro
por lo que representa;
por un soldado sí, que a matarte alienta
con tan nueva osadía,
que copia de su imagen parecía.
Un rasgo (2) fué Pelayo
de este varón. No se desata (3) el rayo
de la rompida nube
con violencia mayor. ¡Qué necio anduve
en perder la ventaja,
que aunque furor la acción humilde y baja,
el pedreñal pudiera
defenderme la vida, y la perdiera
si no llegarais luego,
que de la suerte que en la plaza el juego
de provechosa esgrima
llega el soldado cuando en poco estima
al opuesto enemigo,
así entró Pedro a batallar conmigo.
La pistola francesa
me vió en las manos; no temió la empresa;
antes, bizarro y fuerte,
mostrando en cada acción con una muerte,
me dijo, ardiendo en ira:
"No me yerres, ladrón; apunta y tira;
"pues hay quien te provoque,
"advierte (4) que he de hacer el limpio estoque
"la vaina de tu pecho."
No me he visto jamás en tanto estrecho,
¡por los Cielos sagrados!,

---

(1) En el impr., "mataréle".
(2) En idem, "rayo".
(3) En idem, "descubre".
(4) En idem, "tente".

con ser quien dió a Genil despedazados
más moros andaluces
que en ese monte se descubren cruces.
Faltóme el ardimiento,
perdí el color en tan sobrado aliento.
Pedro, mil siglos vivas,
en bronce vividor (1) tu nombre escribas,
por blasón de la fama
que en eternas pirámides derrama (2)
por fuerte caballero."
Esto dijo el ladrón, y esto refiero.

REY.

¿Que, al fin, de espada a espada,
confesó que la mía salió honrada?
Estimo esos blasones
por no ver mi opinión en opiniones.

CONDE.

Tú mismo la has tenido,
tú mismo tu valor has ofendido.
Cuando soldados veas
atropellando bárbaros, no creas
que en el valor te igualan,
que son sus hechos rasgos (3) que señalan,
imitando a sus Reyes,
que saben dar vitorias como leyes.
En todas ocasiones,
en singular batalla, en escuadrones
de extraña y propia gente,
el Rey ha de pensar que es más valiente.
Y si la sangre cría,
en siendo noble esfuerzo y valentía
en que el pecho se ampara,
quien la tiene real cosa es bien clara
que vendrá a ser la fuente
donde aprenda valor el más valiente.

REY.

Eres, al fin, soldado
con el valor del pecho acreditado.

CONDE.

Señor, la Infanta viene
ya del jardín.

REY.

Y Policena tiene
posesión de mi vida.

CONDE.

(Y mi esperanza del poder vencida.)

(1) En el impr., briuidor".
(2) En el ms., "te llama".
(3) En el impr., "rasgón".

(*Sale la* INFANTA, POLICENA, INFANTE, DON JUAN *y las* MUJERES *que* [*se*] *pudiere.*) (1)

INFANTA. ¿No es muy discreto el Infante?
POLICENA. Tú lo sentirás mejor.
INFANTA. Mírale con más amor.
No porque yo esté delante
le has de negar los favores
que tiene ya merecidos.
POLICENA. (Ya son celos conocidos.)
Mucho me pesa que ignores
quien soy.
INFANTA. ¿No eres Policena
de Aragón?
POLICENA. ¿No hay más que espe-[res (2)
de honra y valor?
INFANTA. Ya sé que eres
para su dama muy buena.
POLICENA. Para su esposa lo soy,
y tan bien como...
INFANTA. Esos bríos
más parecen que son míos;
pero agradece que estoy
en presencia de mi hermano,
que los celos que me das
vengara.
POLICENA. Engañada estás.
Pretende el Infante en vano,
puesto que ha de ser tu esposo.
INFANTA. ¡Qué arrogantes bizarrías!
POLICENA. Son obligaciones mías.
INFANTA. Desmentir será forzoso
tu necia disculpa. Yo
bien sé que le das favores;
tu rostro, en rojas colores,
mis sospechas confirmó.
POLICENA. De corrida estoy turbada,
y del desprecio ofendida.
INFANTA. Yo sé que no estás corrida
tanto como enamorada;
pero algún día...
POLICENA. (¿Hay rigor
tan fuerte como los celos?
¡Dalde desengaños, Cielos,
si os mueve a piedad mi honor!)
INFANTE. (¡Que la Infanta venga a ser
verdugo de mis deseos!)
D. JUAN. Ya son jardines hibleos,
pues han merecido ver
a vuestra alteza.

(1) En el impreso, "*y acompañamiento.*)"
(2) En ídem, "espere".

INFANTA. Las fuentes
me agradan por deleitosas; (1)
están a la vista hermosas.

REY. (Dos soles en dos orientes
estoy mirando en sus ojos.)

CONDE. (Abrasado estoy de amor
y celos.)

INFANTE. (Nuevo rigor,
para acabarme (2) de enojos,
muestra, Conde, Policena.

CONDE. No hay que espantar si la mira
la Infanta.

INFANTE. Aun al sol admira
su frente, de luces llena.)

POLICENA. ¡Válgame el Cielo! (3)

(Hace que cae POLICENA.) (4)

INFANTA. Cayó. (5)
(En la cuenta había de ser.)

REY. No hay caída que temer
cuando un Rey la mano os dió.

INFANTE. (Conde, la vida trocara
por aquel favor.)

REY. (¿Qué veo?
¿Es ilusión del deseo
que siempre (6) en agravios pára?
¡Vive Dios, que Policena
tiene mi sortija!)

INFANTA. Hermano,
pues ¿tiene tan buena mano
vuestra alteza?

REY. No es muy buena.

INFANTA. Ya sé que hay otra mejor.

INFANTE. Claro está que no es la mía.

POLICENA. (Conde, más galán quería
al galán que doy favor.
El que mi esposo ha de ser
no ha de perder ocasiones.

CONDE. Pues ¿en qué ocasión me pones
que yo la pueda perder?)

POLICENA. (¡Cielos, ayudadme agora!
Para remediar su daño
padeció mi amor engaño:
ya desengaños adora. (7)
Aquesta sortija es
tu prenda; toma, y advierte
que sabré estimar mi suerte.
Vamos, que es hora.

CONDE. Después.)
(¿Qué novedad me ha eclipsado
tan presto el sol por quien vía
luz de tan alegre día?
¡Cuánto descubre un cuidado!)

INFANTA. Prevengamos valedor
si otra vez has de caer.

POLICENA. Ya no será menester.

INFANTA. Siempre es dichoso el valor. (1)

(Vanse, y queda el CONDE *solo y sale* TRIGUEROS.) (2)

TRIGUER. ¿Es hora?

CONDE. Sí; ya te espero.
Esta sortija has de dar
también al Rey.

TRIGUER. ¿Declarar?

CONDE. No hay que declarar. No quiero
favores que haya tenido
Policena en su poder.
Al Rey se la has de volver,
pues fué suya.

TRIGUER. Pues ¿qué ha habido? (3)
¿Qué hierba has pisado? ¿Celos?

CONDE. Diráslo al Rey...

TRIGUER. Ya te entiendo.
De que me adviertas me ofendo,
que me cuestan mil desvelos.
¿Tu historia no me dijiste,
que al (4) bandolero la dió (5)
por varios casos?

CONDE. Consiste, (6)
amigo, en tu diligencia
toda la ventura mía.

(1) En el ms., "ingeniosas".
(2) En idem, "matarme".
(3) En el impr., "¡Válgame Dios!"
(4) En el ms., "*(Tropieza* POLICENA *y dale la mano el* REY.)"
(5) En el impr., "Cielo".
(6) En el ms., "solo".
(7) Este y los versos siguientes están en el manuscrito así:

"y en fe de mi libertad
te vuelvo, pues tuya es,
tu prenda. Vamos, después...
CONDE. Señora, ¿qué novedad
es ésta? ¿Quién ha eclipsado".

(1) En el ms., "favor".
(2) En ídem, "*(Vanse todos acompañando a la* INFANTA. *Sale a la puerta* TRIGUEROS *y detiene al* CONDE.)"
(3) En el ms., "Estás perdido".
(4) En el impr., "Cual".
(5) En ídem, "diste".
(6) Falta un verso a esta redondilla, que, además, es defectuosa en la rima.

TRIGUER. Yo lo haré; mas no querría
que llegue hacer experiencia
el Rey de mi mal gobierno.

CONDE. Que se llegue a descubrir
¿qué importa?

TRIGUER. Enviarme a servir
con dos (1) lanzas al infierno,
porque estos son los favores
de los pobres alcagüetes:
si en el infierno jinetes,
en el mundo corredores.

(*Vase.*)

CONDE. ¿A quién pudo suceder
lances tan atropellados,
que se despeñan cuidados
para volver a caer?
Mi amor ha venido a ser
pajarillo a quien desvela
propia y natural cautela,
que tierna al pecho se fía,
y en el mismo pecho cría
plumas con que, huyendo, vuela. (2)

(*Sale, el* REY.)

REY. Cierra esa puerta.

CONDE. (Jamás
pára la adversa fortuna,
si se ha levantado alguna,
para despeñarse más.)
Ya está cerrada la puerta.

REY. En fin, que a pedirte vengo
un consejo.

CONDE. Siempre tengo
la puerta del alma abierta
para servirte, señor.

REY. Tú mismo me has confesado
que aquel hombre, aquel soldado,
bandolero o salteador,
dijo que sintió en mi espada
valor a la suya igual, (3)
y él, con trato desleal,
dejó su opinión manchada.
Hame ofendido, y si callo
sin la venganza, ¿qué espero?

CONDE. ¿Qué dices? (Mi daño infiero.)

REY. Estoy resuelto a matallo.
Mi causa en tus manos dejo.
Mira el consejo que das.

CONDE. Pues si tan resuelto estás,
¿para qué pides consejo?

REY. Advierte bien lo que digo
y aconseja sin pasión,
porque en mi resolución
has de ser parte y testigo.
Lo primero, no es ladrón.
(Sólo de mi amor lo es.) (1)

CONDE. Pésame, señor, que estés (2)
con tan (3) celosa pasión,
pues no has de poder tomar
el consejo que has pedido.

REY. En dejándote advertido
me podrás aconsejar.
Vile, al fin, con Policena;
sólo en el bosque (4) mi amor
pudo advertir, y el favor
que me dió más le condena.
Nobleza y prendas (5) se encubre
con el disfraz, esto es cierto,
que no viniera (6) encubierto
a quien su pecho descubre.
Si Policena tuviera
temor del traje feroz,
con el alma y con la voz
favor a su Rey pidiera.
Pero en su blando sosiego
sentí que le conocía,
y que, serena, admitía
quejas de un amante ciego.
Dióme palabra de verme.
No me vió; (7) faltó a la fe,
y aunque más yo le excusé (8)
es cierto viene a ofenderme.
Dime (9) agora qué he de hacer,

(1) En el impreso, "seis".
(2) Aquí hay una décima en medio de redondillas.
(3) Después de este verso, siguen en el ms.:

"y hoy, con trato desleal,
dejó su opinión manchada.
Alabó siempre mi espada,
y en corresponderla mal
hame ofendido, y si callo".

(1) En el impr., "eres".
(2) En ídem, "eres".
(3) En el impr., "tu".
(4) En ídem, "ver que".
(5) En ídem, "poder".
(6) En ídem, "estuviera".
(7) En el ms., "quebróla".
(8) Este verso y el siguiente dicen en el ms.:

"y, aunque más se encubre, sé
que viene para ofenderme".

(9) En el impr., "Mira".

con quien sé que me ha ofendido;
el consejo que te pido
por obra (1) lo he de poner.
Por vida de Policena,
mira que de ti me fío.

CONDE. Si fuera el suceso mío
y me excusara la pena
de traidor o desleal,
tuviera aquí por mejor
que me matara un traidor
que no aconsejarte mal.
Lo primero, el desafío
se niega al que es inferior,
aunque le sobre el valor,
este es sentimiento mío.
En ocasión apretada,
que sin prevenir sucede,
con su mismo esclavo puede
un señor sacar la espada.
Mas después, si el enemigo
inferior llega (2) a ofender,
entonces no vendrá a ser
venganza, sino castigo.
Rey eres, y el que has pensado
que te ofende no te iguala,
y la ley (3) no le señala
campo, aunque te haya agraviado. (4)
Mas falta satisfación
de tu ofensa, (5) y ha de ser
sin que llegues a perder
punto en tu reputación.
Si sabes quien es, te importa
que él te confiese rendido
que jamás ha pretendido
la ofensa tuya, y no es corta
la satisfacción que obliga (6)
a que se desdiga un hombre,
porque no hay a quien no asombre
ver que un noble se desdiga.
Si por honrado quisiere
sustentar en dicho o hecho
el agravio que te ha hecho,
ya no hay clemencia que espere;
puedes matallo, (7) señor,
para castigar su brío,
y no será desafío
donde se empeña tu honor,
pues no llega a prevenirse
que no es pasada pasión,
sino presente ocasión
que dió por no desdecirse.
A esto estás obligado
en tu celoso tormento.
Esto juzgo y esto siento
por la vida que has (1) jurado.

REY. Pues, Conde, si eso es ansí,
tú tienes obligación
de darme satisfación,
o habrás de mirar por ti.

CONDE. Señor, ¿qué dices?

REY. ¿No entiendes?
¿Es tan obscuro el abismo?
Tú eres juez, y eres el mismo
que en el delito me ofendes.
¡Vive Dios, que has pretendido
a Policena!

CONDE. Señor,
ni me acobarda el temor
ni el delito presumido,
y mil veces moriré
en el tormento más fiero
que inventó el rigor, primero
que satisfación te dé.
Porque si no he de sacar
la espada contigo aquí,
porque tienes sobre mí
jurisdición de matar,
y yo quede por quien soy
sujeto a afrentosa mengua
si te desdice la lengua
de la opinión en que estoy,
me resuelvo ya a esperar
tu ejecutivo poder,
pues no he de satisfacer,
supuesto que he de callar.

REY. (2) Callando me has confesado
lo que yo pretendo aquí.

CONDE. Díceslo tú, y será ansí.

REY. Pues ¿cómo te has condenado
justificando la ley?

CONDE. Porque es más sano partido
el quedar por convencido
que no desmentir a un rey.

---

(1) En el impreso, "Vuestro".
(2) En el ms., "quiere".
(3) En el impr., "y cae él y".
(4) En ídem, "agraciado".
(5) En ídem, "en tu nombre".
(6) En ídem, "elija".
(7) En ídem, "matarle".

(1) Suplida esta palabra por el ms.
(2) En el impr., "CONDE."

REY. Pues si confiesas, ¿qué esperas,
si ves que te he (1) de matar?
CONDE. Yo he de morir y callar,
por más que ofenderme quieras.
REY. La sortija que le di
al bandolero aquel día,
si no es ilusión la mía,
en este instante la vi
en poder de Policena,
clara señal que tú fuiste
el que después se la diste.
CONDE. Tu sospecha me condena.
REY. Pues ¿qué haré para salir (2)
de tan peligroso enredo?
Niega, pues.
CONDE. Tampoco puedo,
porque te he de desmentir.
REY. Y en sospecha tan incierta,
¿qué haré por que no me engañe
mi amor?
CONDE. Que te desengañe
la verdad.
REY. Abre la puerta.

(*Sale un* PAJE.) (3)

PAJE. Aquí está un hombre, señor,
en traje de bandolero,
que quiere hablarte.
REY. Ya espero.

(*Sale* TRIGUEROS *de bandolero ridículo, con alpargates y antojos.*) (4)

TRIGUER. (¡Válgame San Salvador!) (5)
CONDE. (Notable viene Trigueros.)
PAJE. ¿Bandolero y con antojos?
TRIGUER. Si soy, no le cause enojos,
letrado de bandoleros.
REY. ¿Qué quieres?
TRIGUER. Mi capitán...
CONDE. (Bien finge, bien se demuda.)
TRIGUER. Desde el bosque te saluda,
y cuantos con él están.
REY. ¿Qué hombres tiene?
TRIGUER. Ayer hicieron
la reseña por los nombres.
Hay cuatrocientos mil hombres.
REY. De Jerjes no lo dijeron.
CONDE. Cuarenta querrá (1) decir.
TRIGUER. Sí, señor; cuarenta dije.
(¡Vive Dios, que ya me aflige!
Más seremos que el mentir.) (2)
CONDE. (Con qué medrosas quimeras
finge Trigueros temor.)
TRIGUER. (Quejoso está mi señor,
y estoy temblando de veras.)
REY. Tu capitán ¿qué pretende?
TRIGUER. Ganar a Jerusalén.
CONDE. (¿Qué dice este loco?)
REY. Bien.
TRIGUER. (Ya la dilación le ofende.) (3)
Esta sortija me dió
para que por ella creas
que tendrá lo que deseas
efecto, y lo firmo yo.
REY. (¡Válgame Dios! Esta es
mi sortija. Estoy corrido.)
Enrique, perdón te pido,
y si hay humano interés
que las deudas satisfaga,
de tu fe y de (4) mi amistad,
dispón de mi voluntad.

---

(1) En el impr., "has".
(2) En idem, "Pues que ha reparar salí".
(3) En el ms.: "(*Abre la puerta el* CONDE *y sale un* CRIADO.)"
(4) En el impreso, "(*Sale* TRIGUERO.)"
(5) En idem, después de este verso, hay este otro:

"De bandolero adivino,"

que sobra.

(1) En el impreso, "que era".
(2) Asi en ambos textos.
(3) Después de este verso, sigue el ms. así:

"Pide liga, el Parlamento
vencerá y los potentados
le ofrecen nueve ducados.
CONDE. (¡Qué desatinado intento!)
TRIGUER. Dinamarca le ha ofrecido
mil hombres de más de marca:
harto ha hecho Dinamarca.
REY. ¡Buen humor! ¿A qué has venido?
TRIGUER. Dirálo aqueste papel.
(*Dale un papel a leer.*)
REY. Sospechas y confusiones
hallo en sus breves renglones.
(*Dale el* REY *el papel al* CONDE.)

"Desconveniencias de esta gente, como atrevida y resuelta, han suspendido la obediencia que debo a Vuestra Majestad y la ejecución de mis deseos; pero mañana, sirviéndome de amparo la noche, con solo un soldado mío, cumpliré la palabra que di a Vuestra Majestad, aventurando la vida en su servicio. De esta montaña."

REY. (Con celoso desatino
culpé al Conde, y su lealtad
trujo en hombros la verdad
que a desengañarme vino.)"

(4) El impreso, "de mi amor y mi".

CONDE. El desengaño es la paga.
REY. De celoso te ofendí;
pero si ofensa no hubiera,
de lisonja te sirviera
lo que sospeché de ti;
porque si el hombre encubierto
a mi valor le igualé,
y que eras él sospeché,
que te di lugar, es cierto,
sobre Alejandro y Aquiles.
CONDE. Más precio tu desengaño
que tu favor.
REY. ¡Caso extraño!
¡Qué bajos son y qué viles
los celos! Temor me dieron
de nuevo competidor.
TRIGUER. ¿Voy despachado, señor?
REY. Jamás servicios se hicieron
tan grandes a rey ninguno.
Toma, en señal de mi fe,
esta cadena.
TRIGUER. Sí haré,
que temo el ser importuno.
REY. ¿Que vendrá mañana, en fin?
TRIGUER. Digo que vendrá mañana.
REY. (1) Es ocasión soberana
si es el premio un serafín.—
Conde, por la falsa puerta
del jardín la he de robar.
Mira en qué me has de ayudar.
CONDE. Señor, en dejarla abierta.
REY. Con eso no habrá mercedes
que no te ofrezca mi amor,
que al fin me haces (2) señor,
de un cielo.

(*Vase.*)

TRIGUER. Allá lo veredes.
El Agrajes no diré,
porque es ya civilidad.
CONDE. Engaños de amor, premiad
con más engaños mi fe. (3)

(*Vanse. Sale* POLICENA *al corredor.*)

POLICENA. Con temor llego al balcón.
¿Por qué permiten los Cielos (4)
que el breve espacio que aguardo
hoy me sirve de tormento?

(*Sale el* CONDE, TRIGUERO, *un* CRIADO *del* REY.)

CONDE. Esto has de hacer.
TRIGUER. Si mañana
la has de robar, ¿qué recelo
tienes de que la hable el Rey
por el balcón?
CONDE. Eres necio.
Palabras de un rey amante
ablandan montes de acero.
Hay por aquí caserías
que casi forman un pueblo
de pastores de don Juan;
y el Rey y el Infante puestos,
sin descubrirse el amor,
hacen de noche terrero (1)
de este sitio disfrazados,
y que yo les guarde el puesto
me han pedido.
TRIGUER. ¡Fuerte caso!
¿No le pueden guardar ellos?
CONDE. Con la traza que hemos dado (2)
han de pensar que obedezco
su gusto, y hemos de hacer
que salga vano su intento.
Llégate (3) a hablar al balcón.
CRIADO. (¿Hubo semejante enredo?
Sabrálo el Rey, mi señor,
para que ponga (4) remedio.
La obscuridad me defienda.)
TRIGUER. (Ya estoy contemplando un leño

(1) En el impr., "TRIG."
(2) En idem, "debes".
(3) En el ms.: "(*Vase a la ventana* POLICENA, *de noche.*)"
(4) Después de este verso, en el ms. siguen éstos:

"que el breve espacio que ofrece
la noche en mudos silencios
para hablar al Conde, en tanto
que mi padre rinde al sueño
los fatigados sentidos
lo trueca Amor en tormento?
Temiendo estoy a la Infanta
que, con engañados celos,
no me deja, porque piensa
que yo al Infante pretendo.
Pero si el Conde llegare,
viera desengaños luego
y él en mi satisfacción
viera el amor de mi pecho;
que, aunque vive dentro en casa,
con tan recatado encierro
me guarda agora mi padre,
que hablarle en casa no puedo."

(1) En el ms., "tercero".
(2) En el impr., "En la trazo que mostrado"
(3) En idem, "El sale".
(4) En el ms., "busque".

que le esgrime algún villano
sobre mis hidalgos huesos.) (1)

POLICENA. Un hombre se acerca aquí.

TRIGUER. ¿Hombre hacia aquí? ¡Santo Cielo!
Libradme, como a Esaú,
cuando Holofernes, su yerno...
¡Vive Dios! que aquesta historia
es del Testamento Viejo,
y no me espanto, que estoy
para hacer yo testamento.

POLICENA. ¿Es el Conde?

TRIGUER. Su alma soy.

POLICENA. Habla más claro.

TRIGUER. No puedo.
Si yo fuera el Conde Claros
tuviera más claro el pecho.

POLICENA. ¡Por mi vida! que digáis
quién sois.

TRIGUER. El noble Trigueros,
más que un espárrago solo
y más solo que contento,
más contento que turbado,
más turbado que protervo,
más protervo que...

POLICENA. ¡Jesús!

TRIGUER. Que todos cuatro elementos.

(Salen por un lado el REY, *por otro el* INFANTE, *de noche.)* (2)

INFANTE. (Ocupado el puesto hallo.
No es mal principio de celos.)

REY. (¡Qué bien ha cumplido el Conde
la palabra, vive el Cielo!)

CONDE. (Que están hablando al balcón:
ya mi amor pide remedio
para desvelar sospechas.)
¿Quién es?

INFANTE. El Infante.

CONDE. (Creo
que va en mi dicha.) Señor,
su intención me ha descubierto
el Rey; quiere a Policena,
y como debo respeto
a su nombre, le [he] dejado
para hablarla libre el puesto.

INFANTE. ¡Paciencia, Conde! Es el Rey.
Pero mira que te advierto
que mi pretensión le encubras.

CONDE. Si sabes que amor te debo
por Infante de Castilla,
¿qué me encargas?

INFANTE. Luego vuelvo;
quizá me dará lugar
la fortuna.)

(Vase.)

REY. (¡Furia y celos
me abrasan.) ¿Quién es?

(Llega el CONDE *donde está el* REY)

CONDE. Señor,
pues yo no he puesto remedio
a lo que mirando estás,
puedes creer que el respeto
de la persona me obliga. (1)

REY. No digas más; ya sospecho
quien es; pero bien pudiera (2)
el Infante, por lo menos,
guardalle más (3) cortesía
a mi hermana, conociendo
que está en casa de don Juan.
Esto se quede en silencio.
Conde, pretenda el Infante,
que no he de quitarle el puesto (4)
mientras él no lo dejare.

CONDE. Hízote discreto el Cielo.

REY. Queda adiós.

CONDE. Pues ¿quieres irte?

REY. Para dar la vuelta luego.)

(Vase.)

TRIGUER. Basta tu satisfación
a desengañar cien necios. (5)

POLICENA. Como el Rey vió la sortija, (6)
puede por fácil acuerdo
el dársela luego al Conde.

---

(1) En el ms. el pasaje dice, después de este verso:

"CONDE. ¡Qué temeroso que estás!
POLIC. Un hombre se acerca.
TRIGUER. ¡Cielos!
Libradme como a Esaú."

(2) Esta acotación dice en el ms.: "*(El* INFANTE *por la parte que está el* CONDE, *y el* REY, *por la otra, embozados.)*

(1) Este verso y el anterior faltan en el impreso.

(2) En el impr., "lo que puede ser: pudiera".

(3) En ídem, "Guardaréle".

(4) En ídem, "pecho".

(5) En el ms. "a desengañar a un muerto."

(6) Después de este verso dice el ms.:

"porque no volviese luego
a conformar la verdad,
se la volví y el desprecio
fingí por que la tomara".

TRIGUER. Clarísimo entendimiento
te dió el Soberano Artífice.

(*Sale la* INFANTA.)

INFANTA. ¿Dirás agora que tengo
celos sin causa? ¿Han mentido
mis ojos lo que sospecho?
¿No has visto lo que ha pasado? (1)

TRIGUER. (¡O los toros andan sueltos,
o se cae algún andamio!)

INFANTA. Si no tomare escarmiento
de este agravio...

POLICENA. Infanta, advierte...

INFANTA. ¿Qué he de advertir, cuando veo
que estás hablando al Infante,
viéndome abrasada en celos?
Las veces que te lo he dicho,
si él no fuera de tu pecho, (2)
me descubrieras tu amor,
para sosegar mi fuego.
Pero negar que le hablas,
viendo a un hombre en el terrero
que a estas horas te entretiene, (3)
¿quién puede ser?

TRIGUER. (Aún los ecos
me suenan a (4) palamenta,
paso a paso y dedo a dedo,
voy escurriendo (5) la boca.)

(*Vase.*)

CONDE. (¿Adónde se va Trigueros?)

POLICENA. Cuando la misma verdad
está sirviendo de espejo, (6)
para que tu engaño veas,
no es razón que injustos celos
tu cuerda prudencia turben. (7)

(1) Este verso, en el ms., está sustituido por estos otros:

"¿No lo estás acreditando
con tu aleve trato? ¡Pierdo
con la ira los sentidos!"

(2) Así este verso en ambos textos. Pero mejor estaría si dijese:

"Si él no estuviera en tu pecho,"

(3) Este y los tres versos anteriores faltan en el impreso. Constan en el ms. y son necesarios para el sentido.

(4) En el impreso, "meguellina palamenta".

(5) En ídem, "esquimando".

(6) En ídem, "ejemplo".

(7) En ídem, estos tres versos dicen:

"no es razón que tu cuidado,
formando injustos conceptos,
su necia disculpa atajen".

Con vergüenza te confieso
mi amor: don Enrique, el Conde,
es la pretensión que tengo
para honroso fin, señora.
Bien fácil podrás saberlo,
pues es su mismo criado
al (1) que hablaba.

(*Sale el* INFANTE.)

INFANTE. (En el terrero (2)
no hay gente; ventura es mía,
si por el Rey no la pierdo.)

CONDE. (Ya dió Trigueros la vuelta.)

INFANTA. Poco satisfecha quedo
si no oigo hablar al criado.

POLICENA. Saldrás de la duda presto.
¿Ha venido el Conde?

(*Pónese debajo del balcón el* INFANTE.) (3)

INFANTE. Agora
se apartó de mí, y sospecho
que es el que me está guardando
las espaldas; que le debo
todo el bien que estoy gozando,
como es de mi amor tercero,
como sabe que os adoro.
Cesen ya tantos desprecios,
mi bien, que si por Infante
no tengo merecimientos,
por la firmeza en amaros
vengo a pensar que os merezco.

POLICENA. ¡Válgame Dios!

INFANTA. (¡Ya me falta
la paciencia y sufrimiento!) (4)

(*Vase.*)

(1) En el impr., "Con el".

(2) En ídem, "tercero".

(3) Falta esta acotación en el impreso.

(4) Después de este verso, en el ms. hay estos otros:

"¿No basta hacer el delito,
sino que por burla y juego
te precias de que me ofendes?
No rompo agora el silencio
porque no entienda el Infante
que llego a querer con celos,
cuando tuviera más partes
que el humano entendimiento
pudo conceder a un hombre.
Pero, tú darás al tiempo
memorias de tu castigo;
porque conozcas que puedo,
cuando celos disimulo,
dar venganzas a un desprecio.
(*Vase.*)

POLIC. ¡Señora, escucha; detente!"

POLICENA. Señora, advierte... ¡Ay de mí!
¡Muerta soy! ¡Sin duda llego
al centro de la desdicha!

(*Vase.*)

INFANTE. (Que no responde sospecho
por el temor de la Infanta.)

(*Sale el* REY; FABIO, *criado.*) (1)

FABIO. Señor, la verdad te advierto.
A Policena pretende
el Conde; por el suceso
conocerás la verdad.
Su criado está en el puesto,
porque se lo dijo a él mismo
por engañarte, diciendo
que es el Infante el que habla.

REY. (¡Qué confiado y qué necio
sus palabras he creído (2)
Quiero acreditar su engaño
para apartalle del puesto.)
Infante, hacia aquesta parte
os quiero hablar.

INFANTE. (Ya sospecho
lo que puede ser. El Rey
es éste. En notable aprieto,
por haberme conocido,
me he de ver. Mas ya está hecho;
sigamos a la fortuna.)

CONDE. (Turbado el sentido tengo;
ya es mi desdicha mayor,
porque han llamado a Trigueros
y sospecho que es el Rey.
En conociéndole, pierdo
mis esperanzas dichosas.)

(*Llégase el* INFANTE *adonde está el* REY.)

INFANTE. Ya vengo a satisfaceros.
Mirad qué queréis pedirme.

REY. Villano, ¿qué atrevimiento
tu pecho cobarde engendra
para perderme el respeto? (1)

INFANTE. (Callando estoy de confuso
y de admirado suspenso.)
¿Sabéis que soy el Infante?

REY. ¿Otavio? ¡Cielo!, ¿qué es esto?

CONDE. (¡El Cielo remedio ponga!)
¿Señor?

REY. Conde, ¿es burla? ¿Es sue-
¿Es el Infante? [ño? (2)

INFANTE. Esas dudas
te da el arrepentimiento.
Bien sé que me has conocido.

CONDE. (¿No te dije que en el puesto
estaba el Infante hablando?
¿Cuando ves que me desvelo
en tu servicio, me pagas
tan mal?)

REY. (Por bárbaro y necio
hace lances la fortuna
conmigo, Conde, en efecto.) (3)

---

(1) En el ms.: "(*Sale el* REY *y* CELIO.)"

(2) Después de éste, en el ms. siguen:

"¡Vive Dios, amigo Celio,
que me dijo agora el Conde
que es el Infante, y que creo
que es imposible ser él,
porque guardara respeto
a casa en que está mi hermana.
¡Ah, falso Conde, los Cielos
me han de vengar de este agravio!
Mis temores fueron ciertos,
aunque aparentes disculpas
turbaron mi entendimiento.
Comenzaré la venganza
por su criado: el terrero
mancharé con sangre suya,
y después ¡viven los Cielos!,
que me ha de pagar el Conde
su alevoso atrevimiento."

(1) Después de este verso van, en el ms., éstos que sustituyen a los siguientes cinco del texto:

"Quien te guarda las espaldas
no ha conocido que puedo
hacerle aquí más pedazos
que yo he confirmado celos.

INFANTE. Callando estoy de confuso
y de asombrado, suspenso.
Si porque en tu reino estás
te da soberbia tu reino
para hablar descortesías,
estás engañado, Pedro.
Tan bueno soy como tú;
porque en la sangre que heredo
funda Aragón sus blasones,
con que se pintan eternos.
¿A un Infante de Castilla
llamas villano? Los celos
te han hecho desvariar:
sola la disculpa puedo
admitir en tu defensa,
porque de otra suerte...

REY. ¡Ay, Cielo!
¿Qué es esto?

CELIO. ¡Triste de mí!

CONDE. Ya es el paso más estrecho:
el Cielo el remedio ponga."

(2) En el impr., "cierto".

(3) Siguen, luego de éste, en el ms. estos otros versos:

"Conmigo, Infante, no puedo
dejar de quedar culpado;
pero, por Dios, que el suceso

Por un criado del Conde
os juzgué.
INFANTE. Fuera muy necio
si yo no os creyera, primo. (1)
REY. (Conde, solamente creo
tu verdad y tu lealtad.
Mi amor en tus manos dejo
para que tú le gobiernes.)
CONDE. (Permita Amor que el gobierno
que esperas de tus amores
sea como yo deseo.)

ACTO TERCERO

DEL *Amor bandolero.*

(*Sale el* CONDE *con la daga desnuda tras* TRIGUEROS.)

CONDE. ¡Viven los Cielos, villano,
que tal escarmiento haga
en ti...!
TRIGUER. Suspensión de daga,
que soy por Adán hermano.
Antes de matarme, escucha.
CONDE. Pues ¿qué tienes que decir,
villano?
TRIGUER. Plazo... y oír...
CONDE. ¿Qué he de oír?
TRIGUER. Disculpa mucha.
CONDE. ¿Qué disculpa puedes dar,
si por tu villana ausencia
llegó el Infante?
TRIGUER. ¡Paciencia!
CONDE. Púdome anoche costar
toda mi reputación.
TRIGUER. Si en mi pellejo te hallaras,
bien sé yo que te ausentaras
de toda conversación.
Cené pepinos no más
y un cántaro de agua fría,
ruibarbo y alejandría
no hicieron obra jamás
en el cuerpo de un cristiano
tan fuerte. Los seis pepinos
se volvieron torbellinos
y el agua el mar Oceano. (1)
CONDE. Pues ¿a qué me persuades?
TRIGUER. A que creas la verdad:
fuíme con necesidad
de hacer mis necesidades.
Pues proveyó la fortuna...
CONDE. ¡Calla, bárbaro!

(*Sale la* INFANTA.)

INFANTA. ¿Qué hacéis,
Conde?
TRIGUER. Si no os ponéis
a su cólera importuna,
luz de nueva hierarquía, (2)
aragonés serafín,
las flores de este jardín
bañará con sangre mía.
INFANTA. Conde, ¿pues tanto rigor?
¿por qué le queréis matar?
TRIGUER. Porque me quise purgar
sin licencia del doctor.
CONDE. No escuchéis sus desatinos.
Fuése de un lugar, y quiere...
TRIGUER. Señor, si otra vez me fuere,
que vuelva a cenar pepinos.
INFANTA. Yo le fío.
TRIGUER. Bien podéis.
INFANTA. Enrique, a vuestro criado
he menester.
CONDE. Obligado
a serviros le tenéis.
También me podéis mandar.
INFANTA. Solos hemos de quedar.
CONDE. Pues empiezo a obedecer.

(*Vase.*)

TRIGUER. (¡Ya estamos en la estacada!
¿Que a ver tal belleza llego?
¡Quién fuera Adonis gallego
de esta Venus!)

---

y el engaño me disculpan:
y bien decis que los celos
bastan a desatinar
al hombre de más ingenio."

(1) Van a continuación, en el ms., estos versos:
"CONDE. ¿Mi criado? ¿Con qué intento
habia yo de estorbar
tu pretensión, cuando tengo
la verdad tan de mi parte?"

(1) En el ms. siguen estos versos:
"Fué la borrasca crüel
tan espantosa y tan fiera,
y los truenos de manera
que se desfondó el bajel.
El primero que juntó
pepinos con agua fria
los meriende en Berbería,
adonde el vino faltó."

(2) El ms., "gerarquia".

INFANTA. ¿Qué?
TRIGUER. No, nada.
INFANTA. Bien sabes que tu señor
está a servir obligado
al Infante de Castilla,
por vasallo de su hermano.
Tratóse mi casamiento;
con él otorgó el contrato
el Conde con poder suyo,
y después para mi daño
vino el Infante a Aragón.
Pues cuando llegaba el plazo
de celebrar nuestras bodas
pudo advertir mi cuidado
que a Policena pretende,
dilatando con engaños
mi esperanza. Vile anoche
con esta sirena hablando
tan amante y tan rendido,
que aquel transformado mármol,
alma de Anajarte dura
fuera bastante a ablandallo (1)
a sus justas pretensiones.

(1) En lugar de este verso hay en el ms. los que siguen:

"Yo, acreditando mis celos
y multiplicando agravios,
me quejé al Rey, ofendida;
pudieron mis quejas tanto,
que el Rey, como causa suya,
de no casarme ha jurado
con el Infante, rompiendo
los poderes y contratos.
Determínase también,
aunque cortés, enviarlo
a Castilla: tanto pudo
mi sentimiento y su enfado.
Pues yo que, ya arrepentida,
quiero remediar los daños
de mi celosa venganza,
hallo los puertos cerrados
a mis intentos, que el Rey,
por sus razones de Estado,
si bien la pasión le alienta,
envía nuevos despachos
al Conde de Barcelona,
con quien estuvo tratado
primero mi casamiento:
mira si importa estorbarlo.
Con toda prisa quisiera,
amigo, comunicarlo
con el Conde, y la vergüenza
de que él entienda que trazo
tan amantes diligencias,
siendo el honesto recato
la prenda de más valor,
me va cerrando los pasos
a mi justa pretensión."

Tú, pues eres fiel criado
del Conde, podrás decille,
que hable al Infante, si acaso
no lo estorba mi desdicha (1)
Mi vida pongo en tus manos
para que de ella dispongas.
TRIGUER. Diversas veces he hablado (2)
con el Infante en razón
de tu causa, y hemos dado
el medio más conveniente.
(Así sus celos aplaco.) (*Aparte.*)
INFANTA. ¿De mí se acuerda el Infante?
¿Qué dices?
TRIGUER. Pues ¿es milagro?
Tus pensamientos adora.
INFANTA. ¿Y Policena?
TRIGUER. Estropajo
es en tu comparación.
INFANTA. Con ella le he visto hablando.
TRIGUER. Está ensayando requiebros
para cuando esté en tus brazos.
INFANTA. Mira que el Infante viene.
TRIGUER. Déjame con él un rato,
verás cómo lo dispongo.
INFANTA. ¿Qué has de decirle?
TRIGUER. Que vamos... (3)
y te saque del (4) jardín
una (5) noche disfrazado;
que, una vez puesta en Castilla,
yo estoy aquí, que a tu hermano
sabré aplacar con (6) razones.
INFANTA. La dilación temo tanto,
que doy crédito a las tuyas.
¡Plega a Dios que llegue el plazo
que yo en su poder me vea!
TRIGUER. Yo tengo muy obligado
al Infante en cosas tales, (7)

(1) En el impreso, "estorban mis deseos".
(2) Este verso y el que sigue dicen en el ms.:

"Diversas veces hablamos
yo y el Infante en razón".

(3) En lugar de estas dos palabras, el ms. tiene estos versos:

"TRIGUER. El engaño
en que está, si aguarda al Rey
que le cumpla los contratos.
Y que el remedio más cierto
es que en un veloz caballo,
hijo de una buena yegua,
que esto es lo más ordinario,".

(4) En el ms., "te saque deste".
(5) En ídem, "esta".
(6) En ídem, "sus".
(7) En ídem, "en casos graves".

y hará por mí en este caso
cualquier deslumbramiento.

INFANTA. ¿Y éste lo es?

TRIGUER. ¡Digo! Trato.
Si tú no fueses su esposa,
no le saliera muy caro
el robo. Digo, señora,
que cuando el obscuro manto
con guarnición de lechuzas
preste sombra a estos naranjos
te ha de robar el Infante.

INFANTA. Junto a este laurel aguardo
para saber la respuesta.
(*Escóndese*)

TRIGUER. ¡Que haya amor tan mentecato
que mis disparates crea!
Yo al Infante no le he hablado
jamás cosa de importancia;
pero será necesario
que mi embuste se acredite;
pero no sirva de lazo
para que tropiecen todos.

(*Sale el* INFANTE.)

INFANTE. ¿Y el Conde?

TRIGUER. Entre estos espacios
de murtas (1) y de jazmines
estaba agora aguardando
para hablarte en cierto ruego.

INFANTE. Cuanto me pida está (2) llano,
porque su gusto deseo.

TRIGUER. ¿Y si a pedillo ha llegado (3)
la Infanta?

INFANTE. Con más razón
vengo a estar más obligado.
La ley de la (4) cortesía
obliga a pechos hidalgos.

INFANTA. (Algunas palabras oigo
rompidas.)

TRIGUER. Si estás despacio,
te diré lo que ella pide.
(¡Dios ponga tiento en mis labios
para no echarlo a perder!)

INFANTE. Cuanto puedo y cuanto valgo
para servir a la Infanta
ofrezco.

INFANTA. (Mi fe he logrado.
Servir a la Infanta dijo.

(1) En el ms., "hiedras".
(2) En el impr., "pidas es".
(3) En el ms.: "¿Y si ha venido a rogarlos?"
(4) En el impreso, "tu".

Tiene la Infanta un criado...)

TRIGUER. ¿No lo ha de saber el Rey?

INFANTE. Di, pues. (1)

TRIGUER. Ya por varios casos, (2)
ha conocido del mundo
los peligrosos engaños. (3)
Que la vida es una flor
que si la corta el arado (4)
de la muerte intempestiva
viene a ser segundo Hilario
en el ejemplo y la vida;
hará bien presto milagros
si Dios le diere licencia.
Huye los tiernos halagos
de la patria, los amigos,
los deudos, los paniaguados,
porque estorban la virtud
las soledades, los campos. (5)
Hecho un penitente Onofre
pretende nuestro Pascasio,
que así se llama, y querría,
valiéndose de tu amparo,
que le lleves a Castilla,
que quiere ser ermitaño
en Sierra Morena, adonde
salga, en viendo gente, al paso
con algún arcabucito
para entretenerse en algo,
porque todo penitente,
ya puedes ver...

INFANTE. Yo me he holgado
en que se ofrezca ocasión
para servirla.

TRIGUER. Escuchando
ha estado todo mi ruego. (6)

(*Sale la* INFANTA.)

INFANTE. Señora, desde hoy me llamo
dichoso. De vuestro gusto
me dió aviso este criado,
y por lo que yo intereso
de serviros, tarda el plazo

(1) En el impr., "que es".
(2) En idem, "cosas".
(3) En idem, "encantos".
(4) En sustitución de este verso, tiene el ms. estos otros:

"que cuando llega al ocaso
el sol, se marchita y prende
si no la corta el arado".

(5) En el ms., "la soledad en el campo".
(6) En el impr., "ha estado señora fuera imposible".

de cumplir vuestro deseo.
INFANTA. Guárdeos el Cielo mil años,
señor; (1) no esperaba menos
de ese valor soberano.
Para mí vuestra palabra
es el más firme contrato.
Con ella (2) estaré segura
del favor que espero.
TRIGUER. Vamos,
que puede escucharlo el Rey. (3)
Si hablan un poco más alto
damos con la casa en tierra.
INFANTA. Mirad que importa el recato,
y que no lo sepa el Rey.
INFANTE. Dejaldo todo a mi cargo,
que me costará la vida
primero que el ermitaño
deje de ver a Castilla.

(*Vase.*)

TRIGUER. (¡Aliña esos bledos, Pablos!)
INFANTA. ¿Qué ermitaño es éste?
TRIGUER. Al fin,
como eres mujer, no has dado
en el punto.
INFANTA. No lo entiendo.
TRIGUER. Entre los dos concertamos
una seña para el robo:
y así, en diciendo "ermitaño",
Dios lo puede remediar.
INFANTA. La vida, amigo, me has dado. (4)

(*Vase. Sale el* REY *y el* CONDE.)

REY. Conde, esta noche he de dar
fin a tan larga (1) aventura.
CONDE. De mi parte está segura.
Daré ocasión y lugar
hasta que llegue a tus brazos. (2)
TRIGUER. ¡Mas matallo!
REY. ¿Qué es aquesto?
TRIGUER. A morir estoy dispuesto. (*Aparte.*)

---

(1) En el impr., "señor que no".
(2) En ídem, "el".
(3) Este verso y el que sigue dicen en el ms.:
"que puede venir el Rey
si hablan un poco más claro".
(4) A este verso siguen en el ms. estos otros:
Yo te premiaré en Castilla.
TRIGUER. Larguillo un poco es plazo;
pero, vaya.
INFANTA. Has de advertille
que en este lugar le aguardo
esta noche. Sol, que muestras
la frente bañada en rayos
de tu peinada cabeza,
fatiga rojos caballos,
y entre la espuma y el fuego,
pasa despeñando el carro
por entre abolladas nubes
[hasta que vaya llegando]
de la noche el mudo imperio;
porque en ella están librados
puntos de mi casto amor.
(*Vase.*)
TRIGUER. ¡Líbreme Dios del Diablo!
Temiendo estoy un pollino
y un pregonero cantando
mi historia, al falso instrumento,
en mis espaldas templado".

(1) En el ms., "nueva".
(2) En lugar de este verso y los cinco siguiente, hay en el ms. estos otros:

"señor, como en causa mia.
REY. A la puerta del jardin
estaré yo mismo. En fin,
ha de ver la luz del dia
a Policena en mis brazos."
TRIGUER. Mas matalla.
Primero dis que sacalla.
CONDE. ¿Qué dices, loco?
TRIGUER. Yo estoy
en casa y tan guarda soy
de este jardín.
CONDE. Necio, calla.
REY. ¡Ah, Conde: si este villano
ha de descubrir mi amor,
matarle será mejor.
TRIGUER. ¿Qué importa, si está en su mano?
CONDE. Mira que el enojo pruebas
del Rey.
TRIGUER. No la han de llevar.
REY. ¿Qué dices?
TRIGUER. Quieren sacar
una canasta de brevas,
y es mal hecho.
CONDE. ¿Hay tal locura?
REY. ¡Por Dios, que me dió cuidado!
Parece simple.
CONDE. Es criado
fiel, que basta.
TRIGUER. Añadidura:
soy diligente en extremo,
canque soy antiguo en casa;
que los demás el que pasa
de un mes por broma le temo.
Tan lindo poltrón se hace,
si mucho en la casa está,
que a cada paso que da
pueden decirle: "Aqui yace."
Al fin, mi razón concluyo,
que, donde son menester,
como signos han de ser,
para cada mes el suyo.
REY. ¡Buen discurso! Conde, sólo
que se ausente el sol espero".

Haránme dos mil pedazos.
REY. ¡Bravo necio! Conde, sólo
que se ausente el sol espero.
CONDE. ¿Ha venido el bandolero?
REY. Apenas de nuestro polo
huya el bello resplandor
cuando llegue.
CONDE. ¿Puede ser?
REY. Cierto está. No hay que temer.
Conozco ya su valor.

(*Vase.*)

CONDE. Llegó el plazo, y de manera
el lazo llega a apretar,
que si más pienso aguardar
será forzoso que muera.
TRIGUER. Vámonos a prevenir.
CONDE. Espero la voluntad
de Policena.
TRIGUER. En verdad,
que me han venido a decir
que si no la hablas primero
muy humilde y muy rendido...
Debes de haberla ofendido;
por la sortija lo infiero.
CONDE. ¿Quién te lo ha dicho? Paciencia.
TRIGUER. Dice una sentencia antigua
que quien chismes averigua
arguye poca prudencia. (1)
(¡Por Dios, que me ha de pagar
las malas noches que llevo!)
CONDE. Pues si mi verdad no pruebo (2)
no tengo ya qué probar.
¡Tantos peligros me faltan!
TRIGUER. No vencerás si te allanas.
Las mujeres y las ranas
en estando cerca, saltan.
Espántala con desdenes, (3)
y verás cómo te ruega.
CONDE. Tomo el consejo.
TRIGUER. Ya llega.
Véngate, que ocasión tienes.
(Quiérola hablar, para ver
en qué altura (1) está su enojo.)
CONDE. Ya soy humilde despojo
de quien me pudo vencer.

(*Sale* POLICENA.)

POLICENA. (¿Trigueros?
TRIGUER. ¿Señora mía?
POLICENA. ¿Diste la satisfación
al Conde?
TRIGUER. Su condición
no la sufrirá una arpía.
Hase hecho de rogar
de manera, que ha jurado
no hablarte.
POLICENA. ¿Tanto enfado
le pude al Conde causar?
Yo quiero desenojalle.
TRIGUER. Haslo de echar a perder.
POLICENA. Pues, Triguero, ¿qué he de hacer?
TRIGUER. Hacerte fuerte y no hablalle.
Las que son cuerdas escogen
este medio; no te asombres:
las tortugas y los hombres
si los espantan, se encogen.
Espántale con desdenes,
y verásle compungido.
POLICENA. No es malo (2) el consejo.
TRIGUER. Ha sido,
para el amor que le tienes, (3)
de perlas.
POLICENA. Ya está ensayado
el desdén.
TRIGUER. Eso te ruego,
y verásle humilde luego
más que un Padre Presentado. (4)
(*Paséase* POLICENA *mirando al jardín.*)

---

(1) En el impr., después de este verso, hay este otro sobrante y que no consta en el ms.:
"Tente fuerte; no la hables."

(2) En lugar de éste y el siguiente verso, hay en el ms. estos otros:
"TRIGUER. ¿Qué tienes ya que probar?
¿No sabes la condición
de las mujeres? Si das
satisfacciones, jamás
te verás en posesión.
CONDE. ¡Tantos peligros me faltan!"

(3) En el ms., "No la hables, tente fuerte", que es el verso que sobró antes.
Este pasaje dice en el ms.:
"No la hables, tente fuerte
y verás cómo te ruega.
Toma el consejo.
CONDE. Ya llega.
TRIGUER. Más mi diligencia advierte.
Quiérola hablar, para ver
en qué altura está su enojo.
CONDE. Yo soy humilde despojo".
(*Sale* POLICENA.)

(1) En el impr., "hartura".
(2) En idem, "Tomo".
(3) Falta un verso después de éste en el impreso. Suplido por el ms.
(4) En ambos textos, "pollo presentado".

POLICENA. La libertad es gran cosa.
CONDE. Gran cosa es la libertad.
(*Paséase también el* CONDE.)
TRIGUER. Y mayor la necedad,
y menos dificultosa.
CONDE. (¿Sujetarse un hombre? Muera
antes que llegue a querer.)
POLICENA. (¿Sujetarse una mujer?
Primero que quiera, muera.)
TRIGUER. (Bueno está naranjo.)
CONDE. (¡Dios me libre!)
POLICENA. (¡Dios me guarde!)
CONDE. (¿Cómo no llega?
TRIGUER. No es tarde.
CONDE. ¿Llegaré yo a hablarla?
TRIGUER. No.)
POLICENA. (Ya no le puedo sufrir.
Trigueros, a hablarle voy.)
CONDE. (¡Ah, Trigueros! Muerto estoy
de esperar y de sentir.)
TRIGUER. (Pues yo les doy comisión
para hablar cuarenta días.)
POLICENA. ¿Enrique?
CONDE. Las penas mias
hallan dulce suspensión
en tus ojos.
POLICENA. Menos grave
debe de ser esperar,
pues no me llegaste a hablar. (1)
CONDE. Mi bien, Trigueros lo sabe.
POLICENA. El me dijo que esperara
que me hablaras tú.
CONDE. Y aquí
lo mismo me dijo a mí.
TRIGUER. ¿Por eso hacen mala cara?
CONDE. ¡Que mi paciencia permita
que éste me llegue a burlar!
TRIGUER. (Pues ¿no me había de pagar
el susto de la daguita?)
POLICENA. Por el donaire que tiene
ha merecido perdón.
CONDE. ¿No ves que la dilación
siempre desdichas previene?
Del poco espacio que al día
le queda para llamar (2)
la noche, me da lugar,
mi bien, la fortuna mía. (1)
Tu gusto y consejo espero
con breve resolución.

(*El* INFANTE *y* FABIO *entre los árboles.*) (2).

INFANTE. (Fabio, dichosa ocasión.
Suspende el paso, que quiero
escuchar, oculto, al Conde,
que es tercero de mi amor.)
POLICENA. Para consejo y favor,
sólo mi amor te responde.
Dispón de mi voluntad;
tuyo es, señor, mi albedrío.
INFANTE. (Con justa razón me fio
de Enrique.
FABIO. Honrosa amistad
le debes, pues que procura,
con el cuidado que ves,
tu causa.)
CONDE. Por que después
no lloremos la ventura
que la ocasión nos ofrece,
es bien que no la perdamos.
TRIGUER. Brevedad, y concluyamos.
CONDE. Su amor y su fuego crece
del Infante, y rayos (3) llama
a tus ojos, Policena.
INFANTE. (¡Qué bien le dijo mi pena!
¡Qué bien habla! ¡Qué bien sien- [te (4)
quien sabe al ajeno amor
darle tan bellos matices!)
POLICENA. No ignoro cuanto me dices.
CONDE. También, con ciego furor,
te pretende el Rey. Ninguno
por esposa te pretende.
POLICENA. Ya sé que mi honor se ofende;
pero su intento importuno
no tendrá lugar.
CONDE. ¿Qué importa,
si el Rey te piensa robar?
POLICENA. Sabrélo yo remediar.
También una espada corta
lazos de un injusto amor.

---

(1) En el impreso POLICENA dice los cinco versos anteriores.
(2) En idem, "aguardar".

(1) En el impreso, "la tiniebla fria".
(2) En idem, "(*Sale el* INFANTE.)"
(3) En el ms., "rosas".
(4) "Siente" no es consonante de "llama". En el ms. este verso dice:

"¡Qué bien parece que ama."

El consonante es perfecto; pero el sentido no lo es tanto.

Yo sabré buscar mi muerte
primero.

CONDE. El remedio advierte
más conveniente a tu honor.
El Rey se ha determinado
a robarte, como sabe
que el blando aliento suave
entre las hojas templado
gozas en este jardín
de noche, y al hombre espera (1)
que riñó con él.

POLICENA. Quisiera
que tenga dichoso fin,
Conde, la traza que das.

CONDE. Yo soy el hombre que aguarda.
Si tu amor no se acobarda,
dulces efetos verás
de mi industria, y desmentidas
has de ver las esperanzas
del Rey.

POLICENA. En tus (2) confianzas
me tiene Amor ofrecidas
glorias que espero seguras. (3)
Tuya soy y tuya fuí.

INFANTE. (¿Fabio?

FABIO. Yo también lo oí.
Si hallar testigos procuras... (4)

INFANTE. Pienso que Enrique me vende.

FABIO. Y yo lo pienso también.)

CONDE. Pues esta noche, mi bien,
que robarte el Rey pretende,
he de gozar de la presa
a sus mismos ojos yo:
que si él cautelas trazó
yo soy dueño de la empresa
por más venturoso amante,
quedando, por justa ley,
burlado el amor del Rey
y sin premio el del Infante.

POLICENA. Robe el niño Amor, si es dios,
pasos al viento ligeros.

CONDE. En traje de bandoleros
hemos de venir los dos.

FABIO. "(¡Qué bien le dijo mi pena!)"

INFANTE. ¡Vive Dios, que me ha engañado;

(1) En el impr., "aguarda".
(2) En idem, "sus".
(3) En idem, estos dos versos decían:
"me tiene amor escondidas
votos de mi casto amor".
(4) En idem, este verso lo dice el INFANTE.

mas yo dejaré burlado
el amor de Policena!
Su misma cautela ha sido
el norte que he de seguir.
Traje y nombre he de fingir
de quien fué amigo fingido.
Tú imitarás al criado:
que con los despojos fieros
de los presos bandoleros,
quedará mi amor vengado. (1)

FABIO. Por ver tu venganza hiciera
en tu servicio imposibles.

INFANTE. Todas son cosas posibles
cuando Amor vengarse espera.)

(Vanse los dos.)

CONDE. Ya la noche (2) se adelanta
sintiendo del sol la ausencia.

POLICENA. Yo voy, si me das licencia,
a desvelar a la Infanta.

CONDE. Yo entre tanto prevendré
caballos que al viento imitan.

POLICENA. Si su vuelo facilitan (3)
los méritos (4) de mi fe,
serán lisonjas valientes
de la noche.

CONDE. Adiós, mi bien.

POLICENA. Vaya contigo también.
¿Qué empresa habrá que no inten-
Amor por camino extraño [tes?
a su templo me levanta.

(Vase.)

TRIGUER. ¿Mas si aguardase la Infanta
la seña del ermitaño?

(El CONDE y TRIGUEROS se van por una puerta y POLICENA por otra. Sale el REY de noche.) (5)

REY. Parece que las tinieblas,
ya de la luz vencedoras,
conocen que yo las llamo,
se enlazan unas con otras.
Anuncios son de mis dichas,
que, para cumplirse todas,
el último plazo falta.
El Conde me dijo agora
que ya estaba en el jardín

(1) En el impreso, "premiado".
(2) En idem, "el amor".
(3) En idem, "sus vuelos".
(4) En el ms., "créditos".
(5) El impr.: "(Vanse los dos y sale el REY.)"

el bandolero. Las sombras
de la noche le defienden.
¡Qué bien mi intento se logra!
Ya soy dueño de la puerta
que amantes hiedras coronan.
Cumplió su palabra el Conde,
porque le pague con obras.

(*Sale la* INFANTA.)

INFANTA. (Como es diligente Amor,
sobre las alas se arroja
del tiempo. ¿Si habrá llegado
el Infante?)

REY. (Nueva aurora
parece esta muda imagen,
que entre azucenas y rosas
con su misma luz enseña
rayos del cielo que adora.
Policena es ésta ¡Cielos!,
que aspira nuevas aromas
la hierba como la pisan
sus plantas de nieve hermosa.)

(*Sale el* INFANTE *de bandolero.*) (1)

INFANTE. (Que se me pierda el criado,
dándole ocasión las sombras
de los árboles que encuentro;
que en ocasión tan forzosa
me falta, desdicha es mía.)

INFANTA. (Amor, si no se malogran
mis deseos, el Infante
viene ya a cumplir su honrosa
promesa. Mi dicha es cierta.)

(*Sale* TRIGUEROS *de bandolero.*)

TRIGUER. (Parece que voy agora
por el Limbo. ¡Que no fuera
entre estas tinieblas sordas
clarísimo mi señor!
Aquí, de manos a boca,
se me fué de entre las manos.
¡Que no hubiera en cada hoja
una linterna! Ya he visto
dos vueltas en dos personas.
Este parece mi amo.)

INFANTE. (¿Eres tú?

TRIGUER. Yo soy.

INFANTE. Dichosa
es mi suerte. Policena

(1) El ms. añade: "(*No es menester máscara, porque es de noche.*)"

es la que animando rosas
aguarda hurtos de amor.

TRIGUER. Pues las manos a la obra,
no se nos enfríe el barro.

INFANTE. Si acaso mi bien no estorba
el estruendo que en las ramas
suena.)

TRIGUER. (De esta vez me azotan.)

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (No son vanos mis recelos.
¿En el jardín a estas horas
gente y faltar de su cuarto
Policena? En mi deshonra
se desvelan todos. Quiero,
pues es guarda cuidadosa,
llamar al Conde.)

(*Vase.*)

TRIGUER. (Sería
algún hortolano.

INFANTE. Importa
el silencio y el secreto.)

(*Sale el* CONDE *y* FABIO *detrás de bandoleros.*)

CONDE. (Todo es tinieblas y sombras.)

FABIO. (Gloria a Dios que ya he llegado,
que fuera mengua notoria
dejarte en esta ocasión.

CONDE. ¿Vienes?

FABIO. Y traigo (1) no pocas
sospechas, (2) que he visto bultos. (3)

CONDE. Necio, juzgarás las copas
de los árboles por hombres.)

(*Sale* POLICENA.)

POLICENA. (Si es el Conde venturosa
puedo llamarme.) ¿Quién es?

FABIO. (La ejecución la responda,
señor.

CONDE. Has dicho muy bien.
Mas por si el paso me estorban,
para desvelar sospechas
llevarás mi prenda hermosa
hasta ponerte en la raya
de Castilla.

FABIO. Perezosas
serán las yeguas del Betis

(1) En el impreso, "Vengo y con no poca".
(2) En ídem, "sospecha".
(3) En ídem, "ocultas".

con el caballo que borda
estas flores con espumas.)

TRIGUER. (Quien pierde ocasión, la llora.

INFANTE. Animo, Amor.)

CONDE. (A qué aguardas?)

INFANTE. (El Amor es quien te roba.)

FABIO. (Como criado obedezco.)

(Llévese el INFANTE *a la* INFANTA. *Vase con ellos* TRIGUEROS. FABIO *a* POLICENA.) (1)

INFANTA. (¿Hubo mujer más dichosa?)

POLICENA. (Nadie a mi ventura iguala.)

REY. (Ladrón, en mi vida apoyas
la deuda que te confieso.)

CONDE. (¿Quién habrá que estorbe agora
mis cumplidas esperanzas?)

(Vanse todos y queda el CONDE *solo, y sale* DON JUAN *con la espada desnuda, y un* CRIADO *con una luz.)* (2)

D. JUAN. Enrique, vuestra persona
busca mi honor ofendido.

CONDE. (¡Válgame Dios!)

D. JUAN. Pues se postra
la fortuna a vuestros pies
y vuestro valor pregonan
los moriscos estandartes,
ocasión tenéis agora,
que tengo en casa enemigos.
Cerradas las puertas todas
están del jardín. No pueden,
los que buscan mi deshonra,
escaparse.

CONDE. Nadie fíe
de mentirosas lisonjas
de la fortuna más firme.
(Dentro digan: "¡Ladrones!")
Don Juan, mi palabra sola
basta por vuestra defensa.
Este jardín será Troya
si hay quien os ofenda en él.
(Fortuna, inconstante diosa,
¿cómo permites que yo
me ofenda a mí mismo? Agora
quiero ausentar a Trigueros
para que no se conozca
la fe y amistad rompida.)

(Vase.)

(1) Esta acotación no está en el impr.
(2) Esta acotación no está en el ms. así. Dice: "(DON JUAN y CRIADOS *con espadas desnudas.)*"

CRIADO. Los demás criados rondan
por las cercas del jardín:
no se escapará una mosca.

D. JUAN. A esta parte suena gente.

(Salen el REY, *el* INFANTE, *la* INFANTA *y* TRIGUEROS.)

INFANTE. Más temo la afrenta sola
que el peligro.

REY. No temas;
que si el mismo Infierno arroja
volcanes, estás seguro.

D. JUAN. Llegá esas luces.

REY. Ya sobra,
don Juan, tanta diligencia.

D. JUAN. Señor...

INFANTE. (¿Qué sueños, qué sombras
mis desdichas acreditan?)

TRIGUER. (¿Dónde estoy? ¿Qué Babilonias
confunden los oficiales
en su torre prodigiosa?
Piden cal y doy ladrillo.
Alto. De esta vez me arrojan (1)
estos ángeles barbados
a concertar otras bodas
a las galeras de Argel.)

INFANTA. (Mi resolución importa,
que está turbado el Infante.)
Señor, si ya no te enojan
licencias de un casto amor...

D. JUAN. ¡No es mi hija!

REY. (Es fabulosa
esta selva.) Di, prosigue.

INFANTA. Como era ya causa honrosa
ser esposa del Infante,
y yo fuí la causa propia,
señor, de que tú escribieras (2)
al Conde de Barcelona,
arrepentida y amante,
antes que de mí dispongas,
al Infante descubrí
tu intento, cuya amorosa
piedad mostró los quilates
de una hazaña tan heroica,
supuesto que si me lleva,
soy su legítima esposa.

INFANTE. (¿Hay confusión semejante?
Pero ya el riesgo pregona
que he de obedecer callando.)

(1) El ms.: "De aquesta hecha me arrojan".
(2) En el impr., "escribieses".

REY. Con disculpa tan honrosa,
el perdón está seguro.
TRIGUER. (¡Válgate Dios por la novia!)

(*Salen* FABIO *y* POLICENA.)

FABIO. Señor, cerrado han las puertas.
REY. (¡Cielos! ¿Qué he visto?)
TRIGUER. (¡Esta es otra!)

(*Sale el* CONDE *y híncase de rodillas.*)

CONDE. Ya los engaños ofenden
adonde peligros sobran.
Famoso Rey de Aragón,
a cuyas plantas heroicas
se derriben las banderas
que sobre el Ganges tremolan:
si tiene un amor disculpa
que ilustremente blasona
de que al tuyo excedí en tiempo,
a tiempo estás, si perdonas,
que tu fama se eternice.
Con fe y palabra de esposa
solicité a Policena;
trazas de amor fueron todas
para entretener el tuyo.
El que en la selva se embosca
capitán de bandoleros;
el que de tu mano propia
sortija y favor recibe;
el que con ansia amorosa
para aquesta empresa aguardas,
soy yo. Si acaso te importa
que yo muera, aquí me tienes
con una humildad tan pronta,
que me cansará la vida
si conozco que te enoja.
REY. Conde, si lo que es enfado
fuera agravio, tu persona
estimo en tanto, que pienso
que te perdonara agora
el mayor. Por ser quien soy
busco la mayor vitoria,
venciéndome yo a mí mismo.
Goza en paz tu prenda hermosa,
que tantas penas te cuesta.
D. JUAN. Muy bien guardaste mi honra,
Enrique.
CONDE. Yo os di palabra
de aventurar mi persona
hasta poner en estado
a Policena; ya goza
el estado que desea
y nadie en el mundo ignora
quién es el Conde de Ureña,
que a la más alta corona
puede mezclar sangre suya.
D. JUAN. Señor, mi casa se honra (1)
del valor que vos le dais.
Satisfecho quedo agora,
y basta que el Rey lo mande. (2)
REY. Aperciba Zaragoza
fiestas, porque he de ser yo
padrino de entrambas bodas.
CONDE. Pues ¿hay otro desposado?
TRIGUER. La Infanta ha de ser la novia;
mira tú quién puede ser.
INFANTE. Todos recibimos honra
de su alteza.
POLICENA. Cante el mundo
entre virtudes heroicas
este vencimiento tuyo.
TRIGUER. En mi vida he visto bodas
de bandoleros como éstas.
CONDE. ¿Qué mucho, entre tantas bodas, (3)
si es bandolero el Amor,
que lo parezca en las obras?

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DEL
Amor bandolero. (4)

---

(1) En el ms.: "Mi casa, Enrique, se honra".
(2) En ídem, "que basta que el Rey lo quiera".
(3) En ídem, este verso y el siguiente dicen:
"¿Qué mucho, entre tantas glorias,
si es el amor bandolero".
(4) El ms. lleva al final la censura, que dice: "Por comisión del Sr. Provisor he visto esta comedia intitulada *el amor bandolero,* y no tiene cosa contra nuestra sagrada religión y buenas costumbres, y se puede representar. En Córdoba, a 18 de Septiembre de 1645.—El Licenciado Colmenares." *(Rúbrica.)*

AMOR SECRETO HASTA CELOS

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A D. LUIS DE GONGORA, CAPELLAN DE SU MAJESTAD

Deseaba Doricleo, pintor de Atenas, que el insigne Apeles recibiese una Venus de su mano, a quien preguntó un Capitán de Alejandro que por qué ofrecia al Príncipe de la pintura aquella imagen. Y respondió Doricleo que sólo tenerla Apeles entre las suyas bastaba para darle eterna fama. A su ejemplo, ofrezco a V. m. este mal pintado cuadro (¡oh Príncipe de los ingenios!), para que digan los que le vieren entre sus excelentes obras que no las despreciaba Apolo Apeles, añadiendo a este deseo mi inclinación a sus letras y virtudes, tan dignas de admirable veneración y respeto en los más severos juicios; verdad que no ha negado jamás mi conocimiento, pues en algunas opiniones de su Filosofía bien pudo ser más amigo suyo que de Platón Aristóteles, aunque por mi parte falte tanto la comparación cuanto que en V. m. sea justa. Cuya vida guarde Dios muchos años, como deseo.

Capellán de v. m.,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE ESTA COMEDIA

DON JUAN.
DON ALVARO.
DOÑA CLARA.
DOÑA LEONORA.
LAURA, *criada*.
FABIO, *criado*.
DON GARCÍA.
DON SANCHO.
LOS MÚSICOS.
DON ARIAS, *viejo*.
EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN.
OCTAVIO, *su criado*.
REY DE CASTILLA.
CLAVELA.
[LISENO.]
[D. PEDRO.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* DON JUAN *y* DOÑA CLARA.)

CLARA. Ya os he dicho la razón.
D. JUAN. No hay razón, ni puede ser,
para dejar de querer
donde hay tanta obligación.
CLARA. ¿Qué, obligación llamáis vos
el quererme?
D. JUAN. Para amar
sólo amor puede obligar.
CLARA. Yo os amo en la ley de Dios.
D. JUAN. Luego ¿como a vos será?
CLARA. Por prójimo solamente.
D. JUAN. Mi amor vuestras burlas siente;
corrido, señora, está.
CLARA. Yo sé que os hablo de veras.
D. JUAN. ¿En qué fundáis mi desprecio?
¿Soy mal nacido? ¿Soy necio?
CLARA. ¿De qué sirve hacer quimeras
y tener por descortés
una mujer como yo,
pues lo que a mí me obligó
cosa tan distinta es?
Que vos sois, señor don Juan,
el hombre que en Aragón
tiene mejor opinión
de gentil hombre y galán.
Lo que es vuestro nacimiento,
claro como el mismo sol,
honra el valor español;
pues lo que es entendimiento,
¿quién le tiene en Zaragoza
con más ventajas?
D. JUAN. Queréis
honrarme como sabéis;
que quien los despojos goza
da valor al que ha vencido
por aumentar su valor.
CLARA. El no pagar vuestro amor
causa diferente ha sido,
que yo sé que os le tuviera;
mas resiste a mi afición
algo que, en mi condición,
no quiere, don Juan, que os quiera.
D. JUAN. Mayor ocasión me dais
y aumentáis más mi deseo,
porque hidalgamente creo

que para honrarme os culpáis.
Saber la ocasión ya es fuerza
por qué dejáis de querer.

CLARA. Amor bien intenta hacer
que mi condición se tuerza;
pero, en fin, queda vencido.

D. JUAN. ¿Que venza la condición
a Amor imposibles son?
¿Qué, no se han visto ni oído?

CLARA. Corriérame de tal suerte
que en palacio se supiera
que amaba, que antes me diera
mil veces, don Juan, la muerte.
Y no es otra la razón
por que dejo de querer.

D. JUAN. Pues ¿eso puede ofender,
señora, vuestra opinión?
¿No es cosa tan permitida
dejarse servir y amar
una dama, y dar lugar
a ser de un galán querida,
como después de casada
el recato y el saber,
que, como propia mujer,
está a su honor obligada?

CLARA. Don Juan, yo no sé que Amor
tenga gusto o ser perfeto
en tanto que no es secreto
ni a su dueño cause honor.
Por lo menos ésta ha sido
mi opinión y la razón
de pagar vuestra afición
con algún desdén fingido.
Si os obligáis a querer
con tal secreto y recato
que de nadie nuestro trato
se pueda ver ni entender,
porque el día que se entienda
ése os dejaré de amar,
yo os daré en mi amor lugar
y seréis mi amada prenda,
que os juro que me agradáis
y que estoy agradecida.

D. JUAN. Para ser de mí servida
mucha ocasión me quitáis.
Pero yo aceto el partido,
pues que no puede ser menos;
mas mis ojos, de amor llenos,
¿tendrán su fuego escondido?
Si en vuestra presencia están,
¿podrán mirar sin amor?

CLARA. Eso podrá hacer mejor
vuestra discreción, don Juan,
que sólo darme un papel
ha de ser con mil recatos.

D. JUAN. Pues yo quiero, ojos ingratos,
vuestro gusto obedecer;
y tal estudio y cuidado
en el secreto prometo,
que ande yo, por más secreto,
de mí mismo recatado;
haciendo en confirmación
de no os dar jamás enojos,
que no se sepa en mis ojos
lo que hay en mi corazón.

CLARA. Con esa palabra os doy
la mía de ser muy vuestra.

D. JUAN. Dadme una amorosa muestra,
señal de que vuestro soy.

CLARA. Este diamante, que creo
que es la cosa más constante.

D. JUAN. Seré más firme diamante.

CLARA. Así, de quien sois, lo creo.
Yo estoy, como veis agora,
en mi casa; el padre mío
aún tiene el pasado brío
que la anciana edad desdora.
Y aunque como deudo entráis,
es menester que penséis
que ese día perderéis
cuanto con mi amor ganáis
que él entienda vuestro intento,
ni un criado, ni un amigo,
porque no ha de haber testigo
de este nuestro pensamiento
más que el pensamiento mismo.

D. JUAN. Vos veréis, como os prometo,
mi pensamiento secreto
dentro de mi propio abismo.
Pondré a mis ojos candados
de las letras de ese nombre,
que no los descifre el hombre
que mire con más cuidados;
pondré a mi boca aquel sello
que Alejandro a su privado.

CLARA. Pues quede así concertado.

D. JUAN. Haré de vuestro cabello
un freno a mi lengua.

CLARA. Adiós.

D. JUAN. El Cielo os guarde.

CLARA. Seré
muy vuestra si en esta fe
nos concertamos los dos.

(Vase.)

D. JUAN. Amor, que nunca supiste
guardar a nadie secreto,
porque tienes en los tuyos
más lenguas que pensamientos.
Amor, víbora preñada
para tus mismos concetos,
que te rasgan las entrañas
para salir de tu pecho,
¿cómo podré yo callar
la tristeza o el contento:
el contento, con el gusto;
la tristeza, con los celos?
Si de Pitágoras fuera
discípulo, aún no sospecho
que en tus penas o tus glorias
tuviera tanto silencio.
Préstame el tuyo, Agatón;
tú, que tres años enteros
con una piedra en la boca
viviste en un campo yermo.
Dame, Lena, la constancia
con que sufriste el tormento
que te daba Pisistrato,
si el de mi amor sufrir tengo.
Mas ¿por qué pido favor,
pues, si a querer me resuelvo?
El mismo me dará fuerzas
hasta el fin de mi deseo.
Calló la conjuración
Teodoro en el daño ajeno;
pues ¿por qué me ha de faltar
valor para mi provecho?
Yo callaré, yo seré
de Amor el primer ejemplo,
que son amar y callar
contrarios en un sujeto.
Menos hizo el que a un león
se escribe que puso un freno,
que a la boca del Amor
no hay hombre que le haya puesto.
Encadene el griego Alcides
las tres bocas del Cerbero,
que si yo amare y callare
sufriré más que su fuego.
Ponga en silencio sus penas
la dulce lira de Orfeo,
que tu gusto, hermosa Clara,
no hará con mis penas menos.
Valedme, enredos de Amor;
porque, si no es con enredos,
¿cómo podré sustentarme
sin valerme de otros medios?
Amor se alimenta y vive
con lenguas de los terceros,
con favor de los amigos,
con la sombra de los deudos.
No sé qué ha de ser de mí;
mas buen ánimo, deseos,
que yo moriré callando
para que tengáis remedio,
y por lo menos seré
amante, en la corte, nuevo,
donde siempre suele ser
más lo dicho que lo hecho.

(Vase. Sale LEONORA, *dama, y* FABIO, *criado de* DON JUAN.)

FABIO. Si no te declaras más,
yo no entiendo pensamientos.
LEONORA. Fabio amigo, en mis intentos
maliciosamente vas.
FABIO. Doy palabra a tu hermosura
que estás en eso engañada.
LEONORA. El juramento me agrada,
ansí Dios me dé ventura.
FABIO. Pues ¿qué quieres que te diga
si no te puedo entender?
LEONORA. Mi culpa debe de ser,
o mi ignorancia te obliga.
FABIO. Si te dijese yo a ti
que quieres bien a don Juan,
¿cuánto apostamos que dan
tus desdenes sobre mí?
LEONORA. Ya, Fabio, te has declarado.
FABIO. Por ti lo diré mejor.
En fin, ¿todo esto es amor?
LEONORA. Mal creído y peor pagado.
FABIO. No te arrepientas de amar
a un hombre de tal valor,
que no porque es mi señor
le debo y quiero alabar;
mas ¡vive Dios! que en el mundo
se halle un hombre como él.
LEONORA. Ni habrá primero con él
ni permitirá segundo.
Doy licencia a tu alabanza,
pues si yo le tengo amor,
del todo de su valor
la mayor parte me alcanza.
Mas quiero, Fabio, de ti
dos cosas.
FAFIO. Ya las espero.
LEONORA. Si me querrá si le quiero,
es la primera.

FABIO. No, y sí.
LEONORA. No lo entiendo.
FABIO. Yo tampoco.
El no, porque no lo sé,
y el sí, porque en ti se ve
que puedes volverle loco.
No te puedo asegurar
su amor; mas tampoco puedo
tener de no amarte miedo,
siendo tan digna de amar.
LEONORA. Agora te entiendo yo.
FABIO. ¿Cómo?
LEONORA. Don Juan quiere bien
y por eso dices bien
a mi pregunta sí y no.
FABIO. No lo sé ¡por Dios! señora.
LEONORA. Un hombre de aquella edad
no estará sin voluntad.
FABIO. Cierta bizarra Teodora
ha días que le escribía.
Juntóse a ciertos galanes
y, hablando en los ademanes
de la sobredicha un día,
cada cual sacó un papel
de la misma letra y mano,
con que fué el intento vano
tanto en ella como en él.
Pues con desdenes crueles
la trató desde aquel día,
por mujer que al fin tenía
turquesa de hacer papeles.
LEONORA. ¿Que hay mujer que escribe a dos?
FABIO. ¿Cómo a dos? Y a tres y a treinta.
¿No has visto una casa en venta?
Pues es lo mismo ¡por Dios!
Que como vender pretende
la del alma, que imaginas
hay en todas las esquinas
papeles de que se vende.
LEONORA. En fin, en lo que tú sabes,
¿don Juan está libre ahora?
FABIO. Tal lo sospecho, señora,
de sus pensamientos graves.
En no pudiendo volar
garza, sé de su opinión
que estará ocioso el halcón.
LEONORA. ¿Cómo le podrás hablar
en mi amor, sin ofenderme?
FABIO. Pues ¿qué ofensa habrá que esperes
de decirle que le quieres?
LEONORA. ¿Qué mayor que no quererme?
FABIO. No afrentes tanto valor
con esa duda.
LEONORA. Ahora bien,
sea amor o sea desdén,
dile que le tengo amor.
FABIO. ¿Cuándo querrás la respuesta?
LEONORA. Luego es tarde.
FABIO. Pues yo voy.
LEONORA. Esta cadena te doy.
FABIO. Otra mejor tienes puesta,
señora, a mi voluntad;
pero ésta déjase ver.
LEONORA. Haz buen oficio.
FABIO. Es poner
duda en la misma lealtad.

(*Vase.*)

LEONORA.

Subid sin miedo ¡ay, dulces pensamientos!
al mismo sol, pues la esperanza os guía;
que el pájaro, donde es pequeño el día,
dispone el vuelo a penetrar los vientos.
No os parezcan soberbios mis intentos
si la altura que veis os desconfía,
que quien tan altas pretensiones cría
sabrá sufrir más ásperos tormentos.
No os ofenda el caer por levantados;
hijos del alma sois, tan bien nacidos,
que estáis a hazañas tales obligados.
Yo quiero que perdáis por atrevidos,
pues no dirá que sois mal empleados
quien se burlare de que vais perdidos.

(*Sale* DON ALVARO, *su hermano.*)

ALVARO. Huélgome de hallarte aquí.
LEONORA. ¿No vienes con gusto?
ALVARO. No,
porque Amor nunca le dió;
pesares y penas, sí.
LEONORA. ¿Tenemos algún desdén?
ALVARO. Estaba la hermosa Clara
más que el sol, pues en su cara
más bellos rayos se ven.
Llego a gozar la ventura
de estar en su casa ahora,
y apenas llego, Leonora,
a la luz de su hermosura,
cuando, con tantos enojos,
me cerró la celosía,
que faltó la luz del día
y el sol a mis tristes ojos.
Como ciega mariposa
tornos a la lumbre di;

no salió más, no la vi,
quedóse la llama ociosa.
Parte a visitarla, hermana;
dila de mí que es de suerte
mi amor, que estoy a la muerte
de ver mi esperanza vana;
y dile que tu amistad
puede más que mi deseo,
pues tan ingrata la veo
a mi firme voluntad.
Ya no quiero que por mí
se mueva a piedad su pecho.

LEONORA. Temo, imagino, sospecho,
que no pone el alma en ti
porque la tiene ocupada.

ALVARO. ¿Sabes algo?

LEONORA. No lo sé;
pero admira el ver tu fe
con tanto desdén premiada.
Que no amar lo que merece
amor, ¿por qué puede ser,
pues que cualquiera mujer
querer querida apetece?

ALVARO. Yo tengo por imposible
que la sirva en Aragón
hombre en aquesta ocasión,
si no la sirve invisible;
porque desde el punto mismo
que se entristece la tarde
y ves la noche cobarde
salir de su negro abismo,
hasta que la blanca aurora
sus rubios cabellos peina
y en los montes, donde reina,
le ofrece guirnaldas Flora,
no me quito de su calle;
y cuando en nuestro horizonte
el sol, como al alto monte,
mira el más humilde valle,
también asisto a su reja.
No, hermana; desdichas más
cerraron sus celosías,
que no por celos me deja.

LEONORA. Ahora bien, yo quiero ir
esta tarde a visitalla.
Tú, entre tanto, sufre y calla.

ALVARO. Más es callar que sufrir.
Estas noches han trazado
que haya allá conversación;
visitas forzosas son.
Ponte, Leonora, a su lado
para que no pueda hablar
Clara a ningún caballero.

LEONORA. ¿Son celos?

ALVARO. De celos muero.

LEONORA. ¿Quién sin celos supo amar?

ALVARO. Quien amó sin mil recelos,
o fué necio o burlador.
No diga que tiene amor
quien no se abrasa de celos.

LEONORA. ¿Cómo la conversación
se trazó en su casa?

ALVARO. Allá
dicen que esta noche irá
el Príncipe de Aragón.
Todo tiene novedad,
todo sospecha y temor.

LEONORA. Cosa que la tenga amor.

ALVARO. Hace la desigualdad
tal vez engaño a los celos,
y son de Amor calidades
el juntar desigualdades
y abrazar fuegos y hielos.

LEONORA. Ahora bien, yo voy a vella.

ALVARO. ¿Quieres llevarla un papel?

LEONORA. ¿Por qué no?

ALVARO. Pues diré en él,
Leonor, que muero por ella.

LEONORA. Allá me le puedes dar.

ALVARO. Allá te le llevo luego.

LEONORA. (Nuestra casa enciende fuego.
Bien podéis, ojos, llorar.)

(*Vase.*)

ALVARO.

Si se sustenta Amor con esperanza,
materia de la forma de su fuego,
¿cómo a querer sin esperanza llego?
¿Por dónde me engañó la confianza?
En tanto que el Amor el bien no alcanza
camina asido a la esperanza, y luego
ella le guía, y él, que siempre es ciego,
por donde le encamina se abalanza.
Sin duda es esperanza quien me guía,
pues que mi amor no admite desengaño,
y crece en sus desdenes mi porfía.
Que como en el temor de cualquier daño
hasta que el sol se pone todo es día,
también es esperanza nuestro engaño.

(*Vase. Salen el* PRÍNCIPE DE ARAGÓN *y* OCTAVIO.)

PRÍNCIPE. Yo sé que por mí se fué
a su casa doña Clara.

OCTAVIO. Pues ¿a qué mujer le pesa,
gran señor, de ser amada?
PRÍNCIPE. A la que yo quiera bien,
que tengo una grande falta.
OCTAVIO. ¿Falta?
PRÍNCIPE. Ser Príncipe, Octavio,
que es amor sin esperanza.
No hay engaño en la mujer
que le facilite el alma
como decir: "Yo seré
vuestro marido."
OCTAVIO. Ni halla
mayor disculpa la honra
que las doncellas espanta,
dice también vuestra alteza;
que pienso que a las casadas
suelen engañar los hombres
con darles tales palabras,
que el deshacerse después
sus casamientos es causa
que, viviendo sus maridos,
les dieron esta esperanza.
PRÍNCIPE. ¿Qué haré yo para vencer
el ánimo de esta dama?
OCTAVIO. Servirla, amarla, quererla,
que ansí lo dijo el Petrarca,
pues el corazón más duro
con estas cosas se ablanda:
sirviendo, amando y llorando.
PRÍNCIPE. ¿Lloran también los que aman?
OCTAVIO. Quien el Amor pintó niño
algo de esto imaginaba.
PRÍNCIPE. Grande amor o gran flaqueza.
OCTAVIO. ¡Dios te libre de sus ansias!
PRÍNCIPE. ¿Amor es niño, en efeto?
OCTAVIO. Su condición se retrata
en un amante.
PRÍNCIPE. Bien dices.
OCTAVIO. ¿No has visto, señor, que al ama
pide alguna cosa, y ella,
a su daño recatada,
se la niega, y que mirando
que con la boca y la cara
hace tan lindos pucheros
que valen más que de plata,
se la da, y el niño entonces
la arroja y quiere pisarla?
Pues tales son los amantes:
ríen, lloran, piden, callan,
dejan, quieren, sufren, celan,
mueren, viven.
PRÍNCIPE. ¡Cosa extraña!
Si aquesta conversación
se hace en casa de don Arias,
más lugar, Octavio, habrá.
OCTAVIO. ¿Cómo, señor, no reparas
en que en todas cuantas cosas
el humano ingenio trata
se vale de los terceros?
PRÍNCIPE. Yo, Octavio, alguno buscara;
pero veo que ha de ser
persona de confianza,
y dicen que las mujeres
ponen los ojos y el alma
más presto en el que es tercero
que en quien primero las ama.
Si esto es así, yo seré
tercero de penas tantas,
porque a mí por mí me quiera.
OCTAVIO. ¿Tú? ¿Cómo podrás hablarla
sin mucha murmuración?
Y sospecho que te engañas
en esa opinión que tienes;
que si enamora la fama
y el contar a una persona
del que está ausente las gracias,
más negociarás así.
PRÍNCIPE. ¿Qué caballero en mi casa
tiene más deudo en la suya?
OCTAVIO. Pienso que don Juan Abarca.
PRÍNCIPE. Pues llama a don Juan.
OCTAVIO. El viene.
PRÍNCIPE. Basta ese agüero que alaban
el suceso, si al que esperan
viene al tiempo que le aguardan.

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Prospere el Cielo esa vida.
PRÍNCIPE. Pues, don Juan, ¿de qué se trata?
¿Hay caballos? ¿Hay pelota?
¿Vais estos días a caza?
Pero ya, con este talle,
responderéis que es de damas;
créolo, no os disculpéis.
D. JUAN. Señor, antiyer compraba
dos potros de Andalucía.
PRÍNCIPE. ¿Buena cosa?
D. JUAN. ¡Linda casta!
Rucio el uno, bayo el otro,
bestias son que las retrata
su dueño.
PRÍNCIPE. De las mujeres
se tomó la semejanza.
D. JUAN. A los caballos, señor,

Jenofonte las compara.
PRÍNCIPE. No menos las enjaezan;
no menos al curso igualan.—
Yo tengo, don Juan, que hablaros.
D. JUAN. ¿Qué es, señor, lo que me manda
vuestra alteza?
PRÍNCIPE. Quiero bien,
don Juan, a una hermosa dama;
no puedo hablarla por mí,
que ya sabes que se trata
Amor por terceros bien.
D. JUAN. Mejor que el que está en la tabla
juega, señor, el que mira;
mejor el rostro retrata
pintor ajeno que el propio;
mejor una venta acaba
un corredor que su dueño.
PRÍNCIPE. Estos ejemplos levantan
mi esperanza a la elección
de tu ingenio.
D. JUAN. No pensaba
que me mirabas a mí
para lo que ahora tratas;
pero siendo tu servicio,
lo tendré por merced tanta,
que lo pondré por blasón
en el cuartel de mis armas.
PRÍNCIPE. Tú has de hablar a esta señora.
D. JUAN. ¿Sabe que la quieres y amas?
PRÍNCIPE. Sabe; pero pienso yo
que anda en mi amor recatada,
porque las mujeres nobles,
si no entienden que se casan,
no quieren tener amor.
D. JUAN. ¿Y conozco yo esa dama?
PRÍNCIPE. Conoces y entras por deudo
muchas veces en su casa.
Dama ha sido de la Reina.
D. JUAN. ¿Es, por dicha, doña Clara?
PRÍNCIPE. La misma.
D. JUAN. ¿Qué le diré?
PRÍNCIPE. Mis deseos, que esto basta.
D. JUAN. Esta noche me habían dicho
que ibas tú, y puedes hablarla.
PRÍNCIPE. Sí hablaré; mas tú, don Juan,
podrás mucho si la hablas
y la encareces mi pena,
sacándole prenda o banda
para el torneo que ayer
en palacio se trataba.
D. JUAN. Haré lo que más pudiere.
PRÍNCIPE. Vamos, Octavio, que aguarda
el Rey.
OCTAVIO. (¿Qué dice don Juan?
PRÍNCIPE. Que esta noche irá a su casa,
y de su ingenio presumo
que si fuera piedra helada
la convirtiera en mi fuego.
OCTAVIO. ¿Qué me das por la esperanza?
PRÍNCIPE. Aquel castaño que ayer
sacó Leonardo a la plaza.)

(Vanse los dos.)

DON JUAN.

¿A qué puede llegar un mal suceso
que exceda de la línea en que está el mío?
Pues yo no he respondido un desvarío,
o no tengo honra o me ha faltado el seso.
Para el silencio que en mi amor profeso
bien de las ocasiones me desvío.
Ya de todo remedio desconfío
con este loco inevitable exceso.
¡Oh, Amor! ¿Tercero yo de lo que adoro?
Pero si esta ocasión mudan los Cielos
mis esperanzas, pienso que mejoro.
Pues que poniendo en todos mil desvelos,
la puedo hablar, guardándole el decoro,
si cuando hablase amor callasen celos.

(Sale FABIO.)

FABIO. De manera te has perdido
en algún dichoso lance,
que no puedo darte alcance.
D. JUAN. Fabio, tu descuido ha sido,
porque yo por Zaragoza
voy al hilo de la gente.
FABIO. Hoy dicen que, diligente,
seguías cierta carroza
de una dama de lo bueno
de la ciudad.
D. JUAN. ¡Disparate!
FABIO. ¿Pésate que de esto trate?
D. JUAN. Pesa, porque estoy ajeno
de todo amor y cuidado.
FABIO. ¿Qué doncella respondiera
lo que tú?
D. JUAN. Quien le tuviera
ocioso, y no desvelado.
Pero ¿quién era la dama?
FABIO. Una, señor, que te adora.
D. JUAN. ¿Es, por ventura, Leonora?
FABIO. Ansí dicen que se llama.

D. JUAN. ¿Leonora me tiene amor?
FABIO. Hoy me lo ha dicho en secreto;
mas debe de ser a efeto
de que lo entiendas mejor.
D. JUAN. De don Alvaro, su hermano,
soy amigo.
FABIO. Pues ¿qué importa?
D. JUAN. Mucho la amistad reporta
un pensamiento liviano.
FABIO. No es liviano un casamiento.
D. JUAN. Bien sé que es lo más pesado;
mas no tengo de casado
ni aun primero movimiento.
FABIO. ¿Por qué?
D. JUAN. Por la pesadumbre
que dices que da el casar.
FABIO. Esta manera de hablar
no es verdad, sino costumbre.
Aunque algunos que no caen
en cómo se han de tratar,
todo el peso del casar
sobre la cabeza traen.
En fin, ¿tú no tomas bien
de Leonora el grande amor?
D. JUAN. Bien conozco su valor
y sus virtudes también;
pero palabra te doy,
Fabio, que en mi vida amé,
ni sé qué es amor, ni sé
si soy hombre o lo que soy.
Cuando veo a algún amigo
solícito y cuidadoso,
de todo el mundo celoso
y de sí mismo enemigo,
le digo a mi pensamiento:
¿Dónde estás? ¿Vives en mí?
¿De qué peñascos nací?
¿Qué fiera me dió sustento?
¿Cómo, dime, no te mueve
la gracia ni la hermosura?
¿Qué escultor en piedra dura
te puso el alma de nieve?
Mira, pensamiento mío,
que ama cuanto Dios crió.
Pero es el hablarle yo
batir un peñasco frío.
FABIO. ¿Hablas de veras?
D. JUAN. No creo
que hay amor.
FABIO. Pues has perdido
el bien más alto, que ha sido
satisfación del deseo.
Porque yo, si no es de amor,
no sé qué haya bien ninguno,
si bien tal vez, importuno,
con su celoso rigor
quita el seso con desvelos.
D. JUAN. También de aquesta pasión
oigo decir...
FABIO. Di.
D. JUAN. Que son
demonios vivos los celos.
FABIO. Celos son todo el infierno;
pero si celos les dan,
vuelven muchos que se van
con pecho más dulce y tierno.
D. JUAN. ¿Celos vuelven? ¿Celos, Fabio,
los fugitivos de amor?
FABIO. Es el remedio mejor,
y aun a veces el agravio.
D. JUAN. Si yo amara, el pensamiento
que mi dama me ofendiera
parte a aborrecerla fuera.
FABIO. No lo creas. Oye un cuento.
Azotaron cierto día
en su tierra a un labrador,
y en acabando el rigor
del centenar que sufría,
con que la espalda le cruza,
dijo alegre y satisfecho:
"Muchachos, aquesto es hecho.
¿Quién tiene mi caperuza?"
Así, más de un amador,
después de muchos desvelos,
dice "Ya es hecho" a sus celos:
"¡Hola! ¿Quién tiene mi amor?"
D. JUAN. No lo pudiera sufrir.
FABIO. Pues cree que esta cautela
es como guardar la vela
para volver a parir.
D. JUAN. ¡Linda cosa es no saber
de amor ni celos!
FABIO. ¡Famosa!
Mas también es triste cosa
no vivir por no querer.
¿Qué diré, en fin, a Leonora?
D. JUAN. Que agradezco que me estime,
para que le desanime,
Fabio, lo que has visto ahora.
FABIO. Allá estará doña Clara,
que hay brava conversación.
D. JUAN. Allá voy sin ocasión.
FABIO. Pues guárdate bien, que pára
tal vez un grande desdén

en un excesivo amor.

D. JUAN. Yo me guardaré mejor.

FABIO. Yo lo pensaba también
por más llano que la palma,
y he dado en una fregona
que me hace la mamona
en la bolsa y en el alma.

(*Vanse. Salen* DOÑA CLARA *y* LEONORA.)

CLARA.

Yo he leído el papel, y le agradezco
a tu hermano el amor, como es tan justo,
porque sé que sus partes no merezco;
mas ya tú sabes que me falta gusto:
ni voluntad ni casamiento ofrezco,
porque de entrambas cosas me disgusto.
Yo no sé qué es amor.

LEONORA.

Mucho me admiras,
pues ni a casarte ni a querer aspiras.

CLARA.

Leí todo el amor de Clariquea,
libro que sin igual hizo Heliodoro,
y si aquéllo es querer, quiera quien sea
de bronce o mármol.

LEONORA.

Pues yo, Clara, adoro.

CLARA.

Adore quien ser bárbaro desea,
y si aquéllo es amor, no me enamoro
mientras que Dios me diere entendimiento.

LEONORA.

Aquéllo es un fingido pensamiento.
¡Bueno fuera que todas las mujeres
anduvieran por selvas y por mares!
[A] pie quedo también da Amor placeres.

CLARA.

Y a pie quedo también da Amor pesares.
Tú quieres que yo quiera porque quieres.

LEONORA.

Y tú querrás cuando en tu edad repares
o cuando un hombre tan gallardo veas.

CLARA.

¿En quién, Leonora, tanto amor empleas?

LEONORA.

En un galán que tú conoces.

CLARA.

Creo
que será muy igual a lo que vales.

LEONORA.

Quiero a don Juan Abarca.

CLARA.

¡Justo empleo!
(¿Tan presto celos, tiempos desiguales?)

LEONORA.

¿Qué te parece de él?

CLARA.

Que tu deseo
halló merecimientos celestiales.
¡Gallardo caballero! (¡Aquesto es hecho!)
¿Quiérete bien?

LEONORA.

Que me querrá sospecho.

(*Salen* DON ARIAS, *padre de* DOÑA CLARA; *el* PRÍNCIPE, DON JUAN, DON ALVARO, OCTAVIO *y* FABIO.)

ARIAS. No puedo a tan grande honor
ser, señor, agradecido.
Los pies os pido mil veces.

PRÍNCIPE. Alzaos, don Arias amigo.
Cubrid las honradas canas
que cubrió el acero digno
del laurel que coronaba
los capitanes antiguos.
¡Oh, señoras!

CLARA. Esta noche
quede en el eterno libro
de la fama tal favor
en firme diamante escrito.—
Llegad esas almohadas.

(*Sale* LAURA.)

LAURA. Aquí, señor, han venido
unos músicos.

ARIAS. Di que entren.

ALVARO. ¿Qué os parece?

D. JUAN. Que este sitio
es retrato de las selvas
de amor que pintaba Ovidio.

ALVARO. ¿Hay algo que os duela aquí?
Porque del Príncipe os digo
que no ha venido sin causa.

D. JUAN. Ocasión le habrá traido.
A mí no me toca nada.
Hable, diga. (Mas, ¿qué digo? (*Ap.*)
¡Celos me abrasan! ¿Qué haré?
Pero están en los principios,
y los celos que comienzan

D. JUAN. también son como los niños,
que no entienden lo que dicen,
y es gracia por no entendido.)

ALVARO. Yo, don Juan, hablar deseo
con vos, porque sois mi amigo,
y desde nuestra crianza
sabéis que siempre lo he sido.
Yo muero por doña Clara,
y de celoso retiro
mis ojos, porque no vean
poner al alma el cuchillo.
Como al que quieren sangrar
vuelven el rostro, he querido
no ver la punta, aunque siento
que me pican en lo vivo.
¿De qué estáis suspenso vos?

D. JUAN. Algo estaba divertido,
aunque no todo olvidado
de dar al Cielo benigno
gracias por tanta merced
y favor como me hizo
en darme un alma de piedra,
sin sentimiento un sentido,
unos ojos sin deseo
y un pensamiento sin brío.
Parece que [las] (1) potencias
no hacen en mí su oficio:
la memoria no me acuerda
gustos de amor fugitivos,
ni la voluntad despierta
mis ojos, por más que miro
hermosuras despejadas,
almas sabias, cuerpos lindos.
Yo no debo de ser hombre.

ALVARO. ¡Dichoso vos! Yo os envidio.

D. JUAN. Luego ¿no os va bien con Clara?

ALVARO. ¿Qué importa ser paraíso
de los ojos, si es del alma
infierno portátil mío?

D. JUAN. ¿No la habláis? ¿No la escribís?

ALVARO. Hoy con mi hermana la he escrito;
pero ya sé que es pedir
respuesta a un peñasco frío.

PRÍNCIPE. (¿Don Juan?

D. JUAN. ¿Señor?

PRÍNCIPE. Mientras cantan,
dile a Clara lo que fío
de tu claro entendimiento.

D. JUAN. ¿Querrá Clara hablar conmigo?

(1) En el texto, en lugar de "las", dice "dos".

PRÍNCIPE. ¿Por qué no, si saben todos
que es recado que la envío?)

(DON JUAN *se hinca de rodillas a hablarla, y los* MÚSICOS *cantan entre tanto.*)

"Las tres de la noche han dado,
corazón, y no dormis;
o vos no tenéis dineros,
o alguien dice mal de mí.
Sosegad, corazón mío,
si tenéis a quien pedir,
que no soy el conde Claros
para que tañáis de mí.
Venga, venga una bolsa por ahí,
que no es para sin dineros el vivir."

FABIO. ¿Acaso es vuesa merced
poeta de esta canción?

MÚSICO. Míos estos versos son.

FABIO. Hágame tanta merced
de darme un traslado.

MÚSICO. Luego
que salga el Príncipe.

FABIO. Basta.
¡Qué poesía lisa y casta!
Como del diablo reniego
de estos que andan a poner
las razones naturales
en diferentes nidales.

CLARA. (Esto podrás responder,
y toma aqueste papel
y esta cinta para ti,
y está muy cierto de mí
que llevas el alma en él.

D. JUAN. ¿Qué respuesta podrá darte
en tan público lugar
a quien le mandas callar,
señora, sin agraviarte;
o qué prenda te daré,
si no es unos versos que hoy
hice a mi amor?

CLARA. Tuya soy,
y tuya, don Juan, seré;
que el Príncipe con su igual
tendrá igual satisfación;
que mi amor y el de Aragón
sólo ha de ser natural.

D. JUAN. Si no fuera agradecido,
señora, a tanto favor,
que me mate el mismo amor
con que me has favorecido.
Levántome por no dar
ocasión.

CLARA. Vuélvete a él,
y respóndeme al papel
cuando tuvieres lugar.)
FABIO. (Dígame, señora hermosa,
¿es de casa?
LAURA. ¿No lo ve?
FABIO. ¿Cómo es su nombre?
LAURA. No sé.
FABIO. ¿Que no lo sabe? ¿Hay tal cosa?
¿Cuánto va que lo sé yo?
LAURA. ¿Cómo?
FABIO. Impertinente.
LAURA. Bien;
¿mas que le digo también
el suyo a él?
FABIO. ¿Mas que no?
LAURA. ¿Mas que sí?
FABIO. ¿Cómo?
LAURA. Randero.
FABIO. ¿Randero? ¡Extraño apellido!
LAURA. Ya sé que lo es y lo ha sido.
FABIO. ¿Qué es randero?
LAURA. Majadero.
FABIO. El Príncipe se levanta.
Dejo comenzado el juego.)
ARIAS. Que volváis a honrarme os ruego.
CLARA. Dadme a mí por merced tanta
la mano, con que del suelo
nuestra humildad levantáis.
PRÍNCIPE. Segura, señora, estáis
de mi amor y honesto celo.

(*Cumplimientos.*)

ALVARO. (De celos muero, don Juan.
D. JUAN. Yo con el Príncipe voy.)
LEONORA. (Fabio, desdichada soy.
Lejos de mi intento están.
FABIO. En tan públicos lugares
nunca miran los discretos.
LEONORA. Amor no mira en secretos.
FABIO. Nunca en los ojos repares,
que en el alma es lo mejor.
LEONORA. O yo sé poco de amar,
o amor que puede callar
no puede llamarse amor.)

ACTO SEGUNDO

(*Salen* DON ALVARO y LEONORA.)

LEONORA. Esto has de hacer.
ALVARO. Yo lo haré.
Pues en fin, ¿casarte quieres?
LEONORA. No hay cosa que a las mujeres
mayor cuidado les dé.
ALVARO. Yo me huelgo que don Juan
te agrade tanto, Leonor.
LEONORA. Sosegaráse tu amor
de los celos que le dan.
ALVARO. Así es verdad, pues casado
contigo, no hay que temer.
LEONORA. No la debe de querer.
ALVARO. Pienso que estoy engañado,
porque dicen que es tercero
del Príncipe.
LEONORA. Yo tenía
celos de Clara, y vivia
con ese engaño primero;
mas ya estoy desengañada,
porque le he visto rogar
por el Príncipe.
ALVARO. Aguardar
puedes, Leonor, confiada
en que deseo tu bien.

(*Vase.*)

LEONORA. Pienso que viene; aquí aguardo.
No es mucho, pues me acobardo,
que estas sospechas me den.

(*Salen* DON JUAN y FABIO.)

FABIO. No sé qué pueda quererte.
D. JUAN. Que es casamiento he pensado.
FABIO. Leonora le habrá engañado.
D. JUAN. Leonora ha de ser mi muerte.
FABIO. ¿Tanto temes el casarte?
D. JUAN. No le tengo inclinación.
FABIO. Los que tan esquivos son
siempre se casan en parte,
que pagan después la cura,
porque el reñir y el casar
quieren ánimo al entrar,
que después todo es ventura.
Alguna falta hay en ti.
D. JUAN. No me examines.
FABIO. No soy
albéitar; pero no estoy
contento de ti.
D. JUAN. Yo sí.
FABIO. Jamás hablas con mujer.
D. JUAN. ¿No es virtud la honestidad?
FABIO. No sé qué diga en tu edad.
Y ¡por Dios que has menester
dar satisfación de ti,
que me daba en Zaragoza

ayer una gentil moza
vaya por tu causa a mí,
sin otras mil que me dan
mil remoquetes.

D. JUAN. ¿Qué importa?
Pero de plática acorta.

[(*Sale* DON ALVARO.)]

Aquí tenéis a don Juan.

ALVARO. Y vos un esclavo en mí.

D. JUAN. ¿Qué es, don Alvaro, el intento
de llamarme?

ALVARO. Estadme atento.

D. JUAN. A serviros vengo aquí.

ALVARO.

Señor don Juan, mi calidad notoria
me excusa de decirla á quien lo sabe;
la de mi hacienda no os importa mucho
si la virtud y la hermosura es dote,
que éstas bien pueden serlo de mi hermana,
aunque el del oro no es tan pobre en ella
que no le tenga tal que pueda honralla;
con esto ya entendéis quiero casalla.

DON JUAN.

¿Tengo por dicha algún amigo agora
digno de las virtudes de Leonora?
Que me holgaré de tratar el casamiento,
por lo que a entrambos soy aficionado.

ALVARO.

Bien lo podéis tratar vos con vos mismo.

DON JUAN.

Bésoos mil veces, Alvaro, las manos
por la honra y merced que me habéis hecho;
pero mirad cuál fué la suerte mía,
pues que de recibirla me desvía
por voto expreso que absolver deseo.

ALVARO.

Pues eso no será dificultoso.

DON JUAN.

No me atrevo a tratarlo por agora.
Emplead la bellísima Leonora
en quien merezca posesión tan alta,
que yo tengo, sin ésta, alguna falta,
que no me excusa menos.

ALVARO.

Por lo menos
conoceréis, don Juan, que el amor nuestro
os ha obligado.

DON JUAN.

Y yo he pagado el vuestro.

(*Vase, y sale* LEONORA.)

ALVARO.

Parece que se va como corrido.

LEONORA.

Pues, hermano, ¿qué es esto? ¿Cómo ha sido
el volverse don Juan tan brevemente?

ALVARO.

No sé cómo lo diga. El no se siente
con suficiencia para ser casado.

LEONORA.

¿Qué dices?

ALVARO.

Que don Juan se ha disculpado
con un millón de faltas que confiesa.

LEONORA.

De mi desdicha y de mi amor me pesa.
La disculpa es fingida.

ALVARO.

Ansí lo creo.

LEONORA.

Que quiere a Clara claramente veo.

ALVARO.

No sé ¡por Dios!; porque si a Clara amara,
ya fuera su afición a todos clara.

LEONORA.

Pues ¿qué puede ser esto?

ALVARO.

No lo entiendo;
pero saberlo puedo si tú quieres.

LEONORA.

¿Tú sabes el humor de las mujeres?

ALVARO.

Ponte una banda al cuello y di, Leonora,
que tienes mala la derecha mano,
y pide a Clara que un papel te escriba
para un galán que tienes.

LEONORA.

¿A qué efeto?

ALVARO.

Dámele tú, que hacer con él prometo
un enredo a don Juan con que se entienda
si es doña Clara su querida prenda
o tiene los defetos que me ha dicho.

LEONORA.
Yo te daré el papel.

ALVARO.
Pues parte luego,
que ni celos ni amor tienen sosiego.

(Vanse. Salen el PRÍNCIPE *y* OCTAVIO.)

PRÍNCIPE. Celoso estoy de don Juan.
OCTAVIO. Y no son vanos cuidados.
PRÍNCIPE. ¿Llamaste esos dos criados?
OCTAVIO. En la antecámara están.
PRÍNCIPE. Examinarlos querría.
OCTAVIO. No hay juez como los celos.
PRÍNCIPE. Llámalos, pues.
OCTAVIO. Llamarélos.
PRÍNCIPE. No hay pena como la mía.

(Sale LAURA.)

LAURA. ¿Qué me manda vuestra alteza?
PRÍNCIPE. Laura, ya sabes mi amor;
tengo un notable temor,
tengo una grande tristeza,
tengo una sospecha extraña,
tengo... ¿qué sirven rodeos?
Celos tengo.
LAURA. A tus deseos
vano pensamiento engaña,
porque no hay señal de amor
en mi señora.
PRÍNCIPE. ¿Ninguna?
LAURA. Si hubiera señal alguna
yo lo supiera, señor.
PRÍNCIPE. ¿Qué, no te ha dicho jamás
a qué se inclina? Eso dudo.
LAURA. Yo la visto y la desnudo,
y trecientas cosas más;
pero no sólo no trata
de amor, mas sin alma vive.
PRÍNCIPE. ¿No escribe Clara?
LAURA. Sí escribe,
pero nunca se recata.
PRÍNCIPE. ¡Brava cosa!
LAURA. Yo te digo
la verdad.
PRÍNCIPE. Vete con Dios.
LAURA. El te guarde.
OCTAVIO. Si los dos
son como aqueste testigo,
bien pueden dejar los celos
esta injusta información.
PRÍNCIPE. Infiernos, Octavio, son,
y quieren llamarse cielos.

(Sale FABIO.)

FABIO. Aquí me ha traído Octavio.
¿En qué sirvo a vuestra alteza?
PRÍNCIPE. En remediar la tristeza
que me oprime el alma, Fabio.
FABIO. ¿Yo, señor?
PRÍNCIPE. Si lo que aquí
te dijere no tuvieres
secreto, Fabio, no esperes
piedad ni remedio en mí.
FABIO. Yo cerraré con mil llaves
mi boca.
PRÍNCIPE. ¿A quién tiene amor,
Fabio, don Juan, tu señor?
Dime todo lo que sabes.
FABIO. Todo lo que en esto sé
es que en su vida ha mirado
hermosura con cuidado.
PRÍNCIPE. Pues ¿es posible que esté
un mancebo tan galán
sin pensamiento de amor?
FABIO. Yo no lo he visto, señor;
antes pienso que don Juan
trata de ser religioso.
PRÍNCIPE. ¿Qué dices?
FABIO. Que esto le oí.
PRÍNCIPE. Este miente.
FABIO. Nunca en mí
fué falta el ser mentiroso,
aunque tengo más que el mar
arenas y el cielo estrellas:
antes bien, mil damas bellas
que le han intentado amar
están corridas en ver
sus desprecios.
PRÍNCIPE. ¿Luego a Clara
no quiere?
FABIO. En nada repara
como se llame mujer.
PRÍNCIPE. ¿Octavio?
OCTAVIO. ¿Señor?
PRÍNCIPE. Al pecho
le pon la daga.
OCTAVIO. ¡Villano,
di la verdad!
FABIO. Es en vano,
y me matáis sin provecho;
que para el paso en que estoy
no sé otra cosa.
PRÍNCIPE. Vete,
y calla.

FABIO.
Eso te promete
mi fe, que oloroso voy;
pues del Príncipe no creo
que el ámbar se me ha pegado.
La sangre se me ha bajado;
como es de atrás, no la veo.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE.
¿Hay cosa como aquésta? No es posible,
Octavio, que este amor fuera secreto.

OCTAVIO.
Amor no puede ser, si es invisible,
que se descubre por cualquier efeto.

PRÍNCIPE.
Si aquéste le supiera, era imposible
que cupiera en su bárbaro sujeto
tan gran lealtad.

OCTAVIO.
No quedo muy seguro.

PRÍNCIPE.
Menos entiendo cuanto más lo apuro.
Pero aquí viene, y yo he pensado un medio
ingenioso ¡por Dios!

OCTAVIO.
Yo he sospechado
que la invención es hija de los celos.

(*Sale* DON JUAN.)

DON JUAN.
Guarden tu vida, gran señor, los Cielos.

PRÍNCIPE.
Don Juan, a tiempo vienes, que quería
enviarte a llamar.

DON JUAN.
¿En qué te sirvo?

PRÍNCIPE.
Cansado de mis locas pretensiones
con el alma de Clara, piedra dura,
yo trato de casarla con Octavio.
Por ventura casada...

DON JUAN.
Intento sabio.

PRÍNCIPE.
¿No te parece bien?

DON JUAN.
Por todo extremo.

PRÍNCIPE.
(Qué presto respondió. Celos, ¿qué temo?
Ni se mudó el color, ni lo ha sentido.
Sin duda que los celos me engañaron;
pero ya puede ser todo fingido,
y presumir también que le probaron.)
Siendo, don Juan, Octavio su marido,
esperanzas que agora me faltaron
me sobrarán entonces.

DON JUAN.
¿Quién lo duda?
El estado en mujer todo lo muda.
Piérdese la esperanza con el trato;
llégase más a lo que de antes huye,
y a quien mostraba el pecho más ingrato
los pasos y aun los brazos restituye.

PRÍNCIPE.
Tú has de ir a hablarla por mayor recato,
y si este casamiento se concluye,
tú verás lo que debes a mi pecho.

DON JUAN.
Ya estoy de tu grandeza satisfecho.

PRÍNCIPE.
Aquí te espero.

DON JUAN.
Y yo me parto a hablalla.

(*Vase.*)

OCTAVIO.
¿Qué le has dicho, señor?

PRÍNCIPE.
Que te quería
casar con Clara.

OCTAVIO.
Y ¿cómo lo ha tomado?

PRÍNCIPE.
Con mucho gusto.

OCTAVIO.
En fin, ¿no se ha turbado?

PRÍNCIPE.
Antes es de esta boda el mensajero.

OCTAVIO.
Pues ¿si dice que sí?

PRÍNCIPE.
¿Qué importa, Octavio?
Pues un agravio fingido no es agravio.

Yo le diré a don Arias que suspenda
el casamiento en tanto que mi padre
te hace merced.

OCTAVIO.

¡Lo que revuelven celos!

PRÍNCIPE.

Por eso los echaron de los Cielos.

OCTAVIO.

Tal se cuenta de Júpiter y Juno.

PRÍNCIPE.

De celos no se libra amor ninguno.

(*Vanse. Salen* DON JUAN *y* DOÑA CLARA.)

D. JUAN. El te casa, como digo,
porque imagina después,
Clara, que casada estés
tener más dicha contigo.
A mi tercero me hace
de este nuevo casamiento.

CLARA. De saber tu pensamiento
ese casamiento nace,
que no creas que pretende
casarme.

D. JUAN. No sé ¡por Dios!
Concertado se han los dos.
Octavio su honor le vende,
como en el mundo se usa,
y él le compra del dinero
con que me hace tercero.
No quise poner excusa
por no dar que sospechar,
ni la palabra romper,
que antes me quiero perder
que darte en esto pesar.
¡Brava desgracia por ti
que de tu cielo sereno
sonase en Octavio el trueno
y que diese el rayo en mí!

CLARA. No lo creas.

D. JUAN. ¿Cómo no?

CLARA. Pues ¿no sabré yo excusarme?

D. JUAN. Si éstos intentan probarme,
como dices, pienso yo
que será más acertado
decir que dices que sí,
y aun es mejor para mí
que no el haberlo negado;
porque dándole disgusto
al Príncipe, te he perdido,
y dándole un sí fingido
hará después lo que es justo.

CLARA. Pues si es lo mejor ansí,
parte, y diráslc que yo
con el alma digo no
y con los labios que sí.

D. JUAN. Mejor se hubiera acertado
si, cuando hicimos concierto
que este amor fuese encubierto,
fuera este amor declarado.
Casáramosnos los dos,
pues que nadie lo estorbara.
La culpa tuviste, Clara:
tuya es la culpa ¡por Dios!

CLARA. Si el Príncipe me quería
como agora, ¿era razón
atropellar su afición,
o fué discreción la mía?
Anda, que yo me entendí;
vete, y dile lo que digo,
que no hay más de amor conmigo,
que he nacido para ti.
Lo demás es un rodeo
de este camino real;
el Príncipe es desigual
de mi honor y mi deseo.
Y antes que deje de ser
tuya, tendrá el mar quietud,
el vicio será virtud
y dará el pesar placer.
Primero dará la tierra
estrellas y el cielo flores,
habrá sin celos amores
y sin intereses guerras;
en la locura, prudencia;
en la soberbia, humildad;
en el juego habrá verdad,
y en la invidia buena ausencia

D. JUAN. Con eso voy satisfecho.
Bien lo debes a mi amor,
porque no hay peña al rigor
del mar que iguale a mi pecho.
A los ejes en que estriba
la máquina celestial
dice que es mi amor igual,
por que eternamente viva.
De los cielos, en efeto,
aquel sonoro ruïdo,
que de ninguno es oído,
se parece a mi secreto.
Que conozca algún desvelo
mi amor, puede acontecer;

oírlo no puede ser,
porque se mueve en tu cielo.

(*Vase.*)

CLARA.

Parte, dulce sirena, en mis oídos,
seguro de que Amor me lleva atada
al árbol de la nave que, cargada
de fe, lleva a tu puerto mis sentidos.
Buen viento, pensamientos bien nacidos,
que ya se ve la tierra deseada
de laureles y olivas coronada,
si los celajes son celos fingidos.
Alborótese el mar en perseguirme,
que a sus peñascos mi paciencia excede,
para que Amor el premio me confirme.
Todo se mude; la fortuna ruede;
que quien tiene la fe por árbol firme,
ni se puede anegar ni olvidar puede.

(*Salen* LEONORA *con una banda, y* JULIA, *criada.*)

LEONORA. Segura estabas de mí.
CLARA. Por hoy ya no te esperaba,
que, como yo a nadie quiero,
no sé el rigor de quien ama.
Estas visitas, Leonora,
ya por mi cuenta no pasan.
Don Juan te las debe, y creo
que ya don Juan te las paga.
LEONORA. ¿Sabes algo en mi favor?
CLARA. Hoy de tu parte le hablaba;
pero no se mueve mucho.
LEONORA. No hará, que es de nieve helada.
Hoy don Alvaro, mi hermano,
el casamiento trataba
con él.
CLARA. Y ¿qué respondió?
LEONORA. Un voto con treinta faltas.
CLARA. ¿Faltas se puso?
LEONORA. Insufribles.
CLARA. ¿Y son verdad?
LEONORA. El las halla.
CLARA. Quien las dice no las tiene,
que quien las tiene las calla.
LEONORA. Puede ser, y yo lo creo,
que son excusas y trazas
por no agradecer mi amor.
CLARA. No reparaba en la banda.
¿Banda tú? ¿Qué es esto?
LEONORA. Tengo
la mano desconcertada
de un golpe que di a un bufete
pensando dar a una esclava.
Hazme placer ¡por tu vida!
que me escribas una carta
para este ingrato.
CLARA. Sí haré.
LEONORA. Y que tú la notes basta.
CLARA. Pues ¿yo quieres que la note?
LEONORA. El entendimiento, Clara,
me desconcertó también
el golpe de mis desgracias.
CLARA. Desdichada estás en golpes.
LEONORA. Nací para desdichada.
CLARA. Voy a escribir a don Juan.
(¡Cuánto esta necia se engaña!
El conocerá mi letra, (*Aparte.*)
y será burla extremada,
pues es de mi amor tercera.)

(*Vase.*)

LEONORA. ¡Qué bien sucede la traza!
Piensa esta necia que yo
me valgo en aquesta carta
de su corto entendimiento,
y no entiende lo que pasa.
¿Julia?
JULIA. ¿Señora?
LEONORA. Entre tanto
que este papel se despacha,
por ser curiosa en extremo,
te quiero enseñar su casa.
(Este papel has de dar
a mi hermano, que le aguarda
para cierto efeto.
JULIA. Estoy
de lo que importa avisada.)
LEONORA. Este papel ha de ser
el centro de mi esperanza.
No hay gusto como engañar
a los que piensan que engañan.

(*Vanse. Salen el* PRÍNCIPE *y* OCTAVIO.)

PRÍNCIPE. Esto me ha dicho don Juan.
OCTAVIO. ¿Que te ha respondido ansí?
PRÍNCIPE. Pues dicen los dos que sí,
libres de sospecha están.
OCTAVIO. ¿Vino contento?
PRÍNCIPE. En extremo.
OCTAVIO. ¡Raro caso!
PRÍNCIPE. ¿Por qué es raro?
OCTAVIO. Si no es raro, no es muy claro;
alguna malicia temo.

PRÍNCIPE. Toma papel, y en un punto
al Rey de Castilla escribe.
OCTAVIO. ¿Qué es lo que amor apercibe?
PRÍNCIPE. Eso escucha.
OCTAVIO. Eso pregunto.
PRÍNCIPE. Dile que a don Juan Abarca
me entretenga un mes allá.
OCTAVIO. Luego ¿él con la carta irá?
PRÍNCIPE. ¡Cielos y infiernos abarca
un pensamiento de celos!
OCTAVIO. Yo voy.
PRÍNCIPE. Echarle es mejor,
y podrá, Clara, mi amor
gozar tus serenos cielos.
Esta es fácil invención,
todo lo demás cansarme.
El vuelve. ¿Si quiere hablarme
sin conocer mi intención?

(*Salen* DON JUAN *y* FABIO.)

D. JUAN. Clara me envía a decir
que quiere hablarte.
PRÍNCIPE. No pienso
agora en cosas de Clara;
cosas más escuras tengo.
Mi primo, el Rey de Castilla,
trata un negocio secreto;
con el mismo irás, don Juan,
hoy por la posta a Toledo.
D. JUAN. De buena gana, señor.
PRÍNCIPE. (No ha hecho ¡viven los Cielos!
sentimiento de pesar;
pues tener siempre un sujeto
o es inocencia o malicia,
porque en estos dos extremos
no hay medio para mostrar
tan notable sufrimiento.)
Ponte, don Juan, de camino,
que aqui vendrá Octavio luego
con el pliego para el Rey.

(*Vase.*)

D. JUAN. (Sólo servirte deseo.
Esto es hecho. Yo he perdido
la esperanza del remedio
que en la presencia de Clara
me dieron mis pensamientos.
Celos del Príncipe son.
¡Vive el Cielo, que son celos!
¿A Toledo a mí con cartas,
donde están mil caballeros?
Pero no me entienda Fabio.)
¿Qué hay, Fabio?
FABIO. Pues ¿qué tenemos?
¿De qué es la nueva alegría?
¿Qué merced el Rey te ha hecho?
¿Con qué Encomienda te ha honra- [do?
Mas pienso que es casamiento
y serás de la gran cruz,
porque toma todo el cuerpo.
D. JUAN. Fabio, Alfonso, en confianza
del grande amor que le tengo,
hoy a Toledo me envía,
y obedecerle no puedo,
porque tengo en Zaragoza
cierto caso que sospecho
que me va en él vida y honra.
FABIO. Pues ¿de qué estabas contento?
D. JUAN. De saber que en ti tenía
un hombre de tal ingenio,
que me sacará de todo.
FABIO. Pues ¿yo puedo?
D. JUAN. Estame atento.
Tú puedes ir a Castilla
con mi nombre, y en secreto
quedarme yo en Aragón.
FABIO. ¿Eso dices? ¿Tienes seso?
D. JUAN. Fabio, con ricos vestidos
y muy gentiles dineros,
serás yo, y quien tú quisieres,
que todo el ser está en ellos.
FABIO. Pues ¿sabré yo hablar al Rey
y andar grave y patitieso
entre tantos castellanos?
D. JUAN. Yo sé de tu entendimiento
que sabrás representar
un rey del romano Imperio,
y en elocuente oratoria
al más celebrado griego.
FABIO. A gran peligro me pongo
cuando fuese descubierto.
D. JUAN. Pues tú, ¿qué traición cometes?
FABIO. No es traición, pero es enredo,
y como cuando se enreda
la seda el postrer remedio
es cortarla, y yo lo estoy,
que me han de cortar sospecho.
D. JUAN. Ten ánimo, que un amigo
por otro en el mundo ha hecho
mayores cosas.
FABIO. Vestirme
será forzoso.
D. JUAN. Yo quiero
darte nunca vistas galas.
FABIO. ¡Pardiez! El ser caballero

no digo que en eso topa,
pero mucho topa en eso.

D. JUAN. Hablas cuerdamente en todo.

FABIO. ¿Sabes a qué tengo miedo?
A que me han de hacer justar
o, lo que sin duda temo,
salir con rejón al coso;
que los toros jarameños,
en viendo un aragonés,
saltan de puro soberbios.
Escribe una carta aparte
que diga: "Este caballero
tiene agüeros con los toros,
tan hombres como soteños."
Y en lo que es justar, dirás
que soy enfermo del pecho,
y que de burlas de manos
soy enemigo en extremo.

D. JUAN. Calla, que viene un traidor;
digo en mis cosas.

FABIO. Yo entiendo
que saldrás bien.

(*Sale* OCTAVIO.)

OCTAVIO. Ya, don Juan,
su alteza ha firmado el pliego.
Que te partas luego quiere.

D. JUAN. Digo que me parto luego.

OCTAVIO. Dios te vuelva a Zaragoza
con el bien que yo deseo.

(*Vase.*)

D. JUAN. No me vuelva, pues no salgo.—
Ahora bien, Fabio, esto es hecho.
No hay sino tomar la posta.

FABIO. Y no es lo menos que siento.

D. JUAN. Importa a la autoridad.

FABIO. Si estriba, señor, en eso,
¿no son bien autorizadas
las mulas para este efeto?
¿No tienen mulas los Papas,
los Cardenales supremos
y otras grandes dignidades?

D. JUAN. Mándalo el Rey.

FABIO. Mucho temo
que no he de volver tan hombre
como voy si postas llevo.

D. JUAN. Ahora bien; yo soy el rey.
Entra a ver.

FABIO. ¿Pondréme tieso?

D. JUAN. Claro está. Llega.

FABIO. Los pies
a vueseñoría beso.

D. JUAN. ¿Señoría? ¿Estás en ti?
Majestad o alteza, necio.

FABIO. Deme vuestra majestad
los pies.

D. JUAN. Levantaos del suelo.
¿Quién sois?

FABIO. Fabio soy, criado
de don Juan. Turbéme.

D. JUAN. Pienso
que me has de echar a perder.—
¿A qué venís?

FABIO. Señor, vengo
en una posta...

D. JUAN. ¿Qué dices?

FABIO. Que a traición me tiene muerto,
porque yo soy delicado
y estoy a jumentos hecho.

D. JUAN. Bien sé que te estás burlando.
Pero, Fabio, presupuesto
que hay damas, ¿qué les dirás?
¿Con qué gracia? ¿Qué respeto?

FABIO. Haréme un tornillo todo,
y contoneando el cuerpo,
el pie izquierdo a las disformes,
y a las lindas pie derecho,
"Vueseñorías me tengan
por el mayor embeleco
que se ha visto ni se ha oído".

D. JUAN. ¡Lindo bellaco te has hecho!
Toma este pliego y mis llaves
y di que te dé Fineo
por ellas cuanto pidieres,
que yo a la puerta me quedo
a esperar a un hombre.

FABIO. Voy,
y con las postas te espero.
¡Plega a Dios que pare en bien,
que alguna azotaina tiemblo!

(*Vase. Salen* DON ALVARO *y* LISENO.)

ALVARO.

Toma el papel, y descuidado pasa
de la manera que te he dicho.

LISENO.

En todo
verás que templo el fuego que te abrasa,
y que al griego Sinón imito el modo.

ALVARO.

Liseno amigo, yo te aguardo en casa.

LISENO.
Verás con la destreza que acomodo
el papel a sus pies.

ALVARO.
Eso deseo.

(Vase.)

LISENO.
(Que le divierten pensamientos creo.
Agora hay ocasión.) ¿Cayóse acaso
este papel a vuestra señoría?

DON JUAN.
No sé ¡por Dios!

LISENO.
A mis negocios paso.
De espacio lo veréis.

DON JUAN.
No es letra mía.
¿Papel entre los pies? ¡Extraño caso!
A alguno se cayó. Falta le haria.
Ya se fué el hombre que le halló. No importa;
mas ¿qué ocasión de velle me reporta?

El sobre escrito mi fin
bien claramente declara:

(Lea.)

"Billete de doña Clara
que me dió por el jardin."
¿De doña Clara? ¿Qué es esto?
¿Qué demonio trujo aquí
este papel? ¡Ay de mí!
¡En qué confusión me ha puesto!
Quiero abrirle. Letra es
de doña Clara, ¿qué dudo?
Hablad, papel; no sois mudo;
tened lengua como pies.

(Lea.)

"Mi bien, aunque no te agrada
el casamiento tratado,
no por eso me has dejado
menos amante obligada.
Yo soy tuya y lo he de ser
aunque el mundo me persiga,
porque tu valor me obliga.
Dios te guarde.—*Tu mujer.*"

¿Qué esperan mis desdichas
en fortuna de amor tan declarada?
Cortó mis breves dichas
mudanza de mujer con libre espada.
¡Mal haya mi esperanza,
pues me dejó llegar a su mudanza!
A don Alvaro escribe.
¿Qué tengo que dudar? Mi daño es cierto.
Por esto me apercibe
que esté mi loco amor tan encubierto.
Pero ¿cómo podría
cubrirse ya la desventura mía?
Quien ve que las mujeres
nos tratan con tan bárbaras crueldades
y fundan sus placeres,
lejos de la razón, en novedades,
¿qué mucho que blasfeme?
¿Qué mucho que satírico las queme?
¡Linaje portentoso!
¿No se pudiera conservar el mundo
sin ese ser forzoso?
¿Qué Furia (1) desde el centro del profundo
os mueve a ser mudables?
Mas no fueran quien son a ser estables.
¡Plega a Dios que si fuere
de hoy más de vuestra parte, ni dejare
de hacer cuanto pudiere
en que vuestra mudanza se declare,
que me mate un amigo!
Mas nací de mujer. ¿Qué es lo que digo?

(Sale DON ALVARO.)

ALVARO. ¿Don Juan?
D. JUAN. ¿Don Alvaro?
ALVARO. ¿Habéis
estado algún rato aquí?
D. JUAN. Un rato, y bien triste, sí.
ALVARO. Yo lo vengo y vos lo veis.
D. JUAN. ¿Cómo?
ALVARO. Un papel he perdido
en que la vida me va.
D. JUAN. (Su amor declarado está.
Declarado está mi olvido.
Bien le pudiera negar,
pues, en efeto, le hallé;
mas no quiera Dios que dé
a tal bajeza lugar.)
¿Es éste vuestro papel?
ALVARO. El mismo, y guárdeos el cielo;
porque todo mi consuelo
y mi bien consiste en él.
D. JUAN. Dice que es de doña Clara.
ALVARO. Yo lo puse encima.
D. JUAN. ¿Es cuenta
de amor?
ALVARO. Como tal se asienta

(1) La edición de Madrid, 1624, dice "Sirte".

y por favor se declara.
D. JUAN. Perdonad, que le leí;
aunque fué curiosidad,
por no decir necedad.
ALVARO. No lo es, pues yo le perdí,
cuando debiera engastalle
en oro, en alma.
D. JUAN. El merece
tal engaste, pues se ofrece
por esclava de ese talle.
Mil años de ella gocéis.
ALVARO. (La color se le ha perdido.)
Gran favor he recibido
en que este papel me deis.
D. JUAN. Parece que está quejosa.
Pues ¿no os casáis?
ALVARO. (Ya pregunta.)
Cuando con amor se junta,
don Juan, condición celosa,
todo le parece ofensa.
Su padre trata casarme;
yo pensé con disculparme
hacer a Alfonso defensa,
que no le quiero perder
entre tantas pretensiones.
D. JUAN. Amor que mira ocasiones
poco amor debe de ser.
ALVARO. Esto me conviene a mí;
pero yo me casaré
luego que Alfonso lo esté,
que ya dicen por ahí
que con Navarra se trata.
D. JUAN. ¿Cómo habéis con tal secreto
vivido? Porque os prometo
que en un hora se dilata
el más encubierto amor
por toda una gran ciudad.
ALVARO. Venciendo mi voluntad
y callando su favor.
D. JUAN. ¿Habéis tenido tercero
de estos papeles?
ALVARO. Mi hermana.
D. JUAN. (¡Toda mi desdicha es llana!
Ya ¿qué pregunto? ¿Qué espero?)
¿Tenéis muchos?
ALVARO. Hasta agora
pienso que ciento serán.
(Pagándome va don Juan
los desprecios de Leonora.)
D. JUAN. ¡Cien papeles! ¡Vive Dios,
que apenas los escribiera
si en un convento estuviera!
ALVARO. No sabéis de amores vos,
que a saberlo, os parecieran
ciento, y aun cien mil, muy pocos.
D. JUAN. (Los que aman todos son locos,
y más cuando el bien esperan.)
¿Habéisla de noche hablado?
ALVARO. Mil veces, y aun merecido
algún favor atrevido,
por no llamarle ayudado.
D. JUAN. (¡Pese a quien tiene paciencia
en desdicha tan extraña!
Ni a amor secreto acompaña
ni a los celos la prudencia.
¿Cómo la puedo tener
oyendo maldad tan clara
de Clara, pues se declara
que es, en efeto, mujer?
Y esto ¿a quién mejor le toca
que a don Alvaro el sabello,
pues asido de su cuello
osó merecer su boca?
De esta suerte interpretado,
por mi mal tengo entendido
aquel favor atrevido,
por no llamarle ayudado.)
¿En efeto os ayudó
acercando más los labios?
(Pues, Clara, en tales agravios
también me declaro yo.)
Alvaro, aquesta cruel
me ha engañado; y si hasta ahora
dejé de amar a Leonora
desde el primero papel,
fué que este mal no sabía,
porque tan secreto andaba,
que de mí no me fiaba
y de los demás huía.
Ya que sé lo que ignoré,
y que os hace tal favor,
todo aquel pasado amor
como se vino se fué.
Yo, aquel que siempre he callado;
yo, aquel amante secreto;
yo, aquel que pedía a Alejandro
de aquel su privado el sello;
yo, que envidiaba a Agatón
y a los otros que sufrieron
por el bien de los amigos
tan exquisitos tormentos;
yo, que el ave vigilante
que al monte Tauro el extremo
pasa una piedra en la boca

teniendo al águila miedo,
seré en la lengua otra fama
como fuí noche en silencio,
y diré por Zaragoza
lo que callé tanto tiempo.
Sepa tu casa, tu padre,
tus criados y tus deudos,
y el Príncipe también sepa
que callé por tu respeto.
Papeles, cintas, favores
y otros regalos honestos,
y que ahora digo a voces
a tu puerta mis deseos,
porque sólo puede ser
amor secreto hasta celos.

(Vase. Salen CLARA *y* LEONORA.)

CLARA. ¿Qué es esto?
ALVARO. ¿Ya no lo ves?
Don Juan es, que va diciendo
el tiempo que le has querido.
CLARA. ¿Yo querido?
ALVARO. ¡Bueno es eso!
Ya es tarde, Clara, ya es tarde.
Algún agravio le has hecho,
pues que va tan declarado
el que vivió tan secreto.
CLARA. ¿Yo agravio?
LEONORA. Pésame mucho,
Clara, de que me hayas puesto
en la desdicha que estoy
con este tu amor tan necio.
Si me hubieras declarado,
por amistad o por celos,
que era tu galán don Juan,
no hubiera los ojos puesto
con tantas veras en él.
¡Traidora amistad! No has hecho
lo que yo hiciera contigo;
pues, como noble, en efeto,
el amor que le tenía
te dije, y abrí mi pecho
para que vieras en él
mi alma y los pensamientos.
Huélgome que te castigue
con este suceso el Cielo,
y que celos le obligasen
a descubrirse, pues veo
que sólo pudo durar
secreto amor hasta celos.

(Vase.)

CLARA. Oye, vuelve.
ALVARO. ¿Qué ha de oír,
cuando tu amor descubierto
nos muestra a todos el daño
que nos resultó de serlo?
¿Eras tú la que tratabas
a todos con tal desprecio?
¿La que a ninguno querías
y eras nieve siendo fuego?
Fuego de Dios en tu gusto,
en tu corazón soberbio,
en las luces de tus ojos,
aunque hay tanto fuego en ellos.
Si esto hubiéramos sabido,
ni Alfonso, con tanto extremo,
ni yo, te hubiéramos dado
con el alma los deseos.
¿Eran aquestos los votos
de don Juan y los defetos
con que rehusó de Leonora
el tratado casamiento,
pues ya se quiere casar?
Y aunque es venganza sospecho,
que por tomarla de ti
los dos el concierto haremos.
Mira el fin de tus locuras,
pues, roto el pasado freno,
muestra que sólo ha llegado
secreto amor hasta celos.
CLARA. Oye, escucha.
ALVARO. Es tarde ya.

(Vase.)

CLARA. Yo quedo como merezco;
pero en mayor confusión
que pena, aunque tanta tengo,
porque no sé yo qué agravio
a don Juan puedo haber hecho,
pues que de celos se queja
y pierde celoso el seso.
Esto ha sido algún engaño.
Yo voy a buscar remedio.
Ya no hay secreto, que es sólo
secreto amor hasta celos.

ACTO TERCERO

(Salen el REY DE CASTILLA, DON GARCÍA DE MENDOZA *y* DON SANCHO DE GUZMÁN.)

REY. ¿Don Juan Abarca se llama?
GARCÍA. Es hombre que en Aragón
tiene el primero blasón

de los nueve de su fama.

REY. ¿Cómo el Príncipe le envía
a que le entretenga yo?
Porque sospecha me dió
que no por su bien sería.

SANCHO. Esa carta, gran señor,
no se ha de entender por mal,
porque es hombre principal.

REY. Serán sucesos de amor.

(*Sale* FABIO *con capa y gorra.*)

FABIO. Deme vuestra majestad
los pies.

REY. Levantaos del suelo;
levantaos, don Juan.

FABIO. Harélo
por ser vuestra voluntad.
Que el mundo, pues corto es
todo el hemisfero hispano,
como al Imperio en la mano,
ponga el cielo a vuestros pies.

REY. ¿Sabéis a lo que os envía
el Príncipe?

FABIO. No, señor.

REY. ¿Sois casado?

FABIO. No era error;
pero no es condición mía.

REY. ¿No tenéis alguna hermana?

FABIO. Muy deshermanado estoy.

REY. ¿Ni deuda?

FABIO. Tan pobre soy,
aunque mi nobleza es llana,
que en lo que es deuda, ninguno
ha tenido más que yo.

REY. Parientes, digo.

FABIO. Eso no,
si habláis con recelo alguno
de amorosos accidentes.

REY. ¿Qué, tan solo sois, don Juan?

FABIO. Soy de los tiempos de Adán,
que no se usaban parientes.

REY. ¿Qué os parece esta ciudad?
¿Compite con Zaragoza?

FABIO. Aires saludables goza,
lindo asiento y majestad;
no invidia al Ebro la vega
del Tajo; su iglesia santa
hasta el cielo se levanta
y al último polo llega.

REY. Entretened, caballeros,
a don Juan.

(*Vase.*)

FABIO. El Cielo os guarde.

GARCÍA. ¿Dónde iremos esta tarde
que podáis entreteneros?

FABIO. A merendar fuera bien
en esas islas del río
con seis mozas de buen brío.

SANCHO. Barco y música también
haré que esté prevenido,
y ordenaremos allá,
si queréis, cañas y toros.

FABIO. Eso es cosa para moros,
muy vieja y cansada ya.
En tiempo del moro Muza
y el potro rucio, era cosa
de gusto; ya es enfadosa,
con turbante o caperuza.
Si en acabando de entrar
se volviesen a salir,
aún se pudiera sufrir;
que esto de vellos andar
a los unos tras los otros,
enfada, a fe de don Juan,
y más a algunos que van
relinchando como potros.
¿Hay enfado como ver
en una adarga pintado
un corazón abrasado
de deudas de un mercader?
Pues ¿las letras? Cierto día
dos *MM* sacó un galán.
Preguntaron a don Juan
lo que en las *MM* decia,
y respondió: "Mas matallo."
Y ¿a quién no puede matar
esto de andar a buscar
para la entrada el caballo?
Pie de hierro, Pensamiento,
Mendocilla, Guzmanillo,
Saltamuros, Jazminillo,
Cordobilla, Papaviento,
crines, rizos, verdes cintas...
¿Esto es juego? De él reniego.
Ahora, señores, no hay juego
de más gusto que unas pintas.

GARCÍA. Búrlase el señor don Juan,
como tiene en Aragón
fama de ser un león,
después de ser tan galán.
¿No dará vueseñoría
lanzada?

FABIO. Lanzada diera
si mis antojos trujera.

Pésame, por vida mía.
Descuido fué. Ya no veo
un toro desde aquí allí.
GARCÍA. Pues no faltarán aquí,
porque honréis nuestro deseo,
y el que tienen tantas damas.
FABIO. Hállome bien con aquéllos.
SANCHO. Mirad que hay mil rostros bellos
que abrasáis en vivas llamas,
y que tenéis a Toledo
hecho una Troya por vos.
FABIO. ¡Jesús! ¿Cierto?
SANCHO. Sí ¡por Dios!
FABIO. (Muriéndome estoy de miedo.)
GARCÍA. Cuchillada habéis de dar.
FABIO. ¿A quién?
GARCÍA. A un toro.
FABIO. ¿Yo?
GARCÍA. Sí.
FABIO. ¿Qué me ha hecho el toro a mí,
ni en qué me pudo agraviar?
GARCÍA. ¡Buena disimulación!
SANCHO. ¡Lindas burlas!
GARCÍA. ¡Extremadas!
FABIO. Nunca yo doy cuchilladas
sino a quien me da ocasión;
sin eso, espada no tengo.
SANCHO. Ancha os la daré.
FABIO. ¿Qué tanto?
SANCHO. De tres dedos.
FABIO. No me espanto;
a más enseñado vengo.
Ha de tener una espada
siete de ancho para mí.
SANCHO. En mi vida tal oí.
FABIO. Pues ¿hay abierta granada
como dejo un toro yo?
GARCÍA. Alto. Una justa se haga
que ese valor satisfaga.
FABIO. Justa, no.
SANCHO. Pues ¿por qué no?
FABIO. Caí de la posta ayer
y desconcertéme un brazo.
SANCHO. No será tan breve el plazo.
FABIO. Digo que no puede ser.
SANCHO. Pues a las justas no es justo
que faltéis.
FABIO. No habrá lugar,
porque no me puedo armar,
que traigo cierto disgusto.
Demás de que lo juré
desde que de una lanzada
maté a don Jaime en Granada.
GARCÍA. ¡Notable pujanza fué!
Pero aquí hay un caballero
de los Lasos de la Vega,
que jamás a justar llega,
porque es con un pino entero,
que hombre le pare en la silla.
FABIO. ¡Jesús!
GARCÍA. Hoy le habéis de hablar.
FABIO. Sí; mas váyase a justar
con la torre de Sevilla.
SANCHO. Vos probaréis su valor.
FABIO. (No haré tal ¡por Dios! si puedo.)
GARCÍA. Vamos, y verá Toledo
de Zaragoza el honor.
FABIO. ¿Que a nadie deja en la silla?
Pues con él me pienso ver.
(¡Por Dios, que he de amanecer
siete leguas de Castilla!)

(Vanse. Salen DON JUAN, *de rebozo, de noche, y* DON PEDRO, *su amigo.)*

D. PEDRO. En fin, ¿os habéis quedado
en Zaragoza escondido
y Fabio el pliego ha llevado?
D. JUAN. Forzado, don Pedro, he sido,
y en la galera he quedado. (1)
D. PEDRO. ¡Qué fuerte remo el de amor!
D. JUAN. De celos es el mayor.
D. PEDRO. ¿Éstas son, don Juan, las rejas?
D. JUAN. ¡Qué de veces a mis quejas
templó el hierro su rigor!
D. PEDRO. ¿Qué pensáis hacer aquí?
D. JUAN. Adorallas.
D. PEDRO. Mejor fuera
hablar a Clara.
D. JUAN. ¡Ay de mí!
Si este mi agravio quisiera,
que ha días que no la vi.
¡Cuántas noches he venido
y aquestas puertas besado!
¡Cuántos suspiros han sido
los que en ellas han llamado
y nadie me ha respondido!
¡Qué lágrimas no regaron
sus umbrales!
D. PEDRO. ¿Tal estáis
y no la habláis?
D. JUAN. Si engañaron
mi amor, ¿vos no imagináis

(1) Quizá deba leerse "remado".

que la ocasión me quitaron?
Decidme qué pareciera
que, aborrecido de Clara,
la rogara, hablara y viera.

D. PEDRO. Quien ama en nada repara.
Gente viene.

D. JUAN. Aquí me espera.

(*Salen el* PRÍNCIPE, *en hábito de noche;* OCTAVIO *y los* MÚSICOS.)

PRÍNCIPE. ¡Extraño suceso ha sido!

OCTAVIO. Todo está ya declarado.

PRÍNCIPE. ¡Bravos celos!

OCTAVIO. ¡Bravo olvido!

PRÍNCIPE. ¿Que don Alvaro es amado
y don Juan aborrecido?

OCTAVIO. Que me corten la cabeza
si no son celos.

PRÍNCIPE. Serán.

OCTAVIO. Muy bien hizo vuestra alteza
de enviar de aquí a don Juan.

PRÍNCIPE. Menos siento mi tristeza.

OCTAVIO. ¡Con qué secreto vivía
hasta que llegaron celos!

PRÍNCIPE. Amor es noche, ellos día,
porque en corriendo los velos
toda obscuridad desvía.
Bien mis negocios irán
en ausencia de don Juan.

D. PEDRO. (El Príncipe; y habla en ti.

D. JUAN. A saber que estoy aquí...)

PRÍNCIPE. Cierto que es don Juan galán.

OCTAVIO. ¿Cantarán?

PRÍNCIPE. Canten, que es seña
con que me dijo una dueña
que a la ventana saldría.—
Cantad por que salga el día;
será la noche pequeña.

(*Los* MÚSICOS *canten lo que quisieren, y salga a la ventana* CLAVELA, *hermana de* DOÑA CLARA.)

CLAVELA. ¿Es vuestra alteza?

PRÍNCIPE. Yo soy.
¿Adónde tu hermana está?

CLAVELA. Señor, a llamarla voy.

D. JUAN. (Mis celos se aumentan ya.)

PRÍNCIPE. Dile que esperando estoy.

(*Sale* CLARA.)

CLARA. ¿Está vuestra alteza aquí?

PRÍNCIPE. Aquí estoy, hermosa Clara.—
Octavio, lleva esa gente,
que ha salido la mañana.

OCTAVIO. Señores, despejen luego
la calle.

D. PEDRO. (Si no te guardas
te han de ver.

D. JUAN. No tengas pena,
que no es la noche tan clara,
puesto que Clara ha salido,
pero ya es escura Clara.)

PRÍNCIPE. Oigo decir, Clara hermosa,
de tu amor cosas extrañas.
A la fe que era don Juan
buen tercero de mis ansias.

CLARA. Si amor don Juan me tenía,
¿por qué no se declaraba?

PRÍNCIPE. ¿Luego no se declaró?

CLARA. A vuestra alteza le engañan,
que yo he sabido este día
que con Leonora se casa.

PRÍNCIPE. Si está don Juan en Toledo,
¿cómo esas cosas se tratan?

D. JUAN. (En Toledo estoy, sin duda,
labrando una verde manga.)

CLARA. Tiene don Juan un amigo,
que don Pedro Luis se llama,
que aquí negocia por él.

D. JUAN. (¿No lo escuchas? De ti hablan.)

PRÍNCIPE. Con todo, ha sido ventura
que, estas cosas declaradas,
esté don Juan en Toledo.

CLARA. No importa poco a mi fama.

(*Entra* DON ALVARO.)

ALVARO. (No vengo a buena ocasión.
Todo se ocupa y se guarda.
Dos hombres hay en la esquina
y otro ocupa la ventana.)

PRÍNCIPE. Señora, un hombre pasea.

CLARA. Pues vuestra alteza se vaya,
que anda mi honor estos días
corriendo fortunas varias.

PRÍNCIPE. Reconocerle quisiera.

CLARA. Es error, pues no va nada
y él os puede conocer.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. Adiós, bellísima Clara.

ALVARO. (Fuése el hombre de la reja.
Los dos otra cosa aguardan.
Creo que podré llegar.)

D. PEDRO. (Clara, o leal o ingrata,
todavía está en la reja.
Llega ¡por tu vida! a hablarla.

D. JUAN. Amor, don Pedro, bien quiere;
los agravios me acobardan,
y sabráse en Zaragoza.
D. PEDRO. ¡Qué necio amor! Acaba.
D. JUAN. Yo no puedo, aunque quisiera,
que otro llega.
D. PEDRO. ¿Tantos andan?
D. JUAN. Todo es tantos este juego.
D. PEDRO. Este caballo de espadas
me da más pena que el rey.
D. JUAN. Sota, caballo y rey. ¡Basta!
D. PEDRO. Si toma las manos, malo.
D. JUAN. Eso solamente falta.)
ALVARO. ¿Sois vos, Clara celestial,
quien ya, como el alba clara,
viene a despedir la noche,
que ya vuelve las espaldas?
D. JUAN. (Don Alvaro es éste, Pedro.
Esa calle hasta la plaza
me asegura, porque pienso
que algún suceso me aguarda.
D. PEDRO. Yo voy, y en la esquina estoy
de posta.)
ALVARO. ¿Que una palabra
no merezco de tu boca?
D. JUAN. (¿Qué es esto? ¿Cómo no habla
Clara si tanto le quiere?)
CLARA. Pensando, villano, estaba
tu atrevimiento.
ALVARO. Pues ¿cómo
de esa manera me tratas?
CLARA. Porque he sabido, cruel,
que he perdido por tu causa
la cosa que más adoro
y que más estima el alma.
¿Yo a ti papel en mi vida?
¿No sabes tú que tu hermana,
fingiendo una mano enferma,
me pidió, atrevida y falsa,
que aquel papel escribiese
a don Juan, a quien yo amaba
más que a mí misma, y que yo
se le escribí en confianza
de que mi letra vería? [aguardas
¿Qué es lo que esperas? ¿Qué
de mi paciencia? Pues cree
que te ha de salir tan cara
la burla, que está tu vida
pendiente de mi desgracia.

(*Vase.*)

ALVARO. Señora, señora, ¡Fuése!
Esto medra quien engaña.
Razón tiene, si no admite
las disculpas de quien ama.

(*Vase.*)

D. JUAN. ¿Hay desengaño mayor?
¿Hay ventura más extraña?
¡Ay, Clara! Espera. Ya es tarde,
quitóse de la ventana.
Volved, pensamientos míos,
a darle de nuevo el alma.
Volved, amor, a quererla;
deseos, a desearla;
servicios, a pretenderla,
y a vuestro fin, esperanzas.
¡Traidor don Alvaro! ¡Amigo
falso!

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. (A ver si ocupa Clara
aquel galán que denantes
esta calle paseaba.
Me vuelven celos.)
D. JUAN. Don Pedro,
don Pedro, llega, repara
en la más notable cosa
que pudiera imaginada
llevar (1) a mi entendimiento
albricias de mi esperanza,
de mis perdidos deseos,
de mis bienes, que ya estaban
en poder de mi enemigo
y su celosa venganza.
De mí mismo albricias pido (2)
que ya, puesta la mortaja,
vivo, y la quiero colgar
en estas rejas doradas.
Alvaro llegó, y apenas
Clara sintió que le hablaba,
cuando le dijo: "¡Traidor!
¿Tienes vergüenza en la cara?
Por ti he perdido a don Juan,
prenda que estimaba el alma.
¿Yo a ti papel? ¿Tú no sabes
que me lo pidió tu hermana
para don Juan con engaño?"
Esto y otras cosas varias;
con que para darme vida
se quitó de la ventana.

---

(1) En el original, "llegar".
(2) En el original, "Pedro".

Vente tras mí, que me temo,
porque en llegando a mi casa
me ha de matar el placer,
que también el placer mata.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. ¿Hay más notable suceso?
Pues ¿cómo don Juan estaba
en Zaragoza? ¡Oh, traidor!
¿Así la lealtad se guarda
que a los señores se debe?
El Cielo, por mi venganza,
te cegó los ojos.

(*Sale* DON ALVARO.)

ALVARO. (¡Celos!
No en vano un sabio os pintaba
con los ojos del pastor,
de aquella novilla humana.
Con los mismos vengo a ver
lo que en esta calle pasa.)

PRÍNCIPE. Este es Octavio. ¡Ay, Octavio,
buenos mis sucesos andan!
Ya la esperanza he perdido,
ya no sé de mi esperanza.
Hablé, después que te fuiste,
a Clara, que con palabras
fingidas de mí se burla.
Fuíme, cerró la ventana;
volví celoso, y hallé
a don Juan, el que pensaba
que estaba en Toledo agora.
¡Mal fuego le abrase el alma!
¡Mal dardo le pase el pecho,
de algún villano de Jaca!
Pensó que era yo don Pedro,
y como tan ciego estaba
del contento de saber
que Clara le adora y ama,
díjome toda su historia,
porque oyó que doña Clara
dijo a don Alvaro cosas
que como a traidor le infaman.
Porque don Alvaro ha sido,
por unas fingidas cartas,
quien le ha puesto mal con ella.
Yo estoy de celosa rabia
perdiendo el seso. ¿Qué haré?
Mas sígueme, que mañana
le haré cortar la cabeza.

(*Vase.*)

ALVARO. ¿Hay invención más extraña?
Don Juan está aquí, y tan ciego,
que con el Príncipe habla
por don Pedro. Mas ¿qué digo?
¿Por qué su ejemplo me espanta,
si el Príncipe me habla a mí
por Octavio, y me declara
todo lo que aquesta noche
para mi desdicha pasa?
¿Qué haré? Mas pues dice al fin
que le quitará mañana
la cabeza, ánimo, Amor,
que habéis de gozar a Clara.

(*Vase. Salen* DON ARIAS *y* DOÑA CLARA.)

ARIAS.
Esto me ha parecido que conviene
para tu honor.

CLARA.
Será consejo sabio,
pues solamente por remedio tiene,
como dices, casarme con Octavio.

ARIAS.
A nuestra casa el Príncipe no viene.
Pienso que habrá tenido por agravio
no hacer su gusto luego, que los reyes
tienen en él el libro de las leyes.
Iré, si te parece, y juntamente
le daré mil disculpas de tu parte.

CLARA.
No habrá cosa imposible que no intente
ya por mi honor y ya por agradarte.

ARIAS.
Harás muy bien en sosegar la gente
que se ha atrevido, Clara, a murmurarte;
que aunque se vista bien cualquiera dama,
no lleva mejor joya que su fama.

(*Vase. Sale* CLAVELA.)

CLAVELA. Cierto recado me dan
que no lo pensaba oír.

CLARA. Mujeres, ¿qué no dirán?

CLAVELA. ¿Cómo te podré decir
que está a la puerta don Juan?

CLARA. Con haberlo dicho ansí.
Mas di, ¿no estaba en Toledo?

CLAVELA. Allá estaba, y está aquí.

CLARA. Yo tengo de hablarle miedo.

CLAVELA. ¿Diré que se vaya?

CLARA. Sí.

CLAVELA. ¿Sí, dices?
CLARA. Así lo digo.
CLAVELA. Miralo bien.
CLARA. No te espantes,
que es ya don Juan mi enemigo.
CLAVELA. ¿Cómo esos duros diamantes
rompe amor?

(*Sale* DON JUAN, *de rebozo.*)

D. JUAN. ¿Tanto castigo?
¿Tanta furia, Clara hermosa?
CLARA. ¿Cómo te has entrado aquí?
D. JUAN. Tiene Amor fuerza animosa.
CLARA. ¿No te quejabas de mí?
D. JUAN. Fué una fimera celosa.
CLARA. ¿Eres tú aquel recatado?
D. JUAN. Hasta celos puede ser
secreto.
CLARA. ¿Celos te he dado?
D. JUAN. Que me han hecho enloquecer
y la vida me han costado.
Mas ya, mi bien, que pudiste
anoche desengañarme
cuando a don Alvaro hiciste
que me hablase sin hablarme,
vida y remedio me diste.
Fué epíctima tan süave,
que me ablandó el corazón;
de aquella sospecha grave,
te vuelve a dar, que es razón,
de toda el alma la llave.
Necio fuí, yo lo confieso;
mas yo sé que de este exceso
me disculpas con saber
que Amor es niño en creer
y que con celos no hay seso.
Tan arrepentido estoy,
que con vergüenza te miro:
esta disculpa te doy.
Por ser tu amigo suspiro:
tuyo he sido y tuyo soy.
Esta noche no dormí.
CLARA. Pensarías en Leonora.
D. JUAN. ¿Yo en Leonora, mi bien?
CLARA. Sí,
porque ella se alaba ahora,
que ayer me lo dijo a mí,
de que ha de ser tu mujer.
D. JUAN. ¿Mi mujer? No puede ser,
que tengo el gusto casado.
Casado, estoy disculpado.
CLARA. ¿No estabas casado ayer?
Que un celoso fácilmente,
como sabes, se descasa.
D. JUAN. Eso ha sido un accidente,
porque el amor que hoy me casa
me ha casado eternamente.
CLARA. Ahora, don Juan, tú has llegado
tarde, que yo estoy casada.
Mi padre a Octavio me ha dado,
pues de ti desengañada,
puse en mi honor el cuidado.
Ya no puedo remediar
lo que don Arias ha hecho.
D. JUAN. Pues podréme yo matar,
y a ti, que estás en mi pecho,
sabré el alma trasladar
por que no mueras conmigo.
CLARA. Tú me has dado la ocasión.
D. JUAN. No merezco tal castigo,
pues sabes que fué traición
de un falso y fingido amigo.
CLARA. ¿Quién habia de pensar
que me volvieras a ver?
D. JUAN. Quien sabe lo que es amar;
porque a quien no ha de volver
nunca le verás jurar.
Cuando jurare un amante
colérico y arrogante,
esa noche, es cosa cierta,
que ha de llamar a la puerta,
si está el Infierno delante.
¡Ay, Clara!, que los agravios
son los que cierran los labios,
los celosos, porque son
un temor sin ocasión,
que oprime necios y sabios.
Dame tú que me quisieras,
que ni tu honor estimaras,
ni vida, ni alma.
CLAVELA. ¿Qué esperas?
¿En qué discursos reparas?
¿Qué temes? ¿Qué consideras?
CLARA. ¡Ay, hermana: que ha tenido
cruel término don Juan!
CLAVELA. Sus celos disculpa han sido.
CLARA. Si le quiero, ¿qué dirán?
CLAVELA. ¿Qué dirán? Que le has querido.
¡Ea, que te estás muriendo!
Mirale cuál está allí.
CLARA. Clavela, estará fingiendo.
CLAVELA. ¿Aquéllo es fingido?
CLARA. Sí.
¿Piensas tú que no lo entiendo?

CLAVELA. Ea, llega tú también:
algo más te ha de costar.
D. JUAN. Temo su injusto desdén.
CLAVELA. ¡Pues si te haces de rogar,
negociaremos muy bien!
Ea, pues, hermana mía...
CLARA. Yo querría y no querría.
CLAVELA. Pues llégate y no te llega.—
Llega tú también y ruega.
¡Jesús, qué cosa tan fría!
D. JUAN. ¡Ay, Clara! ¿Quiéresme dar
tus brazos?
CLARA. ¡Qué linda nieve!
(*Fisgue.*)
D. JUAN. Clara, ¿quiéresme abrazar?
[CLAV.] Llega, que quien no se atreve
nunca acaba de llegar.
CLARA. Yo te abrazo, prenda mía,
y confirmo por mi esposo.
Mas ¿qué haremos si porfía
Alfonso, que un poderoso,
cuando no alcanza, desvia?
D. JUAN. Si yo estoy aquí escondido,
despacio lo trataremos.
CLARA. ¿Aquí? ¿Cómo?
D. JUAN. Eso te pido,
por que los dos soseguemos
celos, amor y sentido.
CLAVELA. Calla, que bien puede ser.
CLARA. Pues alto, y aunque no pueda,
aquí te quiero esconder.
D. JUAN. Si en ti mi memoria queda,
venga del mundo el poder.
CLARA. ¿Eres mío?
D. JUAN. ¿Eso preguntas?
CLARA. ¿Hasta cuándo?
D. JUAN. Hasta morir,
y más si al alma te juntas.
CLARA. Pues ¿quién podrá dividir
dos almas de amor tan juntas?

(*Vanse, y salen el* PRÍNCIPE *y* OCTAVIO.)

PRÍNCIPE.
¿Cartas del castellano Rey?

OCTAVIO.
Ahora
acaban de llegar.

PRÍNCIPE.
Abrelas luego.

OCTAVIO.
Dicen de aquesta suerte.

PRÍNCIPE.
No sosiego.
(*Lea.*)

"Mucho contento he recebido con la de vuestra alteza, y no he recibido menos de haber conocido a don Juan Abarca; yo lé entretuve el tiempo que vuestra alteza manda, y ya le despacho por no tener otro aviso; dile un hábito de Santiago y con él una Encomienda, mientras vuestra alteza le hace la merced que merece."

PRÍNCIPE.
¿Qué dices?

OCTAVIO.
Lo que dice.

PRÍNCIPE.
¿Que eso dice?

OCTAVIO.
Esto dice.

PRÍNCIPE.
¿Don Juan está en Toledo?

OCTAVIO.
¿No le enviaste tú?

PRÍNCIPE.
Pues bien: ¿qué importa,
si él no salió de Zaragoza?

OCTAVIO.
¿Cómo?

PRÍNCIPE.
¿No te lo dije anoche?

OCTAVIO.
¿Vuestra alteza
me dijo de don Juan cosa ninguna?

PRÍNCIPE.
¿No te dije que habiendo con los celos
vuelto a la calle de la ingrata Clara,
llegó don Juan a mí, que no ha salido
de Zaragoza, y me contó la historia
de su amor y los celos de don Alvaro?

OCTAVIO.
Palabra no me ha dicho vuestra alteza.

PRÍNCIPE.
¿Cómo? ¿Que no te dije cuanto pasa
casi a la puerta de su misma casa?

OCTAVIO.
Señor, ¿por qué razón te lo negara
si algo me hubieras dicho?

PRÍNCIPE.

Basta, Octavio;
que, como se engañó don Juan conmigo,
imaginando que era yo don Pedro,
yo me engañé con otro, imaginando
que hablaba con Octavio.

OCTAVIO.

Así lo creo,
si no ha sido ilusión de tu deseo.

PRÍNCIPE.

¿Qué llamas ilusión? Tan claramente
vi a don Juan, y me habló, como te veo.

OCTAVIO.

Pues ¿cómo está en Toledo y Zaragoza?
¿Puede partirse en dos?

PRÍNCIPE.

Eso no entiendo,
si no es que Amor hace milagros tales;
mas, por lo menos, yo le vi, y me dijo
cuanto pasaba Clara con don Alvaro:
y cuando no estuviere de por medio
la deslealtad que en esto ha cometido,
para mi desengaño haré prendelle.

OCTAVIO.

Esta carta del Rey es un testigo
que de toda excepción está seguro.
El dice que está allí don Juan Abarca;
tú dices que está aquí; los dos sois reyes;
éste no es caso que dirán las leyes,
por más que se desvelen los letrados.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué quieres, Octavio, que yo diga?
¿Que no le vi?

OCTAVIO.

No digo tal; mas digo
que aquí te escribe el Rey que está en Toledo.

PRÍNCIPE.

Puede ser que estuviese, y que viniese,
y que uno y otro, Octavio, verdad fuese.

OCTAVIO.

Eso tengo por cierto.

PRÍNCIPE.

Pues al punto
se busque en toda Zaragoza, Octavio;
que yo sabré si está cerca mi agravio.

OCTAVIO.

Déjame a mí; sosiega tus desvelos.

PRÍNCIPE.

Basta; que Amor se burla de los celos.

(*Vanse, y salen* DOÑA CLARA *y* DON JUAN.)

CLARA. ¿Cómo te va de esconder?
D. JUAN. Nunca más seguro estuve,
que me sirve el sol de nube
por que no me puedan ver.
En un poeta vi escrito,
y ahora por mí lo creo,
que nunca se busca el reo
donde comete el delito.
CLARA. Si Fabio, don Juan, viniera,
mucho nos asegurara.
D. JUAN. Tal vez la fortuna pára
en medio de su carrera,
y tal vez corre hasta el fin.
Veamos el fin que tiene.
¡Gran dicha!
CLARA. Don Pedro viene.
D. JUAN. Pasó la fortuna, en fin.

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PEDRO. Dadme albricias.
D. JUAN. Ya lo sé.
D. PEDRO. ¡Excusa notable ha sido!
D. JUAN. Ya sé que Fabio ha venido:
en los ojos se te ve.
D. PEDRO. ¿Cómo os lo puedo negar?
si él me puede desdecir?
CLARA. Muy secreto ha de venir.
D. PEDRO. Ya ha venido.

(*Sale* FABIO.)

FABIO. ¿Puedo entrar?
D. JUAN. Puedes, y darme los brazos.
CLARA. Esos te pido también.
FABIO. ¡Juntos aquí! ¡Tanto bien!
¡Y juntos me dais los brazos!
¿Sois novios? ¿Qué novedad
es ésta?
D. JUAN. Si no has sabido
mis secretos, que ya han sido
fábula en esta ciudad,
no preguntes la razón,
sino dámela de ti.
FABIO. Paciencia, y escucha.
D. JUAN. Di.
FABIO. Estos mis sucesos son.

Partí de la gran ciudad,
don Juan, que corona el Ebro,
donde en un solo pilar
se sustenta todo el Cielo.
Aquella a quien Roma y César
por medio el nombre partieron,
él, César, y augusta, Roma,
que ninguno pudo entero.
Y entré en el monte de casas
sobre peñascos soberbios
que, de Bruto y Tolemón,
aún hoy se llama Toledo.
Llaméme don Juan Abarca,
di al Rey de Castilla el pliego,
que a la cuenta no te honraba,
puesto que debiera hacerlo,
porque sólo pretendía
que te entretuviese, haciendo
como burla del valor
de tus heroicos abuelos.
Mirando el Rey a tu fama,
honróme con tanto extremo,
que sólo un Rey de Castilla
supiera y pudiera hacerlo.
Honráronme él y su Corte,
rico aposento me dieron,
haciendo fiestas por mí
las damas y caballeros.
Verdad es que con mi industria
salí de bravos aprietos
en que me puso tu nombre
y las fiestas me pusieron.
Todo lo que fué tocante,
don Juan, al entendimiento,
no desdoró tu opinión,
que soy, como ves, discreto.
Yo me porté lindamente,
con ellos haciendo versos
y con ellas valentías,
treta de cobardes pechos.
Pero no pude guardarme
tanto, que no me cogieron
tal vez fuertes ocasiones,
que no les hallé remedio.
Salí una vez a los toros
en un endiablado overo,
en lo que era cobardía
muy parecido a su dueño.
Saqué famosos rejones,
todo amarillo los fresnos,
y yo como ellos la cara
y alguna parte del cuerpo.
Pero haciendo que los toros
de mí se andaban huyendo,
paraba yo por de fuera,
que no jugaba con ellos.
Una vez el Diablo quiso
que un torillo boquinegro,
las puntas como mostachos,
que en bigotera estuvieron,
me acometió por un lado,
y yo, misas ofreciendo
al Santo que de su libro
sacro facistol le ha hecho,
póngole el rejón temblando,
y tanta ventura tengo,
que entre las dos espaldillas
le pego de medio a medio.
Cae el toro, porque quiso,
y da voces todo el pueblo:
"¡Vítor, vítor!"; con que yo
toda la plaza paseo.
Voy haciendo reverencias
a las damas, puesto en medio
de lo mejor de la Corte;
ellas corcovan los cuerpos,
y yo salgo de la plaza
haciendo mil juramentos
de antes buscar toros hombres
que torillos jarameños.
En efeto, bien comido
y con igual aposento,
cumplí un mes, y despachado
vivo de Castilla vuelvo.
Traigo una cruz de Santiago,
de que el Rey merced te ha hecho,
y tres mil de renta escudos,
como los versos modernos.

D. JUAN. Agora vuelvo a abrazarte;
todo mi remedio has sido.

(*Sale* CLAVELA.)

CLAVELA. Clara, el Príncipe ha venido,
con Octavio, a visitarte.

CLARA. Escóndete.

D. JUAN. Amigo Fabio,
ven conmigo, y tú también,
don Pedro.

CLARA. Todo irá bien
si yo me libro de Octavio.

(*Sale el* PRÍNCIPE, OCTAVIO *y* DON ARIAS.)

PRÍNCIPE. No hay que aguardar dilaciones.

ARIAS. Aquí, señor, está Clara.

PRÍNCIPE. ¿Clara hermosa?
CLARA. (Hoy se declara
mi amor.)
PRÍNCIPE. Las obligaciones
que te tengo se confirman
con ser esposa de Octavio.
CLARA. De que encarezcas me agravio
lo que en mí las tuyas firman.
ARIAS. Al Príncipe, mi señor,
he dicho tu pensamiento.
CLARA. Servirle ha sido mi intento.
PRÍNCIPE. (¡Qué extrañas burlas de amor!)

(*Salen* DON ALVARO *y* LEONORA.)

ALVARO. Aquí vienen dos hermanos
sólo a darte el parabién.
OCTAVIO. A mí es mejor me le den.
ALVARO. (De mis pensamientos vanos
me darán pésame a mí,
pues hoy a Clara he perdido.)
LEONORA. También yo, Clara, te pido
parabién.
CLARA. ¿Cásaste?
LEONORA. Sí.
CLARA. ¿Con quién?
LEONORA. Con don Juan.
CLARA. ¿Pues ya
ha venido de Toledo?
LEONORA. Hoy le esperamos.
PRÍNCIPE. ¿Don Juan
viene ya?
LEONORA. Recado tengo
de sus criados, que hoy llega.
PRÍNCIPE. ¿Y es tu esposo?
LEONORA. Así lo pienso.
PRÍNCIPE. (¿Octavio amigo?
OCTAVIO. ¿Señor?
PRÍNCIPE. Hoy pienso perder el seso.
¿Qué máquinas son aquéstas?
¿Qué desatinos son éstos?
OCTAVIO. Desengañe vuestra Alteza.
Sus ojos, que no le vieron.)

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PEDRO. Don Juan ha llegado ya.
PRÍNCIPE. ¿Habéisle visto, don Pedro?
D. PEDRO. Y le dije que aquí estaba
vuestra alteza.
PRÍNCIPE. (Agora vuelvo
a confirmar que a los ojos
hacen mil burlas los celos.)
Entre don Juan.

(*Sale* DON JUAN, *de camino, con* FABIO.)

D. JUAN. Aquí estoy.
Mil veces los pies te beso
por lo que de mí escribiste.
PRÍNCIPE. (¿Qué lo dudo, pues lo veo?)
D. JUAN. Grandes alabanzas mías
las de aquella carta fueron,
pues de una cruz de Santiago
me ha honrado Fernando el pecho.
PRÍNCIPE. ¿Traes respuesta?
D. JUAN. Sí, señor.
OCTAVIO. (¿Aún lo dudas?
PRÍNCIPE. No lo entiendo.)
Abre y lee.
OCTAVIO. Dice así:
PRÍNCIPE. (¿Que aquéste ha estado en Toledo?)
(*Lea* OCTAVIO.)

"Después de haber escrito a vuestra alteza, no tengo más de qué advertirle, sino sólo suplicarle favorezca a don Juan y le honre con darle a doña Clara de Moncada por mujer, que ella con cartas y él con ruegos lo han suplicado a la Reina, que hace con vuestra alteza lo mismo. A quien Dios guarde con la felicidad que le deseo."

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto?
CLARA. Que de rodillas
los dos te pedimos esto.
PRÍNCIPE. ¿Tú, Clara, lo deseabas?
CLARA. Años ha que lo deseo.
PRÍNCIPE. Pues, don Juan, ¿no estás casado
con Leonora?
D. JUAN. Es fingimiento
de don Alvaro, mi amigo,
como lo sabe don Pedro.
LEONORA. A vuestra alteza suplico
me escuche.
PRÍNCIPE. Leonor, no puedo,
que a la Reina de Castilla,
como es razón, obedezco.
Basta: la culpa he tenido,
pues por tenerte más lejos,
tanto te acercaste a Clara,
que hoy será tu casamiento.
ALVARO. Sea, pues gustas, señor;
pero a mí, que se me ha hecho
el agravio y pierdo a Clara,
¿qué me dejas por remedio?
PRÍNCIPE. Que des a Octavio a Leonor,
y tú a Clavela.

ALVARO. Yo quedo
contento del desagravio.
PRÍNCIPE. Y yo de que vayan luego
por la Reina de Navarra.
FABIO. Dame un instante silencio.
Aquí, gran señor, quedamos
solamente yo y don Pedro.
¿Habémonos de casar?
ARIAS. A don Pedro yo prometo
una sobrina de Clara.
FABIO. ¿En efeto, yo me quedo?
D. JUAN. No harás, pues honra y vida
te debo.
FABIO. Verdad es eso,
pues te di cruz y mujer,
aunque por uno lo tengo.
D. JUAN. Te daré diez mil ducados
y un honrado casamiento,
con que acabe en gusto y paz
Secreto amor hasta celos.

FIN

COMEDIA FAMOSA

DEL ANIMAL DE HUNGRÍA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

TEODOSIA, *reina*.
FAUSTINA.
LAURO.
El REY DE HUNGRÍA.
Un MONTERO.
FULGENCIO, } *españoles*.
ARSINDO. } *españoles*.
PLÁCIDO, } *españoles*.
FELIPE.
SELVAGIO.
LLORENTE.
BARTOLO.
PABLOS.
El REY DE INGALATERRA.
PASCUAL.
ROSAURA.
BENITO.
BELARDO.
TIRSE.
RISELO.
SILVANA.
Un ALCALDE.
FENICIO.
Un EMBAJADOR DE BARCELONA.
LIDIO, } *pajes*.
CELIO, } *pajes*.
El ALMIRANTE DE HUNGRÍA.
Un JUSTICIA.
Un ESCRIBANO.
El PRÍNCIPE DE ESCOCIA.
[*Un* PREGONERO.
Un BARBERO.
GIL.
FABIO.
Un PAJE.
ALCAIDE.
CAZADORES.
VILLANOS.]

ACTO PRIMERO

(*Sale* TEODOSIA, *vestida de pieles, y* LAURO *tras ella con un venablo.*)

TEODOSIA. ¡Valedme, ligeros pies,
que otras veces me habéis dado
la vida con interés
del fin con que la he guardado,
que no por que vida es!
LAURO. ¡Detente, monstruo espantoso!
TEODOSIA. ¡Oh, mancebo generoso!
¿No te da el verme temor?
LAURO. Es el natural valor
más que el temor poderoso.
Soy noble, aunque humilde miras
mi traje.
TEODOSIA. ¿A qué empresa aspiras?
LAURO. A matarte o a prenderte.
(*Descubre el rostro, apartando los cabellos.*)
TEODOSIA. ¿Matarásme de esta suerte?
LAURO. ¡Santo Dios!
TEODOSIA. ¿De qué te admiras?
LAURO. De ver tu rara belleza.
¿Es posible que ha criado
la varia Naturaleza
en este monte nevado
tal rostro en tanta fiereza?
Tú, de quien los labradores
huyeron por tantos años,
más que para dar temores
eras para hacerte engaños
y para decirte amores.
Dame de ti misma nuevas,
si es bien que este amor me debas,
que en lo exterior que se mira,
o eres la hermosa Filira,
o aquella esfinge de Tebas.
¿Es posible que has robado
tanto pan, tanto ganado?
TEODOSIA. Mi sustento procuré.
LAURO. Temor de villanos fué.
TEODOSIA. Sólo temor me ha guardado.
LAURO. Cuando con alas te viera,
pensara que eras arpía:
cielo en rostro, en cuerpo fiera,
y en las armas y osadía
con Hércules compitiera;
y si te viera en la mar
pensara que eras sirena
para cantar y encantar.
TEODOSIA. Lo que mi desdicha ordena
no pudo el tiempo excusar.
Bien sé que no has de dejarme,
pues te atreviste a seguirme,
y, siguiéndome, mirarme;
y ansí, quiero apercibirme
a obligarte y declararme.
LAURO. Hablas a mi pensamiento.
TEODOSIA. Estáme, mancebo, atento.
LAURO. No sólo yo lo estaré,

pero cuanto aquí se ve,
hasta las aves y el viento.

TEODOSIA. Yo soy la reina Teodosia,
mujer, que nunca lo fuera,
de Primislao, rey de Hungría.

LAURO. Señora, ¿tú eres la Reina?

TEODOSIA. Detente ¡por Dios!, mancebo,
hasta que mi historia sepas,
que, aunque es pública en el mundo,
quiero que de mí la entiendas.
Recién casada, y venida
a Hungría de Ingalaterra,
sentí soledad notable
de mi tierra en tierra ajena.
Rogué al Rey que me trujese
una hermana más pequeña,
con licencia de mi padre,
por consolarme con ella.
Partió el Rey, trujo a Faustina
y, por el camino, ciega
del valor de Primislao,
a envidiar mi bien comienza.
Llegó a Hungría, y mi alegría
hizo a su venida fiestas,
aunque ella en su corazón
hacía a mi muerte obsequias.
Entristecióse conmigo
cuanto me alegré con ella.
De su tristeza en mi casa
echaba culpa a la ausencia.
Creció la envidia y los celos,
hasta que, cayendo enferma,
mi esposo la visitaba,
que era la salud más cierta.
Finalmente, cierto día
le dijo que en mi primera
edad amé al Rey de Escocia
y que estaba descontenta
de tenerle por marido,
para lo cual por mil letras
le persuadía viniese
con dos personas secretas,
donde, para que me hablase,
le daría entrada y puerta
de noche por un jardín,
y que si con gente inglesa
y suya venir quisiese,
le daría la cabeza
de Primislao, mi marido,
como de Scila se cuenta.
Creyólo el Rey, que era fácil,
y porque vió contrahechas
algunas cartas, o acaso
porque ya adoraba en ella,
avisando a dos criados
de confianza, a estas sierras
me trujeron para echarme
a las más feroces bestias.
Juntaron muchas y, en fin,
me dejaron en las presas
de sus dientes una noche
y entre sus uñas sangrientas.
Volvieron a Primislao
diciéndole que era muerta;
pero mirando los Cielos
mi desdicha y mi inocencia,
permitieron que a mis pies,
mansas y humildes las fieras,
me halagasen y me diesen
consuelo entre tantas penas.
Cobré aliento, y con algunas
me fuí, mancebo, a sus cuevas,
donde, por sus propias manos,
comí el fruto de estas selvas.
Pasados algunos meses,
las pieles de las ovejas,
cabras y otros animales,
de mil que trujeron muertas,
curé al sol y hice vestidos,
con que bajé de la sierra
a ver gente y buscar pan
por las humildes aldeas.
Los pastores, que no habían
visto una fiera tan nueva,
dieron en huír de mí,
aunque en las verdes riberas
de este arroyuelo, que lava
los troncos de esta alameda,
cogí un villano una tarde,
de quien supe, aunque por fuerza,
que se casó con mi hermana
el Rey. Perdona que vengan
lágrimas a interrumpir
las palabras a la lengua.

LAURO. Con justa causa tus ojos,
como mar de tantas penas,
en el nácar de sus niñas
crían tan hermosas perlas.
Pero prosigue tu historia.

TEODOSIA. Parió Faustina contenta
dos o tres veces, y todos
sus hijos dicen que llegan
a cumplir un año el día
que me echaron a las fieras,

y que no pasan de allí;
y espero que también sea
en esta ocasión, que dicen
que el parto de un hijo espera,
porque está pronosticado.

LAURO. No llores, que si te dejas
llevar, señora del llanto
a tan profunda tristeza
vendrás a acabar la vida
antes que venganza veas
de una hermana tan cruel,
que tan injustas ofensas
deben de cansar el Cielo,
cuyas divinas orejas,
sin duda, están a tus voces
en esta ocasión abiertas,
pues permitió que saliese,
en tal ocasión como ésta,
a caza por estos montes,
y que bastasen las fuerzas
de mi valor a seguirte,
pues no hay hombre en esta tierra
que de la cueva en que vives
ose acercarse una legua.
Suplícote que a mi casa,
no lejos de esta alameda,
vengas a vivir conmigo,
que, si por vivir secreta
en estos obscuros montes
sin humano trato albergas,
mejor podrás en mi casa,
donde solamente quedan
criados míos que labran
estos campos y estas huertas.
Estoy recién heredado
de mis padres, que Dios tenga:
podré servirte con joyas
y con vestidos de seda.
Descansarás de los años
que entre esas pieles te acuestas
bebiendo salobres aguas,
comiendo silvestres hierbas.
¿Qué respondes?

TEODOSIA. Que mi suerte,
que a tanto mal me condena,
descubrirá presto al Rey
y aquella tirana Reina,
que vive esta vida triste.
Y aunque me está bien perderla,
por no perder lo esperado,
permíteme que la tenga
donde, ya por las costumbres,
no siento tanto las penas.
Y dame, pues eres noble,
palabra y fe verdadera
que no dirás a ninguno
que soy Teodosia.

LAURO. No creas
que seré tan inhumano.
Sólo te pido licencia
para verte y regalarte.

TEODOSIA. Podrás venir a mi cueva
cuando quisieres; mas mira,
hidalgo, que solo vengas.
Y dime tu nombre.

LAURO. Lauro.

TEODOSIA. Y es muy justo que lo seas,
para que de tantos rayos
segura la vida tenga
a la sombra de tus hojas.

LAURO. Gente parece que suena.
Echa por aqueste arroyo
y yo por estas acequias.

TEODOSIA. Los Cielos te guarden, Lauro.

LAURO. Teodosia, el Cielo te vuelva
a tu marido a tus brazos,
la corona a tu cabeza.

TEODOSIA. Quien deja a Dios sus venganzas
tales esperanzas tenga,
que nunca sucede bien
a quien vengarse desea.

(*Éntrense, y salen* SELVAGIO *y* BARTOLO, *alcaldes*, LLORENTE *y* BENITO, *todos villanos.*)

SELVAGIO. Siéntense todos primero
que el Concejo se proponga.

BARTOLO. Alto: los asientos ponga
por orden el pregonero,
y no entiendan en la Corte
que nos ganan en saber
concejo y cabildo hacer
para lo que al pueblo importe.

SELVAGIO. Siéntese Llorente aquí.

LLORENTE. Téngolo a mucho favor.

SELVAGIO. Demás de ser Regidor,
podéis estar junto a mí
porque os tengo voluntad.

BARTOLO. Benito, sentaos también.

BENITO. Dondequiera estaré bien.
El Concejo escomenzad.

SELVAGIO. Primeramente querría
que un médico se trujese
y salario se le diese,
que no es bien que cada día

vayan con los orinales
las mujeres a la Corte,
que más se paga de porte
que acá costarán los males.
Y como el pulso no va
en la orina, y todo es nada,
porque toda alborotada
es fuerza que llegue allá,
querría que aquí viviese,
y cara a cara curase,
y que el pueblo se animase
a que salario se diese.
Porque es, sin ver el doliente,
el pretendelle curar,
lo mismo que sentenciar,
en ausencia, un delincuente.

BARTOLO. Tiene Selvagio razón.
Médico se busque luego.

LLORENTE. Lo mismo os ruego.

BENITO. Y yo os ruego
que no pongáis dilación;
que es el médico, aunque diga
el pueblo de su virtud,
alcalde de la salud,
que sus delitos castiga.

BARTOLO. También a mí me parece
que haya en aqueste lugar
un maestro de danzar;
que por momentos se ofrece
con las danzas ocasión.

LLORENTE. A fe que en lo cierto dais.
Y pues de danzas tratáis,
y con tanta devoción
celebráis el santo día
de Dios, ¿qué fiestas tenéis?

SELVAGIO. Los autos que ya sabéis,
que es la mayor alegría.

BENITO. ¿Quién los compone?

SELVAGIO. El barbero,
que ha sido medio escolar.

LLORENTE. Váyanle luego a llamar.

BARTOLO. Idlo a llamar, pregonero.

SELVAGIO. Después que se hacen las fiestas
de Dios con tal devoción,
mejores los años son.

BENITO. Pues háganse buenas éstas;
que yo quiero de mi parte
ayudar al gasto bien.

(*Entra el* BARBERO.)

BARBERO. ¿Los regidores también?

PREGON. Todos me mandan llamarte.

BARBERO. Dios guarde a vuesas mercedes.

BENITO. ¡Oh, Pablos!, albéitar nuestro,
que por acertado y diestro
sangrar al Gran Turco puedes,
¿cómo va de las sangrías
de las ninfas del Parnaso?

BARBERO. Trabajo en sangrarlas paso,
que no hay vena los más días.

SELVAGIO. ¿Cómo de los autos va?

BARBERO. Yo no los hago.

SELVAGIO. ¿Por qué?

BARBERO. Porque no hacellos juré,
y lo voy cumpliendo ya.
Si queréis historia humana
de la dama y el galán
que peregrinando van
por senda segura y llana,
yo lo haré; pero otra cosa
que por ser alta y sutil
ponga en confusión a mil,
hoy cesa en verso y en prosa.
Y aun las humanas muy presto
también las pienso dejar,
por no me ver censurar
ni ser a nadie molesto.
Yo fuí primero inventor
de la comedia en Hungría;
que las que primero había
eran sin gracia y primor.
Y tras haber enseñado
el estilo que hoy se ve
y corregido el que fué,
de Vega me he vuelto en Prado;
que cuando vengo a tener
fruto de mil escritores,
hay mil que dejan las flores
y andan buscando alcacer.
Es fuerte cosa que intente
dar gusto a toda el aldea,
y que un inorante sea
curioso e impertinente.
No quiero tener oficio
que a muchos ha de agradar,
pudiéndome yo ocupar
en más seguro ejercicio,
que hay hombre que piensa aquí,
y más si entiende un soneto,
que no puede ser discreto
si no dice mal de mí.
Comprar quiero unos antojos
para mirar a lo sabio,
torciendo a lo falso el labio

y encapotando los ojos.
A los que merced me han hecho
yo los sabré celebrar,
dándoles justo lugar
en el papel y en el pecho.
A los demás que no agrada
mi intención, les digo en suma
que quiero colgar la pluma,
como otros cuelgan la espada.

SELVAGIO. Pardiez, que tiene razón.
Siempre la patria es ingrata.

BARBERO. Un tigre a sus hijos trata
con más piedad y afición.

LLORENTE. Por muchos que os quieren bien
perdonad con pecho igual
algunos que dicen mal,
y querrános bien también.
A las costumbres del mundo
no tratéis de dar consejo,
que ha muchos años que es viejo.

BARBERO. Saben las Musas que fundo
en agradar mi intención
a los sabios y discretos.

BARTOLO. ¿Queréisme hacer mil sonetos?

BARBERO. ¿Mil?

BARTOLO. Escuchad la razón.
Al Rey los quiero enviar.

BARBERO. Hay allá otros mejores,
y a tan pobres labradores
nunca los dejan entrar.
Pero yo los quiero hacer.

BARTOLO. Y ¿cuándo?

BARBERO. Dentro de un hora.

LLORENTE. ¿Un hora?

BARBERO. Y menos; y agora.

BENITO. Callad, que no puede ser,
que a muchos oigo decir
que los que componen sudan,
gruñen, gimen y trasudan
como quien quiere parir.
Y que empezando un soneto
por Navidad, fin le dan
la víspera de San Juan,
y que no sale perfeto.

BARBERO. Fáltales el natural
que da [el] Cielo a quien él quiere.

(*Dentro* PASCUAL.)

PASCUAL. Aunque el Concejo se altere,
he de entrar.

PREGON. Teneos, Pascual.

(*Entra* PASCUAL, *villano.*)

PASCUAL. No hay que tener.

SELVAGIO. ¿Quién es?

PASCUAL. Yo,
que os traigo una buena nueva,
para que albricias me deba
todo el lugar.

SELVAGIO. Eso no,
que yo las haré pagar,
porque deb ellas es ley
de ingratos.

PASCUAL. Hoy viene el Rey
a nuestro monte a cazar,
y pienso que hoy también,
que aunque tan preñada estaba,
Faustina le acompañaba.

SELVAGIO. Mal fuego la queme, amén,
que por ella dieron muerte
a la Reina sin razón.

PASCUAL. Gozad la buena ocasión.
Habladle, y haced de suerte
que maten este animal,
pues traen tantos monteros,
perros y lebreles fieros,
y cesará tanto mal
como padece el aldea
y toda la serranía.

BENITO. Ayer Lorenza venía,
que ya sabéis que no es fea,
con una carga de pan,
y al camino le salió:
huyó, y el pan le dejó.
Volvió a la tarde Silván
y anduvo todo el camino,
y aun el pollino no halló,
que todo el pan se comió,
costal, albarda y pollino.

BARTOLO. No es cosa para sufrir.
Háblese al Rey.

BENITO. ¿Quién irá?

SELVAGIO. ¿Viene cerca?

PASCUAL. Cerca está.

SELVAGIO. Pues los dos podemos ir,
aunque yo temo turbarme.

LLORENTE. Y ¿qué importa que os turbéis?

BARBERO. Bien será que lo penséis.

SELVAGIO. Con vos quiero aconsejarme,
que sois hombre que ha estudiado.

BARBERO. Vamos, que por el camino
os diré lo que imagino:
ni largo, que cause enfado,
ni breve, que no se entienda.

BARTOLO. Hoy muere aqueste animal.

BENITO. Por velle en este arenal
tendido, daré mi hacienda.

(Entrense, y salgan con mucho acompañamiento, por un palenque, algunos CAZADORES, *con perros de traílla y otros con aves, y detrás, en un sillón,* FAUSTINA, *y el* REY DE HUNGRÍA *a caballo; apéanse en el teatro.)*

MONTERO.

Aquí, con dulce y agradable acento,
bastante a deshacer todos los daños
del cansancio y calor, refresca el viento
una fuente que hiciera mil engaños
a la hermosura loca de Narciso,
y guarnécenla enebros y castaños.

FAUSTINA.

Es todo aqueste prado un paraíso,
donde parece que naturaleza
mostrar su mano artificiosa quiso.

REY.

Antes que de la sierra la aspereza
subas, mi bien, en esta verde falda
descansa y honre el prado tu belleza.
Mira cómo le sirve de guirnalda
nieve escarchada como plata pura,
y se baña los pies en esmeralda.
Mira por esa parte la espesura
de mil sombrosas hayas, y estas fuentes,
que espejos quieren ser de tu hermosura.
Y cómo tantas aves diferentes
repiten, en unísona armonía,
del dulce amor los tiernos accidentes.
Y que, envidiosos de su melodía,
cantan las aguas y responde el valle
con los ecos que aprende todo el día.
Mira esta verde y deleitosa calle
de álamos negros, y este prado mira
donde apenas hay flor que no se halle.
Aquí divino olor el lirio espira,
el jacinto oriental y la azucena
con granos de oro, que la vista admira.
La estrella mar y la violeta amena
con el jazmín y la purpúrea rosa,
teñida en sangre de su misma vena.
Descansa, pues, aquí, querida esposa,
por que subas mejor la inculta sierra
en cayendo la siesta calurosa.

FAUSTINA.

Ningún regalo ni contento encierra
toda aquesta hermosura que te iguale,
ni todos los tesoros de la tierra.
Sin el contento del amor no vale
el sitio ameno, el prado ni la fuente,
que en rayos de cristal del monte sale.
Un átomo de bien, pero presente,
con que se goza, todo el bien se aumenta.

REY.

Tu vida el Cielo, mi Faustina, aumente;
que a mí ninguna cosa me contenta
lejos de tu hermosura, en cuyos ojos
el cuerpo vive, el alma se alimenta,
la guerra es paz y gloria los enojos.

(Salen los alcaldes SELVAGIO *y* BARTOLO, *y* LLORENTE *con ellos.)*

SELVAGIO. Llegad con mucho cuidado.
BARTOLO. ¿Traéislo bien aprendido?
SELVAGIO. Muy bien lo traigo estudiado,
mas todo se me ha caído
en habiendo al Rey mirado.
REY. ¿Qué gente es ésa?
MONTERO. Señor,
labradores del aldea.
SELVAGIO. Hasnos de oír por favor.
REY. Pues ése tu nombre sea. (1)
FAUSTINA. No lo merece mejor.
SELVAGIO. Hasnos de ayudar ahora
para matar una fiera
que nuesos campos devora.
Hasnos también, porque quiera
de dar tu favor, señora.
Es un animal que anida
en este monte, tan fuerte,
que nos roba la comida.
Y como le des la muerte,
darásnos, señor la vida.
Y si guerra hacer esperas,
llevarásnos donde quieras,
y a servirte obligarásnos.
REY. Todo este lugar es asnos
y todo este monte fieras.
Días ha que se decía
que de este monte, en lo espeso,
aqueste animal había.
BARTOLO. Ya su retrato anda impreso,
y se cantan cada día
las coplas de sus traiciones.
REY. ¿Por qué en tantas ocasiones
no le salís a matar?
BARTOLO. Está muy pobre el lugar
de rocines y lanzones.
Y esta bestia no es de aquellas

(1) Juega el Rey del vocablo al oír el verbo "Hasnos".

que no se saben guardar;
que es como vos, no como ellas,
pues sabe correr y hablar,
y aun sabe forzar doncellas.

REY. ¿Doncellas?

BARTOLO. Si no es que el miedo
las ha obligado a mentir,
más de seis decirte puedo.

REY. ¿Qué forma tiene?

SELVAGIO. En decir
su forma temblando quedo.
El es como una persona,
poco más a menos.

REY. (Bien
su simplicidad le abona.)
¿Y hablará también?

BARTOLO. También.

REY. ¿Es fuerte?

BARTOLO. A nadie perdona.
Tiene el rostro hacia adelante,
las espaldas hacía atrás
y el cuerpo como un gigante.

REY. Calla, que ocasión darás
a que la Reina se espante.

FAUSTINA. No me da la fiera espanto,
sino el sol, y algún dolor.

MONTERO. No es fresco este prado tanto
como aquel bosque, señor.

FAUSTINA. ¡Ay, Cielo piadoso y santo,
que no sé que siento en mí!

REY. Sí, el bosque es mejor lugar.
Mejor, mi Faustina, allí
podrás la siesta pasar.

SELVAGIO. Echad, señor, por aqui,
que yo sé bien la espesura
hasta el pie de las montañas.
Veréis con cuánta hermosura,
entre lirios y espadañas,
un arroyuelo murmura:
veréis zarzas intrincadas
donde, las vides colgadas,
hacen lazos de mil modos.

REY. Vayan a alojarse todos
por las sombras enramadas
mientras descansa mi esposa,
y en cayendo el sol ardiente
de esta siesta calurosa,
acudirán a la fuente
de aquesta arboleda hermosa.
Iremos a ver si acaso
hallamos este animal.

FAUSTINA. Notables dolores paso.

REY. Que no se ha de ir, si es igual,
en las alas al Pegaso.

(*Entrense, y quede allí el labrador* LLORENTE.)

LLORENTE. Ya por el bosque se van
a buscar el arroyuelo,
en cuya orilla podrán
pasar el sol, que en el cielo
altos sus rayos están.
Aunque mucho mejor fuera
que alguno de él te pasara,
¡oh, tirana, injusta y fiera,
más que la que el monte ampara
y asombra nuestra ribera!
Que ésta, en fin, es animal
que baja a buscar sustento,
y tú, mujer desigual,
de cuyo tirano intento
nos resulta tanto mal,
hiciste matar la hermosa
Teodosia, del Rey esposa,
santa, honesta y adorada
de Hungria, y tu hermana amada,
sólo en ser mártir, dichosa.
Voces dan. Mas es que allí
va corriendo un jabali
y ya el Rey y sus monteros
le van siguiendo ligeros.
Mas ¡Cielos! ¿Quién viene aqui?
¿No es aqueste el animal
espanto de toda Hungría?

(*Entra* TEODOSIA.)

TEODOSIA. ¡Detente!

LLORENTE. ¿Hay desdicha igual?

TEODOSIA. No temas, hombre; confia,
que no vengo a hacerte mal.

LLORENTE. ¡Ay, señor; por Dios le ruego
que tenga piedad de mi!
(Los ojos tiene de fuego.)

TEODOSIA. Escúchame y vuelve en ti.

LLORENTE. ¿Dejaráme volver luego?

TEODOSIA. En oyéndome te irás.

LLORENTE. ¿Qué es lo que quiere?

TEODOSIA. No más
de saber qué gente es ésta.

LLORENTE. Pienso que de la respuesta
conmigo te enojarás.

TEODOSIA. ¿Yo? ¿Por qué?

LLORENTE. Sepa que son
el Rey y aquella tirana
que fué de Teodosia hermana.

que quiere hacerle Anteón
en figura de Diana.
Que de este monte han venido
villanos que le han contado
lo que ha robado y comido,
y darle muerte han jurado.

TEODOSIA. Otra vez lo han pretendido;
no es aquesta la primera.

LLORENTE. En verdad que no es tan fiera
como en la villa decían.

TEODOSIA. Fiera soy, pues que me envían
a que entre ellas viva y muera.

LLORENTE. Escóndase ¡por su vida!
mire que matarla quieren.

TEODOSIA. Del Cielo estoy defendida.

LLORENTE. Temo que al pasar la esperen
por esta margen florida.
Y después que la miré
sin temor, me aficioné
a su cara, que es tan bella,
que de la tarde la estrella
no es tan hermosa, a la fe.
¿Dónde vive y llevaréle
algún regalo de pan
y vino que la consuele?

TEODOSIA. Casa los montes me dan,
la tierra alojarme suele.
Vete en buen hora, y no cuentes
a ninguno que me has visto.

LLORENTE. No solamente a las gentes;
mas verá que me resisto
a estos olmos y a estas fuentes.
Dios te libre de traidores.

TEODOSIA. ¡Aun la sangre no es leal!

LLORENTE. Campos, aguas, plantas, flores,
el que llamáis animal
merece ser dios de amores.

(*Vase el* LABRADOR.)

TEODOSIA.

Asperísimas sierras, que en altura
sois Ícaros del Sol, pues a su llama
ambiciosa a la tierra os encarama
para que deis asalto a su hermosura.
Las blancas alas de la nieve pura
derrite, y como plumas las derrama
en este prado, a sus arroyos cama
y en aquella laguna sepoltura.
Años he sido vuestra humana fiera;
yo pienso que en mi muerte se declaran
los mismos que intentaron la primera.
Mas aunque cielo y suelo en vos me amparan,
¿qué fuera de los tristes si no hubiera
muerte, en que todas las desdichas paran?

(*Sale* FAUSTINA *con un niño en los brazos.*)

FAUSTINA. ¿Quién con tanta soledad
ha tenido tal suceso?
Pero no fuera por eso
mayor mi infelicidad,
que alguna oculta deidad
a este monte me ha traído,
donde, habiendo el Rey seguido
un jabalí, me dejó
donde solamente yo
todo mi remedio he sido.
Que apenas decir oí
de aqueste animal o rayo
de Hungría, cuando un desmayo
en el corazón sentí
tan mortal, que me caí
en las hierbas de aquel prado,
donde, habiendo despertado,
hallé en juncos y espadañas
el fruto de mis entrañas,
como traidor, desdichado.
Envolvíle como pude,
y del miedo de una voz
que dijo que aquel feroz
animal al agua acude,
para que no me le mude
de mi vientre al suyo fiero,
buscar a mi esposo quiero.
Voces no me atrevo a dar,
porque sería llamar
al cruel monstruo primero.

TEODOSIA. (Esta es mi enemiga hermana.
Faustina es ésta ¡ay de mí!
¿Es posible que te vi
en este monte, inhumana?
Mas tengo por cosa llana
que el Cielo te trujo aquí
por que me vengue de ti
y de tu sangre no goces
el fruto, pues desconoces
la que tuviste de mí.
No te trujo en vano el Cielo
a la aspereza en que vivo,
que, aunque traidora, recibo
con verte en mi mal consuelo.
Que me conozca recelo.
Quiero encubrirme la cara
con el cabello.) Repara
en que me tienes aquí.

FAUSTINA. ¡Cielos, la vida perdí!
¿Rey? ¿Señor? ¿Nadie me ampara?

TEODOSIA. Desmayóse de mirarme,
o el Cielo a entender le dió
que la vida pretendió
con reino y honor quitarme.
¡Qué buen tiempo de vengarme
si en mi nobleza cupiera!
Pero si me han hecho fiera
fiereza podré tener;
pero no, que soy mujer
y he de ser lo que antes era.
Sólo será mi venganza,
pues el Cielo lo ha querido,
quitarle este malnacido
fruto, en que está su esperanza.
No ha de ser todo bonanza,
fiera, cruel, homicida.
No le quitaré la vida;
mas quitaréle a tus ojos
para templar los enojos
de que me siento ofendida.
Haréle fiera conmigo
lo que durare la mía,
para tener compañía
y en mi pena algún testigo.
No lo verás más contigo
ni los Cielos más te den,
a quien ruego que también
saquen de ser animal
quien padece tanto mal
y se ha visto en tanto bien.

(Tome la criatura.)

Gente suena. Bien será
subirme ese monte arriba,
que mi cueva, en peña viva,
segura del Rey está.
Ya dan voces.

(Dentro.)

MONTERO. Por acá,
que no está la Reina aquí.

TEODOSIA. ¡Cielos, valedme!

(Éntrese TEODOSIA.)

REY. ¡Ay de mí!
Corred el monte, vasallos.

MONTERO. No pueden subir caballos.

REY. ¡Toda mi gloria perdí!

(Salga el REY y su gente.)

MONTERO. Bulto es aquel, o no me engaño.

REY. Sí, es ella. Sin duda es muerta.

MONTERO. Ella es.

REY. Mi bien, despierta,
si no es que en verte me engaño.
Mira que tu rostro baño
en lágrimas amorosas.

FAUSTINA. ¿Quién es?

REY. ¡Deidades piadosas,
dadle aliento, dadle vida!
¿Es desmayo, o es herida?

MONTERO. Yo pienso que entrambas cosas.

REY. ¡Mi Faustina!

FAUSTINA. ¡Señor mío!

REY. ¿Qué tienes?

FAUSTINA. Un grande mal.
Aquel feroz animal...

REY. ¡Dejalla fué desvarío!

FAUSTINA. Vino atravesando el río
y se me puso delante
con la altura de un gigante,
y el fruto de mis entrañas
se ha llevado a las montañas
de aqueste segundo Atlante,
que luego que te partiste
salió a ver la luz del cielo;
mas puede darte consuelo,
que es mujer.

REY. ¡Ay de mí, triste!
¡Cielo airado! ¿En qué consiste
que no se logren jamás?
Pero, pues con vida estás,
tratemos de tu reparo.

FAUSTINA. (De temor no le declaro
que aquesto merezco y más.)

REY. Cazadores y monteros,
mi hija lleva una fiera;
si acaso la ha muerto ¡muera!
Seguidla todos ligeros.
Yo prometo a los primeros
que la vieren o mataren
todo aquello que alcanzaren
a ver desde el mismo puesto.

MONTERO. Tú verás su muerte presto.

REY. Los Cielos tu vida amparen.—
Anímate, esposa mía.
Muestra agora tu valor.

FAUSTINA. Es tanto el grave dolor,
que la vida desconfía.

REY. Toda mortal alegría
viene a parar en tristeza.
Al que la extraña fiereza
del monstruo pueda vencer,
hoy le prometo poner
mi corona en la cabeza.

(Váyanse, y entren con ruido de desembarcación tres caballeros, Plácido, Fulgencio, Arsindo, *y traigan un* Niño *de pocos años consigo.)*

Plácido.

¡A costa el barco, a costa!

Fulgencio.

No permitas
que salga a tierra algún piloto, Arsindo.

Arsindo.

Quédense todos en la nave.

Plácido.

Ténganse,
que ninguno ha de ver la tierra.

Fulgencio.

¡A costa!

(Salgan.)

Arsindo.

(¿Qué isla es ésta?

Plácido.

Si verdad te digo,
ni sé si es tierra firme ni si es isla.

Fulgencio.

Pues estamos de España tan distantes,
¿qué nos importa?

Arsindo.

De importancia fuera
saber dónde quedaba este inocente.

Fulgencio.

Si ha de ser pasto de las fieras y aves
de este desierto, poco importa, Arsindo.
Trátese de dejarle, y quiera el Cielo
que este grave delito nos perdone.

Arsindo.

Yo hago lo que el Conde me ha mandado.
El Conde es mi señor; su hija ha sido
culpada, inobediente y atrevida
en casarse, Fulgencio, de secreto,
puesto que se casó con primo suyo.
Yo pienso que a los dos dará la muerte,
pues a este niño, y nieto suyo, intenta
dársela tan extraña, o por lo menos
alejalle de España y Barcelona,
donde jamás se entienda que es su nieto,
si acaso le guardare la fortuna,
cosa que es imposible en este monte.

Plácido.

No hay imposible a lo que Dios ordena,
ni fortuna, ni hado, ni suceso;
que todo pende, vive y se conserva
de su divina voluntad.

Arsindo.

El Conde
fué en aquesto más bárbaro que padre.
¿De qué sirvió prender a su sobrino,
siendo segundo hijo de tal Príncipe,
como es el Rey de Nápoles?

Fulgencio.

El día
que vence a la piedad, al deudo y sangre
el agravio que obliga a la venganza,
no tiene la razón su justo imperio.
Parecióle, y decía, que si fuera
el delito de un mes o un año, estaba
más de su parte la piedad; mas viendo
que ha tantos años que el agravio dura
cuantos tiene este niño que traemos,
ellos quiere que mueran en prisiones,
y el niño en tierra extraña.

Plácido.

Yo sospecho
que es bien extraña tierra en la que estamos.
Aspero monte y elevada tierra,
río pequeño, arroyos delicados,
sombrosas hayas y robustos robles,
castaños acopados, altos pinos,
cipreses tristes y intrincadas zarzas
se descubren aquí sin senda alguna.
Ea, Felipe; aquí esperad un poco,
que queremos cazar por este monte
algún venado o jabalí, que pueda
darnos sustento en nuestra nave, en tanto
que vamos a la patria Barcelona.

Niño. ¿Para qué queréis que espere?
¿No es mejor ir con vosotros?

Arsindo. Vamos muy lejos nosotros
y ir solo Plácido quiere.
Vos, mi bien, os cansaréis;
mejor es que en este prado,
por que no os canséis, sentado,
que volvamos esperéis.
Jugad aquí con las flores
que aqueste arroyo guarnecen,
mirando cómo os parecen
en la frescura y colores.

Sentaos en estas gamarzas,
coged lirios amarillos,
tirad a los pajarillos
piedras por aquellas zarzas,
y si viéredes, mis ojos,
que tardamos, bien podéis
dormiros.

NIÑO. No me engañéis,
que es doblarme los enojos.
Decidme, amigos, verdad,
si os vais y el abuelo mío
quiere, con rigor impío,
matarme en tal soledad.
Mejor es el desengaño,
o mejor que me matéis,
porque allá le aseguréis
los recelos de su daño.
Que mientras más presto muera,
más presto a Dios pediré
venganza.

FULGENCIO. (¡Ay, Cielos! ¡No sé
qué león, qué tigre fiera
hiciera tanta crueldad!
¡Los ojos me baña el llanto!

ARSINDO. Mientras reparares tanto
en su inocencia y piedad,
no has de tener corazón
para que pongas el gusto
del Conde, justo o injusto,
en debida ejecución.)

FULGENCIO. Felipe, quedaos aquí,
y si merendar queréis,
en este lienzo hallaréis
lo que para vos pedí,
que es todo dulce, y muy bueno.

NIÑO. ¿Con ellos no fuera yo?

ARSINDO. ¿Y si os cansáis?

NIÑO. Antes no.

ARSINDO. Sí haréis, que está el monte lleno
de peñascos y asperezas.
Quedaos con Dios. Dios os guarde.

NIÑO. Miren que no vuelvan tarde.

FULGENCIO. (Podrá, con estas ternezas,
enternecer un diamante.

ARSINDO. Vamos, señores, de aquí.)

(*Váyanse.*)

NIÑO. ¡Qué bueno quedo, ay de mí,
en soledad semejante!
Que se van éstos sospecho
y me dejan a morir,
pues lloraban al partir
con enternecido pecho.
Quiero sobre aquesta peña
subirme y mirar el mar.

(*Súbese el* NIÑO *en una peña. Salen* LAURO *y* LLORENTE *y* BENITO.)

LLORENTE. Del que la pudiere hallar
no será dicha pequeña.

LAURO. No hayas miedo, porque es grande
de este monte la aspereza,
aunque toda su riqueza
a los cazadores mande.
(¡Oh, cuánto me pesaría
que la Reina fuese hallada,
aunque pienso que vengada
de Faustina moriría,
sólo en haberle quitado
lo que dicen que parió!)

NIÑO. ¿Qué miro, mísero yo,
pues nací tan desdichado?
Ya se han entrado en la mar,
y desde el barco en la nave
el viento corre suave.
Las velas he visto izar.
Traza ha sido de mi abuelo,
pues a mis padres prendió.
¿Qué haré, desdichado, yo
solo en este monte?

LAURO. ¡Ay, Cielo!
¿No escuchas una voz tierna
quejarse entre estos enebros?

BENITO. ¿Si es ave y dice requiebros
al sol que el mundo gobierna?

NIÑO. ¿Qué haré yo ¡triste de mí!
en tierra extraña?

LLORENTE. Esta fuente
parece que tristemente
murmura y se queja ansí.

LAURO. No es ave ni es fuente, no.
Voz humana me parece.
¿No veis cómo el llanto crece?

NIÑO. ¿Qué culpa he tenido yo
de la ofensa de mi abuelo?
¡Ay, Dios! Entre estos jarales
oigo algunos animales.
¡Piedad, piedad, justo Cielo,
que me vienen a comer!

LAURO. ¡Quedo! Que ya he visto yo
quién se queja.

BENITO. Pues yo no.

LAURO. ¿Cómo? ¿No acabáis de ver

un niño en aquella peña
que está llorando?

BENITO. Es verdad.

LLORENTE. Las piedras mueve a piedad.

BENITO. Ricos vestidos enseña.

LAURO. Niño, que Dios guarde, baja
y dinos qué mal te aqueja.

NIÑO. ¡Ay, señores; no me maten,
que vengo de extrañas tierras!

LAURO. Español habla ¡por Dios!

LLORENTE. Tú puede ser que le entiendas
que has ido a España.

LAURO. Yo, sí,
tres años estuve en ella.—
Deciende, niño, deciende;
baja del monte, no temas.

NIÑO. ¿Son cristianos?

LAURO. ¿No lo ves
en el traje y en las señas?

NIÑO. ¿Qué son, moros?

LAURO. No, amores.

NIÑO. ¿Haránme mal?

LAURO. No lo creas.

NIÑO. Pues ya bajo.

LAURO. ¡Extraño caso!
¿Qué es esto que el Cielo ordena?

NIÑO. ¡Señores, no me hagan mal!

LAURO. ¿Cómo has venido a esta sierra
en traje y lengua español?

NIÑO. Sepa, señor...

LAURO. Dilo.

NIÑO. Sepa
que el Conde de Barcelona
tiene una hija, y que de ella
soy hijo y de un caballero
hijo de un Rey de una tierra
que está más allá del mar.
No fué casado con ella,
y mi abuelo, que lo supo,
a mi madre tiene presa,
y a mí me mandó traer
en una nave a que fuera
lejos de España arrojado
en alguna isla o selva
por no ensangrentar las manos
en una cosa tan tierna.
¿Qué tierra es aquésta?

LAURO. Hungría.

NIÑO. Dígame: ¿matan en ella
a los niños que su abuelo
quiere muy mal?

LAURO. (¡Qué inocencia!)
No, mi señor; no, mis ojos;
antes comida, merienda,
juegos, vestidos, regalos,
cama, casa, almuerzo y cena.
Yo os llevaré donde estéis
como con la madre vuestra,
que un nieto de un rey merece
que como a quien es le tengan.
Podrá ser que Dios permita
que alguna vez se arrepienta
el Conde de Barcelona
y que os busque, estime y quiera
para señor de su Estado.

NIÑO. Ruegue a Dios que verdad sea,
que yo le daré mil cosas.
¿Está su casa aquí cerca?

LAURO. Detrás de aquestos peñascos.

NIÑO. ¿Y tiene niños en ella?

LAURO. Uno como vos, mi bien.

NIÑO. ¿Y ha mucho que anda a la escuela?

LAURO. No, mi rey, que de mi casa
está la villa una legua.

NIÑO. Yo le enseñaré a leer.

LAURO. Aunque le importen las letras,
mejor es que le deis armas,
pues los reyes honran de ellas
los hidalgos que los sirven.

NIÑO. Es cuando los reyes reinan,
que no cuando, desterrados,
van por las tierras ajenas.

LAURO. (¡Qué divina discreción!

LLORENTE. ¿Qué te dice? Que su lengua
no la entendemos nosotros.

LAURO. Cosas extrañas y nuevas
que algún día las sabréis.)
Vamos, mi bien, por que os vea
la que ya tendréis por madre
hasta que gocéis la vuestra.

NIÑO. Como a mi señora y tía
la serviré.

LAURO. ¡El Cielo quiera
que Nápoles y Aragón
os coronen la cabeza!
¿Qué nombre tenéis?

NIÑO. Felipe.

LAURO. Gran valor el nombre muestra.
Si sois como el macedonio
y otro Alejandro os hereda,
seréis señores del mundo.
¿Qué es aquesto?

NIÑO. La merienda
que me dejaron los hombres

que ya por el mar navegan.
LAURO. Acá la (1) tendréis mejor.
Salid, mi bien, de la selva,
que Dios, que os trujo a mi casa,
os hará rey en la vuestra.

ACTO SEGUNDO

DEL *Animal de Hungría.*

(Entra la reina TEODOSIA, *de salvaje, y con las mismas pieles* ROSAURA, *que es la niña que quitó a su hermana.)*

TEODOSIA. Siempre tengo de reñirte
sobre que de aquí no salgas
y tu peligro decirte;
que de mi amparo te valgas
no es posible persuadirte.
¿Cómo, di, tan atrevida
al peligro de la vida
osas del monte bajar
hasta que te vengo a hallar
en su maleza perdida?
Mira, Rosaura, que adviertas
que somos dos animales
que, con armas encubiertas,
busca el hombre, y que si sales
seremos presas o muertas.
¿Cómo te das a entender
que es cosa segura el ir
siendo imposible el volver?
ROSAURA. ¿Quién podrá, madre, sufrir
el deseo de saber?
Cuando era niña pequeña
bien tomaba sus liciones,
sin pasar de aquella peña,
conociendo las razones
de que me advierte y enseña.
Ya grande, cual soy agora,
no las tomo bien, señora,
porque a su mucha aspereza
mi propia naturaleza
se rebela de hora en hora.
¿Qué es lo que arriba se ve?
TEODOSIA. Cielo, en que vive el Autor
de cuanto es, ha sido y fué.
ROSAURA. ¿No dices que es el criador,
cuando me enseñas su fe,
de todas las criaturas?
TEODOSIA. Sí digo.
ROSAURA. ¿Y que hizo un hombre,
madre, enseñarme procuras,
que fué Adán su propio nombre?
TEODOSIA. Como un escultor figuras
o modelos suele hacer,
hizo al hombre.
ROSAURA. Y ya formado,
¿no dice que a la mujer
sacó del mismo costado
y que los mandó querer
como en una carne a dos?
TEODOSIA. Sí, porque los hizo Dios
para aumento del humano
género.
ROSAURA. Su eterna mano
quiso que de dos en dos
fuese colmando la tierra
de fruto de bendición.
Lo demás que vivo encierra
decís que animales son,
ya en el prado, ya en la sierra,
y que sólo el hombre tiene
el rostro elevado al Cielo,
porque es el centro a que viene.
TEODOSIA. De cuanto vive en el suelo,
sólo al hombre le conviene.
ROSAURA. Pues siendo ansí como dice
que nosotras somos fieras,
si a Dios alaba y bendice
en cosas tan verdaderas,
¿no ve que se contradice?
Si a mí me llama animal,
¿para qué dice que el Cielo
es mi patria natural
y dice que de este velo
se cubre un alma inmortal?
Si alma tengo y fué criada
para el Cielo, no soy fiera.
TEODOSIA. Eres fiera en ser tratada
como fiera, y dondequiera
del hombre cruel buscada.
ROSAURA. Eso deseo saber:
que si al hombre la mujer
le dieron por compañía,
¿cómo perseguir podría
a quien debiese querer?
TEODOSIA. No eres tú mujer.
ROSAURA. Pues ¿qué?
TEODOSIA. Cosa que degeneró
del primero ser que fué.
ROSAURA. Pues a mí ¿quién me engendró?

(1) En ambas ediciones "le".

Porque, según vuestra fe,
yo no nací como planta,
pues alma tengo, que al Cielo
mis pensamientos levanta.

TEODOSIA. Este monte, nieve y hielo.

ROSAURA. Vuestra locura me espanta.
El monte puede engendrar
árboles, frutas y flores;
la nieve no más de helar.

TEODOSIA. Y estos ciervos corredores,
y aves que has visto volar,
¿no los engendra esta sierra?

ROSAURA. No, que el ave por el viento
vuela, aunque nace en la tierra.
Mira que tu entendimiento
en cuanto me dices yerra.
Que no soy ave se ve
en que no vuelo y que tengo
lengua.

TEODOSIA. Engáñaste.

ROSAURA. ¿Por qué?

TEODOSIA. Porque en oír me entretengo
su canto, y su lengua sé.

ROSAURA. ¿Tú?

TEODOSIA. Yo.

ROSAURA. Pues di lo que agora
ha dicho aquel ruiseñor.

TEODOSIA. Dice que a su esposo adora.

ROSAURA. No dice sino que Amor
naturalmente enamora.

TEODOSIA. Pues eso ¿cómo lo sabes,
si tú no entiendes las aves?

ROSAURA. Y tú ¿cómo lo defiendes,
pues que las aves no entiendes,
que aquellas quejas süaves
no son voz como la mía?
Y si tú entiendes la suya,
tú eres ave y yo podría
no ser de la forma tuya.

TEODOSIA. Ea, ya no más porfía.

ROSAURA. Madre, no te has de enojar
de que desee saber.

TEODOSIA. Las fieras han de callar;
las fieras no han de entender,
ni argüír, ni preguntar.

ROSAURA. Si soy fiera, a toda fiera
veo con su esposo al lado.
Las ciervas de esta ribera
de su esposo han engendrado,
no, madre, de otra manera.
Si es que yo soy animal,
¿con qué animal te juntaste
para que naciese igual
al ser que de ti imitaste,
que es ser con alma inmortal?
Enséñame el padre mío.

TEODOSIA. Yo fuí tu madre y tu padre.

ROSAURA. Eso, madre, es desvarío.

TEODOSIA. El nácar de perlas madre,
hija engendra del rocío.
Abrese la concha bella
en el mar por la mañana,
y entra el sol y el alba en ella.
La generación humana
forma el sol, y de la estrella
con que nace una persona
toma aquella inclinación.

ROSAURA. Que el sol engendra no abona,
madre, tu fuerte razón;
el argumento perdona,
porque si sólo engendrara,
otro sol como él hiciera;
y que hay otro, es cosa clara,
que le ayuda y de quien fuera
la materia que tomara.
Que ayude el sol no lo niego;
mas para engendrar un yo,
otro yo es fuerza, que el fuego
dará calor al que obró
el ser que me forma luego.

TEODOSIA. Pues eso mismo te digo;
que el sol que una vez llegó
a estar, Rosaura, conmigo
en mí misma te engendró.

ROSAURA. Al sol alabo y bendigo.
Pues, madre, tener querría,
por si vos os acabáis,
otro yo en mi compañía.
Decidme cómo os juntáis
con ese sol y en qué día,
que quiero formar un yo
que viva sujeto a mí
como yo a vos.

TEODOSIA. ¿Quién te dió
ese pensamiento?

ROSAURA. Hoy vi,
si el aire no me engañó,
una cosa, madre mía,
que casi me parecía:
y éste el sol debe de ser
alguna vez compañía.

TEODOSIA. ¿Hombre has visto?

ROSAURA. ¿Luego son
hombres aquellos que vi?

Pienso que tenéis razón.
TEODOSIA. ¡Ay, Rosaura, que por ti
espero mi perdición!
ROSAURA. Por unas zarzas metida,
vi que aquél se desnudaba
cierta cosa que vestida
todo su cuerpo adornaba,
y a un ramo de un olmo asida,
en una fuente se echó,
y se lavó y se enjugó,
y volviéndose a vestir,
no me harté de bendecir
la madre que lo parió.
Aunque también me rei
de ver que vestirse pudo,
y dije, madre, entre mí:
"Mejor estabas desnudo:
¿por qué te vistes ansí?"
TEODOSIA. ¡Calla, que me enojas tanto,
que de mi furor me espanto!
¿Cómo te sufro?
ROSAURA. Pues, madre,
si era el sol, y si es mi padre,
¿qué testimonio os levanto?
TEODOSIA. Es porque pudo abrasarte
que no por otra ocasión,
si el sol viniera a mirarte.
ROSAURA. ¡Ay, madre! tiene razón;
que desde verle a esta parte
toda me siento morir.
El sol debió de encenderme,
que ni comer ni dormir
he podido más, ni verme
conmigo en quietud vivir.
Digo, madre, ¿estaba así
aquel dia que al sol vió?
TEODOSIA. ¿Qué dices? ¡Triste de mí!
¿Hombres has visto?
ROSAURA. Hombres, no;
pero al sol desnudo, sí.
TEODOSIA. ¡Vive el Cielo que te mate
si sales de aquesta cueva!
¿No temes que te maltrate,
si te coge el sol, o lleva
donde jamás te desate?
ROSAURA. Si temo; mas ¿qué he de hacer
si acaso le acierto a ver?
Deme algún remedio.
TEODOSIA. Advierte
que puede darte la muerte
si te acertase a coger.
Y para que huya de ti,
haz la cruz que te enseñé.
ROSAURA. ¿Con la cruz huirá de mí?
TEODOSIA. Sí, Rosaura.
ROSAURA. Pues a fe
que yo me defienda ansí.
TEODOSIA. Ven por aquesta espesura,
que al pie de esta fuente clara
es la caza más segura.
ROSAURA. Madre, si el sol no abrasara
era linda criatura.

(*Salga* LAURO, *ya viejo, con un gabán y un báculo en la mano, y* FELIPE, *ya mancebo, con un venablo, y* BELARDO, *villano.*)

LAURO.

Cosa me cuentas peregrina y rara. (1)

BELARDO.

Yo no te la contara a no ser cierta.

FELIPE.

Pues, padre, ¿no era muerta aquella fiera
que a toda la ribera, selva y monte
de este nuestro horizonte daba espanto?

LAURO.

Veinte años ha que tanto fué buscada,
que cueva ni emboscada, en bosque o sierra,
quedó por esta sierra, y yo creía
que difunta sería.

FELIPE.

Por muy cierto
contaba el viejo Alberto las pesadas
noches de invierno heladas (que él sabia
del Animal de Hungria las memorias)
al fuego las historias, afirmando
que le mataron cuando en esta encina
la princesa Faustina, venturosa
parió una niña hermosa, pues la fiera,
viva, libre y entera, como hoy vive,
y de su Rey recibe mil favores,
se la dejó en las flores de este prado:
y por el enriscado monte arriba
se llevó fugitiva la criatura.

LAURO.

Tuvo en eso ventura desdichada
y llegó de espantada al fin postrero.

(1) Estos versos que, a primera vista, parecen libres, riman cada uno con el primer hemistiquio del que le sigue: *rara-contara, cierta-muerta, fiera-ribera*, etc.

FELIPE.

¿No tienen heredero?

LAURO.

No, Felipe.
Porque no participe de un engaño,
que por ser tan extraño no le digo;
pero a solas contigo, que, en efeto,
eres hombre discreto y procedido
de españoles, que han sido tan leales,
sabrás los grandes males que esta historia
conserva en mi memoria.

FELIPE.

En ese día,
a la crianza mía, de que vivo
obligado y cautivo, das y pones
nuevas obligaciones.

LAURO.

Años hace
que donde agora nace aquella oliva,
o poco más arriba, que aún me enseña
señales esa peña, triste y solo
te hallé al ponerse Apolo.

FELIPE.

Dios os guarde:
que por vos vive y arde aquesta vela,
que con tanta cautela tantos vientos
contrastaban sedientos de mi muerte.

LAURO.

Di, amigo: ¿de qué suerte has visto agora
aquella fiera que estos campos mora?

BELARDO. ¿Cómo una fiera no más?
Digo, señor, que son dos.

LAURO. Dos hizo el miedo.

BELARDO. Por Dios,
que aunque no me vi jamás
con más temor que ayer tarde,
que sé que eran dos muy bien.

LAURO. ¿Llegaron cerca?

BELARDO. También.
Así Dios tus años guarde.
Aunque no por valor mío,
porque corriendo tras mí,
las vi cerca y socorri
mi vida en medio del río,
donde fué cuento gallardo
las piedras que me tiró
la mayor.

LAURO. Bien pienso yo
que no fué temor, Belardo.
Pero, en fin, ¿dices que viste
dos?

BELARDO. Sin duda fué, señor.

FELIPE. Belardo, si fué temor,
di la verdad.

BELARDO. Si consiste
en los ojos la verdad,
dos vi; sin duda dos son
de notable perfeción
y mayor velocidad.
Ya sabéis que no es Belardo
zagal que gusta en su aldea
de decir lo que no sea;
que de aqueste sayal pardo
cubro un alma que se precia
de tratar siempre verdad;
que huyo de la ciudad
porque la verdad desprecia.
Creed que hay aquí linajes
de salvajes; yo los vi.

FELIPE. ¿Tú?

BELARDO. Yo digo que a mí
siempre me siguen salvajes.

FELIPE. ¿Por qué?

BELARDO. Porque quiso el Cielo
que naciese a tanto mal.

LAURO. (Conocer este animal
me daba tanto recelo.
Sé que es la Reina, y pensé
que como quien es guardara
castidad; mas cosa es clara
que si parió no lo fué.
Porque ésta no puede ser
la criatura que le hurtó
a Faustina, porque yo
al Rey se la vi traer
entonces hecha pedazos.
Sin duda que algún pastor
trata de secreto amor
con poco honestos abrazos.
¡Oh, terrible soledad!
¿A qué desdichas no obligas?)

FELIPE. ¿Qué dices, Lauro?

LAURO. No digas,
Belardo, por la ciudad
que has visto aquestos salvajes.

BELARDO. No haré, por más que me importe,
porque tienen en la Corte
parientes en buenos trajes.
Harto he procurado, a fe,
verme libre de animales,
porque son perjudiciales

desde el cabello hasta el pie.
Lo que agora me conviene
es envolverme, si puedo,
porque tengo al agua miedo
por la calidad que tiene,
en dos sábanas de vino.

FELIPE. ¿Bebértelo no es mejor?

BELARDO. No, porque tengo temor
que digan que desatino.

(Vase BELARDO.)

LAURO.

Hijo, ya que estás solo te querría
preguntar una cosa, que ha menguado
mi edad, creciendo la desdicha mía.
Dime, Felipe, ¿no te da cuidado
ser sobrino de un Rey, nieto de un Conde
de Barcelona, y verte en este estado?
¿No te pregunta el alma cómo y dónde
naciste y te criaste, ni el deseo
que vayas a saberlo te responde?
¿Es posible que estés, como te veo,
contento en una choza, humilde y pobre,
más bárbaro que el Indio adusto y feo?
No sientas que te falte o que te sobre
el vestido, el sustento y la grandeza
que ya es razón que tu cuidado cobre
¿Es posible, Felipe, que la alteza
en que naciste no te mueve el alma
y fuerza a aborrecer tanta aspereza?
¿Cómo vives aquí, la mar en calma
de tantos generosos pensamientos,
debiendo a tu valor corona y palma?
¿Aún no te dan primeros movimientos
del bien perdido y de la patria amada,
no habiendo en medio más que mar y vientos?
Emprende ¡oh, gran Felipe! una jornada
a España antes que yo mi muerte vea,
por que vea tu frente coronada.
Yo te crié: mi corazón desea
restituírte a España. ¿Qué respondes?

FELIPE.

Que no es posible ¡oh, padre! que amor sea,
y si es mi bien, ¿por qué el amor escondes
en palabras tan ásperas y esquivas?
Yo no conozco Príncipes ni Condes:
sólo le pido a Dios, Lauro, que vivas
y que te sirva yo como lo debo.
¿Por qué razón de ti, señor, me privas?

LAURO.

Como te veo próspero mancebo,
gallardo, generoso y tan valiente,
que pueden envidiarte Marte y Febo,
y veo que mi casa pobremente
regala y sirve tu valor, Felipe,
quisiera verte en un lugar decente.
Porque por más que Lauro se anticipe,
¿qué puede darte? Aquí todo es pobreza.

FELIPE.

¿Decíslo por que acaso no disipe
la hacienda vuestra, Lauro?

LAURO.

Esa aspereza
no la merece, hijo, el amor mío.
A lágrimas obligas mi terneza.
Nunca te he visto ingrato. Ese desvío
me ha parecido mal en tantos bienes
como el Cielo te dió.

FELIPE.

Fué desvarío.
Deja, padre, las lágrimas, que vienes
muy viejo aquesta tarde, y no querría
que pienses mal de quien por hijo tienes.
Ni el cetro, el reino, ni la patria mía
me dan cuidado, porque más te quiero
que a todo el oro que el Oriente cría.
Las coronas, llegado el fin postrero,
vemos en calaveras descarnadas,
con risa y ambición del heredero.
Yo precio, padre, más mirar colgadas
vuestras paredes de esos paños viejos,
con figuras apenas divisadas,
y mientras asa Alcina dos conejos,
muertos con mi arcabuz en ese monte,
escucharos un cuento y dos consejos,
que el palacio del Sol que vió Faetonte,
aunque en vez de aquel carro y los caballos
fuera donde el veloz Belorofonte.
¿Qué criados, amigos y vasallos
como estos verdaderos labradores,
que pueden muchos reyes envidiallos?
Aquí las aves y las varias flores
son músicas y alfombras de la mesa,
que se suele cercar de aduladores.
Vive el señor, que la ciudad profesa,
entre solicitudes y cuidados
de la ambición, que de inquietar no cesa;
yo entre aquestos robles y ganados,
donde sólo murmuran arroyuelos,
y no envidiosos de sufrir cansados.

LAURO.

Hijo, bien sé que tratas mis consuelos;

pero ninguno para mí tan grande
como que traten de tu bien los Cielos.
Bien puedes ir y bien es que te mande,
como padre, que a España des la vuelta,
mientras la rueda en tus desdichas ande.
Allá sabrás si acaso está revuelta
por la desgracia de tu hermosa madre,
que ya de la prisión estará suelta.
Sabrás si reina el Conde o si tu padre,
y con lo que mejor te esté de todo
y a tus heroicos pensamientos cuadre,
podrás volverme a ver del propio modo,
y si es bonanza iré a vivir contigo,
porque no te podré perder del todo.

FELIPE.

De esa manera, padre, yo me obligo
ir y volver. No llores de esa suerte.

LAURO.

¡Sabe Dios la piedad con que lo digo!

FELIPE.

No te vayas; aguarda.

LAURO.

¡El trance es fuerte!
A la noche hablaremos. Dios te guarde
y a mí también para volver a verte,
puesto que estoy con tanta edad cobarde.

(*Vase* LAURO.)

FELIPE. No niego el justo deseo
que de veros tengo, España,
puesto que en esta montaña
en mayor quietud me empleo.
Mas cuando imagino y veo
que nací en tanto valor,
él mismo obliga al honor
para que veros procure
y que la vida aventure
a todo trance y rigor.
Pero si la madre mía
murió a manos de mi abuelo,
y a mi padre quiso el Cielo
castigar el mismo día,
para ver la tiranía
de un hombre sin esperanza
de poder tomar venganza
no me parece cordura,
que para más desventura
no es discreta la mudanza.

(*Entre* ROSAURA.)

ROSAURA. Sin licencia de mi madre
el sol he venido a ver,
como quien viene a saber
nuevas de su mismo padre;
que puesto que no me cuadre,
según ella me aconseja,
su vista, porque me deja
de tanta luz abrasada,
el mismo fuego me agrada
y es mayor cuando se aleja.
No puedo sin él vivir,
sin él no acierto a comer.
Gran cosa debe de ser,
pues no me deja dormir.
Pero tanto resistir
de Teodosia en que no vea
quien tanto el alma desea,
no puedo saber lo que es,
pero sabrélo después
que de experiencia lo crea.
Dice que haciendo los dedos
una cruz huirá de mí
como demonio, y que así
perderé todos mis miedos.
Los ángeles se están quedos;
si éste con la cruz lo está
y en viéndola no se va,
que es ángel es testimonio,
y si se fuere, es demonio.
Va de cruz. Forméla ya.
¡Por el Cielo soberano
que se está quedo y compuesto
con haberle la cruz puesto
a los ojos con la mano!
El es ángel; esto es llano.
Mas no la debió de ver.
Quiero llamalle y hacer
a un tiempo la cruz. Veamos
si acaso nos engañamos,
que pienso que puede ser.—
¿Hola, hola?

FELIPE. ¿Quién me llama?

ROSAURA. ¡Cata la Cruz!

FELIPE. ¡Santo Dios!

ROSAURA. ¿Huís? Demonio sois vos.

FELIPE. (Mas ¿dónde voy, si me infama
el verme sola una rama
de este monte? Sacar quiero
de la vaina el blanco acero.)
¡Aquí estoy, monstruo cruel!

(Puesto que me espanto de él,
morir o matarle espero.)

ROSAURA. ¡Cata la Cruz!

FELIPE. Eso fuera
justo decírtelo a ti.
¿Pero tú, demonio, a mí?

ROSAURA. (Angel es, pues que me espera.)

FELIPE. ¿Quién eres, hermosa fiera,
que acercándome a tu cara,
la mano y la espada pára?
¿Eres demonio o mujer?
Que todo lo puede ser
una hermosura tan rara.

ROSAURA. (Basta; que habla como yo,
y bien lo que dice entiendo.)

FELIPE. (Si es aquéste el monstruo horrendo
el temor os engañó;
que yo sé que no formó
la sabia Naturaleza
monstruo de tanta belleza.)

ROSAURA. (Más cerca al sol he mirado,
y antes el fuego he templado
en su hermosa gentileza.)

FELIPE. ¿Éste llaman en Hungría
animal? O ellos son tales,
o tú de los celestiales
que pinta el Astrología:
que habiendo estrellas en ti,
serás animal del Cielo.

ROSAURA. (Ya su fuego y ya su hielo
poco a poco siento en mí;
pero es con una blandura,
que si de aquí se ausentara
sospecho que me matara
la falta de su hermosura.)

FELIPE. Desvía bien los cabellos,
pues no vengo a hacerte daño:
será el rostro desengaño
de lo que temo por ellos.
Déjate ver sin temor.

ROSAURA. Sí haré, si te dejas ver.

FELIPE. ¿Eres, por dicha, mujer?

ROSAURA. Quien a ti te tiene amor,
¿cómo en el mundo se llama?

FELIPE. Mujer.

ROSAURA. Pues eso seré.

FELIPE. Pues ¿tiénesme amor?

ROSAURA. No sé
qué es lo que tiene quien ama.
Dímelo tú, y si conforma
con lo que siento en mi pecho,
sabré si es amor.

FELIPE. Sospecho
que es el amor de esta forma:

Mirar por acidente, y agradarse,
y al alma por los ojos imprimirse,
y tanto más a su memoria unirse
cuanto procura el alma desviarse.
En esto los sentidos conformarse
y no poder, queriendo, divertirse,
hasta que vienen todos a rendirse
y en tales pensamientos regalarse.
Tener por centro, por descanso y gloria
la sujeción del alma a tanta pena
y adorar por favores los desdenes.
Perder de todo punto la memoria,
colgar la vida en voluntad ajena.
Esto es amor. ¿Tú sabes si lo tienes?

ROSAURA. Notable cosa es amor
como aquí me lo has pintado.

FELIPE. Esto llaman su cuidado,
su deseo y su temor.

ROSAURA. Ya lo que siento prevengo.

FELIPE. Tu pecho de aquí lo arguya.

ROSAURA. Oyeme ¡por vida tuya!
por que sepas si le tengo.

Yo vi, yo me admiré; mas de admirarme
nació un regalo en que sentí perderme;
los sentidos hallé como el que duerme,
sin poder la memoria despertarme.
Sentí notable pena en ausentarme,
y ausente, sólo pudo entretenerme
imaginando en la presencia verme;
no pudo entristecerme y alegrarme.
Mil esperanzas a mi pena ofrezco;
con todas estoy bien y mal conmigo;
en un punto me alegro y entristezco.
Huyo de la razón y el gusto sigo.
Esto siento, esto tengo, esto padezco.
Si esto es lo más de amor, lo menos digo.

FELIPE. No lo has pintado muy mal.
Tu traje encubre el valor.

ROSAURA. ¿Quién pudiera, si no Amor,
enseñar un animal?

FELIPE. ¿Dónde naciste?

ROSAURA. ¿Yo? Aquí.

FELIPE. ¿De quién?

ROSAURA. De otra como yo.

FELIPE. Sí: pero ¿quién te engendró?

ROSAURA. El sol.

FELIPE. ¿El sol?

ROSAURA. Mi bien, sí.

FELIPE. El sol y el hombre dirás.
ROSAURA. ¿Qué es hombre?
FELIPE. Yo.
ROSAURA. ¿Tú eres hombre?
FELIPE. Ese es mi ser y mi nombre.
ROSAURA. Ya te voy queriendo más.
Luego ¿mi madre no pudo
del sol engendrarme a mí?
FELIPE. No; ni el sol ni ella, sin mí.
ROSAURA. (Sin duda es verdad. ¿Qué dudo?)
Y si yo quisiese hacer
otra yo, que esté conmigo,
¿querrá el sol venir contigo?
FELIPE. Si no llueve, podrá ser.
ROSAURA. Pues buscaré un día claro.
FELIPE. (¡Oh, varia Naturaleza!
¡Que dieses tanta belleza
a un monstruo! ¡Milagro raro!
Esta sin duda ha nacido
de aquel primer animal,
y amor, pasión natural,
la debe de haber rendido.)
Dime: ¿hasme visto otra vez?
ROSAURA. Yo te vi una siesta ardiente
bañar en aquella fuente;
y todo el Cielo es juez
que fué mucho resistirme
de no hablarte sin temor;
mas un no sé qué mayor
me tuvo dudosa y firme.
¿Sabes tú cómo se llama
lo que a la mujer detiene?
FELIPE. Vergüenza, porque conviene
mucho a toda honesta dama.
En fin, ¿te parezco bien?
ROSAURA. Me enloqueces.
FELIPE. Pues reporta
ese amor, porque te importa
que yo te quiera también.
ROSAURA. Luego, cuando una mujer
quiere a un hombre, ¿no sucede
lo mismo al hombre?
FELIPE. Bien puede
el hombre no la querer.
ROSAURA. ¿Cómo no? Di la razón.
FELIPE. Querer otra.
ROSAURA. ¿Y dónde está
esa otra?
FELIPE. El la tendrá
primero en el corazón.
ROSAURA. Luego ¿tú puedes querer
otra mujer?
FELIPE. Bien podría.
ROSAURA. ¡Desdichada suerte mía!
FELIPE. Ya no tienes que temer;
que yo te quiero en extremo.
Mas di: ¿dónde te he de hallar?
ROSAURA. En este mismo lugar.
FELIPE. Voces dan, tu vida temo.
Quédate escondida aquí;
iré a ver lo que es; mas quiero
saber tu nombre primero.
ROSAURA. Rosaura.
FELIPE. ¿Rosaura?
ROSAURA. Sí.
Dime el tuyo.
FELIPE. Yo me llamo
Felipe.
ROSAURA. ¿Vendrásme a ver?
FELIPE. ¿Pues no?
ROSAURA. Y aquella mujer
Otra, que tanto desamo,
¿quiéresla bien?
FELIPE. No, por Dios,
que por ti me abraso y ardo.
ROSAURA. Pues, Felipe, aquí te aguardo.
FELIPE. Ya nos veremos los dos.

(*Vase* FELIPE.)

ROSAURA.

Bellísimo animal parece el hombre.
Ninguno he visto que me agrade tanto.
Ya por su ausencia me provoco a llanto,
que no hay vergüenza que mi pecho asombre.
Dame licencia que te llame y nombre
Felipe mío, pues si a ver levanto
la vista al monte, todo causa espanto,
si no es el eco de tu dulce nombre.
¿Felipe? ¡Hola, Felipe! ¡Por los Cielos,
que aquella otra le detiene y tiene
entre los brazos, y esto llaman celos!
Pues, otra, que le dejes te conviene,
que iré a matarte si me dan recelos,
que por otra hermosura se detiene.

(*Entra* SILVANA, *labradora.*)

SILVANA. Todas se fueron sin mí
por no querer esperarme.
¡Pues a fe que he de vengarme!
¡Temblando voy por aquí!
Estaban cogiendo flores
las zagalas del aldea.
¡Plega a Dios que mejor sea
la fiesta que mis temores!

Contaban del animal
que ha vuelto al monte de nuevo,
y que ayer, con un acebo,
dejó tendido a Pascual.
Y que a no entrarse Belardo
vestido dentro del rio,
pagará su desvarío
como Riselo y Pinardo.
Y con el miedo se huyeron
y en el monte me dejaron
tan aprisa, que dejaron
las más flores que cogieron.
¡Dios me libre de topar
con la fiera hasta el aldea!

ROSAURA. (No acabo de ver qué sea,
ni sé si acierto en llegar.
Pues este animal no es hombre,
animal es diferente,
porque la barba y la frente
muestran su diverso nombre.
La que Felipe tenía
era con ciertos cabellos,
y en ésta no hay señal de ellos,
sólo como yo los cría;
a mí tiene semejanza.
Pues quiero llegar.) ¿Quién eres?

SILVANA. ¡Ay, triste!

ROSAURA. Ya no hay que esperes
si no es morir tu esperanza.
Di presto el género tuyo.
Di qué animal. ¡Presto! ¡Acaba!

SILVANA. (¡Muerta soy!) Yo soy tu esclava.
Aqui estoy, que no me huyo.
No soy la que te ofendi.
Otra soy.

ROSAURA. ¿Otra?

SILVANA. Sí, a fe.

ROSAURA. (¡Notable dicha! A otra hallé.)
¿Que tú eres otra?

SILVANA. Yo, sí,
que no soy la que ella piensa.
Otra soy muy diferente.

ROSAURA. Mi muerte tengo presente
y la causa de mi ofensa.
¿Conoces al animal
más bello y hermoso aquí?

SILVANA. ¿Qué nombre?

ROSAURA. Felipe.

SILVANA. Sí.

ROSAURA. (No lo niega. ¿Hay cosa igual?
La vergüenza que decía
Felipe aquésta perdió
desde que le vió y habló.
Más fué la vergüenza mía.)
Dime, otra desdichada,
¿quién es Felipe?

SILVANA. Un mancebo
hijo de Lauro y de Febo,
Dafne en laurel transformada.
Vive en una casería
que no está lejos de aquí.

ROSAURA. ¿Quiéresle tú bien?

SILVANA. Yo, sí,
que le ha criado mi tia.

ROSAURA. ¿Quién dices?

SILVANA. Otra mujer.

ROSAURA. Luego ¿hay más otras allá?

SILVANA. Tan lleno el lugar está,
que no se pueden valer.

ROSAURA. (¡Muerta soy, Felipe ingrato,
pues que tantas otras tienes!
Poco haré, pues que no vienes,
si una de tantas te mato.)
¿Cómo te juntas ¡traidora!
con Felipe?

SILVANA. Eso es notorio.
(¡Animas del Purgatorio,
libradme, valedme agora!)

ROSAURA. Dime, ¿en qué tiempo?

SILVANA. Las fiestas,
en el baile.

ROSAURA. ¿Qué es el baile?

SILVANA. El corro.

ROSAURA. Ve luego, y traile.

(Dale unas castañuelas.)

SILVANA. Mire, con aquéstas puestas
nos ajuntamos los dos
y nos hace el són Benito.

ROSAURA. ¡Muestra!

SILVANA. (¡San Antón bendito,
cegalda!)

ROSAURA. ¿Con esto?

SILVANA. (¡Ay, Dios!)
Con aquéstas en las manos
y andar de aquí para allí.
(¡Oh, si la engañase ansí!)

ROSAURA. ¡Por los Cielos soberanos,
otra, que no has de vivir!

(Péguela.)

SILVANA. ¡Ay, que me mata!

ROSAURA. No quiero
que bailes, cuando yo muero,
con quien me obliga a morir.

(*Entra* TEODOSIA.)

TEODOSIA. ¿Qué haces? ¿Por qué das muerte
a esta mujer?

SILVANA. ¡Ay, de mí!

ROSAURA. Que no es mujer; otra, sí.

SILVANA. (¡Desdichada fué mi suerte!
Juntándose van salvajes.)

TEODOSIA. ¡Vete, mujer!

SILVANA. ¡Cielo santo,
valedme!

(*Vase* SILVANA *huyendo.*)

ROSAURA. No entiendo tanto
de estos tan varios linajes
como tú; mas yo sé bien
que con dejarla ausentar
das a Felipe lugar
para que juntos estén.

TEODOSIA. ¿Qué Felipe?

ROSAURA. Ansí se llama
el sol que contigo habló,
y que es hombre y me contó,
y que adora, quiere y ama
a las otras de su aldea,
y ésta es una.

TEODOSIA. ¡Triste yo!
¿Hablaste con alguien?

ROSAURA. No,
que no sé lo que alguien sea,
pero con Felipe sí,
que es bellísimo animal.

TEODOSIA. ¿Qué Felipe?

ROSAURA. ¿Hay cosa igual?
El que me engendró de ti.

TEODOSIA. (Esta habló con algún hombre.)

ROSAURA. Sí, madre; el que vi en la fuente.
Habla en él, que estando ausente
sólo me alienta su nombre.

TEODOSIA. Si le hicieras apartada
la cruz...

ROSAURA. No, no, madre mía;
ya hice cuantas podía;
mas no aprovechó de nada.
Es ángel, que no es demonio.
No ha de huír, estáse quedo.

TEODOSIA. ¿Que no le tuviste miedo?

ROSAURA. ¿No ve claro el testimonio?
Habléle, hablóme en amor;
díjome lo que sentía,
y es que, como en mí vivía,
sabe mis cosas mejor.
Que se juntase conmigo
y con el sol, le rogué.

TEODOSIA. ¿Juntóse?

ROSAURA. No, que se fué,
y con el alma le sigo.
Díjome que me quería
si otra no se lo estorbase,
y, como sola quedase,
quiso la ventura mía
que viniese este animal,
y dijo que se llamaba
Otra y a Felipe amaba.
¿Viste atrevimiento igual?
Cogíla de los cabellos
y, si no vienes...

TEODOSIA. ¿Qué has hecho?
¡Traidora!

ROSAURA. ¡Ay, madre! En el pecho
tengo aquellos ojos bellos
como dos duras espinas;
o me los haga sacar,
o mañana me ha de hallar
por fruta de estas encinas.

TEODOSIA. ¡Ay, Rosaura, que has de ser
mi ruína y perdición!
Y pues ya tu inclinación
te dice que eres mujer,
advierte que ese animal
es hombre, y que ha de obligarte
a perder la mejor parte
de una mujer principal.
Mira que es gran deshonor
sujetarse a un hombre ansí.

ROSAURA. Pues, madre, remedie en mí
esto que llaman amor,
o dígame de qué modo
ella por hija me tiene.

TEODOSIA. Eso por sus tiempos viene,
que el tiempo lo ordena todo.
Hay unos hombres que llaman
maridos, y éste fué el mío,
que es deshonra y desvarío
en las que los otros aman.

ROSAURA. Pues, madre, ¿no puede ser
marido aquel que yo vi?

TEODOSIA. Cuando llegue el tiempo, sí,
y tú serás su mujer.

ROSAURA. Haga cuenta que es llegado.

TEODOSIA. Sí, pero en mujer de honor
es bajeza y deshonor
mostrar amor declarado.
En las leyes del querer

es el hombre el que ha de amar,
porque es llegar a rogar
gran bajeza en la mujer.

ROSAURA. Toda esa ley está errada.

TEODOSIA. No digas tan gran locura.

ROSAURA. Adonde está la hermosura
ha de ser solicitada.
Si no puede la mujer
sin el marido pasar,
claro está que ha de rogar
la que más ha menester.

TEODOSIA. Ha dado Naturaleza
al hombre más perfeción,
y, por la misma razón,
a la mujer más belleza,
y como proceden de ellas,
guárdanlas ese respeto.

ROSAURA. Pues si el hombre es más perfeto,
¿cómo son ellas más bellas?
¿No es la beldad perfeción?

TEODOSIA. Gente siento. Espera, iré
a verlo, y después daré
a tu pregunta razón.

(*Vase* TEODOSIA.)

ROSAURA. Aunque más razón me deis,
seguiré mi natural,
que me enseña a amar mi igual.
Por eso no os descuidéis,
que es muy colérico Amor
y no da espacio a la fe.

(*Entre* FELIPE.)

FELIPE. Pienso que aqui la dejé
entre esta retama en flor.

ROSAURA. ¡Felipe!

FELIPE. ¡Rosaura mía!
Mucho he sentido tu ausencia.

ROSAURA. Y yo perdí la paciencia
de ver que te detenía
la cruel Otra, tu dama.
Mas una de ellas cogí,
y me he vengado de ti.

FELIPE. Verdad es que otra me ama;
mas no la quiero querer
después, mi bien, que te vi.

ROSAURA. Yo hablé con mi madre aquí
y dice que soy mujer,
y que puedo con mi honor
quererte como a marido.
¿Dice verdad o ha mentido?

FELIPE. Es el más perfeto amor,
y sin ofensa del Cielo.
En todo dice verdad.

ROSAURA. Hoy veré tu voluntad.

FELIPE. Di lo que quieres.

ROSAURA. Diréló.
Ruégame, como me quieres,
que me rinda si te escucho,
que diz que esto importa mucho
al honor de las mujeres,
y seré yo tu mujer
y tú serás mi marido.

FELIPE. Digo que muy justo ha sido.
Que el servir, el pretender
y el rogar es para el hombre,
y así te ruego me quieras.

ROSAURA. Y aunque tú no lo dijeras
y te infamara mi nombre,
me rindiera a ti, yo soy
tu mujer.

FELIPE. Yo tu marido.

ROSAURA. Mas una cosa te pido,
ya que a tu servicio estoy.

FELIPE. Dilo.

ROSAURA. Que no has de querer
a otra más en tu vida.

FELIPE. Tú sola serás querida
como mi propia mujer.
Mas también quiero avisarte
que a otro no quieras bien.

ROSAURA. Luego ¿hay más otros?

FELIPE. También.

ROSAURA. ¿Adónde?

FELIPE. En cualquiera parte.

ROSAURA. No hayas miedo que a otro quiera.

FELIPE. (¡No se usará por allá
esta llaneza!)

Dentro. ¡Aquí está
aquella espantosa fiera!
Prevenid las armas luego.

(*Salen los* VILLANOS *con diversas armas.*)

BELARDO. Ve tú delante, Silvana.

ROSAURA. ¿Qué es esto?

FELIPE. Gente aldeana
que, armada, ocupa este puesto.
¿Si vienen en busca tuya?

TIRSE. Llegad todos, que aquí está.

FELIPE. ¡Villanos, teneos allá!

GIL. ¡Téngase él, por vida suya!

FELIPE. Ponte aquí, detrás de mí,
que temo que han de matarte.

ROSAURA. ¿Subiréme en alta parte?

FELIPE. Sube, y espérame allí.

RISELO.

Apártate, Felipe, que no es justo
que un animal tan pernicioso y malo
defiendas con tu espada de esa suerte.

FELIPE.

Yo sé que no es razón que le deis muerte.

TIRSE.

¿Cómo que no es razón? Quítate, digo,
o ¡vive Dios!...

FELIPE.

Villano, ¿tú amenazas
un hombre como yo?

SILVANA.

Mientras defiendes
que lleguen con las armas, ya la fiera
entre las peñas se escondió ligera.

RISELO.

No has tenido razón; pero nosotros
la culpa hemos tenido por tenerte
respeto, que en aquesto no mereces.
Afuera, digo, y tras la fiera vamos,
que quien defiende un monstruo no es cristiano.

FELIPE.

Tente, Riselo, y mira que la fiera
no es animal, sino mujer.

RISELO.

¡Aparta,
que si fuera mujer no maltratara
a las mujeres con rigor tan fiero!

TIRSE.

Pasar todos por fuerza, aunque no quiera.

FELIPE.

Tente, Riselo, digo.

RISELO.

Pasar tengo.
¡Ay! ¡Muerto soy!

FELIPE.

Ya te avisé primero.

BELARDO.

¿Muerto Riselo?

SILVANA.

Sí.

BELARDO.

¡Fuera! ¡Dispara,
Tirso, aquese arcabuz!

FELIPE.

¡Teneos, villanos!

TIRSE.

Que no hay teneos. Date a prisión luego,
o el arcabuz disparo.

FELIPE.

¡Tente! ¡Espera!

SILVANA.

O le prended, o muera.

TIRSE.

¡Muera! ¡Muera!

FELIPE.

Amigos, yo me doy por preso. En todo
fué Riselo culpado.

TIRSE.

Rinde luego
las armas.

FELIPE.

¡Que se rinda un hijodalgo
a un tropel de villanos! ¡Gran bajeza!

TIRSE.

¡Vaya preso a la cárcel!

BELARDO.

¡Vaya preso!

SILVANA.

¡Mal haya mi venganza!

FELIPE.

¿Hay tal suceso?

(*Vanse, y llévanle preso, y baja* ROSAURA.)

ROSAURA. ¡Preso dicen que le llevan!
Sin duda a matarle van.
Mis fuerzas, ¿adónde están?
¿Estos dejo que se atrevan
a la muerte que le dan?
¿Esta es la dura fiereza
que me ha dado esta aspereza
y el nacer de esta montaña?
¿Ansi el amor me acompaña
debido a tanta belleza?
Altos robles que me vistes,
aunque en fuerzas desiguales,
despedazar animales
entre estos cipreses tristes
que hoy muestran blancas señales,
¿no os avergonzáis de ver

que me llamase mujer
de un hombre que es mi marido
y que le lleven rendido
a morir y a padecer?
Claras, cristalinas fuentes,
a quien yo las vedrieras
teñí de vuestras corrientes
con la sangre de las fieras
de estos montes eminentes,
¿cómo no me murmuráis,
entre el agua que lleváis,
que deje a cuatro villanos
llevar atadas las manos
del ángel por quien lloráis?
¡Afuera, vil corazón!
Seguirle quiero y libralle,
o morir en la prisión.
La libertad quiero dalle
que me dió en esta ocasión.
¡Aguarda, Felipe, espera!
No digas, ni Dios lo quiera,
que fuí mujer en amarte;
cobarde amigo, en dejarte,
y en irme a los montes, fiera.

(*Váyase, y entren los* VILLANOS, *y un* ALCALDE *y* LAURO.)

ALCALDE. Ponedle bien la cadena.
LAURO. Haced, señores justicia;
pero sea con templanza,
si el ser quien soy os obliga.
TIRSE. Vos habéis criado un hijo
cual tenga el diablo la dicha,
que por librar una fiera
mató al mejor de la villa.
¿Qué templanza han de tener?
FELIPE. Padre, dejad ¡por mi vida!
que hagan lo que quisieren.
LAURO. No hay rigor, furia y malicia
como la de un vulgo airado.
SILVANA. ¿Malicia es bien que se diga
matar al pobre Riselo?
LAURO. Silvana, si tú codicias
la muerte del hijo mío,
que en los brazos de tu tía
se ha criado tantos años,
y es bien que tú le persigas,
acaben, pues que tú quieres,
su vida y la triste mía.
SILVANA. Lauro, yo tengo razón;
y si tú la causa miras,
verás que es poco el rigor.
FELIPE. Padre, ¿tú a rogar te inclinas
unos villanos como éstos?
ALCALDE. ¡Qué bien nos templa la ira!
Pues ¡voto al sol! que ha de ir
encima de una pollina
con catorce arcabuceros,
y de hierro ochenta libras,
a la corte antes de un hora,
que no ha de estar en la villa.
LAURO. Hacienda tengo, no importa,
y cuando no, el Rey de Hungría
sabrá quién es el mancebo,
que es lo mejor de Castilla;
que Felipe es español.
FELIPE. ¡Detente, padre, no digas
cosa que me importa tanto!
Antes me quiten la vida.

(*Entre* ROSAURA *con un bastón.*)

ROSAURA. (Pasos, cuyo atrevimiento
justamente el Amor guia,
llevadme a librar el alma
entre bárbaros cautiva.
No diga jamás mi esposo
que fuí cobarde y fingida,
pues su vida no defiendo
cuando él defiende la mía.)
¡Hombres, dejad a Felipe!
TIRSE. ¡Cielos! ¿No es la fiera misma
que buscamos en el monte?
ROSAURA. Soy, a lo menos, su hija.
¡Dadme mi esposo, villanos!
ALCALDE. ¡Cercadla! ¡Tenedla! ¡Asidla!
¡Muera! O, si fuese posible,
cogedla, para el Rey, viva.
BELARDO. ¡Ay, que me ha descalabrado!
FELIPE. ¡Rosaura! ¡Señora! ¡Amiga!
¡Esposa! ¡Ay, Dios! ¡Quién pudiera
favorecerla!
TIRSE. Desvía,
que con aqueste arcabuz
presto haré yo que se rinda.
FELIPE. ¡Date, mi bien! ¡Date presto!
¡Ríndete, Rosaura mía!
ROSAURA. ¿Quieres que muera?
FELIPE. ¡Eso, no!
ROSAURA. Pues ¿qué me mandas?
FELIPE. Que vivas.
ROSAURA. ¿Haréte gusto en vivir?
FELIPE. Tanto como en darme vida.
ROSAURA. Pues yo me rindo.
ALCALDE. ¡Prendedla!

LAURO. ¡Cielos! ¿Qué nuevas enimas
son éstas en que me veo?
FELIPE. Padre y señor, no te aflijas.
LAURO. ¿Dónde viste aquesta fiera?
ROSAURA. Tú lo sabrás algún día.
ALCALDE. ¡Gran ventura hemos tenido!
De esta vez a nuestra villa
hará el Rey grandes mercedes.
BELARDO. ¿No ves que es la fiera chica
y que allá queda la grande?
ALCALDE. No importa. Yo sé que estriba
toda la paz de esta tierra
en que a Dios y al Rey le sirva
con llevársela en prisión.
TIRSE. ¿Más, que quiere el Rey que viva
atada en los corredores?
BELARDO. Vendrá a verla toda Hungría.
ALCALDE. Vaya Felipe con ella.
BELARDO. En un potro harán que diga
adónde queda su madre.
LAURO. Felipe, ¿es ésta tu hija?
FELIPE. ¿Mi hija, señor? Pues ¿cómo?
LAURO. ¡Ah, Cielos! ¿Tantas fatigas
para mi vejez guardabas?
ROSAURA. ¡Felipe!
FELIPE. ¡Rosaura mía!
ROSAURA. Por ti no temo la muerte.
FELIPE. Por ti no estimo la vida.

ACTO TERCERO

DEL *Animal de Hungría.*

(*Salen el rey* PRIMISLAO, FAUSTINA FENICIO *y acompañamiento.*)

REY. El monstruo es bello animal.
FAUSTINA. Será monstruo de belleza.
REY. No ha hecho Naturaleza
belleza tan desigual.
FAUSTINA. ¿Dónde dice que le hallaron?
REY. El propio vino al lugar
deseoso de librar
un hombre que le quitaron
con quien amistad tenía,
que no es nuevo, aunque te asombres,
haber hecho con los hombres
amistad y compañía.
FAUSTINA. Ya sé, señor, que no es nuevo,
aunque prodigioso, en fin,
pues escriben que un delfín
amaba un bello mancebo
que siempre a nadar venía
a las orillas del mar,
donde alegralle y jugar
todas las tardes solía.
Y que faltando el invierno,
o porque el mozo murió,
del agua a tierra salió
buscando su amante tierno,
donde murió de dolor
sin querer volver al mar,
cosa en que quiso mostrar
su poder y fuerza Amor.
REY. De perros, Faustina mía,
notables cosas se escriben;
pero ya, en efeto, viven
del hombre en su compañía.
También de los elefantes,
y de caballos también,
milagros raros se ven
a ese delfín semejantes.
Pero este monstruo de suerte
ama a este mozo aldeano,
que pensó librarle en vano
con ofrecerse a la muerte.
Dicen que de agradecido
de que por librarle a él
mató dos hombres.
FAUSTINA. No es él
el primero que lo ha sido,
y si el agradecimiento
se ve con ejemplos tales
en las fieras y animales,
mal de los ingratos siento.
REY. Un león agradecido
a un esclavo se mostró
que una espina le sacó.
FAUSTINA. (Más fiera y cruel he sido,
y ansí me castiga el Cielo
en no darme sucesión,
porque en malicia y traición
he sido monstruo en el suelo.
Maté mi inocente hermana,
y también su casto honor;
no sé si es disculpa Amor
que fué traición inhumana.
Porque si Progne mató
su hijo por Filomena
en venganza y por la pena
que de su fuerza tomó,
¿qué cuenta daré de mí
que a mi hermana le quité

la vida, cuando ella fué
tan liberal para mí?)

REY. ¿En qué estáis tan divertida?

FAUSTINA. En la gran fuerza de Amor
que a ese monstruo dió valor
para no estimar la vida.
Pero ¿dónde le queréis
tener por que visto sea?

REY. Si fuera una cosa fea,
y no hermosa como veis,
o jaula o cárcel le hiciera;
pero siendo tan hermosa,
paréceme justa cosa,
y para que no se muera,
que atada en el corredor
de palacio esté de día,
porque teniendo alegría
podrá pasarlo mejor.

FAUSTINA. Sí; pero la misma gente
podrá ser hacerle mal.
Ni pienso que es animal,
pues habla, discurre y siente,
y le matará la rabia.

REY. Un ayo le quiero dar,
que no le deje agraviar
mientras a ninguno agravia.

FAUSTINA. Pues con eso estará bien.
Búsquese quien esto entienda,
que le guarde y le defienda.

FENICIO. Entre muchos que le ven,
un labrador ha llegado
que en el monte en que vivía
dicen que le conocía
y que fué de él regalado,
porque con frutas y pan
muchas veces le acudió.

REY. Si le conoció y trató
y los dos hablando están,
el ayo será mejor
que le podemos buscar.
Váyanle luego a llamar.

(Entre un PAJE.)

PAJE. Aquí está un Embajador
del Conde de Barcelona.

REY. Di que entre.

(Entra el EMBAJADOR.)

EMBAJAD. Dame tus pies.

REY. Cuando los brazos me des
te igualaré a mi persona.
Siéntate, español aquí.

EMBAJAD. Hácesme el honor que hiciera
el Conde invicto a cualquiera
que fuera a España por ti.

(Siéntense el REY *y* FAUSTINA *y el* EMBAJADOR.)

REY. ¿Está bueno el Conde?

EMBAJAD. Está
lleno de congoja y pena.
Esta carta es solamente
de confianza y creencia.
Remítese a mi embajada,
y así podrás saber de ella
lo que le mueve a enviarme.
Con tu licencia.

REY. Comienza.

EMBAJAD. Criaba el Conde pasado,
que Dios en el Cielo tenga,
en su casa a su sobrino,
que, si no lo sabes, era
hijo del Rey de Aragón
y Nápoles, con la bella
Laura Moncada, su hija,
primos en sangre, en belleza,
en condiciones, en trato,
en edad, amor y estrellas,
porque ellas le concertaron
entre los dos con tal fuerza,
que de secreto casaron (1)
si amando hay cosa secreta.
Cuando el Conde, mi señor,
vino a entender que lo eran,
tenían un hijo hermoso,
que en su casa y en su mesa
como ajeno se criaba,
y el Conde, por prenda ajena,
gustaba de oírle y verle
tanto, que si alguna fiesta
en la mesa no le vía,
dicen, y es cosa muy cierta,
que hasta que viniese el niño
no se sentaba a la mesa.

REY. Obligábale la sangre.

EMBAJAD. No le obligó, que si fuera
por esa parte el amor,
con menos ira y fiereza
procediera en sus desdichas
cuando conoció quién era;
porque poniendo en prisión
su sobrino y yerno, encierra
en un monasterio a Laura

(1) En los dos textos, "casados".

y el niño a muerte condena.
Mas dicen que no mandó
que fuese con tal violencia,
sino que tres caballeros
que en una nave le llevan,
lejos de España le dejen
en isla, montaña o selva.
Los tres lo hicieron ansí,
y fué tanta la entereza
del Conde, que en cuantos años
vivió, ni lágrimas tiernas
de su mujer, ni las cartas
del Príncipe de la Iglesia,
amenazas de los Reyes
de Aragón con fieras guerras,
ruegos de Castilla y Francia
pudieron hacer que diera
libertad a su sobrino.
Murió el Conde, y al fin reina
con dispensación casado;
pero porque enfermo queda
y quieren desposeer
del Estado a la Condesa,
un caballero, de tres
que te dije que a las selvas
llevaron al niño, tiene
tal edad, salud y fuerzas,
que sólo por relación
puede ayudar a esta empresa.
Dice, señor, que en Hungría,
en una montaña yerma
que mira a España hacia el Norte
y que el mar combate y cerca,
dejó a Felipe, que agora,
si acaso en ciudad o aldea
tiene vida, tendrá bien
veintinueve años o treinta.
Para que, invicto señor,
tu majestad se conduela
de aquel Estado y de Laura
y mande que en esta tierra
se busque, si acaso vive,
con mayores diligencias,
me envía el Conde, y también
lo mismo os suplica y ruega
por esta carta, señora,
nuestra afligida Condesa.

REY. Del suceso me ha pesado,
que ya noticia tenía,
aunque de que esté en Hungría
contento y placer me ha dado.
¡Ojalá mi dicha sea
tal que halléis vuestro señor!

EMBAJAD. Ya, con el gusto y favor
de ver, señor, que desea
vuestra majestad el bien
de aquella tierra afligida,
a la esperanza perdida,
hace que fuerzas le den.

FAUSTINA. Un consejo os quiero dar,
tal vez sutil de mujer.
Que a nadie deis a entender
lo que venís a buscar,
porque, con señas fingidas,
os puede engañar cualquiera;
que habrá, si reinar espera,
quien aventure mil vidas.

REY. Es notable advertimiento.
Yo os daré en secreto gente
a la empresa conveniente.

FAUSTINA. (Hablé con mi pensamiento,
porque lo que yo fingí
este aviso me enseñó.)

EMBAJAD. Dadme los pies.

REY. Mientras yo
escribo al reino por ti,
y justicias y señores
con secreta diligencia
le buscan, en competencia
de mi promesa y favores,
descansa, español, y el Cielo
te dé ese bien, aunque es tarde.

EMBAJAD. Él te prospere y te guarde
por gloria y honra del Cielo.

(*Vase el* EMBAJADOR.)

REY. ¡Extraño caso, Faustina,
es éste del catalán!

FAUSTINA. ¡Tristes memorias me dan!

REY. A mí alegres, si imagina
el alma, que ser pudiera,
en algún monte escondida,
aquella prenda querida
vivir de aquesta manera.

FAUSTINA. De suerte me ha refrescado
la memoria de aquel día
que al pie de la fuente fría,
y en la hierba de aquel prado,
el espantoso animal
me arrebato fieramente
aquel ángel inocente,
que ya es ángel celestial,
que pienso hacer diligencia
con esta fiera y saber

lo que pienso que ha de ser
consuelo de mi paciencia.
Que aquella muerta criatura
que me trujeron, señor,
fué industria de algún pastor
que sólo interés procura.
No me ha dado este deseo
como agora en tantos años,
que con los ajenos daños
mil males presentes veo:
de donde vengo a pensar
que tal imaginación
no viene sin ocasión.

REY. ¡Ay, mi bien! que es renovar
la historia de nuestros males
y dar fuerzas al dolor.

(Sale FABIO.)

FABIO. Aqui viene el labrador.

(Entre la reina TEODOSIA *como villano tosco.)*

TEODOSIA. Dadme vuestros pies reales.

FAUSTINA. Dime, amigo...

TEODOSIA. (Dime, hermana,
pudiera decir si fuera
menos rigurosa y fiera.)

FAUSTINA. ¿Es aquésta fiera humana?
¿Es criatura racional?
¿Dónde la viste y trataste?
¿Cómo a quererte obligaste
tan espantoso animal?
¿Hate dicho, por ventura,
que era su madre otra fiera,
por quien, que nunca lo viera,
vivo en tanta desventura?

TEODOSIA. Muerta la Reina de Hungría
Teodosia, señora nuestra,
y pienso que vuestra hermana,
por ciertas falsas sospechas,
que en esto, como villano,
no es justo ponga la lengua,
que las cosas de los reyes,
o justas o injustas sean,
se han de mirar del vasallo
con silencio y reverencia,
vióse en aquestas montañas,
entre cosas estupendas,
este no visto animal
por la mar y por la tierra.
Hubo quien dijo, señora,
que era el alma de la Reina,
que andaba a tomar venganza;
mas que esto mentira sea
nuestra religión lo dice,
fuera de que en estas selvas
hurtó pan, leche y ganado,
vino, queso y frutas secas,
y que las almas no comen
ya sabéis que es cosa cierta,
pues donde cuerpo no hay
sus pasiones no penetran.
Vivió los años que sabes,
hasta que por las riberas
del mar saliste a cazar
y sobre la verde hierba
pariste una niña hermosa,
a quien te llevó la fiera.
¿Lloras?

FAUSTINA. ¿No quieres que llore
tan espantosa tragedia?

TEODOSIA. Luego ¿no paso adelante?

FAUSTINA. Di cómo, no te detengas.

TEODOSIA. Un pastor medio hechicero,
que por las varias estrellas
adivinaba a los hombres
las futuras contingencias,
dijo que el Cielo criaba
esta nunca vista bestia
para que en esta ocasión
robase esta niña bella.
Pasados años que estaban
seguras nuestras aldeas
de aqueste nuevo animal,
de improviso, entre las selvas,
aparecen dos: el grande
y esta fiera más pequeña,
porque dicen que es linaje
y que habita en estas sierras.
Llevóme una niña un día
de mi cabaña, y tras ella
subí, con amor de padre,
trepando por altas peñas.
Alcancéla, y de rodillas
le pedí que en cambio de ella
bebiese mi triste sangre.
Movióse, en fin, a clemencia,
y yo le di por rescate
dos cabras y diez ovejas,
tres mantas de fina lana
y cuatro o cinco de jergas.
Desde aquel día, señora,
me cobró amor de manera
que de conversar conmigo
aprendí toda la lengua.

Preguntéle lo que hacían
de aquellas criaturas tiernas
que robaban a sus padres,
y díjome ¡oh, gran fiereza!
que a un ídolo que tenían
sacrificaban con ellas.
Si quieres que por la tuya
haga alguna diligencia
y sepa si es muerta o viva,
yo sabré si es viva o muerta.

REY. No digas más, ni le des
más fatiga con tu historia.

TEODOSIA. Si ofendí vuestra memoria,
pido perdón a esos pies.

REY. Teodosia con gran razón
es muerta; y si el vulgo vario
ha pensado lo contrario,
yo tengo satisfación
de la justicia que tuve.

TEODOSIA. Del vulgo jamás cuidéis,
que lo que humilla veréis
cómo mañana lo sube.
Es imagen y retrato
de la fortuna; a los reyes
quiere oprimir con sus leyes,
es padre del desacato,
a nadie guarda respeto,
y así no os debe espantar
el verle en Teodosia hablar
con este piadoso afecto,
que como os casastes luego
con su hermana, fué ocasión
de aquella murmuración.

REY. Ya conozco al vulgo ciego.

TEODOSIA. ¿Vos y Faustina tenéis
para con Dios la conciencia
segura?

FAUSTINA. ¡Qué impertinencia!
Dejadle; no le escuchéis.

TEODOSIA. Dígolo, porque he sabido
que tenéis dispensación.
¡El Cielo os dé sucesión;
con lágrimas se lo pido!

FAUSTINA. Teodosia fué una traidora
al Rey, al Cielo y al suelo,
y ansí el Rey, con justo celo,
me quiere, estima y adora,
que fuí quien le descubrió
la traición.

TEODOSIA. Eso es muy cierto.

FAUSTINA. Lo que yo, amigo, te advierto,
pues sabes que me quitó
uno de estos animales
el bien mayor que tenía,
es que sepas si aquel día
murió en sacrificios tales
o vive en alguna parte.

TEODOSIA. Dejadme el cuidado a mí.

REY. ¿Tú no le entiendes?

TEODOSIA. Yo, sí.

REY. Pues yo quiero el cargo darte
de este animal y que seas,
con salario conveniente,
su ayo y guarda.

TEODOSIA. El Cielo aumente
tu vida para que veas
de tu sangre sucesión.

Dentro. ¡Guarda el monstruo! ¡Guarda!

FAUSTINA. Él viene. [¡Guarda!

TEODOSIA. ¿Qué te acobarda?

FAUSTINA. Memorias, amigo, son
de aquel semejante suyo
que tanto bien me quitó.

Dentro. ¡Guarda el monstruo!

FAUSTINA. ¿Podré yo (1)
ver, fiera, ese rostro tuyo
tan semejante al cruel
por quien tengo tanto mal?

(*Algunos* PAJES *huyendo y* ROSAURA.)

CELIO. ¡Guarda, Lidio, el animal!

LIDIO. ¡El Cielo me libre de él!

ROSAURA. Si me hacéis mal, ¿no queréis
que me defienda?

TEODOSIA. ¡Detente!

ROSAURA. (Madre, ¿quién es esta gente?
Que importa que me aviséis.

TEODOSIA. ¿Ya no te tengo advertida
que no me des ese nombre?

ROSAURA. Decidme: ¿quién es este hombre?

TEODOSIA. Es el que te dió la vida.

ROSAURA. ¿Qué decís?

TEODOSIA. Que este es el Rey.

ROSAURA. ¿Qué es rey?

TEODOSIA. El que a los demás
gobierna.)

REY. ¡Medrosa estás!

TEODOSIA. (Este es autor de la ley,
éste de nadie depende,
éste representa a Dios.

ROSAURA. ¿Por qué no lo fuisteis vos
pues que tanto se os entiende?

---

(1) En la edición de Barcelona, "Pobre".

TEODOSIA. Sí fuí; pero la malicia
humana me lo quitó.
ROSAURA. Pues de eso apelara yo
a la divina justicia.
TEODOSIA. El apelar, para Dios,
es el sufrir las injurias.
ROSAURA. Tomando me están mil furias
por deshacer a los dos.
¿Quién es aquélla?
TEODOSIA. La Reina.
ROSAURA. ¿Qué es reina?
EEODOSIA. Mujer del Rey.
ROSAURA. ¿También da aquésta la ley
con que viven donde reina?
TEODOSIA. No, Rosaura.
ROSAURA. Pues ¿qué hace?
¿De qué sirve?
TEODOSIA. De dar reyes
para que den esas leyes,
porque de ésta otro rey nace,
y de aquél otro, y ansí
se va el gobierno aumentando.
ROSAURA. Ser reina voy deseando.
TEODOSIA. Más dichosa que yo fuí.
ROSAURA. Paréceme lindo oficio
hacer reyes. ¡Por mi vida,
que me dejéis que al Rey pida,
pues es común beneficio,
haga que nazcan de mí
treinta reyes o cuarenta!
TEODOSIA. La Reina te escucha atenta
y tendrá celos de ti;
y mira que quien mató
su hermana para reinar,
su hija sabrá matar.
ROSAURA. Pues ¿de quién soy hija yo?
TEODOSIA. De alguna Reina fingida.)
CELIO. Ya el Almirante llegó.
TEODOSIA. (Calla agora como yo.)

(*Sale el* ALMIRANTE DE HUNGRÍA.)

ALMIR. ¡Guarden los Cielos tu vida!

REY.

Pues, Almirante, ¿qué hay de Ingalaterra?

ALMIRANTE.

Corre por ella una fingida fama,
que ha puesto en arma al Rey contra tu tierra.

FAUSTINA.

¿A mi padre? ¿Por qué?

ALMIRANTE.

Porque disfama
tu honor, diciendo que le diste muerte
a la cosa del mundo que más ama.
Suénase por allá que por hacerte
Reina de Hungría...

FAUSTINA.

Paso; no prosigas.

ALMIRANTE.

No fué con pensamiento de ofenderte.

REY.

Si es cosa en su disgusto, no lo digas.

ALMIRANTE.

Quieren decir que fué Teodosia santa.

TEODOSIA.

(Parécelo en sus penas y fatigas.)

ALMIRANTE.

También por toda Escocia se levanta
gente en su ayuda; que su Rey se queja
de que ofendiesen inocencia tanta.

REY.

Las relaciones, Almirante, deja;
defiende nuestros puertos, Almirante,
y de pensar en lo que fué te aleja.

ALMIRANTE.

Cualquiera prevención será importante:
que pienso que el ejército camina,
y que vienen sus Príncipes delante.

REY.

La gente de presidios y marina
se cuente luego, que yo haré de suerte,
si la fama vulgar le desatina,
que conozca que fué justa su muerte.

ALMIRANTE.

Yo voy.

ROSAURA.

(¿Quién es aquéste?

TEODOSIA.

El Almirante.

ROSAURA.

¿Qué es Almirante?

TEODOSIA.

Oficio preeminente.
Tomóse del ejército ese nombre,
y es en la mar, lo mismo que en la tierra,
el oficio que llaman Condestable.
Lleva en su nave, como el Rey, que imita,
estandarte real.

ROSAURA.
Ya he visto naves,
y vos me declarastes lo que hacían.
Mas ¿qué guerra es aquésta que le mueve
el Rey que dicen?

TEODOSIA.
Vive en otro reino,
y es padre de la Reina y de Teodosia,
lo que yo te conté, que por engaño
dieron la muerte, si te acuerdas.

ROSAURA.
Creo
que la merece en lo que en ella veo.)

(*Salga el* JUSTICIA *con un papel, pluma y tinta.*)

LIDIO.
El Justicia está aquí.

REY.
¿Qué es lo que quieres?

JUSTICIA.
Que firmes de una muerte la sentencia.

REY.
Informa.

JUSTICIA.
Yo presumo que el suceso
te es muy notorio.

REY.
¿Cómo?

JUSTICIA.
Es el mancebo
que por dar libertad a aqueste monstruo
mató aquel hombre.

REY.
¿A muerte le condenan?

JUSTICIA.
No lo ha negado, y es atroz delito.

REY.
Muestra.

JUSTICIA.
Si quieres, puedes verlo escrito.

ROSAURA. Cielos, ¿aquesto sufrís?
Ojos, ¿aquesto miráis?
Brazos, ¿esto consentís?
Pues, Rey, ¿qué es lo que firmáis
¿Vos sabéis lo que escribís?
Pensaldo mejor aquí.
Noramala para vos,
aunque es toda para mí;
que una vida que da Dios
no se ha de quitar ansí.
Vos daréis oro y divisa
de honra al que queráis honrar;
vida no, porque eso es risa;
pues lo que no podéis dar
no lo quitéis tan aprisa.

REY. Monstruo, el serlo te disculpa,
y si esto sabes, advierte
que si delito le culpa,
Dios quiso que hubiese muerte
para castigar la culpa.
Yo firmo lo que es razón;
y el Rey, a la imitación
de Dios, da premio y castigo.

ROSAURA. Yo no sé leyes; mas digo (1)
que es injusta inclinación.
Siguiendo mi natural,
hallo que aquel enemigo
que dió la causa del mal
ése merece el castigo.

JUSTICIA. ¿Ley es ésa? ¿Hay cosa igual?
Lo mismo tiene el derecho;
¿por qué dice que le ha hecho
quien da la causa del daño?

ROSAURA. Siendo ansí, ¿no es claro engaño
pasar su inocente pecho?
Que si yo la causa di,
razón es matarme a mí. [muera!
¡Viva un hombre, un monstruo

FAUSTINA. (¡Toda me espanta y altera!)

TEODOSIA. (¿Qué he de hacer, triste de mí,
puesta en tanta confusión,
pues decir quién es no puedo?)

REY. Poned en ejecución
su muerte.

ROSAURA. No tengáis miedo.

REY. Asilde, echalde en prisión.

ROSAURA. ¿A mí, perros?

REY. ¡Tente, fiera!

JUSTICIA. Voy a hacerla ejecutar.

(*Vase el* JUSTICIA.)

ROSAURA. ¿Cómo ejecutar? Espera.
Primero me han de matar,
perros, que Felipe muera.

---

(1) En la edición de Madrid, "Yo no sé de leyes"; pero el verso es largo.

FAUSTINA. (¡Lástima me da notable!
¡Las entrañas me enternece!
REY. A mí también me entristece.)

(Vanse los REYES.*)*

TEODOSIA. (¿A qué punto miserable
el Cielo mi vida ofrece?)
¡Tente, Rosaura, por Dios!
ROSAURA. Mas ¿qué digo? ¿Quién sois vos?
¡Si me apretáis!...
CELIO. Lidio, llega.
LIDIO. ¿Que llegue?
TEODOSIA. (¡Que es tan ciega!)
CELIO. Lleguemos juntos los dos.
LIDIO. ¡Que se va!
TEODOSIA. Rosaura, espera.
ROSAURA. En librar mi bien me fundo.
CELIO. ¡Gente de Palacio!
ROSAURA. ¡Afuera!
CELIO. A recoger todo el mundo,
que se va suelta la fiera.

(Vanse, y éntre FELIPE, *preso, con* LAURO.*)*

LAURO.

Hijo, bien fuera en la prisión que vives
buscar algún remedio.

FELIPE.

Padre amado,
pésame de la pena que recibes,
porque del tuyo nace mi cuidado.
En lo demás, si agora te apercibes
para decir quién soy, no es acertado,
respeto del peligro de mi tierra,
si vive quien me ha dado tanta guerra.
En sabiendo en España aquel tirano,
que ansí quiero llamarle, aunque es mi abuelo,
o alguno que él ha puesto de su mano,
que vivo yo porque lo quiere el Cielo,
que ha de intentar segunda vez, es llano,
mi muerte por mil partes, con recelo
de que pueda cobrar lo que me debe.

LAURO.

A mí, Felipe, tu afición me mueve.
Veo el peligro y temo que suceda:
que es condición de amor temer el daño.
Que viene el mal, y el bien atrás se queda,
y en nuestra confianza está el engaño.

FELIPE.

Pues ¿qué han de hacer de mí?

LAURO.

No sé que pueda
ser menos que tu muerte el desengaño,
siendo un villano vil el que te pide.

(Entren un ESCRIBANO *y* ALCAIDE.*)*

ALCAIDE.

En esta parte que decís reside.

ESCRIBANO.

¿Sois vos Felipe, natural del Prado
de Miraflor?

FELIPE.

Yo soy.

ESCRIBANO.

Yo os notifico
que estáis, señor, a muerte sentenciado.

LAURO.

¿A muerte?

FELIPE.

Apelo, y ante el Rey suplico.

ESCRIBANO.

Si ya del mismo Rey viene firmado,
no hay qué apelar, ni a quién.

FELIPE.

Pues no replico.

LAURO.

¿Cómo que no? Yo voy al Rey, y creo
que no se cumplirá tan mal deseo.

FELIPE.

¿Padre, padre?

ALCAIDE.

¿Este viejo es padre vuestro?

FELIPE.

Sí, señor.

ALCAIDE.

¡Qué dolor!

ESCRIBANO.

¡Lástima extraña!

Dentro.

¡Guarda el fiero animal, guarda la fiera!
¡Guarda, que está en la cárcel!

ESCRIBANO.

¿Qué es aquéllo?

ALCAIDE.

Que el monstruo de Palacio se ha soltado,
y dicen que a la cárcel se ha venido.

ESCRIBANO.

¡Suceso extraño!

ALCAIDE.

¡Bien notable ha sido!

(*Entra* ROSAURA *con bastón.*)

ROSAURA. ¡Afuera digo, villanos!
ESCRIB. Yo no me atrevo a esperar.
ALCAIDE. Yo le pienso hacer atar
de los pies y de las manos.
ESCRIB. No podréis.
ALCAIDE. Cuando no pueda,
disparalle un arcabuz.
ROSAURA. ¿Es sueño o verdad, mi luz,
que tanto bien me conceda
mi fortuna, que te ven
los ojos de mi deseo?
FELIPE. ¿Y es posible que te veo
con los del cuerpo, mi bien?
ROSAURA. ¡Ay, Felipe; qué molestas
horas ausente he pasado!
FELIPE. ¡Ay, Rosaura; qué cuidado
en esta ausencia me cuestas!
ROSAURA. ¿Cómo, mis ojos, te ha ido
en esta obscura prisión?
FELIPE. Como sin ti, que éstas son
las desdichas que he tenido.
¿Y a ti por allá, sin mí,
en el Palacio real?
ROSAURA. Como quien es animal
el tiempo que está sin ti.
FELIPE. ¿Tú animal, si el sol que ofrece
tu vista los ojos calma?
ROSAURA. Pues la que vive sin alma
¿cuál otro nombre merece?
El tiempo que estoy sin ti
sin alma, Felipe, estoy;
si animal dicen que soy,
bien dicen: no hay alma en mí.
FELIPE. ¡Ay, Rosaura! No querría
engañarte y ofenderte.
Sentenciado estoy a muerte.
ROSAURA. Ya yo lo sé, prenda mia,
que por eso vengo ansí;
pero no tengas temor.
FELIPE. Después que te tengo amor,
Rosaura, hay temor en mí.
¿Qué has visto allá en el Palacio?
De sus grandezas me avisa.
ROSAURA. Vi pasar vidas aprisa,
siendo tan corto el espacio.
Vi Reyes, supremo oficio
de la justicia y gobierno.
Vi el Diluvio y el Infierno
y vi el Día del Juicio.
El Diluvio, en pretendientes
anegados y quejosos;
el Infierno, en ambiciosos
de lugares eminentes.
El Juicio, en la extrañeza
y multitud desigual,
como junta universal
de nuestra naturaleza.
Vi riquezas en tropel
con pequeño beneficio,
y vi allí con artificio
lo que en el campo sin él.
Lisonjas y adulaciones
muy válidas conocí,
y a las ceremonias vi
con un libro de invenciones.
Vi grandeza en las coronas,
y vi por una escalera,
que toda de vidrios era,
subir y bajar personas.
Vi dignidades y cargos,
a quien la envidia se atreve,
que para vida tan breve
me parecieron muy largos.
Vi unos hombres que decían
gracias sin habilidad,
y otros con ciencia y verdad,
que apenas entrar podían.
Al fin, con dolor profundo
dije a su máquina hermosa;
"Por cierto que es linda cosa,
a no haber muerte en el mundo."
FELIPE. No te llamara animal
quien eso, mi bien, te oyera.
Bien dicen que es vedriera
el ingenio natural,
por quien el alma divina
mira con más atención.
ROSAURA. Hoy saldrás de esta prisión.
FELIPE. Ansí el Rey lo determina;
pero dicen que a morir.
ROSAURA. Eso no, viviendo yo.

(*Un* CRIADO *con un arcabuz, y el* ALCAIDE *y otros con una cadena.*)

ALCAIDE. No le tires.
CRIADO. ¿Cómo no,
si se quiere resistir?
ALCAIDE. Date, salvaje, a prisión.
ROSAURA. ¿Estando Felipe preso,
necio, me preguntas eso?
Mal sabes tú mi afición.
Todo el mundo no bastara

si defenderme quisiera;
pero ¿quién se defendiera
donde a Felipe gozara?
Llega, ponme la cadena;
que si hoy se acaba mi historia,
no quiero yo mayor gloria
que parecerle en la pena.

CRIADO. (¡Vive Dios, que estoy temblando!)

ROSAURA. Acaba; no tengas miedo,
que con más prisiones quedo
adonde le estoy gozando.

CRIADO. Ya le puse la cadena.
(¡Bellísimo rostro tiene!)

ALCAIDE. Que os recojáis me conviene
mientras de los dos ordena
el Rey lo que se ha de hacer.

FELIPE. Mi bien, mucho me ha pesado
que este pesar te hayan dado.

ROSAURA. Yo lo tengo por placer,
aunque mil muertes me den.

FELIPE. Y yo por mayor vitoria,
que no hay pena en tanta gloria
ni mal entre tanto bien.

(*Vanse, y éntre* TEODOSIA.)

TEODOSIA.

Este mortal cuidado con que vivo
en el Palacio, donde fuí estimada,
me solicita a ver si el Cielo esquivo
tiene mi vida triste lastimada.
El Rey se muestra con mi hermana altivo;
ella se aflige ya, como culpada;
los criados murmuran mi inocencia,
y a los Cielos obliga mi paciencia.
Acércase mi padre; el Rey, turbado,
que le vea de paz por cartas trata;
el Príncipe de Escocia viene airado,
la muerte pide de mi hermana ingrata;
ya promete ruína el mal fundado
edificio que al viento se dilata;
yo, en forma de villano, escucho y veo
hasta que llegue el fin de mi deseo.
Faustina es ésta; aquí quiero esconderme,
que con el Almirante viene hablando.

(*Sale* FAUSTINA *y el* ALMIRANTE.)

FAUSTINA.

No repliques en tanta desventura
a cosa que te diga.

ALMIRANTE.

No te ciegues,
y des por remediar un mal en muchos.

FAUSTINA.

Ya sabes que te puse en el estado
que tienes, siendo un pobre caballero,
cuando por medio tuyo y por las cartas
que fingimos los dos del Rey de Escocia,
hice matar a mi inocente hermana.
El Rey, viendo que ya mi padre viene,
y que dice que yo culpada he sido,
y que sólo ha venido a castigarme
y volver por la honra de Teodosia,
que por pensar que fuese al Rey adúltera
ha guardado silencio tantos años,
o movido del Cielo y de la fuerza
que tiene la verdad, me mira airado.

ALMIRANTE.

Pues bien, ¿qué tienes contra el Rey pensado?

FAUSTINA.

Darle veneno y acabar con todo,
poniéndote en lugar del Rey, de suerte
que me defiendas de mi padre airado.

ALMIRANTE.

A tanto prometer, a tanta gloria,
a tanto levantarme a tu grandeza,
ríndanse mi lealtad y obligaciones.
Mas mira que se acerca el Rey.

FAUSTINA.

No importa;
hoy le daré veneno en la bebida
que le quiero brindar con unas rosas
que llevo en el tocado, porque aquéstas
del lado diestro están avenenadas
y en éstas del siniestro no hay engaño;
que esta lición es de Cleopatra bella.

ALMIRANTE.

No estamos bien aquí.

FAUSTINA.

Pues ven conmigo;
que en el jardín lo trataré contigo.

(*Vanse los dos.*)

TEODOSIA. ¿Hay ventura semejante
como haber querido el Cielo
que con aqueste recelo
que tuve del Almirante,
aquí me escondiese a oír
lo que los dos han tratado?

(*Entren el* REY *y el* EMBAJADOR DE ESPAÑA (1) *y* LAURO.)

LAURO. Sólo me hubiera obligado
verle a punto de morir.
REY. (¿El es? ¡Extraño suceso!
EMBAJAD. Mándale traer, señor.
LAURO. ¿Que vos sois, Embajador,
quien busca mi amado preso?
EMBAJAD. De España vengo, y si es él,
dichosa vejez la vuestra.
LAURO. La misma os sirve de muestra
de que en todo soy fiel.
Los vestidos que traía
y joyas tengo guardadas;
que ya mis canas honradas
temen el último día.
No hubiera humano interés
por que yo al Rey engañara.
REY. Vayan por él.
EMBAJAD. Cosa es clara
que es él.
LAURO. ¡Y cómo si es!
CELIO. Advierte que el animal
está en la cárcel.
REY. ¿Por qué?
CELIO. Porque oyó su muerte y fué
a libralle.
REY. ¿Hay cosa igual?
Juntos los traed aquí.
LAURO. Al pie de esa gran montaña
que la mar corona y baña
a caza, español, salí
una tarde, en el rigor
que mi nueva sangre ardía,
cuando vi el llanto que hacía
Felipe, vuestro señor.
Llegué, y bajéle de un alto
peñasco, al fin me contó
quién era, quién le dejó
de todo remedio falto.
Los nombres de aquellos hombres
Fulgencio y Arfindo son.
EMBAJAD. ¡Ay, padre! Tienes razón.
¿Qué más señas que sus nombres?
Dios quiere, por oraciones
de Lauro, darle este bien.

(*Entren* FELIPE, ROSAURA *y* CRIADOS.)

FELIPE. Tú serás Reina también.
ROSAURA. En gran tristeza me pones.
EMBAJAD. No es menester que me digas
quién es. Este es el retrato
del Conde. ¡Oh, señor, qué ingrato
fué el tiempo a tantas fatigas!
Con lágrimas de esos pies
pido las manos, señor.
FELIPE. ¿Quién eres?
EMBAJAD. Embajador
de vuestros padres.
REY. (El es
de presencia tan real
que obliga a crédito cierto.)
Dadme esos brazos.
FELIPE. No acierto
a tal bien en tanto mal.
Las manos, señor, os pido.
REY. Los brazos, Felipe, quiero.
ROSAURA. (¿Que éste es Conde y caballero?
Todo mi bien he perdido.)
REY. Venid, Felipe, que es justo
que el Embajador y vos
comáis conmigo.
FELIPE. Los dos
iremos a hacer tu gusto
y a recibir tanto honor.
ROSAURA. ¡Hola, Rey!
REY. Fiera cruel,
¿qué quieres?
ROSAURA. Comer con él.
REY. Volverle quiere el furor.
ROSAURA. ¡Hola, Felipe! No os vais,
ni me dejéis sola aquí.
FELIPE. Calla y espera.
ROSAURA. Eso sí,
ya como señor me habláis.
Pues ¡por vida de los dos!
que si la mesa arrebato,
que por la ventana, ingrato,
vuele con él y con vos.
REY. Atalda en este pilar;
larga un poco la cadena
por que no le cause pena.
ROSAURA. ¿Qué es atar?
CELIO. Déjate atar.

(*Vanse el* REY, *el* EMBAJADOR FELIPE *y* LAURO.)

ROSAURA. ¡Perros! Haré mil pedazos
la cadena y a vosotros.
No lo mandarán a otros.

(*Entra* TEODOSIA.)

TEODOSIA. Dales, Rosaura, los brazos;

(1) En la edición de Barcelona, "EMBAJADOR DE BARCELONA".

que como Felipe sea
quien dicen, serás su esposa.

ROSAURA. ¿Cómo?

TEODOSIA. ¿Es imposible cosa
que una Reina le posea?

ROSAURA. ¿Quién es Reina?

TEODOSIA. Deja atarte.

ROSAURA. Por vos, madre, me sujeto.

LIDIO. (O por miedo o por respeto,
ya queda en segura parte.)

(Átanla con una cadena larga a un pilar.)

TEODOSIA. Quédate, Rosaura, aquí
mientras voy a tu remedio.

ROSAURA. ¡Buena me dejáis, en medio
de tanto mal, ay de mí!

(Quédese sola, y pregúntese y respóndese.)

ROSAURA.

Alma cubierta de esta vil corteza,
¿sientes por dicha?—¿Ya no ves que siento?
—¿Entiendes bien?—En el entendimiento
parezco celestial naturaleza.
—¿Tienes tú voluntad?—¿En la belleza
que adoro no lo ves y en mi tormento?
—¿Y memoria?—También, que en un momento
soy siempre volador en la presteza.
—Pues si quieres, entiendes y te acuerdas,
quieres con voluntad lo que has buscado
con el entendimiento y la memoria,
no pierdas la razón, por que no pierdas
las tres potencias con que Dios te ha dado
saber qué es bien y mal, qué es pena y gloria.

(Dos o tres PAJES *con un plato de manjar blanco y* PABLOS, *truhán.)*

CELIO. No lo llevo para ti,
bestia, que es para la fiera.

PABLOS. ¿Y yo no me la comiera,
ya que tan bestia nací?
Dádmelo ¡por vuestra vida!

LIDIO. No se lo des, que es mejor
que nos cobre y tenga amor
trayéndole la comida.
¿Quieres aquesto, Animal?

PABLOS. Diga que no, sino a mí;
que a fe que guisarlo vi
y que no le echaron sal.
Mire que es el manjar blanco
dañoso a la dentadura.

CELIO. Sospecho que te la jura.

PABLOS. Pues daréla con un banco.

ROSAURA. ¡No estuviera desatada!

CELIO. Tome, tome, y no haga mal.

PABLOS. No lo comáis, Animal,
que os daré una bofetada.

ROSAURA. ¡Ah, perros! ¡Que no estuviera
suelta!

PABLOS. Pues soltaos aquí.
Quizá el Diablo...

ROSAURA. ¡Perro! ¿A mí
que soy hasta el alma fiera?

PABLOS. Soltaos, y apostad conmigo
las pellas a tres caídas.

ROSAURA. No como cosas traídas
de mi mortal enemigo.

PABLOS. Pues ¿qué come?

ROSAURA. Pies y manos.

PABLOS. Y vientres también ¡por Dios!
que parecemos los dos
en comer vientres hermanos.

LIDIO. (Allega tú por detrás,
y arrempújale.

CELIO. Sí haré.)

(Rempújale y cae donde le coge ROSAURA.*)*

PABLOS. ¡Ay, ay!

CELIO. (¡Oh, qué bien le eché!)

ROSAURA. Aquí me lo pagarás.

(Estándole pegando entra TEODOSIA.*)*

TEODOSIA. Deja, Rosaura querida,
en ocasión como ésta
las burlas.

PABLOS. ¡Ay, que me ha muerto!

TEODOSIA. Huye, villano, y no temas.

PABLOS. ¡Ah, borracha, borrachona!

ROSAURA. Pues, madre, ¿qué me aconseja
en semejante desdicha?

TEODOSIA. Toda la mesa se altera
porque le han dado una carta
al mismo Rey en la mesa,
que decía que Faustina,
esa que llaman la Reina,
le quería dar veneno
en unas rosas, y quedan
haciendo con un lebrel
y las rosas experiencias
en un plato o fuente grande
llena de agua pura y fresca,
donde han echado las rosas.

ROSAURA. Pues, Teodosia, ¿qué remedia
mi desventura el delito
de esa mujer?

TEODOSIA. Oye, espera.

Cajas suenan. El Rey viene.
Tu bien, Rosaura, comienza.

ROSAURA. ¿Cajas y rosas a mí?
¿Cómo puede ser que sean,
sin Felipe, de importancia?

(*Salen el* REY DE INGALATERRA, *y* PRÍNCIPE DE ESCOCIA *y* SOLDADOS.)

R. DE ING. Yo puedo entrar sin licencia.

PRÍNCIPE. Reporta, señor, la ira
hasta que la culpa sepas.

R. DE ING. Si fuere de Primislao,
no ha de quedar una almena
en toda su tierra libre.

(*El* REY PRIMISLAO, FAUSTINA, FELIPE, EMBAJADOR, LAURO *y todos.*)

REY. Señor, ¿qué venida es ésta?
¿No te dije que sin armas
tomases puerto en mi tierra?
¿Que yo no te resistía
las ciudades ni las fuerzas,
que te batiese estandarte
toda nave y fortaleza
en la tierra y la mar?

R. DE ING. No tengo de ti la queja,
sino de esta ingrata hija.

REY. Tan ingrata, que quisiera
que no hubiera sido tuya.
Pero a tiempo, señor, llegas,
que ha echado el sello y vencido
las romanas y las griegas,
de quien se escriben traiciones,
de quien maldades se cuentan.
Sabiendo que tú venías,
hoy, que tenía a mi mesa
a Felipe de Moncada,
hijo de Laura la bella
Condesa de Barcelona,
que se ha criado en las selvas
de estos montes desde niño,
quiso, como ingrata y fiera,
darme veneno y casarse
con Rugerio de Liberia,
gran Almirante de Hungría.
Hice al veneno la prueba,
y hallé ser todo verdad.

R. DE ING. En tan extrañas quimeras,
en desventuras tan grandes,
¿qué medio hallarán mis penas?
¡Traidora! ¿Por qué mataste
la santidad, la inocencia
de aquel ángel? No respondas,
no me incite la respuesta
a que te quite la vida.

FELIPE. Señor, tu mucha prudencia
lleve el golpe de fortuna
como de mujer y ciega,
considerando en su hija
casi la misma experiencia.
Laura, mi madre, que ya
a mi muerto abuelo hereda,
hizo un yerro por amor,
que lo que sabes me cuesta.
Este ejemplo y otros muchos
te consuelen, por que creas
que siempre en las torres altas
hiere el rayo con más fuerza.

R. DE ING. ¿Estás bien desengañado,
que el de Escocia libre queda
del testimonio?

REINA. (1) (Ya estoy
llorando lágrimas tiernas
por mi difunta Teodosia.)

R. DE ING. Encierra luego esta fiera;
que para que tengas hijos
que en el reino te sucedan,
te da su hermana Eduardo.

TEODOSIA. Dadme, señores, licencia,
aunque pobre labrador,
para que deciros pueda
que si es por la sucesión
que el rey Primislao espera,
no es bien hecho que se case,
pues la tiene en su presencia.

REY. ¿Yo? ¿Qué dices?

TEODOSIO. Tú, señor.

REY. Pues ¿quién es?

TEODOSIA. Aquesta fiera,
llamada Animal de Hungría,
que atáis en esta cadena.
Esta es aquella criatura
que Faustina, entre la hierba,
parió aquel mísero día.

REY. Esa es notable quimera
que tú, villano ambicioso,
de algún interés inventas.

FELIPE. Oídle, señor, que creo
que será verdad muy cierta,
porque la quiero y la adoro
desde que la vi en las selvas.

---

(1) Así en ambas ediciones; pero claro es que se refiere a FAUSTINA.

Tiene raro entendimiento,
tiene no vista belleza,
y es vuestro mismo traslado.

R. DE ING. Aunque lo que dices sea,
para dar un reino a un monstruo,
ha de haber mayores señas.
Den tormento a este villano.

TEODOSIA. ¡Hartos me han dado las penas
de tantos años!

REY. Bien dices.—
¿Hola? Algún tormento venga.

TEODOSIA. Si dijese algún testigo
de vista, que es cosa cierta,
¿daréisle fe?

R. DE ING. No hay ninguno
que de tanta fuerza sea,
y no lo pienso creer,
ni pienso que lo creyera
quien tuviera entendimiento.

REY. Si en ocasión como aquésta
yo viera resucitar
la reina Teodosia muerta,
y que ella propia a mí mismo,
y en vuestra misma presencia,
me dijera que es mi hija,
no pienso que lo creyera.

TEODOSIA. Pues yo, señor, soy Teodosia.

REY. ¿Quién?

R. DE ING. ¿Cómo?

TEODOSIA. Yo soy la Reina,
que en ese monte he vivido
en forma y traje de fiera.
Yo le tomé la criatura.

REY. Déjame, Teodosia, deja
ver tu rostro. Ella es sin duda.

R. DE ING. ¡Hija!

REY. ¡Esposa!

TEODOSIA. Nadie crea
que ha de llegar a mis brazos
sin dos cosas: la primera,
dar a Felipe Rosaura,
pues él a España la lleva,
y perdonar a Faustina
como en Religión se meta.

REY. Yo doy mi hija a Felipe.

FELIPE. Y yo, mi adorada fiera,
te quiero hacer de mis brazos
otra más fuerte cadena.

R. DE ING. Yo doy perdón a Faustina.

FELIPE. Y el autor, senado, os ruega
se le deis de sus errores,
pues que serviros profesa.
Verdades habéis oído
hasta el fin de la comedia
del gran *Animal de Hungría,*
que las historias celebran.

FIN DE LA COMEDIA DEL

Animal de Hungría,

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

COMEDIA FAMOSA

DEL

ARGEL FINGIDO Y RENEGADO DE AMOR

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Rosardo.
Flérida.
Aureliano.
Leonido.
Manfredo.
Flavia.
Olimpo.
Mauricio.
Celio.
Livio.
[Minero.
Tambor.
Mozos.
Músicos.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* Rosardo *y* Flérida.)

Rosardo. ¿Es posible?
Flérida. No te canses.
Rosardo. ¿Hay tal dicha?
Flérida. Esto es justo.
Rosardo. Ciega estás.
Flérida. Sigo mi gusto.
Rosardo. ¿Qué pretendes?
Flérida. Que descanses.
Rosardo. ¿Cómo, si me matas?
Flérida. ¿Yo?
Rosardo. Tú, pues.
Flérida. Huye tú de mí.
Rosardo. ¿Que asi me aborreces?
Flérida. Sí.
Rosardo. ¿Y que no hay remedio?
Flérida. No.
Rosardo. Mira mi amor.
Flérida. ¿Cómo puedo?
Rosardo. Siendo piadosa.
Flérida. Ya es tarde.
Rosardo. Tú me querrás.
Flérida. ¡Dios me guarde!
Rosardo. Voime a morir.
Flérida. Buena quedo.
Rosardo. Tú llorarás.
Flérida. Ya, de ira.
Rosardo. Darás cuenta a Dios.
Flérida. ¿De qué?
Rosardo. De mi muerte.
Flérida. ¡Yo! ¿Por qué?
Rosardo. Porque eres causa.
Flérida. Es mentira.
Rosardo. ¿No me aborreces?
Flérida. Verdad.
Rosardo. Esa es mi muerte.
Flérida. Es mi vida.
Rosardo. Quiéreme tú.
Flérida. Estoy perdida.
Rosardo. ¿De qué?
Flérida. De la voluntad.
Rosardo. ¿Tenella es perdella?
Flérida. Sí.
Rosardo. Al fin ¿quieres bien?
Flérida. Muy bien.
Rosardo. ¿Correspóndete?
Flérida. También.
Rosardo. Más hayo yo.
Flérida. ¿Cómo así?
Rosardo. Amo olvidado.
Flérida. Es locura.
Rosardo. Amor me engaña.
Flérida. Engañalle.
Rosardo. ¿Cómo?
Flérida. Buscando otro talle.
Rosardo. ¿Adónde?
Flérida. En otra hermosura.
Rosardo. No la hay como tú.
Flérida. Sí habría.
Rosardo. Ya la busqué.
Flérida. Hiciste poco.
Rosardo. Mas loco estoy.
Flérida. Eres loco.
Rosardo. No la puedo amar.
Flérida. Porfía.
Rosardo. Más me amartelo.
Flérida. ¿De quién?
Rosardo. De ti.
Flérida. Pues ¿con desengaños?
Rosardo. Esos amo.
Flérida. Amas tus daños.

ROSARDO. Daños quiero.
FLÉRIDA. Quieres bien.
ROSARDO. ¿Qué haré?
FLÉRIDA. Tener sufrimiento.
ROSARDO. ¿No hay remedio?
FLÉRIDA. Con ausencia.
ROSARDO. ¡Cruda sentencia!
FLÉRIDA. ¡Paciencia!
ROSARDO. ¿Qué me dices?
FLÉRIDA. Lo que siento.
ROSARDO. ¿Que a otro quieres?
FLÉRIDA. A otro adoro.
ROSARDO. Dime quién es.
FLÉRIDA. Es mal hecho.
ROSARDO. ¿Está aquí?
FLÉRIDA. Dentro en mi pecho.
ROSARDO. ¡Gran amor!
FLÉRIDA. Suspiro y lloro.
ROSARDO. ¿Estímate?
FLÉRIDA. Es muy prudente.
ROSARDO. ¿Está ausente?
FLÉRIDA. Sí, Rosardo.
ROSARDO. ¿Cuándo viene?
FLÉRIDA. Hoy le aguardo.
ROSARDO. ¡Voy a matarle!
FLÉRIDA. ¡Detente!
ROSARDO. Saldré al camino.
FLÉRIDA. No harás.
ROSARDO. Mal pregunté.
FLÉRIDA. Tú lo quieres.
ROSARDO. ¡Qué libres!
FLÉRIDA. Somos mujeres.
ROSARDO. Sois nuestra muerte.
FLÉRIDA. Y aún más.
ROSARDO. Diréla a tu hermano.
FLÉRIDA. Dilo.
ROSARDO. Haré matarte.
FLÉRIDA. Aquí estoy.
ROSARDO. ¿Eres furia?
FLÉRIDA. Mujer soy.
ROSARDO. Mal hablas.
FLÉRIDA. Este es mi estilo.
ROSARDO. ¿Sin miedo estás?
FLÉRIDA. ¿Eso dudas?
ROSARDO. Voy a morir.
FLÉRIDA. Tarde es luego.
ROSARDO. ¡Ahorcaréme!
FLÉRIDA. Estás ciego.
ROSARDO. ¡Ay, Infierno!
FLÉRIDA. ¡Ahórcate, Judas!

(Vanse, y salen AURELIANO *y* LEONIDO.)

AUREL. Al fin, ¿que os habéis holgado?
LEONIDO. Ha sido Valencia un cielo
de sol y luna adornado,
que el Rey y la Reina al suelo
dan luz más que ellos le han dado.
Y no faltaron estrellas,
porque tantas damas bellas
volvieron la noche día.
AUREL. ¡Qué gran cortedad la mía,
Leonido, dejar de vellas!
LEONIDO. ¡Oh! Sois vos muy tierno amante.
AUREL. Verdad; que por no dejar
en tiempo tan importante
el sol que me ha de alumbrar,
dejé fiesta semejante,
y dejara si otra fuera
mayor.
LEONIDO. Ni la habrá, ni espera
España verla mayor.
AUREL. ¡Qué ciego me tiene Amor
por conquistar una fiera!
LEONIDO. ¿Cómo os va?
AUREL. Que me aborrece
hasta la muerte.
LEONIDO. Mal caso,
si ama.
AUREL. A quien la merece.
LEONIDO. ¿Que ama, en fin?
AUREL. ¡Mil celos paso!
¡Mil desventuras me ofrece!
LEONIDO. Yo no sé a quién vos amáis,
ni menos por quién os deja;
mas sé que con causa estáis
de ella y de él con justa queja.
AUREL. Leonido, engañado estáis,
que ella es cielo soberano
de hermosura, y él ¡por Dios!
cuanto cabe en hombre humano.
LEONIDO. Y ¿quién tiene igual con vos?
AUREL. ¿Quién, Leonido?: vuestro hermano.
LEONIDO. ¿Que mi hermano es preferido,
Aureliano, donde amáis?
AUREL. ¿Paréceos que justo ha sido?
LEONIDO. ¡Cómo! ¿Que por él pasáis
tantos celos, tanto olvido?
¡Vive Dios, de dalle muerte!
AUREL. No le tratéis de esa suerte,
a quien Flavia tiene amor,
que es recio competidor,
más que los diamantes fuerte.
LEONIDO. ¡Que mi hermanillo os da pena
y que Flavia sea tan loca!

AUREL. Cualquier cosa que ella ordena,
puesto que mi vida es poca,
la tiene el alma por buena.
Y pues satisfecho estáis,
si acaso no os disgustáis,
sin hacer más competencia,
de las bodas de Valencia (1)
os pido que me digáis.

LEONIDO. Quisiera satisfaceros
primero de mi afición,
que mi hermano ha de ofenderos.

AUREL. Yo sé vuestro corazón,
y vuestros nobles aceros.
No tenéis que le decir.

LEONIDO. Yo le pienso persuadir
de suerte que el campo os deje.

AUREL. Haréis que Flavia se queje,
y haráme Flavia morir.
Y pues ha llegado a cuento,
haced lo que os he pedido.

LEONIDO. Aunque es para historia el cuento,
será en breve referido.

AUREL. Ya os escucho.

LEONIDO. Estadme atento.
La divina Margarita,
señora de España y nuestra,
desde el antiguo Sagunto
partió a la insigne Valencia.
En San Miguel de los Reyes,
a seis tiros de ballesta,
se aposentó aquella noche,
cifrando en él su grandeza.
Allí el ángel de los Cielos
dió aposento al de la tierra,
y a la gran Reina los reyes
de antigua y clara nobleza.
Salió el padre de Faetón
más de mañana por vella,
a la fama que tenía
más que su sol rubias hebras.
Por el portal de Serranos
el concurso a entrar comienza
de su gran caballería,
en que se pierde la cuenta;
porque decirte, Aureliano,
nombres, colores, libreas,
es como en serena noche
querer contar las estrellas;
las huertas de Babilonia,
las que en libros se celebran,
o del famoso Aranjuez,
que ha competido con ellas,
que en su variedad de flores
no ha visto más diferencia
cuando vierte por abril
su alegre copia Amaltea.
Ya no se precian los ojos
de mirar sedas ni telas,
que ya les parece poco;
menos quiero plata o perlas.
¡Qué lozanos los caballos,
con las gualdrapas soberbias,
ponen la mano en la cincha
y con los bocados juegan!
Parece el dueño gentil
entre los pajes, que llevan
árbol florido entre plantas
de jazmín y rosas frescas.
Quitan diamantes la vista,
las plumas al aire vuelan,
que a los ingenios espantan,
colores el alma alegran.
El murmurar de la gente
parece viento en las selvas,
entre aquel silencio grande,
el rumor de las abejas.
Vienen los primeros dos
del Conde de Lemos, que eran
don Francisco y don Fernando
de Castro, gloria y nobleza.
A Carlos, Duque de Turcis,
hijo del famoso Andrea,
y a don Diego Mercader,
como el sol que su luz muestra.
Don Fernando de Toledo
y don Mendo (1) de Ledesma,
el Conde de Belarmón
y el Príncipe de Manfelta. (2)
Don Altamos con el Conde
de Juste, gallardos llegan,
y don Gaspar Mercader,
bizarro en todas empresas.
Galán don Diego Pacheco,
mueve los ojos y lengua;
luego el Conde de Paredes
y don Alonso Lucena,
don Enrique de Gastón

(1) Son las de Felipe III con Margarita de Austria, celebradas en Valencia en 1599, y a las cuales asistió Lope de Vega. De entonces será la composición de esta comedia.

(1) En ambos textos, "Mando".
(2) Debe decir "Molfeta".

con el Marqués de Corella,
don Luis de Calatayud
con el Vizconde de Güelva.
Aquí la música vino
bien adornada y compuesta.
El Alférez de Madrid
vi luego venir tras ella,
a don Carlos de Arellano,
a Laso, señor de Cuerva;
a don Diego de Santoyo,
a don Pedro de Fonseca,
a don Fadrique de Palafros (1)
y el señor de Igares entra;
don Martín Alfonso, noble
que tras sí los ojos lleva:
el Conde de Ifar y el Conde
de Fuentes, Marte en la guerra;
don Francisco de Velasco,
el de Coca y Salvatierra,
don Antonio de Toledo,
don Jerónimo Viruela: (2)
de morado el de Ladrada,
y el color que desespera:
Perales, Gonzaga y Lelio,
éste en Malta es el que enseña;
don Luis Alfonso y Ruy Gómez,
don Francisco de Ribera,
don Fortuno de Madiezgo,
el de Arica, Blaga y Berga,
el de Lemos, visorrey,
digno en Nápoles cabeza;
el gran Conde de Miranda,
que hoy a Castilla gobierna;
los Duques Cardona y Nájara,
el de Alburquerque y la Cueva, (3)
don Rodrigo de Meneses,
don Alonso de Fonseca,
el de Córdoba y Fernández,
de la gran casa de César;
don Enrique de Mendoza,
luego don Sancho de Leiva,
don Juan, don Alonso Idiáquez,
Conde de Orgaz, y el de Belda,
el de Altamira y Coruña,
el de Morata, el de Lerma,
y luego, tras estos dos,
el Marqués de la Povera,
Treviño y Gibraleón,

(1) Así en ambos textos.
(2) Así en ambos.
(3) En ambos, "las Cuevas".

Navas por Avila a Celsa, (1)
el de Cerralbo, y el Duque
de Pastrana, y su belleza.
Con don Juan de Sandoval,
que es hermano del de Denia,
don Felipe de Cardona,
el que a Guadalete hereda,
el Marqués de Montes Claros,
el de Laguna y Cerdeña,
con el Bailio general
el de Canuza y Baltera.
El Conde de Casarrubios
con don Juan de Sanoguera,
el Conde de Villa Alonso,
don Pedro de Castro, Esteban
de Ibarra, Conde de Oñate,
el de Saldaña y su tierra,
el Marqués de San Germán,
rayo en la guerra francesa.
Don Luis Ferrer, don Fernando
de Zúñiga.

AUREL. Bien lo cuenta.

LEONIDO. Don Baltasar, don Francisco
de Valdés.

AUREL. Memoria eterna.

LEONIDO. Don Enrique de Guzmán,
de admirable gentileza.
Los de Tarsis, padre e hijo,
de negro y pardo le muestran.
Con don Martín de Alagón,
de airosa y gentil presencia,
Gutiérrez, López, Padilla, (2)
a que las juzguen entrega.
Sus galas Italia y Francia
ha puesto en su competencia.
Por no cansarte, Aureliano,
no te digo lo que resta,
porque es proceso infinito,
y aquí la música llega.
De sus ropas coloradas
vistió la ciudad trompetas,
chirimías y atabales.

AUREL. Si te cansa, aquí lo deja.

LEONIDO. Prosigo, que ocho oficiales
vinieron con ropas nuevas.
Las trompetas y clarines
del Rey tras aquesto llegan,
de amarillo y colorado.

(1) Así en ambos.
(2) Así en ambos. Quizá sea Gutierre López Padilla.

AUREL. Pues las otras ¿de quién eran?
LEONIDO. De la Reina eran las otras.
AUREL. Prosigue.
LEONIDO. Luego se muestra
el Capitán con la guarda,
con ropa y blanca librea.
Luego los cuatro maceros
con sus mazas, y tras éstos
otros cuatro reyes de armas
con sus hachas.
AUREL. ¡Grande fiesta!
LEONIDO. El Justicia con su ropa.
AUREL. ¿Qué color?
LEONIDO. De nácar.
AUREL. ¡Buena!
LEONIDO. Brocado blanco los forros.
AUREL. ¿Y luego?
LEONIDO. Los Grandes llegan
con el Príncipe de Orange,
los Médicis de Florencia,
don Pedro y don Juan Fernández.
AUREL. ¡Qué libreas!
LEONIDO. ¡Qué soberbias!
Tras el Duque de Gandía
vino el Príncipe de Melfa,
de Coria, el Marqués de Turcis,
el Duque de Alba, el de Feria.
Luego, debajo de un palio,
la majestad de la Reina,
con un blanco palafrén,
con una gualdrapa negra.
De oro era el sillón
y ocho del diestro le llevan
jurados, y regidores
el palio.
AUREL. ¡Grandeza inmensa!
LEONIDO. El vestido a la española,
de tela de primavera,
encarnada, verde y blanca,
con unas Indias de perlas.
Su serenísima madre,
la señora Archiduquesa,
con el archiduque Alberto
se siguieron detrás de ella.
La Camarera mayor,
que es de Gandía Duquesa,
tras ella entró, y doce damas
en palafrenes tras ella
de dos en dos se mostraron
con nunca vista belleza,
compitiendo en hermosura
castellanas y tudescas.
Los casamientos, los arcos,
las justas, torneos y fiestas,
saraos, colaciones, luces,
no piden que los refiera.
Guárdelos Dios muchos años,
para que España los vea
en próspera sucesión,
salud, vida y paz eterna.
AUREL. Como el sermón acabaste,
muy cansado quedarás.
LEONIDO. Tú, porque le oíste, más.
AUREL. Y tú, porque tanto hablaste.
LEONIDO. Mi hermano viene.
AUREL. Perdona;
que no le tengo de hablar.
LEONIDO. ¿Quiéresme en casa aguardar?
AUREL. Tuya es la casa y persona.

(*Vase* AURELIANO *y sale* MANFREDO.)

MANFR. Seas, hermano, bien venido.
Mil veces enhorabuena.
LEONIDO. ¿Tú, Manfredo, a darme pena?
Otras tantas mal venido.
MANFR. ¿Eso me traes de Valencia?
Pudieras quedarte allá.
LEONIDO. Y ¿qué bien he hallado acá
de tu parte y de tu ausencia?
MANFR. ¿Ya querrás vengar en mi
tus viejas melancolías?
LEONIDO. No es eso.
MANFR. Pues ¿qué?
LEONIDO. ¿Sabías
que amaba a Flérida?
MANFR. Sí.
LEONIDO. ¿También sabrás que Aureliano
era su hermano?
MANFR. También.
LEONIDO. ¿Y que a Flavia quiere bien?
MANFR. Como tú a su hermana, hermano.
LEONIDO. Pues ¿por qué has dado en servir
a la dama de mi amigo?
MANFR. ¿Hablas de veras conmigo?
LEONIDO. ¿Cuándo suelo yo fingir?
MANFR. Si yo a Flérida sirviera,
siendo dama de mi hermano,
era tu ofensa, y en vano
disculparme pretendiera.
Mas que si un hermano tiene
y éste también tiene dama,
ya se sabe por la fama
que en servillos se entretiene,
¿no la puedo yo servir?

¡Es un extraño rigor!
LEONIDO. Que no es lícito el amor
no es lo que quiero decir;
mas que si tú procurabas
ser de Aureliano enemigo,
le enemistabas conmigo
y su afición me quitabas;
porque siendo yo tu hermano
y tú su competidor,
de nuestro pasado amor
deja la esperanza en vano.
Y así te has de resolver,
Manfredo, en dejar a Flavia,
pues es con lo que se agravia
un hombre que he menester.
Más no me hables ni veas.
MANFR. Bien has mostrado, Leonido,
el amor que me has tenido
y lo que mi bien deseas.
¡Oh, qué justo galardón
de lo que en tu ausencia he hecho!
LEONIDO. ¿Tú, en mi ausencia?
MANFR. Yo.
LEONIDO. (Sospecho
que ha habido alguna traición.)
Di, hermano, así Dios te guarde,
y basta este dulce nombre:
¿Qué has hecho?
MANFR. He espantado a un hombre
del puesto mañana y tarde.
Y algunas noches sin él,
a otros cuatro camaradas
dalles muchas cuchilladas,
que esto lo sabe un broquel
que tú estimas; y si adviertes,
le verás todo pasado,
y de golpes que le han dado
deshechos los cercos fuertes.
Y ésta que traigo ceñida,
llena de una y otra mella,
defendiéndome con ella,
hasta el recazo teñida.
LEONIDO. (¡Válgame Dios! ¿Que eso pasa?
¿Hombres Flérida entretiene,
y hombre que la honra y viene
de noche armado a su casa?
¿Hombre Flérida? ¡Paciencia!
Bien dicen, verdad ha sido,
que son mudanza y olvido
las condiciones de ausencia.
¡Ausencia! crisol que aprueba
la fe quien su fuego apura.)
MANFR. Quien así tu bien procura
mira el galardón que lleva.
LEONIDO. ¡Oh, hermano y todo mi bien!,
sirve a Flavia, y de Aureliano
no cures; tú eres mi hermano,
mi vida y sangre también.
Voy a ver aquella fiera
que en mi vida veré más.
MANFR. Aguarda un poco, que vas
muy libre de esa manera.
LEONIDO. Entre Celio y quitaráme
las botas y espuelas.
MANFR. Entra.
LEONIDO. Quien celos viniendo encuentra,
¡oh, ausencia! infierno te llame.
Pero espero, hermano mío,
que, celoso de mi fuerza,
lo principal de mi injuria
cegaba mi desvarío.
¿Quién es, Manfredo, el gallardo
que todo mi bien me quita?
MANFR. Rosardo la solicita.
LEONIDO. ¿Rosardo?
MANFR. El mesmo.
LEONIDO. ¿Rosardo?
¡Ah, Cielo, qué mucho fué!
¡Ah, riqueza, y cuánto puedes!
Cubres de oro las paredes,
yo de una desnuda fe.
Por mi casa trepa Amor
cual hiedra, y tan verde asiste;
la suya de tela viste,
mas no de sangre mejor.
¡Ah, Flérida! ¿El interés
te ha cegado?
MANFR. ¿Qué no pudo?
LEONIDO. ¡Pobre Amor!
MANFR. Está desnudo
de la cabeza a los pies:
sujeto a vaya y a motes.
LEONIDO. Y a la inclemencia del Cielo,
al frío, al calor y al hielo,
y a la infamia.
MANFR. Y aun [a] azotes.
LEONIDO. ¡Ven, hermano, que estoy loco!
MANFR. Enternecido te escucho.
LEONIDO. ¡Ah, Manfredo, quiero mucho
y correspóndenme poco!

(Vanse, y salen FLÉRIDA *y* FLAVIA.*)*

FLÉRIDA. Entra y siéntate.
FLAVIA. No puedo.

FLÉRIDA. ¿Tan de prisa?
FLAVIA. Voy perdida.
FLÉRIDA. Detente.
FLAVIA. No ¡por tu vida!
que tengo recelo y miedo.
FLÉRIDA. ¿Así pasas por mi casa?
Rigurosa en todo eres.
FLAVIA. Con hombres, que con mujeres
no he sido en mi vida escasa.
FLÉRIDA. Si no te viera pasar,
yo te digo que no entraras.
FLAVIA. Pues si tú no me llamaras,
yo no me atreviera a entrar.
FLÉRIDA. Quítate, si quies, el manto
de encima de la cabeza.
FLAVIA. No, no; suelta.
FLÉRIDA. ¡Qué belleza!
¡Bendígate el Cielo santo!
¿Con qué le enrizas?
FLAVIA. El pelo
me corta el hierro, y así
siempre huye el fuego de mí,
que debo de ser de hielo.
FLÉRIDA. ¿Entrénzasle? (1)
FLAVIA. Sí.
FLÉRIDA. Bien haces,
aunque no sale tan bien.
FLAVIA. Sí, como una noche estén.
[FLÉR.] Mejor es que el pelo enlaces
con aquestos alfileres
que usan en la corte agora.
FLAVIA. Por detenerme, señora,
echarme esos lazos quieres.
FLÉRIDA. No, sino que tu hermosura
me entretiene de esta suerte,
que huelgo de hablarte y verte.
FLAVIA. Mejor Dios me dé ventura.
FLÉRIDA. Unas flores te he de dar
que de Italia me han traído.
FLAVIA. La de haberme entretenido
habrá de salirme azahar.
FLÉRIDA. Pues ¿tienes a quien le pese
que vengas aquí?
FLAVIA. Un hermano,
que es extraño.
FLÉRIDA. ¿Y Aureliano
se teme...
FLAVIA. ¡Ah, si él lo supiese!
FLÉRIDA. Que Manfredo es tu galán?

(1) En ambos textos dice: "¿En trenzas?"; pero el verso es corto.

FLAVIA. Pues ¿lo sabes?
FLÉRIDA. Yo, no.
FLAVIA. Ese pienso estimar yo;
los demás se cansarán.
FLÉRIDA. Quiero de suerte a Leonido,
que el ser Manfredo su hermano
me ha de obligar que Aureliano
ponga a tu desdén olvido.
Detenerte pretendía
por que él te gozase y hiciese;
mas ya, aunque morir le viese,
ningún bien te pediría.
FLAVIA. ¿Qué quieres con tanta fe?
FLÉRIDA. Estoy perdida de amor.

(*Salen* MANFREDO *y* LEONIDO.)

LEONIDO. Entra, que todo es furor.
MANFR. En sus efetos se ve.
(¡Ay, Dios!
LEONIDO. ¿Qué?
MANFR. Flavia está aquí.
LEONIDO. ¡Flavia! Pues ¿cómo?
MANFR. Su hermano.
Sin duda quiere a Aureliano
y ya me aborrece a mí.
LEONIDO. ¿Aureliano viene a ver?
¡Buenos estamos los dos!
No hay confianza ¡por Dios!
que esté segura en mujer.
MANFR. Tú venías a reñir
y yo venía a escuchar;
ya puedo yo solo hablar
y tú me podrás oír.
¡Flavia en casa de Aureliano!
¡Vengarme tengo, por Dios!)
FLÉRIDA. (Oye, ¿quién son estos dos,
Flavia?
FLAVIA. Leonido y su hermano.)
FLÉRIDA. ¡Bien mío!
LEONIDO. ¡Guárdate allá,
mudable, falsa, perjura!
FLÉRIDA. ¿Cómo es eso? ¿Qué locura
atrevimiento te da?
LEONIDO. La locura fué el querer
una mujer que ha querido
a quien ya puso en olvido.
Mas ¿qué mucho? Era mujer.
FLÉRIDA. ¿Quién como yo te ha esperado
con tanto amor, señor mío?
LEONIDO. ¡Desvía!
FLÉRIDA. Injusto desvío.
¿Qué es esto? ¿Quién te ha mudado?

FLAVIA. Y tú, ¿cómo enmudeciste?
¿Qué es lo que tienes, Manfredo?
¿Traes otro igual enredo?
¿Qué miras? ¿De qué estás triste?

MANFR. ¿Que no es causa, te parece,
estar aquí?

FLAVIA. Bien estoy.
Escucha, que el ser quien soy
algún crédito merece.

FLÉRIDA. ¿Yo un hombre?

LEONIDO. Tú un hombre, pues.

FLÉRIDA. ¿Yo en tu ausencia?

LEONIDO. Tú, enemiga.

FLÉRIDA. ¿Quieres, Leonido, que diga
esta libertad lo que es?

LEONIDO. ¿Qué puedes decir?

FLÉRIDA. Escucha.

LEONIDO. Prosigue.

FLÉRIDA. Tú hiciste ausencia
de estas islas a Valencia,
poca a ti y a mi amor mucha.
Con la gala y bizarría
de Corte y de forastero,
y quizá con el dinero
que de refresco venía,
picaste en algún sujeto
que te pareció divino,
porque un hombre de camino
nunca es casto ni discreto.
Daríate ella a entender
que era dama del sarao:
habría coche en el Grao,
por ventura, de alquiler.
Y tú, muy devoto y bobo,
adorando calle y teja,
porque dicen que la oveja
más simple ésa engaña al lobo.
Daríate alguna llave
de puerta falsa o jardín,
y encareciéndote al fin
fingiendo una madre grave.
Tú, quitados los zapatos
por no despertarla, irías
descalzo a estas romerías
con mil honestos recatos.
Volviendo, pues, a la puerta
cerrarías quedo y mal,
estando la principal
a mil pícaros abierta.
Y cuando ya entre sus brazos,
enseñados a mil gentes,
y en los tuyos inocentes
trabases diversos lazos,
con una cierta blandura
dirías: "¿Posible ha sido,
mi señora, que Leonido
merece tanta ventura?"
Y ella, regalada entonces,
diría tales razones:
"Vos podéis vencer leones,
rendir fieras, partir bronces."
Y luego preguntaría
qué dejabas en tu tierra,
y en esta celosa guerra
algún pucherito haría.
Tú, muy ciego y satisfecho,
le dirías: "¡Vive Dios,
que sólo os adoro a vos
y sois dueño de mi pecho!
Verdad es que allá he querido,
no teniendo que hacer nada,
a una mujer encerrada,
que es negocio de marido.
Mas dadla al diablo, que es fea
y mujer de escribanía,
despachando cada día
necedades que desea."
Y con eso saldría el sol
a las voces de la aurora,
y iríase la señora
a visitar su arrebol. (1)
Pasaría en estos días
de la Reina el casamiento,
y andando tú sobre el viento
en galas y cortesías,
Y, acabándose el dinero,
saldrías de allá llorando,
y ella quedaría cantando
la ausencia del majadero.
Vendrá por lo que ha quedado,
y ahora, para volver,
quiéresme dar a entender
que en tu ausencia me he mudado.
Anda, Leonido, camina:
que ya entiendo tu intención.

LEONIDO. Y yo tu falsa razón,
que me abrasa y desatina.
Vengo a quejarme de ti,
y has sabido tanto hacer,
que te he de satisfacer,
cuando pensé que tú a mí.
¡Ay, Flérida; si escogieras

(1) En ambos textos, "arrabal", que no rima.

quien no te entendiera tanto!
¡Oh, qué falso hechizo, y cuánto
en sus orejas pusieras!
Pasa Rosardo los días
en tu calle y en tu puerta,
y cuando ella no esté abierta,
abres tú las celosías.
Pasa las noches en ellas,
cuando por ponelle miedo
sale mi hermano Manfredo
echando de sí centellas.
Y para darle color
al monstruo de esta insolencia,
finges que tengo en Valencia
oculto o público amor.
Que mejor verse podría,
viendo desventuras tales,
que apenas de tus umbrales
saqué los pies aquel día,
cuando, pasando Rosardo,
que iba famoso galán,
al relinchar su alazán
y a herir el suelo gallardo,
a la ventana saldrías
en quitándote el sombrero.
"¡Oh, qué airoso caballero",
muy melindrosa dirías.
Y él, al favor atendido,
allegándose a la reja,
te diría alguna queja
del viejo amor de Leonido.
Tú, despreciando el ausente,
dirías que yo era un loco;
que tenéis al pobre en poco
cuando está el rico presente.
Con esto habrá continuado
las noches a este balcón,
dando a mi hermano ocasión.
Ea, que Aureliano ha entrado.

FLÉRIDA. ¡Triste de mí!

FLAVIA. ¿Que no puedo
vencerte?

MANFR. Tan mal podrás,
que ya no me has de ver más.

FLAVIA. Oye, escúchame, Manfredo.

(*Sale* AURELIANO *y* ROSARDO.)

AUREL. (Entra, Rosardo, que aquí
mis enemigos están.

ROSARDO. Oye, que es cuento galán.
Pensélo, y sucede así.

AUREL. Viene Leonido a buscarme.
No tenéis de qué temer;
que mi gusto se ha de hacer,
llegado a determinarme.

ROSARDO. Otra dama hay de visita.
Oíd, que es Flavia ¡por Dios!

AUREL. Pues hablémosles los dos,
y tú mi bien solicita.
¡Oh, Leonido!

LEONIDO. ¡Oh, Aureliano!
A buscaros he venido.

AUREL. Huélgome yo que Leonido
traiga también a su hermano.

ROSARDO. Muy a propósito viene;
y así, podéis comenzar
este negocio a tratar.

LEONIDO. (Negocio dice que tiene.)

FLÉRIDA. (¡Triste de mí! ¿Qué será?)

[AUREL.] Dios os guarde, hermana mía,
y a la hermosa compañía
que honrando la casa está.

FLAVIA. Bésoos, mi señor, las manos.

AUREL. Huélgome que seáis testigos
de la fe de dos amigos
y el amor de dos hermanos.

FLÉRIDA. En todo te he de servir.

AUREL. Estimo aquesa presencia,
y así, con vuestra licencia...

FLÉRIDA. Digo, bien podéis decir.

AURELIANO.

Hermana, si la falta de tu madre,
que ha mucho que tu padre goza el Cielo,
me dió, cual sabes, título de padre,
de hermano sangre y de tu amigo el celo,
bien verás que buscando lo que cuadre
a tu remedio y vida me desvelo;
y esto baste por prólogo, si es llano
que he sido más tu amigo que tu hermano.
No hay ocasión que tanto olvide el hombre
como es igual y honrado casamiento,
ni cosa que le obligue más ni asombre
como la dilación de este momento. (1)
Es el marido el más alegre hombre,
gloria de la mujer, honra y contento;
y aunque después la llaman dura carga,
eslo mucho el amor cuando se alarga.
Pues ¿qué será mi gusto y alegría,
habiendo hallado un dueño tan gallardo,
a la misma mitad del alma mía,
como las prendas del señor Rosardo?

(1) En el original, sin duda por errata, "contento".

Sin más testigos, este alegre día,
donde los buenos de tu vida aguardo,
en San Pedro los dos oyendo misa
de este cuidado y de tu amor me avisa.
Hele traído aquí, porque este celo
y el lugar donde el caso me ha contado
orden me pareció del mismo Cielo,
y es bien que entre los dos quede firmado.
Alza los ojos, Flérida, del suelo;
que, aunque vergüenza los habrá bajado,
al responder será razón no poca
que compren las perlas de tu bella boca.

FLÉRIDA.

Excusarme quisiera, si pudiera;
mas pues es imposible el excusarme,
en otra parte, hermano, mejor fuera
que vinieras (1) sobre ese caso a hablarme.
pero pues tu virtud no considera
más de hacerme bien y de casarme,
para que no te canses y desveles,
más libre en esto me hallarás que sueles.
Yo estoy casada ya.

AURELIANO.

¿Qué es lo que dices?

FLÉRIDA.

Que estoy casada.

AURELIANO.

No puede ser eso.

FLÉRIDA.

Sí puede ser, y no te escandalices.

AURELIANO.

¿Que no me escandalice de este exceso?
¡Con qué pocos colores y matices
puedes decir tan áspero suceso!

FLÉRIDA.

No me parece mucho; si no tengo
padre y honrada madre, a casar vengo.

AURELIANO.

¡Que no me escandalice ni me asombre
y que pierda la vida y la paciencia!

FLÉRIDA.

Cuando sepas los méritos del hombre,
sin hacer a Rosardo competencia,
tú me disculparás.

(1) En ambos, "viniera".

AURELIANO.

Dime su nombre.
Supuesto que el casar sin mi licencia
ha sido error, si fuera rey del mundo.

ROSARDO.

(¿Habrá dolor, a mi dolor segundo?)

FLÉRIDA.

Leonido es.

AURELIANO.

Tú, Flérida, escogiste
un caballero honrado, noble y pobre,
y pues pobre como es también naciste,
no puede ser que la razón te sobre.
En Rosardo ya ves lo que perdiste,
aunque Leonido y su valor te sobre;
pero creo grande bien de tu linaje,
pues por pobreza no era bien te ataje.
Tiene Rosardo en la montaña Corza
gran tierra fértil, relumbrante y llena
de la cabra montés y suelta corza,
y enlazada la fruta y la colmena
entre los montes como entre una alcorza.
Donde el agua de esa sierra suena,
mil jardines donde el mar descubre,
que él de sus barcas y galeras cubre.
Tiene en su casa espléndido tesoro,
rico servicio, copia de criados,
tapicerías bellas, camas de oro
y bien de renta nueve mil ducados.
Espanta por la mar al Turco, al Moro;
en dos bajeles que en su costa armados
guarda continuo aquesta isla suya,
que pues la guarda, es bien se le atribuya.
No sé qué te ha movido ¡vive el Cielo!
a querer la pobreza de Leonido,
pudiendo ver de aqueste isleño suelo
el dueño más amado y más querido.
Tú, Leonido, lo juzga, que a ti Apolo
del agravio que ves abre el oído,
y juzga, por tu vida, como sabio. (1)

LEONIDO.

¿Cómo puedo juzgar en propio agravio?
No tengo montes de nevada alcorza,
ni sé qué es fruta, viña ni colmena,
ni más que alguna vez matar la corza
cuando la brama por el monte suena;
ni sé cuándo el bajel camina a orza,

(1) En ambos, "sabes", que es errata notoria.

ni espanto al Moro ni le causo pena,
ni tengo joyas ricas de este modo;
mas tengo un alma donde cabe todo.
Tu hermana dice que yo soy su esposo,
sin duda soy más rico que Rosardo.

ROSARDO.

A lo menos, Leonido, más dichoso
que hombre nació jamás, corso ni sardo.
Tú sólo eres el rico y generoso,
tú sólo el bien nacido y el gallardo,
y así es bien que te den por hombre solo
lo que es única fénix de este polo.
Yo no tengo riquezas, que es locura
pensar algunos que es posible haberlas
en casa donde falta la ventura
si sobrasen racimos de oro y perlas;
y pues no he merecido su hermosura,
otro puede heredarlas y tenerlas.
No las gozaré yo; no tendré vida.
Todo es pobreza, Flérida perdida.
Saldré luego de Córcega furioso,
más que de las montañas el novillo
baja al mar cuando está furioso
comienza al que le vence a perseguillo. (1)
No quiero a España, Italia, ni al famoso
estandarte de bárbaros cuchillo.
Iré a volverme moro, y de tal suerte,
que sea de esta isla infame muerte.
Pasarme quiero a Argel, y pues he sido
conocido de Argel, seré estimado;
dos galeras que tengo, si otras pido,
cosario me han de hacer del Moro armado.
A vuestra costa volveré ofendido,
donde, robando en agua y en poblado,
satisfaga el afrenta recebida.
Y todo es poco, Flérida perdida.

AURELIANO.

¿Oyes, Rosardo?

ROSARDO.

Déjame, Aureliano.

AURELIANO.

Hermana, ¿no te mueve lo que intenta?

FLÉRIDA.

Dile a Leonido de mujer la mano.

ROSARDO.

Presto veréis satisfacer mi afrenta.

FLÉRIDA.

¿Esto temes de un hombre, de un cristiano?

ROSARDO.

Yo os quitaré la hacienda con la vida.
Mas todo es poco, Flérida perdida.

(*Vase* ROSARDO.)

FLAVIA.

Furioso va.

LEONIDO.

¿Qué importa que lo vaya?
Noble Aureliano, no mostréis tristeza,
pues para nuestro deudo no os desmaya
de mi parte la falta de nobleza.
Ya os digo que no pase de la playa
su venganza, su fuerza y su braveza.

AURELIANO.

No me quejo ni yo estoy ofendido
de emparentar con vos, caro Leonido.
Mas como aqueste caso no sabía,
truje a Rosardo y esforcé tu gusto.
Oíd aparte.

LEONIDO.

De mi compañía
tampoco os puede resultar disgusto.

[AURELIANO.]

Pues si de Flavia ablanda la porfía,
lo que en tu hermano de contino es justo,
en el amor de Flavia, que pretendo,
daros mi hermana con mi hacienda entiendo.

LEONIDO.

Pues ¿qué puedo yo hacer?

AURELIANO.

En (1) las porfías
que de aqueste su amor tras este hispano,
le podéis ausentar algunos días
de Córcega a Manfredo, vuestro hermano.
Haránse vuestras bodas y las mías
todas a un tiempo.

LEONIDO.

Dadme acá esa mano;
que yo echaré de Córcega a Manfredo.

(1) Este pasaje está asi en ambos originales.

(1) En ambos textos, "Entiende", que es errata conocida.

AURELIANO.

Por vuestro esclavo eternamente quedo.
Pues llevalde de aquí, para que pueda
hablar a Flavia.

LEONIDO.

¡Hola, Manfredo! Vamos.

MANFREDO.

Voime; queda con Dios.

LEONIDO.

Conmigo queda.

MANFREDO.

¿Qué hay de mi boda?

LEONIDO.

Ya la concertamos.

MANFREDO.

¡Cosa que hablando aquéste a Flavia exceda!

LEONIDO.

Seguros de su amor los dos estamos.
¡Anda acá, necio!

MANFREDO.

Voy celoso.

LEONIDO.

Acaba.

MANFREDO.

¡Brava es esta prisión!

LEONIDO.

¡Y cómo brava!

(Vanse los dos; quedan AURELIANO, FLAVIA *y* FLÉRIDA, *que han estado hablando aparte.)*

FLÉRIDA. Eso y más diré por ti,
si en eso está tu contento.
AUREL. Consiste tu casamiento
en que te duelas de mí.
Y convídala a la mar,
por que con nosotros vaya,
y merendará en la playa.
FLAVIA. Licencia me puedes dar,
que me he tardado y me aguardan
mis criados.
FLÉRIDA. ¿Ya te vas?
¿Aún parabién no me das?
FLAVIA. No; porque mis bienes tardan,
y quisiera yo también
que iguales fueran los dos.
FLÉRIDA. (Habla a mi hermano ¡por Dios!
¡Mira que te quiere bien!
Dale, aunque fingido sea,
alguna nueva esperanza:
que mientras el bien se alcanza
descansa quien le desea.
Y mira que has de ir al mar
a pasear sus extremos:
que quiere que en él hablemos
y darte de merendar.
FLAVIA. Haré cuanto tú quisieres,
si da licencia mi tío.
FLÉRIDA. ¡Jesús! Es gran señor mío,
más que tú mi amiga eres.
Dile algo a éste, que está
toda la color perdida.
FLAVIA. Nunca puedo, ¡por tu vida!,
si no me sale de acá.
FLÉRIDA. ¡Ea, esfuérzate: no seas
tan cruel con un rendido!
FLAVIA. Tú, como tienes marido,
dársele a todas deseas.
En nombre de Dios, que voy.
FLÉRIDA. Sentíasle y no le ves.
FLAVIA. Pero ¿qué dirá después,
si ve que tan libre soy?
Dile a él que me hable a mí.)
FLÉRIDA. Llégate acá, pecador.
AUREL. Si peca quien tiene amor,
yo lo soy desde que os vi.
FLAVIA. Decídmelo muy aprisa,
porque ya es tarde y me voy.
FLÉRIDA. Id con ella.
FLAVIA. En esto estoy.
FLÉRIDA. No tengas miedo, que es risa.
AUREL. Pues ¿qué temes?
FLAVIA. Nada (1) temo.
AUREL. Pues con vos tengo de ir,
porque así os quiero decir
de este mi amor el extremo.
FLAVIA. Vamos.
FLÉRIDA. Y yo acompañaros
hasta la puerta, señora.
FLAVIA. Bastará que yo agora
os tenga con abrazaros.
AUREL. (¡Quién otro tanto pudiera!
Hermana, apriétala más.

(1) En el original, "A nadie", con que resulta el verso largo.

FLÉRIDA. En la escalera podrás
abrazalla.

AUREL. ¡Amor lo quiera!)

(*Vanse. Salen* ROSARDO, *y* OLIMPO, *y* MAURICIO, *criados.*)

ROSARDO.

Ten cuenta, Olimpo, de todo lo que digo.

OLIMPO.

Digo que yo lo haré como lo trazas.

ROSARDO.

Harás, pues, que parezca la galera
con sus velas bastardas y sus gavias;
pondrás los estandartes con sus lunas
y pintarás muy bien la popa y proa.

OLIMPO.

Ya te entiendo, señor; quieres decirme
que ponga la galera de manera
que parezca morisca galeota.

ROSARDO.

Eso has de hacer, y luego juntamente
vestir los marineros y oficiales
de moros, y encargalles el secreto,
y esto mismo a mis pajes y criados.
Mas, para que no entiendan el secreto,
diles a todos que me he vuelto moro.

OLIMPO.

Pues ¿qué has de hacer así?

ROSARDO.

Con ello quiero
asombrar esta costa de mi patria
porque volverme moro he pretendido.
Y ¿cómo lo he de hacer, si soy cristiano,
hijo de padres nobles y católicos?
Pero fingirlo por venganza puedo
hasta que llegue de tenerla el día.—
Tú, Mauricio, que, en fin, de los dos fío
mi honra, que la estimo más que al alma,
porque os crió mi padre desde niños,
irás con una barca a aquella isla
que el otro día hallamos despoblada.
Allí procurarás tener seis tiendas
entre las casas viejas que allí había;
que yo diré que el Gran Señor me manda
edificar agora un fuerte en ella,
y allí podré tener los que cautive,
y pensarán que están entre los moros.

MAURICIO.

¿De suerte que pretendes que en la isla
entiendan todos cómo ya eres moro
y enemigo mortal del Cristianismo,
sólo por cautivar tus enemigos?

[ROSARDO.]

Esto pretendo, y que cautivos sean
sin ser cautivos, y que toda Córcega
entienda que Rosardo ha renegado.

OLIMPO.

Digo que es el fin maravilloso.

ROSARDO.

Partid y aparejad al pensamiento,
que yo voy a vestirme de secreto,
y no quede hombre en casa sin ser moro,
hasta aquellos que sirven la cocina.

OLIMPO.

Mejor será, señor, por más secreto,
llevarlos a la mar sin avisallos,
como que vas a caza a aquesos montes,
y harás que todos entren en galera,
y luego mandarás que se desnuden
y se vistan de moros, pues lo eres,
y gusten de seguir lo que tú sigues,
y que el quejarse algunos será en vano.

ROSARDO.

Discreto eres, Olimpo; al mar los lleva,
y diles que por fuerza han de ser moros.

MAURICIO.

Quiero darte un consejo.

ROSARDO.

Dilo presto.

MAURICIO.

Luego como estén como tú gustas,
manda que vaya la galera luego
a la isla de Córcega vecina
diciendo que el Gran Turco te lo manda
y que la comisión del fuerte llevas.

ROSARDO.

Bien dices, y con eso nuestra gente
creerá sin duda que me he (1) vuelto moro;
y en lo que toca a ellos, di que el hombre
que quisiera vivir como cristiano

(1) En la impresión de Barcelona falta esta palabra.

viva en buen hora, que no fuerzo a nadie,
que sólo quiero que se ponga el hábito.

OLIMPO.

Vamos, pues, a hacer lo que conviene
y aprestar la galera.

ROSARDO.

Amor, ¿qué intentas
hacer de tus extraños pensamientos?
¡Brava máquina intento! ¡Brava vida!
Mas poco es todo. Flérida perdida.

(Vanse y salen MANFREDO *y* LEONIDO.)

MANFR. ¿Cómo a Cerdeña me envias?
LEONIDO. Manfredo, excusa razones,
que estas amonestaciones
me has de traer en seis dias.
La Pascua es todo mi bien;
en sus tres días se hacen.
MANFR. Todas estas cosas nacen...
no quiero decir de quién.
¿No bastará que un criado
las vaya a hacer?
LEONIDO. Tú has de ir,
que lo que me va el vivir
no ha de ir a un necio encargado.
MANFR. ¿Que ahora me he de embarcar,
teniendo tan grande amor
y un fuerte competidor?;
¿queréisme, hermano, acabar?
LEONIDO. Calla; ¿no quedo yo aquí
para volver por tu ausencia?
MANFR. No lo has hecho en mi presencia
¿y haráslo ausente por mí?
Y más teniendo cuñado
a este (1) mi fiero enemigo.
LEONIDO. Has hecho oficio de amigo,
que tú a Flérida has guardado,
y desde entonces te debo,
Manfredo, esta obligación.
Ten ¡por tu (2) vida! atención,
que es obligarme de nuevo.
MANFR. Pues, hermano mío querido,
mi Flavia queda en tus manos,
casémonos dos hermanos
juntos, Manfredo y Leonido.
Guárdamela de Aureliano,
que yo iré a Cerdeña.

(1) En ambos textos, "deste", que vicia el sentido.
(2) En la impresión catalana falta esta palabra.

LEONIDO. El Cielo
te vuelva a tu patrio suelo.
MANFR. Pues adiós.
LEONIDO. Adiós, hermano.
MANFR. Mira que me enojaré
si hay alguna novedad.

(Vase MANFREDO.)

LEONIDO. Por sangre, por amistad,
te empeño palabra y fe.—
¡Cuán poderoso es Amor!
¡Libreme Dios de su arco!
Hoy a ser traidor me embarco,
y a mi sangre soy traidor.
Quiero a Flérida de suerte
que, porque a su gusto cuadre,
diera la muerte a mi padre
y a mí me diera la muerte.

(Sale AURELIANO.)

AUREL. ¡Que aquí te acertase a hallar!
LEONIDO. A muy buen tiempo has venido.
AUREL. Pues ¿qué hay de nuevo, Leonido?
LEONIDO. Mi hermano queda en la mar.
A Cerdeña le he enviado
a hacer mis publicaciones.
AUREL. Y un clavo y ése me pones.
LEONIDO. Soy tu amigo y tu cuñado.
¿De dónde agora venias?
AUREL. De acompañar a mi Flavia.
LEONIDO. ¿Trátate bien?
AUREL. No me agravia
como estos pasados días.
Mañana las llevo al mar
a las dos
LEONIDO. Iremos juntos.
AUREL. No, no, que es ponello (1) en puntos;
no demos que sospechar.
Merendarán en la playa.
LEONIDO. Basta acompañarla y vella
y que te mueres por ella,
y ver que a tu gusto vaya.
AUREL. Mi amor la pienso contar
antes que a Valencia vuelva.
Haremos que se resuelva.
LEONIDO. ¿Quiéresla esta noche hablar
antes que la noche huya,
si es que a la ventana sale?
AUREL. (2) Si la escuridad nos vale,
quitaréle la luz suya.

(1) En ambos, "por ello", que no forma sentido.
(2) En ambos, "LEONIDO".

[LEON.] Mi hermano toca a la reja
con la espada.

AUREL. ¡Linda seña!

LEONIDO. Contento parte a Cerdeña
de que guardada la deja.

ACTO SEGUNDO

(*Salen* FLÉRIDA *y* FLAVIA.)

FLÉRIDA. En fin, Flavia, ¿que Leonido
puso en paz los dos valientes?

FLAVIA. Y otros que estaban presentes,
de quien remediado ha sido.
De suerte que fué forzoso
que quedase por su amigo;
pero no lo está conmigo
de ofendido y de celoso;
y hoy vengo de buena gana
para ir contigo al mar,
porque le quiero picar
por ver si [a] hablarme se allana;
que el verme con Aureliano,
por quien es todo este celo,
le hará venir al señuelo
como pájaro a la mano.

FLÉRIDA. Usas de tu discreción,
y así es justo que le nombres.

FLAVIA. Sé yo muy bien de los hombres,
Flérida, su inclinación.
Ahora en los aires vamos
remontadas a los cielos;
mas no hay hombre que con celos
no venga atadas las manos.

FLÉRIDA. ¿Qué es el cargo que te pone?

FLAVIA. Que con Aureliano hablé
yo; que Leonido fué
alcahuete, y que perdone.
Yo le he dicho en mil papeles
que la sierpe me engañó,
y él de su cielo me echó
con rayos de amor crueles.
Hoy he merecido de él
esta respuesta.

FLÉRIDA. ¿A ver? Di.

FLAVIA. Es muy breve. Decía así.

FLÉRIDA. ¿Dirá mil quejas en él?

FLAVIA. De haber hablado [a] Aureliano
no fué disculpa Leonido.

FLÉRIDA. Gente creo que ha venido.
Escóndele, que es mi hermano.

(*Esconde el billete, y sale* AURELIANO.)

AUREL. Ya está prevenido todo
y el mar suspenso y en calma,
que, a tener sentido o alma,
no estuviera de otro modo;
que parece que afrentado
de que a verle (1) Flavia viene,
vuelto en hielo o cristal, tiene
todo su margen dorado.
Está la barca en la orilla,
lo que se puede pintar
con mil ninfas de la mar
que vaa alzando la quilla.
Háceles sombra un peñasco,
que ser su dosel promete,
y después un tendalete
de un verde y blanco damasco.
Pero direos una cosa
que espanto os ha de poner,
aunque os ha de parecer
inventada y fabulosa.

FLÉRIDA. ¿Es, por dicha, de Rosardo?

AUREL. Del mismo.

FLÉRIDA. Es grande inventor.

AUREL. Allí llegó un pescador
vestido un (2) capote pardo,
como le traen los cautivos,
diciendo mil desconciertos,
con que amenaza a los muertos
y pone espanto a los vivos.
Dice como ha renegado,
y el Gran Señor, satisfecho,
dice que luego le ha hecho
de su corte el más privado.
Y como tan gran soldado
deja la paz de la tierra
por vengarse por la guerra
del pesar que le había dado.
Con su galera está a vista
de Córcega, que ha jurado
de abrasarla, y se ha mostrado
tal, que no hay quien le resista.

FLÉRIDA. Tú ¿créeslo?

AUREL. Yo bien (3) sé
que una desesperación
de amor priva de razón,
pero no quita la fe.
Verdad es que dijo allí

(1) En los originales, "verme".
(2) En ídem, "vestido en un".
(3) "Y bien", en los textos.

que moro se volvería;
mas fué enojo de aquel día,
y celos y frenesí.
Pero de un hombre cristiano,
hidalgo, no es de creer,
por perder una mujer
ni por ningún caso humano,
porque mejor se vengara
matando a Leonido allí
y a mí, si yo le ofendí,
que no que su ley dejara.

FLÉRIDA. No te dé mucho cuidado,
que todo es cuento fingido,
para fingir que ha (1) sentido
el haberle despreciado.
Todos los amantes son
inclinados a embelecos;
pero en los celebros huecos
cabe cualquiera invención.
El daría algún dinero
al cautivo, y más Rosardo,
que la falta de gallardo
le sobra de invencionero.
Si le vieras a esta puerta
decir que el cuello daría
a un cordel, [y] que tenía
ya la del Infierno abierta,
creyeras que ya expiraba,
y otro día, muy galán,
con su enjaezado alazán,
la calle desempedraba.

AUREL. En efeto, tiene amor.
¡Dios temple su loca furia
para que no haga injuria
a su patria, a Dios y honor!
Tomad capotillos luego,
y vamos.

FLÉRIDA. ¿Hola?

(Sale CELIO, *criado.)*

CELIO. ¿Señora?

FLAVIA. Si hay inconveniente ahora,
que no partamos te ruego.

FLÉRIDA. ¿Qué inconveniente?

FLAVIA. Este loco,
que en la mar no te alborote.

FLÉRIDA. Dadme sombrero y capote.—

(Vase el CRIADO.)

Eso y más estimo en poco.

(1) "has".

FLAVIA. Como su casa ha llevado,
parece que pone miedo.

FLÉRIDA. Calla, que todo es enredo
y fingirse lastimado.

FLAVIA. ¡Plega al Cielo que así sea!

(Sale CELIO *con capotillos y sombreros.)*

CELIO. Recado tenéis aquí.

FLÉRIDA. Muestra.—¿No voy bien así?

FLAVIA. Trae espejo en que se vea.

FLÉRIDA. Para ti será mejor.

FLAVIA. Vamos luego.

AUREL. Ya os aguardo.

FLAVIA. ¡Líbrenos Dios de Rosardo!

FLÉRIDA. ¿Por qué?

FLAVIA. Porque tiene amor.

(Vanse. Sale MANFREDO *y* LIVIO, *barquero.)*

MANFR. Aprestalda, pues, patrón.

LIVIO. Presto os la puedo aprestar.

MANFR. ¿Qué es lo que os tengo de dar?
Pero veis aquí un doblón.

LIVIO. Iré a ponello en efeto.

MANFR. Advertid que es menester,
patrón, lo que habéis de hacer,
y esto con mucho secreto.

LIVIO. Córreme que me aviséis.
Guardarélo como vos.

MANFR. Honrado sois ¡vive Dios!
Talle y ánimo tenéis.
¿De dónde sois?

LIVIO. Sevillano.

MANFR. ¿El nombre?

LIVIO. Livio, señor.

MANFR. Pues, Livio, sabed que [a] Amor
celos le afrentan la mano.
Yo quiero una dama aquí
que, con otra (1) dama, al mar
va esta tarde a merendar.

LIVIO. Romperé este mar por ti.
Cuanto el gusto quiere y trata
cumpliré con mi barquilla.
Bien dejaremos la orilla
rompiendo el arco de plata.
Pondréte un arco toldado
con un vistoso cendal.

MANFR. He de llevar un fanal,
un sol en que me he abrasado.
La amiga tiene un hermano,
y éste sirve a quien adoro;

(1) En los textos, "una".

aunque me guarda el decoro,
es Amor niño y liviano.

LIVIO. Pues ¿de qué dudoso estás?

MANFR. Una amiga puede hacer
que mude de parecer
la mujer que quiere más.
Tengo un hermano traidor
que quiere ser su cuñado,
de suerte que en este estado
tres compiten con mi amor,
tres engendran mis recelos.
Livio, dime: ¿qué no harán
amiga, hermano y galán?
¡Todo me abraso de celos!
Pretendo, Livio, seguir
por el mar la barca.

LIVIO. Calla;
bien podremos alcanzalla
si es que ya quieren partir.
Partámonos, si han partido,
como que vamos pescando.

MANFR. Pesca mis yerros echando
al mar la red del olvido.

LIVIO. Ya nos espera la mar.
Ven como el pez tras el cebo.

MANFR. ¡Ah, celos, al mar os llevo
por ver si os puedo anegar!

(*Vanse, y salen* LEONIDO *y* CELIO, *criado.*)

LEONIDO. ¡Ya se ha partido mi bien!
Celio, ¿qué será de mí?

CELIO. Mi señor, paciencia ten,
pues volverá luego aquí.

LEONIDO. ¡Quiera Dios! Responde amén.

CELIO. Amén mil veces, señor.
Tomas con tanto rigor
este amor, que te enloquece.

LEONIDO. ¡Ah, Celio, y qué bien parece
que no sabes qué es amor!

CELIO. ¡Por Dios, señor, que sé un poco!

LEONIDO. Que fué muy poco te creo.
Yo con lo mucho me apoco.

CELIO. Nunca llegó mi deseo,
Leonido, a volverme loco.

LEONIDO. Pues ¿qué es amor cuando un hombre
pierde el seso, aunque asombre
de verse suspenso en calma,
porque hasta perder el alma
se extiende (1) el amor de un hombre?

CELIO. Allá fué en los tiempos viejos
ese amor, que agora no.

LEONIDO. A mí me sirven de espejos.

CELIO. Mejor lo tomaré yo
en acertados consejos;
cuanto y más que Amor te tiene,
y, en fin, la pena entretiene.

LEONIDO. Antes, por esa razón,
cerca de la posesión,
a mayor locura viene.

CELIO. Mañana te casarás
y, como es tan largo el año,
casado te cansarás.

LEONIDO. Anda, necio, que es engaño.
Entonces la querré más.

CELIO. Todos lo dicen ansí;
pero, en fin, la posesión...

LEONIDO. Que no hay posesión aquí,
que tan alta perfección
hará nuevo efeto en mí.

CELIO. Ya va en la barca Risela.

LEONIDO. ¿Quiéresla tú bien?

CELIO. Améla
un tiempo.

LEONIDO. ¿Y hasla olvidado?

CELIO. Imaginéme casado
y, imaginado, olvidéla.

LEONIDO. ¿Bastó la imaginación?

CELIO. Pedíame casamiento
y templóse la afición,
que para un hombre es un (1) viento
que le hiela el corazón.

LEONIDO. Cásate, que en mi poder
nada te puede faltar.

CELIO. ¿La libertad no es perder
nada?

LEONIDO. Podrásla ganar
con el descanso y placer.

CELIO. Sí, con el pan de la boda
muy bien todo se acomoda;
mas después todo es pesar
con pensar que ha de durar
aquello la vida toda.
Pues que si tiene una tía
que os vaya a seguir de día,
o algún avariento suegro,
o ella [es] celosa, no hay negro
que pase tanta crujía.

LEONIDO. Calla, necio, que es locura
cuando es buena la mujer
y el hombre amarla procura.

(1) "entiende".

(1) "de".

Si él es negro en proceder,
será negra su ventura.

CELIO. A un rico está bien casarse,
cuya mujer, en el parto,
tiene con qué regalarse
y siempre anda hinchado y harto,
sólo tratando de holgarse.
Tiene ella el coche y vestido,
las comidas, las criadas;
mas la que pobre marido,
luego anda hablando de oído
a las amigas pasadas,
y éstas le dicen que es bien
que algún buen rato se den
y se procure el vestido,
y luego tiene el marido
más cabellos que Moisén.
Pues que cuando un niño llora
en cas de un pobre, ¡mal año!,
si habrá quien le sufra un hora;
pues que si no hay pan ni paño,
o no hay luz, o es a deshora,
ella comienza a decir
que Dios de aquello le saque,
y él comienza a maldecir
a quien le casó, y al Draque,
y a quien no le va a servir.
Llega la mañana, pues,
y no hay que comer, ni olla,
allí empieza el entremés,
allí se traba la folla,
y hablan guineo y francés.
Al fin, la vaca corrida,
no hay quien preste, y hay quien pida,
y remítese a pasteles,
sin platos y sin manteles.
¡Cuerpo de Dios, con la vida!

LEONIDO. ¿Piénsasme así divertir,
Celio, con esas locuras?

CELIO. Verdades suelo decir;
si para ti son escuras,
yo me las sabré sentir.
Tú, que tienes buenamente
lo que a un caballero basta,
que entre su tierra y su gente
ha de vivir, vive y gasta
con tu casa honestamente.
Pero yo guardo la cara.

LEONIDO. Un hombre viene; repara
que todo mojado viene.

CELIO. El mismo parecer tiene
de tu hermano. Espera, pára.

(*Sale* MANFREDO *mojado, como que sale de la mar.*)

MANFR. ¡Jesús! ¿No hay quien me socorra?

LEONIDO. ¡Válame Dios! ¡Si es Manfredo!
Conocerle apenas puedo.

CELIO. Déjame que a velle corra.

LEONIDO. Temblando llego de miedo.

CELIO. ¿Manfredo?

LEONIDO. ¿Hermano?

MANFR. ¿Es Leonido?

LEONIDO. Yo soy.

MANFR. Dadme aquesos brazos;
para descansar los pido.

LEONIDO. Con regalados abrazos
y sangre do has nacido.
¿Qué es esto? ¿Tú, de la mar,
tú, mojado, y de esta suerte?

MANFR. Lo que ha sucedido advierte.

LEONIDO. Descansa, y empieza a hablar.

MANFR. Oye mi vida y tu muerte.
En una pequeña barca,
que un solo remo la mueve,
entré por el mar azul,
dejando su orilla verde.
Celos me dieron pasaje,
mis pensamientos el flete,
amor desnudo era el árbol
y mis sospechas el leme.
Iba siguiendo mi sol,
norte que en mí resplandece,
siendo piedra imán el alma,
que la mira, aunque está ausente.
La dulce conversación,
que hacer en los hombres suele,
y más cuando es entre amantes,
horas y caminos breves,
dos leguas el mar adentro
entre sus aguas nos mete,
tan descuidados del lobo
como el cordero inocente.
Cuando de parte de tierra
una galeota viene,
que estaba en el Alcaná
de esos moros tenebreses;
porque si del mar viniera
su vista nos diera enfrente;
por más que amainar quisieron
árbol, mesana y trinquete.
Cuando Aureliano y tu dama,
y la ocasión de mi muerte,
conocen velas y casco,
gritan, lloran, tiemblan, temen.

A tierra vuelven la proa;
pero como a tierra vuelven,
más aína les (1) dan caza
y más presto les (2) detienen.
Saltan en ella seis moros
con las hojas relucientes
de los desnudos alfanjes,
y [a] los tristes acometen.
Los de adentro, por los bordes
a los arcabuces fuertes
ponen la cuerda, y apuntan
para ver si se defienden.
Yo, que morir por mi Flavia
tuviera por dulce suerte,
pido a mi barquero infame
que a los contrarios me acerque;
pero el medroso villano,
viendo el peligro presente,
a tierra vuelve los ojos,
cuando al mar digo que reme.
Yo entonces, mirando el robo,
oigo que un moro insolente,
que era el arráez, me dice:
"Oye, espera, no te allegues.
Bien puedo yo cautivarte;
pero no quiero. Detente,
que quiero que en la ciudad
digas lo que digo. Advierte.
Yo soy Rosardo, yo soy.
Yo soy el corzo valiente,
que haré estremecer el mar
desde Tremecén a Vélez
por desdenes de una dama,
que tanto pueden desdenes.
En Argel me he vuelto moro,
y soy su alcaide y su jeque.
Envíame el Gran Señor
a que le edifique un fuerte
en estas vecinas islas
para que el paso le quede.
Yo, como ladrón de casa,
llegué a mi patria y entréme
hasta las peñas que baten
el mar, que las gasta y vence.
He tenido tal ventura,
que al primer bajel alegre
prendí muchos enemigos.
Esto dirás. Ahora vete."
Y entonces, puesto en la popa,

(1) "las".
(2) "las".

le dije: "Que amor te ciegue
a dejar tu Dios, tu patria
y el servicio de tus reyes
no es para el mundo disculpa,
y si tú lo dices, mientes;
porque el ser tú mal nacido
a dejar tu Dios te mueve,
de quien te vendrá el castigo
que tu insolencia merece,
y por mis (1) manos, que yo
haré que el mundo te afrente.
Yo iré donde está Filipo,
que de Barcelona viene,
Tercero del gran Segundo
y de sus cenizas fénix;
aquel de su frío ocaso,
nuevo sol, divino oriente,
el que en Africa y en Asia
pondrá las plantas en breve.
Y con su favor, villano,
surcaré el Sur pendiente,
y te quitaré la presa."
Esto dije y reportéme,
y desnudando la espada,
juré en su cruz de no verme,
hasta librar a mi dama,
sin armas eternamente,
de no mudarme camisa,
ni comer pan a manteles,
cortar cabellos ni barba,
hacer galas y jaeces.
Enojóse el renegado,
y arremetió por cogerme.
Las palabras que responde
todas fueron plomo ardiente.
Arrojéme al mar, cual veis,
y como la anguilla suele,
que, herida del pescador,
la cabeza saca y mete,
escapé de este peligro,
ayudándome quien puede,
a cuyas penas de amor
mi alma desde hoy se ofrece.

LEONIDO.

¿Que es perdida la vida
que sustentaba de este cuerpo el alma?
¡Ah, mis ojos! ¡Ah, vida!,
que deja su comida (2) en mortal calma.

(1) "mas".
(2) Así en ambos.

¡Que a Dios haya dejado
un hombre por hacerme desdichado!
¡Que fuese necesario
que su ley mude y su naturaleza
para serme contrario
y para que perdiese la belleza
de Flérida, mi gloria,
al fin de mi amorosa y larga historia!
¡Que se vuelva un cristiano,
un hijodalgo, un noble, un caballero,
moro alarbe, inhumano,
para que yo no goce el bien que espero!
¡Que tan fiera mudanza
la posesión me quite y la esperanza!
¡Oh, infame! ¡Oh, nuevo moro!
¡Robador de mi bien con viento en popa,
transformado en el toro
en que llevaba Júpiter a Europa!
Mas antes que la goces
tráguete el mar. Mas ¿qué me importan voces?
¡Quién fuera Polifemo,
y como para el griego y falso Ulises,
asiera del extremo
de esta montaña antes que tierra pises
una peña tan fuerte
que alterando la mar te diera muerte.
¡Ay de mí, que me quejo
al viento, al mar, al agua y a las olas!
Pues me sirven de espejo,
a ellas me entregaré, pues ellas solas
me acabarán.

CELIO.

¡Detente!
(Hace que se va, y tiénele.)

LEONIDO.

Pues ¿qué me aconsejáis los dos que intente?

MANFREDO.

Que procures cobralla;
que yo también procuraré lo mismo.

LEONIDO.

¿Dónde podré buscalla?
Mas, pues Orfeo descendió al abismo,
yo quiero más que Orfeo;
que el gusto menos ama que el deseo.
Todos los juramentos
que has hecho y [que] no has hecho al Cielo
que las aguas, los vientos, [juro:
la tierra, el fuego ardiente, el centro duro,
no podrán impedirme,
que para todo soy diamante firme.
¡Oh, mar! Alientos tengo
para sorberte toda y acabarte;
con tanto fuego vengo,
que podré consumirte y abrasarte.

MANFREDO.

Si así, hermano, te quejas,
ningún lugar para mí me dejas. (1)
Yo quiero consolarte,
cuando pensé pedirte algún consuelo.
Pues excusa el quejarte,
que de oír a los dos se cansa el Cielo,
y busquemos remedio,
aunque toda la mar se ponga en medio.

CELIO.

Sepamos si Rosardo
va a Argel [o] a este fuerte que fabrica.

LEONIDO.

Sabello presto aguardo,
[por]que todo en la plaza se platica.

MANFREDO.

A doquiera que vaya
iré, aunque sea del Infierno playa.

LEONIDO.

Armar nave o galera
no habemos de poder, industria importa
para su fuerza fiera,
que ésta abrasa la mar, los montes corta.

MANFREDO.

¿Qué industria tomaremos?

LEONIDO.

Hábitos religiosos fingiremos,
y a rescatar cautivos
podremos ir para probar la suerte.

CELIO.

Para que volváis vivos,
lo que fuere seguro se concierte;
que Rosardo os conoce,
y no es razón que esta venganza goce.

LEONIDO.

Frailes y mercaderes
habemos de fingir.

MANFREDO.

Pues vamos luego,
si verme vivo quieres.

(1) Verso corto.

LEONIDO.

Camina. ¡Oh, mar; templa mi fuego! (1)

MANFREDO.

¡Ay, Flavia!

CELIO.

¡Ay, triste día!

LEONIDO.

¿Cuándo te he de cobrar, Flérida mía?

(Vanse, y salen ROSARDO, OLIMPO, MAURICIO *y los que pudieren, todos de moros, y* ROSARDO *de moro grave, y* FLÉRIDA, FLAVIA *y* AURELIANO.)

ROSARDO. Aquí, donde el Gran Señor
el fuerte me manda hacer,
una prisión ha de ser.

AUREL. Dondequiera tu rigor
puedes mostrar y tener
cumplidas tus amenazas.

ROSARDO. Unas mentirosas trazas
fueron vuestro daño y mío.

AUREL. Por ajeno desvarío
mi cuello de hierro enlazas.
Que hasta Flérida enojarme,
siempre mi favor te di (2)
y siempre volví por ti.

ROSARDO. Tú comenzaste a obligarme.
No estoy quejoso de ti;
pero estoilo de esa ingrata,
casada sin tu licencia,
que con desdenes me mata.
Y de Leonido en ausencia
como en presencia me trata.
De ésta me quejo, Aureliano,
que me dejó por un hombre
loco, fanático y vano. (3)

FLÉRIDA. Rosardo...

ROSARDO. Nadie me nombre
Rosardo; es nombre cristiano.
Numén me llamo, Numén
me habéis de llamar aquí.

FLÉRIDA. Pues, Numén, si el querer bien,
como me has querido a mí,
y la fuerza de un desdén
te quita a Dios, ¿qué te espanta
que a ti te dejase yo
por amor y afición tanta?

(1) Verso incompleto en ambas ediciones.
(2) "de ti".
(3) En la impresión de Madrid, "bobo"; en la de Barcelona, "bouo".

ROSARDO. Dejar a Dios, eso no,
ni a su ley divina y santa.—
Mauricio, ¿cómo han creído
que soy moro?

MAURICIO. En el vestido,
que en lo demás no lo crean.

ROSARDO. Yo haré que tarde se vean
los deseos de Leonido.
Y no das buena disculpa;
que mostrar inobediencia
a tu hermano fué gran culpa,
y escogerle en mi presencia
también te condena y culpa.
Mas yo ¿para qué argumento
tu buen o mal pensamiento?
Hoy te tengo en mi poder,
donde has de ser mi mujer,
o morir en el tormento.

FLÉRIDA.

Si todas las espadas que en diez años
desnudó sobre Troya el bando griego;
si de Roma abrasada todo el fuego,
si de España perdida tantos años;
si el toro de metal, si los extraños
caballos del gran Dionisio griego,
si el arco y flechas que no admiten ruego,
y del cobarde Ulises los engaños
me hiriesen, me abrasasen y afligiesen;
me atormentasen juntos y engañasen,
mostrando en mi flaqueza el poder suyo,
tengo por imposible que pudiesen,
si todos contra mí se conjurasen,
mudar mi amor y condenarme al tuyo.

ROSARDO.

Pues si todas las lágrimas lloradas
por cuantas penas ha tenido el mundo;
si Jerjes otro ejército segundo
con sus fuegos, sus máquinas y espadas;
si todas las filípicas armadas
que pasan y sustenta el mar profundo;
si por tierra el valor de Sigismundo, (1)
que tiene tantas lunas eclipsadas,
me enterneciesen, contrastar pudiesen
eterna guerra, Flérida, no creas
que libertarte de mi Argel pudiesen.

(1) Es el héroe y protagonista de la comedia impresa en el tomo primero de esta colección *El Prodigioso príncipe transilvano,* que Lope había compuesto por estos días.

Y para que mejor quién vence veas,
las obras hablen, las palabras cesen;
que es de cobardes las palabras feas.

AUREL. (1) Flérida, tu libertad
causa que los tres estemos
en esta cautividad,
donde jamás la tendremos
por rescate de amistad.
Ablanda ese duro pecho,
y pues que no estás casada,
remedia el daño que has hecho.

FLAVIA. Advierte, Flérida amada,
de nuestra vida el estrecho.
Ya que su mujer no seas,
que hablar bien las fieras vence,
antes que el rigor comience
y en su violencia te veas. (2)
Mira que es notable amor
el de este mancebo loco,
y qué sirva tu rigor,
pues el Cielo tuvo en poco,
tendrá en menos tu favor.
Trocarse el amor en rabia
y el deseo en interés.

FLÉRIDA. ¿Eso me aconsejas, Flavia?

FLAVIA. No hago; que tú lo ves:
todo se consume en rabia.

FLÉRIDA. ¿Tú quieres (3) bien?

FLAVIA. Yo no sé;
pues vi que un traidor sin fe
procuró la libertad,
y entre tanta adversidad,
cual ves, me dejó y se fué.

FLÉRIDA. Fué discreto en ir a tierra
a procurar gente alguna
para volver a dar guerra
a la contraria fortuna,
pues (4) donde ha de acertar ye-[rra. (5)
No seas, Flavia, liviana,
ni desprecies a Manfredo.

AUREL. Pues ¿cómo, traidora hermana,
eso le dices?

FLÉRIDA. No puedo
ser a Leonido inhumana.
Su sangre estimo y adoro.
Ese Rosardo tirano,
o Numén, que es más decoro,
pues no me agradó cristiano,
no ha de agradarme moro.

ROSARDO. Esto ya es resolución
de mujer que quiere bien. (1)

FLÉRIDA. Se aparte de tu desdén
Rosardo, de tu afición;
quiero aborrecer Numén. (2)

ROSARDO. ¡Ea! Quitaos los vestidos;
vengan vestidos de esclavos,
y esos rostros atrevidos
queden, con eses y clavos,
afeados y ofendidos.
Veamos si mi furor
contrastará su dureza.

AUREL. ¡Flérida, ablanda el rigor!

FLAVIA. ¡Ten lástima a tu belleza!

FLÉRIDA. No hay remedio; esto es amor.
Cuando me vea Leonido
con estos hierros, y vea
que, en fin, por su causa ha sido,
no he de parecerle fea.

FLAVIA. ¡Loca estás!

AUREL. ¡Perdió el sentido!

FLAVIA. ¿Que así quieres ver herrado
ese rostro?

FLÉRIDA. ¿Qué más gloria?
Llega, infame renegado,
que yo quedo con vitoria
y tú quedas afrentado.
Estos hierros que me pones
son mis armas y blasones.

AUREL. No la escuches, que está loca.

ROSARDO. A más furor me provoca.
(Oye, Pialí, dos razones. (3)
Dirás que yo te he mandado
poner hierros a los tres,
y que lástima te ha dado,
y más el rostro que es
de tu señor adorado,
y que pintando un papel
los quieres poner fingidos,
engañándome con él.

PIALÍ. Pierdo, señor, los sentidos
de ver mujer tan cruel.
Mas quiero quedarme aquí.

(1) En ambos, por errata, "MAU.".
(2) Falta a esta quintilla un verso.
(3) "Tú no quieres".
(4) "por".
(5) La impresión de Barcelona, "y yerra".

(1) Este lugar está alterado. ROSARDO no puede decir estas palabras. Son más propias de la misma FLÉRIDA.
(2) También está viciado.
(3) Este PIALÍ y el CIDÁN de abajo son nombres supuestos de los criados de ROSARDO.

ROSARDO. Haz lo que digo, Pialí.
mientras a mi tienda voy.)

(*Vase* ROSARDO.)

FLAVIA. Temblando del hierro estoy.
FLÉRIDA. Eso es gloria para mí.
PIALÍ. Aquí aparte hablaros quiero;
no nos entienda Cidán,
que es un moro alarbe y fiero.
AUREL. Pues ¿no es Mauricio?
PIALÍ. Es grosero
desde que vi el Alcorán.
Lo que me ha mandado veis (1)
AUREL. Es verdad.
PIALÍ. ¿Qué me daréis,
si con una industria mía,
de los hierros de este dia
libre por mi mano os veis?
AUREL. ¿Qué dices?
PIALÍ. Que el rostro entero
sin que quede lastimado,
os le pintaré herrado,
sin que rompa carne y cuero. (2)
AUREL. Daréte cuanto me pidas
y tú puedas desear,
y si vendes al fiar,
pide el tesoro de Midas;
porque si a las islas buenas (3)
cristianas paso contigo,
de mi hacienda, como digo,
te daré las manos llenas.
Y si al presente no fuere
de importancia el prometer,
mira qué puedo tener,
que daré cuanto tuviere.
Daréte cuanto en mí ves
y cuanto mi esposa alcanza:
dos vidas en confianza
y mil besos en los pies.
PIALÍ. Alzad del suelo, señor,
y de mí eso no se entienda;
que mal lo hará por hacienda
el que tiene tanto amor.
Cuando era mozo alcancé
por ingenio una mixtura
que engaña en tal coyuntura
a cualquiera que la ve.
Con ella os he de pintar
dos tan naturales hierros,
que engañéis aquestos perros
y estéis todos por herrar.
AUREL. Pondrélos luego por ti
en mi cara; he de abrazaros.
PIALÍ. Vení, por que pueda honraros.
AUREL. ¡Dios te guarde!
PIALÍ. Ven tras mí.

(*Vanse. y salen* ROSARDO *y* CIDÁN.)

ROSARDO. ¿Fueron a herrallos, Cidán?
CIDÁN. Ya, señor, fueron a herrallos;
juntamente a herrallos van.
ROSARDO. Ya no pienso perdonallos,
pues enojado me han.
¿De qué te ríes?
CIDÁN. De ver
que una mujer puede hacer,
señor, un Argel fingido.
por ser mujer de Leonido
y no por ser tu mujer.
ROSARDO. Calla, que no hay monte duro
que el tiempo no rompa y gaste,
ni tan levantado muro
que no deshaga y contraste,
ni áspid sordo a su conjuro.
Alójese aquesta gente;
ya (1) las galeras recoge
el capitán diligente.
CIDÁN. Si no es que el Cielo se enoje
y nos descubre de frente.
ROSARDO. Escondida la galera,
como yo tengo trazado,
¿qué miedo a tu pecho altera?
CIDÁN. Las tiendas que has levantado
en medio de esa ribera,
y de noche tantas luces
con las lunas o las cruces
que en medio están de los dos.
ROSARDO. Ya lo intentamos; por Dios,
que tarde a temor me induces.
Las tiendas con estas peñas
pienso que no se verán,
que son bajas y pequeñas.
Las luces se esconderán
y acabaránse las señas.

---

(1) Este verso dice en el original "Ya veis lo que me ha mandado", que no rima, y menos el que sigue, sobrante para la quintilla, que decía: "y lo ha remitido a mí".

(2) Aquí se interrumpe la serie de quintillas con ocho redondillas seguidas, volviendo luego a las anteriores estrofas.

(3) "bellas".

(1) "Y las".

En fin, que aquesto ha de ser,
o yo tengo de morir,
o vencer a esta mujer.
Tratad de darme a comer.

CIDÁN. ¿Cómo te quieres servir?

ROSARDO. Cansado estoy de sentarme
en el suelo. Haced ponerme
mesa alta, que no han de verme,
y algo también podéis darme
que pueda satisfacerme.

CIDÁN. Un pernil mandé freír, (1)
que lo hiciesen de secreto.

ROSARDO. ¿Y vino?

CIDÁN. De lo mejor
truje, señor, sólo a efeto,
porque se temple tu amor.
Porque es muy de los aguados
ser tiernos enamorados,
que del vino el alegría
quita la melancolía
y hace dormir los cuidados.

ROSARDO. Dios te dé lo que deseas.

CIDÁN. Y a ti te saque de moro.

ROSARDO. Yo, (2) Mauricio, a Dios adoro.
Esto creo, y esto creas. (3)

(Sale MIRENO.)

MIRENO.

Valiente jeque, alcaide Melilla.

ROSARDO.

No hagas, necio, así la reverencia.
Haz (4) el pie atrás, doblando la rodilla.

MIRENO.

¿Cómo he de hacer llegando a tu presencia?

ROSARDO.

Cruzar los brazos, la cabeza baja.

MIRENO.

Dos ermitaños llegan de Valencia.

ROSARDO.

¿Qué me dices, Mireno?

CIDÁN.

Este trabaja
por parecerse moro hasta en las nuevas.

MIRENO.

Antes en eso me lleváis ventaja.
Que es tan público ya, que pienso llevas
tu fama, pues se extiende ya y ensancha,
que no te has de admirar de aquestas nuevas.
Ellos vienen, señor, en una lancha.

CIDÁN.

¡Por Alá, que me admira este suceso!

ROSARDO.

¿Y han osado en la tierra echar la plancha?

MIRENO.

Sin tu licencia yo no vengo a eso.

ROSARDO.

¿Que frailes son?

[MIRENO.]

Y he dicho que ermitaños.

[ROSARDO.]

Ya de risa, Mireno, pierdo el seso.
Diles que entren.

CIDÁN.

Sucesos son extraños.

ROSARDO.

Di que entren [los frailes] los primeros.

MIRENO.

Teme del enemigo los engaños. (1)

....

¡Extraño caso!

CIDÁN.

¡Caso peregrino!
No sé si teme los contrarios fieros.

ROSARDO.

Pero fortificarme determino.
Haré sacar la artillería a tierra,
que de la entrada impedirá el camino.

(Entra PIALÍ.)

PIALÍ.

Ya queda herrada aquella gente perra.
Y con verse, señor, tan bien herrada,
de la misma manera que antes yerra. (2)

---

(1) No consuena "freír" con "secreto" ni con "mejor". Quizá se escribiría:

"Un pernil mandé, señor,
que friesen de secreto."

(2) "Ya".

(3) Falta un verso si es, como las anteriores, quintilla.

(4) "Haz esto".

(1) Falta un verso después de éste para la regularidad de los tercetos.

(2) "era".

ROSARDO.

(¿Hízose la invención?

PIALÍ.

Es extremada.

ROSARDO.

¿Contentos estarán?

PIALÍ.

Danme un tesoro
y los vestidos; mas no quiero nada.

ROSARDO.

Aquel rostro delante el que yo adoro
¿cómo está con los hierros?

PIALÍ.

Son (1) lunares
de su nieve y esmaltes de su oro.

ROSARDO.

Bien es que así lo nombres y compares.
Ya me muero por vellos.

PIALÍ.

¿Cómo es esto?

(*Salen* LEONIDO *y* MANFREDO, *de ermitaños.*)

¿Frailes aquí?

ROSARDO.

Y habrá muy presto altares.

PIALÍ.

Cosa extraña me cuentas.

LEONIDO.

Has ya puesto
tanto terror, Numén, con tu venida
en todo el amor el africano puesto, (2)
que, aunque estaba la gente apercebida
de la costa de Córcega a buscarte,
temió tu furia y reservó su vida.
Llegué, y entonces valerosamente
a ver un deudo allí, y los de una dama,
.... (3)
Y viendo que eres generosa rama
de un tronco ilustre de señor cristiano,
y sabiendo tus hechos por tu fama,
me ofrecí por [los] deudos de Aureliano,
de Flérida, de Flávia y de Risela, (1)
con bandera de paz tomar la mano.
Por una portuguesa carabela
supe en la playa como aquí quedabas,
que tu fama, Numén, se extiende y vuela;
y, en efeto, sabiendo que aquí estabas,
con fray Bartolomé, mi compañero,
fié los remos de las ondas bravas.
Ahora de tu pecho saber quiero
si estima esta prisión, o en qué se funda,
o si interés le mueve de dinero.
Ahora su piedad Cristo te infunda.
Ahora te dé gracia en la respuesta,
de que a nosotros tanto bien redunda.
Cristiano fuiste; ahora manifiesta,
pues que tienes caráter en el pecho,
pecho que al mismo Dios su sangre cuesta.
Que en El espero que, aunque ahora has hecho
tan grande ofensa a su piedad inmensa,
por celos, por desdén y por despecho,
has de hacer penitencia y recompensa,
que Cristo, que a un ladrón perdonar quiso,
perdonará también tu grave ofensa
y gozarás con él su (2) paraíso.

ROSARDO. Aquí por gracia y por gloria,
moros, venid al sermón.

CELIO. (¡Que no conoce que son
sus contrarios! ¡Linda historia!)

MANFR. Si el padre fray Sebastián,
con su buena alma, Numén,
por querer la tuya bien
y cuantas contigo están,
te ha hecho el prólogo visto,
no es razón que te dé enojos,
porque se le van (3) los ojos
tras las ovejas de Cristo.
Y si las cuarenta y nueve
dejaba y una seguía,
¿qué mucho si aqueste día
tu mesmo ejemplo le mueve?
¡Ay de ti (4) si no le escuchas,
y lo que pide le das!

ROSARDO. ¡Padres, padres, no haya más;
que ya esas gracias son muchas!
No me manda mi Alcorán
que oiga sermón.

(1) "Dos".
(2) El pasaje que sigue está muy alterado; pero igual en ambos textos.
(3) Falta un verso a este terceto.

(1) "ROSANA"; pero no hay tal personaje. Antes, dijo que la criada de las damas se llamaba RISELA, y este nombre pide la rima de los tercetos.
(2) "el de su".
(3) "llevan", por error evidente.
(4) "Y de ti": es errata.

LEONIDO. Bien se ve.
¿Padre fray Bartolomé?
MANFR. ¿Mi padre fray Sebastián?
LEONIDO. Déjele, que no está ahora
maduro ese pecador.
MANFR. Duélase de él el Señor.
ROSARDO. Decid también la señora.
MANFR. ¿Qué señora?
ROSARDO. Esa cruel,
que no se duele de mí.
Si cristiano le ofendí,
más me aborrece infiel.
LEONIDO. ¿Qué? ¿Trátale mal?
ROSARDO. Muy mal.
LEONIDO. ¡Ah! Cristiana firme y buena;
teme el Infierno y su pena,
teme su fuego inmortal.
Gracias se den al Señor,
que tan buena nueva escucho.
ROSARDO. Padres, yo la quiero mucho.
LEONIDO. Sí; mas ¿no le tiene amor?
ROSARDO. Ninguno.
MANFR. Y diga, Numén:
¿hay algún cautivo aquí
que no tema el Cielo así
y que al Cielo quiera bien?
ROSARDO. Aureliano pierde el seso
por Flavia.
MANFR. ¿Y ella?
ROSARDO. Solía
resistir a su porfía;
mas ya no se trata de eso.
MANFR. ¿Cómo?
ROSARDO. Vase enterneciendo.
MANFR. (¡Ay, desdichado de mí!)
¡Que al Señor se ofenda así!
¡Jesús! Remedia llo entiendo.

ROSARDO.

Padres, quiero pedirles una cosa,
pues tanta cristiandad les ha movido.

LEONIDO.

En todo os serviremos que se ofrezca.

ROSARDO.

Tratar de rescatar estos cautivos
es contar las arenas de estas aguas
y sosegar las olas de su golfo.
Por aquesta mujer me he vuelto moro.
Díganle que prometa ser mi esposa,
y ganarán mi alma y de esta gente,
que a la fe que dejamos volveremos.
Esta es la respuesta, y será oficio (1)
de padres tan cristianos y católicos.
Conviértanla a esta fe sus reverencias,
y ganarán mi alma con la suya.

LEONIDO.

Gracias se den al [buen] Señor por todo.
Yo soy contento; pónganme con ella,
que la deseo ver en todo extremo.

ROSARDO.

Llévalos tú, Cidán, a mis cautivos.

CIDÁN.

Vamos.

ROSARDO.

Si la movéis a que me (2) quiera,
fuera de que ganáis aquestas almas,
os prometo a los dos dos mil ducados.

LEONIDO.

Sólo servir al Cielo pretendemos.—
Pasa adelante, Cidán.

CIDÁN.

(¡Extraña cosa!
¡Que no los ha conocido!)

(*Vanse los dos.*)

ROSARDO.

Dime, Olimpo:
¿Has leído en historia antigua o nueva
suceso tal como este Argel fingido?
¿Hay cosa más ridícula que vengan
frailes a rescatarme los cautivos,
y crean que yo soy (3) corsario moro?

PIALÍ.

Antes, si no me engaño, es un enredo
que imaginó la fantasía extraña.

ROSARDO.

¿De qué manera?

PIALÍ.

¿No ves aquestos frailes?

ROSARDO.

Muy bien.

PIALÍ.

Pues ¿qué darás si no lo fueren?

(1) "será este oficio", con lo que el verso sería largo.
(2) "le", por errata.
(3) "que soy"; pero el verso es corto.

ROSARDO.

¡Válame Dios! No pases adelante.
Ya sé quién son.

PIALÍ.

¿Quién son?

ROSARDO.

Los dos hermanos;
que hablando en esto lo pensé mil veces,
atendiendo a las hablas y sus rostros;
y como os vi callar no me di crédito.
¡Oh, perros atrevidos! ¡Mueran!

PIALÍ.

Tente,
que no has de proceder de esa manera.

ROSARDO.

Pues ¿cómo?

PIALÍ.

Que con Flérida has de vellos.
Vente luego conmigo.

ROSARDO.

¡Ah, ciegos ojos!
Mas ¿a quién no engañaran sus (1) antojos?

(*Vanse, y salen* FLÉRIDA *y* FLAVIA, *con eses y clavos en los rostros.*)

FLAVIA. ¡Por mi vida, que te están,
Flérida, los hierros bien!
FLÉRIDA. ¿Es porque diga también
el donaire que te dan?
FLAVIA. No, a fe; sino porque han sido
los que no pensé que fueran.
FLÉRIDA. Fueran ciertos si tuvieran
el nombre de mi Leonido.
FLAVIA. ¿Qué hará mi Manfredo ahora?
FLÉRIDA. Llorará tantas desgracias.

(*Sale* LEONIDO, MANFREDO *y* CELIO.)

FLAVIA. Oye.
LEONIDO. *Deo gratias*, señoras. (2)
FLÉRIDA. Padres míos, ¿qué hay aquí?
LEONIDO. Habemos dado al través
en un vaso ginovés,
y al fin surgimos aquí.

(1) "estos"; pero el verso quedaria largo.
(2) Este verso no rima, y además falta otro para la redondilla. Quizá dijese, poco más o menos:

"FLAVIA. Oye [¿quién entra?]
LEONIDO. *Deo gratias.*
[Somos dos frailes], señora."

FLÉRIDA. ¡Sea Dios loado!
FLAVIA. Creo
que consuelo nos envía.
LEONIDO. Dárosle, por Dios, querría;
que eso es lo que más deseo.
Dióme licencia Numén,
y contóme vuestra historia.
FLÉRIDA. Muy bien la tiene en memoria.
LEONIDO. Como vos vuestro desdén.
Espántome que seáis
tan discreta, hermosa y noble,
y vuestro pecho no doble
ver el peligro en que estáis.
Es muy poca cristiandad
querer que esta alma se pierda,
pues del Cielo no se acuerda
por vuestra riguridad.
Pues que sabéis le dejó,
y a él se quiere volver
con que seáis su mujer,
ya que por vos le negó.
Remediad, señora mía,
tanto mal; dejad extremos,
y a Córcega volveremos
con tal vitoria este día.
Y si (1) con todos entrase
por ella, no me anticipo
si dijese que Filipo
con una mitra me honrase.
¡Ea! Mirad no os castigue
el Cielo.
FLÉRIDA. (¿Flavia?
FLAVIA. ¿Qué quieres?
FLÉRIDA. O soy ciega, o tú lo eres,
o es sombra que el alma sigue.
Manfredo y Leonido son.
Disimula, que yo quiero
responder.)
MANFR. (Por hablar muero.
LEONIDO. Calla, que no hay ocasión.)
FLÉRIDA. Padres, yo no pretendía
olvidar mi antiguo esposo
ni al tirano poderoso
rendirme en esta porfía.
Mas, pues que vos me encargáis
la conciencia, veo que es justo
y que quiero hacer su gusto,
pues tantas almas ganáis.
LEONIDO. ¡Ah, falsa; que eso quería!
¿No sabes que vivo estoy?

(1) "Y así".

FLÉRIDA. Burléme, a fe de quien soy.
Di la verdad, Flavia mía.
[FLAVIA.] Ya os habemos conocido.
Dame esos brazos, Manfredo.
MANFR. Si con el hábito puedo,
digo que soy tu marido,
y cesarán tus enojos
de haberme dado mil celos.
FLÉRIDA. El tirano viene.
MANFR. ¡Oh, Cielos!
FLAVIA. Poneos capillas y antojos.

(Salen ROSARDO *y todos los* MOROS.)

ROSARDO. Pues ¿padres?
LEONIDO. *Deo gratias.*
ROSARDO. Bien.
PIALÍ. (Mira bien si es lo que digo.)
ROSARDO. ¿Queréis hoy comer conmigo?
LEONIDO. De buena gana, Numén,
si ha de ser a la cristiana.
ROSARDO. De moro es esta divisa.
Decidnos mañana misa,
por ser domingo mañana.
No digo así, que esta gente...
MANFR. (Esto es peor, ¡vive Dios!)
LEONIDO. Somos, alcaide, los dos
de corona solamente.
ROSARDO. ¿De corona y redentores?
No están los embustes malos.
¡Hola! Dadles dos mil palos
a cuenta de esos amores.
Pues ¿a mí con el disfraz,
señor Manfredo y Leonido?
LEONIDO. Violencia de amor ha sido;
que es muerte, aunque de rapaz.
Ya estamos en tu poder.
ROSARDO. ¡Hola, gente de galera!
FLÉRIDA. ¡Triste de mí!
ROSARDO. ¡Ropa afuera!
FLÉRIDA. ¿Qué es lo que quieres hacer?
ROSARDO. Rapallos cabello y barba
y ponellos en un remo.
FLÉRIDA. No hagas tan bajo extremo,
si Amor en tu pecho escarba.
Basta que cautivos sean.
ROSARDO. Por ser la primera cosa
que pides, Flérida hermosa,
y que soy hidalgo crean,
desnúdense por agora.
Alto; llévenlos de aquí.
¿Quiéreste doler de mí?

(Vanse.)

FLÉRIDA. Déjame.
ROSARDO. Escucha, señora.
LEONIDO. Por presto determinados,
tarde nos arrepentimos.
MANFR. Con mucha lana venimos,
y volvemos trasquilados.

ACTO TERCERO

(Salen ROSARDO *y* OLIMPO.)

ROSARDO. ¡Que se ablande el hierro fuerte;
que al Infierno y sus enojos
suspenda una vez la muerte,
Argos duerma con cien ojos
y en otra vida despierte;
que se engañe una sirena
de halagos fingidos llena;
que se venza un Polifemo
y que se pase en su extremo
la Libia, de sierpes llena.
¡Que venza a fuerza el estilo
de Ulises, y que se ate
una tigre, un cocodrilo;
que una nube se dilate
y que se recoja el Nilo;
que se corte el monte Otón,
porque así Jerjes lo mande;
que cobre un loco razón;
que una serpiente se ablande
y se sujete un león!
¡Que se saque una ballena
del profundo de la mar,
y las perlas de su arena,
y que se pueda sacar
la plata y oro en su vena,
y que a un áspid sordo encante,
y que se labre un diamante,
y que no se pueda hacer
que se ablande una mujer!
¿Hay dureza semejante?
PIALÍ. Pues que se ablande no esperes.
Manda matallos, señor,
antes que más desesperes,
y no hagas caso de amor
por fuerza, que son mujeres.
ROSARDO. ¿Que los mate? Aqueso fuera
cuando no hubiera fingido
ser moro de esa manera;
que a ser verdad, ya Leonido
en la otra vida estuviera.

Mas, si tengo de volver,
que no se excusa de hacer,
a mi patria, por mi honor,
¿cómo he de hacer este error
y forzar esta mujer?
Olimpo, ya he comenzado
con industria. Esto conviene
que vaya adelante.

PIALÍ. Ha dado,
después que a Leonido tiene,
en traerte así engañado.

ROSARDO. Pues ¿cómo? ¿No descubrí
de Leonido y de Manfredo
el falso engaño?

PIALÍ. Es así.

ROSARDO. Pues ¿de qué me pones miedo?
¿Presos no los tengo aquí?

PIALÍ. Pues mientras juntos estén,
pues cada día se ven,
no esperes tener más vida.

ROSARDO. Y aun con eso está ofendida
aquella fiera de desdén. (1)
Pero porque no me digas
que vivo remiso en esto,
¿qué es la industria a que te obligas?

PIALÍ. Tú, Rosardo, ¿nunca has puesto
pendencia entre dos amigas?

ROSARDO. No, en mi vida.

PIALÍ. Pues celosas
han de quedar si tú quieres;
que mujeres envidiosas
hacen celosas mujeres
y quistiones espantosas.
Revuélvelas, pon en pie
todo un monte de recelos
entre las dos, que yo sé
que si proceden de celos,
no hay honra, amistad ni fe.

ROSARDO. Pues di: ¿cómo se ha de hacer?

PIALÍ. A Flavia has de revolver
con Flérida.

ROSARDO. No lo esperes;
aunque todas las mujeres
son fáciles de creer.

PIALÍ. De manera has de ordenar
que un papel Leonido escriba,
pues tú lo puedes mandar,
diciendo que en Flavia estriba
tu vivir o tu penar.
Dentro de tu propia tienda
fíngele luego a Leonido
que acabaste tu contienda.

ROSARDO. Ya estoy del todo advertido,
bien es verdad que lo (1) entienda.
Y pues que se ofrece aquí,
déjame que hable con él.

[PIALÍ.] Lo que te he dicho le di.
Voy por la tinta y papel.
Di: ¿sabrás?

ROSARDO. Digo que sí.

(*Vase* PIALÍ, *y sale* LEONIDO *con cadena.*)

LEONIDO.

No pienses que estos hierros y cadena,
en un alma que es firme y amorosa,
menos que gloria son, porque es la pena,
Flérida, para mí dulce y sabrosa (2)
en estas tierras de desierto llena;
cualquier fruto de amor, cualquiera cosa,
le sabe al corazón, de angustias lleno,
más que la fruta del cercado ajeno. (2)
Las amenazas de tiranos bravos
poco te han ofendido, dulce esposa;
que me pareces con aquesos clavos
más blanca que la leche y más hermosa. (2)
Pues somos con igual fortuna esclavos,
vivamos esta cárcel tenebrosa,
que es mejor con tu cielo tan sereno
que el prado por abril de flores lleno. (2)

ROSARDO.

Aunque cumples con ser tan firme amante,
no cantas bien en tu prisión, Leonido.

LEONIDO.

Canta, señor, el solo caminante
y el pastor en los montes escondido;
canta sobre la mar el navegante
y al son de la cadena en que (3) está asido
canta también el preso; y de este modo
canto mi pena yo, que lo soy todo.

ROSARDO.

¿Cadenas te pusieron?

LEONIDO.

Entretengo
hasta la muerte dura la esperanza.

(1) Sobra una sílaba a este verso.

(1) "que todo lo".
(2) Los cuatro versos con esta llamada son de la conocida égloga de Garcilaso.
(3) "el que".

ROSARDO.

Ya por mi mal, Leonido, apenas vengo;
que en todos los del mundo habrá mudanza. (1)
A Flérida olvidé.

LEONIDO.

¿Cómo es posible?

ROSARDO.

Canséme de emprender un imposible.
Hoy, por decir verdad, a Flavia adoro,
y si acabar ahora en ella puedo (2)
que me quiera, yo dejo de ser moro
y por su esclavo y por su esposo quedo.
A Flérida te diera y un tesoro
por que la persuadieras que a Manfredo
dejara de quererle; y de otra suerte,
no escaparéis de Argel y de la muerte.
Porque mañana doy al viento velas,
que ya el arráez a llamarme envía
por que vaya a seguir diez carabelas
que llevan cantidad de especería.
Si llega aquí el armada, seguirélas,
que puede ser que vengan con el día,
saliéndole a anuncialle tres calandrias,
con tres galeras y con tres palandrias.
Los esclavos, por fuerza iréis al remo;
las mujeres, guisando la comida,
y llegados a Argel, su fuerza temo
y vuestra alegre libertad perdida.
Cual digo, adoro a Flavia por extremo,
y si ésta (3) de ti fuere persuadida
que dejase a Manfredo y me quisiese,
no dudes que cristiano me volviese.

LEONIDO.

Numén, cuando mi hermano o padre fuera,
le perdiera el respeto en este caso.
Piérdase Flavia de cualquier manera
y no vamos a Argel; detén el paso.
Nuestra muerte y peligro considera;
demás, que si con Flérida me caso,
en rescate y albricias, es muy justo
que pues no te doy oro, te dé gusto.
Yo la hablaré, y aun pienso persuadilla
de suerte que hoy la goces.

ROSARDO.

Tráela luego;
que aquí te aguardo en la desierta orilla
del mar, que no podrá templar mi fuego.

LEONIDO.

Yo pienso a lo que es justo reducilla.

ROSARDO.

Espera, que de suerte vivo ciego.

LEONIDO.

Dame el tintero.

ROSARDO.

Escribe una palabra,
que aquí hay recaudo.

LEONIDO.

Tu boca no se abra.

ROSARDO.

Escribe que la adoro y la deseo;
que ya he dejado a Flérida, y que vive
dentro en mi alma, y que en su amor me empleo.

LEONIDO.

Yo lo sabré notar.

ROSARDO.

(Que no concibe
este engaño, habiendo amor, no creo: (1)
que el hombre que más sabe o se sospecha
de su industria y ingenio se aprovecha.

PIALÍ.

¡Grande máquina intentas!

ROSARDO.

Yo te digo
que puede dar materia a larga historia.
Y cuando más discreto este enemigo,
en tanto más estima la vitoria.
No las violencias, las industrias sigo,
porque de ellas espero mayor gloria;
que si por otro estilo lo llevara,
matara el hermano y la mujer forzara.) (2)

LEONIDO.

Ya he acabado.

ROSARDO.

Pues, en suma, quiero
que este papel le des.

---

(1) Faltan dos versos para la octava, y los que quedaron apenas tienen sentido.

(2) Este verso se habrá escrito así:

"Y si acabar con ella ahora puedo".

(3) "esto".

(1) Falta un verso a esta octava.

(2) Sobra una sílaba.

LEONIDO.

¿No más?

ROSARDO.

Que la hables;
que para otra ocasión guardada espero
que mejor que el papel mi amor entables.

LEONIDO.

Pues ¿romperéle?

ROSARDO.

No; mas ve primero
y dile en qué peligros tan notables
vuestras vidas están.

LEONIDO.

Yo voy.

ROSARDO.

Camina.
Coge el papel.

PIALÍ.

Este hombre desatina.

ROSARDO.

Y más que viene aquella fiera ingrata,
mi primera verdad y pensamiento
y el dulce basilisco que me mata.

PIALÍ.

Escucha, pues, que el lobo está en el cuento.

(*Sale* FLÉRIDA.)

FLÉRIDA.

¡Cuán en vano mi vida se dilata
para darme más pena y más tormento!
Que mal pueden flaqueza y inocencia
hacer a tantos daños resistencia.

ROSARDO. Gallarda es el alma mia, (1)
tuya en todo lo demás.
¿Adónde tan triste vas,
siguiendo tu fantasía?
Sin duda sabes tus celos
y de tu daño el efeto;
porque no tiene secreto
la tierra para los cielos.
¡Ay, Flérida, y quién dijera
que Leonido te olvidara!

FLÉRIDA. En lo que dices repara
y mi agravio considera;
que yo triste no venía,
ni de Leonido quejosa,
ni estoy de Flavia envidiosa.

ROSARDO. Sin duda es estrella mía.

FLÉRIDA. Algo creo que has sabido.
¿Pues Leonido a mí me ofende?

ROSARDO. No; basta que lo pretende.

FLÉRIDA. ¿Y que ama a Flavia Leonido?

ROSARDO. ¿Posible es que no lo sabes?
Siempre es el postrero el dueño.

FLÉRIDA. (¡Parece que duermo y sueño
tristezas nuevas y graves!
¡Ah, Flavia!)

ROSARDO. ¿Qué me darás
por que tu recelo veas?
¡Y la adora!

FLÉRIDA. No lo creas;
que quizá te engañarás.
Porque si maldad tan fiera
caber pudiera en Leonido,
tu amor no verá su olvido
del punto en que yo lo viera.

ROSARDO. Ahora bien, no sólo el ver
por tus ojos lo que pasa,
o fuera o dentro de casa,
posible, ingrata, ha de ser;
pero de su misma mano
firma suya en un renglón.

FLÉRIDA. Son efetos de invención
o consejos de Aureliano.

ROSARDO. Que me canso, ve, le di,
que a Flavia se le tomé
hoy, que leyendo la hallé
en él esa letra.

FLÉRIDA. ¿Así?

ROSARDO. Pues lee, y verás si agravia
Leonido tu pecho en esto.

FLÉRIDA. Es hombre. ¡Cielos! ¿Qué es esto?
¿Leonido papel a Flavia?
Flavia infame, ¿en esto das?
Traidor Leonido, hombre infame,
que asi es razón que te llame,
y no mi esposo jamás.
Su letra y sus pensamientos,
que deseaba saber,
por tu mano vengo a ver
y a conocer sus intentos.
Y es la maldad de tal suerte,
que apenas lloran mis ojos,
que en lugar de estos enojos
toda en fuego me (1) convierte.

(1) Parece faltar algo antes del diálogo que sigue.

(1) "se".

Que cuando ya se la dan
alma y pecho venle indigno,
y el agravio en el camino
le convierte en alquitrán.
Dejemos, pues, de llorar
y la venganza pensemos,
que los piadosos extremos
aumentan siempre el pesar.
Darme la muerte es locura,
quererle más es mayor,
y reducirle a mi amor,
bajeza y desenvoltura.
La venganza está en mi mano.
¿Quiéresme hacer un placer?

ROSARDO. Pide el mundo.

FLÉRIDA. Quiero hacer,
Numén, un hecho romano.

ROSARDO. ¿De qué suerte?

FLÉRIDA. Con tu ayuda,
que soy mora fingiré;
contigo me casaré,
que aquesto será sin duda,
y, en siendo dueña de todo,
verás cuál pongo a los dos.

ROSARDO. ¡Notable industria, por Dios!
¡Vengaráste de este modo!
Pero di, señora mía,
¿que en fin serás mi mujer?

FLÉRIDA. Volviendo el que fuiste a ser,
lo seré en aqueste día.

ROSARDO. Y contigo puede ir
a darte favor Cidán.

FLÉRIDA. ¡Ay, celos! (1)

CIDÁN. ¿Qué no podrán?

FLÉRIDA. Tú puedes, Cidán, venir.

ROSARDO. Espera, ¿qué nombre quieres?
¿Jarifa, Arlaja o Sultana?

FLÉRIDA. Paréceme a mí, Rosana,
porque tú Rosardo eres.

(*Vanse, y queda* ROSARDO.)

ROSARDO. Id en buen hora dichosa.
¿Hay tal violencia de celos?
No han puesto en monstruo los Cie-
calidad tan espantosa. [los (2)
¿Hay fácil credulidad
como la de una mujer?
Mas el papel pudo hacer
mayor mentira verdad.

(1) "Cielos". Es errata.
(2) "de celos". También errata.

(*Vanse. Salen* MANFREDO *y* FLAVIA, *que van por agua.*)

MANFR. ¿Que no quieres que me queje?

FLAVIA. Pues ¿por qué te has de quejar?

MANFR. ¿Con Aureliano has de hablar?

FLAVIA. ¿Quieres que de hablarle deje?

MANFR. Sí, que me abraso de celos
viendo que el traidor Leonido
te habla, y que me ha ofendido.

FLAVIA. Deja esos necios desvelos;
y si así me has de tratar,
déjame ir sola a la fuente,
que quiero con su corriente
mis lágrimas consultar.

MANFR. Eso no, que no es razón
que canses tus pies divinos,
que todos estos caminos
peñas y arenales son.
Yo iré, Flavia, y te traeré
tu cántaro con el mío
lleno de agua y de aquel río
que de mis ojos daré.
Yo haré que tributo den,
señora, los tuyos bellos,
porque no hay fuentes como ellos,
ni mar como tu desdén.

(*Vase* MANFREDO.)

FLAVIA.

Cansada barca, que a morir navega,
cárcel cruel y cautiverio largo
con que la muerte tiene puesto embargo
mientras el plazo de su deuda llega.
Confuso caos y Babilonia ciega,
pesada carga y temeroso cargo,
dulce al dichoso, al desdichado amargo,
que a uno excusa el morir y a otro le ruega.
¡Qué largas esperanzas son aquéstas
con que vive la vida entretenida
con el alma en demandas y respuestas!
Dicen que hasta la muerte todo es vida.
Mejor dijeran muertes manifiestas (1)
hasta que el alma en su lugar resida.

(*Salen* LEONIDO *y* AURELIANO.)

LEONIDO. El tiene este pensamiento,
y habemos de padecer
si no mudamos de intento.

AUREL. Aquí está quien ha de ser (2)
de mi muerte el instrumento.

(1) "muerte manifiesta", que no rima.
(2) "hazer".

LEONIDO. Tú ¿dónde ibas?
AUREL. Yo, por leña.
Y esa perra que nos guarda,
cuya furia no es pequeña,
aquí la hallé (1) sola. Aguarda,
que la he de echar de una peña.
LEONIDO. Pues yo traigo de Numén
licencia para hablalla.
AUREL. Publícale su desdén,
dile lo que el alma calla
sin esperanza de bien.
LEONIDO. Haré como amigo. Espera.—
¿Qué haces de esa manera,
Flavia hermosa?
FLAVIA. Tal estoy,
que al amargura le doy
como si no la tuviera.
¿Vendrás a hablarme, cual sueles,
y de Aureliano?
LEONIDO. Antes quiero
que de todos te desveles,
porque ya el tirano fiero
alza las manos crueles.
Mañana nos lleva a Argel
este renegado perro;
a morir vamos con él,
a los tres carga de hierro
y pone al remo cruel.
Dice que os ha de forzar;
mas si le quieres pagar
la afición nueva que tiene,
a ser tu marido viene
y a su ley quiere tornar.
FLAVIA. ¿A mí afición?
LEONIDO. A ti, pues,
y está nuestra vida o muerte
en la respuesta (2) que des,
y no me la des de suerte
que venga a echarme a tus pies.
A Manfredo dará Dios,
y a Manfredo y a Aureliano
das libertad, y a los dos,
que hoy estamos en tu mano.
AUREL. (¡Ay, hijos, (3) habladla vos!
Sin duda la habla por mí.
Si llegaré... Llegar quiero.)
Por parecerme que aquí
habláis en el bien que espero,
me atrevo a llegar aquí.
¡Haz, dulce señora mía,
lo que Leonido te ruega!
Merezca el alma este día,
en este mar que navega,
vencer aquesta porfía.
Sólo está puesta en tu mano
mi vida.

(*Sale* MANFREDO.)

MANFR. ¿Cómo? ¡Ay de mi!
¿Con mi Flavia está Aureliano?
¡Cumples bien, Leonido, así
la obligación de mi hermano!
¡Vive Dios, que estoy de suerte
que, a tener armas, te diera
justa y merecida muerte!
LEONIDO. Lo que dices considera
y lo que te pido advierte,
que si no viera que amor
es dueño de tu favor,
aquéste hiciera pedazos,
le echara al mar con mis brazos.
FLAVIA. ¿Qué toca aquel atambor?
AUREL. Escuchemos el pregón.
FLAVIA. Sin duda nos embarcamos.

(*Sale* PIALÍ, CIDÁN *y* MOROS, *con cajas.*)

PIALÍ. Pues en tan buen puesto estamos,
toca y di.
CIDÁN. Dame atención.
TAMBOR. Manda el alcaide Numén
que porque hoy Flérida toma
su ley, cuantos aquí estén
vayan a su tienda y den
gracias por ello a Mahoma.
PIALÍ. Pasá adelante los dos.
LEONIDO. Pialí, quítate, aguarda. (1)
¿Esto es cierto?
PIALÍ. ¿Cómo cierto?
Id allá y sabréislo vos.
LEONIDO. ¡Qué notable desconcierto!
¿Hase visto tal traición?
AUREL. Sin duda que es invención.
FLAVIA. Todo es de Numén maldad.
LEONIDO. ¡Temeraria libertad!
Saltos me da el corazón.
¡Jesús! ¿Flérida?
FLAVIA. No creas
de un ángel cosas tan feas.

(1) "hable".
(2) "las respuestas"; basta una.
(3) Este "hijos" debe de ser errata.

(1) Este verso no rima.

LEONIDO. También era ángel Luzbel
y siéndole a Dios infiel
cayó en las aguas leteas.
¡Válgame Dios, que reniega
Flérida!

AUREL. ¡Matarla es poco,
si es verdad que aqueso llega!
Tenedme por muerto o loco.
¡Si a Dios niega! ¡Si a Dios niega!

LEONIDO. Vamos, que tiene razón.

FLAVIA. No creas lo que no ves.

MANFR. ¿Qué habrá sido la ocasión,
pues no hay amor ni interés?
¡Tanto puede la traición!
Si amor a Numén tuviera,
sin duda que lo creyera;
que si una mujer adora,
será con el moro mora
y con el bárbaro fiera.

LEONIDO. No sé, amigos. Muerto estoy.
¿Qué dices de aquesto, Flavia?

FLAVIA. Yo segura a verla voy.
Por lágrimas lloro y rabia. (1)

LEONIDO. Fuego por suspiros doy.

(Vanse, y sale ROSARDO *y* FLÉRIDA *de moros, y todos los demás y* MÚSICOS.)

ROSARDO. Cesen las trompetas ¡hola!,
las cajas y chirimías,
y aquí suene la voz sola
dulce aumento de mis días.
Nueva Angélica española,
toma aqueste rico estrado,
que de piedras, plata y oro
te le pienso dar bordado.

FLÉRIDA. ¿Cómo me está el traje moro?
¿Qué es de aquellos clavos de oro?

ROSARDO. Por tu vida que Piali...

FLÉRIDA. Fingidos los puso en mí.

ROSARDO. Denle a Pialí cien cequíes,
dos alfanjes turquíes
y el bayo que ayer corrí;
que no es razón que [a] esa cara
ninguna cosa ofendiera,
aunque ninguno bastara,
y aun el sol no la venciera
con nube aunque le eclipsara.
Nube ni rosa no fué
la de aquestos negros clavos,
de que el sol libre se ve.
¿Hola? Llamad mis esclavos:
vengan a besalle el pie.

PIALÍ. Ya fué Cidán a avisallos.

ROSARDO. Después vendrán mis vasallos,
y a fe que, aunque son montañas,
hubiera juego de cañas
si tuviera mis caballos.

PIALÍ. Aquí hay, señor, dos o tres.

ROSARDO. Mi Rosana, a pasear.—

(Salen LEONIDO, AURELIANO, FLAVIA *y* MANFREDO.)

¿Cómo tardáis en llegar,
perros, a besar sus pies? (1)

LEONIDO. ¿Esto es posible?

FLAVIA. ¡Oh, traidora!

AUREL. ¿Es cierto aquesto?

ROSARDO. Llegad, perros.

MANFR. Ya, señora.

FLAVIA. Yo lo he visto y no lo creo.

FLÉRIDA. ¿Vióse venganza mayor? (2)

MANFR. Beso tus pies y obedezco
por señora.

ROSARDO. Llega tú.

AUREL. Aquí la vida te ofrezco.

LEONIDO. (¡Que ha renegado! ¡Jesú!
¡Pierdo la vida, enloquezco!)

AUREL. (Estoy por matalla allí.)

ROSARDO. Llega, cristiana.

FLAVIA. Tus pies
beso.

FLÉRIDA. ¿Tú vienes aquí,
causa del daño que ves?

FLAVIA. Señora, ¿en qué te ofendí?

FLÉRIDA. ¿En qué, enemiga?—Numén,
haz llevarla a la prisión.

ROSARDO. Llévenla, Armindo y Azén.

FLAVIA. Pues a mí, (3) ¿por qué razón?

FLÉRIDA. La muerte haré que te den.—
¡Perros, que me habéis vendido!

FLAVIA. (Sin duda se ha vuelto loca.)

ROSARDO. ¿Cómo no llega Leonido?

LEONIDO. ¿Yo en tus pies poner mi boca?

ROSARDO. ¿Qué es esto, perro atrevido?—
O llegue o dalde la muerte.

LEONIDO. ¡Ladrones, de aquesta suerte
beso yo pies tan infames!

ROSARDO. ¿Cómo, que infames los llames?

(1) Así en los textos.

(1) Falta un verso a esta quintilla.

(2) Como se ve, este pasaje está por completo estragado.

(3) "aqui".

LEONIDO. ¡Oh, celos, gigante fuerte, ayuda!
ROSARDO. ¡No escape! ¡Muera, y vaya tras él mi gente!
FLÉRIDA. Dejalde, señor; espera.
ROSARDO. Señora, ¿qué, te desmayas? (1)
FLÉRIDA. Que le he amado considera.
ROSARDO. ¿Cómo no? ¡Muera el villano! Yo he de seguille [el] primero.

(*Vase.*)

AUREL. Sabe que he sido tu hermano.
FLÉRIDA. Y [el] hombre más duro y fiero, más bárbaro, loco y vano.
AUREL. ¿Por qué has dejado la fe?
FLÉRIDA. No he dejado.
AUREL. Pues ¿qué fué trocar hábito de mora?
FLÉRIDA. Quererme vengar ahora poniendo en tu cuello el pie.
AUREL. ¿Quién te ha ofendido?
FLÉRIDA. Leonido.
AUREL. ¿Cómo?
FLÉRIDA. Solicita a Flavia, y ella le llama marido. Lo que es la venganza, es rabia; lo que es ser mora, es fingido.
AUREL. ¿Que a Flavia Leonido adora? ¿Con eso el traidor la hablaba? (2)
FLÉRIDA. Por esto me he vuelto mora, por eso le castigaba. Di que tengo culpa agora.
AUREL. Culpa tienes, pues debieras dar cuenta de esto a tu hermano, sin hacer estas quimeras.
FLÉRIDA. Dijéronme que tú eras encubridor, Aureliano.
AUREL. Ahora bien, ¡yo he de matarte!
FLÉRIDA. Tú ni todo el mundo es parte.
AUREL. Ahora yo te tengo aquí.
FLÉRIDA. ¿Numén? ¿Cidán? ¿Pialí?
MANFR. Yo también he de ayudarte.

(*Salen* ROSARDO *y los* MOROS.)

ROSARDO.

¡Llegad aprisa, por el Cielo santo, que ahogan a mi bien los dos traidores!

AURELIANO.

¡Agora has de morir, villana (1) infame! ¡No eres mi hermana, no lo digas!

ROSARDO.

¡Perro! ¿Infame a un ángel?

AURELIANO.

Danos luego muerte. Considera mi justo sentimiento. A mi sangre castigo; ésta es mi sangre.

ROSARDO.

Rápales luego a cercen cabello y barba. Echenlos en el remo.

FLÉRIDA.

Espera un poco. Por mis ojos, si mis ojos amas, que baste su prisión y cautiverio.

ROSARDO.

Pues llevaldos de aquí, que si los miro, ¡por Mahoma!, que nunca lo he jurado, que sin beber su sangre no me temples.

AURELIANO.

¡Que no quiero piedad! ¡La muerte quiero!

PIALÍ.

¡Andad, perros, de aquí!

MANFREDO.

Calla, Aureliano. Guarda la vida hasta cobrar mi hermano.

(*Vanse.*)

ROSARDO.

Enfadada estarás.

FLÉRIDA.

Causa he tenido.

ROSARDO.

¿Dónde quieres hòlgarte?

FLÉRIDA.

En la montaña, si hay caza alguna.

ROSARDO.

Está de caza llena. El suelto pardo por los montes corre

---

(1) "Desmayas" no rima. Quizá diría: "Señora: ¿qué haces? detente".
(2) En la impresión de Madrid, "hablaua". En la de Barcelona, "hablanda".

(1) En la impresión barcelonesa, "villano".

y la montesa cabra por las peñas;
el jabalí cerdoso, colmilludo,
los céspedes devasta (1) de los bosques;
huye el conejo y la medrosa liebre,
él deja su saber (2) y ella su cama.

FLÉRIDA.

Pues vamos, que este enfado pasaremos
ejercitando el arco y la ballesta.

ROSARDO.

Diana sale a caza, que se apresta.

(*Vanse, y salen los* MOROS *huyendo y* LEONIDO *tras ellos, dándoles voces.*)

PIALÍ. ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!
CIDÁN. A decillo al Jeque voy.

(*Vanse los* MOROS.)

LEONIDO. ¿Loco me decís que estoy?
¡Perros, aguardadme un poco!
Pero ¿por dicha es locura?
Locura debe de ser,
porque no la conocer
es la señal más segura.
¿Dónde voy ¡triste de mí!
con desventuras tan graves?
¡Alma, si acaso lo sabes,
dime si soy lo que fuí!
¡Cruel! ¿En qué te ofendí
que tal galardón me diste,
que a un hombre sin Dios quisiste
y a Dios y a su ley dejaste?
La palabra me negaste
que me diste de ser mía.
La luz se ausenta del día,
noche obscura me parece,
todo el campo se entristece;
tristeza anuncian sus peces,
que entrando y saliendo creces (3)
creo que mi muerte aguardan. (4)
Tienes razón, que ya tardan
mis manos en darme muerte.
¡Oh, vida, coluna fuerte
a naturaleza asida!
Siendo Flérida perdida
¿cosa tan justa resistes?
No es la vida para tristes.
Vívala el moro gallardo,
vivan Flérida y Rosardo;
pero no los nombro bien:
vivan Rosana y Numén.
Mas ¿qué es lo que digo? Espera,
no quede en esta ribera
álamo, chopo ni coro (1)
en que Angélica y Medoro
escriban sus falsos nombres.
¡No fuérades todos hombres!
Arboles desvergonzados,
montes, sotos, riscos, prados,
no os empecéis a quejar,
que ya me vuelvo a la mar
y me la pienso sorber,
que bien la habré menester
para el incendio que paso.
¡Justo Cielo, que me abraso,
tened lástima de mí!
¿Qué me estás mirando ahí,
peña, imagen de aquel pecho
que tanto agravio me ha hecho?
¡Haréte dos mil pedazos!
¡Cruel! ¿Qué harás en los brazos
de un hombre que está sin Dios?
¡Un rayo os parta a los dos!
¡Ay, Cielo! ¡Si yo lo fuera,
con qué violencia cayera
sobre los dos desde el cielo!
¿Es aqueste el mortal velo,
o es mi sombra? ¿Hola? ¿Quién es?
Manos tengo, rostro y pies.
¿Quién habla allá dentro? ¡Hola?
¿No me responde ninguno?
Mas ¿por qué el alma importuno?
Que se vaya y se remonte.
Pero ¿no se ve allí un monte?
Y arrojarme he desde allí
en el mar, pues me creí
de quien de aquesta manera
con unas alas de cera
quiso que mirase al sol.
Seré un rayo español,
porque, cayendo en el mar,
el nombre le he de quitar
y se llamará Leonido;

(1) "desbasta".
(2) Así en ambas impresiones; pero parece errata. Quizá "comer".
(3) Como no sea porque las pronuncia un loco, no hallamos explicación a las palabras de este verso y el anterior.
(4) "aguardo"; pero no rima.

(1) En la edición de Madrid, "corro"; en la catalana, "carro".

pero mientras me despido
quiero con Leonido hablar.

(*Sale* Flérida.)

Flérida. La que pierde tanto bien
y espera perder la vida,
bien es que vaya perdida
de la caza y de Numén.
¡Ay, primero movimiento,
breve en pensar, en obrar,
cómo vienes a parar
en largo arrepentimiento!
Diéronme en esto los Cielos
naturaleza heredada,
que no hay víbora pisada
como una mujer con celos.

Leonido. ¡Ha de abajo! ¿Hola? ¿No veis
que quiero echarme de aquí
y que daré (1) sobre ti?

Flérida. ¡Ay, Cielos, Leonido es!

Leonido. ¿Hola? Si eres cosa viva,
dile a aquella renegada
que ya no se me da nada
de que en otros brazos viva.
Que como he considerado
que no dándola ocasión,
y con tan grande traición
vivo ya muy consolado,
cuanto y más que no es mi queja
sola, que hay otras dos;
que aquesta ofensa es de Dios,
a quien por un amor deja.
Yo la sabré castigar
mientras que de aquí me arrojo,
que quiero echarme en remojo
por algún tiempo en el mar;
porque he suspirado tanto
y con violencia tan fuerte,
y (2) he llorado de tal suerte
que estoy más seco que un canto.
Vete y aquesto le dí.

Flérida. ¡Tente! ¡Espera!

Leonido. ¿Que me espere?
¿Quién eres tú?

Flérida. Sea quien fuere.
Alguien soy, pues hablo aquí.

Leonido. Mi sombra debe de ser,
que las aguas son espejos
que retratan desde lejos
al que las alcanza a ver.
¡Hola, sombra impertinente,
desvíate enhoramala!

Flérida. No la has tenido tan mala
después que te lloro ausente.
¿Por qué te quieres matar?

Leonido. Por no besalle la planta
a una mujer que no es santa
ni la han de canonizar.
Quísela y quiérola bien,
y levantóme que rabio
por hacerme aqueste agravio
con el perro de Numén.
¿Conoces aqueste galgo?

Flérida. Conózcole por mi mal.
Dime que tú eres leal
a Flérida.

Leonido. Soy hidalgo.

Flérida. ¿Luego no has querido a Flavia?

Leonido. Sólo a Flérida he querido.
Mi primero amor ha sido.

Flérida. (Injustamente te agravio.)
¿Quiéresla mucho?

Leonido. La adoro.

Flérida. ¿Ha gran tiempo?

Leonido. Habrá seis años.

Flérida. ¿Y te olvida?

Leonido. Por engaños.

Flérida. ¿De quién, di?

Leonido. De un falso moro.

Flérida. Algo le has hecho.

Leonido. Tú mientes.

Flérida. Ella es leal.

Leonido. Es traidora.
¡Ah, sombra preguntadora,
no me canses y atormentes!

Flérida. ¿Si yo te muestro un papel
que tú le escribiste a Flavia?

Leonido. Aquese papel me agravia;
el engaño nació de él,
que me le hizo escribir
Numén, de Flavia abrasado.
Y pues ya me has confesado,
sombra, déjame morir.
¡Adiós, Flérida fingida!
¡Adiós, enemiga hermosa,
mi primero amor y esposa,
alma de este cuerpo y vida,
que Dios sabe que jamás
te ofendió mi pensamiento!

Flérida. ¡Detente! ¡Espera un momento!

(1) En la edición de Barcelona, "haré".
(2) "que".

LEONIDO. ¡Ah, (1) infame sombra! ¿Ahí es-
Pero ¿qué me estoy quejando? [tás?
sombra, si es sombra tu nombre,
si todo lo que hace un hombre
le va su sombra imitando?
¡Déjame morir, y luego
morirás conmigo asida!

FLÉRIDA. ¡Tente, dueño de mi vida!
Mira que estás loco y ciego.

LEONIDO. ¿Quién eres, sombra cruel?

FLÉRIDA. Flérida soy, que te adoro;
tuya soy, que no del moro,
aunque en moro traje infiel.
El me dió aqueste papel
diciendo que le escribías
a Flavia, y las ansias mías
son más que las letras de él.
Creílo, y, para vengarme,
tomé este traje fingido.
Esta es la verdad, Leonido;
Leonido, baja a abrazarme;
Leonido, señor y esposo,
templa el furor, vuelve en ti.

LEONIDO. ¿Que eres Flérida?

FLÉRIDA. Yo, sí.
Baja, Leonido hermoso.
Baja, el hombre más gallardo
y que más supo querer.

LEONIDO. ¿Que en fin eres mi mujer
y que no eres de Rosardo?

FLÉRIDA. ¿No lo ves tú, gloria mía,
y del papel el engaño?

LEONIDO. Y con este desengaño
vuelve el sol y alegre día.
Ya las sierras y los prados
visten su hierba, y sus fuentes
cobran sus claras corrientes,
yendo al mar con pies helados.
Ya estoy cuerdo, ya cobré
en tus brazos seso y vida.

FLÉRIDA. Y yo, claro, arrepentida
de que estos dos te quité.

LEONIDO. Espera, que suena aquí
rumor de gente.

FLÉRIDA. Esta cueva
nos esconderá: esto prueba.

LEONIDO. Mi bien, vete por allí.

(Vanse, y salen MANFREDO *y* FLAVIA.)

MANFR. ¿Que no tendrás tú valor
para estar aquí escondida?

FLAVIA. Si fuera inmortal la vida
me sustentara tu amor.

MANFR. Mira, mi bien, que este moro
ha de hacer de las de aquí,
que ayer medroso le vi.

FLAVIA. Digo, señor, que te adoro,
y que cuando no se vaya,
pasaré alegre contigo
todo el rigor enemigo
de aquesta desierta playa:
hambre, sed, calor y frío
regalo y gusto serán.

MANFR. Digo que presto se irán.
No tengo pena, bien mío,
que al fin los dos escondidos
en esta cueva estaremos
hasta que zarpen los remos
y en la mar estén metidos.
Saldremos después, y creo
que aquí vendrán pescadores,
cual suelen.

FLAVIA. La muerte, amores,
en tu compañía deseo.
Ya soy, en fin, tu mujer.

MANFR. De la cárcel te he sacado
con la congoja y cuidado
que me dió Flérida ayer.
Temí que no te matase,
que tiene celos de ti.

FLAVIA. ¿Qué ocasión, pues, yo le di?

MANFR. Ver que mi hermano te amase.

FLAVIA. Pues ¿quién lo dice?

MANFR. Esos moros
cuanto allá pasa descubren.
¿Es gente?

FLAVIA. Ya se me cubren (1)
de frío y sudor los poros.

MANFR. Entrémonos en la cueva.

(Vanse a entrar en la cueva y sáleles al encuentro LEONIDO [*y* FLÉRIDA].)

LEONIDO. Deteneos, que está ocupada.

FLÉRIDA. ¡Mi Manfredo!—¡Flavia amada!

FLAVIA. ¡No sé si las plantas mueva!
¿Qué hacéis aquí?

FLÉRIDA. Del furor
de este cosario atrevido
nos habemos escondido.

LEONIDO. Templa, Manfredo, el dolor,

(1) "Ay".

(1) En la edición barcelonesa, "descubren".

y háblame, que soy tu hermano,
y abraza a Flérida.

MANFR. Di,
¿cómo agora estás aquí
y adónde queda Aureliano?

FLÉRIDA. Con un papel que fingió
Numén traidor, he creído
que Flavia amaba a Leonido.

MANFR. ¿Renegaste?

FLÉRIDA. ¡Aqueso, no!
¿Tú no ves que es fingimiento?

MANFR. ¿Y estáis ya desengañados?

FLÉRIDA. Siempre, celos acabados,
comienza Amor sus contentos.

FLAVIA. Rüido de un hombre suena.
Aquí os podéis esconder.

FLÉRIDA. Si Aureliano viene a ser,
cura de todo mi pena.

LEONIDO. Tratemos de la defensa,
si acaso los moros son.

MANFR. Todo un armado escuadrón
no puede hacernos ofensa.

(*Entra* ROSARDO.)

ROSARDO. Si de mí tu rostro escondes,
¿cómo dices, dulce ingrata,
que la fe que el amor trata
con tu lealtad correspondes?
Si te llamo y no respondes,
sin duda que fué tu amor
quimera y fuego de amor
que dura veinticuatro horas,
y tus palabras traidoras
algún celoso rigor.
Que es sujeta a esta mudanza
la condición de mujer:
el viento piensa tener
quien tiene en ella esperanza,
que locura y confianza
doblan amor (1) de tal suerte;
ya no era mi mal tan fuerte
como el curso de mi amor;
pero doblando el dolor
está mi vida en la muerte.
Intenté para mi daño
del papel el fingimiento,
que, dando a mi mal aumento
la fuerza del desengaño,
hiciéranme el mismo engaño
tan a costa de mi vida,
que ya (1) la juzgo perdida,
o la trueco por esotra,
porque una herida por otra
se tiene por diestra herida.
De seguirte estoy cansado,
hermoso aunque ingrato dueño;
quiero dar el cuerpo al sueño
en la cama de este prado,
que así descansa el cuidado
en tanto que no despierte,
memoria del mal tan fuerte;
y en aqueste desconcierto,
pues me está tan bien ser muerto,
el sueño imita a la muerte.

(*Echase.*)

LEONIDO.

Echóse a descansar. Sin duda duerme.
Hoy tomamos del bárbaro venganza.
¿Quitaréle la vida?

MANFREDO.

No, detente.
Basta la espada, y atémosle las manos;
mas yo pienso con esta soga atallas;
quedito, no despierte el perro moro
hasta que yo le tenga a mi contento.

LEONIDO.

Date a prisión, Numén.

ROSARDO.

¡Esclavos, perros!

MANFREDO.

Que no hay esclavos. El piadoso Cielo
nos trujo aquí. Si no se rinde, dale.

ROSARDO.

¡Aquí mi desventura me ha traído!
Flérida, di, ¿qué es esto?

FLÉRIDA.

Tus engaños
el Cielo que ha querido castigarte.
El papel que tú a Flavia [le] escribías
creerme hiciste que era de Leonido;
pues ahora, enemigo, has de pagallo.

ROSARDO.

Amor que yerra, Amor también disculpa.
Pero mirad, pues sois nobles hidalgos,
que es impiedad quitarme aquí la vida,
pues yo, pudiendo, no os quité las vuestras;

(1) "doblan mi amor".

(1) "yo".

fuera de que mi gente os dará muerte (1)
[en] no hallándome a mí muerto ni vivo.

LEONIDO.

Poco sirven aquí tus amenazas.—
Mas suéltale, Manfredo, por que vea
la sangre hidalga de mi pecho noble.—
Volvámonos los cuatro al poder tuyo.
Esta es tu espada; ahora considera
que me debes la vida, pues no hay cosa
que pudiera estorbar el [yo] quitártela,
pues ya de la galeota los remeros,
y los pocos cristianos que aquí estamos,
hiciéramos pedazos a tus moros
y a Córcega volviéramos contentos.

ROSARDO.

Confieso que la vida he recibido,
y lo que (2) debo pagaré, Leonido.

(*Sale* AURELIANO.)

AUREL. Valiente alcaide Numén,
jeque de Melilla y File, (3)
para hablarte he sido viento, (4)
para verte he sido lince.
Presto verás ¡oh, señor!
las desdichas (5) que te siguen;
presto irás a Ingalaterra,
atadas las manos libres.
La armada de Landedeste,
ricas naves bergantines,
vienen a hacer agua a esta isla
sin saber que tú la habites.
Subí a hacer leña a este monte
en su punta inacesible,
cuando descubrí una vela,
cuatro, nueve, siete y quince,
y sin aguardar a más,
por que todos no peligren,
vine como el suelto viento
a darte la nueva triste.

ROSARDO. Valerosos españoles,
ya que mi suerte infelice
trujo mis horas alegres
a desventuras tan tristes;
ya que Flérida ha sabido
el engaño que le hice
y con Leonido se ha vuelto
dentro de su pecho firme;
ya que Manfredo es de Flavia
y juntos Amor permite
que hayan atado mis manos,
aunque las suyas me rinden,
llegue de mi larga historia
el desengaño invencible,
por que sepáis lo que puede
Amor que en las almas vive.
Yo no fuí a Argel, ni soy moro,
que es muy hidalgo mi origen,
ni dejara a Dios por todo
lo que los dos polos ciñen.
Fingí el hábito que veis,
y ansí mi gente le finge,
porque todos son cristianos
cuantos conmigo residen.
Troqué, mudando las jarcias
en las armas tunecíes,
mi galera en galeota,
con más astucias que Ulises.
Puse las lunas que veis,
no porque a las cruces priven,
que no pueden esas lunas
hacer a un sol que se eclipse.
Al fin, cautivaros pude,
y aquí os truje. (1) Mas ¿qué sirve,
si no he podido vencer
a mi fortuna terrible?
Tomad, amigos, las armas,
si ya las naves se miden
a tiro con nuestro monte,
para que no nos cautiven.
Manfredo, defiende a Flavia;
Leonido a Flérida libre;
guarde Aureliano a su hermana,
y yo a mi hacienda camine.

LEONIDO. ¿Esto es posible, Rosardo?

ROSARDO. Leonido, esto es posible.

AUREL. Flavia, ¿que ya te has casado?

FLAVIA. Siempre esto mismo te dije.

ROSARDO. Que no es tiempo de quejarse. (2)
Ahora los ojos viven.
Demos por lágrimas plomo
y por suspiros salitre.

(*Sale* PIALÍ.)

PIALÍ. Sosiega, Numén, el pecho.

ROSARDO. Si hay algo de que me avises,

(1) En la barcelonesa, "la muerte".
(2) "y que lo".
(4) "Fre", que no rima.
(5) "Binto", grosera errata.
(3) "dichas", también errata.

(1) "ya que os truxe". Errata.
(2) "quejarme".

llámame Rosardo, Olimpo,
y de Pialí te despide.
Deje Mauricio el Cidán
y los demás que me siguen,
que ya se sabe el engaño,
y lo que importa se mire.

PIALÍ. ¡Gracias a Dios que ya puedo
dejar estos paños viles,
almaizares y almalafas.

ROSARDO. Oye.

PIALÍ. Deja que los pise.
Coma (1) yo en mesa alta luego.
¿Qué harán aquellos perniles
católicos en Escocia?
Venga vino, haréte un brindis.

ROSARDO. ¿Estás loco, Olimpo? Dame
las armas.

PIALÍ. ¿Por qué me riñes?

ROSARDO. ¿No has visto la armada inglesa?

PIALÍ. ¿Qué inglesa? ¿Qué es lo que dices?

ROSARDO. Aureliano, dilo tú.

AUREL. Fué invención, no lo averigües,
porque viendo tuya a Flavia,
hacer este engaño quise.

ROSARDO. Yo soy contento que sea
de Manfredo, y se confirme
con este abrazo de hermano,
y si no, Dios me castigue.

MANRF. Yo lo soy tuyo, Aureliano.—
Lo mismo es que se confirme
con mi Flérida Leonido.

LEONIDO. El alma este bien recibe.

ROSARDO. Pues alto, no quede moro
de los que almalafa visten
que no se desnude luego.
Ve, Olimpo, y mi historia diles.
Alcen las boyas y ferros
y el lienzo al viento desliguen,
moviendo la palameta
al son de los añafiles.
Aquí se entierre mi amor,
aquí haced (1) que se olvide
y, con aquesta vitoria,
a Córcega se camine.

LEONIDO. Aquí, senado famoso,
discreto, ilustre y insigne,
El Renegado de amor
perdón de sus faltas pide.

FIN

(1) "como".

(1) "haz".

LA FAMOSA COMEDIA

DE

¡AY, VERDADES, QUE EN AMOR...[1]

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (2)

CELIA, *dama*.
INÉS, *criada*.
CLARA, *dama*.
JULIA, *criada*.
PRADELIO.
LEONCIO.
LEANDRO.
ALBANO.
DON JUAN, *galán*.
MARTÍN, *su criado*.
DON GARCÍA, *galán*.
LISEO, *su criado*.
FULVIO.
DARÍO.
PERSEO.
[ALBERTO.
LAURENCIO.
Dos DAMAS.
Dos MÚSICOS.]

ACTO PRIMERO (3)

(*Salen* CELIA *y* INÉS *con mantos*. DON JUAN *y* MARTÍN, *su criado*.)

CELIA. Porfiar no es cortesía,
y más con una mujer.
D. JUAN. ¿Cuándo ha sido agravio el ver,
ni el rogar descortesía?
Porque pedir luz al día,
oro al sol, plata a la luna,
¿cuándo fué culpa ninguna?
CELIA. Culpa es grande porfiar
el que no puede alcanzar
lo que siguiendo importuna.
D. JUAN. César no hubiera llegado
al imperio si no hubiera
porfiado, ni tuviera
del mundo el cetro envidiado.
De Troya se vió vengado
porfiando Agamenón,
y pudo Pigmaleón
volver un mármol mujer,
y el campo del mar romper
con lienzo y tablas Jasón.
CELIA. ¿Historias? ¡Oh, qué donaire!
D. JUAN. ¿Quién persüade mejor?
CELIA. Caballero historiador,
toda vuestra prosa es aire.
Id con Dios.
D. JUAN. ¡Bravo desaire
de ese tallazo es no ser
en dejarse ver mujer!
CELIA. Si os habéis de arrepentir,
yo sé que es dejaros ir
mejor que dejaros ver.
D. JUAN. Tener en cárcel escura
el sol de esos ojos bellos,
ingrata al Cielo, que en ellos
copió su misma hermosura;
poner en prisión tan dura
sus jazmines y claveles
sin razones, son crueles.
Dejaos, señora, mirar,
por que os pueda retratar
el alma divino Apeles.
CELIA. ¿Otra historia?
D. JUAN. ¡Que seáis
tirana de tanta nieve!
CELIA. ¡Qué poco la nieve os debe,
si arrendador me llamáis!
D. JUAN. Pues ¿para qué la guardáis?
CELIA. Para el verano la guardo.
D. JUAN. Desde aquí la nieve aguardo,
si me decís vuestra casa.
CELIA. Eso los límites pasa
de vuestro ingenio gallardo.
Extraños los hombres son,
pues sin ver una mujer,
su casa quieren saber.
¡Qué liviandad! ¡Qué traición!
Aquí no obliga afición,
pues no amáis lo que no veis;
luego de liviano hacéis

---

(1) El título del autógrafo sólo dice: "*Ay berdades q.e en amor.*"

(2) "Personas del Acto p.°—Celia, dama.—Inés, criada.—Clara, dama.—Julia, criada.—Don Juan.—Martín, criado.—Don García.—lisco, criado.—Pradelio. — Leoncio. — Leandro. — fulbio.—dario.—Perseo.—Albano."

(3) Antes de las palabras "Acto P.°" hay éstas: "Jhs. M.a Josef. Angel Cust.°"

esta necia diligencia,
o por ver mi resistencia
tanta codicia tenéis.

D. JUAN. ¡Notable error!

CELIA. ¿Cómo error?

D. JUAN. Vos lo veréis.

CELIA. ¿Cuándo?

D. JUAN. Agora.
De cuerpo y alma, señora,
¿cuál tiene mayor valor?

CELIA. El alma.

D. JUAN. Luego el (1) amor
no fué liviano argumento
si tiene por fundamento
amar el alma que vi.

CELIA. ¿Vos vistes mi alma?

D. JUAN. Sí.

CELIA. ¿Dónde?

D. JUAN. En vuestro entendimiento.
Luego sin ver vuestra cara
bien me pude enamorar
y la casa preguntar
donde la vista ocupara
y el cuerpo al alma igualara;
porque fuera yo muy necio
si creyera en su desprecio,
que diera el Cielo, su autor,
a joya de tal valor
caja de tan poco precio.

CELIA. Vos sois hombre peligroso.
Id con Dios.

D. JUAN. Oíd.

CELIA. Decid.

MARTÍN. Y ella, ninfa de Madrid,
¿piensa con tanto reposo
hacerme gastar a mí
la prosa que a mi señor?

INÉS. ¿Cómo me hablará (2) de amor
sin haberme visto?

MARTÍN. Ansí.
Pues ¿qué pleito tengo yo
que pueda solicitarme?
¿Qué valonas que lavarme?

INÉS. ¿No sabe otras cosas?

MARTÍN. No.
que en viendo mujer que sea
de mi parte, no sé más
de ¿Quién eres? ¿Dónde vas?
Bien te aliñas. No eres fea.
¿Tienes cúyo? ¿Eres mostrenca?
¿Dónde posas? Di tu nombre.
¿Quieres un hombre muy hombre?
Quítese allá; quedo, penca.
¡Por vida del rey de copas,
que de una tamborilada
dejo a la más entonada!

INÉS. ¡Cómo en lo vivo me topas!;
que en viendo un hombre de rumbo
deseo verle en galeras.

MARTÍN. Pues, hermana, no me quieras,
que yo blasono y retumbo;
todo soy armas.

INÉS. Pues yo
nunca de fieros me obligo;
mansos quiero, tiernos sigo,
que bravos ni hablantes, no.
Lo que gasta el escribano
y el señor procurador,
lo que se lleva el dotor
y la fe del cirujano,
más lo quiero en gorguerán
y aun en parda picardía.

MARTÍN. Pues descúbrete, luz mía,
que también yo soy galán
de los que dan en dinero
el moño y la bigotera,
que si eres dama espetera
o tarima saber quiero.

INÉS. No puedo, porque se parte
mi ama.

CELIA. No me sigáis.

D. JUAN. ¿No os veré?

CELIA. Si me buscáis...

D. JUAN. ¿Adónde?

CELIA. En la misma parte.

(Vanse las dos.)

D. JUAN. ¡Bizarra mujer!

MARTÍN. ¡Famosa!

D. JUAN. No se descubrió.

MARTÍN. Ni a mí
su criada.

D. JUAN. A un lado vi
por brújula cierta rosa,
campo de una clara estrella.

MARTÍN. Yo la sigo.

D. JUAN. ¿Para qué?
Pues de vella me libré,
¿no estaré mejor sin vella?

MARTÍN. ¿Eso dices?

---

(1) En el autógr., "mi": la corrección impresa es acertada.

(2) En el autógr., "hablare".

D. JUAN. Si es mujer
que el alma puede inquietarme,
yo quiero sin ver quedarme
por no perderme por ver.
Si viese un hombre venir
un león, ¿no es más cordura
darle la espalda segura
que no quererle seguir?
Cuando hay un toro furioso
y sin resistencia humana,
¿no es mejor una ventana
que espada y capa en el coso?
Cuando un juez está airado,
¿no es mejor estar seguro
por el extranjero muro
o por el propio sagrado?
Cuando hay un pleito que en él
se pueden dos concertar,
¿no es mejor que no aguardar
una sentencia cruel?
Pues así en esta ocasión
me libré, con no la ver,
de hallar en esta mujer
toro, juez, pleito y león.

(*Salen* (1) DON GARCÍA y CLARA.)

D. GARCÍA. Pintarte su condición,
hermosa Clara, sería
la luna, el mar, la porfía,
la mudanza y la traición.
Luna, en crecer y menguar;
mar, en bonanza y tormenta;
porfia, en que lo que intenta
se ha de hacer y ejecutar;
la mudanza, en que parece
tornasol, y la traición,
en que, mostrando afición,
al mismo tiempo aborrece.
Esta es Celia, y yo soy quien
amo la luna y el mar,
el mudarse, el porfiar,
y aun la traición quiero bien.
Que con todos los defetos
que ves son sus gracias tales,
que nacieron celestiales
para examinar discretos.
Amar un hombre en virtud
de amarle es ley de razón,
y discreta perdición
amar con ingratitud.
Yo no entiendo estos secretos;
mas dicen los entendidos
que es amar aborrecidos
razón de estado en discretos.

CLARA. De manera, don García,
¿que es ley de la discreción
querer a quien sin razón
aborreciendo porfía?
Debe de ser por fineza,
porque, querido querer,
pienso que debe de ser
la ley de Naturaleza;
que querer donde el rigor
extiende sus asperezas,
más parecen que finezas
bachillerias de Amor.
Pero pues habéis venido
a que os ayude a vencer
el desdén de esta mujer
y el agravio de su olvido,
mirad que habéis de dejar
de ser discreto también,
pues amaréis sin desdén
y con desdén se ha de amar.

D. GARCÍA. No agravia la discreción,
Clara, hacer las diligencias,
que conquistar resistencias
efetos discretos son.
Al que cercase un lugar,
¿no sería valentía
sufrir de noche y de dia
defensas sin pelear?
Por eso advierte mi intento
en lo que has de hacer por mí.

CLARA. Ya lo estoy.

D. GARCÍA. Pues oye.

CLARA. Di.

D. GARCÍA. Amor es conocimiento
de las partes de quien ama,
por donde se viene a amar
las que le (1) suelen llegar
por terceros a una dama
mejor que por propia vista:
que la buena información
califica la opinión,
facilita la conquista.
Tú, pues, no como tercera,
que tienes muy poca edad
para vender voluntad,

(1) En el autógr., "Entren".

(1) En el autógr., "las quales". La lección corregida es mejor; por eso la respetamos.

sino en razón de primera,
has de fingir que, celosa,
a Celia vas a rogar
que no me (1) permita entrar
en su casa, porque es cosa
que suele, al mayor desdén,
tocar al arma en el alma,
y al sueño de mayor calma
despertar a querer bien.
Añadirás a estos celos
las partes que no hay en mí,
con que, envidiosa de ti,
abrirá puerta a desvelos,
que celos y privación,
y el ver que me adoras, Clara,
y que tu talle y tu cara,
calidad y discreción
desprecio por su desdén,
hará por dicha en su fría
condición más batería
que haberla querido bien.

CLARA. ¡Qué arbitrista, de que hay tantos
en esta edad como amor!
¡Brava industria!

D. GARCÍA. La mejor,
aunque se consulten cuantos
remedios se han inventado
contra desdenes.

CLARA. Quisiera
decirte, si me atreviera,
una cosa que he pensado.

D. GARCÍA. Cuando sea contra mí,
te doy licencia.

CLARA. Mirando
tus prendas y reparando
que Celia te trate ansí,
sospecho que me has callado
que a otro debe de querer.

D. GARCÍA. ¿Querer? ¿Cómo puede ser
donde es Argos mi cuidado?
Que los ojos (2) del pavón
no se igualan a mis celos,
ni las luces de los cielos
como mis cuidados son.
Si un hombre un átomo fuera
y en sus aposentos, Clara,
cubierto del sol entrara,
pienso que mi amor le viera.

(1) Falta esta palabra en el impreso.
(2) En el impreso, "las alas".

CLARA. Calla, que sabemos mucho
las mujeres.

D. GARCÍA. Lo confieso,
mas mis celos son exceso. (1)

CLARA. Tu seguridad escucho
en fe de su condición.
Yo (2) voy con una criada
a fingirme enamorada
de tu talle y discreción;
pido celos, finjo pena,
que nunca tuve por ti.

D. GARCÍA. Pues escoge desde aquí,
Clara, vestido o cadena.

CLARA. Cadena es mejor, García,
que el oro crece el valor,
porque el vestido mejor
vale menos cada día.

D. GARCÍA. Agora sí que pareces
tercera contra el decoro (3)
de la edad, que amas el oro
y las galas aborreces.

CLARA. García, por interés
tomo, si a escoger me dan,
galas del que es mi galán
y oro del que no lo es.

(*Vanse. Salen* CELIA *y* INÉS.)

INÉS. ¡Peregrina novedad,
habiendo tú despreciado
a tantos que te han mirado!

CELIA. Yo nací sin voluntad,
potencia que me faltó.

INÉS. Por ella, que ansí lo siento,
dos partes de entendimiento
Naturaleza te dió;
mas no naciste sin ella,
pues la tienes a don Juan,
que esas ansias que te dan
por sus partes nacen de ella.

CELIA. No, Inés; yo no la tenía,
que en acabando de velle
la crió, para querelle,
Naturaleza aquel día.

INÉS. Estaba por darle vaya
a tu antigua libertad.

CELIA. Ya que sé que hay voluntad,
no hayas miedo tú que haya

(1) En el impreso, "el seso".
(2) En el autógr., "Y".
(3) Lope había escrito primero "tercera del bien que adoro", y corrigió, con acierto, según se ve arriba.

más peligros para mí.
INÉS. Luego ¿no verás (1) este hombre?
CELIA. Yo no sé más de su nombre,
y en eso dichosa fui;
porque si supiera más,
mayor daño me viniera.
INÉS. ¿Qué daño?
CELIA. Que le quisiera,
y no he de querer jamás.
INÉS. ¿Y si te le busco yo?
CELIA. No quiero por don García
ver mi opinión algún día
en lo que jamás se vió;
que está loco, y con los celos
será mayor su locura.
Yo he tenido, y es cordura,
a más piedad de los Cielos,
no saber quién es don Juan,
que este amor fué un accidente.
INÉS. ¡Gran ruido!
CELIA. ¡Extraña gente!
INÉS. Tras un caballero van.

(*Salen* LEONCIO, PRADELIO, LEANDRO, *acuchillando a* DON JUAN.)

D. JUAN. Nunca el valor se acobarda,
puesto que ejércitos fueran.
LEONCIO. ¡Muera el villano!
D. JUAN. ¡Mentís!
PRADELIO. Con espadas no hay afrenta.
LEONCIO. A buen sagrado se acoge.
PRADELIO. A la casa lo agradezca
donde se ha entrado.

(*Vanse.*)

INÉS. ¡Ay, señora!
CELIA. No huyas, Inés; no temas.
INÉS. ¿No ves que se ha entrado en casa
un hombre de la pendencia?
CELIA. Tengo el ánimo gallardo.
No hay cosa que me parezca
más bien que un hombre riñendo,
si tiene brío y destreza.—
Vuesa merced se sosiegue.
D. JUAN. Tendré, señora, vergüenza
de haberme aquí retirado.
CELIA. Hombre que tan bien pelea,
defendiéndose de tantos,
no quiero yo que la tenga.
(¡Jesús! ¿No es éste don Juan?

(1) En el impr., "será".

INÉS. El mismo; para que veas
que no hay prevención humana
para huír de las estrellas.)

(*Sale* (1) MARTÍN.)

MARTÍN. Aquí pienso que se entró.
D. JUAN. ¿Eres tú?
MARTÍN. ¿Qué es esto? ¡Fuera!
¿Dónde están esos gallinas?
Mataré...
D. JUAN. ¡Detente, bestia!
MARTÍN. Todo el mundo no es bastante.
D. JUAN. Ya como San Telmo llegas.
¿Adónde estabas?
MARTÍN. Jugando
en el zaguán de Florela
el barato que me diste.
Oí que cuarenta ruecas
le daban como a tu espada,
y salí como si fuera
un novillo de Jarama.
D. JUAN. (Espera, Martín. ¿No es ésta
la dama que vimos hoy?
MARTÍN. Que en el talle lo parezca
no es mucho, que es extremado.
D. JUAN. (2) ¡Qué dicha tendré si es ella!)
CELIA. En habiendo ese valiente
(digo valiente por señas)
acabado su papel,
aunque es gustosa materia,
diré yo también el mío,
si vuesa merced se asienta.—
Una silla, Inés.
D. JUAN. ¡Señora!
(*Siéntese.*) (3)
¿Tanta merced?
CELIA. Dióme pena
el veros reñir con tantos;
si bien fué vuestra defensa
con tan bizarro valor...
¿Estáis herido?
D. JUAN. Pudiera.
Sólo un rasguño en un dedo
me ha dejado la pendencia,
desagravio de un mentís,
pues habiendo sangre, cesa.
CELIA. Sentaos, que le quiero ver.

(1) En el autógr., "Entre".
(2) Falta el nombre en el impreso: consta en el autógrafo.
(3) Falta esta palabra en el autógrafo.

D. JUAN. No es nada.

CELIA. Aunque menos sea.
Ataros quiero un listón.

D. JUAN. Será del Amor la venda.

CELIA. ¿Queréis agua?

D. JUAN. ¿Para qué?

CELIA. La sangre alterada templa.

D. JUAN. Yo no he caído.

CELIA. Es verdad.
Y que no caigáis me pesa
en quien deseasteis ver
hoy con tantas diligencias.

D. JUAN. El alma me lo había dicho.
Mirad si soy cosa vuestra,
que en el peligro que estuve
me vine a mi propia esfera.

CELIA. Bien os habéis disculpado.

MARTÍN. Y ella, señora doncella,
¿no me pone algún listón?

INÉS. Pues ¿hallóse en la pendencia?

MARTÍN. Pues si no fuera por mí,
¿mi amo ya no estuviera
en Santa Cruz, en las andas,
adonde quien fuere sea,
en tanto que se averigua,
le ponen a la vergüenza?

INÉS. ¿Y está herido?

MARTÍN. ¡Pesia tal!
Traigo las tripas de fuera.

INÉS. Pues ¿cómo pide listón?

D. JUAN. ¿No es justo pedir licencia,
señora, para serviros?

CELIA. De la cortesía vuestra
no quiero mostrar disgusto,
si el Cielo quiere que os quiera;
pues no sabiendo de vos,
huyendo de vuestra ofensa,
como garza que adivina
de los halcones que vuelan
el que la puede matar,
que vengáis a verme ordena
dentro de mi misma casa;
y será cosa tan nueva,
que habéis de vengar a algunos
que son linces de estas rejas.
Celia es mi nombre. En Madrid
es notoria mi nobleza.
Mi dote soy yo no más,
porque soy más que mi hacienda.
Con esto y guardar la cara
a mi opinión, será cierta
mi voluntad en serviros.

D. JUAN. La relación es tan buena,
que se acobarda la mía.
Yo me llamo don Juan Guerra.
Soy señor en la montaña
de esta casa, que pudiera
honrar títulos y grandes.
Sacáronme de mi tierra
pretensiones en la Corte,
porque, viendo que se premian
méritos en esta edad,
he querido que lo sean
servicios de mis pasados,
de que mostraros pudiera
hazañas que honran sus armas;
que no hay blasones sin ellas.
Seré vuestro ¡vive Dios!
conociendo la excelencia
de vuestras partes y viendo
que no me valió el no verlas,
pues así puedo decirlo.
Con invención mis estrellas
me han traído a vuestra casa
y adonde por fuerza os vea.

CELIA. ¿Guerra sois? ¿Qué maravilla
que vuestro talle me hiciera
guerra en el alma? Ahora bien:
lo que los Cielos conciertan,
vanamente lo desvían
consejos y diligencias.

MARTÍN. Dígame vuesa merced,
pues nuestros amos se enredan,
las partes de su persona.

INÉS. Inés soy.

MARTÍN. ¿Inés a secas?

INÉS. ¿No basta Inés?

MARTÍN. Para propia
basta y sobra; pero sepa
que está el mundo en un estado,
que la más pobre doncella
ha menester tantas galas
como si nacido hubiera
heredera de una casa.
¡Cuerpo de tal! ¿No pudieran,
como quitaron las calzas,
quitar manteos de tela?
En tiempo del Rey Segundo,
ansí las cosas se aumentan,
hubo mantos de burato
y medias de carisea.
¿Cómo ha de casarse un hombre
si una mujer trae a cuestas
todo el dote en una tarde?

INÉS. ¿Quiere que le diga que ésta
es la Edad más acertada?
MARTÍN. ¿Cómo?
INÉS. Una mujer no llega
a la mitad de la edad
de un hombre, pues si se cuenta
por la mitad que ellos viven,
¿no será justo que tenga,
lo poco que dura hermosa,
galas con que lo parezca?
Un hombre, aunque esté más viejo,
se viste como si fuera
mozo; pero una mujer,
¿qué se pone en siendo vieja?
Sin esto, el darles (1) manteos
no pienses tú que es por ellas;
mas por honrar el lugar
donde la Naturaleza
les dió el ser que tenían de hom-
que si no, no le tuvieran. [bres,
MARTÍN. En mi vida pensé oír
cosa tan aguda y nueva.
Y agora caigo en la causa
por que doran con mil ruedas
los lazos de las guitarras.
INÉS. ¿Cómo?
MARTÍN. Porque se gobiernan
las voces por donde el aire
sonoro, en el centro, suena.
Yo, Inés, me llamo Martín,
hijo de una honrada dueña,
que andando sobre mi nombre
en demandas y respuestas,
desde una jaula, que estaba
acaso sobre una mesa,
respondió un tordo: "Martín."
INÉS. Bien dijo, para que sea,
como de tordo, el Martín
pronóstico de tu (2) lengua.

(*Sale* LISEO, *criado.*)

LISEO. De dos sillas de este tiempo,
en que van a la jineta
las damas, que con los coches
divorcio hicieron por ellas,
si no me engaña la traza,
ama y criada se apean,
y preguntando por ti,
piden para entrar licencia.

(1) En el autógr., "darle".
(2) En el impr., "tal".

CELIA. Ya que fuiste necio, di
que entren.
D. JUAN. Y yo con la vuestra
me voy.
CELIA. Con cuidado quedo.
D. JUAN. Bien podéis, pues que se queda
todo cuanto soy con vos.
MARTÍN. Advierte, Inés, que me tengas
por lo que soy.
INÉS. Y tú a mí
por más bellaca que necia.

(*Vanse. Salen* (1) DOÑA CLARA *y* JULIA, *criada.*)

CLARA. Debo de haber estorbado
tan buena conversación.
CELIA. Las que yo tengo no son
de gusto ni de cuidado;
si bien tal vez visitada
de estos deudos caballeros.
CLARA. Deseaba conoceros.
CELIA. Eso me diréis sentada.
(*Siéntense.*)
CLARA. Desde una Pascua que os vi
en la Merced, os cobré
grande afición.
CELIA. Que (2) os hablé,
me acuerdo.
CLARA. Puesto que os di
palabra de visitaros,
mudar casa no me dió
lugar.
CELIA. Recibiera yo
merced de veros y hablaros.
¡Qué bien tocada venís!
CLARA. Antes, vengo descuidada.
CELIA. Así el descuido me agrada.
CLARA. Vos lo veréis si me oís,
que más que cabellos veis
me traen celos de vos.
CELIA. ¿De mí?
CLARA. Sí.
CELIA. ¡Válgame Dios!
¿Celos, y de mí, tenéis?
CLARA. Pues ¿de quién con más razón?
CELIA. ¿Sabéis mi nombre?
CLARA. Mis celos,
Celia, nacen de esos cielos;
que celos y cielos son.
CELIA. ¿Son requiebros o son celos?

(1) En el autógr., "(*Váyanse y entren.*)"
(2) En el impr., "Yo".

CLARA. Celos y requiebros son;
que ese talle y discreción
juntaron (1) celos y cielos.

CELIA. Si os ha querido picar
algún galán mentecato,
de éstos que andan en retrato
que no se puede mudar,
no sé cómo me buscó,
que suelo ser recatada.

CLARA. No habéis de escuchar cansada.

CELIA. Sentada os escucho yo.

CLARA. Don García (que yo creo
que no negaréis el nombre),
caballero, gentilhombre,
puso en mi talle el deseo.
Mirad cuán poco rodeo
lo que he venido a deciros.
Papeles, noches, suspiros,
rindieron mi condición,
porque ya sabéis que son
de nuestra flaqueza tiros.
Su gala, su bizarría,
su discreción, su donaire,
aquel despejo, aquel aire,
gracia, lustre y valentía,
bien serán disculpa mía;
que no sé yo qué mujer
se pudiera defender
de un hombre de tantas partes,
sobre las industrias y artes
con que nos hacen perder.
Finalmente, no contento,
como mozo de esta edad,
de una sola voluntad,
o porque su pensamiento
no aspiraba a casamiento,
o la más cierta razón,
el faltar la estimación,
si llega a trato el empleo,
que se desmaya el deseo
en viendo la posesión,
comienza a mostrar disgusto,
y el gusto en desdén resuelve,
que cuando la espalda vuelve
cobarde batalla el gusto.
Mas viendo que no era justo
dejarme tan obligado,
de tal manera a mi lado
las noches amanecía,
que Amor vergüenza tenía
de verse a su lado helado.
Con esto, quise saber
la causa; que claro estaba
que hombre a quien mujer helaba
abrasaba otra mujer.
No fué difícil de ver,
pues yo propia entrar le vi
en vuestra casa; que fuí
la misma que le siguió,
porque no fiara yo
mi mal menos que de mí.
A quien de tal discreción
dotó el Cielo, Celia mía,
basta decir que García
me tiene esta obligación.
Que éntre no será razón
en vuestra casa, y conviene
a vuestro honor, porque tiene
gracias que os han de engañar;
que del mucho confiar
la mucha deshonra viene.

CELIA. Yo os he escuchado, y querría
que me escuchásedes vos.

INÉS. No podréis hablar las dos.
Dejadlo para otro día,
que viene aquí don García.

CELIA. Allí os podréis retirar;
que no os puedo asegurar
mejor que hablando con él.
(*Escóndese.*) (1)

CLARA. Vengadme de este cruel.

(*Sale* DON GARCÍA.)

D. GARCÍA. ¿Puedo entrar?

CELIA. Podéis entrar.

D. GARCÍA. (Dos sillas he visto aquí.)
¿Venís de fuera o vais fuera?

CELIA. Pasó el tiempo que pudiera
daros relación de mí.
La que agora os puedo dar
es que no pongáis los pies
en esta casa.

D. GARCÍA. ¿Después
que en ella merezco entrar?
No sé que diese ocasión
que ansí incite vuestra ira,
si no es que alguna mentira
me ha puesto en mala opinión.

CELIA. Aquí no hay que replicar,
don García; estad seguro

(1) En el impr., "hurtaron".

(1) El autógr. añade: "(*y éntre* DON GARCÍA.)"

que el honor que yo procuro
no me le habéis de quitar;
y a tanta resolución
el iros es la respuesta.

D. GARCÍA. Bien clara se manifiesta
la siniestra información.
Yo me iré, no solamente
de vuestra casa, señora;
que os prometo desde agora
no volver eternamente
a Madrid, donde nací.

CELIA. Agora un mozo galán,
en Génova o en Milán, (1)
está mejor.

D. GARCÍA. Es así,
que yo también tengo honor
y nadie, por singular
que sea, me ha de tratar (2)
con tan áspero rigor.
Una bala de un francés
tendré por menos agravios
que escuchar de vuestros labios:
"No pongáis aquí los pies."
Mandad, Celia, que me den
esos papeles, no sea
mi desdicha que los vea
alguno que os quiera bien
y se burle, venturoso,
de un hombre tan desdichado.

CELIA. De aquel contador dorado
saca, Inés, con un celoso
listón atados en él,
de este galán los papeles.

D. GARCÍA. A desdenes tan crueles,
Celia, paciencia cruel,
que sólo me ha de vengar
Milán de vos y de mí.

CELIA. ¡Qué humildad!

(INÉS *con los papeles.*)

INÉS. Ya están aquí.

CELIA. Pues bien se los puedes dar.—
Esa carga de mentiras
lleve por fieltro a Milán
vuesa merced.

D. GARCÍA. ¿Aún no están
satisfechas tantas iras?
¿Qué es de un retrato que os di?

CELIA. Ese naipe en medio está;
baraje y luego saldrá,
y dele a Clara por mí.

D. GARCÍA. Ya con Clara se declara
la causa; mas no será
de Clara, pues roto está.

(*Rompa el retrato.*)

CELIA. ¿Qué os ha hecho vuestra cara
que la habéis tratado ansí?

D. GARCÍA. Aunque ya no me aprovecha,
desmiento vuestra sospecha
para que se quede aquí.

(*Vase.*)

CELIA. No quedará, porque yo
sabré arrojarle a la calle.

(*Arrójale, y salgan* CLARA *y* JULIA.)

CLARA. Quien así supo tratalle
mayores celos me dió.
¿No me diérades a mí
los pedazos?

CELIA. ¿Para qué?

CLARA. ¿Enfadada estáis?

CELIA. No sé.

(*Vase* CELIA.)

CLARA. Perdonad si os ofendí.

JULIA. Oye, hidalga.

INÉS. ¿Qué me quiere?

JULIA. Lo que es Martín, no entre acá...

INÉS. ¿También ella?

JULIA. ¡Bueno está!
O su San Martín espere.

INÉS. ¿Hay papeles o retrato
que me pida, a imitación
de su ama?

(*Vase.*)

JULIA. Es tentación:
que si el cabello arrebato
no le ha de quedar...

CLARA. No más.
¿No miras que estoy aquí?
¡Qué bien los celos fingí!

JULIA. Buena cadena tendrás
si Celia no se divierte.

CLARA. Celos son como sangrías,
que en ocasiones y días
o dan la vida o la muerte.

(*Vanse. Salen* (1) DON JUAN *y* MARTÍN.)

D. JUAN. No he sabido defenderme.

(1) El impr. dice: "allá en Flandes o Milán".
(2) En ídem, "ganar".

(1) En el impr., "(*Entrense y salgan*)".

MARTÍN. Donde la ocasión es tanta,
¿qué valor tuviera fuerzas,
qué entendimiento bastara?
Fuera de eso, allí te trujo
la fortuna, que se encarga
tal vez de ayudar a Amor,
y su tercera se llama.
D. JUAN. Yo me he de perder por Celia.
MARTÍN. Perdido te imaginaba;
porque no hay, después de verla,
sagrado para las almas.
(*Alce los pedazos del retrato.*)
D. JUAN. ¿Qué es eso que miras?
MARTÍN. Miro
lo que unos hombres se hallan
y lo que otros pierden.
D. JUAN. ¿Cómo?
MARTÍN. A la puerta de tu dama
he hallado una rica joya.
D. JUAN. ¿Joya?
MARTÍN. Una sota de espadas.
D. JUAN. Nunca faltan donde hay sotas.
MARTÍN. Media es no más. ¡Cuál estaba
de desgraciado y perdido
el que te rompió, borracha!
¡Vive Dios, que era retrato,
y está aquí la media cara!
No estaba seguro el dueño
con la sota a las espaldas.
D. JUAN. Muestra. ¿Retrato rompido,
y a esta puerta?
MARTÍN. ¿Si eres causa
por haber entrado aquí?
D. JUAN. Que riñeron cosa es clara,
y que Celia le rompió
y le echó por la ventana.
MARTÍN. Antes es ventura tuya,
si con alguno baraja,
que, pues él rompió los naipes,
ya perdió lo que tú ganas.
D. JUAN. Celos me ha dado.
MARTÍN. ¿De qué?
D. JUAN. No sé. (2) Si entero le hallaras,
presto nos dijera el dueño.
MARTÍN. Esta media parte basta.
D. JUAN. Pues ¿podráse conocer?
MARTÍN. Si por las calles que andas
le cotejas con los hombres,
vendrás a hallarle sin falta.
D. JUAN. Eso es tardar muchos días,
y los celos nunca aguardan.
MARTÍN. Un remedio.
D. JUAN. ¿Cómo?
MARTÍN. Escucha.
De Celia es cosa muy clara
que si es galán, será mozo;
de éstos no digamos nada,
que el uso tiene disculpa.
Estos, don Juan, nunca faltan
de la comedia, si es nueva.
Hoy estrenan una brava,
en que la carpintería
suple concetos y trazas.
Pongámonos a la puerta,
pues ya es hora de que salgan;
que aquí hay un ojo y la media
frente con guedeja larga,
y no poco del bigote.
D. JUAN. Si te parece que basta,
toma esa esquina y coteja.

(*Salgan* FULVIO *y* DARÍO.)

FULVIO. ¡Buena comedia!
DARÍO. ¡Extremada!
FULVIO. Por cierto que es mucho hallar,
después de haber hecho tantas,
trazas y concetos nuevos.
D. JUAN. (¿Es alguno de éstos?
MARTÍN. Calla,
que voy bosquejando el rostro.
D. JUAN. Aquí salen dos tapadas.
MARTÍN. No será ninguna de ellas.
D. JUAN. ¿Cómo, si no tienen barbas?)

(*Salen dos* DAMAS *con mantos.*)

PRIMERA. ¡Oh, qué gracioso entremés!
SEGUNDA. ¡Qué bien Amarilis habla!
PRIMERA. ¡Qué bien se viste y se toca!

(*Vanse. Salen* PERSEO *y* ALBANO.)

PERSEO. No he visto cosa más rara
que las décimas que dijo
con tales afectos Arias.
ALBANO. Laurel mereció Cintor
por el donaire y la gracia
con que dijo aquel soneto.

(*Vanse.*)

D. JUAN. Ninguno de éstos le iguala.

(1) En el impr., "se pierden".
(2) En idem, "¿De qué? Si entero".

MARTÍN. Ya los miro, y como tiene
este naipe media cara,
no le hallo la otra media.
D. JUAN. ¡Ah, Martín! ¿De qué te espantas?
Si como entera la buscas,
buscaras también (1) dos caras,
yo sé que le parecieran
muchos que con ellas andan.
De media no hay que buscar.
MARTÍN. Aquí un gentilhombre pasa,
que viene a ver cómo salen
del jaulón las bellas damas.
Y ¡vive Dios! que es él mismo.
D. JUAN. Muestra. Al vivo le retrata.
Los celos me determinan,
por lo que me dice el alma...
MARTÍN. ¿A qué?
D. JUAN. A hablarle.

(*Entre* DON GARCÍA.)

MARTÍN. ¿Cómo?
D. JUAN. Espera.—
Casi a vuestros pies estaba
este retrato; si bien
roto, puede haceros falta.
D. GARCÍA. Este fué retrato mío,
que le rompí esta mañana
en casa de una mujer
tan hermosa como ingrata.
Es tan mudable y soberbia,
que, sin razón, hoy me manda,
o por locura o por celos,
que no entre más en su casa.
El haberle hallado aquí
puede ser que de la manga
se le cayese, si vino
a la comedia.
D. JUAN. ¿Que es tanta
la crueldad que usa con vos?
D. GARCÍA. Si condición tan extraña
hubiérades conocido,
yo sé que no os espantara.
Si os parece que merezco
algún favor, que sin causa
me destierre de sus ojos
y me obligue a que me vaya
del mundo, que no es huír
de sus mudanzas a Italia,
por no sufrir condición
tan áspera y tan liviana,
que es tornasol de su gusto,
que como a un tiempo señala
dos colores, así Celia
a un tiempo aborrece y ama.
Díjeos el nombre; no importa,
pues no sabéis de quién hablan
mis celos o mis desdichas,
que me llevan a las armas
del de Feria, que en Milán
honran su nombre y su patria.
Donde tengo por mejor
que de algún francés la bala
me pase el pecho que el fuego
de sus airadas palabras.
Perdonad si cuenta os di,
sin conoceros, que pasan
de locura mis fortunas
por una mujer tan varia,
que hoy busca, mañana deja,
y lo que deja mañana
vuelve a buscar otro día;
luna de enero en mudanzas,
sol de invierno, flor de almendro,
falso amigo, mar en calma,
mujer sola, siempre ociosa,
y rica y loca, que basta.

(*Vase.*)

D. JUAN. ¿Qué te dice?
MARTÍN. Que hablan celos.
D. JUAN. Martín, cuando celos hablan
muy libres (1) verdades dicen,
que es vino que no las calla.
No más Celia.
MARTÍN. Pues ¿por qué?
D. JUAN. Porque éste me desengaña,
y escarmiento (2) en su cabeza.
MARTÍN. ¿No miras que esta mudanza
nace de estimarte?
D. JUAN. Vamos.
MARTÍN. ¿Adónde?
D. JUAN. A guardar el alma.

FIN DEL PRIMER ACTO

(1) En el impr., "buscaras, Martín".

(1) En el autógr., "muy lindades", por error de pluma. Quizá quiso Lope escribir "lindas", y en la copia que sirvió para la impresión (que, como se ve, no era mala), habrá puesto, con acierto, la voz "libre".

(2) En el impr., "escarmenté".

ACTO SEGUNDO (1)

(*Salen* Doña Clara, Julia y Don Juan.)

Clara. Paso a la calle Mayor,
y quise veros, don Juan.
D. Juan. El que no tuviere amor
será de todas galán
y todas le harán favor.
Lo que quisieres comprar
quiero esta tarde pagar,
ya que en mi casa has entrado.
Clara. No vengo a daros cuidado.
D. Juan. Nunca me le ha dado el dar.
Clara. Saber de vos deseaba,
que ha mil años que no os veo,
y porque ayer donde estaba
creció, don Juan, mi deseo
lo que de vos se trataba.
Solíades navegar
de aquesta corte en el mar
sin que el agua os diese pena;
pero ya cierta sirena
dicen que os supo engañar.
D. Juan. Pues, Clara, fué impertinencia
de algún galán, engañado
por celosa competencia;
que soy Ulises atado
al árbol de mi prudencia,
que, si bien me detenía
cierta dama, a quien servía,
de su misma condición
saqué el olvido, en razón
del amor que me tenía.
Clara. Que no hay para qué encubrirme
en lo que os puedo servir;
que, aunque más secreto y firme,
de Celia os puedo decir
más que vos podéis decirme.
Soy su amiga desde un día
que por cierto don García
fingí unos celos con ella.
D. Juan. Ya sé yo lo que por ella
ese galán padecía;
que de ejemplo me sirvió
para saber defenderme.
Clara. Luego ¿ya el amor cesó?
D. Juan. No ha cesado, pero duerme,
y no le despierto yo.
A la hermosa Celia vi,
enamoróme, serví,
obligué, túvome amor,
milagro de su rigor,
y mal empleado en mí.
No porque le fuese ingrato;
que con honesta afición
la visito, sirvo y trato;
mas porque es su condición
del mismo viento retrato.
Pienso que venganza ha sido,
Clara, de amor ofendido,
pues cuanto crece su amor,
sin estimar su favor,
se va aumentando mi olvido.
Celia es un gran casamiento,
porque es muy rica y hermosa
y de claro entendimiento;
pero el alma, recelosa,
camina en su amor a tiento.
Puede ser también que el ver
el rigor de una mujer,
que a tantos ha despreciado,
reducido a tal estado,
me obligue a no la querer.
Porque ver en su aspereza
lágrimas, y en sus papeles
locuras, a tal tibieza
me obligan, que son crueles
mis ojos con su belleza.
Porque de verla llorar,
a diferente lugar
miro, por no me reír,
y aunque lo sabe sentir,
lo sabe disimular.
Ansí se va entreteniendo,
amor de Celia, vengando
los que le andaban sirviendo.
Clara. ¿Celia llega a estar llorando,
y vos de verla riendo?
¡Brava victoria, don Juan!
¿Dónde del amor están
los blasones vencedores?
No se han escrito mayores.
Eterno laurel os dan.
Pero, guardaos, que es mujer
que sabrá llorar y hacer
esas finezas con vos;
pero si os coge ¡por Dios!
que os dure poco el placer.
Vengará vuestros desprecios
cuando no podáis comprar

(1) En el autógr., "2.º Acto de Ay verdades q en Amor". Y luego "Personas del 2.º Acto.—Don Juan. — Martín. — Don Garzía. — Alberto. — Inés.— Julia.—Celia.—Clara."

su amor con iguales precios.
D. JUAN. ¿Cómo puedo yo llegar
a pensamientos tan necios?
Quien no se quiere perder,
no se pare.
CLARA. ¿Qué ha de hacer?
D. JUAN. Querer cuantas (1) ver pudiere,
porque quien a muchas quiere
a nadie puede querer.
Así, las libres mujeres
no tienen jamás amor,
variando en sus placeres,
y quieren teniendo honor
por no mudar pareceres.
CLARA. ¡Qué gran castigo os espera
de esa libertad!
D. JUAN. Si fuera
sólo con ella mi amor.
Así lo paso mejor.
¿Dígole yo que me quiera?

(*Sale* MARTÍN.) (2)

MARTÍN. Aunque te cause disgusto,
no puedo dejar de darte
de cierta visita parte.
D. JUAN. Sin gusto, Martín, no es justo.
¿Quién duda que Celia es?
MARTÍN. La misma.
D. JUAN. Pues vuelve y di,
necio, que no estoy aquí.
MARTÍN. ¿Si viene con ella Inés,
que sabe que en casa estoy?
JULIA. (¿Piensas que celos me das?
MARTÍN. ¡Oh, Julia amiga! ¿Aquí estás?
JULIA. Aquí estoy.)
MARTÍN. Volando voy
a decirles que los dos
no estamos en casa.

(*Váyase.*)

CLARA. Agora
creo que Celia te adora.
D. JUAN. Cánsame el alma ¡por Dios!
CLARA. ¿Una mujer tan gallarda
que te viene a ver despides?
¡Brava arrogancia! A Amor pides
la venganza que te aguarda.
¡Lástima me da! No seas
cruel. Llamarla es mejor,
que yo a la calle Mayor
me voy.
D. JUAN. Clara, no lo creas.
CLARA. No tendrá celos de mí.
Llámala ¡por vida mía!
D. JUAN. Ya fuera descortesía
al saber que estoy aquí.

(*Vuelve* MARTÍN.)

MARTÍN. Celia se fué recelosa,
señor, de que en casa estás.
D. JUAN. ¿Qué dijo?
MARTÍN. No dijo más
de que es discreta y hermosa.
Echóse el manto, y sería
para cubrir los enojos
que en el papel de sus ojos
Amor con agua escribía.
Dió un suspiro, que pudiera
romper, no el doblez sencillo
del manto, más si el soplillo
lámina de bronce fuera.
Palabras dijo de agravios,
murmuradas con un "Mientes"
entre perlas de sus dientes
y corales de sus labios.
Que lloró fué cosa cierta,
o si no, fueron enojos:
algo llevaba en los ojos
que no acertaba a la puerta.
Así por el manto a Inés,
y ella sacó por lo bajo:
fuíla a remediar un tajo,
y sacudiendo un revés,
"No conmigo picardías
—dijo—, su amo está acá;
que donde su perro está,
también estará Tobías."
D. JUAN. Yo, Clara, gusto en extremo
de atropellar el rigor
de mujer de tal valor.
CLARA. Ya te he dicho lo que temo.
D. JUAN. Ven al jardín, que esto es
querer más mi libertad.
MARTÍN. (¿Cómo estamos de amistad?
JULIA. Daréle el revés de Inés.)

(*Vanse, y salen* DON GARCÍA *y* ALBERTO, *su amigo, de noche.*)

DON GARCÍA.
Pensé partirme, y no me dejan celos.

ALBERTO.
Así castigan al Amor los Cielos.

(1) En el autógrafo, "cuanto", quizá por descuido.
(2) En el autógr., "(MARTÍN *entre.*)"

En Milán os contaba, don Garcia.

DON GARCÍA.

Para el de Feria y Santa Cruz tenía
cartas del Almirante y del de Sesa;
tuvo el Amor de los cabellos presa
mi determinación, y no he podido
partirme, aunque mejor me hubiera sido.
Salgo de noche a sólo ver la puerta,
alguna vez a mi favor abierta,
y he visto un caballero disfrazado
llegar, llamar y entrar con un criado.

ALBERTO.

Pues ¿por qué no le habéis reconocido?

DON GARCÍA.

Si piensan en Madrid que me he partido
los señores y amigos, gran bajeza
fuera dar ocasión a conocerme,
a herir o a herirme, a huírme o a prenderme.
Cuando por dicha piensan los señores
que en Saboya merezco sus favores;
los amigos, que a tajos y reveses
derribo por el suelo piamonteses,
y algunos envidiosos, que me espera,
si no la compañía, la bandera,
¿tengo de acuchillar un embozado?

ALBERTO.

(No he visto amante yo tan reportado.
Celos, y no saber el dueño, es cosa
nueva en amor, y a Amor dificultosa.)
¿No le podéis seguir?

DON GARCÍA.

También lo intento;
mas son tan recatados, que no siento
remedio para ver adónde paran.

ALBERTO.

Mucho vuestras fortunas se declaran.

DON GARCÍA.

Con esto agora entenderéis, Alberto,
la causa del haberme descubierto
al amigo mayor, al más discreto.

ALBERTO.

Pues ya tenéis de mí tan buen conceto,
decidme a lo que vengo.

DON GARCÍA.

Yo me imito,
en una carta que hoy a Celia he escrito,
como que de Milán, con un presente,
la escribo, y que de vos tan justamente
quise fiarla; pero habéis de darla
cuando este caballero venga a hablarla,
que no repararán en un soldado.
Y vos, o por haberlo preguntado,
o ya por conocer al caballero,
sabréis mejor lo que pretendo y quiero.

ALBERTO.

Decís muy bien; pero es inconveniente
decir que traigo carta con presente;
que han de pedirle, y como son mujeres,
para tomar no toman pareceres.

DON GARCÍA.

Decid que le tenéis en la posada,
y señalalda donde no hallen nada.
Pero ella es tan bizarra que no creo
que reciba el presente ni el deseo.

ALBERTO.

No lo creáis; que amantes, aunque ausentes,
con dar presentes estarán presentes.

(*Vanse. Salen* (1) CELIA *y* INÉS.)

INÉS. Pues remedio has de tener;
no has de dejarte morir.

CELIA. Cansándome de sufrir,
no me canso de querer;
porque a tanta desventura
ha llegado su rigor,
que ya no parece amor.

INÉS. Pues ¿qué parece?

CELIA. Locura.

INÉS. Los que nunca han enfermado
sienten mucho cualquier mal.

CELIA. Si en correspondencia igual
a don Juan hubiera amado,
no fuera mi sentimiento
de esta calidad, Inés,
que ya parece interés
de mi propio pensamiento.
¿Yo querer sin ser querida,
no sabiendo yo querer,
y que casi vengo a ser
por querer aborrecida?
¿Dónde está la libertad
con que a tantos desprecié?
¿Hombre se alaba que fué
señor de mi voluntad?
Si estuviera don García
donde aquestas cosas viera,
¡qué de venganzas tuviera!

(1) En el autógr., "(*y entren*)".

¡Ay, libre condición mía!
¿Qué artificio o qué ventura
de un hombre llegó a tener
imperio en una mujer,
que para ser de escultura
en su esquiva condición
dió mármoles a los Cielos?

INÉS. ¿No quieres tú darle celos?

CELIA. Tretas ordinarias son.

INÉS. Lo que está calificado
por bueno, aunque antiguo sea,
eso es justo que se crea.

CELIA. ¿Pues qué haremos? (1)

INÉS. Yo he pensado
que finjas que de Milán
te ha escrito aquel don García,
que ya sabe que tenía
talle y méritos don Juan
para que tú le quisieras;
que cuando presente esté,
al descuido te daré
la carta.

CELIA. Vanas quimeras
para un mozuelo arrogante,
que no querrá tener celos
del mismo sol de los cielos,
si se le pone delante.

INÉS. Pues, dime: si te ha cogido
por los celos que te ha dado
hasta haberte despreciado,
siendo tu desdén y olvido
asombro de este lugar,
¿por qué no será también
que te venga a querer bien
y que te puedas vengar?

CELIA. Bien dices; pero son celos
muy tibios de un hombre ausente.

INÉS. Prueba hasta ver si lo siente,
y añade a celos recelos.

(*Salen* (2) MARTÍN *y* DON JUAN.)

MARTÍN. Háblala ¡por Dios! con gusto,
ya que la vienes a ver.

D. JUAN. No sé cómo pueda ser.

MARTÍN. Yo sí.

D. JUAN. ¿Cómo?

MARTÍN. Porque es justo.

D. JUAN. Cánsame ¡por Dios! Martín,
tanta Celia noche y día.

MARTÍN. Pues a fe que no solía;
mas todo se muda, en fin.

D. JUAN. Apenas el alba sale
cuando hay Celia con papel,
que para librarme de él
ningún remedio me vale.
No ha llegado el mediodía
cuando hay presente y recado.
¡Qué amor tan necio y cansado!
¡Qué descompuesta porfía!
¡Que aun no me puedo sentar,
Martín, sin Celia a comer!
Pues Celia al anochecer,
¿cómo me puede faltar?
Celia, de noche, en la calle;
Celia en el Prado, en el Río.
¿No hay otros mozos de brío,
de buen gusto y de buen talle?
¿Qué me quiere Celia a mí?

MARTÍN. Quedo, que te está escuchando.

D. JUAN. Pues ¿puede faltarme hablando?

CELIA. ¿Es don Juan?

D. JUAN. Señora, sí.

CELIA. ¡Mi bien!

MARTÍN. (Responde.

D. JUAN. No sé.

MARTÍN. Eso ya es descortesía.)

D. JUAN. ¡Mi Celia! ¡Señora mía!

CELIA. ¿Qué milagro de Amor fué
hacerme aqueste favor?

D. JUAN. ¿Favor? Haréisme correr.

CELIA. Pues ¿qué nombre ha de tener
el venir a verme?

D. JUAN. Amor.

MARTÍN. (¡Amor! ¡Con qué sequedad
la hablas!

D. JUAN. Harto me esfuerzo;
que sabe el Cielo que fuerzo
el gusto y mi voluntad.

MARTÍN. No queriendo (1) en otra parte,
¿cómo no quieres aquí?

D. JUAN. Pregúntalo a Amor, no a mí.)

CELIA. (¿Qué es eso, Inés?

INÉS. Oye aparte.
Ya no tienes que escribir
la carta que imaginaste.
Un soldado está a la puerta,
que de don García las trae.

CELIA. ¿Búrlaste, Inés?

(1) En el impr., "Inés. ¿qué haré?"
(2) En el autógr., "(*Entren*)".

(1) Lope escribía a veces "quiriendo" y "tiniendo". Aquí dice "quiriendo".

INÉS. ¿Cómo burla?)
CELIA. Dile que vuelva a la tarde.
No entren soldados aquí.
D. JUAN. Señora, si es importante
que yo me vaya...
CELIA. ¿Por qué?
No es cosa que ofensa os hace.
Cartas son de don García,
que bien pudiera excusarme
esta necia este disgusto.
Di que mañana me hable,
y que las deje, si quiere,
para que don Juan las rasgue.
D. JUAN. ¿Rasgar yo? Pues ¿a qué efeto?
Ni que él a (1) mañana aguarde.
Dile que éntre.
CELIA. No ha de entrar.
D. JUAN. Sí ha de entrar, que es disparate
querer que a mí me dé pena
quien viene de Italia o Flandes.
Entre ese soldado luego,
y él y cuantos en las naves
desembarcan del Brasil
o dan la vuelta de Cádiz.
CELIA. ¿Que queréis que entre?
D. JUAN. ¿Pues no?
MARTÍN. (Parece que quieren darte
su poquitico de celos.
D. JUAN. ¿A mí celos? ¡Qué donaire!
MARTÍN. ¿No es aqueste don García
de los mirlados galanes
que guardaban esta puerta
y rondaban esta calle?
D. JUAN. El mismo.
MARTÍN. Pues ¿por qué sufres
sus cartas?
D. JUAN. Calla, ignorante:
que no hay celos sin amor,
y yo no le tengo a nadie.)

(*Sale* (2) ALBERTO, *de camino, a lo soldado.*)

ALBERTO. ¿Quién es la señora Celia?
CELIA. Yo soy.
MARTÍN. (¡Buen mozo!
D. JUAN. ¡Buen talle!
INÉS. ¡Bravas plumas!
CELIA. ¡Bizarría
tiene el belicoso traje!)
ALBERTO. Yo llegaba a Barcelona
de Génova al embarcarse
don García, a quien debéis
cuidado: bien triste parte.
Dióme esta carta, y con ella
una caja. Si hay un paje...
Pero no, porque he de dar
un despacho al Almirante.
En la calle de Alcalá
poso, de donde se parten
los carros. Llámome Ascanio
de li Estorneli. Envialde
mañana entre siete y ocho.
CELIA. ¡Qué prisa! Esperad que os hable.
¿Lleva salud don García?
MARTÍN. ("Salud y gracia: sepades..."
Deben de quererte dar
con tenerle y preguntarle.
D. JUAN. ¿A mí?
MARTÍN. No, sino el Sofí.
D. JUAN. Y ¿qué importa que se canse?)
ALBERTO. Salud lleva don García.
CELIA. ¿Qué miráis?
ALBERTO. Lo que hay delante.
(¿Es aqueste caballero
hermano o deudo? Que hacen
mensajeros poco cuerdos
tal vez grandes necedades.
CELIA. Hablad, que es un deudo mío
que ha venido a visitarme.
ALBERTO. ¿Deudo? ¿El nombre?
CELIA. Don Juan Guerra.
ALBERTO. Es de los buenos solares
su casa, y en su persona
no se desluce su sangre.
¿Pretende en Corte?
CELIA. Pretende.
ALBERTO. Y aquel mozo del semblante
falso, ¿es también deudo vuestro?
CELIA. Es un montañés que trae
consigo.
ALBERTO. ¿El nombre?
CELIA. Martín.
ALBERTO. Tiene traza de pegarse
dos tajos y dos reveses
con el sobrino del Draque.
Los soldados reparamos
en hombres de aquel desgaire.)
MARTÍN. (Con celos de don García
debe, don Juan, de mirarte
este soldado hablador.
¡Vive Dios que le arrebate
y le arroje de un revés
cascos y plumas a Flandes!)

(1) En el impr., "ni que a la".
(2) En el autógr., "(*Entre*)".

ALBERTO. Digo, pues, que don García
va sin salud a arrojarse,
desesperado, a las armas
de un piamontés que le mate.
Con lágrimas y suspiros
me dijo palabras tales,
que enternecieran las almas
de los más duros diamantes.
Dióme un abrazo que os diese.

CELIA. Pues bien podéis abrazarme,
que a las nuevas de su amor
se deben prendas iguales.

MARTÍN. (¿Abrázanse?

D. JUAN. ¿No lo ves?

MARTÍN. Trae presente, no te espantes.

D. JUAN. ¡Qué libertad tan grosera!

MARTÍN. ¿Qué se te da que la abrace,
pues que no la quieres bien?

D. JUAN. Perderme el respeto es parte
para darme pesadumbre,
que no porque a mí me agravie.)

CELIA. Id en buen hora, y podréis
verme, señor, cuando os falten
negocios.

INÉS. Señora, escribe
el nombre para buscarle,
que me parece difícil,
aunque la posada es fácil.

CELIA. Libro tengo de memoria.

ALBERTO. Pues vuesa merced le saque.

CELIA. Ya escribo.

ALBERTO. Ascanio.

CELIA. ¿De qué?

ALBERTO. De li Estorneli, y mandadme
otra cosa en que serviros.

(Vase.)

CELIA. El Cielo, señor, os guarde.—
¿Queréis rasgar esta carta?

D. JUAN. ¡Oh, qué donaire tan grande!
¿Yo rasgar tus pensamientos?
¿Yo tus deseos? ¿Tan fácil
te parece el dividir
las primeras amistades?
No soy tan necio, ni creas
que en este juego me salen,
aunque las (1) cartas me des,
esas figuras azares.
Doite el parabién del gusto,
por la parte que me cabe,
de que le tengas, que yo

(1) En el impreso, "estas".

eso puedo desearte.
Quédate a leerla a solas,
que de secretos de amantes
nunca quieren los discretos,
aunque se lo rueguen, parte.

CELIA. No, no, que es mucho desprecio
sin ver la carta dejarme.
Espera ¡por vida tuya!
Si la estimas, no la mates.
Toma, lee, rompe, arroja
sus razones: no te enfades,
que no tengo yo la culpa
de que me escriba quien sabes,
que se fué de aborrecido
con ser hombre de las partes
que todo el mundo conoce.

D. JUAN. Que él te escriba y tú le alabes
está muy puesto en razón;
y para que no te canses
en pensar que me das celos,
lee, que quiero escucharte.

CELIA. No quiero yo que tú pienses
que me escriben en lenguaje
menos que merezco honesto.

D. JUAN. Lee si quieres, que es tarde:
que a mí no se me da nada
de que sea tierno o grave. (1)

CELIA (*lee*).

"Voy a la muerte huyendo de la vida,
dulce señora mía, de tal suerte,
que la memoria de volver a verte,
desconfiado, la esperanza olvida.
Ya no es posible que consuelo pida
a tu crueldad, porque el rigor me advierte
que quien allá no pudo enternecerte,
¿qué podrá ausente y la ocasión perdida?
Esa joya te envío, no te espantes
de que, partiendo en lágrimas deshecho,
me retrate en firmezas semejantes.
Por ser el dios de Amor ponle en el pecho
por ver si puede, Amor, hecho en diamantes,
romper un pecho de diamantes hecho."

Yo he leído.

D. JUAN. Y yo escuchado
sin género de disgusto.
¿Quieres más?

CELIA. Ni fuera justo
que esto te diera cuidado.

D. JUAN. ¿Cuidado a mí? ¿Para qué?

(1) Este verso y el anterior faltan en el impreso.

Mira en qué te sirvo.

CELIA. Espera;
hazme una merced.

D. JUAN. Pudiera
asegurarte mi fe.

CELIA. Esta joya has de ponerte.
Valdréme yo del conceto
de don García.

D. JUAN. ¿A qué efeto?

CELIA. A efeto de enternecerte.

D. JUAN. No, Celia; mejor será
que te enternezcas a ti.
Póntela y fía de mi,
que el mío por ti lo está.
¡Dios te guarde!—Ven, Martín.

CELIA. La joya te han de llevar.

MARTÍN. (Pienso que llevas pesar.

D. JUAN. ¿Yo pesar? Pues ¿a qué fin?

MARTÍN. No me agrada aquella risa.
Con gusto queda de verte
enojado.)

(*Vanse los dos.*)

INÉS. ¡Brava suerte!

CELIA. Parece que el Amor pisa
las estampas de los celos.
¡Qué presto tras ellos viene!
¡Qué discreto fuego tiene
para abrasar necios hielos!

INÉS. ¡Picado va!

CELIA. Con razón.
¡Pero que mi dicha fuese
tan grande que me escribiese
García en esta ocasión!

INÉS. ¿Qué ingratitud no venciera
esta memoria?

CELIA. Es verdad.
Ya mi necia voluntad
su mal gusto considera.

INÉS. ¡Brava joya te ha enviado!
Mas ¿no se acordó de mí?

CELIA. Por don Juan no te advertí
que viene aparte un recado.

INÉS. ¿Cómo?

CELIA. Cortes de Milán
y medias de seda.

INÉS. Hiciste
discretamente.

CELIA. ¡Qué triste
puso la carta a don Juan!

INÉS. No habrá salido el aurora
cuando voy a la posada
de ese Ascanio, aunque olvidada
del sobrenombre, señora;
y advierte que me has de dar
algo del presente a mí.

CELIA. Medias habrá para ti.

INÉS. A la color verde mar
soy yo muy aficionada.

CELIA. ¿No es honrado caballero
don García?

INÉS. Ya te espero
ver de don Juan olvidada.

CELIA. Si me aprietan desengaños,
creo que me he de mudar,
que se cansan de llorar
mis ojos tantos engaños.
Si viniese don García...
Temo el tenerle afición,
que una larga sinrazón
el mayor amor enfría.

(*Vanse, y salen* DON JUAN *y* MARTÍN.)

MARTÍN. Pues ¿conmigo disimulas?

D. JUAN. ¿Yo contigo?

MARTÍN. ¡Triste vienes!
De aquella carta a esta parte
te he sentido diferente.
Dime ¡por Dios! la verdad.

D. JUAN. Si Celia, Martín, me ofrece
la carta, para rasgalla,
de aquel su olvidado ausente
y me ha de enviar la joya,
¿qué celos, qué pena quieres
que tenga? Sólo el pensar
que se alegra, me entristece.

MARTÍN. Es condición del Amor
pesarle de ver alegre
lo que ama, que querría
que siempre triste estuviese.
Pero mostrando la carta,
que pudo Celia esconderte,
y dándote los diamantes,
no sé yo de qué te temes.
Como dice la canción:
"Antes ocasión parece
de conocer que te estima."

D. JUAN. Bien sé que Celia no puede
querer a nadie en el mundo.

MARTÍN. Perdida de amor la tienes.
Pero ya tarda la joya,
si bien no es bien que te pese,
pues te obliga a darle otra
de más valor.

D. JUAN. No se entiende
con quien no la tiene amor.
¿Yo darle joya?
MARTÍN. Inés viene.

(*Sale* INÉS.)

INÉS. ¿Puedo entrar?
D. JUAN. ¿Quién es, Martín?
MARTÍN. ¿Quién, dices? ¿No ves presente
la estafeta del Amor,
el paraninfo celeste
de Celia? ¿El dulce Mercurio,
el Iris resplandeciente,
mensajera de los dioses?
INÉS. Todos sabemos a Guete,
¡por vida del hablador!,
y estése quedo.
MARTÍN. ¿Esto sientes?
D. JUAN. Inés, ¿qué quieres?
INÉS. Saber
de tu salud, y traerte
este papel.
D. JUAN. ¡Qué cansancio!
¡Muerto me tienen papeles!
MARTÍN. ¿No traes la joya?
INÉS. ¿Cuál joya?
MARTÍN. La de Ascanio Estorneli.
INÉS. ¡Cómo se te acuerda el nombre!
MARTÍN. ¿No quieres que se me acuerde?
Apenas hoy salió el alba
y en barbechos y alcaceres
pardas cantaban calandrias
dulces chillando motetes,
mesas apenas gabachos
de agua ministrando ardiente
y por órganos narices
entonan tabaco fuelles,
cuando te vi por la calle,
y a más de cuarenta ¡cees!
que desde lejos te di
no respondiste una ele.
¿Dónde ibas a ser sol
de los dulces feligreses
de Baco, que a tales horas
a sus ermitas se ofrecen?
INÉS. A buscar iba la joya;
pero no hallé quién pudiese
darme señas de ese Ascanio.
MARTÍN. Tiene ya pocos parientes
después que Eneas, su padre,
de Dido causó la muerte.
D. JUAN. Yo he leido y te he escuchado
y conozco, Inés, que mientes
en decir que no le hallaste.
Pero basta; bien se entiende
que Celia quiere traer
la joya, y dos cosas pierde:
la que yo la prevenía,
y el verme; porque de verme
eternamente no trate.
INÉS. ¿Qué es eso de eternamente?
D. JUAN. ¿No entiendes bien castellano?
INÉS. ¿Esa respuesta merece
una mujer principal?
D. JUAN. Y tú, soberbia, ¿te atreves
a responderme?
INÉS. Yo traigo
comisión de responderte.
Si tú no vieres a Celia,
está cierto que no intente
las locuras que hasta aquí,
que es infamia que desdenes
sufra una mujer hermosa
de un hombre, aunque un ángel [fuese.
Las humildades que ha hecho
contigo, don Juan, te tienen
tan arrogante. ¡Mal haya
la mujer que os desvanece!
Castigo de su soberbia
fuiste; pero ya no quiere
sufrirte necio y galán,
discreto y impertinente.
Es mi señora muy linda
para que tú la desprecies;
muy rica para buscarte,
muy noble para quererte.
Pienso que no hablo en culto,
y si me entiendes, advierte
que no te arrepientas tarde,
que hay muchos que la pretenden.

(*Vase.*)

MARTÍN. Malo ¡por Dios! No me agrada,
que nunca criadas suelen
decir estas libertades
cuando la amas no quieren.
No me diera más temor,
si la oyera treinta veces,
la campana de Velilla,
con malos agüeros siempre,
que la voz desentonada
de Inés.
D. JUAN. A quien no la teme,
¿qué piensas tú que le importa?

MARTÍN. No te hagas tan valiente,
que pienso que has de pagarle
las crueldades que le debes.
D. JUAN. ¡Déjame, necio!
MARTÍN. ¿Yo?
D. JUAN. Sí,
que no hayas miedo que deje
Celia de quererme.
MARTÍN. ¿No?
¡Mal conoces las mujeres!
¡Vive Dios! si hallan resquicio,
cuando alguno las ofende,
por donde entrar a vengarse,
que no hay cosa que no intenten.

(*Vanse, y salen* (1) ALBERTO *y* DON GARCÍA.)

ALBERTO. Buena persona tenía
y grave disposición.
Dióle pena la afición
con que hablaba en don García,
y ella a él satisfacción.
Paréceme, a lo que vi,
que está perdida por él.
D. GARCÍA. ¿Perdida?
ALBERTO. Pienso que sí,
porque de los celos de él
venganza en ella sentí.
Díjome que era pariente,
y novio me pareció,
que un pariente menos siente.
Don Juan Guerra le llamó.
D. GARCÍA. No poca me ha dado ausente;
pero no me la ha de dar.
Sus paces quiero estorbar
y fingir que hoy he llegado.
ALBERTO. ¡Buena traza de soldado!
¡Volver hoy y ayer llegar!
D. GARCÍA. Diré que el Duque me envía
con despachos para el Conde,
y pasaré a mediodía
con postas la calle adonde
hay más guerra que solía,
y así todos pensarán
que he llegado de Milán;
porque no tengo paciencia
para sufrir que en mi ausencia
quiera bien Celia a don Juan.
ALBERTO. Sí, pero vuestros amigos
luego os han de preguntar
lo que hay de los enemigos.
D. GARCÍA. Luego ¿no es fácil contar
mentiras si no hay testigos?
En Madrid, como a porfía
amanecen cada día
tres cosas hasta las pruebas:
mudanzas, arbitrios, nuevas,
y así lo será la mía.
De Génova y de Saboya
las historias contaré
que pasó Grecia (1) con Troya.
ALBERTO. ¿Y de la joya?
D. GARCÍA. Diré
que no ha llegado la joya.

(*Vanse. Salen* (2) CELIA *y* INÉS.)

CELIA. En notable obligación
estoy a tu atrevimiento.
INÉS. Conocí tu pensamiento.
CELIA. Basta que los celos son
a quien debo ese pesar,
después, Inés, de los Cielos.
INÉS. De ingratitud a los celos
suele el Amor apelar.
CELIA. Lo mismo me ha sucedido.
INÉS. Si le dejas, tú verás,
a quien te desprecia más,
más despreciado y perdido.
Estaba aquel bellacón
de Martín, como espantado
de ver el mundo trocado,
dándome falsa atención.
CELIA. ¿Qué te dijo don Juan?
INÉS. Nada:
que también le pareció
que hablaba atrevida yo,
en tu mudanza fundada.
CELIA. Y parecióle muy bien.
Ea, pensamiento mío,
agora es tiempo de brío
contra tan necio desdén.
¿Era yo la que llegaba
de noche a buscar las rejas
de un hombre, y con dulces quejas
su ingrato nombre llamaba?
¿Era yo la que le oía
estando a su puerta de él,
y a quien su gente cruel
que estaba fuera decía? (3)

(1) En el autógr., "(ALBERTO *y* DON GARCÍA.)"

(1) En el impreso, "García".
(2) En el autógr., "(*Entren*)".
(3) En el autógrafo, después de este verso, hay cuatro atajados por el autor, que dicen:

No más crueldad, no más fieros,
Amor, que para olvidaros
no hay más discretos reparos
que dar celos y no veros.
No me entre don Juan aquí,
que no quiero más don Juan.
¡Viva el que vive en Milán!

(*Salen* DON JUAN *y* MARTÍN.)

D. JUAN. ¿Qué estás diciendo de mí?
CELIA. Que me cansan tus crueldades
siendo quien soy, que el deseo
templan de suerte, que veo
tu mentira y mis verdades.
Y si no te persüades
con lo que te ha dicho Inés,
óyeme a mí, que después
que tus desengaños vi,
no soy la Celia que fuí,
sino la Celia que ves.
¿En qué pensaba el furor
de tu arrogancia, don Juan?
¿No sabes cuán poco están
juntos desprecio (1) y amor?
Mucho perdí de mi honor
en quererte despreciada;
pero ya, desengañada
y la esperanza perdida,
cuanto estoy arrepentida
pienso que estaré vengada.
Que te quiero no lo niego,
que una principal mujer
bien puede luego querer,
pero no aborrecer luego.
Si fuera un monte de fuego
me le templara tu nieve.
¡Qué mal hace quien se atreve
a dar por amor desdén,
porque no es hombre de bien
quien no paga lo que debe!
D. JUAN. Celia, de mi ingrato pecho
te has quejado sin razón;
temo de tu condición;
lo más que dices has hecho.
Bien puede estar satisfecho
el tuyo de que soy tuyo.
De tu sentimiento arguyo
tu amor, y ya confiado,
si alguna vez la he negado,
el alma te restituyo.
Vuelvo arrepentido en mí
de aquellos desabrimientos,
porque tus merecimientos
siempre yo los conocí,
y no tan ingrato fuí
que pudiese despreciarte.
Siempre he sabido estimarte,
porque fuera no quererte,
ni haber ojos para verte
ni oídos para escucharte.
Los que no han sido enemigos
no hay de qué hacer amistades;
mas si no te persüades,
sean estos dos testigos
de que ya somos amigos,
con juramento, mi bien,
que mis ojos no te den
más pesadumbre jamás;
que a los celos que me das
se ha rendido mi desdén.
INÉS. Postas pasan. Voy, Martín,
a los balcones corriendo.
MARTÍN. (¿Corneta? Mala señal,
mala voz y mal agüero,
y más sonando, señor,
en amistades de celos,
que es como, al salir de casa,
ver un acreedor o un cuervo.
D. JUAN. ¿Cosa que fuese el soldado?
MARTÍN. Pues yo por cierto lo tengo,
porque en venir por la posta
se ve que es mal y que es cierto.)
INÉS. Ponte, señora, al balcón,
verás un galán mancebo
vestido de verde y plata
cual suele florido almendro,
con todo un Orán de plumas,
un pirámide sombrero
estrellado de diamantes.
(Baja el oído.
CELIA. Ya entiendo.)
D. JUAN. Y yo lo entiendo también;
y, pues estorbo, no quiero
darte, Celia, pesadumbre.
CELIA. No, no, que parecen celos.
¿Tú celoso? ¡Dios me libre!
Sólo, mis ojos, te ruego

"¿Y estando en tan triste calma
le escuchaba de amor muerta?
"¿Para qué llama a la puerta
"quien no ha llamado en el alma?"

Estos dos últimos versos son de un poeta antiguo.

(1) En el impr., "desprecios".

me des licencia, que voy
un instante, un pensamiento,
a ver hombre tan galán.

(*Vase.*)

INÉS. Yo, Martín, ni más ni menos;
a ver a cierto criado
que trae envuelta en un fieltro
el alma que me llevó.

(*Vase.*)

MARTÍN. ¿Qué es esto, señor, qué es esto?
D. JUAN. ¿Qué ha de ser más de que ya
mudó la veleta el viento?
MARTÍN. ¿No te dije yo que había
de vengarse?
D. JUAN. ¡Pierdo el seso!
Como vi que me adoraba,
estaba mi amor durmiendo,
y despertó dando voces,
Martín, en dándome celos.
MARTÍN. ¿Y la pícara de Inés
que con el otro escudero
me amenaza haciendo burla?
D. JUAN. ¿Qué haremos?
MARTÍN. ¡Por Dios! que creo
que es todo en Celia artificio;
porque de su entendimiento
presumo invención tan rara.
D. JUAN. Ya llega tarde el consuelo.
Carta, soldado, presente,
postas, plumas a los cielos,
verde y plata con diamantes
bien pudo hallar el ingenio;
pero no la ejecución,
que ya con los ojos veo.
¡Ay, Martín, qué necio he sido!
MARTÍN. Pues no parezcas más necio
en dar a entender tu pena.
D. JUAN. ¡Que hallase este caballero
para venir a matarme!
MARTÍN. Dicen que a un doctor volvieron
una mula que le hurtaron
mientras curaba a un enfermo,
y que, pasados dos años,
la halló a su puerta, diciendo
un rétulo que tenía
entre la barba y el pecho:
"Estime vuesa merced
esta mula, que por cierto
que no ha dado un tropezón
de aquí a Roma." Así sospecho
que se halló Celia a la puerta
este soldado, que ha vuelto
al lugar donde vivía
sin avisar a su dueño.
D. JUAN. No sé lo que Celia intenta,
sólo sé que yo me muero.
MARTÍN. Sin duda, pues, te confiesas.
D. JUAN. A voces, Martín, confieso
que es la luz de aquestos ojos,
que es el alma de este cuerpo,
de mis potencias acción
y el primero movimiento
de mis sentidos, si ya
puedo decir que los tengo.

ACTO TERCERO (1)

(*Salen* DON JUAN *y* MARTÍN.)

D. JUAN. Llama con fuerza.
MARTÍN. Señor,
ya es otro tiempo.
D. JUAN. ¡Ay de mí!
Dile a Inés que estoy aquí.
MARTÍN. ¿A Inés?
D. JUAN. Sí.
MARTÍN. Tengo temor.—
¡Ah, muy magnífica Inés,
dígnate de abrir la puerta!

(*Sale* INÉS.)

INÉS. Pues bien, Martín, ya está abierta.
MARTÍN. Oye, y ciérrala después.
INÉS. ¿Es aquél don Juan?
MARTÍN. Pues ¿quién?
D. JUAN. (¡Justa cólera me abrasa!)
INÉS. ¿Qué quieres (2) en esta casa?
D. JUAN. Desde ayer tengo desdén.
Dile a Celia, Inés, si es justo,
que estoy aquí.
INÉS. Está excusada.
D. JUAN. ¿Cómo?
INÉS. No está levantada,
que ha dormido con disgusto.
D. JUAN. Que importa que yo la vea.
INÉS. No es mi señora mujer

(1) En el autógrafo dice: "3.º Acto de Ay verdades q en Amor.—Personas del 3.º Acto: Celia.—Inés.—Clara.—Don Juan.—Alberto.—Don Garzia.—Martín. — Un escriuano. — Dos Músicos.=Jhs. M.ª Josef Angel Cust.º—Acto 3.º—Don Juan y Martin.
(2) En el impreso, "queréis".

que en la cama la ha de ver
quien su marido no sea.

D. JUAN. Yo me acuerdo de algún dia
que de mí no recataba
ni el jazmín que madrugaba
ni el clavel que anochecía.
Habrá venido a saber
si el aurora amaneció (1)
quien, más dichoso que yo,
puede (2) sus celajes ver.
¿Quién duda, Inés, que tendrá
silla el señor don García,
sin que le murmure el dia
que el sol en la cama está?

INÉS. No ha venido, ni está aquí,
que aquí nadie puede estar.

D. JUAN. Yo lo he de ver.

INÉS. No has de entrar.

D. JUAN. ¿Cómo no?

INÉS. ¡Tente!

D. JUAN. ¿Tú a mí?

(CELIA *entra en manteo, con una ropa* (3) *de levantar.*)

CELIA. Quedo, quedo. ¿Qué es aquesto?
¿Tú, don Juan, fuerza en mi casa
y a mis criadas?

D. JUAN. Si pasa
de lo que es término honesto
esta furia (4) en que me ves,
no te espantes, pues que quieres
darme celos.

CELIA. Las mujeres
que viven de su interés
aun no se tratan así.

D. JUAN. Que tengo justo respeto
a tu valor te prometo;
pero estoy fuera de mí.

CELIA. ¿Después de tanto desprecio
hablas con tanta humildad?

D. JUAN. Fuí necio en prosperidad.

CELIA. Pues agora no seas necio.

D. JUAN. ¿Qué pierdes por que yo vea
quién en tu aposento está?

CELIA. Todo el honor que me va
en que esto de mí se crea;
y esa licencia, don Juan,
sólo un marido la tiene
cuando a tal desdicha viene
que tal ocasión le dan.

D. JUAN. Yo lo seré tuyo.

CELIA. Es tarde.

D. JUAN. ¿Tarde?

CELIA. Quien no me estimó,
cuando él quiere quiero yo
que allá en la calle me aguarde.

D. JUAN. Mira, escucha.

CELIA. Estoy desnuda.

D. JUAN. Ayer vino don García.
Con no entrar yo, Celia mía,
has puesto tu honor en duda.
Déjame entrar.

CELIA. ¿Cómo entrar?
Ni el sol entra en mi aposento.

MARTÍN. Señora, su pensamiento
antes te pretende honrar;
que importa que entre.

CELIA. Ya digo
que ni el sol entra a estas horas
donde duermo.

MARTÍN. Si mejoras
tu causa siendo él testigo,
deja, aunque es impertinencia,
que entre, pues que loco está.

CELIA. Dos veces he dicho ya
que al sol no daré licencia.—
Mira que llaman, Inés.

INÉS. ¡Ay, señora, don García!

CELIA. ¿Ves como estar no podía
donde dices?

D. JUAN. A tus pies
pido, señora, perdón.

CELIA. No quiero que te halle aquí.
Entra, don Juan, no por mí,
mas por mi honesta opinión;
que salir delante de él
también le dará recelos.

D. JUAN. (¡Que hayan llegado mis celos
a término tan cruel!)

CELIA. Advierte que has de callar
y no quitarme el honor.

MARTÍN. (¡Bien te castiga, señor!

D. JUAN. ¡Bien se ha sabido vengar!)

(*Éntranse los dos. Salen* DON GARCÍA, *bizarro, de camino, y* ALBERTO.)

D. GARCÍA. A un soldado que solía
tener paz en esta tierra,
y a quien destierra la guerra
de la paz en que vivía,

(1) En el impreso, "amanecido".
(2) En idem, "pudo".
(3) En idem, "*(con traje)*".
(4) En idem, "fuerza".

dad los brazos, Celia mía.
CELIA. ¡Qué soldado tan galán!
¿Ya volveréis capitán?
D. GARCÍA. De penas nadie juntó
más compañía que yo.
CELIA. ¿Cómo venís de Milán?
D. GARCÍA. Despachos traigo, señora,
que esta ventura me alcanza
por hombre de confianza.
CELIA. ¿Volveréis?
D. GARCÍA. No lo sé agora.
CELIA. De la gente vencedora,
¿qué nuevas nos dais?
D. GARCÍA. (Aquí
fingiré lo que no vi,
pues de Madrid no he salido;
mas donde hay tanto fingido,
¿por qué ha de faltarme a mí?)
El generoso Marqués
de Santa Cruz restauró
lo que Génova perdió,
y fué por tierra después.
Del gran Felipe a los pies
rindió, Celia, las banderas
de las armas extranjeras
con el hispano estandarte;
porque es en la tierra Marte
y Neptuno en las galeras. (1)
El de Feria, que dilata,
con eterno aplauso y loa,
el nombre de Figueroa;
invicto al César retrata;
ganar una fuerza trata
inexpugnable. El invierno
quiere ser diluvio eterno;
que algún planeta contrario
quiere que tenga el (2) Acuario
del fin del año el gobierno.
(No sé ¡por Dios! lo que digo;
pero aquí no importa nada.)
En fin, Celia, esta jornada
(armas dejo y plumas sigo),
no me puso el enemigo
en Saboya más recelos
de no volver a estos cielos,
que aquí tu olvido temor,
porque no hay muerte mayor
que amor con ausencia y celos.

(1) Este verso y los dos anteriores faltan en el impreso.
(2) Falta este "el" en el autógrafo.

¿Haste acordado de mí?
CELIA. No, García ¡por tu vida!
que quien se acuerda se olvida,
y yo no te olvido (1) a ti.
D. JUAN. (¿No escuchas aquello?
MARTÍN. Sí.
D. JUAN. Estoy por salir.
MARTÍN. ¡Detente!)
D. GARCÍA. Si supiera yo que ausente
esta dicha mereciera,
antes de agora perdiera
la gloria de estar presente.
INÉS. Vuesa merced me parece,
si la vista no me engaña,
aquel soldado que trujo
a mi señora la carta.
ALBERTO. El mismo soy.
INÉS. Pues yo fuí
a buscarle dos mañanas,
sin que desde el Buen Suceso
dejase hasta el Prado casa.
¿No se llama Ascanio?
ALBERTO. Sí.
INÉS. Los que más señas me daban
decían que no le vieron
desde la guerra troyana.
¿Qué se hizo aquella joya?
ALBERTO. Allí (2) la tengo guardada.
Que no me hallase me admiro.
INÉS. Como se usan en España
Sánchez, Rodríguez y Hernández,
por Ascanios me enviaban
a la moderna poesía.
ALBERTO. De no me hallar fué la causa.
CELIA. Que vengáis cansado es fuerza.
Descansad, García, que basta
el verme para estas horas.
D. GARCÍA. Celia, quien os ve descansa.
No quiero en aqueste traje
deteneros.
CELIA. Quien aguarda
ocasiones de serviros,
en todo tiempo las halla.
D. GARCÍA. El Cielo os guarde.

(*Vanse y salen* DON JUAN *y* MARTÍN.) (3)

CELIA. Id con Dios.
MARTÍN. (Ten más prudencia, y no hagas
desatinos que te cuesten

(1) En el impr., "olvidé".
(2) En ídem, "Alla".
(3) En ídem, "(*Vanse los dos.*)"

perder del todo su gracia.
D. JUAN. Ya no es tiempo de consejos.)
¿Eres tú la recatada,
la Lucrecia del puñal
y la Porcia de las brasas?
¿La que no dejaba el sol,
de melindrosa y honrada,
dorar con sus rayos de oro
la madera de tu cama?
¿O eres tú la que recibes
a don García, le abrazas,
jurándole por su vida,
con otras tiernas palabras,
que no te acordabas de él
porque jamás le olvidabas?
¿Eres tú...?
CELIA. ¿Luego no viene,
si no es que el gusto me engaña,
don García de buen talle?
D. JUAN. ¿Tú dices eso? ¿Tú hablas
de esa manera conmigo?
¿Tú de esta (1) suerte me tratas?
CELIA. Déjame, don Juan, vestir,
que la mañana se pasa
y es mucha descortesía
tenerme desnuda.
MARTÍN. Es tanta,
que puede Inés prevenir
ruda y plumas.
CELIA. Esta casa
fué siempre tuya, don Juan:
si hubiere alguna mudanza
no tengo la culpa yo,
que con tal verdad te (2) amaba.
El sol mismo no está firme,
la luna los cielos anda,
la Naturaleza dicen
que es hermosa por ser varia.
Lo que era ayer ya no es hoy,
ni lo que hoy será mañana.
Si sólo Dios no se muda,
¿de qué mudanza te espantas?
No dejo yo de quererte,
que eres de este cuerpo el alma;
pero tengo el fuego tibio
y la voluntad helada.
Con esto, vendrás a verme;
pero no ha de ser al alba,
que es hora en que no visitan
galanes en esperanza.
Lo que es una silla tienes
en esta sala sin falta
para cuando estés ocioso;
y yo, a manera de dama
que te entretenga discreta
con las historias pasadas.
Hablaremos de aquel tiempo
que yo, don Juan, te cansaba
dando quejas a tus puertas,
suspiros a tus ventanas,
y contarásme tú a mí
de la que servir aguardas, (1)
el talle, la bizarría
y lo que con ella pasas.
Diréte yo algún consejo
en razón de darle galas,
de averiguar unos celos
u (2) de rasgar unas cartas;
que con esto y tu prudencia,
en tanto que no te cansas,
serán las pláticas breves
y las amistades largas.

(*Vase.*)

MARTÍN. Aquí bien echo de ver
que habrás menester paciencia.
D. JUAN. Más he menester ausencia
si me tengo de perder.
Esto se perdió, Martín.
Otro entró; dejé la espada.
Celia, (3) de mi despreciada,
es mujer; vengóse, en fin.
No sé cómo escuchar pude
tal burla y tal libertad.
MARTÍN. Ella te dijo verdad;
no hay cosa que no se mude.
Ausentarte es acertado,
si ha de hacer burla de ti.
D. JUAN. Probaré lo que hay en mí.
Cobarde, estoy despreciado.
MARTÍN. Bien dices: o gran paciencia,
o ausencia aquí te conviene.
D. JUAN. Fuerte es el mal que no tiene
más remedio que el (4) ausencia.

(*Vanse. Salen* (5) ALBERTO *y* DON GARCÍA.)

(1) En idem, "de esa".
(2) En idem, "le".

(1) En el impreso, "aguarda".
(2) En idem, "y".
(3) En el autógrafo, "que Celia"; pero el verso resulta largo.
(4) En el impreso, "la".
(5) En el autógr., sólo "(*Entren* ALBERTO *y* DON GARZÍA.)"

DON GARCÍA.

¡ Gallardamente se lució la industria!

ALBERTO.

Y tanto, que has llegado a ver el pecho
que antes juzgabas de diamantes hecho
con tan tierna y igual correspondencia.

DON GARCÍA.

Más que a mi voluntad debo al (1) ausencia,
pues ella descubrió que me quería,
que siempre no tenerme amor fingía.
Mirando estoy, Alberto, y no lo creo,
lo que puede el (2) ausencia en el deseo.
En fin, es privación, pues del no verme
nacieron los principios de quererme.
Mejor debo de ser imaginado.
¿Yo en los brazos de Celia? ¿Yo abrazado
de la mujer más tibia que ha tenido
Amor entre los hielos del olvido?
¿Yo cerca de sus rosas (3) y jazmines?
¿Yo querido de Celia?

ALBERTO.

No imagines
tanto esas cosas, que te vuelves loco.

DON GARCÍA.

Cuando me vuelva loco, todo es poco.

(*Sale* INÉS.)

INÉS. Parecerá novedad
venir a esta casa Inés.

D. GARCÍA. Será novedad si es
efeto de voluntad.

INÉS. Este papel te lo diga.

D. GARCÍA. Mil veces beso el papel,
si hay más desdenes en él
que cuando fué mi enemiga.

INÉS. Afuera queda un criado
con un regalo.

D. GARCÍA. ¿Eso más?

INÉS. Lee el papel y verás
a qué buen tiempo has llegado.

(*Lee* DON GARCÍA.)

"No será fuera de propósito a quien viene dé la guerra servirle con ropa blanca, y más en (4) camino largo y por la posta. De vuestra salud me alegro mucho, García, y deseo volveros a ver, que lo que ha faltado mucho no se ha de ver poco."

¡Notable favor, Alberto!

ALBERTO. No hay cosa ¡por vida mía!
como llamarte García.

D. GARCÍA. Anda el Amor descubierto.
Esto de quitar el don
a lo que se estima y quiere
regaladamente infiere
que hay amistad y afición.
No sé qué se tiene más
García que don García.—
Ahora bien; dile, Inés mía,
que para siempre jamás
un esclavo tiene en mí,
y aquesta caja le lleva;
con los diamantes a prueba
de lo que yo ausente fuí.
Sortijas son, y son tales,
si bien diamantes, estrellas
merecen manos tan bellas
ser a su alabastro iguales.
Una lleva en una *Ce*
presentando un corazón,
que las dos mitades son
el círculo de mi fe;
otros hay con diferencia
de gusto y vista en efeto;
siempre el oro fué discreto,
siempre habló con elocuencia.
Iré a verla, y tú, entre tanto,
ponte esta cadena, Inés.

INÉS. Con una *p* soy (1) tus pies
por pagarte en otro tanto.
¡Mil años te guarde el Cielo!
Señor Estorneli, adiós.

(*Vase.*)

ALBERTO. Reina, adiós.—Ya vais los dos...

D. GARCÍA. ¿Dónde?

ALBERTO. Camino del cielo.

D. GARCÍA. ¿Cómo? (2)

ALBERTO. Al casamiento vais,
que sin él no se va bien.

D. GARCÍA. Agradezco el parabién
que con ese bien me dais.
Rica, hermosa y bien nacida
es Celia; dichoso yo.

ALBERTO. ¿Será bien hablarla?

D. GARCÍA. No,
por si entre tanto me olvida:
que aún temo su condición.

---

(1) En el impr., "a la".
(2) En idem, "la".
(3) En ídem, "rayos".
(4) En ídem, "en el".

(1) En el impr., "Con otra beso".
(2) En idem, "¿Con qué?"

Mejor es que doña Clara
la hable, a ver si declara
con ella su pretensión.

ALBERTO. Es muy discreta y os ama.

D. GARCÍA. Siempre a mi favor se inclina.
¡Ay, esperanza, camina,
que la posesión te llama!

(*Vanse. Salen* DON JUAN *y* MARTÍN.)

D. JUAN. ¡Yo voy perdiendo el juicio!

MARTÍN. ¿Aquí tornas?

D. JUAN. Aquí torno.

MARTÍN. Como torno es el Amor,
que alrededor se anda todo.
Mira que das que decir
en la calle.

D. JUAN. No hago poco
en no echar piedras por ella.

MARTÍN. Mira, señor, que Amor solo
siempre lo pasa muy mal,
y tú dijiste que es loco
quien sólo una cosa amaba,
cuando fuiste más dichoso.
Vámonos a entretener,
que en la corte hay mil hermosos
rostros.

D. JUAN. No sé qué me tengo,
que todos me dan en rostro.

MARTÍN. Las heridas duelen menos
con los remedios

D. JUAN. No pongo
la esperanza (1) en los remedios
ni a la muerte el paso estorbo.
Quiero ausentarme, no puedo;
quiero escribirla, no oso;
quiero verla, temo el daño
de su desdén riguroso.
En su calle me anochece,
y en ella, con letras de oro,
los desengaños del alba
me escribe el sol en los ojos;
aumentando sus venganzas,
pido a sus rejas socorro.
¿Nadie me escucha?

(*Salen* CELIA *y* INÉS *a la reja.*)

CELIA. (Sí escucha,
que Amor es ciego y no sordo.)

D. JUAN. ¡Ay, terribles desengaños,
cómo prometen los días
para breves alegrías
tristezas de muchos años!
¡Ay, dulces horas pasadas,
que hacéis la pena mayor!
*¡Ay, verdades, que en Amor
siempre fuisteis desdichadas!*
¡Ay, hierros de aquestas (1) rejas,
quién os pudiera ablandar!

CELIA. (¿Hay gusto como escuchar
en un arrogante quejas?)

D. JUAN. ¡Que obligaciones deshagan
novedades de dos días!
Buen ejemplo son las mías,
pues con mentiras se pagan.
Justamente amor me trata
vengando el rigor de un año,
cuando traté con engaño
tus verdades, (2) Celia ingrata.
Entonces ¿quién tal pensara
que era mi lealtad tan poca?
¡Qué de quejas vi en tu boca!
¡Qué de perlas vi en tu cara!
Pensar en que me adorabas
con mayor dolor me aflige.
¡Oh! Cuántas veces te dije
cuando a mi puerta llamabas:
"Como por victoria y palma
de tus desdenes tan cierta,
en vano llama a la puerta
quien no ha llamado en el alma."

CELIA. (¡Ay, celos bien empleados!)

D. JUAN. Cuando llamabas allí
y, preguntando por mí,
me negaban mis criados
(tanto el corazón descansa
contando lo que pasó),
estaba diciendo yo:
"¿Para qué busca quien cansa?"

MARTÍN. Señor, mira que es locura
enamorar con tus quejas
los mármoles de unas rejas.

D. JUAN. ¡Ay, peregrina hermosura!
Que noche te vi turbada
decir, viéndome volver:
"Déjate, don Juan, querer,
pues que no te cuesta nada."
Sí cuesta, que no es hazaña
pagar amor con olvido,
que el que piensa que es querido
el ser querido le engaña.

---

(1) En el impr., "experiencia".

(1) En el impr., "aquellas".
(2) En idem, "beldades".

Mira entre desdichas tantas
a qué llegan mis enojos,
pues vengo a poner los ojos
donde tú pones las plantas. (1)
Vino tu antiguo amador
de Milán para vengarte,
a ser de mis paces Marte,
a ser de mi guerra Amor.
Con esto vengada estás,
pues que ya en brazos ajenos
ni puedes tenerme en menos,
ni puedo estimarte en más.

CELIA. (¿Qué música en los oídos
tan dulce pudiera ser
como haberme visto ayer
perder por ti los sentidos
y hoy verte llorar por mí?)

D. JUAN. ¡No quiero, Celia, piedad!
Yo esforzaré tu crueldad
con darme la muerte aquí,
pues he visto la mudanza
que ha hecho tu pecho ingrato;
ni en el tiempo ni en el trato
tenga nadie confianza.
Confieso ¡ay, penas tiranas!
que se me pasan iguales (2)
las noches en tus umbrales,
los días en tus ventanas.
Y no llamo en esta calma,
no digas, de mi amor cierta:
"En vano llama a la puerta
quien no ha llamado en el alma."

CELIA. (Quiérome quitar de aquí
¡ay, Cielos!, que puede ser
que me venga a enternecer
y que se burle de mí.
Pues no me piense engañar
con la disculpa, aunque es mucha;
que quien lágrimas escucha
cerca está de perdonar.)

(*Entrense.*) (3)

MARTÍN. Señor, si estás de tal suerte
llamaré mil veces.

D. JUAN. No,
que no quiero darme yo
tanta ocasión a mi muerte.
Lo que podemos hacer
es ir a pedirle a Clara,
si Celia acaso repara
en que ha de ser mi mujer,
que la hable y la prometa
la palabra de mi parte.

MARTÍN. Pues yo puedo asegurarte,
si ella la palabra aceta,
que tú le des en amores,
porque no se puede hallar
remedio como es casar
para templar los amores.
Los que más ves desear
aquel tan breve placer
los verás amanecer
con deseos de enviudar.

D. JUAN. ¡Pluguiera a Dios que me viera
en esos trances, Martín,
que no hay en el gusto fin
cuando (1) el amor persevera!
¡Ay, esperanzas burladas
del engaño y del favor!
*¡Ay, verdades, que en amor
siempre fuistes desdichadas!*

(*Vanse. Salen* (2) CLARA *y* DON GARCÍA *y* ALBERTO.)

CLARA. Esto Celia respondió,
determinada a casarse.

D. GARCÍA. Pudiera Celia emplearse
en (3) otro mejor que yo,
pero no en quien más la quiera
y la desea servir.

CLARA. Bien te puedes persuadir
de que por dueño te espera,
pues esta noche me advierte
de que haréis las escrituras.

D. GARCÍA. Clara, el bien que me aseguras
ya me enloquece de suerte,
que sale del corazón
a mis ojos la alegría.
En fin, Clara, ¿Celia es mía?

CLARA. Hoy tendrán satisfación
tus sospechas de que has sido
quien siempre Celia ha estimado.

D. GARCÍA. Perdón pido a mi cuidado

---

(1) Después de éste, había escrito Lope y tachó luego, estos dos versos en el autógrafo:

"Confieso, ¡ay penas tiranas!
que se me pasan iguales."

(2) Este y el anterior son los versos que anticipadamente había escrito antes el autor y repite ahora.

(3) En el autógr., "(*Quítese.*)"

(1) En el impr., "donde".
(2) En el autógr., "(*Entren.*)"
(3) En el impr., "con".

de las dudas que ha tenido,
que donde hay competidor
también anda en competencia,
y más si hay celos y ausencia,
el miedo con el Amor.
La que yo hice a Milán,
por allá pensar me hacía
si aquellas noches venía
algún dichoso galán
a la calle o a tener
conversación en su (1) casa.

ALBERTO. Cuanto a los amantes pasa,
don García, no ha de ser
repetido en la ocasión
de llegar a casamiento,
porque estorbará el contento
perder la satisfación.
Amor es pleito entre dos
cuando tiene competencia;
agradece la sentencia,
pues ha salido por vos,
y vamos a prevenir
lo que fuere menester.

(*Salen* DON JUAN *y* MARTÍN.)

D. JUAN. Diligencias se han de hacer
hasta llegar a morir.

MARTÍN. Nunca fuí yo de opinión
que cuando llega a venganza
una mujer por mudanza
se le dé más ocasión.

ALBERTO. (Este es don Juan, el galán
que en casa de Celia vi.

D. GARCÍA. Pues, Clara, ¿don Juan (2) aquí?

CLARA. Seguro estás de don Juan;
que si a ver a Celia entró
alguna vez, yo sería
la causa.

D. GARCÍA. Que la servía,
Clara, imaginaba yo;
pero, ya desengañado,
de pensarlo estoy corrido.)

MARTÍN. (Este es el recién venido,
no sé si también amado.

D. JUAN. Todo lo debe de ser,
pues desde que vino aquí
se burla Celia de mí.)

D. GARCÍA. (Claro está que has de querer
hablarle, yo doy (3) lugar.

(1) En el impr., "la".
(2) En idem, "¿Qué quiere don Juan".
(3) En idem, "y doite".

CLARA. Vete con Dios, y está cierto
de que esta noche el concierto
se ha de escribir y firmar.)

(*Váyase, mirando a* DON JUAN, *y él a* DON GARCÍA, *muy falsos.*)

D. JUAN. ¡Bravo talle!

MARTÍN. A los celosos
todo en el (1) competidor
parece siempre mayor.

D. JUAN. Son los ojos temerosos
de la misma condición
de la envidia.

CLARA. ¡Qué cuidado
me has dado en haber llegado,
don Juan, en esta ocasión!

D. JUAN. ¿Por qué, Clara?

CLARA. Don García,
que es el que de aquí se va,
casado con Celia está.

D. JUAN. ¿Casado?

CLARA. Si en este día
se han de hacer las escrituras,
claro está que está casado.

D. JUAN. Mientras en duda han estado
¡oh, Clara! mis desventuras,
estaba loco de amor;
pero en llegando a ser ciertas,
abro al corazón las puertas.
Váyase en buen hora Amor.
Mal determinado andaba
para llegar a ausentarme;
que a un hombre que fué querido
llega el desengaño tarde.
Pero, pues ya no hay remedio
ni esperanza que me engañe,
yo me ausento de sus ojos,
Celia en mi ausencia se case.
Culpa tuve de perderla,
no tengo de quien quejarme.
Esta es honrada ocasión;
mañana me parto a Cádiz.
Dícenme que a socorrerla
el Almirante se parte
y otros muchos caballeros;
seguir quiero al Almirante,
que en esta acción, y en un hora,
ha sido cosa notable
que de toda España el Rey
conozca las voluntades.

(1) En el impr., "cualquiera".

Quédate, Clara, con Dios,
y da a Celia de mi parte
el parabién de mi muerte,
del casarse y de vengarse.

(*Vase.*)

CLARA. ¡Lástima me ha dado!
MARTÍN. Es justo
que te enternezca.
CLARA. Martín,
con ausentarse da fin
Amor con tanto disgusto.
Ya se casa don García,
ya no hay que cansarse más.

(*Salen* CELIA *y* INÉS.)

CELIA. ¡Qué descuidada estarás
de aquesta visita mía!
CLARA. ¿No viste al entrar un hombre
que es dueño del que está aquí?
CELIA. Tapéme cuando le vi.
MARTÍN. Si aborreces hasta el nombre,
¿qué mucho que no le dieses
ese disgusto a tus ojos?
CELIA. ¡Ay, Martín! si los enojos
de mis pensamientos vieses,
juzgaras que, ya ofendida, (1)
quise matarme vengada.
MARTÍN. Ya creo que estás casada, (2)
en que estás arrepentida.
CELIA. No ha tanto que me casé,
pues aún está por firmar,
que el gusto lo pueda estar
siento. ¡Que un hombre sin fe,
a quien yo he querido tanto,
me haya obligado a perderle,
pues, sin dejar de quererle,
de lo que intento me espanto!
Por vengar tantos agravios
hago tan gran necedad (3),
que, si te digo verdad,
voy con el alma en los labios.
Yo le vi salir de aquí
y la sangre se me fué
al corazón, que pensé
que ya no le hallara allí.
¿Piensas tú que no le oí
decir las noches pasadas,
a mis ventanas, bañadas
de mi llanto y su dolor:
"*¡Ay, verdades, que en Amor
siempre fuisteis desdichadas!*"?
Todo lo vi y escuché;
pero ya la suerte mía
me ha entregado a don García.
Di la palabra, ¿qué haré?
Si llama entonces yo sé
que Amor llevara la palma,
sin responder puesta en calma,
la venganza entonces cierta:
"¿Para qué llama a la puerta
quien no ha llamado en el alma?"
Fuése sin llamar, y así
determinada quedé
de casarme, y lo juré
para vengarme de mí.
Rompiera la puerta allí;
que así Amor la furia amansa
cuando celoso descansa,
ya que a buscarme llegó,
que no le dijera yo:
"¿Para qué busca quien cansa?"
MARTÍN. No sé qué pueda decir,
Celia, en esta confusión.
Ya te casas, no es razón
tu casamiento impedir.
A Cádiz se va don Juan
con el honor y laurel
de Enríquez, porque con él
muchos caballeros van.
Échame tu bendición
con esas flores de azahar,
que para ver pelear
voy alquilar un balcón;
que, aunque con honrados bríos,
más voy en estas tormentas
a dejar dinero en ventas
que a echar a fondo navíos.
CELIA. Dios te dé, Martín, felices
sucesos, pues a mí no. (1)

---

(1) En el autógr. este verso se escribió primero y tachó luego, así:
"qué al contrario juzgarías".
Después quedó en esta forma:
"juzgaras que ofendida."
La corrección del impreso parece buena.
(2) Lope improvisó este verso así:
"Conozco que estás casad";
pero en el acto se arrepintió, pues no dió fin a la palabra "casada".
(3) En el impr., "ceguedad".

(1) Estos dos versos fueron escritos de primera intención así:
"Dios te dé mexor suceso
que a mí fortuna me dió."

MARTÍN. Obispa te vea yo,
que con tal mano bendices.

(*Vase.*)

CLARA. Necia has estado.
CELIA. ¿Yo?
CLARA. Sí;
en declarar lo que sientes.
Ya que te casas, no intentes
que éste se vengue de ti.
CELIA. No puedo más. Toma el manto,
ven a la calle Mayor,
que nunca pensé que Amor
quisiera vengarse tanto.
Sacaré de aquí a la noche
cosas que son menester.
CLARA. Mucho fué no conocer
don Juan al salir el coche;
y si es que le ha conocido,
él te ha de seguir y hablar,
ocasión que puede dar
sospechas a tu marido.
CELIA. ¡Ojalá! Pero no creo
que, estando determinado,
le dé mi boda cuidado
ni mi privación deseo.
Yo me tengo de casar,
porque he venido a creer
que si le vuelvo a querer
me ha de volver a olvidar.

(*Vanse. Salen* DON JUAN *y* MARTÍN.)

MARTÍN. ¡Qué buen modo de partir
después que postas conciertas! (3)
D. JUAN. Tú me has echado a perder
con darme, Martín, dos nuevas:
una, que ya los ingleses
llevaron en la cabeza;
que sólo un Girón de España
les hizo volver sin ella;
que se arrojaron al mar
cobardes, dejando en tierra
vidas, honra, municiones,
codicia, engaño y soberbia,
y otra, que lloran por mí
los bellos ojos de Celia.
¡Mal agüero en mi partida
el ver llorar las estrellas!,
y así vengo a ver su calle
para consolar mis penas,
y por vengarme de ver
que enamorada me deja.
MARTÍN. No pienso que están en casa.
D. JUAN. ¿Si en otra parte conciertan
este necio casamiento?
Llega, Martín, a la puerta.
MARTÍN. Sale muy gentil olor,
que es señal que en casa cenan,
y que puede consolarte.
Llégate más cerca, llega;
que si en las sienes y pulsos
se pone cuando hay flaqueza
algún agua que conforte
o algún licor que dé fuerzas,
¡por Dios! que por las narices
ansí lo que guisan entra
desde la cocina al pecho,
que hasta el ánima consuela.
D. JUAN. Advierte que viene gente.
MARTÍN. ¿Si es justicia?
D. JUAN. No hay linterna.
MARTÍN. Bien dices, que suele ser
de esos tres magos la estrella,
corchete, alguacil y pluma.

(*Entre* DON GARCÍA, *galán;* ALBERTO *y gente que acompañe.*)

ALBERTO. Bueno fuera haber traído
un hacha.
D. GARCÍA. La casa es ésta.
D. JUAN. ¿Quién va?
D. GARCÍA. Don García Fajardo.
MARTÍN. (Este es el dueño de Celia.)
D. GARCÍA. ¿Y quién es quien lo pregunta?
D. JUAN. La justicia.
D. GARCÍA. Que lo sea
por muchos años.—Entrad.

(*Vanse.*)

D. JUAN. Ya mi desdicha se acerca.
¿Entraron?
MARTÍN. No, sino el alba.
Vámonos de aquí; ¿qué esperas?
D. JUAN. ¿Fajardo dijo?
MARTÍN. Mejores
los tiene agora en su tienda
la calle del Arenal.
D. JUAN. ¡Todo me abrasa y me hiela!
Irme quisiera, y no puedo.

---

(1) Al margen, y de otra letra, hay estos cuatro versos:

"Después que esauido Agora
que Al Almirante no dexa
su mag.d que se parta
de madrid. Por cosa cierta."

MARTÍN. Pues es necedad extrema (1)
si ya Celia está casada.
D. JUAN. ¿No puede ser que suceda
alguna cosa entre tanto?
MARTÍN. ¡Oh, qué esperanza tan necia!
D. JUAN. Si acompaña a un sentenciado
hasta la misma escalera,
¿es mucho que me acompañe
hasta que se case Celia?
MARTÍN. Un hombre viene.

(*Sale* LAURENCIO, *escribano.*)

D. JUAN. ¿Quién va?
LAURENC. Presumo que ya me esperan.
D. JUAN. ¿Quién va?
LAURENC. El escribano soy.
D. JUAN. Pues vuesa merced se vuelva,
que me va en esto la vida,
y póngase esta cadena.
LAURENC. Bien entiendo que os importa;
pero ¿si (2) otro llaman?
D. JUAN. Venga,
que otra tengo que le dar.
LAURENC. Somos tantos, que el arena
del mar no será (3) bastante
si se volviesen cadenas.
D. JUAN. Con irse vuesa merced
bien puede ser que no sea
la escritura aquesta noche.
LAURENC. Yo me voy.
MARTÍN. ¡Qué diligencias
tan locas!
D. JUAN. No puedo más.
MARTÍN. Más gente viene. ¿Qué intentas?

(*Entren dos* MÚSICOS.)

PRIMERO. ¿Qué guitarra habéis traído?
SEGUNDO. La sonora (4) portuguesa.
PRIMERO. ¡Buenas voces!
SEGUNDO. ¡Extremadas!
PRIMERO. Pienso que la casa es ésta.
D. JUAN. (¿Músicos?
MARTÍN. Pues ¿no lo ves?
D. JUAN. ¡Vive Dios, que no consienta
que canten cuando yo lloro!)
¡Sacude!
MARTÍN. ¡Sacudo!

(1) En el impr., "es tema".
(2) En ídem, "si a".
(3) En ídem, "no sea".
(4) En ídem, "señora".

D. JUAN. ¡Mueran!
PRIMERO. ¡Ay, que me han muerto!
D. JUAN. Eso sí,
vayan a cantar endechas.
MARTÍN. O a lo menos el romance
de "A malas lanzadas mueras".

(*Al alboroto de los cintarazos salgan* DON GARCÍA, ALBERTO *y todos los de la compañía.*)

PRIMERO. Aquí están.
D. GARCÍA. Pues, caballeros,
¿así es justo que se atrevan
a criados de esta casa?
D. JUAN. Hasta agora no hay en ella (1)
quien eso pueda decir,
pues sólo su dueño es Celia.
D. GARCÍA. ¿Cómo que no? Yo lo soy.
D. JUAN. ¿Estáis casado con ella?
D. GARCÍA. Vengo a hacer las escrituras.
D. JUAN. Pues cuando estuvieran hechas.
¡Cuántas veces no se cumplen!
D. GARCÍA. Lo que los nobles conciertan,
aun sin las firmas, se cumple.
D. JUAN. En cosas de esta manera
algunas causas impiden
la ejecución que desean.
D. GARCÍA. ¿Sois impedimento vos?
D. JUAN. Cuando la espada pudiera
responder, seguro estoy
que hablara por mi defensa;
pero yo tengo que hablaros (2)
aquí aparte a vos y a Celia.
D. GARCÍA. Si ella quiere, aquí estoy yo;
no hay cosa que más me venza
que una honrada cortesía.

(*Aparte los dos con* DON JUAN.)

D. JUAN. ¿Es propio de la nobleza,
si un hombre que se casara
con una dama, supiera
que había querido a un hombre
un año con tal fineza, (3)
que siendo los días de él
trecientos sobre sesenta
y cinco, tantos papeles

(1) Este verso se escribió primero, y fué tachado así:
"Aquí no hay dueño que pueda."
(2) En el impr., "de hablar".
(3) En el autógr., "firmeza". La corrección del impreso parece buena.

puede mostrar de su letra;
y que con celos, el alba
trocaba perlas con ella,
porque, llorando las dos,
eran mejores sus perlas,
si se espantaba la noche
de ver el sol a sus puertas,
que el de sus ojos gustaba
de estar mirando por ellas;
y si hubiese merecido
cuanto de una dama honesta
puede conceder Amor
en exteriores licencias,
seria bien que celosa,
por venganza, aunque discreta,
se casase a su disgusto,
y el que viniese a querella
sobre tanta voluntad
viniese a hacer experiencia
de los temores que pasa,
quien lo que digo sospecha?
Vos sois jüez; sentenciad
la causa, si acaso es vuestra.

D. GARCÍA. Pues ¿quién es el hombre?

D. JUAN. Yo.

D. GARCÍA. Y ¿quién es la dama?

D. JUAN. Celia.

D. GARCÍA. ¿Es aquesto verdad?

CELIA. Sí;
no quiera Dios que yo mienta.

D. GARCÍA. Ni que yo, Celia, me case
con quien verdades confiesa.

CELIA. Hay verdades que en Amor,
por los desprecios se niegan.

D. JUAN. No desprecios, Celia mía;
siempre adoré tu belleza.

D. GARCÍA. (Buen marido fuera yo
si a mis ojos la requiebra.) (1)
Caballeros, yo he sabido
en este punto que es deuda
mía, de que nunca tuve
imaginación ni nuevas,
la señora Celia, y quiero,
ya que por serlo no pueda
casarme, que no se emplee
menos tan rara belleza
que yo, en el señor don Juan
de la Guerra y de la Vega.
Esto suplico a los dos,
y que yo padrino sea.—
Venga un "sí" doblado.

LOS DOS Sí.

MARTÍN. Ya que de cura te precias,
Merezca Martín a Inés.

D. GARCÍA. Pues de la misma manera
digan el "sí" juntos.

LOS DOS. Sí.

MARTÍN. Que es como el *Requiem aeternam*.

D. JUAN. *De las verdades de amor*
aquí acaba la comedia.

CELIA. Y el deseo de serviros,
adonde acaba comienza.

LAUS DEO ET M. V.

En Madrid a 12 de noviembre de 1625.

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO (*Rúbrica.*)
Véala P.º Vargas Machuca. (*Rúbrica.*)

Esta comedia que intitula Lope de Vega Carpio *Ay verdades que en Amor*, es una ficción agradable, sin perjuicio ni inconveniente, como todas las que escribe este Autor, con agrado honesto y elegancia del decir. Puede representarse. Madrid 4 de febrero de 1626.

PEDRO DE VARGAS MACHUCA. (*Rúbrica.*)

(1) En el impreso, "requiebran".

FAMOSA COMEDIA

DE

LOS BANDOS DE SENA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

TEODORA, *dama.*	LISANDRO (1), *su hijo.*	BELARDO.	*Un* CAPITÁN, *y* CRIADOS.
FABIO.	LEONARDO.	SIRENTO.	*Un* ALCAIDE.
RUFINO.	DONATO.	DARINTO.	PERSIO.
POMPEYO.	ANGÉLICA, *dama.*	TANCREDO (1).	SEVERO.
FAUSTINO, *senador.*	CELIA, *criada.*	SABINO.	

ACTO PRIMERO

(*Salen* TEODORA, *dama, en hábito de caballero, con una cruz de San Juan;* FABIO *y* RUFINO.)

FABIO. Esta es Sena.
RUFINO. ¡Ciudad bella!
TEODORA. ¡Y república extremada!
FABIO. ¡Qué lustre se mira en ella!
RUFINO. ¡Qué fuerte!
FABIO. ¡Qué torreada!
TEODORA. ¡Oh, cuánto me alegro en vella!
RUFINO. Es la patria dulce cosa.
FABIO. Da su memoria placer.
RUFINO. Es el centro en que reposa.
TEODORA. Vaya Rufino a saber
de una posada famosa.
FABIO. Parte, y dos cosas advierte.
RUFINO. ¿Cuáles?
FABIO. Que sea limpia y clara.
RUFINO. Voy.

(*Vase.*)

TEODORA. ¡Oh, ciudad noble y fuerte!
¡Oh, patria, en fin! ¿Quién pensara,
Sena, que volviera a verte?
FABIO. Por hacerme igual favor
al que en Nápoles me hiciste,
Lelio, mi amado señor,
y porque me prometiste,
satisfecho de mi amor,
que luego en llegando a Sena
me dirías una historia
de grandes sucesos llena
que dieron fin a tu gloria
como principio a tu pena,
te suplico la refieras,
pues que ya habemos llegado.
TEODORA. ¡Ay, Fabio! Si consideras
cuánto te quedo obligado,
¿por qué mi quietud alteras?
Quien descubre su secreto
de libre se hace sujeto;
mas, pues yo lo prometí,
escúchame atento.
FABIO. Di,
que nueva lealtad prometo.
TEODORA. En esta ciudad famosa,
de tantos ingenios patria,
que con república libre
es tan célebre en Italia,
hubo dos linajes nobles
que su grandeza ilustraban
con mil notables varones
por las letras y las armas.
De Montanos era el uno,
sangre antiquísima y clara,
y el otro de Salimbenes, (1)
gloria y honor de su patria.
Quiso la varia fortuna
que se trazase una caza

(1) Por errata dice en el original LISARDO y PANCREDO.

(1) En el original, en este y los demás pasajes, escribe "Salinuenes".

entre los más principales
de estas dos ilustres casas.
Gallardos salen al campo,
que a competencia se amaban,
de plumas y de colores
e instrumentos de Diana.
Los caballos, de ligeros,
con adornos de oro y plata,
ser ciervos, y no caballos,
por el monte imaginaban.
Los perros, de mil colores,
saltando la hierba, ensartan
perlas de blanco rocío
en las agudas carlancas.
Todos gritan, todos corren
como, al darse una batalla
los soldados acometen
al són de trompas y cajas.
Matan un ciervo tan grande,
que la cabeza enramada
veintidós puntas tenían,
y allí entre todos le acaban.
Comienza luego entre todos
una cuestión ordinaria
sobre qué perro y [de] quién
fué dueño de aquella hazaña.
Y sobre decir los unos
que era el lebrel de su casa
y contradecir los otros,
vienen a malas palabras;
de palabras a las obras,
pues, sacando las espadas,
más ha de veinte años, Fabio,
que no se han vuelto a las vainas.
Allí murieron algunos.
Luego los amigos tratan
de seguir a sus amigos,
y la ciudad desdichada
se divide en bandos toda.
Matan hombres, queman casas,
destruyen campos y haciendas,
las calles en sangre bañan.
La familia Salimbena
venció [a] la parte Montana,
porque fué más poderosa
y fuerte que la contraria.
Mataron al padre mío
un Viernes Santo en la plaza,
porque apenas tales días
su privilegio gozaban.
Constancio, un hermano mío,
con las dolorosas ansias
de ver en su sangre envueltas,
Fabio, las paternas canas,
con algunos deudos suyos
hizo tan cruel venganza,
que el corazón del traidor
comió sin llegar la Pascua.
La ciudad y el magistrado,
puesta aquella noche en arma,
quiso hacer un gran castigo
en las dos sangres tiranas.
Mi hermano se puso en cobro,
y, al dejar su amada casa,
tropezó conmigo. ¡Ay, Cielos!
¡Cuán tiranamente me ama!
Y mirando que yo sola,
que soy mujer...

FABIO. ¡Cosa extraña!

TEODORA. ¡Repórtate!

FABIO. ¿Qué me dices?

TEODORA. Fabio, escucha; Fabio, calla.

FABIO. ¿Mujer?

TEODORA. Guárdame secreto.

FABIO. Yo cumpliré la palabra,
si me diesen mil tormentos.

TEODORA. En fin, viendo que quedaba
desamparada y mujer
y que la parte (1) contraria
no perdonaba los niños
en los brazos de las amas,
de cinco años me sacó
de Sena, mi amada patria.
Vistióme en hábito de hombre
y, por Flandes y Alemania,
me trujo hasta que dió vuelta,
después de algún tiempo, a Italia.
Pasóse a Malta después,
y en las galeras de Malta
hizo tan honrados hechos,
que le dieron la cruz blanca.
Era el caballero Lelio
su nombre; yo me llamaba
Fabricio; mas la fortuna
tuvo envidia de su fama.
Murió Constancio, y yo ¡triste!,
sus obsequias celebradas,
tomé sus propios vestidos
y pasé otra vez la Italia,
y fingiendo ser mi hermano,
todos, como ves, me llaman,
Fabio, el caballero Lelio.

(1) En el original, "patria".

FABIO. ¿A qué efeto, o por qué causa?
TEODORA. Porque con este disfraz,
segura de más desgracias,
veré en Sena qué fin tuvo
la enemistad de estas casas.
Si ha quedado algún pariente
o alguna hacienda de tanta
como mis padres tenían,
o si los bandos se hablan
de los que quedaron de ellos,
las parcialidades guardan,
para que, si estoy segura,
diga mi nombre a mi patria.
FABIO. ¡Notable industria y disfraz
que nadie podrá entender!
Y ¿cómo (1) podrás saber
si hay guerra o si están en paz,
si tienes hacienda o no,
o cuál amparo te queda?
TEODORA. Como descubrirme pueda,
si la enemistad cesó,
viviré, Fabio, en mi tierra
y en mi traje natural.—
¿Qué es esto?
FABIO. Entre este jaral
que el paso a aquel monte cierra
entró un perro, y me parece
perdiguero.
TEODORA. Sí será.
FABIO. A su dueño he visto ya.
Gallardo ¡por Dios! se ofrece
con un arcabuz al hombro.
TEODORA. Habrá perdices aquí.
FABIO. ¡Buen hombre de campo!

(*Entre* POMPEYO *como se pinta aquí.*)

TEODORA. Ansí
a los cazadores nombro.
¡Por mi vida que es galán,
y que el traje lo es también!
FABIO. ¡Bien me agrada!
TEODORA. A mí también.
POMPEYO. (Parados a verme están.)
Yo quisiera, caballero,
ya que por verme os paráis,
con que a la caza mostráis
afición, que la que espero
hubiera salido aquí.
TEODORA. Y yo me holgara de ver
un tiro a ese brío hacer.
(Mas no había de ser en mí.) (*Ap.*)
POMPEYO. ¿Sois aficionado?
TEODORA. Soy
en extremo aficionado.
¡Buen arcabuz!
POMPEYO. ¡Extremado!
Y si os agrada os le doy,
que otros dos tengo tan buenos
para serviros.
TEODORA. No sé
qué agradecimiento os dé
de esta afición por lo menos,
y no habiendo precedido
el haberos obligado,
si no es con haber mostrado,
sin haberos conocido,
a vuestro talle afición.
POMPEYO. Tengo a mucho esa merced.
Aunque soy pobre, creed
que tengo gran corazón.
TEODORA. ¡Buena llave!
POMPEYO. Labra aquí
un Lidio con gran primor.
Tomalde ¡por Dios!, señor,
y servíos de él y de mí.
TEODORA. Cuando conmigo trujera
algo a que poder ferialle,
aún me atreviera a tomalle,
pero no de otra manera.
POMPEYO. Agravio me hacéis notable,
y el decir que os agradé
poco en no tomar se ve
cosa tan vil.
TEODORA. No se hable
del valor de prenda tal,
que la estima de ser vuestra
el mucho que tiene muestra,
y que no la tiene igual.
FABIO. Una banda de perdices
se ha levantado.
POMPEYO. En el suelo
no las tiro.
TEODORA. ¿Pues?
POMPEYO. Al vuelo.
TEODORA. ¡Detente!
POMPEYO. ¿Por qué lo dices?
TEODORA. Porque lejos han parado,
y tengo que te decir...
POMPEYO. Si hay en que os pueda servir,
haré cuenta que he tirado.
TEODORA. Yo soy de Sena.
POMPEYO. ¡Por Dios!

(1) En el texto, "con qué".

TEODORA. Es, sin duda.
POMPEYO. Daros quiero
dos abrazos.
TEODORA. (Yo primero (*Aparte.*)
saber de cuál de los dos
es este hidalgo parcial;
porque yo soy Salimbene,
y, si es Montano, me viene,
para lo que pienso, mal.)
¿Han por ventura cesado
dos bandos que en esta tierra
veinte años le hicieron guerra?
POMPEYO. Bien a mi costa han parado,
pues de todo el bando mío
no hay más que yo y una hermana
que tengo.
TEODORA. ¡Cosa inhumana!
POMPEYO. Pero en el Cielo confío
que me ha de dar algún día
venganza.
TEODORA. ¿No está en vos muerto
el fuego?
POMPEYO. Sí, por cierto,
que yo soy ceniza fría
de tanto incendio pasado.
TEODORA. Y el otro bando, ¿está bien?
POMPEYO. Sangre le cuesta también,
pero mejor ha quedado;
porque hay tres o cuatro casas
de gente muy poderosa.
Mi padre, menos dichosa,
en estas montañas rasas
esa casa me dejó
que miráis en las postreras
de Sena, que en las primeras
de sus ciudadanos vió.
Ese campillo, esos prados
sólo en memorias se cuenta
de tanta grandeza y renta.
TEODORA. ¿Qué valdrán?
POMPEYO. Dos mil ducados.
De éstos como y visto agora;
de éstos mi hermana sustento,
que es la lástima que siento.
TEODORA. ¿Mora aquí?
POMPEYO. En la ciudad mora,
que allá tenemos los dos
una casa razonable.
TEODORA. (A mi fortuna mudable (*Aparte.*)
estoy temiendo ¡por Dios!
Mas, pues es fuerza, sabré
si es mi parte, que me agrada
de suerte, que estoy turbada;
tiemblo del cabello al pie.
Deseo que sea contrario
y que pariente no sea,
no porque mi sangre vea
libre de incendio tan vario,
sino porque aquí dejé
otros hermanos pequeños
entre mal seguros dueños;
y si aquéste de ellos fué,
pesárame que los ojos
hayan al alma engañado,
pues que por ellos ha entrado
a darme dulces enojos.
Que desde que peregrino
con algún entendimiento,
no he tenido pensamiento
que de amor siga el camino.)
En fin, señor, vuestro bando,
ha parado sólo en vos;
pero cuál es de los dos
saber estoy deseando,
que soy de ellos y salí
muy niño de esta ciudad.
POMPEYO. ¿Que de esta parcialidad
procedisteis?
TEODORA. Señor, sí.
POMPEYO. Pues sabed que soy Montano.
Si sois Salimbena vos...
TEODORA. De un bando somos los dos.
Deteneos, dadme la mano.
POMPEYO. ¿Montano sois?
TEODORA. Es sin duda.
POMPEYO. ¿De quién sois hijo?
TEODORA. Después
os lo diré, si no es
que la fortuna se muda,
y con igual libertad
ricos y pobres hablamos.
POMPEYO. ¡Que otra coluna tengamos
de nuestra parcialidad
en mancebo como vos
tan caballero y soldado!
Seáis mil veces bien llegado.
TEODORA. Mil años os guarde Dios.
POMPEYO. Volveré a mi hermana loca
si os llevo. Hacedme placer,
que nos vamos a comer
juntos. La sangre os provoca;
no me lo neguéis ¡por Dios!
TEODORA. ¿Quién fué vuestro padre?

POMPEYO. Enrico
Montano.

TEODORA. Tené, os suplico,
que somos primos los dos;
que fuí hijo de su hermano
Silvio Montano.

POMPEYO. ¿Hay ventura
tan grande? ¡Mi bien procura
el Cielo!

TEODORA. Lelio Montano
es mi apellido.

POMPEYO. Y yo, primo,
Pompeyo Montano soy,
y pues vos lo sois, desde hoy
mucho más mi nombre estimo.
Seguidme.

TEODORA. Aguardo un criado.

POMPEYO. Enviarémosle a llamar.

TEODORA. (¡Qué buen modo de engañar (*Ap.*)
y de jugar al trocado!
Su pariente finjo ser,
su enemigo soy mortal;
pero este ser natural
tiene más fuerza y poder.
El mancebo es a mi gusto;
gallardo, cortés, galán;
si allá matándose están,
matar al prójimo es justo.)
(¿Fabio?

FABIO. ¿Señor?

TEODORA. Esto es hecho.
Lelio Montano me llama.

FABIO. Si tenemos mesa y cama,
será invención de provecho,
que no quedan cien ducados
del dinero que sacaste.

TEODORA. Este es pobre; eso se gaste.

FABIO. Bueno, ¿y después de gastados?

TEODORA. Pedir otros.

FABIO. ¿Con qué luz?

TEODORA. Por esta cruz los darán.

FABIO. No será cruz de San Juan.

TEODORA. Pues ¿qué?

FABIO. Demanda de cruz.)

(*Vanse. Entre* FAUSTINO, *senador viejo, y* LISANDRO, *su hijo.*)

LISANDRO.

Has hecho un edificio que le alaba
toda Sena, señor, y, en fin, es digno
de un senador patricio como eres.

FAUSTINO.

No estoy, Lisandro, muy contento agora.

LISANDRO.

Pues ¿qué puede tener que no te agrade?
La fábrica es bellísima, y el sitio
confina con el muro, que es grandeza,
de una casa de campo, los jardines;
los Elíseos que pintar solía
la ciega antigüedad; las claras fuentes
guardan sus perlas y cristales limpios
en casas de alabastro, jaspe y pórfido.
No sé qué falte para darte gusto,
si no es el ser ajena, porque, a serlo,
no dudo que en extremo te agradara.

FAUSTINO.

Quisiérale añadir, Lisandro, un poco
de huerta hacia la puerta de los álamos,
que es darle más grandeza al edificio,
porque, a mi parecer, ya que es en campo,
no excusa de tener alguna fruta,
y un pedazo de bosque me agradara.
Tras esto, ya tú sabes que confina
la casa, la heredad, huerta y hacienda
de Pompeyo Montano con la mía.
Recibo pesadumbre en que me vean
desde sus corredores, que, en efeto,
las casas en el campo de eso sirven,
que es retirarse un hombre sin testigos,
pues que por eso soledad se llama,
y del concurso popular difiere.

LISANDRO.

Pompeyo es pobre y tiene, según dicen,
una hermana. Yo creo que es forzoso
que venda su heredad para casalla.
Comprarla puedes tú, pues, siendo tuya,
en romper la pared de medianía
meterás en tu casa aquella hacienda,
que tiene huerta, bosque y otras cosas
que harán ilustre el edificio nuestro.

FAUSTINO.

Aconséjasme bien ¡por vida mía!
Lisandro, que me das contento en esto.
Vele a llamar y trata de la venta,
y, en sabiendo su precio, podéis juntos
venirme [a] avisar, que pagaré contado.

LISANDRO.

Voile a buscar.

FAUSTINO.

Si la heredad me vende,

te mando cien escudos, con que hagas
una gala famosa, o calza o cuera.

LISANDRO.
Vivas mil años. En palacio espera.

(*Vanse, y entre* LEONARDO, *caballero, y* DONATO.)

LEONARDO. Busca, Donato, ocasión
con que puedas entrar dentro.
DONATO. Mira que es fuerte ocasión,
y que puede algún encuentro
ser azar de tu afición.
LEONARDO. ¿Por qué, siendo tú discreto?
DONATO. Que no lo soy te prometo,
ni tú lo debes de ser,
yo en quererte obedecer
o tú en perderle el respeto.
Aunque ella tiene belleza
es de tu enemigo hermana.
Buscarla es poca nobleza;
quererla es cosa liviana;
solicitarla es bajeza.
Tus muertos padres y abuelos
a manos de sus mayores,
de estos enemigos celos,
de estos tus locos amores
se están quejando a los Cielos.
¿Sangre habías de querer
de este linaje Montano,
aún estando fresca ayer
la de aquel tu padre anciano?
De mármol debes de ser.
El hermano que perdiste
y la bellísima hermana,
¿no te mueven más?
LEONARDO. ¡Ay, triste!
A la violencia tirana
de Amor, ¿qué mortal resiste?
Bien sé que soy Salimbene
y la obligación que tiene
cualquiera de este apellido;
mas culpa a quien me ha traído,
que dentro del alma viene.
Bien sabes que la belleza
de Angélica, mi enemiga,
a conocer la grandeza
con admiración obliga
la misma Naturaleza.
Yo la vi, y en aquel punto
el odio y enemistad
troqué en amor.
DONATO. Pues pregunto:
¿Amor es necesidad
que todo lo rinde junto,
o cierto consentimiento
que da el alma en confianza
del fin que al entendimiento
promete aquella esperanza
que fabrica el pensamiento?
LEONARDO. Amor es un accidente
que a los principios consiente
el alma.
DONATO. Pues no consientas,
para que agora no sientas
lo que tu espíritu siente.
LEONARDO. Donato, yo no querría
remedio, pues no le espero
en tanta filosofía,
pues tan llanamente quiero
la bella Angélica mía.
Sea sangre del linaje
que la del mío acabó,
sea deshonra, sea ultraje,
su hermosura me mató,
que es cielo en humano traje.
Yo quise un ángel en velo
mortal que a rendir obliga
todas las almas del suelo;
yo no adoro a mi enemiga,
amo a un ángel, amo a un cielo.
Ya me resistí y entré
en mí, y a solas conmigo
nuestra enemistad traté;
pero amar a mi enemigo
es justa ley de mi fe.
Llega y procura que vea
mi Angélica; no repares
que sangre enemiga sea.
DONATO. Que a tanto mal te declares,
¿quién ha de haber que lo crea?
LEONARDO. Necio, enfermo estoy de amor.
Todo el mal, y más el mío,
curan contrarios mejor.
Con calor se cura el frío
y el frío cura el calor.
Ve y harás lo que te digo.
DONATO. Aquí sale una criada.

(*Entre* CELIA.)

CELIA. (¡Buen huésped! Dios me es testigo,
que estabas bien empleada.)
DONATO. Hablando viene consigo.—
¿Ah, mi señora?
CELIA. ¿Quién llama?
DONATO. Una palabra.

CELIA. Y de presto,
que hay dos huéspedes de fama,
y tengo de echar el resto
en limpia comida y cama.
DONATO. La cama envidio, si alguno
la piensa ocupar con vos.
CELIA. De eso irá el huésped ayuno.
DONATO. (A mal tiempo...
LEONARDO. ¿Cómo?
DONATO. Hay dos
huéspedes.
LEONARDO. ¡Quién fuera el uno!
Pregunta quién son.
DONATO. Sí haré.)
¿Qué huéspedes hay en casa?
CELIA. Gallardos son ¡por mi fe!
DONATO. ¿Acaso es gente que pasa?
CELIA. ¿Qué os va en que pase o que esté?
Un primo de mi señor,
del hábito de San Juan,
es, de los dos, el mayor.
DONATO. (¡Qué mal tus negocios van!
LEONARDO. Así es condición de Amor.
DONATO. Caballero, mozo y primo,
de cruz blanca y de buen talle
es el huésped.
LEONARDO. Desanimo,
y porque estoy en la calle
la voz y quejas reprimo.
Mas pues hay buena ocasión,
dale a Celia mi papel,
no esperando galardón,
mas porque tenga por él
noticia de mi pasión.)
DONATO. No le vendrán, dama hermosa,
bien los huéspedes, sospecho,
a vuestro dueño.
CELIA. No hay cosa
que pueda a su noble pecho,
si es justa, ser enojosa.
DONATO. Pompeyo es pobre.
CELIA. No es rico.
DONATO. ¿Huéspedes a un pobre es bueno?
CELIA. ¿Y si es primo?
DONATO. No replico.
Parece que das veneno
con ese despacho y pico;
y así te dé Dios ventura
cuando guises, cuando friegues,
cuando en toda coyuntura
sacudas, limpies, estriegues
o vacíes en noche obscura;
cuando laves y jabones;
cuando tiendas y almidones;
cuando hagas o deshagas
la cama, que satisfagas
mi alma de dos razones:
la primera, si has sabido
de esto que llaman Amor,
por otro nombre Cupido,
y si su dulce asador
te ha penetrado el sentido;
la otra, si admitirás
un hombre de algunas prendas,
mis ojos, si libre estás.
CELIA. Oye, que quiero que entiendas
mi pensamiento no más.
Así te dé Dios ventura
cuando al caballo regales,
cuando en lacaíl figura
con tus espaldas iguales
su blanca frente en altura;
cuando le eches como debes
la cebada en su lugar;
cuando el alcacer le lleves;
cuando le lleves a herrar;
cuando, puesto el mandilejo,
rasques, sea bayo o sea rucio,
con la almohaza el pellejo,
más resplandeciente y lucio
que limpio cristal de espejo;
cuando el cabo de la vela,
pegando al negro rincón,
con hambre, que es buena espuela,
cenes la corta ración;
que no tengo que me duela
ni lo que llaman Cupido.
En la corte anda perdido;
en poderosos, porfía;
entre negros, fantasía,
y entre doncellas, marido.
Me ha dado con asador,
ni con flecha, ni con flecho,
ni sé qué es gusto o rigor,
porque tengo a prueba el pecho
a mosquetazos de Amor.
DONATO. Pues admite en tu servicio
un caballero.
CELIA. ¿Quién?
DONATO. Yo.
CELIA. ¿Ese es tu oficio?
DONATO. Es mi oficio.
CELIA. ¿Que no andas a pie?
DONATO. Yo, no.

CELIA. ¡Bravo vicio!
DONATO. Estoy de vicio.
CELIA. ¿Retózale el alcacer
del rocín de su señor,
di a oficial de placer? (1)
DONATO. Más me retoza tu amor.
CELIA. Adiós, que tengo que hacer.
DONATO. Oye.
CELIA. ¿Qué quieres?
DONATO. Que des
este papel a tu ama.
CELIA. Si me dices de quién es.
DONATO. Leonardo, amiga, se llama.
CELIA. ¿Dónde te veré después?
DONATO. En tu calle me hallarás
rondando con mi señor.
CELIA. ¿Es éste?
DONATO. El que viendo estás.
CELIA. El de la cruz es mejor;
no hay duda, querránle más.
Tarde llego, porque creo
que anda, entre los dos que digo,
el Amor hecho correo.
DONATO. Qué, ¿es galán?
CELIA. Dios me es testigo
que arrastra cualquier deseo;
tanto, que yo...
DONATO. Dilo todo.
CELIA. Le quiero.
DONATO. Ponte de lodo.
CELIA. ¡Ay, que tiene un rostro bello,
que apenas el primer vello
cubre el labio!
DONATO. ¿De qué modo?
CELIA. ¿Nunca has visto una camuesa?
DONATO. De tu mal gusto me pesa
y de que no te alborote
más un gallardo bigote
que todo el rostro atraviesa.
CELIA. ¡Quita allá!
DONATO. ¡Detente!
CELIA. Adiós.

(*Vase.*)

DONATO. Yo pienso que has escuchado
lo que pasa entre los dos.
LEONARDO. Abrasado estoy y helado.
Vos por otro y yo por vos.
¡Ay de mí, Donato amigo!
Que mayor venganza he dado

(1) Así en el original.

a Pompeyo, mi enemigo,
con haber su hermana amado;
que en tanta muerte y castigo
hasta aquí me ha muerto Amor:
agora me matan celos.
Mas veré al competidor,
si no me privan los Cielos
del heredado valor.
Llama y di que un caballero
busca al señor Capitán.
DONATO. ¿Qué Capitán?
LEONARDO. Así espero
que el de la cruz de San Juan
salga a ver lo que le quiero.
DONATO. Y después ¿qué le dirás?
LEONARDO. Preguntaré por un hombre
que no haya visto jamás.
DONATO. Pues piensa entre tanto el nombre.
LEONARDO. Llama aprisa.
DONATO. Loco estás.
Quedo, que vienen aquí.
LEONARDO. Y mi Angélica también.
¡Ay, Cielos, doleos de mí,
que lo que mis ojos ven
ya me ha muerto!
DONATO. ¿Estás en ti?

(ANGÉLICA, *dama;* CELIA, *criada;* POMPEYO, *su hermano;* TEODORA, *con su hábito de San Juan, y* FABIO.)

ANGÉLICA. No es lisonja encarecer,
señor primo, lo que estimo,
verme honrar de tan buen primo.
LEONARDO. (Donato, no hay más que ver.
DONATO. ¿Cómo?
LEONARDO. El de la cruz es tal,
que a su talle y compostura
rindo mi corta ventura.
DONATO. No te rindas, que haces mal;
porque si aquéste es mejor,
es justo que consideres
que las señoras mujeres
siempre escogen lo peor.
En peligro están los buenos,
y, si juzgan de esta suerte,
es fuerza que han de quererte
siendo el que mereces menos.)
TEODORA. Prima, porque vos sabéis
cuán sin méritos estoy,
nombre de lisonja doy
a la merced que me hacéis.
De vuestra parte yo creo

que suple vuestro valor
mis faltas, no de mi amor,
donde es gigante el deseo,
pero de mi humilde ser;
aunque, pues soy sangre vuestra,
ella misma el valor muestra
que por vos viene a tener.

POMPEYO. Yo quiero poner en paz
estas vanas cortesías.

ANGÉLICA. Verdades eran las mías.

TEODORA. Soy de ese bien incapaz.

LEONARDO. (¡Perdíme! ¡Gentil presencia!
¡Justos celos! ¡Lindo talle!
¿Cómo quiere Amor que calle
quitándome la paciencia?
¿No bastaba pretender
una mujer enemiga,
sino que a temer me obliga
que ha de ser de otro mujer?

DONATO. ¿No eres necio?

LEONARDO. Pues ¿no?

DONATO. ¿No ves que los de esta cruz
no se casan?

LEONARDO. ¡Oh, qué luz
a mi noche amaneció!
Como sol has ilustrado
la escuridad del sentido;
pero para ser querido
¿qué importa el no ser casado?
Demás, que podrá dejalla
para casarse con ella.

DONATO. ¿La cruz dejará por ella?

LEONARDO. Si Amor le obliga a gozalla;
y sí hará por tal mujer:
ya se escureció mi luz.

DONATO. Y dirá: "Arrima esta cruz,
que este son no es de perder";
que así diz que lo decía
el sacristán de Paradas
cuando la danza de espadas
en las procesiones vía.

LEONARDO. Quiero hablalle, mas no puedo.

DONATO. ¿Qué temes?

LEONARDO. Hame vencido
en la guerra del sentido,
y tengo a sus armas miedo.

DONATO. Llega, que si Amor es luz,
¿qué importa el vano temor?

LEONARDO. Es de demonio este amor,
que se espanta de la cruz.
Llegaré, pues.)

POMPEYO. (¿Qué es aquesto?
¿Hombre Salimbene aquí?
No ha quedado sangre en mí
ni el corazón en su puesto.
¿Qué es esto Angélica?

ANGÉLICA. Yo
¿qué puedo saber, Pompeyo?)

LEONARDO. La fama, el común plebeyo,
Comendador, me avisó
de vuestra buena venida,
y porque en Malta he tenido
cierto amigo, y éste ha sido
parte de mi sangre y vida,
vengo a informarme de vos,
si Pompeyo da lugar.

POMPEYO. Por mí, bien os puede hablar.

LEONARDO. Seguro vengo ¡por Dios!;
que a esta casa yo le guardo,
más que a mi sangre, respeto.

POMPEYO. Que no os ofende, prometo,
su dueño, señor Leonardo;
y así podréis informaros
de mi primo muy seguro.

LEONARDO. Saber de este hombre procuro,
sin ánimo de enojaros.

TEODORA. ¿Tiene la cruz ese hidalgo?

LEONARDO. Sí, señor.

TEODORA. El nombre espero.

LEONARDO. Otavio.

TEODORA. Ese caballero
(si para testigo valgo)
está cautivo en Argel.

LEONARDO. ¡Gran desdicha!

TEODORA. Aquesto pasa.

LEONARDO. ¿Podré venir a esta casa
de espacio a informarme de él?

TEODORA. Podéis cuando vos queráis;
y el Cielo os guarde.

LEONARDO. Y a vos
Gran Maestre os haga Dios.

TEODORA. Para que de mí os sirváis.

LEONARDO. (Ven, que voy muerto ¡ay de mí!
de celos del Capitán.

DONATO. Tus enemigos están
más muertos de verte aquí.

LEONARDO. Será matarle gran prueba
de mi amor.

DONATO. La cruz es blanca.

LEONARDO. Yo la haré roja si es blanca.
Para su entierro la lleva.)

(*Vanse.*)

POMPEYO.

¿Es posible que llegue atrevimiento,
Angélica, al de aqueste mi enemigo?

TEODORA.

Ser yo la causa de este enojo siento;
mas parece que viene como amigo.

POMPEYO.

¿Qué amistad puede haber, qué fundamento
de amor, de fe ni de lealtad conmigo,
si de padres, hermanos, si de abuelos
la sangre clama a los airados Cielos?
¡A mi casa Leonardo Salimbene,
hijo de aquel traidor, y de otro hermano!

TEODORA.

(Este es mi hermano, Fabio.

FABIO.

Aquí conviene
fingirte en sangre y en valor Montano.)

TEODORA.

¡Que este villano a tus umbrales viene
ensangrentados de su propia mano!
¿Quieres que cuando vuelva le matemos?

ANGÉLICA.

Primo, ¿qué es esto? ¿Vos hacéis extremos?
¿Vos queréis renovar la desventura
de vuestra sangre? ¿Vos le dais consejo
a Pompeyo en que intente esa locura?

TEODORA.

Soy hombre, soy soldado y no soy viejo.
¡Vive Dios! que en su rostro me figura,
no como limpio, mas sangriento espejo,
el estrago pasado en mi linaje.

ANGÉLICA.

Quedo, ¡por Dios! ¡La cólera se ataje!

TEODORA.

Por esta cruz del Precursor de Cristo,
que fué luz del Jordán, voz del desierto,
que por vos solamente me resisto
de no le haber con la que ciño muerto.
¿Aquí viene el infame?

ANGÉLICA.

No le he visto,
aunque es vecino, en este umbral por cierto.
Primo, aunque sois soldado, ya no es justo
que renovéis nuestro mortal disgusto.
Mirad que la República de Sena
tiene mandado, pena de la vida,
que ninguno, debajo de esta pena,
pueda hablar a persona forajida;
que si el hablar, como sabéis, condena,
¿qué pena no tendremos merecida
si sacas de la vaina aquella espada
que ha veinte años y más que está envainada?
Viva Leonardo por que alegre pueda
vivir Pompeyo; que si fué atrevido,
es porque al rico es bien que se conceda
más libertad que al pobre y abatido.

TEODORA.

¿Que, pena de la vida, hablar se veda,
Angélica, a cualquiera forajido?

ANGÉLICA.

Así por la República se manda.

TEODORA.

Mucho ese bando mi rigor ablanda.
(¿Qué haré, que por Pompeyo estoy perdida?
Y Leonardo me dicen que es mi hermano.
(Aparte.)
Declararme será perder la vida.
¡Qué variedad del pensamiento humano!
Pero por dicha he sido conducida
del Cielo aquí para que, por mi mano,
estas parcialidades enemigas
vengan a estar en paz y a estar amigas.)

CELIA.

A hablarte viene el hijo de Faustino.

POMPEYO.

¿Quién es Faustino?

CELIA.

Senador de Sena.

POMPEYO.

Di que entre.

(Sale LISANDRO.*)*

LISANDRO.

Por que excuses el camino,
que para hablarte el Senador ordena,
yo vengo en su lugar.

POMPEYO.

Yo soy indigno,
y así como esta casa estaba ajena
de tal merced en tan alegre día,
no os salí a recebir como debía.

(Mira LISANDRO *a* ANGÉLICA.*)*

LISANDRO.

Señor, mi padre, un hombre que en efeto (*Túrbase*)
es mi padre... y yo... porque... cuando... [cuando...]

POMPEYO.

¿Traéis algún disgusto?

LISANDRO.

Sois discreto;
cierta pasión me estáis adivinando.
En efeto, mi padre... dando efeto
a lo que está mi padre deseando,
cuando con atención mira las cosas
que el Cielo hizo en tanto extremo hermosas...
Sucede que no puede el sentimiento...

POMPEYO.

¿Qué me decís?

LISANDRO.

Que perdonéis os ruego,
que aparte os hablaré.

POMPEYO.

¡Por Dios! que siento
que estéis con tan mortal desasosiego.

LISANDRO.

(Divino rostro; el alma, el pensamiento (*Ap.*)
me habéis llevado a vuestro dulce fuego;
la razón he perdido y el sentido,
y así el discurso fué también perdido.
¡Gentil embajador mi padre envía
para negocio que le importa tanto!
¡Ay, divina mujer! ¡Ay, sol de un día!
¡Que me abrasó para volverme en llanto!
Libre de veros donde estoy venía.
¡Extraña turbación! ¡Terrible espanto!
Ninguna cosa en término tan breve
con más poder que la hermosura mueve.
¡Por el Cielo divino que me mira,
que me quedé como si a un rey hablara;
que la primera vez dicen que tira
rayos de luz y de temor su cara!
Ser la fama de Angélica mentira,
y que es mayor la vista lo declara,
pues apenas la vi cuando, perdido,
apenas de sentir tengo sentido.)

POMPEYO.

(¿Qué será aquesto que suspende a este hom- [bre?)

LISANDRO.

Pompeyo, el Senador, mi padre, dice
que ya sabes el gusto con que hace
aquella casa que a la tuya linda.
Parécele que queda el edificio
corto y estrecho; dice que le vendas
tu casa y huerta, y que le pongas precio.
Perdona el no te haber primero hablado,
que venía con cierta pesadumbre
que me ha dado un criado, que tenía
por más fiel de lo que agora veo,
pues me lleva a Milán algunas cosas
que estimaba en más precio que valía.

POMPEYO.

De tu disgusto, mi Lisandro, tengo
el que es razón; en lo demás que toca
a vender a tu padre aquella hacienda,
respondo que, aunque soy pobre, y tan pobre
que no tengo más renta, era bajeza,
siendo reliquias de tan noble padre,
y ya como solar de su hidalguía,
borrar con ella el nombre de Montanos;
y así por ningún precio puedo agora
servir al Senador.

LISANDRO.

Vente conmigo,
que tiene tanto gusto de compralla,
que no me atreveré darle respuesta
que ha de sentir como la muerte misma.
Allá podrás de espacio persuadille
con razones tan justas y conformes
al valor heredado de tus padres.

POMPEYO.

¿Lelio?

TEODORA.

¿Primo?

POMPEYO.

Los dos a hablarle vamos.

TEODORA.

Yo quiero acompañarte.

FABIO.

¿Iré contigo?

TEODORA.

Ven, Fabio, por que busques a Rufino.

POMPEYO.

Adiós, hermana.

TEODORA.

Prima, adiós.

ANGÉLICA.

El Cielo os guarde.

CELIA.

¿De qué estás suspensa y triste
después que al caballero Lelio viste?

ANGÉLICA. Celia, aqueste caballero,
si en dos palabras lo digo,
me ha muerto como enemigo
y como amigo le quiero.
¡Pluguiera a Dios que mi hermano,
de mi desventura ajeno,
no me trujera el veneno
que hoy me da Amor de su mano!
Pero, pues él trujo aquí
lo que no entiende ni ve,
de lo que él la causa fué
no me ponga culpa a mí.
CELIA. Tres cosas te han sucedido
notables hoy.
ANGÉLICA. ¿Cuáles son?
CELIA. De tu primo la pasión,
que las demás daño han sido;
la de aqueste caballero
que agora se va de aquí,
pues en los ojos le vi
lo que en tu amor considero,
y otra cosa que te puede
mover a risa.
ANGÉLICA. Y ¿cuál es?
CELIA. Como palabra me des
de que sepultado quede
su amor en eterno olvido,
te daré un papel de un hombre
que, para decir su nombre,
mil veces perdón te pido.
ANGÉLICA. ¿Es que el mayor enemigo
que tengo me quiere bien?
CELIA. De que te adora también
es este papel testigo.
Léele ¡por vida mía!
ANGÉLICA. ¿Que le lea?
CELIA. ¿Por qué no,
si ese talle le obligó
a amar lo que aborrecía?
ANGÉLICA. Muestra, que me has persuadido.
CELIA. Eres mujer, y deseas
saber.
ANGÉLICA. Cuando no lo leas
me dirás que yerro ha sido.

(*Salen* TEODORA *y* FABIO.)

TEODORA. (Luego que salí de aquí
Pompeyo ir solo acordó
y que me volviese yo
por no dar sospecha en mí.
Procedió como discreto,
que yo llevaba temor
que me viese el Senador,
que esto es mentira en efeto;
y cuando el que tiene vara
pregunta al más atrevido,
turba y confunde el sentido
y mira el alma en la cara;
porque en el error la voz
sale del alma a decir.
que comiencen a escribir
con que confiesa el temor.
Angélica y Celia están
viendo un papel.) Bien ¡por Dios!
¿Escondéisle?
ANGÉLICA. No de vos.
TEODORA. ¿Es secreto?
ANGÉLICA. Y de un galán.
No os disgustéis; mas sabed
que Leonardo, mi enemigo,
anda de amores conmigo.
Si lo queréis ver, leed.
TEODORA. (¡Oh, qué notable contento!
Mi hermano la tiene amor
y yo a Pompeyo el mayor
que ha tenido pensamiento.
Fingirme quiero celoso.)
Dichoso el que ha merecido
ser con vos tan atrevido,
no quiero decir dichoso.

ANGÉLICA.

Si fuera en rostro un ángel de los Cielos,
o como fué Absalón Leonardo fuera;
si su frente más oro enriqueciera
que al rojo dios que adoran Delfo y Delo.
Y si con más doseles y más velos
que el monarca mayor se descubriera,
y si las armas y piedad tuviera
que a Dido dieron fuego, a Juno celos.
Cuando tuviera de Sansón la trenza:
el brazo de Héctor: del Amor la aljaba;
de Jasón la ventura y la vergüenza;
por la sangre que apenas hoy se lava,
no le tuviera amor; que amor comienza
por amistad, aunque en disgusto acaba.

(*Vase.*)

TEODORA. Enojada se partió.
CELIA. Aborrece a su enemigo.
TEODORA. Si pretende ser su amigo,
injusto nombre le dió.
CELIA. Sospecho que os tiene amor.
TEODORA. A mí, ¿por qué?

CELIA. Porque el Cielo
cubrió de ese humano velo
la cifra de su valor;
que sois tal, que estoy temblando
de mirarme junto a vos.

TEODORA. ¿Queréisme bien?

CELIA. Sí ¡por Dios!

TEODORA. Fabio nos está escuchando.
Venme aquesta noche a ver;
y fíngeme descalzar,
que quiero darle un pesar
y quiero hacerte un placer.

CELIA. Porque Fabio no lo entienda
no te doy dos mil abrazos.
Adiós, alma de estos brazos.

[*Vase.*]

TEODORA. Adiós, mi querida prenda.

FABIO. ¿Qué es lo que ésta te decía?

TEODORA. Quiéreme esta noche hablar.

FABIO. ¿Cómo hablar?

TEODORA. En mi lugar,
Fabio, ponerte querría,
que importa al suceso mío
agradar esta criada.

FABIO. Pues dala por engañada.

TEODORA. En la escuridad confío,
que detrás de la cortina,
Fabio, escondido estarás.

FABIO. Agora me obligas más;
tu amor a servirte inclina.

TEODORA. No me lo has de agradecer,
Fabio, pues que mujer soy,
porque, en efeto, te doy
lo que no puedo comer.
Verás sucesos gallardos
dando la noche favor.

FABIO. Sí, que de noche, señor,
todos los gatos son pardos.

(*Vase.*)

ACTO SEGUNDO

(*Salen* LEONARDO *y* DONATO.)

LEONARDO. Si no hay en palabras mías,
ni aun en lágrimas remedio,
¿cuál será, Donato, el medio
que impida el fin de mis días?
Busquemos hierbas que tengan
virtud contra la dureza
de una mujer.

DONATO. Es bajeza;
ni que tus méritos vengan
a valerse de invenciones
que intentan flacas mujeres.

LEONARDO. Luego ¿no hay hechizos?

DONATO. ¿Quieres
que te diga en dos razones
cuáles son los verdaderos?

LEONARDO. Eso deseo saber.

DONATO. Hechizos contra mujer
son regalos y dineros;
contra los hombres lo son
buen trato y limpia hermosura;
que hechizo, hierba y figura
es todo vana invención.
Como levantarse al alba
un ángel de perlas hecho,
que en el cristal de su pecho
pueden hacer al rey salva
doce jazmines por dientes
en otros tantos rubíes,
cuyos labios carmesíes
están diciendo a las gentes
que los muerdan, que los piquen
como la abeja a la flor,
para que su dulce amor
al fuego de amor apliquen.
Cuando una cara amanece
como suele un cuartanario
y no tiene un boticario
más botes que ella merece;
cuando las orejas son
dos lirios y la bocaza
parece en abierta plaza
catadura de melón;
cuando el arquilla cruel
cubre estas caras de arpías
de albayaldes el de Olías
y Solimán el de Argel,
entonces han de buscar
embelecos y mentiras.

LEONARDO. Con tus locuras me admiras.

DONATO. No te debes admirar
que hechizos ninguno crea,
que los buscó por engaños
mujer de quince o veinte años,
puesto que fuese muy fea.
Cuando ya la edad declina
y se arruga como col
la tez hermosa, que al sol
era un tiempo clavellina,
entonces anda el conjuro,
el gato negro y las habas

contra voluntades bravas
y contra el pecho más duro.
¡Por tu vida, mi señor,
que no te valgas de enredos!

LEONARDO. Y de mis celosos miedos
¿no ha de cesar el rigor?

DONATO. Ya le dije al Capitán
que le esperabas aquí.

LEONARDO. ¿Vendrá?

DONATO. Sospecho que sí;
él y su Fabio vendrán.

LEONARDO. ¿No son éstos?

DONATO. Ellos son.

(*Salen* TEODORA *y* FABIO.)

TEODORA. (Aquí pienso que me espera.

FABIO. Esta venida impidiera
si sospechara cuestión;
pero viendo que es tu hermano,
que le hables será justo.

TEODORA. Procurar quiero su gusto.)

LEONARDO. ¿Qué gente?

TEODORA. Lelio Montano.

LEONARDO. Ese nombre que algún día
la sangre me alborotó,
hoy al corazón le dió
una segura alegría.
¡Ay, Capitán! Por el Cielo
que nos cubre y las estrellas
que nos oyen, por las bellas
plantas de este verde suelo,
que si vuestra profesión
el casamiento os impide
y el parentesco os divide,
como es tan justa razón,
que me dejéis pretender,
que no me matéis de celos,
que no me eclipséis los cielos
de esta adorada mujer;
que si lo viene a ser mía,
nadie duda que se ataje
del uno y otro linaje
la furia aquel mismo día.
No os llamé para cuestión,
si lo habéis imaginado,
como caballero honrado
de tanta satisfación,
sino para suplicaros
me aseguréis de este miedo,
si con esta humildad puedo
a lo que os pido obligaros.
Angélica, mi enemiga,
es la Troya en que me abraso;
lo que por sus ojos paso
el mismo efeto os lo diga.
Vos no la podéis querer
más que yo siendo tan nuevo
el verla, y aunque mancebo,
adonde Amor suele hacer
tan presto cualquiera tiro,
aún no estaréis de tal suerte
que de la vida a la muerte
sólo se ponga un suspiro.
Lelio, mi hacienda tenéis,
mi casa, mi compañía,
con que de la prenda mía
la esperanza me dejéis.
Tendréis más imperio en mí
que Constancio, si viviera,
o aquella hermana que fuera
hoy vuestra mujer aquí.
Y si parece, estad cierto
que os la daré por mujer,
con dote que pueda ser
seguridad del concierto.
¿Qué me decís?

TEODORA. Aguardad,
hablaré con Fabio.

LEONARDO. ¡Ah, Cielos,
templad la furia a mis celos,
o el fuego de Amor templad!

TEODORA. (Fabio, ¿no ves de la suerte
que mi hermano está celoso?

FABIO. Es caso maravilloso
verle de amor a la muerte
y de celos de su hermana.

TEODORA. ¿Y no ves cómo me ofrece
a su hermana si parece?

FABIO. No ha sido promesa vana,
pues, en fin, has parecido.
Mas ¿cómo pudiera ser
ser de ti misma mujer
o de ti misma marido?

TEODORA. Casarme quiero conmigo;
pero yo haré de tal modo
que se pacifique todo.)
Puesto que soy tu enemigo,
Leonardo, tal afición
a tu desdicha he cobrado,
que por ser cual soy, soldado,
y cumplir mi obligación,
si estas paces se conciertan
haré que puedas gozar
de Angélica.

LEONARDO. Da lugar,
que mientras mis ojos viertan (1)
en lágrimas su veneno,
bese mil veces tus pies.

TEODORA. Oye primero que estés
de tal esperanza lleno.
Dame palabra de darme
a tu hermana en pareciendo,
que esta cruz dejarla entiendo
si tanto acierto en casarme.

LEONARDO. ¿Cómo? ¿Casarte con ella?
Y conmigo ¡vive Dios!
Y si es poco, con los dos;
todo el linaje atropella.
Daréte tíos y tías,
sobrinos, primos. ¿Qué quieres?
Los hombres y las mujeres,
Lelio, gozarás a días.
¡Vive Dios! que sea tu esclavo.

TEODORA. Pues quedo, que si eres cuerdo,
gozarás del bien que pierdo.

LEONARDO. Amor, tu piedad alabo;
redujísteme a la vida.

TEODORA. Quedo, y escóndete aquí.
Angélica adora en mí;
mi voluntad es fingida;
para que venga a ser tuya
has de fingir que soy yo.

LEONARDO. Seré tú, y tú quien me dió
la vida, que esta alma es tuya.
Seré lo que tú quisieres:
piedra, planta, árbol o fiera;
seré un ave, una quimera,
una sombra de quien eres;
seré un monte, un mar profundo,
una noche temerosa;
seré un necio, que es la cosa
que más aborrece el mundo.

TEODORA. Quedo, que yo he concertado
que esta noche le hablaría,
porque antes que salga el día
y aparezca el sol dorado
habemos de ir a la huerta.
Ya lo sabes.

LEONARDO. Bien lo sé,
que allí dió vida a mi fe
y fué mi esperanza muerta.

TEODORA. Ponte a mi lado, y advierte
que has de hacer lo que te digo.

(1) En el original, "echan", que no rima.

LEONARDO. Lelio, no temo contigo
ni la vida ni la muerte.

(ANGÉLICA *en alto.*)

ANGÉLICA. ¿Es Lelio?

TEODORA. Y quien os adora.

ANGÉLICA. ¿Estáis solo?

TEODORA. Solo estoy.

ANGÉLICA. Mucho os quiero.

TEODORA. El alma os doy.

ANGÉLICA. ¿Cúyo sois?

TEODORA. Vuestro, señora.

ANGÉLICA. ¿Seréis, pues, mi esposo? (1)

TEODORA. Sí.

ANGÉLICA. ¿Y la cruz?

TEODORA. Daréla al dueño.

ANGÉLICA. Jurad.

TEODORA. Mi palabra (2) empeño.

ANGÉLICA. ¿Y el alma?

TEODORA. No vive en mí.

ANGÉLICA. ¿Por qué?

TEODORA. Porque la tenéis.

ANGÉLICA. Dichosa yo.

TEODORA. Y yo dichoso.

ANGÉLICA. Vuestra soy.

TEODORA. Yo vuestro esposo.

ANGÉLICA. ¿Mío sois?

TEODORA. Vos lo sabéis.

ANGÉLICA. ¿Queréis entrar?

TEODORA. Eso aguardo.

ANGÉLICA. ¿Sólo a hablarme?

TEODORA. Ansi ha de ser.

ANGÉLICA. Voy a abrir.

TEODORA. Sois mi mujer.

ANGÉLICA. Honra a Dios.

(*Entrase.*)

TEODORA. Llega, Leonardo.

LEONARDO. ¿Cómo que llegue?

TEODORA. Ella baja
a abrirme; entra y habla quedo.

LEONARDO. A tanto me obliga el miedo,
que al mismo Amor se aventaja.
Entro.

TEODORA. No te descompongas.

LEONARDO. Dame licencia a un abrazo.

TEODORA. Lo que es rostro, pecho y brazo
yo la doy; pero no pongas
su respeto en contingencia.

(1) En el original, "¿Sois mi esposo?"; pero el verso queda corto.
(2) En el original, "Mi palabra a vos empeño": verso largo.

LEONARDO. Yo miraré por su honor,
si puede ser que el amor
haga al honor resistencia.
TEODORA. Pues quedo, que de otra suerte
no quiero que entres allá.
LEONARDO. Angélica llega ya.
TEODORA. En lo que te digo advierte.
LEONARDO. ¿Cómo?
TEODORA. Ponte aquí detrás,
que no te verá a lo escuro,
pues satisfacer procuro
esos celos en que estás.
LEONARDO. Ya sale.
TEODORA. Detrás de mí
escucha lo que diré.

(*Sale* ANGÉLICA.)

ANGÉLICA. Asegurada en tu fe,
a mi amor la puerta abrí.
TEODORA. Dame las manos, mis ojos,
que te las quiero besar.

(*Por detrás de* TEODORA *le tome la mano* LEONARDO *a* ANGÉLICA.)

ANGÉLICA. La mano puedes tomar.
LEONARDO. (¡Ay, soberanos despojos!
Con tal mano el mundo gano.
TEODORA. Besa tú, Leonardo, allá,
que yo diré desde acá
los requiebros a la mano.)
Mano con que tira Amor
de su aljaba de marfil
flechas de nieve sutil
más que en efeto en color,
haced merced a la mano
que por mí os merece aquí,
que aunque deis el golpe en mí
hacéis la herida en mi hermano.
Figura vestida soy
que al toro le enciende más,
porque esté el hombre detrás
a quien pareciendo estoy.
Sobre escrito soy; recelo
de las cartas que he traído,
que se lee lo escondido
y dan la cubierta al suelo.
Mi amor, del juego que sigo,
los ochos y nueves es;
haré bulto, mas después
no se jugará conmigo.
Con el vuestro mi amor vano
hoy a la palmada juega;
no adevinéis, que ésta es ciega
y no acertaréis la mano.
Tres brazos tenía un ladrón,
y mientras el uno hurtaba,
de los otros dos juntaba
las manos en oración.
Muy vizcaíno se halla
Amor en vuestro lugar,
pues os da mano a besar
que quisiérades cortalla.
Mas decid: ¿qué puede ser?
¿Que es la mano y no es la mano?
¿Que es hermano y no es hermano,
y es marido y es mujer?
ANGÉLICA. No sé qué os diga, mi bien,
más de que apenas entiendo
todo lo que vais diciendo.
TEODORA. Dios me entiende y yo también.
Mas ¿por qué no habéis querido
que entre dentro?
ANGÉLICA. Por temor
de mi hermano, aunque es Amor
niño ciego y atrevido.
TEODORA. En fin, ¿juráis que seréis
mujer del que os ha tomado
la mano?
ANGÉLICA. Lo que he jurado
vuelvo a jurar si queréis.
TEODORA. Dadme un anillo en señal.
ANGÉLICA. Veislo aquí.
TEODORA. Dichoso aquel
que merece honrarse de él.
ANGÉLICA. Gente suena en el portal.
Yo me entro. Mi Lelio, adiós.
TEODORA. Adiós, de estos ojos dueño.

[*Vase.*]

LEONARDO. ¿Vivo? ¿Soy sombra? ¿Era sueño?
¡Que me vi, mi bien, con vos!
¡Que toqué esa blanca mano!
¡Que puse mi boca en ella!
Si el alcanzar una estrella
era imposible, y más llano
la industria al Amor se debe;
que, habiéndola de tocar,
por no me ver abrasar
me puso la boca en nieve.
¡Ay, soberana blancura!
¡Ay, Lelio! ¿Qué te diré?
¿Cómo pagarte podré
tanto bien?
TEODORA. Ten más cordura,
que nos sentirá su hermano.

LEONARDO. Tú eres mi hermano y mi hermana.
TEODORA. Tenlo por cosa muy llana.
LEONARDO. ¿Qué dices?
TEODORA. Que está muy llano
venir a ser su marido.—
Fabio, escucha.
FABIO. ¿Qué me quieres?
TEODORA. Arrójanse las mujeres
con pensamiento atrevido
al cabo de sus antojos.
Ve y recorre esas esquinas.
FABIO. Voy.
LEONARDO. Lelio, si determinas
poner en algo los ojos
de todo lo que hay en Sena,
no repares en dinero
ni en peligro.
DONATO. Hablarte quiero
mientras mi señor te ordena
nuevo género de vida.
TEODORA. ¿Qué es lo que quieres, Donato?
DONATO. Oye ¡por tu vida! un rato,
pues no hay Fabio que lo impida.
Yo quiero a Celia, criada
de Angélica, tiernamente.
Fabio llegó de repente,
galán de plumas y espada;
la mujer es cosquillosa
y amiga de novedad;
temo alguna libertad,
porque es ordinaria cosa.
No permitas que saquemos
las hojas sobre este agravio.
TEODORA. Luego ¿Celia admite a Fabio?
DONATO. No es virtud, y anda en extremos.
Di que no siga la caza
de esta mozuela altanera,
que en tomándome celera (1)
soy todo pura mostaza.
TEODORA. Donato, ya que profeso
amistad con tu señor,
también te he de hacer favor
y decirte mi suceso.
Esto de ser desbarbado
es apetecible cosa,
el pie firme y pierna airosa,
y esto de pluma y soldado
no sé qué tiene atractivo.
Celia me quiere muy bien.
DONATO. ¿También mi Celia?
TEODORA. También.
DONATO. ¡Muero, perezco, no vivo!
¡Mataréme! ¡No me tengas!
TEODORA. Oye, que hicimos concierto
que gozaras tú encubierto
como con mi nombre vengas.
DONATO. Dime cómo, y ¡vive Dios!
que se han de trocar los bolos.
TEODORA. No más de que estando solos
nos gozaremos los dos.
DONATO. ¿Dónde?
TEODORA. En mi propio aposento,
cuando descalzarme quiera.
DONATO. ¿Por dónde van?
TEODORA. Tente, espera.
LEONARDO. Lelio amigo, pasos siento;
mira que se acerca el día.
TEODORA. Venga conmigo Donato,
porque quiero hablarle un rato
sobre cierta cosa mía.
Tú puedes ir a la huerta
mañana con un disfraz.
LEONARDO. De nuestra guerra eres paz;
lo que quisieres concierta,
que yo soy tuyo, y sin duda
serás de mi hermana esposo
si el intento riguroso
nuestra república muda.
Por ella te doy la mano.
TEODORA. Digo que soy su marido,
y te tengo y he tenido
siempre en lugar de mi hermano.
¿Cómo se llama esa dama?
LEONARDO. Teodora.
TEODORA. (¡Ay, Dios, que yo soy!)
LEONARDO. Lelio, a más ver; yo me voy.
TEODORA. Donato, a esa puerta llama.
Di que eres Lelio.
DONATO. ¿Ah de allá?

(*Sale* CELIA.)

CELIA. ¿Quién es?
DONATO. Lelio soy.
CELIA. Mi bien,
yo soy tu esclava también.
Entra, que se acuestan ya.
¿Quién viene contigo?
DONATO. Fabio;
mas no tengas pena de él.
CELIA. Ya sé que es hombre fiel,
aunque su buen celo agravio.
TEODORA. (Entra.

(1) En el texto, "colera".

DONATO. ¿Podré?
TEODORA. Bien podrás.
DONATO. Pues sin ser capellanía,
Lelio, colarme querria.
TEODORA. Ve delante.
DONATO. Ve detrás.)

(*Vanse. Salen* FAUSTINO, *senador*, *y* LISANDRO.)

FAUSTINO.

¡Que esto me respondiese el atrevido
Pompeyo y que a mi gusto rompa y corte
el estilo, Lisandro, prevenido,
y que me digas tú que me reporte!

LISANDRO.

¿Tan gran delito el no venderte ha sido
su casa un hombre, del ocaso al norte
conocido, por ella y por su historia,
tan digna en toda Italia de memoria?
Pompeyo es pobre y tiene solamente
esta heredad, en que resuelto queda
cuanto ha ilustrado a su familia y gente,
con cuya causa el mayorazgo hereda.
Ríndele el campo, a tiempo conveniente,
trigo, frutos y renta, con que pueda
pasar el año con su honesta hermana,
cuya belleza he visto soberana.
Y no es mucho, señor, que no la venda,
pues su compuesta vida descompone,
aunque tu oficio y gusto comprehenda.

FAUSTINO.

¿Esto quieres, Lisandro, que perdone?
¿Hay cosa en toda Sena que pretenda
un hombre que a los suyos leyes pone
que no salga con ella?

LISANDRO.

¿Qué te importa
que sea aquella casa larga o corta?

FAUSTINO.

Impórtame mi gusto, que le he puesto
en aqueste edificio de mi gusto.

LISANDRO.

Nunca yo recibiera enojo de esto,
ni recibirle tú parece justo.

FAUSTINO.

Los mozos, que n udáis parecer presto
y ejecutáis cualquiera gusto injusto,
tenéisle en las mujeres y en el juego,
y en otras cosas que a mis años niego.
Pero en los viejos, a quien mal parecen
los juveniles entretenimientos,
luego los edificios nos ofrecen
en qué ocupar cansados pensamientos;
que cuanto más las fuerzas desfallecen
para vivir las cuadras y aposentos,
entonces con más gusto edificamos
y hacemos en que estar cuando nos vamos.
O sea porque reina en la edad nuestra
Saturno, melancólico, estudioso,
o por dejar memorias a la vuestra,
en fin, edificar nos es gustoso;
pues cuando el edificio ya se muestra
por todos cuatro lienzos sumptuoso,
llega la muerte, y, en pequeña herida,
derriba el edificio de la vida.
¿Qué dijeras, Lisandro, si me vieras
rondar de noche con espada y plumas
y competir con lo que tú quisieras
cuando el mar de mi edad se ha vuelto espumas?
Pues si mi honesto gusto consideras,
también es justo que de mí presumas,
que no pidiera yo lo que no es justo,
pues le diera por ella un precio injusto.

LISANDRO.

Si tanto estimas la heredad y tienes
puesto tu gusto verdadero en ella,
y aun es razón, si en ella te entretienes,
que a todos nos obligues a querella,
pues te dió la fortuna tantos bienes
y a Pompeyo le dió una hermana bella,
cásame con Angélica, pues sabes
su gran nobleza y sus costumbre graves.
Con esto en dote me dará su hacienda;
tú harás mayor tu casa, yo mi pecho,
pues para recebir tan dulce prenda
pienso que de mi sangre viene estrecho.
Ayer, señor, llevando tu encomienda,
la vi de tal manera, que sospecho
que tu jardín ni su portada esmalta
ninfa de mármol de beldad más alta.
Parece que jugaban mil amores
con los arcos y flechas en sus ojos,
y que afinaba el cielo en sus colores,
blancos jazmines y claveles rojos,
como del sol los claros resplandores,
turba la vista y da la luz enojos;
así que después de ocupado en ella
no pude hablar.

FAUSTINO.

Ni aun hablas mal en ella.
¿Y es esta la tristeza que has tenido?

LISANDRO.

¿No te parece causa?

FAUSTINO.

No te niego
que es noble Pompeyo; mas ha sido
para su patria incendio, inmortal fuego.
Mas por que veas lo que te he querido
y por dar a tu espíritu sosiego,
y aun si digo verdad, por este gusto
de ver este edificio como es justo,
parte a llamarle, o si el amor te incita,
dile lo que los dos trazado habemos.

LISANDRO.

¡Cielo piadoso, de mis años quita,
y en esta vida!...

FAUSTINO.

Sin hacer extremos.

LISANDRO.

Pues voy, señor.

FAUSTINO.

Este silencio imita.

LISANDRO.

Corre mi loco amor a vela y remos.
En fin, ¿quieres, señor, que se lo diga?

FAUSTINO.

Más mi edificio que tu amor me obliga.

(*Vase. Salen* LEONARDO *y* DONATO *en hábito de villanos.*)

LEONARDO. Pues que no eres conocido
en este traje, podrás,
mientras estoy escondido,
ver si Lelio cumple más
que lo que me ha prometido.
Ten, Donato, mucha cuenta,
que me va, en que no te sienta
Pompeyo, vida y honor.

DONATO. Deja a mi cuenta el Amor
lo que por la tuya intenta.
Entre estos olmos te esconde
en tanto que Filomena
canta y discanta, o adonde
aquel arroyuelo suena,
que a sus querellas responde;
que yo fingiré que soy
de esta huerta de Faustino.

LEONARDO. Pues en los olmos estoy
mientras aquel sol divino
anima estas flores hoy.
No tengo más que avisarte.

(*Vase.*)

DONATO. De mi amor seguro parte.
¿Cuál hombre en más bien se vió
que pudiese, Celia, yo,
sin merecerte, gozarte?
Que el buen Lelio me pusiese
adonde Celia viniese
a descalzarme. ¿Hay ventura
más alta y que su hermosura
a mis pies humilde viese?

(*Entren* POMPEYO; BELARDO, SIRENTO, DORINTO, *jardineros.*)

POMPEYO. Ya os digo que he convidado
a Lelio, y que es primo mío.

BELARDO. Todos tendremos cuidado.

POMPEYO. Formen las fuentes un río
que convierta en mar el prado;
aderezad los jardines
y trazad alguna danza.

BELARDO. Tú verás cuanto imagines,
si con alguna templanza
hiere el sol estos jazmines.

POMPEYO. Pues, Belardo, convidad
a los demás hortelanos.

SIRENTO. Señor Pompeyo, pensad
que aún tenemos los villanos
algo de lo que es ciudad.
Belardo, Dorinto y yo
mil fiestas hemos de hacer.
Belardo ayer me avisó
y previne desde ayer
mucho más que él me mandó.
Tamboril y flauta habrá,
y yo sé quién prestará
guitarra si es menester.

POMPEYO. Notable fiesta ha de haber.

DONATO. ¿Soy menester por acá?

POMPEYO. ¿De dónde sois?

DONATO. Soy vecino.

POMPEYO. ¿De qué jardín?

DONATO. De Faustino.

POMPEYO. ¿El Senador?

DONATO. Sí, señor.

POMPEYO. ¿Sabéis como el Senador
anda conmigo mohíno?

DONATO. ¿Por qué?

POMPEYO. Quiere que le venda
por fuerza esta pobre hacienda
para engrandecer su casa.

DONATO. Ya sé todo lo que pasa,
y que os hable me encomienda.

POMPEYO. No se la daré ¡por Dios!,

por ser de mis padres nobles,
si me diese...

DONATO. Son en vos
las obligaciones dobles.
Más la pretenden de dos,
que esta huerta deleitosa
es como mujer hermosa;
muchos yernos os saldrán.

POMPEYO. Aquí viene el Capitán.

DONATO. Pues mandadme alguna cosa.

POMPEYO. Que al baile y comedia ayudes.

DONATO. Hoy veréis mil invenciones.

(*Vase. Salen* ANGÉLICA *y* TEODORA.)

ANGÉLICA. A tu obligación acudes.

TEODORA. Nacen mis obligaciones
del árbol de tus virtudes.
¿Quiéresme dar una mano?

ANGÉLICA. Quedo, que está aquí mi hermano.—
¿Pompeyo?

POMPEYO. ¡Angélica mía!
El campo muestra alegría
de ver su nuevo hortelano.

TEODORA. Más le mostrará de ver
la hermosura de mi prima.

POMPEYO. Aún hay tiempo hasta comer,
y el sol de esta parra encima
su sombra obliga a escoger.
Voy a ver si se apercibe.

ANGÉLICA. Volved presto.

POMPEYO. Luego vuelvo.

(*Vase.*)

TEODORA. Gusto en dejarme recibe.

ANGÉLICA. Si sabe que me resuelvo,
con mi mismo gusto vive.

(*Sale* DONATO *y* LEONARDO.)

DONATO. (Escóndete, y desde aquí
verás con otro Medoro
tu Angélica.

LEONARDO. Ya la vi,
y porque la vi y la adoro,
ve Italia otro Orlando en mí.
No sé cómo me sosiegue
viendo a Lelio al fin querido
y que Angélica le ruegue.

DONATO. Si tú has de ser su marido,
¿qué importa que Amor la ciegue?

LEONARDO. No eres más necio, Donato.
Mujer que a tanto me obliga
¿ha de tener este trato?

DONATO. Si es de tu sangre enemiga,
sufre su desdén ingrato,
pues que no hay otro camino,
ya que has hecho el desatino
para gozarla.

LEONARDO. Es ansi.)

TEODORA. Anoche, después que fuí
de tus dulces brazos digno,
pensando en tu patrimonio,
vi que era en un Capitán
deslucido testimonio
dejar la cruz de San Juan
por la cruz del matrimonio.
Tras esto dime a entender
que si tú sola has quedado,
que en paz nos puedas poner,
será, Angélica, acertado
darte a alguno por mujer
del linaje Salimbene:
que ansí confirma sus paces
un rey cuando guerras tiene;
pues si en nosotros las haces
gran bien a todos nos viene.
Somos pocos los Montanos
y es mejor quedar amigos,
porque muchos ciudadanos
son de la patria enemigos
por el rigor de tus manos.
Leonardo te viene (1) al justo,
que es un gallardo mancebo.

DONATO. (¡Ah, buen Lelio!

LEONARDO. Habló a mi gusto.)

ANGÉLICA. ¿Tan presto intento tan nuevo?
¿Tan presto tanto disgusto?
Desde anoche que te di
mi mano, palabra y fe,
¿hay tanta mudanza en ti?
¿Qué causa bastante fué?
¿Quién te dijo mal de mí?
¿Yo con mi enemigo, yo?
¿Yo con hombre de un linaje
que mi linaje acabó?
Antes de los Cielos baje.

TEODORA. Tente, Angélica, eso no.
Leonardo te adora y ama.

ANGÉLICA. ¿Es esta la obligación
a que tu sangre te llama?

TEODORA. A lo menos es razón
que tú vuelvas por tu fama.
Advierte que el Cielo ordena

(1) En el original, "se viste".

que este mancebo te ame
para remedio de Sena.

ANGÉLICA. ¿Tú eres sangre nuestra, infame?
Eres sangre Salimbena.
¡Vive el Cielo que no creo
que eres Montano!

TEODORA. ¡Señora!

ANGÉLICA. ¡No más!

(*Vase.*)

TEODORA. ¡Confuso me veo,
Angélica!

LEONARDO. (A Lelio adora.)

TEODORA. ¿Fuése?

LEONARDO. ¡La muerte deseo!
¡Ay, Lelio!

TEODORA. ¿Estabas aquí?

LEONARDO. Todo lo que pasa oí.

TEODORA. No desmayes.

LEONARDO. ¡Estoy muerto!

TEODORA. Pues que has de gozarla es cierto.

LEONARDO. ¿Gozarla?

TEODORA. Pienso que sí,
y no pierdas la esperanza;
nunca al primer vuelo alcanza
la garza altiva el halcón.

LEONARDO. Tiene ya resolución;
es mujer, no hará mudanza.

TEODORA. Antes por eso ha de hacer
mil mudanzas en querer.

LEONARDO. Suele hacerlas cada día;
mas cuando mujer porfía
no es en mudanzas mujer.

DONATO. Escóndete, que ha salido
Celia.

LEONARDO. Aquí detrás me voy.

(*Vase.*) (1)

CELIA. Apenas hoy he tenido
lugar de verte.

TEODORA. Yo estoy
a tu amor agradecido.

CELIA. Y a las obras que me debes.

TEODORA. ¿Obras? ¿Qué has hecho por mí?

CELIA. Tú lo dirás si te atreves,
que no será bien aquí
que mi vergüenza renueves.

TEODORA. Cosa que me levantases
algún testimonio a mí.

CELIA. Cosa que tú me negases
lo que me debes aquí
y que tan mal me pagases.

TEODORA. Celia, mal me haga Dios
si he sido el que te ha gozado.

LEONARDO. (¿Qué es esto?

DONATO. Riñen los dos
por un pleito que ha pasado
ante mí.

LEONARDO. ¿Qué?

DONATO. Sí ¡por Dios!

LEONARDO. ¿Ante ti? ¿De qué manera?

DONATO. ¿No has visto en algún tejado,
por una gata en celera,
todo un gatesco senado
y ella maullar desde afuera,
y cuando están en cuestión
salir de una chimenea
un gatazo socarrón,
y sin que nadie le vea
hurtalles la bendición?
Pues de esa manera fué,
que mientras Fabio y Rufino
maullaban sin para qué,
yo fuí el gato del vecino
que la bendición hurté.)

CELIA. Ingrato, ¿yo qué te pido
para que niegues ansí?

TEODORA. Celia, si tu engaño ha sido,
¿por qué te quejas de mí,
que estaba entonces dormido?

CELIA. ¿Dormido?

TEODORA. Mira que creo
que Fabio te habrá engañado.

CELIA. ¡Traidor soldado! Ya veo
que te vas como soldado
que satisfizo el deseo.
Voy a Fabio, y he de hacerte
tanto mal...

TEODORA. Oye.

CELIA. Ya es tarde.

(*Vase.*)

TEODORA. Todas me trazan la muerte.

LEONARDO. ¡El Cielo, Lelio, te guarde!

TEODORA. Leonardo, escucha y advierte.
Hoy nos hemos de juntar
a la margen de la fuente;
olmos tiene, y hay lugar,
si yo entretengo la gente,
de que la puedas hablar.
Vamos, y verás el puesto.

(1) En el original, "Sale".

LEONARDO. En obligación me has puesto,
que es poco darte la vida.
DONATO. ¿Qué hay de Celia?
TEODORA. Está perdida;
pero ablandaréla presto.
DONATO. Si no me tienen, me arrojo.
Dila, si tuviere antojo,
que te vuelva a descalzar,
que yo me pondré en lugar
donde la quite el enojo.

(Vanse. Salen POMPEYO *y* ANGÉLICA.)

POMPEYO.

¿Qué dices? ¿Estás loca?

ANGÉLICA.

Estoy corrida.

POMPEYO.

¿Que el caballero Lelio te pretende?

ANGÉLICA.

Si sólo fuera haberme pretendido,
poco perdieras tú ni yo perdiera.
Confieso que sus partes me obligaron,
sus palabras también y sus promesas,
que dan muchas los hombres cuando engañan,
a que le diese algún abrazo honesto,
la mano y otras cosas que mejor se dicen
con no decirlas.

POMPEYO.

¡Oh, pariente infame!
Y tú, cruel, ¿por qué lugar le diste?

ANGÉLICA.

Hermano, si la cruz dejar promete,
si promete casarse, si es mi primo,
si es como yo, si tiene tantos méritos
que tú no ves lugar donde le pongas
ni fiesta que no intentes por su gusto,
¿de qué te admira una mujer, sujeta,
por mil imperfecciones, a ser flaca?

POMPEYO.

¡Quítate de mis ojos!

ANGÉLICA.

Ya te dejo,
que si avisarte en cosas de tu honra
te da disgusto, cuando estás sin cólera
verás que antes me quedas obligado.

(Vase.)

POMPEYO.

Las montañas de sierpes enlazadas
que vió Alejandro por la Libia fiera,
los rostros del dios Jano, la Quimera,
las furias del Infierno desatadas,
Caribdis, Scila, Euripo desgreñadas
sobre el campo del mar que el viento altera
las cuatro calidades de esta esfera,
las iras de los celos declaradas,
el pensamiento que a Luzbel imita,
y lado a lado con el sol pasea,
la ley con sangre o con piedad escrita,
el necio y el que sabe, tener crea
muchos años en paz, quien solicita
guardar una mujer de que lo sea.

(Entre LISANDRO.)

LISANDRO.

Por ser a lo que vengo cosa propia,
que me toca, Pompeyo, al alma mía,
y una cierta invención de parentesco,
no he querido aguardar a tu licencia.
Sin ella entré donde me ves agora.

POMPEYO.

¡Oh, gallardo Lisandro! ¿En qué te sirvo?
¿Quieren ver esta hacienda algunas damas?
¿Tienes hoy convidados en tu huerta?
¿Es menester acaso alguna cosa
que falta a los sujetos a tus padres?
¿Quieres criados o dineros quieres?
Pobre soy, pero rico de deseos,
con más oro en el alma que el rey Midas.

LISANDRO.

Pompeyo, satisfecho de tu ánimo,
di principio en el mío a lo que pienso
que te ha de dar un singular contento.
No tengo damas en mi huerta agora,
sólo en el alma cierta dama tengo
que vi a tu lado, y que es hermana tuya,
el día venturoso que mi suerte
me trujo a hablarte, y de que fué testigo
aquella turbación de que te acuerdas.
Hablé a mi padre, tu nobleza sabe
y, aunque eres pobre, estima tu nobleza;
que es muy discreto el Senador mi padre.
Ven y hablemos a Angélica, que creo
que no despreciará mi buen deseo.

POMPEYO.

Lisandro, no pudiera sucederme
cosa más venturosa; pero llegan

la merced de tu padre y tus deseos
a tan mala ocasión, que en este punto
he casado a mi hermana.

LISANDRO.

¡Santo Cielo!
¡Casada! Con quién?

POMPEYO.

Verdad te digo.
Yo la he casado con mi primo hermano,
que la cruz blanca por su causa deja,
y hoy se despacha por el breve a Roma,
a cuyo efeto son aquellas fiestas.

LISANDRO.

¿Y hoy se despacha por el breve a Roma?

POMPEYO.

Hoy por el breve a Roma se despacha.

LISANDRO.

Pues ¿quién le mete a Roma en cosas mías?

POMPEYO.

Lisandro, vuelve en ti, pues eres cuerdo.

LISANDRO.

¿Es mucho que un dolor quite el sentido?

POMPEYO.

No es mucho. Esto a Faustino le responde.

LISANDRO.

Yo le diré que a Roma despachaste.

POMPEYO.

Dile que está casada, y que me pesa
que no me hubiera hablado; que no importa
que le dejas de Roma cosa alguna. (1)

LISANDRO.

Y ¿cuándo volverá de Roma el breve?

POMPEYO.

Eso no corre agora por tu cuenta.

LISANDRO.

Si yo quiero saber cosas de Roma,
¿quién te mete, Pompeyo, en estorbarlo?

POMPEYO.

En menos volverá de quince días.
Vete con Dios, y tu caballo toma.

LISANDRO.

¿En quince días volverá de Roma?

POMPEYO.

Lisandro, bueno está. Mi casa es ésta,
yo soy Pompeyo, Angélica mi hermana.
Lo que te digo al Senador responde.

LISANDRO.

¡Viven los Cielos que eres hombre bajo!
Pues tanto bien como tracé mal dejas,
porque es indicio que te faltan méritos.

POMPEYO.

Yo he visto en ti, Lisandro, más indicios
de que esta pena te ha quitado el seso,
que no de que respondes por tu agravio,
y así no me ha tocado responderte.

LISANDRO.

Sí; mas ¿cuál hombre hubiera tan colérico
que hoy casara su hermana, como dices,
y hoy despachara por el breve a Roma?

POMPEYO.

(Él está loco.) ¿Ah, gente?

CELIA.

¿Qué nos mandas?

(*Salen* BELARDO, DORINTO, SIRENO, *villanos, y* DONATO.)

POMPEYO.

Vete, Lisandro, que está aquí mi gente.

LISANDRO.

Si no me quiero ir, ¿podrás echarme?

POMPEYO.

(¡Lástima tengo a tan gentil mancebo!
Quiero decir que le daré a mi hermana
para ver si remedio el mal que tiene
y le vuelvo el sentido que ha perdido.)

DORINTO.

¿Quieres alguna cosa?

POMPEYO.

Oye, Lisandro,
no te dejes llevar del dolor tanto.
Tuya será mi hermana; está muy cierto
que sólo tú mereces a mi Angélica;
Angélica será, Lisandro, tuya.

LISANDRO.

¿Qué dices?

---

(1) Pasaje conforme al texto.

POMPEYO.

Lo que escuchas.

LISANDRO.

¡Ay, Pompeyo,
duélete de mi honor!

POMPEYO.

¿Un hombre llora?

LISANDRO.

Enternéceme el bien que me prometes.

POMPEYO.

Bien; toma tu caballo y di a tu padre
que iré a la tarde a hablarle.

LISANDRO.

No prosigo
en agradecimientos excusados.
Quédate.

POMPEYO.

No lo mandes.—Venid todos,
que tengo que os decir...

BELARDO.

Contigo vamos.

(*Vanse, y queda* DONATO; *sale* LEONARDO.)

DONATO.

Deja, señor, las fuentes y los ramos.

LEONARDO. Pues, Donato, ¿qué hay de nuevo?
DONATO. Tanto mal, tanta fortuna
sin resistencia ninguna,
que a decillo no me atrevo.
Tu edificio, que en altura
con el cielo competía,
que imitaba en armonía
su divina arquitectura,
no sé cuál suerte cruel
ha dado con él en tierra,
con más rayos, con más guerra
que a la torre de Babel.
¡Ay de ti!
LEONARDO. Deja, Donato,
tan triste lamentación;
dime del mal la ocasión
y háblame con más recato.
DONATO. No sé qué te pueda hablar,
si aquí Pompeyo decía
que con Lisandro quería
su hermosa hermana casar.
Ya lo llevan concertado
y a hablar a su padre van.
Mira, Leonardo, si están
tus cosas en buen estado.
LEONARDO. ¡Cielo airado y vengativo!
¿Tan presto tanta mudanza?
¿Ayer nació mi esperanza
y hoy sin esperanza vivo?
¡No más vida si es perdida
Angélica!
DONATO. Escucha un poco.
LEONARDO. Donato, estoy loco.
DONATO. ¿Loco?
LEONARDO. Sin Angélica no hay vida.
Arboles, yo soy Orlando,
pedazos os quiero hacer.
DONATO. ¿Quiéreste echar a perder?
LEONARDO. Muriéndome voy ganando.
Arboles que baña en oro
el sol con su luz, mostrad
si fué por dicha verdad
que aquí la gozó Medoro.
¿Tenéis sus nombres escritos?
DONATO. Vuelve en tu acuerdo, señor.
LEONARDO. ¿Con tal dolor?
DONATO. ¿Qué dolor
tienes?
LEONARDO. Celos infinitos.
Venme, Pompeyo, a matar,
mira que en tu casa estoy;
Leonardo, Leonardo soy.
DONATO. (Aquí nos han de pringar.
¡Oh, nunca yo lo dijera!)
LEONARDO. ¡Perro, ese cuello apercibe!
DONATO. ¿El cuello?
LEONARDO. Angélica vive.
¡Que has de morir!
DONATO. Oye, espera,
que todo ha sido fingido.
LEONARDO. ¿Fingido?
DONATO. Quise probarte.
LEONARDO. Mil abrazos quiero darte;
pero mucha burla ha sido.
DONATO. Ponte bien, que Lelio viene.

(*Sale* TEODORA.)

TEODORA. En los olmos te ha buscado.
LEONARDO. Este necio me ha burlado;
tal es el humor que tiene.
TEODORA. ¿Cómo?
LEONARDO. Hame dado a entender
que Angélica se casaba.
DONATO. De veras se lo contaba,

porque lo debe de ser;
pero quísome matar
y dije que era fingido.

LEONARDO. Luego ¿de veras ha sido?

DONATO. Tú te puedes informar.

TEODORA. Retírate allí, Leonardo,
que viene Pompeyo aquí.

LEONARDO. Si es de veras ¡ay de mí!
¡qué noche tan triste aguardo!

(*Sale* POMPEYO.)

TEODORA. Pompeyo, ¿no me respondes?
¡Notable tristeza tienes!

(*Vanse los dos.*)

¡Muy apasionado vienes!
¿Por qué tu rostro me escondes?
¿Qué es esto? ¿Quién te ha enojado?
¿Tu respuesta no merezco?

POMPEYO. No me espantes si me ofrezco,
Lelio, a tu presencia airado,
y agradece que la espada
no te ha dado la respuesta,
que hasta la tuya está puesta
donde la ves envainada.
¿Tú le habías de decir
a tu prima y a mi hermana,
con pretensión libre y vana
y deshonesto fingir
amores desatinados
para algún aleve intento?
¡Prometerle casamiento!
¿Es de nobles ni soldados
besar sus manos y boca
con juramentos de paces?
¿No es traición, como lo haces,
para que se vuelva loca,
y agora decir que es bien
que se entregue a mi enemigo?
Pues, Lelio, Dios es testigo
que lo has de ser tú también,
o te has de casar aquí,
o el alma te he de sacar.

TEODORA. ¿Cuál alma te pueda dar
si ha tanto que vive en ti?

POMPEYO. ¿Tu alma en mí?

TEODORA. Sí, mi bien.

POMPEYO. ¿Mi bien? Aún esto es peor.

TEODORA. Mal quieres pagar mi amor
con ese ingrato desdén.

POMPEYO. Lelio, no pensé en mi vida
escuchar amores de hombre.
¿Qué es esto?

TEODORA. Pues no te asombre
que los diga y que los pida.

POMPEYO. ¿Cómo no? Pues ¿puede ser
cosa más mala?

TEODORA. Ya obliga
el tiempo a un hombre que diga
que es mujer.

POMPEYO. ¿Cómo mujer?

TEODORA. Mujer soy.

POMPEYO. ¿Tú, Capitán?

TEODORA. De mis desdichas lo fuí.

POMPEYO. Pues ¿la cruz?

TEODORA. Yo la fingí;
y el ser la cruz de San Juan
fué por serlo de un hermano,
que no te digo quién es,
por más notable interés
que tesoro veneciano.
A Sena vine, Pompeyo,
a ver con este disfraz
ciertos parientes en paz,
temiendo el rigor plebeyo.
Enamoréme de ti
el día que en Sena entré;
quererte mi intento fué.
No me preguntes quién fuí,
sino déjame acabar
cierto negocio que emprendo,
pues pienso que no te ofendo,
Pompeyo, en quererte amar.
Que si vieres algún día
que te igualo, podrá ser
que llamarme tu mujer
lo tengas por cortesía.

POMPEYO. No adornes más de colores
el cielo de aquesa cara,
que menos roja bastara
para engendrar mil amores;
que si tu persona fué,
siendo hombre, causa de amarte,
siendo mujer, ¿en qué parte
del alma no te pondré?
Una figura tenía
de piedra Pigmaleón,
y por su grande afición
se volvió mujer un día.
Tal me ha sucedido a mí,
que después que te traté
con tal amor te miré,
que en mujer te convertí.
Palabra te doy de ser

secreto hasta ver tu gusto,
porque creer es muy (1) justo,
que eres principal mujer.
No quiero saber quién eres
hasta que llegue ocasión,
que yo sé la condición
y el gusto de las mujeres.
Aquí te podrás quedar,
que mi palabra te doy,
si sabes que noble soy
y ella es digna de estimar,
de guardarte aquel respeto
que siendo hombre te guardara.

TEODORA. Ser tu sangre me bastara
para tener buen conceto.
Haz tus fiestas. Disimula
con Angélica.

POMPEYO. Sí haré,
aunque Amor prisa le dé
con que hablarte me estimula.
Ven y tu nombre me di,
que poco importa tu nombre.

TEODORA. Teodora me llamo, y hombre
ya sabes que Lelio fuí.

POMPEYO. ¡Ay, lo que me has de costar!

TEODORA. ¡Ay, qué perdida estoy!

POMPEYO. ¿Qué eres mujer?

TEODORA. Mujer soy.

POMPEYO. ¡Quién lo pudiera jurar!

ACTO TERCERO

(*Salen* FAUSTINO, *senador;* LISANDRO, *su hijo;* TANCREDO *y* SABINO.)

LISANDRO. Que casada la tenía
me respondió; pero luego,
por dar templanza a aquel fuego
que en la resistencia ardía,
me la prometió y me dió
este papel para ti.

FAUSTINO. Muestra.

LISANDRO. Toma.

FAUSTINO. Dice ansí:

(*Lea:*)

"Lisandro, señor, me habló
de tu parte, y sabe el Cielo
con qué contento le diera
a Angélica..."

(1) En el texto, en lugar de estas dos palabras, dice: "y aun es".

LISANDRO. ¿Cómo? Espera.

FAUSTINO. Oye hasta el fin, y dirélo.

(*Lea:*)

"...mas téngola ya casada,
que me perdones te pido."
Ya estabas de ello advertido.

LISANDRO. ¿No dice más?

FAUSTINO. Poco, o nada.

(*Lea:*)

"Enloqueció de [tal] suerte,
que, por darle algún remedio,
viéndole, Faustino, enmedio
de la vida y de la muerte,
fingí que se la daria;
pero no lo puedo hacer,
y pésame, que, a poder,
fuera dicha suya y mía.
Yo te hablaré y tú sabrás
más de espacio la razón."
Estas las palabras son.

LISANDRO. ¿Y no dice más?

FAUSTINO. No hay más.

LISANDRO. Luego ¿engañóme?

FAUSTINO. ¿No ves
que dice que estabas loco
y por sosegarte un poco
fingió dártela después?

LISANDRO. ¿Ese papel he traido
yo mismo?

FAUSTINO. No, sino yo.

LISANDRO. ¿Que aqueste papel me dió?

FAUSTINO. No hay más de lo que he leído,
si no está escrito con lima,
porque no se echa de ver.

LISANDRO. ¿Tal burla me pudo hacer?

FAUSTINO. Bien a los dos nos estima.

LISANDRO. A mí, que tu hijo soy,
y de ti el honor me viene,
poco agraviado me tiene,
que a cuenta del tuyo estoy.
Que no me estimar a mí
de tenerte en poco nace,
porque todo lo que hace
es agravio contra ti.
Por dicha por no te dar
la huerta no la casó,
si por ventura temió
que se la quieres tomar:
que por ser lo que ha quedado
de los Montanos en Sena,
piensa que si fuese ajena
queda su nombre acabado.

¡Ah, señor! Nunca tu gusto
en esta casa pusieras,
para que no recibieras
un agravio tan injusto.
Nunca yo le fuera a hablar
para no ver esta ingrata,
que me ha de matar si mata,
no esperar el bien y amar.
¡Ay, padre! ¡Qué desvaríos
y qué casos tan extraños
buscan el fin de mis años!

FAUSTINO. Tú le darás a los míos.
Agora creo el papel
y que con poca nobleza
mostrarías la flaqueza
que dice Pompeyo en él.
Déjame hacer la venganza
que me ofrece la ocasión.

LISANDRO. ¿Qué importa, si mi pasión
lo que pretende nò alcanza?
¿Esto es todo lo que puedes?
Un hombre pobre te niega
su hermana. Si quien te ruega
le hiciera tantas mercedes...
¿Tú eres Senador? ¿Tú riges
esta República?

FAUSTINO. Mira
que me estás moviendo a ira
y que sin razón me afliges.
Que si tu gusto emprendí (1)
y fué Pompeyo atrevido,
el ser desobedecido
no es valor que falta en mí.

LISANDRO. A lo menos está cierto
que en tu vida me verás
alegre.

FAUSTINO. Escucha.

LISANDRO. No hay más.
¡Muerto soy y tú me has muerto!

(*Vase.*)

FAUSTINO. ¡Loco humor!

SABINO. Está perdido
por Angélica.

FAUSTINO. Yo haré
que presto Pompeyo esté
de su intento arrepentido.
¿Sabe alguno de vosotros
que haya incurrido en la pena
del nuevo bando de Sena?

SABINO. No lo sabemos nosotros,
que no le habemos tratado.

FAUSTINO. ¿Ni habéis por ventura oído
que con algún forajido
hubiese Pompeyo hablado?

SABINO. No, señor.

FAUSTINO. Poco sabéis
para criados leales,
que oyendo palabras tales
que "no sabéis" respondéis.

SABINO. Pues si visto no lo habemos
ni oído.

FAUSTINO. Pues quien lo hubiera
visto ¿qué milagro hiciera
en jurarlo?

SABINO. Pues ¿qué haremos?

FAUSTINO. Jurar ante mí que habló
con forajidos de Sena,
para que incurra en la pena
del bando.

SABINO. Digo que yo
le vi hablar con forajidos
y darles armas y amparo.

FAUSTINO. ¿Y tú también?

TANCREDO. (1) ¿No está claro?

FAUSTINO. Los dos tenéis dos vestidos.
Venid conmigo a jurar
y harélo luego prender.

SABINO. La huerta habrá de vender
si la pena ha de pagar.

FAUSTINO. Pues todo lo que yo emprendo
es que la casa me venda.

SABINO. ¿Tiene Pompeyo otra hacienda?

FAUSTINO. Que esa sola tiene entiendo
de toda aquella riqueza.

SABINO. Y el bando ¿a qué le condena?

FAUSTINO. Dos mil ducados de pena
y a cortalle la cabeza.
Escribamos dos renglones
y prendelde en cualquier parte.

SABINO. Con la huerta ha de rogarte
si en tanto estrecho le pones.

(*Vanse. Entre* POMPEYO *y* TEODORA.)

TEODORA. ¿Dices que me quieres bien
y a Angélica quieres dar
a Lisandro?

POMPEYO. ¿En qué lugar
la puedo emplear tan bien?
Pues cuando se la negaba

(1) En el original, "lo emprende".

(1) En el original, "SABI".

fué porque entendí que a ti
te amaba; mas cuando vi
que mi honor seguro estaba,
resolvíme en agradar
al Senador, que hoy pretendo
hablar, mi hermana ofreciendo,
pues tanto la quiere honrar.
Con esto tendré segura
esta hacienda, porque creo
que sólo tiene deseo
Lisandro de la hermosura,
y es tan rico, que antes puede
dotarla que pedir dote.

TEODORA. Aunque tu ingenio me note
de necia y por tal lo quede,
no puedo, Pompeyo mío,
dejar de darte a entender
que en dársela por mujer
haces un gran desvarío,
porque Angélica aborrece
a Lisandro, y no es muy justo
casarla contra su gusto.

POMPEYO. Lo mismo a mí me parece;
pero si la desengaño
de que no eres lo que piensa,
cuando no te cause ofensa
ni pueda venirte daño,
¿a cuál querrá si tu nombre
viene Angélica a saber:
a ti porque eres mujer,
o a Lisandro porque es hombre?

TEODORA. Pompeyo, ¿no era mejor
guardar este ángel de paz?
¿Que a la guerra pertinaz
de tanto parcial furor
sirviese de medianera
y, casada con alguno,
cesase el bando importuno
que esta República altera?
¿No es mejor que tus parientes,
desterrados y perdidos
de su patria, forajidos,
por naciones diferentes
vuelvan a sus casas ya,
por que te agradezca el Cielo
y el mundo ese justo celo?

POMPEYO. No es eso cosa que está
en términos de acabarse.
Déjalo agora ¡por Dios!
Si hay una sangre en los dos,
¿no ves la tuya alterarse?
Fuera de que no hay quien sea,
de cuantos mancebos tiene
el linaje Salimbene
que honrar tu opinión desea,
hombre que Angélica estime
ni que nuestra paz pretenda,
y más no teniendo hacienda
con que a quererla se anime.

TEODORA. ¿Cómo no? Yo sé de (1) alguno
que sin hacienda la estima,
y que hablándome en mi prima
no ha sido poco importuno.

POMPEYO. ¿Es Leonardo?

TEODORA. El mismo es.

POMPEYO. Enojado me has, Teodora,
y de esto conozco agora
que te mueve otro interés.
¿Es posible que tú eres
mi sangre?

TEODORA. El amor obliga
a amar la sangre enemiga,
o sea en hombres o en mujeres.
Hele cobrado afición
de dos veces que le hablé.

POMPEYO. Pues ¿cómo te habló o por qué?

TEODORA. Celos de Angélica son,
que, teniéndolos de mí,
le obligan a lo que ves.

POMPEYO. Que él me agravie razón es,
pues yo su enemigo fuí;
pero tú, con darme parte
de tu loca pretensión,
¿no miras que no es razón?

TEODORA. Tu bien debo aconsejarte,
pues consiste en estas paces.

POMPEYO. Y cuando yo se la diera,
¿qué tratamiento le hiciera?

TEODORA. ¡Extrañas quimeras haces!
Haz cuenta que soy agora
de ese Leonardo una hermana,
y ten por cosa muy llana
que soy su hermana Teodora.
Con el amor que me tienes
te casas conmigo...

POMPEYO. Bien.

TEODORA. Tenemos hijos también
Montanos y Salimbenes...

POMPEYO. Di, adelante.

TEODORA. ¿Qué razón

(1) En el original, "tendrá por".

(1) En el original, "que".

hay porque me trates mal
si en una coyunda igual
hacen las almas unión
y la sangre lo confirma
en hijos que Dios nos da?

POMPEYO. Cuanto a mí, seguro está;
mi amor lo firma y lo afirma.

TEODORA. Pues lo mismo hará Leonardo.

POMPEYO. No lo creas.

TEODORA. Gente viene.
(Si esto remedio no tiene,
en vano esperanza aguardo.)

(*Un* CAPITÁN *y* CRIADOS.)

CAPITÁN.

¿Quién es aquí Pompeyo?

POMPEYO.

Yo me llamo
Pompeyo. Capitán, ¿qué se os ofrece
en esta casa?

CAPITÁN.

El senador Faustino
os espera en la suya.

POMPEYO.

Que voy luego
le podéis responder.

CAPITÁN.

No puedo irme
sin vos, que esto me manda.

POMPEYO.

Pues ¿voy preso?

CAPITÁN.

No sé ¡por Dios!; pero podéis, en duda,
desceñiros la espada.

POMPEYO.

La obediencia
que se debe al Senado puede sola
a un caballero desceñir la espada.—
Lelio, decildo a Angélica.

TEODORA.

Antes quiero
irme con vos.

POMPEYO.

Escúchame.

TEODORA.

¿Qué quieres?

POMPEYO.

No me conviene que a la cárcel vayas,
no se sepa que eres sangre de estos bandos
y nos cueste a los dos la vida.—Vamos,
Capitán, donde dices, que pues vienes
con guarda y me has quitado espada y daga,
alguna información siniestra ha sido
la que ha dado ocasión.

CAPITÁN.

Con razón temes.

POMPEYO.

¡Ah, pobre casa al lado de hombre rico!
Chupar quiere la sangre como esponja
la vecindad que con Faustino tengo;
mas Dios, que a Jezabel dió tal castigo,
mi viña librará de mi enemigo.

(*Vanse.*)

TEODORA. ¡Puesta quedo en confusión!
Sin duda la causa ha sido
de aquella injusta prisión
no haber Pompeyo admitido
de Lisandro la afición.
Mal he hecho en estorbar
que la pudiese gozar.
En gran peligro le he puesto.

(CELIA *y* FABIO.)

CELIA. Tú me engañaste.

TEODORA. ¿Qué es esto?

FABIO. ¿Cómo te pude engañar?

CELIA. Lelio está aquí.

FABIO. Di, señor,
cuando Celia vino a verte,
¿yo fuí el ladrón de su honor?

TEODORA. Buenos venís de esa suerte
[a] acrecentar mi dolor.

FABIO. ¿Qué tienes?

TEODORA. Preso han llevado
a Pompeyo.

CELIA. Pues ¿por qué?

TEODORA. Un Capitán del Senado
vino por él.

CELIA. Ya lo sé.

TEODORA. ¿Tú sabes que esté culpado?

CELIA. ¿Qué más culpa que negar
a Angélica a un poderoso?

TEODORA. A Angélica voy a hablar.

(*Vase.*)

CELIA. Siendo Lisandro su esposo
es fácil de remediar.

Mas, tú ¡traidor!, que escondido
y de la noche amparado,
en tu señor convertido
paciste el campo vedado,
¿qué pena habrás merecido?

FABIO. ¡Celia!

CELIA. ¡No hay más que negar!

FABIO. Si no oyes esta razón,
por fuerza te he de dejar.

CELIA. Negar aquella traición
es un volverme a engañar.
¡Tente, perro, que tú fuiste
el que a escuras me dijiste
"Lelio soy"!

FABIO. No dije tal.

CELIA. Luego al entrar del portal
¿ningún abrazo me diste?

FABIO. ¡Si ves que yo me quedé
recorriendo las esquinas!

CELIA. ¡Bien las recorriste, a fe!

FABIO. ¿Es posible que imaginas,
Celia, que yo te engañé?

CELIA. ¿Pues es bien que quede en mí
alguna señal de ti?

FABIO. Será de quien te gozó,
que no es bien que coja yo
lo que no he sembrado en ti.

CELIA. ¡Basta!

FABIO. Pues ¿qué es lo que quieres?

CELIA. Quien me vengue he de buscar

FABIO. Eres mujer.

(Vase. Sale DONATO.*)*

DONATO. No te alteres,
Celia, de verme llegar.

CELIA. Ya sé, Donato, quién eres.
¡Pluguiera a Dios que aquel día
que tú me dijiste amores
fuera tal la suerte mía
que te hiciera más favores
que Tisbe a Píramo hacía,
y que no aguardara a ver
que este Fabio, con engaño,
mi honor echase a perder!

DONATO. ¿Tu honor?

CELIA. Sí, pues hecho el daño
niega que soy su mujer.

DONATO. ¡Ah, traidor! ¿Hay tal maldad?
(Con razón el hombre niega,
porque con la escuridad
yo fui el que entré por la vega
y cultivé la heredad.)

CELIA. ¿Qué dices?

DONATO. Que es sin razón
que cerquen una campiña
de zarza, espino y cambrón
y que defienda una viña
un hombre con un lanzón,
que guarden un cohombral
y un melonar ya badea,
un habar y un garbanzal
y que vuestro huerto sea,
Celia, guardado tan mal.

CELIA. ¡Ay, Donato, el haber sido
nosotras la huerta y guarda
es peligro conocido!

DONATO. Pues si da fruto el que guarda,
¿quién habrá culpa tenido?

CELIA. ¡Maldito seas, amén!
¡Qué hombre para matar
a quien me trató tan bien!

DONATO. Pues en llegando a tratar
que uñas arriba le den,
es negocio temerario.
¿Cómo quieres esta muerte?
¿Cazuela o extraordinario?
¿Sopetón, o de otra suerte
que llamamos letuario?

CELIA. ¿Qué es letuario?

DONATO. En la franja
al rostro echalle una zanja
antes que venga a cortar
la cólera, y esto es dar
letuario de naranja.

CELIA. ¿Qué es sopetón?

DONATO. Ha de ser,
cuando quiere anochecer,
que entre aquella confusión
se pega de sopetón,
pero no se echa de ver.

CELIA. ¿Y cazuela?

DONATO. Ir todos llenos
de broqueles, diez o doce,
las (1) once mil en los senos,
porque menos se conoce
y cabe una muerte [a] menos.

CELIA. Todo lo que has dicho es
infamia, y muy de cobardes.

DONATO. Pues ¿qué quieres?

CELIA. Oye, pues:
que cuerpo a cuerpo le aguardes
y cara a cara le des.

---

(1) En el [illegible] "los".

DONATO. No se usa.
CELIA. ¿Cómo no?
Entre la gente de hecho
y valor siempre se usó.
DONATO. Fía, Celia, de mi pecho,
y que uno de ésos soy yo.
Veréme luego con él,
como a quien soy le conviene,
y no hagas cuenta de él,
que te hago voto solene
que pueden doblar por él.
Angélica viene aquí
con Lelio y con mi señor.

(*Salen* ANGÉLICA, LEONARDO *y* TEODORA.)

TEODORA. ¿Tú quejas, mi bien, de mí?
ANGÉLICA. Lelio, tú has sido traidor;
sólo me quejo de ti.
TEODORA. ¿De mí? ¿Por qué, si escondido
está en tu jardín Leonardo,
y, como ves, ha salido?
LEONARDO. Señora, la muerte aguardo,
aunque la vida te pido.
No es Lelio en esto culpado;
Amor sí, que Amor me ha dado
este atrevimiento.
ANGÉLICA. Mira,
traidor, que incitas la ira
de un corazón agraviado.
¿Tú me pretendes aquí,
siendo hijo de quien sabes,
y yo hija de quien fuí?
LEONARDO. ¿Y ya no es tiempo que acabes
todo ese rigor en mí?
¿Hasta cuándo, dulces ojos,
durarán estos enojos?
Pero si falta mi vida,
aquí la ofrezco, homicida,
a tu rigor en despojos.
TEODORA. ¡Ay, Angélica! ¿No ves
un hombre de este valor,
para que muerte le des?
Si eres noble vencedor,
mira el contrario a los pies;
rendido está el enemigo.
Perdona.
ANGÉLICA. Dios me es testigo
que antes la muerte me diese
que pensamiento tuviese
de verme, infame, contigo.
Y si porque preso está
mi hermano, te has atrevido
a entrar donde estás ya,
mátame, la muerte pido;
que más posible será
juntarse la tierra al Cielo,
ver árboles en su velo
y el suelo lleno de estrellas,
salir de la mar centellas
y flores del mismo hielo;
y primero podrá ser
volverse Lelio mujer,
pues cuando mujer se vuelva,
querrá Amor que me resuelva
a que te pueda querer.

(*Vase.*)

DONATO. Como víbora pisada,
en alzando el pie, corrió.
LEONARDO. Celia amada, ¿qué haré yo
contra una mar alterada,
contra una roca tan firme,
contra un jüez riguroso,
contra un desdén poderoso
que aún no se precia de oírme.
Contra una bala que llega
de la pólvora impelida,
contra una llama encendida
en el trigo que se siega,
contra un salteador del mar,
contra un amigo ofendido (1)
que no sabe perdonar,
contra un rayo que se mueve
violentamente a caer,
contra una airada mujer,
para que lo diga en breve?
CELIA. Leonardo, el haber tratado
Faustino su casamiento,
de Angélica algún intento
habrá en su pecho engendrado.
Ya Lelio le persuadía;
preso está Pompeyo, y creo
que de Lisandro el deseo
ha de vencer si porfía.
Yo no puedo consolarte,
si no es que engaños te diga.
Adiós.
LEONARDO. ¿Celia, Celia amiga?
TEODORA. Deja, Leonardo, el cansarte;
que la vida he de perder,
o Angélica ha de ser tuya.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

LEONARDO. Es mi enemiga, y no es tuya:
¿cómo ha de ser mi mujer?

(*Sale* FABIO.)

TEODORA. Fabio es éste.
FABIO. En este punto
Rufino, señor, llegó;
porque a Pompeyo siguió
y entró a los soldados junto,
dice que es la acusación
que forajidos ampara.
LEONARDO. ¿Hay información?
FABIO. Bien clara,
aunque es falsa información.
TEODORA. ¿Hay testigos?
FABIO. Dos criados
del Senador.
TEODORA. ¡Lindo enredo!
LEONARDO. ¿Cómo?
TEODORA. Asegurarte puedo
que son falsos y pagados.
LEONARDO. ¿Por qué?
TEODORA. Porque el Senador
quiere compralle esta hacienda,
y no hay orden que la venda,
aunque le paga el valor.
Tras esto, haberle negado
para Lisandro a su hermana,
hace esta prisión más llana.
LEONARDO. ¡Qué varón justificado!
¡Qué patricio consular!
Donato, vente conmigo.
TEODORA. ¿Dónde vas?
LEONARDO. No te lo digo,
porque me importa callar.
DONATO. Fabio, después quiero hablarte.
FABIO. Donde quisieres iré.

(*Vanse.*)

TEODORA. ¡Ay de mí! Fabio, ¿qué haré?
FABIO. No me atrevo a aconsejarte.
TEODORA. ¿Por qué?
FABIO. Porque mi consejo
era decirle a tu hermano
quién eres.
TEODORA. Consejo vano,
y que por inútil dejo.
Si está del Cielo, arrogantes
que cesen hoy nuestros bandos,
sirvan a Angélica Orlandos,
Reinaldos y Sacripantes,
que de Leonardo ha de ser,
pese al Francés, pese al Moro;
Leonardo será el Medoro
de esta divina mujer.
FABIO. ¡Bravos imposibles son!
TEODORA. Ven, Fabio; verás qué puede
Amor, que a la muerte excede,
y es alma de la razón;
porque yo pienso... Mas ven,
que acá lo sabrás mejor.
FABIO. No hay poder como el de Amor.
TEODORA. Mis ansias lo dicen bien.

(FAUSTINO, *senador;* LISANDRO POMPEYO *con grillos*, CAPITÁN, SABINO, TANCREDO.)

FAUSTINO.

Pues te busco en la cárcel, no te trato
con el rigor que dices.

POMPEYO.

Señor mío,
nunca yo he sido a tu favor ingrato.
Aquel campillo pobre, junto al río
(cuyo fruto de un soplo solamente
muchos años me roba el cierzo frío),
era reliquias de la noble gente
que gobernar esta ciudad solía:
y así pude negarle justamente.
Si luego no te di la hermana mía...

FAUSTINO.

¡Calla, infame, esa boca!

POMPEYO.

¿Por qué causa?

FAUSTINO.

No vivirás cuando amanezca el día.

LISANDRO.

Señor, ¿qué el enojo que le muestras causa?

FAUSTINO.

¿Es bien que yo le prenda de malicia,
o que a la suya vil se ponga pausa?
Yo te prendo de oficio de justicia:
ni sé de tu heredad ni de tu hermana.

POMPEYO.

¡Ah, cuánto puedes, mísera codicia!

LISANDRO.

Pompeyo, deja la malicia vana:
mi padre tiene información bastante.

POMPEYO.

¿Información bastante?

LISANDRO.

Cierta y llana.

POMPEYO.

¿Quién son testigos?

LISANDRO.

Los que ves delante.

POMPEYO.

¿Vosotros me habéis visto dar amparo
a forajidos?

SABINO.

No hay por qué te espante
que lo que hiciste oculto esté tan claro;
porque ningún secreto durar puede.

POMPEYO.

Espero en Dios que os ha de costar caro.—
Lisandro, di a tu padre, pues concede
la ley con pagar dos mil ducados
libre por una vez el preso quede,
que me compre mi casa, huerta y prados,
pues no tengo otra hacienda.

LISANDRO.

Padre mío,
la vida son tesoros estimados.
Pompeyo, por librarla del impío
cuchillo fiero, su heredad te vende,
y fuera el no ver darla desvarío.
¿Cuánto le dabas?

FAUSTINO.

Hijo, no se entiende
que lo que yo compraba con mi gusto
ahora el mismo precio comprehende.
Por ella daba entonces precio injusto.
Del comprar al vender hay gran distancia.
Dile tú que se ponga en lo que es justo.

LISANDRO.

Pompeyo, no pretendas más ganancia
que librar la garganta.

POMPEYO.

Eso pretendo;
que bien sé de la vida la importancia.
Dársela agora por lo mismo entiendo.

LISANDRO.

El te vuelve a pedir dos mil ducados.

FAUSTINO.

De que los nombre con razón me ofendo.
Quinientos le daré.

LISANDRO.

Desconcertados
me parece que andáis.

POMPEYO.

¿De qué manera?

LISANDRO.

Da quinientos.

POMPEYO.

¡Ah, Cielos enojados!
Porque me veis en esta cárcel fiera,
el cuchillo, Faustino, a la garganta,
adonde tu maldad quiere que muera
con falsa información, que la ley santa
de la justicia rompe claramente,
robas mi hacienda con malicia tanta.
Pues antes que mi huerta darte intente
por precio vil, el corazón me sobra
para morir, villano, injustamente.
Pones la falsa opinión por obra; (1)
la viña de Nabot será la mía;
después de muerto lo que pierdo cobra.
Dios, que te mira, te dará algún día
el justo pago de mi injusta muerte.

[(*Vase.*)]

FAUSTINO.

¡Mataréle!

LISANDRO.

¡Señor, señor, desvía!
Ya es ido, ya se fué. ¿De aquesta suerte
te descompones?

FAUSTINO.

Capitán, al punto
la infame sangre de sus venas vierte.

CAPITÁN.

Ya voy.

LISANDRO.

¡Detén!

CAPITÁN.

La causa te pregunto.

LISANDRO.

Angélica es la causa.

CAPITÁN.

En vano intentas
quitar el filo a su garganta junto.

(1) Así en el texto. La palabra "opinión" no es propia.

LISANDRO.

¡ Padre y señor !

FAUSTINO.

Mi justo enojo aumentas.
¿ Tú de rodillas ?

LISANDRO.

A su hermana adoro,
si ha de ser mi mujer, tu sangre afrentas.
Señor, yo buscaré tan presto el oro,
que antes de una hora...

FAUSTINO.

Vete de mis ojos,
infame hijo, cuya afrenta lloro.
¡ Qué bien siente el villano mis enojos !
¡ Qué bien los venga !

LISANDRO.

Yo daré primero
la vida a tu venganza por despojos.

(*Vase* LISANDRO. *Entre* LEONARDO, DONATO, *con una caja o cofrecillo.*)

LEONARDO.

Hablar al Senador, amigos, quiero.

CAPITÁN.

Leonardo hablarte quiere.

FAUSTINO.

Entre Leonardo,
y alegraráse de saber que muere
de su contrario bando el más gallardo.

LEONARDO. ¡ Guárdete, señor, el Cielo !
FAUSTINO. Leonardo, seas bien venido.
LEONARDO. Que has sentenciado he sabido
a Pompeyo.
FAUSTINO. Es justo celo
que esto te cause alegría.
LEONARDO. Antes me dió tal pesar,
como si viniera a dar
su golpe en la sangre mia.
FAUSTINO. ¿ Por qué, siendo tu enemigo ?
LEONARDO. ¿ Enemigo ? No lo creas
hasta que en mi efeto veas
si soy verdadero amigo.
En este cofre contados,
como agora podrás ver,
en oro vengo a traer,
señor, los dos mil ducados.
Estos te traigo en moneda,
que en voluntad traigo el mundo,
porque a peligro segundo
reservo lo que me queda.
Tómalos y vayan luego
para darle libertad.
FAUSTINO. ¿ Habéis tratado amistad ?
LEONARDO. Está menos vivo el fuego.
No me examines, señor;
pero manda que le den
libertad.
FAUSTINO. Está muy bien.
(Esto sin duda es amor.
Notable debe de ser,
si éste también la procura,
la celestial hermosura
de esta notable mujer.
Lisandro la vió y la adora;
éste saca de prisión
a Pompeyo; efetos son
del gran valor que atesora.
¡ Que mal tomaré venganza
en el trazado castigo,
pues que su propio enemigo
me ha quitado la esperanza !
Mas la parte que me toca
de aquesta condenación,
sirve de satisfación
y a blandura me provoca.)
¿ Capitán ?
CAPITÁN. ¿ Señor ?
FAUSTINO. Al punto
dad libertad a Pompeyo,
sin escándalo plebeyo.
CAPITÁN. Ya estaba en corrillos junto
tratando y haciendo apuestas
sobre su muerte o su vida.
FAUSTINO. ¡ Brava hazaña !
CAPITÁN. Nunca oída.
FAUSTINO. Mucho valor manifiestas.—
Quédate, Leonardo, adiós.

(*Vanse* FAUSTINO *y el* CAPITÁN.)

LEONARDO. El te guarde.—Oíd, amigos:
¿ sois, por dicha, los testigos
de aqueste pleito los dos ?
SABINO. Sí, señor.
LEONARDO. Id a mi casa,
que os quiero dar para guantes.
SABINO. En grandezas semejantes
tu fama, Leonardo, pasa
la de César y Alejandro.
DONATO. Más justo fueran ¡ por Dios !
que fueran leña estos dos

de Faustino y de Lisandro.
¿Dineros les quieres dar
siendo dos falsos testigos?

LEONARDO. Así trazan los castigos
los que se quieren vengar.
Donato, en entrando en casa
los dos infames que ves,
atados manos y pies
luego verás lo que pasa.
Con riendas de mis caballos,
por la intentada maldad,
sin tener de ellos piedad,
mil azotes pienso dallos.
Y pues la codicia ha sido
la que al Senador venció
de la casa que heredó
un hombre tan bien nacido,
esta noche le echaremos
fuego a la suya.

DONATO. Señor,
mira que es notable error.

LEONARDO. ¿Por qué?

DONATO. Porque abrasaremos
la de Pompeyo, que está
junto a la suya.

LEONARDO. Antes quiero
abrasársela primero.

DONATO. Bueno ¡por Dios! quedará,
pues que no tiene otra hacienda.

LEONARDO. Yo se la sabré labrar.

DONATO. Pues si la quieres quemar,
mejor será que la venda.

LEONARDO. Quémola porque no diga
el Senador que es traición
este incendio y sin razón
le castigue y le persiga. (1)
Pegaré fuego a su casa,
que vale diez mil ducados,
con que quedamos vengados.

DONATO. Bien dices, que si se abrasa
la de Pompeyo primero,
no tendrá que murmurar,
y tú la podrás labrar
como de tu mano espero;
mas mira que podrá ser
que esté Angélica en ella.

LEONARDO. ¿Qué fuego podrá encendella
si Amor no tiene poder?
Mas mira que en viendo preso
a su hermano, la dejó
y a la ciudad se volvió.

DONATO. Ama con notable exceso.
No te quiero aconsejar
sobre negocios de hacienda.

LEONARDO. Deja, Donato, que encienda
aquel famoso lugar
donde como fénix ardo.

DONATO. Dineros tienes y amor.

LEONARDO. No logrará el Senador
los que ha tomado a Leonardo.

(*Vanse.* POMPEYO, *preso, y* TEODORA.)

POMPEYO. De que hayas entrado aquí
recibo mayor dolor.

TEODORA. ¿Qué, estás sentenciado?

POMPEYO. Sí,
y que todo su rigor
quiere ejecutar en mí.

TEODORA. ¡Pluguiera, Pompeyo, al Cielo
que a Lisandro hubieras dado
a Angélica.

POMPEYO. De mi celo
queda tu amor obligado,
que es en mi muerte consuelo.
No se la di por tu gusto,
de que tanto mal me viene,
aunque haberte amado es justo.
Y pues tanto rigor tiene
este Senador injusto,
oye en mi muerte dos cosas;
que quiero hacerte albacea.

TEODORA. En desdichas tan forzosas,
manos, ¿quién habrá que crea
que habéis de estar temerosas?
No dudes, dulce señor,
de lo que tu vida quiero,
que antes que con tal furor
te pase el cuchillo fiero,
me ha de haber muerto el dolor.
Si halló espada rigurosa
Tisbe y torre Hero (1) famosa,
árbol Mirra, Vilis llanto,
Porcia brasas, Julia espanto
y áspides Cleopatra hermosa;
¿por qué, de la misma suerte,
mientras el luto te vistes,
no habrá fuego o hierro fuerte?
Que también para los tristes
hubo remedio en la muerte.

POMPEYO. Deja, mi amada Teodora,

(1) En el texto, "de por sí".

(1) En el texto, "de oro".

tu vida que guarde el Cielo;
en mi muerte piensa agora,
porque ha de llegar, recelo,
antes que salga el aurora.
Las dos cosas que te pido
en aqueste testamento
con que de ti me despido,
son de mi casa el aumento
y de Angélica el marido.
No des por precio ninguno
mi castillo al Senador,
ni a ese vil hijo importuno
mi Angélica, si mi amor
te obliga a tenerme alguno.
Y pues me aparto de ti
para morir, en mi muerte,
por último bien, me di
quién eres y de qué suerte
te apasionaste de mí.

TEODORA. Pompeyo, si yo viviere
después de tu muerta vida
y el alma tanto sufriere,
que estando a la tuya asida
con la tuya no saliere,
yo cumpliré el testamento,
de que palabra te doy
como quien soy, y está atento
para que sepas quién soy.

POMPEYO. Espera, que gente siento.

(Sale el CAPITÁN *y el* ALCAIDE.)

CAPITÁN. Alcaide, esta orden me dan.

ALCAIDE. Digo, señor Capitán,
que basta decirlo vos.

POMPEYO. Teodora, quédate adiós.

TEODORO. Pues éstos ¿adónde van?

POMPEYO. A estorbarme tanto bien
como era el saber quién eres.
Dame estos brazos.

TEODORA. También
me matas tú.

POMPEYO. No hay que esperes.
Vete, y la muerte me den.—
¿Cómo, amigo? ¿Hasta el día
no se pudiera esperar?
¿Tanto va en la muerte mía?
¿Piensa Faustino ocultar
al Cielo su tirania?
¿Piensa que su injusta ira
no ve el Cielo? ¿A quién admira?
No hay noche en sus luces bellas,
porque todas sus estrellas
son ojos con que nos mira.
Llevadme. ¿Qué me miráis?

ALCAIDE. Buenas albricias nos dais
de que libertad tenéis.

POMPEYO. ¿Qué decís?

CAPITÁN. Que iros podéis,
y que yo vengo a que os vais.

POMPEYO. ¿Movióse a piedad Faustino?

CAPITÁN. No fué por ese camino.
Dos mil ducados le dió
quien no imaginara yo
que hiciera tal desatino.
Antes por cosa más clara
tenía que si faltara
verdugo, él mismo viniera
y de este oficio sirviera.

POMPEYO. Flavio, el nombre me declara.

CAPITÁN. Leonardo, vuestro enemigo.

POMPEYO. ¡Válgame el Cielo!

CAPITÁN. Esto pasa.
Venid, Pompeyo, conmigo.

POMPEYO. Lelio, vamos a mi casa,
que tengo que hablar contigo.

TEODORA. Hazañas de amigo son.

POMPEYO. La libertad me ha quitado.

TEODORA. ¿Por qué razón?

POMPEYO. En razón
de que en su prisión me ha echado
sacándome de prisión.

(Vanse. Salgan LISANDRO *y dos* CRIADOS PERSIO *y* SEVERO.)

LISANDRO. No los puedo hallar, y muero.

PERSIO. Es mucho dos mil ducados.

LISANDRO. ¡Ay, Persio amigo! ¡Ay, Severo!
¡Qué de amigos hay prestados
que nunca prestan dinero!

SEVERO. Corre por ley en el mundo
el faltar en la ocasión.

LISANDRO. Hoy me anega un mar profundo.
¿Estos los amigos son
en quien mi esperanza fundo?
Sólo son ya los amigos
para convites y fiestas.

SEVERO. De los bienes son testigos,
porque a las cosas molestas
son como los enemigos.

LISANDRO. Pues industria ha de valer
donde no llega el poder.
Aquí viene aquella ingrata
que como veneno mata
y engaña como mujer;

conceded todos conmigo
que sin duda fuera sale.

(*Salen* ANGÉLICA *y* CELIA, *con mantos, y* FABIO.)

ANGÉLICA. Venga del Cielo el castigo
que a tanta maldad iguale.
LISANDRO. ¡Señora!
ANGÉLICA. ¡Fiero enemigo!
LISANDRO. No es, deidad, la paga igual
al amor que me debéis;
pues en esta ocasión tal
vivo a Pompeyo tenéis,
no es bien que me tratéis mal.
ANGÉLICA. ¿Vivo? ¿Cómo?
LISANDRO. Yo he pedido.
su vida, se me ha otorgado
con un honesto partido
que ya queda concertado.
ANGÉLICA. ¿Y es?
LISANDRO. Que soy vuestro marido,
y así manda vuestro hermano
que os vais conmigo a la huerta
de mi padre.
ANGÉLICA. Aunque yo gano,
por ser la nobleza cierta
de un patricio ciudadano,
más por restaurar la vida
de Pompeyo, vuestra soy.
LISANDRO. Dadme, Angélica querida,
la mano.
ANGÉLICA. La mano os doy.

(*Entren* POMPEYO, TEODORA *y* LEONARDO.)

POMPEYO. (Hará lo que yo le pida.)
LISANDRO. Ea, vamos a mi casa
de campo. (Escucha, Severo.)
LEONARDO. (Gente por la calle pasa.)
LISANDRO. (Gozar de Angélica quiero,
que como Orlando me abrasa,
porque una vez degollado
su hermano, si la he gozado,
¿quién me lo puede estorbar?)
TEODORA. (En fin, ¿se la quieres dar?
POMPEYO. Ya vengo determinado.)
ANGÉLICA. (Fabio, ¿iré?
FABIO. Pues ¿qué has de hacer
si esta es orden de tu hermano?
ANGÉLICA. Celia, ¿acierto?
CELIA. ¿Qué has de hacer?
Tu remedio está muy llano:
ser de Lisandro mujer.)
LISANDRO. Por aquí podremos ir.
ANGÉLICA. Digo que ya voy con vos.

(*Topa con* POMPEYO *y* TEODORA.)

POMPEYO. ¿Qué es esto?
LISANDRO. (¿Qué he de decir,
que este es su hermano, por Dios?
SEVERO. Ya no hay remedio de huír.)
ANGÉLICA. ¡Hermano del alma mía!
POMPEYO. ¿Dónde vas de aquesta suerte?
ANGÉLICA. A obedecerte quería
por librarte de la muerte.
POMPEYO. ¿Quién viene en tu compañía?
ANGÉLICA. El que me das por marido,
con quien a su huerta voy.
POMPEYO. ¿Es Lisandro?
LISANDRO. Sí, yo he sido.
POMPEYO. Pues ¿yo a Angélica te doy?
LISANDRO. Pompeyo, todo es fingido.
No pude hallar el dinero
con que librarte quería,
y a mover mi padre fiero
llevaba en mi compañía
a Angélica, por quien muero.
Todo lo ha trazado Amor.
Pues ya estás libre y pues sabes
de mi ascendencia el valor,
mi hacienda y oficios graves,
¿a quién la darás mejor?
POMPEYO. Lisandro, yo te la diera
si ya no la hubiera dado,
y tu voluntad creyera
de tu nobleza obligado.
LISANDRO. Pues ¿a quién la has dado?
POMPEYO. Espera.
Dos cosas quiero saber
de qué suerte las hicieras
consistiendo en tu poder:
Si del que enemigo vieras
quisieras amigo hacer,
y le dieras una hermana
a quien te diera la vida.
LISANDRO. Cualquiera pregunta es llana,
que la paz está admitida
por la mejor prenda humana.
POMPEYO. Pues Leonardo es mi enemigo
y quiero hacerle mi amigo.
La vida me dió, y le quiero
dar mi hermana.
LISANDRO. Ya ¿qué espero?
Mi muerte a juzgar me obligo.
POMPEYO. Y aunque es la paga sencilla
de hazaña que maravilla
a los ejemplos pasados,

por esos dos mil ducados
le doy mi pobre casilla.

(*Entre* DONATO *alborotado.*)

DONATO. ¿Qué hacéis, señores, aquí?
¿No veis la grita que suena?
¿No veis corriendo la gente
que unos con otros se encuentran?
¿No veis que dan voces "¡Fuego!"
y que hasta las mismas lenguas
de las campanas repiten:
"¡Que se quema! ¡Que se quema!"?

LISANDRO. ¿Qué se quema? ¿Qué das voces?

DONATO. Quémase la casa y huerta
de Pompeyo.

POMPEYO. ¡Hay más fortunas!
¿Qué desventuras son éstas?

LISANDRO. Dime, amigo, ¿y ha llegado
a las de mi padre?

DONATO. Quedan
las llamas haciendo Troya
torres, cimientos y almenas.
Ya van quemando las salas
de oro y pinturas cubiertas,
de bufetes y escritorios,
de brocados y de telas.
De suerte crecen las llamas
que por todas partes vuelan,
que como no caben dentro
salen por rejas y puertas.
Los caseros y hortelanos,
con sus mujeres a cuestas,
van por aquellos jardines
hechos rústicos Eneas.
"¡Fuego! ¡Fuego!" dan voces, fuego suena,
y sólo Paris dice: "¡Abrase a Elena!"

LISANDRO. Allá me parto, señores,
por ver si algo se remedia;
ya que quedo sin mujer
no es bien quedar sin hacienda,
que si con ella no pude
gozarte, Angélica bella,
pobre ¿qué valor tendré?

(*Vase.*)

DONATO. Tarde vas, todo se quema.
"¡Fuego! ¡Fuego!" dan voces, fuego suena,
Faustino la mamó, y alguien se huelga.

LEONARDO. No te entristezcas, Pompeyo.

POMPEYO. ¿Cómo que no me entristezca?

TEODORA. Aquí está quien te ha vengado,
tiempo vendrá que lo sepas.
Deja quemar de Faustino
la casa, gasto y riqueza,
aunque abrasalle diez mil
cuatro mil ducados cuesta;
que yo labraré tu casa
y pondré sobre las puertas,
con tus armas y las mías,
de oliva coronas bellas.
Aquellos falsos testigos
con dos mil azotes quedan
en vez de guantes pagados.

DONATO. Yo sé quién los tuvo a cuestas,
y más que no ha sido engaño
decir que por guantes vengan,
que los guantes son de cuero
y de cuero son las riendas,
y los calzaron tan justos
que, como salmón en ruedas,
quedó la de su fortuna,
como dieron tantas vueltas.

POMPEYO. Trazas son de tu valor.
Mas también quiero que entiendas
que me caso si te casas.

LEONARDO. ¡Dichosas y alegres nuevas!

POMPEYO. Dale, Angélica, la mano
a Leonardo.

ANGÉLICA. ¡Que pretendas
darme un hombre tu enemigo!

LEONARDO. Ya sin razón me desprecias,
porque la mano me has dado
y aqueste anillo por prenda,
siendo Lelio el alcahuete.

TEODORA. Cumple agora tu promesa.
Tú dijiste que serías
su mujer, hermosa Angélica,
si yo mujer me volviese...
(Pues ya es bien que a serlo vuelva.)
Yo soy mujer.

POMPEYO. Y lo es mía,
puesto que no sé quién sea.

TEODORA. Hermana soy de Leonardo,
que desde niña pequeña
me llevó Constancio a Roma.
Murió en Malta dando vuelta
de Túnez, y aquesta cruz
fué suya, porque con ella
quise ver de aquestos bandos
la enemiga competencia.

LEONARDO. ¡Hermana! ¡Teodora!

POMPEYO. ¡Esposa!

CELIA. Señores, oigan a Celia,
a quien ha engañado Fabio.

FABIO. Celia, no es razón que mientas.
CELIA. Teodora sabe ¡traidor!
que, enamorándome de ella,
tú me gozaste una noche.
DONATO. Siempre es la noche alcahueta.
FABIO. Señora, di la verdad.
TEODORA. Donato...
DONATO. (Agora me pescan.)
TEODORA. ¿Por qué si a Celia gozaste
no quieres pagar la deuda?
DONATO. ¿Qué terciopelos me dió?
¿Qué damascos o qué telas?
LEONARDO. Ea, que ya no hay remedio;
tú has de casarte con ella.
DONATO. ¡Pobres hombres, que nos cogen
en cualquiera ratonera
con dos deditos de queso,
como a perros entre puertas!
CELIA. Así; pues yo no le quiero.
DONATO. Ea, Anaxarte sirena,
no andemos en no cheriba,
que le abriré la cabeza.
POMPEYO. Démonos todos las manos;
mas no hay casa donde sean
las bodas.
LEONARDO. Grande es la mía.
TEODORA. Pues vamos todos a ella,
contaréte mil historias.
FABIO. ¿Ya de Fabio no te acuerdas?
POMPEYO. Aquí, discreto senado,
dan fin *Los bandos de Sena.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE

Los bandos de Sena.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA BATALLA DEL HONOR

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El REY DE FRANCIA.
El ALMIRANTE DE FRANCIA.
DOÑA BLANCA, *su mujer.*
ESTELA, *su hermana.*
DIONÍS.
CLAUDIO.
MARZAL, *y*
ROSICLER.
PRUDENCIO.
ENRIQUE, *privado.*
CONDE ARNALDO.
TEODORO.
LEONELO.
CLORIS, *criadas.*
FLORIS, *criadas.*
JACINTA, *criadas.*
TANCREDO.
REPOSTERO.
[DOS MÚSICOS.]

ACTO PRIMERO

(*Sale el* REY DE FRANCIA *y* ENRIQUE, *privado suyo, y dos* MÚSICOS.)

REY. Al paso de esta desdicha,
mi vida se ha de acabar.
ENRIQUE. No tiene el amor pesar
para contrastar tu dicha.
REY. ¿Yo soy dichoso?
ENRIQUE. Eres Rey,
recién heredado y mozo.
REY. El pagar pensión del gozo
fué siempre del mundo ley,
desde que el hombre primero
nos puso en tal sujeción,
pues cuantos mortales son
pasan por rigor tan fiero.
No vive el Rey con seguro
de que el mal no se le atreva.
ENRIQUE. Sí, pero es cosa muy nueva
que su incontrastable muro
éntre cualquier acidente,
pues ya por naturaleza
se les da la fortaleza
como atributo excelente.
Yo no hallo otra razón
para que a un rey se le den
de león.
REY. Dices muy bien,
porque yo imito al león.
ENRIQUE. Magnánimo, fuerte, grave,
piadoso y noble ha de ser.
REY. Y querer a una mujer,
¿entre esas cosas no cabe?
ENRIQUE. No, señor, pues es ajena
y de hombre tan principal,
cuya virtud natural
tu indómito cuello enfrena.
REY. Necio, con mayor razón
soy león de esa manera,
pues es la cuartana fiera
que el Cielo ha dado al león.
No fué sin gran providencia
templar tan fuerte animal,
ni en mi condición real
es de menos excelencia
esta cuartana de amor.
ENRIQUE. Sí; pero entonces lo fuera
que vuestra alteza quisiera
a quien le hiciera favor;
mas querer un imposible
de una mujer tan honrada,
de no más de imaginada
le parece inaccesible.
No se ha de llamar ansí,
otro nombre le conviene.
REY. ¿Dirás que es locura?
ENRIQUE. Tiene
algo de locura en sí.
REY. Enrique, de la manera
que, dando a un hombre ocasión,
la ira, como pasión
natural, su sangre altera,
ansí también el amor,
como pasión natural,
viendo un rostro celestial
mueve la sangre mejor.
ENRIQUE. Pues ¿para qué es el discurso
de la razón?
REY. Para ver
que lo hermoso es de querer.
ENRIQUE. Más para atajar el curso
del natural apetito,
siendo ajeno.

REY. ¡Extraño estás!
¿Y quieres a Estela más
que yo a Blanca solicito?

ENRIQUE. Señor, Estela es doncella;
no es casada como Blanca.

REY. Blanca, a quien la mano franca
de naturaleza bella
tan liberal se ha mostrado,
yo os amo con tal pasión,
que el discurso de razón
habéis al alma quitado.
Ya no vive el albedrío
con leyes de embajador,
que después que os tengo amor
vive más vuestro que mío.
Porfiad a aborrecer,
que yo sabré porfiar
a amar, porque tanto amar,
¿qué piedra no ha de vencer?
Esta noche a vuestra puerta
me ha de hallar la aurora blanca,
para ver si el sol de Blanca
a mis suspiros despierta.
Y ésta y muchas ha de ser,
que, pues no os velo de día,
de noche a un ciego podría
vuestro sol amanecer.

ENRIQUE. ¿Aquí te quieres estar
lo que de la noche falta?

REY. Ya Venus sube tan alta,
que al sol comienza a llamar.
Llamad vosotros el mío
con esas voces un poco.

MÚSICO. ¿Qué diremos?

REY. Que estoy loco,
pues adoro un mármol frío.

(*Salen embozados el* ALMIRANTE *y* LEONELO *y* DIONÍS, *criados.*)

ALMIR. Aquí podéis retiraros.

LEONELO. Habla con todo seguro.

ALMIR. ¡Cielos! ¿qué es lo que procuro
viendo mis celos tan claros?
No por la parte que toca
a Blanca, mi esposa amada,
porque estará, conquistada,
como en la mar firme roca;
mas por la parte del Rey,
mancebo, aunque honesto y sabio,
dispuesto a mi injusto agravio,
porque Amor es rey sin ley.
¿Cómo le echaré de aquí
con el debido decoro
y dando a entender que ignoro
que no me lo (1) guarda a mí?
Ahora bien, industria sea,
pues fuerza no ha de valer.

REY. (¿Sientes gente?

ENRIQUE. Puede ser
cierto galán que pasea
a Estela, de Blanca hermana.

REY. ¿Quieres que de aquí le echemos?
Por dicha ocasión daremos
a que salga a la ventana.

ENRIQUE. No, señor, que ser podría
despertar al Almirante.

REY. ¿Y será poco importante,
Enrique, a la pena mía?
Despierte ¡cuerpo de tal!
del lado de la que adoro,
mientras envidioso lloro
yo (2) su bien en tanto mal.

ENRIQUE. Mayor disparate harás,
porque despertar quien ama
gallarda y hermosa dama,
es dar ocasión...

REY. ¡No más!
Pero advierte que es malicia
del hombre en llegarse acá.)

ALMIR. ¿Quién va, señores?

REY. ¿Quién va?

ALMIR. ¿Quién va?

REY. ¿Quién sois?

ALMIR. La Justicia.

REY. (¿Enrique?

ENRIQUE. ¿Señor?

REY. ¡Por Dios,
que es el Almirante!

ENRIQUE. ¿Quién?

REY. Su esposo mismo.

ENRIQUE. ¡Qué bien!

REY. Que para echar a los dos
de su puerta se ha fingido
Justicia.

ENRIQUE. Los celos son
todos industria.

REY. Invención
de celoso cuerdo ha sido.
¿Qué haré?

ENRIQUE. ¿Qué puedes hacer?)

ALMIR. ¿Quién son? ¡Acaben!

(1) En el original, "le".
(2) En el texto original, "de".

REY. Mirad
que a gente de calidad
no se ha de reconocer.

ALMIR. Los que la tienen no encubren
sus nombres a la Justicia.

REY. Los que lo son de malicia,
los descubiertos descubren.

ALMIR. Pues ¿quién es el descubierto?

REY. El que en hábito, cual yo,
muestra que es noble y llegó,
en fe de serlo, encubierto.

ALMIR. Aquí vive el Almirante
de Francia, y cuando su hacienda
noble ladrón la pretenda,
será vuestro semejante.
Id en buen hora, y mirad
que os hago merced en esto.

REY. ¡Soberbio sois!

ALMIR. Vayan presto.

REY. Aguardad.

ALMIR. No hay aguardad.

REY. Justicia, sois arrogante.

ALMIR. Esto al mismo Rey dijera,
mientras no le conociera,
a puertas del Almirante.

REY. ¿No puedo ser algún hombre
que pretenda casamiento
con su hermana?

ALMIR. ¡Extraño cuento!
Si sois tal, decid el nombre;
todos los conozco yo.

REY. Basta que aquesto sepáis,
y partíos, que estorbáis
a quien nunca os ofendió
y que os puede hacer merced.

ALMIR. La mayor será partiros,
o tengo de descubriros.

REY. Si en eso os ponéis, creed
que me ponga también yo
en que luego me mostréis
si sois Justicia o lo hacéis
de celos.

ALMIR. ¿Yo?

REY. ¿Por qué no?
¿No hemos visto mil celosos
hacer industrias como éstas?

ALMIR. En demandas y respuestas
hay términos enfadosos.
Váyanse luego acostar,
que entre nobles esto es ley,
que si digo "¡Aquí del Rey!",
me han de salir ayudar
de casa del Almirante,
y aun él mismo.

REY. Podrá ser,
si no está con su mujer
en ocasión semejante.
Idos vos y estad seguro
que a Estela sirvo y adoro,
y que la guardo el decoro
que al Almirante procuro.
Pues que trato de casarme,
que dar música no es cosa
de importancia.

ALMIR. ¿Y es honrosa
para quien puede culparme,
si sabe que aquí llegué,
de que no os reconocí,
los instrumentos rompí
y las armas os quité?

REY. Alguacil libre y cansado,
preguntador insufrible,
honrado, pero terrible
y curioso como honrado,
yo soy el mismo Almirante
que acostarme vengo aquí.
¿Qué queréis?

ALMIR. ¿Vos?

REY. Yo.

ALMIR. ¿Vos?

REY. Sí.

ALMIR. (¿Hay invención semejante?
El Rey dice que soy yo
por poder disimular.
Ya no hay más que preguntar:
mi engaño el suyo venció.)
Suplico a vuestra excelencia
perdone mi demasía.

REY. No ha sido descortesía,
sino justa diligencia.
Yo haré que su alteza os haga
merced. El nombre decid,
y a la mañana venid
donde también satisfaga
la parte que me ha tocado
de guardar mi casa.

ALMIR. El Cielo
os guarde, que sólo es celo,
solicitud y cuidado
de este oficio y de esta casa,
que en ser vuestra, el mismo Rey
guardará su honor, y es ley,
que aun entre bárbaros pasa,
que las casas de los nobles

tienen más obligación
de guardarlas de traición,
de agravios y tratos dobles.

REY. Casas de tanto valor
guardadas están por sí.

ALMIR. Créolo, como si aquí
lo oyera el Rey, mi señor.—
¿Criados?

DIONÍS. ¿Señor?

ALMIR. No es gente
de sospecha.

DIONÍS. En esta calle
no es justo.

ALMIR. (¿Quién hay que calle?
¿Quién hay que morir no intente?
¡Ah, poder, en pocos años
Dios alumbre tus sentidos,
que vasallos ofendidos
despéñanse a muchos daños!)

(*Vase el* ALMIRANTE.)

ENRIQUE. El Almirante, señor,
conociendo a vuestra alteza,
hizo esta loca fineza
para remediar su honor;
y si un obstinado amante
es de consejos capaz,
que no ha de ser pertinaz,
siendo a quien es importante,
dos cosas le están muy bien.

REY. ¿Cuáles, Enrique?

ENRIQUE. Seguir
lo que acaba de decir:
que a mi dama quiere bien.
Dé a entender que sirve a Estela,
como al Almirante dijo.

REY. ¿La otra?

ENRIQUE. No ser prolijo
con quien ya su amor recela,
sino partirse de aquí,
que éste no se ha de acostar
por ver en qué ha de parar.

REY. Bien dices, hablaste en mí.
No será mala invención
decir que sirvo a su hermana,
porque con eso se allana
el fin de mi pretensión
y se aseguran sus celos.
Tú de mí ¿no los tendrás?

ENRIQUE. De ti, ¿por qué, cuando estás
por Blanca en tantos desvelos?
Echa por aquí, señor,
porque no encuentres con él.

REY. Vamos. ¡Ay, Blanca cruel,
pues no te vence mi amor!
Pero presume también,
por más que tu honor lo impida,
que se ha de acabar mi vida
o he de vencer tu desdén.

(*Vanse. Salen* DOÑA BLANCA *y* ESTELA.)

ESTELA. ¿Eres la mujer primera
que sientes con tanto exceso
ser amada?

BLANCA. Yo confieso
que si como el tuyo fuera
mi estado, Estela, me holgara
que el Rey me tuviera amor,
y no el supremo señor
que al mismo sol se compara;
pero el más humilde y vil,
el más pobre y más villano,
que Amor es un aire vano
que entra en las almas sutil.
De ser amada no hables,
que a nadie puede pesar,
pues dar ocasión de amar
es tener partes amables;
y si las que amables son
valor, gracia y hermosura,
honestidad, compostura,
limpieza, edad, discreción,
¿a qué mujer pesará
de ser hermosa, discreta,
graciosa, moza y perfeta
si en esto el amor está?
Mi pesar, Estela, nace
de tener estado yo
y de amar, que quien amó
de nada se satisface.
Es mi dueño la persona,
después del Rey, de más nombre,
es gallardo, es gentil hombre
y el que tiene a su corona
de más cerca justa acción
si no tuviese heredero,
y basta que yo le quiero,
que es la mayor perfeción.
Fuera de esto, soy querida,
y ansí me debo ofender
de verme, Estela, querer
y de ser de un rey servida.

ESTELA. Arguyes bien; mas en cosa
de que tú no eres culpada

es la tristeza excusada.
BLANCA. Como excusada, es forzosa;
que si a mi esposo le doy
celos, que son mal tan grave,
pues ya sospecho que sabe
(si no es que engañada estoy)
los pensamientos del Rey,
su pena me la (1) ha de dar;
que pesar de dar pesar
es de amor la mejor ley.
ESTELA. Poco sabes del rigor
con que apura Amor su llama,
que dar celos a quien ama
es aumentarle el amor.
BLANCA. No corre con los casados,
Estela hermana, esa treta,
porque (2) el marido se inquieta
con diferentes cuidados.
El galán quiere temiendo
que a otro tengan más amor;
mas el marido su honor,
con que va el amor perdiendo.
No hay hombre (si es de creer
que todos sienten deshonra)
que no quiera más su honra
que la más bella mujer.
Luego arguyes mal, Estela,
en dar celos por amor,
pues al marido el honor
más que el amor le desvela.
Allá con Enrique puedes
hacer, como con galán,
esas pruebas.
ESTELA. No me dan
licencia tantas paredes,
rejas, puertas y porteros
como ha puesto el Almirante.

(*Sale el* ALMIRANTE.)

ALMIR. (¿Hay poder más arrogante
siempre en los años primeros?
Fuerza que no se resiste
es la de un Rey ¡ay de mí!
¿Por acostar Blanca aquí?
¡No estoy yo sin causa triste!
Pues ¿cómo, no es hora ya
de que estuviera acostada?
Mas ¿cómo, si está avisada
que el Rey en la calle está?
¿Si quiere por dicha hablalle?
¡Oh, sospecha mal nacida!
¡Blanca a estas horas vestida
y un Rey de Francia en la calle!
Quiero, pues que no me ven,
acercarme y escuchar,
que las dos deben de hablar
de mi deshonra también.
Caminad con discreción,
pies, a saber mis recelos,
que bien dicen que los celos
tienen pasos de ladrón.
Mas no es posible que sea
culpada mujer tan noble,
que en tal valor trato doble
fuera liviandad muy fea.
Mas si no debo culpalle,
¿qué hacen ¡honra atrevida!
Blanca a estas horas vestida
y un Rey de Francia en la calle?)
BLANCA. Mucho tarda, Estela mía.
¿Si estará jugando acaso?
ALMIR. (Que tarda dice. Otro paso,
celos, que el honor os guía.
Pasemos más adelante.)
BLANCA. ¿Dónde estará?
ESTELA. Divertido
con amigos.
ALMIR. (Esto ha sido,
cuanto dañoso, importante.
Divertido, dice Estela,
que estará el Rey. Otro paso;
yo entenderé si hay cautela.)
BLANCA. Nunca tan tarde ha venido
a acostarse.
ALMIR. (Esto es por mí;
mal denantes entendí
que por el Rey había sido.
Cuando escuchamos tan bien,
celos, demos paso atrás,
pues no se pretende más
de que desengaño os den;
pero mal podré tomalle
cuando me quitan la vida,
Blanca a estas horas vestida
y un Rey de Francia en la calle.)
ESTELA. Acuéstate ¡por tus ojos!
deja estos locos desvelos.
BLANCA. Doy celos y tengo celos,
doy enojos, tengo enojos;
puede ser que el Almirante
me aborrezca.

(1) "le".
(2) "que".

ALMIR. (Ocasión das.
Celos, volvistes atrás
para pasar adelante.
Pues dice que la aborrezco,
causa me ha dado. Otro paso
demos, celos, que me abraso,
y en vuestro amor me enloquezco.)
BLANCA. ¿No sientes ruido?
ALMIR. (Ya
me sintieron.)
ESTELA. Allí vi
salir un hombre.
BLANCA. ¿Es ansí?
¿Hola? Ningún paje está
en esa sala. ¿Hola? ¿Hola?
ESTELA. Durmiendo están; es muy tarde.
BLANCA. Toda mujer es cobarde.
¡Yo me muriera a estar sola!
No es posible que hombre sea.
ESTELA. Pues ¿cómo aquéllo se nombra?
BLANCA. Sombra.
ESTELA. No creas que es sombra.
BLANCA. No hay sombra en que yo no crea.
Ven; despierta esas mujeres,
que tengo miedo.
ESTELA. Querría
hablar a Enrique.
BLANCA. Otro día.
ESTELA. ¿Y si aguarda?
BLANCA. ¡Extraña eres!
ESTELA. ¿Cómo, si tu hermana fuí?
BLANCA. Ven, no seas porfiada.
ESTELA. Blanca, pues estás casada,
déjame casar a mí.

(*Vanse. Salen el* REY, PRUDENCIO *y* TEODORO.)

REY. Enrique estará acostado
y el Almirante también.
TEODORO. En fin, vuelves, y haces bien,
si así templas tu cuidado.
REY. Tiéneme Enrique cansado
con sus consejos, Teodoro.
No puedo más. Muero; adoro
a Blanca. Quien bien me quiere
diga que a esta puerta espere
del alba los rayos de oro.
TEODORO. Me espanto que se dilata
de alumbrar nuestro horizonte,
que el extremo de aquel monte
ya tiene un perfil de plata.
REY. Aquí me ha de hallar ¡ingrata!
la luz de los orientales
rayos, porque a tus umbrales
hallen a un Rey, a quien tienes
muerto con tantos desdenes,
que son a mi amor iguales.
Puertas, ¿veré por aquí
alguna luz de ese cielo?
TEODORO. ¿Quieres que aceche?
REY. Recelo
que vivo fuera de mí.
TEODORO. Ya miro.
REY. ¿Qué has visto?
TEODORO. Vi
la caballeriza enfrente.
Así Dios tu vida aumente,
que hay un haca blanca allí.
¿No sirves a Blanca?
REY. Sí.
TEODORO. Pues háblala tiernamente.
REY. Teodoro, aunque tan grosero,
con tus donaires afeas
mi amor, hoy quiero que creas
que, como por Blanca muero,
a todas las cosas quiero
que son blancas.
TEODORO. Pues advierte
que será gallarda suerte
que al haca blanca que miro
le envíes algún suspiro;
quizá sabrá responderte,
que Blanca ya no podrá.

(*Sale* ENRIQUE, *de noche.*)

ENRIQUE. (Mándame acostar el Rey,
y, aunque obedecerle es ley,
otro rey me vuelve acá.
¡Ay, Cielos! ¿Qué gente está
junto a las rejas de Estela?
Cosa que el Rey con cautela
sirva a Estela y para mí
finja que le tiene así
Blanca por no me dar celos.)
REY. No han hecho cosa los Cielos, (1)
Blanca, más blanca que a ti.
La nieve, en tu competencia,
es negra, y más si porfía
por lo que tiene de fría
a igualar tu resistencia.
La luna te diferencia
en ser creciente y menguante,
que tú, Blanca, eres constante.

(1) Sobran dos versos a esta décima.

TEODORO. ¿Hablas con el haca ahora?
Sí, porque esotra señora
dormirá con su Almirante.

REY. Maldígate el Cielo, amén.
¿Un ángel dormir pudiera
con hombre mortal?

TEODORO. Si fuera
ángel, velara en tu bien.

ENRIQUE. (¡Que éstos a la puerta estén
y que no sepa quién son!
¡Oh, flaco y vil corazón!
Mas mientras no sale Estela,
vanamente me desvela
celosa imaginación.)

(Sale BLANCA *a la ventana.)*

BLANCA. ¿Cuál pena a mi pena iguala
de cuantas quien ama llora?
Un paje me dijo ahora
que el hombre que entró en la sala
era mi querido esposo.
Pues escuchar y advertir
y en siendo sentido huír,
efetos son de celoso;
porque los mayores son
de que ya un hombre lo es
traer de fuego los pies
y de hielo el corazón.
Volver a salir tan tarde
no puede ser por mi bien;
vióme vestida, y también
puede presumir que aguarde
celosa a verle venir
y esto le pudo cansar:
que celos ni se han de dar
ni menos se han de pedir.
Desespérase un casado
de ver su mujer celosa;
pues estarlo él mismo es cosa
de intolerable cuidado.
Hijos de amor mal nacidos,
¿para qué sois buenos, celos,
pues no os hicieron los Cielos
para dados ni pedidos?—
Gente la calle pasea.
¿Qué puede ser a estas horas?

REY. Sol que otros celajes doras,
haz que este polo te vea,
da luz a mi noche escura.
¡Ay, Cielo, el marco se mueve!
¿Amanecéis, sol de nieve?
¿Sois vos, divina hermosura?

BLANCA. (Si es éste Enrique, el galán
de mi hermana?) ¿Ah, caballero?

REY. (¿Llamaron?

TEODORO. Pues ¿no?

REY. ¿Qué espero?
Vida y licencia me dan.)
¿Quién llama?

BLANCA. Criada soy
de doña Blanca.

REY. Ansí el Cielo,
sobre cuantas tiene el suelo,
os dé la dicha que os doy
en deseos desde aquí.
Que le digáis que a esta puerta
yace una esperanza muerta
de un Rey que no reina en sí.

BLANCA. ¿El Rey sois?

REY. Pues ¿quién pudiera
llamar al sol más temprano
en su oriente soberano
que un Rey de Francia no fuera?
Decilde que le suplico
salga un momento a abrasarme;
que, si sabéis obligarme,
el más gallardo, el más rico,
el más noble de mi casa
será vuestro esposo.

BLANCA. Creo
el amoroso deseo
que injustamente os abrasa;
pero sé que pretendéis
un imposible, señor,
y que vuestro gran valor
afeáis y escurecéis,
ya en hacer agravio a un hombre,
vuestro deudo, ya en querer
conquistar una mujer
de tan limpia fama y nombre.
Otras libres hermosuras
podéis, señor, pretender
con menos amor, y hacer
a vuestro gusto seguras,
que de doña Blanca sé
que si mil años viviera,
en todos no agradeciera
vuestro loco amor.

REY. ¿Por qué?

BLANCA. Porque adora en su marido
y es quien es.

REY. Oíd.

TEODORO. Cerró.

ENRIQUE. (A Estela sin duda habló.

¡Oh, quién le hubiera entendido!
Mil veces quise acercarme;
mas, con temor de perderme,
he permitido ofenderme
por vivir para vengarme.)

(*Sale el* Almirante *con* Leonelo *y* Dionís.)

Almirante.

No pido yo consejo, ni le quiero
de criado y amigo, si mi calle,
si mi puerta da voces a mi honra.
¿Qué importa que de Blanca esté seguro?
Los que vieren un Rey, ¿cómo es posible
que no lastimen mi inocente fama?

Leonelo.

Sí, pero no es remedio conveniente
a tu honor descubrirte de este modo.
Amor es ajedrez; mira que sabe
mucho más el que mira que el que juega.

Almirante.

No me dejan los celos ni la honra
ni estar aquí ni dentro de mi casa.
Cuando estoy en mi casa, me parece
que en la calle, Leonelo, está el peligro;
cuando estoy en la calle, que está en casa;
y así no estoy en casa ni en la calle,
pues ¿cómo quieres tú que viva y calle?

Enrique.

(Los celos tienen tretas conocidas,
que pueden aprenderse, y que las toman
unos celos de otros. Esta noche
el almirante Carlos se fingía
Justicia para echar de aquesta calle
a un hombre que le daba pesadumbre,
y, por lo menos, supo que el Rey era.
Pues yo, para saber quién son aquéstos,
bien puedo ahora usar la misma treta,
que si solo no pude, porque sola
no ronda la Justicia, ni era justo,
con estos tres que llegan será fácil,
pues pensarán que son criados míos.
Sabré quién sirve a Estela por lo menos,
y por lo más me dejarán la calle,
pues ya no es justo que mis celos calle.)

Teodoro.

(Un hombre viene armado, y a la esquina
deja otros tres. Hacia nosotros viene.

Rey.

¡Extrañas sombras esta calle tiene!)

Enrique. ¿Quién va, señores? ¿Quién son?
Rey. ¿Quién lo pregunta?
Enrique. ¿No ven
quién puede ser?
Rey. Diga quién.
Enrique. Quedo, que tienen razón.
La Justicia soy.
Rey. (No he visto
calle con tanta justicia.
Teodoro. Echáronla de malicia.)
Enrique. (¡Qué mal los celos resisto!)
Rey. (Este no es el Almirante;
Justicia, sin duda, es.)
Enrique. ¿No hablan?
Rey. Sí.
Enrique. Digan, pues,
quién son.
Rey. Pasad adelante,
que soy hombre principal.
Enrique. Eso tengo de saber.
Rey. Pasad, que no puede ser.
Enrique. ¿Cómo? ¿A un ministro real
se responde de ese modo?
Llamar quiero a mis criados.
Teodoro. (No estemos más rebozados
si ha de descubrirse todo.
Prudenc. Si estos cuatro, a cuchilladas,
te han de conocer, señor,
hablarle en paz es mejor.
Rey. ¡Qué de cosas tan pesadas
esta noche me suceden!)
Enrique. ¿No se quieren descubrir?
Rey. Ya os lo queremos decir.
Enrique. Fíen de mí, que bien pueden.
Rey. No hay calle en esta ciudad
que tenga tanta malicia.
Enrique. ¿Malicia?
Rey. Es toda justicia,
no tiene jamás piedad.
Llegaos aquí donde estoy
y sabréis quién soy de mí.
Enrique. ¿Es el Rey, mi señor?
Rey. Sí.
¿Eres tú, Enrique?
Enrique. Yo soy.
Rey. Pues ¿qué disparate es éste?
Enrique. Celos, señor.
Rey. ¿No te fuiste
a recoger?
Enrique. ¿No dijiste
que me vaya y que me acueste,
que lo mismo hacer querías?

Pues ¿cómo volviste aquí?

REY. Eso pregúntalo a ti
si amor y celos tenías.
¡Bien tomaste la lición
del Almirante!

ENRIQUE. Aprendí
de sus celos. Ya te vi
hablar por este balcón.
¿Era con Blanca o Estela?

REY. Era con una criada
libre, cruel y enseñada
de Blanca en la misma escuela.
Mas ¿quién son ésos que vienen
contigo?

ENRIQUE. Yo no lo sé;
mis criados los llamé,
aunque mejor talle tienen,
para poneros temor.

REY. ¿Eso más?

ENRIQUE. Como lo digo.

REY. Luego ¿no vienen contigo
estos hombres?

ENRIQUE. No, señor.

REY. ¡Que me maten si no es Carlos,
que anda celoso de mí!

ENRIQUE. ¿Quieres que lo sepa?

REY. Sí.
Pero es fuerza acuchillarlos;
y acuchillar un marido,
si es que es él, es fuerte caso.

ENRIQUE. No sé qué tienen de raso
los celos.

REY. No lo he sabido.

ENRIQUE. Que acuchillados parecen
mejor y descubren más.

REY. Eso en galanes dirás,
que esa guarnición merecen;
pero en marido es error,
que celos imaginados
descubren, acuchillados,
el aforro del honor.

ENRIQUE. ¿Y si no es él?

REY. Sí será,
que no siendo tú ni yo,
no puede ser otro.

ENRIQUE. ¿No?

REY. Segura la calle está.
Yo sirvo a Blanca, tú a Estela.
Mejor es aseguralle
con fingir en esta calle
alguna extraña cautela.
Di a voces: "Yo he de querer
a Estela, que la pretendo
por mujer." "Y yo me ofendo
(te podré yo responder)
de tan loca pretensión,
porque Estela ha de ser mía";
y con aquesta porfía
se fingirá una quistión,
en la cual huirás.

ENRIQUE. ¿Y es bien,
si conoce el Almirante
mi voz, que de mí se espante
y pierda mi honor también?

REY. No hará, que en llegando a mí,
porque luego llegará,
diré que Arnaldo, que está,
como ves, cerca de aquí,
es el que huyó, y callaré
la causa.

ENRIQUE. Va de invención.

ALMIR. (¿Hablan éstos de quistión?

DIONÍS. Ya por las voces se ve.)

ENRIQUE. Yo digo que la pretendo
por mujer.

REY. No puede ser,
que como de mi mujer
de que lo digáis me ofendo.

ENRIQUE. ¿Cómo no? Pretenderéla,
si no sois el Rey.

REY. Yo soy
quien soy, y basta que estoy
favorecido de Estela.

LEONELO. (Estela dijo, señor.

ALMIR. La quistión es por mi hermana.

LEONELO. ¿Ves como es cosa muy llana
que te ha engañado el honor?

ALMIR. Si riñen metamos paz,
y así sabremos quién son.

LEONELO. Ya perderás la opinión
en que estás tan pertinaz.)

REY. Caballero, el pretender
el honor del Almirante,
que es celoso y loco amante
de su gallarda mujer,
me ha hecho que de la calle
no os echo, como lo hiciera,
si su ofensa no temiera.

ENRIQUE. ¡Que esto sufra! ¡Que esto calle!
Vos, ni el mundo, aunque estoy solo,
me podréis echar de aquí.
A Estela sirvo, y si en mí
lloviese el Norte y el Polo
más adusto nieve o fuego,

dos mil años he de estar
en este umbral sin mudar
la vista en sus rayos, ciego.

REY. ¡ Matalde !

ENRIQUE. ¿ Tantos a uno ?

REY. ¡ Muera !

ALMIR. Caballeros, paz.

REY. Con hombre tan pertinaz
no miro respeto alguno.

ENRIQUE. Yo os cogeré solo.

ALMIR. Ya
el caballero se fué.
¿ Qué fué aquesto ?

REY. No lo sé.

ALMIR. Razón, señores, será
que de esto cuenta me deis;
que soy caballero yo,
si lo sois los dos.

REY Yo no,
que soy, si no lo sabéis,
algo más que caballero.

ALMIR. Cuando título seáis,
con alguno hablando estáis.

REY. Pues lo que deciros quiero
es que el conde Arnaldo fué
el que aquí me acuchilló
por Estela, y pues que yo
quién era el Conde os conté,
buscad al Conde y podrá
decir lo mismo de mí;
que lo que yo digo aquí
podrá decir él allá.

(*Vase con sus* CRIADOS.)

ALMIR. ¿ Qué os parece ?

LEONELO. Que me espanto
de que no hayáis conocido
al Rey.

ALMIR. ¿ Era el Rey ?

LEONELO. No ha sido
el sol más claro.

ALMIR. ¡ Que tanto
celos me cieguen ! ¿ Qué es esto ?
¿ El Rey sirve a Estela ?

DIONÍS. Sí,
pues que se acuchilla así
en defensa de este puesto.

ALMIR. Si el Rey quiere bien a Estela,
¿ para qué me da ocasión
¡ ah, celos ! de la opinión
que en los cercos del sol vuela ?
¿ No es mi hermana para ser
su mujer ? ¿ No es prima suya ?

LEONELO. No te espantes de que huya
de tenerla por mujer
mientras anda en los conciertos
de Alemania.

ALMIR. Ese misterio
es pretensión del Imperio.

LEONELO. ¿ No ves tus celos inciertos ?

ALMIR. ¿ No es culpa ésta, pero honrosa,
que celos es no saber
una cosa que ha de ser
para el honor sospechosa ?
Si yo la verdad supiera,
en ese instante cesara
de tener celos.

LEONELO. Repara
en la sinrazón que fuera
quererlos tener del Rey,
que es de Estela aficionado.

ALMIR. Cuando la hubiera forzado,
mira, Leonelo, la ley
rigurosa del honor;
por ser hermana, tuviera
paciencia, mas no pudiera
si a Blanca tuviera amor.
Sirva a Estela, y si quisiere
yo su tercero seré,
no a Blanca.

LEONELO. Escucha.

ALMIR. ¿ Qué fué ?
No hay sombra que no me altere.

(*Sale* ESTELA *al balcón.*)

LEONELO. La celosía han abierto
del balcón.

ESTELA. ¿ Ce, Enrique, ce ?

ALMIR. (¿ Dijo Enrique ?

LEONELO. Eso escuché.

ALMIR. Estela sale al concierto,
que su voz he conocido.
Quiérome Enrique fingir
para mejor advertir
si del Rey engaño ha sido.)
¿ Puédoos hablar ?

ESTELA. Bien podéis,
aunque no sin sobresalto,
que andan los celos por alto.

ALMIR. ¿ Por alto ?

ESTELA. Pues ¿ no lo veis ?
¿ Paréceos que hay más altura
que en un Rey y un Almirante ?

ALMIR. Eso, Estela, no os espante,

que Amor a nadie asegura.
¿Duerme Carlos, vuestro hermano?

ESTELA. No, Enrique, que fuera está.

ALMIR. ¿Cómo, si amanece ya?

ESTELA. Para celos es temprano.
Yo os juro que está perdido
de los del Rey sin razón.

ALMIR. ¿Sin razón los celos son?

ESTELA. Blanca adora a su marido.

ALMIR. Bien se lo debe.

ESTELA. Es verdad.

ALMIR. Y ella, ¿qué está haciendo agora?

ESTELA. Aguarda, y de celos llora
con notable soledad.

ALMIR. ¿Celos tiene?

ESTELA. Ha sospechado,
de ver que Carlos no viene,
que otro gusto le entretiene.

ALMIR. Los celos la (1) han engañado.

ESTELA. Yo le doy hartos consuelos;
pero no aprovecha ya.

ALMIR. Ansí el Almirante está:
todo cuanto mira es celos.

ESTELA. Es mi hermano un ignorante.
Teniendo honrada mujer,
¿qué sirve dar a entender
desatino semejante?

ALMIR. Quiere bien.

ESTELA. Que no es querer.
Quien los tiene no los nombre,
que es tenerse en poco un hombre
y advertir una mujer.

ALMIR. (Creo que me ha conocido.
Mudar de plática quiero.)
Lo que yo temo y espero
también diréis que lo ha sido.

ESTELA. En parte os disculparé,
por ser pretendiente vos.

ALMIR. Y más habiendo otros dos.

ESTELA. ¿Otros dos? Eso no sé.

ALMIR. ¿Cómo no sé? Yo pensaba
que el Rey, Estela, os quería.

ESTELA. ¡Qué graciosa celosía!

ALMIR. Aquí de decirlo acaba.

ESTELA. Pues, Enrique, si sois vos
a quien el Rey ha contado
su pensamiento y cuidado,
si hemos reñido los dos,
¿por qué me decís que diga
a Blanca su voluntad?
¿Cómo puede ser verdad
que él mismo se contradiga?

ALMIR. (¡Ah, celos, que os vi volver
en cielos; pero los cielos
aún no os pueden sufrir, celos!
¡De allá volvéis a caer!
¡Cuánto mejor me estuviera
no apurar tanto mi mal!)

ESTELA. ¿Qué decís?

ALMIR. Que un desigual
amor del aire se altera.
Del Rey fuí celoso en vano,
porque a mil dice que os quiere.

ESTELA. Eso en público refiere
por desvelar a mi hermano;
mas la verdad es que adora
a Blanca.

ALMIR. (¿Qué aguardo más?)
Ya que esta disculpa das,
por lo que es el Rey, señora,
¿qué dirás de Arnaldo, a quien
dar en esta calle vi
mil cuchilladas por ti?

ESTELA. ¿Arnaldo me quiere bien?

ALMIR. ¿Eso preguntas?

ESTELA. ¿No quieres
que lo pregunte?

ALMIR. ¡Por Dios,
que le acuchillaban dos,
y aun tres!

ESTELA. ¡Qué medroso que eres!

ALMIR. ¿Medroso o celoso?

ESTELA. Todo,
que los celos son temor.

ALMIR. Estos miedos al honor,
Estela, los acomodo.

ESTELA. Parece que el Almirante
te ha dado algunas liciones.

ALMIR. Y a ti ¿quién, pues que te pones
en liviandad semejante?
Rey, Arnaldo, Enrique y mil
te sirven, y lo que fuera
gala en uno, ya se espera
que será un ejemplo vil.

ESTELA. ¿Hablas conmigo?

ALMIR. Pues ¿no,
si una casa tan honrada,
y aquella sangre heredada,
de quien más a Francia honró,
tratas de aquesa manera?

ESTELA. Mira, Enrique, que los celos
te engañan.

(1) "le".

ALMIR. ¡Plegue a los Cielos
que tome venganza fiera
de tu pensamiento vil!

ESTELA. Quedo, Enrique, que bien basta
a una voluntad tan casta
decir que la sirven mil.
Y cuando mil me sirvieran,
¿qué importa, si uno prefiero,
que eres tú, pero primero
que a esotros mil te prefieran?
Mas ya tan mal empleados
pensamientos, será el día
noche, el fuego nieve fría
y los indios de ella helados.
Las estrellas andarán
por la tierra, y por el suelo
los peces, y de su vuelo
firmes los siete estarán;
caeráse de los dos Polos
su máquina.

ALMIR. Oye.

ESTELA. Es de necios
osar hablar en desprecios
adonde hay requiebros solos.

(*Vase.*)

LEONELO. Mal has hecho en alterar
a Estela, que puede ahora,
con el Rey y con Enrique,
revolver alguna cosa.
Fuera de esto, el conde Arnaldo,
que por ventura la (1) adora
y que si con él la casas
algo de este daño cobras,
celoso estará de Enrique;
ansí, que en una hora sola
has dado con todo en tierra.

ALMIR. Cáigase la casa toda.
¡Plegue a los Cielos, Leonelo,
que, de sus columnas rota,
cuanto dentro vive entierre
por que entierre mi deshonra!
¿Hay algún hombre nacido
que en tierra o mar procelosa
en una noche haya visto
tantas desdichas y sombras?
¿Qué tempestad por el mar,
cuando se atreven las olas
cara a cara a las estrellas
que van por las aguas locas
las cuerdas de los navíos,
racamentas, trizas, trozas,
aflechates (1) y brandales, (2)
cables, gúmenas, maromas,
entre las voces confusas
del amainar da a la bomba
hasta que Santelmo viene
a apaciguar la zaloma, (3)
ha dado tanto tormento
en la Bermuda espantosa
al mísero navegante?
¿O sobre una tabla angosta
flutuar entre las aguas
la nave deshecha en rocas?
¿Cuál pastor se ha visto ansí
en noche tempestüosa,
tronando la artillería
del cielo por largas horas,
con mil culebras de fuego
que por momentos azotan
el aire caliginoso,
hasta que por nubes rojas
asoma el sol la cabeza,
de sus diluvios paloma?
¿Qué enfermo con frenesí
cuando las fuentes sonoras
le están poniendo a los ojos
las arenas bulliciosas?
¿Qué preso, la noche misma
que ha de morir al aurora,
sube en su imaginación
la escalera de la horca,
como yo ¡triste!, Leonelo,
mar, tierra, prisión, congojas
en una noche me cercan?

LEONELO. Tú propio tu pena tomas
con tus manos, que el honor
no las quiere tan curiosas.
Vete a acostar, que ya el día
por el blanco Oriente asoma;
las aves le dan las gracias,
chillan, gorjean, entonan
mil villancicos al són
que fué el autor de su solfa;
acuéstanse las estrellas,
la negra noche reposa,
reposa tú.

---

(1) "le".

(1) Más comúnmente se dice "flechastes".
(2) "brandoles", por errata.
(3) Es más usual decir "saloma" y *salomar* el verbo.

ALMIR. ¡Vive el Cielo,
Blanca, que si eres traidora,
que ha de ver Francia y el mundo,
en lo que falta a mi historia,
la batalla del honor
y la fuerza de la honra.

ACTO SEGUNDO

(*Sale el* CONDE ARNALDO *con botas y espuelas y* TANCREDO, *entrambos de camino.*)

ARNALDO. ¿Está todo apercibido?
TANCREDO. Cuando quisieres podrás
partirte.
ARNALDO. ¿Fabio ha venido?
TANCREDO. Ya no hay que aguardarle más.
Pienso que adelante es ido.
ARNALDO. Adiós, París, celebrada
por la ciudad más famosa,
más rica, más bien fundada
que mira del sol la hermosa
lumbre en toda su jornada.
Adiós, palacios de Carlos;
adiós, muros, que envidiarlos
hoy Babilonia pudiera,
aunque sus huertos hiciera
Semiramis celebrarlos.
El gran deseo de ver
a los hombres, natural,
y el ocio, que suele hacer
en la patria mayor mal
que la edad y que el poder,
me llevan a Italia, y creo
que podrá tanto el deseo,
que daré la vuelta a España.
Adiós, patria, que en la extraña
quiero hacer del ocio empleo.

(*Sale* LEONELO, *criado de* CARLOS.)

LEONELO.

El Almirante, mi señor, suplica
a vuestra señoría que le espere
sólo un momento, porque hablarle quiere.

ARNALDO.

¿Yo no fuera a saber lo que mandaba,
ya fueran cartas o encomiendas fueran?
Decid a su excelencia que le espero,
pues gusta de hacer honra a este vecino.

(*Sale el* ALMIRANTE.)

LEONELO.

Ya viene.

ALMIRANTE.

Señor Conde, ¿de camino?

ARNALDO.

Pensé que lo sabíades, y tuve
mi jornada por causa de esta honra.
Suplícoos perdonéis el haber hecho
tan mala vecindad, que en todo un año
que vivo junto a vos no me he atrevido
a visitaros ni besar las manos
a mi señora doña Blanca.

ALMIRANTE.

Pienso
que confesar vuestro delito, Conde,
es prevenir el justo enojo mío,
la templanza, que apenas tener puedo.
Aquí conmigo os retirad.

ARNALDO.

He sido,
por natural inclinación, un hombre
tan encogido, que aunque mi deseo
fué de serviros, no os he visitado
por faltarme ¡por Dios! atrevimiento.

ALMIRANTE.

¿No debéis de querer que concertemos
nuestras quejas los dos?

ARNALDO.

¿De qué manera?

ALMIRANTE.

Vos dais satisfaciones de no verme,
y yo vengo quejoso de que sea
tan a mi costa, Conde, el visitarme.
Quitémonos las máscaras, Arnaldo,
y hacedme a mí, si es justo y lo merezco,
la vecindad que os hago.

ARNALDO.

¡Por Dios vivo,
que no os entiendo!

ALMIRANTE.

Cuando un hombre honrado,
no digo yo de Francia el Almirante,
sino Carlos no más, que este es mi título,
habla de esta manera con vos, Conde,
no querer entenderme no es respuesta.
Cuando vos a mi hermana me pidiérades,

tan bueno sois como ella, y yo os la diera,
honrado de emplearla en vuestros méritos;
pero servirla en competencia injusta,
con secreto, y de noche alborotando
la calle con espadas y broqueles,
no es cosa digna de quien sois, ni creo
que pasaré porque lo hagáis, Arnaldo.

ARNALDO.

¿Yo sirvo a vuestra hermana? ¿Yo tenido
tal pensamiento? ¿Yo?

ALMIRANTE.

Vos.

ARNALDO.

Almirante,
¡Vive Dios que os han hecho algún engaño!
Y para que entendáis como os le han hecho,
miradme de camino y que me parto
a Italia por mi gusto, donde quiero
gastar dos años viendo sus grandezas,
y aun pienso dar la vuelta por España.

ALMIRANTE.

Con eso habéis firmado mi sospecha,
que el veros de camino lo confirma,
porque si acuchilláis a un Rey de noche,
¿qué mucho que el temor por la mañana
os saque de París y a Italia os lleve?
Carlos soy de Valoes, señor Conde;
Estela es mi mujer, aunque es mi hermana,
que, como doña Blanca, es honra mía;
quien la mirare para no pedirla
por su mujer, después que su igual sea...

ARNALDO.

¡Señor!

ALMIRANTE.

Que le sabré matar me crea.

(*Vanse el* ALMIRANTE *y* LEONELO.)

ARNALDO. ¿Hay suceso semejante?
TANCREDO. ¿Cuchilladas has tenido
que no las haya sabido,
y a puertas del Almirante?
¿Su hermana sirves, señor?
¡Qué poco de mí confías!
ARNALDO. Tancredo, en lo que podrías
conocer el grande error
en que el Almirante está
es en que no hayas sabido
lo que ni me ha sucedido
ni sucederme podrá.
¿Yo a Estela? Si he visto a Estela
más de una vez en París,
y ésa en misa en San Dionís,
donde el cuello y arandela
tan engastada tenían
la cara, que pienso que hay
más quien digan del Cambray
que de la cara que vían,
aquí mi vida se acabe.
TANCREDO. ¿Que no la has servido?
ARNALDO. ¿Yo?
TANCREDO. Pues ¿qué infame le engañó?
ARNALDO. Tancredo, el alma no sabe
lo que no sabes de mí.
Si la amara, tú supieras
que la amara.
TANCREDO. ¿Hablas de veras?
ARNALDO. Necio estás.
TANCREDO. Siempre lo fuí.
¿No has oído cierto cuento
de una mujer que quería
a un hombre que no tenía
de quererla pensamiento,
y, hablando a su confesor,
se quejó que la infamaba,
y cuando el otro pensaba
que volvía por su honor,
fué de que los dos se hablasen,
el alcahuete y tercero?
Pues lo mismo considero
que Estela y Carlos tratasen.
Ella se quiere casar
contigo, que cada día,
por aquella celosía,
te ha visto salir y entrar,
y ha buscado esta invención
de hacer tercero a su hermano.
ARNALDO. ¡Alto ingenio!
TANCREDO. ¡Soberano!
ARNALDO. ¿Hay tan notable afición?
¡Vive Dios! ¿Que está perdida
la mujer por mí?
TANCREDO. Sin duda.
ARNALDO. El propósito me muda.
TANCREDO. ¿Cómo?
ARNALDO. Cese mi partida.
Quítame estas botas luego.
¿En qué Italia, España o dónde
hallará, Tancredo, el Conde
más que ver? Tancredo, hoy llego
a lo más que el mundo tiene
sin correr tierra ni mar.

Los pajes haz desnudar.
Esto a mi gusto conviene,
y a mi honor diré mejor;
vistan de rúa y colores.
¿De Estela hay tales amores?
¿Hal tal invención de Amor?

TANCREDO. ¡Por Dios, que te está muy bien
quedarte en París!

ARNALDO. Y ¡cómo!
Desde hoy por impresa tomo
servirla.

TANCREDO. Intenta también
sosegar al Almirante.

ARNALDO. Calla, que eres majadero;
que quien viene a ser tercero
no habrá cosa que le espante.

(*Vanse. Salen el* ALMIRANTE *y* LEONELO.)

LEONELO. No pienso que has acertado.

ALMIR. Como no juegas, Leonelo,
ves mucho. No quiso el Cielo
darme este dolor templado.
Si tú vieses la batalla
que hace en mi pecho el honor,
vestido de su valor,
que es una divina malla,
con el poder, su enemigo,
que armado con armas dobles
se ha desnudado las nobles
para matarse conmigo,
verías que la razón
tan sujeta está a la ira,
que de que viva me admira
un hombre en tal confusión.
Todo soy batalla en mí;
mas, como el honor batalla
contra el poder, sufre y calla
la razón que ya perdí.
Por allí viene un soldado
que a la venganza me anima;
otro por allí, que estima
la lealtad que le he jurado.
Ya se juntan de tropel;
ya por los sentidos entran,
pues donde tantos se encuentran,
¿qué hará mi lealtad sin él?

(*Sale* DIONÍS *y un* REPOSTERO.)

DIONÍS. Aquí como me mandaste,
traigo el Repostero.

ALMIR. ¡Perro!
si no quieres que este hierro
dentro de tu pecho engaste,
dime cuál es la razón
porque hasta en la mesa veo
del Rey de Francia el deseo
y de mi honor la traición.
¿Qué quiere significar
que hasta en los manteles vea
cifras del Rey donde lea
su placer y mi pesar?
Si pones flores, parece
que pones una corona
que mi deshonor pregona,
y mil sospechas me ofrece;
si doblas una toalla
corona formas también;
no hay vidrio que a Blanca den
con agua...

REPOST. Escúchame.

ALMIR. ¡Calla!
que no sea el tapador
corona, o corona al pie;
no hay tarta donde no esté
corona o lis por labor;
hasta en la sal ayer vi
lises de Francia estampadas,
que me las da el Rey saladas,
dañándose para mí.
Mas no le darán igual
el fruto de sus amores;
que nunca he visto echar flores,
para que duren, en sal.
¡Anda bueno el honor mío!
¡Que ayer sirváis alcorzada
una caja de perada,
ya fuera veneno frío,
y en el círculo y esfera
de aquel azúcar mortal
esté una águila real
a los pies de una cordera!
Bien la cifra conocí,
que dice en lengua latina
Quid ultra, aunque no camina
mal este sentido a mí,
pues para mi deshonor,
Quid ultra ¡perros traidores!,
que hay más de tratar amores
el poder contra el honor.
Ahora bien, ya me has oído.
Responde ahora.

REPOST. No puedo,
ya por lealtad, ya por miedo,
negar el pan que he comido.

ALMIR. Sí has negado; que aun el pan
que sirves por cifras tiene
lises; que aun en el pan viene
el veneno que me dan;
que creo que si pudieran,
según son de desleales,
hacer en agua señales,
cifras en agua me dieran;
mas no querrán que con rabia
de quien mi amor atropella,
vea a quien me muerde en ella,
porque es el Rey quien me agravia.

REPOST. Señor, el Rey me llamó;
señor, el Rey me ha forzado.
No soy yo solo el culpado;
más culpados hay que yo;
damas tienes en tu casa
cohechadas por el Rey.

ALMIR. ¡Ah, gente de baja ley!
¿Esto con los nobles pasa?

REPOST. Sin que mi señora entienda
cosa alguna, dan favores
al Rey.

ALMIR. ¡Cielos vengadores!
¿cómo detenéis la rienda?

REPOST. Ellas han dado lugar
que por un resquicio vea
a mi señora.

ALMIR. Que sea
por adonde pueda entrar
la vista, ya es de rigor
principio de la conquista,
que por donde entra la vista
suele salir el honor.
¿Cuántas son culpadas?

REPOST. Tres.

ALMIR. ¿Los nombres?

REPOST. Madama Cloris,
Jacinta Angulema y Floris.

ALMIR. Vete y háblame después,
que pienso que viene aquí,
y no te ausentes.

REPOST. No haré.

(*Vase.*)

ALMIR. Batalla de honor, ya sé
más de lo que pretendí.
Mucho ha dicho aqueste espía
del campo del enemigo;
de vista ha sido testigo
de lo que hacer pretendía,
con pólvora de favor
de estas infames criadas,
minas, resquicios, entradas
para volarme el honor.
¿Cómo he de tener paciencia?
Mas las dos vienen aquí.

(*Salen* BLANCA *y* ESTELA.)

ESTELA. ¿Que así le trataste?

BLANCA. Sí,
y aun me espanta mi paciencia.

ESTELA. Carlos está aquí.

ALMIR. ¡Señora!

BLANCA. ¡Carlos mío!

ALMIR. (De su amor
estoy cierto, que mi honor
es el que batalla ahora
con el poder de un tirano.
¿Tirano? Eso no, jamás;
de mi honor, sí; en lo demás
es mi señor soberano.)

BLANCA. ¿Qué haces a solas aquí?

ALMIR. Pensaba, señora mía,
que nuestra casa este día
tiene gran máquina en sí.
Sangrar quiero las dos venas
del cuerpo de los criados
y criadas, o excusados
o antiguos, que están muy llenas.

BLANCA. ¿Ya dais en reformaciones?

ALMIR. No es camino de ahorrar
¡por Dios!

BLANCA. Pues bien, ¿qué es?

ALMIR. Pagar
debidas obligaciones.—
Ve tú para lo primero;
llama a Floris y a madama
Cloris, y a Jacinta llama.

LEONELO. Voy.

BLANCA. (Las tres son que más quiero.

ESTELA. Sospecho que ha sospechado.

BLANCA. ¿Qué tiene que sospechar?

ESTELA. No tiene que te culpar,
mas puede haberlas culpado.)

(*Salen* CLORIS, FLORIS *y* JACINTA *con* LEONELO.)

LEONELO. Ya las tres están aquí.

ALMIR. (Pues antes que den las tres
no estarán donde las ves,
ni el Rey cruel contra mí
tendrá tres soldados tales
dentro en mi ejército mismo,
que es muy grande barbarismo

sustentar los desleales.)
Cloris, grande obligación
te tengo; casarte quiero.

CLORIS. De ti, gran señor, espero
mi remedio.

ALMIR. Es ya razón.
(Tres hombres hay en mi casa
enfadosos y del bando
del Rey; yo la iré sangrando,
porque si adelante pasa
la enfermedad, podría ser
que viniese a ser mortal.)
Llama, Leonelo, a Marzal,
a Claudio y a Rosicler.

LEONELO. Los mismos vienen, que está
temblando la casa toda.

ALMIR. ¿De qué, si aquí se acomoda
y remedio se les da?—

(*Salen* CLAUDIO, MARZAL *y* ROSICLER.)

¿Marzal?

MARZAL. ¿Señor?

ALMIR. Yo te quiero
casar.

MARZAL. Tu criado soy.

ALMIR. A Cloris, Marzal, te doy.

MARZAL. Tal bien de tu mano espero.

ALMIR. ¿Claudio?

CLAUDIO. ¿Señor?

ALMIR. Bien querría
que conocieses mi amor
en hacerte un gran favor.

CLAUDIO. Tu voluntad es la mía.

ALMIR. A Floris le da la mano.

CLAUDIO. De la tuya es tanto bien.

FLORIS. Yo te las beso también,
por lo que en las ferias gano.

ALMIR. Con esto ya, Rosicler,
sabrás que Jacinta queda
por tuya.

ROSICLER. ¿Quién hay que pueda
a tanto bien responder?
Parece que adivinabas
mi amor.

JACINTA. Y el mío, señor,
que, según le tengo amor,
en mi pensamiento estabas.

ALMIR. Oidme: iréis desde aquí
al tesorero los seis,
y que os dé el dote diréis.

CLAUDIO. ¿El dote tan presto?

ALMIR. Sí.
Reparte diez y ocho mil
escudos entre los tres.

MARZAL. Dote de tus manos es.

ALMIR. (Mal me entendéis, gente vil;
pero advertid que en contando
el dinero, por la puerta
habéis de salir, abierta
para haceros merced cuando
se os ofrezca la ocasión.)

ROSICLER. (¿Esto es destierro, o casar?

MARZAL. Uno y otro es desterrar
la libertad sin razón.

CLAUDIO. ¡No lo entiendo!

ROSICLER. ¡Extraño cuento!)

ALMIR. Id con Dios. buenos criados.
Dios os haga bien casados.

CLAUDIO. (¿Destierro con casamiento?)

CLORIS. (Danos, señora, los pies.

BLANCA. No lloréis, que estoy de suerte
que más quisiera la muerte
de veros ansí a las (1) tres.)

ALMIR. ¿No os vais?

JACINTA. Pues ¿ya te cansamos?

MARZAL. (Si despedirnos quería
¿sin castigo no podía?

ROSICLER. Luego ¿castigados vamos?

MARZAL. Cuanto a los seis mil ducados
que tocan a cada esposo,
cierto que fué premio honroso,
pero no el salir casados.
Ahora bien, paciencia.

BLANCA. ¡Adiós,
amigos!)

ALMIR. (El llanto crece.)

MARZAL. (Una máscara parece
de a seis y de a dos en dos.

CLAUDIO. ¿Qué despedidas son éstas?

MARZAL. Calla, que en peligro estamos.

ROSICLER. Como caracoles vamos,
con toda la casa a cuestas.

CLAUDIO. Caminemos, que estas trazas
caminan donde imagino.

ROSICLER. Caluroso es el camino,
pues nos dan tres calabazas.)

(*Vanse.*)

LEONELO. Parece que han entendido
alguna cosa.

ALMIR. No sé;
sólo sé que los eché

(1) "los".

desde mi gracia a mi olvido.
No es el honor para pruebas;
por eso, al primer aviso,
eché de mi paraíso
tres Adanes y tres Evas.

(*Vase con su* CRIADO.)

BLANCA. ¿Fuése Carlos?
ESTELA. ¿No lo ves?
¿Irá a hacer que el tesorero
les dé el dinero?
BLANCA. El dinero
fué castigo de los tres.
Todo lo tengo entendido.
Declarándose va todo.
ESTELA. ¡Qué notable ha sido el modo
con que los ha despedido!
¡Plegue a Dios, Blanca, que pare
en bien este pensamiento!
BLANCA. Segura, Estela, me siento.
¿Qué puedo hacer? ¡Dios me am- [pare!
Él batalla con su honor,
de su campo soy soldado,
pelear tengo a su lado
para mostrar mi valor.
Si alguna bala me diere,
por desdicha me dará,
que por culpa no podrá
por más que el mundo se altere.
Haz cuenta que es tempestad;
rayos decienden del cielo,
si alguno me diere, apelo
de su injuria a su verdad.
ESTELA. ¡Lástima me das notable!
Espero en Dios que el Rey vea
que no es bien que aquí lo sea
de esta Troya inexpugnable.
¡Sólo el pesar de mi hermano
me da pena!
BLANCA. Con razón.
¿Quién viene?
ESTELA. Dos hombres son.
BLANCA. Ministros son del tirano.

(*Sale* ENRIQUE *y* TEODORO.)

TEODORO.

¿Aquí dicen que estaba el Almirante?

ENRIQUE.

(Aquí, a lo menos, mi gallarda Estela.)
¡Guárdeos el Cielo!

BLANCA.

¿Hay cosa semejante?

ENRIQUE.

Con recado del Rey, no con cautela,
los dos habemos, donde veis, entrado.

BLANCA.

Yo no puedo esperar.

ENRIQUE.

¿Que tanto os cela?

(*Vase* BLANCA.)

ESTELA.

Pues ¿cómo esperará quien ha escuchado,
Enrique, tales cosas de tu boca?

ENRIQUE.

Aguarda.

ESTELA.

¿Que te aguarde?

ENRIQUE.

Estoy turbado.
Si el miedo de tu hermano te provoca
ya se fué su mujer.

ESTELA.

No es miedo suyo,
sino de tu maldad y afición loca.
¿Qué quiere ya del mío el amor tuyo?
¿No te juré que nunca te hablaría?

ENRIQUE.

De tus palabras tu locura arguyo.
¿Cuándo tal me juraste, prenda mía?

ESTELA.

¿Prenda, desatinado?

ENRIQUE.

Desatino
de amor.

ESTELA.

Ya no hay amor, desvía.

ENRIQUE.

¿Qué dices?

ESTELA.

Que me dejes el camino
y te acuerdes que anoche me infamaste.

ENRIQUE.

¿Yo a ti? Junto al Cielo te imagino.

ESTELA.

Tú, con celos del Rey, que imaginaste;
tú, con celos de Arnaldo, que fingiste.

ENRIQUE.

¿Anoche te hablé yo?

ESTELA.

Pues ¿no me hablaste
y tantas libertades me dijiste
de Arnaldo y de otros muchos, que no verte
mientras tuviese honor, jurar me hiciste?

ENRIQUE.

Que te engañaron, mi señora, advierte.

ESTELA.

¿Que me engañaron? ¿Haste arrepentido
y quieres remediarlo de esa suerte?

ENRIQUE.

¿Celos de Arnaldo yo, que no he sabido
que Arnaldo te sirviese?

ESTELA.

Tarde niegas.
Mi hermano a nuestras voces ha salido.

ENRIQUE.

Si amas al Rey o si de amor te ciegas
de Arnaldo, ¿de qué sirven invenciones?

ESTELA.

Ya sin disculpa y sin remedio llegas.

TEODORO.

No te ciegues ¡por Dios!

ENRIQUE.

Tales razones
ya son de quien, con otro pensamiento,
intenta mejorar sus pretensiones.
Calla, ¡por Dios!, que al Almirante siento.

(*Sale el* ALMIRANTE *con* LEONELO *y* DIONÍS.)

ALMIR. ¿Señor Enrique?
ENRIQUE. ¿Señor?
ALMIR. ¿Qué buena venida es ésta?
ENRIQUE. Dadme albricias.
ALMIR. ¿De la fiesta
que hoy hace vuestro valor?
ENRIQUE. No puede en casa tan grande
ser fiesta el que es tan pequeño.
ALMIR. Vos sois de sus dueños dueño,
vuestra voluntad la mande.
Mas ¿de qué pedís, señor,
las albricias a mi pecho?
ENRIQUE. De que hoy el Rey os ha hecho...
ALMIR. ¿Qué?
ENRIQUE. Su cazador mayor.
ALMIR. Beso a su alteza los pies,
y a vos las manos, que es cosa
de mi gusto y muy honrosa,
y basta que el suyo es.
De albricias os quiero dar
dos caballos españoles
que, a haber carros de dos soles,
se los pudieran llevar.
No sé qué dar a su alteza;
mas, pues, es mozo y galán
y anda de noche, y le dan
ocasión, gracia y belleza
de alguna mujer dichosa
para andar a cuchilladas,
yo tengo buenas espadas;
daréle la más famosa
y una rodela, que creo
que no pase una pistola
lo que es la cubierta sola.
Esto es mostrar mi deseo,
que no son estos los dones
para un Rey.
ENRIQUE. Bésoos las manos
por el mío.
ALMIR. Los más llanos
declaran las intenciones.
¿Quién es este caballero?
ENRIQUE. Es un cierto cazador
que quiere el Rey, mi señor,
que viva con vos.
ALMIR. (¿Qué espero?)
Así, ¿conmigo ha de estar?
TEODORO. Un esclavo en mí tendréis.
ALMIR. (Yo os haré que no cacéis
lo que venís a cazar.)
TEODORO. Soy diestro en todos los montes
de esta tierra, y sé la estancia
de cualquiera fiera en Francia
por todos sus horizontes.
Sé de las aves también,
que soy famoso en su cría.
ENRIQUE. Hablar a Blanca querría
para dalle el parabién.
ALMIR. Entrad, y haréisle favor.
TEODORO. ¿Iré yo allá?
ALMIR. Bien podéis,

(*Vanse los dos.*)

(para que principio deis
a la caza de mi honor).
¿Leonelo?

LEONELO. ¿Señor?

ALMIR. ¿Qué es esto?

LEONELO. No lo sé. ¿Qué intenta el Rey?

ALMIR. Yo sí, y un ciego lo ve:
redes y cebo me ha puesto.
Soy la caza que procura,
y hanme hecho cazador.
La batalla de mi honor
la caza imitar procura;
su imagen es de la guerra,
todo es conquista y porfía;
pero crea de la mía
que no ha de ganar la tierra.
Que al infame cazador
que me envía, por que pueda
conocer por la vereda
las estampas de mi honor,
yo le quitaré la vida.

LEONELO. Háblale, señor, primero;
que quizá es cierto el montero,
aunque la caza fingida.

ALMIR. Bien has dicho; ven conmigo.
Poca paz mis guerras tienen,
aunque embajadores vienen
del campo del enemigo.

(Vanse. Sale el REY DE FRANCIA *y* PRUDENCIO.)

PRUDENC. Sosiega sólo un momento.

REY. ¿Cómo puede sosegar
quien va por el mar de amar,
corriendo tanto tormento?
¿Hay mayor desasosiego?
Pero ¿cómo le tendrá
mi pecho, si en él está
toda la esfera del fuego?
Del modo que por cristal
pequeño la lumbre pasa
del sol y una mano abrasa
con rayo piramidal,
ansí el infierno de amor
en la esfera de mi pecho
cifras sus rayos han hecho
que quepa en mí su rigor.
Dame al Bembo, por tu vida.

PRUDENC. Voy por él.

REY. Mas no es tan tierno
como el Petrarca. ¡Qué eterno
mal! ¡Qué pena nunca oída!
Deja, y darásme a Ansías. (1)

PRUDENC. El poeta limosino
es más honesto.

REY. Es divino.
No lo son las ansias mías.
¿Ovidio será mejor
que fué maestro de amor?

PRUDENC. Lee *El arte de olvidar,*
escrito del mismo autor.

REY. Ríete de él y de mí.
¡Si en mil partes dice él mismo
que no se cura su abismo
con hierbas!

PRUDENC. Y aun es así.

REY. Al maestro de armas llama;
pero, no; dame papel,
que quiero poner en él
los efetos de mi llama.

PRUDENC. Abrasaráse con ella:
que el papel aprende luego.

REY. Sí, que, aun escrito, mi fuego
puede abrasar.

(Salen ENRIQUE *y* TEODORO.)

TEODORO. No es tan bella
como yo la imaginaba,
viendo al Rey loco.

ENRIQUE. ¡Ay, Teodoro!
El más bajo plomo es oro
luego que es el alma esclava.

REY. ¿Es Enrique?

ENRIQUE. Sí, señor.

REY. ¡Ay, Enrique! ¿Qué tenemos?

ENRIQUE. Celos, desdenes, extremos,
y a más amor, más honor.
Hablé a Carlos, y en él vi
que tus intentos sospecha:
vió la aljaba y vió la flecha.

REY. ¿Y no a Blanca?

ENRIQUE. Señor, sí.

REY. ¿Qué dice Blanca?

ENRIQUE. Tan poco,
que una palabra no habló,
y como es ángel, voló.

REY. ¿Hay tal desdén? ¡Estoy loco!

ENRIQUE. No sé qué demonio ha entrado
en las dos, porque ya Estela
lindamente se rebela.
Mil maldiciones se ha echado
de que no me ha de ver más.

(1) "Vsías."

REY. ¿A ti, por qué?
ENRIQUE. Yo qué sé.
REY. Lición de Blanca.
ENRIQUE. Eso fué.
REY. Y tú, Teodoro, ¿no estás
con el Almirante?
TEODORO. Sí:
pero póneme una cara
en que el odio me declara
que concibe contra mí.
De buena gana seré
tercero tuyo, señor,
aunque de Blanca el amor
sirve de muro a su fe;
pero temo ¡vive Dios!
al Almirante, que es hombre.
REY. Cobarde, ¿es bien que te asombre
hombre humano?
TEODORO. Si los dos
hubiéramos de reñir
cuerpo a cuerpo y cara a cara,
yo sé que no me asombrara.
Mas en caso de vivir
allá en su casa con él,
y que alguna vez, en fin,
me ha de hallar en mal latín,
aunque a tu gusto fiel,
hará tomar una manta
o repostero, y llamando
al lacayfero (1) bando,
de quien el Diablo se espanta,
ayudando con buen pecho
todo el colegio pajuno,
no habrá boleo ninguno
que no me estrelle en el techo.
REY. Pierde, Teodoro, el temor;
que ni él tendrá atrevimiento,
ni tú tan mal fundamento
para decirle mi amor.
Ve y cázame aquesta fiera,
cual lebrel más despreciado
tal vez alcanza el venado.
TEODORO. ¡Oh, pues si venado fuera
cualquiera se le alcanzara!
Mas si es jabalí, y me vuelve
los colmillos...
REY. Hoy resuelve
tu vida.
TEODORO. En mi muerte pára.
Ten esta espada y rodela,
Prudencio.
REY. ¿Qué es eso?
ENRIQUE. Advierte
que quiere Carlos hacerte
seguro de su cautela.
REY. ¿Cómo?
ENRIQUE. En presente te envía
esta rodela y espada.
REY. ¿Es cifra aquésta?
ENRIQUE. Pintada
te muestra aquí su osadía.
REY. ¿Qué es aquesto?
ENRIQUE. Un paraíso,
y en su puerta un ángel luego
con una espada de fuego.
REY. Si no es malicia, es aviso.
¿Y tiene letra?
ENRIQUE. En latín.
REY. ¿Qué dice tanto rigor?
ENRIQUE. *Custos honoris*, señor.
REY. Guarda del honor, en fin.
TEODORO. Pues si un ángel para ti
muestra una espada, ¿qué hará
para mí Carlos, que ya
tiene sospechas de mí?
REY. Parte, necio, que esta cifra
es pintar como querer.
¿No sabes tú que el poder
todas las cifras descifra?
TEODORO. Por si no volviere acá,
haz que unas misas me digan.

(*Vase.*)

LEONELO. (Más estas cosas me obligan.
Amor, furioso estoy ya.)

(*Sale el* REPOSTERO.)

REPOSTERO.

¿Está su alteza aquí?

REY.

¿Quién es este hombre?

REPOSTERO.

¿Ya desconoces a Rufino?

REY.

¡Amigo!

REPOSTERO.

Ya no merezco tan precioso nombre.

(1) Dejamos la palabra como está en todos los textos; pero es claro que su escritura actual sería "lacayífero".

REY.

¿De qué suerte?

REPOSTERO.

Yo he sido tu enemigo.
Mas ¿qué mortal no es justo que se asombre
de ver la muerte?

REY.

Di el suceso.

REPOSTERO.

Digo
que a mí y a otros criados con bastante
razón ha examinado el Almirante.
Las cifras vió, las puertas, los resquicios,
y ha despedido a todos los culpados.
Tres doncellas casó, cuyos servicios,
para disimular, fueron premiados.
Los porteros y todos los oficios
de su casa, señor, ya están mudados.
Ya se declara Carlos de tal suerte,
que a Blanca...

REY.

¿Cómo?

REPOSTERO.

Quiere dar la muerte.

REY.

Eso no puede ser, porque mi vida
de la de Blanca hermosa está colgada,
y pues que vivo yo, no es su homicida,
que acá sintiera el golpe de la espada.

REPOSTERO.

Pues ¿para qué la tiene recogida,
y de una hora a esta parte tan cerrada,
que sólo ve el jardín y el cielo?

REY.

Teme,
y encierra al sol para que no me queme.—
Ya, Enrique, me ha faltado el sufrimiento.
¿Cuál es mejor: que muera yo o que viva?

ENRIQUE.

Que vivas y te guarde el Cielo.

REY.

Intento
una amorosa fuerza vengativa.

ENRIQUE.

¿Quieres hacer algún atrevimiento?

REY.

¿No es su vecino Arnaldo?

ENRIQUE.

Ya te priva
el seso la pasión.

REY.

Corre, Prudencio,
y llama al conde Arnaldo con silencio.

PRUDENCIO.

En el retrete estaba.

REY.

Parte luego.

ENRIQUE.

Pues ¿qué quieres hacer?

REY.

Un desatino.
Romper una pared.

ENRIQUE.

¡Qué amor tan ciego!

(*Entra* ARNALDO *y* PRUDENCIO.)

Mas no le pesará de eso al vecino.

REY.

¿Cómo?

ENRIQUE.

Adora a Estela.

ARNALDO.

Triste llego.

PRUDENCIO.

Pues no tenéis de qué.—Ya el Conde vino.

REY.

¿Arnaldo?

ARNALDO.

¿Gran señor?

REY.

Por estar cierto
de tu lealtad, no estás ahora muerto.

ARNALDO.

¿Yo te ofendi jamás?

REY.

El Almirante
conjura contra mí sus deudos todos.
Yo sé que tú no tienes culpa de esto.

ARNALDO.

¡Si lo he sabido, gran señor...!

REY.

No digas
cosa en disculpa tuya, que te agravias,
y la fe de tus claros ascendientes.
Dame lugar, aunque rompiendo sea
alguna parte o puerta de tu casa,
para que yo los halle en esta junta,
porque quiero en persona castigarlos.

ARNALDO.

Lisonjeros te han dicho esa mentira,
porque es el Almirante el caballero
de más lealtad que tienes en tu casa,
y en tu sangre también decir pudiera.

REY.

Conde, a mí me conviene asegurarme.
Ven conmigo.

ARNALDO.

¡Señor!

REY.

Conde, si quieres
a Estela, no te obligue el amor suyo
más que mi vida.

ARNALDO.

Guarde Dios tu vida.

REY.

Yo haré que a Estela goces, si esto es fábula.

ARNALDO.

Pues tenlo por sin duda.

ENRIQUE.

(Envidia y celos
llevo del Conde; envidia de que ahora
será del Rey por fuerza la privanza,
y celos de mi Estela y su mudanza.)

(Vase. Salen el ALMIRANTE, *y* TEODORO, *atadas las manos,* LEONELO *y* DIONÍS.)

ALMIR. Atadle muy bien las manos.
TEODORO. Desde allá lo diré yo.
LEONELO. Di lo que el Rey te mandó.
TEODORO. Suéltenme aquestos alanos,
que yo diré la verdad.
ALMIR. Dejadle.
TEODORO. No ha media hora
que al Rey, que tu Blanca adora;
Blanca, escudo de humildad;
Blanca, que vale un millón;
Blanca, que todo su Estado
no renta tanto ducado
que alcance su estimación;
Blanca, de tan buena ley;
Blanca, de virtud tan rara,
que pienso que la tomara
de limosna el mismo Rey;
Blanca, tan blanca que en ella
se mostró el Cielo tan franco;
Blanca, que ha dejado en blanco
a un Rey que muere por ella;
Blanca, que con tal cuidado
no ha querido a toda ley,
que en cuentas de ti y del Rey
pueda pasar por cornado;
Blanca, que, como paloma,
trae al arca de tu honor,
la oliva del resplandor
del sol que a tu cielo asoma:
Blanca...
ALMIR. Calla, que te juro
que me das que sospechar;
porque tanto blanquear
es señal que hay algo escuro.
Di lo que el Rey intentó
con traerte a mi servicio.
TEODORO. ¿No te lo dice el oficio?
Pero sabe Dios que yo
no vine con intención
de hacer a tu honor agravio.
El Rey ama; tú eres sabio;
yo sirvo.
ALMIR. Tienes razón.
Ni matarte me conviene
ni que salgas de mi casa,
pues ya sabes lo que pasa;
mira el peligro que tiene
tu vida en esta ocasión.
Haz como bueno y fiel.
TEODORO. Quítenme aqueste cordel.
ALMIR. Desatadle. (¿Hay confusión?
Ya la espía que prendí
en la batalla de honor
vuelvo a soltar, que es mejor,
pues su designio entendí.
Segura está la victoria;
corazón, ya no hay que temas,
pues que las estratagemas
se han de volver en tu gloria.)
Dad a Teodoro a comer.
Regaladle como a mí.
TEODORO. Guárdete Dios. Eso sí,
Carlos, si quieres vencer,
que, viéndose regalados

de tan noble capitán,
del Rey se le pasarán
a tu campo los soldados.

ALMIR. No ha de ver Blanca, por Dios,
más del jardín más que el cielo.

(*Vase.*)

TEODORO. Hijos, vamos al tinelo,
que rabio de hambre.

LEONELO. Los dos
seremos tus convidados.

TEODORO. Como fuere la ración;
que es terrible quitación
dos lebreles a los lados.

(*Salen* DOÑA BLANCA *y* ESTELA.)

BLANCA.

Verdes, hermosas plantas,
que producís tal variedad de flores
con diferencias tantas
de significaciones y colores;
la mía sólo admiro,
que de dolor con las demás suspiro.
No quiero alegría
de la encarnada rosa, que ha pasado
la que tener solía.
La clavellina del color dorado
no muestre su riqueza,
que no la puede haber donde hay tristeza.
La violeta morada,
que significa amor, me causa miedo.
Pues ¿porque soy amada
del Rey, ahora aborrecida quedo
de mi querido esposo,
con causa triste y sin razón celoso?
No represente celos
azul estrella mar, pues mi inocencia
saben los altos Cielos.
Verde laurel, no muestres la violencia
del rayo, pues no injuria
tus hojas firmes la celeste furia.
¡Oh, tú, hierba doncella;
mira mi honesto pecho! ¡Oh, jazmín blanco
y tú, azucena bella,
aquí de vuestra Blanca le veis franco!
Si amáis, no más belleza;
marchitad la blancura en mi tristeza.

ESTELA.

¿Acabóse, por dicha,
la oración a las flores?

BLANCA.

Si ocupaba
la mía en tu desdicha,
bien puedes comenzar en lo que acaba.

ESTELA.

¿Qué culpa he yo tenido,
plantas de este jardín verde y florido,
para estar encerrada
entre cuatro paredes? Azul lirio,
¿yo no era ayer amada?
¿Cómo me muestras hoy tanto martirio
de celos y temores,
que aun no se libran del amor las flores?
¡Hermosa adormidera
no durmiera mi vida, y con su llave
mi libertad tuviera
preso al Amor! Angélica (1) suave,
pues libras de la peste,
¿qué accidente mortal, qué fuego es éste?
Hermosos alhelíes,
de tan varios colores jaspeados,
que, ya sois carmesíes,
ya blancos, ya pajizos, ya morados,
¿ansí mezclan los Cielos
bien, mal, desdén, amor, olvido y celos?

BLANCA.

¡Válame Dios, Estela!
¡Qué terrible ruído!

ESTELA.

Hase caído
una tapia.

BLANCA.

Recela
que mi firmeza honrosa la ha vencido.

ESTELA.

Sin duda en cas del Conde
traen obra.

BLANCA.

Un hombre viene.

ESTELA.

Aquí te esconde.

(*Sale el* REY *solo.*)

REY. Ya es tarde para esconderte.

BLANCA. ¿Es su alteza?

REY. El mismo soy.

---

(1) "Algélica" por errata.

BLANCA. ¿Adónde va?

REY. ¿Adónde voy?
Blanca, al banco de mi muerte.

BLANCA. ¿Por dónde ha entrado?

REY. No sé.
Soy ya demonio, y caí.

BLANCA. Bien dice Infierno ¡ay de mí!
En el Infierno no hay fe.

REY. Y tú la tienes de suerte
con Carlos, dulce homicida,
que le has de costar la vida
o me has de costar la muerte.

BLANCA. ¡Válgame Dios, qué mal hace!
Mas, pues dice que me quiere,
¿no es razón que considere,
aunque esto de su amor nace,
que si le ven da ocasión
a que me quiten la vida?
Sálgase.

REY. Ya está perdida
el alma con la razón.
Rey soy yo; tengo poder
de librarte, si tú quieres.

BLANCA. ¿Cómo a las nobles mujeres
esta fuerza se ha de hacer?

ESTELA. Señor, volveos a salir;
mirad que la matará.

(Sale el ALMIRANTE.*)*

ALMIR. (¿Qué es esto? ¿El Rey aquí está?)

REY. Déjame, Blanca, vivir
este momento en tus ojos.
Ten lástima a (1) un Rey.

ALMIR. (¿Por dónde
pudo entrar? ¡Ah, traidor Conde,
Sinón de tantos enojos,
en ti mi afrenta se apoya;
que aunque del Rey son quimeras,
sólo tú meter pudieras
tan grande caballo en Troya!
Tentándome está la ira
y enfrenando la lealtad;
matarle es cruel maldad,
Dios en su imagen se mira.
Ya, batalla del honor,
al Rey contrario tenemos
donde matarle podemos;
pero si fué tanto error
cortar de Saúl ungido
David la ropa en la cueva,
no quiera Dios que me atreva
de mi Rey ni aun al vestido.)

BLANCA. Señor, vuestra pretensión
tiene tantos imposibles,
que el menos es derribar
los muros de estos jardines.
Cuando no fuera quien soy,
sino una mujer humilde,
adoro a Carlos de suerte
que para que de él me olvide
el Cielo me ha de quitar
los ojos con que le mire,
las manos con que le toque,
la razón con que le estime,
la memoria, por que cese
la que de él tengo tan firme,
y todo el entendimiento.

ALMIR. (¡Oh, mujer, corona y timbre
de todas cuantas nacieron!
Quiero de aquestos jazmines
encubrirme, y hablar alto,
para que puedan sentirme.)

(Escóndese.)

REY. ¿Es posible, Blanca hermosa?
Hermosa Blanca, ¿es posible
que de esta suerte me trates?

ALMIR. ¡Hola! ¿No acabáis de oirme?
¡Hola! ¿No hay un paje ahí?

BLANCA. Carlos viene. ¡Ay de mí, triste!

REY. Detrás de estos arrayanes
me escondo.

ESTELA. ¿Hay hombre tan libre?

BLANCA. Es poderoso, ¿qué quieres?

(Sale el ALMIRANTE *de donde estaba escondido.)*

ALMIR. ¿Blanca?

BLANCA. ¿Mi bien?

ALMIR. Mal resistes
la soledad.

BLANCA. Antes bien,
que no hay ley más invencible
para mí que ser tu gusto,
no digo yo que me prives
de las calles y palacios,
ni que entre estos apacibles
cuadros de hierbas y flores
mi libertad depósites;
pero si en cárcel obscura,
adonde jamás reside
la luz del sol, me pusieres,
como el tuyo no me quites,

(1) "lástima de un rey"; pero el verso resulta largo.

vivire con gran contento.

ALMIR. ¡Oh, cuán justamente mides,
Blanca, mi amor con el tuyo;
no como las hembras viles
que nacieron para infamia
de las que su frente ciñen
de palma y casto laurel,
como matronas insignes,
y cuya memoria santa
en bronce inmortal se escribe.
¡Víve Dios! que de manera
te adoro, y ansí me imprime
amor tu virtud, que creo
que cuando fuese posible
que el mismo Rey te sirviese,
que nunca los Reyes sirven
las mujeres de sus deudos,
mayormente los que siguen
los pasos de sus mayores,
y más donde es bien que imiten
tantos, tan santos abuelos,
tantos Carlos y Luíses,
que creo que le matase;
que la honra, Blanca, es tigre
que por sus hijos no teme
puntas de lanzas terribles,
cuanto más las de coronas,
que, al fin, son flores de lises.
(Ya volvió a salirse el Rey,
muy bien oyó lo que dije,
que entre estas murtas estaba
con gran silencio.) Mas dime,
Estela, ¿cómo está rota
esta pared?

ESTELA. Pudo hundirse,
o traen obra en su casa
del Conde.

ALMIR. Muy bien dijiste,
obra traen; mas no es obra
que tiene el cimiento firme,
y así no es mucho que caiga.
Menester será advertirle
que nos hace mala obra
con su obra. (Amor es lince,
mas no pasó la pared,
pues quiere que la derriben.)
Entraos, qué por esta quiebra
le quiero hablar.

BLANCA. ¡Dios te libre,
no se caiga lo demás!

(*Vanse las dos.*)

ALMIR. No hará, que en mis hombros firmes
bien puede cargar más peso
que allá se cuenta de Alcides.
¡Ah, Cielos! ¿Qué fin tendrá
entre Scilas y Caribdis
la batalla del honor
contra el poder invencible?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

(*Salen el* CONDE ARNALDO *y el* ALMIRANTE.)

ARNALDO. Tratadme, Carlos, mejor.

ALMIR. Si la pared se ha caído,
ya os vuelvo, Arnaldo, el honor;
pero si invención ha sido,
tercero sois de su amor;
y del delito primero
no está lejos el tercero
que a tres cómplices está.

ARNALDO. Oíd mi disculpa ya.

ALMIR. ¿Cómo?

ARNALDO. Decírosla quiero.
El Rey me dijo que vos,
Almirante, y otros dos
tratábades conspirar
contra su corona y dar
muerte, esto es verdad ¡por Dios!,
y que por verlo quería,
esta pared derribando,
entrar de repente un día
para cogeros hablando
en tan gran alevosía.
Si no dije: "Esta es traición
de algún envidioso fiero
de mil que en París lo son,
que Carlos es caballero
de sangre y satisfación",
máteme un rayo, Almirante.
Pero el Rey, mal informado,
me hizo fuerza semejante;
la fe no me ha derribado,
que es muralla de diamante;
la pared sí. Yo la haré
reedificar.

ALMIR. Eso os ruego,
y que esta noche lo esté.

ARNALDO. Partid y tened sosiego,
que aquí por guarda estaré

mientras con tablas siquiera
al Rey se estorba la entrada.

ALMIR. ¡Oh, qué batalla tan fiera,
pues que ya en la empalizada
mi honor al contrario espera!
Un muro el competidor
ha derribado al honor;
mas ya enmienda su ruína
con terrapleno y fagina
el ingeniero mayor.
La mina se ha descubierto
y el portillo del concierto
que daba al Rey puerta franca.
A saber voy, torre Blanca,
si algún soldado me ha muerto.)

(Vase.)

ARNALDO. Basta que el Rey me ha engañado,
basta que a Blanca servía:
pero ya que aquí he quedado
hablar a Estela podría,
de quien soy tan estimado.
¡Cuánto la invención mostró,
pues a su hermano obligó
a que me pidiese celos!
¡No lo ordenan mal los Cielos!
Estela al jardín salió.

(Sale ESTELA *al jardín.)*

ESTELA. Aunque trato con desdén
por su libertad a Enrique,
ver que él se olvida también,
que no hay cosa que más pique
al juego de querer bien,
me causa un desasosiego
tan mortal, que a veces llego
a más tristeza que amor,
con ser el amor mayor
que el elemento del fuego.
Pero ¡ay, Dios! ¿quién está aquí?

ARNALDO. Una guarda de este muro,
que está seguro por mí.

ESTELA. No sé yo si está seguro.
¿Sois nuestro?

ARNALDO. Señora, sí;
a lo menos vuestro soy
con mayor verdad que mío.
Por testigo el alma os doy.

ESTELA. (No fué, Enrique, desvarío
tu enojo. ¡Confusa estoy!)
¿Vos mío? ¿De qué manera?

ARNALDO. Vos me habéis dado ocasión,
que sin vos no la tuviera.

ESTELA. ¿Yo a vos?

ARNALDO. Ya sé la intención
con que de aquella manera
le contaste mi afición
al Almirante, que ha sido,
sólo en haberme reñido,
quien mi amor ha despertado,
pues con lo que me ha contado
vuestro amor tengo entendido.
de cuyo agradecimiento
nació, Estela, esta afición.
Ya sé vuestro pensamiento,
y pues que las vuestras son
para nuestro casamiento,
yo haré que el Rey, o Enrique,
al Almirante suplique
nos case luego, que es justo,
que pues que vos tenéis gusto,
el que tengo os sinifique.

ESTELA. ¿Yo, Conde, a vos os deseo
y a mi hermano le he contado
que me queréis?

ARNALDO. (No la veo
con semblante aficionado.
Que me han engañado creo
mis locas satisfaciones.
Quiero enmendar las razones,
mas no enmendaré el error,
porque ya tiene el Amor
posesión de mis pasiones.)

ESTELA. Suplícoos que os retiréis,
que no sé quién viene aquí.

ARNALDO. Yo, que de mí os acordéis.
(Necio en decírselo fuí.
¡Celos, qué poco sabéis!)

(Vase y sale BLANCA.*)*

BLANCA. ¿Hablabas con alguien?

ESTELA. Sí.

BLANCA. ¿Quién?

ESTELA. El Conde estaba aquí,
que por la pared pasó,
y en mi vida he visto yo
tan gran necio.

BLANCA. ¿Cómo ansí?

ESTELA. No está de balde quejoso
Enrique de mi desdén,
porque este presuntuoso
dice que le quiero bien.

BLANCA. ¿Así?

ESTELA. Sí.
BLANCA. ¡Cuento donoso!
ESTELA. Yo no sé que hombre discreto
jamás dijese a mujer
que es querido, aunque en efeto
se viese de ella querer
y lo creyese en secreto;
que mostrar desconfianza
es gala y es discreción,
y obliga Amor y esperanza,
porque la satisfación
fuerza a desdén y a mudanza.
Mas todos cuantos se ofrecen
por necios, Blanca, merecen
el nombre y la cantidad,
y aun dicen que la mitad
de los que no lo parecen.
BLANCA. Mis desdichas me han traído
a que de noche no duerma.
Lugar, Estela, te pido
para dormir, como enferma,
del agua al manso ruído.
Aquí me quiero sentar.
ESTELA. Duerme, pues el murmurar
de este arroyo te convida,
que yo voy adonde pida
a Enrique me venga a hablar.

(*Vase.*)

BLANCA.

¡Blando sueño amoroso, dulce sueño,
cubre mis ojos por que vaya a verte,
o ya como la imagen de la muerte,
o por que viva un término pequeño!
Con imaginaciones me despeño
a tanta pena y a dolor tan fuerte,
que sólo mi descanso es ofrecerte
estos sentidos, de quien eres dueño.
Ven, sueño; ven revuelto en aura mansa
a entretener mi mal, a suspenderme,
pues en tus brazos su rigor amansa.
Ven, sueño, a remediarme y defenderme;
que un triste cuando sueña que descansa,
por lo menos descansa mientras duerme.

(*Duérmese.*)

(*Sale el* ALMIRANTE.)

ALMIR. Estela me dijo agora
que aquí mi Blanca dormía.
¡Ay, Cielos! ¿cómo es de día
si está durmiendo el aurora?
Quisiera hablarla, y no es justo
despertarla. Pues ¡por Dios!
que anda el sueño de los dos
tan lejos como anda el gusto.
Quiero, por no despertalla,
dormirme en estos laureles,
pues de sus ojos crueles
huye el sol y el viento calla.
Aquí hay silla y podré estar,
aunque despierte, escondido.
Sueño, licencia te pido
para poder descansar.

(*Sale el* REY *con* ARNALDO.)

REY. Retirate, Arnaldo, allí,
que aquí la he visto durmiendo.
ARNALDO. Amores la está diciendo
el aire.
REY. Hablará por mí.
Sus palabras hará tiros
para que pueda entender
mi mal, que debe de ser
el aire de mis suspiros.
ARNALDO. Sutil cosa es un amante.
REY. Vete.
ARNALDO. A la pared me voy.
REY. Alegre y confuso estoy
de verte firme y constante.
Parece que se ha parado
el primero movimiento
y que el mismo sol, atento,
mira su rostro elevado;
parece que está la luna
en su epiciclo clavada,
y a su misma rueda atada
la siempre varia fortuna.
A la fe, cruel desdén,
que te abrazo.
ALMIR. No hagas tal.
REY. ¡Extraña voz! Mas mi mal
es sordo.
ALMIR. Míralo bien.
REY. ¿Que lo mire bien? Pues ¿quién
hay ahora en el jardín
que estorbe mi bien? En fin,
la abrazo.
ALMIR. Míralo bien.
REY. Que lo mire bien o mal,
¿qué importa a quien quiere bien?
Durmiendo está mi desdén,
hoy la abrazo.
ALMIR. No hagas tal.
REY. ¡No hagas tal! ¡Míralo bien!

¿No es eco de mi razón?
Causado me ha confusión
y helado el alma también.
Alguno habrá respondido
fuera del jardín acaso,
que no hay por donde yo paso
quien lo estorbe.

ALMIR. Su marido.

REY. Arnaldo debe de ser,
que conmigo está burlando.
Voz, lo que estoy deseando,
¿qué te importa?

ALMIR. Es mi mujer.

REY. ¡Caso extraño! Allí he sentido
la voz, pues verélo. ¡Ay, Cielos,
o lo ha fingido de celos
o duerme aquí su marido!
Si durmiera no pudiera
responder, aunque soñara,
a propósito, y es clara
razón que me oyó y que espera
a que me vaya, avisando,
por respeto que me tiene.
Irme y perder me conviene
la ocasión que Amor me ha dado.
No quiero andar descubierto
con hombre tan bien nacido,
que quien me avisa dormido
me sabrá matar despierto.

(*Vase.*)

BLANCA. Ruído y no de la fuente
me ha despertado ¡ay de mí!
¿Si ha entrado algún hombre aquí?
En los laureles se siente.
Mas ¡ay, Cielo! entre sus ramas
duerme Carlos sin sosiego.

ALMIR. Que mires, señor, te ruego
que a un hombre noble difamas.
Y tú, Blanca de mis ojos,
pues yo te soy tan leal,
¿para qué me tratas mal?
¿para qué me das enojos?

BLANCA. ¿Yo, mi bien? Bien se parece
que duermes, pues eso dices;
pero si no te desdices
despierto, no lo merece
el grande amor que te tengo
y la lealtad que te guardo.

ALMIR. A saber de cierto aguardo,
pues a tal desdicha vengo,
si tratas verdad conmigo.

BLANCA. Pues ¿no la trato, señor?

ALMIR. Mira, Blanca, a tu valor,
que tengo un grande enemigo.
Esas galas, que aumentaron
tu hermosura, he de quitarte;
yo tengo de desnudarte,
pues que tanto mal causaron,
porque la mayor belleza,
vestida con humildad,
no enciende la voluntad,
que es honesta la pobreza.
El oro, el olor, la seda,
el cuidado y galas son
como tabla de mesón,
que llama y fuera se queda.
Todo lo paga el honor,
en él duerme el pasajero.

BLANCA. ¿Eso pasa? Pues yo quiero
asegurar tu temor.
Hoy conocerás por cierto,
en mudar todo el vestido,
si te obedezco dormido
lo que te quiero despierto.

(*Vase.*)

ALMIR. ¿Fuése? Ya pienso que es ida.
Otros, por disimular,
duermen, y yo por guardar
mi honor, más que hacienda y vida.
Ya, para nuestra batalla,
pues está el Rey en su tema,
fué notable estratagema
fingiendo sueño, avisalla.

(*Sale* TEODORO.)

Pero ¿no es este Teodoro?
¿Cómo te has entrado aquí?

TEODORO. Para que veas que fui
leal a tu honor, que adoro,
te vengo a dar un aviso
del campo de tu contrario.

ALMIR. Bien te será necesario,
porque en este paraíso
donde sólo Adán consiente
que éntre Blanca su mujer,
vinieras, Teodoro, a ser
entre los dos la serpiente.

TEODORO. Sabe que el Rey ha sabido
que de la pared estás
tan cansado, que hoy no más
verá este muro rompido.
Una mina ha comenzado
que éntre a dar entre estas hiedras.

ALMIR. Hablarán ¡por Dios! las piedras.
TEODORO. Mucho te has alborotado.
Eres fuerte general,
mas no capitán discreto,
porque, a serlo, con secreto
fueras remediando el mal.
Haz, señor, la contramina,
y no digas que lo (1) sabes.
ALMIR. Teodoro, en cosas tan graves
el más cuerdo desatina.
¿Mina en mi casa?
TEODORO. ¿No es guerra,
como tú dices, de honor?
Pues reviéntala, señor,
que él es cielo y ella es tierra.
ALMIR. Mejor revienta en el pecho
la mina del corazón.

(*Sale* BLANCA *vestida honestamente.*)

BLANCA. Yo vengo a buena ocasión.
ALMIR. ¿Qué es esto? (Ya lo sospecho.)
¡Ay, Blanca! Sólo pudiera
tu discreción consolarme.
La fuerza quieren ganarme,
mi desdicha considera.
Ya me declaro, señora;
ya estoy loco, ya estoy ciego;
que me perdones te ruego.
TEODORO. (¡Qué lástima! ¡Carlos llora!)
BLANCA. Si os habéis enternecido
por verme de esta manera,
antes hoy alzáis bandera
de aquel mi rico vestido.
Ponedle en esa muralla
para bandera de honor,
que este que traigo es mejor
para vencer la batalla,
y decir a los cuidados
del Rey, tan rebelde y terco,
que, como ha durado el cerco,
están rotos los soldados.
Alzad los ojos, amores;
yo soy, no eclipséis sus lumbres,
Blanca en nombre y en costumbres.
ALMIR. Créolo, Blanca, no llores;
créolo, que en mi afición,
aunque el Rey mi honor destruya,
basta una lágrima tuya
para más satisfación.
¿Qué puedo decir de mí
más de haberme declarado?
Que es mucho que un hombre honrado
llegue a declararse ansí.
Enternecíme de verte,
y en tal traje, tu valor,
no con luto de mi honor,
mas en honras de mi muerte.
¡Ay, Blanca! Si tan borrada
no quiere dejarte el Rey,
¿qué Dios, qué razón, qué ley
teme tu afición, qué espada?
Teodoro me ha dicho aquí
que nos va haciendo una mina,
que ya el Rey se determina
a volar tu honor de mí.
No sé qué habemos de hacer.
TEODORO. El Rey, señores, ha entrado.

(*Entra el* REY *con* ARNALDO *y* ENRIQUE.)

REY. Mucho ¡por Dios! me ha pesado,
por eso lo vengo a ver.
ARNALDO. De repente se cayó.
ALMIR. Señor, ¿vos en mi jardín?
REY. La pared de este jazmín
hoy Arnaldo me contó
que se cayó de improviso,
y véngoos a visitar,
que aun vos no me queréis dar
de estas desgracias aviso.
¿Hizo daño a algún criado?
Doña Blanca ¿cómo está?
Visitarla quiero ya,
que ha mucho que estoy culpado.
Mal cumplo la obligación
de deudo.
BLANCA. Yo estoy muy buena,
para serviros.
REY. ¡Qué pena
me habéis dado, y con razón!
¡Por Dios, que no os conocía!
¿Cómo estáis de esta manera?
BLANCA. ¿No estoy bien ansí?
REY. Eso fuera
a no ser vos sangre mía
y mujer del Almirante,
sino pobre y mal casada.
BLANCA. No estoy en casa obligada,
aunque a vuestra alteza espante.
Mi desaseo y cuidado,
eso me ha tocado a mí;
pero vuestra alteza aquí
viene para ser culpado:

(1) "lo que".

que un rey no ha de visitar,
sino en muerte, a su inferior,
y si le ha de hacer favor,
¿por qué no le ha de avisar?
Viénese sin dar aviso,
y así no es mucho que halle
casa y dueño de este talle,
pues los cogió de improviso.
Cuentan de Julia que un día
al gran César visitó
tan llena de oro, que dió
al padre melancolía.
Entendió de su respuesta
que César se había enfadado,
y otro día, sin cuidado,
entró a verle muy honesta.
"Agora venís muy bien",
dijo el César, y ella, viendo
que lo entendió, componiendo
la risa con el desdén,
dijo: "En lo que ahora os muestro
veréis que ayer he venido
a gusto de mi marido
y hoy vengo, señor, al vuestro."
Con esto habéis entendido
que este vestido, señor,
si no es por vuestro valor,
es gusto de mi marido.

(*Vase.*)

REY.

¿Por qué se va tan presto vuestra esposa?
Aun no diera lugar a mi respuesta.

ALMIRANTE.

Aun conmigo, señor, es desdeñosa.

REY.

Tanta pobreza no parece honesta.
A la fe, Carlos, que no ha sido honrosa,
aunque discreta, en ocasión como ésta,
la respuesta ni el traje.

ALMIRANTE.

¿De qué modo?

REY.

Y que debéis de ser culpa de todo.
Mal trata a doña Blanca el Almirante,
siendo mi prima y sangre, caballeros.
Que la apartemos de él será importante,
que es mucha necedad celos tan fieros.
Pues que la tiene en traje semejante,
no es menester información haceros:
testigos pienso para que al consorcio
matrimonial pueda pedir divorcio.
Enrique, ¿no la viste maltratada?

ENRIQUE.

Señor, así estaría por su gusto.

REY.

Conde, ¿vos no la vistes afrentada
en pobre traje?

ARNALDO.

César siempre augusto,
en su casa estaría descuidada,
que no por tratamiento o por disgusto.

REY.

Mal lo entendéis. Yo sé que el juramento
os hará confesar el pensamiento.
No sé si prenda a Carlos.

ENRIQUE.

No te ciegues
¡oh, gran señor! con tanto desatino.

REY.

Vete con Dios, Enrique, no me niegues;
no siento en mi remedio otro camino.

ENRIQUE.

¡Que así al amor de una mujer te entregues!

REY.

De Blanca, Enrique, soy diamante fino;
muestro en la resistencia, como palma,
las fuerzas del poder y las del alma.
Venid conmigo, que veréis muy presto
cómo le prendo y deposito a Blanca.

ENRIQUE.

¿No te vence el no verle descompuesto?
Sólo suspiros de su pecho arranca.

REY.

Mi sangre he de amparar. Yo voy dispuesto
a descasallos. La corona franca
cubrirá su cabeza por que quede
Reina de Francia.

ENRIQUE.

Amor todo lo puede.

(*Vase el* REY *con sus* CRIADOS.)

TEODORO. ¿Por qué no vuelves por ti
en ocasión como aquésta?
¿Por qué al Rey no le respondes?
¡Ah, señor! ¿Duermes o velas?

¡Ah, Carlos! ¡Ah, mosiur Carlos!
¿Qué es esto? ¿Ansí se remedia
tanto mal? ¿Qué es del valor
de Valois y de Angulema?
¡Ah, señor, no duermas tanto!
¡Recuerda, Carlos, recuerda,
que para dar la batalla
suenan cajas y trompetas!

ALMIR. ¡Válgame Dios!

TEODORO. Valga y lleve.

ALMIR. ¿Quién está aquí?

TEODORO. ¡Linda flema!

ALMIR. ¿Quién eres, di?

TEODORO. Todavía
pienso que duermes y sueñas.
Recuerda, Carlos, que vienen
los enemigos tan cerca,
que por esa torre Blanca
buscan de tu honor la puerta.
¿No sientes el són del arma?

ALMIR. ¿Cómo quieres que la sienta
si ya no tengo sentidos?
Mas ¿qué importa que los tenga?
Donde no hay igual poder
para resistir violencias,
piérdase el seso.

TEODORO. ¿Qué haces?

ALMIR. ¿Nunca has visto en la carrera
del mar encenderse el fuego
en una nave flamenca,
que las cajas encendidas,
joyas, paños, sedas, telas
van arrojando a la mar
por que ellas solas se pierdan?
¿Nunca has visto en una casa
que el hambriento fuego quema
arrojar por las ventanas
camas, cofres, ropas, mesas?
Pues eso mismo hago yo
por que el alma no se encienda.

TEODORO. Pues cuando has de pelear
y cuando armar te debieras,
¿de esa suerte te demudas?

ALMIR. Bien dices, Teodoro; apresta
mis armas, dame un caballo.

TEODORO. ¿A la brida o la jineta?

ALMIR. Bridón, que soy hombre de armas,
y soy francés. *¡Buta sela!*,
ea, tenme de ese estribo.

TEODORO. (¡Loco está! Ved lo que cuesta
no resistir con valor
a los principios la pena.
Pero si la pena es grande,
¿qué pecho hará resistencia?
Seguirle quiero el humor.)
¡Buta sela, buta sela!
Ea, ya está aquí el caballo.

ALMIR. Dame, Teodoro, la rienda,
y ten ese estribo.

TEODORO. Salta
con notable ligereza.

ALMIR. ¿Estoy bien?

TEODORO. Como una torre.

ALMIR. ¿Apretaréle las piernas?

TEODORO. No tan presto, que es rijoso;
un poquito le sosiega.

ALMIR. Tienes razón; ya lo hago.

TEODORO. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

ALMIR. ¿De qué te quejas?

TEODORO. Dióme una coz.

ALMIR. ¡Majadero,
desvíate media legua!

TEODORO. Esa dicen que en la vida
toda apenas se rodea
para apartarse los hombres...

ALMIR. Di lo demás.

TEODORO. De las bestias.

ALMIR. Dame una lanza.

TEODORO. Esta es.
¡Pese a tal, y qué derecha!

ALMIR. ¿Tiene banderilla?

TEODORO. Sí.

ALMIR. ¿Qué color?

TEODORO. Es blanca y negra.

ALMIR. Yo me calo la celada.
¿Hay plumas?

TEODORO. Un jardín llevas,
en que se te ve que tienes
bien florida la cabeza.

ALMIR. ¿Plumas en ella con celos?
Mala gala.

TEODORO. No es muy buena.

ALMIR. Acórtame aqueste estribo.

TEODORO. ¿Está largo?

ALMIR. Al suelo llega.

TEODORO. Dos puntos acorto.

ALMIR. Bien.

TEODORO. Puntos en cara o en media
dicen que tienen remedio;
los malos son de corneta.
Ya estás a caballo, armado.

ALMIR. Oye, pues, de qué manera
la batalla de su honor
el Almirante comienza.

Ya mi sargento mayor,
llamado Ilustre Nobleza,
el escuadrón forma en cuadro.

TEODORO. ¿Las picas?

ALMIR. Mil y seiscientas.

TEODORO. ¡No lo vas trazando mal!

ALMIR. Tú que sabes de aritmética,
¿cuál será la raíz cuadrada?

TEODORO. ¿Qué raiz cuadrada?

ALMIR. Escucha, bestia.
Es el número mayor
que en la cantidad que cuentan
cabe si le multiplican
por sí mismo.

TEODORO. ¡Extraña ciencia!

ALMIR. De mil y seiscientas picas
tendrá por frente cuarenta,
que es el número mayor
que cabe en mil y seiscientas.

TEODORO. ¿Qué nombre tendrán las picas?

ALMIR. Cuidados.

TEODORO. Y ¿quién los lleva?

ALMIR. Recelos.

TEODORO. ¡Bravos soldados!

ALMIR. El mismo honor los engendra.
De las banderas de guardia
va formando las hileras,
y luego las compañías
que van sucediendo a éstas
guarnece ya el escuadrón
de cuatro mangas tudescas,
de arcabuces, de suspiros,
que las esquinas rodean.
Ya da el orden; ya la fama
a tambor mayor comienza
a decir que se recojan
para marchar más apriesa.
Ya el capitán de campaña,
llamado Honrosa Defensa,
hace cargar el bagaje
de pensamientos y penas;
por vanguardia va delante
la imaginación ligera,
las banderas en el centro
del escuadrón, todas negras.

TEODORO. Pues ¿quién son?

ALMIR. Honestidad.

TEODORO. ¿Quién la retaguardia lleva?

ALMIR. La satisfación de Blanca
para las espaldas buenas,
las escoltas de a caballo
por las súbitas refriegas
lleva los celos, que son
de notable ligereza;
éstas tienen ya el forraje
y armadas todas las tiendas.

TEODORO. Haz alto ¡cuerpo de tal!,
que han marchado cuatro leguas,
y será bien que descansen,
que coman, beban y duerman.

ALMIR. Quien tiene mujer hermosa
que poderosos pasean,
Teodoro, Teodoro...

TEODORO. Dilo.

ALMIR. Ni coma, beba ni duerma.

TEODORO. Mal año para las lindas,
que yo dejara por ellas
de comer y de beber.

ALMIR. Ea, todas las banderas
se pongan luego en las frentes
de los cuarteles. ¿Qué esperan?

TEODORO. Aguarda, que ya se alojan.

ALMIR. El cuerpo de guardia ordena.

TEODORO. ¿Qué soldados?

ALMIR. Veinticinco.

TEODORO. Y ¿a qué pasos?

ALMIR. A sesenta.

TEODORO. ¿Habrá escolta y correrías?

ALMIR. Vayan por agua y por leña;
pida el maestre de campo.

TEODORO. ¿Cómo se llama?

ALMIR. Sospecha.
Nombre el general Honor.

TEODORO. ¿Qué nombre dió?

ALMIR. Resistencia.
Ea, pónganse las guardas.

TEODORO. ¿Qué son guardas?

ALMIR. Centinelas.

TEODORO. ¿Cómo las llamas?

ALMIRANTE.

Antojos,
que ven lo que apenas llega.
Ya se comienzan las rondas.
¡Plega a Dios que no se duerma
la centinela perdida,
que es de Blanca la vergüenza.
—¿Quién vive?—¿Quién lo pregunta?
—El Rey.—¿El Rey? Que se tenga
el Rey.—Pues ¿a mí, vasallos?
—Diga el nombre.—¿El nombre? Espera.
—Blanca, tírale.—Tiréle.
—¿Erraste?—Sí, porque es fuerza,
que al Rey no le aciertan balas
de quien su lealtad profesa.

TEODORO. Todo el campo del contrario
al són del tiro se altera.
¡Al arma!, tocan ¡al arma!
Perderáste si peleas.
Retírate, gran señor.

ALMIR. ¿Adónde?

TEODORO. A la fortaleza
de Blanca.

ALMIR. ¿Mujer y fuerte?

TEODORO. Y ¿por qué no, cuando es buena?

ALMIR. Baluartes, plataformas,
frontes, casamatas, puertas,
cortinas, fosas, bastardos,
caballetes y troneras
que asesta la artillería,
el poder, la edad, la fuerza,
la tiranía, el amor,
defendedme de su ofensa.
¿No lo sientes?

TEODORO. ¡Pese a tal,
hanme volado una pierna!

ALMIR. Pues vete a curar, Teodoro.

TEODORO. ¡Ay!

ALMIR. ¿Qué fué?

TEODORO. Toda una almena
me ha dado, señor.

ALMIR. ¿Adónde?

TEODORO. ¿Cómo adónde? En la cabeza.
¿No ves la sangre?

ALMIR. Yo no.

TEODORO. Ni yo de toda tu guerra
veo más de que estás loco.
¡Vuelve en ti, señor! ¡despierta!

ALMIR. ¿Cómo loco?

TEODORO. Del dolor
de ver lo que el Rey intenta.

ALMIR. Si eres cobarde, Teodoro,
vete en buen hora a tu tierra,
yo quiero guardar la mía.
¿No ves que suben, que trepan
por escalas a los muros,
que asaltan, que llegan, que entran?
¡Favor, Cielos! ¡Ven tras mí!

TEODORO. No puedo andar sin muletas,
que he peleado gran rato
y me han herido las piernas.

ALMIR. Camina ¡cuerpo de tal!
¡Mueran los contrarios!

TEODORO. ¡Mueran!

ALMIR. ¡Ay, batalla de mi honor,
cuánto trabajo me cuestas!

(*Salen* ENRIQUE *y* ARNALDO, *conde.*)

ARNALDO.

Esta merced me habéis de hacer Enrique.

ENRIQUE.

Que os declaréis deseo, porque tengo
obligación, Arnaldo, de serviros.

ARNALDO.

Vos sois del Rey la puerta, y justamente
por quien se entra a su gracia. Ya las cosas
corren de suerte en Carlos, Almirante
de Francia, que no está para pedille,
ni aunque se la pidiese, para dalla
a su hermana bellísima. Ya todo
está a cuenta del Rey. Decidle, Enrique,
que deseo casarme con Estela,
y que yo se la pido porque creo
que nos concierta Amor en el deseo.

ENRIQUE.

(¡Cielos! ¿Qué escucho?)

ARNALDO.

¿Qué dices?

ENRIQUE.

Admiro
la brevedad por donde habéis llegado
a merecer de Estela ese deseo,
porque pensaba yo que le tenía
de casar con un hombre que la sirve,
no desigual, Arnaldo, a vuestro mérito,
y en la gracia del Rey más recibido.
Difícil me parece que le tenga
Estela de casar con vos, Arnaldo.
¿Cuándo o cómo sabéis que os ama Estela?

ARNALDO.

Por las razones que decís conozco
que sois de Estela pretendiente, Enrique,
y que en lugar de hacer el justo oficio
de protector y amigo con su alteza
haréis, como contrario, lo contrario.
No os pido ya que al Rey habléis sobre esto;
que me desengañéis, Enrique, os pido.

ENRIQUE.

Si yo os pidiera, Arnaldo, que me diérades
cuenta de vuestro amor y pensamiento,
ya me obligaba a no encubrir el mío.
Yo no os forcé con ruegos vuestro gusto,
o ya vuestro interés, la causa fueron,
y así me habéis desobligado, Conde.

ARNALDO.

Harto confiesa quien así responde.

(Sale el REY *y* PRUDENCIO.*)*

REY.

Ya estoy determinado. Partan luego
por Blanca y deposítenla en palacio.

ENRIQUE.

(El Rey es éste.

ARNALDO.

Y firme en su propósito.)

REY.

¿Mi sangre ha de tratarse de esa suerte?

PRUDENCIO.

¿Cómo quieres que venga?

REY.

La justicia
eclesiástica tiene sus ministros,
ellos darán la traza.

ARNALDO.

Pues envías
por Blanca, te suplico, y aun es justo,
mandes que traigan a su hermana Estela.

REY.

Pues ¿qué te mueve a ti?

ARNALDO.

Tengo deseo
de hacerla dueño de mi estado y vida.

REY.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Gran señor?

REY.

¿Qué dices de esto?

ENRIQUE.

Que pues el Conde por mujer la pide,
que él debe de tener causas bastantes;
pero entre tanto a vuestra alteza pido
también se deposite como Blanca,
y el que tuviere acción que goce a Estela.

REY.

¡Pluguiera a Dios, Enrique, que yo fuera
tercero pretendiente en vuestro gusto
y que el amor de Blanca se trocara
en Estela, pues fuera sin cautela
el que de todos tres gozara a Estela!

(Entra TEODORO *muy triste.)*

TEODORO.

Si alguna vez a lastimosos casos
diste, invicto señor, piadoso oido,
no le niegues agora a mis palabras.
Luego que de su casa te partiste
del almirante Carlos con propósito
de hacer que por justicia se apartasen,
tal imaginación cayó en su alma,
llanto en sus ojos, fuego en sus sentidos,
que comenzó a dar voces como loco.
Desnudóse furioso los vestidos
y, últimamente, en un estanque, el triste,
de aquel jardín precipitarse quiso.
Detiénenle llorando sus criados,
su hermana, su mujer, y están de suerte,
que ella también se quiso dar la muerte.

REY.

¿Carlos loco, Teodoro?

TEODORO.

Pon remedio
en tanto mal, ansí los altos Cielos
tus años logren, tu corona aumenten.

REY.

Caso que obliga a lástima. ¿Qué quieres,
tirano Amor, conmigo, que no dejas
que tenga la razón que tú prefieres,
lugar para escuchar tan justas quejas?
¿Qué tirano ha quitado las mujeres
a sus vasallos? ¿Cómo, vil, te alejas
de la piedad de un dios, justo atributo?
¿Este ha de ser de mi esperanza el fruto?
Mas ¿cómo culpo a Amor si hay dos amores
y yo sigo el que vive en su apetito?
Dichosos, no los altos vencedores
de Roma, Atenas, Babilonia, Egipto,
sino los que, con ánimos mayores,
se vencieron a sí dejando escrito
su nombre en las columnas de la fama.
¡Déjame, Amor, que la virtud me llama!
¡Ay, Dios! ¿Quién dejará tus bellos ojos?
Vamos, amigos. Venga Blanca luego
para triunfo de bárbaros despojos.
¿No es más razón que no rendirse ciego?
No sé cómo templar tantos enojos
como me da, mujer, tu dulce fuego.
Pensar quiero en el fin de mis engaños.
¡Repare Dios la furia de mis años!

ENRIQUE.

El Rey se va.

ARNALDO.

Sigámosle.

TEODORO.

Señores,
aconsejadle bien, que los consejos
hacen buenos los príncipes mejores,
los locos cuerdos y los mozos viejos.
No pueda el gusto vil de unos amores
romper tantos clarísimos espejos
de sus pasados.

ENRIQUE.

Tú verás que sigo
lo que es razón.

ARNALDO.

Y yo lo mismo digo.

(*Sale el* ALMIRANTE *y* LEONELO *y* DIONÍS, *que le detienen.*)

ALMIR. No me detenga ninguno.
LEONELO. Deténgate la razón.
ALMIR. Ya estás, Leonelo, importuno.
Blanca me ha hecho traición,
yo lo sé.
LEONELO. ¿De quién?
ALMIR. De alguno.
DIONÍS. Los celos no son testigos,
si de tus celos lo sabes.
ALMIR. Yo lo sé mejor, amigos,
que de esta fuerza las llaves
dió Blanca a mis enemigos.
¿Queréis ver como lo vi,
en un argumento?
LEONELO. Sí.
ALMIR. ¿La imaginación no hace
efeto?
DIONÍS. Sí.
ALMIR. De eso nace
toda la desdicha en mí.
¿No habrá el Rey imaginado
gozar a Blanca?
LEONELO. Sí habrá.
ALMIR. Pues si hace efeto y ha estado
imaginándolo allá,
desde allá la habrá gozado.
LEONELO. Si todos los que imaginan
hacen de esa suerte efeto,
¿cómo los hombres no atinan
a hacer otro tan perfeto
cuando hacerle determinan?
¿Cuál hombre hubiera casado
si por la imaginación
pudiera ser afrentado
que fuera honrado?
ALMIR. En razón
ese argumento has formado.
Pero ¿sabéis qué imagino?
Que soy Anteón, que vi
de Diana el cristalino
cuerpo y que me convertí
en ciervo.
DIONÍS. ¡Qué desatino!
ALMIR. Oíd los perros ladrar.—
¡Traidores! ¿no conocéis
el pan que os solía dar?
¿A vuestro dueño queréis
despedazar y matar?—
Ten ese alano, Leonelo.—
Ten ese lebrel, Dionís.—
¡Que me muerde! ¡Ayuda, Cielo!
LEONELO. ¿Adónde?
ALMIR. ¿No los oís?
Ya dan conmigo en el suelo.
LEONELO. Que no eres ciervo, señor,
sino un hombre.
ALMIR. Este pellejo
¿no muestra mi deshonor?
DIONÍS. No, señor.
ALMIR. Dadme un espejo,
que quiero verle mejor.
LEONELO. Descuélgale.
DIONÍS. Vesle ahí.
LEONELO. No te mires por ahí;
la luna está por acá.
ALMIR. ¿Los amigos tienen ya
la cara, Leonelo, ansí?
Espejos dicen que son
del hombre, mas con dos caras
está el bien en confusión;
está el mal, porque son claras
en declarar su intención.

(*Salen* DOÑA BLANCA *y* ESTELA.)

BLANCA. ¿Osaré llegar?
ESTELA. No sé
si será aumentar su mal.
BLANCA. En un espejo se ve.
ESTELA. ¿Qué mira? ¿Hay locura igual?
BLANCA. Puesta detrás lo veré.
ALMIR. ¡Válgame el Cielo! ¿Qué veo?
Blanca, amigos, está aquí.
Mirad si engendra el deseo.
Blanca, ¿qué queréis de mí

si ya mis desdichas creo?
Blanca, ya no eres hermosa.
Blanca, ya tan negra estás,
que me es tu vista espantosa.

LEONELO. ¿No ves que tienes detrás,
señor, a Blanca, tu esposa?

ALMIR. Blanca, ¿tú vienes aquí?

BLANCA. Vuelve, mi señor en ti,
mira que soy quien te adora.

ALMIR. ¿El Rey no ha venido ahora
para apartarte de mí?

BLANCA. No, mi bien; y cuando venga
ciego de su loco amor,
yo te aseguro que tenga
tanta defensa en mi honor,
que viéndome se detenga.
Sosiégate.

ALMIR. ¿Cómo puedo?
La imaginación y el miedo
no me dan, Blanca, lugar.

BLANCA. Yo te puedo asegurar.

ESTELA. Y yo por fiadora quedo.

ALMIR. ¿Qué fianza de mujer
seguro crédito alcanza?
Mal la podré yo tener,
que fiar de su fianza
es comenzarse a perder.
Dejadme, que yo sé bien
que no hay remedio en mi mal.

(*Sale* TEODORO *contento.*)

TEODORO. Haré que albricias me den.

ALMIR. Yo estoy, esposa, mortal,
y aun estoy muerto también.

TEODORO. (Alto remedio han pensado
para dar a Carlos vida.
¡Oh, qué bien queda trazado,
si no es que el rigor lo impida
del pensamiento pasado!
El Rey finge que ha querido
a Estela y que ha pretendido
sólo casarse con ella,
y viene agora por ella.)

LEONELO. Señor, Teodoro ha venido.

ALMIR. Hállome con él muy bien,
que fuimos los dos soldados.

TEODORO. ¡Vida los Cielos te den!

ALMIR. De los asaltos pasados
me libré, Teodoro, bien.
¿Sanaste de aquel balazo?

TEODORO. Algo estoy manco de un brazo.

ALMIR. Una batalla de honor
cuesta mucho.

TEODORO. Oye, señor.

ALMIR. ¿Llega de mi muerte el plazo?

TEODORO.

Contento el Rey de la virtud de Estela,
de su sangre, hermosura y nacimiento,
y viendo que traidores con cautela
entendieron tan mal su pensamiento,
poniéndole tu amor y honor la espuela,
hoy viene a celebrar su casamiento
para que vea el vulgo y los traidores
que fueron con Estela sus amores.
Desatínase el Rey que haya quien diga
que a doña Blanca quiso eternamente,
siendo su hermana Estela quien le obliga
a que casarse dentro en Francia intente.
Su mano tomará. ¡Dios los bendiga,
y en sucesión, salud y vida aumente!
Mil albricias me dad, que un haca he muerto
por llegar con las nuevas del concierto.

ALMIRANTE.

¿Qué dices?

TEODORO.

Lo que escuchas.

ALMIRANTE.

¿Que el Rey viene
a casarse, Teodoro, con mi hermana?

TEODORO.

Él dice que a tu honor esto conviene.

ALMIRANTE.

¡Ay, imaginación celosa y vana!

BLANCA.

Parece, Estela, que sosiego tiene.

ESTELA.

Asegurado el mal, es cosa llana;
mas bien echas de ver que es fingimiento.

BLANCA.

¡Ay, Dios, si fuera cierto el casamiento!

(*Salen el* REY, *el* CONDE ARNALDO *y* ENRIQUE.)

LEONELO. El Rey viene.

ALMIR. Dadme luego
o capa o ropa.

ESTELA. ¡Que baste
a cobrar el seso un hombre,
Blanca, un engaño tan fácil!

BLANCA. ¿Fácil te parece, Estela?
REY. Pasad todos adelante.—
¡Oh, primo!
ALMIR. ¡Oh, señor invicto!
REY. Alzate por que me abraces.
ALMIR. ¡Tanta merced!
REY. Esto es justo.
Sois mi amigo y sois mi sangre,
y sois mi cuñado, Carlos,
que es más que todo importante.
ALMIR. Nunca imaginé, señor,
de aquesas manos reales
menos grandeza y merced.
REY. Blanca, vuestros brazos dadme
como a cuñado.
BLANCA. Señor,
por una merced tan grande,
restaurador de mi honra
es bien que esta casa os llame,
Francia su César Augusto
y todo el mundo Alexandre.
REY. Estela, ya estoy aquí.
ESTELA. No es justo que un Rey aguarde
mano de su esclava misma:
ella a recibiros sale.
REY. Yo me tengo por dichoso.
ENRIQUE. (¡Qué alegre está el Almirante!
ARNALDO. Cobró el seso con la honra.
ENRIQUE. ¡Qué brava invención!
ARNALDO. ¡Notable!)
ENRIQUE. Señor, ya que tiene seso
Carlos, escúchame aparte.
REY. ¿Qué quieres?
ENRIQUE. El conde Arnaldo
desea y quiere casarse
con Estela.
ARNALDO. Gran señor,
oye, ansí el Cielo te guarde.
Enrique te pide a Estela;
yo tengo derecho, que antes
que él te la pidiese fuí
a que este bien me otorgases.
Prefiéreme, pues es justo.
ENRIQUE. Señor, si a Francia mostraste
de mi amor tantos indicios,
confírmalo agora en darme
a Estela.
ARNALDO. ¡Señor!
ENRIQUE. ¡Señor!
REY. ¡Oh, qué importunos amantes!
Pero pues queréis que a entrambos
os premie y os desengañe,
¿cómo es posible que pueda,
pues no es bien que a alguno agra- [vie?
Y así me parece, amigos,
que os deje a entrambos iguales
y a un tercero se la dé.
ENRIQUE. Pues dásela al Condestable.
ARNALDO. Dala al Duque de Borgoña,
así nunca jamás falte
en tu casa sucesor.
REY. Todos son príncipes grandes;
pero mayor le quisiera
para igualar a las partes
de la señora más noble
que el sol, desde donde nace
hasta donde muere, mira.
ENRIQUE. Pues has venido a casarte
de burlas, hazlo de veras,
y así hallarás quien la iguale.
REY. Hincaos los dos de rodillas,
la mano a Estela besadle
por Reina de Francia luego,
y llamad a quien me case,
que esta es hazaña de Rey;
pues cuando reyes se alaben
que dieron títulos, rentas,
joyas, tesoros, ciudades,
no dirá que dió juïcio
a ninguno que le falte,
como yo a Carlos le doy.
ENRIQUE. Señora, las manos dadme.
ARNALDO. Nuestra Reina sois, señora.
ESTELA. ¿Es de veras?
REY. Esta tarde
nos despose el Arzobispo
de París.
ARNALDO. Y aquí se acabe
la batalla del honor
entre un Rey y un Almirante.

FIN DE LA COMEDIA

DE *La batalla del honor.*

COMEDIA FAMOSA

LA BELLA MALMARIDADA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

TEODORO.	FABIA, *criada.*	MAURICIO.	MARCELA.
LEONARDO.	CASANDRA.	TANCREDO.	[FIGÓN.
CIPIÓN, (1) *conde.*	LUCINDO.	BELARDO.	JULIO.
MÚSICOS.	LEANDRO.	FABRICIO.	ALEJANDRO.
LISBELLA.	*Un* ALGUACIL.	CLAVELIO.	ARTANDRO.]
Su PADRE.	*Unos* JUGADORES.		

JORNADA PRIMERA

(*Salen* TEODORO *y* LEONARDO *solos.*)

TEODORO. "Amor loco, amor loco;
yo por vos y vos por otro."
LEONARDO. Algo vienes divertido.
TEODORO. Bien dijo Montemayor
esta canción.
LEONARDO. Galaor
se te ha en el alma infundido;
ya quieres y ya no quieres. (2)
TEODORO. De tanto buscar placer,
casi he venido a temer (3)
el amor de las mujeres.
LEONARDO. Los que en Dios ponen su amor
dioses la Escritura llama,
y al que los pecados ama
llama el mundo pecador.
Y así he venido a entender,
aunque esto te cause espanto,
que el que a mujer ama tanto
por fuerza ha de ser mujer.
TEODORO. Cuando te vi comenzar
por eso de la Escritura,
creí de tu compostura
que querías predicar.
Mas ¿dónde hallaste camino
tan satírico y villano,
que para llamarme humano
comiences por lo divino?
Mas volviendo a tu argumento
de que el amante es lo mismo
que amar, a tu silogismo
responderé, estáme atento.
LEONARDO. ¿Para qué es el atención?
TEODORO. Para...
LEONARDO. ¿Qué quies responder?
¿Piensas que podrás poner
tus locuras en razón?
TEODORO. Si yo quiero a cuantas veo,
¿cómo seré una mujer,
si el transformarse ha de ser
un cuerpo, un alma, un deseo?
Con tan varios pareceres
una sola podré ser.
LEONARDO. No serás una mujer,
sino infinitas mujeres.
TEODORO. Agora a lo cierto acudes,
y si cual lo dices soy,
en mi tendré juntos hoy
los vicios y las virtudes.
Daré mil glorias y penas,
pondré al bien y al mal las alas,
seré muchas cosas malas
y seré infinitas buenas.
Seré gloria y paraíso,
seré gloria y seré infierno,
llanto con tormento eterno;
seré discreción y aviso,
y entre Júpiter y Juno,
también podré ser jüez,
que compitiendo una vez
no hallaron jüez ninguno.
LEONARDO. ¿Y sobre qué vino a ser?
TEODORO. Sobre cuál era más casto;

(1) También le llama ESCIPIÓN.
(2) En los textos, "quiero".
(3) En idem, "tener".

y para jüez yo basto,
que al fin soy hombre y mujer.
Mas todo aquesto atribuyo
a que no hay hombre tan bueno
que no vea el daño ajeno
y no reconozca el suyo. (1)
¿Qué puedes decirme a mí
que en ti no se pueda hallar?

LEONARDO. ¡Ya me querrás achacar
que soy casado!

TEODORO. Es así.
Y pues con una doncella
te casaste a quien la fama
en todo Madrid la llama
por excelencia la Bella,
y con ser en tanto extremo
buscas algún pan prestado,
yo, que no he sido casado,
¿por qué tus sermones temo?
¿Qué puede un mozo temer,
querido en Madrid de todos,
que digas tú por mil modos
que ando tras una mujer?
Vuelve [a] la tuya cansada
de lo que sufriendo está,
que hay mil que la llaman ya
la Bella malmaridada.
¿Por qué has de andar desvelado
inquietando tus amigos,
que dicen falsos testigos
que vives ya mal casado?
Teniendo mujer hermosa
andarte tú libre así,
deja entenderse de ti
que ha de andar ella celosa.
Da gracias, Leonardo, al Cielo,
que fué Lisbella la que es,
que puede estar a sus pies
toda la envidia del suelo,
que si no, tu andar al torno
harta ocasión le había dado
para haberte levantado
hasta el mismo Capricornio.

LEONARDO. Teodoro, no la amistad
te haga descomedido,
que lo que callado ha sido
no busca tu enemistad.
El amistad es de iguales,
y, si va a decir verdad,
siempre la desigualdad
hace cosas desiguales.
Deja estar a mi mujer,
que el que es hombre y es casado,
antes de esto está obligado
a saber lo que ha de hacer.
Y no te pido consejo
para que me le des tanto,
ni eres agora tan santo
ni en tus consejos tan viejo.

TEODORO. Jamás yo llegué a entender
que tú me dijeras esto.

LEONARDO. ¡Qué prolijo y qué molesto!
¡Qué necio y qué bachiller!

TEODORO. Quien estando con su amigo
dice aquesto en su presencia,
es bien claro que en su ausencia
se dará por su enemigo.
Quédate, Leonardo, adiós,
y no esperes verme más.

LEONARDO. Vuelve, Teodoro. ¿Dó vas,
pues, siendo un alma los dos?
Pues ¿así te piensas ir
y dejar muerto a un amigo?

TEODORO. Dísteme mucho castigo.

LEONARDO. Sabes que te he de servir.
De otras podemos tratar
que hay en Madrid como un oro;
pero la propia, Teodoro,
ésa estése en un altar.

TEODORO. ¿Alaballa (1) fué ofender
a tu mujer?

LEONARDO. Al marido
siempre sospechoso ha sido
alabarle a su mujer.
Y aun mira que más te digo,
si eres de hacello capaz,
que aun a meterlos en paz
no ha de acudir el amigo.

TEODORO. Escríbeme un arancel
de aquello que está obligado
con el amigo casado
el que anduviere con él.

LEONARDO. El discreto ya lo sabe;
mas yo te lo escribiré.

TEODORO. Pues, ¡sús!, yo le estudiaré.

LEONARDO. Deja, Teodoro, lo grave,
y vamos a lo burlesco.

(1) Parece que deberia decir "y que reconozca".

(1) En los textos, "La Bella", que no forma sentido.

TEODORO. Hasme enseñado a callar
y no he de saber hablar.

LEONARDO. Aquí corre lindo fresco
y vendrán mil a escuchar
los músicos de su alteza.

TEODORO. Pues ¿cómo en esta aspereza
pueden sentarse y cantar?

LEONARDO. Las espaldas de palacio
sobre aqueste parque dan,
y aquí sentados están,
cantando y tomando espacio.
Y muchos vendrán también,
que a cantar suelen venir;
mas es cosa de reir,
que no cantarán tan bien.
Que es un milagro, Teodoro,
ver su concierto extremado;
parecen copia y traslado
del alto y supremo coro.
Cantan y tan dulce guerra,
llevando el cielo el (1) compás
a los tonos de Juan Blas,
que es un ángel en la tierra.

TEODORO. Con eso habrá ya cesado,
como otras veces solía,
la más gente que acudía
a la frescura del Prado.
¿Y que aquí su alteza escucha?

LEONARDO. Dios le guarde, que ha de ser
tan gran Rey, que ha de exceder
esa grandeza, aunque es mucha.
Ha de hacer temblar el suelo,
ya en la paz y ya en la guerra.

TEODORO. Tal padre tiene en la tierra,
y tal abuelo en el Cielo.

(Cantan dentro: "En cuya ribera, Albano".)

¿Cantan?

LEONARDO. Las voces conozco.

TEODORO. ¿Quién son en esta ocasión?

LEONARDO. Son de un Conde Escipión;
la tercera desconozco.

TEODORO. ¿Es deudo del otro, acaso?

LEONARDO. Todo, Teodor, puede ser.

(Salen los MÚSICOS *y el* CONDE ESCIPIÓN.) (2)

CONDE. Decir podéis la de ayer.

(1) En las ediciones, "en". El pasaje es obscuro.

(2) Con el CONDE saldrá MAURICIO, que habla luego.

MÚSICO. ¿Cuál fué?

CONDE. La de Garcilaso,
que tiene ingenio divino.

MÚSICO. Es vieja ya, y está impresa.

CONDE. ¿De que está impresa te pesa?
Lo más viejo es lo más fino.
¿Quién en ingenio le iguala?

MÚSICO. Un Lupercio aragonés
y un Camoes portugués.

CONDE. Templa.

MÚSICO. ¡Qué prima!

CONDE. No es mala.

(Sale LISBELLA *con manto.)*

TEODORO. Una mujer ha venido.

LISBELLA. ¡Ayudadme, santos Cielos,
que vienen a ver mis celos
los pasos de mi marido!
¡Cubridme con una nube
que encubra mi atrevimiento,
pues fué el primer movimiento
que en toda mi vida tuve!

TEODORO. Quiérome llegar a ella;
que parece de buen talle
que pase allá por la calle. (1)

LEONARDO. Para ti bastaba vella.

TEODORO. Sin duda dicen por mí
lo del asno con la toca:
toda mujer me provoca;
lo que no quise, no vi;
tantas quiero cuantas veo.
En mi vida tuve envidia
sino al Turco.

LEONARDO. ¿No fastidia
ese enfado a tu deseo?

TEODORO. ¡Qué necedades arrojas,
pues sabes que tu mujer
todos mueren por la ver,
y tú de verla te enojas!

LEONARDO. ¿Ya no te tengo rogado
que dejes a mi mujer?

TEODORO. Arancel he menester,
o no ver hombre casado.
¡Vive Dios! Por no escucharte
que he de sentarme a este lado.
(El achaque es extremado.)

LEONARDO. Yo me siento a estotra parte.

(Siéntanse ambos a los dos lados de LISBELLA.)

(1) Este verso está errado.

CONDE. ¡Vive Dios que se asentaron
y que lo quería yo hacer!
¡Cogido me han la mujer!
MAURICIO. La bendición te ganaron.
LISBELLA. (Este falso es mi marido.
¡En qué pasos mi honor mete!
Y el otro el falso alcahuete
con quien anda distraído.)
TEODORO. Yo, señora, soy un hombre
moreno y desenfadado;
Teodoro en Madrid llamado,
y Galaor por mal nombre.
Yo no sé de amancebarme;
donde yo entro, entren todos;
procuren por varios modos
lo que tuviere quitarme.
No doy pesadumbre en nada,
ni por fuerza la tomé,
porque dos cosas juré
cuando me ceñí la espada;
son, si acaso las codicia
vuestro deseo saber:
no reñir sobre mujer
ni acuchillar la Justicia.
Soy pícaro y retozón,
soy mancebo y soy bellaco,
y si me enojan, me aplaco
con cualquier satisfación.
No hice verso en mi vida;
no dije mal de mujer;
sólo aquesto de querer
de veras nadie lo pida.
Y aunque Fortuna me dió
méritos tan desiguales,
¡vive Dios, que mis cien reales
nadie los da como yo!
LISBELLA. ¡Bien os habéis retratado!
TEODORO. Mirándome en vuestro espejo,
y lo que me falta dejo
a vuestro ingenio extremado.
LISBELLA. Grandes cosas os promete
vuestro modo de vivir.
¿Por qué dejáis de decir
que sois...
TEODORO. Decidlo.
LISBELLA. Alcahuete?
TEODORO. ¿Alcahuete yo? ¿De quién?
LISBELLA. De un caballero casado.
TEODORO. Esto, Leonardo, he medrado
de andar con vos.

(1) En los textos: "MÚSICO".

LISBELLA. (Yo también.)
LEONARDO. ¡Ah! ¡Pobres de los casados,
sujetos a tal rigor! [amor!
¡Oh, martirio! ¡Oh, fuego! ¡Oh,
¡Oh, cruz y brazos quebrados!
LISBELLA. ¡Oh, pobres de las mujeres,
sujetas a un vil verdugo!
¡Oh, lazo pesado! ¡Oh, yugo!
¡Oh, cruz! Sí; cruz y horca eres.
LEONARDO. Más deben a sus amigos
los que su amistad profesan.

(*Sale* CASANDRA *con manto cubierta, y* LUCINDO *y* LEANDRO.)

CASANDRA. Déjenme. ¿Qué se embelesan?
Que no he menester testigos.
LUCINDO. Celosa debéis de ir.
¿Está por aquí el galán?
TEODORO. (Ya nuevos aires me dan.)
Dama, no os puedo servir;
que otra que ha llegado al puesto
me ha robado el corazón.
LISBELLA. ¡Extremada inclinación!
CONDE. Cantad algo; decid presto.
(*Cantan.*)
LISBELLA. Quedo; no juguéis de mano,
que soy casada y honrada.
LEONARDO. Pues no estéis tanto tapada.
LISBELLA. Sed más noble y cortesano.
LEONARDO. ¿Que casada sois?
LISBELLA. Y tengo
a mi dueño junto a mí.
LEONARDO. ¿Conocéisme?
LISBELLA. Señor, sí;
y aun a conoceros vengo.
LEONARDO. ¿A conocerme? ¿Por qué?
¿Sabémonos ya los nombres?
LISBELLA. Sí, por ver que hay en los hombres
tan poca verdad y fe.
¿Sois vos casado?
LEONARDO. Y cansado.
LISBELLA. ¿Tenéis buena mujer?
LEONARDO. Buena.
LISBELLA. ¿Qué os da pena?
LEONARDO. El darme pena...
LISBELLA. ¿De qué?
LEONARDO. De lo que ha durado.
LISBELLA. ¿No os trata bien?
LEONARDO. Bien me quiere.
LISBELLA. Pues ¿qué tiene?
LEONARDO. Que es celosa
y el ser propia, que no hay cosa

que tanto me desespere.
LISBELLA. No os debe de regalar.
LEONARDO. Sí hace; pero tener
mujer a hora de comer,
mujer después al cenar,
mujer después en la cama,
y a todas horas mujer,
y aquel cuidado tener
de la familia y la fama,
¿a quién no espanta? ¡Ah, si Dios
el casarse permitiera
que un año a prueba se diera
y que se acabara en dos!
LISBELLA. Celoso debéis de estar.
Sin duda que ella os disfama.
LEONARDO. Es un águila en su fama;
no hay de aquéllo que tratar.
Ella me tiene a mí amor;
yo soy el que no la pago,
pues cien mil maldades hago,
y ella vela por mi honor.
Es arca de la virtud,
y agora estará velando,
o con sus Horas rezando
por que yo tenga quietud.
¿Sois vos casada?
LISBELLA. Sí soy.
LEONARDO. ¿Tenéis mal marido?
LISBELLA. Malo.
LEONARDO. ¿No os regala?
LISBELLA. ¿Qué regalo?
LEONARDO. ¿Trátaos bien?
LISBELLA. Con él estoy.
LEONARDO. Mal paga vuestro deseo.
LISBELLA. Hablad y tened la mano.
TEODORO. Como digo, soy indiano.
CASANDRA. De la color, yo lo creo.
TEODORO. En la color y el sabor
todo soy como pimienta.
CASANDRA. Bien en la cara le asienta
de aquesa tinta el color;
que hasta el mostacho es borrón
de la del Grifo extremado.
TEODORO. ¿Esta es mujer?
CASANDRA. ¿Qué, le agrado?
TEODORO. Sí.
CASANDRA. Y él a mí, socarrón.
TEODORO. Lo que durare esta luna
os querré, y una hora más,
y si anda el reloj atrás,
quizá no os querré ninguna.
En este mes podéis vos
disponer de mi obispado,
proveyendo a vuestro agrado
prebendas de dos en dos.
Simple ninguna hallaréis,
porque yo soy bellacón,
tan del alma socarrón
como en la cara lo veis.
CASANDRA. Pues ¿para qué un hora ha sido
después de amarme y amaros
todo un mes?
TEODORO. Para olvidaros
del tiempo que os he querido.
CASANDRA. Digo que yo soy contenta;
que si mi amor os rindiere,
aquel que un mes me quisiere
alargará más la cuenta.
TEODORO. Pues hágase la escritura
por un mes de arrendamiento.
CASANDRA. Respondo que la consiento.
TEODORO. Ven, ventura.
CASANDRA. Ven, y dura.
TEODORO. ¿Qué condición?
CASANDRA. Pecatriz.
TEODORO. ¿Qué casa?
CASANDRA. A lo cortesano.
TEODORO. ¿Hay almirez?
CASANDRA. Con su mano.
TEODORO. ¿Qué plato?
CASANDRA. Lomo y perdiz.
TEODORO. ¿Treinta dias?
CASANDRA. No cuente aquí.
¿Qué cuenta?
TEODORO. El gasto.
CASANDRA. Ya enfada.
Vámonos; no cuente nada.
TEODORO. ¿Qué, por el camino?
CASANDRA. Sí.
¿En efeto, eres criollo?
TEODORO. Como esas maldades crío.
CASANDRA. Luego ¿no es indio?
TEODORO. ¡Bien mío,
del rostro, sí!
CASANDRA. ¡Vaya al rollo!
TEODORO. Indiano soy ¡por tu vida!
de aquí, de Caramanchel.
CASANDRA. ¡Tan negra soy como él!
TEODORO. (He aquí la señal perdida.)
¿Y al fin se va?
CASANDRA. ¿No lo ve?
TEODORO. ¿Y hame de dejar llorar?
CASANDRA. ¡Oh, bellaco singular!
Bien te quiero.

TEODORO. ¿A fe?
CASANDRA. Sí, a fe,
porque para desgarrado,
no eres malo para un mes.
Ven conmigo.
TEODORO. Soy tus pies.

(*Vanse los dos.*)

LEONARDO. Teodoro va acomodado.
Perdonad, señora mía,
que le quiero ir a buscar.
LISBELLA. ¿Cuándo os iréis a acostar?
LEONARDO. Todo es de noche hasta el día.

(*Vase* LEONARDO.)

CONDE. Ya la mujer han dejado.
MAURICIO. Agora quiero llegar.
LISBELLA. ¡Traidor! ¿iréte a buscar
o callaré mi cuidado?
¡Por ser propia me desprecias!
¿Hay más confuso dolor?
¡Desdichado del amor
que vino a manos tan necias!
¿Con otra mujer reposas,
y me dejas sola a mí?
Iré llorando tras ti.
CONDE. ¡Oh, qué quejas tan hermosas!
¡Oh, qué lágrimas vertidas!
¡Dichoso por quien las viertes,
penosas para tan fuertes,
dichosas para sentidas!
Ella está mal empleada.
Espérate, llegaré.
LISBELLA. ¡Traidor, yo te buscaré!
CONDE. ¿Señora?
LISBELLA. Y bien desdichada.
CONDE. ¿Qué buscáis?
LISBELLA. A mi marido.
CONDE. ¿Cuál es?
LISBELLA. El que va de aquí.
CONDE. Yo os le traeré muerto aquí.
LISBELLA. No está tan aborrecido,
que, aunque el traidor me ha dejado,
es más justo mi dolor,
que sufra celos mi amor,
que no velle malogrado.
Adórole, y él me deja;
búscole, y huye de aquí;
vase, y déjame. ¡Ay de mí!
Mirad si es harta mi queja.
CONDE. Quisiérala consolar;
mas tan bien llora y bien siente,
que a no crecer mi accidente,
gustara verla llorar.
Hermosísima mujer
de ingratísimo marido,
vuestra música en mi oído
sirena debe de ser.
Canta el cisne con su muerte,
llora la sirena en vida,
y si es aquí mi partida,
para morir vine a verte,
que si para mal casada
tan hermosa os hizo Dios,
sin duda dirán por vos
la Bella malmaridada.
El alma y vida os rendí,
el corazón y la fe;
que sois del cabello al pie
de las más lindas que vi.
Vuestro marido os maltrata;
regalo habéis menester;
en mí le podréis tener
con un hombre de oro y plata.
Soy bueno entre los mejores,
famoso entre los más claros,
en quien podéis emplearos,
si habéis de tomar amores.
Yo no os aconsejo aquí
que quien sois dejéis de ser;
pero si habéis de querer,
no dejéis por otro a mí.
MAURICIO. Señora, el Conde Escipión
es caballero romano,
deudo del otro Africano,
y tiene el mismo blasón.
En vuestros ojos adora,
de vos tiene el ser que tiene,
con vuestro amor se conviene
y en su pecho os atesora.
Daros ha tras cada paso
la vida, cual dueño de él.
LISBELLA. Dáseme de ti ni de él
lo que piso o lo que paso.
Si él es romano, yo extraña;
precio honor, si él honor precia;
si es Tarquino, yo Lucrecia;
si él es Escipión, yo España. (1)
A España va a conquistar
si a mí conquistarme piensa;

(1) En los textos, "yo de España", con lo que el verso resulta largo, a no ser que se lea "Cipión" y no "Escipión".

soy torre con fuerza inmensa;
soy roca en medio del mar.

MAURICIO. Tente.

LISBELLA. No me digas nada.

MAURICIO. Espera.

LISBELLA. Quítate, ¡infame!

CONDE. Esto obliga a que te ame.

(*Vase* LISBELLA.)

MAURICIO. Fuése.

CONDE. ¡Mujer fuerte, honrada!

MAURICIO. Déjala [ya,] señor.

CONDE. Necio;
pues respóndeme: ¿qué cosa
la puede hacer más hermosa
que no tener su honor precio?
La mujer que está guardada
y guardare bien su honor,
para siempre en más amor
vive, y vive más honrada.
La que se deja llevar
y vencerse cual mujer,
ésa no se ha de querer,
ni nadie la ha de estimar.
La mujer es noble y fuerte:
la vida me ha de costar
o la tengo de gozar.
Mira tú el modo o la suerte.

MAURICIO. Eso tienes de romano,
que emprendes cosas famosas,
y las más dificultosas
suelen venirse a la mano.
No tengas, mi señor, miedo;
que ésta se vendrá a allanar.

CONDE. Y en tanto, de mi penar
moriré yo. ¡Bueno quedo!
Ni sé su nombre ni casa.
Guiadme, claros reflejos.

MAURICIO. Síguela, que no va lejos.

CONDE. No va lejos, pues me abrasa.
Echa por la puente nueva,
al juego de la pelota.

MÚSICO. El negocio va de rota.

MAURICIO. Poca ventaja nos lleva.

(*Vanse, y sale* LUCINDO *y* LEANDRO.)

LUCINDO. El Diablo me hizo entrar
para perder mi dinero.

LEANDRO. Yo sé de eso que me infiero,
y lo mejor es callar.

LUCINDO. Mejor fuera estar oyendo
la música en la Priora.

LEANDRO. Váyase Artandro en buen hora,
y créame que lo entiendo.
Vaya con esos valientes
haciéndose un Amadís.

LUCINDO. Leandro, ¿qué me decís?
¿Qué estáis hablando entre dientes?
¿Hanse burlado de mí
allí donde se jugó?
¿No jugaban bien?

LEANDRO. No.

LUCINDO. ¿No?
¿Hanme mal ganado?

LEANDRO. Sí.
¡No viva yo sola una hora,
si Artandro no juega mal!

LUCINDO. No perderé solo un real
de todo el dinero agora.
¡Por vida de quien sabéis!
¡Bonito soy para eso!

LEANDRO. Que lo he pensado os confieso;
mas crédito no me deis,
que es juïcio temerario.

LUCINDO. ¿Que es temerario? Yo soy
el temerario, y que hoy
le ha de ser mayor contrario.
A quitárselo me ofrezco.

LEANDRO. Quedo; que es Artandro honrado.

LUCINDO. ¿Mi dinero es afrentado,
o yo, que estarlo merezco?
Ya no hay mayor honra, hermano,
que en los que tienen dinero.
El dinero es caballero;
quien no lo tiene es villano.
Por tu Rey, y por tu ley,
y por tu dinero luego.

LEANDRO. Eso ha de ir con más sosiego.

(*Entra un* ALGUACIL.)

ALGUACIL. ¡Téngase al Rey!

LUCINDO. ¿A qué rey?
Porque uno que me entró ahora
ése me quitó el dinero.

ALGUACIL. ¿Jugábase?

LUCINDO. Sí.

ALGUACIL. Eso quiero.
¿Adónde?

LUCINDO. Aquí.

(*Vase el* ALGUACIL.)

TEODORO. ¿Es aquí, señora?

CASANDRA. Estáis, Teodoro, en mi casa: (1)
aquí me podéis hablar.
ALGUACIL. ¿Quién es?
LEANDRO. Déjalos pasar;
que una mujer es, que pasa.

(Vanse los tres; entra CASANDRA *y* TEODORO *y* LEONARDO.)

TEODORO. Aquesta es mujer, Leonardo,
para decir y hacer.
LEONARDO. Hoy me tengo de perder.
Por verla, en su amor me ardo.
Ya estoy, Teodoro, celoso
sólo de que la has mirado.
TEODORO. ¡Por Dios, que eres extremado!
¿De mí vives envidioso?
LEONARDO. ¡Perdido por ella estoy!
TEODORO. Yo te daré, si ella quiere,
un cuarto a como saliere,
como en el Rastro le doy.
Y no te estará muy mal
el comer carne sin pena,
pues te la dan gorda y buena
sin pagar pimienta y sal.
LEONARDO. Fériame aquesta mujer,
así Dios te dé, Teodoro,
una moza como un oro.
TEODORO. Digo que no puede ser.
Ven mañana, que estaré
un poco más enfadado;
quizá por no verla al lado,
de balde te la daré.

(Vanse, y sale LISBELLA.)

LISBELLA. Aquí dejé a mi marido,
y aquí lo vuelvo a buscar,
para ver si puedo hallar
tan mal ganado un perdido.
Aquí vive la mujer
que tan perdido le tiene.
LUCINDO. Leandro, una mujer viene.
LEANDRO. ¿Qué puede aquésta querer,
sino es (2) que se levantó
a buscar algunas muelas?
LUCINDO. Mujer, que a tal hora velas,
¿qué hecho te desveló?
¡Vive Dios, que huele bien!

(1) En el texto dice Lisbella este verso en esta forma:
"Esta es, Teodoro, en mi casa."

(2) "el".

LEANDRO. No cruje mal el vestido.
Romero y espliego ha habido.
LUCINDO. Y a mí me nombra también.
LEANDRO. Quedo. No nos des del codo.
LISBELLA. Pues hablad más desde aparte.
LEANDRO. Yo me acomodo a esta parte.
LUCINDO. Yo a estotra me acomodo.

(Sale el ALGUACIL *y tres* JUGADORES.)

ALGUACIL. ¡Alto! Pasen adelante.
PRIMERO. Que todo se ha de hacer bien.
ALGUACIL. En esa razón no estén;
que alguno habrá que se espante
por hablar tan desenvueltos.
SEGUNDO. Qué, ¿enfádaos la cortesía?
ALGUACIL. ¿Que había ¡por vida mía!
algo de parar, y vueltos?
¡Ténganse (1) al Rey!
LUCINDO. Ya otra vez
a vos nos hemos tenido.
LISBELLA. (Dentro en el fuego he caído.
No hay delito sin jüez.)
ALGUACIL. ¿Sin dama no los dejé?
¿Cómo los hallo con dama?
LISBELLA. ¿Señor?
LEANDRO. Allegad, que os llama.
ALGUACIL. Descubierta os hablaré.
LISBELLA. No lo habéis de permitir,
que soy casada y honrada.
Llevadme hasta mi posada,
que yo os lo sabré servir.

(Vanse el ALGUACIL *y* LISBELLA.)

LEANDRO. Basta; que se la llevó.
LUCINDO. Fué por ponernos en paz.
PRIMERO. ¿Quién fué la del antifaz?
LEANDRO. Nadie; pues nadie la vió.
¿Qué hizo el que tanto allana?
PRIMERO. Nuestros nombres escribió,
y a las ocho nos mandó
nos presentemos mañana.
LUCINDO. ¿Artandro quédase allá?
PRIMERO. ¿Ya no lo veis?
LEANDRO. ¡Buena pieza!
TERCERO. ¡Bien lo juega!
SEGUNDO. ¡De cabeza!
LEANDRO. ¡Y aun de manos!
LUCINDO. Pues cairá.
SEGUNDO. Cómo eso Madrid encubre.
PRIMERO. No digáis mal de Madrid.
TERCERO. ¡Bello lugar!

(1) "Deténganse" en los textos.

LEANDRO. Advertid
que cualquier vida descubre.
LUCINDO. Yo he perdido mi dinero,
y esto sé.
SEGUNDO. ¡Gentil locura!
Eso consiste en ventura.
LEANDRO. Y aun en manos.
PRIMERO. ¡Buen agüero!
TERCERO. Artandro es hombre de bien,
trae amigos a su lado,
anda bien acompañado
y es buen amigo también.
Ninguno diga mal de él,
que lo tomaré a mi cargo
y a defendello me encargo.
LUCINDO. Ninguno vuelva por él;
porque otro como él será
de sus pasos y sus tratos.
TERCERO. ¿Son honrados?
LEANDRO. Y aun ingratos.
TERCERO. Con la espada lo dirá.
PRIMERO. ¡Ea! Sed todos amigos,
o hemos todos de reñir.
LUCINDO. Yo puedo hacer y decir.
TERCERO. Hablémonos sin testigos,
que también aquí sabremos
traer broquel en la pretina.
PRIMERO. ¡Ea! Cese la mohina.
LUCINDO. Pues mirad adónde iremos.
PRIMERO. Vamos a besar las manos
a un reverendo Figón.
SEGUNDO. Tú le has dite la razón.
LEANDRO. ¿Sois amigos?
TERCERO. Como hermanos.
LEANDRO. ¿Quién lleva dineros?
PRIMERO. Yo.
LEANDRO. ¿Habrá vino?
TERCERO. Y cantimplora,
con quien el invierno llora
lo que el verano cantó.
LUCINDO. Pues ¡sús! daos prisa a andar.
PRIMERO. Aquí vive; llamad presto.
LEANDRO. Presto entrémonos del puesto,
que así me he de despicar.
PRIMERO. Creo que estará acostado.
SEGUNDO. Ya estará el Figón durmiendo.
LEANDRO. Llamad, y en no respondiendo,
haya piedra y pan tostado
y coplita de repente.
PRIMERO. Démosle una cantaleta.
TERCERO. ¡Quién fuera ahora poeta!
SEGUNDO. Abre, amigo; abre, pariente.
PRIMERO. Ya ha respondido.

(*Dentro* FIGÓN.)

FIGÓN. *Qui vati?*
SEGUNDO. ¿Habrá, amigo, colación
e qué cenar?
FIGÓN. *Tanti son?*
SEGUNDO. Entren todos.
FIGÓN. *No li fatti.*

(*Vanse todos; sale* LISBELLA *y el* ALGUACIL.)

ALGUACIL. El lugar he rodeado,
y por mil calles venido,
y hasta aquí me habéis traído
y imagino que engañado.
Decís que buscáis un hombre
y no me decís quién es.
LISBELLA. En eso sólo veréis
que es bien mi mal os asombre.
Por mil calles he venido
y os he traído a este puesto;
soy cazador, vuelvo al puesto
a ver si el ave ha caído.
Hoy aquí un hombre perdí
en casa de esta mujer,
y perdida vuelvo a ver
si le puedo hallar aquí.
Vi a mi marido cenar
tan poco, tan sin sosiego,
hacerme regalos luego,
decirme amores, jugar,
que esto es lo que ha aprendido;
porque en este falso trato,
es como dar de barato
del gusto, que se ha tenido.
Pidió sombrero con plumas,
zapato blanco pidió;
casado que así salió,
que no fué en blanco presumas.
Salíme tras dél por ver
adónde me iba afrentar;
acechéle, vile entrar
en casa de esta mujer.
Si no queréis permitir
que muera en vuestra presencia,
de aquesta fiera dolencia
que hasta aquí me hizo venir,
hacelde, señor, bajar;
quitalde de entre sus brazos;
no goce los dulces lazos
do él a mí me hace penar.
Llamalde.

ALGUACIL. No podrá ser,
si no es casa conocida.
LISBELLA. Aquí he de perder la vida.
ALGUACIL. Lo que por vos podré hacer,
con una buena razón
juntaros, que a los casados
ver que están más obligados
los que en nuestro oficio son.
LISBELLA. (1) Callad, que es una ramera.
Llamalde, bajalde, salga;
hoy vuestro favor me valga,
si no queréis que aquí muera.
ALGUACIL. Digo que le llamaré.
¿Ha de casa?
(LEONARDO, *dentro.*)
LEONARDO. ¿Quién va allá?
ALGUACIL. ¿Está aquí Leonardo?
LEONARDO. Está. (2)
¿Quién me busca? Bajaré.
ALGUACIL. Esta dama os busca a vos.
Bajad la espada, llevalda,
servilda, querelda, amalda
y ¡adiós!, que no es más.
LEONARDO. ¡Adiós!

(*Vase el* ALGUACIL.)

TEODORO. ¡Mujer, que te busca a ti!
LEONARDO. Buscáisme a mí?
LISBELLA. Sí, señor.
LEONARDO. ¿Quién sois?
LISBELLA. Yo soy...
LEONARDO. ¿Quién?
LISBELLA Leonor.
LEONARDO. ¿Qué Leonor?
LISBELLA. (No sé ¡ay de mí!
Ya la voz se me acobarda.)
¿Ya me habéis desconocido?
LEONARDO. ¡Tate! Ya os he conocido.
¿No sois de en cas de Ricarda?
LISBELLA. Sí, señor, y envía a deciros
que os lleguéis allá.

(*Entra el* CONDE *y* MAURICIO *y* TANCREDO.)

CONDE. En tal trance
casada, el alma os alcance,
o el fuego de mis suspiros.
Di, Mauricio, ¿no era aquella
que viste?
MAURICIO. ¡Buena es tu flema!
Diste al fin en ese tema
y hácesme correr tras ella.
Y después que a vella vas
en la más sucia calleja,
hallas una buena vieja
de sesenta años y más.
CONDE. ¿Vieja era, Mauricio, di?
MAURICIO. Y viéndose en este aprieto
me dijo: "¿Qué buscáis, nieto?",
que aun de serlo me corrí.
CONDE. ¡Ay, bellísima casada!
¿Dónde podré ir tras ti?
Mauricio, ¿no es ésta?
MAURICIO. Sí.
CONDE. De aquéstos está ocupada.
No puede ser que sea ella;
mas, con todo, he de esperar
a ver si la puedo hablar.
LEONARDO. ¡Qué mujer, Teodoro!
TEODORO. ¡Es bella!
LEONARDO. ¡Es un retrato del cielo!
TEODORO. ¿Podréla, Leonardo, ver?
LEONARDO. Teodoro, no puede ser.
TEODORO. ¿Por qué?
LEONARDO. No es cosa del suelo.
TEODORO. ¡Pues para verla!...
LEONARDO. Teodoro,
no es del mundo aquesta pieza;
es copia de la belleza
del alto y supremo coro.
TEODORO. Truécame aquesta mujer,
pues por ella estás perdido,
por Casandra.
LEONARDO. Ya has oído
que aqueso no puede ser.
TEODORO. ¿Has deprendido mi estilo?
LEONARDO. Yo te daré, si ella quiere,
un cuarto a como saliere.
TEODORO. Hieres por el propio filo.
Ahora bien, déjame aquí,
y súbete tú allá arriba.
Buena moza, así yo viva...
LEONARDO. No habléis, Teodoro, así.—
¡Ah, señora, entretened,
por vida vuestra, a este loco,
mientras voy arriba un poco.
LISBELLA. Por él os haré merced.
LEONARDO. Pues tomad esta sortija,
que luego bajo.

(1) En la edic. de 1610: "ALGUACIL".
(2) En los textos se intercalan, sin necesidad, estas palabras: "ALGUACIL: Abaje."

LISBELLA. Id con Dios.
LEONARDO. Ya quedáis solos los dos.
LISBELLA. (Aquí es justo que me aflija.)

(*Vase* LEONARDO.)

TEODORO. ¿Por qué cubrís tanto el rostro?
LISBELLA. No es, mi señor, para ver.
TEODORO. ¡Extremada es la mujer!
¿Tan fea sois?
LISBELLA. Soy un monstruo.
No seáis descomedido.
TEODORO. Pues un ojo me mostrad.
LISBELLA. Está muy sin claridad.
TEODORO. ¡Vive Dios, que estoy perdido!
¿Podré haber por algún modo
una mano de alabastro?
LISBELLA. ¿Cómo así?
TEODORO. A uso del Rastro,
que se da con vientre y todo.
LISBELLA. Cualquier cosa haré por él
si me llama una criada
que queda atrás.
TEODORO. Ya es llamada.—
¿Lucía, Juana, Isabel,
Francisca, Antonia, Mencía,
Petronila, Inés, Luísa?
LISBELLA. Menos voces y más prisa,
que importa a la fama mía.

(*Vase* TEODORO.)

CONDE. Ya el hombre se ha escapado;
agora quiero llegar;
Mauricio, no hay que dudar.
MAURICIO. ¿No ves su sol eclipsado?
Ella misma es.
CONDE. ¡Venturosa
la hora que me he tardado,
pues tanto bien he ganado!
LISBELLA. Dejadme, que estoy furiosa:
que el dolor que me traspasa
me tiene fuera de mí.
CONDE. ¿Vivís, mi señora, aquí?
LISBELLA. Sí, señor, ésta es mi casa.
CONDE. ¿Aquí vivís?
LISBELLA. Aquí muero
con un dolor excesivo.
CONDE. Pues yo, señora, aquí vivo
con un amor verdadero.
Y pues tan dichoso fuí,
que hallé el tesoro perdido
que desprecia tu marido,
merezca gozarle aquí.
Déjame, mi bien, que afrente
al que te tiene y desprecia;
no seas casta Lucrecia
con quien deshonra no siente.
Quien no te tiene en sus brazos,
casada, dadas las doce,
no es bien que al alba te goce,
ni al sol, que desparte abrazos.
Yo solo te merecí,
y no el traidor que te deja,
casada hermosa, con queja.
LISBELLA. No vivo yo aquí ¡ay de mí!;
pero vive en esta casa
una mujer hechicera,
por quien ordena que muera
este fuego que me abrasa.
Ésta goza en dulces lazos.
Llegad, señor, y llamalde,
y si no, subí y quitalde,
no me ahogue entre sus brazos.
CONDE. ¿Que no es vuestra casa aquésta?
Pues id, mi bien, a la mía:
goce yo de una alegría
que ya tan cara me cuesta.
No os goce quien no os merece,
sino aquel que por vos muere.
LISBELLA. No hagáis que me desespere
con la pena que me crece.
Dejadme, que daré voces
con el furioso accidente.
CONDE. ¡Qué bien llora y qué bien siente,
casada!
LISBELLA. No me conoces.
Casada y perdida estoy.
CONDE. Hónrate, honrada, conmigo;
no aguardes a ese enemigo,
por quien yo sin vida estoy.
No quieras a tu marido.

(*Entra* TEODORO.)

TEODORO. La pescada me han pescado.
¡Por Dios, qué buen lance he echa-
Quiero reñir, ya he reñido. [do!
Mas no, que no puede ser
el juramento quebrar,
ni a Justicia acuchillar
ni reñir sobre mujer.
Ahora bien; quiérome entrar.—
¡Ah, señores caballeros!
(¿Pasaré? ¡Qué tres tan fieros!)
LISBELLA. Hacelde un poco esperar.
CONDE. ¿Esperar? ¿Qué le queréis?

LISBELLA. Cualquier cosa haré por vos
si entre los tres, o los dos,
ese hombre matar podéis,
o dalle una cuchillada
que cruce de parte a parte.

CONDE. Pues haceos a esotra parte.—
¡Ah, hidalgo! Prevén la espada.

TEODORO. (¿Ah, hidalgo? ¿A las doce hidalgo?
Tres son. Borrasca comienza.
Si no fuera por vergüenza,
yo corriera como un galgo.)

CONDE. ¿No responde? ¿Qué se enfada,
pues que le vengo a rogar,
o que se deje matar
o sufra una cuchillada?

TEODORO. ¡Razonable es el partido!
Menester habré un letrado.

CONDE. Estará agora acostado.

TEODORO. Yo le tomara dormido.
Si es negocio de la capa,
nunca yo la niego a tres;
si es por algún interés,
Requies y tierra del Papa.

CONDE. Esta dama lo dirá.

LISBELLA. Por destraedor de casados
y alcahuete.

TEODORO. ¡Alto, soldados!
Corrida la espada está.
Hombre soy.

CONDE. ¡Matalde! ¡Muera!

(*Vanse todos acuchillando.*)

LISBELLA. Sola estoy. Bien lo he trazado.
¡Ojalá aqueste adorado
mi enemigo entre ellos fuera!
Agora tengo de entrar,
pues no lo estorba ninguno.
Aqueste es tiempo oportuno
para poderme vengar.
Llamar quiero. (1)

(*Sale* LUCINDO *y* LEANDRO *y los demás* JUGADORES.)

LEANDRO. ¡Bueno estaba aquel capón,
aunque duro algún poquillo!

LUCINDO. Todo lo cubre el caldillo.
En efeto, afeites son.

PRIMERO. ¡Buena era la ginebrada!

SEGUNDO. ¿Adónde iremos?

TERCERO. Al Prado.

PRIMERO. ¿Y no en cas de algún pescado?

SEGUNDO. Ya estará con su empanada.

LEANDRO. Casandrilla vive aquí.

LUCINDO. Llamad.

LEANDRO. Ya estará acostada.

LUCINDO. Pues haya grita y pedrada.

SEGUNDO. Ya no quedará por mí.

LISBELLA. (Quiero volverme a mi casa;
pues tan desgraciada he sido,
quede empezado el partido
de este fuego que me abrasa.
Callar y sufrirme quiero.
¡Celos furiosos, adiós!
De uno me escapé, y de dos;
no sé si podré al tercero.)

(*Vase.*)

LEANDRO. No le deis grita, que es cosa
de un amigo.

LUCINDO. Un hombre sale.

(*Sale* LEONARDO.)

LEONARDO. No hay miedo que se le iguale.
Decirlo es cosa forzosa.—
¿Podré, señores, pasar?

LEANDRO. Pase.

LEONARDO. Pues Teodoro tarda,
voime, que en cas de Ricarda
sin duda debe de estar.
Bien ternemos que reír.
Voy donde contarlo pueda.

(*Vase* LEONARDO.)

LEANDRO. ¿Sola queda?

LUCINDO. Sola queda.

LEANDRO. De golpe habéis de subir.

LUCINDO. Quedo, que se espantarán.
Id delante, Feliciano;
decilde que soy indiano.

LEANDRO. Llamadme todos don Juan.

(*Entranse todos y sale* LISBELLA *en su casa, y* FABIA, *criada.*)

LISBELLA. Dame aquesas Horas, Fabia,
y ponme aquí un almohada.

FABIA. ¿Vienes ya desengañada
de la mujer que te agravia?

LISBELLA. Después aqueso sabrás.

FABIA. Dilo, si sabello puedo.

LISBELLA. Ha habido allá un grande enredo.

FABIA. No quiero apurarte más,

(1) Sobran estas palabras para el verso, aunque no para el sentido.

pues tu gusto se concierta
en querer disimular.

LISBELLA. Déjame agora rezar.

FABIA. Mi señor llama a la puerta.

LISBELLA. Ten secreto en lo pasado.

FABIA. ¿Tú dudas en mi lealtad?
¿No sabes mi voluntad,
tan sujeta a tu mandado?

LISBELLA. Pues dile que abra un criado.
¿Sabes que es tu señor cierto?

FABIA. Ya el criado tiene abierto.
Reza aprisa con cuidado,
que entra ya en el aposento.

LISBELLA. Disimula, y calla ya.

(Entra LEONARDO.*)*

LEONARDO. ¿Qué, sin acostarse está?
¡Oh, mi bien! ¡Oh, mi contento!
¿A tal hora estás vestida?

LISBELLA. Rezando estaba por vos.

LEONARDO. Si tal ángel ruega a Dios,
segura estará mi vida.—
Toma esta capa y espada.

LISBELLA. ¿Venís, mi señor, cansado?

LEONARDO. Ha habido, amiga, en el Prado
una música extremada.
Nunca queréis ir allá;
que hay mil regalos y coches.

LISBELLA. Para dormir son las noches;
bien estoy, señor, acá.—
Descalza aquí a tu señor.—
¿Queréis que éntre algún criado?

LEONARDO. No me siento muy cansado;
empero traigo calor.

LISBELLA. (¡Con qué corazón fingido
regalos me viene a hacer!
¡Desdichada la mujer
que así goza su marido!)

JORNADA SEGUNDA

(Sale el CONDE ESCIPIÓN, TANCREDO *y* MAURICIO.*)*

MAURICIO. Milagro fué conocella.

CONDE. Estoy, amigos, tan loco,
que a estarlo a todos provoco.
Yo he conocido la Bella.

TANCREDO. ¡Entre tantas, no fué poco!

CONDE. Necio, si fué porque hacía
la luz que de ella salía
ventaja clara y notoria
con mil reflejos de gloria
dentro acá del alma mía.

MAURICIO. ¿Qué tenemos por reflejos?

CONDE. Lo que se causa, Mauricio,
en los cristales y espejos
haciendo entre ellos solsticio. (1)
¡Pues si la vieras, Tancredo,
tan devota oyendo misa!

TANCREDO. Ser noble de ello te avisa.

CONDE. ¿No viste, al decir el Credo,
aquella boca de risa?

TANCREDO. Pues ¿rióse el sacristán?

CONDE. Este necio hace su oficio.—
Tú solo me habla, Mauricio.

MAURICIO. ¡Bien hiciste del galán!

CONDE. Daba de mi amor indicio.
Mas, dime: ¿a quién no venciera
su honestidad, si la viera?

MAURICIO. Así dicen que ha de ser
la que es principal mujer.

CONDE. ¿Cómo?

TANCREDO. De aquesta manera.
Será dama en la ventana,
y en el estrado, señora;
en el aldea, aldeana;
en el campo, labradora,
y en la mesa, cortesana.
En la calle, mucho amor;
en la iglesia, cuanto pueda
devoción con el Señor;
en la cama... Esto se queda
para el discreto lector.

CONDE. Harto bien lo has retratado,
aunque es viva [la] pintura
de su divino traslado,
que de su mucha hermosura
ella sola es el dechado.
Y así tan honesta estaba
esta mi casada bella,
que al Cielo mismo espantaba;
pero más rezaba que ella,
que a Dios por los dos rogaba.

MAURICIO. Y ¿qué rogabas a Dios?

CONDE. Que la ablandase, Mauricio,
con mi tierno sacrificio,
la dureza que a los dos,
y a mí me quita el jüicio.

MAURICIO. A Dios no se ha de pedir
más de lo que fuere justo,
que antes aparta lo injusto.

(1) Falta un verso a esta quintilla.

CONDE. ¿De verme el Cielo morir
posible es que tenga gusto?
TANCREDO. ¿Que eres hereje? ¡Ay de ti!
MAURICIO. En la gentil Teología
de Júpiter se decía
que en siendo uno amante, sí. (1)
CONDE. Pues al llegar a la pila,
¡oh, amigos; oh, hermanos!, vila
meter una mano en ella,
que diera el alma por ella.
TANCREDO. Las lágrimas que destila.
¡Qué apurado traes el seso;
agudo te ha hecho Amor!
Pero pregunto, señor:
¿por qué no fuiste travieso?
CONDE. Tuve, Tancredo, temor.
Que no dudes que pusiera
hecha lágrimas el alma;
porque en ella conociera
mi dolor, mi pena y calma
cuando la mano metiera.
Pero ¿no es ésta que ves?
Sin duda que vive aquí.
MAURICIO. ¿Qué oro, plata, interés
no tendrá quien viene así
en las plantas de sus pies?

(Sale LISBELLA *con manto y un* ESCUDERO.)

CONDE. Pasar por delante quiero.—
Oídme, buen escudero:
de esta dama el nombre aguardo.
BELARDO. Es la mujer de Leonardo.
CONDE. ¿Quién, señor?
BELARDO. Un caballero.
CONDE. ¿Y el nombre de ella?
BELARDO. Es Lisbella.
CONDE. ¿Es la que llaman la Bella?
BELARDO. La misma.
CONDE. Deciros quiero...
BELARDO. ¿Qué?
CONDE. Decid, noble escudero:
¿podría yo hablalla y vella?
BELARDO. ¿Para qué?
CONDE. Para servilla;
que si esto hiciésedes vos...
BELARDO. ¡Qué gentil necio, por Dios!
Comé a costa de la villa,
hermano, y andá con Dios.
¡Qué donoso majadero!
CONDE. Yo, amigo, soy caballero,
y soy el Conde Escipión;
que para cierta razón
quise esto saber primero.
BELARDO. Perdone vueseñoría
si a mi lengua le ha faltado
la debida cortesía;
que, como no [os] conocía,
he andado tan demasiado.
CONDE. Vos habéis andado bien.
No os dé pena ese temor;
que no conociendo a quién,
eso no es faltar valor
tratar uno con desdén.
Sabed que yo me he hallado
en la iglesia esta cadena,
y dicen que le ha faltado
a esa dama, y por ser buena
la guardo con tal cuidado.
Querría que la llevéis,
y de mi parte diréis
que yo la hallé y se la envío;
que de vuestra lengua fío
que decírselo sabréis,
que parecéis hombre noble. (1)
MAURICIO. (¿En que aqueste loco está
creciendo su pena al doble?
TANCREDO. Una cadena le da.
MAURICIO. ¿Qué habrá que el oro no doble?)
CONDE. Y si algo es menester,
buscadme, que a San Luis vivo,
adonde me podréis ver.
BELARDO. A serviros me apercibo.
CONDE. Y yo a daros mi poder.

(Vase BELARDO.)

Amigos, hoy es el día
que amanece en mi alegría.
Hoy me da favor mi estrella.
MAURICIO. ¿Cómo? ¿Quiérete la Bella?
CONDE. No; mas hoy ha de ser mía.
MAURICIO. ¿Cómo? ¿Qué es lo que ha pasado?
CONDE. Al escudero le he dado
una cadena que lleve,
para que mi amor apruebe
a lo que estoy obligado.
Hala llevado a la Bella.
Hoy se abona mi partido,
si llega a su poder de ella.
MAURICIO. ¿Y es el hombre conocido.
o ha dado fianzas por (2) ella?

---

(1) Falta un verso para la quintilla.

(1) En el texto, "honrado", que no rima.
(2) En el texto, "de".

CONDE. ¿No ves que parte engañado,
diciendo que la he hallado?
El hombre se la dará,
y ella que es mía sabrá;
que es lo que yo he deseado.
Vamos, amigos; que quiero
mudar de gala y vestido
por el nuevo bien que adquiero;
pues ya está el bien admitido
de donde yo el bien espero.
Ve tú a aderezallo.
MAURICIO. Iré.
CONDE. Hazme ensillar un caballo;
rompa estas piedras su pie.
MAURICIO. Más de espacio has de tomallo.
CONDE. Más de prisa [o] moriré.
Ventana, balcón y pieza
donde vive el dueño mío,
aquí estoy, no me desvío.
MAURICIO. (Haz que alquile la cabeza,
que es aposento vacío.)

(*Vanse; sale* LEONARDO *y* TEODORO.)

LEONARDO. ¿Adónde te has detenido,
que no te he podido hallar (1)
por más que he dado en buscar?
¿Qué es lo que te ha sucedido,
que ha dos horas que te aguardo?
TEODORO. ¡Ah! ¡Nunca pluguiera a Dios
que saliéramos los dos
aquella noche, Leonardo!
Que tanto peligro vi
cuando allí te dejé, (2) amigo,
que estoy hablando contigo
y creo que no es así.
[LEONAR.] ¿Tanto de mi bien te pesa,
que así mi gusto me quitas?
Tanto mis bienes limitas
que, oyéndote, mi bien cesa.
¿Buscar un hombre su gusto
es una pena tan clara?
TEODORO. Si era justo, me obligara;
pero aquése es caso injusto.
Que te amancebes me pesa;
que es hacer el corazón
cuchillo de bodegón
atado siempre a la mesa.
No quiero dama ni dame;
libertad a toda ley;
porque si me han hecho buey,
el buey suelto bien se lame.
No de hipócrita lo digo,
ni porque de ello te alteres,
porque todo el mal que hicieres
lo ha de haber hecho tu amigo.
LEONARDO. Así te goces, Teodoro;
que no por holgarse un hombre
baja nada de su nombre
ni pierde de su decoro.
Ni por tratar un amigo,
ni ir en casa de una dama,
pierde nada de su fama,
ni le pueden dar castigo.
TEODORO. Ni puede en conversación
tomar un poco contento,
y es menos del casamiento
la prolija obligación.
Es tan público y notorio,
que dicen quieres tener
esa amiga por mujer
y esotra por accesorio.
¡Vive Dios, así mandó
tu mujer, suegro y cuñado,
matarme aquel embozado
que entonces me acuchilló,
como hablando estoy contigo,
que soy tu amigo y soy mozo,
y si te echas en un pozo,
lo ha de haber hecho tu amigo!
LEONARDO. Teodoro, si yo entendiera
que mi mujer tal mandó,
ya estuviera viudo yo
y ella en la tierra estuviera.
Si mi cuñado, o mi suegro,
tal maldad imaginara,
¡vive Dios! que los matara
o tratara como un negro.
También tienes enemigos
que tus glorias envidiaron;
pero, pues no te mataron,
sin duda fueron amigos.
Por matarte hacían alardes
fingidos; al fin, huyeron.
TEODORO. Si amigos, muy necios fueron,
y si enemigos, cobardes.
¿Qué piensa el muy necio amigo
cuando en alguna ocasión,
con gran disimulación,
quiere probar a su amigo?

(1) En los textos, "hablar".
(2) En la edición de 1610, "dije". En la de 1611, "dejé".

No quisieron esperar;
quizá de amigos lo hicieron,
o porque en mi espada vieron
ganas y acero mostrar.
Yo saco la espada tarde;
mas ¡vive Dios! que después
que ha menester buenos pies
el que dos tajos me aguarde.
Gustara verte apartar
de esta Casandra hechicera
que te trae de esta manera
y con tu Lisbella estar
en tu casa recogido,
y no con tan vil mujer,
que te hace el viento beber
y por bobo te ha cogido,
tras pescarte el buen dinero
con tan fingidas respuestas,
porque así lo hacen aquéstas
cuando ven un majadero
que se ande boquiabierto
tras ellas, cual tú.

LEONARDO. No entiendas
que son tan pocas las prendas
que tema ese desconcierto.
Siempre de día la trato;
sólo a comer y dormir
dejo, amigo, de acudir.

TEODORO. ¿Y entre tanto...? ¡mentecato!

LEONARDO. Yo tengo puestas espías.

TEODORO. ¿Sobornallas no sabrán?
¡Por Dios, que hay algún rufián
que come lo que tú envías!

LEONARDO. No soy tan necio o tan feo
que no la obligue mi amor.

TEODORO. ¡Ah, que eres un pecador,
que te engaña tu deseo!
¡Que a ninguno quiere bien,
aunque pienses que te quiera!
¡Guárdate, que es hechicera!

LEONARDO. ¿Que es hechicera?

TEODORO. También.
¿Cuál de éstas no lo ejercita?
Mide la mano y el brazo,
las habas echa y cedazo
y enciende su candelita.

[LEONAR.] Tú estás con Casandra mal,
pues con tan poca ocasión
descubres esa pasión
y te dejas decir tal.
Siempre me ha amado y querido.
Mal tu pecho se declara.

TEODORO. ¿A qué le miras la cara,
y no el corazón fingido?
Que lo hace por pescarte,
como ve la bolsa franca;
que cuando no tengas blanca,
no ha de oírte ni mirarte.
Y porque tan ciego estás,
yo quiero que a verla vamos,
y que los dos le digamos
que aquesta noche te vas.
Y está tres días escondido
en tu casa, y tú verás
cuando vuelvas si hallarás
señal de haberte querido.

LEONARDO. Por que quedes satisfecho,
quiero dejarme engañar,
y a su casa he de llegar
a ver este engaño hecho.

TEODORO. Pues ya que a su puerta estás,
llama.

LEONARDO. Creo que me ha sentido.
Tú verás si me ha querido,
y si me quiere ahora más.

TEODORO. Tú verás tus desconciertos.

LEONARDO. Gana me das de reír.
Ya me sale a recibir
con ambos brazos abiertos.
¡Qué gallarda pisa el suelo!
¿Qué hiciera más un pavón?

TEODORO. Mejor dirás un frisón,
ya con gualdrapa o ya en pelo.

([*Sale* CASANDRA.])

CASANDRA. Con estos brazos te espera
tu esclava.

LEONARDO. Yo los adoro.

CASANDRA. ¿Acá está también Teodoro?

LEONARDO. Es mi media alma, y tú entera.

TEODORO. De invierno y verano son.
Bien es que dos almas lleve:
tú serás alma de nieve,
yo seré la de carbón.
Perdonad, Casandra; a fe,
que no os había saludado.

CASANDRA. ¡Ah, pícaro desgarrado!

TEODORO. En todo me hacéis merced.—
¿Estáis buena?—Ya lo ves.
¿Y vos?—A vuestro servicio.
—Sentaos.—No es ése mi oficio;
pero haréllo.—Baste, pues.

LEONARDO. Tú preguntas y respondes.

TEODORO. Por ahorrar de cumplimiento
yo me pregunto y me asiento.
LEONARDO. Al que eres correspondes;
que esa tu crianza es.
TEODORO. ¿No habrá mujer que entretenga?
CASANDRA. No faltará.
TEODORO. Pues ¡sús!, venga.
CASANDRA. ¿Llamaránla?
TEODORO. Venga, pues.
CASANDRA. Es fea como una bruja.
TEODORO. ¿Quiérola yo para casta?
¿No es mujer?
CASANDRA. ¿Pues no?
TEODORO. Pues basta.
Ojo tiene como aguja.
No hay primer encuentro malo:
tocas tenga y sea una mona;
si es lejos, a la fregona
de casa le haré un regalo.
LEONARDO. ¡Basta! ¡Bueno está, Teodoro!—
Razón será que ya impida
este gusto mi partida.
TEODORO. ¿Cuándo te vas?
LEONARDO. Hoy.
CASANDRA. Pues lloro.
¿Tú te vas?
LEONARDO. Por quince días
de tus ojos me destierro.
TEODORO. Si tú te vas cómo perro.
CASANDRA. Hoy se acabarán mis días.
¡Muerta soy!
LEONARDO. ¿Ves? Desmayada
cayó. ¡Mal haya tal fe!
TEODORO. (¡Que así esta bellaca esté!
¡Oh, bellacona taimada!)
Advierta vuestra merced
que no me ha engañado a mí.
LEONARDO. ¿Para qué la hablas así?—
Criadas, agua traed.—
¡Ah! ¡Mal haya tanto amor
y el haber venido aquí!
TEODORO. ¡Mal haya el fingir—le di—,
y maldirásla mejor!
LEONARDO. ¿Para qué hablas así?
TEODORO. ¿Qué importa que esto le diga?
LEONARDO. ¡Ah, mi buena dulce amiga!
TEODORO. ¡Que esté esta bellaca así!
Unas palabras sé yo
con que luego en sí volviera
si desmayada estuviera.
LEONARDO. ¿Qué, no lo está?
TEODORO. Creo que no.
LEONARDO. Díselas.
TEODORO. Están en griego.
LEONARDO. No importa.
TEODORO. Ya se las digo.—
Treinta escudos trae el amigo;
llega y péscaselos luego.
(Vuelve en sí.)
CASANDRA. ¡Jesús, y qué turbación!
TEODORO. (Mira si han aprovechado.
LEONARDO. Dile más.)
TEODORO. Halos prestado
para cierta ejecución.
LEONARDO. Tornado se ha a desmayar.
TEODORO. Faltó a la palabra fuerza.
LEONARDO. Con otras, Teodor, la esfuerza.
TEODORO. Aquí los trae.
CASANDRA. ¡Qué pesar!
LEONARDO. Acabad ya, vida mía,
que me tenéis de un cabello.
CASANDRA. ¿Que te vas?
LEONARDO. Habré de hacello
por fuerza.
CASANDRA. ¿Cuándo?
LEONARDO. Este día.
CASANDRA. Y ¿qué he de hacer entre tanto?
LEONARDO. Regalarte, que aquí va
dinero que basta.
TEODORO. (Ya
está deshecho el encanto:
ya se ha pasado el desmayo.)
CASANDRA. ¿Al fin me dejas sin ti?
Muerta me has de hallar aquí.
TEODORO. (No finge mal, rico ensayo,
si no que es a lo moderno.)
LEONARDO. ¿No tendrás de mí memoria?
CASANDRA. ¡Cómo esperaré tu gloria
en mi pena, que es infierno!
TEODORO. (En él ¡plega a Dios! estés
si no mientes, Magancesa.)
LEONARDO. Harto el dejaros me pesa.
Beso a Casandra los pies.
CASANDRA. ¿A eso sólo venías?
¡Muerta me hallaréis los dos!
¿Vase Teodoro con vos?
TEODORO. Soy el perro de Tobías,
que no le puedo dejar;
juntos vamos y vendremos.
(¡Bien finge! ¡Lindos extremos!)
CASANDRA. Muerta me tienes de hallar.
TEODORO. (Buena queda. Tú verás
si la hemos de hallar muerta.)
CASANDRA. Cierra, Drusila, la puerta;

ciérrala, no la abras más.
TEODORO. (Escúchala desde aquí.)
CASANDRA. Cierra también la ventana;
no haya luz tan de mañana;
pues se va mi bien de aquí,
sea el Limbo mi aposento.
Hoy no me den de cenar;
quiérome entrar a acostar.
¡Jesús, qué mala me siento!
LEONARDO. Muerta queda de temor
de si tengo de tornar,
y si ella me ve tardar
ha de morir de dolor.
Conocerás tu intención
ser pertinaz y perdida.
Por mí ha de acabar su vida.
TEODORO. Calla, que eres bobarrón.
No hemos pasado la calle,
que en pasando ¡vive Dios!,
que le han de ver más de dos
sobre el faldellín el talle.
No hemos pasado la puente,
que, en saliendo, es cosa llana
que ha de ser el aduana
donde combata la gente.
LEONARDO. De modo me persüades,
que casi estoy por creer
que todo eso puede ser
y que me dices verdades.
Tú has de ver en sus entrañas
que ha de ser su fin muy presto.
TEODORO. Apartémonos del puesto,
y tú verás sus marañas.
Verás si sabe vivir
cuando la oprima tu ausencia,
y verás si en tu presencia
sabe llorar y fingir.
LEONARDO. Todo aqueso puede ser;
mas cree de mí una cosa,
que si aquésta es mentirosa
que no creeré más mujer.
Quiero a mi casa llegar
y vestirme de camino.
Si fuere mal adivino,
yo me condeno a azotar.

(*Vanse, y sale* LISBELLA *y* BELARDO *con la cadena.*)

BELARDO. Esta cadena me dió,
y que tú la habías perdido
el hombre me declaró.
LISBELLA. En todo engañado has sido;
o el nombre o la casa erró.
Nunca tal joya perdí.
BELARDO. ¿Tiénesme por hombre a mí
que la cadena trujera
si aquesto no me dijera,
o no te confías de mí?
¿O es que pones en olvido
lo que en tu servicio he hecho?
LISBELLA. No tienes que estar corrido,
que muy bien sabe mi pecho
que eres hombre bien nacido;
pero púdote engañar,
y engañóte, no hay dudar.
BELARDO. Aqueso he sentido más.
Déjame ir allá y verás
si sé por tu honor tornar.
LISBELLA. Eso es, Belardo, peor.
Mejor será remediallo
antes que encienda el Amor
fuego que, para apagallo,
sea menester el honor.
BELARDO. ¿Qué es lo que quieres hacer?
LISBELLA. Yo le quiero responder
de mi mano en un papel.
¿Hay recado para él?
BELARDO. Presto se podrá traer.
LISBELLA. Este extranjero, Belardo,
es el que hoy estaba en misa.
BELARDO. A escribirle te da prisa.
LISBELLA. No imagines que me tardo.
Aquí mi mano le avisa
que se reporte y entienda
que tengo dueño y hacienda;
que se esté quedo en su casa,
porque si por la mía pasa
habrá en ella quien le ofenda.
BELARDO. Que le añadieses querría
que si acaso va creciendo
su inexpugnable porfía
le harás matar.
LISBELLA. Voy diciendo
eso con más cortesía,
porque a un hombre principal
no se puede escribir mal
ni perderle así el respeto.
Con esto acabo, en efeto.
Gente suena en el portal.

(*Entra* LEONARDO *hablando.*)

LEONARDO.

¿No hay nadie en esta casa? ¿Qué es aquesto?

BELARDO.

(Mi señor viene.

LISBELLA.

Pues ¿no habías cerrado?

BELARDO.

Esconde ese papel.

LISBELLA.

Conviene presto.)

LEONARDO.

¿De qué estáis vos turbada y él turbado?
¿Cómo no respondéis los dos tan presto?
¿Os ocupa el temor de lo pasado?
¿Qué hacía aquí el papel y escribanía?

LISBELLA.

A mi padre una carta enviar quería.

LEONARDO.

¿A vuestro padre? ¿A vos por dicha os falta
algo en mi casa?

LISBELLA.

No es por falta alguna
que tenga en vuestra casa, o baja o alta,
pues vos sabéis que no falta ninguna.
El alma se me aflige y sobresalta
con el temor de mi cruel fortuna.
No hay dudar, yo tengo en vuestra casa
lo que a mi calidad excede y pasa.

LEONARDO.

No más fingir, que ya he dado en el blanco.
¿De qué sirve fingir que es otra cosa?
¿De qué te pones colorado y blanco?

LISBELLA.

(Hoy es mi muerte, sin razón, forzosa.)

LEONARDO.

A tu señor agradecido y franco,
a quien mostrabas risa vergonzosa,
¿no respondes? Decid lo que ha pasado,
que estoy en fuego de mi honor asado.

LISBELLA.

¡Jesús! Señor, ¿vos empuñáis la daga?
¿Tenéis, acaso, de mi honor recelo?

LEONARDO.

No os espantéis, Lisbella, que esto haga.

LISBELLA.

Viva me trague, si os ofendo, el suelo;
mas porque el corazón no se deshaga
en el pecho pensando este recelo,
oídme un poco, contaréoslo todo.

LEONARDO.

Con esa dilación pensáis el modo.

LISBELLA.

Después que [vos] tratáis mujeres ruines,
habéis tenido ruines pensamientos,
viniéndoos a acostar a los maitines
con mil livianos entretenimientos.

LEONARDO.

Hacéisos todos unos serafines
en viendo descubiertos los intentos
de vuestro mal vivir, y luego ha sido
culpa el marido, que anda destraído.

LISBELLA.

Paso, señor, que soy mujer honrada,
y no lo agradecéis.

LEONARDO.

¡Gentil respuesta!
¿No estáis, Lisbella, vos misma obligada
a vos propia por vos a ser honesta?

LISBELLA.

En tales tiempos que no está guardada
la honra, sino a mil peligros puesta,
tener honor guardado en casa es mucho.

LEONARDO.

¡Qué grandes disparates os escucho!
Muy bueno es que una mujer casada
quiera que su marido le agradezca
el vivir recogida y recatada,
y esto dificultoso le parezca;
y porque al otro le negó la entrada
entonada se empine y engrandezca
pidiendo galardón por lo que es pena.
Si vos sois buena, para vos sois buena.
¿Hízose el matrimonio por ventura
para que la mujer no le guardase,
o para que encerrada en su clausura
por su marido y por su honor mirase?

LISBELLA.

Y ¿diósele al marido más anchura
para que, desvelado, desvelase
a su casa y mujer con tal exceso?

LEONARDO.

Callad, que me hacéis cargo sin proceso.

LISBELLA.

Si vos, Leonardo, fuérades tan bueno,
no había que agradecer que yo lo fuera;
mas andáisos de noche, y al sereno,
bebiendo el viento de una vil ramera,
y atrévese a la vuestra un hombre ajeno
que, por dicha, quizá no se atreviera
si os viera en casa honesto y recogido
haciendo propias obras de marido.
Saben como andáis vos amancebado
y que a mí me tenéis moza y ociosa,
y atrévese algún hombre, a vuestro lado,
como a cama desierta y deseosa.
Estos días un hombre me ha mirado,
a quien he resistido vergonzosa,
y hoy me ha solicitado estando en misa,
y sabe Dios si yo lo he echado en risa.
Dióle, al fin, á Belardo esta cadena
para que me trujese hoy.

LEONARDO.

¡Oh, villano!

BELARDO.

Inocente de culpa y no de pena
estoy. ¡Por Dios, señor, detén la mano!

LISBELLA.

Viéndome, pues, de aquesta culpa ajena,
por que se resfriase este liviano,
la cadena volverle ahora quería,
y de esta suerte mi papel decía.

LEONARDO.

Mostrad luego el papel.

BELARDO.

Esta es la prenda.

LISBELLA.

Mi bien, discreto sois.

LEONARDO.

Soy desdichado.

LISBELLA.

¿Queréis que este suceso el mundo entienda?
En vos mismo se esté depositado.

LEONARDO.

¡Si estás culpada al Cielo te encomienda!
Entraos en ese aposento.

LISBELLA.

Con cuidado
me digas de tu vida.

LEONARDO.

En ti la empeño.

LISBELLA.

Que, al fin, aunque eres malo, eres mi dueño.

LEONARDO.

Partamos luego.—¿Tú por dicha sabes
dónde vive este hombre?

BELARDO.

A San Luis decía.
Creo que es conde.

LEONARDO.

Esconde cosas graves
en su villana y loca fantasía.
Abre esa puerta y toma tú las llaves,
que si en algo padece la honra mía,
no ha de quedar en casa de este hombre
hoy cosa que de vida tenga nombre.

(*Vanse; sale el* CONDE, TANCREDO *y* MAURICIO.)

CONDE. Si ella me responde airada,
tenme, Mauricio, por muerto.
MAURICIO. Que responderá es muy cierto.
CONDE. ¿Cómo?
MAURICIO. Está poco obligada.
CONDE. Pues ¿qué la tengo de hacer?
MAURICIO. Porfiar, y porfiar,
que a una mujer el amar
la ha de venir a vencer.
CONDE. Yo soy, Mauricio, el vencido
y el que había de morir hoy,
si en la pena con que estoy
no socorro mi sentido.
Bella casada, no huyo
de querer lo que tú quieres,
pues por ser lo que tú eres
a tu amor me restituyo.
[MAURIC.] No te has de morir tan presto,
pues la empezaste a ver hoy.
CONDE. Si de hoy a la muerte estoy,
el vivir acaba en esto.
Bella casada, no huyas
de darme un nuevo favor,
que moriré de temor
aunque mil miedos me arguyas.

A ti sola me consagro,
y, cuando me des la vida,
a ti te estará ofrecida
como dueña del milagro.
Cree, Lisbella, de mí
que a ti mismo cree mi dueño; (1)
a tu amor propio me empeño,
pues la libertad te di.

MAURICIO. Sosiégate, no estés loco.

CONDE. Pierdo, Mauricio, el sentido
de que guarde fe al marido
que a la mujer tiene en poco.

MAURICIO. ¿En poco? ¿De qué manera?

CONDE. Agraviándola el marido,
pues que la tiene en olvido.

MAURICIO. El marido, si lo fuera,
acá se usaba en España
matar a la hembra el varón.

CONDE. Pues esa misma razón
por igual a los dos daña.
Los que se juntan en uno,
siendo por mano de Dios,
el daño será en los dos,
igual lo fuera en el uno.

[MAURIC.] Siempre el hombre es preferido
en esto y en lo demás.

CONDE. ¿Qué razón para eso das?

MAURICIO. No más que ser el marido.

CONDE. Luego la ley de la tierra
¿difiere de la del Cielo?

MAURICIO. Como de ese Cielo al suelo.

CONDE. Pues ¿yerra en todo?

MAURICIO. Sí yerra.
Mas ven acá: ¿Dios no manda
que al que me dé un bofetón
que le sufra otro?

CONDE. Es razón
de Dios, en sus leyes anda.

MAURICIO. Pues el mundo es de otra suerte,
que me manda que le mate,
y como de esto no trate
quedo infame hasta la muerte.

CONDE. Yo querría disculpar
a la Bella, y tú no quieres;
yo disculpo a las mujeres
que muchos suelen culpar.

MAURICIO. Dime tú: si acaso un hombre
con otro a su mujer viese
y a los dos presos tuviese
con aqueste infame nombre,
¿recibiera por descargo
la justicia, del marido,
que había andado distraído?

CONDE. Haces a Lisbella cargos.
Di qué puede una mujer
si el marido la aborrece,
amar a quien la apetece.
Dilo y dame este placer,
que ojalá pluguiera a Dios
que en eso el daño estuviera
antes que me aborreciera.

(*Entra* TANCREDO.)

TANCREDO. Dos hombres te buscan.

CONDE. ¿Dos?

TANCREDO. Dos, y creo que de parte
de Lisbella.

CONDE. ¿Estás en ti?
¿Qué dices?

TANCREDO. Así lo oí.

CONDE. Este anillo quiero darte,
y diles que entren.

TANCREDO. Entrad.

(*Entran* LEONARDO *y* BELARDO.)

BELARDO. ¿Conocéisme?

CONDE. Aunque te vi
donde el sentido perdí,
conozco [en] tu claridad
que de aquel sol que has mirado,
tanta parte te ha cabido,
que vienes de luz vestido.

BELARDO. En todo estás engañado.
Acuérdate que me diste,
con pecho falso y fingido,
esta joya, que perdido
mi señora había dijiste.

CONDE. Sí me acuerdo.

BELARDO. Yo, al momento,
partí desde aquí a llevalla,
donde pudiera compralla
con mi loco atrevimiento:
que, como partí engañado,
la di, y hizo tal efeto,
que me puso en el aprieto
que si yo fuera culpado.
Mi señora que la vió,
dándome a mi solo el cargo,
sin admitirme descargo
a su gente me entregó,
donde si un ruego no hiciera
el descargo en mi disculpa,
yo, como autor de la culpa,

(1) Este verso es incorrecto.

por tu causa padeciera.
Para saber la verdad
viene conmigo un criado
de su casa, el más honrado
y el de mayor calidad.

LEONARDO. Yo soy quien vengo con él,
aunque no con poca pena,
y os traigo aquesta cadena
y con ella este papel.
Y me espanto de que deis,
siendo noble y caballero,
y tan nuevo y extranjero,
en servir a esa que veis;
que aunque es verdad que el Amor
a todos puede igualar,
puede esa mujer prestar
a muchas honra y valor.
Engañastes al criado
dándole aquesa cadena,
para el tercero aun no buena
y vil para el amo honrado.
Tenéis mala información
de Leonardo y de Lisbella,
y no hacéis Escipión con ella (1)
lo que en Capua Escipión.
Y si pensáis por dinero
conquistar su honra y honor,
muy honrado es mi señor,
muy rico y muy caballero;
y hallaréis, cuando él nos llame,
como yo muchos criados
que ciñen a hidalgos lados
limpio acero y oro infame.
Lo que me respondéis ved
por que me vaya.

CONDE. No creo
que es mi delito tan feo.
Oíd, por me hacer merced.
Confieso que la miré,
y de su rostro pagado,
engañé aquese criado
y esa cadena [le] envié.
Y a aquesto me he atrevido,
no porque no fuese honrada,
sino porque mal casada
dicen que es con su marido;
que diz que es amancebado,
y es justo que a una mujer
que tantos pueden querer
no la deje de su lado;
aunque quien tales criados
a guardar su honra previene,
muy justa disculpa tiene
de olvidar esos cuidados.
Pero podéisle advertir
la guarde como a su vida,
que fuerza muy combatida
suele venirse a rendir;
que la quiera y que la ame,
que, aunque se finja más fuerte,
nadie es bueno hasta la muerte
ni hasta el fin bueno se llame.
y de mi parte prometo
no pasar su calle más.

LEONARDO. Con eso, que importa más,
pido, señor, el secreto.

CONDE. Yo os lo juro, y alumbrad,
que creo que ha anochecido.

LEONARDO. La luz que quise he tenido.
Mi señor, adiós quedad.

(*Vanse* BELARDO *y* LEONARDO *y el* CONDE *se queda.*)

CONDE. ¿Hay suceso semejante?
Perdido quedo ¡por Dios!

TANCREDO. ¡Qué criados estos dos!

CONDE. Amante soy de un diamante,
que estas dos puntas son guarda
de su fuerza inexpugnable:
ella es fuerza incontrastable
del temor que me acobarda.
¿Hay suceso más cruel
que el que a mí me ha sucedido?
Mas oíd, que al fin he sido
dichoso en este papel,
que, al fin, de su mano fiel
el Cielo me ha socorrido.

MAURICIO. Dice aquí que te ha querido.

CONDE. Oye y mira sólo a él
y en qué palabras me fundo.
"Cánsome el estalle oyendo"
¿no dice aquí?

MAURICIO. Así lo entiendo.

CONDE. Y que no escriba el segundo.
Pues quien me envía a avisar
bien me debe de querer;
mucho sabe esta mujer,
y es fuerza que se ha de amar.

MAURICIO. Yo te daré una mujer
que, en corriendo la cortina,
es la misma Celestina
en el comprar y el vender.
Escríbele con aquésta,

(1) También en este verso, para que constase, había que leer "Cipión".

que si eso has imaginado,
hoy mejoras de cuidado,
porque es cierta su respuesta;
que acaso no se fió
de aquel qué llevó el pasado,
y aqueste engaño ha buscado
y con esto te avisó.

CONDE. Mauricio, sin duda es cierto.
Búscame aquesa mujer,
amanezca en mi placer,
pues llegó mi bien al puerto.
Ya no temo a mi contrario,
y vamos, porque querría
pasar por la Platería
a comprar un relicario.

MAURICIO. ¿Para qué?

CONDE. Para poner
aqueste papel bendito.

MAURICIO. ¡Qué hueso de San Benito!
Mas quizá lo vendrá a ser.

(Vanse, y sale TEODORO *y* FABRICIO.*)*

TEODORO. Al fin, ¿la banda te dió?

FABRICIO. Luego que vió tu papel
dió lo que pides por él.

TEODORO. ¿Y el corte no?

FABRICIO. El corte no;
pero dióme raso bueno,
de lo fino valenciano,
que no se quiebra en la mano
ni cruje de goma lleno.
Dióme ligas.

TEODORO. ¿Qué color?

FABRICIO. De encarnado tafetán.

TEODORO. ¿Y oro?

FABRICIO. De lo de Milán,
que es más delgado y mejor.

TEODORO. ¿Compraste los zapatillos?

FABRICIO. Con caireles de oro y seda.

TEODORO. Yo gasto linda moneda.

FABRICIO. De los blancos y amarillos.

TEODORO. La cuenta te estoy pidiendo
que si fuera para mí.
Llévalos, Fabricio, y di
que iré en ganando o perdiendo,
que aquí, desde aquí a las diez,
me quiero entrar a jugar.

FABRICIO. Dime: ¿qué te ha hecho dar
tantas cosas de una vez?
Tú que en las casas entrabas
y a mujeres les comías
cuanto en alacenas vías
y hasta espejos les hurtabas,
de ver esta sevillana
¿te has mostrado tan rendido?

TEODORO. ¡Qué poco me has entendido!

FABRICIO. Calla, que es una gitana,
y te pelará las barbas
si das tanto en humillarte.

TEODORO. Como ésas tengo a una parte
tripuladas como parvas.

FABRICIO. Otra mozuela sé yo
que es más nueva en el oficio.

TEODORO. ¿Mozuela? ¿Dónde, Fabricio?

FABRICIO. Aquesta tarde llegó.
Ello todo es alquilado
cuanto en su casa se aliña,
hasta la ropa y basquiña;
mas es de limpio tramado.

TEODORO. ¿Hay garabato? ¿Hay limpieza?

FABRICIO. Plata, nieve y lo demás.

TEODORO. Pues eso le llevarás.

FABRICIO. ¡Oh, qué pies! ¡Oh, qué cabeza!

TEODORO. Déjame, que estoy perdido.
¡Ah, muchacha de los Cielos!

FABRICIO. ¡Qué cascos!

TEODORO. Ya tengo celos
del malo que la ha traído.

FABRICIO. ¿Qué, la tienes tanto amor?
Gente viene.

TEODORO. Hazte a esa parte.—
Pues ¿qué hay, señor Durandarte?

(Entra LEONARDO.*)*

LEONARDO. Ya ve el señor Galaor.
Pues bien, ¿cómo va, Teodoro?
¿Dónde bueno se despacha?

TEODORO. ¡Oh, Leonardo, qué muchacha!

LEONARDO. ¿Es hermosa?

TEODORO. Como un oro.

LEONARDO. ¿Cuándo la viste?

TEODORO. Fabricio
me lo ha dicho.—Llévale eso,
que pierdo por ella el seso.

FABRICIO. Voy a hacer, señor, mi oficio.

LEONARDO. ¿Viste a Casandra, Teodoro?

TEODORO. Vamos, Leonardo, de aquí.

LEONARDO. No pienso pasar de aquí;
sólo a mi Lisbella adoro.

TEODORO. ¿Búrlaste, Leonardo?

LEONARDO. ¿Cómo?

TEODORO. ¿Estás conmigo fingiendo?

LEONARDO. La verdad te estoy diciendo;
aquesto de veras tomo;

ya todo se me ha olvidado;
ya dejo esos disparates.

TEODORO. Pues como ya de eso trates,
en mí tendrás un criado.
¿Has visto a Casandra más?

LEONARDO. ¿Cómo la he de ver sin ti,
pues desde ayer no te vi?

TEODORO. Pues ¿qué es aquesto en que das?
¿Qué te lleva a tu Lisbella
que de Casandra te aparta?

LEONARDO. La ocasión, amigo, es harta.
Quiero adoralla y querella.
Ya he visto lo que hay que ver.
¡No más burlas, santo honor!

TEODORO. De ti no quiero en rigor,
lo que no quieras, saber.
Gusto no vería tras quien
te diera algún bebedizo
envuelto en algún hechizo.

LEONARDO. Déjalo, Teodoro; ven,
que he de ver si me olvidó,
pues estoy junto a su casa.

TEODORO. Ven y verás lo que pasa.

LEONARDO. Todo, Teodoro, pasó.

(*Vanse; sale* CASANDRA, JULIO *y* LUCINDO.)

CASANDRA. ¿Cómo no veniste, amigo,
que hasta agora te esperé?

JULIO. No pude venir, a fe;
cree de mi lo que te digo.

CASANDRA. Sentémonos, pues estamos
seguros de aqueste ausente.

LUCINDO. Vuesa merced no lo miente
si no quiere que nos vamos.

CASANDRA. Pon en mi regazo, amigo,
la cabeza, espulgaréla.

(*Entra* ALEJANDRO *y* ARTANDRO.)

LUCINDO. Dormiréme.

ALEJ. ¡Bien se vela!
Aguardadle.

JULIO. Aqueso digo.

ARTANDRO. Llamen a Leonora y Fabia,
tendremos conversación.

CASANDRA. Tienen cierta ocupación.

ARTANDRO. Esa ocupación me agravia.

LUCINDO. ¿Hay rifa?

CASANDRA. No faltará.
Estas manillas en veinte
escudos.

JULIO. Vaya pariente.

ALEJ. Echada la suerte está.

CASANDRA. Los naipes están aquí.

JULIO. ¿Casandra no ha de rifar?

ALEJ. De aqueso no hay que dudar.

ARTANDRO. ¿Alzo por la mano?

LUCINDO. Sí.

JULIO. Esto es, que el mejor la gane
y la pague el más ruín.

ALEJ. Aqueso es decir, al fin,
que uno hiera y otro sane.

ARTANDRO. Sentado estoy.

LUCINDO. Yo también.

(*Entra* TEODORO *y* LEONARDO.)

TEODORO. (Leonardo, ¿dirélo yo?

LEONARDO. ¿Es la que se desmayó?

TEODORO. Y la que es maya también.
Echarélos por ahí
así como están sentados.

LEONARDO. Estemos más sosegados.

TEODORO. Vaya por amor de ti.)

LUCINDO. Veinte tengo.

ARTANDRO. ¡Bueno estás!
Quédome yo en la posada.

JULIO. Naipe, dame aquí una espada
sola esta vez, y no más.

LEONARDO. (¡Quién te la pasara a ti,
bellaco, desvergonzado!

TEODORO. Leonardo, más sosegado
está si has de estar aquí.)

JULIO. Naipe, esta vez y no más.
¿Quién sopla?

CASANDRA. Yo.

TEODORO. (¡Ah, socarrona!
¿Tan pronto diste en soplona
estando tu bien detrás,
digo, tu galán ausente?

LEONARDO. ¿Qué, no me queréis dejar
que eche, Teodoro, a rodar
por aquí toda esta gente?)

JULIO. Espadas es ¡vive Dios!

CASANDRA. El soplillo te lo diga.

JULIO. Sírvete de ellas, amiga.

TEODORO. (No se soplan mal los dos.)

ARTANDRO. ¿Qué hacéis vos?

ALEJ. Muerdo esta sota.

LUCINDO. La misma me ha entrado a mí.

ARTANDRO. ¿Bailaráse?

ALEJ. Sí.

JULIO. Eso, sí.

LUCINDO. Siempre el ganar alborota.

TEODORO. (Llega, que está encarnizada.)

JULIO. Ya vino el de los favores.

LEONARDO. No cese por mí, señores,
la música comenzada.
ALEJ. ¡Ojo! El del alma ha venido.
LUCINDO. Y aun el del cuerpo también.
ARTANDRO. Yo me voy.
ALEJ. Y yo también.
JULIO. Y yo.
LUCINDO. Contadme por ido.
CASANDRA. ¡Jesús! ¿Tan presto has venido?
LEONARDO. ¿Por qué, Casandra, se van?
TEODORO. Porque eres tú su galán.
LEONARDO. ¡A qué tiempo me has cogido!
¿Eres tú la desmayada
y que te morías por mí?
CASANDRA. Consolarme pretendí,
que estaba desconsolada.
Dame, mi bien, esos brazos.
Acabemos, no haya más.
LEONARDO. No esperes verme jamás,
que antes los haré pedazos.
TEODORO. "¿A eso sólo venías?
Muerta me has de hallar, a fe."
¿Qué te parece?
LEONARDO. Que fué
lo mismo que tú decías.
Vamos, Teodoro: no más.
CASANDRA. (Este traidor lo concierta.)
TEODORO. "Cierra, Drusila, la puerta;
ciérrala, no la abras más."
CASANDRA Voime si me hablas así.
TEODORO. "Cierra también la ventana;
no haya luz tarde y mañana,
pues se va mi bien de aquí.
Sea el Limbo mi aposento.
Hoy no me den de cenar.
Quiérome luego acostar.
¡Jesús, qué mala me siento!"
CASANDRA. Si me tratas de esa suerte
pronto me verás morir.
TEODORO. Gana me da de reír.
Tenla, que se dará muerte.
¿Estás ya desengañado?
¿Podrémonos ya volver?
LEONARDO. Voy, Teodoro, a mi mujer,
que adoro en ver su traslado.
Y tú, ¿dónde irás agora?
TEODORO. ¿Ya no conoces mi tacha?
A ver aquella muchacha,
que la adoro habrá media hora.
LEONARDO. ¿Es hermosa?
TEODORO. No la he visto;
pero paréceme a mí
que es bonita.
LEONARDO. Voy tras ti.
TEODORO. En balde tu humor (1) resisto.

JORNADA TERCERA

(*Sale* LEONARDO *y* LISBELLA, *con una cadena asidos*.)

LEONARDO. Soltad, Lisbella, no deis
lugar a algún disparate.
LISBELLA. No he de hacello aunque me mate
vuestra mano.
LEONARDO. ¿Qué, queréis
dar lugar a que me enoje
con resistir la cadena?
Daisme a entender que es ajena
con eso.
LISBELLA. ¡Que así se arroje
vuestra lengua para hablar
cosas contra vuestro honor!
Soltadla ¡por Dios!, señor,
que si la quiero guardar
no fué por daros pasión,
ni porque a mí se me diera
nada de que se perdiera;
mas téngola yo afición,
que quien os daba sin pena
sortijas, manillas, broches
estas tres o cuatro noches,
diera también la cadena;
que si yo la he resistido
fué por ser la primer cosa
que hizo fe de vuestra esposa
cuando fuisteis mi marido,
y así quise guardar ésta
por tener el fundamento
que hizo fe de un casamiento
que ya tan caro me cuesta.
LEONARDO. Soltadla, que ya sé yo
por qué tanto la guardáis.
LISBELLA. ¿Cómo? Pues ¿no os acordáis
que vos me la distes?
LEONARDO. No.
LISBELLA. ¿No, decís? Pues ¿no sabéis
que vos propio la trujistes
y al cuello me la pusistes?
Ya olvidado lo tenéis,
y cáusalo la pasión
de esas indomables iras.

(1) En el texto, "honor".

¡Ay, Dios, que en el Cielo miras
la propia imaginación,
mira mi honor afrentado!

LEONARDO. No digo que no sois buena.
Dadme agora la cadena,
Lisbella, que estoy picado.

LISBELLA. Ya os digo por qué la guardo,
que no es por el valor de ella.

LEONARDO. Acabad; quedaos con ella,
que yo os prometo...

LISBELLA. Leonardo,
a un hombre de tanto peso
¿es justo que así le ciegue
un vicio vil y que juegue
su hacienda con tal exceso?
¿No veis vuestros hijos dos,
y no veis vuestra mujer
que lo habrá bien menester?

LEONARDO. Andad ¡mal os haga Dios!,
que cuando me entretenía
de noche con un amigo,
pongo al Cielo por testigo
que sufriros no podía;
que si en una casa entraba
dábades voces al Cielo
y venganza a todo el suelo,
diciendo que os afrentaba;
y yo entraba honradamente
y vuestra rabia y furor
me hizo, con vuestro rigor,
mal casado con la gente.

LISBELLA. ¿Yo, señor? Pues ¿qué os hacía?
¿En mi casa no me estaba?
¿A mis solas no lloraba?
¿Quitábaos vuestra alegría?

LEONARDO. Sí, y perdiades el juicio,
diciendo que yo os dejaba.

LISBELLA. Luego, si un vicio se acaba,
comenzáis por otro vicio.
¿No puede un hombre casado
tener su gusto y sabor
sino siendo jugador
y dando en amancebado?
Pues de aquí, Leonardo, os ruego
que si algún vicio ha de haber,
deis el alma a una mujer
y no se la deis al juego,
que a los ratos oportunos
de gozar vuestros favores,
de tanto decirle amores
quizá me diréis algunos.
Que cuando allá fuera andaba
vuestro gusto entretenido,
o por ser vos mi marido,
o porque yo me quejaba,
entre mil requiebros bellos
vuestros brazos tuve asidos,
y, aunque para mí fingidos,
yo me engañaba con ellos.
Y aunque por esto engañada,
gozaba de vuestro lado,
y con hombre regalado
era de vos regalada,
y agora que estáis conmigo,
como el sueño no es pesado,
más espaldas me habéis dado
que un cobarde a su enemigo.
Dormís con poco sosiego;
coméis poco, alborotado;
andáis desasosegado,
y abrasáisme en puro fuego.
Y agora si os digo "¡Muero,
mi bien!", luego se alborota
vuestra alma y dice: "Una sota
me quitó todo el dinero."
No quiero competidor
tan grande, que una mujer
otra la podrá vencer
con industria o por amor;
mas contra un naipe no sé
treta que pueda valerme.

LEONARDO. Todo esto es entretenerme.
La cadena se me dé,
Lisbella, que ya sabéis
lo que es un hombre picado.

LISBELLA. Basta lo que habéis jugado
y lo que holgado os habéis.
Mirad que os está muy mal,
señor, que de vos se diga
que ayer dejastes la amiga
y hoy jugáis vuestro caudal:
que el que es, cual vos, caballero,
Leonardo, debe atender
a lo que ha de padecer
su honra entre el vulgo fiero.

LEONARDO. Lisbella, el aconsejarme
sólo tiene de servir
de enojarme y de reñir,
y sobre todo picarme.
Que oyendo vuestros consejos
y viendo lo que queréis,
y que con ellos ponéis
estos remedios tan lejos,
he perdido en quince días

más de cuatro mil ducados.

LISBELLA. Están, señor, bien jugados, pero no las joyas mías.

LEONARDO. ¡Acabad, soltadla ya!

LISBELLA. La vida podéis quitarme.

LEONARDO. ¿Vos pretendéis enojarme? ¡Soltadla!

LISBELLA. Tarde será.

LEONARDO. ¡Oh, pese a tal con la loca!

LISBELLA. ¿Vos ponéis en mí la mano? [no! ¡Padre! ¡Señor! ¡Primo! ¡Herma-

LEONARDO. ¡No más! ¡Cerrá aquesa boca!

LISBELLA. Por mujer nunca me diste, ¿y ahora por el juego sí?

LEONARDO. ¡No más!

(*Vase* LEONARDO. [*Entra* FABIA.])

FABIA. ¿Cómo estás así, señora, con penas tristes? ¿Cómo estás así?

LISBELLA. ¡Mi Fabia, muero de un dolor temprano!

FABIA. Mira que sale tu hermano.

LISBELLA. Pues disimula cual sabia.

(*Entra* CLAVELIO.)

CLAVELIO. Leonardo descolorido
y no hablarme cuando entré,
y vos en el suelo; a fe,
hermana, que habéis reñido.
¿Vos estáis de esa manera?
¡Vive Dios, si tal pensara,
en la puerta lo clavara
antes que de ella saliera!

LISBELLA. Hermano, en toda mi vida
nunca más contenta estuve
que agora.

FABIA. Una mujer sube.

CLAVELIO. ¿Qué fué, Lisbella querida,
la causa de este interés?

LISBELLA. Quería, hermano querido,
darme Leonardo un vestido,
que tú lo verás después;
y faltándole el dinero,
lleno de cólera y pena,
tomó, hermano, una cadena
que yo como a un hijo quiero.
Yo, como le vide airado,
a tomársela corrí,
caí y un pie me torcí,
y de aquesto iba enojado.

CLAVELIO. ¡Por tu vida! ¿Aqueso fué?
Huélgome de haber venido
y que tan poco haya sido.

FABIA. No es poco torcerse un pie.

LISBELLA. Dame tú, Fabia, la mano.
¡Ay! ¡Qué dolor he sentido!
El chapín se me ha torcido;
otros me den. ¡Ay, hermano,
y qué gran dolor me dió!

CLAVELIO. No, Lisbella; ya lo entiendo,
y que estás de mí encubriendo
lo que entre los dos pasó.
No me contenta, Lisbella,
la envidia de vos vengada;
creo que malmaridada
quiere añadir a la bella.

LISBELLA. Hermano, no hay que dudar,
que lo que he dicho ha pasado
y no hay que tomar cuidado
de ello.

(*Entra* MARCELA.)

MARCELA. Hija, ¿podré entrar?

LISBELLA. ¿Quién es?

FABIA. Aquella mujer
que suele traer las tocas.

MARCELA. Ya las mías, hija, apocas.
¿Cómo no te dejas ver?
¡Linda estás! ¡Guárdete Dios!
¡Qué deseo que tenia
de verte ya!

LISBELLA. ¡Madre mía!

CLAVELIO. Dadle una higa.

MARCELA. Y aun dos.

LISBELLA. Muestra a ver. ¡Qué pobres son!
¡Qué viejos y sin donaire!
Aquéste tiene algún aire,
mas es vieja la invención.

CLAVELIO. ¿Qué quiés, Lisbella, comprar,
que todo pagarlo quiero?

LISBELLA. Tente, no saques dinero.

CLAVELIO. Todo lo quiero pagar.

LISBELLA. Para mayor ocasión
quiero tus cosas, hermano.

CLAVELIO. Como hermano y cortesano
quiero pagar.

MARCELA. No es razón.

CLAVELIO. ¿De que yo te pague huyes?
No traes gana de vender.

MARCELA. Antes me echas a perder
y mis intentos destruyes.

CLAVELIO. ¿No quiés vender?

LISBELLA. Los tocados
son de labor enfadosa.
¿No traes, Marcela, otra cosa?
MARCELA. Sí.
LISBELLA. ¿Qué?
MARCELA. Guantes extremados.
LISBELLA. No ibas a decir eso.
¿Qué cosa es? Dilo llano.
MARCELA. ¿No ves que está aquí tu hermano?
CLAVELIO. Nunca lo dejes por eso.
MARCELA. Las cosas de las mujeres
no se tratan con los hombres.
CLAVELIO. Ya yo sé todos sus nombres
del peine a los alfileres.
LISBELLA. Vete, hermano ¡por tu vida!
MARCELA. Vete y volverás después. (1)
....
Al fin, cualquiera me agrada.
Bien dijo el otro ¡por Dios!:
sólo le enfadaban dos.
JULIO. ¿Cuál?
TEODORO. La monja y la pintada.
(*Cantan dentro.*)
LEANDRO. ¿Cantan?
JULIO. Bien es que repares.
TEODORO. Si es música, quiero oílla,
que es de Lope la letrilla
y el tono de Palomares.
ARTANDRO. ¿No murió?
TEODORO. Sí, ya murió.
JULIO. El fué músico excelente.
TEODORO. Poco su falta se siente
adonde Juan Blas quedó.
JULIO. Gente viene al parecer.

(*Entra* LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Es Teodoro?
TEODORO. Sí, yo soy.
LEONARDO. Leonardo soy.
TEODORO. Aquí estoy.
¿Soy en algo menester?
Mas pues a tiempo has venido,
siéntate, que luego iremos,
que quieren cantar, y oiremos.
LEONARDO. A qué tiempo me has cogido.
Anda acá, vente conmigo,
que vengo para expirar.
TEODORO. Señores, dadme lugar
para servir a un amigo.
JULIO. ¿Somos menester allá?
TEODORO. No, señores, quedá adiós;
solos nos vamos los dos;
luego soy de vuelta acá.

(*Vanse* TEODORO *y* LEONARDO.)

LEANDRO. ¿Royó el cabestro Teodoro?
JULIO. Un amigo le llamó.
ARTANDRO. En efecto, las tomó;
no tiene más ley que un moro.
JULIO. Acabemos de oír cantar.
ARTANDRO. Vamos y grita les demos.
LEANDRO. Belardo dijo; escuchemos.
JULIO. Que aún no se quiso olvidar.
ARTANDRO. Será vieja la canción,
que eso está muy olvidado.
JULIO. ¿Hay nuevo gusto?
ARTANDRO. Extremado.
JULIO. Si es Fabia, tiene razón.

(*Vanse todos; sale* TEODORO *y* LEONARDO.)

LEONARDO. Pasa como te lo digo.
TEODORO. Más que lo sientes lo siento.
LEONARDO. Hago aquí a tu entendimiento
y a tu gran valor testigo,
que mi alma está turbada.
TEODORO. Confuso, Leonardo, quedo;
mas sólo creer no puedo
que esté Lisbella culpada,
y esto me hace entender
verla siempre tan honrada
y en su honra recatada.
LEONARDO. ¡Ah, Teodoro, que es mujer!
Pero, al fin, queda de suerte,
que, si es que culpada está,
esta mancha sacará
a mi honra con su muerte,
porque ella queda encerrada
y previne la invención.
TEODORO. ¡Extremada discreción,
y la invención extremada!
¿Tú has hablado a aqueste hombre?
LEONARDO. Sí. ¿Ya no te lo he contado?
TEODORO. Lo que me tiene espantado
es que hombre de tanto nombre
de aquesa manera trate
conquistar una mujer.
LEONARDO. Adonde entra el buen querer
el pensar es disparate.
TEODORO. En efeto, esta es su casa.
LEONARDO. Pues preguntemos por él,
que ya por verme con él
el corazón se me abrasa.

(1) Faltan dos versos a esta redondilla y el pasaje que indique la entrada de los nuevos personajes que hablan en seguida.

TEODORO. Sabe que yo estoy aquí,
que aunque sea gente romana
echaré por la ventana
a cuantos viven allí.
LEONARDO. Teodoro, nuestra amistad
pide todas esas veras.
TEODORO. Cuando no me conocieras
fuera eso.
LEONARDO. Dices verdad,
que con llevarte a mi lado
cree que estoy tan satisfecho,
que se sosiega mi pecho
cual si estuviera vengado.
TEODORO. El Conde viene de fuera.
¿Habemos de hablarle aquí?
LEONARDO. Sí, que mejor es así,
y si lo negare, ¡muera!

(*Sale el* CONDE, MAURICIO *y* TANCREDO.)

CONDE. ¿Partió Marcela, Mauricio?
MAURICIO. Luego que vió tu embajada
partió muy determinada
de morir en tu servicio;
y no dudes, señor, de ella,
de que saldrá con la empresa.
CONDE. Si aquesta tormenta cesa
en el mar de mi querella,
prometo dar un tesoro
al templo del dios de Amor
de inestimable valor.
LEONARDO. (Llega y háblale, Teodoro.
TEODORO. Tú puedes llegar, Leonardo,
que en efecto te conoce,
y si ahora te desconoce
yo llegaré, que aquí aguardo.)
LEONARDO. Dame, señor, esas manos.
CONDE. Los brazos dirás mejor.
LEONARDO. Ya remedian tu dolor
hoy los Cielos soberanos;
ya, la que se ha resistido
a tu valor tantos días,
hoy, con cien mil alegrías
a tu valor se ha rendido.
CONDE. Amigo, ¿tal es posible
que la rindió mi porfía?
LEONARDO. Y a mí por ella te envía
a llamarte.
CONDE. Es increíble.
Toma, amigo, mi tesoro;
de ello manda, veda y gasta,
que a mí Lisbella me basta.
LEONARDO. (Bueno va aquesto, Teodoro.)
CONDE. Aquesta joya recibe,
que será señal de paga
hasta que otra mejor haga.
LEONARDO. Para venir te apercibe
y déjate de eso aquí,
que no es parte el interés
a servirte.
TEODORO. (Que si es.
Tómala y dámela a mí.)
CONDE. ¿Quién es quien viene contigo?
LEONARDO. El que te ha de abrir la puerta.
CONDE. ¡Oh, tú, de mi gloria cierta
portero, llave y amigo!
¡Abre mi alma con ella,
pues por ella libre soy;
aquí vivís desde hoy,
y yo vivo con Lisbella!
¿Iremos a verla luego?
TEODORO. Cuando quisieres podrás,
que mientras te tardas más,
ella pena en mayor fuego.
Mas ¿cuándo la habéis hablado,
que tanto habéis merecido,
pues tan presto habéis venido
a mitigar el cuidado?
CONDE. Yo, amigos, nunca la hablé,
que, aunque paseé (1) y padecí,
nunca tal bien merecí,
ni aun a mirarla alcancé.
Siempre viví despreciado
de su infinito valor;
nunca mereció mi amor
este lugar levantado.
Siempre a mí me aborreció,
y lo que he por mí pedido,
he por los dos merecido.
LEONARDO. ¿Que vos no la hablastes?
CONDE. No.
Que hoy, amigos, la envié
a hablar con una mujer,
y fué de tanto poder,
que este favor alcancé.
Que es, amigos, muy famosa
en materia de un hechizo,
y ésta con un papel hizo
entrada a su vista hermosa.
No os pese que haya empezado
hoy aquesto que acabé:
entrada a su pecho hallé

(1) En el impreso, "pensé".

cuando vivía descuidado.
LEONARDO. (Hoy he ganado mi bien
dando a mis temores fin:
que te ofendí, serafín,
con tanta fuerza y desdén.
Arrepentido, Teodoro,
estoy de mi falso exceso.
TEODORO. Leonardo, no digas eso.
LEONARDO. ¡Oh, mi celestial tesoro!)
MAURICIO. (Mira bien, que podrá ser
que te vengan a engañar,
que veo a estos dos hablar
y no los puedo entender.
Asegura bien tu pecho
con el negocio que intentas
para que no te arrepientas
cuando ya esté el daño hecho.
CONDE. ¡Ya, cobarde, sé lo que es!
MAURICIO. Yo, señor, iré contigo.)
CONDE. ¿No irá un criado conmigo?
TEODORO. Y bien puedes llevar tres.
CONDE. (¿Veslo cómo está seguro?
MAURICIO. Yo, por tu bien lo decía.
CONDE. No perturbes mi alegria.
MAURICIO. ¡De morir contigo juro!)
CONDE. ¿Podemos ir luego?
TEODORO. Ven.
CONDE. Venme, amigo, a acompañar.
¿Podemos armas llevar?
TEODORO. Y un pistolete también.

(*Vanse todos, y sale* CLAVELIO, *y su* PADRE, *y* BELARDO.)

PADRE.

¿Que los hijos le ha quitado?

BELARDO.

Ya te digo
adónde los dejé, aunque él me decía
que los llevase en cas de don Rodrigo.

PADRE.

Bien, hija, te bastó ser prenda mía,
que, por darte a Leonardo mi enemigo,
te di, en dote, la hacienda que tenía,
y más dote te di, que no de oro:
tu pena siento y mi desgracia lloro.

CLAVELIO.

¿Qué lloras porque tienes un mal yerno,
si tienes una hija tan honrada
y un hijo que la espada que gobierno
espera de su sangre ver manchada?
Sabía yo, desde el pasado invierno,
cómo era del infame regalada,
que, después de las doce, o casi al día,
a ver sus hijos y mujer venía.
Dejó de amancebarse, y dió en aqueso,
que es más vicio jugar que amancebado,
y perdiendo la hacienda, y aun el seso,
se juega ya el honor que le ha quedado.

PADRE.

¿Quién duda que la ha muerto o queda en eso?
¿Qué dice que es la causa?

BELARDO.

Haberla hallado
en la manga un papel de cierto Conde.

PADRE.

¡Bien todo a mi desgracia corresponde!
Pues, ¿qué dice Lisbella?

BELARDO.

Dice que era
cierto papel de resplandor dorado,
que aquesta tarde la solimanera
le dió.

PADRE.

No está Leonardo tan culpado,
porque si ello pasó desa manera,
Leonardo por sí vuelve, como honrado.
Lleva a los niños luego algún regalo,
que a fe que no es Leonardo solo el malo.

BELARDO.

Voy a servirte.

PADRE.

Ve, y los dos iremos.

CLAVELIO.

¿Quieres que vaya, padre, a la posada,
para que gente con los dos llevemos?

PADRE.

No, porque si Lisbella está culpada,
un padre y un hermano la tendremos,
para que pase entre los dos la espada,
que si ella nos ofende, ¿que más honra
que quede entre nosotros la deshonra?

(*Vanse, y sale* TEODORO *y* MARCELA.)

MARCELA. ¡Jesús, Teodoro! ¿A aquesta hora
me buscas? Gran temor tengo.
TEODORO. Marcela, a esta hora vengo,
porque me conviene agora.

MARCELA. Si yo no te conociera,
pudiérasme perdonar,
que ya yo me iba a acostar,
el jarro a la cabecera,
que éste es mi reloj, Teodoro,
y éste es todo mi regalo.
TEODORO. ¿Y no será de lo malo?
MARCELA. ¿Malo, que vale un tesoro?
TEODORO. Pues ¿tan presto te acostabas?
MARCELA. ¿Qué quiés, Teodoro? Ya ves:
soy vieja, torpe de pies,
y descanso; tú llamabas
cuando ya estaba en manteo,
con mi jarrico de vino
de lo bueno.
TEODORO. Y, al fin, vino
a estorbarlo mi deseo.
¿No tienes calentador?
MARCELA. Este, amigo, me calienta;
éste, a mi mesa se sienta:
a éste sólo tengo amor.
A éste quiero lo que puedo,
con él me voy a acostar,
luego comienzo a rezar,
hasta que dormida quedo.
Si me despierta el humor
el olor que me provoca
me lleva a besar su boca,
que tiene un divino olor.
Doile un beso, y dos, y tres;
vuelvo otro poco a rezar;
si no puedo sosegar,
vuelvo a calentar los pies.
TEODORO. Mejor dirás la cabeza.
MARCELA. Todo lo caliento junto.
TEODORO. Marcela, en aqueste punto
te he menester.
MARCELA. ¡Buena pieza
eres tú, Teodoro amigo,
para que contigo vaya!
TEODORO. Ponte, Marcela, la saya,
y escucha lo que te digo.
Ya sabes que tengo humor
alegre, soberbio y bravo.
MARCELA. ¡Ya estoy de tu humor al cabo!
¡Di adelante, pecador!
TEODORO. Tengo un amigo en el lazo,
y habremos de apercebir
una moza de servir,
porque es esta noche el plazo.
MARCELA. Al cabo estoy de tu intento:
tú me pides una moza,
que sea de toda broza,
metida en un aposento.
TEODORO. Antes no me has entendido.
MARCELA. Pues, Teodoro, ¿qué deseas?
TEODORO. Quiero que tú misma seas.
MARCELA. ¡Teodoro! ¿Estás sin sentido?
Pues, ¿con mi edad he de hacer
eso? ¿Qué es lo que pretendes?
TEODORO. Marcela, que no lo entiendes:
que esto a escuras ha de ser;
yo tengo de estar allí:
¡no tengas ningún temor!
MARCELA. Yo iré a servirte, Teodor.
Mas...
TEODORO. ¿Que no te fías de mí?
¿No ves que éste es un morlaco
y quiero burlarme dél?
MARCELA. Ponme, Teodoro, con él,
¡y verás lo que le saco!
¿Hay moha?
TEODORO. Lindo doblón.
MARCELA. Pues ponme en el aposento,
que yo le pescaré ciento
y haré después la razón.
TEODORO. Pues aquí es donde has de entrar.
Entra presto.
MARCELA. Tus locuras
son éstas. ¿Déjasme a escuras?
TEODORO. Sí.
MARCELA. ¿Y quiéresme encerrar?
TEODORO. Aquí quedo yo a la puerta.
(¡Bien va de aquesta manera!
Ya está dentro la hechicera:
¡la caza tenemos cierta!)
¡Oh, si viniese Leonardo!
Mas, ya viene.—¿Quién va ahí?

(*Entra* LEONARDO, *el* CONDE *y los* CRIADOS.)

LEONARDO. ¡Yo soy!
TEODORO. ¿Quién? ¿Leonardo?
LEONARDO. Sí.
TEODORO. Dos horas ha que te aguardo.
¡Quedo, no hagáis ruido!
Entra en aquese aposento,
donde espera tu contento.
CONDE. Cielo, ¿tan dichoso he sido
que aquí dentro está Lisbella?
TEODORO. Aquí está, señor, cerrada.
CONDE. ¿Que gozo de ti, casada,
sin temor?

TEODORO. ¡Ya está con ella!
Mueran estos dos que ves
cuando estén más descuidados,
que después, a los criados,
yo te los pondré a tus pies.
¡Para eso son los amigos:
para saber socorrer
al que los ha menester!

(*Entra* CLAVELIO *y su* PADRE.)

TEODORO. ¿Quién va allá?
PADRE. Dos enemigos.
TEODORO. (Tu suegro son y cuñado.
¡Vive Dios, que lo han sentido!
LEONARDO. Teodoro, yo estoy perdido.
TEODORO. Y yo no estoy muy ganado.)
PADRE. Leonardo, ¿dó está Isabela?
LEONARDO. Aquí está, en este aposento.
PADRE. Llámala luego, al momento.
LEONARDO. ¡Lisbella!
PADRE. ¡Traidor! ¡Sin ella,
me dirás qué es el papel
que en la manga le has hallado!
LEONARDO. Si en algo estuve engañado,
de hoy más confieso ser fiel.
Yo la sospecha formé,
pensando que era culpada;
mas Lisbella es más honrada
agora que nunca fué.
PADRE. Llama a todos tus criados.

(*Sale* LISBELLA *y* BELARDO.)

LEONARDO. Ya están con Lisbella aquí.
CLAVELIO. Hermana, abrazadme a mí,
que de abrazos tan honrados
todos se pueden preciar.
LISBELLA. ¿Es mi padre?
PADRE. ¡Sí, yo soy,
que miro tus cosas hoy
desde más alto lugar!
Hoy mereces mis regalos,
pues te hallo honrada aquí.
TEODORO. Pues yo sólo el mal os vi,
que todos fuesen tan malos,
quiero contar lo que ha sido,
como quien está informado:
Leonardo estaba engañado,
desengañóse, y corrido,
de poner culpa en Lisbella,
a la hechicera y al Conde
tiene encerrados adonde
han de morir él y ella.
PADRE. ¿Dó están?
TEODORO. En este aposento.
PADRE. ¡Salgan, que los quiero ver!
LEONARDO. Muertos.
PADRE. ¿Qué quieres hacer?
¡Sáquenlos luego al momento,
que quiero apaciguar yo
el fuego que está encendido,
pues tan bien ha sucedido!
MAURICIO. ¿Tú entiendes aquesto?
TANCREDO. No.
LEONARDO. Hoy gozan por tus regalos
vida, que es gran maravilla.
MAURICIO. Ello ha de haber linda astilla.
TANCREDO. Yo me contento con palos.

(*Salen el* CONDE *y* MARCELA *juntos.*)

PADRE. ¿Sabéis adónde estáis?
CONDE. No.
PADRE. ¿Quién es quien os trujo aquí?
CONDE. A quien yo crédito di,
y ahora sé que me engañó.
PADRE. Agradeced que quedéis
con vida haber yo venido.
CLAVELIO. Igual dama habéis tenido
de la que vos merecéis.
PADRE. ¡Este es Leonardo, mi yerno,
y ésta, Lisbella!
CONDE. ¡Señor...!
PADRE. ¡No más!
CONDE. ¡Perdonad mi error!
¡Merezco un castigo eterno!
Esta mujer me engañó.
TEODORO. ¡Eso mismo dijo Adán!
PADRE. Esta vez no pagarán
ninguno lo que pecó.
¡Andad con Dios!
CONDE. Y obligado
a serviros cada instante.
PADRE. Acordaos, de aquí adelante,
de aquesto que aquí ha pasado.
¡Andad con Dios!
CONDE. Ven, Tancredo.
PADRE. ¿Quién son éstos?
CONDE. Mis criados,
caballeros tan honrados
como yo; deciros puedo
que aquesto sabrán servir.
LEONARDO. ¡Y cuando no lo hagan ellos,
me sabré matar con ellos!

PADRE. No hay de aqueso qué decir.
¡Andad en paz!
CONDE. Y quedad.

(*Vanse el* CONDE, LEONARDO *y* CRIADOS.)

PADRE. Solos quedamos agora.
¿Y paréceos bien, señora,
que hagáis tan grande maldad?
MARCELA. Engañóme la codicia
y el decírmelo Teodoro.
PADRE. Hoy, por guardar mi decoro,
no pagáis vuestra malicia.
CLAVELIO. ¿Cómo no? ¿Aquesta hechicera
ha de vivir?
PADRE. ¡Déjala!
¡Váyase, Clavelio, ya,
viva!
CLAVELIO. ¡Mejor es que muera!
MARCELA. Tú me has traído a este punto.
TEODORO. Otro pensé que llegara
a escapar de aquí sin cara:
por el Conde te pregunto.
MARCELA. Gozóme, ¿qué quieres más?
Buena burla se ha pasado.

(*Vase* MARCELA.)

TEODORO. ¡Donoso chiste!
PADRE. ¡Extremado!
¡Ea, Lisbella! ¿En qué estás?
Abraza allí a tu marido;
trae mis nietos: cenaremos.
LEONARDO. Nuestra amistad confirmemos.
LISBELLA. ¡Vuestra soy, seré y he sido!
LEONARDO. Quede con esto acabada
la amistad que había empezado.
TEODORO. Y aquí se acaba, senado,
La Bella malmaridada.

BERNARDO DEL CARPIO

COMEDIA FAMOSA

SEGUNDA PARTE

DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA AVENDAÑO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El Rey Alfonso.	Estela.	Ordoñuelo. (1)	[Mendo.	Armindo.
Roldán.	Casilda.	Mingolea.	Rasura.	Embajador de Albania
Bernardo.	*El* Papa.	*El* Tiempo.	Elvira.	Caballeros.
Don Ramiro.	Teosidoro.	*El* Emperador.	Inés.	Soldados.
Doña Flor.	Teobaldo.	Dudón.	Reinaldos.	Guardas.]

ACTO PRIMERO

(*Salen* Ordoño *y* Bernardo.)

Bernardo. Esta es Roma.
Ordoñ. Es gran ciudad.
Bernardo. La fama tiene ocupada
de tanta valiente espada
que tuvo en su antigüedad.
Esta a los Césares dió
su principio generoso;
pero el tiempo, presuroso,
las glorias les impidió,
después que a Grecia pasaron
su Imperio y lo dividieron.
Ordoñ. Mucho pundonor perdieron,
cuando esa acción intentaron.
Bernardo. Constantino fué el primero
que tuvo en Grecia su silla,
y por grande maravilla,
mostrándose lisonjero
el vulgo a su voluntad,
Constantinopla llamó
su Corte, con que mostró
en eso su lealtad,
a quien los griegos llamaron
Estambul, (2) y, agradecido,
a Roma puso en olvido.
Ordoñ. Bravamente le obligaron;
son los griegos cautelosos:
dígalo el Paladión,
cuando aquel falso Sinón,
a los troyanos medrosos,
después de muerto el primero
de los nueve de la Fama,
de Príamo (1) heroica rama,
Héctor, (2) que a Aquiles prefiero,
que, aunque su homicida fué,
no le cogió cara a cara,
porque el Héctor le matara
sólo con un puntapié.
Bernardo. Que eres leído, no niego,
por ver lo que has referido.
Ordoñ. ¿No ves que, si es bien nacido,
que sabe mucho un gallego?
Bien se escribirá de mí,
porque soy muy alentado.
¿Qué te parezco enojado,
Bernardo? Responde, di.
Bernardo. Borracho, ¿quieres callar,
que siempre has de estar de humor?
Ordoñ. ¿Has visto fuerza mayor
ni más lindo pelear?
En la escaramuza, ¿quién
como yo te acompañara
y tu persona guardara

(1) En general le llama "Ordoño" en el resto de la obra.
(2) En el original, "Estambor". Por no repetir, diremos que todas las variantes anotadas al pie se refieren al único texto conocido de esta comedia.

(1) "Píramo".
(2) "tutor".

como la guardo tan bien?
[A] un moro alto y fornido,
que te tiraba un revés,
le dije: "Moro: ¿no ves
que Bernardo es bien nacido
y hombre bien emparentado,
y si la justicia advierte
que tú le has dado la muerte,
que has de morir ahorcado?
Tírale al de más abajo,
si es que su muerte te alegra:
negociarás con su suegra
con poquísimo trabajo."
Tomó el moro mi consejo,
y al de la suegra le dió,
y ésta, de albricias, me dió
de vino casi un pellejo.

BERNARDO. Paga tuviste a tu modo;
mintiendo quiés divertirme.

ORDOÑ. Ahora bien: quiero pulirme,
que soy tu criado y godo,
y éste es Palacio, sin duda.

BERNARDO. ¡Que es posible que he venido!

ORDOÑ. ¿De qué estás arrepentido,
si ya el Rey de intento muda?

BERNARDO. Es verdad, pues a mi padre
la amada libertad dió
y al punto le desposó,
que esperaba, con mi madre.
Y al monte me envió a llamar
con aquellos caballeros,
que sus disignios primeros
ha querido consultar
conmigo, haciendo elección
que su intento maravilla,
de lo que tanto a Castilla
le conviene y a León.
Y así, del Rey y del reino,
vengo con esta embajada,
por evitar que la espada,
por vía de buen gobierno,
no averigüe entre los dos
el derecho ni la ley.

ORDOÑ. ¡Qué mal lo ha mirado el Rey!
Si el Papa, que es vicediós
del suelo, no lo remedia,
bien habrá que pelear.

BERNARDO. Aquí te puedes quedar.

ORDOÑ. ¿Qué lacayo de comedia
no ha entrado hasta los retretes
de los reyes y señores,
que somos como dotores
o como ocultos pebetes?

(*Salen* ROLDÁN *y* MINGOLEA, *criado.*)

BERNARDO. (¡Bizarro francés, gallardo,
dispuesta persona y talle!)

ROLDÁN. Hoy la embajada he de dalle,
que para aquesto le aguardo
a Su Santidad, de Carlos,
que ya juzgo rey de España,
que presto de su campaña
a los moros podrá echarlos
si concede de León
y Castilla la tenencia,
que muy poca resistencia
hará en aquesta ocasión.
Y decirle cómo intenta
venir contra Teosidoro,
que no guardarle el decoro
toma Carlos por su cuenta,
que las guerras de Armelín
le impidieron este intento.
Españoles son, y siento
que es ya su venida a fin
de mi embajada. ¡Bizarro
talle de español, por Dios!

ORDOÑ. (Cuál estamos dos a dos,
para brindar con un jarro.)

BERNARDO. (Bien las armas le estarán
en hombre tan alentado.)

ROLDÁN. (¡Qué bien parecerá armado
aqueste español galán!
Sólo yo vencerle puedo
si batallamos los dos.)

BERNARDO. (¡Solamente yo, por Dios,
soy bastante a dalle miedo!)

ROLDÁN. (¡Lástima me diera el dar
la muerte a un hombre tan fuerte!
aunque con esta mi suerte
pudiera al Cielo volar.)

BERNARDO. (¡Causárame compasión
dar la muerte a este francés,
aunque con ella después
se aumentara mi blasón!)

ROLDÁN. (Entre si está hablando
y me mira. ¿Qué dirá?)

BERNARDO. (¡Entre sí hablando está
y con atención mirando!)

ROLDÁN. (Hablalle será razón,
que me ha obligado su talle.)

BERNARDO. (Ahora bien, yo quiero hablalle,

que le he cobrado afición.)
Salud tengáis, caballero.

ROLDÁN. Lo mismo hacer yo quería,
mas vencido en cortesía
me dejáis.

BERNARDO. De vos espero
que sois cortés y gallardo,
como las muestras lo dan.
¿Cómo os llamáis?

ROLDÁN. Yo, Roldán.
¿Y vos, señor?

BERNARDO. Yo, Bernardo.

ROLDÁN. No sé qué ha sentido el pecho,
que dentro se ha alborotado.

BERNARDO. Con veros sólo he quedado,
de quien sois, bien satisfecho.

ROLDÁN. Y yo, de veros no más,
lo que la fama publica
confirmo.

BERNARDO. Siempre se aplica
la fama a decirnos más
de lo que las obras son.
¿A qué bueno habéis venido?

ROLDÁN. Yo una embajada he traído
de Francia.

BERNARDO. Yo, de León.

ROLDÁN. Con disignio que mi Rey
rija y gobierne a Castilla.

BERNARDO. Yo sólo vengo a impedilla
por justo derecho y ley.
¿Por qué quiere poseer
Carlos lo que no le toca?

ROLDÁN. Casi a furia me provoca
tu atrevido proceder.

BERNARDO. Aun bien que estás con espada,
y yo la traigo también.

ROLDÁN. ¡Español, míralo bien,
y no intentes tu embajada,
porque resultar podría
tu perdición y tu muerte!

BERNARDO. Hoy Bernardo de otra suerte
la respuesta te daría,
conforme a su calidad.
Pero, ¡saca aquese acero!

ROLDÁN. ¡Hacer lo que dices quiero!

(*Salen las* GUARDAS.)

GUARDAS. Detened, señor; mirad
que Su Santidad afuera
viene ya, a daros audiencia.

BERNARDO. Sólo pudo su presencia
evitar que aquéste muera.

ROLDÁN. Agradece a su venida
la vida, pues ella es.

BERNARDO. Y tú agradece, francés,
a su venida tu vida.
Voile a recebir, que es bien;
que es vicediós en el suelo.

(*Vase.*)

ROLDÁN. Voile a recebir, que el Cielo
gusta de que honras le den.

ORDOÑ. Sé, francés, agradecido,
que con la vida te dejo.

MINGOLEA. Sea agradecido el pellejo
de que no le haya rompido.

ORDOÑ. El me trató de borracho.
¡Mi enojo resisto en vano!

MINGOLEA. ¡Eres, español, marrano!

ORDOÑ. ¡Eres, francés, un gabacho!
¿Irás a España?

MINGOLEA. ¡Y allí
verás quién son los franceses!

ORDOÑ. ¡Y tú, quién son los leoneses
en Francia, España y aquí!

MINGOLEA. ¿Es tu nombre?

ORDOÑ. (Porque crea
que soy noble), yo me llamo
Ordoño; sirvo a mi amo.
¿Y el tuyo?

MINGOLEA. Yo, Mingolea.

ORDOÑ. ¡Mingolea! Vive Dios,
que es nombre de dominguillo.
¿De qué se pone amarillo?

MINGOLEA. ¡Ya nos veremos los dos!

ORDOÑ. Ya van saliendo hasta aquí;
agora cese el gracejo.

MINGOLEA. Quiero tomar tu consejo.

ORDOÑ. Eso importa.

MINGOLEA. Importa así.

(*Descúbrese un trono. Sentado* SU SANTIDAD, *dos sillas a los lados y acompañamiento, y sale* BERNARDO *y* ROLDÁN.)

BERNARDO. Déjame besar tus pies.

ROLDÁN. Tus pies me deja besar.

PAPA. Asientos podéis tomar.
(*Vanse a sentar los dos a mano derecha.*)

ROLDÁN. ¡Detente, español!

BERNARDO. Francés,
¿qué intentas?

ROLDÁN. Sentarme,
que éste, español, es mi asiento.

(*Tienen igualmente de la silla, y* BERNARDO *desvíala un poco más, y siéntase en ella.*)

BERNARDO. Mal será, si yo me siento.
¿Quién probará a levantarme?
(*Empuñan las espadas.*)
ROLDÁN. ¡Yo!
PAPA. Hijos, amigos, basta;
suspended vuestro furor,
y sin que perdáis honor.
ROLDÁN. ¡Que este español me contrasta!
PAPA. Francés: junto a mí os sentad;
llegad más aquella silla.
(El valor me maravilla
de aqueste español.) Llegad:
como vicediós lo mando,
fuerza es el obedecer.
[BERN.] (1) (¡Que esto venga a suceder
estando presente Orlando!)
Como a tal os obedezco,
y así, diré mi embajada.
[ROLDÁN.] (¡Que aqueste español soberbio
así se oponga a mi fama!)
BERNARDO. Digo, Padre clementísimo,
que está Castilla alterada,
y todos sus hijos tienen
apercebidas sus armas.
ROLDÁN. Español, ¿no ves que a mí
primero me toca el darla,
que soy de Carlos sobrino,
rey y emperador de Francia?
BERNARDO. Advierte, francés: sobrino
soy de Alfonso, rey de España,
hijo de su hermana mesma
y del Conde de Saldaña.
ROLDÁN. Sí, mas hijo natural,
como lo dice la fama.
BERNARDO. ¡La fama y el mundo mienten,
que ya con ella casada
quedó, y si más repite
tu lengua aquesas palabras
mi verdad contradiciendo,
aunque traigas más espadas
que hay estrellas en el cielo,
no te serán de importancia
para librarte de mí!
ROLDÁN. ¡Gusto me dan tus bravatas!

(1) "ROLDÁN."

Mas ¿qué hacen los españoles
ordinariamente? Hablan.
BERNARDO. ¡Peores sois los franceses,
que habláis mucho y no hacéis nada.
Prosigo.
ROLDÁN. ¡Padre clemente!
BERNARDO. ¡Detente, francés!
ROLDÁN. ¡Aguarda,
español!
PAPA. Pues la tiene comenzada,
prosiga Bernardo, y luego
Roldán dirá.
ROLDÁN. ¿Cómo agravias
a Francia de aquesa suerte?
PAPA. Por mí, la honra de Francia
en esta ocasión la tomo:
yo os lo ruego, Roldán.
ROLDÁN. ¡Basta,
que a quien es Dios en el suelo,
obedecerle es ganancia!
PAPA. Ya podéis decir.
BERNARDO. Pues digo
que el rey Alfonso, a quien llaman
el Casto; que no lo fuera
nos fuera más de importancia,
pues intenta que Castilla,
con León, vivan a Francia
sujetos aquestos reinos,
sólo porque hijos le faltan,
aunque tiene otros sobrinos
que son de Pelayo ramas,
que a Césares y a Escipiones
en virtud y sangre igualan.
Alfonso, olvidado desto,
le dió a Carlos la palabra
de darle la posesión,
como a heredero de España.
Aquesto hacerlo no pudo,
porque España es conquistada
con la sangre de los pechos
que hoy la defienden y amparan,
y pondrán en su defensa
honor, vida, sangre y armas,
y aunque el mandato del Rey
obedientes sufren, callan,
cuando llegue la ocasión
que a Francia quiera entregarla,
como hijos valerosos,
si ven a la madre esclava,
por ella se arriesgarán
contra el infierno y sus llamas.

¡Ay de Carlos, si lo aceta,
y de sus fuertes escuadras,
con que al orbe espanto puso
y asunto le dió a la fama!
Porque el honor que ha adquirido
en Italia y Alemania,
en Flandes y Inglaterra,
ha de perder en España.
Vuestra Santidad la mire
con vista piadosa a Francia,
y este intento se lo impida,
pidiendo a Carlos no vaya
a buscar su perdición,
ya que humille su arrogancia.

ROLDÁN. Vuestra Santidad perdone
que a semejantes palabras
no consiente el corazón
que tenga silencio el alma.
En lo que toca en que Carlos
ha de perder en España
los blasones que ha adquirido
en Alemania y en Francia,
respondo que es todo hablar,
que sus Pares le acompañan,
temidos, como se sabe,
en mil sangrientas batallas.
León y Castilla son
dos provincias desdichadas,
donde el africano apenas
os consiente en vuestras casas.
Que si Carlos acertó
a su Corona agregarlas,
fué de lástima movido,
para mejor ampararlas.
Y agora, sólo no más
por quebrarle la palabra,
lo que no de voluntad,
habrá de hacer por las armas.

BERNARDO. ¡Francés!

PAPA. Detén, español;
tu heroico discurso ataja,
que el valor de vuestros pechos
bien vuestros bríos declaran.
Ya veo que sois valientes;
con justa razón espadas
traéis entrambos ceñidas,
y mientras vuestra embajada
la resuelvo (1), atentamente
dad silencio a mis palabras.

(1) "disuelvo".

Teosidoro, rey tirano,
a quien fuerza y nombre dieron
Tebas en Grecia y Albania,
que usurparon sus abuelos
el cetro, y Esclavonia,
usurpadas del Imperio,
hecho un segundo Nembrot,
que intentó escalar el Cielo
en los campos de Sinar
con aquel fiero portento
de Babel, donde el castigo
tuvo de su mal deseo.
Este, pues, hecho un Minidas,
un Nerón, un Tarpa fiero,
con cien mil hombres de guerra,
pone a Italia espanto y miedo.
A las ciudades destruye,
abrasa pequeños pueblos,
a Roma tiene sitiada,
a sus fuerzas remitiendo,
que si hay en Italia alguno
que le aventaje en esfuerzo,
que levantará su campo,
que nos tiene en tanto aprieto.
Muchos nobles han salido
fin a su vida poniendo,
aunque en la eterna es sin duda
que han de renacer de nuevo,
y han adquirido blasones,
como sus padres y abuelos.
Y agora que tal valor
en vuestros pechos contemplo,
con lágrimas en los ojos,
que las vierto de contento
de que hayáis los dos venido;
que, sin duda, os trae el Cielo
para humillar un tirano
y castigar un soberbio:
que Dios un David crió
para amparo de su pueblo,
que también a Dios le agrada
el servirle heroicos pechos.
¡Ea, valiente español!,
¡ea, francés caballero!,
prevenios al desafío,
pues venistis a tal tiempo.
Como vicediós, lo mando;
como hombre mortal, lo ruego.
No quiero que respondáis,
ya sé que venís en ello:
no quiero que os disgustéis

en la elección del primero.
Bernardo con él pelee,
y por si en el vencimiento
sus escuadras se alteraren,
podrá llevar mis ejércitos
Roldán, que son veinte mil
soldados, en guerra expertos.
Ninguno ha de disgustarse:
partid entrambos contentos
y llevad mi bendición.
¡Concédaos victoria el Cielo!

(*Vase con acompañamiento.*)

ROLDÁN. Español, dame los brazos,
que me hallarás como amigo.
¡Al Cielo hago testigo,
aunque temo estos abrazos!

BERNARDO. Forma en mi cuello dos lazos,
que, en esta conformidad
que manda Su Santidad,
que seré tu amigo juro.

ROLDÁN. Sólo, Bernardo, procuro
que conozcas mi lealtad.

BERNARDO. Mas se entiende en esta guerra
que se ofrece, que después,
de nuevo advierto, francés,
que, en defensa de mi tierra
seré tu enemigo.

ROLDÁN. Cierra
mi boca lo que has hablado,
porque, en habiendo acabado
aquesta aventura extraña,
soy tu enemigo en España,
que he de ponerte en cuidado.

BERNARDO. Aunque mis brazos después
te tienen de dar la muerte,
aunque eres tan bravo y fuerte
como lo muestras, francés:
Bernardo tu amigo es,
pues gustas de ser mi amigo.

ROLDÁN. Eres, amigo, enemigo.

BERNARDO. Y tú, Roldán, muy gallardo.

ROLDÁN. Tú, muy bizarro, Bernardo.

BERNARDO. Que hablas como noble, digo.

ROLDÁN. Vete a armar para la empresa,
que yo a recoger la gente
quiero ir, que conveniente
será si el rigor no cesa,
si es que a tu gente le pesa
de ver muerto a tu señor.

BERNARDO. ¿Ya me juzgas vencedor?

ROLDÁN. Más de tu esfuerzo confío,
de tu aliento, fuerza y brío.

BERNARDO. Ya me alienta tu valor.

(*Vanse.*)

ORDOÑ. ¿Qué le dice, (1) Mingolea,
de lo que ha pasado aquí?
Ahora, por amor de mí,
aquesto quiero que crea.
¿No es Bernardo muy valiente?

MINGOLEA. No lo es poco don Roldán,
porque más fama le dan.

ORDOÑ. Quien eso dijere, miente.

MINGOLEA. ¿Miente a mí?

ORDOÑ. ¿Cómo se dice
a quien no dice verdad?

MINGOLEA. ¿Sabes tú mi lealtad?
¿A mí mentís?

ORDOÑ. Yo lo hice
con celo de amigo honrado;
porque verdad no decía,
le dije yo que mentía,
¡no hay de qué estar enojado!

MINGOLEA. Ese mentís pediré
en España en la campaña.

ORDOÑ. Pues si lo pide en España,
otros ciento le daré.
Y en venciendo que venzamos
ese gentil, o ese moro,
que se llama Teosidoro,
si acaso nos encontramos,
también le daré, esto es llano,
cuantos mentises pidiere.

MINGOLEA. Eres un belitre.

ORDOÑ. Espere.
¿Qué ha dicho, gabacho hermano?

MINGOLEA. Francés fino de Putiés
soy, gallego fanfarrón.

ORDOÑ. Pues, si es puto, no es razón
lo sea conmigo, francés.
¡Quiero apretar los calzones!
¡Váyase con Dios, amigo!

MINGOLEA. Que soy de Putiés, le digo.

ORDOÑ. Excusemos de razones,
que hombre que ansí puto es,
no es bien que haga camarada
conmigo.

MINGOLEA. Saque la espada.

ORDOÑ. ¿Cómo, si riñe al revés?
¡Francés de puto es! ¡Al punto

(1) Así en el texto.

te aparta de mí, al momento,
que de mi cólera siento
te convertirá en difunto
si no te alejas de mí!

MINGOLEA. ¡Belitre, (1) rocín, marrano!

ORDOÑ. Vos sois de putora (2) hermano
y yo en Galicia nací.
No quiero nada con vos,
que no entiendo vuestro juego.

MINGOLEA. ¡Antes moro que gallego!

ORDOÑ. ¡Y vos lo sois, juro a Dios!

(*Vanse, y salen* ESTELA, TEOSIDORO *y acompañamiento de* SOLDADOS.)

TEOSID. En este ameno dosel (3)
de quien retratar pudiera
la industria a la primavera,
que es el más sabio pincel,
la variedad de colores
que a toda pintura exceden,
que con su fragancia pueden
vencer al ámbar (4) las flores;
a quien libres arroyuelos
besan humildes los pies,
siendo espejos, como ves,
que retratan a los cielos,
puedes sentarte a la sombra,
pues para tus pies darán
esmeraldas, que podrán
servirte, mi bien, de alfombra.
¿Estás cansada?

ESTELA. No sé.

TEOSID. Estela, que clara estrella,
que en resplandeciente y bella,
mi cielo, agravio te haré
en comparar los luceros
de los orbes cristalinos
con tus ojos peregrinos,
luz de aquestos hemisferios,
¿hasta cuándo, mi señora,
ha de durar el rigor?
¿Cuándo alcanzará de amor
premio el alma que os adora?
Siempre presente conmigo,
guardando a esa honestidad
la debida autoridad,
cual sois, mi gloria, testigo,
os traigo, que aun una mano
no he merecido de vos,
abrasado, ¡vive Dios!,
de aquese sol, más que humano.
Muy bien pudiera apagar
de amor esta ardiente llama
pero eso fuera a mi fama
la eterna gloria quitar.
Demás de que Teosidoro,
que soy espanto del suelo,
no es bien que pierda a ese cielo
tan merecido decoro.

ESTELA. Teosidoro, yo confieso
que con finezas me obligas,
y que cuando mucho digas,
de tu amor único exceso,
no he conocido, señor,
en tu grande voluntad,
guardando la honestidad
que es tan debida a mi honor.
Bien sabes que me robaste
de la clausura en que estaba,
que mi llanto no se acaba
aunque después me obligaste.
Legítima sucesora
soy del Imperio greciano,
muerto mi padre y hermano,
como tú sabes, ahora.
Tú, con tu valor, intentas
usurparle mucha tierra,
moviéndole al mundo guerra,
causando muertes violentas;
buscando a quien darle muerte,
cuerpo a cuerpo, entre tus brazos,
siéndoles mortales lazos,
dando al olvido su suerte.
Teosidoro, es ocasión
esto que digo a temer
venir a ser tu mujer
y no tenerte afición.

TEOSID. ¿No te obliga, no, enemiga,
el ver tanto amor en calma?

ESTELA. Como no salga del alma,
poco a una mujer le obliga.

TEOSID. ¿No sabes que es caso cierto
que está el gozarte en mi mano?

ESTELA. Sin mi gusto es caso llano
que es gozar un cuerpo muerto.

TEOSID. ¿No estimas haberte hecho,
por si en la guerra muriere,
que a mi sangre te prefiere

(1) "Relitre".
(2) Quizá debe leerse "Putiés" (Poitiers).
(3) "docel".
(4) "amor".

el grande amor de mi pecho
reina y señora de todos
mis reinos y mis Estados?

ESTELA. Que tus intentos honrados
son en tan ilustres modos
de obligar, yo, mi señor,
lo confieso; mas ¿no ves
que nunca por interés
ha habido perfecto amor?

TEOSID. Eres de nieve a mi fuego,
y en ella se enciende más.

ESTELA. ¡Oh, qué cansado que estás!

TEOSID. Y en tu amor, rendido y ciego.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLDADO. Un caballero ha llegado,
y dice te quiere hablar.

TEOSID. (Si ha venido a pelear,
mitigará mi cuidado:
él me pagará el desdén
que hoy Estela me ha mostrado.)

SOLDADO. ¿Llegará?

TEOSID. ¡Mucho ha tardado!
haz que la entrada le den.

(*Sale* BERNARDO *y* ORDOÑO.)

SOLDADO. El llega.

TEOSID. ¡Bizarro talle!

ESTELA. ¡Buena presencia, a fe mía!

BERNARDO. Teosidoro, yo venía...

ORDOÑ. Prosigue, pues: a matalle.

BERNARDO. A que de Roma levantes
el campo luego, y te vuelvas,
y que en esto te resuelvas,
Teosidoro, no te espantes,
tus escuadras recogiendo,
cual dicen que has prometido
después de quedar vencido,
que hoy lo quedarás, entiendo,
si no haces lo que digo
y, como ves, te aconsejo,
que siempre el primer consejo
es bueno del enemigo.
A esto vengo solamente.
Respóndeme.

TEOSID. Sí haré,
antes que muerte te dé,
que te amenaza al presente.
Saber tu nombre deseo,
tu calidad y nación,
que si es grande tu opinión,
hará mayor mi trofeo.

BERNARDO. Por que no gastes el tiempo,
pues ya tu intento no ignoro,
que no vengo, Teosidoro,
por burlas ni pasatiempo;
que tu vencimiento aguardo
o mi muerte en la campaña,
noble soy, y soy de España,
y mi apellido, Bernardo.

TEOSID. Pésame verte tan mozo,
que poco nombre darás
a mi fama; antes más
tuviera en volverte, mozo;
y por si obligarte puedo,
compadecido a tus años,
evitarte tantos daños
dándote mis hechos miedo,
referírtelos intento.

BERNARDO. Yo gustaré de escucharte,
que a quien tiene de matarte
será mayor vencimiento.

TEOSID. Yo en campaña he peleado
cien veces en desafío,
y tantas el valor mío
de mis contrarios triunfado.
A diez gigantes he muerto,
y, entre ellos, maté a Agricano,
hombre que, con una mano,
mataba a león, y es cierto.
He muerto treinta romanos,
de Césares descendientes,
que, aunque fuertes y valientes,
no les valieron sus manos.
En el Asia le gané
al persiano cien ciudades,
y, por mostrar mis crueldades,
otras tantas le abrasé.
Rayo de Júpiter fiero
toda el Asia me llamó;
Africa feudo me dió,
temerosa de este acero.
Italia me está temblando,
porque teme mi castigo.
Escarmienta en lo que digo.
¡Vuélvete! ¿Qué estás dudando?

BERNARDO. ¿Qué es volver? ¡Qué mal conoces
de León un corazón!
¡Que me espanto, y con razón,
de que no te he muerto a coces!

ESTELA. (¡Resueltamente le habló!
Pesaráme que le mate,
que es mozo.)

TEOSID. Que se dilate
tu vida pretendo yo,
y tú me vas enojando.
Cual león sin duda soy,
que con poca presa estoy
entretenido jugando.
¿Qué pretendes de esa suerte?

BERNARDO. Dar fin a tu crueldad,
de Roma la libertad
y triunfar dándote muerte.

ESTELA. ¡Señor, por amor de mí,
suspendáis vuestro furor!

TEOSID. Más me provoca a rigor
eso que escucho de ti.
Tú vuelves por él, sin duda,
que te ha causado desvelos.
¡Hoy en mí empiezan los celos,
y en áspid fiero me muda
el que intercedas por él!
¡Ya darás nuevos colores
con tu sangre a aquesas flores,
alfombra de ese dosel!
Español, ¡al campo! ¡Elige!

BERNARDO. Tú hacerlo más bien podrás.

TEOSID. ¡Hoy en mi brazo verás
que un áspid libio le rige!

BERNARDO. ¡Que no me espantan bravatas!

ORDOÑ. (¡Mucho se enoja este fiero!)

ESTELA. (¡Si el español muere, muero!)

BERNARDO. ¿Por qué tu muerte dilatas?

TEOSID. ¡Para darte muerte aguardo,
y ha de ser entre mis brazos!

(*Luchan.*)

BERNARDO. ¡Entre los suyos pedazos
hoy te piensa hacer Bernardo!

ORDOÑ. (¡Quién le pudiera ayudar,
San Hilario, San Antón!)

TEOSID. ¿Cómo a mi enojo y pasión
puede un hombre contrastar?
¡Ah, de mi guarda, que muero!
¡Ah, español, de mí triunfaste!

(*Cae muerto.*)

BERNARDO. Pues a tu guarda llamaste,
su intento impida mi acero.

(*Saca la espada.*)

ORDOÑ. (¡Linda devoción la mía!
¡San Hilario es mi devoto!
De rezalle hago voto
continuo un Avemaría.)

ESTELA. ¿Cómo? ¿A Teosidoro has muerto?

BERNARDO. ¿No lo ves, que duerme al sol?

ESTELA. ¡Dos muertes, fiero español,
que has dado de un golpe es cierto!
Yo he de prenderte.—¡Soldados!

(*Salen los* SOLDADOS.)

BERNARDO. Llama, Ordoñuelo, a Roldán.

SOLDADOS. Aquí, a tu servicio están.

ESTELA. ¡Soldados fuertes y honrados:
éste es quien dió la muerte
a vuestro Rey natural!

BERNARDO. Para vuestra suerte igual,
este brazo airado y fuerte,
sólo lo impiden los ojos
que mis homicidas son.

ESTELA. (¡Qué ciega estoy de afición!)

BERNARDO. (¡Rindiéndole está despojos
el alma!)

SOLDADOS. ¿Qué os detenéis?

SOLDADOS. ¡Muera este enemigo! ¡Muera!

BERNARDO. ¡Mal vuestro acero pudiera!

ESTELA. ¡Detened, no le matéis!
Mas, ¿qué digo? ¡Ea, amigos,
muera este enemigo aquí!
Pero mataréisme a mí:
¡hago a los Cielos testigos!

BERNARDO. ¡Si pretendes muerte darme,
a ti sola entregaré
mis armas!

ESTELA. ¿Cómo podré,
si tú veniste a matarme?
—Oye, Armindo.

SOLDADO. ¿Mi señora?

ESTELA. (¡Grande tracista es Amor!)
Para que podáis mejor
prendelle, dejalde agora,
que yo sola trazaré
cómo quitarle la espada,
y vendrás con gente armada,
y luego os le entregaré.

SOLDADO. Dices bien. ¡Vamos, soldados!

(*Vanse.*)

ESTELA. (He trazado esta quimera
para que mi pena fiera
mitigue con mis cuidados.)

BERNARDO. (No me da mala esperanza
apartar de aquí su gente.)

ESTELA. (Por temor de que se ausente,
hoy mi opinión se abalanza.)

BERNARDO. (¡Oh, qué süave mirar!)

ESTELA. (¡Su vista me alegra el alma!)

BERNARDO. Suspenso estoy.

ESTELA. Y yo en calma,
que aun apenas puedo hablar.
Español gallardo...
mas yo me detengo.
¿Cómo he de poder,
si ha influído el Cielo
sobre mi albedrío
que tengas imperio?
No puedo conmigo,
yo te lo confieso,
que lo que te adoro
lo pase en silencio.
Después que te vi,
gallardo y dispuesto,
no impidió mi alma
que fueses su dueño.
Lo que Teosidoro,
que es a quien has muerto,
no alcanzó de mí
el menor requiebro,
ni darle una mano,
que siempre desprecios
pagaron regalos,
no amores del pecho.
En vida me hizo
reina de sus reinos;
que los rija y mande
quien fuere mi dueño.
Y porque de mí
quedes satisfecho,
mi padre, que olvido (1)
de él no tendrá el tiempo,
pues jaspes y bronces
ocupan sus hechos,
era Maximino,
dueño del Imperio
romano, que hoy
le llaman el griego,
dió fin a sus días
en el duro asedio (2)
que a Nuncio (3) puso
a quien destruyeron.
Mi hermano imperó,
y a manos fué muerto
de unos conjurados,
sarpas (4) del imperio.
A llamarme envían,
no tuve (1) remedio;
porque este tirano,
de amor loco y ciego,
quiso que su esposa
lo fuese primero.
Pero yo no quise,
la verdad diciendo,
ser emperadora
con tan grave peso.
Y agora que a ti
(si pagas deseos
de una voluntad
gigante en extremo,
español gallardo)
te ha traído el Cielo,
si acetar quisieres,
de mí, serás Rey
y (2) todos mis reinos.
Mis ojos, a voces,
claro están diciendo
eres rey del alma,
que entraste por ellos.
¿No dices de *sí?*
¿Aún estás suspenso?
¡No aumentes mis males
negando el remedio!

BERNARDO. Que en el alma estimo
negarte no puedo
la oferta, señora,
que agora me has hecho.
Más quiero a tus ojos,
hermosos luceros,
que el cetro ni mando
del Imperio y reino.
Desde que te vi,
milagro del tiempo,
fénix de beldad,
te adoro, confieso.
Mas lloro, ¡ay de mí,
poca suerte tengo!,
que mi patria agora
tiene su remedio
en mi confianza,
mi señora, puesto.
Con armas la inquieta
el Moro soberbio,
cuando Carlomagno

(1) "dudo".
(2) "atedio".
(3) Quizá Ninive. Más adelante llama "Niue" a esta ciudad.
(4) Si se lee "sátrapas" el verso queda largo.

(1) "tuvo".
(2) "de".

quiere, airado y fiero,
sujetarla a Francia.
Mira tú si aquesto
es parte a impedir
de amor mis deseos.
No me mires; vete,
que en amor me enciendo.
¡Ay, ojos süaves,
retratos del Cielo! (1)

ESTELA. ¡Ay, dulce español!
¿Qué hechizo en el pecho
encendió tu vista,
que apagar no puedo?
Pero, porque veas
que cuando queremos
somos las mujeres
de lealtad ejemplo,
si me das palabra,
te juro y prometo
que serás mi esposo.
Hoy dejar intento
los reinos y mandos:
que, más que los cetros,
estimo el ser tuya.

BERNARDO. Yo tus manos beso
por tan gran favor,
y prometo al Cielo
de no ser ingrato.

(*Sale* ORDOÑO.)

ORDOÑ. ¡Acude de presto,
señor, que Roldán
con todo el ejército
el campo destruye,
tu muerte creyendo!

BERNARDO. ¡Al fin es Roldán
un buen caballero!
No os alborotéis:
yo iré a detenerlo.

ORDOÑ. Conformes los dos.
Sin duda, Himineo,
en las divisiones,
nos dará el remedio.

ESTELA. Llévame contigo.

BERNARDO. Sin ti, ¿cómo puedo,
señora, vivir?

ORDOÑ. ¿De qué estás suspenso?

ESTELA. ¡Ni yo sin tu vista
no tendré contento!

(1) "tiempo".

ORDOÑ. ¿Qué aguardas?

BERNARDO. ¡Señora,
si conmigo el cielo
llevo, todo es gloria,
que en ella me has puesto!

ORDOÑ. Roldán viene aquí,
y de él van huyendo
todos los contrarios.

BERNARDO. Yo daré el remedio.

(*Dentro.*) ¡Viva el español!

(*Sale* ROLDÁN.)

ROLDÁN. ¡Oh, Escipión mancebo!
¡Héroe valeroso!

BERNARDO. ¡Tus brazos espero!

ROLDÁN. Agora me dijo
aqueste escudero
que aquestos soldados,
vengando al Rey muerto,
tu muerte intentaban,
y, al peligro opuesto,
rompiendo escuadrones,
solo, con mi acero,
vengo a que conozcas
que es lo que profeso
ser amigo tuyo,
que te guarde el Cielo.

(*Dentro.*) ¡Viva el español!

BERNARDO. Roldán, ¿qué es aquesto?

ROLDÁN. Todos los soldados,
siguiendo mi ejemplo,
vienen a valerte.

BERNARDO. Roldán, deteneldos.
¡Ya acabó la guerra,
que estos ojos bellos
son los que me matan!

ROLDÁN. Fué dichoso empleo.
Pero, ¿en qué quedamos?

BERNARDO. En lo que primero.
No vayas a España.

ROLDÁN. Si al (1) marchar estruendo
sintieres de Carlos,
no salgas, te ruego,
porque no te mate.

BERNARDO. Por lo que te debo,
te ruego, si Carlos
a España, soberbio,
sus Pares pasare,
no vengas con ellos:
¡teme aquestos brazos!

(1) "el".

ROLDÁN. ¡Lástima te tengo!
¡Sentiré el matarte!
BERNARDO. ¡Ya matarte siento!
ROLDÁN. ¡Lloraráte España!
BERNARDO. Si allá vas, es cierto
tendrás el sepulcro
en los Pirineos.
ORDOÑ. Sólo por ver esto,
el vivir deseo;
no por pelear,
porque lo aborrezco.

(*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO

(*Sale* BERNARDO *y* ORDOÑO.)

BERNARDO. ¿Qué me dices?
ORDOÑ. Esto pasa,
y el secreto me encargó
y aqueste papel me dió.
BERNARDO. ¡Un Etna mi pecho abrasa!
¡Ah, papel! ¿Si viene en ti,
con que a morir me condeno,
en tus renglones veneno?
Ya le abro. Dice así...
ORDOÑ. ¿Quieres tú que hable el papel?
¡Qué gentil despacho tienes!
BERNARDO. Lengua, si bien lo previenes,
verás que le dió el pincel.
El papel quita el recelo
para hablar sin temor
el súbdito a su señor,
que es de la vergüenza velo.
Mas, por no perder (1) contigo
el tiempo, paso adelante,
que, al fin, eres ignorante.
ORDOÑ. ¡Por Dios, que hablas conmigo
como con hombre sin manos!
Hónrame, pues soy valiente;
que en el Carpio...
BERNARDO. ¡Paso, tente!
ORDOÑ. Entre aquellos africanos
moros, tiré cuchilladas
como un Héctor, un Aquiles.
¡Vieras asirme alguaciles,
moros de las atacadas,
y a la mazmorra llevarme,
de miedo que me tenían!
Porque, en fin, ellos temían
que yo pudiese soltarme.
A un moro gordo le di,
porque no era moro al uso
y cerca de mí se puso,
un sopapo, y le tendí.
En efeto, me solté
cuando así te maltrataban,
y como así te paraban,
¡vive Dios! que te vengué.
BERNARDO. ¡No consiento, no, villano,
que, de burlas, mi opinión
ultrajes! Di, fanfarrón,
¿aquesta invencible mano
no es bastante a sujetar
la redondez de la tierra?
Dime tú: ¿quién en la guerra
a mí me podrá igualar?
Aquesta jornada he hecho
a la Rioja y Navarra,
que a la jaquesa (1) bizarra
gente deja satisfecha.
Cuando Marsilio encerrados
los dejó dentro en sus muros,
sus moros, poco seguros,
cuanto de mí amedrentados,
las batallas que en campaña
les he dado, que los ríos,
en vez de cristales fríos,
roja púrpura los baña,
llorando el Moro su estrago,
en que me mostré gallardo,
que tiembla de oír ¡Bernardo!,
¡cierra, España, Santiago!
Que su algazara me agrada,
te confieso, y su rumor
aumenta más mi valor,
dando filos a mi espada.
ORDOÑ. Y yo también. Si así
entrambos nos parecemos (2),
Bernardo, bien pelearemos
los dos con mil moros, sí.
BERNARDO. Ahora bien: leo el papel,
que así el corazón altera.
ORDOÑ. ¡Olvida ya esa quimera!
BERNARDO (*lee:*) "Hijo (¡Fortuna cruel!

(1) "passar".

(1) "Xiquesa".
(2) "precemos".

De mi padre es.), si te obliga
el haberte dado el ser,
y que tanto padecer
quiere la suerte enemiga,
que, aun faltándome los ojos,
que, a tenerlos, fueran ríos,
por su lugar cursos fríos
destila el alma en despojos.
Desde que te hablé no tengo
consuelo alguno en mi mal;
de hablarte el deseo es tal,
que ansí mi vida entretengo.
Bernardico: cuatro años
ha que te palpé y hablé,
que cuatro siglos diré:
temiendo estoy nuevos daños.
Y pues noble has nacido,
y la palabra me has dado,
que a hacerlo estás obligado,
que al Rey sirves y has servido,
porfía en mi libertad,
prenda del alma querida,
rama de este tronco asida,
no perezca su mitad.
Pudo tanto mi dolor,
que las guardas escribieron
estos renglones, que dieron
al alma nuevo calor.
Esperando tu respuesta,
Bernardo del corazón,
queda en aquesta ocasión
la vida a morir dispuesta.
¡Quiera Dios que mi fortuna,
entre sus tiernos abrazos,
sea que muera en tus brazos,
no en el castillo de Luna!
Y porque el llanto que baña
mis canas, no da lugar,
él por mí podrá firmar
quién fué
El Conde de Saldaña."

Aquí el dolor permita
que humedezca los ojos con el llanto
del que en mí resucita.
¡Ay, padre amado! ¿Qué prisión, qué encanto
vuestra vida maltrata,
que de un fiero dolor a entrambos mata?
¿Qué sirven los blasones
con que hago mayores mis fortunas,
sirviendo a los Leones
de basas los pendones con las Lunas,
si mi padre, entre tanto,
preso en cadenas, se deshace en llanto?
¡Perdona, padre amado!
¡Ay, de mí, que en los ojos he sentido,
en tu mal transformado,
lágrimas de piedad! ¡Valor ha sido!
¡No es la piedad vileza,
que la piedad arguye fortaleza!

ORDOÑO.

Poco fuerte te he visto, (1)
porque jamás has hecho extremos tales.

BERNARDO.

Mal el llanto resisto.
Mayores que mis bienes son mis males.
¿Cómo tengo sosiego
y el Palacio no abraso con mi fuego?

ORDOÑO.

Yo le hubiera cobrado,
cuando, con luto, entré ciego y furioso.

BERNARDO.

¡Ya estás necio y pesado!

ORDOÑO.

Todo es uno, señor, porque es forzoso
que un necio pese mucho.

BERNARDO.

¡Espántome, señor, cómo te escucho!

ORDOÑO.

¿Habías de matarme?

BERNARDO.

Al Rey le pediré mi padre ahora;
pues es fuerza el honrarme,
pues ha hecho mi mano vencedora
con su valor y auxilio,
que tiemble el Toledano con Marsilio.
Y al Cielo le prometo,
si hoy mi padre no libra, no ha de verme,
en público o secreto,
hombre mortal, que gusto de perderme.
¡Mi padre preso, Cielo;
ajeno estoy de bien y de consuelo!

ORDOÑO.

Como nueva ha tenido
que has llegado, señor, ya sale a verte.

(1) "vido".

BERNARDO.

Hoy a mi padre pido;
que con su libertad hago mi suerte
en extremo dichosa;
que sin ella la muerte es perezosa.

ORDOÑO.

Ya sale. ¡Qué severo!
¡Él es hombre de bien por excelencia!

(*Sale el* REY ALFONSO *y acompañamiento.*)

BERNARDO.

Ahora bien, llegar quiero;
que alienta mi dolor con su presencia.

REY.

Bien venido, Bernardo.

BERNARDO.

Nuevas mercedes de tu mano aguardo.

REY.

Alégrome en extremo,
Bernardo, que con bien hayáis venido.

BERNARDO.

Con vos en vano temo
la suerte adversa, habiendo en todo sido
Ramiro mi padrino.

REY.

A vuestra voluntad siempre me inclino.
¿Cómo os fué en la jornada?
Semblante triste novedad me ofrece.
Hacedme, si os agrada,
la relación.

BERNARDO.

El hado te promete,
invicto Rey hispano,
tu reino en paz, temiendo el Africano.

Famoso Rey de León,
a quien la fama conceda
más laureles que Escipión
a Roma dieron, ni César;
a quien España le llama
el Casto por excelencia,
siendo cifra de virtudes;
que eres tú la virtud mesma.
Salí a servirte, señor,
con tus cristianas banderas,
que el Moro atemorizar
con sus medias lunas piensa.
En las riberas de Arlanza (1),
que sus corrientes ligeras
la multitud de su gente
usurpan, roban y secan,
tuve nuevas que esperaba
robando villas y aldeas,
talando todos los campos,
que sus armas amedrentan.
Era el número tan grande,
que pareció que la tierra
produjo en lugar de plantas
alarbes que la molestan.
No pienso yo que es posible
que llevó Jerjes a Atenas,
cuando castigó las aguas,
que el puente rompen y quiebran,
mayores turbas persianas
que éste de africanas fuerzas.
Tuvo nuevas de nosotros,
aunque muy poco le alteran,
contemplando su poder,
que del miedo le reserva.
Hace recoger su gente,
forma escuadrones apriesa,
cuyas armas son espejos
adonde el sol reverbera.
Parecían los turbantes
encima de las cabezas
una floresta de flores,
donde descansa Amaltea;
que emulación parecía
de agradable primavera.
Que dudé de la victoria
aquí mi lengua confiesa.
Mas como a los atrevidos
dicen que siempre se muestra
la fortuna favorable,
y que el no sentir flaqueza
al (2) contrario suele a veces
conceder victoria cierta,
audaz a mi gente animo
y mi valor le presenta
la batalla a mi contrario.
Al arma tocan apriesa
los moriscos atambores,
los clarines y jabebas.
Al arma mando tocar
a un tiempo con "¡Cierra, cierra!"
apellidando "¡Santiago!"

(1) "Yrlanza".
(2) "el".

Aquí Bernardo se mezcla
entre alfanjes berberiscos
y entre africanas saetas;
que parecían las lanzas,
que vibran, brillan y juegan
en mi contra, de altos pinos
una intrincada floresta.
Y aunque hablar en su alabanza
en algunos es bajeza,
no por alabanza mía,
que de Dios la honra sea,
diré en sucintas razones
lo que alcanzaron mis fuerzas;
pues, viéndome así cercado,
cual tigre o hircana fiera,
apellidando "¡ Santiago !",
y entre los que allí me cercan,
como toro agarrochado
plaza, no calle, me dejan,
formando de sangre ríos.
En esto, a mi gente cerca
un caudillo de los suyos;
vilo, y dando presto vuelta,
de los primeros encuentros
hago que esmalte la hierba.
Este era el más alentado
de la gente sarracena.
Viendo su sangre vertida,
teme su gente, y empieza
a huír en confusión,
que mayor daño recela.
Cansado ya de matar,
arrastrando sus banderas,
ricos todos tus soldados,
a Logroño di la vuelta.
No he puesto cerco a ninguna
ciudad, villa ni aldea;
mas he talado sus campos
y abrasado sus riberas.
A Zaragoza llegué,
donde me cerró las puertas
Marsilio, que me tembló,
ofreciendo paz y treguas,
jurando no molestar
más a la gente jaquesa
y de servirte, si gustas,
así en paz como en la guerra.
Temblando están de esta mano
Toledo, Aragón, Valencia,
Jaén, Córdoba, Granada,
Sevilla, Murcia y Cerdeña.
Esto ha hecho en tu servicio
el que pide que merezca
en premio ver a su padre
que tienes preso en cadenas.
Dale libertad, señor;
Dios olvida las ofensas;
llegue ya el plazo en que el mundo
por bastardo no me tenga.
Pues me diste la palabra,
señor, el cumplirla es fuerza;
porque palabra de un Rey
ningún imposible quiebra.
Aquesto a tus pies aguardo,
que, humilde, mi boca besa;
haz que tu aliento a mi honra
nueva vida le conceda.

REY. Alzad de nuevo, sobrino,
valiente como gallardo;
sois nuevo Cipión, Bernardo,
del laurel romano digno.
Vuestro valor peregrino
la fama desde hoy alabe;
y pues que ya el mundo sabe
quién sois, nada os dé cuidado,
que estoy por vos muy honrado.

BERNARDO. ¡ Fiero dolor ! ¡ Pena grave !
Señor, ¿no he de merecer
la libertad de mi padre?
Pues tu hermana es mi madre,
que tu sangre vengo a ser,
y que será su mujer
me ofreciste, gran señor,
dame ser, dame valor;
que son mis hazañas muertas,
señor, si no las despiertas
de nuevo dándome honor.

FLOR. Señor, merezca Bernardo
por su sangre lo que pide.

RAMIRO. Pues que ya el tiempo (1) lo impide
del tiempo prolijo y largo
la venganza, que gallardo
te muestres es gran razón.
Tengan este galardón
sus (2) hazañas, siendo ley,
que cuanto perdona el Rey
adquiere nombre y blasón.

REY. Bueno está, Ramiro y Flor.—
Sobrino, libre veréis
a vuestro padre.

(1) Quizás el autor escribiría "curso" y no "tiempo".

(2) "tus".

BERNARDO. Ponéis
en más confusión, señor.
REY. Ya basta.
BERNARDO. ¡Fiero rigor!
REY. Ley mi palabra será:
vivo vuestro padre está.
ORDOÑ. ¡Gentil despacho tenemos!
Dénosle, o le quitaremos.
BERNARDO. Necio, calla; aparta allá.
ORDOÑ. Peor es tener cordura.
Hazte loco; a Luna vamos;
que si en el castillo entramos,
tendrán a muy gran ventura
dárnosle vivo. Procura
hacer, señor, lo que digo;
que a darte favor me obligo,
si no te apartas de mí.)
REY. Adiós, Bernardo.—Vení,
Ramiro y Flor.

(Vanse los tres.)

BERNARDO. ¡Ah, enemigo!
¡Rey cruel, que de veneno
el corazón me dejaste
lastimado! ¿Aqueste premio
es justo, señor, que aguarde
quien como yo te ha servido?
Perdonad, amado padre,
el no daros libertad;
que no está en mi mano; acabe,
acabe aquí con la vida,
pues que no han sido bastantes
mis ruegos ni mis servicios
a que pudiera librarte.
Mas... ¿qué me detengo? Iré
a Luna, y la obscura cárcel
romperé con las prisiones;
haré que el mundo se espante.
ORDOÑ. Eso es lo mejor, señor:
y pues ya mi valor sabes
que faltarte no püede,
no temas.
BERNARDO. Calla, cobarde.
Mas... ¡ay de mí! que me dijo
mientras el mandato falte
real mi padre que no
su libertad intentase.
Si voy a verle do está,
es fuerza que ha de matarme
el dolor de verle preso,
y que él en su llanto acabe.
Partirme quiero a los montes,
donde habitan fieras y aves.
ORDOÑ. Llévame, señor, contigo;
no te olvides de tu Acates.
BERNARDO. Que, mudas, no me dirán,
causándome nuevos males,
mi desdicha y mi dolor.
Adiós, Rey.
ORDOÑ. (¡Pena notable!)
BERNARDO. Adiós, don Ramiro y Flor;
adiós, palacios reales.
ORDOÑ. (Adiós, queridas tabernas...)
BERNARDO. No he de pisar los umbrales
hasta que a mi padre libre.
ORDOÑ. (Que no he de brindar a nadie
hasta librar, como es justo,
unas canas venerables.)
BERNARDO. Holgara que fuera Troya
León, que fuera más fácil
de entre enemigos y el fuego,
como Eneas a su padre
sacó en sus robustos hombros,
con que vinieron a darle
nombre justo de piadoso;
que a mí no fueran bastantes
a que no librara al mío,
a no ponerse delante
la lealtad que yo profeso
y que al Rey es justo guarde,
las espadas que los griegos
ni los moriscos alarbes
contra Troya y contra España
rigieron fuertes y audaces.
Que contra el furor que siento
volviera en cera el diamante
de su acero. Mas... ¿qué gasto
mis vanas quejas al aire?—
Vamos, Ordoño.
ORDOÑ. Contigo
voy, señor.
BERNARDO. Pues adiós, padre;
que voy a morir sin ti,
pues que no puedo librarte.
ORDOÑ. (Yo una bota llevar quiero,
con que pueda consolarme.)

(Vanse, y sale ROLDÁN *y el* REY ALFONSO, RAMIRO, MENDO, RASURA *y otros* CABALLEROS.)

REY. Proseguid.
ROLDÁN. Invicto Alfonso,
a quien, como es justo, el Cielo

ampare, guarde y dé vida
para quietud de tus reinos,
Carlos Primero de Francia,
emperador, que en los tiempos
su nombre será inmortal,
pues que ya ocupan sus hechos
a la voladora fama;
a quien estatuas ha hecho
de pórfido y alabastro,
jaspes y bronces eternos,
salud te envía, y está
agradecido en extremo,
que sus flordelises de oro
con tus leones soberbios
y castillos unir quieras
para horror del Sarraceno;
que, unidas Francia y España,
contra sus heroicos pechos
mal podrá el temor cobarde
del escuadrón agareno
a tanta valiente espada
embotalle los aceros.
Cuando vean animosos
tantos franceses, que al viento
en plumas y tafetanes
se les muestre lisonjero,
y el sol, que brillando diga
en sus hermosos reflejos,
en aceros diamantinos,
de tanto Par el esfuerzo.
Vendrá Reinaldos, que en él
se muestra un Aquiles nuevo;
vendrá un don Durandarte,
Montesinos y Oliveros;
vendrá el infante Celinos,
y también vendrá Rugero,
que, aunque moderno en la fe,
que, aunque en la sangre agareno,
en defendella ninguno
le aventaja en el esfuerzo.
Y, por remate de todo,
vendré yo, que, solo, puedo,
con la fuerza de estos brazos,
con el valor de este pecho,
defenderos vuestras casas,
sacar del hispano suelo
los moriscos estandartes,
sacándoos de duro asedio. (1)
Esto ofrezco por mi Rey,
invicto Alfonso, esto ofrezco,

(1) "acedio".

cuando reinas en Castilla;
que cuando sea él su dueño
la obligación será suya
de saber guardar sus reinos.
Yo he venido a esta embajada;
Roldán soy; tus plantas beso,
y espero que tus vasallos
contentos vengan en ello.

REY. ¿Roldán?...
RAMIRO. ¡No sé cómo puedo!...
MENDO. ¿Esto los nobles consienten?
RASURA. ¿Cómo? ¡Que así nos afrenten!
RAMIRO. ¡Rabiando!...
REY. ¡Confuso quedo!
RAMIRO. Dejalle hablar fué error.
RASURA. ¡Que a tal nos obligue el Rey!
MENDO. ¡Que aquesto obligue la ley!
RAMIRO. Obediencia es, no es temor
el no habelle respondido.
ROLDÁN. ¡Quedo! ¿Qué os alborotáis,
si, españoles, no ignoráis
que yo soy el que he venido?
REY. Bueno está. Mendo, Ramiro,
Rasura, vasallos, basta.
ROLDÁN. Nada mi valor contrasta.
MENDO. ¡De su arrogancia me admiro!
RAMIRO. Permite, señor, le demos
la respuesta.
REY. Bueno está.
ROLDÁN. Respuesta, Alfonso, me da.
TODOS. ¿Señor?
REY. Cesen los extremos.
Roldán: cuando a Carlomagno
le di del reino el derecho,
fiado en su heroico pecho,
en su fuerte brazo y mano,
fué por la opresión fuerte
que el Moro hacía en mi tierra
molestándola con guerra,
cual (1) ministro de la muerte;
oprimidos mis vasallos
y entonces favorecidos
acetaron los partidos
que agora habrán de excusallos,
porque un monstruo que ha nacido
en mi reino, te prometo,
viéndolo con tanto aprieto,
de esfuerzo y valor movido,
juntó mi gente de guerra,
y dando asunto a la fama,

(1) "que al".

con la sangre que derrama
ha asegurado mi tierra
de suerte, que, tributarios
me son ya los reyes moros,
pues me ofrecen sus tesoros.
Y aquestos sucesos varios,
todos por este español,
mi sobrino, y tan gallardo,
cuyo apellido es Bernardo,
que es propio hijo del sol.
Ésta respuesta darás
a Carlos, tu emperador.

ROLDÁN. Pues ¿cómo, Alfonso? ¿Es valor
de un Rey el volverse atrás?

REY. Yo no voy contra la ley
de Rey, Roldán; que por mí
verá que en lo que ofrecí,
que soy godo y que soy Rey:
que yo seré de su parte
le dirás; pero prometo
que dudo que tenga efeto.

ROLDÁN. Si ese Bernardo es un Marte (1)
y cada vasallo tuyo
un Aquiles, un Scipión,
vista tu resolución,
a quien la gloria atribuyo,
no serán parte a impedir
el intento de los dos.

RAMIRO. ¿Esto sufro? ¡Vive Dios!

MENDO. ¿Esto se puede sufrir?

REY. Parte, Roldán. Dios te guarde.

ROLDÁN. Él quede, Alfonso, contigo.

(*Vase.*)

RAMIRO. A darle voy el castigo.

REY. ¿Mendo? ¿Ramiro?

RAMIRO. Que aguarde,
después de vista, señor,
tu resolución, no es justo;
pues causando este disgusto
aniquilas el valor
de Castilla; ¿qué temor
ocupa tu heroico pecho,
que aqueste agravio le has hecho?
¡Sujeta a Francia Castilla,
cuando ha puesto su cuchilla
a todo el mundo en estrecho!
Mi Rey, mi señor, mi tío
sois; el reino no quiero; (2)

(1) "rayo".
(2) Probablemente el poeta habrá escrito: "el reino vuestro espero"

su libertad sólo quiero,
que en tantos nobles confío
valdrán al (1) intento mío.
¡Ah, señor! Mal lo has mirado;
que con lo que has intentado
de esta nueva sujeción,
verás revuelto a León,
verás el mundo alterado.—
¡Ea, nobles caballeros!
quien fuere español me siga;
que ya el ser Rey no me obliga;
seamos de los primeros
de quien pruebe los aceros.—
Perdona, Alfonso.

REY. Detente.

RAMIRO. Nadie detenerme intente.

RASURA. Todos tus pasos seguimos
cuantos este agravio vimos.

REY. ¡Ah, de mi guarda! ¡Hola, gente!

(*Dentro.*) ¡Viva Castilla y León!
No quede a nadie sujeta.

REY. Toda la ciudad se inquieta.
¡Extraña revolución!

(*Salgan* FLOR, ELVIRA *y* INÉS.)

FLOR. Seguidme.

REY. ¡Qué confusión!
¡Hasta las dueñas se alteran!
¡Grandes desdichas se esperan
en mis reinos! ¿Qué he de hacer?
Dios me limita el poder.
¡Mueran mis intentos! ¡Mueran!

FLOR. No te espante, invicto Alfonso,
entrar hasta tus retretes,
porque agravios de las madres
las buenas hijas lo sienten.
En ver entrar al Francés,
todos tristes, y tú alegre,
conocimos que a Castilla
darla ajeno dueño quieres.
Castilla es madre de todos,
y de hijos tan valientes,
que a Roma y Grecia en olvido
han puesto sus héroes fuertes.
Pues ¿cómo consentirán
que ansí a su madre desprecies,
que la entregues a un extraño,
que la humille y la sujete?
Si no quieres que Ramiro,
aunque es tu sobrino, reine,

(1) "el".

otros deudos tienes; sangre
que parte en tus venas tiene.
¿Por qué los mueves a ira?
¿Para qué a enojo los mueves?
¿Por qué a furor los provocas?
¿Por qué en furia los conviertes?
¿Por qué incitas su cordura?
¿Por qué sus ánimos quieres
probar, cuando en tantos moros
rojas sus espadas vuelven?
¿Bernardo no es tu sobrino?
Pues ¿de qué Cipión valiente,
de qué invencible Alejandro,
que el mundo a sus plantas tiene,
como lo dice la fama,
que ya a sus hechos previene
de Bernardo bronce eterno,
duro jaspe, mármol fuerte,
para que de olvido el tiempo
no las borre ni la muerte,
se cuenta lo que de un joven
que apenas bozo no tiene?
¿El no ha librado a Castilla?
¿No ganó al Carpio valiente?
¿No aprisionó sus alcaides,
dando temor a sus reyes?
¿No ha ganado estas victorias,
que a las antiguas suspenden?
Pues ¿cómo a ramas tan nobles
ansí sujetarlas quieres,
cuando sangre femenil
dentro de los pechos hierve,
y no consiente este agravio,
aunque en brazos de mujeres?
Nosotras, como amazonas,
dejando atrás a los nueve,
le impediremos el paso
a Carlos y a sus franceses.
Mas no será menester,
que hijos España tiene
que volverán por su madre.
Mira el medio conveniente,
Rey, que evites tantos males
y que excuses tantas muertes.
Perdona estas libertades,
y advierte que las más veces
suelen ser de la fortuna
instrumentos las mujeres;
que por ellas nos avisan
los futuros contingentes.
Lo que te digo te dice
hoy en mí toda tu gente.
Busca la paz, pues que es
el oficio de los Reyes.

(*Vase.*)

REY. ¿Flor? ¿Elvira?
ELVIRA. Perdoná;
que todas sus pareceres
seguiremos.

(*Vase.*)

INÉS. Y a todas
no ha de espantarnos la muerte.

REY.

¡Todos se van, y solo me han dejado!
¡Ya es mayor mi tormento!
¡Mayores penas siento!
¡Ya es mayor mi cuidado!
¿Esto es reinar? ¡Ah, Cielo!
De esta inclemencia a tu piedad apelo.
Mi intento sabéis vos que ha sido bueno;
que si uní a Castilla
con la francés cuchilla,
es porque ansí las dos del Sarraceno
seguras estuvieran,
y sus moros al Africa volvieran.
¡Temiendo estoy que don Ramiro agora
se junte con Bernardo,
que, alentado y gallardo,
rayo y cuchillo de la gente mora,
por su madre Castilla,
contra el francés no esgrima su cuchilla!
Y a llamarle envío, porque quiero
darle a su padre preso,
que es ya rigor, confieso,
la detención. Quietar mis reinos quiero
y al Pontífice en Roma,
que es quien el bien común a cargo toma.
Con un embajador, de parte mía,
que a Carlos persüada
que no mueva la espada
le pediré, y que cese su porfía.
Si no es lo que recelo
que en esto nos castiga el justo Cielo.

(*Vase, y sale* BERNARDO.)

BERNARDO.

¡Oh, noche obscura! Alivio a los mortales
suele llamarte el que cansado viene,
pues descanso al trabajo le previene,
que en tus tinieblas hallan fin sus males.

Obeliscos y alcázares reales,
defensas que la industria humana tiene,
que, en ausencia del sol, su luz mantiene
el fuego, que le sirven de fanales,
ya pisarlos no quiero, ni deseo
tu luz, ¡oh sol! Detente en tu carrera,
que, pues mi honor igual a ti no veo,
y de un Rey el enojo persevera
contra mi padre, que es su muerte creo
en noche escura, es bien su hijo muera.

En la margen de este río,
cuyos cristales al mar
tributo van a pagar,
juntos con el llanto mío,
me siento, porque Ordoñuelo,
que es quien sólo me acompaña
en la desierta campaña,
me halle aquí, que recelo
que andará él triste, afligido,
buscando lo necesario;
porque él solo, de ordinario,
el sustento me ha traído.
Mil transformaciones hace
con que a mi mal divirtiera,
si tan del alma no fuera,
porque de la misma nace,
con que engaña a los pastores
porque sustento le den,
y todos le quieren bien
por estos alrededores.
Si no me engaña la vista,
él viene, y viene entre sí
hablando. Este sauce aquí
de la suya es bien resista
la mía, hasta saber
lo que le habrá sucedido,
por si puedo, divertido,
algo el tiempo entretener.

(*Sale* Roldán.)

¡Aspereza rigurosa,
causa de mi confusión,
más que no causó en León
mi embajada prodigiosa!
Criado y caballo dejo
en esa espantosa cumbre
hasta que del sol la lumbre
nos dé del paso consejo.
Y yo he bajado hasta el río
por ver si puedo del pecho,
vertiendo fuego deshecho,
que temple su curso frío.
Ya del rey Alfonso llevo
la resolución que basta;
que si Ramiro contrasta
contra este disinio nuevo,
el mundo no son bastantes
a huir del yugo francés...

Bernardo. (Bernardo, ¿qué oyes? ¿qué ves?)

Roldán. Aunque Cipiones y Atlantes
produzga, en lugar de flores,
todo el campo castellano;
aunque contra Carlomagno
los moriscos atambores
los muevan en su defensa,
aunque... por mí solo, siento
de alcanzar el vencimiento.

Bernardo. ¡Loco es quien eso piensa!

Roldán. ¿Quién responde a lo que digo?
A hacer mi intento vano,
¿quién es bastante?

Bernardo. ¡Esta mano!

Roldán. (Parece que hablan conmigo
estos sauces en sus ecos.)
¿Quién a Francia ha de impedir
la vitoria? ¿Quién?

Bernardo. ¡Morir!

Roldán. ¿Qué respondéis, troncos huecos?
¿Qué espiritus os alientan?
¡Que me lo digáis aguardo!
¿Quién es bastante?

Bernardo. ¡Bernardo!

Roldán. Ya mis deseos se aumentan
de conocello, (1) y saber
si es tan bizarro y fuerte
Bernardo.

Bernardo. Será tu muerte
si esa prueba has de hacer.

Roldán. Ya me eres, sauce, enfadoso.
¡Hacerte pienso pedazos!

Bernardo. ¡Tu cárcel serán mis brazos!

(*Luchan.*)

Roldán. ¡Fiero monstruo prodigioso,
suelta! ¿por qué me atormentas?
¡No lo puedo resistir!

Bernardo. ¡Desta suerte has de morir
si aquesa máquina intentas!

---

(1) Prueba de que esta comedia ha sido refundida, pues harto ha conocido Roldán a Bernardo en el acto primero.

Mas, para saber de ti
más de espacio tu suceso,
te dejo.

ROLDÁN. ¡Nadie, confieso,
ha puesto temor en mí
sino tú! Mas ¿esto digo?
Saca la espada, verás
tu muerte.

BERNARDO. Si en eso das,
será tu muerte y castigo.
(*Pelean.*)

ROLDÁN. ¡Bizarramente peleas!

BERNARDO. ¡No la esgrimes mal, francés!
Mas, pues ya mi valor ves,
si tu muerte no deseas,
cuéntame a lo que has venido. (1)

ROLDÁN. A hacerlo estoy obligado,
porque el valor que has mostrado,
de un fuerte pecho nacido,
muestras da de tu nobleza.
Y así, sabrás, caballero,
que a Carlos, a quien prefiero
en valor y en fortaleza,
que ya entre los Nueve goza
el nombre de invicto y magno,
[a] aquel gran César romano,
fundador de Zaragoza,
Alfonso, tu Rey, le ofrece
la castellana Corona,
porque mejor su persona
tan buena elección merece.
Agradecido, envió
de aquesta bizarra acción
al rey Alfonso a León
Carlos, a quien sirvo yo,
una embajada conmigo
y otros nobles caballeros,
de cuyos fuertes aceros
Armelín es buen testigo.
Alfonso, con noble pecho,
confirma su parecer,
con lo que vino a poner
toda su Corte en estrecho.
Contradícele su intento
Ramiro con los demás;
pero, al fin al fin, verás
que es todo cosa de viento.
Como a Carlomagno vea
esa gente amedrentada,
poco importará su espada.
¡Ahora, español, pelea!

BERNARDO. Confieso que te matara,
loco francés, si no fuera
porque tu arrogancia viera,
como tu lengua declara.
Que si Carlos intentare
venir con las lises de oro,
aunque en su favor el Moro,
y en su ayuda se declare,
con el militar estruendo,
con orden para embestir,
que ellos bien podrán venir,
pero volverán huyendo.
Y, por que tu pecho vea
no lo dejo de temor,
pues conoces mi valor,
agora, francés, pelea.

ROLDÁN. Eres valiente guerrero.
Tu nombre saber querría.

BERNARDO. No, que matarte podría.
Deja esa gloria a mi acero.

ROLDÁN. Del mío esa gloria aguardo.
¡Espanto sus golpes dan!

BERNARDO. (Este es, sin duda, Roldán.)

ROLDÁN. (Este es, sin duda, Bernardo.)
¡Detén el brazo, español,
que tan bizarro has andado,
tan diestro, tan alentado,
cual propio hijo del sol!

BERNARDO. Por no apresurar tu suerte
me procuro reportar.

ROLDÁN. No he querido pelear
por no apresurar tu muerte;
por que veas con la vida
que es de tu patria el castigo
Carlos, siendo tu enemigo,
y este brazo tu homicida.

BERNARDO. Pues, por que veas también
que es vana aquesa opinión,
que si intenta de León
que el reino y cetro le den,
será afrenta de sus Pares,
tan temidos y esforzados,
y que traiga de soldados
más millares de millares
que hojas el árbol produce,
que será su intento en vano
si este brazo castellano
alguna gente conduce,
vuelve con vida, francés.

(1) También esto lo sabía Bernardo.

ROLDÁN. Hasta entonces tendrás vida,
que yo seré tu homicida.
BERNARDO. Yo te mataré después.
Quiero enseñarte el camino,
pues dices que lo has perdido.
ROLDÁN. (¡Raro valor escogido!)
BERNARDO. (¡Es su esfuerzo peregrino!)
ROLDÁN. De ti mil triunfos aguardo.
BERNARDO. Mis brazos te lo dirán.
ROLDÁN. ¡Tú sabrás quién es Roldán!
BERNARDO. ¡Tú sabrás quién es Bernardo!

ACTO TERCERO

(*Salen* ESTELA, BERNARDO *y* ORDOÑO.)

BERNARDO. En aquestas praderías,
los caballos se apacienten,
mientras dicen lo que sienten
mis amorosas porfías
a Estela, que ya robados
tiene todos mis sentidos,
ciegos, presos y rendidos,
de amor por ella abrasados.
ORDOÑ. ¡Que fuese tan desgraciado
Ordoño que motilona
no trujese! Una fregona
falta, que dé a mi cuidado
alguna ayuda de costa
para poder divertirme,
que contino en perseguirme
venga siempre por la posta.
¡Ah, fortunilla; ah, taimada!
Si a Bernardo favorece
tu rueda, ¿qué desmerece
mi persona, acreditada
en el Carpio, donde he muerto
más moros por estas manos?
BERNARDO. Deja esos discursos vanos.
ORDOÑ. Más son voces en desierto.
ESTELA. ¿De qué Ordoño se quejaba?
BERNARDO. Ordoñuelo es muy gracioso.
ORDOÑ. Yo, señora, estoy quejoso
de que no le acompañaba
a vuestra serenidad
un adarme de criada
donde poner que premiada
fuese tan gran voluntad,
que por ser hechura vuestra,
pusiera yo mi afición,
ya que vos, como es razón,
hicisteis la dicha nuestra
feliz mostrando a Bernardo,
ya que yo no estaba allí,
que le estimo más que a mí,
por bizarro y por gallardo,
en quererle de repente,
aunque amor todo lo puede,
que, niño, en fuerzas excede
al gigante más valiente.
BERNARDO. ¿Quieres decir que tu talle
le causará más desvelos?
ORDOÑ. (Sin duda que le doy celos.
No será malo el picalle.)
Si viera mi valentía,
mi gracia, mi perfección,
mi agrado, mi discreción,
juntos con mi cortesía;
mi saber entremeter,
mi cuentecico donoso,
que le hace a un hombre airoso
con la más cuerda mujer.
Bernardo, ¿no es cosa clara,
si Venus la diosa fuera,
que a mucha dicha tuviera,
que con gusto la mirara?
ESTELA. Mucho gusto de escucharte:
eres gracioso bufón.
ORDOÑ. Tú tienes poca razón,
en que pretendo obligarte,
y me trates de ese modo,
que se llama entretenido
a un hombre tan entendido:
que por eso me acomodo
a razonar de esta suerte
contigo, que eres más basta
que Bernardo, me contrasta,
haciendo corta mi suerte.
BERNARDO. Deja ese discurso, loco,
si no quiés verme enojado.
ORDOÑ. Sí haré.
BERNARDO. ¿Qué dices, menguado?
ORDOÑ. Que yo me voy, poco a poco,
a aderezar la comida
mientras tú te estás aquí.
BERNARDO. ¡Pues, vete!
ORDOÑ. Harélo ansí.
(¡Que ansí Bernardo me impida
a mi fama la opinión!)
BERNARDO. ¿Qué aguardas, di, majadero?
ORDOÑ. Ya me voy.

BERNARDO. ¡Vete!
ORDOÑ. (¡No espero
que se enoje, que es león!)

(Vase.)

ESTELA. ¡Gracioso ha andado Ordoñuelo!
BERNARDO. Es un muy leal criado.
Parece que está eclipsado
ese sol en breve cielo.
Parece que descontenta
estáis en venir conmigo,
que no habrá males, testigo
el Cielo, que tanto sienta.
ESTELA. Bernardo, deja razones
y no pruebes a mi fe,
pues que tu alma posee
juntos nuestros corazones.
Eres norte de mi vida,
por quien se va gobernando,
y eres luz que va guiando
a esta alma, en tu amor rendida.
Ya el ejército partió
para Albania, y libre queda
Roma por ti, porque pueda
decir que libre quedó
por Bernardo solamente,
que muerte dió a Teosidoro,
y a mí vida, pues le adoro,
de que el alma gloria siente.
BERNARDO. Ya Su Santidad ha unido
nuestras almas, gloria mía;
que tanto amor no podía
pagar sin ser tu marido.
Los reinos que me ofreciste
no los dejé de temor,
mas por ver que en mi valor
de mi patria el bien consiste.
Su Santidad, con Roldán,
movido de aquesta hazaña,
pide desista de España
a Carlos, que nombre dan
de Magno sus valerosos
hechos, de que ya la fama
de polo a polo derrama;
que los tiempos presurosos
no podrán obscurecellos
con olvido, ni la muerte,
que en mármol y bronce fuerte
siempre habrá memoria de ellos.
Y para ver si desiste
de esta empresa Carlomagno,
me voy a París, que en vano
le saldrá; pues, como viste,
a Teosidoro y su gente
obscurecí su vitoria,
y ansí a Carlos poca gloria
tendrá cuando aquesto intente.
Que pues tus ojos divinos
tan en mi favor los veo,
del alma dichoso empleo,
en su beldad peregrinos,
no espero contrario fuerte,
que me sirven de señal,
de iris arco celestial
contra el rigor de la muerte.
ESTELA. Bernardo, de agradecida
no te acierto a responder;
que tan tuya vengo a ser,
que es tuya mi alma y vida.
Sin ti vida no quisiera,
reinos no quiero sin ti,
porque si reinas en mí,
no es mucho que yo te quiera.
Con mi amor fábulas son
las de Venus ni Diana,
ni el de la hermosa gitana
que a un áspid dió el corazón.
BERNARDO. Deja discursos, amores;
que de tu voz la armonia,
aunque insensibles, podía
enamorar estas flores
que tributarias se ofrecen
por alfombra de tus pies,
ufanas de que les des
el premio que no merecen;
que yo, que en mi amor espero
que he de saber obligarte,
mi gloria, pretendo amarte
sin decir lo que te quiero.
Porque imposible ha de ser
el declarar tanto amor,
los ojos podrán mejor
callando ese oficio hacer,
que pues puerta franca dieron.
como porteros de casa,
al fuego que al alma abrasa,
y presentes estuvieron,
ellos saben solamente
lo que publican callando,
que mudos están hablando
todo lo que un alma siente.
ESTELA. Pues bien te dirán los míos
lo que te adoro, Bernardo,

que en tu amor me abraso y ardo,
no juzgando a desvaríos
el poner mi voluntad
en quien mató a Teosidoro,
que él no me perdió el decoro,
créeme aquesta verdad.
Robóme de la clausura
do mi padre me dejó,
cuando en Nive (1) murió,
y persevera y procura
que de voluntad le quiera,
lo que no alcanzó conmigo,
al Cielo hago testigo,
o me sepulte una fiera.
Pero luego que te vi
con tal despejo y valor,
al tuyo rendí mi amor
y sólo reinas en mí:
tú eres imán de [los] ojos
cuando te llego a mirar.

BERNARDO. Cesa, mi bien, de obligar
a quien gozas los despojos;
que de mi alma abrasada
en tu amor te los rendí.

ESTELA. Tuya soy.

BERNARDO. Vives en mí.

ESTELA. ¿Que merezco ser amada
de ti?

BERNARDO. Decid, flores:
¿quién tan venturoso fué?

ESTELA. Pagas, español, mi fe.

BERNARDO. A mi fe pagas, amores.

(*Sale* ORDOÑO.)

ORDOÑ. ¿Cómo estás tan descuidado,
señor, cuando apriesa llegan
tantas escuadras, que al sol
con sus armas amedrentan?
Aquesta ciudad vecina,
que sus hermosas almenas
compitiendo con las nubes
sus homenajes se mezclan,
vienen a cercar. Al punto
sube a caballo, y apriesa,
con Estela, mi señora,
vente, señor, y no quieras
poner a riesgo tu vida.
Haz lo que aquí te aconseja
Ordoño, que la fortuna
no siempre en favor se muestra.

(1) Véase la nota (3) de la pág. 654.

BERNARDO. ¿Qué me aconsejas, villano?
¿Yo huír la cara a la guerra,
cuando sus bélicas voces
mis espíritus alientan?

ESTELA. ¡Señor, por amor de mí!

BERNARDO. Ensíllame presto, vuela,
mi caballo.

ESTELA. Agora veo
que mi grande amor desprecias.

ORDOÑ. ¿No te mueven estos ojos?

BERNARDO. Camina, no te detengas.

ESTELA. Pues ¿tú dices que me quieres?

BERNARDO. Y más que a mi vida, Estela.

ESTELA. Pues ¿cómo te vas, ingrato?

BERNARDO. Mi gloria, pues ¿quién te deja?

ESTELA. Si a riesgo pones tu vida,
¿no quieres, mi bien, lo sienta?

(TEOBALDO *dentro y tocan cajas.*)

TEOBALDO. ¡Al arma, fuertes soldados;
aunque a las mismas estrellas
toquen las soberbias torres,
igualaldas con la tierra.

BERNARDO. Ordoño, vengan mis armas.—
Dadme, señora, licencia.

ESTELA. ¿Cómo? ¿Tan poco te obligo,
Bernardo, que así me dejas?
¿Ya de mis brazos te olvidas?

BERNARDO. Mi gloria, pues ¿quién te deja? (1)

ESTELA. Mira que el alma te estima,
que este peligro recela.
Vámonos, mi bien, de aquí;
sírvate mi amor de espuelas.

BERNARDO. Mal aquesta gente embiste;
mejor fuera dando vuelta,
y fuera el riesgo menor.

TEOBALDO. ¡Tocá apriesa, apriesa, apriesa!
Arrimad al muro escalas.
(*Dentro.*) ¿Habrá en él quien lo defienda?

BERNARDO. Quien lo defienda ha de haber,
si es que Bernardo lo intenta.

ESTELA. ¿Tan poco puedo contigo,
que es posible te diviertas
tanto en la guerra, señor?

BERNARDO. Perdona, querida Estela,
que no puedo detenerme.

ESTELA. ¿Que me dejáis?

BERNARDO. ¿Quién os deja?
Vuelvo a mirarte, mi bien.

(1) Consta este verso, que ya se puso doce renglones antes.

TEOBALDO. ¡A ellos, soldados! ¡Cierra!
BERNARDO. Mucho la gente maltratan
guardados de las almenas.
Si una tropa de soldados
por donde es mayor flaqueza
abrieran algún portillo
y juntos acometieran,
entrarían en la ciudad.
(*Dentro.*) No sirven humanas fuerzas
a contrastar la muralla,
porque son de blanda cera
mis soldados, y en los muros
diamantes los que pelean.
Haz tocar a retirar.
BERNARDO. Querida Estela, no tengas,
con tus ruegos, detenida
la Fama, que a mis empresas
nuevos laureles previene,
sin que olvido las ofenda.
ESTELA. ¿Qué, en fin, mi señor, os vais?
BERNARDO. El alma con vos se queda.
ORDOÑ. Tus armas tienes vestidas.
Embraza aquesta rodela.
ESTELA. Pues yo he de morir contigo.
BERNARDO. Ahora a mi boca entrega
tus pies para que los bese.
ESTELA. Pues a tu lado me llevas,
seré en matar enemigos
otra Semíramis nueva.
BERNARDO. ¡Eres valiente amazona!
TEOBALDO. (*Dentro.*) A retirar toca apriesa.
BERNARDO. ¿Qué es a retirar? ¡Soldados,
hoy veréis que un rayo llega
al muro!
ESTELA. Tus pasos sigo.

(*Vanse.*)

ORDOÑ. Algo enojado me deja.
Bueno será pelear,
pues tengo valor y fuerzas.
Ahora bien será ensayarme,
y pensar alguna treta
para dar un antuvión,
sin que el contrario me hiera;
saco la espada furioso,
poniéndome en línea reta;
y si me dan por un lado,
¿qué me sirve la destreza?
Si tiro este tajo, es malo,
que pueden con una piedra
darme en la cholla, y no es bueno;
que no hay destreza que tenga
contra piedras. Ahora bien:
si es malsano de cabezas
saber quiero este lugar;
que no es bien sin que lo sepa
se ponga en peligro Ordoño.
(*Dentro.*) ¡Santiago!
ORDOÑ. Ya comienza;
tal ejemplo tiene en mí
Bernardo.
BERNARDO. Ya está en tierra
el muro. ¡Arriba, soldados!
(*Dentro.*) Ya es en vano la defensa;
que en un hombre solo el Cielo
nuestro castigo reserva.

(*Saca* BERNARDO *alguna tropa de* SOLDADOS *acuchillándolos, y* CASILDA *con espada desnuda.*)

CASILDA. Detente, joven gallardo,
y pues me rindo, me oye,
que en vencerme solamente
haces eterno tu nombre.
BERNARDO. Segura puedes hablar
sin que mi acero te enoje,
porque nunca a las mujeres
ofenden los españoles.
CASILDA. Confiada en tu palabra,
yo soy, valeroso joven,
Casilda, duquesa un tiempo
de Marinán, Crema y Lode.
Es mi apellido Gonzaga,
cuya sangre reconoce
el Emperador francés
a quien dan de Magno el nombre.
Sirvióle mi padre un tiempo
sentándose entre los doce
Pares, todos deudos suyos,
ricos todos de blasones.
Concertóme de casar
con un Grande de la Corte,
alférez mayor de Carlos,
a quien Dudón dan por nombre.
Esto fué en mis tiernos años;
murió, y mi padre, que goce
pisando esos pavimentos
de las celestes regiones,
Teobaldo, fiero animal,
que también tiene en (1) las flores
doradas sangre, pretende
que por fuerza me despose

(1) Quizá sea mejor "tienen las flores", aunque todo el pasaje está alterado.

con él, haciendo por fuerza
violencia a los corazones;
cosa que solos los ojos
a su voluntad disponen.
Envióme su retrato,
dádivas, que aunque los montes
dicen que allanan, hicieron
los imposibles mayores,
pues aunque el (1) alma jamás
admitía sus favores,
el no profesar la fe
de Cristo, profeta y hombre,
fuera bastante a impedir
a que con él me despose;
que sangre cristiana es bien
que la herética no borre.
Vista mi resolución,
quiere que por fuerza logren
sus intentos, sus deseos:
y ansí, con sus escuadrones
intenta escalar los muros
y estas invencibles torres,
si no llegara tu brazo,
que hoy igual no reconoce;
que asaltando la muralla
haces que a tus pies se postren
los más valientes soldados
que hay en todas mis legiones.
En ser español he visto,
suplícote me perdones,
me ampararás por mujer,
impidiéndole que logre
su intento a Teobaldo, que antes
daré mi pecho a este estoque.
Cristiana soy, tú lo eres;
mujer soy, y tú eres hombre;
mi honor en tus manos dejo;
mira por él. Ansí goces
del laurel que, siempre verde,
en tus sienes te corone.
(Vase a hincar de rodillas.)

BERNARDO.

No hagas ese exceso,
que me obligas, señora, te confieso.
¿Que yo esgrimí la espada
en contra de la sangre bautizada,
y ayudé la herejía?
¿Que esforcé la crueldad, la tiranía?
¡Ah, Cielo piadoso,
pues contra mí no fuiste riguroso!

(1) "al".

Esta ciudad perdida
vuestra será o perderé la vida.
Casilda hermosa y bella,
dueña seréis, como primero, de ella.
Si Teobaldo no quiere
desistir de esta empresa, de mí espere
que le daré el castigo:
que quien fué en su favor ya es su enemigo.

CASILDA.

Da tus manos mil veces
a la que tal favor de nuevo ofreces.

(Sale ORDOÑO *y* ESTELA.*)*

ORDOÑO.

Aquí estaba, señora.

ESTELA.

(¡Esto faltaba por sentir agora!
¿En otros brazos? ¡Cielos!
Muero de amor cuando me abrasan celos.
Deja, Ordoño, que muera.)

BERNARDO.

Que te daré favor, sin duda, espera.

CASILDA.

En tu valor confío.

ESTELA.

(¡Ya muero!

ORDOÑO.

¡Terrible desvarío!)

BERNARDO.

Hoy Bernardo te ayuda
si de su mal propósito no muda
Teobaldo; yo me obligo.

CASILDA.

Tu esclava soy.

BERNARDO.

Levanta.

ESTELA.

(¡Ah enemigo!

ORDOÑO.

Esperanzas me ha dado,
que Bernardo es cristiano bautizado;
con dos no ha de casarse,
y con la una habrá de desposarse.
Ordoño, hoy soy duque.
Ruego a Dios que este bien no se trabuque.)

(Sale TEOBALDO *y* SOLDADOS *vencidos y vencedores.)*

TEOBALDO.

Tus pies, si los merezco,
héroe invicto, me da cuando le ofrezco
mis labios a tus plantas.

BERNARDO.

Con aquesa humildad más te levantas.
Alzad, señor, del suelo.

TEOBALDO.

¿Eres Marte, que del quinto cielo,
por dicha haya (1) bajado,
que en aquesta ocasión favor me has dado?
¿Quién eres, que prometo
que eres, sin duda, celestial sujeto?—
Casilda, mi señora,
mi rigor disculpar podréis agora.

CASILDA.

Teobaldo es mi enemigo.

BERNARDO.

Bien segura estaréis si estáis conmigo.
Teobaldo valeroso,
del laurel digno siempre vitorioso,
Casilda me ha contado
la ocasión que a esta guerra os ha obligado:
cómo la habéis querido,
y cómo pretendéis ser su marido.
Ved que el daño apetece
quien pretende mujer que le aborrece;
que es a disgusto os digo
del hombre la mujer fiero enemigo;
que es fuego que le abrasa,
y, en fin, es enemigo dentro en casa.
Volved a vuestra tierra,
poned fin a esta dura y fiera guerra.
A Lode le dejad, que yo os lo ruego:
la gente recoged, marchando luego,
que, como amigo, os juro
que en esto vuestro bien sólo procuro.

TEOBALDO.

Por muy cierto he entendido
que estás loco, español desvanecido,
pues me aconsejas que desista ahora
de la que el alma adora.
¿Sabes que es más posible
volver el tiempo atrás, cosa imposible (2);
retroceder los ríos,
que poner fin a los intentos míos;

(1) "ya".
(2) "posible".

que olvidar unos ojos
que de mi alma gozan los despojos?

BERNARDO.

(Este me va enfadando.
Partiráse de aquí, pero rodando.)
Hablad, Casilda bella.

CASILDA.

Que si aqueste tirano me atropella,
que mi muerte deseo.

BERNARDO.

¿Veis aquesto, Teobaldo?

TEOBALDO.

Ya lo veo.

CASILDA.

Teobaldo riguroso,
antes que puedas ser injusto esposo,
siendo infeliz mi suerte,
vendrá primero mi temprana muerte.

TEOBALDO.

(¡Cielos! Ya he sospechado
que de aqueste español se ha enamorado.
Por éste me desprecia,
pues que tan grande amor no quiere y precia.)

ESTELA.

(¡Confusa estoy, ah, Cielos!)

TEOBALDO.

(De este español me abrasan vivos celos.)

ESTELA.

(Confusa el alma aguarda;
que en extremo es hermosa y es gallarda.)

ORDOÑO.

(Este es aborrecido,
sin duda; será Ordoño su marido.
Si me mira a la cara,
al momento sé yo que se declara.)

BERNARDO.

¿En qué, di, te resuelves,
Teobaldo?

TEOBALDO.

Pues tú por ella vuelves,
que la quieres sin duda,
y que si de propósito no muda
tu parecer, es cierto
que has de quedar entre mis brazos muerto.

BERNARDO.

Si en eso consistiera,
¡Dios sabe de los dos el que muriera...

ESTELA.

(Nuevos daños aguardo.)

BERNARDO.

Que aún no habéis conocido aquí a Bernardo!

TEOBALDO.

Matad a este villano.

BERNARDO.

Lo que se ha de hacer tarde, sea temprano.
Tú mientes. ¡Ea, amigos;
que pues de mi valor fuisteis testigos,
veréis vuestra señora,
que, ya vencida, queda vencedora!

ORDOÑO.

Nadie a traición le tire.
Que es sobrino de un Rey todo hombre mire,
y que pueden matalle,
y que quedo yo aquí para vengalle.

(Embiste BERNARDO *con todos, y algunos de los vencidos pelean a su lado.)*

Y tú manco, diré viéndote yo
¡mal haya el alma, amén, que te mancó!

(Dentro.)

¿Este es rayo o demonio?

(Otro.)

De ello nos dan sus obras testimonio.

BERNARDO.

¡Santiago, y a ellos!

ORDOÑO.

Ya derriba valonas, que no hay cuellos.

(Dentro.)

No hay fuerza que le aguarde.

ORDOÑO.

Yo voy a hacer de mi valor alarde.

(Sale CASILDA *y encuentra con* ORDOÑO.*)*

ORDOÑO.

Señora de mi vida,
¿adónde vais ansí, descolorida?

CASILDA.

De pelear cansada
y de aqueste español aficionada,
hacia aquí me retiro,
que la vitoria en nuestras manos miro.
Que el Cielo le ha traído
para que restaurase lo perdido.

ORDOÑO.

Había de enojaros
estando yo, que en adoraros,
señora, me desvelo.
Volved, señora, aquese rostro o cielo.
(¡Lindas facciones tiene!
¡Con qué donaire! ¡Qué enojada viene!)
¿Conocéisme, señora?

CASILDA.

Lacayo sois. ¿Aqueso quién lo ignora?

ORDOÑO.

(Ella se ha delatado.
En la primera hoja con mi oficio ha dado.)
Hidalgo y caballero,
descendiente de Adán por lo primero
soy.

CASILDA.

Pues ¿qué pretendes?

ORDOÑO.

¿Es posible, señora, que no entiendes?
¿Qué tal te he parecido?
¿No soy galán, discreto y entendido?
¿No declara mi traje
mi discreto hablar con buen lenguaje?
¿Merezco tus regalos?

CASILDA.

También mereces que te muela a palos.

ORDOÑO.

El embite no quiero.
Con palos entras, no es muy buen agüero.

CASILDA.

A tu amo acompaña.

ORDOÑO.

No será aquésta su mayor hazaña,
porque en matar cansados
estamos yo y Bernardo ejercitados.
Si el daño mayor fuera,
¡vieras allí lo que Ordoño hiciera!
Soy espantoso rayo,
demonio soy enjerto en un lacayo.
Aquesto es pasatiempo;
mas verásme, señora, con el tiempo.

CASILDA.

Coronista eres tuyo.

ORDOÑO.

Le doy a cada cosa lo que es suyo.

CASILDA.

Tu amo va siguiendo
los contrarios, que ya se van huyendo.
Pues eres tan valiente,
vente conmigo.

ORDOÑO.

¡Oh, sol! ¡Oh, claro oriente!
(Sin duda, está picada.)
El mundo tiemble de mi fuerte espada.
Que le sirva de frío,
volviéndole en invierno el seco estío.

CASILDA.

Camina, pues, apriesa.

ORDOÑO.

Príncipe soy, y mi mujer Princesa.

(*Vanse, y sale* ESTELA.)

ESTELA. Cansada de pelear,
que, al fin, fuerzas de mujer,
quiero el tiempo entretener
y olvidarme de matar.
Y al pie de esta fuente fría,
pues la gente no parece,
ya que el descanso apetece
y quietud el alma mía,
probar, si pudiese, ¡ah, Cielos!,
dar alivio a mi dolor,
pues cuando supe de amor
me atormentaron los celos.
Bien sé que es obligación
de los nobles caballeros
ejercitar sus aceros
por semejante ocasión;
pero como yo le quiero,
y Casilda es tan gallarda,
teme el alma y se acobarda
por ser mi amor verdadero.
Siéntome para aguardar:
que solo venga mi dueño
si acaso me deja el sueño
sus partes considerar.
Ya me rinde. ¡Ah, infeliz suerte!
¡Qué bien dijo el que primero
dijo que eras verdadero
sueño imagen de la muerte!

(*Finge dormirse. Sale el* TIEMPO, *con barba larga.*)

TIEMPO. Hija de Maximino,
Estela ilustre y clara,
atiende a mis razones,
con los ojos del alma.
El Tiempo a verte viene;
que, aunque lleno de canas
y caduco le pintan,
excede y aventaja
al viento y pensamiento,
que aun no huellan mis plantas.
Será tu sucesión
tan ilustre en España,
que la envidien los reyes,
césares y monarcas;
porque el Cielo te ofrece
por tus primeras ramas
tres hijos, cuyos nombres
mi lengua te declara.
Mendo será el primero,
y conde de Saldaña,
y por Mendo dirán (1)
Mendoza aquesta casa.
Diego será el segundo,
y de Diego se aguardan
los Díaz, que los siglos
ostentarán su fama;
pues un Rodrigo Díaz
tendrá muy presto España,
que el arábigo Cid
por su desdicha llama.
Este, con poca gente,
rendirá las murallas
de la insigne Valencia,
y aquéstos acompaña
Illán, que es el tercero,
y de esta ilustre casa
será la que a Toledo
le conquiste su Alcázar.
Y de aqueste apellido
jamás habrá batallas
do Toledos no asistan,
ni en Flandes, ni en Italia.
por dignos generales,
que en valor aventajan
los romanos y griegos
que celebra la Fama.

(1) "daran".

De todos te dijera;
pero con éstos basta.
Ya tu Bernardo llega,
que vitorioso aguardas.

ESTELA. ¡Jesús! ¡Notable ilusión!
Sin duda es la fantasía,
que entre sueños me decía
lo que ignora el corazón,
que con sombras aparentes
aquí me ha dado a entender
como que yo he de tener
tan ilustres descendientes.
Y si no he tenido ciego
el sentido, a lo que entiendo,
el primero llamó Mendo,
otro Illán y el otro Diego.
Y a cada uno de los tres
creo sucesión promete.
Mas, ¡déjame sombra, y vete,
que el sueño, al fin, sueño es!—
Mas por estas ramas suena
gente. Sin duda es Bernardo.
Mas no es, ¿qué me acobardo?
Mi espada alivie mi pena.

CASILDA. (*Dentro.*) Gente suena. Las espadas
llevemos apercebidas,
si hay que quitar más vidas.

ORDOÑ. ¡Con ese valor me agradas!

(*Salen* ORDOÑO *y* CASILDA, *las espadas desnudas.*)

CASILDA. ¿Quién está aquí?

ESTELA. ¿Quién intenta
saber quién es?

CASILDA. ¿Ya no basta?

ESTELA. ¡Poco tu voz me contrasta!

CASILDA. ¿Qué campo sigues?

ESTELA. Asienta.
¿Tengo de decirte a ti,
siendo como yo mujer,
y que has venido a vencer,
por lo que me toca a mí,
quién soy y qué campo sigo?
(¡Esta me mata con celos,
pues dan ocasión los Cielos,
pensando que es enemigo,
he de procurar su muerte!)

CASILDA. (Esta viene con Bernardo.
Si le doy la muerte aguardo
hacer felice mi suerte.)
Mis golpes, ¿no te maltratan?

ESTELA. ¡Presto tienes de morir!

ORDOÑ. ¡Ay, que se pueden herir!
¡Ay, señores, que se matan!
¿Qué he de hacer? Entrambas riñen.
¡No pase más adelante!
Quiero meter el montante,
como hacen cuando esgrimen.
¿Que es Estela no ha notado,
y de Bernardo mujer?—
Señora, ¿no echáis de ver
que es Casilda? Que excusado
pudo estar ¡viven los cielos!
ahora que me enojo yo.
(Esta no la conoció;
a estotra la pican celos.)

CASILDA. ¡Vuescelencia me perdone,
que yo no la conocía!

ESTELA. Aquí mi descortesía
pido a vuescelencia abone,
que, como andamos de guerra,
cualquier rumor nos altera.
(Fuerza es disimule y muera.)

CASILDA. (Aquí mi deseo entierra
el saber que es su mujer,
y no es justo que la inquiete.)

ORDOÑ. (Aquí mi industria promete
que en paz las he de poner.
Celos de Casilda tiene:
si yo (1) le digo que es mía
ha de cesar su porfía
y el grande (2) dolor que tiene.)
Oyeme aparte, que digo
con licencia.

ESTELA. Di.

ORDOÑ. ¡Por Dios,
que, aquí para entre los dos,
que son cosas de un amigo!
Casilda tiene buen dote,
y como soy forastero,
que he de casar rico espero,
y que ninguno me note
de pobretón, con que borre
mi pobreza. Aquesto es:
Duque he de ser, o Marqués,
cuando todo turbio corra.
A Bernardo le he de hacer
mil favores. Sí, en verdad,
porque le tengo amistad,
aquesto podéis creer.
Mas disimulad, os ruego,
que la Marquesa es celosa.

(1) "no".
(2) "gran".

(No entienda de mí otra cosa
y alborotemos el juego.)

ESTELA. ¿Tan mal gusto, dime, quieres
que tuviese tal señora?

ORDOÑ. ¿Agora tu ingenio ignora
que son locas las mujeres?

ESTELA. ¡Por semejante locura,
antes le diera la muerte!

ORDOÑ. ¿Quieres perturbar mi suerte
y acortar ya mi ventura?

CASILDA. ¿Qué es eso?

ESTELA. Locuras son
de este loco.

ORDOÑ. ¡Calla, digo!

ESTELA. No haré poco, pues me obligo
a callar.

ORDOÑ. ¡Chito, chitón!

BERNARDO. (*Dentro.*) ¡Esos despojos llevad
a la ciudad, que ya estoy
con vosotros, porque voy
buscando en la soledad

(*Sale.*)

a mi dueño. (Esta es
Estela.)

ESTELA. (Este es Bernardo.)

BERNARDO. ¡Dame esos brazos!

CASILDA. Yo aguardo
a que tus manos me des.

ORDOÑ. Y yo aquí tu bendición
para un negocio importante,
porque estoy muy adelante.
Después sabrás la ocasión.

BERNARDO. Ordoñuelo, ¿qué te has hecho?

ORDOÑ. ¿No me has visto pelear?
Peste he sido en el matar.
No hay alemán de provecho.
¿Mil tullidos no encontraste,
a quien tú diste la muerte?
Yo los puse de esa suerte
con mi brazo. Pero, baste.

BERNARDO. ¿Todavía estás de humor?

ORDOÑ. Pues si no me he jaropado,
¿qué mucho?

BERNARDO. Ya ha levantado
aquese competidor
vuestro de Lode, señora,
el cerco; y, amedrentada
su gente, desamparada
la ciudad, os deja ahora
los despojos que, ganados,
tuvieron en esta guerra;
con ellos a vuestra tierra
vienen los vuestros cargados.
Entrad en vuestra ciudad,
que mil años gobernéis.
Sólo os suplico me deis
licencia, y me perdonad,
para que a París me parta,
porque es allí mi jornada,
que llevo cierta embajada,
y aqueso de vos me aparta;
que asistiéramos con vos
Estela y yo, por serviros.

CASILDA. Yo no sé cómo deciros,
español, testigo es Dios,
lo que estoy agradecida
y en la obligación que estoy.

ESTELA. (¡Ya asegurándome voy
si es tan breve la partida!)

ORDOÑ. ¡Ay, malogrado Marqués,
si la Marquesa se queda!
¡Fortuna, detén tu rueda,
no des conmigo al través!
¡Ay, malograda afición!

CASILDA. Dueño seréis de mi Estado,
que, pues vos le habéis ganado,
que sea vuestro es razón,
y con Estela, podéis
serviros de él y de mí.

ORDOÑ. ¡Ah, señor, quédate aquí,
que me importa!

BERNARDO. Me ponéis
en obligación de nuevo.
Cuando ése un Imperio fuera,
yo a esas plantas le pusiera,
que fuera hacer lo que debo.

CASILDA. Como os dije, con Dudón,
mi padre, me ha concertado
de casar: pues que me ha dado
el Cielo tal ocasión,
con vos a París iré,
si en eso no os disgustáis.

BERNARDO. De que servida seáis
os doy mi palabra y fe.

ESTELA. (¡Cielos! ¿Qué es esto que he oído?
¿A París se quiere ir?)

ORDOÑ. Ya yo empiezo a revivir
de nuevo para marido.
Dudón, en italiano,
pienso que dudar será,
y ansí, dudo si estará
de darme agora la mano.

¡Oh, rostro bello y hermoso,
tu amor mi pecho no ignora!
¡Yo te pagaré, señora,
con ser tu esclavo y esposo!

CASILDA. Pues yo quiero en mis Estados
nombrar un gobernador
que, con prudencia y valor,
los tenga bien gobernados.

BERNARDO. Id, y haced lo que decís.

ESTELA. (¡En celos me siento arder!)

ORDOÑ. (Ella será mi mujer
luego, en entrando en París.)

CASILDA. Voy a hacer, como es razón,
se aperciba vuestra entrada,
señora Estela.

ESTELA. Excusada
puede estar la prevención.

CASILDA. Luego seré con los dos.

BERNARDO. Mas no os pongáis en cuidados.

ORDOÑ. (¡Haremos buenos casados!)

BERNARDO. ¡Adiós, mi señora!

ESTELA. ¡Adiós!

BERNARDO. ¿Qué te parece, señora,
cuán cortesana que ha andado?

ESTELA. Que ésta a conocer me ha dado
celos, que ignoré hasta agora;
porque es muy hermosa, y baste
lo que tú por ella has hecho
para abrasarse mi pecho,
que con menos obligaste.

BERNARDO. ¿Es posible, gloria mía?
¿No te aseguras de mí,
pues ves que a ti me rendí
cuando en libertad vivía?
Deja, mi bien, los enojos,
olvida injustos desvelos,
que te aseguran de celos
la beldad de aquesos ojos.

ESTELA. No te espantes, pues te quiero,
que tenga celos, señor,
y que nacen del amor
que te tengo considero.

ORDOÑ. Como mi señor ignora
lo que por acá ha pasado,
que estoy casi desposado
con esta hermosa señora,
no la sabe reportar
a Estela. A mi parecer,
yo tengo honrada mujer,
y en esto no hay que dudar.
¡Oh, qué donoso dislate,
qué donosa presunción,
que quieren darme ocasión
a que con celos la mate!

BERNARDO. ¿Que tan adelante estás?
¿Hay semejante menguado?

ORDOÑ. Lo que a hacerlo me ha obligado
es la hacienda, y no más;
aqueste mi intento es.
Bien es que así me acomode;
y, a más no poder, de Lode
o seré Duque o Marqués.

ESTELA. Casi me hace reír
con sus gracias Ordoñuelo.

BERNARDO. ¡Venturoso eres!

ORDOÑ. ¡Al Cielo
debo mil gracias rendir!
Perseguiré la herejía
cuando sea titulado,
ni jamás seré aliado
con Africa ni Turquía.
Si me hubieres menester,
Bernardo, me avisarás,
porque en tu favor verás
que arrestaré mi poder,
porque, como te he criado,
te debo esta obligación.

BERNARDO. ¡Gentil borracho!

ORDOÑ. ¿Es razón
hablar ansí a un titulado?

BERNARDO. Aquesta es la puerta, ¡entrad!

ESTELA. ¡Asegurad mis enojos!

BERNARDO. ¡Mejor lo harán vuestros ojos,
que son fénix de beldad!

(*Vanse.*)

ORDOÑ. Casilda, ya sin Dudón,
a quien tú duda has llamado,
resuelto y determinado,
voy a pagar tu afición.

(*Tocan cajas, clarines, y salen* CARLOMAGNO, ROLDÁN, DUDÓN, REINALDOS, ARMINDO, EMBAJADOR DE ALBANIA *y acompañamiento.*)

CARLOM. ¡Gracias al Cielo, que, en fin,
de las márgenes cristianas
conduce a las africanas
sus escuadras Armelín!
Y para premiaros, sólo
paladines, os prometo,
quisiera tener sujeto
desde el uno al otro polo.
Poseed, Conde de Arglante,
el Estado de Tolosa,

que a espada tan valerosa,
no es la paga semejante,
y decid: Su Santidad
¿qué responde a mi embajada?

ROLDÁN. Desde la zona abrasada,
de siglos [de] eternidad,
al Norte helado, tu nombre
viva, a pesar del olvido,
por el favor recebido,
que haces que, indigno, me asombre.
Su Santidad, que suspendas
pide, por mí, tu cuchilla,
y que en no ir contra Castilla
que le darás gusto entiendas.
Porque un mancebo gallardo,
de quien su valor no ignoro,
dió la muerte a Teosidoro,
a quien le llaman Bernardo.
Aquéste es del Rey sobrino
y del Conde de Saldaña
hijo, de parte de España
con esta embajada vino.
De éste, pues, se hizo elección,
y fué tan feliz su suerte,
que, dando al contrario muerte,
voló al Cielo su opinión.
Su Santidad me mandó
que con su campo saliera
por si peligro tuviera;
pero, cuando llegué yo,
tenía hecho pedazos
al Rey; su gente, medrosa,
y a Estela, discreta, hermosa,
en los conyugales brazos.
El vicediós los juntó,
que es hija de Maximino
y nieta de Constantino;
que el tirano la robó
de la clausura do estaba,
que aunque amores la decía,
y en su poder la tenía,
su mano aún no le tocaba.
Esta es, señor, la ocasión
porque el Papa a cargo toma,
por haber librado a Roma
aqueste español león,
que te pide que el acero
de tu vencedora mano
suspendas.

CARLOM. De Carlomagno
¿qué dirá aqueste hemisferio
si que dejo de temor
de ese mancebo gallardo
esta conquista que aguardo,
que me dé nombre y valor?
¡La palabra pediré
en España, en la campaña,
a Alfonso, que, en yendo a España,
sé que su señor seré!
Dudón, ¿no pides mercedes?

DUDÓN. La merced que me has de hacer,
con que en dar y en el vencer
al gran Alejandro excedes,
es la gente prometida
para descercar a Estela (1)
que su peligro recela
mi alma, a la suya unida.
Teobaldo dicen bajó
con escuadras alemanas;
y a las suyas italianas
dentro de Lode encerró,
y ansí los tiene cercados,
aguardando tu favor.
Esto por premio, señor,
de mis servicios pasados,
te suplico; que si das
este favor a Dudón,
podré decir con razón
que el ser de nuevo me das.

CARLOM. Ya yo tengo reservados,
porque el aviso he tenido
de lo que habéis referido,
veinte mil hombres armados,
que están en León de Francia,
con que seguro estaréis
que con ellos venceréis
de Teobaldo la arrogancia.

DUDÓN. Tus pies ¡oh, César! te pido
por semejante hazaña.
Tu nombre sujete a España
y al indio más escondido.

CARLOM. Diga agora el albanés
su embajada, que ya espero.

ARMINDO. Carlos en nombre primero,
que el mundo ponga a tus pies
tu fortuna favorable.

SOLDADO. (*Dentro.*) ¡Que ahí os detengáis aguardo

BERNARDO. (*Dentro.*) Decid que está aquí Bernardo.

CARLOM. ¿Qué es eso?

---

(1) Debiera decir "Casilda"; pero como ni rima ni hace verso, resulta claro que hubo cambio de nombres o de cosas en el arreglo de esta pieza. Estos versos serán del primer autor.

SOLDADO. ¡Rigor notable!
Un español, que porfía
que por fuerza te ha de hablar.
CARLOM. Luego le dejad entrar.
Ver quiero esta bizarría.

(*Entran* BERNARDO, CASILDA, ESTELA *y* ORDOÑO.)

BERNARDO. Carlos, a quien ya a tus hechos
ni a tus heroicas hazañas
no podrán tiempo ni olvido
oscurecer ni borrallas...
DUDÓN. (¿No es ésta Casilda? ¡Cielos!)
BERNARDO. Si saber mi nombre aguardas,
yo soy Bernardo, y sobrino
soy de Alfonso, rey de España.
Ya te habrá dicho Roldán
nuestros sucesos de Italia,
y cómo Su Santidad
te suplica, pide y manda
que no intentes a León
ni a Castilla con las armas
inquietar cuando los moros
sus campos corren y talan.
Y también traigo, señor,
de Castilla otra embajada,
y León, en que te piden
no le pidas la palabra
a Alfonso, cuando el cumplirla
le ha de estar tan mal a Francia.
CARLOM. Con el contento que en verte,
Casilda hermosa, me causas,
se suspende la respuesta
que merece esta arrogancia.
¿Qué suceso os ha traído,
cuando Dudón mis escuadras
tenía ya apercebidas,
que vitoriosas juzgaba?
CASILDA. Sabrás, invicto señor,
que asaltaba las murallas
de Lode Teobaldo, cuando
aqueste español pasaba.
Brava resistencia hicieron
contra sus gentes airadas
los míos, que era imposible
que la vitoria alcanzaran,
cuando este fiero español
los exhorta con palabras,
y trepando por los muros,
mis legiones desbarata.
Viéndole tan alentado,
de su gran valor se ampara
mi industria; y por ser mujer,
y de religión cristiana,
pide a Teobaldo desista
del intento que llevaba.
Túvole Teobaldo en poco,
remitieron a las armas
la contienda de los dos,
y las vencidas espadas,
con su favor vitoriosas,
vuelven en sangre bañadas.
En fin: el contrario huyó,
y viendo le acompañaba
tal señora a este español,
que a otra Evadnes aventaja,
dejando quien gobernase
mis Estados, vine a Francia.
Esto ha pasado, y agora
pido que me des tus plantas.
CARLOM. ¡Alzad del suelo, señora!
Ved que Dudón os aguarda
para que le deis la mano,
que tiene tan deseada.
ORDOÑ. (Poner quiero impedimento.
¿Qué éste es Dudón? ¡Qué desgra- [cia!)
DUDÓN. La mano, señora, espera
quien os ha entregado el alma.
CASILDA. La mano y vida son vuestras.
DUDÓN. Y tú, español, que aventajas
en esfuerzo y valentía
a cuantos la fama alaba,
manda a Dudón, que el servirte
será su mayor ganancia.
BERNARDO. Y yo, en haberte servido,
a mi dicha doy las gracias.
ORDOÑ. (Que, en fin, ¿no he de ser marqués
de Lode? ¡Desdicha extraña!
Mas Casilda no es hermosa;
sus facciones no me agradan,
y, en fin, sin casar me quedo,
que no es de poca importancia.)
CARLOM. Ya he sabido, Estela hermosa,
que con Bernardo casada
venís, y de Maximino
yo soy sangre de su casa,
y por premiar de Bernardo
hazañas tan levantadas,
hoy a Marsella posea,
[a] Aviñón, a León de Francia
y el Ducado de Bierna. (1)

(1) Será "Auvergne". Más adelante le llama "Hibernia".

que en premio y dote os señala
un Emperador, sobrina.

ESTELA. ¡Indigna a (1) merced tan alta,
beso tus pies, gran señor!

ARMINDO. A este fin es mi embajada,
señor, que cuando reinó
Teosidoro, rey de Albania,
dejó a Estela por señora
y reina de cuanto baña
el mar en Esclavonia,
y que si Estela se casa,
que le obedezcan por dueño
a su dueño, y a este fin (2)
he venido solamente.

CARLOM. ¿Qué decís, Bernardo?

BERNARDO. España
es mi madre solamente,
y mientras que sus campañas
huelle el africano vil,
no podré desampararla.—
Partiráste tú, y dirás
que los albaneses hagan
otra elección, porque yo
quiero más ser en España
vasallo de un Rey tan justo
que poderoso Monarca.

CARLOM. ¿Que ansí desprecias dos reinos?

(1) "de".
(2) Falta un verso antes de éste.

DUDÓN. (¡Extraña grandeza!

ROLDÁN. ¡Extraña!)

BERNARDO. Agora, Carlos, que digas
tu disignio sólo falta.

CARLOM. ¡Que es fuerza que el rey Alfonso
me cumpla a mí la palabra!

BERNARDO. Pues, Carlos, con (1) tu Marsella,
Aviñón, León de Francia,
con el Condado de Hibernia,
a los tuyos premia y paga,
porque en la empresa te sirvan,
que te será de importancia.

CARLOM. Parte, que presto verás,
si en Roncesvalles me aguardas,
si los franceses pelean.

BERNARDO. Y tú que les aventajan
los españoles.

CARLOM. A las obras
remitamos las palabras.
¡Llore España su desdicha!

BERNARDO. ¡Llore su desdicha Francia!,
mejor pudieras decir;
ya que, para lo que falta,
senado, de aquesta historia,
su autor os convida y llama
a la tercera comedia,
supliendo sus muchas faltas.

FIN

(1) "a".

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG.	COL.	LÍN.	
10	2	26	En lugar de "Aycas" quizás estaría mejor "ricas".
21	2	38-40	La ortografía de estos versos parece más propia así: "FABIO. Pues no lo ha dicho, desdichada Estefania, ¿cómo puedo yo decillo?"
22	1	17	"dirá"; léase "dirás".
28	1	31	"fuerza"; léase "fuera".
34	2	43	"pero"; léase "poco". Es error del texto original.
35	2	28	"juzga"; léase "juzgo".
37	2	15	"inoradas"; léase "ignoradas", y en la nota correspondiente, "inoradas", y no "ignoradas".
39	1	6	Este "¡Ah, Dios!" parece que debe ser un simple "adiós".
45	1	16	"Paso a paso." Es claro que debe leerse: "Paso, paso,".
46	2	49	Este verso estaría mejor si dijese: "y yo no sé cómo os fía".
50	1	5-7	La ortografía mejor de estos renglones parece ser: "Que lúcidos intervalos le perturbarán el juicio. TARQUÍN. ¡Cuál le tengo!"
57	1	13	"Mucha caza."; léase: "¿Mucha caza?"
57	2	11	Este verso estaría mejor: "son de golpe y de zumbido".
65	2	9	El consonante pide "temida", y no "temido".
66	2	23	"llámame"; léase "llama".
67	2	16	El sentido pide "le", y no "me".
69	1	5	La rima exige "rico", en lugar de "mio". Son todas las anteriores erratas del original.
73	1	36	Después de esta línea, aunque el original no lo trae, debe añadirse: "[*Salen* DON LOPE *y* ROBERTO.]"
74	1	29	"gusto". Sin duda debe ser "gesto".
74	2	42	Después de éste falta un verso para completar la redondilla.
75	2	41	"mal"; léase "mar".
76	2	17	"galletas"; probablemente "bayetas".
80	1	26	"recatos"; de seguro, "retratos".
80	1	29	"calma"; deberá leerse "su alma".
90	1	7	Podría completarse este verso así: "tirarle alguna lanza o [algún] dardo".
104	2	40	En los originales dice "Ea"; pero debe ser "¡Eh,".
106	2	últ.	Añádase: "pero en la de 1620, TEODORA".
111	2	últ.	Agréguese: "En la impresión de 1620 está bien."
114	1	13	Este verso quizás, aunque no mejora el sentido, se escribiría: "y amor es alga de amor".
116	2	7	Complétase este verso leyendo: "Ya lo estoy [yo]."
117	2	11-16	Estos versos están así en el original, aunque bien se ve que mal ortografiados y con falta de palabras.
130	1	44	"Alfosi" dice en la edición de 1621; pero en la de 1618, "al Sofi", como pide la verdad.
130	2	últ.	Añádase: "En el de 1620, "habla".
131	1	28	Aunque la voz "pitima" está en los originales, debe leerse "epictima", o bien "epitima", como solía escribir LOPE, y es necesario para que el verso conste.
141	2	8	Este verso estaría con mejor ortografía diciendo: "de que se te ha de seguir".
155	2	8	"Quien"; léase "Que".
156	2	12	"Octavia" dice el original, en lugar de "Clarinda".
162	1	8	El sentido reclama "puerto", y no "puesto".
164	2	pen.	"sentido"; léase "verso".
175	1	6	"con él"; pero será "cruel".
179	1	3	"conservar". Parece que debe ser "conjurar".
179	1	6	"no". Debe de ser "nos".
181	2	2-4	La puntuación de estos versos parece mejor así: "la muerte convierte en vida, Ricarda, hermosa homicida, dulce vida y dulce muerte".
186	2	27	Este verso estará mejor así: "¡oh, qué habrá de casamientos!"
194	1	39	Dice "[de]" y mejor sería "[para]".
195	1	39-40	Estos versos mejor ortografía tendrían así: "Pero, ¿todas las mujeres se gozan por casamiento?"
195	1	pen.	Debe corregirse, añadiendo: "Sin embargo, pudiera tomarse como expresión afectuosa, aunque de capricho."
206	1	16	Este verso exige admiraciones, así: "¡Oh, maldición; oh, bárbaros deseos!"
260	1	antep.	Es verso largo. Pudiera enmendarse: "ASTOLFO. ¿Cómo los pies? ¡Guarda ahí!"
275	1	31	"muchas". Probablemente será "colchas".
285	2	28	"historia". Quizá sea "gloria".
287	2	23	Este verso dice: Dame el eco, y es mejor". Como el verso anterior lo dice Rosimundo en esta forma: "Hortensio, ya en verte *lloro*", parece que el *eco* será "oro".

287 2 33 "Que". Debe ser "Quede".
292 2 32 "en". Será "es".
293 1 13 "hórrida". Quizá sea "tórrida".
307 2 36 "se viene". Será "si viene".
308 2 12 "puedo"; "puede".
308 2 17 "ha de": "he de".
308 2 36 "resuelgue": "refuelgue".
309 2 16-18 La ortografía de estos dos versos debe ser:

"y a tallar mi hacienda vienes;
porque no escucho tus males
me quieres quitar mis bienes".

317 1 30 "Agras". Será "agraz".
319 2 28 "asi callar". Es evidente errata por "acicalar".
320 1 18 "mía"; "mío".
320 2 13 "vida". Será "ayuda", como pide el consonante.
320 2 46 "su"; "tu".
321 1 5 Se completaría el verso así:

"que porque tú [no] lo fueras,".

321 1 6 "holgaré". Sin duda, "holgara".
337 1 25 "cuendo"; "cuando".
349 2 34 Después de este verso, el impreso suelto de la comedia añade estos dos, que completan la redondilla:

"seré la que antes fuí;
otro que fuiste serás".

370 2 11-13 La ortografía de estos versos parece mejor así:

"y si ha hablado en mi ofensa he de matalle,
si viene con más gente
que Horacio retiró guardando el puente".

377 2 39 "puede": "pude".
385 1 10 Verso incompleto. Puede completarse con una exclamación cualquiera, que sería lo que el autor escribiese.
391 1 7-9 El sentido pide que la ortografía de estos versos sea:

"D. Juan. Que venza la condición
a Amor, imposibles son
que no se han visto ni oído."

399 1 26 Este verso estaba bien en el original en esta forma:

"Parece que dos potencias".

429 1 42 "a la"; "la".
436 1 20-21 El sentido pide esta ortografía a estos dos versos:

"que de mi furor me espanto
cómo te sufro!"

440 1 17 "os"; "nos".
461 1 5 "dicha". Quizá deba leerse "desdicha".
463 1 11 Debe este verso llevar interrogantes.
464 1 29 "Arica". Será "Ariza".
464 1 39 "César". Será "Sessa".
465 2 21-22 La ortografía de estos versos será:

"Tú, Manfredo, a darme pena
otras tantas mal venido".

467 2 25 Este verso quizá se escribiría:

"¿A Aureliano viene a ver?"

470 1 12 Sobra una sílaba a este verso.
471 2 20 "tu"; "su".
479 1 4 "les"; "los".
480 2 7 "para mi". Deberá ser: "para las mías".
485 1 30 "el amor el". Será "el mar del".
493 1 últ. Añádase: "Quizá "¡Cielos!", "amor" o cosa parecida.
493 2 29 Falta un verso, acaso después de éste, para la quintilla.
494 2 13 Esta quintilla podría arreglarse así:

"León. ¿Esto es posible?
Flérida. ¡Oh, traidor!
Aurel. ¿Es cierto aquesto [que veo?]
Rosardo. Llegad, perros.
Manfr. Ya, señor...
Flavia. Yo lo he visto y no lo creo.
Flérida. ¿Vióse venganza mayor?"

496 1 10 Este verso sería completo así:

"Diana sale a [la] caza, que se apresta".

496 2 45 "rayo". Probablemente deba leerse "Faetón".
497 1 16 "veis"; "ves".
501 2 14 "palameta". Probablemente será "palamenta".
512 2 pen. "libre"; "libres".
518 2 9 Este verso lo dirá Martín, y en el siguiente proseguirá Celia.
545 2 9 "valía"; "valían".
546 1 41 "deseas"; "desea".
546 1 43 "leas"; "lea".
546 2 33 "Delo"; "Delos".
554 2 43 "baje."; "baje..."
556 1 25 Es verso largo; pero si se le quita algo, pierde expresión.
559 1 18 "me espantes"; "te espantes".
566 2 34 Verso largo: no es fácil reducirlo.
572 1 pen. "Teodora"; "Leonardo".
577 1 38 "su amor". Quizá deba leerse "su honor".
597 1 30-33 Pueden suprimirse los interrogantes, aunque también forma sentido con ellos.
598 1 3 "banco". Acaso estaría mejor "blanco".
606 1 9 Como el verso resulta largo, puede suprimirse la palabra "cuadrada".
615 1 4 Aquí corresponde la llamada a la nota que hay al pie de la página.
621 1 7 "ver que". Es equivocación; pero no atinamos a corregirla.
623 1 25 "destraedor". Quizá "destruidor".
629 1 4 "tan de". Más adelante (pág. 636) dice "tarde".
634 1 42 "que". Acaso "cual".
639 2 35 "a mi". Quizá "ya mi".
644 1 4 "Leonardo". Leonardo no se va, pues habla luego.
648 1 40-41 Más adelante (pág. 659) dice que aún no estaban casados: prueba de que en esta comedia anduvo más de una mano.
651 1 14 "dosel". Casi de seguro "vergel".
674 2 43 "corra". Quizá "corre", según pide la rima.

VARIANTES

QUE OFRECE EL TEXTO IMPRESO, SIN LUGAR NI AÑO, DE LA COMEDIA *ACERTAR, ERRANDO,* IMPRESIÓN SUELTA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII, QUE EXISTE EN EL MUSEO BRITÁNICO. (1)

PÁG.	COL.	LÍN.	
33	1	14	"se".
33	2	últ.	También falta el verso.
34	1	11	"altercadente".
35	1	18	"Vire". (*Es errata.*)
35	1	37	"Ayer villano". De mano de Chorley está corregido: "Oyes, villano."
35	2	15	"tu".
35	2	28	Este verso dice: "Yo juzgo mayor mi imperio."
36	1	7	"podia".
36	1	10	Chorley corrige este verso asi: "No os admire que intente yo"; pero resultaria largo.
36	2	26	En vez de *austro,* que es el viento Sur, propone Chorley se lea *hueste;* pero el verso sería largo y el sentido está claro.
38	2	28	"tu"; pero es errata.
39	1	6	"A Dios."
40	1	22	"Esa es la lición primero."
40	2	13	"el".
40	2	15	"tu". *Esta y la anterior son erratas.*
41	1	30	"ha". (*Errata.*)
41	1	42	"passos".
43	1	14	"tú pudieras darme". (*Lección mala.*)
43	1	42	"y por más señas dió Celia,".
43	2	12	"que mi bien". (*Errata.*)
44	1	35	"me". (*Errata.*)
45	1	16	"Passo a passo." (*Pero insistimos en que es mala lección.*)
46	1	42	"atreve".
46	2	49	"Y yo sé que bien os fía." (*Mala lección.*)
47	1	9	Este verso lo dice CARLOS. A juicio de Chorley debe decirlo FABIO.
47	1	48	La palabra "verá" del texto cree Chorley que debe ser "lleva". Nos parece infundada la variante.
48	1	45	"ofrecen".
48	2	46	"culterano".
50	2	47	Este verso y los que siguen los debe decir, según M. Chorley, TARQUÍN.
51	2	1	"Tan dichoso".
52	2	8	"CANTANTE".
53	1	36	"a su".
53	1	41	"nuestro". (*Pero es errata.*)
53	2	40	y siguientes. (*Por desgracia, estos versos no pueden completarse, por estar rota la hoja del texto que los contenia.*)
54	2	20	(*Según Chorley, este verso lo debe decir* CELIA.)
54	2	46	(*Este verso, así como el de la línea 25 de la anterior columna, faltan también en el impreso.*)
55	1	41	"le".
57	1	5	(Chorley corrige el "muy" del texto por "mi". *Quizá tenga razón.*)
57	2	11	"no son". (*Pero la enmienda no nos satisface. Mejor estaría*: "son de golpe y de zumbido".)
58	1	1	"porque es casi tan galán".
59	1	16	"tus". (*Errata.*)

VARIANTES

QUE OFRECE EL TEXTO IMPRESO DE *AMAR COMO SE HA DE AMAR*

(*En la lista de los personajes*: "RICARDA *y* JULIA, *labradora*" y "EL CONDE ROBERTO, *padre de* RICARDA.")

181	1	1	Acto primero.
181	1	7	Sicilia.
181	1	19	el Rey me manda acudir.
182	2	19	y en persona.
182	2	21	no hay edad como el valor.
182	2	22	(*Vanse los dos.*)
184	1	30	azor se ha.
184	1	37	¿Tan delgado os parecéis? (*Lección mala.*)
184	2	45	era Dios. (*Lección errada.*)
185	2	39	(*Vase* RICARDA *y sale* TURÍN.)
187	1	20	(*Después de este verso, siguen estos otros:*)

Vieras las flores crecer
por llegar a merecer
de tocarla los favores,
mas no acertaba a escoger
por las confusas colores.

187	1	30	(*Después de este verso, siguen:*)

No quise formar concetos
de que llorasen turbados
de algunos tristes efetos;
que no es bien que desdichados
quieran apurar secretos.

(*Como se ve, son los versos ta-*

(1) Las páginas y lineas se refieren al presente texto.

chados en el manuscrito, que hemos puesto por nota.)

187 2 15 las colores.
187 2 16 miraba atento haciendo Amor amores.
188 2 25 aquella lámpara que arde.
188 2 27 ¡Qué necio amante que está!
Es sólo hablar el concierto.
D. JUAN. ¿Qué quieres? ¿No es mejor ver?
(Dentro ROBERTO.)
188 2 29 ¿Felicio, Aurelio, Tebandro?
189 1 11 *(Después de este verso:) "Sale* DON JUAN."
189 1 40 Con estos rudos villanos.
189 1 42 negocios.
189 2 23 fueran.
190 1 21 *(Añade:) "cantando".*
190 1 47 *(En lugar de* "JULIA" *dice* "D. PEDRO".)
190 1 48 *(Después de este verso, añade:)*

ROB. Quien, como yo lo desea...
¡Hola! ¿Qué ruido es aquéste?

190 1 49 *(Falta este verso.)*
190 2 8 *(Falta este verso. Había de ser el primero del folio 220, pues al fin de la plana anterior consta el reclamo* "Ya no". *Se conoce que los manuscritos se copiaron de otro original.)*
190 2 18 pero a costa de su vida.
190 2 24 Sicilia.
190 2 33 Clarinda. *(Pero es errata.)*
190 2 44 El tiempo y ocasión me fuerzan. *(Pero es verso largo.)*
191 1 28 *(Después de este verso, "Vase".)*
191 2 3-4 *(No dice nada como final de acto.)*
191 2 5 Acto segundo.
192 1 32 que no tomar son rodeos. *(Lección mala.)*
193 2 18 No les des. *(Lección errónea.)*
194 1 6 de aquel vuestro casamiento. *(Lección impropia.)*
194 1 27 Pedro os quiso; mas es ley,.
194 1 39 licencia para dar tristes despojos.
194 1 44 que adorar. *(Lección equivocada.)*
194 2 5 que sola tu alma y yo nos estimamos.
194 2 10 Valióme. *(Mala lección.)*
194 2 17 no digo yo Pedro mio. *(Mala lección.)*
195 1 14 que antes eran mis Don-Pedros.
195 1 32 palabras se lleva el viento. *(Pero es errónea lectura.)*
196 1 7 ha de quedar en calma.
196 2 8 en hábito de servir. *(Lectura errada.)*
196 2 39-42 ¿que azuda le parecia?
¿Pues versos? Pudiera ser
por versos a Lucifer
subir al Cielo en poesia.
(Como se ve, no mejora, ni con mucho, el texto.)
198 1 24 bastara.
198 1 26-27 casarla, desterrarla
o matarla.
198 2 3 Lo que os deben las mujeres.
198 2 9-10 El juez no ha de quitar
la honra, y más cuando es tanta.
198 2 12 y más en flaqueza humana,.
198 2 15 pues matar esa mujer. *(Mala lectura.)*
198 2 20 Muy buen remedio es casarla.
199 1 3 elija el uno.
200 1 32 puede temer?
200 1 33 *(Después de este verso, dice* "(*Vase.*)"
200 1 34 RUG. Es celos.
200 1 36 *(El verso que falta, dice:)*

al que tiene sujeción,.

200 1 42-46 *(Faltan estos cuatro versos.)*
200 2 34 *(Añade: "de noche".)*
201 1 8 asi ella. *(Mala lección.)*
201 1 17 *("En lo alto,* TURÍN.")
201 1 23 querria.
201 1 30 nadie.
201 1 34 *(Después de este verso: "Sale* TURÍN.")
201 2 8 *(Después de este verso hay este otro):*

Lo demás Amor lo hace.

201 2 9 *(Falta este verso.)*
201 2 14 bronces.
201 2 19 y el cabello con el marge. *(Es errata.)*
201 2 20 ojos de arrope,.
201 2 27 *("Sale el* REY, RICARDA *y* JULIA, *con mantos.")*
202 1 33 Hija, ¿qué has hecho a su alteza?
202 1 42 *(En lugar de este verso, hay este otro:)*

Deja que de aqui me saquen.

202 1 44 *(Falta este verso.)*
202 2 11 vió el Rey la suerte. *(Es mala lectura.)*
202 2 13-14 *(Faltan estos renglones. Sólo dice: "Vanse.")*
203 2 últ. *(Vanse los dos.)*
204 2 14 estás.
204 2 15 vas.
204 2 17 que cansado de la quinta.
204 2 20-21 *(En lugar de estos versos, dice:)*

Flores que el aurora pinta
en estos cuadros te enfadan.

204 2 24 cisnes que en sus aguas nadan.
204 2 26 sus fuentes, ¿no te contentan?
204 2 36 a melancolia me rindo. *(Mala lección.)*
204 2 44 Pues desterrarla. *(Mala lección.)*
205 1 23-25 LUC. ¿Mataréle?
CLAR. No me oyó,
pues pie ni mano rehuye.
Vamos, que yo propia quiero.
205 1 30 Cásate en paz, que es vergüenza.
205 2 45 Pidió su Alteza aquel bayo. *(Verso incompleto.)*
205 2 47-49 que se llama Rayo
porque corriendo el viento desvanece.
No tanto el sol de su florido mayo
(Mala lección.)
206 1 1 los de su carro espléndido guarnece.
206 1 3 la cola y frente el español tenia. *(Mala lección.)*
206 1 11 *(Después de este verso, intercala la octava:)*

No aguarda el Rey la guarda que en mostrando
con dorado tellíz la silla, ¡ay Cielo!,
desde el arzón el peso levantando,
el diestro pie trocó por ella el suelo.

La rienda recogiendo, resonando
la vara el eco, aligeraba el vuelo,
más obediente, aunque el rigor recela,
del brazo de la rienda que la espuela.

206	1	18	adonde tuvo fin.
206	1	40	Yo voy. (*Vase.*)
206	2	1	Con menos fracaso. (*Lección errónea.*)
206	2	3	pero jamás.
206	2	4	ni tuve tal.
206	2	8	(*Faltan estas dos palabras. Después dice*: "*Sale* LUCINDO.")
206	2	9	Señora, el agua está aquí.
206	2	12	(¿Qué haré, que su muerte es llana?)
207	1	15	Antes yo soy el mejor.
207	1	16	¿Tú? ¿Desa suerte? (*Errado lección.*)
207	2	29	es tocar a los Cielos con las manos.
207	2	30	No más celos; no más celos desvelos. (*Mala lectura.*)
207	2	37	Cartas.
207	2	43	De hoy a mañana vendrá,.
209	1	19	Cual Sofonista animosa.
209	1	35	donde Pedro vive y mora.
209	1	37	que no hay tiempo que interrompa.
209	1	41	y le sirvieron de alfombra.
209	2	44	Y vuestra alteza se alabe.
209	2	45	de que siendo amor segundo,.
209	2	47-49	para que seguro esté (*Mala lección.*) que estimo más vuestro pie que todo el poder del mundo.
210	1	9	dejar de alterar la sangre.
210	1	20	(*Falta este verso.*)
210	2	25	la muerte, ya será negra la nieve.
210	2	30	son muy indignas de los hombres [sabios,.
210	2	32	(*Después de este verso sigue este otro*:) Ponte bien y sosiega.
210	2	36	Señor, a las personas.
210	2	47	que la mató por celos?
211	1	3	escuchaba.
211	1	4	respetaba.
211	1	7	no sepulté.
211	1	últ.	No aumentes mis penas más.
211	2	8	quiere que sepas de quién.
211	2	9	sabrás que vivo. (*Mala lectura.*)
211	2	10	Y mi bien. (*Mala lectura.*)
211	2	16	y que le dieron los Cielos.
211	2	20	pues conoció tu lealtad,.
211	2	28	de que aquí testigo has sido.
211	2	30	no lo ha entendido, yo sé. (*Es mala lección.*)
211	2	38-39	¿Pude resistirme fuerte o quedó mi vida en calma? (*Mala lección.*)
211	2	43	que allí contra amor esfuerza.
213	2	36	suenas? (*Errata.*)
213	2	37	Yo voy. (*Errata.*)
213	2	40-41	(*Faltan estos dos versos y todo lo demás que sigue.*)

VARIANTES DE LA COMEDIA

ALEJANDRO EL SEGUNDO EN UN CÓDICE DE LA BIBLIOTECA DUCAL DE PARMA

El señor don Antonio Restori ha querido contribuir a la mayor perfección de esta nueva serie de las *Obras de Lope de Vega*, además de los trabajos enumerados en el *Prólogo*, recogiendo las variantes que de la comedia *Alejandro el Segundo* (impresa en el tomo I, págs. 585 y sigs.) ofrece un manuscrito de la Biblioteca parmense, por él minuciosamente cotejado, asi como la extensa adición que debe ir al fin de la mutilada comedia según el texto de la Biblioteca Nacional. Los aficionados a LOPE agradecerán los buenos y generosos servicios del señor Restori en pro del insigne poeta:

EL SEGUNDO ALEJANDRO

Della commedia *El Segundo Alejandro* (1), edita da un codice mutilo e non buono (2) c'è a Parma un manoscritto un poco migliore e completo. Per la verità, lo avevo indicato già da venticinque anni (3) ma era quasi impossibile il ricordarlo: e ciò perche el ms. parmense non porta nome d'autore, ma sul frontispizio, e più chiaramente al principio della 2ª giornata, ha la firma: *Diego de Anunzibay*. Con un prudente punto interrogativo, io lo presi per l'autore e perciò in quel mio studio il codice è indicato alla voce *Anunzibay* (1).

Nulla si sapeva allora di questo personaggio; e nulla o quasi posso dirne ora. La sua firma figura sopra un altro manoscritto (*Nacional* di Madrid) della commedia *Fray Diablo* di Lope de Vega (2). Il Paz y Melia nel suo *Catálogo* (num. 1324) dice che quel ms. porta la *firma de Diego de Anunzibay, y fecha en Madrid á 1 de octubre de 1630*. Par fosse dunque un *aficionado* alle cose del teatro; fosse un comico?

(1) *Obras de Lope de Vega* p. p. REAL ACADEMIA: Madrid 1916, I pag. 585.
(2) Op. cit. pag. XI-XII.
(3) *Comedias de Diferentes Autores* (num. 22) in: *Studi di Filologia romanza*: VI, fascic. 15. Roma 1891.

(1) Ivi è *Anunbibay* per errore di lettura. Il cognome *Anunzibay* pare madrileno. Un licenciado Francisco de A. censurò un libro in Madrid il 20 ottobre 1599; un mercante Bartolomé de Anunzibay figura in Madrid tra il 1612 e 1624 (v. Pérez Pastor: *Bibliografía madril.* II 318-86, III 219-23).
(2) Per errore il SÁNCHEZ-ARJONA (*Teatro en Sevilla*, ib. Rasco 1898, pag. 294 n.ª) credette che fosse *El Diablo predicador* comunemente attribuito a Luis de Belmonte, e: *copiado por Diego de Anunciba*y. Cfr. LÉO ROUANET: *Le Diable prédicateur*, Paris 1901, pag. 8 e 73. Anchi il COTARELO che ha edito il *Fray Diablo* (*Obras* cit. II, 191) inclina a credere che il copista sia l'Anunzibay (pag. VIII).

Il suo nome però non figura nelle varie liste di comici spagnuoli che io conosco (1).

Aggiunge il Paz y Melia che il ms. madrileno del *Fray Diablo* porta *algunas enmiendas de mano del licenciado D. Francisco de Rojas*. Anche questo è un carattere comune col ms. parmense del *Segundo Alejandro* che ha pure, come vedremo, correzioni del Rojas che era appassionato per le cose teatrali, scrisse degli *autos* e postillò un gran numero di manoscritti di teatro. Ma il Rojas, in generale, era un correttore d'apparenza; si contentava di far figurare il suo bel caratterino rotondo e dritto nelle prime e nelle ultime pagine dei manoscritti che aveva a mano; nell' interno non ce n'è traccia: lo avrà almeno letto?

Ad ogni modo queste correzioni del Rojas (n. 1599, m. 1663), la data 1630 unita nel ms. del *Fray Diablo* alla firma dell' Anunzibay, ci assicurano che il ms. parmense del *Segundo Alejandro* è della prima metà del sec. XVII e, a mio avviso, dei primi decennii. La commedia deve essere una delle giovenili di Lope; che sia anteriore al 1604 credo averne un lieve indizio. La commedia di Lope finisce così:

bien es discreto senado
que de fin si dais licencia
aqui el Segundo Alexandro.
Venid mañana á las dos
acabarse ha mas temprano.

Ora la *Bandolera de Flandes ó el Hijo de la tierra* di Baltasar de Caravajal, il cui autografo è firmato e datato a 8 novembre 1604, finisce egualmente:

...y vos senado
venid mañana á las dos
que acabar se ha mas temprano (2).

Non è una formula solita, perchè io non la ricordo altrove (3); or non parmi supponibile che Lope rubasse i versi finali di una commedia a un oscuro commediante di terz' ordine, sibbene viceversa.

Al principio della 2ª giornata nel ms. madrileno ci sono indicati sei nomi di comici esecutori (4) ma non si riesce a determinare con sicurezza di che compagnia si tratti, e perciò non se ne può trarre nessun serio indizio cronologico (5).

Il ms. parmense (P) del *Segundo Alejandro* è nel tomo LXXVI della citata collezione, ultimo dei sei preziosi mss. antichi ivi contenuti. Le relazioni che passano fra P e il madrileno (M) mi paiono queste. Derivano entrambi da un originale *x* leggermente scorretto (l'autografo?); i versi:

604 1 penúlt. *Piadoso te llaman, haz tu oficio* (1).
609 2 6 *Señor si puedo hallar*

sono errati in M e P, e manca in entrambi un verso alla *quintilla* segnata a pag. 623 n.ª 1.ª; questi piccoli errori comuni dovevano essere già in *x*.

x è stato letto molto più attentamente da P che da M: P ha qualche errore o lacuna che in M non c'è (vedi più altre 588. 1. 28, 611. 1. 18, 613. 1. 2, 620. 1. 43, 624. 1. 32). Ma molti più e più gravi sono gli errori e le lacune di M, corrette e riempite da P (587. 2. 24, 590. 1. 8, 594. 2. 1, 596. 2. 45, 615. 1. 5, 617. 1. 38, 619. 1. 40) e caratteristico il 599. 2. 12 dove M si accorse di aver saltato due versi e li scrisse in margine, che il moderno editore rimise nel testo ma non al posto giusto (2); e pure caratteristico tutto il brano 614. 1. 1-21 che fu copiato sciaguratamente da M ed è giusto in P; e una curiosa lacuna per disattenzione di M riparata da P è a 588. 1. 18.

x presentava già qualche correzione o cancellatura (3). C'era già una redondilla corretta sulla fine del 1° atto (v. pag. 598 nota 1ª): P copiò soltanto la correzione, in M che aveva copiato il testo originale questo fu cancellato e la correzione riportata a margine e, pare, di mano di Lope stesso (4). A pag. 591 n.ª 1.ª, M copiò poi cancellò un lungo tratto; il segno di espunzione che era in *x* fu meglio interpretato da P che trascrisse i versi necessari all' intelligenza del testo (591. 1. 36-49) e saltò il resto (2ª col. 1-a *si juro*). Similmente il tratto indicato dalle note di pag. 593 doveva essere in *x* mal scritto e forse cancellato: M ha voluto parte copiare e parte cancellare e riuscì a un pasticcio, P lo ha saltato.

M sofferse poi delle cancellature fatte a casaccio perchè alcune son necessarie all' intelligenza del

(1) Oltre le indicazioni del RENNERT: *Spanish Actors*, Paris 1907, pag. 3: bisogna ricordare la 2ª serie dei *Nuevos Datos* del PÉREZ-PASTOR (Bordeaux 1906-14; recens. *Revista de Filol. esp.* II, 303) e i lavori del COTARELO sul *Rojas Zorrilla*, su *Tirso de Molina*, sugli *Entremeses* (*Nueva Bibl. Aut. Esp.*) e suoi articoli recenti nel *Boletín d. R. Academia*.

(2) V. RESTORI: *Bandolera de Flandes* (vol. IX della *Romanische Bibliothek*) Halle 1893.

(3) Non la cita lo SCHACK: *Hist. dram. en Esp.*, Madrid 1886, II pag. 269.

(4) *Obras* citate, p. 598 n.ª 2.ª Nel ms. parmense questi sei nomi non ci sono.

(5) Deve essere o la compagnia di Juan Limos, cui appartenne *Vásquez* (Miguel) oppure la compagnia fatta poi dal Vásquez stesso. Nel primo caso *la señora Juana* sarà la *autora*, moglie del Limos, *Juana Manzano*: nel secondo caso la moglie del Vásquez, *Juana Vásquez* (diversa da una omonima, e contemporanea, moglie di Nicolás de Villanueva). *Aguado* è certamente *Pedro*: e *Cristobal* è molto probabilmente l'Ortiz de Villazán prima che diventasse celebre come *autor*. Tutto ciò ricondurrebbe agli ultimi del XVI o primi del XVII secolo. Cercare chi sia *Jeromica* è tempo perduto; *Macias* (nome? cognome? o soprannome?), mi è completamente ignoto.

(1) Non credo che Lope leggesse *piadoso* quadrisillabo.

(2) In nota pag. 599 dice: *para la redondilla*. Leggasi: *para la quintilla*.

(3) Lope è sollito far cancellature o segni di espunzione a margine con *no* o *no se dice*, e anche, pentitosi, riscrivere a margine del cancellato: *si* o *dicese* (Vedi fac-simili *Bastardo Mudarra* atto III fol. 2 e 3: è *Guzmanes de Toral*, vol. XVI della *Roman. Bibliothek*).

(4) Questo fatto è molto strano, ma non oso porlo in dubbio quando occhi così esperti come quelli del Paz y Melia (n.º 97) e del Cotarelo lo affermano. O perchè Lope, se aveva tra mano M, non ne ha corretto gli errori e le lacune, e si è limitato a ripetere una correzione che è inutile per l'azione dramatica ed è stilisticamente molto più brutta?—Questo fatto mi fece esaminare a lungo l'ipotesi che P dipendesse direttamente da M, ma sono troppe le prove in contrario.—(Yo me limité a decir (I, XII) que la letra de algunas correcciones marginales parecía de LOPE; pero ni antes, y menos ahora, me atrevería a sostener que sea suya.—E. COTARELO.)

testo (pag. 600 1ª col. 2ª, p. 623 note 1ª e 2ª) e altre fatte così barbaramente che il moderno editore non potè leggerle (600 n.ª col. 1ª, 611 n.ª, 613 n.ª); tutte sono restituite da P.

Comunico tutte le varianti, anche le erronnee e le puramente grafiche:

Pag. 585:

EL SEGUNDO ALEJANDRO

Son interlocutores en esta comedia los siguientes

Alejandro viejo rey.
Alejandro [moço] su hijo (moço di mano del Rojas nell' interlinea).
Filipo su hijo.
Turbino viejo.
Rosaura dama.
Guillermo.
Clodomiro.
Paladio.
Cesar capitan de la guarda.
Celio, Clarino, ricardo } alavarderos.
tibalte
Cardenio labrador.

atandra su hixa.
ataulfo envaxador (il sottolineato fu cancellato e riscritto dal Rojas)
jente de caza.
feduardo rey de Albania.
rodulfo enbaxador.
ricardo grande.
el de Boemia.
el de yngalaterra.
el de flandes.
hergasto, miralba, palante, tifon } carboneros.
soldados.
quatro grandes.

PÁG. COL. LÍN.

585 1 12 Vide el águila.
585 1 15-16 vi las dos aves tan juntas
que admirado me asombré. (*Correz. del Rojas.*)
585 1 26 lo ruidoso de la voz.
585 2 3 Vidose libre y...
585 2 4 robos le opone del viento. (*Correz. del Rojas.*)
585 2 15 vitoria y águila al suelo. (*Id. id. id.*)
586 2 30 ANT. oy. (= *oid.*)
587 2 24 impreso en las almas nuestras.
588 1 18 Adios Cardenio. Mi Antandra
que mandays?
ANT. Veros quisiera
no con el imperio sacro
no con la corona rexia
caçador si que os goçara.
ALEJ. Caballos, *etc.*
588 1 22 Vanse y sale, *etc.*
588 1 28 si le he enojado.
ROS. No os dé pena (*sic*).
588 2 32 ...fuera un ducado.
588 2 39 Vase la guarda, *etc.*
590 1 8 si el discurso...
590 1 37 Dopo *Señora mia* c'è l'indicazione: *Sale* GUILLERMO.
591 1 39-40 ...mas pues la suerte
bajó la inocencia...
591 2 1-46 mancano.
593 1 25-44 mancano.
594 1 8 La frente el monte humillado (*sic*).
594 1 29 la vida suele costar.
594 1 37 Manca l'indicazione (*Dentro*) e i due versi che seguono son li dice ALEJANDRO ma continua ROSAURA. La indicaz. *dentro* si riferisce alle parole di *Alej.* 1º che seguono.
594 1 46 dése ó muera, es prevenir.
594 2 1 Anegó el mar a Leandro.
594 2 21 no estubieramos seguros.
594 2 35 pienso ahora verlo acabado.
595 1 34 que he de parecerte...
596 1 9 con él el mundo y pretende.
596 2 10 que me ha dado...
596 2 45 Que te siguió el Rey te aviso.
597 2 nota. *en la cabeza* manca. Il resto è al posto.

SEGUNDA JORNADA

Son interlocutores, etc. gli stessi perssonaggi di M. Sui sei nomi di comici, v. più sopra.

599 1 7 Prima diceva *abrazado con un leon* poi fu corretto (ma non dal Rojas) *con un oso.*
599 2 6 la quintilla che segue va rimessa così
No puedo pensar que el suelo
tan gran socorro me dió:
del cielo ha venido.
LIS. Al cielo, *etc.*
600 1 1 Hungria honrarte pudiera.
Quien eres?
GUILL. De una ynportuna
desdicha hixo me vi
en los cuernos de la luna
y dellos despues cai
a los pies de la fortuna.
EDU. Buena será para ti!
Vienes de la corte...
600 2 44 por armas la han de llevar.
601 1 10 *y* TIFÓN *carboneros.*
601 2 4 Aquestas son.
601 2 últ. si podéis seguirme...
603 1 13 forma tiros de...
604 1 47-48 pase sin un azar...
piadoso te llaman haz tu oficio (*sic*).
607 2 34 vido a Alexandro muerto en la r.
609 2 6 señor si puedo hallar (*sic*).
611 1 18 del limite de España.
(ROS.) Vengo buscando (*sic*).
Tocan chirimias y dan voces y responden tocando algunos cascabeles y sale ALEJANDRO *de carbonero.*
611 2 nota. De todo el mundo ymaxino
que an llegado abentureros
que máquina de extranxeros
veo por qualquier camino.
La fama...
613 1 2 mancano le parole: *Ella fué.*
(ALEJ.) *Rosaura?*
613 1 36 de Eduardo, supe un dia (*il v. è giusto*).
613 2 11-13 que me ayudes a vencer.
De la manera que ves
estoy; un arnés me falta, *etc.*

TERCERA JORNADA

son interlocutores, *etc.* (Ripete la lista di pag. 585.)

613 2 últ. DENTRO Apartad! (*sic*).
CES. Lanza es aquella.
ATA. El de Flandes

a de ser que es el primero
que las corre.
CES. Hechos grandes
de qualquier abenturero
espera Ungria; no mandes
que aqui llegue a entrete-
[nerme.
ATA. Espera que salen ya.

Sale el YNGLES *vistiendose y un criado.*

YNGLÉS. No es posible detenerme:
quita esas armas allá.
Que un hombre pudo ven-
[cerme!
Celoso parto y corrido
de que un hombre haya po-
[dido
merecer la hermosura
de Lisaura.
PA. (1) Fue ventura.
INGL. Dime que desdicha ha sido.
PA. Muy inclinada la vi
al cavallero; una vez
se llevó el cuerpo tras si
de Lisaura.
INGL. Que juez
tienen los demás alli?
PA. En la tela está.
INGL. Indicio
que vencerá sin cautela...

614 1 17 no he de ver vencer á quien
me ha quitado tanto bien. (*Vanse.*)
CÉS. Que de vencidos envia,
Ataulfo! El vencedor
ven y sabremos quien es.

(*Sale* FILIPO *asido a dos criados desmayado, etc.*)

614 2 16 El descubrirse ha excusado.
614 2 nota. questo la corte admirado (= que esto la corte ha admirado).
615 1 5 fuera primero el segundo.
615 2 46 holló la honestidad al desvario.
616 1 1 que la ocasion le ofrece.
617 1 9 Mil años vivas, que esa hazaña es tuya
que esos brazos...
617 1 38 pues dudas, mi grandeza.
618 2 30 lugar hay de arrepentirte,.
619 1 40 pareeer! Ola, Albanes!
620 1 43 mancano le parole:

ROD. *Tanto la quieres?*
FED. *Por el cielo juro.*

621 1 28 Que suspendido tras mi daño vine.
623 1 note 1 e 2: manca il v. alla quintilla. Tutti i versi cancellati in M sono a posto loro in P.
624 1 32 manca questo verso:

Estos las m. son.

624 2 43 *Entro* GUILLERMO *de camino y luego los reyes... de camino.*

(1) Questo PA. non può essere PALANTE come è nel testo a stampa (614. 1. 6.), perchè Palante è stato ucciso a metà del secondo atto (pag. 607); PA. è dunque PAJE, cioè il *criodo* che è entrato in scena con l'INGLÉS.

Ricopiamo il finale della commedia, che in M manca, dal principio del penultimo foglio:
Fol. 48 *recto*:

Guillermo vos el primero
me habeis de dar un abrazo.
GUILL. Dadme señor vuestros piés,
y bos lisaura las manos.
EDU. Los braxos sera mexor.
LISAU. Es posible que e llegado
despues de tantas fortunas
a berte dame tus braços.
ALEJ. Hasta que acabe esta guerra
lisaura mia e xurado
de no dartelos perdona
braços te daré y abraxos
o Feduardo.
FED. o señor
ALEJ. No temais esto es guardaros
el respeto que se os debe.

salen alej. 1º clodomiro filipo y turbino saque una fuente con unas llabes.

GUILL. Apartad.
ALEJ. 1º presos llegamos
señor ynbicto a tus pies
y tu clemencia aguardamos.
ALEJ. Alçaos entrambos del suelo.
FIL. Estas son las llaves vamos
entra en la ciudad que goces
Señor ynfinitos años.
ALEJ. 1º Balgame el poder de dios
a los pies señor estamos
de alexandro
ALEJ. el mismo soy
ALEJ. 1º que miro cielo sagrado
que eres alexandro
ALEJ. si
que los cielos me an guardado
para darme lo que es mio

Fol. 48 *verso*:

del rigor de vuestras manos
eres turbino
TUR. esos pies
e de besar
ALEJ. padre amado
no os baxeis tanto que quiero
mas que pensais lebantaros.
TUR. ay señor perdi a mi hixa
FED. cielos ques lo que mirando
estan mis ojos aqueste
no es turbino no es el ayo
que a mi hixa le entregué
ALEJ. Padre no lloreis
FED. que aguardo
di conocesme turbino
TUR. como a mi luego te ablaron
quando te bieron mis oxos
FED. y mi hixa
TUR. ay cielo sancto
no te puedo responder
preguntaselo a lejandro
ALEJ. balame dios ques aquesto
es sueño que estoy mirando
hija del de albania eres
ROS. si mi padre es feduardo
ALEJ. y rosaura esta que beys
FED. ay tal ventura
ROS. esas manos
me as de dar
FED. bien de mi vida
con el alma os doy los braços

LISAN. dio mi esperança en el suelo
ALEJ. agora resta eduardo
viendo el suceso presente
que me perdoneys y daros
por yerno a quien le debeys

Fol. 49 *recto*:

la palabra que aveys dado
si se la negays os cercan
mas de treynta mill soldados
que la cobraran
EDU. yo quedo
contento
LISAU. dadme la mano
que porfiar contra el cielo
no es posible
ALEJ. padre hermano
puesto que es grande la ofensa
quiero por mi perdonaros
que no fuera yo quien soy
sino perdonara agravios
ya soy rey rosaura reyna
bos guillermo aunque no os hago
aqui ningunas mercedes
con otras quiero premiaros
que hemos de rreynar los dos
como aquellos dos hermanos
hijos de la loua en roma
que despues la governaron
GUILL. soy tu hechura
ALEJ. ven turbino (1)
bien es discreto senado
que de fin, si dais licencia,
aqui el segundo alexandro.

Fol. 49 *verso*:

venid mañana a las dos
acauarse a mas trenpano (*sic*).

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
DEL SEGUNDO ALEXANDRO.

(1) A questo punto ricompare la mano del licenciado Rojas il quale cancellò alcune parole mettendone altre in interlinea e aggiunse la indicazione dei parlanti TUR[BINO] e LIS[AURA], mentre il testo pone tutto il finale in bocca ad Alessandro. Ne risulta aquesto:

ALEJ. ven turbino.
TUR. y ya, discreto senado,
de fin, si otorgais licencia,
aqui el segundo Alexandro.
LIS. benid mañana a las dos
acauarse a mas trenpano.